

**La gran saga sobre la Antigua Roma**  
Una nueva generación de romanos bendecidos  
por los dioses se alza para conseguir el poder

# COLLEEN MCCULLOUGH FAVORITOS DE LA FORTUNA



**ebooks**

**booket**

**La gran saga sobre la Antigua Roma**  
Una nueva generación de romanos bendecidos  
por los dioses se alza para conseguir el poder

# COLLEEN MCCULLOUGH FAVORITOS DE LA FORTUNA



ebooks

booket

Desde el año 83 al 69 antes de Cristo, los principales acontecimientos de la historia de la antigua Roma en un fascinante mosaico novelesco que respeta escrupulosamente la verdad de los hechos, aunque narrándolos con la amenidad de la mejor de las novelas. En el relato aparecen numerosos personajes, pero el que tiene mayor protagonismo es un Julio César adolescente que consigue desembarazarse de sus obligaciones sacerdotales para demostrar a todos su extraordinaria inteligencia y su valor, que harán de él en el futuro un héroe celeberrimo de la historia romana. Las costumbres de la época, las estrategias bélicas, las intrigas políticas, los usos amatorios, etc., adquieren también gran importancia en esta novela, que constituye la tercera parte del gran ciclo de Colleen McCullough.

Colleen McCullough

# **Favoritos de la fortuna**

**Saga Roma Vol 3**

eBook v1.5

achim\_311 22.02.14

Título original: Fortune's favorites

© Colleen McCullough, 1993

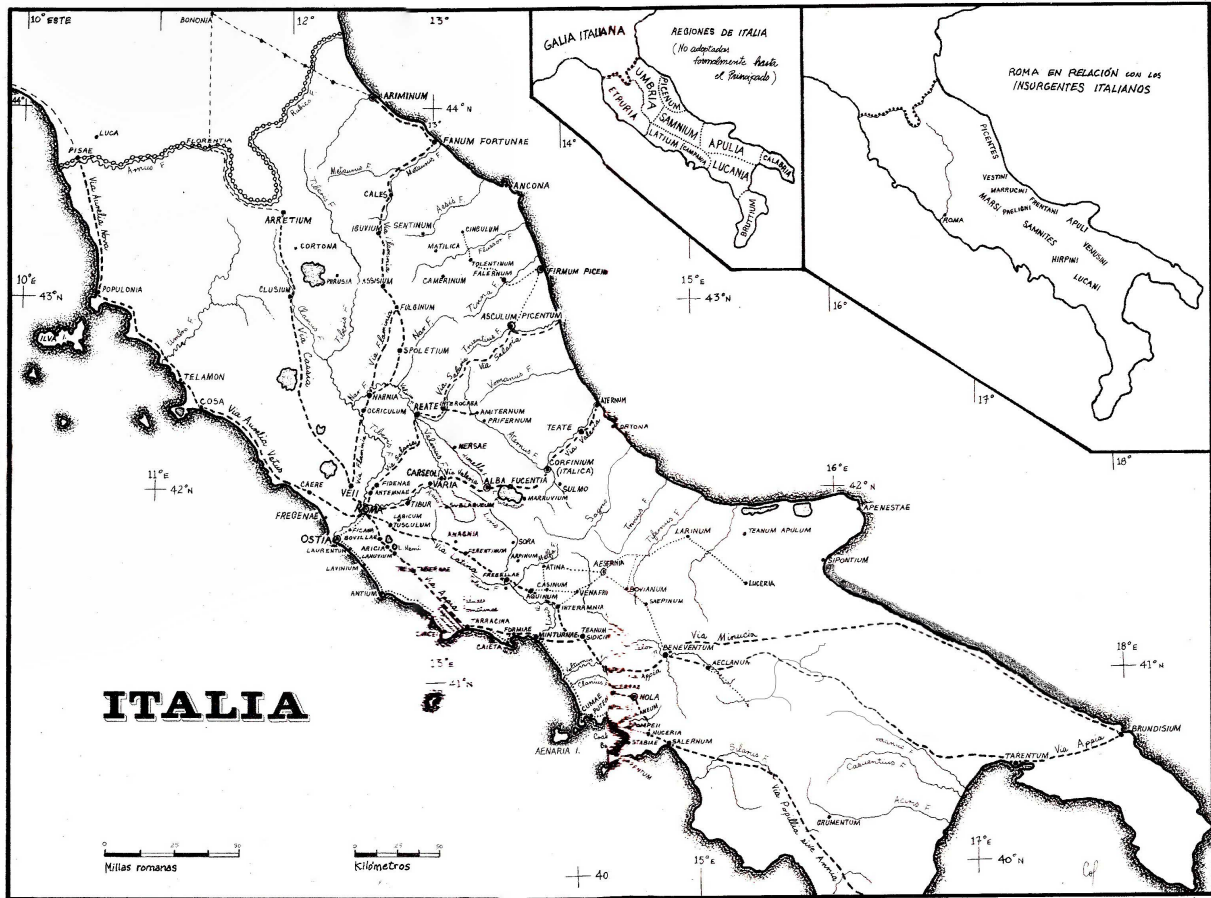
© por la traducción, Francisco Martín, 1993

© Editorial Planeta S. A., 1998

Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)

ISBN: 84-08-02398-5

*Al teniente coronel Reverendo A. Rebecca West,  
Femina Optima Maxima, la mujer  
más extraordinaria del mundo.*



# **ACONTECIMIENTOS DE LA HISTORIA DE ROMA ANTERIORES A «EL PRIMER HOMBRE DE ROMA»**

*(Las fechas son a. de J.C.)*

Aprox. 1100: Eneas, fugitivo de Troya, se establece en el Lacio; su hijo Iulus se convierte en rey de Alba Longa.

735-715: Rómulo, primer rey de Roma, construye la ciudad del Palatino.

715-673: Numa Pompilio, segundo rey, instituye un cuerpo senatorial de cien miembros, los colegios sacerdotales y transforma el año de diez meses en uno de doce meses.

673-642: Tulo Hostilio, tercer rey, construye la sede del Senado.

642-617: Anco Marcio, cuarto rey, construye el Puente de Madera, fortifica el Janículo y se apodera de las salinas de Ostia.

617-579: Tarquinio Prisco, quinto rey, construye el circo Máximo, las cloacas del centro de Roma, aumenta a trescientos el número de senadores, crea las tribus y las clases y establece el censo.

578-535: Servilio Tulio, sexto rey, crea el pomerium y construye el Agger.

534-510: Tarquinio el Soberbio, séptimo rey, termina de construir el templo de Júpiter Optimus Maximus y destruye Gabio.



509: Se derroca a Tarquinio el Soberbio y queda abolida la monarquía. COMIENZA LA ÉPOCA REPUBLICANA. Bruto y Valerio, primeros magistrados supremos (llamados pretores, no cónsules).

508: Se crea el cargo de Pontífice Máximo para controlar al Rex Sacrorum.

500: Tito Larcio es el primer dictador.

494: Primera división de la plebe; se crean dos tribunos de la plebe y dos ediles de la plebe.

471: Segunda división de la plebe; la asamblea de la plebe se transforma en asamblea de tribus.

459: Aumenta de dos a diez el número de tribunos de la plebe.

456: Tercera división de la plebe; se concede tierras a los plebeyos.

451: Los decenviros codifican las doce Tablas de la ley romana.

449: Cuarta división de la plebe: la lex Valeria Horatia establece la invulnerabilidad sacrosanta de los tribunos de la plebe.

447: Se crea la asamblea del Pueblo y se instituyen dos cuestores.

445: Leges Canuleiae: (a) sustituye a los cónsules por tribunos militares con poder consular, (b) permite el matrimonio entre patricios y plebeyos.

443: Se eligen por primera vez los censores.

439: Maelio, aspirante al trono de Roma, muere a manos de Servilio Ahala.

421: Se aumenta a cuatro el número de cuestores, con la posibilidad de que los plebeyos accedan al cargo.

396: Se establece la paga para los soldados romanos; no se aumentará hasta que César, ya dictador, la duplique.

390: Los galos saquean Roma; el Capitolio se salva gracias a la alarma dada por los gansos.

367: Se restablece el consulado; se crea el cargo de dos ediles curules.

366: Primer cónsul plebeyo. Se crea el cargo de praetor urbanus.

356: Primer dictador plebeyo. El cargo de censor se hace accesible a los plebeyos.

351: Primer censor plebeyo.

343-341: Primera guerra samnita, en la que Roma firma la paz.

342: Leges Genuciae: (a) desgravación de deudas, (b) nadie puede conservar un cargo más de diez años, (c) se estipula que los dos cónsules pueden ser plebeyos.

339: Leges Plubiliae: (a) uno de los censores ha de ser plebeyo, (b) todas las leyes se aprueban en la Asamblea centuriada para su posterior sanción por el Senado, (c) se da cierta validez legal a los plebiscitos.

337: Primer praetor urbanus plebeyo.

326-304: Segunda guerra samnita (derrota de las Horcas caudinas).

300: Leges Ogulniae: se permite a los plebeyos el ingreso en colegios sacerdotales.

298-290: Tercera guerra samnita, en la que Roma logra su hegemonía.

289: Creación de la Ceca y de los tresviri monetales.

287: Lex Hortensia por la que se determina que los plebiscitos no son leyes vinculantes.

267: Se aumenta de seis a ocho el número de cuestores.

264: Primera lucha de gladiadores en Roma (pero no en el circo).

264-241: Primera guerra púnica contra Cartago. Mediante la paz obtenida, Roma adquiere como provincias Sicilia, Cerdeña y Córcega.

253: Primer pontifex maximus plebeyo.

242: Se crea el cargo de praetor peregrinus y se aumenta a dos el número de los mismos.

241: Las reformas de la Asamblea centuriada disminuyen levemente el poder de la primera clase. Se crean las dos últimas tribus, con lo que su número asciende a 35.

227: Se aumenta de dos a cuatro el número de pretores, y de seis a diez el de cuestores.

218-201: Segunda guerra púnica contra los cartagineses al mando de Aníbal.

210-206: Victoria en Hispania de Escipión el Africano.

202: Breve mandato del último dictador según el estilo tradicional.

197: Hispania queda dividida en provincias; seis pretores y doce cuestores.

180: La Lex Villia annalis regula las magistraturas curules.

171: Se instituye temporalmente el primer tribunal para delitos de traición.

169: La lex Voconia impide que la mujer sea la heredera principal. Pugna entre el Senado y los caballeros. Los censores se niegan a aceptar ofertas de firmas que hubiesen recibido contratos de anteriores censores. Dadas las exorbitantes ganancias, los caballeros estuvieron a punto de declarar reos de alta traición a los censores.

149: La lex Atinia daba acceso automático al Senado a los tribunos de la plebe. La lex Calpurnia instituye de manera permanente el tribunal de extorsiones.

149-146: Tercera guerra púnica. África se convierte en provincia romana.

147: Macedonia queda anexionada como provincia romana.

144: El pretor O. Marcio Rex construye el primer acueducto de Roma.

139: La lex Gabinia establece la votación secreta en las elecciones.

137: La lex Cassia establece la votación secreta para el jurado de los tribunales.

133: Asesinato de Tiberio Graco, tribuno de la plebe.

123: Cayo Graco tribuno de la plebe.

122: Nuevo mandato de Cayo Graco como tribuno de la plebe.

121: El Senado aprueba un «decreto inapelable» para contener el movimiento iniciado por Cayo Graco; éste se suicida y sus partidarios son ejecutados.

121: El rey Mitrídates V del Ponto es asesinado por su esposa. Su hijo Mitrídates huye y se esconde en las montañas.

120: Se inundan las tierras natales de cimbros y teutones, y comienza la gran migración.

119: Cayo Mario, tribuno de la plebe, aprueba la lex Maria estrechando las pasarelas de votación para dificultar el soborno.

115: El joven Mitrídates se hace con el poder y se proclama rey del Ponto.

113: Los cimbros germanos derrotan a Papirio Carbón en la Nórica.

112: Roma declara la guerra a Yugurta de Numidia.

111: Roma llega a un acuerdo de paz con Yugurta.

110: Aulo Postumio Albino invade Numidia por iniciativa propia, dando comienzo a la guerra contra Yugurta...

# **CRONICA DE LOS ACONTECIMIENTOS RELATADOS EN «EL PRIMER HOMBRE DE ROMA»**

La acción se sitúa en el año 110 a. de J.C. La república de Roma, más por azar que de propósito, ha comenzado a estructurar su imperio territorial, un proceso de expansión que resulta cada vez más intolerable para su antigua constitución; ésta estaba prevista para regular los asuntos de una pequeña ciudad-estado y para defender los intereses de su clase dirigente, representada aún en ese año 110 a. de J.C. por la institución del Senado.

La actividad genuina de Roma era la guerra, arte que domina magistralmente y en el que se basa para mantener su desarrollo y una economía en auge, manteniendo a otros pueblos de la península itálica en una situación subordinada, negándoles la ciudadanía romana y la igualdad de condiciones en el comercio.

Pero la voz del pueblo ha adquirido importancia y una serie de demagogos políticos, como los hermanos Graco, se alzan contra lo instituido, decididos a arrebatarse el poder al Senado, propugnando su cesión al pueblo, representado por un estamento algo más bajo de los ciudadanos romanos, los caballeros, que eran fundamentalmente comerciantes acomodados. (En el mundo antiguo, la pugna por el cambio social nunca se orientaba en beneficio de los pobres, sino que adoptaba la forma de lucha entre la aristocracia terrateniente y la plutocracia comercial.)

En el año 110 a. de J.C., Cayo Mario, con cuarenta y siete años, era prácticamente un desconocido llegado a Roma del pequeño pueblo de Arpinum, y que, gracias a su magistral capacidad militar, había logrado alcanzar el segundo puesto más importante en el gobierno, el pretorado, acumulando una gran fortuna. Mario ansiaba ser cónsul (el cargo supremo), aunque no ignoraba que sus modestos orígenes hacían imposible tal deseo, ya que sólo podían ser cónsules los aristócratas terratenientes de rancio abolengo que nunca se habían ensuciado las manos ganando dinero en el comercio.

Por un fortuito encuentro con un arruinado patricio (la clase superior de la aristocracia), el senador Cayo Julio César (abuelo de César), pudo Mario mejorar sus posibilidades de aspiración al consulado. A cambio de financiar la carrera pública de los dos hijos del viejo César y aportar una dote para la hija menor del mismo, Mario obtuvo la mano de Julia, la hija mayor, y con ello una buena potenciación de su imagen electoral.

Casado con Julia en el 109 a. de J.C., Mario y su amigo epistolar Publio Cornelio Rufo partieron a la guerra contra Yugurta de Numidia. No obstante, Mario no era el jefe supremo de las tropas romanas; el cargo lo ostentaba el aristócrata Metelo (quien posteriormente recibiría el apelativo de Metelo el Numídico en recuerdo de esta campaña en —frica, y a quien Mario peyorativamente llamaba el «Meneítos»). Acompañaba a Metelo el Numídico su hijo Metelo Pío.

La guerra en África progresaba poco, dado que Metelo el Numídico no era un buen general. En el 108 a. de J.C., Mario solicita que le releven de su cargo de primer legado para poder regresar a Roma y presentarse a las elecciones consulares del 107 a. de J.C., pero Metelo le niega el permiso y Mario desencadena en Roma una campaña por medio de cartas de quejas y críticas a su superior por su actuación en la guerra, que, finalmente, logra éxito, haciendo que Metelo le releve de servicio en África.

Pero antes de que Mario deje África, la adivinadora siria Marta le predice que será siete veces cónsul de Roma —algo sin precedentes— y

que se le llamará Tercer Fundador de Roma; aunque también le vaticina que será Cayo, sobrino de su esposa, el hombre más importante en la historia de Roma. Se trataba de un niño aún por nacer, pero Mario da crédito a la profecía.

A su regreso a Roma, Mario es elegido segundo cónsul para el año 107 a. de J.C., y se vale del ente legislativo llamado Asamblea plebeya para aprobar una ley que despoja del mando de la guerra contra Yugurta a Metelo el Numídico para asumirlo él mismo.

Sin embargo, se enfrenta al problema de cómo obtener tropas, ya que las seis legiones que Metelo mandaba en África han quedado asignadas al primer cónsul que comparte el mandato con Mario, y en Italia prácticamente no había personal reclutable para el ejército por las cuantiosas bajas sufridas en campañas de los últimos quince años debido a la incompetencia de sucesivos generales de ascendencia aristocrática. Por otra parte, las importantes amistades de Metelo el Numidico, ofendidas porque Mario le hubiese arrebatado la dirección de la guerra contra Yugurta, se coligan para impedir que éste pueda reclutar soldados.

Pero Mario, espíritu heterodoxo, ha imaginado una cantera de reclutamiento impensada: el *capite censi* o censo por cabezas, la clase más baja de ciudadanos romanos desheredados; y en ella decide reclutar su ejército. ¡Una medida revolucionaria!

A los soldados romanos se les había exigido siempre ser propietarios de tierra y tener los medios para pagarse el armamento y accesorios, y era la clase de agricultores acomodados la que durante siglos había nutrido los ejércitos de Roma. En la época en que suceden los acontecimientos del libro, esa clase estaba casi extinguida, y sus modestas propiedades habían pasado a manos de senadores o destacados comerciantes-caballeros. Se habían formado enormes fincas llamadas latifundia, trabajadas con mano de obra esclava, dejando sin empleo a los hombres libres.

Al anunciar Mario que iba a reclutar sus soldados entre la clase del censo por cabezas, se alzó un clamor sin precedentes; pero, luchando y

rebatando tercamente a aristócratas del Senado y a comerciantes adinerados, Mario logró que la Asamblea plebeya aprobara su ley, y obtuvo una segunda ley para que el Tesoro de Roma financiara su ejército y equipara a sus menesterosos legionarios.

Mario se embarca de nuevo para África, con sus seis legiones de desheredados que el Senado estima incapaces de valor y lealtad, y acompañado de su cuestor (un magistrado de segunda categoría encargado de la tesorería), un tal Lucio Cornelio Sila, que acababa de casarse con Julilla, la hija menor del viejo César, y que, por consiguiente, era cuñado suyo.

Sila era la clase de persona casi totalmente opuesta a Mario. Aristócrata de impecable linaje patricio, bien parecido, era un personaje que había visto vedado el acceso al Senado por su extrema pobreza, hasta que, merced a una serie de crímenes, heredó de su querida Nicópolis y de su madrastra Clitumna. Ambicioso y cruel como nadie, Sila también creía en su destino singular, pero sus primeros treinta y tres años los había pasado en los poco afamados ambientes del mundillo teatral, y ello le había hecho poseedor de una peligrosa doble vida. En una Roma cuyos ciudadanos mostraban una radical animadversión hacia la homosexualidad, Sila se vio obligado a ascender esforzadamente hacia la fama renunciando a su amor por Metrobio, un actor griego adolescente.

Mario tardó casi tres años en derrotar al nómada Yugurta, si bien la captura del rey africano la llevó a cabo Sila, con el cargo ya de legado y consolidado como su más leal lugarteniente. Pese a ser tan distintos en orígenes y personalidad, los dos se llevaban muy bien, y el ejército de Mario cumplió extraordinariamente en combate, con lo que no hubo lugar para críticas por parte del Senado.

Mientras Mario y Sila aunaban sus esfuerzos en la guerra de África, un nuevo peligro amenazaba a Roma: una gran migración de pueblos



germánicos (cimbros, teutones, queruscos, marcomanos y tigurinos) había invadido la Galia (la Francia actual) infligiendo sonadas derrotas a los ejércitos romanos mandados por incompetentes aristócratas que se negaban a colaborar con colegas del generalato a quienes consideraban inferiores.

Mario es elegido inesperadamente cónsul por segunda vez y se le asigna el mando de la guerra contra los germanos. A pesar de la oposición de Metelo el Numídico y de Marco Emilio Escauro, princeps senatus (presidente de la cámara), toda Roma estaba convencida de que Mario era el único capaz de vencer a los bárbaros, y ello fue el motivo de ese segundo consulado al que no se había presentado candidato.

Acompañado de Sila y de Quinto Sertorio (un primo de Mario, entonces con diecisiete años), en el 104 a. de J.C. conduce a sus legionarios del censo por cabezas, ya avezados veteranos, a la Galia Transalpina para aguardar allí la embestida de los germanos; pero éstos se hacen esperar, y Mario ocupa a la tropa en trabajos de obras públicas, mientras Sila y Sertorio, disfrazados de galos, parten a averiguar cuáles son las intenciones de los bárbaros. En el 103 a. de J.C., Mario vuelve a ser elegido cónsul, y, gracias a los buenos oficios de Lucio Apuleyo Saturnino, accede por cuarta vez al cargo en el 102 a. de J.C., el año de la llegada de los germanos, cuando sus enemigos del estamento senatorial estaban a punto de quitarle el mando.

Gracias a la buena labor de espionaje de Sila y Sertorio, Mario conocía la sorprendente estrategia de los germanos, que, dirigidos por un notable caudillo, el rey Boiorix, que había dividido la migración en tres grandes contingentes para proceder a la invasión de Italia con un frente de tres puntas. Uno de los contingentes, el de los teutones, avanzaría siguiendo el río Rhodanus (el Ródano), penetrando en la península por los Alpes occidentales; otra división formada por los cimbros (al mando del propio Boiorix) invadiría la Italia central norte por el paso alpino del Brennero; el tercer contingente, de composición bastante abigarrada, tenía previsto cruzar los Alpes orientales y avanzar en dirección a Venecia, confluyendo así los tres grupos en la península italiana para lanzarse a la conquista de Roma.

El colega consular de Mario en el año 102 a. de J.C., Quinto Lutacio Catulo, era un rancio aristócrata de la familia de César con grandes ínfulas, pero sin talento militar, como muy bien sabía Mario. Al elegir como posición de combate las proximidades de la actual Aix-en-Provence para interceptar a los teutones, Mario se vio obligado a dejar en manos de Catulo César la misión de hacer frente a los cimbros. (El tercer contingente de germanos retrocedió en dirección a Germania mucho antes de la fecha que tenían prevista para cruzar los Alpes.) Con su ejército de veinticuatro mil hombres, Catulo César recibió órdenes del Senado de avanzar en dirección norte para interceptar el avance cimbro, pero Mario, desconfiando de él, le envió a Sila como lugarteniente, con órdenes de hacer cuanto pudiese por salvar a las valiosas tropas de Catulo César, pese a los graves errores que éste pudiese cometer.

A finales del verano del 102 a. de J.C., los teutones, en número superior a cien mil, llegaban a la posición de Mario, que contaba con un ejército de unos treinta y siete mil hombres. En una brillante batalla, Mario hizo una carnicería entre los indisciplinados y rudimentarios bárbaros, cuyos supervivientes se dispersaron y dejaron de constituir una amenaza para Italia por el oeste.

Pero, aproximadamente al mismo tiempo que Mario exterminaba los teutones, Catulo César, Sila y el reducido ejército romano penetraban en el valle alpino del Athesis (el actual río Adigio) para enfrentarse a los cimbros que acababan de cruzar el paso del Brennero. Como no había espacio para maniobrar con las legiones, Sila instó a Catulo César a ordenar una retirada, pero, al negarse éste tercamente, Sila promovió un motín y salvó al ejército, conduciéndolo sin incidentes al valle del Po para acuartelarlo en Placentia (la actual Piacenza), mientras los doscientos mil cimbros —mujeres, niños y animales— se dispersaban al este del valle del Po.

Elegido cónsul por quinta vez, gracias a su clamorosa victoria sobre los teutones, Mario traslada el grueso de su ejército en el 101 a. de J.C. al norte de Italia y lo fusiona con el de Catulo César. Con esa fuerza de cincuenta y

cuatro mil hombres, en pleno verano de aquel año, se libra la batalla definitiva contra los germanos en Vercellae, en las estribaciones de los Alpes occidentales, en la que perece Boiorix y los cimbroson aniquilados. Mario ha salvado a Italia y a Roma de los germanos, que durante los cincuenta años siguientes serían una fuerza diezmada.

Sin embargo, Metelo el Numídico, el príncipe del Senado Escauro, Catulo César y demás enemigos de Mario se empecinaron en su oposición a él por el hecho de que fuera aclamado como Tercer Fundador de Roma y elegido cónsul por sexta vez en el año 100 a. de J.C.

Aquel año, en Roma, la lucha se trasladó de los campos de batalla al propio Foro, en el que se sucedieron sangrientos disturbios en medio de una exacerbada demagogia política. El partidario de Mario, Saturnino, había conseguido (con ayuda de su colega Glaucia, y merced al asesinato de otro tribuno de la plebe) ser reelegido para asegurar que durante su mandato se concedían parcelas a los veteranos del censo por cabezas que habían servido en el ejército del polémico cónsul de Arpino.

Era el principal inconveniente de reclutar en las legiones hombres sin propiedades; al no tener nada y recibir poca paga, Roma estaba obligada a recompensar sus servicios una vez concluidas las campañas, y Mario les había prometido tierras, aunque fuera de Italia. Su propósito era difundir la cultura y costumbres romanas por el territorio en expansión de las provincias (en las que Roma poseía vastas extensiones de tierra pública) mediante un asentamiento en el extranjero de estos veteranos del censo por cabezas. De hecho, la controvertida cuestión de conceder tierras públicas de Roma a los ex combatientes de las clases inferiores, contribuiría enormemente en último extremo a la caída de la república romana, pues el Senado, insensible y de escasa visión, se negaría persistentemente a ceder a los deseos de los generales respecto a la concesión de tierras. Esta postura haría que, con el tiempo, los veteranos del censo por cabezas optaran por mostrarse leales a los generales (predispuestos a la cesión) antes que a Roma (que por medio del Senado se las negaba).

La oposición senatorial a las dos leyes agrarias de Saturnino fue obstinada y violenta, pese a que el tribuno de la plebe contaba con cierto

apoyo por parte de las clases altas. La primera ley se aprobó sin complicaciones, pero la segunda sólo pudo aprobarse porque Mario obligó a los senadores a jurar que la acatarían; Metelo el Numídico se negó a prestar juramento y partió voluntariamente al exilio tras pagar una cuantiosa multa, estipulada por rehusar el juramento.

Pero el príncipe del Senado, Escauro, había burlado al menos habilidoso Mario durante los debates en el Senado sobre la segunda ley, haciéndole admitir que cabía la posibilidad de que las dos leyes de Saturnino pudieran no ser válidas. En tal coyuntura, Saturnino, hasta entonces absolutamente leal a Mario, se volvió contra él y contra el Senado, y comenzó a urdir la ruina de ambos.

Por desgracia para Mario, su salud le jugó una mala pasada en aquellas circunstancias, y un infarto le obligó a retirarse de la palestra política durante unos meses, tiempo aprovechado por Saturnino para sus intrigas.

Estaba prevista la llegada de la cosecha de trigo a Roma en otoño, pero por los efectos de la sequía aquel año en todo el Mediterráneo, ésta fue escasa; por cuarto año el populacho romano sufría carestía y abusivos precios en el trigo, y Saturnino entrevió la oportunidad de convertirse en el Primer Hombre de Roma, no mediante el cargo de cónsul, sino el de tribuno de la plebe, para dirigir las masas que a diario se congregaban en el Foro para protestar de la escasez de grano. Saturnino presentó una ley sobre abastecimiento de trigo financiado por el Estado, no para ganarse a las clases bajas, sino, en realidad, a los comerciantes y a ciertos gremios cuyos negocios se veían amenazados; los votos de las clases bajas eran negligibles, mientras que los de comerciantes y gremios representaban una fuerza considerable para lograr su apoyo y derrocar al Senado y a Cayo Mario.

Casi recuperado del infarto, Mario convocó una reunión del Senado el primero de diciembre del 100 a. de J.C. para debatir lo que debía hacerse para contrarrestar las iniciativas de Saturnino, que ya pretendía presentarse por tercera vez al cargo de tribuno de la plebe, y hacer que su colega Glaucia lo hiciera al de cónsul. Ninguna de las candidaturas eran en puridad ilegales, pero la mayoría las desaprobaban por ir contra la costumbre.

El ambiente se caldeó durante las elecciones consulares al asesinar Glaucia a otro candidato; Mario convocó al Senado, que promulgó un decreto inapelable (una especie de ley marcial), y todos sus miembros y seguidores se dirigieron a sus casas a armarse y presentar batalla en el Foro. Saturnino y Glaucia contaban con que las clases bajas, amenazadas de hambruna, se sublevaran, pero éstas no estuvieron por la labor y optaron por retirarse mansamente a sus barrios. Con Sila de lugarteniente, Mario venció a las limitadas fuerzas que le quedaron a Saturnino, quien buscó refugio en el templo de Júpiter Optimus Maximus, pero se vio obligado a rendirse al cortar Sila el abastecimiento de agua al Capitolio.

Glaucia se suicidó, y Saturnino y el resto de sus partidarios más próximos quedaron presos en la sede del Senado para ser juzgados por traición, un juicio que los senadores no ignoraban haría tambalear el ya desvencijado marco constitucional de Roma. Sila resolvió el problema encabezando ocultamente a un grupo de jóvenes aristócratas que subieron a la techumbre de la Cámara y desde ella acabaron con Saturnino y sus seguidores lapidándoles con las tejas.

La ley frumentaria de Saturnino fue derogada, pero Mario —ya con cincuenta y siete años— tuvo que aceptar el hecho de que su carrera política estaba truncada. Seis veces cónsul, pensó que no se iba a cumplir el vaticinio de la adivinadora siria. Por otra parte, Sila, que esperaba ser elegido pretor al año siguiente, decidió que había de apartarse de Mario, ya en declive, para no enturbiar su propia carrera política.

Durante aquellos diez años, la vida privada y los amores de Mario y Sila habían seguido derroteros distintos.

El matrimonio de Mario con Julia era feliz. Habían tenido un único hijo en el 109 a. de J.C., el pequeño Mario; el anciano César había muerto, pero dejando a sus dos hijos bien situados para su futuro político y militar: el hijo menor, Cayo, casado con una rica y hermosa doncella, de la aristocrática familia de Aurelio Cotta. La pareja se había instalado en una casa de viviendas del Subura, un barrio romano de mala reputación;

tuvieron dos hijas, y en el 100 a. de J.C., un hijo (el gran César) que fue, como inmediatamente reconoció Mario, el niño del vaticinio, el romano más famoso de la Historia. Pero Mario decidió frustrar esta parte del vaticinio.

El matrimonio de Sila con Julilla, la hija menor del anciano César, no fue feliz; en parte, debido al carácter vehemente y excesivamente dramático de la jovencita. Dos retoños nacieron de esta unión, una hija y un hijo. Julilla, con su obsesivo amor por Sila, era consciente de que no era dueña de su corazón, pese a no adivinar sus verdaderas inclinaciones sexuales. Su frustrado amor la indujo a la bebida, y con el tiempo llegó a convertirse en alcohólica. A tales circunstancias vino a sumarse un hecho insólito: el joven actor griego Metrobio visitó a Sila, y su inesperada presencia indujo a Sila a decidir que nunca más volvería a verle. Julilla observa a escondidas el acto sexual entre los dos y se suicida. Posteriormente, Sila contrae matrimonio con una encantadora viuda sin hijos de excelente familia, una Elia, para dar una madre a sus hijos.

El hijo de Escauro, príncipe del Senado, es convicto de cobardía durante su servicio en el ejército de Catulo César en el norte de Italia. Profundamente afectado por la conducta del joven, Escauro repudia al joven, y éste se suicida. Tras lo cual, Escauro, casi con sesenta años, se casa con la novia de su hijo, la joven de diecisiete años hija del hermano mayor de Metelo el Numídico, la llamada Dalmática, sin que nadie le pregunte a ella su parecer sobre tal matrimonio.

Por su parte, el joven Marco Livio Druso, aristocrático vástago de un hombre famoso, concierta en el 105 a. de J.C. una doble boda: él contrae matrimonio con la hermana de su mejor amigo, el patricio Quinto Servilio Cepio, y éste se casa con Livia Drusa, hermana de Druso; Druso no tiene hijos en su matrimonio, mientras que Cepio y Livia Drusa tienen dos hijas, la mayor de las cuales, Servilia, llegaría a ser la madre de Bruto y la amante del gran César.

# **CRONICA DE ACONTECIMIENTOS EN «LA CORONA DE HIERBA»**

La acción se sitúa en el 98 a. de J.C., dos años después de los hechos de EL PRIMER HOMBRE DE ROMA, un período de acontecimientos apenas dignos de mención.

Sila se halla profundamente aburrido ante el encanto y la bondad de su segunda esposa, Elia, y atormentado por su deseo de otras dos personas, el joven actor griego Metrobio y Dalmática, la joven de diecinueve años, esposa de Marco Emilio Escauro, príncipe del Senado. Pero como la ambición y el convencimiento de estar llamado a un destino singular se imponen en él sobre cualquiera otra pasión, Sila decide no volver a ver a Metrobio ni iniciar una aventura con Dalmática.

Desgraciadamente, Dalmática no muestra igual entereza y hace una escena en público mostrando abiertamente su amor por Sila. Escauro, herido en su honor, exige que Sila abandone Roma para poner fin a las humillantes murmuraciones; pero Sila, que es inocente, considera irrazonable la imposición del príncipe del Senado y se niega a hacerlo, pues precisamente necesita estar en Roma para presentarse candidato al pretorado. El viejo Escauro, aun a sabiendas de que Sila es inocente,

obstaculiza su elección como pretor y condena a Dalmática a no salir de casa.

Al ver frustrada su carrera, Sila decide marchar a la Hispania Citerior de legado del gobernador Tito Didio. Ha vencido Escauro. Pero antes de partir, Sila hace proposiciones a Aurelia, esposa de Cayo Julio César; proposiciones que ella rechaza. Furioso, va a casa de Metelo el Numídico (que acaba de regresar del destierro) y le asesina. Su hijo Metelo Pío, no sólo no reprocha a Sila la muerte de su padre, sino que le continúa admirando y confiando en él.

La familia César prospera: los dos hijos, Sexto y Cayo, han ido ascendiendo bajo el patrocinio de Mario, aunque ello suponga largas ausencias del hogar por parte de Cayo; pero su esposa Aurelia administra la casa de viviendas y se ocupa con gran eficacia de la educación de sus dos hijas y su precoz hijo, el pequeño César, que admira a todos por su inteligencia y habilidad. Lo único de Aurelia que despierta recelos en sus amistades y parientes es su amistad con Sila, que la visita por la admiración que siente por ella.

En pleno declive político, Cayo Mario parte con su esposa Julia y el pequeño Mario a unas largas vacaciones en Oriente, donde recorre varias regiones de Anatolia. Al llegar a Tarso de Cilicia le llegan noticias de que el rey Mitrídates del Ponto ha invadido Capadocia, asesinando al joven monarca para entronizar a uno de sus numerosos hijos. Mario deja mujer e hijo al cuidado de unos nómadas y se llega a caballo, casi sin compañía, hasta la capital de Capadocia para enfrentarse con entereza a Mitrídates en persona.

El rey del Ponto era un curioso personaje, sagaz y astuto, mezcla de héroe y de cobarde, bravucón y pusilánime a la vez. Con sus numerosas tropas había ensanchado su reino a expensas de los territorios vecinos, con excepción de las posesiones de Roma, y, mediante alianza matrimonial, había llegado a un acuerdo con Tigranes, rey de Armenia, para aliarse con él, enfrentarse a los romanos y repartirse el mundo.



Estos planes se frustran por la entrevista de Mitrídates con Mario, que, en solitario, sabe imponerse al rey del Ponto y de Capadocia, quien, en lugar de eliminar al romano, agacha la cabeza y regresa con su ejército al Ponto. Mario vuelve con su mujer e hijo y prosigue su periplo por Asia Menor.

La situación en Italia estaba al rojo vivo. Roma mantenía soberanía sobre las diversas naciones semiindependientes que formaban el mosaico de la península; sus aliados itálicos, como se denominaban, guardaban con ella una relación de desigualdad desde tiempos históricos, y lamentaban esa situación de inferioridad. Estaban obligados a aportar o pagar las tropas que Roma necesitaba para sus guerras exteriores, pero ésta no les concedía la ciudadanía romana y les negaba derechos equitativos de comercio y otros privilegios concedidos a los ciudadanos romanos de derecho. Los caudillos de los distintos pueblos itálicos reivindicaban cada vez con mayor energía y tesón un trato igualitario.

Marco Livio Druso tenía por amigo a Quinto Popedio Silo, un itálico prominente, caudillo de los marsos, decidido a que su pueblo adquiriese la plena ciudadanía romana. Silo contaba con las simpatías de Druso, un prominente y acaudalado aristócrata romano, de gran influencia política, que estaba convencido de que con su apoyo los itálicos lograrían sus ansiados derechos igualitarios.

Pero las circunstancias familiares de Druso echarían por tierra sus planes. Su hermana, Livia Drusa, estaba casada a disgusto con el mejor amigo de Druso, Quinto Servilio Cepio, que la infligía malos tratos, y la joven había conocido, ya casada, a Marco Porcio Catón, de quien se había enamorado, convirtiéndose en su amante. Livia Drusa, que ya tenía dos hijas, quedó embarazada de Catón y dio a luz un hijo, haciendo creer a Cepio que era suyo. Pero la hija mayor, Servilia, acusa a su madre de adulterio con Catón y desencadena la crisis familiar. Cepio se divorcia de Livia Drusa y repudia a los tres niños; Cepio y su esposa la acogen en su casa, tras lo cual Livia Drusa se casa con Catón y le da dos hijos más, Porcia y el pequeño Catón (futuro Catón de Atica). Entretanto, Druso no escatimaba esfuerzos por convencer al Senado de las justas aspiraciones de

ciudadanía de los itálicos, pero tras el escándalo de Livia Drusa sus gestiones se vieron enormemente dificultadas al convertirse súbitamente Cepio en su más encarnizado adversario.

En el 96 a. de J.C., muere la esposa de Druso, y en el 93 a. de J.C., su hermana Livia Drusa, dejándole al cuidado sus cinco hijos. En el 92 a. de J.C. muere Catón, quedando agriamente enfrentados Cepio y Druso.

A pesar de considerarse demasiado viejo para el cargo, Druso no ve otra opción para lograr la igualdad de los itálicos que presentarse a las elecciones de tribuno de la plebe y lograr que la asamblea les conceda los derechos pese a la obstinada oposición del Senado. Druso, hombre extraordinariamente inteligente y tenaz, estuvo a punto de lograrlo, pero algunos senadores recalcitrantes (entre ellos Escauro, Catulo César y Cepio) estaban radicalmente decididos a que no triunfara su propuesta, y, cuando ésta estaba a punto de ser aprobada, Druso murió asesinado en el atrio de su mansión. Esto sucedía a finales del 92 a. de J.C.

Los cinco hijos de Livia Drusa más el hijo adoptivo del propio Druso, Druso Nerón, fueron testigos de su trágica y lenta agonía. Los niños no tenían a nadie en el mundo más que a Cepio, el padre que los había repudiado, pero éste no quiso hacerse cargo de ellos y tuvieron que ser recogidos por la madre de Druso y su joven hermano Mamerco Emilio Lépidio Liviano. Cepio murió en el 90 a. de J.C., y la madre de Druso al año siguiente. No quedaba más que Mamerco, quien se vio obligado a llevarlos a casa de Druso, dejándoles en manos de una parienta solterona y de su arrogante madre.

Sila regresa de la Hispania Citerior a tiempo de ser elegido pretor en el 93 a. de J.C. Al año siguiente (mientras Druso se esfuerza por obtener el derecho de ciudadanía para todos los itálicos) se le encomienda el gobierno de la provincia oriental de Cilicia; allí descubre que Mitrídates, envalentonado por cinco años de inercia romana, ha vuelto a invadir Capadocia. Sila conduce dos legiones de tropas cilicias a la región, las acuartela en un campamento con extraordinarias fortificaciones y comienza

a hacer alardes militares, pese a la superioridad militar de Mitrídates. El rey del Ponto se ve obligado por segunda vez a verse a solas con un romano cara a cara, y a oír que le mandan regresar a su territorio. Y, por segunda vez, Mitrídates vuelve al Ponto con el rabo entre piernas.

Pero el yerno de Mitrídates, el rey Tigranes de Armenia, no desistía de su empeño de hacer la guerra; Sila entra en Armenia con sus dos legiones, siendo el primer romano que cruza el Éufrates en misión militar. En el Tigris, cerca de Amida, da con Tigranes y le amonesta tajante, concertando en Zeugma, junto al éufrates, una entrevista entre los dos y los embajadores del rey de los partos. Se firma un tratado en virtud del cual las tierras al este del éufrates son responsabilidad de los partos, y las situadas al oeste del mismo caen bajo la potestad de Roma. Sila es objeto también del vaticinio de un quiromántico caldeo, que predice que ha de ser el hombre más famoso entre el océano Atlántico y el río Indo, y que morirá en la cúspide de su fama.

Acompañaba a Sila el hijo que había tenido con Julilla, un jovencito por el que el padre sentía adoración; pero tras el regreso de Sila a Roma (donde se encontró con un Senado indiferente a sus hazañas y al magnífico tratado obtenido), este hijo muere trágicamente. La pérdida del muchacho fue un golpe terrible para Sila, que representó el final de todo vestigio de relación con la familia de los César, con excepción de sus esporádicas visitas a Aurelia. En una de ellas conoce al pequeño hijo de ésta, César, que le impresiona profundamente.

La guerra civil en Italia se inició con una serie de sonadas derrotas para Roma. A principios del 90 a. de J.C., el cónsul Lucio César acude al frente sur de la lucha (Campania) con Sila de primer legado. El frente norte (Piceno y Etruria) queda bajo el mando sucesivo de varios generales que demuestran ser una nulidad.

Cayo Mario ansía el mando de esa zona norte, pero sus enemigos del Senado aún son irreductibles y se ve forzado a ir de simple legado y sufrir indignantes desplantes por parte de los generales. Pero uno de ellos sufre

una derrota (y muere, como el propio Cepio) mientras Mario se dedica a adiestrar a las tropas bisoñas y temerosas, esperando una oportunidad; aprovechando la ocasión y secundado por Sila, que ha sido nombrado su lugarteniente, consigue para Roma la primera victoria importante de la guerra. Pero al día siguiente de esta victoria, Mario sufre un segundo infarto y se ve obligado a abandonar el campo de batalla; circunstancia que complace a Sila, dado que su superior apenas tomaba en serio sus dotes militares, a pesar de que él había sido el artífice de todas las victorias en la campaña del sur.

El 89 a. de J.C. la guerra adopta un giro favorable para Roma, en particular en la zona sur de la península. Sila recibe la más alta condecoración militar, la Corona de Hierba, de manos de sus tropas ante la ciudad de Nola; quedaban sometidas casi en su totalidad Campania y Apulia. Los cónsules del 89 a. de J.C., Pompeyo Estrabón y Catón, tienen destinos muy distintos: Catón es asesinado por el hijo de Mario para impedir una derrota, y Mario logra la libertad del muchacho sobornando al comandante Lucio Cornelio Cinna. Cinna, un hombre honorable a pesar del cohecho, sería a partir de ese momento fiel partidario de Mario y adversario de Sila.

El primer cónsul del 89 a. de J.C., Pompeyo Estrabón, tenía un hijo de diecisiete años, llamado también Pompeyo, que le adoraba y que quiso empecinadamente combatir a su lado. En el 91 a. de J.C. sitiaron la ciudad de Asculum Picenum, en la que había tenido lugar la primera atrocidad de la guerra. Les acompañaba el joven de diecisiete años Marco Tulio Cicerón, un recluta de lo más inepto y reticente al combate, a quien Pompeyo protege de las iras y desprecio de su padre. Cicerón no olvidaría jamás las deferencias del joven Pompeyo en tales circunstancias, y éstas orientarían en gran parte su carrera política. Al caer Asculum Picenum en el 89 a. de J.C., Pompeyo Estrabón mandó ejecutar a todos los varones y desterró a todas las mujeres y niños, llevando únicamente lo que tenían puesto. Fue un incidente destacado en los anales de la terrible guerra.

En el 88 a. de J.C., cuando Sila fue por fin elegido cónsul junto con Quinto Pompeyo Rufo, Roma ganaba la guerra contra los aliados itálicos,

pero a costa de conceder gran parte de lo que la había hecho emprenderla, pues nominalmente se dio a los itálicos la ciudadanía romana.

Cornelia Sila, la hija de Sila con Julilla, estaba muy enamorada de su primo el joven Mario, pero Sila la obligó a casarse con el hijo del otro cónsul, al que dio una hija, Pompeya (que posteriormente sería la segunda esposa del gran César) y un hijo.

Con diez años de edad, el pequeño César fue encargado por su madre de cuidar a su tío Cayo Mario para que se recuperase del paralizante segundo infarto; acompañando al veterano militar, el niño aprendió cuanto pudo del arte de la guerra. Por su parte, Mario, recordando la profecía, decidió impedir en lo posible el brillante futuro militar y político del niño.

Sila, incomodado por un comentario inocuo de su esposa Elia, decide de pronto divorciarse, alegando esterilidad. El anciano Escauro ha muerto, y Sila se casa con la viuda, Dalmática, sin importarle las censuras de sus conciudadanos por el trato dado a Elia, que era muy admirada.

Sabiendo que Roma se hallaba plenamente ocupada en la guerra contra la coalición de itálicos, el rey Mitrídates del Ponto invade la provincia romana de Asia en el 88 a. de J.C., aniquilando a todos los ciudadanos romanos e itálicos, mujeres y niños; matanza que alcanzó la cifra de ochenta mil muertos, más setenta mil esclavos.

Al llegar a Roma la noticia de esta matanza, el Senado se reunió para decidir quién ostentaría el mando del ejército que se enviase a Oriente para enfrentarse a Mitrídates. Mario, considerándose recuperado del infarto, exige de viva voz que se le conceda el mando, pero el Senado prudentemente hace caso omiso de sus exigencias y opta por encomendárselo al primer cónsul, Sila. Mario no olvidará esta afrenta, y Sila será a partir de este momento uno de sus enemigos declarados.

Sabiéndose capaz de vencer a Mitrídates, Sila acepta el cargo entusiasmado y se dispone a abandonar Italia. Pero el erario está vacío y Sila dispone de pocos fondos, a pesar de haberse vendido mucha tierra pública en torno al Foro para pagar al ejército; con el saqueo de los templos

de Grecia y el Epiro se obtendría el dinero para aquel ejército relativamente modesto.

Aquel mismo año 88 a. de J.C. surgió otro tribuno de la plebe de recuerdo imborrable: Sulpicio. De ideología conservadora, Sulpicio se convirtió en radical ante la matanza llevada a cabo por Mitrídates en la provincia de Asia, por considerar que un rey extranjero no había hecho distinciones entre romanos e itálicos a la hora de matarlos. Sulpicio estimaba que el Senado tenía la culpa de la resistencia que oponía Roma a conceder la ciudadanía a los itálicos, y decidió acabar con esta asamblea. Si un rey extranjero no veía diferencia alguna entre un romano y un itálico, ésta no podía existir. Sulpicio se dispuso, pues, a aprobar leyes en la asamblea plebeya para excluir del Senado a la mayor cantidad posible de sus miembros para que no pudiese haber quórum. Una vez reducido el Senado a la impotencia, Sulpicio procedió a incrementar el poder electoral y político de los nuevos ciudadanos romanos. Todo este proceso se produjo en medio de sangrientos disturbios en el Foro, en los que murió asesinado el joven esposo de la hija de Sila, Cornelia.

Sulpicio echó los restos y se alió con Mario, haciendo que la asamblea plebeya aprobase otra ley para despojar del mando de la guerra contra Mitrídates a Sila y concedérselo a Mario. Ya casi con setenta años y disminuido en sus facultades físicas por la enfermedad, el terco Mario no estaba dispuesto a que nadie que no fuese él se enfrentase a Mitrídates, y menos aún Sila.

Sila se encontraba en Campania organizando sus tropas cuando le llegó la noticia de la nueva legislación y de su cese; y adoptó una decisión crítica: marchar sobre Roma. En los seiscientos años de existencia de la ciudad, ningún romano se había atrevido a cosa semejante. Pero Sila era capaz de ello. Los oficiales, salvo su fiel cuestor Lucio Licinio Lúculo, se negaron a secundarle, pero la tropa se puso entusiásticamente de su lado.

En Roma nadie creía capaz a Sila de llevar la guerra contra su propia patria, y cuando apareció con su ejército ante las murallas, cundió el pánico. Al no disponer de soldados profesionales, Mario y Sulpicio tuvieron que recurrir a ex gladiadores y esclavos para enfrentarse a Sila, quien entró en la

ciudad, aplastó a sus diversos adversarios y se apoderó de Roma, obligando a huir a Mario, a Sulpicio y al viejo Bruto, entre otros. Sulpicio fue capturado antes de abandonar Italia y murió decapitado; Mario, tras terribles vicisitudes en la ciudad de Minturnae, logró llegar a África con el joven Mario y los demás, y allí, tras incontables aventuras, hallaron refugio entre los veteranos que él había asentado en Cercina.

Virtual dueño de Roma, el acto más repudiable de Sila fue clavar la cabeza de Sulpicio en los rostra del Foro para conminar por terror a la obediencia a Cinna (y a otros muchos); derogó las leyes de Sulpicio y decretó las suyas propias. Unas leyes ultraconservadoras, destinadas totalmente a reinstaurar el Senado y a disuadir del radicalismo a los futuros tribunos de la plebe. Satisfecho de haber actuado del mejor modo posible para sostener el tradicional gobierno republicano, se dispuso finalmente a partir hacia Asia Menor e iniciar la guerra contra Mitrídates en el 87 a. de J.C., no sin antes casar a su hija recién enviudada con Mamerco, hermano del difunto Druso y custodio de los huérfanos.

El exilio de Mario, su hijo, el viejo Bruto y otros proscritos duró aproximadamente un año. Una sola medida faltaba para culminar la constitución apresuradamente redactada: lograr que para el 87 a. de J.C. eligiesen unos cónsules que le fuesen fieles. No halló dificultades en el caso del primer cónsul, Cneo Octavio Ruso, pero los puntillosos electores volvieron a votar segundo cónsul a Cinna, y Sila sabía que éste era partidario de Mario. Por ello, trató de ganarse su lealtad a la nueva constitución haciéndole jurar que la acataba, juramento que Cinna invalidó haciéndolo con un guijarro en el puño.

Nada más zarpar Sila para Asia en la primavera del año 87 a. de J.C., comenzaron los disturbios en Roma. Cinna derogó su inválido juramento y se opuso abiertamente a Cneo Octavio y a sus ultraconservadores partidarios, hombres como Catulo César, Publio Craso y Lucio César. Cinna fue expulsado de Roma y declarado proscrito, pero los ultraconservadores no supieron hacer preparativos militares, al contrario de Cinna, que reunió

un ejército y sitió la ciudad. Mario se apresuró a regresar del destierro y desembarcó en Etruria, donde también reunió un ejército con el que marchó en ayuda de Cinna y sus aliados, Quinto Sertorio y Cneo Papirio Carbón.

Desesperados, los ultraconservadores van a ver a Pompeyo Estrabón a Picenum y le suplican que venga en su ayuda, dado que aún no ha disuelto su ejército de leales vasallos. Acompañado por su hijo, Pompeyo Estrabón acude a Roma; pero, una vez ante las murallas de la ciudad, no presenta batalla a Cinna, Mario, Carbón y Sertorio, limitándose a montar un inmenso campamento insalubre ante la puerta Colina, ganándose la animadversión de los vecinos de las colinas norte romanas al contaminar las aguas y causar una terrible epidemia de fiebres entéricas.

El asedio de Roma se prolonga, pero finalmente se da una batalla entre Pompeyo Estrabón y Sertorio sin resultados claros, ya que Pompeyo Estrabón cae enfermo, abandona el combate y muere poco después. Con la ayuda de su amigo Cicerón, el joven Pompeyo hijo se dispone a incinerar a su padre, pero el pueblo de los asolados barrios norte de Roma se apodera del cadáver, lo desvisten, lo atan a un asno y lo arrastran por las calles. Pompeyo y Cicerón lo recuperan tras una intensa búsqueda, y el ultrajado Pompeyo se retira a Picenum con las tropas y el cadáver paterno.

Sin el auxilio de Pompeyo Estrabón, la resistencia de Roma es inviable, y la ciudad se rinde a Cinna y Mario. Cinna se apresura a entrar en ella, pero Mario se niega, alegando que sigue siendo oficialmente un proscrito y que no piensa renunciar a la protección de sus tropas y su campamento hasta que Cinna derogue el decreto de proscripción. Anulación que Cinna lleva a cabo, logrando, además, que Mario sea elegido cónsul por séptima vez, según el vaticinio. También Sertorio se niega a entrar en la ciudad, pero por una circunstancia ajena a los acontecimientos, pues se ha percatado de que Mario ha enloquecido como consecuencia del segundo infarto.

Viendo que las tropas están claramente inclinadas de parte de Mario, Cinna no ve otra alternativa que lograr que tanto él como Mario sean «elegidos» cónsules para el año 86 a. de J.C., para el que sólo faltan unos días. El día de año nuevo, Mario entra en Roma, nombrado cónsul por



séptima vez con arreglo al vaticinio. Le siguen cinco mil libertos fanáticos de su causa.

Se produce un baño de sangre sin precedentes en Roma. Totalmente trastornado, Mario manda a sus soldados asesinar a todos sus enemigos y a muchos de sus amigos, y los rostra se llenan de cabezas, entre ellas las de Catulo César, Lucio César, César Estrabón, Publio Craso y Cneo Octavio Ruso.

Cayo Julio César, padre del pequeño César, regresa a Roma en plena carnicería, y Mario le ordena acudir al Foro para informarle de que su vástago de trece años va a ser nombrado flamen dialis, o sacerdote exclusivo de Júpiter Optimus Maximus, patrón de Roma. Es la solución que el anciano demente ha hallado para impedir que el jovencito César figure por encima de él con su carrera política o militar en los anales de Roma. El flamen dialis tiene prohibido tocar hierro, montar a caballo, llevar armas y ser testigo de muerte (aparte de otros muchos tabúes), no puede combatir ni presentarse a elecciones de cargos curules. Como en el momento de su nombramiento y consagración el flamen dialis ha de contraer matrimonio con otra patricia, Mario ordena a Cinna que conceda a César por esposa a su hija Cinilla, de siete años. Los dos niños se casan, César es nombrado oficialmente flamen dialis, y su pequeña esposa flaminica dialis.

Pocos días después de su séptimo nombramiento consular, Mario sufre un tercer y último infarto, y muere el trece de enero. Su primo Sertorio aniquila a los desaforados libertos que ha traído Mario, poniendo fin a las matanzas. Cinna nombra a Valerio Flaco como colega consular en sustitución de Mario y Roma va recuperando la calma. Al joven César, flamen dialis y casado, le espera un triste y decepcionante futuro como servidor de por vida de Júpiter Optimus Maximus.

## **CRONICA DE ACONTECIMIENTOS ENTRE 86 A. DE J.C. Y 83 A. DE J.C.**

Cinna, una vez afianzado, se hace con el control del reducido Senado, deroga algunas leyes de Sila y permite la existencia del Senado, que, a instancias suyas, despoja oficialmente a Sila del mando del ejército enviado contra Mitrídates, autorizando al otro cónsul, Flaco, a acudir a Asia Menor con cuatro legiones para relevar a Sila. El primer legado de Flaco es Fimbria, un hombre adusto e indisciplinado, pero que cuenta con el afecto de los soldados.

Pero Flaco y Fimbria al llegar a la Macedonia central deciden no continuar hacia el sur de Grecia, donde Sila ha concentrado su ejército, sino que prosiguen la marcha hacia el Helesponto y Asia Menor. Flaco se ve en seguida incapaz de imponerse a Fimbria y queda subordinado a su voluntad. Entre rencillas y distanciamientos, llegan a Bizancio, donde se produce el fatal desenlace. Flaco es asesinado y Fimbria asume el mando, alcanza Asia Menor e inicia con gran éxito la guerra contra Mitrídates.

Sila ha quedado empantanado en Grecia, que ha acogido a los generales de Mitrídates y cuantiosas tropas. La ciudad de Atenas se pasa al enemigo, y Sila la sitia, tomándola tras una encarnizada resistencia. A continuación

obtiene dos resonantes victorias en Orcomenes, junto al lago Copais, en Beocia.

Su legado Lúculo había reunido una flota y logró también victorias frente al Ponto. Después, Fimbria sitió a Mitrídates en Pitane y pidió ayuda a Lúculo para que le ayudara a capturarlo bloqueando el puerto. Pero Lúculo se negó altivamente a colaborar con un romano a quien consideraba nombrado ilegalmente, por lo que Mitrídates logró huir por mar.

En el verano del 85 a. de J.C., Sila había expulsado del continente europeo a los ejércitos del Ponto y había penetrado en Asia Menor. El 5 de agosto (sextilis) el rey del Ponto acuerda firmar el tratado de Dardanus por el que se avenía a replegarse dentro de sus fronteras. Sila se enfrentó a Fimbria, persiguiéndole hasta obligarle a suicidarse en su desesperación; Sila se negó a que las tropas de Fimbria regresaran a Italia y las estacionó para su utilización en las provincias de Asia y de Cilicia.

A pesar de haber obligado a retirarse a Mitrídates en virtud del tratado, Sila sabía que el rey del Ponto seguía siendo un peligro, pero tampoco ignoraba que si él prolongaba su estancia en Asia Menor perdería la ocasión de alcanzar el puesto que él consideraba merecer en Roma. Su esposa Dalmática y su hija Cornelia Sila se habían visto obligadas a huir, escoltadas por Mamerco, para unirse a él, su casa había sido saqueada e incendiada, y sus propiedades confiscadas (aunque Mamerco había logrado salvar la mayor parte). Ahora era un proscrito, despojado de la ciudadanía romana. Sus partidarios y muchos miembros del Senado también habían huido para unirse a él, descontentos con la administración de Cinna. Entre los fugitivos se hallaban Apio Claudio Pulcro, Publio Servilio Vatia y Marco Licinio Craso, este último de Hispania.

Así pues, a Sila no le quedaba otro remedio que volver la espalda a Mitrídates y regresar a Roma; se disponía a hacerlo en el 84 a. de J.C., pero una grave enfermedad le obligó a permanecer en Grecia, desesperándose porque su prolongada ausencia daba tiempo a Cinna y a sus partidarios para prepararse para el enfrentamiento, ya que la guerra era inevitable al no haber sitio en Italia para dos facciones tan opuestas y tan poco dispuestas a perdonar y olvidar.

La misma reflexión se hacía Cinna en Roma, pensando que la guerra era inevitable. Al enterarse de la muerte de su colega consular, Flaco, Cinna nombró como segundo cónsul a un hombre más resuelto, Cneo Papirio Carbón. Juntos, y con el manejable Senado, decidieron hacer frente a Sila antes de que llegase a Italia, y, con la idea de detenerle en Macedonia oriental antes de que pudiese cruzar el Adriático, Cinna y Carbón comenzaron a reclutar un cuantioso ejército que llevaron por mar a Illyricum, al norte de la Macedonia oriental.

Pero el reclutamiento iba despacio, sobre todo en el feudo del finado Pompeyo Estrabón; creyendo que su presencia activaría la incorporación de voluntarios, para animar el alistamiento, Cinna viaja a Ancona, donde recibe la visita del joven Pompeyo, hijo del muerto, quien parece inclinado a unirse a la expedición, pero no lo hace. Muere poco después Cinna en Ancona en circunstancias rodeadas de misterio, y Carbón asume el control de Roma y del Senado, pero decide dejar que Sila desembarque en Italia. Se enfrentarán a él en suelo italiano. Regresan las tropas de Illyricum, y Carbón traza sus planes. Después de asegurarse la elección de dos cónsules dóciles, Escipión Asiageno y Cayo Norbano, Carbón parte a gobernar la Galia itálica y se acuartela con su sección del ejército en el puerto de Ariminum.

Todo queda dispuesto. Sigán leyendo...

# **Primera parte**

**ABRIL DEL 83 A. DE J.C. - DICIEMBRE DEL 82 A. DE J.C.**

Aunque el mayordomo sostenía a la mayor altura posible la lámpara de cinco llamas para iluminar los dos cuerpos tumbados en la cama, sabía que la luz no despertaría a Pompeyo. Para ello necesitaría despabilar a la esposa. Ella se desperezó, frunció el ceño, apartó la cabeza como para seguir durmiendo, pero por la puerta llegaba un fuerte murmullo de la mansión y el mayordomo la llamaba.

—¡Domina! ¡Domina!

A pesar de su perplejidad —los sirvientes no tenían costumbre de entrar en el dormitorio de Pompeyo— la púdica Antistia se cubrió decentemente antes de incorporarse.

—¿Qué sucede?

—Un mensaje urgente para el amo. Despertadle y decidle que salga al atrium —gruñó zafiamente el doméstico.

Las llamas se contrajeron y despidieron humo en el momento en que giró sobre sus talones para abandonar la habitación, y, al cerrarse la puerta, Antistia volvió a quedar envuelta en tinieblas.

¡Aquel hombre ruín lo había hecho a propósito! Pero ella sabía que la camisa estaba a los pies del lecho, se la puso y pidió luz a voces.

A Pompeyo no lo despertaba nada. Lámpara en mano y bien abrigada, Antistia volvió a acercarse a la cama y contempló aquella anatomía inmóvil, que tampoco parecía sentir frío, boca arriba y destapado hasta la cintura.

Ya en otras ocasiones había tratado en vano de despertarle a besos, aunque por otros motivos. Había que hacerlo zarandeándole y aporreándole.

—¿Qué hay? —dijo él, sentándose y pasándose las manos por la espesa pelambrera color paja, tiesa como un copete. Sus ojos azules la miraron vigilantes. Así era Pompeyo: dormido como un muerto y totalmente despierto en un instante, hábitos del soldado—. ¿Qué hay? —repitió.

—En el atrium tienes un mensaje urgente.

Pero apenas había acabado Antistia la frase cuando él ya estaba en pie, calzado con unas pantuflas y con una túnica descuidadamente echada sobre

su hombro pecoso. Inmediatamente salió del cuarto, cerrando la puerta.

Antistia permaneció un instante inmóvil, sin saber qué hacer. Su esposo había dejado la lámpara, pues él veía en la oscuridad como los gatos, y nada la impedía seguirle, aunque quizá no le gustase. ¡No importaba! Sin duda, las esposas tenían derecho a compartir noticias de tanta importancia como para que los criados las anunciaran interrumpiendo el sueño de sus amos. Y salió del dormitorio con la lamparita para alumbrarse perentoriamente el camino por el enorme pasillo enlosado y de paredes de piedra. Un recodo, unos escalones, y se vio fuera de la imponente fortaleza gala en la civilizada villa romana, enlucida y primorosamente decorada con frescos.

Brillaban luces por doquier, y los criados se movían afanosos.

Y allí estaba Pompeyo, con una simple túnica y, sin embargo, como si fuese Marte en persona. ¡Ah, qué hombre tan extraordinario!

Y debía de aprobar su presencia, pues se había percatado de su llegada. Pero en aquel preciso momento llegó Varrón a toda prisa y se esfumaron las posibilidades de Antistia de compartir la causa que había motivado aquel desconcierto.

—¡Varrón! ¡Varrón! —gritó Pompeyo, lanzando a continuación un alarido muy poco romano; un alarido como el que antaño proferían los galos al cruzar los Alpes para apoderarse de grandes zonas de la península, incluido Picenum, el pueblo natal de Pompeyo.

Antistia se sobresaltó y advirtió que Varrón también daba un respingo.

—¿Qué sucede?

—¡Sila ha desembarcado en Brundisium!

—¿En Brundisium? ¿Cómo lo sabes?

—¿Y qué importa? —replicó Pompeyo, cruzando el suelo de mosaico para agarrar al pequeño Varrón por los hombros y zarandearle—. ¡Ha llegado, Varrón! ¡Comienza la aventura!

—¿Aventura? —inquirió Varrón, aturdido—. ¡Vamos, Magnus, no seas chiquillo! No es una aventura, sino una guerra civil... ¡y otra vez en suelo itálico!

—Me da lo mismo —replicó Pompeyo—. Para mí es una aventura. ¡Si supieras cuánto ansiaba esta noticia, Varrón! ¡Desde que Sila partió, Italia ha estado más sumisa que el perrillo de una vestal!

—¿Y el asedio de Roma? —preguntó Varrón bostezando.

La euforia desapareció del rostro de Pompeyo, que dejó caer los brazos, dio un paso atrás y miró con aire sombrío a su interlocutor.

—¡Prefiero olvidar el asedio de Roma! —replicó—. ¡Por sus malditas calles arrastraron desnudo el cadáver de mi padre atado a un asno!

El pobre Varrón se ruborizó de tal manera que hasta su calva mollera enrojeció.

—¡Oh, Magnus, te pido perdón! ¡No quería... no iba yo siendo tu huésped... te ruego me perdones!

Pero Pompeyo se sobrepuso a su enojo, se echó a reír y dio una palmada a Varrón en la espalda.

—¡Bah, ya sé que no lo hiciste tú!

Hacía un frío intenso en el amplio atrium, y Varrón se cubrió el torso con los brazos.

—Mejor será que salga para Roma inmediatamente.

—¿Para Roma? —replicó Pompeyo, mirándole de hito en hito—. ¡Tú no vas a Roma; vienes conmigo! ¿En Roma qué va a pasar? Un rebaño de borregos corriendo de aquí para allá dando balidos y esas viejas del Senado discutiendo durante días enteros. ¡Ven conmigo, que será más divertido!

—¿Y a dónde piensas ir?

—Pues a unirme a Sila.

—Para eso no me necesitas, Magnus. Monta a caballo y ya está. A Sila le alegrará contarte entre sus jóvenes tribunos militares; estoy seguro. Tú tienes experiencia de combate.

—¡Oh, Varrón! —replicó Pompeyo con unos aspavientos que traicionaban su exasperación—. ¡No pienso unirme a Sila como joven tribuno militar! ¡Voy a llevarle tres legiones más! ¿Voy a ser yo lacayo de Sila? ¡Eso nunca! En esta empresa quiero ser su asociado.

La sorprendente afirmación dejó pasmados a la esposa de Pompeyo y a su amigo y huésped. Consciente de que había ahogado un grito de sorpresa,



Antistia se apartó a un rincón fuera del alcance de la vista de Pompeyo; él ya había pasado por alto su presencia y ella quería escuchar. Necesitaba escuchar.

En los dos años y medio que llevaba casada con él, Pompeyo sólo en una ocasión se había apartado de ella más de un día. ¡Era una maravilla verse tan solicitada! Cosquillas, empujones, revolcones, apretujones, mordiscos, señales... Era como un sueño. ¿Quién lo habría imaginado? Ella, hija de un senador de poca monta y escasa fortuna, ¡casada con Cneo Pompeyo, llamado Magnus! Un hombre con una fortuna merced a la cual habría podido casarse con quien hubiera querido, señor de media Umbría y de Picenum, tan rubio y hermoso que todos decían que era como Alejandro Magno redivivo... ¡Qué marido le había buscado su padre! Y, además, después de varios años desesperando de no encontrar esposo por la escasez de su dote...

Sí, claro que sabía por qué Pompeyo se había casado con ella: por un buen servicio que le había prestado su padre, que había sido el juez del proceso que le habían instruido. Había sido una historia sonada y todo Roma se había enterado. El caso es que Cinna necesitaba desesperadamente una gran suma para financiar su campaña, y esa suma saldría de la fortuna del joven Pompeyo. Por eso el joven había sido procesado por cargos más bien atribuibles a su fallecido padre, Pompeyo Estrabón, que se había apropiado ilícitamente de parte del botín de Asculum Picenum: una red de caza y unas cajas de libros. Una insignificancia. La trampa estaba no en la magnitud del delito, sino en la multa. Si Pompeyo era declarado culpable, los validos de Cinna decidirían la cuantía del castigo, con entera libertad para despojarle de su fortuna.

Un hombre de talante más romano habría decidido batallar ante los tribunales y sobornar al jurado en caso necesario, pero Pompeyo, cuyo rostro proclamaba sus orígenes galos, optó por casarse con la hija del juez. Eso había sucedido en octubre, y, mientras discurrían noviembre y diciembre, el padre de Antistia había dejado que el proceso se estancara. El

juicio de su yerno no llegó a celebrarse, pospuesto por augurios adversos, acusaciones de jurados corruptos, reuniones del Senado, malarias y pestes. Y en enero, el cónsul Carbón convenció a Cinna para que buscara de otro modo el dinero que tanto necesitaba. La fortuna de Pompeyo se había salvado.

Antístia, con apenas dieciocho años, había seguido a su deslumbrante marido a sus posesiones del noreste de la península itálica, y allí, en la imponente mole de piedra negra del reducto de Pompeyo se había entregado encantada a los deleites de ser su esposa. Afortunadamente para ella, era una jovencita llena de hoyuelos y curvas, madura para el amor, y nada había enturbiado su felicidad durante cierto tiempo, y cuando las punzadas de la insatisfacción se habían hecho sentir no eran consecuencia de la conducta de su adorado Magnus, sino de la de sus leales servidores, criados y feudatarios, que no sólo la miraban por encima del hombro, sino que se esforzaban en demostrarle su desdén. No era cosa insoportable mientras Pompeyo estuviese a su lado para regresar a casa por la noche, pero ahora hablaba de partir para la guerra, de poner en pie de guerra legiones y unirse a la causa de Sila. ¿Qué haría ella sin su adorado Magnus que la protegiese de los desaires de la gente?

Pompeyo seguía tratando de convencer a Varrón de que la única opción adecuada era acompañarle para unirse a Sila, pero aquel pequeñajo delgado y pedante, tan viejo de mentalidad por el simple hecho de haber pertenecido al Senado un par de años, continuaba resistiéndose.

—¿De cuántas tropas dispone Sila? —inquirió Varrón.

—Cinco legiones de veteranos, seis mil soldados a caballo, algunos voluntarios macedonios y del Peloponeso y cinco cohortes de hispanos de ese cerdo estafador que es Marco Craso. Unos treinta y nueve mil soldados.

Era la respuesta que esperaba Varrón.

—Te lo repito, Magnus. ¡No seas chiquillo! —exclamó—. Acabo de ver en Ariminum a Carbón, acuartelado con ocho legiones y una importante fuerza de caballería, y aún no ha concluido el reclutamiento. Sólo en

Campania hay otras dieciséis legiones. Cinna y Carbón llevan tres años reclutando tropas... ¡tienen ciento cincuenta mil hombres armados en Italia y la Galia itálica! ¿Cómo va a poder Sila hacerles frente?

—Sila se los comerá —replicó Pompeyo imperturbable—. Además, yo aportaré tres legiones de curtidos veteranos de mi padre. Los soldados de Carbón son niños de pecho.

—¿De verdad que vas a poner en pie de guerra tu propio ejército?

—Así es.

—Magnus, ¡sólo tienes veintidós años! ¡No puedes esperar que los veteranos de tu padre se alisten!

—¿Por qué no? —quiso saber Pompeyo muy sorprendido.

—Porque, para empezar, te faltan ocho años para poder entrar en el Senado, y veinte para el consulado. Pero aunque los soldados de tu padre estuvieran dispuestos a alistarse bajo tu mando, es ilegal pedirselo. Eres un particular, y los ciudadanos particulares no organizan ejércitos.

—El gobierno de Roma hace más de tres años que es ilegal —replicó Pompeyo—. Cinna ha sido cónsul cuatro veces, Carbón dos, Marco Gratiniano ha sido elegido pretor urbano dos veces, casi la mitad del Senado es ilegal, Apio Claudio se halla proscrito con su imperium intacto, Fimbria anda por Asia Menor firmando acuerdos con Mitrídates... ¡es de risa!

Varrón adoptó una actitud de mula obstinada, cosa no muy difícil para un sabino de la rosea rura, famosa por sus mulas.

—Hay que solucionarlo todo constitucionalmente —dijo.

Respuesta que provocó la carcajada de Pompeyo.

—¡Oh, Varrón, te tengo en mucha estima, pero eres un empedernido irrealista! Si esto puede resolverse constitucionalmente, ¿por qué hay ciento cincuenta mil soldados en Italia y la Galia itálica?

Varrón volvió a hacer un gesto tajante, pero esta vez en signo de rendición.

—¡Bien, de acuerdo! Voy contigo.

Una sonrisa beatífica surcó el rostro de Pompeyo, y, pasando el brazo por los hombros de Varrón, le llevó hacia el pasillo que conducía a sus

aposentos.

—¡Magnífico, magnífico! Así escribirás la historia de mis primeras campañas... Tú tienes mejor estilo que tu amigo Sisena. Soy el hombre más importante de nuestra época y merezco tener mi propio historiador.

—¡Sí que debes de ser importante! —replicó Varrón—. Si no, ¿cómo ibas a tener el desparpajo de llamarte Magnus? ¡El Grande, a los veintidós años, cuando tu padre no había adoptado por sobrenombre más que la condición de sus ojos!

Pompeyo hizo caso omiso de la puya, atareado como estaba, dando instrucciones al mayordomo y al armero.

Finalmente, en el atrio pintado y dorado no quedaron más que Pompeyo y Antistia. él se llegó hasta ella.

—Mi gatita tonta, vas a resfriarte —dijo frunciendo el ceño y besándola con cariño—. Tesoro, vuelve a la cama.

—¿No quieres que te ayude a hacer el equipaje? —preguntó ella en tono afligido.

—Lo harán mis hombres, pero puedes quedarte a verlo.

Esta vez alumbraba el camino un criado provisto de un enorme candelabro; Antistia se apretujó contra su esposo —sin dejar su lamparita— y fue con él hasta el cuarto en que guardaba las armas. Una impresionante colección compuesta por diez corazas distintas de oro, plata y hierro, con correas de cuero y phalerae, espadas y cascos colgados de las paredes, faldillas de tiras de cuero y diversas clases de perneras acolchadas.

—Ahora estáte quietecita ahí como un ratoncito bueno —dijo Pompeyo, levantando a su esposa como una pluma y sentándola encima de dos enormes arcas.

Y allí la dejaron. Pompeyo y sus criados fueron revisando todas las piezas, comentando si tendrían utilidad y convenía llevarlas. Y cuando Pompeyo hubo sacado cuanto necesitaba de los otros baúles, trasladó con toda displicencia a su esposa a otra atalaya para revolver en las arcas en que había estado sentada e ir entregando cosas a los esclavos, hablando tan feliz consigo mismo, que Antistia perdió cualquier esperanza de que fuera a echarla de menos; ni a ella, ni al hogar, ni a la vida civil. Desde luego que

siempre había sabido que él se consideraba antes que nada y sobre todo un soldado, que despreciaba las ocupaciones más rutinarias de sus iguales, la retórica, la ley, el gobierno, las asambleas, las intrigas y los enredos de la política. ¡Cuántas veces no le habría oído decir que llegaría a la silla consular de marfil gracias a su espada y no con bellas palabras y frases vacuas! Ahí estaba ahora, llevándolo a la práctica: militar hijo de un militar, disponiéndose a ir a la guerra.

En cuanto el último esclavo salió cargado con un montón de artefactos, Antistia se deslizó del arcón y se puso delante de Pompeyo.

—Magnus, antes de que te marches, quiero hablarte —dijo.

Era evidente que su esposo consideraba aquel comentario como una pérdida de su precioso tiempo, pero le prestó atención.

—Bien, ¿de qué se trata?

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera de casa?

—No tengo la menor idea —contestó él, gozoso.

—¿Unos meses? ¿Un año?

—Meses, seguramente. Sila se comerá a Carbón.

—Pues me gustaría volver a Roma a vivir en casa de mi padre mientras estés ausente.

él meneó la cabeza, perplejo por la demanda.

—¡Ni mucho menos! No pienso dejar que mi esposa ande por la Roma de Carbón mientras yo estoy luchando con Sila contra él. Tú te quedas aquí.

—Tus criados y otras gentes me detestan, y, no estando tú, me harán la vida imposible.

—¡Tonterías! —contestó él, volviéndole la espalda.

Ella le detuvo poniéndose otra vez ante él.

—¡Por favor, esposo mio, concédeme un momento! ¡Soy tu esposa!

—¡De acuerdo, de acuerdo, Antistia! —exclamó él con un suspiro—. Di lo que tengas que decir, pero de prisa.

—No puedo quedarme aquí.

—Puedes quedarte y te quedarás —replicó él, balanceando el peso de una pierna a otra.

—Magnus... cuando tú no estás, aunque sólo sea unas horas, tus gentes me son hostiles. Nunca me he quejado porque eres amable conmigo y siempre has estado en casa, menos cuando fuiste a Ancona a ver a Cinna. Pero ahora que no hay otra mujer en tu casa, me encontraré muy sola. Sería mejor que volviese a casa de mi padre hasta que acabe la guerra; de verdad.

—Ni lo pienses. Tu padre es partidario de Carbón.

—No lo es. Es independiente.

Era la primera vez que le llevaba la contraria, que se le oponía, y a Pompeyo comenzó a agotársele la paciencia.

—Mira, Antistia, tengo otras cosas que hacer que estar aquí discutiendo contigo. Eres mi esposa y te quedas en mi casa.

—En la que tu mayordomo me desprecia y me deja a oscuras; en donde no tengo sirvientes propios y nadie me hace compañía —replicó ella, mostrándose tranquila y razonable, pero sintiendo ya pánico.

—¡Son puras tonterías!

—Es verdad, Magnus. ¡Es verdad! No sé por qué todos me miran con desdén, pero es así.

—¡Pues claro que sí! —exclamó él, harto de su insistencia.

—¿Ah, sí? —replicó ella, abriendo mucho los ojos—. ¿Qué quieres decir?

—Mi madre era una Lucilia —contestó él, encogiéndose de hombros—. Igual que mi abuela. ¿Y tú qué eres?

—Buena pregunta. ¿Qué soy yo?

Pompeyo notaba que estaba enojada, y eso le irritaba. ¡Mujeres! ¡Él, que estaba a punto de marchar a la primera guerra importante de su vida, y aquella criatura insignificante se dedicaba a escenificar su propio drama! ¿Es que las mujeres no tenían sentido común?

—Eres mi primera esposa —dijo.

—¿Primera esposa?

—Algo provisional.

—¡Ah, ya! —replicó ella, pensativa—. Algo provisional. Quieres decir, supongo, la hija del juez.

—Bueno, no digas que no lo sabías.

—Pero de eso hace mucho tiempo; pensé que era cosa pasada y que me amabas. Mi familia es de origen senatorial; no soy una cualquiera.

—Para un hombre ordinario, no. Pero para mí no eres suficiente.

—Oh, Magnus. ¿De dónde te viene ese engreimiento? ¿Por eso nunca te satisfaces dentro de mí? ¿Porque no soy de bastante calidad para darte hijos?

—¡Sí! —gritó él, dirigiéndose a la puerta.

Ella le siguió con la lamparita en la mano, sin preocuparse porque les oyesen.

—¡Pero sí que te servía cuando Cinna quería arruinarte!

—Eso ya lo hemos dicho —replicó él, apretando el paso.

—¡Qué bien te ha venido que Cinna haya muerto!

—Una suerte para Roma y para todos los buenos romanos.

—¡Tú mandaste asesinarle!

Las palabras resonaron en aquel pasillo de piedra de amplitud suficiente para dar paso a un ejército. Pompeyo se detuvo.

—Cinna murió en una reyerta de borrachos con unos reclutas.

—En Ancona; tu ciudad, Magnus. ¡Tu ciudad! ¡Y poco después de que tú fueras allí a verle! —gritó ella.

Apenas acababa de decirlo cuando Pompeyo la aplastó contra la pared, agarrándola por la garganta. En serio.

—Mujer, no vuelvas a decir eso —dijo, bajando la voz.

—Lo dice mi padre —replicó ella con la boca seca.

—No es que a tu padre le gustara mucho Cinna —añadió él, apretando un poco las manos—, pero a Carbón no le es en modo alguno desafecto, por lo que me daría gran placer matarle. Pero no me da placer matarte a ti. Yo no mato a mujeres. Mantén la boca cerrada, Antistia. Yo nada tengo que ver con la muerte de Cinna; fue un accidente.

—¡Quiero ir a Roma, a casa de mi padre!

—Te digo que no —replicó Pompeyo, soltándola y dándole un empujón—. ¡Déjame en paz!

Y salió, llamando al mayordomo. Ella le oyó, a lo lejos, diciendo a aquel hombre abominable que no le permitiese salir de la fortaleza mientras

él estuviese en la guerra. Temblorosa, regresó despacio al dormitorio que había compartido con Pompeyo durante dos años y medio como primera esposa, alguien provisional e inadecuado para darle hijos. ¿Cómo no se lo habría imaginado, cuando se preguntaba por qué él siempre acababa dejándole un charco pegajoso encima, que luego tenía que limpiarse?

Comenzaban a brotarle las lágrimas. No tardarían en caer, y en cuanto lo hicieran, serían incontenibles durante horas. La desilusión antes de que el amor hubiera perdido su aspecto más atractivo era terrible.

Oyó otro de aquellos chillidos bárbaros que ponían los pelos de punta, y la voz de Pompeyo gritando: «¡Marcho a la guerra! ¡Marcho a la guerra! ¡Sila ha desembarcado en Italia, y es la guerra!»

Apenas había amanecido cuando Pompeyo, con su armadura de plata reluciente y acompañado de su hermano de dieciocho años y de Varrón, se dirigió, encabezando un grupo de administradores y escribas, a la plaza del mercado de Auxinum, en donde plantó el estandarte de su padre, esperando con gran impaciencia a que sus secretarios se acomodaran tras una serie de mesas de caballete, con hojas de papel, plumas y piedras de tinta disueltas en gruesos tinteros de piedra.

Cuando todo estuvo listo, ya se había congregado una apretada multitud que desbordaba el espacio de la plaza y llenaba las calles vecinas. Pompeyo se encaramó ágilmente a una especie de podio que había detrás del estandarte de su padre Pompeyo Estrabón.

—¡Bien, ha llegado la hora! —gritó—. ¡Lucio Cornelio Sila ha desembarcado en Brundisium para reclamar sus derechos... un ininterrumpido imperium, un triunfo y el privilegio de depositar sus laureles a los pies de Júpiter Optimus Maximus dentro del Capitolio de Roma! El año pasado, justo por estas fechas, el otro Lucio Cornelio, el apellidado Cinna, no se encontraba muy lejos de aquí intentando reclutar para su causa a los veteranos de mi padre. No lo consiguió y halló la muerte. Y hoy aquí estoy yo, teniendo ante mí a muchos veteranos de mi padre. ¡Yo soy su heredero! Sus hombres son mis hombres; su pasado es mi porvenir, y voy a



marchar a Brundisium para luchar con Sila, para que haga prevalecer su derecho. ¿Quiénes quieren seguirme?

Breve y sencillo, pensó Varrón admirado. Quizás el joven tuviera razón en aspirar a la silla curul consular esgrimiendo la espada en lugar de bellas palabras. Desde luego, no veía un solo rostro entre aquella muchedumbre que pareciera echar nada de menos en el discurso de Pompeyo. Apenas había acabado de pronunciarlo cuando las mujeres comenzaron a cuchichear respecto a la inminente ausencia de maridos e hijos, y, mientras algunas se retorcían las manos, otras se dedicaban ya a llenar petates con túnicas y calcetines, y otras bajaban los ojos al suelo, ocultando taimadas sonrisas. Los hombres, apartando a su paso a los excitados niños con amagos de bofetadas y puntapiés, se iban acercando a las mesas, y al cabo de un rato los escribas de Pompeyo no daban abasto inscribiendo nombres.

Desde un punto elevado en la escalinata del viejo templo de Picus en Auxinum, Varrón contemplaba sentado todo aquel bullicio, preguntándose si la gente se habría alistado tan de buen grado en las campañas del bizco Pompeyo padre. Seguramente que no. Pompeyo Estrabón había sido el señor de horca y cuchillo; un buen jefe, pero un hombre duro, y, sin duda, le habrían servido de buena gana pero con caras adustas. Era muy distinto con el hijo. Soy testigo de un fenómeno, pensó Varrón. Los mirmidones no se habrían alistado tan alegremente para combatir con Aquiles, ni los macedonios con Alejandro Magno. ¡Cómo le adoran! Es su querido, su mascota, su hijo a la par que su padre.

Una pesada humanidad se dejó caer en el escalón contiguo, y Varrón volvió la cabeza. Era un hombre de rostro coloradote, rematado por cabello rojizo, con unos ojos azules inteligentes que le escrutaban curiosos, a él, el único extranjero de la localidad.

—¿Tú quién eres? —inquirió el rubicundo gigante.

—Me llamo Marco Terencio Varrón, y soy sabino.

—Ah, igual que nosotros, ¿no? Aunque de eso hace ya mucho tiempo. Ahí le tienes —añadió, señalando con su callosa manaza a Pompeyo—. ¡No sabes cómo esperábamos este día, Marco Terencio Varrón, el sabino! ¿No te parece el elegido de los dioses?

Varrón sonrió.

—No sé si será eso exactamente; pero entiendo lo que dices.

—¡Ah, ya veo que no sólo eres un caballero con tres nombres, sino un caballero instruido! ¿Acaso eres amigo de él?

—Puede ser.

—¿Y con qué te ganas la vida?

—Soy senador en Roma y criador de yeguas en Reate.

—¿Mulas no?

—Es mejor criar yeguas que mulas. Tengo unas cuantas rosea rura y algunos asnos sementales.

—¿Y qué edad tienes?

—Treinta y dos —contestó Varrón, encantado del diálogo con aquel lugareño.

Pero el hombre de pronto dejó de preguntar, se acomodó más, apoyándose con el codo en el peldaño superior, y estiró sus hercúleas piernas, que cruzó. Fascinado, el pequeño Varrón contempló aquellos mugrientos pies con dedos tan grandes como los de sus manos.

—¿Y tú cómo te llamas? —inquirió, en el mismo estilo llano de su interlocutor.

—Quinto Scaptio.

—¿Te has alistado?

—¡Todos los elefantes de Aníbal no hubieran podido impedírmelo!

—¿Eres veterano?

—Me enrolé en el ejército de su padre a los diecisiete años. Hace ya cinco, pero he servido en doce campañas, así que no tengo que ir a ninguna más si no quisiera —respondió Quinto Scaptio.

—Pero has querido.

—¡Los elefantes de Aníbal, Marco Terencio, los elefantes de Aníbal!

—¿Eres centurión?

—Quizá lo sea en esta campaña.

Siguieron conversando sin dejar de mirar a Pompeyo, que estaba delante de la mesa del centro saludando jovialmente a unos y a otros de entre la multitud.

—Dice que partirá antes de que la luna se haya ocultado —dijo Varrón—, pero no sé cómo. Comprendo que ninguno de los que se alistan necesitan mucha instrucción, pero ¿de dónde va a sacar armas y corazas? ¿Y acémilas, carros y bueyes? ¿Y de dónde va a sacar el dinero para tan gran empresa?

Scaptio lanzó un gruñido, al parecer jovial.

—¡De eso no tiene por qué preocuparse! Su padre nos dio a todos armas y corazas cuando la guerra contra los itálicos, y cuando murió, el hijo nos dijo que nos las quedásemos. Todos tenemos una mula, y los centuriones tienen carros y bueyes. ¡A los Pompeyos no se les sorprende dormidos! Hay trigo de sobra en los graneros, y mucha comida en las despensas. Nuestras mujeres e hijos no pasarán hambre porque nosotros comamos bien en la guerra.

—¿Y el dinero? —insistió Varrón, afable.

—¿Dinero? —repitió Scaptio con un bufido de desdén—. Servimos a su padre sin que viésemos mucho, es verdad. Por entonces casi no había. Cuando lo tenga, nos lo dará. Si no lo tiene, nos quedamos sin él. él es un buen amo.

—Ya lo veo.

Cesó el diálogo, y Varrón contempló a Pompeyo con renovado interés. Todos contaban historias sobre la proverbial independencia de Pompeyo Estrabón durante la guerra itálica; comentaban cómo había mantenido en pie sus legiones mucho después de que se le ordenara licenciarlas, y cómo con ello había alterado personalmente el curso de los acontecimientos en Roma. No había pasado una fuerte factura al tesoro de Roma cuando Cinna había saldado cuentas después de la muerte de Mario, y ahora Varrón entendía el porqué. Pompeyo Estrabón no se había preocupado por pagar a sus tropas. ¿Por qué había de hacerlo si prácticamente eran de su pertenencia?

En aquel momento, Pompeyo se llegó despacio hacia la escalinata del templo de Picus.

—Voy a salir a buscar un lugar para emplazar el campamento —dijo a Varrón—. Ya veo que has madrugado, Scaptio —añadió, dirigiendo una

amplia sonrisa al hercúleo compatriota.

—Sí, Magnus —contestó el gigante, poniéndose en pie—. Ahora voy a irme a casa a preparar mis pertrechos, ¿no?

Así que todos le llamaban Magnus, pensó Varrón, poniéndose también en pie.

—Te acompaño, Magnus —dijo.

Ya disminuía la muchedumbre y las mujeres regresaban a la plaza; algunos comerciantes comenzaban a instalar sus tenderetes, y los esclavos se apresuraban a exponer en ellos las mercancías. En torno a la fuente, sobre las piedras, empezaban a apiñarse montones de ropa sucia, frente al altar de los Lares, y un par de muchachas se alzaron las faldas para meterse en el agua. Un pintoresco pueblo, pensó Varrón, unos pasos a la zaga de Pompeyo; soleado y polvoriento, unos cuantos árboles de sombra, el zumbido de los insectos, sensación de eternidad, manzanas rugosas en invierno, gente afanosa que lo sabían todo unos de otros. En Auxinum no había secretos.

—Son hombres muy valerosos —comentó a Pompeyo cuando abandonaban la plaza del mercado para ir a por los caballos.

—Varrón, son sabinos como tú —respondió Pompeyo—, aunque procedan de tiempos inmemoriales del este de los Apeninos.

—¡Como yo no! —replicó Varrón, dejándose izar en la silla por un gañán de Pompeyo—. Seré un sabino, pero no soy soldado por naturaleza ni por entrenamiento.

—Pero cumplirías tu deber en la guerra itálica.

—Sí, claro; y he servido en seis campañas. En esa guerra se sucedieron muy rápidamente. Pero desde que concluyó no he vuelto a pensar en una espada ni en una cota de mallas.

Pompeyo se echó a reír.

—Hablas igual que mi amigo Cicerón.

—¿Marco Tulio Cicerón, el prodigioso jurista?

—Sí, el mismo. Detestaba la guerra y no podía con ella, cosa que para mi padre era incomprensible. Pero, de todos modos, era una buena persona; a él le gustaba hacer lo que a mi no me gustaba, y entre los dos mantuvimos

contento a mi padre sin muchas explicaciones. Después de la toma de Asculum Picenum se empeñó en marchar a servir con Sila en Campania y le eché de menos —añadió Pompeyo con un suspiro.

En dos intervalos de mercado de ocho días, Pompeyo tenía sus tres legiones de veteranos voluntarios acampadas en un reducto bien fortificado a unos ocho kilómetros de Auxinum, a la orilla de un afluente del Aesis. Las disposiciones sanitarias del campamento eran impecables, y su mantenimiento se llevaba a rajatabla. Pompeyo Estrabón, más apegado a sus orígenes rústicos, sólo había adoptado una normativa respecto a las fuentes, pozos negros, letrinas, basuras y desagües: cuando el hedor era insoportable, cambiar de sitio. Por eso había perecido por fiebres ante la puerta Colina de Roma, y los vecinos del Quirinal y del Viminal, enfurecidos por la contaminación de sus fuentes, habían ultrajado su cadáver.

Sin salir de su asombro, Varrón contemplaba el progreso del ejército de su joven amigo, maravillándose de las dotes que Pompeyo manifestaba para la organización y la logística. No se le pasaba por alto el menor detalle, y al mismo tiempo todas las ingentes tareas se ejecutaban con la rapidez propia de la magnífica eficiencia. Soy testigo de excepción de un auténtico fenómeno, se decía; este Pompeyo dará un vuelco a todo, cambiará nuestra manera de ver las cosas. No tiene un ápice de temor ni fisura alguna en su confianza.

Sin embargo, recordó que otros estaban también preparados antes de que se desencadenara el conflicto. ¿Qué sucedería cuando todo estuviese en marcha, cuando se vea enfrentado a la oposición —no ya la de Carbón o Sertorio—, cuando se enfrente a Sila? ¡Ésa será la verdadera prueba! Le apoye o no, la relación entre el toro viejo y el joven decidirá el porvenir de éste. ¿Se doblegará? ¿Puede doblegarse? ¿Qué reserva el futuro a alguien tan joven y seguro de sí mismo? ¿Existe alguna fuerza en el mundo, algún hombre, capaz de doblegarlo?

Era evidente que Pompeyo no pensaba que existiese. Aunque no era un místico, había creado un ambiente anímico a su alrededor que magnificaba ciertos instintos suyos que le complacían. Había, por ejemplo, cualidades más propias que adquiridas —como la de ser invencible, la invulnerabilidad, la inviolabilidad— pues eran un logro personal que él había integrado. Era como si, al mismo tiempo que un flujo divino corriese por sus venas, un miasma siguiera rodeándole. Había vivido casi desde niño los más prodigiosos sueños; mil batallas imaginadas, corriendo en el carro de guerra del vencedor laureado en cien triunfos, erguido sobre él como un Júpiter redivivo, con Roma postrada de admiración ante el hombre más grande de la Historia.

En lo que Pompeyo el soñador se diferenciaba de otros de su misma categoría era en la calidad de su contacto con la realidad; él veía el mundo con fría y exacta agudeza, consciente de la posibilidad y la probabilidad, aferrando cual sanguijuela su discernimiento a hechos como montañas, a detalles tan diminutos como una gota de agua clara. Así, sus prodigiosos ensueños eran el yunque mental sobre el que martilleaba la forma de los hechos cotidianos, templándolos y recociéndolos en el marco preciso de su vida real.

Ahora, distribuía a sus hombres en centurias, cohortes, legiones; los entrenaba, pasaba revista a sus pertrechos, descartaba las acémilas viejas, verificaba con recios golpes los ejes de los carros, los zarandeaba, los probaba a toda carrera en el áspero vado a los pies del campamento. Todo había de estar perfecto para que nada pudiera suceder que dejara en entredicho su propia perfección.

Doce días después de la concentración de tropas, le llegaron noticias de Brundisium. Sila avanzaba por la vía Apia, en medio de escenas de recibimiento entusiástico en villorrios, pueblos, ciudades. El mensajero informó a Pompeyo que Sila, antes de ponerse en marcha, había reunido su ejército y le había hecho prestar juramento de lealtad a su persona. Si en Roma había alguien que dudase respecto a la decisión de Sila de curarse en

salud a propósito de posibles acusaciones de alta traición, el hecho de que su ejército le hubiese jurado lealtad, incluso frente al gobierno de Roma, despejaba todas las dudas y confirmaba que la guerra era inevitable.

Y el mensajero había añadido que los soldados de Sila le habían ofrecido su dinero para que pudiera comprar todo el trigo, las verduras y la fruta necesarios durante el avance por Calabria y Apulia, pues no querían caras hoscas que empañasen el destino de su general, no querían campos hollados, pastores muertos, mujeres violadas, ni niños famélicos. Todo se haría conforme a la voluntad de Sila; ya los pagaría más adelante, cuando fuese el amo de Italia y de Roma.

La noticia de que la región sur de la península acogía alborozada a Sila no complació mucho a Pompeyo, que esperaba que cuando él se le uniese con sus tres legiones de curtidos veteranos, hacerlo en condiciones de quien ayuda a quien realmente se encuentra en apuros. Pero era evidente que no era el caso; Pompeyo se encogió de hombros y adaptó sus planes a la situación que le exponían.

—Avanzaremos a lo largo de la costa hasta Buca y luego nos internaremos hacia Beneventum —dijo a sus tres centuriones jefe al mando de las tres legiones.

Eran cargos que, por derecho, hubieran debido ser para tribunos militares de alcurnia, que podría haber encontrado de proponérselo; pero los tribunos militares de casta habrían cuestionado su mando del ejército, y Pompeyo había optado por elegir sus subordinados entre su propia gente, por mucho que algunos aristócratas romanos lo deplorasen de haberlo sabido.

—¿Cuándo nos pondremos en marcha? —inquirió Varrón, al ver que nadie lo preguntaba.

—Ocho días antes del término de abril —contestó Pompeyo.

Pero entonces entró Carbón en escena, y Pompeyo hubo de cambiar de nuevo sus planes.

Desde los Alpes occidentales, la línea recta de la vía Emilia cortaba en diagonal la Galia itálica hasta Ariminum en el mar Adriático, y desde Ariminum, otra excelente vía seguía la costa hasta Fanum Fortunae, en donde comenzaba la vía Flaminia que conducía a Roma. Por ello, Ariminum era de importancia estratégica similar a Arretium, que dominaba el acceso a Roma al oeste de los Apeninos.

Por consiguiente, era lógico que Cneo Papirio Carbón —dos veces cónsul de Roma y ahora gobernador de la Galia itálica— emplazase en un campamento en las proximidades de Ariminum sus ocho legiones y sus tropas de caballería. Desde aquella base podía moverse en tres direcciones: por la vía Emilia, cruzando la Galia itálica, hacia los Alpes occidentales; por la costa del Adriático en dirección a Brundisium, y por la vía Flaminia hacia Roma.

Hacia año y medio que sabía que Sila desembarcaría y que lo haría en Brundisium. Pero en Roma aún había muchos que se pondrían de parte de Sila cuando llegase el momento, a pesar de que se proclamaban neutrales; eran todos hombres con predicamento político capaces de derrocar al gobierno, y por ello no había que perder de vista Roma. Y Carbón sabía también que Metelo Pío, el hijo del Meneítos, se había ocultado en Liguria, al pie de los Alpes occidentales de la Galia itálica; y con Metelo Pío estaban dos buenas legiones que había retirado de la provincia de África cuando los partidarios de Carbón le habían expulsado de ella. Carbón estaba seguro de que en cuanto supiera que Sila había desembarcado, Metelo Pío iría a unirse a él; con el consiguiente riesgo para la Galia itálica.

Naturalmente que había dieciséis legiones estacionadas en Campania, y más próximas a Brundisium que Carbón a Ariminum; pero ¿hasta qué punto eran leales los cónsules de aquel año, Norbano y Escipión Asiageno? No estaba Carbón muy seguro, al faltar de Roma su propia voluntad de hierro. A finales del año anterior se había convencido de dos cosas: de que Sila llegaría en primavera y de que Roma se hallaría más inclinada a oponerse a Sila si él, Carbón, se hallaba ausente de ella. Por ello se había asegurado la elección de dos partidarios incondicionales en Norbano y Escipión Asiageno, y él se había asignado el gobierno de la Galia itálica para no



perder de vista los acontecimientos y poder actuar en el momento preciso en caso necesario. Su elección de cónsules había sido adecuada —al menos teóricamente—, pues ni Norbano ni Escipión Asiageno podían esperar clemencia de Sila. Norbano era un cliente de Cayo Mario, y Escipión Asiageno se había disfrazado de esclavo para huir de Aesernia durante la guerra itálica, acto que había disgustado a Sila. Pero ¿tenían suficientes fuerzas? ¿Utilizarían las dieciséis legiones como buenos generales, o no sabrían hacerlo? Carbón no sabía a qué atenerse.

Había algo con lo que no había contado: que el joven heredero de Pompeyo Estrabón tuviese la audacia de poner en pie de guerra tres legiones de veteranos de su padre y se uniera a Sila. Y no es que Carbón diese importancia a aquel jovenzuelo. Lo que le preocupaba eran las tres legiones de veteranos; porque una vez estuviesen al mando de Sila, él sabría emplearlas magistralmente.

Fue el cuestor de Carbón, el magnífico Cayo Verres, quien le llevó la noticia de la proyectada expedición del joven Pompeyo.

—Habrà que detener a ese muchacho antes de que se ponga en marcha —dijo Carbón, frunciendo el ceño—. ¡Qué estorbo! Esperemos que Metelo Pío no se mueva de Liguria mientras me ocupo del joven Pompeyo, y que los cónsules sean capaces de contener a Sila.

—Con el joven Pompeyo acabaremos pronto —añadió Cayo Verres, con tono seguro.

—Sí, pero no por eso deja de ser un estorbo —añadió Carbón—. Haz el favor de convocar a los legados.

Los legados de Carbón no aparecían, y Verres recorrió el gigantesco campamento de un extremo a otro, consciente de que el tiempo que transcurría enojaría a Carbón. Mientras los buscaba, muchas cosas cruzaron su pensamiento, aunque ninguna de ellas relacionada con la actuación del joven heredero de Pompeyo Estrabón. No, en quien no dejaba de pensar Cayo Verres era en Sila, aunque nunca había hablado con él (y no había motivo para ello, ya que su padre era un humilde senador pedario sin derecho a voz, y él durante la guerra itálica había servido a las órdenes de Cayo Mario y de Cinna), recordaba la mirada de Sila entre el cortejo, el día

de su proclamación como cónsul, y le había impresionado. A Verres le gustaba estar donde hubiese dinero, pues tenía gustos artísticos costosos y grandes ambiciones, y ahora, mientras daba con los legados de Carbón, se preguntaba si no sería el momento de cambiar de bando.

A decir verdad, Cayo Verres no era cuestor sino procuestor, pues su cargo oficial de cuestor había cumplido el año anterior; que siguiera en el cargo era por voluntad de Carbón, que le había nombrado personalmente, alegando que estaba tan satisfecho de él que quería que le acompañase durante su cargo de gobernador de la Galia itálica. Y como la función del cuestor era administrar el dinero de su superior y llevar las cuentas, Cayo Verres había solicitado al tesoro por cuenta de Carbón la cantidad de 2.235.417 sestercios, suma que, hasta el último sestercio (¡incluso los últimos 417!), estaba destinada a cubrir los gastos de Carbón: pago de las legiones, aprovisionamiento de las mismas, un buen nivel de vida para él, para sus legados, sus criados y su cuestor, y a sufragar el coste de mil y un pequeños artículos, inclasificables en las citadas partidas.

Aunque aún no había concluido abril, ya se habían gastado millón y medio de sestercios, lo que significaba que Carbón no tardaría en tener que pedir fondos al tesoro. Sus legados vivían muy bien, y Carbón hacía tiempo que estaba acostumbrado a tener al alcance de la mano los fondos del Estado. Y no digamos Cayo Verres; él también había hundido bien las manos en un tarro de miel antes de meterlas en las bolsas de dinero. Hasta aquel momento había mantenido discretamente sus peculados, pero ahora, pensándose mejor, se dijo que no había necesidad de mantener la sutileza. En cuanto Carbón se alejase para hacer frente a las tres legiones de Pompeyo, él pondría tierra de por medio. Había llegado el momento de cambiar de bando.

Y así lo hizo. Carbón, al amanecer, cogió cuatro legiones, sin caballería, para hacer frente al heredero de Pompeyo Estrabón, y no estaba muy alzado el sol cuando Cayo Verres abandonó también el campamento. Sólo le acompañaban sus criados y no siguió la dirección sur en pos de Carbón, sino que se encaminó a Ariminum, en donde Carbón tenía los fondos en un banco. Sólo dos personas tenían poder para retirarlos: el gobernador Carbón

y su cuestor Verres. Después de alquilar doce mulas, Verres retiró cuarenta y ocho talentos y medio en bolsas de cuero que cargó en los animales, y ni siquiera hubo de dar pretexto alguno, pues por Ariminum se había difundido la noticia del desembarco de Sila, y el banquero sabía que Carbón había emprendido la marcha con la mitad de su infantería.

Mucho antes de mediodía, Cayo Verres había desaparecido con seiscientos mil sestercios de la asignación de Carbón, por caminos secundarios, primero de sus propiedades en el valle alto del Tíber y luego —con las mulas aligeradas en veinticuatro talentos de monedas de plata— por otras rutas a través de las cuales pudiera dar con Sila.

Ignorando que su cuestor había desaparecido, Carbón descendió por la costa del Adriático en dirección a la posición de Pompeyo cerca del Aesis. Avanzaba con tal optimismo, que no se preocupó por hacerlo rápidamente ni adoptó especiales precauciones para ocultar sus movimientos. Sería un buen ejercicio para sus tropas, bisoñas en su mayoría, y nada más. Por muy terribles que pareciesen las tres legiones de veteranos de Pompeyo Estrabón, Carbón tenía suficiente experiencia para saber que ningún ejército puede actuar mejor de lo que ordene su general. ¡Y su general era un chiquillo! La batalla sería un juego de niños.

Cuando le llegó la noticia de la aproximación de Carbón, Pompeyo profirió gritos de alegría y formó inmediatamente a sus soldados.

—¡Ni siquiera tendremos que salir de nuestras tierras para dar nuestra primera batalla! —les gritó—. ¡Carbón en persona viene desde Ariminum a enfrentarse a nosotros en un combate que tiene perdido de antemano! ¿Por qué? ¡Porque sabe que soy yo quien os manda! A vosotros os respeta; pero a mi no. ¿Creéis que él piensa que el hijo del Carnicero sabe mondar huesos y cortar carne? ¡Qué va, Carbón es tonto! ¡Cree que el hijo del Carnicero es demasiado lindo y delicado para mancharse las manos en el oficio de su padre! ¡Pues se equivoca! Y lo sabéis igual que yo. ¡Vamos a demostrárselo!

Y se lo demostraron. Las cuatro legiones de Carbón llegaron al Aesis en orden de combate bastante aceptable y aguardaron disciplinadamente formadas a que los exploradores buscaran un vado del río, crecido por el deshielo de primavera en los Apeninos. Carbón sabía que, no lejos del vado, Pompeyo seguía en su campamento, y era tal su optimismo que ni se le ocurrió pensar en la posibilidad de que hubiera efectuado una aproximación.

Pompeyo, que había dividido sus fuerzas, haciendo cruzar el Aesis a la mitad mucho antes de que Carbón llegase al lugar, cayó sobre éste en el momento en que dos de sus legiones lo habían vadeado y las otras dos estaban a punto de hacerlo. El ataque simultáneo en tenaza a partir de una arboleda de las dos orillas arrolló a las tropas de Carbón, y los hombres de Pompeyo combatieron con saña para demostrar que el hijo del Carnicero hacía honor a su nombre aun mejor que su padre. Pompeyo, obligado a permanecer en la orilla izquierda para dirigir el combate, tuvo que renunciar a lo que más anhelaba: ir en pos del propio Carbón. Su padre no se había cansado de repetirle que los generales no deben alejarse demasiado del campamento por si la batalla no se desarrolla conforme a lo previsto y es necesario emprender la retirada. Así, Pompeyo tuvo que ver cómo Carbón y su legado Lucio Quintio se incorporaban a las dos legiones de la orilla opuesta y emprendían la huida hacia Ariminum. En las dos legiones sorprendidas en la orilla de Pompeyo no hubo supervivientes. El hijo del Carnicero conocía bien su oficio y profirió gritos de júbilo.

¡Había llegado el momento de ir al encuentro de Sila!

Dos días más tarde, en un gran caballo blanco, que él decía era el caballo público de su familia —así llamado porque lo proveía el Estado—, Pompeyo condujo sus tres legiones por terreno muy hostil a Roma pocos años atrás. Los Picentinos del sur, vestini, marrucini, frentanos, eran pueblos que habían luchado por independizar a las naciones aliadas itálicas del yugo de Roma, y que hubieran perdido la guerra era en gran parte culpa de Pompeyo, el hombre que iba a unirse a Lucio Cornelio Sila. Pero nadie

trató de impedir el paso del ejército, y hubo quienes solicitaron alistarse en él. La noticia de la derrota de Carbón se había adelantado a Pompeyo, y aquello eran tierras de gente guerrera; si habían perdido la guerra por la confederación itálica, había otras causas y la opinión general los inclinaba a ser partidarios de Sila antes que de Carbón.

Reinaba una euforia generalizada en el pequeño ejército cuando se alejaron de la costa en Buca para encaminarse por una vía en bastante buen estado hacia Larinum, en la Apulia central. Habían transcurrido dos intervalos de mercado de ocho días cuando llegaron los quince mil veteranos de Pompeyo a la próspera y pequeña ciudad situada en ricas tierras agrícolas y ganaderas. No faltaba ningún miembro de importancia en la delegación que salió a recibir a Pompeyo y a instarle sutilmente a que prosiguiera la marcha.

El próximo combate le esperaba a unos cinco kilómetros de aquella ciudad. Carbón se había apresurado a enviar mensaje a Roma a propósito del hijo del Carnicero y sus tres legiones de veteranos, y Roma trataba de impedir a toda prisa la unión de Pompeyo con Sila: se enviaron dos legiones de Campania, al mando de Cayo Albio Caninas, para detener a Pompeyo, y ambos ejércitos, de pronto frente a frente, entablaron una lucha brutal y sañuda que tenía que ser decisiva; Caninas aguantó lo suficiente para darse cuenta de que no tenía posibilidades de victoria y optó por una rápida retirada con las tropas casi intactas, y un mayor respeto por el hijo del Carnicero.

Por entonces, los soldados de Pompeyo se hallaban tan seguros de sí mismos, que, bajo sus caligae claveteadas de gruesa suela, las millas discurrían como si no costase ningún esfuerzo, y habían iniciado el tercer centenar de éstas con uno o dos tragos de vino débil y agrio para celebrar el hecho. Alcanzaron Saepinum, una ciudad más pequeña que Larinum, y Pompeyo tuvo noticia de que Sila estaba cerca, acampado en Beneventum, en la vía Apia.

Pero antes tuvo que dar otra batalla. Lucio Junio Bruto Damasipo, hermano del viejo amigo y legado de Pompeyo Estrabón, quiso tender una emboscada al hijo del Carnicero en un paraje de agreste terreno entre

Saepinum y Sirpium. La altiva confianza de Pompeyo en su capacidad volvió a demostrarse; sus avanzadillas descubrieron el lugar en que se ocultaban las dos legiones de Bruto Damasipo, y fue Pompeyo quien cayó sobre ellas inesperadamente. Bruto Damasipo perdió varios cientos de hombres antes de poder escapar de su apurada situación y huir hacia Bovianum.

En ninguna de estas tres batallas trató Pompeyo de perseguir al adversario, pero no por los motivos que suponían hombres como Varrón y los tres centuriones primus pilus. Y no es que prestase mucha consideración al hecho de no conocer el terreno e ignorar si se trataba de maniobras de diversión destinadas a hacerle caer en manos de fuerzas más considerables; era que una única obsesión ocupaba la mente de Pompeyo: el próximo encuentro con Lucio Cornelio Sila.

Sus claros ojos soñadores lo anticipaban a modo de escenas teatrales: dos hombres como dioses, de cabello rojo, fuertes y hermosos, desmontando con la fuerza y la gracia de dos gatos gigantes, avanzando uno hacia otro con paso medurado y majestuoso en medio de una carretera a cuyos lados se apiñan viajeros y lugareños; a las espaldas de esos dos hombres magníficos, un ejército, cuyas tropas tienen los ojos clavados en ellos. Zeus caminando al encuentro de Júpiter, Ares caminando al encuentro de Marte, Hércules caminando al encuentro de Milo, Aquiles caminando al encuentro de Héctor. ¡Sí, sería un encuentro que pasaría a la historia, ensombreciendo el de Eneas y Turno! El primer encuentro entre los dos colosos, dos soles; uno de ellos aún fuerte pero declinando. ¡Ah, pero él era el sol en ascenso! Ardoroso y fuerte, y con toda la bóveda celeste por recorrer para conseguir más calor y fuerza. El sol de Sila está ya en poniente, y el mío surge apenas por el horizonte, pensaba Pompeyo eufórico.

Envió a Varrón a presentar sus cumplidos a Sila y para que le hiciera un resumen de su avance desde Auximum, el número de muertos que había hecho, los nombres de los generales que había derrotado. Y para pedir al

propio Sila que avanzase a su encuentro por la carretera para que todos pudieran ver que él llegaba en son de paz para poner sus tropas a la disposición del hombre más grande de su época; a Varrón no le dijo que añadiese «y de cualquier época», pues eso era algo que él no estaba dispuesto a admitir, ni siquiera en un encuentro protocolario.

Su mente había fantaseado mil veces todos los detalles del encuentro, pensando incluso en su propio atavío. Al principio se había imaginado vestido de oro de pies a cabeza, luego le sobrevino la duda y se dijo que la armadura de oro era demasiado ostentosa y podían tildarle de Craso. Y después se vio ataviado con una toga blanca corriente, despojado de toda insignia militar, con la simple franja púrpura de caballero en el hombro derecho; pero la duda volvió a asaltarle y pensó que la toga blanca sobre el caballo blanco sería como un borrón difuso. Finalmente, pensó que revestiría la armadura de plata que su padre le había regalado después del asedio de Asculum Picenum. Como no volvió a asaltarle la duda, pensó que era su mejor imagen.

Pero cuando su criado le ayudó a montar en el enorme caballo público, Cneo Pompeyo (Magnus) se había ataviado con la más simple de las corazas de hierro, con tiras de cuero de la faldilla sin adornos, y un casco igual que el de cualquier soldado. Lo que adornaba era el caballo, pues él era un caballero de las dieciocho centurias primitivas de la primera clase, y su familia poseía caballo público desde innumerables generaciones. Por ello, el caballo iba enjaezado con todas las correas caballerescas imaginables, botones y medallones de plata, arnés de cuero granate con incrustaciones de plata y una manta bordada bajo una silla con adornos repujados y diversos colgantes tintineantes de plata. Parecía —se dijo feliz Pompeyo, al ponerse en marcha por la carretera vacía, con su ejército en formación tras él— un militar auténtico, un trabajador, un profesional. ¡Que el caballo proclamase su gloria!

Beneventum estaba en la orilla del río Calor, en el lugar en que la vía Apia se unía a la vía Minucia procedente de la costa de Apulia y de Calabria. El sol brillaba sobre su cabeza cuando Pompeyo y sus legiones alcanzaban un altozano y veían a sus pies el vado del Calor. Y allí en la

orilla, en medio de la vía, sobre su clásica mula, estaba Lucio Cornelio Sila. Acompañado sólo por Varrón. ¿Y los lugareños? ¿Y sus legados y sus tropas? ¿Y los viajeros?

Algo instintivo hizo que Pompeyo volviese la cabeza y gritase al portaestandarte de su primera legión que diera la orden de alto para que la tropa no siguiera avanzando. Luego, totalmente solo, descendió el promontorio hacia Sila, adoptando su rostro una expresión tan impenetrable que lo sentía cual una máscara de yeso. Al llegar a unos cien pasos, vio que Sila casi caía de la mula, aunque se mantuvo en pie sujetándose con un brazo al cuello del animal y con la otra mano a la sucia oreja; ya erguido, comenzó a avanzar por el centro de la carretera vacía con paso vacilante como de marinero.

Pompeyo saltó de su tintineante caballo público, sin estar muy seguro de que sus piernas fuesen a sostenerle, pero no le fallaron. Que uno de los dos, al menos, actúe como es debido, pensó, y echó a andar con paso decidido.

Ya de lejos, advirtió que aquel Sila no se parecía en nada al que él recordaba, pero conforme se acortaba la distancia fue percatándose de los estragos del tiempo y las enfermedades, y no con simpatía o compasión, sino con horrorizada estupefacción, le invadió una reacción física tan fuerte que por un instante creyó que iba a vomitar.

Para empezar, Sila estaba bebido, cosa que Pompeyo hubiera podido perdonarle si aquel Sila hubiese sido el que él recordaba del día de su toma de posesión del cargo de cónsul. Pero de aquel hombre apuesto y fascinante no quedaba nada; ni siquiera la dignidad de un mechón de pelo gris o blanco. El Sila que avanzaba hacia él llevaba una peluca que cubría su cráneo calvo, un horrendo artificio de ricitos color amarillo rojizo, por debajo del cual colgaban dos largas patillas grisáceas de su propio cabello. No tenía dientes, y su ausencia alargaba aquella barbilla hendida y convertía la boca en una raja fruncida bajo la inconfundible nariz con una leve arruga en la punta. La piel del rostro parecía desollada en parte y como en carne viva, y sólo en algunas partes se veía la blancura natural. Y aunque estaba casi escuálido, debía haber estado gordísimo no hacía mucho, pues la piel



de la cara mostraba profundas arrugas y una barba rala convertía su cuello en una parodia de buitre.

Oh, ¿cómo voy a poder brillar ante el telón de este desecho humano?, se dijo Pompeyo, pugnando por contener las ardientes lágrimas de la decepción.

Ya estaban casi frente a frente, y Pompeyo alargó la mano derecha con los dedos abiertos y la palma vertical.

—Imperator! —exclamó.

Sila lanzó una risita, hizo un gran esfuerzo, alargó la mano, farfulló «¡Imperator!» y cayó sobre Pompeyo con la coraza de cuero manchada y empapada de vino.

Varrón se apresuró a sostenerle, y, con la ayuda de Pompeyo, consiguió hacerle volver hasta su tosca mula y que montara en su lomo desnudo y sucio.

—Se ha empeñado en venir montado para recibirte, como tú dijiste —dijo Varrón en voz baja—. Y no ha habido manera de disuadirle.

Pompeyo, montado en su caballo público, volvió la cabeza e hizo señal a sus tropas para que reanudaran la marcha, se situó al lado de Varrón, que cabalgaba junto a Sila, y los tres se encaminaron a Beneventum.

—¡ Es increíble! —exclamó una vez a solas con Varrón, después de haber dejado a Sila en manos de sus criados.

—Es que ayer tuvo muy mala noche —replicó Varrón, sin poder calibrar el desaliento de Pompeyo, dado que él nunca había caído en las fantasías del joven.

—¿Una mala noche? ¿A qué te refieres?

—El pobre padece de la piel. Cuando estuvo muy enfermo los médicos temieron por su vida y le enviaron a Aedepsus, un balneario no lejos de la Calcídica Eubea; los médicos de aquel templo tienen fama de ser los mejores de Grecia, y ciertamente le salvaron. Le prohibieron la fruta madura, la miel, el pan, los pasteles y el vino. Pero cuando le sumergieron en las aguas medicinales se le resquebrajó la piel de la cara, y desde

aquellos días en Aedepsus padece ataques de un picor insoportable que le hace rascarse hasta ponerse la cara en carne viva. Sigue sin comer fruta, miel, pan ni pasteles, pero el vino le calma el picor, y por eso bebe —añadió Varrón con un suspiro—. Bebe muchísimo.

—¿Y por qué le sucede eso en la cara, y no en los brazos o las piernas? —preguntó Pompeyo, casi sin dar crédito a lo que oía.

—Sufrió una fuerte insolación en la cara... ¿No recuerdas que llevaba siempre un sombrero para protegerse del sol? Pero aquí organizaron una ceremonia para recibirle y se empeñó en asistir a ella a pesar de la enfermedad, yendo, por vanidad, con casco en vez de con el sombrero. Me imagino que ha sido el sol lo que le ha despellejado la cara —dijo Varrón, tan fascinado como Pompeyo asqueado—. Su cara parece una mora espolvoreada con harina. ¡Qué barbaridad!

—Te expresas exactamente igual que un pedante físico griego —replicó Pompeyo, sintiendo que su propio rostro se desprendía por fin de la máscara de yeso—. ¿Dónde estamos alojados? ¿Lejos? ¿Y mis tropas?

—Creo que Metelo Pío se ha encargado de llevar a tus hombres al campamento que les han designado. Nosotros estamos en una casa preciosa en esta misma calle. Si ahora vienes a desayunar, podemos después ir a caballo a ver a las tropas —dijo Varrón, poniendo la mano solícito en el robusto brazo pecoso de Pompeyo, estupefacto por su mal humor. Sabía que en su carácter no había sitio para la compasión, y se preguntaba qué es lo que le soliviantaba de aquel modo.

Aquella noche Sila les obsequió con un banquete en su cuartel general con objeto de que conocieran a los otros legados. En Beneventum había corrido la noticia de la llegada de Pompeyo, de su juventud, su apostura, sus leales tropas, y los legados de Sila andaban disgustados, pensó Varrón complacido al verles las caras; se diría que la niñera les había quitado de la boca un panal de miel, y cuando Sila invitó a Pompeyo a acomodarse en el locus consularis de su propia camilla y no situó a nadie más entre ambos, las miradas fueron de auténtico odio. Pero a Pompeyo le traía sin cuidado.

Se puso cómodo con desenfadado placer y se dedicó a hablar con Sila como si no hubiese nadie delante.

Sila estaba sobrio y no parecía afectado por el picor. Su rostro ya había adquirido cierta costra y se encontraba tranquilo y afable, e, indudablemente, fascinado con Pompeyo. No puedo equivocarme con Pompeyo si Sila también advierte su valía, pensó Varrón.

Considerando lo más adecuado mantener la mirada concentrada en la proximidad en vez de escrutar a todos los presentes, Varrón sonrió a su compañero de camilla, Apio Claudio Pulcher, un hombre al que estimaba.

—¿Sigue siendo Sila capaz de dirigirnos? —preguntó.

—Es tan genial como siempre —contestó Apio Claudio—. Si logramos que no se embriague arrollará a Carbón por muchas tropas que traiga —añadió temblando con una mueca—. Varrón, ¿no sientes las presencias diabólicas en esta sala?

—Ya lo creo —contestó Varrón, aunque no creía que el ambiente que él notaba fuese exactamente el que decía Apio Claudio.

—He estudiado un poco el tema —añadió Apio Claudio— a través de los templos y cultos menores de Delfos, y estamos rodeados de dedos de poder... invisibles, indudablemente. La mayoría de la gente lo ignora, pero personas como tú y yo, Varrón, somos hipersensibles a las emanaciones de otros lugares.

—¿Qué otros lugares? —preguntó Varrón, sorprendido.

—Por abajo, por arriba; por todos lados —respondió Apio Claudio en tono sepulcral—. ¡Dedos de poder! No sé cómo explicártelo mejor. ¿Cómo se pueden describir cosas invisibles que sólo los hipersensibles sienten? No me refiero a los dioses, ni al Olimpo, ni a los numina...

Pero otros de los que estaban en la sala habían atraído la atención de Varrón, que, absorto en escrutar a los legados de Sila, ya no escuchaba al pobre Apio Claudio.

Filipo y Cetego, los grandes tergiversadores. Cada vez que la Fortuna favorecía a alguien nuevo, Filippo y Cetego cambiaban de toga en consonancia, impacientes por servir a los nuevos amos de Roma, y llevaban haciéndolo treinta años. Filippo era el más franco de los dos; había sido

cónsul tras varios intentos vanos, y hasta había logrado el cargo de censor con Cinna y Carbón, el cenit de la carrera política para un romano. Por el contrario, Cetego —un patricio de los Cornelios, pariente lejano de Sila— había permanecido en la sombra, prefiriendo ejercer su poder manipulando a sus colegas pedarios del Senado. Los dos ocupaban la misma camilla, hablando en voz alta y sin hacer caso de nadie.

Había otros tres jóvenes tumbados juntos e ignorando también a los demás. ¡Vaya trío! Verres, Catilina y Ofellas. Tres malvados; estaba seguro. Aunque a Ofellas le preocupaba más su dignitas que los futuros beneficios. En cuanto a Verres y Catilina, no había duda: eran los futuros beneficios lo único que les importaba.

En otra camilla estaban tres estimables y probos ciudadanos. Mamerco, Metelo Pío y Varrón Lúculo (un Varrón adoptado, en realidad hermano de Lúculo, el partidario más fiel de Sila). Era evidente que no les gustaba Pompeyo y no trataban de ocultarlo.

Mamerco, yerno de Sila, era un hombre tranquilo y equilibrado que había salvado la fortuna de su suegro, poniendo también a salvo a su familia en Grecia. Metelo Pío, hijo del Meneítos, y su cuestor Varrón Lúculo habían llegado por mar de Liguria a Puteoli a mediados de abril y cruzado la Campania para unirse a Sila antes de que el Senado de Carbón movilizase las tropas que habrían podido interceptarles. Hasta el momento en que había aparecido Pompeyo, eran ellos quienes habían monopolizado el esplendor del agradecimiento de Sila, pues le habían aportado dos legiones de curtidas tropas. Sin embargo, gran parte de su despectiva actitud respecto a Pompeyo se basaba más en el quién que en el qué o en el porqué. ¿Un Pompeyo del norte de Picenum? Un advenedizo, ¡alguien que no era romano! Su padre, apodado el Carnicero por la manera en que hacía la guerra, podría haber alcanzado el consulado y obtenido un gran poder político, pero nada podía reconciliarle a él ni a su retoño con Metelo Pío o Varrón Lúculo. Ningún auténtico romano, fuese o no de familia senatorial, podía permitirse, a la edad de veintidós años —¡y de modo totalmente ilegal!—, llevar al gran patricio Lucio Cornelio Sila un ejército y exigirle de hecho ser su socio. El ejército que Metelo Pío y Varrón Lúculo habían

llevado a Sila se había convertido automáticamente en suyo propio para hacer lo que quisiera; y si Sila lo hubiese aceptado agradecido, despidiéndoles, ellos se habrían marchado sin pensárselo dos veces, aunque les hubiese dolido. Dos rigoristas puntillosos, pensó Varrón. Ahora, los dos en la misma camilla, miraban airados a Pompeyo porque se había valido de las tropas que había traído a Sila para obtener un mando por el que ni su edad ni sus antecedentes le servían de aval. Había coaccionado a Sila.

En cualquier caso, de todos ellos, el más misterioso para Varrón era Marco Licinio Craso. En otoño del año anterior había ido a Grecia a ofrecer a Sila dos mil quinientos buenos soldados de la Hispania, y apenas había tenido una acogida algo más afable que la que le había dispensado en verano Metelo Pío en África.

El frío recibimiento se debía en su mayor parte al rotundo fracaso del proyecto de enriquecimiento rápido que él y su amigo, el joven Tito Pomponio, habían lanzado entre los inversores de la Roma de Cinna; se había producido hacia finales del primer año en que Cinna había compartido el consulado con Carbón, cuando el dinero comenzaba a reaparecer tímidamente y se había difundido la noticia de que ya no existía la amenaza del rey Mitrídates y que Sila había firmado con él el tratado de Dardanus. Aprovechando el súbito brote de optimismo, Craso y Tito Pomponio habían puesto en circulación acciones de una nueva especulación en Asia, y la bancarrota se produjo al saberse la noticia de que Sila había reorganizado totalmente las finanzas de aquella provincia romana y que no volvería a darse más la corrupta circunstancia de la contrata por empresas para recaudación de impuestos.

En vez de quedarse en Roma, enfrentándose a las hordas de airados acreedores, Craso y Tito Pomponio habían optado por ir en busca de la única persona a la que cabía apaciguar: Sila. Tito Pomponio lo había comprendido inmediatamente y se había marchado a Atenas con su inmensa fortuna intacta. Culto, cortés, un tanto diletante en literatura, encantador y demasiado atraído por los jovencitos, Tito Pomponio había llegado pronto a un entendimiento con Sila, pero como le encantaba el ambiente y el modo

de vida en Atenas, había optado por quedarse a vivir allí, adoptando el sobrenombre de Atico.

Craso no tenía la misma seguridad, y no había comprendido que su única alternativa era Sila hasta mucho después que Atico. La concatenación de circunstancias habían dejado a Marco Licinio Craso como cabeza de familia y empobrecido. El único dinero disponible era de Axia, la viuda no sólo de su hermano mayor, sino también viuda del mediano; y no había sido la importancia de su dote su único atractivo, pues era una mujer guapa, vivaz, amable y amorosa. Igual que Vinuleia, madre de Craso, era una sabina de Reate y, por ello, familiar próxima a ella; su riqueza procedía del rosea rura, los mejores pastos de Italia y tierra de crianza de los magníficos asnos sementales que costaban una fortuna y por los que se llegaban a pagar sesenta mil sestercios, por ser potenciales progenitores de numerosas mulas para el ejército.

Cuando el marido de Axia, Publio, el mayor de los hermanos Craso, murió fuera de Grumentum en la guerra itálica, ella quedó viuda y encinta. Y en aquella familia tan unida y frugal sólo se vislumbró una solución: al concluir los diez meses de luto, Axia se desposó con Lucio, segundo hijo de Craso, de quien no tenía hijo alguno al quedar otra vez viuda cuando Fimbria mató a Lucio en la calle ante la puerta de la casa. Igual sucedía con Vinuleia, pues Craso padre, al ver muerto a su hijo y saber lo que le esperaba, se suicidó allí mismo.

En aquel entonces, Marco, el hijo menor, tenía veintinueve años y era el designado por el padre (cónsul y censor en su día) para conservar el hogar y salvaguardar su nombre y su descendencia. Todas las propiedades de Craso quedaron confiscadas, incluidas las de Vinuleia; pero la familia de Axia mantenía excelentes relaciones con Cinna y la dote quedó a salvo. Y al concluir su segundo período de diez meses de luto, Marco Licinio Craso se casó con ella y adoptó a su sobrino, el pequeño Publio, como hijo. Casada sucesivamente con tres hermanos, a partir de entonces a Axia se la conoció por la Tertulia, cambio de nombre que ella misma propició, dado que el de Axia tenía algo de poco latino, mientras que el de Tertulia soltaba la lengua.

El magnífico proyecto urdido por Craso y Atico —que habría sido un rotundo éxito de no haberse producido la inesperada intervención de Sila en las finanzas de la provincia de Asia— se fue al agua justo cuando Craso comenzaba a ver un aumento en la fortuna familiar, y le hizo poner pies en polvorosa con una parca bolsa y todas sus esperanzas destruidas. Dejaba atrás dos mujeres solas: su madre y su esposa. Dos meses después de su marcha, Tertulia daba a luz a su hijo Marco.

¿Adónde ir? Craso optó por Hispania. Allí había un resto de la antigua fortuna de Craso, pues años antes el padre había viajado a las Casitérides, islas del estaño, negociando un contrato en exclusiva para llevar el metal desde las islas y a través del norte de Hispania hasta las riberas del Mediterráneo. Aquello se había venido abajo con la guerra civil en Italia, pero Craso nada tenía que perder, y a la Hispania Citerior se dirigió; allí, un tal Vibio Paciano, cliente de su padre, le ocultó en un sótano hasta que tuvo la certeza de que las consecuencias de su estafa no iban a seguirle hasta Hispania. Tras lo cual, salió a la luz y volvió a tejer de nuevo el monopolio del estaño, y luego adquirió parte de las minas de plata y plomo de la Hispania Ulterior.

Todo iba estupendamente, pero tales actividades sólo podían prosperar si podía volver a tener acceso a las instituciones financieras y mercantiles de Roma; lo que significaba que necesitaba un aliado más poderoso que cualquiera de los personajes que él conocía. Necesitaba a Sila. Pero para solicitar el apoyo de Sila (ya que carecía del encanto y la educación de que tan bien dotado estaba Tito Pomponio Atico) tendría que llevarle un obsequio. Y el mejor obsequio que podía hacerle era un ejército. Y entre los antiguos clientes de su padre alistó cinco cohortes modestas, pero bien entrenadas y equipadas.

El primer puerto en que atracó fue Utica, en la provincia de África, en donde le habían dicho que Quinto Cecilio Metelo Pío, el hijo del que Cayo Mario llamaba el Meneítos, continuaba tratando de mantener su cargo de gobernador; llegó a principios de verano del año anterior, pero se encontró con que al Meneítos hijo —un pilar de rectitud romana— sus actividades comerciales no le hacían ninguna gracia. Dejó pues a Metelo Pío que

adoptase las disposiciones que creyera conveniente cuando cayera el gobierno, y se dirigió a Grecia a ver a Sila en persona, y éste, que había aceptado su regalo de cinco cohortes de hispánicos, comenzó a tratarle con frialdad.

Ahora estaba allí sentado, con sus ojillos grises clavados humildemente en Sila, a la espera del menor signo de aquiescencia, y, sin la menor duda, disgustadísimo de ver que Sila sólo tenía ojos para Pompeyo. El sobrenombre de Craso pertenecía de muchas generaciones atrás a la famosa familia de los Licinios, pero seguían naciendo vástagos que hacían honor a él, pensó Varrón; significaba rechoncho (o quizás, en el caso del primer Licinio llamado Craso, ¿no habría sido alusión a su cortedad intelectual?). Más alto de lo que aparentaba, Craso tenía la maciza constitución de un buey, y algo de ese animal en la insulsa placidez de su rostro bastante inexpresivo.

Varrón concluyó su examen de los congregados y lanzó un suspiro. Sí, había sido acertado concentrar la mayor parte de sus pensamientos sobre Craso. Todos eran ambiciosos, la mayoría de ellos tendrían capacidad, algunos eran tan despiadados como amorales, pero —aparte de Sila y Pompeyo— Marco Craso era el hombre al que habría de prestarse atención en un futuro.

Mientras regresaba a casa junto a un Pompeyo totalmente sobrio, Varrón se alegró de haber cedido a las exhortaciones de Pompeyo, uniéndose en seguida a su campaña.

—¿De qué te ha hablado Sila? —inquirió.

—De nada extraordinario —contestó Pompeyo.

—Hablabais muy en voz baja.

—¿Verdad que sí? —Varrón, más que verla, sintió la sonrisa de Pompeyo—. Sila no es tonto, aunque ya no sea el que fue. Si el resto de los mohínos comensales no podían oír lo que hablábamos, tampoco sabrán si hablábamos de ellos.

—¿Y ha aceptado Sila ser tu socio en la empresa?

—Yo seguiré mandando en mis legiones, que es lo único que quería. Él sabe que no se las he entregado ni prestado.



—¿Lo hablasteis claramente?

—Ya te he dicho que no es tonto —respondió Pompeyo lacónicamente—. No hemos hablado gran cosa. Así que no existe ningún acuerdo entre los dos, y él no se halla ligado.

—¿Y eso te satisface?

—¡Claro! El no ignora que me necesita —añadió Pompeyo.

Sila se levantó al amanecer al día siguiente, y una hora más tarde tenía a su ejército en marcha en dirección a Capua. Ahora ya se había acostumbrado a impulsos de actividad que coincidían con el estado de su rostro, pues no siempre le picaba, sino que era algo más bien cíclico. Recién superado el ataque, y la consiguiente borrachera, sabía que estaría exento del mal durante unos días si no hacía nada contraproducente que desencadenase otro ciclo; era necesario una rigurosa higiene de las manos y no tocarse para nada la cara. Hasta no encontrarse en semejante situación no se daba uno cuenta de las veces que uno se llevaba las manos a la cara sin pensar, inconscientemente. Y allí estaba, con las glándulas lacrimales endureciéndose en fase de curación y todas las cosquillas, hormigueos y leves movimientos cutáneos que implica el proceso de curación. Lo más fácil era el primer día, aquél, pero conforme transcurrían, tendería a olvidarse y acercaría la mano para rascarse un picor totalmente natural de la nariz o la mejilla, y aquel horror volvería a empezar. Otra vez. Por eso se había autodisciplinado a hacer el mayor número de cosas posible antes de que se produjera el siguiente ataque y luego a beber hasta quedar inconsciente mientras se disipaba.

¡Pero resultaba difícil! Tenía tanto trabajo, tantas cosas por hacer; y no era ni la sombra del que había sido. Todo lo que había conseguido lo había hecho superando gigantescos obstáculos, pero desde que le había surgido aquella enfermedad en Grecia un año atrás, cada día que pasaba se preguntaba por qué molestarse en continuar. Como Pompeyo había advertido muy bien, Sila no era tonto y sabía que le quedaba un tiempo de vida limitado.

Pero, naturalmente, en un día como aquél, en que salía de un ataque de pícor, entendía por qué se molestaba en continuar: porque era el hombre más grande en un mundo que no quería admitirlo. Nabopolosor lo había visto a orillas del Éufrates, y ni los mismos dioses podían desdecir a un adivinador caldeo. En un día como aquél entendía que fuese más grande que ningún otro hombre, incluida la capacidad de sufrimiento. Contuvo una sonrisa (sonreír podía entorpecer el proceso curativo) pensando en su compañero de camilla durante la cena; aquél era uno muy lejos de entender la naturaleza de la grandeza.

Pompeyo el Grande. Sila confiaba en haber descubierto el sobrenombre que le daban los suyos. Un joven que pensaba que la grandeza no hay que ganársela, que la grandeza se adquiere al nacer y se conserva para siempre. Deseo con todo mi corazón, Pompeyo Magnus, pensó Sila, vivir lo bastante para ver quién y qué circunstancias te hacen caer. Pero un muchacho fascinante, en cualquier caso. Indudablemente, una especie de prodigio. No tiene madera de leal subordinado, de eso estaba seguro. No, Pompeyo el Grande era un rival. Y él mismo se consideraba ya como rival. A los veinclós años. Las tropas de veteranos que había traído, Sila sabía cómo utilizarlas, pero ¿de qué modo utilizar mejor a Pompeyo el Grande? Darle bastante rienda suelta, desde luego, cuidando de no asignarle una tarea que no fuese capaz de llevar a cabo. Halagarle, exaltarle, no herir jamás su enorme engreimiento. Hacerle creer que es él el que se aprovecha y no dejarle ver jamás que es él el utilizado. Yo habré muerto mucho antes de su caída, porque mientras yo viva tendré buen cuidado de que ninguno le haga caer. Es demasiado útil. Demasiado valioso.

La mula que montaba Sila lanzó un chillido y agachó la cabeza en asentimiento; pero Sila, consciente de su rostro, se abstuvo de sonreír ante la sagacidad del animal. Estaba esperando. Esperaba un tarro de ungüento y la receta para hacerlo. Hacía casi diez años que había padecido por primera vez la enfermedad cutánea a su regreso del Éufrates. ¡Qué fantástica expedición!

Había llevado con él a su hijo, un adolescente, hijo de Julilla, que había resultado ser un amigo y un confidente como él jamás había conocido. La

mitad perfecta de una relación perfecta. ¡Cuánto habían hablado! De todo lo divino y lo humano. El muchacho había sabido perdonar al padre muchas cosas que el mismo Sila no habría podido perdonarse. Bah, no asesinatos y otras cosas prácticas necesarias, que son actos a los que la vida fuerza a un hombre. No, errores emocionales, debilidades de la mente dictadas por anhelos e inclinaciones que la razón gritaba eran estúpidas, fútiles. Con qué gravedad le había escuchado su hijo y qué bien le había entendido a su corta edad; le había confortado y le había dado excusas que por aquel entonces le habían parecido verosímiles. Y el mundo estéril de Sila se había enaltecido, agrandado, adquiriendo una profundidad y una dimensión que sólo su querido hijo podía darle. Luego, ya seguros en casa, después de la enorme experiencia de la expedición al Éufrates, el joven Sila había muerto. De repente. Su vida se había extinguido en dos insignificantes días. Perdido el amigo y el confidente: perdido el hijo querido.

Las lágrimas quemaban, a punto de brotar. ¡No! ¡No podía llorar! ¡No debía! Si una sola gota resbalaba por su mejilla, volvería el tormento del picor. La pomada. Tenía que concentrar sus pensamientos en el ungüento. Morsimo lo había encontrado en un pueblo perdido junto al río Pyramus en la Cilicia Pedia, y le había calmado, curándole.

Hacía seis meses que había enviado un mensajero a Morsimo, que ahora era etnarca en Tarsus, para pedirle que le buscara el ungüento, aunque tuviera que revolver toda la Cilicia Pedia. Si lo encontraba y —lo que era más importante— conseguía la receta, su piel recobraría la normalidad. Entretanto, aguardaba, sufría y crecía su grandeza. ¿Entiendes, Pompeyo el Grande?

Volvió la cabeza y vio a Metelo Pío el Meneítos y a Marco Craso (Pompeyo el Grande iba en retaguardia a la cabeza de sus tres legiones).

—Tengo un problema —dijo cuando Metelo Pío y Craso se pusieron a su altura.

—¿Quién? —inquirió taimado el Meneítos.

—¡Ah, muy bien! Nuestro estimado Filipo —contestó Sila, sin que un solo gesto alterara su rostro.

—Bueno, aunque no viniese Apio Claudio, Lucio Filippo sería un problema —dijo Craso, con su ábaco mental pasando del uno al dos—, pero no puede negarse que Apio Claudio empeora la situación. Cabría pensar que el hecho de que Apio Claudio sea su tío habría impedido a Filippo expulsarle del Senado, pero no ha sido así.

—Probablemente porque el sobrino es unos años mayor que el tío —añadió Sila humorísticamente.

—¿Qué quieres hacer exactamente con el problema? —inquirió Metelo Pío, para impedir que sus interlocutores se enzarzaran en disquisiciones sobre los vínculos de sangre de las altas clases romanas.

—Sé lo que me gustaría hacer, pero si es o no posible es cosa tuya, Craso —contestó Sila.

—¿Por qué había de afectarme a mí? —replicó Craso, parpadeando.

Echándose hacia atrás el sombrero de paja, Sila miró a su legado con más afecto que tiempo atrás, y Craso, a su pesar, sintió una exaltación en el pecho. ¡Sila contaba con él!

—Es muy bonito ir de camino comprando trigo y comida a los labradores de las distintas localidades —comenzó a argumentar Sila, farfullando un tanto por la ausencia de dientes—, pero a finales de verano necesitaremos una cosecha que se pueda enviar por mar. No es preciso que sea de la magnitud de las de Sicilia o África, pero debe constituir la base de alimentación de mi ejército. Un ejército que confío vaya en aumento.

—Pero en otoño —comentó Metelo Pío con cautela— tendremos todo el trigo que queramos de Sicilia y de África. En otoño habremos tomado Roma.

—Lo dudo.

—¿Por qué? ¡Roma está podrida!

Sila suspiró con labios temblorosos.

—Querido Meneítos, si tengo que hacer que Roma se recupere, tendré que dar a Roma la oportunidad para que decida en favor mío pacíficamente. Y eso no va a suceder en otoño. No puedo mostrarme amenazador, no puedo llegar a paso ligero por la vía Latina y atacar la ciudad como lo hicieron Cinna y Mario cuando yo estaba en Oriente. Cuando yo marché

sobre Roma la primera vez, tenía la sorpresa de mi parte, porque nadie me creía capaz de hacerlo y nadie opuso resistencia salvo unos cuantos esclavos y mercenarios de Cayo Mario. Pero esta vez es distinto; todos esperan que caiga sobre Roma. Si lo hago demasiado aprisa no venceré. ¡Ah, Roma caerá! Se acentuarán los grupúsculos de rebeldes, crecerá la oposición. Me costará más tiempo que el que me queda de vida aplastar la resistencia. Ni tendré tiempo ni puedo permitirme el esfuerzo. Iré hacia Roma muy despacio.

Metelo Pío reflexionó sobre lo que Sila decía y comprendió su lógica, con un gozo que apenas podía ocultar en aquellos ojos glaciales en sus abultadas órbitas. La prudencia no era una virtud vinculada a la nobleza romana; los nobles romanos eran demasiado políticos para ser prudentes. Todo era cosa del momento y se veía en una perspectiva a corto plazo. Hasta Escauro, príncipe del Senado, pese a su gran experiencia y a su vasta auctoritas, no se había mostrado prudente. Ni su propio padre, Metelo el Numídico. Había sido valiente, intrépido, decidido, de principios inquebrantables. Pero no prudente. Por eso al Meneítos le alegraba profundamente saber que hacía el largo camino hacia Roma junto a un hombre prudente, porque él era un Cecilio Metelo y tenía un pie en cada bando, a pesar de su personal preferencia por Sila. Si había algún aspecto de la empresa que le hacía inhibirse, era el hecho de que —por mucho que quisiera evitarlo— acabaría inevitablemente destruyendo una buena proporción de sus vínculos consanguíneos y por vía del matrimonio. Por consiguiente, apreciaba aquella prudente decisión de avanzar despacio hacia Roma; algunos Cecilios Metelos, que de momento apoyaban a Carbón, verían su error antes de que fuese demasiado tarde.

Naturalmente, Sila sabía cómo funcionaba la mente del Meneítos y le dejó concluir sus reflexiones. Él seguía pensando en su propia tarea, con la vista fija entre las tristes orejas de la mula. He vuelto a Italia y pronto, Campania, ese crisol de las mejores cosas de la tierra, surgirá a lo lejos, verde y ondulante, con sus suaves colinas y dulces aguas. Y excluyo expresamente Roma de mi mirada; Roma no me reconcomerá como el picor. Roma será mía, pero a pesar de que muchos han sido mis crímenes y

nula mi contrición, la idea del estupro nunca me ha atraído. Mucho mejor que Roma venga a mí con pleno consentimiento, que verme obligado a forzarla...

—Habréis advertido que desde que desembarqué en Brundisium he estado enviando cartas a todos los caudillos de los antiguos aliados itálicos, prometiéndoles que deseo ver a todos los itálicos inscritos como ciudadanos romanos conforme a las leyes y acuerdos negociados al término de la guerra itálica. Incluso quiero verlos distribuidos en las treinta y cinco tribus. Créeme, Meneítos, me doblaré como una tela de araña bajo el viento antes de atacar Roma.

—¿Qué tienen que ver los itálicos con Roma? —preguntó Metelo Pío, que nunca había sido partidario de conceder plena ciudadanía romana a los itálicos, y que secretamente aplaudía la decisión de Filipo el censor y de su colega Perpena, de impedir la inscripción de itálicos en las listas de ciudadanos romanos.

—Pompeyo y yo hemos recorrido gran parte del territorio que luchó contra Roma, y por doquier hemos sido bien recibidos... quizás esperen que yo cambie la situación en Roma en el asunto de la ciudadanía. El apoyo de los itálicos me ayudará a convencer a Roma para que ceda pacíficamente.

—Lo dudo —replicó muy tieso Metelo Pío—, pero supongo que sabes lo que te haces. Volvamos al asunto de Filipo, que constituye un problema.

—¡Ya lo creo! —dijo Sila, bailándole los ojos.

—¿Y qué tiene que ver Filipo conmigo? —inquirió Craso, considerando que había llegado el momento de interrumpir aquel diálogo.

—Tengo que deshacerme de él, Marco Craso. Pero del modo menos doloroso posible, dado el hecho de que ha logrado convertirse en una reverenciada institución romana.

—Eso es porque se ha convertido para todos en el ideal del contorsionista político pertinaz —añadió el Meneítos con una sonrisa.

—No es una definición desacertada —dijo Sila, asintiendo con la cabeza en vez de sonreír—. Ahora, mi grueso y ostensiblemente plácido amigo Marco Craso, voy a hacerte una pregunta. Y quiero una respuesta

sincera. Dada tu lamentable fama, ¿eres capaz de darme una contestación sincera?

La chanza no hizo mella en la cachaza bovina de Craso.

—Lo intentaré, Lucio Cornelio.

—¿Estás tan apasionadamente apegado a tus tropas hispánicas?

—Teniendo en cuenta que me obligas a buscarles el aprovisionamiento, no —contestó Craso.

—¡Bien! ¿Te marcharías con ellas?

—Si crees que no son imprescindibles, sí.

—¡Bien! Entonces, con tu flemático consentimiento, querido Marco, voy a abatir varios pájaros con la misma flecha. Voy a cederle tus hispánicos a Filippo, para que conquiste y me guarde Cerdeña, y cuando llegue el tiempo de la cosecha en la isla me la envíe a mí —dijo Sila, alargando la mano para coger el odre de vino blanco agrio que llevaba atado a la silla, lo alzó y vertió hábilmente un chorro en su pastosa boca sin que una sola gota le cayera en la cara.

—Filippo se negará a ir —dijo Metelo Pío sin ambages.

—No, no lo hará. Le encantará el encargo —replicó Sila cerrando el cuello en forma de pico de pájaro del pellejo—. Será el dueño absoluto de todas las inspecciones, y los bandidos de Cerdeña le aclamarán. A su lado, parecerán hombres virtuosos.

La duda comenzaba a hacer mella en Craso y le quemaba la garganta, pero no rechistó.

—¿Estás pensando en qué harás sin tropas que mandar?

—Algo parecido —respondió Craso con cautela.

—Podrías serme muy útil —dijo Sila sin poner mucho énfasis en sus palabras.

—¿De qué modo?

—Tu madre y tu esposa pertenecen a prominentes familias sabinas. ¿Y si fueses a Reate para iniciar un reclutamiento de tropas en mi nombre? Podrías empezar allí y acabar en tierras de los marsos —dijo Sila alargando el brazo y asiendo con fuerza la robusta muñeca de Craso—. Créeme,

Marco Craso, la próxima primavera tendrás muchas tareas militares, y buenas tropas, itálicas, si no romanas, para mandar.

—De acuerdo. Me interesa —dijo Craso.

—¡Ah, ojalá todo pudiera resolverse tan bien y tan fácilmente! —exclamó Sila, volviendo a asir el odre.

Craso y Metelo Pío intercambiaron una mirada por encima de aquella cabeza inclinada de rizos falsos absurdos; diría que bebía para paliar los picores, pero lo cierto era que no podía dejar pasar mucho tiempo sin remojar el gaznate. La pesadilla de aquella tortura física le había hecho aficionarse al paliativo como a un amor perenne. ¿Lo sabría o no?

Si hubieran tenido el valor de preguntárselo, Sila les hubiese respondido sin dudar. Sí que lo sabía. Y no le importaba que se supiera, aparte del hecho de que su vino de aspecto flojo estaba bien reforzado. Le habían prohibido el pan, la miel, la fruta y los pasteles, y en su dieta pocas cosas había que le gustaran. Los físicos de Aedeus habían vetado con toda lógica todas aquellas cosas deliciosas, de eso no le cabía la menor duda; cuando llegó allí, sabía que estaba muriéndose. Primero había sentido una gula incontenible por el dulce y los alimentos feculentos y había engordado a tal extremo que hasta su mula se quejaba de la carga; luego, había comenzado a sentir entumecimiento y hormigueo en los pies, y con el tiempo, palpitaciones y dolores, de modo que cuando se tumbaba para dormir no había manera de desentenderse de los malditos pies y la sensación le subía por los tobillos y las pantorrillas y cada vez le costaba más conciliar el sueño. Por ello añadió un vino reforzado a su ración habitual y lo utilizó como droga para dormir. Hasta el día en que vio que sudaba, se ahogaba y perdía peso tan rápidamente que estuvo a punto de desaparecer. Y se dedicó a beber cantimploras y cantimploras de agua sin poder saciar la sed. Y lo más horroroso fue que comenzó a fallarle la vista.

Casi todos aquellos síntomas habían desaparecido o mejorado notablemente después de la estancia en Aedeus. En su rostro no quería ni pensar; él que había sido tan apuesto de joven que los hombres se volvían locos por él, tan apuesto en la madurez que las mujeres se volvían locas... Pero algo que no había desaparecido era su necesidad de beber vino.



Aceptando lo inevitable, los sacerdotes físicos de Aedepsus le habían convencido para que cambiase el vino reforzado que tomaba por los vinos más agrios posibles, y, desde los meses transcurridos desde entonces se había acostumbrado a aquel vino tan seco que le hacía torcer el gesto al beberlo. Cuando no le afectaba el picor controlaba bastante la cantidad que tomaba en el sentido de que no dejaba que entorpeciese su reflexión: bebía lo suficiente para mejorarla. O, al menos, es lo que se decía.

—Ofellas y Catilina seguirán conmigo —dijo, volviendo a cerrar el odre—. Pero a Verres, que, como su nombre indica, es un verraco insaciable, creo que le enviaré a Beneventum, al menos de momento, para que organice los aprovisionamientos y vigile la retaguardia.

—¡Sí que le gustará! —exclamó el Meneítos con una risita que provocó una sonrisa en Craso.

—¿Y el joven Cetego? —preguntó; le dolían las piernas de llevarlas colgando, pues eran unas piernas muy gruesas, y se agitó un poco para cambiar de postura.

—Cetego se quedará de momento —contestó Sila, volviendo a acercar la mano al odre y retirándola resueltamente—. Puede ocuparse de las cosas en Campania.

Poco antes de que su ejército cruzase el río Volturnus, cerca de la ciudad de Casilium, Sila envió seis mensajeros a negociar con Cayo Norbano, el más capaz de los dos cónsules epígonos de Carbón. Norbano había salido con ocho legiones, tomando posiciones para defender Capua, y cuando los enviados de Sila aparecieron con bandera para parlamentar, los mandó detener sin escucharles y ordenó avanzar a sus legiones hasta la llanura de Capua y el pie del monte Tifata. Irritado por el trato tan poco noble dado a sus enviados, Sila se dispuso a dar a Norbano una lección que nunca olvidaría. Descendiendo con sus tropas por la falda del monte Tifata, cayó sobre el incauto Norbano, derrotándole sin que se entablase batalla, y el cónsul tuvo que retirarse a Capua, en donde hizo una selección de la

aterrada tropa, envió dos legiones para defender Neapolis, puerto de la Roma de Carbón, y se dispuso a aguantar un asedio.

Gracias al ingenio de un tribuno de la plebe, Marco Junio Bruto, Capua estaba muy predispuesta a aceptar el actual gobierno de Roma, pues a principios de año Bruto había promulgado una ley que concedía a Capua la condición de ciudad romana, lo que había complacido enormemente a la población, tras varios siglos de haber sido castigada por Roma por sus muchas insurrecciones. Por consiguiente, Norbano no debía preocuparse de que Capua se cansase de él y de su ejército. Capua era una complacida anfitriona de las legiones romanas.

—Tenemos Puteoli y no necesitamos Neapolis —dijo Sila a Pompeyo y a Metelo Pío mientras se dirigían a caballo hacia Teanum Sidicinum —, y podemos prescindir de Capua porque tenemos Beneventum. Ha sido un acierto dejar allí a Cayo Verres —añadió, deteniéndose un instante para reflexionar y asintiendo con la cabeza como contestando a lo que pensaba—. Le daremos una nueva encomienda a Cetego. Le haremos legado de todas las columnas de abastecimiento. ¡Eso pondrá a prueba su diplomacia!

—Ésta es una guerra muy lenta —terció Pompeyo—. ¿Por qué no marchamos sobre Roma?

El rostro que Sila volvió hacia él era, dadas sus limitaciones, una imagen de amabilidad.

—¡Paciencia, Pompeyo! En artes marciales no necesitas que te enseñen, pero tus conocimientos políticos son nulos. Si en lo que queda de año no aprendes nada, al menos te servirá como lección de manejos políticos. Antes de que pensemos en marchar sobre Roma, debemos primero demostrarle que no puede vencer con el actual gobierno. Luego, si se muestra razonable, vendrá a nosotros y se nos ofrecerá.

—¿Y si no lo hace? —inquirió Pompeyo, sin saber que Sila ya había hablado de esto con Metelo Pío y con Craso.

—Ya veremos —se limitó a contestar Sila.

Habían dejado atrás Capua como si Norbano, atrincherado en su interior, no existiese, y proseguían la marcha en dirección al segundo ejército consular de Roma al mando de Escipión Asiageno y su primer

legado Quinto Sertorio. Las pequeñas y muy prósperas ciudades de Campania que cruzó Sila, más que capitular le recibieron con los brazos abiertos, pues le conocían bien; él había mandado los ejércitos de Roma en aquella región durante casi toda la guerra itálica.

Escipión Asiageno se hallaba acampado entre Teanum Sídicinum y Cales, lugar en el que un pequeño afluente del Volturnus, alimentado por manantiales, llevaba una buena cantidad de agua ligeramente efervescente y cálida que aun en verano era una delicia.

—¡Este será un excelente campamento de invierno! —dijo Sila.

Y acampó a su ejército en la orilla opuesta del riachuelo que le separaba de su adversario. Hizo regresar la caballería a Beneventum al mando de Cetego y dio instrucciones personales a nuevos mensajeros para que negociaran una tregua con Escipión Asiageno.

—No es un antiguo cliente de Cayo Mario y resultará mucho mas fácil tratar con él que con Norbano —comentó a Metelo Pío y a Pompeyo. Su rostro seguía sanando y había ingerido menos vino que durante el viaje desde Beneventum, lo cual se traducía en un mejor estado de ánimo y una mente más despejada.

—Tal vez —dijo el Meneítos, con gesto de duda—. Si sólo se tratara de Escipión, te diría que estoy totalmente de acuerdo; pero tiene con él a Quinto Sertorio, y ya sabes lo que eso significa, Lucio Cornelio.

—Inconvenientes —dijo Sila impasible.

—¿No deberías pensar en cómo reducir a Sertorio a la impotencia?

—No lo necesito, querido Meneítos. Lo hará el propio Escipión —dijo Sila, señalando con una vara hacia el lugar en el que una curva cerrada del riachuelo aproximaba ambos campamentos—. Cneo Pompeyo, ¿saben excavar tus veteranos?

—¡Ya lo creo! —respondió Pompeyo, parpadeando.

—Bien. Pues, mientras los demás acaban las fortificaciones de invierno, ordénales excavar en la orilla, fuera de nuestras defensas, para hacer una gran piscina —añadió Sila con displicencia.

—¡Qué fantástica idea! —exclamó Pompeyo con igual naturalidad, sonriendo—. Ahora mismo ponemos manos a la obra —añadió, cogiendo la

vara de Sila y señalando hacia la lejana orilla—. General, si te parece, abriré brecha en la orilla y ensancharé el río en vez de hacer una balsa aparte. Y creo que los hombres quedarán contentos si techamos una parte... para que no haga tanto frío más adelante.

—¡Buena idea! Hazlo —contestó Sila afable, viendo cómo Pompeyo se alejaba a buen paso.

—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó Metelo Pío, frunciendo el ceño, al ver a Sila tan amable con aquel joven engreído.

—Él ya lo sabe —contestó Sila, críptico.

—¡Pero yo no! —exclamó el Meneítos intrigado—. ¡Acláramelo!

—¡Confraternización, querido Meneítos! ¿Tú crees que las tropas de Escipión van a sucumbir a la tentación del balneario de Pompeyo? Al fin y al cabo, también son soldados romanos, y no hay nada mejor que una actividad placentera compartida con los amigos. En cuanto Pompeyo tenga acabada la piscina, disfrutarán de ella tantos hombres de Escipión como de los nuestros. Y en seguida comenzarán a charlar: las mismas bromas, las mismas quejas, la misma clase de vida. Te apuesto algo a que no hará falta librar una batalla.

—¿Y con lo poco que le has dicho él lo ha comprendido?

—Totalmente.

—¡Me sorprende que se haya avenido a ayudarte! Porque él quiere una batalla.

—Cierto. Pero ya se ha dado cuenta de cómo soy, Pío, y sabe que no va a haber batalla esta primavera. Ya sabes que en su estrategia no entra el incomodarme. Me necesita tanto como yo a él —dijo Sila, riendo cautamente sin mover la cara.

—Me parece que es de los que deciden antes de lo que tú crees que no te necesita.

—Pues te equivocas.

Dos días más tarde, Sila y Escipión Asiageno parlamentaban en la carretera entre Teanum y Cales, acordando un armisticio. Por entonces,

Pompeyo había terminado la balsa y tras publicar una lista de turnos de personal —como metódico que era— que dejaba tiempo suficiente para que lo utilizaran también los de la otra orilla, la inauguró para recreo de la tropa. Al cabo de dos días, el tránsito de soldados entre uno y otro campamento era tan crecido que...

—Más valdría que olvidásemos que somos adversarios —comentó Quinto Sertorio a su comandante.

—¿Qué mal hay en ello? —replicó Escipión Asiageno con gesto de sorpresa.

El único ojo que le quedaba a Sertorio se alzó hacia el cielo. Seguía siendo un hombrón, y su contextura física, a mitad de la tercera década, se había asentado definitivamente, confiriéndole un temible aspecto de toro. Cosa que en ciertos aspectos era lamentable, pues le confería un aspecto bovino totalmente ajeno a la potencia y valía de su mente. Era primo de Cayo Mario y había heredado de él más capacidad militar y personal que su propio hijo; había perdido el ojo en una escaramuza justo antes del sitio de Roma, pero como era el izquierdo y él no era zurdo, la pérdida no le había hecho perder cualidades guerreras; la cicatriz había transformado su agradable rostro en algo caricaturesco, pues el lado derecho seguía siendo atractivo mientras que el izquierdo exponía impudicamente la horrible contradicción.

El caso era que Escipión le subestimaba, no le respetaba ni entendía. Y ahora le miraba sorprendido.

Sertorio insistió.

—¡Asiageno, piensa! ¿Tú crees que nuestros soldados combatirán bien si les permitimos que hagan amistad con el enemigo?

—Combatirán si se les ordena.

—No estoy de acuerdo. ¿Por qué crees que Sila ha hecho construir esa balsa si no para atraerse a nuestras tropas? ¡No lo ha hecho para esparcimiento de la suyas! ¡Es una trampa y estás cayendo en ella!

—Hemos acordado una tregua, y ellos son tan romanos como nosotros —replicó tercamente Escipión Asiageno.

—A ellos los manda un hombre al que deberías temer como si viniera del infierno, Asiageno. No se le puede ceder en una sola pulgada. Si lo haces, acabará apoderándose de todas las millas desde aquí hasta Roma.

—Exageras —replicó Escipión hierático.

—¡Eres tonto! —farfulló Sertorio sin poder contenerse.

Pero a Escipión le dejó impasible aquel arrebató de malhumor; bostezó, se rascó la mejilla y se miró las uñas cuidadosamente recortadas. Luego, alzó la vista hacia el enorme Sertorio y le sonrió con dulzura.

—¡Márchate! —dijo.

—¡Ya lo creo! ¡Ahora mismo! —replicó Sertorio—. ¡A ver si Cayo Norbano te hace entrar en razón!

—Dale recuerdos —gritó Escipión cuando ya Sertorio abandonaba la tienda, y siguió mirándose las uñas.

Quinto Sertorio cabalgó hasta Capua al galope, y allí encontró un hombre más de su aprecio que Escipión Asiageno. Norbano, el más leal de los partidarios de Mario, no era un seguidor fanático de Carbón, y tras la muerte de Cinna le había seguido siendo leal porque detestaba a Sila aún más que al propio Carbón.

—¿Quieres decir que ese aristócrata fofo ha acordado un armisticio con Sila? —inquirió Norbano, pronunciando con estridencia el odiado nombre.

—Como lo oyes. Y permite a sus tropas confraternizar con el enemigo —añadió Sertorio imperturbable.

—¿Por qué me habrán asignado un colega tan idiota como Asiageno? —gimió Norbano, encogiéndose de hombros—. Bueno, a eso ha quedado reducida Roma, Quinto Sertorio. Le enviaré una airada misiva de la que hará caso omiso; pero sugiero que vuelvas con él. No me gustaría que acabases siendo cautivo de Sila... porque se las arreglaría para asesinarte. Trata de hacer algo que moleste a Sila.

—Muy bien pensado —dijo Sertorio con un suspiro—. Pondré en contra suya a las ciudades de Campania. Los ciudadanos se han declarado partidarios suyos, pero hay descontentos —añadió con un gesto de enojo—. ¡Mujeres, Cayo Norbano! ¡Mujeres! En cuanto oyen el nombre de Sila

pierden el sentido arrobadas. Han sido las mujeres las que han inducido a ponerse de su parte a la Campania; no los hombres.

—Pues convendría que le vieran —dijo Norbano con gesto de asco—. Me consta que tiene aspecto infrahumano.

—¿Peor que yo?

—Dicen que mucho peor.

Sertorio frunció el ceño.

—Algo he oído, pero Escipión no me dejó formar parte del grupo que negoció el acuerdo y no le he visto. Además, Escipión no habló de su aspecto físico. ¡Ah, seguro que le duele, a la preciosa mentula! —añadió con una risa feroz—. ¡Era tan vano como una mujer!

—No te gusta mucho el sexo, ¿verdad? —dijo Norbano sonriente.

—Las mujeres están bien para un polvo, pero no me casaría con ninguna. Mi madre es la única mujer que acepto. ¡ Pero ella es una mujer como debe ser! No mete la nariz en cosas de hombres, no intenta mandar en casa ni utiliza su cunnus como arma —añadió Sertorio, cogiendo el casco y ajustándoselo enérgicamente—. Me marchó, Cayo. Que tengas buena suerte para disuadir de su error a Escipión. Verpa!

Después de pensárselo un poco, Sertorio decidió dirigirse desde Capua a la costa de Campania, en donde el precioso puertecillo de Sinuessa Aurunca podría ser terreno abonado para hacer un manifiesto contra Sila. En Campania no existía casi peligro en las carreteras, pues Sila no había procedido a cortar ninguna de ellas, aparte de la toma de Neapolis. Sin duda, no tardaría en disponer una fuerza en las afueras de Capua para impedir la salida de Norbano, pero durante su estancia allí no habían visto el menor signo de que se dispusiera a hacerlo. En cualquier caso, Sertorio consideró prudente evitar las carreteras principales. Le agradaba aquella sensación de existencia fugitiva; conllevaba una mayor dimensión de vida real y le recordaba vívidamente la época en que se había fingido guerrero celtíbero para espiar entre los germanos. ¡Eso sí que había sido vida, y no esos fofos aristócratas romanos a quienes aplacar y obedecer! Acción

constante, mujeres que sabían cuál era su lugar; hasta había tenido una mujer germánica que le había dado un hijo sin que en ningún momento ella ni el retoño hubiesen representado estorbo alguno; ahora vivían en la Hispania Citerior, en el enclave montañoso de Osca, y el niño sería ya... casi un hombre. ¡Cómo corría el tiempo! No es que los echara de menos, ni anhelase conocer a su único hijo; lo que echaba de menos era aquella clase de vida, la libertad, el bien por excelencia en el que uno se crece como guerrero. Sí, aquello era vida...

Con arreglo a su inveterada costumbre, viajaba sin escolta, ni siquiera un solo esclavo; igual que su primo, el anciano Cayo Mario, él era partidario de que un militar debía ser capaz de cuidar de si mismo. Naturalmente, sus pertrechos los tenía en el campamento de Escipión Asiageno y no iba a volver a por ellos; ¿o sí? Ahora que lo pensaba, había un par de cosas que echaba mucho de menos: la espada que utilizaba normalmente, una cota de malla que se había traído de Galia, de una ligereza y hechura de las que ningún herrero de Italia era capaz, y sus botas de invierno de Liguria. Sí, volvería. Pues aún tardaría varios días en caer Escipión.

Volvió, pues, grupas y fue en dirección noreste, pensando en rodear el campamento de Sila por el lado más alejado, advirtiendo que tras sus pasos avanzaba un grupo por el camino. Cuatro hombres y tres mujeres. ¡Ah, mujeres! Estuvo a punto de volver grupas de nuevo, pero optó por avanzar más aprisa. De todos modos, ellos iban en dirección al mar y él ahora se dirigía a las montañas.

Pero al distinguirlos mejor, frunció el ceño. ¿No conocía al que iba en cabeza? Era un verdadero gigante de pelo muy rubio y muy musculoso, como otros tantos germanos que él había conocido... ¡Burgundus! ¡Por los dioses, era él, Burgundus! ¡Y detrás cabalgaban Lucio Decumio y sus dos hijos!

Burgundus le había reconocido, y ambos azuzaron a su caballo para ir al encuentro, mientras el pequeño Lucio Decumio azotaba a su cabalgadura para no quedarse atrás. ¡Cómo iba a perderse él una sola palabra de la conversación!



—¿Qué demonios haces aquí? —inquirió Sertorio una vez intercambiados apretones de manos y palmadas en la espalda.

—Estamos perdidos; eso es lo que hacemos —contestó Lucio Decumio, mirando airado a Burgundus —. ¡ Esa mole de basura germana juró que conocía el camino! ¡Él qué va a conocer!

Los años que Burgundus llevaba oyendo los interminables insultos que escupía (y nunca mejor dicho) Lucio Decumio, le habían hecho inmune a ellos, y en esta ocasión los soportaba con su habitual paciencia, mirando al pequeño romano del mismo modo que un buey contempla a un mosquito.

—Buscamos las tierras de Quinto Pedio —dijo Burgundus en su torpe latín, sonriendo a Sertorio con una afabilidad que a pocos hombres demostraba—. La señora Aurelia va a recoger a su hija para llevarla a Roma.

Y allí llegaba ella, a lomos de una robusta y lenta mula, perfectamente erguida, bien peinada y sin la menor mota de polvo en su túnica de viaje. La acompañaba su robusta criada gala, Cardixa, y otra que Sertorio no conocía.

—Quinto Sertorio —dijo, acercándose y tomando el mando en cierto modo.

¡Ella sí que era una mujer! Sertorio le había dicho a Norbano que él no estimaba más que a una sola mujer —su madre—, pero se había olvidado de Aurelia. No se explicaba cómo podía ser a la vez tan hermosa y tan inteligente, pero lo cierto es que era la única mujer en el mundo que reunía las dos cualidades. Aparte de que era tan honorable como cualquier hombre: no mentía, no gemía ni se quejaba, trabajaba denodadamente y no se entrometía en los asuntos de los demás. Tendrían casi la misma edad —cuarenta años— y se conocían desde que ella se había casado, más de veinte años atrás, con Cayo Julio César.

—¿Has visto a mi madre? —inquirió Sertorio, mientras ella azuzaba a la mula para apartarse del resto del grupo.

—Desde los ludi romani del año pasado no he vuelto a verla, pero tú la habrás visto entretanto. Este año volverá a estar con nosotros durante los juegos. Lo ha adoptado como costumbre.

—No quiere estar nunca en mi casa —comentó él.

—Es que se encuentra sola, Quinto Sertorio, y tu casa es muy triste, mientras que en la nuestra siempre hay bullicio, y a ella le gusta. No creo que le gustara quedarse más de lo que duran los juegos, pero una vez al año está bien.

Satisfecho con las nuevas de su madre, a quien tanto quería, Sertorio volvió a la cuestión que les ocupaba.

—¿De verdad que os habéis perdido? —preguntó.

—Eso me temo —contestó Aurelia con un suspiro—. ¡Ya verás cuando se entere mi hijo! Me lo reprochará toda la vida. Como es flamen dialis, él no puede salir de Roma y he tenido que confiar en Burgundus. Cardixa dice que es capaz de perderse entre el Foro y el Subura —añadió con desmayada sonrisa—, y yo creía que exageraba, pero ya veo que no.

—Y Lucio Decumio y sus muchachos tampoco han servido de mucho.

—Fuera de la ciudad para poco sirven. Pero, de todos modos —añadió—, no podría haber tenido una escolta más solícita y atenta, y ahora que te hemos encontrado estoy segura de que llegaremos a las tierras de Quinto Pedio sin tardanza.

—No sin tardanza, pero sí que os puedo poner en camino. ¿Has venido a recoger a tu niña, Aurelia? —añadió Sertorio, escrutándola con su único ojo.

—No exactamente —contestó ella ruborizándose—. Quinto Pedio me escribió rogando que viniese. Por lo visto, Escipión y Sila han acampado junto a sus tierras y piensa que Lia estaría más segura en otro lugar. Pero ella no quiere marcharse!

—Una auténtica César. Tozuda —dijo Sertorio sonriendo.

—¡No lo sabes bien! En realidad, habría debido venir su hermano, porque cuando él les dice a sus hermanas que hagan esto o lo otro, las dos se desviven por hacerlo. Pero Quinto Pedio piensa que yo lo lograré. Mi cometido no es recoger a la niña y llevármela a casa, sino convencerla de que venga.

—Lo conseguirás. Los César son tercos, pero no es de los César de donde a tu hijo le viene ese aire de mando, sino de ti, Aurelia —dijo Sertorio, súbitamente brusco—. Espero que comprendas que llevo cierta

prisa, y, aunque hago parte de tu camino, lamento no poder escoltarte hasta casa de Quinto Pedio. Tendrás que recurrir a Sila, que está acampado entre donde estamos ahora y las tierras de Quinto Pedio.

—Y tú vas al campamento de Escipión —añadió ella.

—No iba allí —confesó él—, pero advertí que tenía unas cosas que quería llevar conmigo.

Los enormes ojos malva le miraron apaciblemente.

—Ya entiendo. Escipión no está a la altura.

—¿Tú pensabas que lo estaba?

—No, nunca.

Se hizo un breve silencio mientras volvían grupas por donde habían venido y el resto del grupo los seguía sin decir palabra.

—¿Qué vas a hacer, Quinto Sertorio?

—Entorpecer a Sila lo más posible. Creo que en Sinuessa. Pero después de recoger mis cosas del campamento de Escipión —añadió con un carraspeo—. Puedo llevarte hasta el campamento de Sila. No se atreverá a detenerme si llego acompañándote.

—No, llévanos lo más cerca posible para que podamos dar con su campamento sin perdernos —replicó ella con un breve y agradable suspiro—. ¡Me alegrará volver a ver a Lucio Cornelio! Hace cuatro años que no ha estado en Roma. Cuando venía, siempre iba a visitarme nada más llegar y antes de irse. Era como una tradición. Ahora soy yo quien debe romperla; y todo por culpa de esa hija cabezota. Pero no importa. Lo que cuenta es que Lucio Cornelio y yo volvamos a vernos. He echado mucho de menos sus visitas.

Sertorio estuvo a punto de abrir la boca para prevenirla, pero no llegó a hacerlo. Lo que él sabía del aspecto de Sila era por comentarios, y lo que sabía de Aurelia eran evidencias. Y estaba seguro de que a ella le gustaría descubrirlo por si misma.

Así, cuando las defensas de tierra y troncos del campamento de Sila comenzaron a divisarse a lo lejos del ondulante horizonte de Campania, Quinto Sertorio se despidió de su prima muy serio, arreó al caballo y se alejó.

Otro camino cruzaba la llanura hasta las defensas, hollado ya por el paso constante de carros de aprovisionamiento y las herraduras de los caballos. No había pérdida.

—Hemos debido de pasar de largo —dijo Lucio Decumio—, ¡pero nos lo ocultó a la vista tu culazo, Burgundus!

—¡Vamos, vamos, dejad de pelearos! —dijo suavemente Aurelia.

Y ahí acabó todo. Una hora más tarde el pequeño grupo se detenía ante la puerta, Lucio Decumio solicitaba ver al general y entraban en un mundo extraño y nuevo para Aurelia, que en su vida había estado en un campamento militar. Muchos ojos se clavaban en ella conforme avanzaban por la amplia avenida que cruzaba recta hasta la otra puerta que se veía a lo lejos. Estupefacta, calculó que habría más de cuatro kilómetros.

A medio camino de la vía principalis estaba la única zona de terreno elevado dentro del campamento, un montículo artificial en el que había una casona de piedra. La gran bandera roja del general ondeaba, indicando que estaba en ella, y el oficial pelirrojo que hacía guardia, sentado ante una mesa bajo un toldo, se puso torpemente de pie al ver que era una mujer quien venía a visitar al general. Lucio Decumio, sus hijos, Burgundus, Cardixa y la otra sirvienta permanecieron con los caballos mientras Aurelia avanzaba serena por el sendero hacia el oficial y los centinelas.

Como estaba totalmente envuelta en una voluminosa túnica de fina lana de cervato, lo único que el joven oficial de guardia, Marco Valerio Mesala Rufo, pudo ver fue su rostro. Y qué rostro, pensó, boquiabierto. ¡Tendría la misma edad de su madre, pero qué hermosa mujer! La misma edad de Helena de Troya. Los años no habían mermado el encanto de Aurelia, y aún atraía todas las miradas cada vez que salía a la calle.

—Por favor, quiero ver a Lucio Cornelio Sila.

Mesala Rufo ni le preguntó el nombre ni pensó en prevenir a Sila de su llegada; se limitó a hacerle una reverencia y a indicarle la puerta con la mano. Aurelia entró, dándole las gracias con una sonrisa.

Aunque las persianas estaban abiertas para que entrase el aire, las sombras llenaban la habitación, en particular su fondo, en donde se veía a

un hombre, inclinado sobre una mesa, escribiendo apresuradamente a la luz de una lámpara.

—Lucio Cornelio...

Aquella voz sólo podía ser de ella.

El tiempo se detuvo. El torso inclinado se irguió rígido y se encorvó como alerta a recibir un terrible golpe, y pluma y papel rodaron por la mesa por la fuerza con que fueron apartados. Pero a continuación se la quedó mirando, inmóvil.

—¿Lucio Cornelio? —repitió ella, avanzando unos pasos. Silencio, pero sus ojos comenzaban a acostumbrarse a la penumbra y columbraron una cabeza con cabello que no era el de Lucio Cornelio Sila. Unos ricitos rojoamarillentos, ridículos.

En ese momento él se irguió, como presa de una convulsión, y comprendió que si era Lucio Cornelio; sólo por el hecho de que la miraban los ojos de Lucio Cornelio. No podían ser más que sus ojos.

Dioses del Olimpo, ¿cómo he podido hacerle esto? ¡No lo sabía! ¡De haberlo sabido, ni una torre de asedio habría podido arrastrarme hasta aquí! ¿Qué expresará mi rostro? ¿Qué leerá él en mi expresión?

—¡Oh, Lucio Cornelio, qué alegría verte! —dijo en el tono perfectamente adecuado, y dio los últimos pasos hasta el escritorio para besarle en ambas mejillas llenas de cicatrices.

A continuación, se sentó en una silla plegable, cruzó las manos en el regazo, le dirigió una amable sonrisa con toda naturalidad y aguardó.

—No me proponía volver a verte, Aurelia —dijo sin quitar la vista de ella—. ¿No podías haber aguardado a que llegase a Roma? No me esperaba esta ruptura de nuestra costumbre.

—Creo que te costará llegar a Roma... con tu ejército. O tal vez fuese que yo presentía que sería la primera vez que no irías a verme. Pero no, querido Lucio; no estoy aquí por nada que puedas pensar. He venido porque ando perdida.

—¿Perdida?

—Sí. Busco las tierras de Quinto Pedio. La tonta de mi hija no quiere venir a Roma, y Quinto Pedio, que seguramente no sabrás que es su

segundo esposo, no quiere que esté aquí cerca de dos ejércitos acampados.

Lo había dicho en tono animado y convincente, y estaba segura de que quitaría hierro a su imprevista llegada.

Pero fue Sila quien dijo:

—¿Te he causado impresión, verdad?

—En cierto modo —replicó ella con sinceridad—. Sobre todo por el pelo. Supongo que te has quedado calvo.

—Y sin dientes —añadió él, descubriendo sus encías vacías.

—Bueno, todos llegamos a ello si vivimos lo bastante.

—¿No te gustaría que te besase como lo hice hace algunos años, ¿verdad?

Aurelia ladeó la cabeza, sonriente.

—Ni siquiera entonces quería que me besases, aunque me agradase; y demasiado para mi propia tranquilidad de espíritu. ¡Cómo te ofendiste!

—¿Y qué esperabas? Me rechazaste. Y no me gusta que me rechacen las mujeres.

—¡Bien que me acuerdo!

—Yo me acuerdo de las uvas.

—Yo también.

—¡Ojalá pudiese llorar! —exclamó él, lanzando un profundo suspiro y cerrando los párpados.

—Me alegro de que no puedas, querido amigo —dijo ella con ternura.

—Tú lloraste por mí entonces.

—Cierto; pero no voy a llorar por ti ahora. Sería penar por un reflejo que ha discurrido río abajo hace ya mucho tiempo. Y me alegro de que haya pasado.

Sila se levantó por fin con aire de viejo cansado.

—¿Quieres una copa de vino?

—Sí, claro.

Aurelia advirtió que lo servía de dos jarros distintos.

—No quiero darte la orina que estoy obligado a beber últimamente, seca y agria como yo.

—Yo también estoy bastante seca y agria, pero beberé lo que tú me recomiendes —dijo ella, cogiendo la copa y dando un sorbo con ganas—. Es muy bueno; gracias. Ha sido una larga jornada tratando de dar con Quinto Pedio.

—¿Y cómo es que tu marido te deja sola para hacer esas cosas? ¿Está de nuevo fuera de Italia? —inquirió Sila, sentándose ya menos inquieto.

Una sombra de dureza enturbió los esplendorosos ojos de Aurelia.

—Hace dos años que soy viuda, Lucio Cornelio.

—¿Ha muerto Cayo Julio? —inquirió él sin salir de su asombro—. ¡Si estaba tan sano como un muchacho! ¿Murió en combate?

—No, fue de repente.

—Y aquí estoy yo, con mil años más que él... apegado a la vida —comentó Sila amargamente.

—Eres el caballo de octubre, y él no era más que el centro de la arena. Un buen hombre; me alegro de haber estado casada con él, pero nunca pensé que fuese hombre que necesitase estar apegado a la vida —dijo Aurelia.

—Quizás haya sido mejor así. Si tomo Roma, le habría resultado difícil; y me imagino que habría optado por alinearse con Carbón.

—Estuvo de parte de Cinna por su vinculación a Cayo Mario, pero no sé yo si se habría puesto de parte de Carbón. ¿Está bien tu esposa, Lucio Cornelio? —añadió ella para cambiar de tema, ya mas acostumbrada a su lamentable aspecto, él que había sido hermoso como un Apolo.

—La última vez que supe de ella, sí. Está en Atenas. El año pasado me dio mellizos; niño y niña. Y tiene miedo de que se parezcan a su tío el Meneitos —añadió, conteniendo la risa.

—¡ Oh, no, pobrecitos! Es una bendición tener niños. ¿Piensas a veces en tus otros mellizos, los que te dio tu esposa germánica? Ya serán hombres.

—¡Queruscos que arrancan la cabellera a los romanos y los queman vivos en jaulas!

Se apaciguaría. Estaba ya más tranquilo y menos atormentado. De todos los males que hubiera podido imaginar que aguardaban a Lucio Cornelio Sila, ella no había tenido en cuenta la pérdida de su enorme y singular atractivo. Sin embargo, seguía siendo Sila, y pensó que su esposa seguramente seguiría queriéndole igual que cuando era la imagen de Apolo.

Continuaron charlando un rato, repasando los años transcurridos y comentando diversos hechos; Aurelia advirtió que le complacía hablar de su protegido, Lúculo, y Sila notó que a ella le gustaba hablar de su único hijo, a quien ahora llamaban César.

—Si mal no recuerdo, el pequeño César era muy instruido. Debe gustarle ser flamen dialis —dijo Sila.

Aurelia dudó si hacer un comentario y, finalmente, dijo otra cosa.

—Ha hecho un esfuerzo tremendo por ser un buen sacerdote, Lucio Cornelio.

Sila frunció el ceño y miró por la ventana próxima a él.

—El sol ya está a punto de ocultarse, por eso hay tan poca luz. Debes proseguir tu camino. Ordenaré a unos cadetes que te guíen; las tierras de Quinto Pedio están cerca, detrás de mi campamento. Y dile a tu hija que no sea loca y que se vaya. Mis hombres no son fieras, pero si es una auténtica Julia resultará una grave tentación; y no se puede prohibir a la tropa beber vino estando acuartelada en Campania. Llévatela cuanto antes a Roma. Pasado mañana pondré a tu disposición una escolta hasta Ferentinum, así estarás a salvo de los dos ejércitos acampados en las cercanías.

—Tengo a Burgundus y a Lucio Decumio y sus hijos —dijo Aurelia poniéndose en pie—, pero te agradezco la escolta si puedes procurármela. ¿No hay inminencia de combate entre tú y Escipión?

¡Qué lástima no poder volver a contemplar la encantadora sonrisa de Sila! La había cambiado por un simple gruñido que no alterara las costras y arrugas del rostro.

—¿Ese idiota? No, no preveo ninguna batalla —contestó, ya en la puerta, dándole un leve empujón—. Márchate, Aurelia. Y no esperes que



vaya a verte en Roma.

Se alejó de la casa para unirse a su séquito, mientras Sila daba instrucciones a Mesala Rufo. Y acto seguido se dirigían por la vía Pretoria hacia otra de las cuatro puertas del enorme campamento de Sila.

Ninguno de sus acompañantes había logrado suscitar en ella comentario alguno a pesar de sus miradas, y el resto del viaje respetaron su tan necesaria paz de espíritu y la dejaron entregada a sus pensamientos.

Siempre me ha gustado, aunque se convirtiera en enemigo nuestro. A pesar de que no es buena persona. Mi esposo era una buena persona y yo le amaba y le fui fiel de cuerpo y alma, pero ahora me doy cuenta de que parte de mi ser era de Lucio Cornelio Sila. Una pequeña parte que mi esposo no quiso porque no sabía qué hacer con ella. Lucio Cornelio y yo sólo nos besamos una vez, pero fue tan deleitoso como morboso. Un espejismo apasionado y corrosivo, al que no cedí; pero ¡cómo lo deseaba, por los dioses! Por mi parte fue una batalla ganada, pero quién sabe si no fue una guerra perdida. Siempre que aparecía en mi pequeño mundo cómodo, era como una especie de tempestad que irrumpía; si ciertamente era como Apolo, también era como un Eolo que gobernaba las alas de mi espíritu, y la lira de mi ser profundo musitaba una melodía que mi esposo jamás había escuchado... ¡Oh, esto es peor que el dolor de una muerte y de una separación! Acabo de ver los residuos de un sueño que era de los dos, y el pobre Lucio Cornelio lo sabe. ¡Qué entereza! Otro más pusilánime se habría arrojado sobre la espada.

¡Qué doloroso, qué doloroso para él! ¿Cómo puedo yo sentirlo? ¿Yo que soy trabajadora, práctica, poco imaginativa? ¿Yo que tengo una vida colmada y plenamente satisfactoria? Pero ahora comprendo la parte de mi ser que siempre ha sido suya; la parte que, como un ave, se habría elevado en vertiginosa espiral al impulso de su corazón sin importarle que el mundo allá abajo perdiera importancia. Y no es que lamente haber conservado los pies en la tierra y no haberme elevado. Me alegro de ser como soy; porque él y yo no habríamos conocido un momento de paz. ¡Oh, sufro por él y lloro por él!

Y como ella cabalgaba en cabeza del grupo, con excepción de los oficiales romanos que iban en vanguardia, nadie vio las lágrimas de Aurelia, del mismo modo que nadie había visto las de Sila, la ruina de un sueño.

La carta de paciente crítica que Cayo Norbano envió a Escipión Asiageno de nada sirvió para evitar el desastre que el propio Escipión había propiciado; pero, cuando decidió dar batalla, fue él el primer sorprendido de que sus tropas no quisieran combatir. Las ocho legiones se pasaron en masa a Sila.

De hecho, aunque éste le despojó de sus insignias consulares y del cargo, y le despachó del campamento bajo la escolta de un escuadrón de caballería, Escipión Asiageno fue incapaz de hacerse una idea de la situación en que se hallaba Roma, y se dirigió con toda tranquilidad a Etruria, donde comenzó a reclutar otro ejército entre los numerosos clientes de Cayo Mario. Bien cierto que Cayo Mario había muerto, pero su recuerdo era imperecedero; mientras que Escipión Asiageno era un personaje efímero.

—Ni siquiera se da cuenta que ha roto una tregua formal —dijo Sila, sin acabar de entenderlo—. Ya sé que los Escipiones están de capa caída, pero él es el colmo. No merece los nombres de Cornelio Escipión. Si tomo Roma, mandaré ejecutarle.

—Habrías debido ejecutarle al capturarlo —comentó el Meneítos, mordaz—. Va a sernos un constante estorbo.

—No, Pío, me servirá de cataplasma para el forúnculo de Etruria —replicó Sila—. Para sacar el pus mientras sólo hay una cabeza y antes de que se convierta en un ántrax.

—¡Qué metáfora tan justa! —dijo Metelo Pío, sonriendo más formal.

Aunque todavía no era quintilis y aún no había concluido el verano, aquel año Sila siguió acampado. Habían unido los dos campamentos después de la marcha de Escipión, y los veteranos centuriones de Sila

comenzaron a entrenar a los jóvenes reclutas que habían sido de la Roma de Carbón. El temor que los veteranos de Sila habían infundido en ellos fue más poderoso que el amable factor de la confraternización, y los días pasados en convivencia habían servido para darles a conocer un tipo de militar desconocido para ellos; unos soldados duros, curtidos, profesionales, y no la clase de adversarios que los cándidos reclutas pensaban que podrían encontrar en el campo de batalla. La desertión habría sido su única alternativa.

Pero la defección de Sinuessa Aurunca por influencia de Quinto Sertorio no pasó de ser una molestia, y Sila la sitió únicamente para que sirviera de campo de entrenamiento para el ejército de Escipión y no para rendirla por hambre ni asaltar sus imponentes murallas; aquel año no le interesaba ninguna empresa que provocase grandes pérdidas en vidas humanas. El mejor papel que podía desempeñar Sinuessa era contener al valiosísimo Quinto Sertorio, pues, aislado en ella, era inútil para Carbón que, de otro modo, habría podido valerse de él para mejores fines.

Llegó la noticia de que en Cerdeña Filipo y sus cohortes hispánicas se habían hecho fácilmente con el poder, y de que iba a ser capaz de enviar la cosecha de toda la isla; efectivamente, los barcos cargados de trigo, sin tropezar con galeras piratas, llegaron a tiempo a Puteoli, y así se pudo aprovisionar al ejército de Sila.

Aquel año, el invierno llegó antes de tiempo y fue muy crudo. Para dividir el grueso de sus fuerzas más que duplicadas, Sila envió cohortes para sitiar Capua, Sinuessa y Neapolis, haciendo así que otras ciudades de Campania, además de Teanum, contribuyesen al abastecimiento de sus tropas. Verres y Cetego demostraron ser unos sagaces administradores e inventaron un sistema para almacenar el pescado del Adriático en cubos con nieve apelmazada, y los soldados de Sila, aficionados al pescado, del que nunca había suficiente cantidad fresco, quedaron encantados con aquel lujo inesperado, que dio no poco trabajo a los cirujanos del ejército curando atragantamientos causados por espinas.

Pero todo ello pasó inadvertido para Síla, que se había rascado las costras de la cara y volvió a sufrir los efectos del temido picor. Todos los

que le trataban le aconsejaban que dejase caer las costras sin tocárselas, pero su inquieto temperamento no le dejaba.

e un ataque muy agudo que le tuvo en jaque (quizá por efecto del frío, pensaba Varrón, que quería ayudarle por sus inclinaciones científicas) tres meses seguidos. Tres meses de continua ebriedad y locura para Sila, que gemía y se rascaba, gritaba y bebía. En cierto momento, Varrón le ató las manos a los costados para que no se las llevase al rostro, y —del mismo modo que Ulises atado al mástil, escuchando el canto de las sirenas— supo aguantar el suplicio al tiempo que imploraba que le soltaran. Y volvía a rascarse.

A finales del año Varrón desapareció y fue a advertir a Metelo Pío y a Pompeyo de que dudaba mucho de que Sila estuviese curado en primavera.

—Hay una carta para él de Tarso —dijo Metelo Pío, que se había resignado a soportar a Pompeyo todo el invierno.

Craso estaba con los marsos, y Apio Claudio y Mamercio se hallaban ocupados en asedios en otras localidades.

—¿De Tarso? —dijo Varrón inquieto.

—Eso es. Del etnarca Morsimus.

—¿La envía con un tarro?

—No, es una simple carta. ¿Puede leer?

—Ni mucho menos.

—Pues mejor será que la leas tú, Varrón —dijo Pompeyo.

—Por los dioses, Pompeyo! —exclamó Metelo Pío escandalizado.

—¡Vamos, Meneíto, no seas tan escrupuloso! —comentó Pompeyo hastiado—. Sabemos que está esperando no sé qué remedio mágico, del que encargó su búsqueda a Morsimus. Y ahora le llegan noticias pero no puede leer. ¿No crees que, aunque nada más sea por su bien, Varrón debe leer lo que dice Morsimus?

Y Varrón pasó a leer lo que decía Morsimus.

*Ésta es la receta, que es lo único que puedo enviarte, estimado Lucio Cornelio, mi amigo y patrón. Parece ser que hay que preparar el ungüento más a menudo de lo que la distancia del viaje de Pyramus en Cilicia Pedia*

*hasta Roma lo permitiría. Debes buscar los ingredientes y hacerlo tú. Por suerte, ninguno es una rareza, aunque muchos ingredientes deben de ser difíciles de conseguir.*

*Se necesita un vellocino de carnero o de oveja, que se aplasta con un instrumento duro, pero sin cortarlo. Verás que en el borde de un strigilis se forma una sustancia aceitosa, pero con la dureza de la corteza de queso. La rascas hasta obtener un buen montón; muchas mondaduras, me dijo el que me informó. Luego, las metes en agua; ¡tibia, no caliente!, pero que no esté fría. Lo mejor es meter el dedo y notar que está caliente pero se puede soportar. La sustancia se deshará un poco y flotará en la superficie. Se coge lo que sobrenada hasta llenar un tazón.*

*Después coges el vellocino entero con piel, y con algo de grasa unida a ella —el animal tiene que haber sido sacrificado hace poco—, y lo hierves. La grasa que obtengas la derrites dos veces y llenas con ella un tazón.*

*La grasa de la oveja, según me dice mi informante, requiere un poco de grasa especial del interior del animal, porque la grasa de oveja es muy dura, incluso en un cuarto caliente. Mi informante —una vieja maloliente y repulsiva, y no digamos codiciosa— dice que esa grasa de dentro hay que cogerla de la más dura que hay sobre los riñones del animal, y aplastarla. Luego, se mezcla con agua tibia, igual que las fibras de lana, y se coge la capa que quede arriba en una cantidad equivalente a dos tercios de un tazón. A ello se le añade un tercio de un tazón de bilis recién extraída de la vesícula del animal nada más matarlo.*

*Después, lo mezclas bien todo junto, despacio. El ungüento es bastante duro, pero no tanto como la grasa derretida. Untatelo cuatro veces al día, aunque te prevengo, querido Lucio Cornelio, que apesta horribilmente. Pero mi informante insiste en que debe usarse sin añadir perfumes, especias ni resinas.*

*¡Te ruego me digas si da resultado! La maldita vieja perjura que fue ella quien hizo el tarro que tú usaste con tan buen éxito, aunque yo lo dudo.*

*Vale, Morsimus.*

Y Varrón salió inmediatamente a buscar una horda de esclavos para que le encontrasen un rebaño de ovejas. Tras lo cual, en una casita próxima al edificio en que residía Sila, estuvo ansiosamente supervisando a los atareados cortadores de vellón, viendo la cocción, examinando cadáveres y riñones, comprobando él mismo la temperatura del agua y las medidas de la grasa, y volviendo locos a los criados con sus observaciones. Casi una hora antes de que la fábrica de ungüento iniciase el proceso, ya estaba incordiando respecto al tamaño del tazón, y al cabo de esa hora comprendió que lo que contaba era que todos los tazones fuesen iguales, y se echó a reír hasta saltársele las lágrimas.

Al cabo de cien ovejas (la bilis y la grasa derretida la extrajeron de dos animales, pero la grasa selecta de encima de los riñones y las mondaduras de lana eran de mucho más lenta obtención), Varrón logró un tarro de pórfito de buen tamaño lleno de ungüento. Por lo que respecta a los exhaustos esclavos, se encontraron con cien cadáveres casi intactos de delicioso cordero, y dieron por bien empleados sus esfuerzos a cuenta del asado con que se regalaron.

Era ya tarde, y Sila, como musitó su ordenanza, se había quedado dormido en una camilla del comedor.

—Bebido —comentó Varrón.

—Sí, Marco Terencio.

—Bueno, más vale así.

Entró de puntillas y permaneció un instante contemplando a aquel pobre ser torturado. Se le había caído la peluca, que dejaba ver la hueca gasa interna en la que habían anudado laboriosamente los miles de cabellos de su confección. ¡Pensar que se tarda más en hacerla que el ungüento!, pensó Varrón con un suspiro, meneando la cabeza. Luego, con gran delicadeza, fue pasando los dedos untados de ungüento por el martirizado rostro del dormido.

Inmediatamente se abrieron los ojos, aterrorizados a pesar del obnubilamiento étlico; también la boca se abrió y los labios se estiraron,

dejando ver las encías vacías y la lengua, pero ningún sonido brotó de ella.

—Es el ungüento, Lucio Cornelio —musitó Varrón—. Lo he hecho con la receta. ¿Puedes aguantar que te lo unte?

Las lágrimas llenaron las órbitas de los ojos de Sila, por estar echado de espaldas, y, antes de que pudieran rodarle por los temporales, Varrón ya se las había enjugado con un pañuelo de fina tela. Seguían brotando, y Varrón continuó enjugándoselas.

—No debes llorar, Lucio Cornelio. El ungüento hay que aplicarlo sobre la piel seca. No te muevas y cierra los ojos.

Y Sila permaneció quieto con los ojos cerrados, y tras algún respingo al notar el contacto en la cara, se quedó inmóvil del todo y fue cediendo su tensión.

Varrón concluyó su labor y cogió una lámpara de cinco llamas para verlo. Por los sitios en los que la piel estaba agrietada brotaba un flujo claro, pero el ungüento había detenido la hemorragia.

—Debes procurar no rascarte. ¿Pica? —inquirió Varrón.

—Sí que pica —contestó Sila, sin abrir los ojos—, pero mucho más me picaba antes. Atame las manos.

Así lo hizo Varrón.

—Volveré al amanecer y volveré a untártelo —dijo—. Lucio Cornelio, quizá cuando vuelva se te habrá pasado el picor.

Dicho lo cual, salió de puntillas.

Al amanecer aún le picaba, pero para el ojo clínico de Varrón la piel de Sila tenía un aspecto —¿cómo decirlo?— más apacible. Y le puso más ungüento, al tiempo que Sila le pedía que no le desatara las manos. Al anochecer, después de tres aplicaciones, dijo que pensaba que podría aguantar el rascarse si Varrón le desataba. Cuatro días más tarde le anunciaba que los picores habían desaparecido.

—¡Da resultado! —exclamó Varrón ante Pompeyo y el Meneítos, con la euforia de un verdadero físico, a pesar de que no lo era ni pensaba serlo.

—¿Podrá tomar el mando en primavera? —inquirió Pompeyo.

—Si el ungüento sigue haciendo efecto, seguramente mucho antes de primavera —contestó Varrón, saliendo a toda prisa para meter un tarro en la

nieve.

Conservado en frío durará más, se dijo mirándose las manos queapestaban a ungüento rancio. Verdaderamente es felix, dijo para sus adentros, pensando en la suerte de Sila.

Cuando la llegada del anticipado invierno trajo la nieve a Roma, muchos de sus habitantes lo consideraron como un mal augurio. Ni Norbano ni Escipión Asiageno habían regresado después de sus respectivas derrotas y no llegaban noticias alentadoras de sus ulteriores acciones; Norbano sufría un asedio poco severo en Capua, y Escipión seguía recorriendo Etruria para reclutar tropas.

A finales de año, el Senado pensó en convocar una reunión para tratar de su futuro y del de Roma. El número de miembros había disminuido aproximadamente en un tercio de los que había nombrado Sila, entre los que habían marchado para unirse a él en Grecia y los que lo abandonaban ansiando unirse a él ahora que estaba en Italia. Pues, a pesar de las protestas de un grupo que se empeñaban en denominarse neutrales, en Roma, todos, desde los más aristócratas a los más plebeyos, sabían que las espadas estaban en alto. Toda Italia y la Galia itálica eran insuficientes para que Sila y Carbón coexistieran pacíficamente; les oponían sus principios, el sistema de gobierno y la idea del derrotero que había de seguir Roma. Sila propugnaba el mos maiorum, aquellas costumbres ancestrales consagradas por la tradición que designaban a la aristocracia terrateniente como dirigente tanto en la paz como en la guerra, mientras que Carbón era partidario de la hegemonía del comercio y los negocios, de la gestión de los caballeros y de los tribuni aerarii. Como ninguno de los dos bandos se avenía a compartir el poder, uno de los dos había de obtener la hegemonía mediante otra guerra civil.

Que el Senado pensara ahora en reunirse se debía al regreso de Carbón de la Galia itálica, llamado desde Ariminum por el tribuno de la plebe Marco Junio Bruto, el que había legislado la condición de plena ciudadanía romana para Capua. Se reunieron en casa de Bruto en el Palatino, lugar bien



conocido de Cneo Papirio Carbón, pues él y Bruto eran amigos desde hacía años. Además, era un lugar más discreto que la morada de Carbón, en la que (según se decía) hasta el muchacho que limpiaba los orinales estaba comprado por varios personajes interesados en saber qué es lo que Carbón pensaba hacer.

Que en casa de Bruto no hubiese criados vendidos era obra de su esposa, Servilia, que llevaba el hogar con una mano muchísimo más dura que la que había empleado Escipión Asiageno con su ejército; ella no toleraba ninguna desviación, y parecía tener más ojos que el mismo Argos, y más oídos que una colonia de murciélagos, pues no había sirviente capaz de engañarla, y el que no la temía duraba pocos días en la casa.

Así, Bruto y Carbón pudieron sentarse con absoluta seguridad para mantener una conversación en privado, con excepción, naturalmente, de Servilia; pues en aquella casa no se hacía ni decía cosa alguna de la que no se enterase ella, y la entrevista secreta no lo fue para ella. Buen cuidado que tuvo Servilia. Los dos hombres se acomodaron en el despacho de Bruto con la puerta bien cerrada, y ella se agachó en la galería porticada bajo la ventana abierta. Un sitio frío e incómodo para escuchar, pero ella lo consideró una nadería, comparado con lo que se iba a hablar en el cómodo cuarto.

La conversación se inició en tono jocoso.

—¿Cómo está mi padre? —inquirió Bruto.

—Bien; te envía recuerdos.

—¡Me extraña que puedas aguantarle! —espetó Bruto, guardando silencio a continuación, sorprendido él mismo por lo que había dicho—. Perdona, no creas que estoy enfadado. No estoy enfadado.

—Ya. ¿Sólo un poco perplejo porque sea capaz de llevarme bien con él?

—Si.

—Es tu padre —añadió Carbón, conciliador—. Y es un anciano. Comprendo que a ti te fastidie; pero no es el caso conmigo. Así de claro. Después de que Verres huyó con los fondos que me quedaban, tenía que encontrar un cuestor que le sustituyese. Y tu padre y yo somos amigos desde que regresó con Mario del destierro, como bien sabes. —Carbón hizo

una pausa, seguramente para dar una palmada a Bruto en el brazo, pensó Servilia, pues sabía cómo Carbón trataba a su esposo—. Cuando te casaste, él te compró esta casa para que no estuvieras supeditado a nadie. Pero con lo que no contaba era con la soledad de vivir solo después de haber estado vosotros dos viviendo tanto tiempo como... solteros, sería la mejor palabra. Me imagino que te estorba y habría molestado a tu mujer. Por eso, cuando le escribí pidiéndole que fuese mi nuevo procuestor, aceptó encantado. No veo por qué tú tienes que sentirte culpable. Él es feliz con lo que hace.

—Gracias —dijo Bruto con un suspiro.

—Bien, ¿qué hay tan urgente que haya tenido que venir aquí?

—Las elecciones. Desde la deserción de Filipo, el amigo de todos, la moral de Roma no puede ser más baja. Nadie va a encabezar una corriente; nadie tiene valor para hacerlo. Por eso he considerado que debías estar en Roma, al menos hasta que terminen las elecciones. No encuentro a ningún otro con méritos que quiera ser cónsul. Nadie que valga quiere obtener un cargo importante —dijo Bruto con gesto nervioso, propio de su carácter.

—¿Y Sertorio?

—Ya sabes que es un rigorista. Le escribí a Sinuessa pidiéndole que fuese candidato al consulado, pero no quiso aceptar, alegando dos motivos (yo sólo esperaba uno): que aún es pretor y que debe esperar los dos años de costumbre para ser cónsul. Yo pensaba haber discutido con él ese inconveniente, y lo habría hecho de haber sido el único; pero por el segundo motivo lo consideré inútil.

—¿Cuál es ese segundo motivo?

—Dice que Roma está acabada, y que se niega a ser cónsul en una ciudad de cobardes y oportunistas.

—¡Finamente expresado!

—Dice que quiere ser gobernador de la Hispania Citerior y partir para allá inmediatamente.

—Fellator! —gruñó Carbón.

Bruto, que detestaba las palabras gruesas, no añadió nada y no debía tener nada más que decir del tema, pues permanecieron un rato en silencio.

Exasperada, la que escuchaba en la galería arrimó el ojo a la celosía de la contraventana y vio a Carbón y a su marido, sentados a ambos lados del escritorio. Podían haber sido hermanos, pensó; los dos eran morenos, de facciones bastante agradables y ni muy altos ni muy atléticos.

Se había preguntado muchas veces por qué la Fortuna no la había favorecido con un esposo de físico más impresionante, alguien que, así, hubiera podido destacar en política. En seguida había abandonado la esperanza de que Bruto consiguiera una brillante carrera militar; por consiguiente, debía hacerlo en política. Pero lo más que era capaz de hacer Bruto era promover una legislación para que Capua adquiriese la condición de ciudad romana. No era mala idea, y, desde luego, había evitado que su tribunado de la plebe hubiese quedado en pura inanidad, pero jamás se le recordaría como un gran tribuno de la plebe, como en el caso de su tío Druso.

Bruto había sido el elegido del tío Mamerco, aunque el propio tío Mamerco era en alma y cuerpo un hombre de Sila, y con él había estado en Grecia en el momento en que había sido necesario encontrar marido para la mayor de las seis pupilas, Servilia, cuando aún vivían todas en Roma bajo la tutela de una pariente pobre, Cnea, y de su madre Porcia Liciniana, mujer tremenda. Ningún tutor, por alejado que se hallara de su pupilo, tenía por qué preocuparse de la virtud y educación moral del que viviese bajo la férula de Porcia Liciniana. Incluso su hija Cnea se convertía con el paso de los años en una solterona cada vez más simplona.

Así, había sido Porcia Liciniana quien recibió a los pretendientes de Servilia cuando le pidieron la mano al aproximarse la fecha en que cumplía dieciocho años, y fue Porcia Liciniana quien comunicó la información pertinente de los diversos aspirantes al tío Mamerco —ausente en Oriente—, junto con agudas observaciones sobre virtud, moral, prudencia, templanza y demás cualidades que ella consideraba deseables en un esposo. Y aunque Porcia Liciniana nunca había cometido la burda tontería de expresar una preferencia determinada por un pretendiente concreto, los

agudos comentarios no cayeron en saco roto, y el tío Mamerco se dijo que, después de todo, Servilia contaba con una espléndida dote, un magnífico nombre de origen patricio y, tal como le aseguraba Porcia Liciniana, no carecía de atractivo físico.

Por ello, el tío Mamerco optó por lo mejor y eligió al hombre que Porcia Liciniana insinuaba con mayor interés: Marco Junio Bruto. Como era un senador de algo más de treinta años, se le consideraba lo bastante maduro para estar exento de locuras e indiscreciones juveniles, sería el cabeza de la rama familiar cuando muriese el viejo Bruto (lo que no podía tardar mucho, decía Porcia Liciniana) y era un hombre rico de impecable genealogía (aunque plebeya).

Servilia no le conocía, e incluso después de que Porcia Liciniana la informase de su inminente casorio, no se le permitió verle hasta el día del enlace. Que la impusieran esa antigua costumbre no fue por empeño de la terrible Porcia Liciniana, sino el resultado de un castigo que le habían impuesto de niña, pues, por haber hecho de espía en casa de su tío Druso, éste la había castigado con una especie de reclusión domiciliaria por la que no se le permitía tener cuarto propio ni la menor intimidad en la casa, ni salir de ella sin ir acompañada de alguien que fiscalizara sus pasos y palabras. Todo aquello había sucedido años antes de que llegase a la edad casadera, y por entonces ya habían muerto todas las personas mayores de su familia —madre, padre, tía, tío, abuela y padrastro—, pero seguía aplicándose la punición.

No era, pues, exagerado decir que Servilia ansiaba tanto casarse para abandonar la casa de su tío Druso, que apenas le preocupaba el marido que le asignasen. Aquel hombre representaba para ella la liberación de una detestable situación; pero al saber su nombre, había cerrado los ojos con sumo alivio. Era un hombre de su propia clase y condición en lugar del caballero rural que esperaba, el caballero rural con que su tío Druso constantemente la había amenazado casarla cuando fuese mayor. Afortunadamente, el tío Mamerco no había considerado conveniente casarla con alguien de categoría inferior, y menos aún Porcia Liciniana.

Y a casa de Marco Junio Bruto fue Servilia, agradecida esposa, y con ella la magnífica dote de doscientos talentos o cinco millones de sesteracios. El tío Mamercio los había invertido bastante bien de modo que le procurasen unas rentas propias, arreglándolo para que a la muerte de la madre la fortuna fuese para las hijas. Como su flamante esposo era hombre de fortuna, no puso objeciones a las disposiciones de la dote y se consideró satisfecho de haber obtenido una esposa de origen patricio capaz de pagarse su tren de vida, ya fuesen esclavos, salarios, ropa, alhajas, casas o cualquier otro gasto. Él conservaba su propio dinero.

Aparte de la libertad para ir donde le placiera y ver a quien quisiera, el matrimonio resultó para Servilia una experiencia particularmente triste. Su esposo había llevado una larga vida de soltero sin madre ni ninguna otra mujer en casa, y tenía adquiridas unas costumbres en las que no entraba ninguna esposa, y no compartía con ella nada; ni el cuerpo, pensaba Servilia. Si invitaba a amigos a comer, le pedía que abandonase el comedor y tenía prohibida la entrada en el despacho; jamás hablaba con ella de algo, ni le enseñaba cualquier cosa que hubiese comprado, ni iba jamás con ella en sus desplazamientos a sus villas campestres. En cuanto al cuerpo, era algo que de vez en cuando irrumpía en los aposentos de Servilia sin excitarla en absoluto. Y así, vio que tenía mucha más intimidad de la que le hubiera convenido o anhelado por los años que no la había tenido. Y como a su marido le gustaba dormir solo, ni siquiera tenía que compartir el cubículo del dormitorio, y aquel silencio la aterraba.

De ese modo, el matrimonio resultó ser una simple variante de lo que la angustiaba casi desde niña: no importaba a nadie y nadie se preocupaba por ella. La única manera que le había servido para destacar era ser mala, rencorosa, sañuda, y esos rasgos de carácter eran algo que los sirvientes habían aprendido en carne propia, aunque nunca dejase que trascendiesen a su esposo, pues sabía que no la amaba y que, por lo tanto, era muy posible el divorcio. Para Bruto era una mujer indefectiblemente agradable: para los criados, implacablemente dura.

No obstante, Bruto cumplía con su deber conyugal y, a los dos años de casada, Servilia quedó encinta. Al igual que su madre, estaba preparada

debidamente para engendrar y tuvo una gestación perfecta; incluso el parto no fue el tormento que le habían hecho creer. Dio a luz al niño en siete horas de una gélida noche de marzo, y pudo deleitarse contemplándolo cuando se lo presentaron lavado y fragante.

No fue de extrañar que el pequeño Bruto llenase todos los resquicios de la vida carente de cariño de su madre, y que ella no consintiese que ninguna otra mujer le alimentase o cuidase y fuese ella quien se ocupaba de él, tuviese la cuna en su propio cubículo y lo guardase en exclusiva para ella sola.

¿Por qué tenía tanto interés Servilia en escuchar lo que se hablaba en el despacho aquel gélido día de finales de noviembre del año en que Sila desembarcó en Italia? Desde luego, no porque las actividades políticas de su esposo le interesasen gran cosa. Escuchaba porque era el padre de su querido hijito, y ella había prometido salvaguardar la herencia, la fama y el bienestar futuro del niño, lo que implicaba estar al corriente de todo. ¡Tenía que saberlo todo! Y más que nada las andanzas políticas de su marido.

A Servilia le tenía sin cuidado Carbón, pese a que reconocía que era un hombre importante; pero ella había advertido con toda justicia que era un hombre que antepondría sus intereses a los de Roma y no estaba muy segura de que Bruto tuviera suficiente clarividencia para darse cuenta de los defectos de Carbón. La presencia de Sila en Italia la preocupaba profundamente, pues ella tenía buen criterio político y veía el esquema de los acontecimientos que se avecinaban con más agudeza que muchos hombres que llevaban media vida en el Senado. De una cosa estaba segura: de que Carbón no tenía suficiente vigor para mantener a Roma unida ante la amenaza de un hombre como Sila.

Apartó los ojos de la celosía y arrimó el oído para escuchar, arrodillándose en la dura terracota de la galería. Y ahora comenzaba a nevar. ¡Vaya gracia! Los copos formaban un velo entre su abrigado cuerpo y la actividad doméstica que se desarrollaba al fondo del jardín peristilo, en la cocina, de la que entraban y salían criados. No es que la preocupase que la

vieran, pues nadie iba a atreverse a criticar que en su casa estuviese donde quisiera, en la postura que se le antojara; pero es que prefería aparecer ante la servidumbre como un ser superior, y los seres superiores no se arrodillan bajo la ventana del marido a escuchar.

De pronto, se puso tensa y prestó más oído. ¡Carbón y su marido volvían a conversar!

—Hay algunos hombres convenientes entre los posibles candidatos al cargo de pretor —decía Bruto—. Carrinas y Damasipo son capaces y tienen popularidad.

—¡Uf! —exclamó Carbón—. Un joven imberbe les derrotaría igual que a mí; pero, a diferencia mía, a ellos al menos les han advertido que Pompeyo es tan cruel como su padre y diez veces más astuto. Si Pompeyo se presentase a pretor, obtendría más votos que Carrinas y Damasipo juntos.

—La victoria fue de los veteranos de Pompeyo —comentó Bruto conciliador.

—Puede. Pero si así es, Pompeyo les dio rienda suelta —impaciente por hablar del futuro, Carbón cambió de tema—. No son los pretores lo que me preocupa, Bruto. Me preocupa el consulado, por las siniestras perspectivas que planteas. En caso necesario, sería yo mismo candidato. ¿Pero a quién puedo elegir por colega? ¿Quién es capaz en esta maldita ciudad de apoyarme en vez de hundirme? No cabe duda de que en primavera habrá guerra. Sila no ha estado bien de salud, pero mis informadores me han dicho que para la próxima campaña estará más que repuesto.

—Su enfermedad no ha sido el único motivo de su irresolución este año —añadió Bruto—. Hemos sabido que se ha mantenido inactivo para que Roma se aviniese a capitular sin hacer la guerra.

—¡Pues ha sido en vano! —replicó Carbón furioso—. ¡Bah, basta de especulaciones! ¿A quién puedo nombrar mi colega consular?

—¿No tienes ninguna idea? —inquirió Bruto.

—Ninguna. Necesito alguien capaz de animar a la gente... alguien que mueva a los jóvenes a alistarse y que suscite en los viejos deseos de hacerlo. Un hombre como Sertorio, aunque tú dices que no acepta.

—¿Y Marco Mario Gratidiano?

—Es un Mario por adopción, y no es suficiente. Yo quería a Sertorio porque es un Mario por vínculos de sangre.

Se hizo una pausa; al oír el suspiro que profería su marido, Servilia se quedó totalmente quieta, decidida a no perderse palabra de lo que dijese.

—Si lo que quieres es un Mario —dijo Bruto despacio—, ¿por qué no el hijo de Mario?

Se hizo otra pausa, pero no de estupefacción, pues Carbón replicó:

—¡No puede ser! Edepol, Bruto, no tendra mas que veinte años!

—Tiene veintiséis.

—¡Le faltan cuatro años para el Senado!

—Constitucionalmente, no hay límite de edad, a pesar de la lex Villia annalis. Manda la costumbre, y te sugiero que hagas que Perpena le nombre senador inmediatamente.

—No le llega a su padre a la altura del zapato —exclamó Carbón.

—¿Y eso importa, Cneo Papirio? ¿Tú crees que importa? Admito que en Sertorio habrías encontrado el Mario ideal. No hay nadie en Roma más capaz para el mando militar ni a quien la tropa respete más, pero no acepta. Así, ¿quién más hay, aparte del hijo de Mario?

—Desde luego se produciría un alud de alistamientos —dijo Carbón en voz baja.

—Y lucharían por él como los espartanos por Leónidas.

—¿Tú crees que podría?

—Creo que le gustaría probar.

—¿Quieres decir que ya ha expresado deseos de ser cónsul?

Bruto se echó a reír, cosa rara en él.

—¡No, Carbón, claro que no! Aunque es bastante engreído, en realidad no es muy ambicioso. Lo que quiero decir es que creo que si hablastes con él y le ofrecieses esa oportunidad la aceptaría sin dudarlo. Hasta ahora, no ha tenido en su vida ocasión alguna de emular a su padre. Y al menos en cierto modo, esto le daría la oportunidad de superar a su padre. Cayo Mario accedió tarde al cargo, y él sería cónsul con menos años aún que Escipión el Áfricano. Independientemente de como actúe, eso ya le dará fama.



—Si actúa la mitad de bien que Escipión el Africano, Roma no correrá peligro con Sila.

—No abrigues esperanzas de que el joven Mario sea Escipión el Africano —dijo Bruto—. Del único modo que supo impedir que el cónsul Catón perdiese una batalla fue apuñalándole por la espalda.

Carbón se echó a reír, cosa habitual en él.

—Si, al menos eso fue una ventura para Cinna, porque Mario le pagó una fortuna para que no prosperase la acusación de homicidio.

—Sí —añadió Bruto muy serio—, pero esa historia debería darte una idea de las dificultades que tendrás con el hijo de Mario como colega consular.

—¿No debo darle la espalda?

—No le entregues tus mejores tropas; deja que demuestre que sabe mandar antes de cedérselas.

Se oyó ruido de patas de sillas que se mueven; Servilia se puso en pie y echó a correr hacia su cálido obrador, en donde la joven que lavaba la ropa del niño disfrutaba de la rara oportunidad de abrazar al pequeño Bruto.

El arrebató de unos celos terribles surgió en lo más profundo de Servilia sin que pudiera dominarlo, y su mano golpeó con tal furor la mejilla de la muchacha que la hizo caer de la cuna en que estaba encaramada, soltando al niño, que no cayó al suelo porque la madre se apresuró a cogerlo, y apretándolo frenética contra su pecho, echó a la criada del cuarto a puntapiés.

—¡Mañana te vendo! —dijo a voz en grito por la galería porticada del jardín—. ¡Dito! ¡Dito! —gritó ya más calmada.

El mayordomo, cuyo florido nombre era Epafrodito, llegó a la carrera.

—Decid, domina.

—Azota a esa muchacha gala que me asignaste para lavar la ropa del niño, y véndela por mala esclava.

—Pero, domina, si es estupenda —replicó el mayordomo sin salir de su asombro—. ¡No sólo lava bien, sino que adora al niño!

Servilia abofeteó a Epafrodito casi con la misma saña con que lo había hecho con la joven, y a continuación profirió una retahíla de obscenidades.

—¡Escucha, fellator griego consentido y cebón! ¡Cuando te dé una orden la obedeces sin decir palabra y sin protestar! ¡ Me trae sin cuidado que no seas mío, así que no vayas gimoteando al amo o lo sentirás! Ahora, lleva a la chica a tus dependencias y aguarda a que yo vaya, porque sé que te gusta y no la azotarás fuerte si no estoy yo delante.

La marca rojiza de la bofetada con todos los dedos bien marcados no le provocó tanto miedo como las palabras del ama, que le hicieron salir de estampida.

Servilia no pidió otra doncella, sino que ella misma arrojó al pequeño con un chal de lana fina, y con él se fue a las dependencias del mayordomo. La muchacha estaba atada y Epafrodito, con lágrimas en los ojos, no tuvo más remedio que azotarla, bajo la mirada de basilisco del ama, hasta dejarle la espalda en carne viva. Del cuarto surgían fuertes gritos que ni la intensa nevada amortiguaba; pero el amo no se presentó a ver qué sucedía, pues había salido con Carbón a ver al hijo de Mario, como Servilia había supuesto.

Finalmente hizo una seña al mayordomo y éste bajó el látigo.

Servilia se aproximó a la muchacha a ver su obra de cerca y pareció satisfacerla.

—¡ Bien! No volverá a crecerle la piel en la espalda. No vale la pena ponerla a la venta porque no nos darían ni un sestercio. Crucifícala ahí afuera en el peristilo; así os servirá a todos de advertencia. ¡Y no le quiebres las piernas! Que muera despacio.

Y a su obrador se volvió Servilia, para cambiar de pañales a su hijo. Tras lo cual, lo sentó en su regazo y le contempló arrobada, inclinándose a besarle con ternura, hablándole con voz suave y en falsete.

Componían una bella estampa: el niño moreno sobre las rodillas de la madre, una mujer hermosa de cuerpo firme y voluptuoso, y rostro afilado con aire de misterio por su boca fruncida y sus ojos de pesados párpados. No obstante, el niño no tenía más que el atractivo de su corta edad, pues, en realidad, era simplón y apático, lo que la gente llama un niño «muy bueno», de los que apenas lloran y no dan guerra.

Y así se los encontró Bruto a su regreso de casa del hijo de Mario; escuchó en silencio la historia, sucintamente contada, de la lavandera y su castigo. Como él no se entrometía en las eficientes disposiciones domésticas de Servilia (jamás la casa había funcionado tan bien, eso desde luego), no modificó en nada la sentencia de su esposa, y cuando después el mayordomo acudió a su llamada, no le preguntó qué era aquella figura cubierta de nieve que colgaba desmadejada de una cruz en el jardín.

—¡César! ¿Dónde estás, César?

El joven salió descalzo del que había sido el despacho de su padre, con una pluma en una mano y un rollo en la otra, vestido con una sutil túnica, y frunciendo el ceño porque la voz de su madre había interrumpido sus reflexiones.

Pero a ella, bien abrigada bajo varias capas de finísima tela de lana casera, le preocupaba más el bienestar de su cuerpo que el rendimiento de su mente, y dijo enojada:

—Oh, ¿pero es que no te das cuenta del frío que hace? No, claro que no. ¡Y sin zapatillas! César, tu horóscopo indica que sufrirás una terrible enfermedad aproximadamente a esta edad, y tú lo sabes bien. ¿Por qué tientes a la Fortuna? Los horóscopos se encargan al nacer para tratar de evitar los posibles riesgos. ¡Sé bueno!

Estaba sinceramente preocupada —y él lo sabía— por lo que le dirigió una de sus célebres sonrisas, una especie de muda disculpa que no afectase a su orgullo.

—¿Qué sucede? —preguntó, resignándose nada más verla a tener que abandonar su trabajo, pues vio que estaba vestida para salir.

—Tu tía Julia quiere que vayamos a su casa.

—¿Ahora? ¿Con este tiempo?

—Me alegra que te hayas dado cuenta del tiempo que hace, aunque no te induzca a vestirte como es debido —replicó Aurelia.

—Mater, tengo un brasero. Mejor dicho, dos.

—Pues entra y vístete —dijo ella—, que aquí llega un viento helado del patio. Y busca a Lucio Decumio —añadió antes de que él le diera la espalda—. Quiere que vayamos todos.

Es decir, con sus dos hermanas; cosa que le sorprendía. Debía ser una importante reunión de familia. Estaba a punto de decir que no necesitaba ir con Lucio Decumio, y que él mismo se valía para proteger a cien féminas, pero optó por callar. ¿A qué intentar lo imposible? Aurelia siempre imponía su voluntad.

Cuando salió de sus aposentos vestía los atavíos de flamen dialis, aunque con un tiempo como aquél se había provisto de tres túnicas debajo, polainas de lana y calcetines, y unos zapatones sin correas ni cordones. La laena de sacerdote sustituía a la toga viril; era una absurda prenda doble cortada en círculo con un orificio en el centro para introducir la cabeza, y ricamente adornada con amplias listas alternas escarlata y púrpura; le llegaba hasta las rodillas y le tapaba totalmente brazos y manos, lo que implicaba, pensó entristecido (tratando de encontrar alguna ventaja en la detestada prenda), que no necesitaba llevar mitones. Cubría la cabeza con el apex, un casco de marfil ajustado, rematado por un pincho en el que iba clavado un grueso disco de lana.

Desde que oficialmente se había convertido en hombre, César había tenido que avenirse a los tabúes que rodeaban al flamen dialis: no hacía ejercicios militares en el Campo de Marte, no dejaba que ningún objeto de hierro tocara su persona, no llevaba nudos ni hebillas, no saludaba a ningún perro, todo el calzado que gastaba estaba confeccionado con piel de algún animal muerto accidentalmente y sólo comía los alimentos estipulados por su condición de sacerdote. Que su mentón no ostentase barba se debía a que se la rasuraba con una navaja de bronce y que llevase botas en sustitución de los molestos chanclos del flamen dialis se debía exclusivamente a que él mismo había ideado una bota sin cordones que se ajustaba bien al tobillo y a la pantorrilla.

Ni siquiera su madre sabía cuánto detestaba aquella sentencia de por vida obligándole a ser sacerdote de Júpiter. Cumplidos ya los quince años, había aceptado la absurda imagen sacerdotal sin ninguna protesta, y Aurelia

había suspirado aliviada. Poco había durado su rebeldía, pero lo que no podía saber era la verdadera razón de su sumisión: él era romano hasta la médula, lo que significaba que aceptaba sin rechistar las costumbres de su país, y, además, era enormemente supersticioso. ¡Tenía que obedecer! Si no lo hacía, nunca obtendría el favor de la Fortuna, que no le sonreiría ni valoraría sus esfuerzos y no le procuraría suerte. Porque a pesar de su odioso castigo, aún creía que la Fortuna le otorgaría una solución... si hacía cuanto podía por servir a Júpiter Optimus Maximus.

Así, la obediencia no significaba aceptación, como creía Aurelia. Su obediencia no era más que un modo de detestar más cada día que pasaba su condición de flamen dialis; condición más que detestable por no existir modo legal de deshacerse de ella. El anciano Cayo Mario había sabido encadenarle para siempre. A menos que la Fortuna le liberase.

Ya tenía diecisiete años, y le faltaban siete meses para cumplir los dieciocho; pero parecía mayor y adoptaba una actitud de cónsul que ha sido censor. Su estatura y sus anchos hombros contribuían a esa imagen, desde luego, aparte de su atlética constitución. Ya hacía dos años y medio que había muerto su padre, por lo que se había convertido muy joven en paterfamilias, condición que asumía con toda naturalidad. La hermosura de su niñez no se había malogrado, pero ahora era más viril; su apéndice nasal —por ventura de los dioses— se había prolongado convirtiéndose en una protuberante nariz romana, librándole de una guapura que habría sido una triste tara para quien con tanto anhelo deseaba ser un hombre en todos los aspectos: militar, estadista y amante de mujeres sin que se sospechase que era también amante de hombres.

Su familia estaba reunida en el vestíbulo, vestida para una buena caminata en aquella fría jornada. Salvo su esposa, Cinnilla, que, por tener once años, no era considerada de edad suficiente para asistir al extraño conciliábulo del clan. Pero allí estaba. Era el único miembro bajito y moreno de la casa. Al llegar César, sus negros y aterciopelados ojos se clavaron en él, como siempre. César la adoraba; se acercó a ella y la levantó en vilo para abrazarla y besarla en las mejillas con los ojos cerrados para mejor aspirar aquel aroma de niña lavada y perfumada por la madre.

—¿Condenada a quedarte en casa? —dijo, volviéndole a besar las mejillas.

—Algún día seré mayor —contestó ella, con una encantadora sonrisa con hoyuelos.

—¡Claro que sí! Y serás más importante que la mater, porque serás el ama de casa —replicó él, dejándola en el suelo, acariciando su pelo negro ondulado y haciendo un guiño a Aurelia.

—No voy a ser ama de esta casa —dijo la niña con voz solemne—. Seré la flaminica dialis, ama de una casa del Estado.

—Cierto —añadió César con una sonrisa—. ¿Cómo se me habrá olvidado?

Salió a la nevada calle, pasaron por delante de las tiendas que circundaban el muro exterior de la casa de viviendas de Aurelia hasta el vértice del edificio triangular, en donde estaba lo que parecía una taberna y era en realidad la sede de la Hermandad de las encrucijadas, encargada del buen estado y la vida espiritual de las intersecciones de las calles del barrio, y en particular del altar a los Lares y la gran fuente que manaba perezosamente en medio de una cortina de estilizados carámbanos, por el frío que hacía aquel invierno.

Lucio Decumio estaba sentado en su habitual mesa del fondo a mano izquierda del gran local. Ya canoso, pero con la cara sin una sola arruga, hacia poco que había inscrito en la asociación a sus dos hijos, a quienes estaba aleccionando en las heteróclitas actividades de la fratría; los tenía a los dos sentados a uno y otro lado como los dos leones que flanqueaban la estatua de la Magna Mater, graves, fieros, melencoliosos, ojo avizor y con las garras recogidas. ¡Y eso que Lucio Decumio no se parecía en nada a la Magna Mater. Era un hombrecillo delgado y de aspecto anodino, aunque los hijos habían salido de físico más parecido a la madre, una celta grandota del Ager Gallicus. Para quien no le conociese, él tenía el aspecto de lo que era: valiente, intrigante, amoral, muy inteligente y leal.

A los tres se les iluminó el rostro al ver entrar a César, pero sólo Lucio Decumio se puso en pie, y, abriéndose paso entre mesas y bancos, se llegó al joven, se puso de puntillas y le besó en los labios con mayor fruición con

que lo hacía con sus hijos. Era un beso paternal, aunque sólo se daba a alguien con quien hubiera una relación de afecto.

—¡Hola, hijo! —gorjeó, cogiendo a César de la mano.

—Hola, papá —contestó César con una sonrisa, alzando la mano del viejo y apretándola cariñosamente contra su mejilla.

—¿Vienes de limpiar la casa de algún muerto? —preguntó Lucio Decumio, al ver el atuendo sacerdotal del joven—. ¡Un tiempo asqueroso para morir! ¿Una copita de vino para calentarte?

César torció el gesto. Nunca se había podido aficionar al vino por mucho que Lucio Decumio y sus retoños trataran de que adquiriese esa afición.

—No tengo tiempo, papá. He venido a que me dejes a tus hijos, porque tengo que llevar a mi madre y a mis hermanas a casa de Cayo Mario, y ella, naturalmente, no confía en que las acompañe yo solo.

—Prudente mujer, tu madre —dijo Lucio Decumio, con cara de malicia, llamando a sus hijos, que inmediatamente acudieron—. ¡A por las togas, chicos! Vamos a acompañar a las señoras a casa de Cayo Mario.

Sin rencor por la preferencia que su padre mostraba por Cayo Julio César, Lucio Decumio hijo y su hermano Marco Decumio asintieron con la cabeza, dieron una palmadita afectuosa en la espalda a César y salieron a buscar su toga más caliente.

—No vengas, papá —dijo César—, que hace mucho frío.

Pero Lucio Decumio se negó a hacerle caso y dejó que sus hijos le abrigaran con el mismo cuidado que una madre a su hijo de pecho.

—¿Dónde está el patán de Burgundus? —inquirió mientras echaban a caminar entre los alborotados copos.

—Ahora no nos hace falta —dijo César, conteniendo la risa—. Mater le ha enviado a Bovillae con Cardixa. Ha empezado a parir tarde, pero desde que puso los ojos en Burgundus ha dado a luz cada año un niño gigante. Éste será el cuarto, como bien sabes.

—No te faltarán guardaespaldas cuando seas cónsul.

César se estremeció, pero no por efecto del frío.

—Nunca seré cónsul —replicó con voz ronca, encogiéndose de hombros—. Mi madre —añadió, más animado— dice que es como alimentar a una tribu de titanes. ¡ Por los dioses, que no paran de comer!

—Son buena gente.

—Si, muy buena gente —añadió César.

Ya habían llegado a la puerta de la vivienda de Aurelia donde recogieron a las mujeres. Otras damas de la aristocracia habrían optado por ir en litera, sobre todo con aquel tiempo, pero ellas eran Julias y preferían caminar, facilitando su tránsito por las Fauces Suburae los dos hijos de Decumio, que abrían paso en la espesa capa de nieve arrastrando los pies.

El Foro estaba vacío y tenía un extraño aspecto sin los vívidos colores de sus columnas, muros, tejados y estatuas; todo era blanco como el mármol y aparecía como sepultado y adormecido. La gigantesca estatua de Cayo Mario junto a los rostra tenía un montón de nieve bajo las pobladas cejas, ocultando la fiera mirada de aquellos ojos oscuros.

Subieron por la colina de los banqueros, y, a lo largo de los soportales de la puerta Fontinalis, llegaron a la casa de Mario. Como el jardín peristilado estaba en la parte de atrás de la mansión, entraron directamente al vestíbulo y se despojaron de las togas externas (salvo César, obligado a conservar su atavío oficial), y, mientras Estrofantes, el mayordomo, se alejaba con Lucio Decumio y sus hijos para traer comida y vino, César y las mujeres pasaron al atrium.

De no haber sido el tiempo tan extraordinariamente frío, hubieran permanecido allí, pues ya había pasado la hora de la comida, pero el rectángulo del compluvium abierto en el tejado era como una tolva, y en la piscina se formaba una capa de copos de nieve que se iba derritiendo.

Apareció el hijo de Mario para recibirlos y hacerles pasar al comedor, que era más caliente, dijo. Su aspecto era de alegría casi febril y ese estado de ánimo le sentaba bien, pensó César. El joven era casi tan alto como él (que era primo carnal suyo), pero más musculoso, rubio con ojos grises, bien parecido y físicamente más impresionante. De rostro más atractivo que su padre, carecía, no obstante, de ese algo vital que hacía de Cayo Mario uno de los hombres inmortales de Roma. Pasarían muchas generaciones,



pensó César, antes de que los niños en la escuela dejaran de rememorar las hazañas de Cayo Mario, pero no sucedería igual con el hijo.

César detestaba ir de visita a aquella casa, pues allí le habían sucedido muchas cosas a una edad en que otros chicos pasaban descuidadamente el tiempo jugando en el Campo de Marte, y en la que él había tenido que ir a diario a la casa para hacer de enfermero y acompañante del anciano y rencoroso Cayo Mario. Y, aunque la había limpiado minuciosamente con su escoba sacra después de la muerte de Mario, su maligna presencia seguía impregnándola. O es lo que le parecía a él. Antaño había admirado y querido a Cayo Mario, pero, nombrándole sumo sacerdote de Júpiter, el anciano había impedido que César pudiera jamás emularle: ningún hierro, ningún arma, prohibido ver la muerte. ¡Al flamen dialis le estaba vedada la carrera militar! Miembro automático del Senado sin derecho a presentarse a las elecciones de magistrado, el flamen dialis no podía tener carrera política. César estaba condenado a ser honrado sin adquirir el honor, a ser reverenciado sin mérito alguno. El flamen dialis era un ser propiedad del Estado, alojado, pagado y alimentado por el Estado, un prisionero del mos maiorum, las costumbres adoptadas por tradición por el pueblo romano.

Pero el rencor de César se desvaneció al ver a su tía Julia, hermana de su padre y viuda de Cayo Mario, y, a diferencia de su madre, la mujer a quien más quería del mundo. Sí, la quería más que a su madre, si es que el amor podía definirse como un simple arrebató de pura emoción. Su madre estaba constantemente presente en su mente porque era adversaria, partidaria, crítica, compañera, su igual; mientras que su tía Julia le acogía en sus brazos y le besaba en los labios, le miraba arrobada con aquellos dulces ojos grises carentes de todo reproche. Para César era impensable la vida sin una y otra.

Julia y Aurelia se acomodaron juntas en la misma camilla, incómodas por ser mujeres, ya que la costumbre les impedía reclinarse cómodamente en camillas, por lo que tomaron asiento en el borde de la misma con los pies colgando y sin apoyo en la espalda.

—¿No tienes sillas para las mujeres? —recriminó César al hijo de Mario, al tiempo que disponía unos cabezales en la espalda de su madre y

su tía.

—Gracias, sobrino, así estamos bien —terció Julia, que era siempre la conciliadora—. ¡No creo que haya suficientes sillas! Es una auténtica reunión de mujeres.

Un hecho irrefutable, pensó César compungido. Eran dos únicos varones en la familia: su primo y él, y los dos huérfanos.

Era una familia en la que predominaban las mujeres, y de haber estado Roma presente para ver juntas a Julia y Aurelia, se habría complacido en el espectáculo de dos de las más hermosas de la ciudad. Aunque ambas eran altas y esbeltas, Julia tenía la gracia innata de los Césares, mientras que Aurelia atraía por su viva y natural sencillez. Julia era de pelo ondulado y rubio y grandes ojos grises, y habría podido ser modelo para la estatua de Cloelia del Foro. Aurelia tenía pelo castaño canoso, y una clase de belleza que en su juventud hacía que la parangonasen con Helena de Troya; cejas y pestañas oscuras y unos ojos hundidos, que muchos de sus pretendientes aseguraban eran malva, y el perfil de una diosa griega.

Julia tenía ya cuarenta y cinco años, y Aurelia cuarenta, y las dos habían quedado viudas en trágicas aunque distintas circunstancias.

Cayo Mario había muerto como consecuencia de un tercer infarto fulminante, después de iniciar en Roma una matanza que nadie olvidaría; habían perecido todos sus enemigos —y algunos de sus amigos— y los rostra se habían llenado de cabezas como un acerico. Julia sobrevivía con ese tremendo pesar.

El esposo de Aurelia, fiel partidario de Cinna después de la muerte de Mario —como era lógico en alguien cuyo hijo estaba casado con la hija menor de Cinna—, había marchado a Etruria a reclutar tropas, y una mañana de verano en Pisae, al agacharse para atarse la bota, había caído muerto. Por la autopsia se había dictaminado rotura de un vaso sanguíneo; le incineraron en una pira ante un solo miembro de su familia y enviaron las cenizas a su esposa, que ni siquiera sabía que había muerto cuando llegó el emisario de Cinna con la urna mortuoria. Nadie sabía lo que sintió ni lo que pensaba; ni su hijo, convertido en cabeza de familia apenas cumplidos los quince años. Nadie la había visto derramar lágrimas, y su rostro había

permanecido imperturbable. Ella era Aurelia, una persona encerrada en sí misma, más apegada a sus tareas de casera de una atestada insula que a ningún ser humano, con excepción de su hijo.

El hijo de Mario no tenía hermanas, mientras que César tenía dos mayores que él que se parecían a la tía Julia; había algo de la fisonomía de Aurelia en el rostro de César, pero no en ninguna de las hermanas.

Julia la mayor, llamada Lía, tenía veintiún años, y en su rostro se adivinaba una sombra de tristeza; y era comprensible, pues su primer esposo, un patricio arruinado llamado Lucio Pinario, había sido su gran amor, y, no sin dificultades, había logrado casarse con él; antes de cumplirse un año de la boda, tenían un hijo, y poco después del feliz acontecimiento (que causó el sedante efecto que esperaban sobre el comportamiento de Lucio Pinario), el joven moría en extrañas circunstancias. Se pensó que le había asesinado un confederado itálico, pero no pudieron hallarse pruebas. Y Lía, con diecinueve años, se había encontrado viuda y tan pobre, que se había visto obligada a volver a vivir en casa de su madre. Pero entre su matrimonio y su viudez, había cambiado el paterfamilias, y comprobó que su joven hermano no era ni con mucho tan magnánimo y flexible como lo había sido su padre, y César dispuso que debía volver a casarse, pero con un hombre que eligiese él.

—Me consta que si lo dejamos a tu criterio, volverás a elegir un idiota —dijo él brutalmente.

No se sabía con certeza cómo ni dónde había dado César con Quinto Pedio (aunque algunos decían que había sido gracias a los buenos oficios de Lucio Decumio, que, aunque era un sórdido hombrecillo de la cuarta clase, gozaba de notables relaciones); el caso es que un día se presentó en casa con Quinto Pedio y comprometió a su hermana con aquel flemático y probo caballero de Campania de buena familia, aunque no noble. No era bien parecido ni elegante, y, con sus cuarenta años, tampoco podía decirse que fuese joven. Pero era enormemente rico y se mostraba conmovedoramente agradecido por poder casarse con una joven guapa de la más alta nobleza patricia. Lía había tragado saliva, mirando a su hermano de quince años, y había aceptado sin rechistar. Aun a tan joven edad, César era capaz de imprimir una expresión a su rostro que descartaba toda discusión.

Afortunadamente, el matrimonio había sido un éxito. Por muy bien parecido, elegante y joven que hubiera sido Lucio Pinario, como marido había resultado un desastre; y ahora Lía descubría que tenía muchas ventajas ser la amada de un hombre rico que le doblaba la edad, y, conforme transcurría el tiempo, fue cobrando más afecto a su insípido segundo

esposo. Le dio un hijo, y estaba tan adaptada a la placentera vida de lujo en las propiedades de su cónyuge en Teanum Sidicinum, que cuando Escipión Asiageno y Sila instalaron sus campamentos en las cercanías, se negó rotundamente a volver a casa de su madre, pues sabía que ella le fiscalizaría las tareas, la dieta, los hijos y su vida en general para adaptarla a sus austeras ideas. Pero, claro, Aurelia se había presentado de improviso (al parecer, después de una inesperada entrevista con Sila, de la que poco había explicado), y Lía se había visto obligada a volver a Roma; y sin los hijos, pues Quinto Pedio había decidido que se quedaran con él en Teanum.

Julia la pequeña, llamada Ju-Ju, se había casado a primeros de aquel mismo año, poco después de cumplir dieciocho años. En su caso, sin posibilidad alguna de elección propia, pues era César quien le había buscado marido, a pesar de sus amargas protestas por relevarla de una tarea que ella se sentía perfectamente capaz de llevar a cabo; pero el hermano impuso su voluntad y se presentó en casa con otro pretendiente riquísimo, en este caso de familia senatorial y él mismo senador pedario bien contento con su suerte. Procedía de Aricia, junto a la vía Apia y las tierras de César en Bovillae, por lo que era latino, un grado de superioridad respecto a un simple campanio. Después de conocer a Marco Atio Balbo, Ju-Ju se había casado con él sin rechistar, pues, comparado con Quinto Pedio, era bastante aceptable con sus treinta y siete años, y bastante atractivo para esa edad.

Como Marco Atio Balbo era senador, poseía domus en Roma y grandes fincas en Aricia, por lo que Ju-Ju podía congratularse de aventajar en algo más a su hermana mayor, ya que ella, al menos, vivía casi permanentemente en Roma. Aquella tarde, cuando se convocó a toda la familia en casa de Cayo Mario, ya estaba embarazada, pero su estado de gravidez no había sido óbice para que su madre la hiciera ir andando.

—A las embarazadas no les conviene la molicie, que luego tienen abortos —dijo Aurelia.

—¿No decías que se les moría el niño por comer sólo habas? —replicó Ju-Ju, que había puesto todas sus esperanzas en la litera en que había hecho el viaje desde la casa de su esposo en la Carinae hasta el edificio de viviendas de su madre en el Subura.

—Eso también. Los físicos pitagóricos son un peligro.

Había otra mujer, aunque no era pariente de ninguna de las otras, o, al menos, no muy próxima. Se llamaba Mucia Tertia y era la esposa del hijo de Mario. Hija única del pontífice máximo Escévola, la llamaban Mucia Tertia para distinguirla de sus dos famosas primas, las hijas de Escévola el Augur.

Aunque no era particularmente agraciada, Mucia Tertia había quitado el sueño a más de uno. Tenía ojos verde oscuro, exageradamente separados y de pobladas pestañas, más largas por la parte de fuera, lo que acentuaba la separación, y, aunque no lo confesaba, se recortaba las pestañas de la parte interior con unas tijeritas de marfil del antiguo Egipto. Mucia Tertia era muy consciente de aquel raro atractivo. Su nariz larga y recta tampoco resultaba un inconveniente, pese a que los puristas dictaminasen que debía poseer una protuberancia o curvatura. También su boca distaba mucho del ideal romano, al ser muy grande; y cuando sonreía, dejaba ver un buen arsenal de dientes perfectos. Pero sí tenía labios gruesos y sensuales, y un cutis saludable y claro que no desentonaba con su pelo rojo oscuro.

A César, por ejemplo, le parecía arrebatadora; y con sus diecisiete años y medio era ya una mujer muy experimentada sexualmente. Todas las mujeres del Subura habían demostrado su buena disposición a ayudar a que un joven tan atractivo hallase satisfacción amorosa, y pocas se echaban atrás cuando él les exigía que se bañasen y lavasen; se había corrido rápidamente la voz de que el joven César estaba dotado de un par de poderosas armas y sabía utilizarlas muy bien.

Fundamentalmente, a César le interesaba Mucia Tertia por la clase de enigma que representaba, pues, por mucho que se esforzaba, era una mujer que no dejaba traslucir su ser interior; sonreía con facilidad, mostrando aquellos dientes perfectos, pero sus magníficos ojos nunca eran risueños y jamás dejaba escapar un gesto o una expresión que realmente revelara sus sentimientos.

Llevaba cuatro años de matrimonio, indiferente, al parecer, tanto para el hijo de Mario como para ella. Su conversación era bastante animada, pero muy formal, y nunca intercambiaban esas miradas de secreto entendimiento

propias de casi todas las parejas, ni mostraban intención de tocarse, aun cuando no les viese nadie. Y no tenían hijos. Si aquella unión carecía de afecto, no era, desde luego, Mario hijo quien lo lamentase, pues sus aventuras eran de todos conocidas. Pero ¿y Mucia Tertia, de quien no se murmuraba la menor indiscreción y no digamos infidelidad? ¿Era feliz? ¿Amaba a Mario? ¿Le odiaba? Era imposible saberlo; y, sin embargo, a César, su instinto le decía que era inmensamente desgraciada.

El grupo había tomado asiento y todos tenían los ojos clavados en el hijo de Mario, que perversamente había optado por sentarse en una silla. Para no ser menos, César cogió también una silla, pero se acomodó lejos de Mario en la curva de la U formada por las tres camillas del comedor, a espaldas de su madre, por lo que no podía ver el rostro de sus mujeres más queridas; consideraba mucho más importante ver la cara del hijo de Mario, de Mucia Tertia y del mayordomo Estrofantes, a quien le habían dicho que asistiera a la reunión y que estaba de pie junto a la puerta, después de rehusar silenciosamente el asiento que le ofrecía su señor.

Tras humedecerse los labios —curioso signo de nerviosismo—, Mario hijo tomó la palabra.

—Esta tarde a primera hora he recibido la visita de Cneo Papirio Carbón y de Marco Junio Bruto.

—Extraña pareja —comentó César, que no quería dejar que su primo hablase sin parar para aturdirle.

El hijo de Mario le dirigió una mirada de enojo, aunque sin el menor atisbo de aturdimiento, y César se sintió frustrado.

—Han venido a proponerme que me presente a las elecciones de cónsul con Cneo Carbón. Y he aceptado.

Hubo un revuelo general. César vio el asombro en el rostro de sus hermanas, advirtió un sobresalto en su tía y una curiosa mirada impenetrable en los fantásticos ojos de Mucia Tertia.

—Hijo, ni siquiera eres senador —dijo Julia.

—Lo seré mañana, cuando Perpena me inscriba en los rollos.

—No has sido cuestor ni pretor.

—El Senado me eximirá de los requisitos habituales.

—¡No tienes conocimientos ni experiencia! —insistió Julia con voz desmayada.

—Mi padre fue cónsul siete veces y me he criado entre cónsules. Además, no puedes decir que Carbón no tenga experiencia.

—¿Y por qué esta reunión? —terció Aurelia.

El hijo de Mario dirigió su sincera y atractiva mirada a su tía.

—¡Para tratar el asunto, desde luego! —exclamó un tanto perplejo.

—¡Tonterías! —espetó Aurelia—. Aparte de que ya has tomado la decisión, pues le has prometido a Carbón ser su colega. Creo que nos has hecho salir de casa, en donde estábamos tan calientes, para darnos una noticia que nos habría llegado casi con la misma rapidez por medio de los chismorreos de la calle.

—¡No es cierto, Aurelia!

—¡Ya lo creo que sí! —replicó Aurelia.

Rojo como una amapola, el joven Mario se volvió hacia su madre, estirando el brazo, suplicante.

—¡Mamá, no es cierto! Sí, le he dicho a Carbón que me presentaré a las elecciones, pero... siempre he creído conveniente que mi familia dé su opinión. ¡De verdad! Puedo cambiar de idea.

—¡Bah! No vas a cambiar de idea —dijo Aurelia.

La mano de Julia asió la muñeca de Aurelia.

—Calma, Aurelia. No quiero que nadie se enfade.

—Tienes razón, tía Julia; nada de enfadarnos —añadió César, colocándose entre ellas dos y mirando fijamente desde el nuevo puesto a su primo—. ¿Por qué le dijiste que sí a Carbón? —inquirió.

La pregunta no inquietó en absoluto al joven Mario.

—¡Vamos, César, no me consideres tan poco inteligente! —contestó con desdén—. He aceptado por el mismo motivo que lo habrías hecho tú si no vistieses la laena y el apex.

—Entiendo por qué crees que yo habría aceptado, pero, en realidad, me habría negado. La mejor manera es in suo anno.

—Es ilegal —terció Mucia Tertia inopinadamente.



—No —replicó César anticipándose a Mario—. Va en contra de la costumbre tradicional y hasta vulnera la *lex Villia annalis*, pero no es realmente ilegal. Únicamente podría ser ilegal y punible si tu esposo usurpara el cargo contra la voluntad del Senado y del pueblo. Pero Senado y pueblo pueden legislar la anulación de la *lex Villia*; y es lo que se hará. El Senado y el pueblo emitirán la legislación necesaria, lo que significa que el único que lo declarará ilegal será Sila.

Se hizo un silencio.

—Eso es lo peor —dijo Julia con voz entrecortada—. Te verás enfrentado a Sila.

—De todos modos, me habría enfrentado a él, mamá —añadió Mario.

—Pero no en tu condición de representante recién elegido del Senado y del pueblo. Ser cónsul significa aceptar la responsabilidad suprema. Estarás al mando de los ejércitos de Roma —dijo Julia, mientras le rodaba una lágrima por la mejilla—. Serás la causa máxima de preocupación de Sila, y es un hombre terrible. Yo no le conozco, no tan bien como tu tía Aurelia, Cayo, pero sí bastante. Incluso hubo una época en que le estimaba, cuando cuidaba de tu padre, no sé si lo sabes... Se esforzaba por limar todos los inconvenientes que constantemente rodeaban a tu padre. Era un hombre más paciente y perspicaz que tu padre, y hombre de honor al mismo tiempo. Pero tu padre y Lucio Cornelio tenían en común un rasgo muy importante: cuando todo falla, desde la constitución hasta el apoyo popular, son o eran capaces de pasar por encima de todo para lograr sus propósitos. Por eso los dos marcharon sobre Roma, y por eso Lucio Cornelio volverá a hacerlo si Roma adopta la decisión de elegirte cónsul. El simple hecho de tu elección le hará ver que Roma se propone luchar contra él hasta las últimas consecuencias, y que no puede haber solución pacífica —añadió, con un suspiro, enjugándose la lágrima—. Por Sila es por lo que quiero que cambies de idea, querido Cayo. Si tuvieses su experiencia, no digo que no pudieras vencer. Pero no es así y te derrotará. Y yo perderé a mi único hijo.

Era un razonamiento lógico de adulto, pero como Mario no era ni lo uno ni lo otro, lo único que hizo fue escucharlo con gesto enfurruñado. Y abrió la boca para contestar.

—Bueno, mater —se anticipó César—, como dice tía Julia, tú conoces a Sila mejor que ninguno de nosotros. ¿Tú qué crees?

Aurelia difícilmente se mostraba desconcertada, y no tenía intención alguna de dar detalles de su reciente sorpresa motivada por la horrenda y penosa entrevista con Sila en su campamento.

—Es cierto que conozco bien a Sila. Y le he visto hace poco, como todos sabéis. Antes siempre era yo la última persona a quien visitaba antes de salir de Roma y la primera que le veía cuando regresaba; pero entre esas idas y venidas apenas le veía. El es así; en el fondo es un actor que no puede vivir sin representación. Y es un hombre que sabe transformar y dar sentido a una situación inocua; por eso optaba por venir a verme en esas circunstancias. En vez de simples visitas para hablar de cosas de poca importancia, éstas se convertían en despedida o conciliábulo. Creo que puedo decir sin faltar a la verdad que él me atribuía una especie de aura.

—No has contestado a mi pregunta, mater —dijo César, sonriéndole.

—No —respondió la extraordinaria mujer sin alterarse en lo más mínimo—. Voy a hacerlo —añadió, mirando fijamente al joven. Mario—. Lo que debes comprender es que si te enfrentas a Sila como representante recién elegido del Senado y del pueblo, es decir, como cónsul, te revestirás de un aura por lo que a Sila respecta. Tu edad unida a la personalidad de tu padre, Sila la utilizará para dar mayor relieve al drama de su pugna por dominar Roma. Y todo ello es de poco consuelo para tu madre, sobrino. Renuncia a ello por su bien. Enfrentate a Sila en el campo de batalla como un simple tribuno militar.

—¿Tú qué crees? —preguntó Mario a César.

—Yo, primo, te aconsejo que lo hagas. Sé cónsul anticipándote al tiempo prescrito.

—¿Lía?

—¡No lo hagas, primo, te lo ruego! —contestó la joven, volviendo sus atemorizados ojos hacia su tía Julia.

—¿Ju-Ju?

—Estoy de acuerdo con mi hermana.

—¿Esposa?

—Sigue el sendero que te marque la Fortuna.

—¿Estrofantes?

—Domine, no lo hagáis —contestó el viejo servidor con un suspiro.

Asintiendo suavemente con la cabeza, el joven Mario se reclinó en la silla y pasó el brazo por el alto respaldo, frunciendo el ceño y expulsando suavemente el aire por la nariz.

—Bueno, desde luego, no ha habido sorpresas —dijo—. Las mujeres de la familia y mi mayordomo me instan a que no me anticipe y me encumbre, arriesgando mi vida. Puede que mi tía insinúe que, además, arriesgaré la reputación. Mi esposa lo deja en manos de la Fortuna, ¿soy un elegido de la Fortuna? Y mi primo dice que adelante.

Se puso en pie, y su figura no dejaba de ser imponente.

—No voy a faltar a mi palabra a Cneo Papirio Carbón y a Marco Junio Bruto. Si Marco Perpena acepta inscribirme en el Senado, y el Senado se aviene a dictar la legislación pertinente, me presentaré candidato al consulado.

—No nos has dicho realmente por qué motivo —dijo Aurelia.

—Creí que resultaba evidente. Roma está al borde de la desesperación, y Carbón no encuentra un colega adecuado. ¿A quién se dirige? Al hijo de Cayo Mario. ¡Roma me adora y me necesita! Ése es el motivo —dijo el joven.

Sólo los servidores más viejos y leales habrían osado decir lo que manifestó Estrofantes, en nombre no ya de la condolida madre, sino del padre difunto:

—Es a vuestro padre a quien Roma adora, domine. Roma se vuelve hacia vos por vuestro padre. Lo único que sabe Roma es que sois el hijo del que la salvó de los germanos, del que obtuvo las primeras victorias en la guerra contra los itálicos y el que fue cónsul siete veces. Si hacéis eso será únicamente por ser hijo de quien sois, no por vos mismo.

El joven Mario sentía gran afecto por Estrofantes, y el mayordomo no lo ignoraba. Teniendo en cuenta las implicaciones, el joven aceptó gallardamente el razonamiento. Apretó los labios y aguardó a que concluyera.

—Lo sé —se limitó a contestar—. De mí depende mostrar a Roma que el hijo de Cayo Mario no le desmerece.

César bajó la vista y no dijo nada. Se preguntaba por qué el viejo loco no había dado la laena y el apex de flamen dialis a su propio hijo. Él sí que estaba convencido de que habría podido estar a la altura de las circunstancias. Pero no Mario hijo.

Y así, a finales de diciembre, se reunían los electores en sus respectivas centurias en el llamado aprisco del Campo de Marte y votaban primer cónsul al hijo de Mario, y colega suyo a Cneo Papirio Carbón. El hecho de que el joven Mario obtuviera muchos más votos que Carbón era signo de la desesperación de Roma, de sus temores y dudas. No obstante, muchos de los que le votaron lo hicieron con el convencimiento de que el joven había heredado algo del padre, y de que bajo su mando el triunfo sobre Sila era una notable posibilidad.

En cierto aspecto, los resultados electorales surtieron un efecto muy alentador: el reclutamiento se aceleró, particularmente en Etruria y Umbría. Los hijos y nietos de los clientes de Cayo Mario se alistaron multitudinariamente en las legiones del hijo, más animados y más llenos de confianza. Y cuando el joven Mario hizo una visita a las vastas posesiones de su padre, fue agasajado y recibido como un salvador providencial.

Roma cobró alborozado ánimo para asistir a la toma de posesión de los nuevos cónsules el primer día de enero, y no quedó decepcionada. El joven Mario asistió a todas las ceremonias haciendo gala de una enorme alegría que le ganó el afecto de todos los presentes. Tenía magnífico aspecto, sonreía, saludaba con la mano y de palabra a los conocidos entre la muchedumbre. Y como todos sabían dónde estaba su madre (a los pies de la gigantesca estatua de su esposo junto a los ros tra), todos fueron testigos de cuando el nuevo primer cónsul abandonó su sitio en el cortejo para ir a besarle manos y labios. Y para dedicar un gallardo saludo a su padre.

Quizás el pueblo de Roma, pensaba cínicamente Carbón, necesite que haya en el poder alguien joven en los momentos críticos. Desde luego,

hacía muchos años que la multitud no había vitoreado a un cónsul en su primer día en el cargo. Y aquel día lo estaba haciendo. Y, por todos los dioses, se dijo Carbón, espero que Roma no se arrepienta de esta ganga electoral. Hasta aquel momento, la actitud del joven Mario había sido gallarda; parecía dar por sentado que todo iba a salirle bien, que no necesitaba esforzarse, como si todas las futuras batallas estuvieran ganadas.

Los augurios no fueron buenos, a pesar de que los nuevos cónsules no habían advertido nada adverso durante su vela nocturna en lo alto del Capitolio. El mal presagio era una ausencia que nadie podía ignorar. En el punto más alto de la colina del Capitolio, en el que se había alzado el templo de Júpiter Optimus Maximus quinientos años antes, no había ahora más que un montón de restos ennegrecidos: en el sexto día de quintilis del año recién concluido, se había declarado, en el interior de la morada del dios, un incendio que había durado siete días y que lo había destruido todo. Todo. Pues el templo era tan antiguo que todo él era de madera, menos el podio de piedra. Los enormes fustes de sus columnas dóricas eran de madera igual que los muros, las vigas y el tabicado interior. Unicamente su grandiosidad y solidez, sus raros y costosos colores, sus magníficos murales y abundantes dorados le habían conferido categoría de morada singular para Júpiter, ya que la idea de un único Júpiter asentado en la montaña más alta—como era potestativo del Zeus griego— para los romanos e itálicos era algo inaceptable.

Cuando las cenizas se enfriaron lo bastante como para que los sacerdotes pudieran inspeccionar el lugar, vieron que el desastre era absoluto: de la gigantesca estatua de terracota del dios obra del escultor etrusco Vulca, durante el reinado de Tarquino, no quedaba nada; de las estatuas de marfil de Juno, esposa de Júpiter, y de su hija Minerva tampoco quedaban restos, e igual sucedía con los misteriosos Terminus y Juventas que no habían podido ser desplazados cuando el rey Tarquino había iniciado la construcción del templo de Júpiter Optimus Maximus. Tablillas de leyes y registros de inmemorial antigüedad se habían perdido, igual que los libros de la Sibila y otros documentos proféticos a los que Roma recurría en momentos de crisis. Innumerables tesoros de oro y plata se habían

derretido, y hasta la estatua de oro de la Victoria conduciendo una biga, donación de Herón de Siracusa. Se habían recogido los informes montones retorcidos de metales fundidos para que los herreros los refinaran, pero los lingotes resultantes de la fundición (que habían guardado en los bajos del templo de Saturno hasta que llegase el momento de entregarlos a los artesanos para hacer otras obras) no podían remplazar los nombres inmortales de los primitivos escultores: Praxiteles, Mirón, Strongylion, Policleto, Escopas y Lisipo. Arte e Historia habían perecido en las llamas del mismo modo que la morada de Júpiter Optimus Maximus.

También los templos contiguos se habían visto afectados, sobre todo el de Ops, el misterioso guardián de la salud pública de Roma, sin rostro ni cuerpo; habría que reconstruirlo. El templo de la Fides Publica también había sufrido graves daños, pues el calor del incendio había destruido los tratados y pactos colgados en su interior, así como la muñequera de lino de la mano derecha de una antigua estatua que se creía era la Fides Publica. Otro edificio que había sufrido daños era uno nuevo y de mármol, por lo que simplemente requería nueva pintura; se trataba del templo del Honor y la Virtud, erigido por Cayo Mario para guardar sus trofeos de guerra, sus condecoraciones militares y sus regalos a Roma. Lo que impresionó a los romanos fue el significado de la distribución de los daños: Júpiter Optimus Maximus era el espíritu guía de Roma; Ops era la prosperidad pública de Roma; la Fides Publica era el espíritu de la buena fe entre los romanos y sus dioses; y el Honor y la Virtud eran dos rasgos característicos de la gloria militar de Roma. Por ello, los romanos se preguntaban si aquel incendio era señal de que habían concluido los días de la grandeza de Roma. ¿Era el fuego símbolo de que Roma estaba acabada?

Y así, fue aquel día de Año Nuevo el primero en que los cónsules asumían su cargo sin la protección del sagrado templo de Júpiter Optimus Maximus, y se había erigido un altar provisional bajo un dosel al pie del podio de piedra ennegrecida en que antes se alzaba el antiguo templo, y en ella hicieron los nuevos cónsules su ofrenda y juraron su cargo.

Con el pelo oculto por su ajustado casco de marfil, y el cuerpo cubierto por los agobiantes pliegues de la laena circular, el flamen dialis César

asistía oficialmente al ceremonial, aunque no desempeñase un papel activo, pues los ritos los presidía el sumo sacerdote de la república, el Pontifex Maximus Quinto Mucio Escévola, padre de la esposa del hijo de Mario.

César contemplaba la ceremonia, dominado por dos penosos sentimientos: que la destrucción del templo hubiese dejado sin vivienda oficial al sacerdote especial de Júpiter y que él nunca pudiera revestir la toga orlada de púrpura para acceder al cargo de cónsul.

Pero había aprendido a ocultar su aflicción, y durante todo el protocolo se mantuvo erguido con entereza sin que su rostro reflejase el menor sentimiento.

La reunión del Senado y la fiesta que se sucedía fueron trasladados del templo de Júpiter Optimus Maximus a la Curia Hostilia, sede del Senado, y a un templo recién inaugurado. Aunque por su corta edad César no tenía acceso a la Curia Hostilia, por su condición de flamen dialis era automáticamente miembro del Senado, y nadie le impidió la entrada; contempló impasible el breve acto oficial por el que se investía primer cónsul al joven Mario. Los cargos de gobernador, que se iniciarían al cabo de un año, fueron echados a suertes entre los pretores del año y los dos cónsules, se estableció la fecha de la fiesta de Júpiter Latiaris en el monte Albano, así como otros días movibles de festividad civil o religiosa.

Como poca cosa podía comer el flamen dialis de los abundantes y selectos manjares ofrecidos al finalizar la ceremonia, César buscó un rincón discreto y se dispuso a escuchar lo que hablaban los que discurrían por su lado camino de las camillas. El rango determinaba el puesto obligado de algunos, como era el caso de los magistrados, sacerdotes y augures, pero los senadores tenían casi todos plena libertad para situarse según sus preferencias y amistades, y compartir las viandas que la profusa bolsa del joven Mario les ofrecía.

Era una discreta reunión de no más de cien personas, ya que muchos senadores se habían unido a Sila, y no todos los que habían asistido a las ceremonias apoyaban los planes de los dos cónsules. Quinto Lutacio Catulo estaba entre los presentes, pero no era partidario de Carbón; su padre, Catulo César, (muerto durante el baño de sangre de Mario) había sido

implacable adversario de Mario, y el hijo mantenía igual postura, aunque no fuese tan dotado ni culto. Ello se debía, pensaba César, a que la sangre Julia de su padre había quedado mezclada en el hijo con la de la madre, una Domicia de los Domicios Ahenobarbos, familia de famosa estirpe, pero no de intelecto. A César no le gustaba por un prejuicio relativo a su aspecto: Catulo era flaco y pequeño, y había heredado de su madre el pelo rojo y las pecas; estaba casado con la hermana del hombre que se hallaba reclinado a su lado en la misma camilla, Quinto Hortensio, el cual (otro de los neutrales que permanecían en Roma) estaba a su vez casado con Lutacia, hermana de Catulo. Quinto Hortensio, un hombre de poco más de treinta años, se había convertido en el primer abogado de la Roma de Carbón y Cinna, y algunos decían que era el mayor letrado de la historia de Roma. Hombre bastante bien parecido, su sensual labio inferior delataba su afición por los modestos placeres de la vida, y su mirada, en aquel momento fijada sobre César, su gusto por los muchachos guapos. Acostumbrado a tales miradas, César disipó cualquier idea que Hortensio hubiera podido alentar haciendo un gesto ridículo con la boca y bizqueando, tras lo cual, Hortensio enrojeció y volvió inmediatamente la cabeza hacia Catulo.

En aquel momento se acercó un criado a César para susurrarle que su primo requería su presencia al fondo del salón. El joven se levantó del escalón en que se había acomodado y se llegó hasta la camilla en que estaban reclinados el hijo de Mario y Carbón, besó a su primo en la mejilla y se acomodó en el borde del podio curul detrás de ellos.

—¿No comes? —preguntó el joven Mario.

—Poco hay de lo que pueda comer.

—Ah, sí; no me acordaba —musitó Mario con la boca llena de pescado; lo deglutió y señaló a la enorme bandeja que había en la mesa—. De eso sí que puedes comer —añadió.

César miró con poco entusiasmo la forma parcialmente deshecha de una lubina del Tíber.

—Gracias —dijo—, pero nunca me ha gustado el pescado.

El comentario hizo que el joven Mario contuviera la risa, aunque no le disuadió de su afición por aquel pez que se criaba entre los excrementos que



arrojaban las cloacas de la ciudad.

A César le hizo gracia ver que Carbón si que debía de ser más escrupuloso, pues su mano, que estaba a punto de servirse un trozo de lubina, optó por asir un pollito asado.

En aquel lugar, César llamaba más la atención, pero también podía ver a mucha más gente. Mientras hablaba de cosas sin importancia con su primo, sus ojos iban de un rostro a otro. Roma, pensaba, debe de estar complacida con esta elección de un primer cónsul de veintiséis años, pero a muchos de los presentes no les complace nada, sobre todo a los paniaguados de Carbón como Bruto Damasipo, Carrinas, Marco Fanio, Censorino, Publio Burrieno, Publio Albinovano el lucano... Sí, claro, había algunos más que contentos, como Marco Mario Gratidiano y el pontífice máximo Escévola, pero eran parientes del joven Mario, y era lógico que estuvieran interesados en el éxito del primer cónsul.

El joven Marco Junio Bruto surgió por detrás de la camilla a espaldas de Carbón, y César advirtió que le saludaban con particular fervor; Carbón no solía ser muy amigo de calurosos recibimientos. El joven Mario, al verlo, cedió su puesto en la camilla a Bruto y fue en busca de otra compañía. Bruto saludó a César con una inclinación de cabeza, sin mostrar el menor interés. Era la ventaja de ser flamen dialis, que nadie mostraba interés por un personaje que no tenía peso político. Carbón y Bruto se pusieron a hablar sin tapujos.

—Creo que podemos congratularnos por lo bien que ha salido todo —dijo Bruto, echando mano a la ya maltrecha lubina.

—¡Uf! —exclamó Carbón, dejando caer el medio devorado pollo con gesto de disgusto y cogiendo pan.

—¡Vamos, vamos! Deberías estar contento.

—¿De qué? ¿De él? Bruto, es más vacuo que la cáscara de un huevo. Créeme, lo sé bien por el trato que he tenido con él estos últimos meses. Tendrá los fasces en enero, pero seré yo quien habrá de hacerlo todo.

—Supongo que no esperarías otra cosa.

Carbón se encogió de hombros y tiró el pan; desde que César había insinuado la procedencia de la lubina, había perdido el apetito.

—Pues, no sé... Tal vez esperaba que adquiriese un poco de sentido común. Al fin y al cabo, es hijo de Mario y su madre es una Julia. Son factores que cuentan algo.

—Y, por lo visto, no.

—Puedes jurarlo por el pañuelo gastado de tu abuela. Para lo más que sirve es para adornar; nos da una buena imagen y acelera los reclutamientos.

—A lo mejor se le da bien el mando —dijo Bruto, limpiándose la grasa de las manos en una servilleta de lino que le dio un esclavo.

—Puede. Pero yo creo que no. Desde luego, en ese aspecto, pienso seguir tu consejo.

—¿Qué consejo?

—Asegurarme de que no le encomiendan las mejores tropas.

—Ah —exclamó Bruto, tirando la servilleta al aire sin preocuparse de si el mudo criado que estaba al lado de César podía cogerla o no—. No ha venido Quinto Sertorio. Esperaba que viniera a Roma, al menos para esta ocasión. Después de todo, el hijo de Mario es primo suyo.

Carbón lanzó una risa sardónica.

—Querido Bruto, Sertorio ha abandonado nuestra causa. Se marchó de Sinuessa por su cuenta y riesgo, y en Telamon se alistó en una legión de clientes de Cayo Mario que zarpó en invierno hacia Tarraco. Es decir, que ha asumido su cargo de gobernador de la Hispania Citerior muy pronto. No me cabe duda de que espera que cuando cumpla su plazo ya se habrá resuelto la situación en Italia.

—¡Es un cobarde! —exclamó Bruto indignado.

Carbón ventoseó.

—¡Ni mucho menos! Yo más bien diría que es raro. No tiene amigos, ¿no te has dado cuenta? Ni esposa. Pero no tiene la ambición de Cayo Mario, por lo que todos hemos de dar gracias a nuestra buena estrella; porque si la tuviera, Bruto, sería primer cónsul.

—Mira, yo creo que es una lástima que nos haya dejado plantados. Su presencia en el campo de batalla hubiera servido para dar un vuelco a la situación, porque, aparte de todo, él sabe cómo combate Sila.

Carbón eructó y se apretó el vientre.

—Me parece que voy a retirarme a tomar un vomitivo. La prodigiosa selección de manjares que nos ha ofrecido el cachorro es demasiado fuerte para mi estómago.

Bruto ayudó a levantarse de la camilla al segundo cónsul y le llevó hacia un rincón detrás del podio, cubierto con un biombo, donde los criados atendían con orinales y jofainas a los que les requerían.

Lanzando una mirada de desdén a la espalda de Carbón, César pensó que había escuchado la conversación más importante que podía darse en la fiesta consular; se despojó de los zuecos, los recogió y desapareció de escena sigilosamente.

Lucio Decumio lo atisbaba todo desde un rincón del vestíbulo del Senado, y se le acercó nada más cruzar la puerta. Iba cargado con ropa normal para César: botas adecuadas, capa con capucha, calcetines y unas polainas de lana. César se despojó de los atributos de flamen dialis, y de detrás de Lucio Decumio surgió una figura imponente que cogió la apex laena y los zuecos para guardarlos en una bolsa de cuero.

—¿Ya has vuelto de Bovillae, Burgundus? —preguntó César, tiritando de frío mientras se embutía la bota sin cordones.

—Sí, César.

—¿Y qué tal? ¿Todo bien con Cardixa?

—Soy padre de otro hijo. Cuando seas cónsul tendrás una guardia personal completa.

—Jamás seré cónsul —replicó César, tragando saliva y mirando hacia la cúpula nevada de la basílica Emilia.

—¡Tonterías! ¡Claro que lo serás! —añadió Lucio Decumio, cogiendo entre sus manos abrigadas con mitones el rostro del joven—. ¡Y deja ya de entristecerte! No habrá fuerza en el mundo capaz de impedírtelo si quieres serlo, ¿me oyes? —añadió, bajando las manos y haciendo un gesto impaciente en dirección de Burgundus—. ¡Vamos, patán germano, abre camino al amo!

Aquel terrible invierno continuó tal como había comenzado y parecía no tener fin. Las estaciones se sucedían de acuerdo con el calendario desde que Escévola era pontífice máximo hacía varios años; pues él, igual que Metelo Dalmático, era partidario de mantener las fechas en armonía con las estaciones, a pesar de que el pontífice que había ostentado el cargo entre ellos dos —Cneo Domicio Ahenobarbo— había consentido que el calendario se adelantase, haciéndolo más corto de días que el año solar, y alegando que los melindrosos hábitos griegos eran una tontería.

Por fin en marzo comenzó el deshielo y toda Italia se dispuso a recibir al buen tiempo. Dormidas desde octubre, las legiones comenzaron a moverse y a desplegar actividad. Desafiando la espesa nieve de primeros de marzo, Cayo Norbano salió de Capua con seis de sus ocho legiones y se puso en camino para unirse a Carbón, que había vuelto a Ariminum. En su marcha rebasó la posición de Sila, quien no se lo impidió. A pesar de la nieve, Norbano pudo avanzar bien por la vía Latina y luego por la Flaminia, y alcanzó Ariminum sin tardanza, incrementando con sus tropas las fuerzas de Carbón hasta treinta legiones y varios miles de soldados de caballería. Una tremenda carga para Roma, y el Ager Gallicus.

Pero antes de partir para Ariminum, Carbón había resuelto su problema más acuciante: la fuente de financiación del enorme ejército. Quizá fuese el oro y la plata fundidos del incendiado templo de Júpiter Optimus Maximus, guardado en lingotes en el Tesoro, porque comenzó apoderándose de ellos y en su lugar dejó un escrito en el que se decía que Roma debía al Gran Dios tantos talentos de oro y tantos otros de plata. Pero había, además, muchos templos romanos que disponían de riquezas propias, y como la religión formaba parte del Estado y éste la subvencionaba, Carbón y el joven Mario optaron por tomar «prestado» el dinero de dichos templos. En teoría, no era un acto anticonstitucional, pero de hecho era una solución detestable que nunca se había llevado a la práctica. Y así, de las cámaras acorazadas de los templos fueron saliendo arcas y más arcas de monedas, del monto constituido por el sestercio que se entregaba a Juno Lucina cada vez que

nacía un romano, varón o hembra, por el denario que se daba a Juventas cuando los ciudadanos varones superaban la pubertad, por los cuantiosos denarios donados a Mercurio cuando los comerciantes hundían su ramo de laurel en la fuente sagrada, por los sestercios que se entregaban a Venus Libitina cuando moría un ciudadano romano, y por los sestercios que las prostitutas famosas ofrecían a Venus Erucina. Todo ese dinero y mucho más fue requisado para engrasar la máquina de guerra de Carbón. Se requisaron también lingotes y se fundieron todos los obsequios de oro y plata de los templos no considerados obras de arte.

Se encomendó al pretor tartamudo Quinto Antonio Balbo —que no era de la estirpe de los Antonios— la tarea de acuñar las nuevas monedas y retirar las antiguas; una determinación que, aunque considerada sacrílega por muchos, dio sus buenos frutos. Carbón pudo dejar al joven Mario al frente de Roma y de la campaña en el sur, para dirigirse tranquilo a Ariminum.

Aunque ninguno de los bandos lo sabía, un mismo propósito animaba a Sila y Carbón: que no fuese una guerra civil que arruinase a Italia, que todas las provisiones para hombres y bestias consumidas durante las hostilidades se pagasen al contado y que se redujese al mínimo la extensión de tierras assoladas durante las acciones bélicas. La guerra itálica había dejado al país al borde del desastre, y no podía hacer frente a otra similar, y menos aún tan pronto. Eso era algo que ni Sila ni Carbón ignoraban.

Sabían también que la guerra que iban a desencadenar carecía ante la gente del común de la nobleza de propósitos y de las fundadas razones que habían hecho estallar la guerra itálica, que había sido una pugna entre Roma y los estados que querían sacudirse el yugo del vasallaje. Mientras que, ¿cuáles eran los motivos del actual conflicto? El simple enfrentamiento de dos bandos por establecer su dominio en Roma, una simple pugna por la hegemonía entre dos hombres: Sila y Carbón, por mucha propaganda con que quisieran enmascararla ambos bandos. Y el pueblo no era tonto. Por consiguiente, no se podía abrumar al país, mermando el bienestar de romanos e itálicos.

Sila contaba con el crédito de sus tropas, mientras que a Carbón no le había quedado más remedio que recurrir al de los dioses. Y ambos se veían enfrentados al terrible dilema de si una vez finalizado el conflicto podrían cancelar su deuda.

Nada de esto, sin embargo, preocupaba al hijo de Mario, por ser heredero de un hombre riquísimo exento de agobios dinerarios, ya fuese para pagar sus lujos o financiar las legiones. Precisamente la financiación de la guerra era un tema que el viejo Cayo Mario había tratado con el pequeño César durante la época en que éste le había ayudado a recuperarse del segundo infarto, mientras que a su hijo apenas le había hablado de ello, pues justo cuando más le habría necesitado a su lado, el joven estaba en una edad en que para él resultaba más interesante Roma y sus placeres que su propio padre, y fue César —nueve años más joven que su primo— quien cosechó el legado de las experiencias de Mario. Y César había escuchado con auténtica avidez todo aquello que su nombramiento como sacerdote había convertido en imposible utopía.

Al iniciarse el deshielo a mediados de marzo, el hijo de Mario y sus legados salieron de Roma para acampar en las afueras de la pequeña ciudad de Ad Pictas, en la vía Labicana, un diverticulum que rodeaba las colinas Albanas y confluía con la vía Latina en un lugar llamado Sacriportus. Allí, en una llanura aluvial, habían estado inverando ocho legiones de voluntarios de Etruria y Umbría, sometidos a un severo e intenso entrenamiento en la medida en que el frío lo permitía. Todos los centuriones eran veteranos de las campañas de Cayo Mario y sabían hacer bien las cosas, pero cuando llegó el hijo de Mario a finales de marzo, las tropas aún eran muy novicias, cosa que al joven no le preocupó, creyéndose que el recluta más bisoño lucharía bajo su mando del mismo modo que lo habían hecho los curtidos soldados de su padre. Él, lo que anhelaba era detener a Sila lo antes posible.

Había en sus filas militares que sabían mejor que él lo arduo de la empresa, pero ninguno trató de hacérselo ver, debido al simple motivo de que probablemente ninguno consideraba que el joven Mario tuviera dotes

para merecer semejante sinceridad. Mario era una figura decorativa a la que había que cuidar y proteger.

Cuando llegaron comunicados del espionaje informando de que Sila se disponía a ponerse en marcha, el hijo de Mario se mostró alborozado. Por lo visto, Sila había seleccionado once de sus dieciocho legiones, con casi toda la caballería menos unos escuadrones, enviándolas al mando de Metelo Pío el Meneitos hacia la costa del Adriático y las posiciones de Carbón en Ariminum. Así, a Sila le quedaban siete legiones, una fuerza inferior a la de él.

—¡Puedo vencerle! —dijo a su primer legado, Cneo Domicio Ahenobarbo.

este, casado con la hija mayor de Cinna, se veía obligado a formar en el bando de Carbón a pesar de su natural inclinación hacia la causa de Sila; estaba muy enamorado de su hermosa esposa pelirroja, y lo bastante sometido a sus deseos para hacer algo contra su voluntad. Así, se vio en la tesitura de ignorar que la mayoría de sus parientes más cercanos eran estrictamente neutrales o partidarios de Sila.

Ahora, escuchando al pletórico Mario, se sentía aún más incómodo; quizás había llegado el momento de ir pensando en dónde exiliarse si al engreído joven le fallaban sus bravatas y era incapaz de derrotar al viejo zorro pelirrojo.

El primer día de abril, el joven Mario, de excelente humor, hizo salir a las tropas del campamento y cruzó los antiguos pilares del Sacriportus hacia la vía Latina, para dirigirse hacia Campania, en donde estaba Sila. No perdió tiempo, pues había dos puentes que cruzar a una distancia de cinco millas, y quería estar en posición despejada antes de avistar al enemigo. Nadie le comentó que fuese una imprudencia ir al encuentro de Sila en vez de quedarse en la posición que ocupaba, y, aunque había recorrido decenas de veces la vía Latina, el joven Mario no tenía capacidad para recordar el terreno ni para interpretarlo en sentido militar.

En el primer puente, sobre el Veregis, permaneció en retaguardia mientras las tropas lo cruzaban animadas y, de pronto, recapacitó que el terreno era más favorable para el combate en torno a los pilares del

Sacriportus que hacia el punto en que él se dirigía; pero no se detuvo. En el segundo puente, sobre el más ancho y rápido Tolerus, dio en pensar, finalmente, que se dirigía hacia un terreno en el que las legiones maniobrarían con dificultad. Sus exploradores llegaron diciéndole que Sila estaba a dieciséis kilómetros de la vía, cruzando rápidamente la ciudad de Ferentinum, ante lo cual el joven Mario fue presa del pánico.

—Creo que será mejor regresar a Sacriportus —dijo a Ahenobarbo—. En este terreno es imposible hacer el despliegue que tenía previsto, y no puedo rebasar a las fuerzas de Sila para situarme en un terreno más abierto. Nos enfrentaremos a él en Sacriportus, ¿no te parece?

—Lo que tú digas —contestó Ahenobarbo, que sabía perfectamente el efecto que causaría en aquellas tropas bisoñas la orden de dar media vuelta y retirarse, y, sin embargo, optó por callar—. Daré la orden de volver a Sacriportus.

—¡A paso ligero! —exclamó el hijó de Mario, mientras sentía desvanecerse su confianza, al tiempo que aumentaba su pánico.

Ahenobarbo le miró estupefacto, pero tampoco dijo nada. Si el joven quería extenuar al ejército cubriendo tantos kilómetros a la carrera, ¿a qué discutir? De todos modos, no podían vencer.

Y así, las ocho legiones emprendieron el regreso a Sacriportus a paso ligero, y los millares de nuevos reclutas no salían de su estupor ante los gritos de los centuriones que les conminaban a levantar los pies y seguir avanzando. Al joven Mario también se le contagió aquella desesperada premura, y fue cabalgando entre las filas infundiéndoles prisa, sin siquiera pensar en decirles que no era una retirada sino una simple marcha hacia mejor terreno para el combate. La consecuencia fue que tropas y general llegaron al terreno más favorable sin condiciones físicas ni mentales para hacer buen uso de él.

Como todos los de su clase, el joven Mario había aprendido cómo dar una batalla, pero hasta entonces se había contentado con creer que heredaría sin más la perspicacia y habilidad de su padre; pero en Sacriportus, mientras legados y tribunos militares se congregaban a su alrededor para que les



diera órdenes, se vio que era incapaz de pensar ni encontrar un ápice de la sagacidad y habilidad de su padre.

—Oh —dijo finalmente—, desplegad las legiones en cuadrados de ocho hombres en fondo, y mantened dos legiones en línea, de reserva.

No eran órdenes adecuadas, pero nadie trató de hacer que las mejorase, y a las tropas sedientas y sin aliento tampoco se las estimuló con una arenga del general; en lugar de dirigirse a sus soldados, el hijo de Mario se situó a caballo en un lado del campo de batalla, cabizbajo, pensando en el dilema que se le planteaba.

Sila, en lo alto de un promontorio entre el Tolerus y el Sacriportus, comprendió el lamentable plan de batalla del joven Mario, lanzó un suspiro, se encogió de hombros y mandó atacar a sus cinco legiones de veteranos al mando de Dolabella y Servilio Vatia. Las dos mejores legiones del antiguo ejército de Escipión Asiageno las dejó en reserva al mando de Lucio Manlio Torcuato, y él permaneció en aquel altozano con un escuadrón de caballería para el servicio de mensajeros de los comandantes y los comunicados de cambio de táctica en caso necesario. Se hallaba a su lado nada menos que Lucio Valerio Flaco, príncipe del Senado y portavoz de la Cámara, que había decidido pasarse a sus filas en pleno invierno, acudiendo al encuentro de Sila en febrero.

Al ver que se acercaba el ejército de Sila, el hijo de Mario recobró la calma, aunque no el optimismo, y asumió en persona el mando del ala izquierda sin tener una idea precisa de lo que hacía ni había de hacer. Los dos ejércitos chocaron a media tarde de aquel breve día, y no había transcurrido una hora cuando los campesinos de Etruria y Umbría que tan entusiastas se habían alistado en el ejército del hijo de Mario, abandonaban el campo de batalla, huyendo en todas direcciones ante los veteranos de Sila, que los deshacían sin piedad y con relativa facilidad. Una de las dos legiones que había mantenido en reserva desertó y se pasó a Servilio Vatia, manteniéndose impasible ante la matanza de sus compañeros a pocos pasos de distancia.

La defección de aquella legión fue lo que acabó por desanimar al joven Mario. Recordando que la imponente fortaleza de la ciudad de Praeneste se hallaba cerca, al este de Sacriportus, hacia ella ordenó la retirada. Teniendo la marcha un objetivo concreto, avanzaron mejor y consiguió evacuar a las tropas de su ala izquierda con bastante orden. Ofella, al mando del ala derecha de Sila, emprendió la persecución con una celeridad y saña que regocijó al propio Sila, que contemplaba las maniobras desde su posición elevada. Estuvo hostigando y acosando al enemigo durante quince kilómetros, aislando a los rezagados, mientras el joven Mario se esforzaba por salvar el mayor número posible de tropas. Cuando por fin las enormes puertas de Praeneste se cerraron a sus espaldas, no le quedaban más que siete mil hombres.

El centro del ejército había perecido casi por completo en el campo de batalla, pero el ala derecha al mando de Ahenobarbo había logrado abrirse paso para dirigirse a Norba, antiguo reducto de los volscos, fanáticos de la causa de Carbón, ciudad que, en lo alto de una montaña, treinta y dos kilómetros al sudoeste, abrió complacida sus inexpugnables puertas para recibir a los diez mil hombres. Pero Ahenobarbo no entró con ellos; les deseó buena suerte y prosiguió la marcha hasta Tarracina en la costa, en donde tomó un barco para África, el lugar más alejado de Italia que se le ocurrió.

Ignorando que su primer legado había huido, el joven Mario permaneció satisfecho en su refugio de Praeneste, sabiendo que de allí muy difícilmente podría desalojarle Sila. A unos treinta y seis kilómetros de Roma, Praeneste ocupaba las alturas de una estribación de los Apeninos, y era una plaza que había resistido numerosos asaltos a lo largo de los siglos. Ningún ejército podía tomarlo por detrás, donde la estribación se unía ya a montañas más vertiginosas del macizo, pero era precisamente el lado por el que podía recibir abastecimientos, por lo que resultaba imposible rendirlo por hambre. En el recinto había varios manantiales, y los enormes silos subterráneos del templo de la Fortuna Primigenia que daba su fama a la localidad, guardaban muchos medimni de trigo, aceite y vino y de otros alimentos no perecederos como quesos y pasas, así como manzanas y peras de la anterior cosecha.

Aunque sus orígenes eran suficientemente latinos y sus habitantes se enorgullecían de su dialecto como el más antiguo y puro, Praeneste nunca se había aliado con Roma, había luchado en el bando de los aliados itálicos durante el anterior conflicto y seguía reivindicando pertinazmente que su ciudadanía era superior a la de Roma y que ésta era una ciudad de nuevos ricos. Por eso era bastante lógica su ferviente acogida al hijo de Mario, pues para los praenestanos era como el desvalido que se enfrentaba a la furibunda venganza de Sila, y, por ser hijo de quien era, su ejército fue bien recibido. En agradecimiento, Mario mandó formar patrullas de aprovisionamiento y las envió por los vericuetos de detrás de la fortaleza en busca de alimentos para no agotar las reservas de la ciudad.

—En verano, Sila no tendrá más necesidad que levantar el sitio y podréis marcharos —dijo el decano de los magistrados de la ciudad.

Predicción que no se cumplió; en menos de un intervalo de mercado después de la batalla de Sacriportus, el joven Mario y los habitantes de Praeneste vieron que se iniciaba un asedio en toda regla con el firme propósito de rendir la plaza. Los ríos que discurrían desde el macizo hacia Roma vertían todos en el Anio, y los del lado opuesto iban a desembocar en el Tolerus, pues Praeneste estaba situada en la divisoria de las aguas. Y ahora, sin salir de su asombro, los sitiados vieron cómo comenzaba a construirse un gigantesco muro con foso desde el Anio hasta el Tolerus, y cuando las obras estuvieran concluidas, la única salida de Praeneste serían los senderos y vericuetos de las montañas traseras, en caso de que no estuviesen vigilados.

La noticia de Sacriportus llegó a Roma antes de que el sol se ocultara aquel aciago día, aunque muy discretamente, y sólo se difundió en forma de rumor. Llegó por mano de un mensajero especial enviado por el propio hijo de Mario, quien, nada más entrar en Praeneste dictó una apresurada carta al pretor urbano de Roma, Lucio Junio Bruto Damasipo, que decía:

*Todo se ha perdido al sur de Roma. Esperemos que Carbón en Ariminum libre la clase de guerra que Sila sea incapaz de contrarrestar, aunque sólo sea por el hecho de que cuenta con menores fuerzas. Las tropas de Carbón son mucho mejores que las mías, que carecían de un buen entrenamiento y de experiencia, lo que fue causa de que no pudieran resistir ni una hora al empuje de los veteranos de Sila.*

*Sugiero que te prepares para el asedio de Roma, aunque creo que será imposible en una ciudad tan grande y tan dividida en tendencias. Si crees que Roma se negará a resistir un asedio, prepárate a la llegada de Sila en el próximo intervalo de mercado, pues no hay tropas que puedan interceptar su avance. No sé si pretenderá ocupar la ciudad; espero que se proponga pasar de largo para atacar a Carbón. Por lo que he oído contar a mi padre de Sila, es muy probable que intente aplastar a Carbón con una maniobra en tenaza, una de cuyas mandíbulas sería Metelo Pío. Ojalá lo supiera, pero lo ignoro. Lo único que sé es que en este momento es prematuro para Sila ocupar la ciudad y no creo que cometa tal error.*

*Tardaré un tiempo en poder salir de Praeneste, en donde me han recibido de buen grado; sus gentes sienten gran afecto por Cayo Mario y no han negado el socorro a su hijo. Ten la seguridad de que en cuanto Sila se disponga a atacar a Carbón, romperemos el cerco para ir en auxilio de Roma. Quizá si yo me persono en Roma, la gente acepte resistir el asedio.*

*Aparte de eso, creo que ha llegado el momento de destruir los últimos nidos de víboras partidarios de Sila en nuestra amada ciudad. ¡Mátalos, Damasipo! No impidas que el sentimiento mitigue tu decisión. Si siguen viviendo quienes puedan decidir apoyar a Sila, será imposible resistirle; pero si los cabecillas de los que intenten causarnos dificultades mueren, los demás se someterán sin reservas. Todos los que puedan prestar ayuda militar a Carbón deben salir de Roma ahora mismo. Tú incluido, Damasipo.*

*Te adjunto unos cuantos nombres de víboras partidarios de Sila que me vienen a la memoria. Sé que faltan decenas de ellos, ¡haz tú mismo la lista*

*completa! El pontífice máximo, el viejo Lucio Domicio Ahenobarbo, Carbo Arvina y Publio Antistii Veto.*

Bruto Damasipo cumplió las órdenes. Durante el breve pero intenso programa de asesinatos que el anciano Cayo Mario había perpetrado antes de morir, el pontífice máximo Quinto Mucio Escévola había sido apuñalado sin que nadie pudiera entender el porqué. Su supuesto asesino (el Fimbria que había partido con el cónsul sufecto Flaco para relevar del mando a Sila en la guerra contra Mitrídates, y que después había asesinado a Flaco) en su momento no arguyó más excusa que echarse a reír diciendo que Escévola merecía la muerte. Pero Escévola no había muerto a pesar de hallarse gravemente herido. Fuerte y tenaz, el pontífice máximo estaba de nuevo ejerciendo sus funciones a los dos meses. Pero ahora no escaparía. A pesar de ser suegro del joven Mario, fue apresado cuando trataba de buscar refugio en el templo de Vesta. Era completamente ajeno a cualquier traición para con su yerno.

El anciano Lucio Domicio Ahenobarbo, cónsul poco después de que su hermano fuese elegido pontífice máximo reformador, fue ejecutado en su casa, y, sin duda, Pompeyo el Grande hubiese aprobado encantado de haber sabido que no necesitaba mancharse las manos con la sangre de su suegro; Publio Antistio fue también asesinado, y su esposa, loca de dolor, se quitó la vida. Cuando Bruto Damasipo se hubo deshecho de quienes consideraba que podían poner en peligro la Roma de Carbón, unas treinta cabezas adornaban los rostra del bajo Foro. Hombres que se decían neutrales (como Catulo, Lépidio y Hortensio) se encerraron en sus casas y se negaron a salir por temor a que los sicarios de Bruto Damasipo intentaran matarles.

Una vez realizada la tarea, Bruto Damasipo y su pretor Cayo Albio Carrinas salieron de Roma y se unieron a Carbón. El pretor de la casa de la moneda, Quinto Antonio Balbo, abandonó también Roma, pero al mando de una legión, con la encomienda de ir a Cerdeña y arrebatarse la isla a Filipo.

Sin embargo, la defección más extraña de todas fue la del tribuno de la plebe Quinto Valerio Sorano, quien, gran erudito y hombre muy humanitario, no pudo aprobar aquella matanza de quienes ni siquiera se

había demostrado que fuesen partidarios de Sila. Pero, ¿cómo efectuar una protesta pública que hiciera reaccionar a la ciudad? ¿Podría un solo hombre destruir Roma? Quinto Valerio Sorano había llegado a la conclusión de que el mundo ganaría con la destrucción de Roma. Y después de pensárselo, entrevió una solución. Se dirigió a los rostra, subió a la tribuna y allí, en medio de los sangrantes trofeos de Bruto Damasipo, gritó con todas sus fuerzas el nombre esotérico de Roma.

—¡AMOR! —clamó una y otra vez.

Los que le oían y lo entendían huían del lugar, tapándose los oídos con las manos. ¡ El nombre secreto de Roma no podía pronunciarse en voz alta! Roma y todo lo que representaba se desmoronarían como por efecto de un terremoto. Y es Lo que Quinto Valerio Sorano también pensaba. Así, después de gritar al aire y a los pájaros y a los aterrados ciudadanos el nombre críptico de Roma, Sorano corrió a Ostia, preguntándose cómo es que la ciudad seguía en pie sobre sus siete colinas. Y de Ostia zarpó para Sicilia, con el repudio de ambos bandos.

La ciudad, carente de gobierno, no se derrumbó; la gente continuó haciendo sus cosas como siempre, y los nobles neutrales asomaron tímidamente la cabeza por la puerta de sus casas, olfatearon el aire y se aventuraron por las calles sin hacer comentarios. Y Roma aguardó a ver qué haría Sila.

Sila entró en Roma pacíficamente y sin la protección del ejército.

No había ningún imperioso motivo que le disuadiera, y sí numerosas razones que le impulsaran a ello. Poco le importaban cuestiones como la de su imperium, y si renunciaba a él en el momento de cruzar el pomerium sagrado, ¿quién había en aquella Roma sin timón que pudiera oponérsele, acusarle de ilegalidad o de impiedad? Si volvía a Roma era en su condición de conquistador y dueño de la ciudad, con todos los poderes necesarios en consonancia con su pasado. Cruzó el pomerium sin escrúpulos y procedió a restablecer en la ciudad un gobierno provisional.

El magistrado más anciano que había quedado en Roma era un pretor, uno de los dos hermanos Magio de Aeclanum. Y a él fue a quien Sila encomendó el gobierno, asistido por los ediles Publio Furio Crasipes y Marco Pomponio. Cuando se enteró de que Sorano había pronunciado en voz alta el nombre de Roma, frunció aterrado el ceño y se estremeció, pese a que había contemplado impasible los rostra erizados de cabezas, ordenando que las quitasen y se les diese el ceremonial adecuado. No dirigió discursos al pueblo ni convocó al Senado. Y no había transcurrido un día de su entrada cuando regresó a Praeneste, dejando en la ciudad dos escuadrones de caballería al mando de Torcuato, para que ayudasen a los magistrados a mantener el orden, como dijo con displicencia.

No trató de ver a Aurelia, quien, al saber que había vuelto a marcharse, se enfrentó con indiferencia a su familia, en particular a César, quien estaba convencido de que la entrevista de su madre con Sila en Teanum era un hecho muy significativo, aunque ella no quisiera explicárselo.

El legado encargado del asedio a Praeneste era el tránsfuga Quinto Lucrecio Ofela, quien recibía órdenes directamente de Sila.

—Quiero que el hijo de Mario se quede para siempre encerrado en Praeneste —dijo Sila—. Levanta un muro de diez metros desde las montañas del Anio hasta las de detrás del Tolerus, con torres de veinte metros cada doscientos pasos. Entre ese muro y la ciudad excava un foso de siete metros de profundidad y siete de ancho con stimuli en el fondo, gruesos como los carrizos de las riberas del lago Fucino. Cuando esté acabado el cerco, dispón patrullas que vigilen todos los senderos que parten por detrás de la ciudad hacia los Apeninos para que no entre ni salga nadie. Quiero que ese muñeco arrogante sepa que Praeneste va a ser su residencia para lo que le queda de vida —añadió con aviesa sonrisa que le frunció las comisuras de los labios, una sonrisa que habría dejado ver sus fieros caninos cuando aún los tenía y su rostro no era un desastre horripilante—. También quiero que los habitantes de Praeneste sepan que están condenados a albergar al hijo de Mario para el resto de sus días; así que dispón heraldos

que vocean la noticia seis veces al día. Una cosa es ayudar a un niño bonito con un apellido famoso, y otra darse cuenta de que ese niño bonito les ha traído la muerte y el sufrimiento.

Cuando Sila se dirigió a Veii, al norte de Roma, dejó a Ofela dos legiones para realizar las obras. Y las legiones trabajaron de lo lindo. Afortunadamente, en la zona abundaba la toba volcánica, una extraña roca que se cortaba como queso y se endurecía enormemente una vez expuesta al aire. Gracias a ello, el muro avanzó prodigiosamente, y el foso se cavó también con gran celeridad. La tierra de la excavación se aprovechó para formar un segundo muro, y en la tierra de nadie comprendida entre ambos no quedó un solo árbol ni objeto que pudiera servir de ariete. En las montañas de detrás de la ciudad talaron igualmente los árboles existentes entre las murallas y el campamento de las patrullas que vigilaban los senderos para impedir el abastecimiento de Praeneste.

Ofela era un capataz infatigable; pretendía no irle a la zaga a Sila, y ahora tenía la ocasión. Así, no daba respiro a nadie para que se quejara de dolor de espalda ni de agujetas. Además, también los soldados querían estar a la altura de Sila, pues una de las legiones era la que había desertado del hijo de Mario en Sacriportus, y la otra era la que había pertenecido a Escipión Asiageno; su lealtad estaba en tela de juicio, y por eso consideraban que si construían bien el muro y cavaban esforzadamente el foso demostrarían a Sila su buena disposición. Bastaba con que se aplicasen con sus manos al pico y a la pala, pero eran diez mil pares de manos y sobraban herramientas, y los centuriones les instruían sobre los trucos y recursos de la construcción de un cerco. Para Ofela no constituía un gran problema organizar tan enorme trabajo, pues él era un auténtico romano en cuestiones de ejecución metódica.

Al cabo de dos meses estaban terminados el muro y el foso con más de doce kilómetros de largo y cortando la vía Prenestina y la vía Labicana, interrumpiendo así el tránsito en ambas carreteras y haciéndolas inútiles después de Tusculum y Bola. A los caballeros y senadores romanos cuyas propiedades resultaron afectadas por ello, no les quedó otro remedio que aguardar mohínos el final del asedio y maldecir al hijo de Mario. Por el



contrario, los pequeños propietarios de la región se regocijaron al ver los bloques de toba, pues una vez concluido el cerco el muro sería derruido y dispondrían de un inagotable suministro de material para la construcción de vallas, graneros y vaquerías.

En Norba proseguía una acción similar, aunque allí no eran necesarias tan gigantescas obras de asedio. Para rendirla se había enviado a Mamercio con una legión de nuevos reclutas (alistados en el país de los sabinos por Marco Craso), y en seguida se puso manos a la obra con la obstinación y consabida eficiencia que le habían servido para salir de no pocas situaciones apuradas.

En cuanto a Sila, en Veii, dividió las cinco legiones que había dejado atrás con Publio Servilio Vatia; éste, al frente de dos, había de dirigirse hacia la costa de Etruria, mientras Sila y Dolabela el viejo marchaban con las otras tres por la vía Casia hacia el interior en dirección a Clusium. Ya había comenzado mayo y Sila estaba muy satisfecho con el avance. Si Metelo Pío y sus fuerzas más numerosas progresaban del mismo modo, en otoño se hallaría en excelente posición para dominar toda Italia y la Galia itálica.

¿Cómo le iba a Metelo Pío con sus tropas? Sila no sabía mucho del terreno que habían cubierto al ponerse en marcha por la vía Casia hacia Clusium, pero tenía mucha confianza en su más fiel aliado, al tiempo que enorme curiosidad por ver cómo se desenvolvía Pompeyo. Había asignado expresamente a Metelo Pío el ejército más numeroso, y también deliberadamente había dado instrucciones de que Pompeyo el Grande mandase los cinco mil soldados de caballería que él no habría podido utilizar en su propio avance por terreno más montañoso y accidentado.

Metelo Pío había avanzado hacia la costa adriática con sus dos legiones (al mando de su legado Varrón Lúculo), seis legiones que habían sido de Escipión, las tres legiones de Pompeyo y los cinco mil jinetes asignados a éste por Sila.

Naturalmente, Varrón el sabino viajaba con Pompeyo y era oído atento y favorable (¡y no digamos pluma atenta y favorable!) a todo pensamiento de éste.

—Tengo que llevarme mejor con Craso —le dijo Pompeyo cuando cruzaban Picenum—. Con Metelo Pío y con Varrón Lúculo no hay inconveniente, aparte de que les estimo bastante. Pero Craso es un bruto malhumorado, tremendo. Necesito que esté de mi parte.

Montado en un caballo enano, Varrón miró de abajo arriba a Pompeyo, que cabalgaba en su caballo público blanco.

—¡Ya veo que algo has aprendido durante este invierno con Sila! —dijo con auténtica perplejidad—. No me imaginaba que iba a oírte hablar de conciliación con nadie, con excepción de Sila, claro.

—Sí que he aprendido —admitió Pompeyo indolente. Sus magníficos dientes blancos destellaron en afectuosa sonrisa—. ¡Vamos, Varrón, ya sé que estoy convirtiéndome en el partidario más apreciado de Sila, pero también soy capaz de entender que necesite a otros! Aunque puede que tengas razón —añadió—. Es la primera vez en mi vida que tengo tratos con un comandante en jefe que no sea mi padre. Mi padre era un gran militar, pero lo único que contaba para él eran sus tierras. Sila es distinto.

—¿En qué sentido? —inquirió Varrón con curiosidad.

—A él le importa poco casi todo... ni siquiera nosotros a quienes llama legados, colegas o lo que mejor le parezca. Ni siquiera sé si le importa Roma. Lo que a él le importa no es nada material: ni el dinero, ni las tierras, ni aun la magnitud de su auctoritas o su reputación pública. No, para Sila eso no tiene importancia.

—¿Y qué es lo que le importa? —insistió Varrón, fascinado por el prodigio de que un Pompeyo profundizase más que él.

—Quizá su dignitas —contestó Pompeyo.

Varrón se puso a pensarlo detenidamente. ¿Tendría razón Pompeyo? Dignitas! El don más intangible de cualquier noble romano era la dignitas. La auctoritas representaba el ascendiente, la magnitud de su influencia pública, su capacidad para influir en la opinión pública y en las entidades públicas desde los sacerdotes a los encargados del Tesoro.

La dignitas era distinto. Era una cualidad profundamente personal y exclusiva, aunque se proyectaba sobre todos los aspectos de la vida pública del individuo. ¡Qué difícil de definir! Claro, por eso existía, precisamente, la palabra. La dignitas era... ¿la magnitud del efecto que causaba alguien... el grado de su gloria? La dignitas resumía lo que un hombre era, como persona y como miembro destacado de la sociedad. Era el conjunto de su orgullo, su integridad, su fidelidad, su inteligencia, sus hazañas, su habilidad, su saber, su posición, su valía como hombre... La dignitas perduraba tras la muerte, era el único medio con que contaba el individuo para triunfar de la muerte. Sí, ésa era la mejor definición. La dignitas era el triunfo del hombre sobre la extinción de su ser físico. Y vista bajo esa perspectiva, Varrón pensó que Pompeyo tenía toda la razón. Si algo importaba a Sila era su dignitas. Había dicho que vencería a Mitrídates; que regresaría a Italia y se vengaría; que restablecería la república en su forma tradicional. Había dicho esas cosas y tenía que hacerlas para que no mermara su dignitas. Y de algo externo a su persona extraía la fuerza para cumplir su palabra. Y una vez cumplida quedaría satisfecho. No podía descansar hasta no haberlo logrado. No descansaría.

—Diciendo eso —comentó Varrón —, le has prestado a Sila el último favor.

—¿Cómo? —preguntó Pompeyo, con un brillo de perplejidad en sus ojos azules.

—Quiero decir —replicó Varrón vocalizando despacio— que acabas de demostrarme que Sila no puede perder. Él lucha por algo que Carbón ni siquiera entiende.

—¡Ah, sí, desde luego! —añadió Pompeyo alegremente.

Estaban llegando al río Aesis, en medio del feudo de Pompeyo. No se había borrado en él el ímpetu juvenil del año anterior, pero ahora estaba integrado en una estructura más concreta de nuevas y estimulantes experiencias; en otras palabras, Pompeyo había madurado. En realidad, maduraba un poco más cada día. Al encomendarle Sila el mando de la caballería, Pompeyo se había entregado a una clase de actividad militar por la que nunca se había preocupado mucho. Era una característica romana,

desde luego. Los romanos eran partidarios del soldado de infantería, y hasta cierto punto habían llegado a creer que el soldado a caballo era más decorativo que útil, algo que más bien estorbaba. Varrón estaba convencido de que la única razón por la que los romanos utilizaban caballería era por no ser menos que el enemigo.

En tiempos antiguos, en la época de los reyes de Roma y en los albores de la República, era el soldado a caballo el que constituía la élite militar y la punta de lanza del ejército. En él tenía su origen la clase de los caballeros, el *ordo equester*, como lo había denominado Cayo Graco. Los caballos eran terriblemente caros, demasiado para que muchos particulares pudiesen adquirirlos, y de ello había nacido la costumbre del caballo público, la montura de los caballeros pagada por el Estado.

Ahora, a sustancial distancia de aquellos tiempos pretéritos, el soldado romano de caballería había dejado de existir fuera del concepto social y económico. El caballero —fuese comerciante o terrateniente, miembro de la primera clase de las centurias— era una reliquia de la antigua caballería militar romana, pero el Estado aún continuaba comprando los mil ochocientos caballos de los descendientes de aquellos antiguos caballeros.

Amigo de explorar los vericuetos del pensamiento, Varrón se dijo que se desviaba de su reflexión original y se esforzó por volver al punto de partida: Pompeyo y su interés por la caballería, algo que no era ya puramente romano. Eran las tropas que Sila había traído de Grecia, y en ellas no había galos, pues de haber sido reclutadas en Italia, habrían sido galas en su mayor parte; gentes alistadas al otro lado del Padus en la Galia itálica o en el amplio valle del Rhodanus en la Galia Transalpina. Aquellos soldados de Sila eran en su mayoría tracios mezclados con unos cuantos gálatas; buenos guerreros, y de lo más leal que podía esperarse de gentes que no eran romanas. En el ejército romano tenían categoría de auxiliares, y algunos de ellos serían recompensados al final de la ardua campaña con la plena ciudadanía romana o una parcela.

Durante todo el camino desde Teanum Sidicinum, Pompeyo se había preocupado de recorrer las filas de aquellos guerreros de pantalón y justillo de cuero, escudo redondo pequeño y largas lanzas; la espada larga que

usaban era mejor para el ataque que la corta de la infantería, por ir a caballo. Al menos, pensó Varrón conforme se iban aproximando al Aesis, Pompeyo sabía reflexionar, ya que se percataba de las ventajas de la caballería y estudiaba las posibilidades de su utilización. Hacía planes y consideraba cómo mejorar su rendimiento o el modo de pertrecharla. Estaba formada por regimientos de quinientos hombres, cada uno de ellos constituido por diez escuadrones de cincuenta jinetes, y tenían sus propios oficiales; el único romano al mando era el general en jefe de caballería. En este caso Pompeyo, que se mostraba muy interesado, totalmente fascinado y decidido a dirigirlos con una aptitud y competencia poco habitual en un romano. Pero aunque Varrón pensase que parte de aquel interés del joven procedía de su buena porción de sangre gala, tuvo la prudencia de no exponerle su teoría.

¡Era fantástico! Allí estaban, a la vista del Aesis y del antiguo campamento de Pompeyo. En el punto de partida, como si no hubiese existido ningún kilómetro de por medio. Habían hecho un viaje para ver a un hombre viejo desdentado y calvo, y no se habían entablado más que un par de batallas sin consecuencias tras una larga marcha.

—No sé —dijo— si la tropa no se preguntará qué es lo que hacemos.

Pompeyo parpadeó y desvió la mirada.

—¡Qué pregunta más absurda! ¿Por qué van a preguntarse nada? ¡Soy yo el que decide, y ellos no tienen más que hacer lo que mande! —añadió, con una mueca de extrañeza ante la revolucionaria idea de que un veterano de Pompeyo Estrabón pudiera pensar.

Pero Varrón no desistía.

—¡Vamos, Magnus! En ese aspecto, si no en muchos otros, son hombres como nosotros. Y siendo hombres, tienen el don de pensar, a pesar de que muchos de ellos no sepan leer ni escribir. Una cosa es no discutir las órdenes, y otra muy distinta preguntarse qué es lo que sucede.

—No te entiendo —replicó Pompeyo con toda franqueza.

—Magnus, ¡es el fenómeno llamado curiosidad humana! Es propio de la naturaleza del hombre plantearse el porqué de las cosas. Aunque sea un recluta picentino que no haya visto nunca Roma y no entienda la diferencia

entre ésta e Italia. Hemos ido a Teanum y hemos vuelto, y ante nosotros tenemos el antiguo campamento. ¿No crees que algunos se preguntarán a qué hemos ido a Teanum y por qué hemos regresado en menos de un año?

—¡Ah, eso lo saben! —respondió Pompeyo impaciente—. Además, son veteranos. Si les pagasen mil sestercios por las millas que han recorrido los últimos diez años, podrían vivir en el Palatino y criar peces de colores, aunque se measen en la fuente y cagasen en el huerto del cocinero. ¡Qué cosas tienes, Varrón! ¡No dejas de sorprenderme con las cosas que se te ocurren! —añadió, taloneando al caballo público y descendiendo al galope la última cuesta. De pronto, soltó una carcajada, agitó las manos y sus palabras se oyeron claramente—. ¡Palurdo el que llegue el último!

¡Qué infantil!, pensó Varrón. ¿Qué hago yo aquí? ¿De qué puedo yo servirle? Todo esto es un juego, una magnífica aventura.

Quizá lo fuera, pero aquella misma noche Metelo Pío convocó una reunión de sus tres legados, y Varrón, como de costumbre, acompañó a Pompeyo. El ambiente era agitado porque había noticias.

—Carbón no está lejos —dijo el Meneítos, haciendo una pausa para reflexionar sobre lo que acababa de decir—. Bueno, al menos tenemos cerca a Carrinas, y Censorino no tardará en unírsele. Parece ser que Carbón pensó que bastarían ocho legiones para interceptarnos, pero al ver el número de nuestras tropas ha enviado a Censorino con otras cuatro. Llegarán al Aesis antes que nosotros, y allí nos enfrentaremos.

—¿Y dónde está Carbón? —inquirió Marco Craso.

—Continúa en Ariminum. Supongo que está a la espera de lo que haga Sila.

—Y de lo que haga el hijo de Mario —añadió Pompeyo.

—Sí —dijo el Meneítos, enarcando las cejas—. Pero a nosotros eso nos trae sin cuidado; nuestra misión es hacer saltar a Carbón. Pompeyo, éste es tu terreno. ¿Obligamos a Carrinas a cruzar el río o le dejamos en la otra orilla?

—Poco importa, realmente —contestó Pompeyo friamente—. Las riberas son muy parecidas; hay sitio de sobra para los despliegues, arboledas de protección y terreno bien nivelado para emplearse a fondo si podemos provocar el combate. Tuya es la decisión, Pío —añadió, con voz suave y gesto angelical—. Yo soy simplemente tu legado.

—Bien, como de lo que se trata es de llegar a Ariminum, lo más lógico es que pasemos la tropa a la otra orilla —dijo Metelo Pío imperturbable—. Si obligamos a Carrinas a retirarse no nos interesa cruzar el río para perseguirle. Según los informes, tenemos mucha ventaja con la caballería. Pompeyo, si crees que el terreno y el río nos lo permiten, me gustaría que cruzaras tú el primero y mantuvieses la caballería entre el enemigo y nuestra infantería. Luego, apartas la caballería y yo ataco con la infantería. Pocas artimañas podemos hacer y será una batalla clásica. De todos modos, si puedes situar la caballería a espaldas del enemigo cuando le embistamos, arrollaremos a Carrinas y a Censorino.

Nadie puso objeciones a la estrategia, lo bastante imprecisa para dar a entender que Metelo Pío tenía cierto talento como general. Cuando se sugirió que Varrón Lúculo se pusiese al mando de las tres legiones de veteranos de Pompeyo para que éste tuviese plena independencia con la caballería, él mismo aceptó sin reservas.

—Yo mandaré el centro, Craso el ala derecha y Varrón Lúculo la izquierda —dijo Metelo Pío para cerrar la reunión.

Como hacía buen día y el terreno no estaba muy húmedo, todo salió bastante en consonancia con lo previsto por Metelo Pío. Pompeyo cruzó sin dificultad, y el choque de infantería que siguió demostró la gran ventaja que las tropas veteranas conferían a un general en la batalla. Aunque las legiones de Escipión eran bastante bisoñas, Varrón Lúculo y Craso mandaron magistralmente las cinco legiones de veteranos y su confianza se transmitió a los hombres de Escipión. Carrinas y Censorino no contaban con tropas veteranas y cedieron sin que Metelo Pío tuviese que desplegar demasiado. El resultado habría sido una fuga desordenada si Pompeyo hubiese logrado caer sobre el enemigo por detrás, pero cuando bordeaba el

campo de batalla para hacerlo se encontró con la novedad de la llegada de Carbón con seis legiones más y tres mil soldados a caballo.

Carrinas y Censorino lograron retirarse sin perder más de tres o cuatro mil hombres y acamparon cerca de Carbón a un kilómetro escaso del campo de batalla; el avance de Metelo Pío y sus legados hubo de detenerse.

—Volveremos a tu campamento primitivo al sur del río —dijo Metelo Pío con firme decisión—. Prefiero que crean que nos tomamos con cautela el avance, y, además, creo que nos interesa dejar una buena distancia entre ellos y nosotros.

A pesar del decepcionante resultado de la jornada, la moral era alta entre la tropa, y muy alta en la tienda de mando cuando Pompeyo, Craso y Varrón Lúculo fueron a conferenciar con el general al anochecer. La mesa estaba llena de mapas desordenados, lo que daba a entender que el Meneítos los había estado consultando profusamente.

—Bien —dijo—, quiero que echéis un vistazo para estudiar el mejor modo de burlar a Carbón.

Se apiñaron en torno a la mesa, y Varrón Lúculo acercó una lámpara de cinco llamas. El mapa de piel de carnero mostraba la línea costera del Adriático entre Ancona y Rávena y el territorio del interior hasta las cumbres de los Apeninos.

—Nosotros estamos aquí —dijo el Meneítos, señalando un punto al sur del Aesis—. El siguiente río importante es el Metaurus, peligroso de vadear. Todo esto es el Ager Gallicus, y aquí está Ariminum, en el extremo norte, y algunos ríos, pero fáciles de vadear, según las indicaciones. Menos éste entre Ariminum y Rávena, ¿lo veis? El Rubico, que hace de frontera natural con la Galia itálica —el Meneítos había ido señalándolo todo, metódico como era—. Es bastante obvio por qué Carbón se ha situado en Ariminum. Desde allí puede desplazarse hasta la Galia itálica por la vía Emilia y bajar por la carretera Sapis hasta la vía Casia en Arretium y amenazar a Roma desde el valle superior del Tíber; y de allí puede llegar a la vía Flaminia y a Roma para descender por el Adriático hasta Picenum, y, en caso necesario, hasta Campania a través de Apulia y Samnio.



—Pues debemos desalojarle —dijo Craso, expresando la pura evidencia—. Y podemos.

—Pero hay un inconveniente —dijo Metelo Pío, frunciendo el ceño—. Por lo visto, Carbón ya no está acuartelado del todo en Ariminum. Ha hecho algo muy acertado enviando ocho legiones al mando de Cayo Norbano por la vía Emilia a Forum Cornelii. Aquí. No lejos de Faventia. No está muy lejos de Ariminum; habrá unos sesenta y cuatro kilómetros.

—Lo que significa que puede contar con esas ocho legiones en Ariminum en una jornada de marcha forzada, si fuera preciso —dijo Pompeyo.

—Sí. O llevarlas a Arretium o a Placentia en dos o tres días —añadió Varrón Lúculo, que nunca perdía de vista la situación general—. Tenemos a Carbón al otro lado del Aesis con Carrinas y Censorino... y dieciocho legiones más tres mil soldados de caballería, Norbano está en Forum Cornelii con otras ocho legiones, y otras cuatro guarnecen Ariminum con una caballería de varios miles de hombres.

—Es necesaria una buena estrategia para seguir avanzando un solo palmo —dijo Metelo Pío, mirando a sus legados.

—Esa estrategia es fácil —dijo Craso, tintineándole mentalmente las cuentas del ábaco—. Tenemos que impedir que Carbón enlace con Norbano, separarle de Carrinas y Censorino y separar a éste de Carrinas. Evitar que se unan. Fragmentación, como dijo Sila.

—Uno de nosotros, yo seguramente, tendrá que cruzar el Ariminum con cinco legiones, interceptar a Norbano y tratar de dominar la Galia itálica —añadió Metelo Pío, frunciendo el ceño—. Cosa nada fácil.

—Sí que es fácil —terció Pompeyo decidido—. Mirad, aquí está Ancona, el segundo puerto del Adriático. En esta época del año está lleno de barcos en espera de que los vientos del oeste permitan iniciar el comercio de verano hacia oriente. Si llevas las cinco legiones a Ancona, Pío, las embarcas en esas naves y las llevas a Rávena. Es un viaje seguro en el que nunca pierdes de vista la tierra y evitas las tempestades. Serán unos ciento sesenta kilómetros y puedes hacerlo en ocho o nueve días, aun contando con que haya que remar. Y si tienes viento de popa, cosa bastante

probable en esta época del año, puedes hacerlo en cuatro días —añadió, dando una palmada al mapa—. Y en una marcha rápida de Rávena a Faventia impides que Norbano pueda enlazar con Ariminum.

—Habrà que hacerlo en secreto —dijo el Meneitos con los ojos brillantes—. ¡Sí, saldrà bien, Pompeyo! Ni en sueños se les ocurrirá que vayamos a mover tropas de aquí a Ancona, porque todos sus vigías estarán al otro lado del Aesis. Pompeyo, Craso, vosotros permaneceréis en donde estamos ahora fingiendo que contáis con cinco legiones más hasta que Varrón Lúculo y yo zarpeamos de Ancona. Entonces, avanzáis. Si es posible, lo claváis en el terreno, igual que a Censorino. Carbón seguirá de momento con ellos y cuando sepa que he desembarcado en Rávena se dirigirá hacia allá para auxiliar a Norbano. Claro que puede optar por quedarse y enviar a Carrinas o a Censorino en ayuda de Norbano. Pero no lo creo. Carbón necesita mantener una posición central.

—¡Ah, va a ser muy divertido! —exclamó Pompeyo.

Y tal era el entusiasmo en el puesto de mando, que nadie consideró exagerado el comentario, ni siquiera Marco Terencio Varrón, que estaba sentado apaciblemente en un rincón tomando notas.

La estrategia dio resultado. Mientras Metelo Pío se ponía febrilmente en marcha con Varrón Lúculo y las cinco legiones hacia Ancona, las otras seis legiones y la caballería fingían ser once. Luego, Pompeyo y Craso salieron del campamento y cruzaron el Aesis sin oposición. Al parecer, Carbón había decidido atraerlos hacia Ariminum, pues, sin duda, planeaba una batalla decisiva en un terreno más conocido para él.

Pompeyo abría la marcha con la caballería, pisando los talones a la retaguardia de Carbón, constituida por la caballería al mando de Censorino, al que fue acosando con patente regularidad, una táctica que sacaba de quicio a Censorino, que era poco paciente. Cerca de la ciudad de Sena Gallica, volvió grupas y presentó batalla. Venció Pompeyo, que estaba mejorando sus capacidades de mando de la caballería. Censorino se apresuró a refugiarse en Sena Gallica con caballería e infantería, pero no

estaría mucho tiempo, porque Pompeyo tomó al asalto sus modestas fortificaciones.

Y Censorino hizo lo lógico: sacrificó a su caballo y huyó por la puerta trasera de la ciudad con ocho legiones de infantería en dirección a la vía Flaminia.

Por entonces, Carbón había tenido noticia de la desagradable presencia del Meneítos con su ejército en Faventia, con lo que Norbano quedaba interceptado para acudir en auxilio de Ariminum. Y Carbón se puso en marcha hacia Faventia, haciendo que Carrinas le siguiera con ocho legiones, y dejando a Censorino a su propio albur.

Pero en éstas se presentó Bruto Damasipo en pleno avance de Carbón y le dio la noticia de que Sila había aniquilado al ejército del hijo de Mario en Sacriportus. Ahora Sila avanzaba por la vía Casia hacia Arretium, en el límite de la Galia itálica, aunque sólo disponía de tres legiones. Y en ese momento, Carbón cambió de plan. Sólo podía hacer una cosa. Norbano tendría que renunciar a acudir en ayuda de la Galia itálica ante el ataque de Metelo Pío; Carbón y sus legados irían a detener a Sila en Arretium, cosa nada difícil, dado que sólo contaba con tres legiones.

Pompeyo y Craso supieron la noticia de la victoria de Sila sobre el hijo de Mario casi al mismo tiempo que Carbón, y se entusiasmaron. Giraron en dirección oeste para seguir a Carrinas y a Censorino, que acudían con ocho legiones cada uno para reforzar a Carbón en la vía Casia de Arretium. Fue una persecución tenaz y furiosa. Y Pompeyo se dijo, mientras avanzaba con Craso hacia la vía Flaminia, no era una campaña para caballería, pues se dirigían a terreno montañoso, por lo que hizo regresar al Aesis a sus tropas a caballo y volvió a tomar el mando de los veteranos de su padre. Había descubierto que Craso parecía contento en hacer lo que él dijese siempre que sus sugerencias casaran bien con las ideas de su dura cabezota.

De nuevo la presencia de tantas tropas veteranas fue decisiva; Pompeyo y Craso alcanzaron a Censorino en un diverticulum de la vía Flaminia, entre Mevania y Spoletium, y ni siquiera hubo necesidad de entablar batalla.

Agotadas, hambrientas y acobardadas, las tropas de Censorino se dispersaron, y lo único que pudo conservar fueron tres de las ocho legiones, remanente valiosísimo que decidió salvar saliendo de la vía e internándose a campo través hacia Arretium, en donde estaba Carbón. La tropa de las otras cinco legiones se dispersó de tal modo, que fue imposible rehacerla en unidades.

Tres días más tarde, Pompeyo y Craso capturaban a Carrinas en las afueras de la gran ciudad fortificada de Spoletium. Esta vez si que hubo combate, pero Carrinas lo dirigió tan mal que se vio obligado a encerrarse en Spoletium con tres de sus ocho legiones; las otras tres huyeron a Tuder, donde se refugiaron, y las otras dos desaparecieron y nunca más se supo de ellas.

—¡Magnífico! —dijo el eufórico Pompeyo a Varrón—. ¡Voy a ver como despido al viejo estúpido de Craso!

Y lo hizo insinuándole que debía ir con sus tres legiones a Tuder para ponerle sitio, mientras él con sus tropas se llegaba a Spoletium. Así, Craso se dirigió a Tuder, feliz como nadie pensando que dirigía su propia campaña; y Pompeyo tomó rápidamente posiciones ante Spoletium, a sabiendas de que allí cosecharía la mayor gloria posible por ser la plaza en que se había refugiado el general Carrinas. Pero las cosas no salieron como Pompeyo había previsto. Astuto y audaz, Carrinas escapó de Spoletium durante una tormenta nocturna y reforzó a Carbón con sus tres legiones intactas.

Aquella huida de Carrinas afectó a Pompeyo, y Varrón fue testigo asombrado de lo que era una rabieta de pompeyano: lágrimas, puños cerrados, mechones de pelo arrancados, pataleo, copas y platos rotos, y muebles destrozados. A continuación, igual que la tormenta nocturna tan favorable a Carrinas, la furia de Pompeyo cesó.

—Vamos a unirnos a Sila en Clusium —dijo—. ¡Vamos, Varrón, muévete!

Varrón asintió con la cabeza y se puso en movimiento.

Era a principios de junio cuando Pompeyo y sus tropas veteranas llegaron al campamento de Sila en el río Clanis y encontraron al comandante en jefe algo amargado y abatido. Las cosas no le habían ido muy bien al marchar Carbón desde Arretium hasta Clusium, estando a punto de ganar la batalla que se produjo a raíz de un encuentro casual y que, por consiguiente, no había podido ser planificada. Sólo la presencia de ánimo de Sila, tomando la iniciativa para retirarse a su fortificado campamento les había salvado.

—Pero no importa —dijo Sila muy animado—. Ahora estás tú aquí, Pompeyo, y Craso no anda lejos. Con vosotros dos será muy ¡distinto. Carbón tiene las de perder.

—¿Qué tal le ha ido a Metelo Pío? —inquirió Pompeyo, poco satisfecho de que Sila hablase de Craso como si fuese igual a él.

—Se ha apoderado de la Galia itálica; obligó a combatir a Norbano en las afueras de Faventia, mientras Varrón Lúculo, que había tenido que huir para refugiarse en Placentia, se enfrentó a Lucio Quintio y a Publio Albinovano cerca de Fidentia. Todo ha ido muy bien. El enemigo está disperso o muerto.

—¿Y Norbano?

Sila se encogió de hombros; nunca le importaba gran cosa lo que les sucedía a sus adversarios una vez derrotados, y Norbano ni siquiera había sido un enemigo personal.

—Imagino que se retiraría a Ariminum —contestó, volviéndose para dar las órdenes de acampar a las tropas de Pompeyo.

Como era de esperar, Craso llegó al día siguiente procedente de Tuder, al mando de tres legiones bastante hoscas y malhumoradas; corría el rumor en sus filas de que Craso se había apoderado de una fortuna en oro del botín tomado en Tuder.

—¿Es cierto? —preguntó Sila, apretando de tal modo los labios que casi desaparecieron en aquel rostro de acentuadas arrugas.

Pero nada inmutaba aquella fisonomía bovina. Craso abrió mucho sus ojos grisáceos y puso cara de natural sorpresa.

—No —respondió.

—¿Estás seguro?

—En Tudér no había nada, aparte de unas viejas, y no me gustaba ninguna.

Sila le dirigió una mirada de suspicacia, pensando en si era insolencia premeditada, pero no podía saberlo.

—Eres tan cerrado como enrevesado, Marco Craso —dijo finalmente—. Te concederé el privilegio de tu familia y tu posición, y optaré por creerte, pero te haré una firme advertencia. Si descubro que te has aprovechado a expensas del Estado, en contra de mis planes y deseos, no volveré a verte.

—Muy bien —replicó Craso, asintiendo con la cabeza y marchándose.

Publio Servilio Vatia había escuchado el diálogo y sonrió a Sila.

—Resulta antipático —comentó.

—A mi me resultan antipáticos casi todos —añadió Sila, pasando el brazo por los hombros de Vatia—. ¡Tú tienes suerte, Vatia!

—¿Por qué?

—Porque me resultas simpático. Eres buena persona, no abusas de tu autoridad y nunca me discutes y haces lo que te digo —dijo, bostezando hasta saltársele las lágrimas—. Estoy seco. ¡Necesito una copa de vino!

Hombre esbelto y atractivo, de tez algo oscura, Vatia era de la familia patricia de los Servilios, de raigambre más que probada capaz de cumplir los máximos requisitos sociales, y su madre era de la augusta familia de los Cecilios Metelos, hija de Metelo el Macedónico, lo que significaba que estaba muy bien relacionada, incluso con Sila, por matrimonio. Por ello se sentía muy halagado con aquel pesado brazo sobre los hombros, y de esa guisa caminó con Sila hasta la tienda del puesto de mando. Sila había estado bebiendo bastante aquel día y necesitaba un poco de descanso.

—¿Qué haremos con esa gente cuando Roma caiga en mi poder? —preguntó, mientras Vatia le servía un vaso del vino especial y él se escanciaba de otra frasca, añadiéndole bastante agua.

—¿Qué gente? ¿Te refieres a Craso?

—Sí, a Craso. Y a Pompeyo Magnus —contestó Sila, con una sonrisa que le descubrió las encías—. ¿Te das cuenta, Vatia? Magnus! ¡A su edad!

Vatia sonrió y tomó asiento en una silla plegable.

—Bueno, si él es demasiado joven, yo soy demasiado viejo. Habría debido ser cónsul hace seis años, y supongo que ya no podré serlo.

—Si triunfo serás cónsul. No te quepa la menor duda. Yo soy mal enemigo, Vatia, pero soy buen amigo.

—Lo sé, Lucio Cornelio —dijo Vatia con voz afable.

—Entonces, ¿qué hago con ellos? —insistió Sila.

—Con Pompeyo, comprendo el inconveniente. No me le imagino retirándose tranquilamente cuando todo termine, ¿cómo podrías impedirle que aspire a cargos precozmente?

—¡A él no le interesan los cargos! —dijo Sila, riendo—. Él quiere la gloria militar. Y creo que intentaré procurársela. Puede ser muy útil —añadió, estirando el brazo para que volviera a llenarle la copa—. ¿Y Craso? ¿Qué hago con Craso?

—Ah, él ya se las arreglará solo —contestó Vatia, sirviéndole otra vez—. Se hará rico; y lo comprendo. Cuando murieron su padre y su hermano Lucio, habría debido heredar algo más que una viuda rica. La fortuna de Licinio Craso estaba valorada en trescientos talentos; pero, claro, fue confiscada. ¡Cinna se apoderó de todo! Y el pobre Craso no tenía la influencia de Catulo.

—¡Pobre Craso, dices! —replicó Sila con sorna—. Sé muy bien que ha robado el oro de Tuder.

—Probablemente —añadió Vatia imperturbable—. Pero ahora no puedes encausarle. Le necesitas. Y él lo sabe. Estáis metidos en una empresa desesperada.

Carbón supo inmediatamente la llegada de Pompeyo y Craso para engrosar el ejército de Sila. Miró a sus legados con rostro tranquilo y no les dio instrucciones para modificar las posiciones. Aún contaba con tropas mucho más numerosas que las de Sila, por lo que éste no daba señales de

intentar salir del campamento para dar otra batalla. Y mientras Carbón esperaba acontecimientos que le sirvieran para adoptar una decisión, llegaron noticias de la Galia itálica de que Norbano y sus legados Quintio y Albinovano habían sido derrotados, y Metelo Pío y Varrón Lúculo habían tomado para Sila la Galia itálica. La nueva que llegó a continuación de la Galia itálica era más aciaga: el legado de Lucania, Publio Albinovano, había convocado a Norbano y a todo su estado mayor a una conferencia en Ariminum y los había matado a todos, menos al propio Norbano, rindiendo a continuación la ciudad a Metelo Pío a cambio del perdón. Conforme al deseo que había expresado, se le había permitido zarpar en un barco para exiliarse en algún lugar de Oriente. El único legado que escapó con vida fue Lucio Quintio, que estaba prisionero de Varrón Lúculo en el momento de los asesinatos.

En el campamento de Carbón cundió el pesimismo, y los inquietos como Censorino comenzaron a caminar arriba y abajo, enfurecidos. Y Sila continuaba sin presentar combate. Desesperado, Carbón encomendó una misión a Censorino: ponerse al mando de ocho legiones para acudir en auxilio de Praeneste y romper el cerco que inmovilizaba al hijo de Mario. Censorino regresaba diez días más tarde, informándole de que era imposible romper el asedio, pues las fortificaciones de Ofela eran inexpugnables. Carbón envió una segunda expedición a Praeneste con la que únicamente consiguió perder dos mil buenos soldados, que cayeron en una emboscada de Sila. Una tercera fuerza se puso en camino al mando de Bruto Damasipo, pensada para llegar por las montañas y abrirse paso por los senderos a espaldas de la ciudad; pero tampoco logró su propósito, y Bruto Damasipo tuvo que contemplar impotente la ciudad y regresar por donde había venido.

Ni la noticia de que el caudillo paralítico samnita Cayo Papio Mutilo había reunido cuarenta mil hombres en Aesernia, para enviarlos en ayuda del hijo de Mario, pudo levantar la moral de Carbón. Su desánimo se acentuaba cada vez más. Y su decaimiento no mejoró al recibir una carta de Mutilo, diciéndole que la fuerza sería de setenta mil hombres, pues Marco Lamponio de Lucania le iba a enviar veinte mil, y Tiberio Gutta de Capua diez mil.



Sólo había una persona en la que Carbón confiase: su procuestor, el anciano Marco Junio Bruto. Y fue a él a quien consultó al llegar quintilis sin que hubiera podido tomar una decisión que tranquilizase su espíritu.

—Si Albinovano se dedica a asesinar a hombres con los que ha comido y bromeado durante meses, ¿cómo voy a confiar en mis legados? —dijo.

Paseaban por la vía Principalis de casi cuatro kilómetros, una de las dos grandes avenidas del campamento, lo bastante ancha para que no se oyese lo que hablaban.

El anciano de labios azulados parpadeó despacio bajo el sol y eludió responder mientras se lo pensaba varias veces.

—Creo que no puedes confiar, Cneo Papirio —contestó lacónico.

Carbón lanzó un estremecido suspiro.

—¡Por los dioses, Marco! ¿Qué voy a hacer?

—De momento, nada. Pero creo que debes abandonar esta triste aventura antes de que el asesinato se convierta en solución deseable para uno o más de tus legados.

—¿Abandonar?

—Sí, abandonar —contestó el anciano Bruto con firmeza.

—No me lo consentirían! —exclamó Carbón.

—Puede que no. Pero no hace falta que se lo digas. Yo empezaré a hacer los preparativos, mientras tú finges que lo único que te preocupa es el ejército samnita —añadió el anciano, dando unas palmaditas en el brazo de Carbón—. No te desespere. Al final todo saldrá bien.

A mediados de quintilis el anciano Bruto había concluido los preparativos, y en plena noche y con todo sigilo, Carbón y él abandonaron el campamento sin equipaje ni criados, con excepción de una mula cargada de lingotes de oro cubiertos por una capa de plomo, y una gran bolsa de denarios para gastos de viaje. Con aspecto de fatigados mercaderes, llegaron hasta Telamon, en la costa de Etruria, y allí se embarcaron para África. Nadie les molestó ni nadie mostró interés por la pesada mula ni por

lo que llevaba en las alforjas. ¡La Fortuna me favorece!, pensó Carbón cuando el barco levó anclas.

Como estaba paralítico de cintura para abajo, Cayo Papio Mutilo no podía tomar el mando de las fuerzas reunidas, aunque viajó con el contingente samnita desde el campo de entrenamiento en Aesernia hasta Teanum Sidicinum, en donde las tropas ocuparon los antiguos campamentos de Sila, y Escipión y Mutilo se instalaban en una casa propia.

Su fortuna había aumentado desde la guerra itálica; ahora tenía villas en doce localidades del Samnio y de Campania, y era mas rico que nunca. Irónica compensación —pensaba a veces— por su insensibilidad e impotencia de cintura para abajo.

Aesernia y Bovianum eran sus ciudades preferidas, mientras que a su esposa Bastia le gustaba vivir en Teanum porque era de aquella región. Que Mutilo no hubiese puesto obstáculos a esta separación permanente se debía a su invalidez, ya que como cónyuge de poco servía, y, si su esposa debía buscar solaz físico, mejor que lo hiciera lejos de él. No obstante, a Aesernia nunca llegaron rumores escandalosos sobre su comportamiento; lo cual significaba o que guardaba la misma continencia a que él estaba obligado por su invalidez, o que su discreción era ejemplar. Así, cuando Mutilo llegó a su casa de Teanum, ansiaba la compañía de Bastia.

—No te esperaba —dijo ella sin inmutarse.

—Y no tenías por qué, ya que no te había escrito —contestó él, afable—. Tienes buen aspecto.

—Estoy muy bien.

—Yo, dentro de mis limitaciones, también me encuentro bien —añadió él, notándola distante, excesivamente cortés, contra lo que había esperado.

—¿Qué te trae a Teanum? —preguntó ella.

—He venido con un ejército. Vamos a combatir a Sila. Bueno, lo harán mis fuerzas, porque yo me quedaré aquí contigo.

—¿Cuánto tiempo? —añadió ella.

—Hasta que todo acabe de un modo u otro.

—Ya —replicó ella, inclinándose en la silla. Era una mujer magnífica, de unas treinta primaveras, que ahora le miraba sin el menor indicio de aquel ardiente deseo de cuando estaban recién casados y él era un hombre entero—. ¿Qué puedo hacer para tu comodidad, esposo mío? ¿Necesitas algo en particular?

—Tengo mi ayuda de cámara que se ocupa de ello.

Retocándose las capas de lujosa gasa sobre su magnífica anatomía, continuó mirándole con sus enormes ojos negros, dignos de un elogio homérico.

—¿Vas a cenar solo? —preguntó.

—No, con tres más. Mis legados. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno. Prepararé una cena digna de ti, Cayo Papio.

Y así fue. Bastia era un ama de casa sin par y conocía a dos de los tres invitados del lisiado comandante; a Poncio Telesino y a Marco Lamponio. Telesino era un samnita de egregia familia, que en la época de la guerra itálica era demasiado joven para figurar entre los grandes del Samnio; ahora, con treinta y dos años, era un hombre bien parecido y lo bastante desvergonzado para fijar la vista en la anfitriona con una fruición que ella sólo advertía, pero que, prudentemente, ignoró. Telesino era samnita, y ello significaba que detestaba a los romanos tanto o más de lo que admiraba a las mujeres.

Marco Lamponio era el caudillo más importante de Lucania y había sido un irreductible enemigo de Roma durante la guerra itálica. A sus cincuenta años, seguía siendo un guerrero con ansias de derramar sangre romana. No cambian estos itálicos no romanos, pensó Bastia; destruir Roma es para ellos más importante que la prosperidad y la paz. Más que los hijos.

El único que Bastia no conocía era un campaniense como ella, el ciudadano de mayor relieve en Capua. Se llamaba Tiberio Gutta y era gordo, bruto, egoísta y un fanático del derramamiento de sangre romana, como los otros.

Bastia abandonó el triclinium en cuanto su esposo le dio permiso para retirarse, reprimiendo la profunda indignación que la invadía y que con tanto cuidado había ocultado. ¡Era injusto! Ahora que las cosas

comenzaban a calmarse de tal manera que era como si la guerra itálica no hubiese existido, de pronto iba a estallar de nuevo. Habría querido gritarles que nada iba a cambiar, que Roma volvería a aplastarles y a convertir en polvo sus fortunas, pero había sabido contenerse. Y aunque la hubiesen escuchado, su orgullo y su patriotismo les habría impulsado a seguir adelante.

El furor la reconcomía y no amainaba. Caminaba arriba y abajo por el suelo de mármol de su sala de estar, con ganas de moler a golpes a aquellos imbéciles. Y sobre todo a su esposo, caudillo de su pueblo, a cuyos planes se avenían todos los samnitas. ¿Y cuáles eran esos planes? La guerra contra Roma. La ruina. ¿Es que no pensaba que cuando sucumbiera, arrastraría en su caída a todos los suyos? ¡Sí, claro que sí! Él era todo un hombre, imbuido de esas estupideces del nacionalismo y la venganza. Todo un hombre, y a la vez hombre a medias. Y la mitad que le quedaba a ella no le servía ni para procrear ni para solaz.

Se detuvo, agobiada por el enfibrecimiento que le causaba su desazón. Se había mordido los labios y notaba sabor de sangre.

Una sangre hirviente.

El esclavo... Era uno de aquellos griegos de Samotracia de pelo tan negro que producía brillos azulados, de cejas juntas y pobladas, y ojos color de lago cristalino... De piel tan suave que pedía besos a gritos... Bastia dio unas palmadas.

Al entrar el esclavo, le miró con la barbilla alzada y los mordidos labios rojos y jugosos como fresas.

—¿Siguen los caballeros en el comedor?

—Sí, domina.

—Bien. Haz el favor de seguir atendiéndoles. Y di a Hipólito que venga, que quiero encargarle una cosa.

El rostro del esclavo permaneció imperturbable. Como su amo Mutilo no vivía en Teanum Sidicinum, pero la domina Bastia sí, era ésta quien más le importaba, y había que satisfacerla. Hizo una inclinación de cabeza.

—En seguida os mando a Hipólito, domina —dijo, saliendo del cuarto entre reverencias.

En el triclinium se habían olvidado de Bastia, nada más abandonarlo ésta para retirarse a sus aposentos.

—Carbón me ha dicho que Sila está clavado en Clusium —decía Mutilo a sus legados.

—¿Y lo crees? —inquirió Lamponio.

—No tengo por qué ponerlo en duda —replicó Mutilo, frunciendo el ceño—, pero tampoco puedo estar totalmente seguro, claro. ¿Tú crees que no es así?

—Yo sólo sé que Carbón es romano.

—Eso es! —exclamó Poncio Telesino.

—La fortuna cambia —añadió Tiberio Gutta de Capua, con la cara embadurnada de la grasa de un capón relleno de castañas—. De momento combatimos en el bando de Carbón, pero una vez vencido Sila, podemos volvernos contra Carbón o cualquier otro romano.

—Claro que sí —dijo Mutilo sonriendo.

—Tenemos que marchar hacia Praeneste sin tardanza —añadió Lamponio.

—Mañana mismo —se apresuró a decir Telesino.

—No —dijo Mutilo, meneando impasible la cabeza—. Los hombres descansarán aquí cinco días más. Han hecho una larga marcha y aún les queda todo el recorrido de la vía Latina. Han de llegar descansados a las fortificaciones de Ofela.

Decididos los planes —y dada la perspectiva de poca cosa que hacer durante cinco días—, la cena concluyó mucho antes de lo que había previsto el mayordomo de Mutilo. Ocupado con los criados en la cocina, no vio ni oyó nada, y no estaba presente cuando el amo ordenó a su gigantesco criado germano que le transportase a los aposentos del ama.

Bastia estaba arrodillada desnuda sobre los almohadones del sofá, con las piernas abiertas; entre sus muslos marfileños se veía una cabeza de pelo negro azulado, y el macizo y musculoso cuerpo al que pertenecía ésta se hallaba echado sobre el sofá con la misma lasitud de un gato dormido. Los dos cuerpos no se tocaban más que en el sitio en el que se hundía aquella

cabeza. Bastia tenía los brazos estirados hacia atrás, agarrando los almohadones, y al hombre le colgaban de los costados.

La puerta se había abierto despacio; el esclavo germano permaneció en el quicio con el amo en brazos como una recién casada a quien se cruza el umbral del hogar, y aguardó a que le dijera algo con la cachaza propia de las gentes de su raza, lejos de su país, que casi no hablan latín ni griego, y constantemente transidos por el dolor de haber perdido algo y no saberlo expresar.

Esposo y esposa cruzaron sus miradas. En la de ella se notaba un grito de triunfo y júbilo; en la de él, una estupefacción con el brillo mortecino de una profunda conmoción. Sin quererlo, sus ojos fueron a detenerse en sus magníficos pechos, en su esbelta cintura, y las lágrimas le nublaron la contemplación.

El joven griego, concentrado como estaba en su actividad, debió de advertir algo, una tensión en la mujer que nada tenía que ver con el acto en sí, alzó la cabeza, pero, como dos rápidas serpientes, las manos de ella se aferraron al pelo negro azulado para bajársela y sostenerla en donde la tenía.

—¡Continúa! —gritó.

Hipnotizado por la escena, Mutilo observó aquellos rodetes enrojecidos de los pezones que comenzaban a erizarse, aquellas caderas que se balanceaban contra la sumisa cabeza. Y así, ante la vista de su esposo, Bastia dio desahogo a su intenso orgasmo entre gemidos y gritos. A Mutilo le pareció que no acababa nunca.

Una vez concluido, soltó la cabeza y dio una bofetada al joven griego, que se apartó y permaneció boca arriba, con un pavor tal que ni a respirar se atrevía.

—Mutilo, tú con eso no puedes hacer nada —dijo ella, señalando al pene del esclavo que comenzaba a perder turgencia—, pero la lengua puedes usarla perfectamente.

—Cierto, sí que puedo —dijo él, ya sobrepuesto—. Mi lengua aún siente y degusta; pero no le interesa la carroña.

El germano le sacó de la habitación y le llevó al cubículo de dormir, depositándole con cuidado en la cama. Luego, tras haberle ayudado en los diversos menesteres, le dejó solo sin decir palabra alguna animosa o de comprensión; cosa por la que daba inmensas gracias a los dioses, pensó Papio Mutilo, hundiendo el rostro en la almohada. Pero en su cabeza seguía viendo aquel cuerpo lascivo de su esposa, los pechos con los pezones erizados y aquella cabeza, ¡aquella cabeza! La cabeza... Más abajo de su cintura nada se conmovía, nunca más volvería el estímulo, pero el resto de su fisiología se atormentaba, soñaba y anhelaba todas las facetas del amor. ¡Todas!

—No estoy muerto —dijo, hundido en la almohada, sintiendo que volvían a brotarle las lágrimas—. ¡No estoy muerto! ¡Pero, por los dioses, que ojalá lo estuviera!

A finales de junio, Sila salió de Clusium con sus cinco legiones y tres de Escipión, y dejó a Pompeyo al mando, decisión que no supuso sorpresa alguna para los otros legados. Pero como Sila era Sila y nadie discutía sus decisiones, Pompeyo quedó al mando.

—Dales una buena —dijo a Pompeyo—. Te aventajan en número, pero están desmoralizados. De todos modos, cuando vean que me he marchado, presentarán batalla. Ojo con Damasipo, que es el más competente. Craso se ocupará de Marco Censorino, y Torcuato que se las vea con Carrinas.

—¿Y Carbón? —preguntó Pompeyo.

—Carbón no es más que un nombre; él deja la estrategia en manos de los legados. Pero no pierdas el tiempo, Pompeyo, que tengo otra misión para ti.

A nadie sorprendió que Sila se llevase al primer legado; ni Vatia ni Dolabela hubieran podido soportar la humillación de recibir órdenes de un muchacho de veintitrés años. Su marcha se produjo a poco de llegar noticias sobre los samnitas, por lo que se dispuso a llegar cuanto antes a la región de Praeneste; había que tomar decisiones antes de que las huestes samnitas pudieran acercarse.

Después de explorar minuciosamente toda aquella región contigua a Roma, Sila supo con certeza lo que había de hacer. La vía Praenestina y la vía Labicana eran impracticables por efecto del muro y el foso de Ofela, pero aún seguían abiertas la vía Latina y la vía Apia, uniendo a Roma con el norte y con Campania respectivamente. Para ganar la guerra era vital apoderarse de todos los accesos a Roma por el sur; Etruria estaba agotada, pero el Samnio y Lucania apenas estaban afectadas por el reclutamiento y los aprovisionamientos.

El campo entre Roma y Campania era muy irregular. En la costa estaba la gran zona de las marismas Pontinas, que atravesaba la vía Apia procedente de Campania, una línea recta infestada de mosquitos que llegaba casi hasta Roma, circundando las laderas de los montes Albanos, que no eran realmente montes, sino unas imponentes montañas surgidas de una erupción volcánica que había roto y alzado la primitiva llanura aluvial del Lacio. El propio monte Albano, centro del antiguo movimiento telúrico, se alzaba entre la vía Apia y la vía Latina, que discurría más al interior. Al sur de los montes Albanos, otra cordillera separaba la vía Apia de la vía Latina, impidiendo la comunicación entre aquellas dos arterias desde Campania hasta cerca de Roma. A efectos militares era siempre preferible transitar por la más interior vía Latina que por la vía Apia, debido a los mosquitos.

Por consiguiente, era mejor que Sila se apostase en la vía Latina, pero en un lugar en el que pudiera, en caso necesario, trasladar rápidamente sus tropas a la vía Apia. Las dos arterias discurrían al pie de los montes Albanos, pero la vía Latina lo hacía por un desfiladero abierto en la estribación este de la cordillera para que el trazado aprovechara el terreno más llano de las alturas hasta el propio monte Albano. En el lugar en que el desfiladero se abría ya hacia el monte Albano, existía una pequeña carretera que giraba hacia el oeste, rodeando el pico, para unirse a la vía Apia muy cerca del lago sagrado y del templo de Nemi.

Allí fue donde se situó Sila, dedicándose a construir inmensos muros de piedra de toba a ambos extremos de la garganta, dejando dentro de las defensas la carretera secundaria que conducía al lago de Nemi y a la vía Apia. Ahora ocupaba el único tramo de la vía Latina en el que se podía



cortar el tránsito en una dirección u otra. Concluyó las fortificaciones en muy breve plazo, y apostó una serie de vigias en la vía Apia para asegurarse de que el enemigo no le rebasaba por aquel flanco, ni desde Roma ni desde Campania. Recibía sus aprovisionamientos por la carretera secundaria de la vía Apia.

Cuando las huestes del Samnio, Lucania y Capua llegaron a Sacriportus, ya todos las denominaban el ejército «samnita», a pesar de su diversa composición (incrementada con restos de las legiones dispersadas por Pompeyo y Craso). En Sacriportus, las tropas entraron en la vía Labicana, pero se encontraron con que Ofela se había guarnecido tras una segunda línea de fortificaciones y no había nada que hacer. Reluciente de mil colores en las alturas, Praeneste parecía tan lejano como el jardín de las Hespérides. Después de recorrer todo el muro de Ofela, Poncio Telesino, Marco Lamponio y Tiberio Gutta no pudieron encontrar ningún punto débil. Y una marcha a campo través sin un propósito concreto con setenta mil hombres quedaba descartada. El mando celebró consejo y optó por un cambio de estrategia: la única manera de hacer salir a Ofela era atacar Roma. Y hacia Roma se encaminó el ejército samnita por la vía Latina.

Volvieron a cruzar Sacriportus, y allí tomaron por la vía Latina en dirección a Roma... para tropezar con Sila, protegido por los enormes muros, cortándoles el camino. Les pareció más fácil tomar aquellas posiciones que las de Ofela, y las huestes samnitas atacaron. No tuvieron éxito, pero volvieron al asalto. Y aún insistieron en vano, ante las risotadas de Sila, más fuertes que las de Ofela.

Después, llegaron noticias, buenas y malas a la vez. Los que habían quedado en Clusium habían presentado batalla a Pompeyo. La mala noticia era que habían sido derrotados, pero no parecía importar sabiendo que los supervivientes, unos veinte mil, iban hacia el sur al mando de Censorino, Carrinas y Bruto Damasipo. Carbón había desaparecido, pero la lucha, porfiaba Bruto Damasipo en su carta a Poncio Telesino, proseguía. Si

asaltaban las posiciones de Sila por los dos lados al mismo tiempo, caería. ¡Tenía que caer!

—Menuda tontería —dijo Sila a Pompeyo, a quien había convocado en el desfiladero para sostener una conferencia en cuanto supo su victoria en Clusium—. Ya pueden poner el Pelión encima del Osa, si quieren, que de aquí no me echan. ¡Es un punto de defensa inexpugnable!

—Si tan seguro estás, ¿para qué me necesitas? —preguntó el joven, decepcionado por haber sido llamado para nada.

La campaña en Clusium había sido breve, reñida y decisiva; el enemigo había perdido muchos hombres, y muchos también habían caído prisioneros, y los que habían logrado escapar se distinguían por la valía de los que dirigían la retirada. En las filas de los que se habían rendido no había legados veteranos. La defección del propio Carbón no la había sabido Pompeyo hasta después de la batalla, cuando tribunos, centuriones y soldados del otro bando comentaron con lágrimas en los ojos su fuga nocturna a los hombres de Pompeyo, lamentando la gran traición.

Poco después había llegado la convocatoria de Sila, que Pompeyo había recibido entusiasmado. Le encomendaba acudir con seis legiones y mil jinetes. Se entendía que Varrón fuera también, mientras que Craso y Torcuato debían permanecer en Clusium. Pero ¿qué necesidad tenía Sila de más tropas en un reducto en el que ya no cabían? A los soldados de Pompeyo habían tenido que instalarlos en un campamento a orillas del lago Nemi, cerca de la vía Apia.

—Ah, aquí no te necesito —replicó Sila, apoyándose en el parapeto de una torre de observación, mirando en vano hacia Roma, dado que desde aquella enfermedad contraída en Grecia había perdido mucha vista, aunque le disgustara admitirlo—. ¡Cada vez estoy más cerca, Pompeyo! ¡Cada vez más cerca!

Pompeyo, que no solía ser tímido, era incapaz de hacer la pregunta que le quemaba la lengua: ¿Qué pensaba hacer Sila una vez concluida la guerra? ¿Cómo iba a conservar su autoridad y cómo iba a prevenir las posibles represalias? No podía conservar para siempre su ejército, y en cuanto lo licenciase estaría a merced de quien tuviese el poder y la influencia para

exigirle cuentas. Y ése podría ser cualquiera que en aquel momento se decía leal partidario suyo, hombre de Sila hasta la muerte. ¿Quién sabía lo que pensaban hombres como Vatia y Dolabela el viejo? Los dos tenían edad consular, a pesar de que las circunstancias se lo habían impedido. Los enemigos de un gran hombre eran como la Hidra, que por muchas cabezas que se le cortaran, continuamente le crecían otras con fuertes dientes.

—Si no me necesitas aquí, ¿dónde me necesitas, Sila? —inquirió Pompeyo, perplejo.

—Estamos a principios de sextilis —replicó Sila, encaminándose hacia la escalera.

Y nada más dijo hasta que salieron de la torre y se internaron en aquel ordenado caos del reducto: hombres transportando piedras, aceite para arrojarlo hirviendo sobre las pobres cabezas de los que intentasen subir por las escalas, proyectiles para los onagros y catapultas dispuestas en lo alto de las murallas, lanzas, flechas y escudos.

—¿Que estamos a principios de sextilis? —repitió Pompeyo una vez salieron de aquel bullicio y comenzaron a caminar por la carretera que conducía al lago de Nemi.

—¿Ah, sí? —exclamó Sila, como sorprendido, echándose a reír al ver la cara que ponía Pompeyo.

Como notó que esperaba que él también se riera, así lo hizo Pompeyo.

—Pues sí —añadió—, principios de sextilis.

Dominándose a duras penas, Sila se dijo que ya estaba bien de guasa; mejor sería sacar de dudas al impaciente futuro Alejandro.

—Pompeyo, voy a encomendarte una cosa especial —dijo sin más—. Los demás lo sabrán a su debido tiempo. Quiero que tú estés bien lejos antes de que estallen las protestas, porque estallarán sin duda. Mira, lo que quiero que hagas es algo que no debía pedírselo a nadie que no hubiera sido pretor como mínimo.

Pompeyo, cada vez más intrigado, se detuvo, puso la mano en el brazo de Sila y le volvió hacia él para verle cara a cara. Habían llegado a una pintoresca vaguada, en donde el ruido de la actividad en el campamento les llegaba amortiguado por las matas de zarzas y rosales.

—¿Y por qué me has elegido a mí, Lucio Cornelio? —preguntó Pompeyo—. Tienes muchos legados que cumplen ese requisito, como Vatia, Apio Claudio, Dolabela, o bien hombres como Mamercio y Craso, aún más idóneos. ¿Por qué yo?

—Ten paciencia, Pompeyo, te diré por qué. Pero antes voy a explicarte lo que quiero que hagas.

—Te escucho —dijo Pompeyo, con gesto de gran calma.

—Te mandé traer seis legiones y mil soldados de caballería. Un ejército considerable, que vas a trasladar inmediatamente a Sicilia para asegurarme la próxima cosecha. Estamos en sextilis y la siega comenzará en breve. Y en Puteoli está anclada la flota para el transporte del trigo; centenares de naves vacías. ¡Transporte asegurado, Pompeyo! Mañana partirás por la vía Apia hacia Puteoli antes de que zarpe la flota. Irás con mi mandato, dinero suficiente para pagar el alquiler de los barcos y con imperium de propretor. Sitúa tu caballería en Ostia, donde hay una flota más pequeña. Ya he enviado mensajeros a los puertos de Tarracina y Antium para que comuniquen a los propietarios de barcos pequeños que se reúnan en Puteoli si quieren cobrar un viaje que, en circunstancias normales, no cobrarían al ir vacíos. Tendrás naves de sobra, te lo aseguro.

¿No había soñado en cierta ocasión una reunión entre él y un hombre ungido también por los dioses como Lucio Cornelio Sila, viéndose abyectamente frustrado al encontrarse con un sátiro en lugar de un semidiós? ¿Pero qué importaba el aspecto de un hombre cuando le ofrecía a manos llenas la realización de sus sueños? ¡ El viejo borracho lleno de cicatrices, que ya ni podía ver Roma a lo lejos, le estaba ofreciendo dirigir la guerra! Una guerra en la que nadie le daría órdenes, contra un enemigo para él solo... Conteniendo la emoción, alargó su mano pecosa de dedos cortos y algo torcidos, y estrechó la hermosa mano de Sila.

—¡ Lucio Cornelio, es estupendo! ¡Magnífico! ¡ Puedes contar conmigo! ¡Echaré a Perpena Vento de Sicilia y te proporcionaré más trigo del que puedan consumir diez ejércitos!

—Voy a necesitar más trigo del que puedan consumir diez ejércitos —dijo Sila, retirando la mano; a pesar de su juventud e innegable atractivo, no

era Pompeyo persona que le atrajese físicamente, y no le gustaba tocar a hombres o mujeres que no le agradasen físicamente—. A finales de año, Roma será mía, y si quiero que Roma se me entregue tengo que asegurarme de que no pasa hambre. Eso quiere decir que me hace falta la cosecha de Sicilia, la de Cerdeña y la de África si es posible. Por tanto, cuando hayas conquistado Sicilia tendrás que trasladarte a la provincia de África y ver lo que puedes hacer. No llegarás a tiempo de apresar a las flotas de Utica y de Hadrumetum, porque me imagino que tendrás que estar en Sicilia muchos meses antes de poder acudir a África; pero África tienes que dejarla tomada antes de regresar a Italia. Me han dicho que Fabio Adriano murió abrasado vivo en el palacio del gobernador de Utica durante una sublevación, pero Cneo Domicio Ahenobarbo, que escapó de Sacriportus, le ha sustituido y conserva toda la provincia para el enemigo. Desde Sicilia occidental hay poca distancia por mar entre Lilibeo y Utica. Tú puedes apoderarte de África; creo que no hay en ti el menor atisbo de fracasado.

Pompeyo temblaba de emoción, y sonrió encantado.

—¡No fracasaré, Lucio Cornelio! ¡Te prometo que jamás te fallaré!

—Te creo, Pompeyo —dijo Sila, sentándose en un tronco y pasándose la lengua por los labios—. Pero ¿qué hacemos aquí? ¡Necesito vino!

—Éste es un buen lugar; nadie nos ve ni nos oye —dijo Pompeyo con voz suave—. Espera, Lucio Cornelio. Yo te traeré vino. Tú quédate aquí sentado.

Como era un lugar a la sombra, Sila aceptó, sonriendo misteriosamente. Hacía un día magnífico.

Pompeyo regresó a la carrera, pero sin acusarlo en el ritmo respiratorio. Sila cogió el odre y bebió de él a chorro con gran habilidad un buen rato hasta que lo dejó en el suelo.

—Ahora me siento mejor. ¿Qué estaba diciendo?

—Lucio Cornelio, a otros podrás engañarles, pero no a mí. Sabes exactamente lo que estabas diciendo —dijo Pompeyo con frialdad, sentándose en la hierba frente al tronco de Sila.

—¡Muy bien, Pompeyo! ¡Eres tan excepcional como una perla del tamaño de un huevo de paloma! Y puedo decir que me alegro de que estaré

muerto antes de que te conviertas en un quebradero de cabeza para Roma —añadió, volviendo a coger el odre para beber.

—No voy a ser un quebradero de cabeza para Roma —replicó Pompeyo con voz inocente—. Seré el primer hombre de Roma... y no declamando ante esos presuntuosos de mierda del Foro y del Senado.

—Pues ¿cómo, entonces, muchacho, si no es con mucha elocuencia?

—Haciendo lo que tú me has encomendado. Derrotando a los enemigos de Roma en el campo de batalla.

—No es nada nuevo —dijo Sila—. Así lo he hecho yo, y así lo hizo también Cayo Mario.

—Sí, pero yo no voy a necesitar que me lo autorice una comisión —replicó Pompeyo—. ¡Roma entera se arrodillará ante mí!

Sila hubiera podido interpretar la afirmación como un reproche o como franca crítica, pero conocía a Pompeyo y sabía que la mayoría de las cosas que decía el joven eran producto de su endiosamiento, y que aún no tenía idea de lo difícil que era convertir en realidad sus deseos. Así, se limitó a suspirar, diciendo:

—En puridad, no puedo concederte ninguna clase de imperium. No soy cónsul y no me respaldan ni el Senado ni el pueblo para dictar leyes. Tendrás que conformarte con que yo haga todo lo posible para que cuando vuelvas se te confirme el imperium de pretor.

—No lo dudo.

—¿Hay algo de lo que dudes?

—No en lo relacionado conmigo. Puedo influir en los acontecimientos.

—¡No cambies nunca! —exclamó Sila, inclinándose hacia adelante y juntando las manos entre las rodillas—. Muy bien, Pompeyo; se han acabado los cumplidos, escucha con atención. Hay dos cosas más que debo decirte. La primera se refiere a Carbón.

—Te escucho —dijo Pompeyo.

—Zarpó desde Telamon con el anciano Bruto, y es muy posible que se dirigiera a Hispania o a Massilia. Pero en esta época del año lo más probable es que haya ido a Sicilia o a África. Aunque esté ausente, sigue siendo cónsul. Cónsul electo. Eso significa que puede anular el imperium de

un gobernador, mandar los soldados o la milicia del gobernador, reclutar auxiliares y dar muchas molestias hasta que expire su consulado. Y para eso faltan varios meses. No voy a decirte en detalle lo que pienso hacer cuando me apodere de Roma, pero sí te diré una cosa: es vital para mis planes que Carbón esté muerto mucho antes de que haya cumplido su mandato. ¡Y es vital que yo sepa que ha muerto! Tu misión es descubrir dónde se oculta y matarle. Discretamente y sin llamar la atención... Me gustaría que su muerte pareciese un accidente. ¿Te encargas de ello?

—Sí —contestó Pompeyo sin vacilar.

—¡Estupendo! —dijo Sila, abriendo las manos y mirándoselas como si fueran de otro—. Y ahora voy a decirte la otra cosa, que está en relación con el motivo por el que te confío a ti esta campaña en ultramar y no a mis legados —añadió, mirando fijamente al joven—. ¿Lo adivinas tú mismo, Pompeyo?

Pompeyo reflexionó y se encogió de hombros.

—Puede que tenga alguna idea —respondió—, pero sin saber lo que piensas hacer cuando hayas conquistado Roma, seguramente me equivoco. Dímelo tú.

—Pompeyo, ¡tú eres el único en quien puedo confiar para esa misión! Si doy seis legiones y mil jinetes a un viejo como Vatia o Dolabela y le envío a Sicilia o a África, ¿que le impedirá regresar con intención de suplantarme? Le bastaría con permanecer fuera de Italia el tiempo suficiente para que yo tuviese que licenciar mi ejército, y en cuanto lo hiciera, él volvería para suplantarme. Sicilia y África no son campañas que puedan concluirse en seis meses, por lo que es muy posible que yo haya tenido que licenciar mi ejército antes de que regrese aquel a quien confíe la misión. No puedo mantener un ejército permanente en Italia, porque ni hay dinero ni sitio para ello. Aparte de que el Senado y el pueblo no lo consentirían. Por lo tanto, tengo que tener bien a la vista a todos los hombres mayores que puedan ser rivales míos. Y por eso te envío a ti a que te apoderes de las cosechas para que yo pueda alimentar a la ingrata Roma.

Pompeyo lanzó un suspiro, se cogió las rodillas entre los brazos y miró a Sila cara a cara.

—¿Y qué me impediría a mí hacer lo mismo, Lucio Cornelio? Si soy capaz de dirigir una campaña, ¿no seré capaz de suplantarte?

La pregunta no causó la menor turbación en Sila, que se echó a reír.

—¡Oh, puedes pensarlo cuanto quieras, Pompeyo! Pero Roma no te aceptaría. Nunca. Aceptaría a Vatia o Dolabela porque tienen edad, relaciones, antepasados, influencia y clientes. Pero un picentino de veintitrés años, desconocido en Roma, no tiene la menor posibilidad.

Y así concluyó el diálogo. Los dos se alejaron en direcciones opuestas, y cuando Pompeyo se encontró con Varrón no le dijo gran cosa; simplemente comentó a aquel infatigable observador de la vida y la naturaleza que se iba a Sicilia para hacerse con la cosecha. Pero no le habló para nada de imperium, hombres mayores, la muerte de Carbón y otros asuntos. A Sila le pidió un solo favor: que le permitiese llevar a su cuñado, Cayo Memio, como primer legado. Memio, que era unos años mayor que Pompeyo, aunque no era cuestor, había servido en las legiones de Sila.

—Tienes toda la razón, Pompeyo —dijo Sila sonriente—. ¡Excelente elección! Hay que apoyarse en la familia.

El ataque simultáneo a las fortificaciones de Sila en ambos extremos del desfiladero se produjo dos días después de la marcha de Pompeyo hacia Puteoli para trasladarse con su ejército a África en la flota triguera. Una oleada de atacantes trató de tomar al asalto los muros, pero inútilmente. Sila siguió dominando la vía Latina, y los que atacaban por el norte no podían enlazar con los que atacaban por el sur. Al amanecer del segundo día después del ataque, los vigías de las torres de ambos extremos no vieron al enemigo: habían levantado el campamento, desapareciendo en la noche. Aquel día llegaron noticias de que los veinte mil hombres de Censorino, Carrinas y Bruto Damasipo avanzaban por la vía Apia hacia Campania, y que las huestes samnitas marchaban en la misma dirección por la vía Latina.

—Dejémoslos —dijo Sila con indiferencia—. Me imagino que al final volverán... juntos. Y cuando vuelvan estaré esperándoles en la vía Apia.



A finales de sextilis, los samnitas y los restos del ejército de Carbón unieron sus fuerzas en Fregellae, desde donde avanzaron hacia el este por la vía Latina, a través de la garganta de Melfa.

—Vuelven a Aesernia para pensárselo —dijo Sila, ordenando que no les siguieran más allá—. Basta con apostar vigías en Ferentinum en la vía Latina y en Tres Tabernae, en la vía Apia. Es suficiente con esos puestos de vigilancia; no quiero perder exploradores enviándolos a espiar a los samnitas en territorio suyo en torno a Aesernia.

La actividad militar se trasladó bruscamente a Praeneste, donde el hijo de Mario, cada vez más inquieto y con menor apoyo popular, salió de la ciudad y se aventuró en tierra de nadie y, en el extremo oeste del macizo, divisoria de las vertientes del Tolerus y del Anio, comenzó a construir una imponente torre de asedio, creyendo que aquel punto era el más débil de la muralla de Ofela. No quedaban árboles para la obra al alcance de los defensores de Praeneste, y se recurrió a la madera de casas y templos, con sus respectivos clavos y pernos.

La tarea más peligrosa era construir un camino llano para trasladar la torre desde el sitio de construcción hasta el borde del foso, ya que los obreros quedaban a merced de los arqueros de Ofela situados en lo alto de la muralla. El hijo de Mario escogió a los más jóvenes y rápidos de sus hombres, situándolos bajo un tejadillo protector. Otro equipo menos expuesto construyó un puente de maderos para poder salvar el foso con la torre y arrimarla a la muralla. Una vez asegurado en la torre un espacio protegido para los que la construían, ésta fue creciendo cada vez más hacia arriba y hacia los lados.

Al cabo de un mes estaba terminada, igual que el camino y el puente a través del cual la pasarían mil pares de brazos. Pero Ofela no había permanecido ocioso, y había preparado minuciosamente la defensa. Tendieron el puente sobre el foso en lo más oscuro de la noche, y la torre

avanzó entre crujidos sobre una pista de grasa de oveja y aceite, y, al amanecer, estaba ya situada junto a la muralla de Ofela, superándola veinte pies en altura. En sus entrañas colgaba de cuerdas endurecidas con pez un potente ariete, hecho con la jácena maestra de la cella del templo de Fortuna Primigenia, hija mayor de Júpiter y símbolo de la suerte de Italia.

Pero pasarían años antes de que la toba se quebrase, y el ariete batía la piedra en vano; los bloques de toba dúctil, se conmovían, vibraban y temblaban, pero aguantaron, dando tiempo a que las catapultas de Ofela lanzasen proyectiles incendiarios que prendieron en la torre e hicieron huir a los asaltantes entre una lluvia de flechas y venablos, con el pelo encendido. Al anochecer, no quedaban de la torre más que restos carbonizados y retorcidos, derrumbados en el foso, y los que habían intentado abrir brecha eran cadáveres o habían tenido que regresar a Praeneste.

En octubre, el hijo de Mario trató varias veces de establecer una base de ataque en el foso relleno con los restos de la torre, construyendo un tejado entre éste y la muralla para proteger a sus hombres que intentaron socavarla y, finalmente, escalarla, pero todo fue en vano. El invierno se aproximaba y prometía ser tan frío como el anterior; Praeneste notaba la falta de alimentos y maldecía el día en que había abierto sus puertas al hijo de Mario.

Las huestes samnitas no se habían dirigido a Aesernia. El ejército de noventa mil hombres había acampado en las imponentes montañas al sur del lago Fucino para dedicar casi dos meses a entrenarse, efectuar incursiones de avituallamiento y seguir entrenándose. Poncio Telesino y Bruto Damasipo fueron a ver a Mutilo en Teanum y regresaron con un plan para apoderarse de Roma por sorpresa y sin que Sila se percatase. Pues Mutilo dijo que había que olvidarse del hijo de Mario, y que la única posibilidad racional consistía en tomar Roma y obligar a Sila y a Ofela a un asedio que planteaba terribles dudas. ¿Se pondría la población de Roma de parte de los samnitas?

Había una ruta por las montañas entre la garganta de Melfa y la vía Valeria; vía pecuaria más que camino, la ruta cruzaba la cordillera entre Atina, detrás del paso de Melfa, y, por terreno inhóspito, llevaba hasta Sora, en la curva del río Liris, a Treba y a Sublaquaeum, para desembocar en la vía Valeria a poco más de un kilómetro de Varia, en una aldehuela llamada Mandela. No estaba pavimentada ni cuidada, pero existía desde siglos atrás, y la usaban en verano los pastores para llevar sus rebaños a los pastos; era también la ruta de tránsito del ganado destinado a las ferias y a los mataderos del Campus Lanatarius y del Vallis Camenarum, en la zona de las murallas aventinas de Roma.

Si Sila se hubiese detenido a pensar en la época en que él había marchado desde Fregellae al lago Fucino para ayudar a Cayo Mario a derrotar al marso Silo, habría recordado aquel camino ganadero, pues él lo había recorrido en el trecho entre Sora y Treba, pudiendo comprobar que era transitable. Él lo había abandonado en Treba y no había pensado en comprobar su estado a partir de allí. Por ello, se había descuidado la única posibilidad que tenía Sila de contrarrestar la estrategia de Mutilo, y, creyendo que la única ruta que tenían los samnitas para atacar Roma era la vía Apia, Sila permaneció vigilante en el desfiladero de la vía Latina, convencido de que no podían cogerle por sorpresa.

Mientras permanecía en aquella posición, los samnitas y sus aliados avanzaban por la vía pecuaria, con la confianza de que cruzaban una región cuyos habitantes no eran afectos a Roma, y fuera del alcance de los espías de Sila. Pasaron por Sora, Treba, Sublaquaeum y, finalmente, desembocaron en la vía Valeria en Mandela. Ahora estaban a un día escaso de marcha para alcanzar Roma, cuarenta y ocho kilómetros de vía perfectamente cuidada como lo era la vía Valeria, que discurría por Tibur y el valle de Anio y desembocaba en el campo Esquilino, bajo la doble muralla del Agger.

Pero no era éste el mejor sector desde el que lanzar un ataque contra Roma, y al aproximarse a la ciudad, Poncio Telesino y Bruto Damasipo tomaron por un diverticulum que llevaba a la vía Nomentana y a la puerta Colina. Y precisamente allí, ante la puerta Colina, como si estuviera

esperándoles, se hallaba el importante campamento construido por Pompeyo Estrabón durante el asedio a Roma de Cinna y Cayo Mario. Al anochecer del último día de octubre, Poncio Telesino, Bruto Damasipo, Marco Lamponio, Tiberio Gutta, Censorino y Carrinas se hallaban cómodamente instalados en el reducto, dispuestos a atacar al día siguiente.

La noticia de que noventa mil hombres ocupaban el campamento de Pompeyo Estrabón ante la puerta Colina la recibió Sila ya de noche aquel último día de octubre. Se encontraba ya bastante aturdido por el vino, pero despierto. Al instante sonaron clarines y tambores, la tropa saltó de sus jergones y por doquier brillaron las antorchas. Sobrio e impasible, Sila convocó a sus legados.

—Se nos han anticipado —dijo, con labios apretados—. No sé cómo han llegado allí, pero los samnitas están ante la puerta Colina a punto de atacar Roma. Empezaremos la marcha al amanecer. Tenemos que recorrer treinta kilómetros, y algunos por terreno montañoso, pero hemos de llegar a la puerta Colina a tiempo para presentar combate. ¿Cuánta caballería tienes en el lago de Nemi? —preguntó, volviéndose hacia el que mandaba los jinetes, Octavio Balbo.

—Setecientos hombres —contestó Balbo.

—Pues sal ahora mismo. Ve por la vía Apia y a galope como el viento. Estarás en la puerta Colina varias horas antes de que yo consiga llegar con la infantería, y tendrás que contenerlos. ¡Me tiene sin cuidado lo que hagas y cómo lo hagas! Ve allí y manténlos entretenidos hasta que yo llegue.

Octavio Balbo no perdió tiempo en palabras; salió sin esperar nada más de la tienda de Sila pidiendo a voces un caballo antes de que Sila se hubiese vuelto a dirigir a los otros legados.

Eran cuatro: Craso, Vatia, Dolabela y Torcuato; perplejos pero sin perder la presencia de ánimo.

—Aquí tenemos ocho legiones, y hay que arreglarse con ellas —dijo Sila—. Presentaremos combate en desventaja de dos a uno. Voy a daros

instrucciones ahora, porque quizá no haya tiempo cuando lleguemos a la puerta Colina.

Guardó silencio y se les quedó mirando. ¿Quién respondería mejor? ¿Quién tendría el temple para dirigir lo que iba a ser un enfrentamiento desesperado? Por derecho, debían ser Vatia y Dolabela, pero ¿eran los mejores? Su mirada se detuvo en Marco Licinio Craso, alto y robusto, hombre siempre tranquilo —presa de la avaricia, ladrón y estafador—, sin principios, ni quizá moral. Era, sin embargo, el que más tenía que perder si no ganaban la guerra; porque Vatia y Dolabela podrían arreglárselas por su influencia. En cuanto a Torcuato, era un buen hombre pero sin dotes de mando.

Y tomó la decisión.

—Voy a distribuir la tropa en dos divisiones de cuatro legiones —dijo, dándose una palmada con las manos en los muslos—. Me reservo el mando supremo, pero no conduciré ninguna de las divisiones. Para mejor diferenciarlas, las llamaré la derecha y la izquierda; y, a menos que cambie las órdenes al llegar, éste es el plan de batalla. Derecha e izquierda en línea, sin centro. No hay hombres suficientes. Vatia, tú mandarás la izquierda con Dolabela como lugarteniente. Tú, Craso, mandarás la derecha con Torcuato de lugarteniente.

Mientras lo decía, Sila miraba a Dolabela y vio su expresión de disgusto; no había necesidad de mirar a Craso, que no dejaría traslucir su estado de ánimo.

—Eso es lo que quiero —añadió con voz ronca, casi escupiendo las palabras por su boca desdentada—. No hay tiempo para discutir. Todos compartís mi suerte y tenéis en vuestras manos la decisión final. Haced lo que se os ha dicho; de vosotros espero el espíritu de combate con que siempre os he hecho luchar.

Dolabela cedió el paso en la puerta a los otros tres y se volvió hacia Sila.

—Quisiera unas palabras a solas contigo, Lucio Cornelio —dijo.

—Bien, que sean rápidas.

Cornelio también y pariente lejano de Sila, Dolabela no pertenecía a la rama de aquella gran familia que había adquirido tanta fama como los Escipiones o el propio Sila; lo que tenía en común con los Cornelios era su sencillez: mofletudo, rostro preocupado, ojos algo juntos. Ambicioso y con fama de perverso, tanto él como su primo carnal, el Dolabela joven, estaban resueltos a adquirir mayor renombre para su propia rama familiar.

—Podría hundir tu empresa —dijo a Sila—. Me bastaría con hacer que mañana te fuese imposible ganar la batalla. Y supongo que sabes que cambiaría de bando con tal celeridad, que la oposición acabaría por creer que siempre había estado de su parte.

—¡Continúa! —replicó Sila muy afable, al ver que Dolabela hacía una pausa para ver el efecto que causaban sus palabras.

—No obstante, estoy dispuesto a plegarme a tu decisión de promover a Marco Craso por encima de mí, con una condición.

—¿Cuál?

—Ser cónsul el año que viene.

—¡Concedido! —exclamó Sila con afable sinceridad.

—¿No te sorprende? —preguntó Dolabela, parpadeando.

—A mi ya no me sorprende nada, querido Dolabela —respondió Sila, acompañando al legado hasta la puerta—. De momento, para mí tiene poca trascendencia quién sea cónsul el año que viene. Lo que me importa es quién tiene el mando mañana en el campo de batalla. Y veo que tenía razón optando por Marco Craso. ¡ Buenas noches!

Los setecientos jinetes al mando de Octavio Balbo llegaron ante el campamento de Pompeyo Estrabón a media mañana del primer día de noviembre. Pero Balbo nada podía hacer aunque lo hubiese querido, porque los caballos estaban tan agotados que se los veía cabizbajos, sin aliento, sudorosos y con los bellos llenos de espuma, mientras que los jinetes, desmontados, trataban de aliviar su estado aflojándoles las cinchas y musitándoles palabras cariñosas. Por eso Balbo no había hecho alto muy cerca del enemigo, con intención de hacerle creer que estaban a punto de

entrar en acción. Dispuso a los animales en formación de carga, mandó a los jinetes enarbolarse las lanzas y simuló enviar mensajes a una supuesta fuerza de infantería a sus espaldas.

Era evidente que aún no habían iniciado el ataque a Roma. Se veía la puerta Colina imponente y desierta, con el rastrillo bajado y las dos robustas hojas de roble cerradas; las almenas de las dos torres que la flanqueaban estaban llenas de cabezas, y las murallas que discurrían a ambos lados bien guarnecidas de tropas. La llegada de Balbo acababa de provocar una repentina actividad dentro del campamento enemigo, del que salían soldados por la puerta sudoeste, formando para resistir un ataque de la caballería. No se veía caballería alguna del enemigo, y Balbo esperaba que no estuviese oculta en algún sitio.

Todos sus soldados llevaban un balde de cuero atado a la parte izquierda de atrás de la silla para dar de beber al caballo, y, mientras la primera línea continuaba con la farsa de disponerse a la carga a la espera de un falso ejército de infantería a punto de llegar, los demás acudían con los cubos a diversas fuentes de los alrededores para llenarlos. Una vez que los caballos hubiesen bebido, Octavio Balbo esperaba lanzar el ataque pasara lo que pasase.

Pero tan bien salió la artimaña de preparación del ataque, que ninguna respuesta había habido del enemigo cuando Sila llegó con la infantería unas cuatro horas después a primera hora de la tarde. Sus hombres estaban igual de agotados que los caballos de Balbo al llegar a la vista del enemigo: agotados, decaídos y con las piernas temblorosas por haber recorrido a paso ligero treinta kilómetros de terreno a veces cuesta arriba.

—Bien, seguramente hoy no podremos atacar —dijo Vatia después de haber inspeccionado el terreno con Sila y los otros legados para determinar la clase de batalla que había que plantear.

—¿Por qué no? —inquirió Sila.

—¡Están demasiado cansados para pelear! —exclamó Vatia, sin salir de su asombro.

—Cansados estarán, pero lucharán —replicó Sila.

—¡No puedes hacerlo, Lucio Cornelio! ¡Te derrotarán!

—Puedo, y no me vencerán —añadió Sila, inexorable—. Escucha, Vatia, tenemos que luchar hoy. Esta guerra tiene que acabar, y es aquí y ahora donde debe acabar. Los samnitas saben la dura marcha que acabamos de hacer y no ignoran que tienen la ventaja de su parte hoy más que nunca. Si no presentamos hoy la batalla, el día que ellos creen más posible la victoria, ¿qué sucederá mañana? ¿Qué puede impedirles levantar el campamento por la noche y desaparecer para esperar otra ocasión? ¿Desaparecer quizá durante meses, hasta la primavera, el verano o quién sabe si el otoño? No, Vatia, atacamos hoy. Porque hoy el ánimo de los samnitas es vernos morir ante la puerta Colina.

Mientras los soldados descansaban, comían y bebían, Sila anduvo entre ellos para decirles sin el formalismo de los discursos pronunciados desde la tribuna que debían sacar fuerzas de flaqueza para la batalla; que si esperaban a recuperarlas, la guerra no acabaría nunca. La mayor parte de la tropa llevaba años bajo su mando y realmente le adoraban, pero hasta las legiones de Escipión Asiageno, por el tiempo transcurrido, se consideraban como suyas. Ya no tenía el aspecto del magnífico ser semidivino a quien habían otorgado la Corona de Hierba ante Nola tantas campañas atrás, pero era él, y, con él se habían gastado, encanecido y hasta llenado de arrugas. Así, conforme caminaba entre ellos alentándoles para el combate, sus manos se iban alzando en silencio, dándoles a entender que perdieran cuidado, que les darían una buena paliza a los samnitas.

Dos horas escasas antes de oscurecer se entabló la batalla. Las tres legiones que habían sido de Escipión Asiageno formaban el núcleo de la división izquierda, y, aunque Sila no tomó su mando, optó por mantenerse en su zona de operaciones, y, en lugar de montar su clásica mula, eligió un caballo blanco, advirtiéndoselo a los soldados para que le conocieran y le vieran bien si participaba en el combate. Escogió un promontorio que le daba una buena panorámica del campo de batalla, y a lomos del blanco corcel asistió al desarrollo de la batalla. Vio que en Roma habían abierto las hojas de la puerta Colina y alzado el rastrillo, aunque nadie salía para intervenir en el combate.



Las fuerzas enemigas que se enfrentaban a su división izquierda eran las más temibles y estaban compuestas exclusivamente por samnitas al mando de Poncio Telesino, pero con cuarenta mil hombres era algo menos numerosa; cierta compensación, pensó, tocando al palafrenero con el pie para que el muchacho hiciese avanzar al caballo. Como no era buen jinete, no se fiaba de aquel noble bruto, y prefería que le guiaran a mano. Sí, el ala izquierda cedía y tenía que acudir allá. Vatia, que estaba en terreno llano, seguramente no advertía que uno de sus problemas más graves era la puerta abierta de la ciudad; conforme los samnitas avanzaban implacables causando bajas con sus espadas cortas, algunos hombres de Vatia entraban en Roma en lugar de aguantar y conservar el terreno.

Justo cuando se disponía a entrar en la refriega, oyó un fuerte palmetazo del mozo en el flanco del caballo y tuvo la presencia de ánimo de inclinarse y agarrarse a la crin con ambas manos en el momento en que el animal arrancaba a galope. Miró de soslayo hacia atrás y comprendió el porqué: dos lanceros samnitas le habían lanzado el arma a la vez y, de no ser por el mozo, que había hecho arrancar al animal, le habrían derribado. Detuvo al caballo, y el muchacho en seguida le dio alcance y agarró al corcel por la cola.

Dirigió una agradecida sonrisa al mozo y se internó en el combate con la espada en la mano derecha y un escudo en la izquierda. Dio con algunos hombres que conocía y les ordenó bajar el rastrillo, lo que hicieron sin ninguna consideración para los que estaban debajo, advirtió jocosamente. La medida dio resultado; al no tener donde retroceder, las legiones de Escipión aguantaron, y la legión de veteranos inició la lenta y constante maniobra de hacer retroceder al enemigo.

Sila no tenía ni idea qué tal iba Craso con el ala derecha, porque, aun en el promontorio, la distancia era muy grande para apreciarlo, y él sabía desde el principio que la izquierda era la más débil. La más dotada era la división de Craso con cuatro legiones de veteranos.

Al caer la noche prosiguió el combate a la luz de miles de antorchas alzadas en los adarves de las murallas de Roma. En un segundo impulso, el ala izquierda cobró ánimo. El propio Sila seguía en el centro de la lid,

impulsando a los atemorizados soldados de Escipión y tomando parte en el cuerpo a cuerpo, ayudado magníficamente por el palafrenero que en ningún momento dejaba que el caballo entorpeciera sus ataques.

Unas dos horas más tarde, las huestes samnitas cedían al empuje del ala izquierda y retrocedían hasta el campamento de Pompeyo Estrabón, exhaustas e incapaces de contener el alud de las fuerzas de Sila. Roncos de gritar, Sila, Vatia y Dolabela animaron a sus soldados a no dar cuartel, y éstos aniquilaron a los samnitas dentro de su campamento. Poncio Telesino cayó con el cráneo hendido, y sus hombres se desmoralizaron.

—¡ No hagáis prisioneros! —clamó Sila—. Matadlos a todos; a flechazos si se agrupan para rendirse.

En aquel encarnizado momento de la batalla habría sido más difícil convencer a la tropa de respetar al enemigo. Y los samnitas perecieron.

Sólo después de la victoria, Sila, ya en su habitual mula, tuvo tiempo para interrogarse respecto a la suerte que habría corrido Craso. No había la menor señal de la división derecha, pero tampoco había rastros del enemigo. Craso y sus adversarios habían desaparecido.

Hacia media noche llegó un mensajero mientras Sila recorría el antiguo campamento de Pompeyo Estrabón asegurándose de que los caídos estaban todos muertos; se detuvo al ver llegar al hombre que traía las noticias.

—¿Te envía Marco Craso? —le preguntó.

—Sí —contestó el hombre, que no parecía abatido.

—¿Dónde se encuentra?

—En Antemnae.

—¿En Antemnae?

—El enemigo retrocedió y huyó antes de medianoche, y Marco Craso fue en su persecución. En Antemnae hubo otra batalla y vencimos. Marco Craso me envía para pedirte comida y vino para sus tropas.

Con una gran sonrisa, Sila gritó órdenes para que se buscasen las provisiones solicitadas, y luego, montado en su mula, acompañó al convoy de aprovisionamiento por la vía Salaria hasta Antemnae, a pocos kilómetros. Allí, él y Vatia hallaron a la maltrecha ciudad recobrando la calma después de la batalla que casi la había destruido; las casas ardían, y

brigadas con baldes se esforzaban por atajar el fuego, y había muertos por doquier, aplastados por los habitantes despavoridos que habían huido tratando de salvar sus vidas y pertenencias.

Craso le esperaba en el otro extremo de Antemnae, en donde había reunido en un campo a los enemigos supervivientes.

—Habrá unos seis mil —dijo a Sila—. Vatia se enfrentó a los samnitas, y a mi me tOcaron los lucanos, los capuanos y el resto de las tropas de Carbón. Tiberio Gutta cayó en el combate, Marco Lamponio creo que ha escapado, y tengo prisioneros a Bruto Damasipo, Carrinas y Censorino.

—¡Inmejorable! —exclamó Sila, mostrando sus encías al sonreír—. A Dolabela no le gustó que te concediese el mando y tuve que prometerle el consulado para el año que viene, pero yo sabía que había hecho bien eligiéndote a ti, Marco Craso.

Vatia volvió la cabeza, mirando estupefacto a Sila.

—¿Que Dolabela ha exigido eso...? Cunnus! Mentula! Verpa! Fellator!

—No te preocupes, Vatia, tú también serás cónsul —dijo Sila, sin dejar de sonreír—. A Dolabela le sentará mal; se excederá cuando gobierne la provincia que le corresponda, y se pasará el resto de sus días desterrado en Massilia con todos los que cometen abusos —añadió, señalando la reata con las vituallas—. ¿Dónde dejamos el tentempié, Marco Craso?

—Creo que aquí, si puedo encontrar otro lugar para los prisioneros —respondió el flemático Craso, que no daba a entender que acabase de haber conseguido una importante victoria.

—He traído la caballería de Balbo para que escolte a los prisioneros ahora mismo hasta la Villa Publica —dijo Sila—. Habrá amanecido cuando se pongan en marcha.

Mientras Octavio Balbo reunía a los abatidos enemigos, Sila mandaba llevar a su presencia a Censorino, Carrinas y Bruto Damasipo. A pesar de ser los vencidos, no lo demostraban en absoluto.

—¡Ah! ¿Pensáis que vais a volver a presentar batalla en otra ocasión? —dijo Sila, sonriendo aviesamente—. Pues no, mis queridos amigos romanos. Poncio Telesino ha muerto, y a los supervivientes samnitas he ordenado que los mataran a flechazos. Como os habéis aliado con samnitas

y lucanos, no os considero romanos, y, por consiguiente, seréis juzgados por traición y ejecutados. Sin dilación.

Y así fueron decapitados los tres adversarios más irreductibles de la guerra en un campo de las afueras de Antemnae, sin juicio ni previo aviso. Sus cuerpos fueron arrojados a la inmensa fosa común en que enterraron a los caídos del enemigo, pero Sila mandó meter las cabezas en un saco.

—Catilina, amigo —dijo a Lucio Sergio Catilina, que había venido con Vatia, acompañándole—, hazte cargo de ellas, encuentra la cabeza de Tiberio Gutta, coge también la de Poncio Telesino, vuelve a la puerta Colina y cabalga hasta donde está Ofela. Y dile que las ponga una por una en su catapulta más potente y las lance dentro de Praeneste.

El rostro agradable y moreno de Catilina se iluminó con inusitada vivacidad.

—Encantado, Lucio Cornelio. ¿Puedo pedir un favor?

—A ver; pero no prometo nada.

—¡Déjame entrar en Roma y dar con Marco Mario Gratidiano! Quiero su cabeza. Si el hijo de Mario la ve, se dará cuenta de que Roma es tuya y que su carrera se ha acabado.

Sila meneó despacio la cabeza, pero no en signo negativo.

—¡Oh, Catilina, eres de lo mejor entre mis hombres! ¡Cómo te estimo! Gratidiano es tu cuñado.

—Era mi cuñado —replicó Catilina con voz queda—. Mi esposa murió poco antes de que me uniera a ti.

Lo que no dijo era que Gratidiano le había acusado de matarla él para poder continuar libremente una aventura.

—Bueno, de todos modos, Gratidiano tendrá que caer más tarde o más temprano —dijo Sila, volviéndose de espaldas y encogiéndose de hombros—. Añade su cabeza a la colección si crees que puede impresionar al joven Mario.

Dispuesto todo debidamente, Sila, Vatia y los legados se reunieron con Craso, Torcuato y los hombres de la división derecha a celebrar la victoria, mientras Antemnae ardía y Lucio Sergio Catilina se encaminaba feliz a realizar su siniestro cometido.

Como si no necesitara dormir, Sila regresó a Roma, pero no entró en ella. El mensajero que había enviado por delante de él conminó al Senado a reunirse en el templo de Bellona, en el Campo de Marte. Cuando iba hacia allí se detuvo para comprobar que los seis mil prisioneros quedaban congregados en la Villa Publica (próxima al templo), y dio algunas órdenes. Después prosiguió y desmontó de la mula en el espacio vacío y descuidado que había ante el templo, llamado «territorio enemigo».

Naturalmente que ningún senador habría osado resistirse a las exigencias de Sila, y en el interior le aguardaban un centenar aproximadamente, todos de pie, pues no les parecía conveniente hacerlo sentados en sus sillas plegables. Unos cuantos tenían aspecto de lo más tranquilo —Catulo, Hortensio, Lépido—, a otros se los veía aterrados —un par de Flacos, un Fimbria, un Carbón de poca categoría—, pero la mayoría mostraba actitud de borrego, vacua pero atemorizada.

Con la coraza pero sin casco, Sila cruzó sus filas como si no existieran, y subió al pedestal de la estatua de Bellona, añadida al templo desde que se había puesto de moda representar con figura humana hasta a los antiguos dioses romanos. Como también ella revestía armadura, hacía buena pareja con Sila, incluida la fiera mirada de su rostro helenístico. Ella, no obstante, poseía belleza, en agudo contraste con Sila. Su aparición causó profunda impresión en la mayoría de los reunidos, pero ninguno osó manifestarlo. Llevaba la peluca de rizos naranja algo descentrada, manchada su túnica escarlata y los puntos enrojecidos de su rostro destacaban sobre el fondo blanco de su piel de albino como lagos de sangre sobre la nieve. Muchos se condolieron, aunque por distinto motivo: unos porque le habían conocido y le apreciaban, otros porque esperaban, al menos, que el nuevo amo de Roma tuviese gran prestancia. Y aquel hombre más parecía un travestí en decadencia.

Al hablar, le bailaban los labios, y algunas de sus palabras costaba entenderlas; hasta que, al seguir hablando así, los que le oían se esforzaron por entenderle, sabedores de que en ello les iba la vida.

—¡Veo que he llegado en el momento oportuno! —dijo—. El Territorio Enemigo está lleno de hierbajos, y todo necesita una buena limpieza y un

repintado; las piedras de las vías asoman por el firme gastado, las lavanderas tienden la ropa en la Villa Publica. ¡ Habéis cuidado estupendamente de Roma! ¡ Imbéciles! ¡ Bellacos! ¡ Inútiles!

Su discurso continuó seguramente en el mismo tono mordaz, sarcástico; pero después de exclamar «¡Inútiles!», las palabras quedaron apagadas por un tremendo griterío procedente de la Villa Publica. Se oían gritos, chillidos y alaridos espantosos, y al principio todos fingieron seguir escuchándole, pero los horripilantes clamores no cesaban y los senadores comenzaron a rebullir, musitando y dirigiéndose temerosas miradas.

Y el griterío cesó de pronto tan súbitamente como había comenzado.

—¿Qué, corderillos, estáis asustados? —dijo Sila sarcástico—. ¡ No os asustéis! Eso que habéis oído no es más que mis hombres amonestando a unos criminales.

Tras lo cual descendió del pedestal de la estatua de Bellona y salió del templo como si no hubiese advertido la presencia de un solo senador de Roma.

—Me temo que no se encuentra muy bien —comentó Catulo a su cuñado Hortensio.

—Con el aspecto que tiene, no me extraña —replicó Hortensio.

—¿Y nos ha hecho venir aquí para decirnos eso? —añadió Lépid—. ¿Y a quién amonestarían?

—A los prisioneros —dijo Catulo.

Y, efectivamente, mientras Sila se dirigía al Senado, sus hombres ejecutaban a los seis mil prisioneros de la Villa Publica con flechas y espadas.

—Yo voy a observar una perfecta buena conducta en toda ocasión —dijo Catulo a Hortensio.

—¿Por qué, en concreto? —inquirió Hortensio, que era hombre mucho más arrogante y práctico.

—Porque tenía razón Lépid. Sila nos ha convocado aquí para que oigamos cómo morían los que se han opuesto a él. Lo que diga no tiene la menor importancia, pero lo que haga si que tiene una gran importancia para

todos nosotros que queremos vivir. Tendremos que portarnos bien y procurar no enojarle.

—Creo que exageras, mi querido Quinto Lutacio —replicó Hortensio, encogiéndose de hombros—. Dentro de unas semanas se habrá marchado; logrará que el Senado y las asambleas legalicen sus hazañas y le devuelvan el imperium, figurará en primera fila de los consulables y Roma reanudará su vida normal.

—¿De verdad lo crees? —dijo Catulo, estremeciéndose—. No sé cómo lo hará, pero creo que vamos a tener esos inquietantes ojos de Sila desde una posición de superioridad por mucho tiempo.

Sila llegó a Praeneste al día siguiente, el tercero del mes de noviembre.

Ofela le recibió entusiasmado y señaló a dos hombres que había a un lado, vigilados por la guardia.

—¿Los conoces? —inquirió.

—Es posible, pero no sé sus nombres.

—Son dos tribunos de las legiones de Escipión que llegaron a galope tendido a la mañana siguiente de la batalla en la puerta Colina para decirme que habías sido derrotado y muerto en combate.

—¡Ah! ¿Y tú no los creíste?

Ofela soltó una carcajada.

—Te conozco muy bien, Lucio Cornelio. Para matarte a ti hacen falta muchos samnitas.

Y con la celeridad del prestidigitador que hace aparecer un conejo de un orinal, Ofela alargó la mano hacia atrás y sacó la cabeza del hijo de Mario.

—¡Ah! —exclamó Sila, mirándola de cerca—. Guapo muchacho, ¿verdad? Se parece a la madre, desde luego. Y no sé a quién salió en inteligencia, pero no ha sido al padre. Guárdala de momento —añadió, haciendo un gesto para que la apartara—. ¿Así que Praeneste se rindió?

—Casi inmediatamente después de lanzar las cabezas que me trajo Catilina. Se abrieron las puertas de par en par y todos salieron con bandera blanca y dándose golpes de pecho.

—¿También el joven Mario? —preguntó Sila sorprendido.

—¡Ah, no! Él se metió en las cloacas para intentar escapar. Pero ya hacia meses que tenía yo enrejados los desagües. Junto a uno de ellos le encontramos, con la espada clavada en el vientre y el criado griego llorando a sus pies —contestó Ofela.

—¡Bien, es el último de su estirpe! —comentó Sila con aire de triunfo.

Ofela le miró de hito en hito. ¡Aquel Lucio Cornelio no olvidaba nada!

—Aún hay uno libre —se apresuró a añadir, arrepintiéndose inmediatamente, pues Sila no era de los que les gustan que les recuerden que tienen fallos.

Pero Sila no se inmutó y esbozó una sonrisa.

—Supongo que te refieres a Carbón —dijo.

—Sí, a Carbón.

—Carbón también ha muerto, mi querido Ofela. El joven Pompeyo le hizo cautivo y le ejecutó por traición en el ágora de Lilibeo a finales de septiembre. ¡Es excepcional ese Pompeyo! Creí que tardaría unos cuantos meses en organizar Sicilia y acorralar a Carbón, y lo hizo todo en un mes. ¡Y aun se las arregló para enviarme la cabeza de Carbón con un mensajero especial, en un tarro de vinagre! ¡Muy propio de él! —añadió Sila, conteniendo la risa.

—¿Y el viejo Bruto?

—Prefirió suicidarse antes que delatar a Pompeyo el paradero de Carbón. En vano, claro, porque la tripulación de su nave (trataba de reunir una flota para Carbón) se lo contó todo a Pompeyo, naturalmente. Entonces, mi brillante y eficiente legado envió a su cuñado a Cossura, a donde había huido Carbón, para que le trajese encadenado a Lilibeo. Pero son tres las cabezas que me ha enviado Pompeyo, no dos. Las de Carbón, el viejo Bruto y Sorano.

—¿Sorano? ¿Quinto Valerio Sorano, el erudito que era tribuno de la plebe?

—El mismo.

—¿Y por qué? ¿Qué había hecho? —inquirió Ofela, sin salir de su asombro.



—Decir en voz alta desde los ros tra el nombre secreto de Roma —contestó Sila.

—¡Por Júpiter! —exclamó Ofela estremeciéndose, con la boca abierta.

—Afortunadamente —mintió Sila—, el gran dios tapó los oídos de los que estaban en el Foro y nadie lo oyó. No sucede nada, mi querido Ofela. Roma no perecerá.

—¡Ah, menos mal! —dijo éste, enjugándose el sudor de la frente—. Había oído de gente que hace cosas extrañas, ¡pero eso de pronunciar el nombre secreto de Roma es el colmo! —y de pronto le vino una idea a la cabeza y tuvo que preguntar—. ¿Y qué hacía Pompeyo en Sicilia, Lucio Cornelio?

—Asegurarme la cosecha.

—Algo había yo oído, pero confieso que no le di crédito. Es un muchacho.

—Humm —musitó Sila, sin rebatírsele—. Pero, así como el hijo de Mario no salió a su padre, el joven Pompeyo sí que es digno hijo de Pompeyo Estrabón. Y de sobra.

—Entonces pronto regresará —dijo Ofela, no muy contento con aquella nueva estrella en el cielo de Sila, él que se creía sin rival.

—Aún no —respondió Sila como quien no quiere la cosa—. Le he enviado a África para que se apodere de la provincia. Y supongo que es lo que hace en este momento —añadió, señalando hacia la tierra de nadie, en donde una gran multitud de hombres aguantaba de pie el ardiente sol—. ¿Son los que se rindieron con las armas en la mano?

—Sí. Son doce mil. Una mezcla heterogénea —contestó Ofela, satisfecho por cambiar de tema—. Romanos del hijo de Mario, muchos praenestinos y algunos samnitas. ¿Quieres verlos más de cerca?

Accedió, pero no se entretuvo mucho. Perdonó a los romanos y ordenó que se ejecutara allí mismo a praenestinos y samnitas. Tras lo cual mandó que los supervivientes de la ciudad —viejos, mujeres y niños— enterraran los cadáveres en la tierra de nadie. Paseó por la ciudad, que no conocía, y frunció el ceño enfurecido al ver el deplorable estado en que había quedado

el templo de Fortuna Primigenia, saqueado por el hijo de Mario para obtener la madera para su torre.

—Yo soy un favorito de la Fortuna —dijo a los miembros del consejo de la ciudad que habían sobrevivido—, y haré que vuestra Fortuna Primigenia sea el mejor templo de toda Italia. Pero a expensas de Praeneste.

El cuarto día de noviembre, Sila se llegó a Norba, aunque ya sabía lo que había sucedido.

—Se avinieron a rendirse —dijo Mamerco, con los labios apretados de rabia— y luego incendiaron la ciudad y mataron a todos los que quedaban o se suicidaron, mujeres, niños, los soldados de Ahenobarbo, y todos los varones. Lucio Cornelio, siento que no haya habido prisioneros en Norba.

—No importa —contestó Sila, indolente—. En Praeneste hemos hecho buena redada. A su lado, Norba casi no se hubiera notado.

Y el quinto día de noviembre, cuando el sol bañaba ya las estatuas doradas en lo alto del templo, y la luz de la mañana daba a la ciudad un aspecto menos deplorable, Lucio Cornelio entraba en Roma. Lo hizo por la puerta Capena en solemne cortejo, sobre el caballo blanco que el palafrenero había guiado con firme mano durante la batalla de la puerta Colina, y con su mejor coraza, la de plata con la musculatura en relieve y una escena cincelada de su ejército ofreciéndole la Corona de Hierba ante las murallas de Nola. Con él, ataviado con la toga bordada de púrpura, cabalgaba Lucio Valerio Flaco, el príncipe del Senado, y, detrás de ellos, los legados por parejas, incluido Metelo Pío y Varrón Lúculo, a quien había ordenado venir de la Galia itálica cuatro días antes para tan magna ocasión. De todos los que destacarían en el futuro, sólo faltaban Pompeyo y Varrón el sabino.

Su única escolta militar fueron aquellos setecientos soldados de caballería que habían salvado la situación engañando a los samnitas; su ejército estaba en el desfiladero, demoliendo las murallas para restablecer el tránsito en la vía Latina. Luego, quedaba por derruir el muro de Ofela y descargar una enorme cantidad de materiales en diversos campos; gran

parte de los bloques de toba se habían partido al demoler el muro, y Sila sabía ya qué iba a hacer con ellos: se utilizarían para la mampostería opus incertum del nuevo templo de Fortuna Primigenia de Praeneste. No debía quedar signo alguno de las hostilidades.

Muchos salieron a la puerta para ver su entrada en Roma, pues por mucho riesgo que existiese, los romanos eran incapaces de sustraerse a cualquier clase de espectáculo, y aquél era un momento histórico. Muchos de los que le veían entrar a caballo estaban convencidos de ser testigos del fin de la República, y corría el rumor de que intentaba convertirse en rey de Roma. ¿Cómo, si no, iba a conservar el poder? ¿Cómo iba a desprenderse de él, después de lo que había hecho? Y no tardaron en ver un escuadrón especial de caballería que venía inmediatamente detrás de la última pareja de legados, con las lanzas enhiestas y en sus puntas clavadas las cabezas de Carbón y el hijo de Mario, de Carrinas, de Censorino, del anciano Bruto, de Mario Gratidiano, de Bruto Damasipo, de Poncio Telesino, de Gutta de Capua y Sorano y de Cayo Papio Mutilo de los samnitas.

A Mutilo le llegó la noticia del desastre de la puerta Colina al día siguiente de la batalla, y lloró tan desconsoladamente que Bastia acudió a ver qué le sucedía.

—¡Todo se ha perdido! ¡Todo! —exclamó, sin acordarse de cómo ella le había insultado y atormentado, ya que era la única persona que le quedaba a la que estaba unido por vínculos familiares—. ¡Ha sucumbido mi ejército! ¡Ha vencido Sila! ¡Sila será rey de Roma y el Samnio desaparecerá!

Durante el rato que tardó en encender todas las mechas de un candelabro, Bastia no cesó de mirar a aquel hombre totalmente abatido que no podía moverse del sofá, sin hacer intento alguno de consolarle; sólo le miraba, inmóvil, con ojos muy abiertos. Pero, de pronto, a su mirada afloró el brillo de una decisión y su rostro se endureció. Y dio unas palmadas.

—Decid, domina —dijo el mayordomo desde la puerta, mirando consternado a su lloroso amo.

—Busca al germano y prepara la litera —dijo ella.

—Domina... —arguyó el mayordomo, perplejo.

—¡No te quedes ahí! ¡Haz inmediatamente lo que te digo!

El mayordomo tragó saliva y desapareció.

—¿Qué significa esto? —inquirió Mutilo, enjugándose las lágrimas.

—Quiero que te vayas —replicó ella entre dientes—. ¡No quiero compartir la derrota! ¡Quiero conservar mi casa, mi dinero, mi vida! ¡Así que márchate, Cayo Papio! ¡Vuelve a Aesernia, a Bovianum o a donde tengas casa! ¡A donde sea, menos aquí! No quiero que me arrastre tu desgracia.

—¡No puedo creerlo! —dijo él con voz entrecortada.

—¡Pues créetelo! ¡Fuera!

—¡Pero, Bastia, estoy paralítico! ¡Soy esposo tuyo y estoy paralítico! ¿No sientes compasión ni afecto?

—Ni te amo ni te tengo compasión —replicó ella hoscamente—. Han sido tus estúpidas y fútiles conjuras y guerras contra Roma las que te han dejado inútiles las piernas y lo que a mí me servía, las que me han privado de los hijos que podría haber tenido y de todo el placer que hubiera podido compartir contigo. Me he pasado casi siete años viviendo aquí sola mientras tú, en Aesernia, te dedicabas a intrigar y tramar, y cuando te dignas visitarme, llegas oliendo a mierda y orines, y dándome órdenes... ¡Oh, no, Cayo Papio Mutilo, esto se ha acabado! ¡Vete de aquí!

Y como su mente era incapaz de abarcar la magnitud de su desgracia, Mutilo no hizo protesta alguna cuando su criado germano le levantó de la cama y le condujo en brazos a la puerta principal, donde le aguardaba la litera al pie de la escalinata. Bastia los había seguido como una reencarnación de la Gorgona, hermosa y diabólica, con una mirada capaz de convertir en piedra a un hombre. Cerró tan de golpe la puerta que pilló la orla de la capa del germano, y éste dio un traspiés; se echó el peso de su amo sobre el brazo izquierdo y comenzó a tirar de la capa.

Cayo Papio Mutilo llevaba en el cinto un puñal militar, mudo recuerdo de la época en que había sido guerrero samnita. Lo desenvainó, apoyó la cabeza contra la puerta y se cortó el cuello. La sangre salpicó por doquier, manchó la puerta y se escurrió por los escalones, mojando al germano, que

profirió horrorizados alaridos que hicieron acudir a gente de un extremo y otro de la calle. Lo último que vio Cayo Papio Mutilo fue a aquella Gorgona, que, al abrir la puerta, recibió el último borbotón de sangre.

—¡Te maldigo, mujer! —fueron las últimas palabras que intentó pronunciar.

Pero ella no le oyó ni se estremeció o inmutó, sino que mantuvo la puerta bien abierta y gritó al lloroso germano:

—¡Éntrale!

Y dentro, con el cadáver de su esposo en tierra, ordenó:

—Córtale la cabeza, que voy a enviársela a Sila como obsequio.

Bastia hizo honor a lo dicho y envió la cabeza de su esposo a Sila, con sus cumplidos. Pero la historia que Sila supo de labios del desgraciado mayordomo obligado a llevársela no era muy halagüeña para Bastia. Entregó la cabeza de su enemigo a los tribunos militares de su estado mayor y dijo imperturbable:

—Matad a la mujer que la ha enviado. Quiero que muera.

Así, las cuentas quedaban casi canceladas. Con excepción de Marco Lamponio de Lucania, todos los enemigos de relieve que se habían opuesto al regreso de Sila a Italia estaban muertos. De haberlo querido, hubiera podido convertirse en rey de Roma sin obstáculo alguno.

Pero él tenía una solución más acorde con el criterio de quien creía en la tradición de un mos maiorum republicano, y con ese ánimo desfiló por el circo Máximo, sin ninguna ambición regia.

Era viejo y estaba enfermo; durante cincuenta y ocho años había batallado con una concatenación de circunstancias y acontecimientos adversos que constantemente le habían privado del placer de la justicia y la recompensa, de su justo papel en la historia de Roma, al que tenía derecho por nacimiento y capacidad. No había tenido otra elección ni ninguna oportunidad para continuar su ascenso legal en el cursus honorum honorablemente. En todas las etapas había habido alguien o algo que le entorpecía el camino, imposibilitando la vía recta y legal. Pues allí estaba,

cabalgando en la dirección indebida por el circo Máximo. Un despojo de cincuenta y ocho años, sintiendo en sus entrañas el ardor del triunfo y del fracaso. Amo de Roma. El primer hombre de Roma. Se había vengado. Pero la desilusión de la edad, su físico estragado y la muerte inexorable, convertían su júbilo en amarga tristeza, destruyendo el placer y exacerbando su dolor. Qué tarde, qué amarga, qué tuerta era su victoria...

No pensaba en la Roma que tenía a sus pies con amor e idealismo; el precio había sido demasiado alto. Ni se sentía con ánimos para la tarea que sabía ineludible. Lo que más deseaba era paz, tiempo libre, materializar mil fantasías sexuales, embriagarse sin freno y olvidarse de toda responsabilidad. ¿Por qué no podía desear todo aquello? Por culpa de Roma, por culpa del deber, porque no podía aceptar la idea de abandonar la tarea con tanto como quedaba por hacer. La única razón por la que cabalgaba en dirección contraria por la pista del circo Máximo vacío era por estar convencido de que había una tarea ingente que hacer. Y la tenía que hacer él porque no había nadie capaz.

Decidió convocar reunión conjunta del Senado y el pueblo en el bajo Foro y dirigirse a ellos desde los rostra. ¿No era Escauro quien —no muy injustamente— le había calificado de políticamente negligente? No estaba seguro. Pero sí que tenía suficiente naturaleza de político para no ser del todo sincero, y olvidó indolentemente que había sido él quien clavó la primera cabeza en los rostra: la de Sulpicio, para atemorizar a Cinna.

—Esta horrorosa costumbre que se ha instaurado tan recientemente cuando yo era pretor en una Roma que la desconocía —dijo, volviéndose para señalar con un gesto las cabezas clavadas en las lanzas— no cesará hasta que se hayan restablecido del todo las tradiciones del mos maiorum y nuestra antigua república vuelva a surgir de las cenizas a que ha sido reducida. He oído decir que quiero convertirme en rey de Roma. ¡No, quirites, no lo deseo! ¿Condenarme los años que me queden de vida a constantes intrigas, conjuras, sublevaciones y represalias? ¡No lo deseo! He servido mucho tiempo con gran esfuerzo a Roma, y he tenido la recompensa de pasar mis últimos días libre de cuidados y responsabilidades, ¡libre de Roma! Por ello, una cosa prometo al Senado y

al pueblo, que no me proclamaré rey de Roma ni gozaré un solo momento del poder que debo conservar hasta que concluya mi tarea.

Quizá nadie esperase realmente aquel discurso, ni siquiera hombres tan cercanos a él como Vatia y Metelo Pío, pero Sila continuó hablando, y algunos se dieron cuenta de que el vencedor se había sincerado con otra persona, Lucio Valerio Flaco, príncipe del Senado, que estaba a su lado en la tribuna y no ponía cara de sorpresa por nada de lo que Sila iba diciendo.

—Los cónsules han muerto —prosiguió, señalando con la mano las cabezas de Carbón y del hijo de Mario— y los fasces deben volver a los Padres, en los almohadones del templo de Venus Libitina hasta que se elijan nuevos cónsules. Roma debe tener un interrex; en eso la ley es terminante. El portavoz de la cámara, Lucio Valerio Flaco, es el patricio decano del Senado, de su decuria y de su familia —añadió, volviéndose hacia Flaco—. Eres el primer interrex. Te ruego que asumas el cargo y desempeñes todas sus funciones durante los cinco días del interregnum.

—Hasta ahora, todo bien —musitó Hortensio a Catulo—. Ha hecho exactamente lo que debe hacerse: nombrar un interrex.

—Tace! —masculló Catulo, que no acababa de entender bien todo lo que decía Sila.

—Antes de que el portavoz de la cámara tome la palabra en esta reunión —añadió Sila, dando énfasis a sus palabras—, hay un par de cosas que quiero decir. Roma no corre peligro estando a mi cuidado, y nadie vendrá a causarle mal. Volverá la ley justa, regresará la República a sus días de gloria; pero eso son cosas que emanarán de las decisiones de nuestro interrex y no insistiré en ello. Lo que sí quiero decir es que he tenido a mis órdenes hombres muy capaces, y hora es de que se lo agradezca. Comenzaré por los que no están presentes: Cneo Pompeyo, que ha asegurado la cosecha de Sicilia y con ello salvado a Roma del hambre este invierno... Lucio Marco Filipo, que el año pasado aseguró la cosecha de Cerdeña, y este año se enfrentó al enviado contra él, Quinto Antonio Balbo, y le dio muerte en combate. Cerdeña está en nuestro poder... En Asia he dejado hombres excelentes que cuidarán la provincia romana más rica y valiosa: Lucio Licinio Murena, Lucio Licinio Lúculo y Cayo Escribonio

Curio... Y aquí, conmigo, están mis más fieles seguidores en momentos difíciles y desesperados: Quinto Cecilio Metelo Pío y su legado Marco Terencio Varrón Lúculo, Publio Servilio Vatia, Cneo Cornelio Dolabela el viejo, Marco Licinio Craso...

—¡Por los dioses que la lista es interminable! —masculló Hortensio, que no gustaba de oír a nadie que no fuese él mismo, y menos aún a una persona de tan torpe retórica como Sila.

—¡Ya ha acabado, ya ha acabado! —dijo Catulo impaciente—. ¡Vamos, Quinto, está convocando al Senado a la Curia y ya no va a decir nada más a estos bobos del Foro! ¡Vámonos ya!

Pero fue Lucio Valerio Flaco, príncipe del Senado, quien se sentó en la silla curul, rodeado del esquelético cuerpo de senadores que habían quedado en Roma y sobrevivido. Sila tomó asiento a la derecha del podio curul, aproximadamente en donde se habría colocado en la primera fila de consulares, ex censores y ex pretores. De todos modos, no se había despojado de la coraza, detalle que hizo ver a los senadores que no abandonaba el control de la ceremonia.

—En las calendas de noviembre —dijo Flaco con su voz jadeante— estuvimos a punto de perder Roma. De no haber sido por el valor y celeridad de Lucio Cornelio Sila, sus legados y su ejército, Roma estaría en manos del Samnio, y habríamos pasado bajo el yugo como hicimos en las horcas Caudinas. Bien, no necesito decir nada más. El Samnio ha sido derrotado, Lucio Cornelio ha vencido y Roma no corre peligro.

—¡Vamos, continúa! —musitó Hortensio—. ¡Por los dioses que cada día está más senil!

Flaco continuó, rebulléndose un poco por no estar sentado cómodamente.

—No obstante, aunque la guerra haya concluido, Roma tiene muchos problemas que la perturban. El Tesoro está vacío, igual que las arcas de los templos; han disminuido los negocios, han mermado los senadores, han muerto los cónsules y sólo queda un pretor de los seis que había a principios del año —hizo una pausa para respirar profundamente y se lanzó enardecido a decir lo que le había ordenado Sila—. De hecho, padres



conscriptos, Roma ha cruzado la raya hasta la cual es posible la gobernación normal. Roma debe ser guiada por la mano más capaz. La única mano capaz de poner a nuestra querida Roma en pie. Mi cargo de interrex cumple a los cinco días; me sucederá otro interrex durante otros cinco días, y en ese plazo se convocarán elecciones, pero si no pudiera hacerlo, un tercer interrex tendrá que intentarlo. Y así sucesivamente. Pero esta gobernación incompleta no arreglará las cosas, padres conscriptos. Vivimos una situación de profunda crisis, y yo sólo veo aquí un hombre capaz de hacer lo que se debe. Pero lo que hay que hacer no puede hacerlo como cónsul. Por consiguiente, propongo una solución diferente para someterla a votación del pueblo en sus centurias, por ser el cuerpo elector más tradicional. Pido al pueblo que apruebe en sus centurias una *lex rogata* nombrando y dando poderes a Lucio Cornelio Sila como dictador de Roma.

Los senadores se rebulleron inquietos, mirándose unos a otros estupefactos.

—El cargo de dictador es antiguo —prosiguió Flaco—, y normalmente se limita a la dirección de una guerra. En tiempos pasados fue tarea del dictador proseguir la guerra cuando los cónsules no podían hacerlo, y hace más de cien años que no se ha dado poder a un dictador. Pero la actual situación de Roma es algo sin precedentes. La guerra ha concluido, y yo os digo, padres conscriptos, que la crisis consiste en que no hay cónsules electos que puedan hacer resurgir a Roma. Los remedios necesarios no serán muy agradables y causarán resentimiento. Al final del año al frente del cargo, a un cónsul se le puede exigir que responda ante el pueblo o la plebe de sus actos, y se le puede acusar de traición. Y si todo se ha vuelto en contra suya, hasta desterrarle y confiscarle las propiedades. Sabiéndose de antemano vulnerable a tal riesgo, no hay hombre que pueda desarrollar la decisión y la fuerza que Roma requiere en estos momentos. Mientras que un dictador no teme un castigo del pueblo, pues la naturaleza de su cargo le hace inmune a cualquier represalia. Sus actos como dictador se sancionan para siempre, y no se le puede aplicar la ley. Alentado por saberse inmune y exento del veto por parte de algún tribuno de la plebe y de la condena de cualquier asamblea, el dictador puede servirse totalmente de sus poderes y

propósitos para enderezar las cosas. Para poner en pie a nuestra querida Roma.

—¡Suenan muy bonitos, príncipe del Senado —dijo Hortensio en voz alta—, pero los ciento veinte años transcurridos desde que el último dictador asumió el cargo te han estropeado la memoria! El dictador lo propone el Senado, pero deben nombrarlo los cónsules. Y cónsules no tenemos. Los fasces se han enviado al templo de Venus Libitina. No se puede nombrar un dictador.

Flaco lanzó un suspiro.

—No me has escuchado bien, Quinto Hortensio, ¿verdad? He dicho cómo puede hacerse: mediante una *lex rogata* aprobada por las centurias. Cuando no hay cónsules para aplicar la ley, los sustituye el pueblo reunido en centurias. En realidad, el único poder ejecutivo, el interrex, debe delegar en ellos la ejecución de su única función, que es organizar y celebrar las elecciones curules. El pueblo en centurias no hace la ley, sino las centurias.

—De acuerdo, no digo que no —asintió lacónico Hortensio—. Continúa, príncipe del Senado.

—Tengo la intención de convocar la asamblea centuriada mañana al amanecer. Les pediré que den una ley nombrando dictador a Lucio Cornelio Sila. Realmente, es una ley que no requiere gran complicación; cuanto más sencilla mejor. Una vez que el dictador esté nombrado legalmente por las centurias, las demás leyes las dictará él. Lo que pediré a las centurias es que nombren y den poderes a Lucio Cornelio Sila como dictador para todo el tiempo que su cargo lo requiera, que sancionen sus anteriores actos de cónsul y procónsul, que deroguen en su persona todo castigo oficial en forma de degradación y destierro, que garanticen la inmunidad en todos sus actos como dictador para siempre, que protejan sus actos como dictador del veto tribunicio y del rechazo o anulación por parte de la asamblea, del Senado y del pueblo en cualquier forma que fuere o por medio de cualquier tipo de magistrado, y del recurso ante cualquier clase de asamblea o cuerpo de magistrados.

—¡Eso es mejor que ser rey de Roma! —gritó Lépido.

—No, es distinto —replicó imperturbable Flaco, que se había dedicado a imbuirse bien del espíritu de lo que Sila quería, y ahora ya había tomado impulso—. Un dictador no tiene que dar cuenta de sus actos, pero no gobierna solo. Cuenta con la ayuda del Senado y de todos los comicios como cuerpos asesores, es el mestre ecuestre y dispone de cuantos magistrados él mismo elija. Es costumbre, por ejemplo, que los cónsules se subordinen al dictador.

—El dictador está sólo seis meses en el cargo —replicó Lépido en voz alta—. Si mi oído no se ha deteriorado de pronto, lo que tú te propones pedir a las centurias es que nombren un dictador sin límite de tiempo en el cargo. ¡ No es constitucional, príncipe del Senado! No estoy en contra de que se nombre dictador a Lucio Cornelio Sila, pero me opongo a que permanezca en el cargo un instante más del término debido de seis meses.

—En seis meses no habré podido hacer nada —terció Sila sin levantarse de la silla—. Créeme, Lépido, no quiero el maldito cargo ni un solo día, y menos para toda la vida. Cuando considere que he culminado la tarea, lo dejaré. Pero en seis meses es imposible hacerla.

—¿Por qué? —inquirió Lépido.

—Por un sencillo motivo —replicó Sila—. La situación financiera de Roma es un caos. Para restablecerla debidamente se necesitará un año, quizá dos. Hay veintisiete legiones por licenciar, buscarles parcelas y pagarlas. Hay que hacer que los que apoyaron los regímenes ilegales de Mario, Cinna y Carbón no escapen al castigo. Las leyes de Roma están anticuadas, sobre todo en relación con los tribunales y los gobernadores de provincias. Sus servidores civiles están desorganizados e incurrir en letargo y codicia. Se han robado tantos tesoros, dinero y lingotes de los templos, que nuestro Erario cuenta aún con doscientos ochenta talentos de oro y ciento veinte de plata, a pesar de los despilfarros de este año. El templo de Júpiter Optimus Maximus es una pavesa —añadió, lanzando un fuerte suspiro—. ¿Continúo, Lépido?

—De acuerdo, convengo en que tu tarea puede durar más de seis meses. Pero ¿qué te impediría irte nombrando cada seis meses mientras dure esa tarea? —preguntó Lépido.

El gesto de desdén de Sila fue superlativamente desagradable por estar desdentado y a pesar de la ausencia de los fieros caninos.

—¡Sí, claro, Lépido! —exclamó—. ¿Te crees que no lo veo? Tres de cada seis meses me los tendría que pasar contentando a las centurias. ¡Rogando, dando explicaciones, excusándome, pintándolo todo de rosa, acariciando la bolsa de todos los caballeros comerciantes y convirtiéndome en la puta más vieja y detestable del mundo! —añadió, poniéndose en pie con los puños cerrados y agitándolos hacia Marco Emilio Lépido con más odio en el rostro del que había visto nadie desde que había salido de Roma para emprender la guerra contra Mitrídates—. Pues no, comodón Lépido, casado con la hija de un traidor que intentó proclamarse rey de Roma, ¡lo haré a mi manera o no lo haré! ¿Me oís, miserable conjunto de tontos y cobardes hipócritas que se quedan en casa? ¡Queréis que Roma se recupere, pero reclamáis el derecho inmerecido de hacer de la vida del que va a acometer la tarea lo más angustioso, penoso y servil posible! Bien, padres conscriptos, decidíos ahora mismo, porque Lucio Cornelio Sila ha vuelto a Roma y si se lo propusiera podría sacudirla en sus cimientos hasta convertirla en ruinas. ¡Tengo en el campo del Lacio un ejército que hubiera podido hacer entrar en la ciudad para echarlo sobre vuestros despreciables pellejos como lobos sobre corderos! No lo he hecho. He actuado conforme a vuestros intereses desde que llegué al Senado, y sigo haciéndolo. Pacíficamente; por las buenas. Pero estáis poniendo a prueba mi paciencia, os lo advierto con toda amabilidad. Seré dictador cuanto tiempo sea necesario. ¿Está claro? ¿Lo está, Lépido?

Se hizo un religioso silencio durante unos instantes. Hasta Vatia y Metelo Pío permanecían sentados pálidos y temblorosos, mirando pasmados a aquel monstruo que enseñaba unas garras capaces de desgarrar la luna. Ah, ¿cómo habrían podido olvidar quién era en realidad Sila?

También Lépido le miraba demudado y tembloroso, pero lo que a él le daba pavor no era el monstruo que anidaba en Sila, sino el pensar en su amada Apuleya, su dilecta esposa de muchos años y madre de sus hijos e hija de Saturnino, quien, efectivamente, había intentado ser rey de Roma.

¿Por qué habría hecho Sila referencia a ella en medio de aquella horrible explosión de ira? ¿Qué se propondría hacer cuando fuese dictador?

Harta de guerras civiles, de crisis económica y del exceso de legiones que hollaban la península de arriba abajo, la Asamblea centuriada votó una ley nombrando dictador a Lucio Cornelio Sila por un período de tiempo indeterminado. Expuesta en el contio el día seis de noviembre, la *lex Valeria dictator legibus scribundis et rei publicae constituendae* se aprobó el día veintitrés de ese mismo mes. No especificaba el tiempo del cargo y concedía virtualmente poderes ilimitados a Sila, sin que tuviera que responder de ninguno de sus actos. Sila podía legislar lo que le viniera en gana.

Muchos en Roma esperaban de él una actividad febril nada más publicarse su nombramiento de dictador, pero no hizo nada hasta que el cargo fue ratificado tres *nundinae* más tarde de acuerdo con la *lex Caecilia Didia*.

Tras tomar por residencia la casa que había pertenecido a Cneo Domicio Ahenobarbo (exiliado en África), Sila no hizo otra cosa que pasear constantemente por la ciudad. Su casa había quedado totalmente destruida por el fuego cuando Cayo Mario y Cinna tomaron Roma; caminó por el Germalus del Palatino para ver las ruinas, hurgó displicentemente entre ellas y miró por encima del circo Máximo hacia los plácidos relieves del Aventino. A cualquier hora del día, desde el amanecer hasta que anochecía, se le veía solo en el Foro, mirando el Capitolio, la estatua gigantesca de Cayo Mario junto a los rostra o alguna otra de las numerosas estatuas de Mario, la sede del Senado o el templo de Saturno.

Paseaba por la orilla del Tíber desde el inmenso mercado de los Emilios en el puerto de Roma hasta el Trigarium, donde nadaban los jóvenes. Caminaba desde el Foro hasta cada una de las dieciséis puertas de Roma, y recorría las calles de arriba abajo.

En ningún momento mostró temor alguno por su vida ni requirió a ningún amigo para que le acompañase, y menos aún se le ocurrió ir con un

guardaespaldas. A veces vestía la toga, pero casi siempre iba envuelto en una enorme capa más cómoda, porque el invierno se anticipaba y prometía ser tan crudo como el anterior. Algún día esplendoroso y de calor excepcional salía con la simple túnica, dejando ver lo demacrado que estaba a pesar de que había sido un hombre de buena constitución y estatura mediana, como bien recordaba la gente; pero se había encogido, estaba encorvado y andaba como un octogenario. Siempre llevaba aquella ridícula peluca, y como ya estaba curado de la erupción del rostro, volvía a pintarse con stibium las canosas cejas y pestañas.

Una vez concluido el intervalo de mercado para la ratificación del nombramiento de dictador, los que habían sido testigos de su espantosa furia en el Senado, y no habían sido objeto de ella, como Lépido, comenzaron a sentirse lo bastante tranquilos como para comentar los paseos de aquel viejo con cierto desdén. La memoria es olvidadiza.

—¡Es un travestí! —dijo Hortensio a Catulo, con un bufido.

—Le matarán —añadió Catulo displicente.

Hortensio profirió una risita.

—O caerá abatido por un ataque de apoplejía. ¿Sabes que no entiendo por qué le tenía tanto miedo? —añadió, asiendo el brazo togado de su cuñado y zarandeándole—. Está aquí, pero es como si no estuviera. ¡Es curioso; al final, Roma se ha quedado sin su esforzado restaurador! Está acabado, Quinto, senil.

Era una opinión que se difundía entre todas las clases conforme transcurrían los días y aquella frágil figura recorría la ciudad con la peluca torcida y su grotesco maquillaje de stibium. ¿No se ponía polvos para disimular las cicatrices? Y hablaba solo, meneando la cabeza; y a veces gritaba al aire. Chocheaba.

Había constituido un acto de gran valor en hombre tan presumido exponer a la vista de todos la ruina de la edad; sólo Sila sabía lo que era el sufrimiento por el estado al que le había reducido la enfermedad, sólo él sabía cuánto anhelaba volver a ser el hombre magnífico de la época en que marchó a combatir a Mitrídates. Pero se había dicho a sí mismo, mirándose en el espejo, que cuanto antes tuviera el valor de mostrarse a los romanos

tal cual era, antes podría olvidar lo que el espejo le había delatado. Y así fue. Sobre todo porque sus paseos no carecían de propósito ni eran muestra de chochez. Sila paseaba para conocer el estado de Roma, sus necesidades y lo que había que hacer. Y cuanto más caminaba más se enfurecía y más se apasionaba, porque en sus manos tenía la posibilidad de transformar aquella ciudad dilapidada y descuidada, devolviéndole su antigua belleza.

Esperaba además la llegada de algunas personas que le importaban, aunque no porque sintiera afecto por ellas, ni porque las necesitara: su esposa, sus mellizos, su hija mayor, sus nietos y... Tolomeo Alejandro, heredero del trono de Egipto. Habían aguardado pacientemente al cuidado de Crisógono, primero en Grecia y después en Brundisium; pero a finales de diciembre llegarían a Roma. Dalmática tendría que vivir de momento en la casa de Ahenobarbo, pero la residencia de Sila ya había comenzado a reconstruirse. Filippo —muy bronceado y lleno de entusiasmo— acababa de llegar de Cerdeña, convocado oficiosamente por el Senado, y había intimado a la medrosa Cámara a aprobar unos fondos públicos inexistentes para que el Estado devolviese a Sila lo que le había sido arrebatado. ¡Gracias, Filippo!

El veintitrés de noviembre se ratificó oficialmente la dictadura de Sila con la correspondiente ley. Y aquel mismo día, los romanos, al despertarse, vieron que habían desaparecido todas las estatuas de Mario del Foro Romano, del Boarium, del Holitorium, de los distintos cruces y plazas, así como de los solares. También faltaban los trofeos colgados en el templo que había erigido en el Capitolio al Honor y la Virtud, que, aunque afectado por el fuego, aún alojaba en sus salas armaduras, banderas, estandartes enemigos y las condecoraciones del prohombre, las corazas que había usado en África, en Aquae Sextiae, en Vercellae y en Alba Fucentia. También habían desaparecido las estatuas de otros personajes: Cinna, Carbón, el anciano Bruto, Norbano, Escipión Asiageno; pero, quizá porque eran mucho menos numerosas, no se notó tanto su ausencia como las de Cayo Mario, que dejaban un enorme vacío, numerosos pedestales con su nombre borrado y estípites con los genitales destrozados.

Y simultáneamente aumentaban los rumores sobre otras desapariciones más graves: también se notaba la ausencia de personas. Hombres que habían sido decididos partidarios de Mario, de Cinna, de Carbón o de los tres; caballeros en su mayoría, con boyantes negocios durante una época en que éstos eran difíciles; caballeros que habían obtenido lucrativas contratas estatales, habían prestado dinero a los tres o se habían enriquecido de diversos modos haciéndose partidarios de Mario, Cinna y Carbón. Ningún senador se había esfumado de repente, pero de pronto eran tantos los que faltaban que el hecho llamaba la atención. Y ya fuese por generalizarse este convencimiento, ya como consecuencia de él, la gente comenzaba a decir que había desapariciones, que unos diez o quince individuos fornidos llamaban a la puerta de un caballero, entraban y pocos momentos después salían con el dueño para llevárselo a los dioses sabían dónde.

Roma se rebullía inquieta y comenzaba a considerar los paseos de su apergaminado dictador como algo más que inocentes pasatiempos; lo que había sido una cosa divertida dentro de lo lamentable, tomaba ahora un cariz más siniestro, y las inocuas excentricidades de antes se convertían en actos con un propósito que apuntaba a los terribles planes del mañana. ¡Nunca hablaba con nadie! ¡Hablaban solo! ¡Había gritado un par de veces! ¿Qué es lo que hacía en realidad? ¿Por qué lo hacía?

A la par de esta inquietud creciente, las extrañas actividades de aquellas pandillas de aspecto inocuo que llamaban a las puertas de los caballeros se fueron haciendo más abiertas. Ahora se los veía aquí y allá tomando notas, o siguiendo como sombras a un influyente banquero de Carbón o a un acomodado agente de negocios de Mario. Los desaparecidos eran cada vez más. Por fin, cuando llamaron a la puerta de un senador pedarius que siempre había votado a Mario, Cinna o Carbón, dijeron que no estaba; y cuando salió a la calle se abatió sobre él una lluvia de brazos, y una espada le cortó la cabeza, que cayó al suelo con un ruido hueco. El cadáver quedó allí, desangrándose en el arroyo, pero la cabeza desapareció.

Todos comenzaron a encontrar motivo para pasarse por los rostra a contar las cabezas: Carbón, el hijo de Mario, Carrinas, Censorino, Escipión Asiageno, el anciano Bruto, Mario Gratidiano, Poncio Telesino, Bruto



Damasipo, Tiberio Gutta de Capua, Sorano, Mutilo... ¡ No había más! No estaba la del senador pedario, ni ninguna de los desaparecidos. Y Sila continuaba paseando con su ridícula peluca torcida y las cejas y pestañas pintadas; pero, mientras que antes la gente se paraba a mirarle sonriente — de pura compasión—, ahora sentía un miedo cerval y tomaban en dirección opuesta o echaban a correr. A donde iba no encontraba a nadie, nadie le miraba, nadie le sonreía ni por compasión; nadie se le acercaba ni le importunaba. Iba sembrando el espanto como los fantasmas que salían del mundus en los dies religiosi.

Nunca había habido en Roma un personaje público tan envuelto en misterio y tan imprevisible. Su comportamiento no era normal. Habría debido subir a la tribuna de los rostra en el Foro para explicar con elegante oratoria sus planes o abrumar con su dialéctica al Senado mediante discursos de intenciones, sartas de quejas y frases floridas. Hablar a alguien, al menos, si no a todos. Los romanos no estaban acostumbrados a guardar silencio; les gustaba discutir las cosas y no atenerse a rumores. Pero Sila no soltaba prenda y se limitaba a continuar aquellos paseos solitarios, ¡Y, sin embargo, todo dependía de él! Aquel hombre mudo y nada comunicativo era el amo de Roma.

En las calendas de diciembre Sila convocó al Senado. Era la primera reunión después de aquella en que Flaco había tomado la palabra. Los senadores se apresuraron a acudir a la Curia Hostilia. Más helados que el propio ambiente, los corazones palpitaban con fuerza, y los miembros de la Cámara contenían la respiración, abrían exageradamente los ojos y se oían retortijones de tripas, mientras aguardaban en sus asientos encogidos como gaviotas después de una galerna, evitando mirar el techado de la cámara por temor a que, al igual que a Saturnino y sus partidarios, les cayera de pronto una lluvia de tejas.

Nadie era inmune a aquel mudo terror, ni Flaco, príncipe del Senado, ni Metelo Pío, ni figuras militares como Ofela ni hombres serviles como Filippo o Cetego. ¡Y eso que aquel Sila que entró arrastrando los pies parecía

tan inofensivo, tan digno de compasión! Y ello a pesar de la escolta de veinticuatro lictores; algo sin precedentes, pues era el doble de los concedidos al cónsul y el doble de los que había tenido cualquier dictador antes que él.

—Ya es hora de que os diga lo que me propongo —dijo sin levantarse de la silla de marfil, llenando el aire el vapor de su hálito de tanto frío como hacía—. Soy legalmente dictador, y Lucio Valerio, portavoz de la cámara, es mi mestre ecuestre. Según estipula la ley de los comicios centuriados que me otorgaron el cargo, no estoy obligado a convocar elecciones de otros magistrados si así lo deseo. Sin embargo, es tradición en Roma seguir el paso de los años mediante el nombre de los cónsules elegidos en cada uno de ellos, y no voy a romper esa tradición, ni quiero que al nuevo año se le adjetive de «Bajo la dictadura de Lucio Cornelio Sila». Así que se elegirán dos cónsules, ocho pretores, dos ediles curules y dos plebeyos, diez tribunos de la plebe y doce cuestores. Y para que adquieran experiencia magisterial hombres demasiado jóvenes para pertenecer al Senado, se elegirán veinticuatro tribunos militares y nombraré tres monederos y tres encargados de las celdas de detención y de los asilos.

Catulo y Hortensio estaban tan aterrorizados que contenían a duras penas la diarrea, y ocultaban las manos para que no se viera que les temblaban. No salían de su asombro oyendo decir al dictador que se celebrarían elecciones para todas las magistraturas! Ellos, que esperaban que les lapidaran desde el tejado, les decapitasen o les desterrasen, confiscando sus propiedades, no podían dar crédito a lo que oían. ¿Es que era inocente y no sabía lo que estaba sucediendo en Roma? Y en ese caso, ¿quién era el responsable de las desapariciones y asesinatos?

—Por supuesto —prosiguió el dictador con aquella ininteligible dicción a que le obligaba la falta de dientes—, comprenderéis que cuando digo elecciones no me refiero a candidatos. Yo os diré, así como a los diversos comicios, a quién elegir. En esta ocasión no es viable la libertad de elección. Necesito hombres que me ayuden en mi tarea, y deben ser los que yo escoja, no los que me impongan los electores. Por consiguiente, voy a informaros de los que quedan nombrados para el próximo año. Escriba, trae

la lista! —ordenó, cogiendo la hoja que le entregaba un funcionario de la cámara, cuyo cometido era custodiar la documentación, mientras que otro secretario alzaba la cabeza, dispuesto a comenzar la tarea de registrar en tablillas de cera todo lo que dijese Sila.

—Vamos a ver. Cónsules... primer cónsul: Marco Tulio Decula; segundo: Cneo Cornelio Dolabela.

No pudo seguir, pues se alzó una voz y una figura togada se puso en pie. Era Quinto Lucrecio Ofela.

—¡No, ni mucho menos! ¿Vas a conceder el preciado cargo de consul a Decula? ¡No! ¿Quién es Decula? ¡Una nulidad que se quedó tranquilamente en Roma mientras hombres de mayor valía combatían en tus filas, Sila! ¿Qué ha hecho Decula que le distinga de los demás? ¡Porque, que yo sepa, ni capaz ha sido de limpiarte el podex con una esponja, Sila! ¡Eso es lo más ruin, malvado e injusto! Entiendo lo de Dolabela, y todos tus legados conocemos el acuerdo a que llegaste con él, Sila. ¿Pero quién es ese Decula? ¿Qué méritos tiene ese Decula para ser primer cónsul? ¡No, no y no!

Ofela hizo una pausa para respirar.

—He elegido primer cónsul a Marco Tulio Decula y ya está —dijo Sila.

—¡Pues no puede permitirse, Sila! Tendremos unas elecciones como es debido y yo seré candidato.

—No —replicó el dictador.

—¡Trata de impedírmelo! —exclamó Ofela, y salió corriendo de la Cámara.

Afuera se había congregado una multitud, ansiosa por conocer lo que se dictaminaba en aquella primera reunión del Senado después de la ratificación de Sila como dictador. No la formaban gentes que pensasen que tenían algo que temer de él, porque éstas se quedaban en casa, y tampoco había muchísimas personas, pero era una multitud. Abriéndose paso entre ella sin miramientos, Ofela descendió muy aprisa la escalinata del Senado y cruzó el pavimento de guijarros hasta la hondonada de los comicios, junto a los rostra.

—¡Ciudadanos romanos! —gritó—. ¡Acercaos, venid a escuchar lo que tengo que deciros sobre ese monarca inconstitucional que hemos designado voluntariamente para que nos domine! ¡Dice que va a elegir cónsules, pero no hay candidatos, sino dos que ha elegido él! Dos idiotas ineptos e incompetentes, y uno de los dos, Marco Tulio Decula, ¡ni siquiera es de familia noble! ¡Es el primero de su familia que pertenece al Senado, un senador pedario que ascendió al pretorado bajo el traidor régimen de Cinna y Carbón! ¡Y van a hacerle primer cónsul, mientras que a hombres como yo no se nos recompensa!

Sila se había levantado, caminando despacio por el suelo de mosaico de la Curia hasta el pórtico, en donde permaneció parpadeando bajo la luz más intensa y mirando sin mucho interés cómo gritaba Ofela desde los rostra. Sin llamar la atención, unos quince hombres de aspecto anodino comenzaron a agruparse al pie de la escalinata del Senado a la vista de Sila. Por su parte, los senadores iban saliendo de la cámara para tratar de oír a Ofela, maravillándose de la calma de Sila y cobrando ánimo por ello mismo. No era el monstruo que todos habían comenzado a sospechar; no podía serlo.

—Bien, ciudadanos romanos — prosiguió Ofela, con voz más estentórea conforme declamaba, dando largas zancadas—. ¡No soy yo hombre que soporte esas afrentas calculadas! ¡Tengo más derecho a ser cónsul que esa nulidad de Decula! ¡Y opino que si a los electores se les da opción, me elegirían a mí antes que a esos dos designados por Sila! ¡Del mismo modo que hay otros aquí que serían elegidos si presentaran su candidatura!

La mirada de Sila se cruzó con la de los hombres anodinos que estaban al pie de la escalinata; hizo una inclinación de cabeza y apoyó su cansado cuerpo contra una columna.

El grupo se abrió paso despacio entre la multitud, llegó a los rostra, subió a la tribuna y, entre todos, asieron a Ofela con fingida cortesía. Ofela se debatió en vano. Le obligaron a arrodillarse, uno de ellos le agarró por detrás del pelo y tiró hacia atrás de la cabeza y se vio el relámpago de una espada; el que le sujetaba por el pelo se tambaleó un poco, a pesar de estar

bien apoyado en las piernas, en el momento en que la cabeza se separaba del cuerpo de Ofela, y, acto seguido, la alzó en el aire para que todos la vieran. En pocos momentos quedaba vacío el Foro, con excepción de los estupefactos padres conscriptos del Senado.

—Ponedla en los rostra — dijo Sila, enderezándose y entrando en la cámara.

Los senadores le siguieron como autómatas.

—Bien. ¿Dónde estábamos? —preguntó Sila al secretario, que se inclinó y musitó algo en voz baja—. ¡Ah, sí, eso es! Gracias. Había acabado con los cónsules y me disponía a comenzar con los pretores. ¡Anota, funcionario! —añadió con gesto imperativo—. Gracias. Tal como procede... Mamerco Emilio Lépido Liviano, Marco Emilio Lépido, Cayo Claudio Nerón, Cneo Cornelio Dolabela el joven, Lucio Fufidio, Quinto Lutacio Catulo, Marco Minucio Termo, Secto Nonio Sufenas y Cayo Papirio Carbón. Nombro a Dolabela el joven praetor urbanus y a Mamerco praetor peregrinus.

¡Una lista increíble! Estaba claro que ni Lépido ni Catulo, que en unas elecciones normales habrían podido salir en cabeza de lista, eran preferibles a dos hombres que habían combatido activamente con el dictador. Y allí estaban; pretores, cuando partidarios leales de Sila de categoría senatorial y edad adecuada quedaban relegados. Fufidio era casi un desconocido, Nonio Sufenas era el hijo menor de la hermana de Sila, Nerón era tan lerdo como obstinado, Termo era un buen militar, pero tan mal orador que se reían de él en el Foro. Y para molestar a todos, el último de la lista de pretores era un familiar de Carbón que se había pasado al bando de Sila sin destacar en nada.

—Bueno, tú estás en la lista —dijo Hortensio a Catulo—. Lo único que me queda esperar es estar en la lista del año próximo o del otro. ¡Qué farsa, por los dioses! ¿Hemos de aguantarle?

—Los pretores no tienen importancia —musitó Catulo—. Se matarán por brillar... Sila no es tan tonto como para dar el cargo a gente incapaz. Lo que me llama la atención es el nombramiento de Decula, ¡un burócrata nato! Por eso le ha elegido. No le quedaba otro remedio, dado que Dolabela

le había chantajeado para obtener el consulado. La política de nuestro dictador será fielmente ejecutada y Decula se recreará en ello.

Prosiguió la reunión con la lectura de todos los nombres del resto de magistrados sin que se alzaran voces de protesta. Una vez concluida, Sila devolvió la hoja al secretario de la Cámara y extendió las manos sobre las rodillas.

—He dicho cuanto quería decir por ahora, salvo que he tomado buena nota de la carencia de sacerdotes y augures, por lo que pronto se legislará para rectificarla. ¡Pero oídme ahora! —vociferó de pronto sobresaltando a todos—. ¡No habrá más elecciones religiosas! ¡Es el colmo de la impiedad decidir mediante elecciones quién sirve a los dioses! Es convertir algo solemne y formal en un circo político que hace posible la elección de personas que no tienen tradición ni saben apreciar lo que es el deber sacerdotal. Si no se sirve bien a los dioses, Roma no prosperará —añadió, poniéndose en pie.

Se alzó una voz, y Sila, con expresión burlona, volvió a sentarse en la silla curul.

—¿Quieres hablar, querido Meneitos? —inquirió, dando a Metelo Pío el viejo epíteto heredado de su padre.

Metelo Pío se ruborizó, pero se puso en pie muy decidido. Desde su llegada a Roma el quinto día de noviembre, su ya casi imperceptible tartamudeo se había vuelto a recrudecer terriblemente. Bien sabía él por qué. Por culpa de Sila; a quien apreciaba, pero temía. No obstante, era obstinado como su padre Metelo el Numídico, que dos veces había sufrido tremendas palizas en el Foro por no renunciar a sus principios, y había marchado al destierro por lo mismo. Y él tenía que seguir los pasos de su padre, defendiendo el honor de la familia y su propia dignitas.

—Lu... Lu... Lucio Cornelio, ¿qul... qul... quieres contestar a u... u... una pregunta?

—¿Estás tartamudeando? —exclamó Sila con voz cantarina.

—Pu... pu... pues sí. Fe... pe... perdona —replicó entre dientes—. ¿Sa... sa... sabes, Lu... Lu... Lucio Cornelio, que están asesinando gente y confiscando sus propiedades en to... to... toda Italia y en Roma?

Todos aguardaban en suspenso la respuesta de Sila: ¿lo sabría, sería responsable?

—Sí, lo sé —contestó Sila.

Se oyó un suspiro generalizado y cundió el desaliento entre los senadores. Ahora ya sabían lo peor. Metelo Pío continuó obstinadamente.

—Comp... Comp... comprendo que hay que castigar a los culpables, pero a nadie se le ha so... so... sometido a juicio. ¿Pu... pu... puedes aclarármelo? Pu... pu... puedes, por ejemplo, de... de... decirme hasta dónde piensas llegar? ¿Se va a someter a juicio a algunos? ¿Qui... qui... quién dice quiénes han cometido traición sin que se les juzgue?

—Es decisión mía que mueran, querido Meneítos —respondió Sila sin vacilar—. No voy a despilfarrar el dinero y el tiempo del Estado en juicios a personas que son evidentemente culpables.

—¿Pu... pu... puedes darme alguna idea de quiénes van a librarse? —persistió el Meneítos.

—Me temo que no —respondió el dictador.

—Pu... pu... pues si no lo sabes, ¿puedes decirme a quién vas a castigar?

—Sí, querido Meneítos, sí que puedo.

—Entonces, Lu... Lu... Lucio Cornelio, ¿por qué no nos lo dices? —concluyó Metelo Pío, suspirando aliviado.

—Hoy no —respondió Sila—. Mañana volveremos a reunirnos.

Al día siguiente acudieron todos al amanecer, pero pocos habían dormido a juzgar por sus caras.

Sila les aguardaba dentro del Senado, sentado en su silla curul de marfil. Había un escriba dispuesto con su estilo y las tablillas de cera y otro con un rollo de papel. En cuanto se confirmó legalmente la reunión de la Cámara mediante el correspondiente sacrificio y los augurios, Sila arrebató el rollo al funcionario y clavó la mirada en el pobre Metelo Pío, ojeroso y preocupado.

—Aquí está la lista —dijo Sila— de los que han muerto o morirán en breve por traidores. Ahora sus propiedades son del Estado y se venderán en subasta. Y todo hombre o mujer que vea a uno de los que figuran en la lista,

no sufrirá represalias si lo ejecuta. Ponla en el muro de los rostra —añadió Sila, entregando el rollo al jefe de los lictores—. Así sabrán todos lo que únicamente Quinto Cecilio tuvo el valor de preguntar.

—Entonces, si me encuentro con uno de los que están en la lista, ¿puedo matarlo? —preguntó ansioso Catilina, que, aunque no era senador, tenía autorización de Sila para acudir al Senado.

—¡Efectivamente, mi pequeño adulador! E incluso te ganarás dos talentos de plata —contestó Sila—. Voy a legislar un programa de proscripción y, por supuesto, no incluirá nada que vaya contra la ley. La recompensa tendrá respaldo legal, y se llevarán los libros pertinentes de estas transacciones para que la posteridad sepa quién se beneficia y en qué fechas.

Lo dijo en tono zalamero, pero personas como Metelo Pío conocían perfectamente la malevolencia de Sila, y a hombres como Lucio Sergio Catilina, aunque la conocían, les daba igual.

La primera lista de proscritos constaba de cuarenta senadores y sesenta y cinco caballeros, la encabezaban los nombres de Cayo Norbano y Escipión Asiageno, seguidos por Carbón y el hijo de Mario. Carrinas, Censorino y Bruto Damasipo figuraban también, mientras que no era así con el anciano Bruto. Casi todos los senadores ya habían muerto, pero el propósito fundamental de las listas era informar a los romanos qué propiedades quedaban confiscadas y no mencionaban los que estaban vivos ni los que ya habían muerto. La segunda lista se expuso en los rostra al día siguiente; en ella figuraban doscientos caballeros. Y al otro día se expuso una tercera con otros doscientos quince caballeros. Era evidente que Sila había terminado con el Senado y su objetivo era ahora el ordo equester.

Sus *leges corneliae*, sobre reglamento y aplicaciones en los casos de proscripción fueron exhaustivas. Sin embargo, la mayor parte se promulgaron durante dos días a primeros de diciembre, y en las nonas de aquel mes todo estaba perfectamente fiscalizado por Decula, como había vaticinado Catulo. Se habían tenido en cuenta todas las eventualidades: las



propiedades de la familia de todo proscrito pasaban a ser propiedad del Estado sin que pudieran transferirse a nombre de ningún vástago por inocente que fuese; quedaban invalidados los testamentos de los proscritos, y no podían heredar las personas que se citaban en ellos; los proscritos podían legalmente ser asesinados por cualquier hombre o mujer que se cruzara en su camino, fuese hombre o mujer libre, liberto o esclavo; la recompensa por asesinato o apresamiento de un proscrito era de dos talentos de plata, a pagar por el Tesoro con cargo a las propiedades confiscadas, habiendo de figurar este pago en los libros contables públicos; los esclavos quedaban libres como recompensa, los libertos se incorporaban a una de las tribus rurales, y todos los hombres —civiles o militares— que, con posterioridad a la ruptura de la tregua por Escipión Asiageno, hubiesen apoyado a Carbón o al hijo de Mario, eran declarados enemigos públicos; todos los que ofreciesen ayuda o su amistad a un proscrito quedaban despojados e interdictos de cargos curules, y se les prohibía la compra de toda propiedad confiscada o llegar a apoderarse de ella por otros medios; los hijos y nietos de los que ya habían muerto eran castigados en la misma medida que los hijos y nietos de los que aún vivían. La última ley fue promulgada el cinco de diciembre, y estipulaba que todo el proceso de proscripción cesaría el primer día de junio, seis meses después.

Así inauguró Sila su dictadura, demostrando que además de ser el amo de Roma era un maestro en el arte del terror y la intimidación. No todos los días que había pasado atormentado por el terrible picor y adormecido por el vino habían sido días en blanco: Sila había planeado todo aquello, pensándolo minuciosamente. Cómo hacerse amo de Roma, cómo actuar una vez lo hubiese conseguido, cómo lograr el condicionamiento mental en todo hombre, mujer y niño que le permitiese hacer lo que era preciso sin oposición y sin protestas. Nada de soldados vigilando las calles, sino mentes en blanco, un miedo que tan sólo dejase una puerta abierta a la esperanza o a la desesperación. Sus adláteres serían personas anodinas, vecinos o amigos de los que se ocultaban o se escabullían. Trataría de crear un ambiente más que una situación real. A las situaciones se las podía hacer

frente, pero no a un ambiente: un ambiente podía llegar a hacerse insoportable.

Y mientras se debatía en aquellos tremendos ataques de picor, rascándose hasta hacer sangrar aquel rostro de viejo, feo y frustrado, pensaba en el más sublime de los juguetes: Roma. Con sus hombres y mujeres, perros y gatos, esclavos y libertos, populacho, caballeros y nobles. Todo su resentimiento, todo su rencor se acentuaba e iba cobrando minuciosa forma en medio del dolor. Dar forma a la venganza constituía su único paliativo.

Había llegado el dictador y cogía entre sus codiciosas manos el nuevo juguete.

## **Segunda parte**

**DICIEMBRE DEL 82 A. DE J.C. - MAYO DEL 81 A. DE J.C.**

A principios de diciembre, Lucio Cornelio Sila se dijo que las cosas marchaban estupendamente. La mayoría seguía indecisa en cuanto a matar a los proscritos de las listas, pero había algunos como Catilina que comenzaban a dar ejemplo, y la cantidad de dinero y propiedades confiscadas aumentaba vertiginosamente. Por supuesto que era el dinero y los bienes lo que había hecho que Sila optase por esa actuación concreta, pues de alguna parte habían de salir las enormes sumas que necesitaba Roma para recuperar su solvencia financiera. En circunstancias más normales, habrían salido de las arcas de las provincias, pero por culpa de la intervención de Mitrídates en Asia y del hecho de que Quinto Sertorio había logrado crear no pocas dificultades en las dos Hispanias, reduciendo los ingresos de aquellas provincias, no se podía contar durante cierto tiempo con esas aportaciones; por lo que Roma e Italia tenían que suplirlas, y éstas no podían exigirse al pueblo ni a los que habían demostrado inequívocamente su lealtad a la causa de Sila.

A él nunca le había gustado el *ordo equester*, las noventa y una centurias de la primera clase que englobaban a los caballeros del estamento comercial, pero menos aún las dieciocho centurias de caballeros de raigambre con derecho al caballo público. Entre ellos había muchos que habían medrado notablemente bajo la administración de Mario, Cinna y Carbón, y eran ellos los hombres a quienes Sila haría pagar la factura de la recuperación económica de Roma. ¡Solución perfecta!, pensó el dictador con suma fruición. No sólo se recuperaría el Tesoro, sino que al mismo tiempo se deshacía de sus enemigos.

Simultáneamente, había hallado tiempo para solucionar una de sus aversiones secundarias —el Samnio—, y hacerlo del modo más severo posible para la desventurada región: enviando a Cetego y Verres con cuatro legiones de veteranos.

—Que no quede nada en pie —dijo—. Quiero que el Samnio quede tan arrasado que a nadie le apetezca jamás volver a vivir allí; ni al más acendrado patriota. Talad árboles, arrasad los campos, derruid las ciudades

y destrozad los huertos. Segad hasta las cabezas de las amapolas más altas —añadió con siniestra sonrisa.

¡Así aprenderían los samnitas! Y de paso se quitaba de en medio durante un año a dos hombres valiosos que pudieran hacerle sombra. No tendrían prisa por volver por el dinero con que se enriquecerían, aparte de lo que enviase al Tesoro.

Quizá redundase en beneficio de otras regiones de Italia que la familia de Sila llegase a Roma en aquellos momentos y le hiciera recobrar una especie de normalidad de la que carecía, aunque no la hubiese echado de menos. Para empezar, no sabía que al ver a Dalmática se llevaría tal impresión; las piernas le fallaron, y tuvo que sentarse a toda prisa para mirarla como un imberbe que contempla inesperadamente a la mujer soñada.

Hermosísima —algo que él no ignoraba—, con sus grandes ojos grises y la tez oscura como el cabello; y aquella mirada amorosa que nunca se apagaba ni modificaba por viejo y feo que se fuera haciendo él. Y allí estaba, sentada en su regazo, echándole los brazos al escuálido cuello, apretando los pechos contra su cara, acariciándole la costrosa cabeza y besándosela como si fuese la magnífica testa de pelo rubio-rojizo de antaño. Y la peluca, ¿dónde estaba? Pero ella ya le alzaba el rostro y sintió aquellos dulces labios sobre los suyos yertos hasta recobrar la lozanía... Recobraba las fuerzas, y se levantó alzándola al mismo tiempo en sus brazos, y con ella se fue triunfante a la habitación. Tal vez, después de todo, sea capaz de amar, pensó, hundiéndose en sus brazos.

—¡Cómo te he echado de menos! —exclamó.

—Cómo te quiero —respondió ella.

—Dos años... Han pasado dos años.

—Que han sido como dos mil.

Una vez consumido el fervor de aquel primer encuentro, volvió a su papel de esposa y le miró complacida.

—¡Tu piel está mucho mejor!

—Morsimo me envió el ungüento.

—Ya no te pica.

—Ya no me pica.

Después, volvió a su papel de madre y se empeñó en que fuese con ella al cuarto de los niños a saludar a los pequeños Fausto y Fausta.

—Tienen poco más de los dos años de nuestra separación —dijo él, con un profundo suspiro—. Se parecen a Metelo el Numídico.

—Sí... —asintió ella, conteniendo la risa—. ¡Pobrecitos!

Y entre risas de ambos concluyó una de las jornadas más felices de la vida de Sila.

Los mellizos, que ignoraban lo que mamá y aquel viejo raro se cuchicheaban entre grandes risas, les miraban con tímidas sonrisas, hasta que no pudieron aguantarse y se unieron a ellos. Y, aunque no pueda decirse que aumentase el cariño de Sila, al menos pensó que eran unos graciosos pequeñuelos, aunque se pareciesen a su tío abuelo Quinto Cecilio Metelo el Numídico, el Meneítos, a quien él mismo había matado. ¡Qué ironía!, se dijo. ¿Será un castigo de los dioses? Pero creer eso sería cosas de griegos, y yo soy romano. Además, estaré más que muerto antes de que sean mayores y puedan recordar ese parecido a los demás.

El resto de otras recientes llegadas también fue grato, entre ellas la de la hija mayor, Cornelia Sila, con los dos hijos que tenía de su difunto esposo. La pequeña, Pompeya, tenía ya ocho años, y era una niña totalmente creída de su belleza. Quinto Pompeyo Rufo, con sus seis años, hacía honor a su apellido, pues era rojo de pelo, de piel, de ojos y de carácter.

—¿Cómo se encuentra ese invitado mío que no puede cruzar el pomerium para entrar en Roma? —preguntó Sila a su mayordomo Crisógono, a quien había confiado el cuidado de la familia.

Algo más delgado que antaño (no debía ser tarea fácil estar al cuidado de tanta gente de carácter tan distinto, pensó Sila), el mayordomo alzó los ojos al cielo y se encogió de hombros.

—Lucio Cornelio, me temo que no va a aceptar quedarse fuera del pomerium si no vas a verle en persona y se lo explicas. ¡Yo lo he intentado, vaya si lo he intentado! Pero él me desdén y me considera un inferior indigno de crédito.

Era muy propio de Tolomeo Alejandro, pensó Sila, saliendo de la ciudad para dirigirse a la posada de la vía Apia próxima a la piedra miliar en donde Crisógono había alojado al altanero y tiquismiquis príncipe de Egipto, quien, desde que tres años antes se había instalado en Pérgamo, no cesaba de causar problemas.

Había pedido protección a Sila, como fugitivo de la corte del Ponto y, tras diversas indagaciones, éste le había concedido el derecho de asilo. Era nada menos que Tolomeo Alejandro el Joven, único hijo legítimo del faraón que había muerto tratando de recuperar el trono el mismo año en que Mitrídates había capturado a su hijo, que, por entonces, vivía en Cos con sus dos primos bastardos; los tres príncipes habían sido enviados al Ponto, y Egipto había caído en manos del hermano mayor del difunto faraón, Tolomeo Soter, apodado Lathyro (Garbanzo), que se había atribuido el título de faraón.

Nada más ver a Tolomeo Alejandro, Sila comprendió por qué Egipto había preferido el gobierno del viejo Lathyro. Tolomeo Alejandro el joven era afeminado al extremo de vestirse como si fuese la reencarnación de Isis, con vaporosas túnicas anudadas y ceñidas al estilo helenístico de la diosa de Egipto; llevaba una corona de oro sobre una peluca de rizos dorados, y se pintaba exageradamente la cara. Andaba con pasos menudos, miraba encandilado a los hombres, sonreía con afectación, hablaba ceceando y pestañeaba continuamente. Y, sin embargo, pensó Sila perspicaz, bajo aquella fachada de afeminamiento había algo inflexible.

Le había hablado a Sila de los tres horrendos años prisionero en la corte de aquel rey de acendrada heterosexualidad, Mitrídates, quien estaba convencido de que el afeminamiento podía «curarse» y había sometido al joven Tolomeo Alejandro a una serie interminable de humillaciones y degradaciones destinadas a apartarle de sus evidentes inclinaciones. Pero de nada había servido. Obligado a acostarse con cortesanas del Ponto y hasta

con simples prostitutas, Tolomeo Alejandro no había hecho otra cosa que inclinarse hacia el borde de la cama para vomitar; obligado a llevar coraza y efectuar marchas con cien soldados que le miraban con desprecio, Tolomeo se había desplomado en tierra, llorando; le habían propinado puñetazos y latigazos, pero él había dado a entender que aquello le estimulaba; le habían hecho comparecer ante un tribunal en la plaza del mercado de Amisus, con todos sus elegantes atavíos y sus afeites, para someterle a una lluvia de fruta podrida, huevos, verduras y hasta piedras, que había soportado calladamente sin arrepentirse.

Pero la suerte le había sonreído al comenzar a retroceder Mitrídates en la guerra contra Roma, gracias a la buena dirección de ésta llevada por Sila; y, al dispersarse la corte, el joven Tolomeo Alejandro había logrado escapar.

—Mis dos primos bastardos han preferido quedarse en Amisus, naturalmente —arguyó a Sila, con relamida entonación—. A ellos les sienta estupendamente el ambiente de aquella corte horrenda, y los dos se han apresurado a casarse con dos hijas de Mitrídates, habidas de su esposa medio parta medio seleúcida, Antioca. ¡ Por mí, que se queden con el Ponto y todas las hijas del rey! ¡ Detesto aquel lugar!

—¿Y qué deseas de mí? —preguntó Sila.

—Asilo. Quiero refugiarme en Roma cuando regreses allí. Y cuando muera Lathyrus el Garbanzo, quiero el trono de Egipto. Él tiene una hija, Berenice, que reina conjuntamente con él, pero con la que no puede casarse, claro. Podría casarse con una tía, una prima o una hermana; pero no tiene. Por ley de la naturaleza, Berenice sobrevivirá a su padre, y, como el trono de Egipto es de herencia matrilineal, se proclama a un rey por matrimonio con la reina o con la princesa de más edad de la dinastía. Yo soy el único Tolomeo legítimo que queda. Los Alejandro —que tienen la única palabra en este asunto desde que los Ptolomeos macedónicos trasladaron la capital de Menfis a Alejandría— querrán que yo suceda a Lathyrus y consentirán en que me case con la reina Berenice. Así, cuando muera Lathyrus, quiero que me envíes a Alejandría a reclamar el trono... bajo los auspicios de Roma.

Sila reflexionó un instante, mirando con sorna a Alejandro.



—Te casarás con la reina —dijo finalmente—, pero ¿podrás tener hijos con ella?

—Probablemente no —contestó el príncipe, sereno.

—Entonces, ¿a qué molestarse? —replicó Sila, sonriendo con sarcasmo.

—Quiero ser faraón de Egipto, Lucio Cornelio —respondió Tolomeo Alejandro con voz solemne, sin amilanarse—. Tengo derecho a ese trono, y me da igual lo que suceda a mi muerte.

—¿Qué otros aspirantes hay al trono?

—Sólo mis dos primos bastardos, que ahora son títeres de Mitrídates y Tigranes. Yo pude escapar cuando llegó un mensajero de Mitrídates para decir que nos enviasen a los tres al reino sur de Tigranes, que se ha expansionado en Siria. Y me imagino que quería ponernos bajo su custodia para que no cayésemos en poder de los romanos en caso de la invasión del Ponto.

—Entonces tus primos bastardos no estarán en Amisus.

—Lo estaban cuando yo huí, pero ahora no lo sé.

Sila había dejado la pluma y miraba con fríos ojos de cabra al personaje resentido y peripuesto que tenía delante.

—Muy bien, príncipe Alejandro, te concedo asilo. Regresarás conmigo a Roma. En cuanto a la reivindicación de la doble corona de Egipto, ya hablaremos de ello en su momento.

Y aún no había llegado ese momento cuando Sila emprendió el camino de la posada, junto a la primera piedra miliar de la vía Apia, y ahora le constaban ciertos inconvenientes a propósito del joven Tolomeo Alejandro. Mentalmente se preguntaba por qué no se le habría ocurrido durante la primera entrevista haber enviado al joven a su tío Lathyrus en Alejandría, lavándose las manos. Ahora que le daba vueltas a la idea, sólo podía esperar vivir lo suficiente para ver los frutos; Lathyrus el Garbanzo era mucho mayor que él, aunque parecía ser que gozaba de inmejorable salud. Decían que Alejandría era muy salubre.

—De todos modos, príncipe Alejandro —dijo en cuanto entraron al mejor salón de la posada—, no puedo alojarte a expensas de Roma hasta que a tu tío le dé por morir. Ni siquiera en un albergue como éste.

Con un brillo de furor en sus ojos negros, Tolomeo Alejandro se puso en pie como una serpiente dispuesta al ataque.

—¿Un lugar como éste? ¡Prefiero volver a Amisus que vivir en un sitio así!

—En Atenas —replicó friamente Sila —, vivías regiamente a expensas de los atenienses, gracias a los regalos que hizo tu tío a la ciudad, que yo me vi obligado a saquear en parte sin causar casi daños. Bien, eso fue iniciativa de Atenas, y a mi no me costó nada; pero aquí me costarías una fortuna que Roma no puede permitirse. Así que te ofrezco dos posibilidades: tomar un barco a Alejandría pagado por Roma y hacer las paces con tu tío Lathyrus, o negociar un préstamo con un banquero romano, alquilar casa y criados en Pinciano u otro lugar adecuado fuera del pomerium y esperar a que muera tu tío.

Por su excesivo maquillaje, era difícil saber si Tolomeo Alejandro palidecía, pero Sila se imaginó que sí.

—¡No puedo volver a Alejandría —exclamó— porque mi tío me mataría!

—Pues negocia un crédito.

—¡Bien, bien, eso haré! Pero dime cómo.

—Te enviaré a Crisógono para que te lo explique. Él está enterado de todo —respondió Sila, que no se había sentado, dirigiéndose a la puerta—. Por cierto, príncipe Alejandro, no puedes, bajo ningún pretexto, cruzar el límite sagrado del pomerium y entrar en Roma.

—¡Me moriré de aburrimiento!

—Mucho lo dudo, cuando se sepa que tienes dinero y una casa bonita —replicó Sila con su habitual sorna—. Las aguas siempre vuelven a su cauce. Alejandría está muy lejos de Roma, y es de suponer que serás rey por derecho en cuanto muera Lathyrus, cosa que ni tú ni yo sabremos hasta que la noticia llegue a Roma. Por consiguiente, como Roma no puede consentir que haya en su recinto ningún rey, tienes que vivir fuera de él. Y lo digo en serio. Si intentas engañarme, no tendrás necesidad de viajar a Alejandría para enfrentarte con la muerte.

—¡Eres una persona horrible y odiosa! —exclamó Tolomeo Alejandro, rompiendo a llorar.

Sila salió de la posada y tomó por la vía que llevaba a la puerta Capena, echándose a reír. ¡ Qué persona más horrible y odiosa era Tolomeo Alejandro! Pero que útil podría ser si Lathyrus tenía la bondad y el buen sentido de morirse mientras él siguiera siendo dictador. Y dio un saltito de contento pensando en lo que haría en cuanto supiese que el trono de Egipto estaba vacante.

Olvidando que su risa, sus saltitos y su caminar de cangrejo eran terroríficos augurios para quienes le vieran, su mente no se apartaba de la famosa Alejandría.

Sin embargo, era la religión el asunto que más ocupaba la mente de Sila. Como la mayoría de los romanos, no pensaba en un dios, cerraba los ojos e inmediatamente visualizaba una figura humana; eso era propio de los griegos. En los tiempos que corrían era signo de cultura y refinamiento representar a Bellona con la imagen de una diosa armada, a Ceres como una hermosa matrona con una gavilla de trigo, o a Mercurio con sombrero alado y sandalias también aladas, porque la sociedad helenística era superior, era una sociedad que mostraba desdén por las deidades numénicas, considerándolas primitivas e irracionales, incapaces de un comportamiento complejo como el humano. Para los griegos, los dioses eran fundamentalmente seres humanos con poderes sobrenaturales, y les resultaban inconcebibles seres más complejos que los humanos; por ello, Zeus, el primer dios de su panteón, actuaba como un censor romano, poderoso pero no omnipotente, y encomendaba tareas a otros dioses, que se complacían en engañarle, chantajearle y hasta incluso comportarse casi como tribunos de la plebe.

Pero Sila, que era romano, sabía que los dioses distaban mucho de ser tan tangibles como pretendían los griegos; no eran humanoides y no tenían ojos en la cara ni sostenían conversaciones; ni poseían poderes sobrenaturales, ni disponían de procesos de pensamiento y discernimiento

como los humanos. El romano Sila sabía que los dioses eran fuerzas específicas que desencadenaban acontecimientos concretos y dominaban a otras fuerzas inferiores. Se nutrían de fuerzas vitales, y por eso les placía que les ofreciesen sacrificios; necesitaban orden y método en el mundo vivo igual que el suyo, porque el orden y el método en el mundo de los humanos contribuían a mantener el orden y el concierto en el mundo de las fuerzas invisibles.

Había fuerzas que impregnaban las despensas, los graneros, los silos y las bodegas, y se complacían en verlos llenos: se las llamaba penates. Había fuerzas que fomentaban la navegación y protegían las encrucijadas, y existía un propósito en los objetos inanimados, y se llamaban Lares. Había fuerzas que hacían que los árboles crecieran debidamente, echando ramas y hojas hacia arriba y raíces hacia abajo. Había fuerzas que mantenían el agua dulce y el discurrir de los ríos desde las cumbres hasta el mar. Había una fuerza que concedía a unos pocos suerte y riqueza, a la mayoría menos, y nada a unos pocos; ésta se llamaba Fortuna. Y la fuerza llamada Júpiter Optimus Maximus era el compendio de todas ellas, el tejido que las unía de un modo lógico inherente a ellas y desconocido para el hombre.

Estaba claro para Sila que Roma perdía contacto con sus dioses, sus fuerzas. ¿Por qué, si no, había ardido el gran templo? ¿Por qué se habían convertido en humo los preciosos registros y los libros proféticos? Los hombres olvidaban los secretos, las fórmulas y pautas estrictas que encauzaban las fuerzas divinas. Elegir los sacerdotes y los augures trastornaba el equilibrio de los colegios sacerdotales, impidiendo los delicados ajustes, sólo posibles mientras que unas mismas familias habían tenido acceso a los mismos cargos religiosos desde tiempos inmemoriales.

Por ello, antes de dedicar esfuerzos a rectificar las tambaleantes instituciones y leyes de Roma, había que purificar el aether de Roma, estabilizar sus fuerzas divinas y posibilitar su libre flujo. ¿Cómo podía Roma esperar buena fortuna si había alguien tan atolondrado que era capaz de subir a la tribuna y gritar a los cuatro vientos su nombre críptico? ¿Cómo iba Roma a esperar prosperidad si se saqueaban los templos y se asesinaba a los sacerdotes?

POr supuesto que olvidaba que él mismo en una ocasión había querido saquearlos; sólo recordaba que no lo había hecho. Tampoco recordaba lo que pensaba de los dioses en la época en que la enfermedad y el vino aún no habían destrozado su vida.

En el incendio del gran templo había un mensaje implícito, de eso estaba seguro. Y a él se le había encomendado contener aquel caos y corregir las acentuadas tendencias al desorden generalizado. Si no lo hacía, las puertas supuestamente cerradas se abrirían, y las supuestamente abiertas se cerrarían de golpe.

Convocó a los sacerdotes y augures en el templo más antiguo de Roma, el de Júpiter Feretrio, en el Capitolio. Era tan antiguo que lo había inaugurado Rómulo, y estaba construido con bloques de toba sin escayola ni adornos; sólo tenía dos columnas cuadrangulares para apoyo del pórtico, y en él no había imágenes. Sobre un basamento cuadrado de construcción de la misma antigüedad, se alzaba un electrum de un codo de longitud, y un pedernal negro y reluciente. Por la puerta penetraba la única luz del interior, que olía a viejo y estaba lleno de cagadas de ratón, humedad, moho y polvo. El único espacio era la cella de diez pies por siete, por lo que Sila se alegró de que tanto el Colegio de pontífices como el de augures estuvieran incompletos.

El propio Sila era augur; igual que Marco Antonio, el joven Dolabela y Catilina. De los sacerdotes, Cayo Aurelio Cotta era el más antiguo; le seguían de cerca Metelo Pío y Flaco, mestre ecuestre, príncipe del Senado y también flamen martialis. Y estaban Catulo, Mamercio, el rex sacrorum Lucio Claudio, de la única rama de los Claudios con el nombre de Lucio, y un pontífice muy molesto, Bruto, hijo del anciano Bruto. Todos ellos se preguntaban si alguno iba a ser proscrito.

—No tenemos pontífice máximo —comenzó diciendo Sila —, y somos pocos. Hubiera podido convocaros en un lugar más acogedor, pero creo que un poco de incomodidad desagaviará a los dioses; hace tiempo que venimos considerándonos por encima de nuestros dioses, y ellos están descontentos. No por casualidad ha ardido nuestro templo de Júpiter Optimus Maximus, inaugurado el mismo año en que nació la República;

estoy convencido de que se quemó porque Júpiter juzga que el Senado y el pueblo romano se burlan de Él. No somos tan imberbes y crédulos como para sancionar la creencia bárbara en la cólera divina —los rayos que matan o las columnas que nos aplastan son fenómenos naturales—, y únicamente podemos ver en ellos la mala suerte de una persona, pero las catástrofes indican la insatisfacción de los dioses, y el incendio de nuestro gran templo es una terrible catástrofe. Si no hubiésemos perdido los libros de la Sibila, podríamos dilucidar algo más, pero los libros ardieron con los fasti de los cónsules, las doce tablillas originales y otras muchas cosas.

Los asistentes a la reunión eran quince, y no había espacio suficiente para distribuir orador y auditorio, por lo que Sila estaba situado en el centro y hablaba sin alzar la voz.

—Como dictador, es mi cometido hacer que la religión de Roma vuelva a sus formas tradicionales, haciéndoos actuar a todos vosotros en ese sentido. Ahora yo puedo dictar las leyes, pero sois vosotros quienes tenéis que hacerlas cumplir. Soy inflexible en cierto aspecto, pues he tenido sueños, y, como soy augur, sé que no me equivoco. En resumen: voy a derogar la lex Domitia de sacerdotiis que el pontífice máximo de hace unos años, Cneo Domitio Ahenobarbo, con tanta fruición nos hizo encajar. ¿Por qué? Porque consideraba que le habían marginado y era una ofensa para su familia. Motivos fundados en el orgullo personal y no en un auténtico espíritu religioso. Yo considero que el pontífice máximo Ahenobarbo desagradó a los dioses, y en particular a Júpiter Optimus Maximus. Por lo tanto quedan suspendidas las elecciones para cargos religiosos, incluido el de pontífice máximo.

—¡Pero siempre se ha elegido al pontífice máximo! —exclamó estupefacto el rex sacrorum Lucio Claudio—. ¡Es el sumo sacerdote de la República, y debe nombrarse democráticamente!

—Digo que no. A partir de ahora también él será elegido por sus colegas del colegio de pontífices —replicó Sila en tono conminatorio—. Tengo toda la razón.

—No sé yo... —comenzó a decir Flaco, quien calló ante la terrible mirada de Sila.

—¡Yo sí que lo sé, y se acabó! —espetó Sila, mirándolos de hito en hito y acallando toda protesta—. Y creo también que desagrada a los dioses que nuestras fuerzas sean escasas; por lo que voy a dar a todos los colegios sacerdotales, tanto menores como mayores, quince miembros en lugar de los diez o doce habituales. ¡ Se acabó eso de que una sola persona cumpla a duras penas dos tareas! Además, el número quince da buena suerte; es el fiel de la balanza sobre el que se apoyan el trece y el diecisiete de la mala suerte. La magia es importante porque abre cauces para el flujo de las fuerzas divinas. Creo que los números encierran una magia, y vamos a emplear la magia en beneficio de Roma, como es nuestro sagrado deber.

—Quizá —terció Metelo Pío—, PO... po... podríamos proponer un so... so... solo candidato para pontífice máximo. Así po... po... podríamos conservar el proceso electoral.

—¡No habrá proceso electoral! —bramó Sila.

Se hizo un profundo silencio en el que no se oía ni una mosca.

Transcurrido un rato, Sila volvió a tomar la palabra.

—Hay un sacerdote que me cae muy mal por una serie de razones. Me refiero al flamen dialis, ese joven Cayo Julio César. A la muerte de Lucio Cornelio Merula, lo eligieron como sacerdote especial de Júpiter Cayo Mario y su paniaguado Cinna. ¡ Dos personajes de siniestro recuerdo! Contravinieron el proceso habitual de elección en el que intervenían todos los colegios. Otra de las razones que me conturba está relacionada con mis antepasados, pues el primer Cornelio con cognomen de Sila fue flamen dialis. Pero el incendio del gran templo es lo más perturbador. Así que comencé a hacer averiguaciones respecto a ese joven y me he enterado de que se negó a observar el reglamento que impone su cargo hasta que revistió la toga virilis, y que, desde entonces, su comportamiento ha sido regular, por lo que me han dicho. Bien, todo esto puede haber sido consecuencia de su juventud, pero no cuenta lo que yo crea. ¿Qué es lo que pensará Júpiter Optimus Maximus? Pues bien, colegas sacerdotes y augures, he descubierto que el incendio del templo de Júpiter se produjo dos días antes de los idus de quintilis: exactamente el mismo día del año en que nació el flamen dialis. ¡Un augurio!

—Podría ser un buen augurio —comentó Cotta, a quien preocupaba el porvenir del susodicho flamen dialis.

—Claro que sí —dijo Sila—, pero no soy yo quien debe decirlo. Como dictador, tengo libertad para determinar el método de designación de nuestros sacerdotes y augures, y libertad para suprimir las elecciones. Pero con el flamen dialis es distinto: vosotros debéis decidir su suerte. ¡Todos vosotros! Feciales, pontífices, augures, sacerdotes de los libros sagrados, y epulones y salii. Cotta, quedas encargado de las investigaciones, por ser el pontífice más antiguo. Dispones hasta los idus de diciembre, cuando volveremos a reunirnos en este mismo templo para hablar del cargo religioso del actual flamen dialis —añadió mirándole fijamente—. De esto nadie debe saber nada, y menos el joven César.

Y se fue a casa, conteniendo la risa y frotándose las manos con deleite. Sí, acababa de tener una ocurrencia genial. Una ocurrencia que Júpiter Optimus Maximus juzgaría un cauce sin par para insuflar su fuerza. ¡Una ofrenda! ¡Una víctima por Roma, por la República de la que era sumo sacerdote! Era un cargo inventado para sustituir al rex sacrorum, para garantizar la abolición de la monarquía, ya que todos los reyes habían ostentado a la vez el de rex sacrorum. ¡Ah, qué genialidad! ¡Ofreceré al gran dios una víctima que irá sumisa al sacrificio y seguirá sacrificándose hasta la muerte! Ofreceré a la república y al gran dios la mejor parte de la vida de un hombre... le ofrendaré su sufrimiento, su angustia, su dolor. Y con su propio consentimiento. Porque no se resistirá a ser sacrificado.

Al día siguiente se publicaba la primera de las leyes de Sila para la reforma de la religión, exponiéndola al público en el muro de los rostra y en la Regia. Al principio, los que deambulaban por los rostra pensaron que se trataba de otra lista de proscritos, y los profesionales del botín se apiñaron en seguida, pero no tardaron en alejarse despotricando al ver que no figuraban en ella más que los miembros de los distintos colegios sacerdotales, mayores y menores. Quince de cada uno, distribuidos un tanto al azar entre patricios y plebeyos (estos últimos eran mayoría) y muy bien



equilibrados entre las primeras familias. ¡Y no había ningún nombre indigno; ningún Pompeyo, ni Tulio, ni Didio! Sólo Julios, Servilios, Junios, Emilios, Cornelios, Claudios, Sulpicios, Valerios, Domicios, Mucios, Licinios, Antonios, Manlios, Cecilios y Terencios. Además, Sila se había concedido un sacerdocio para complementar el cargo de augur, y así, era el único que compaginaba los dos.

«Como soy el dictador, tengo que tener un pie en cada campo», se dijo mientras elaboraba la ley.

Al día siguiente publicó un artículo suplementario con un solo nombre: el del pontífice máximo, Cecilio Metelo Pío, el Meneítos, famoso tartamudo.

Los ciudadanos de Roma leyeron horrorizados el nuevo nombre en los rostra y la Regia. ¿Metelo Pío el nuevo pontífice máximo? ¿Cómo era posible? ¿Es que Sila se había vuelto loco?

Y a casa de Ahenobarbo fue a verle una estremecida delegación formada por sacerdotes, augures y el propio Metelo Pío. Por razones que huelgan, no era él el portavoz de la delegación, ya que en aquellos días su lengua tropezaba de tal modo que nadie tenía suficiente paciencia para aguantar nerviosamente a que terminara de articular las frases. El portavoz fue Catulo.

—¿A qué viene esto, Lucio Cornelio? —gimió Catulo—. ¿Es que no podemos impugnarlo?

—¡No qul... qui... quiero el ca... ca... cargo! —balbució con dificultad el Meneítos, pestañeando y retorciéndose las manos.

—¡No puedes hacer eso, Lucio Cornelio! —exclamó Mamerco.

Sila les dejó desahogarse antes de contestar con rostro imperturbable. Parte de la gracia consistía en que no lo descubrieran. Debían continuar creyendo que lo hacía en serio. Porque el mismo Júpiter se le había aparecido en sueños por la noche diciéndole cuánto le gustaba aquella gracia.

Una vez que se desahogaron, se hizo un profundo silencio, sólo roto por los profundos sollozos del Meneítos.

—En realidad —contestó Sila en tono de diálogo—, puedo hacer lo que desee como dictador que soy. Pero no se trata de eso. De lo que se trata es que he soñado que se me acercaba Júpiter Optimus Maximus y me pedía que nombrase pontífice máximo a Quinto Cecilio. Al despertarme, examiné los signos y vi que era un augurio propicio. Cuando me dirigía al Foro para clavar los dos pergaminos en los rostra y la Regia, vi quince águilas volando de izquierda a derecha sobre el Capitolio, y no chilló ningún búho ni hubo ningún relámpago.

La delegación miró a Sila de hito en hito, y a continuación bajó la vista al suelo. Hablaba en serio. Así pues, era decisión de Júpiter Optimus Maximus.

—¡Pero no hay rito que esté exento de error! —exclamó Vatia—. ¡Cualquier gesto, acto o palabra puede ser erróneo! ¡Cuando se hace o dice algo mal hay que volver a empezar toda la ceremonia!

—Soy muy consciente de ello —replicó Sila en tono afable.

—¡Lucio Cornelio, ya lo ves tú mismo! —protestó Catulo—. ¡Pío tartamudea cada vez que intenta decir algo! ¡Cada vez que oficie como pontífice máximo la ceremonia durará una eternidad!

—Me consta con claridad meridiana —replicó Sila muy serio—. Tened en cuenta que yo también tendré que aguantarme —añadió, encogiéndose de hombros—. ¿Que queréis que os diga? Quizá sea un sacrificio más que el gran dios nos impone por no haber actuado debidamente en lo que a religión respecta. Por supuesto, mi querido Pío, puedes rehusar —añadió, volviéndose hacia Metelo Pío y cogiendo una de aquellas manos temblorosas entre las suyas—. No hay nada en las leyes religiosas que te lo impida.

El Meneítos asió con la mano libre un pliegue de la toga para enjugarse ojos y nariz, respiró hondo y contestó:

—Lo acepto, Lucio Cornelio, si es la vo... vo... voluntad del gran dios.

—¿Lo ves? —dijo Sila, dándole una palmadita en la mano—. Casi lo has dicho bien. Practica, querido Meneítos. ¡La práctica lo es todo!

Notaba que estaba a punto de estallar en una sonora carcajada. Se despidió de la delegación a toda prisa y se encaminó raudo a encerrarse en

su despacho. Le temblaban las piernas y se dejó caer en un sofá, sujetándose con fuerza los costados, y se abandonó al ataque de hilaridad hasta que se le saltaron las lágrimas; como casi se ahogaba, se dejó caer al suelo y allí permaneció chillando entrecortadamente y pataleando en el aire, con un dolor mortal en el pecho. Pero aún siguió riendo, completamente convencido de que los augurios, en efecto, habían sido propicios. Y durante el resto del día, cada vez que la expresión de noble sacrificio del Meneítos le venía a la mente, se retorció en un nuevo paroxismo, y tampoco podía evitar la risa cada vez que recordaba la expresión del rostro de Catulo, y la de Vatia y la de su yerno. ¡ Fantástico! ¡ Fantástico! Una gracia de perfecta justicia jupiterina. Todos la habían aceptado tal como la merecían; Lucio Cornelio Sila incluido.

En los idus de diciembre, unos sesenta miembros de los colegios sacerdotales menores y mayores se apretujaban en el templo de Júpiter Feretrio.

—Ya hemos presentado nuestros respetos al dios —dijo Sila—, y no creo que le importe que nos reunamos afuera.

Tomó asiento en el murete que rodeaba el antiguo Asilo en medio de la zona de vegetación que ascendía entre las cumbres gemelas del Capitolio y del Arx, e hizo un gesto a los demás para que se sentasen en la hierba.

Eso era una de las cosas más raras de Sila, pensó el infeliz Meneítos, que era capaz de conferir una gran dignidad a las cosas más sencillas, o reducir —como ahora— las cosas más solemnes a un acto de lo más informal. A los visitantes y forasteros que acudían al Capitolio y llegaban sin aliento a lo alto de las escalinatas del Asilo o de las Gemonianas, debería parecerles un filósofo que había salido de paseo con sus alumnos, o un patriarca rodeado de hermanos, sobrinos, hijos y primos.

—¿Qué informes nos traes, Cayo Aurelio? —preguntó Sila a Cotta, que estaba sentado en el centro de la primera fila.

—Antes que nada, quiero decir que me ha resultado una tarea difícil, Lucio Cornelio —respondió Cotta—. Imagino que sabrás que el flamen

dialis es mi sobrino.

—También lo es mio, aunque por matrimonio más que por sangre —replicó Sila pausadamente.

—Entonces debo hacerte otra pregunta. ¿Vas a proscribir a los Césares? Sin quererlo, Sila pensó en Aurelia y meneó enérgicamente la cabeza.

—No, Cotta, no voy a hacer nada de eso. Los Césares, que fueron cuñados míos, hace muchos años han muerto. Nunca cometieron crímenes contra el Estado, a pesar de que eran partidarios de Mario. Pero con motivo, pues Mario había ayudado económicamente a la familia y era un vínculo de gratitud obligada. La viuda de Cayo Mario es la tía del muchacho, y su hermana fue mi primera esposa.

—Pero has proscrito a las familias de Mario y de Cinna.

—Efectivamente.

—Gracias —dijo Cotta, con gesto de alivio, haciendo un carraspeo—. El joven César tenía trece años cuando fue solemnemente consagrado sacerdote de Júpiter Optimus Maximus, cumpliendo todos los requisitos menos uno: que era un patricio cuyos padres estaban vivos, aunque no estaba casado con una patricia cuyos padres estuvieran con vida. Sin embargo, Cayo Mario le buscó una novia con la que contrajo matrimonio antes de las ceremonias de consagración del cargo. La esposa fue la hija pequeña de Cinna.

—¿Qué edad tenía? —preguntó Sila, dirigiendo un chasquido con los dedos a su criado, que inmediatamente le tendió un sombrero de campesino de paja con ala ancha. Tras ajustárselo bien, les dirigió una mirada taimada de auténtico lugareño.

—Siete años.

—Ya. Una boda entre niños. ¡Uf! Cinna tenía apuros, ¿no?

—Bastantes —contestó Cotta, molesto—. Bien, el muchacho no aceptó complacido el cargo y se empeñó en que hasta que no revistiera la toga viril seguiría comportándose como un joven romano más. Acudía al campo de Marte a efectuar su entrenamiento militar, batiéndose, disparando flechas y arrojando la lanza; distinguiéndose en todo. Me han informado que solía hacer una cosa extraordinaria: montar un caballo veloz al galope con las

manos a la espalda y sin silla. Sus antiguos compañeros del campo de Marte le recuerdan perfectamente y consideran que es una lástima que se le nombrara flamen dialis, dadas sus dotes militares. En cuanto a su comportamiento en otros aspectos, me he informado a través de su madre Aurelia, cuñada mía. Según ella, no cumplía la dieta estipulada, aparte de cortarse las uñas con un cuchillo de hierro, el pelo con navaja y usar nudos y hebillas.

—¿Y qué sucedió cuando revistió la toga virilis?

—Que cambió radicalmente —respondió Cotta, con notable sorpresa en la voz—. Su rebeldía —si tal había sido— cesó de inmediato, y en todo momento cumplió sus deberes religiosos con escrupuloso celo; vistió constantemente el apex y la laena, y no transgredió ninguna norma. Su madre afirma que no es que le gustase el cargo, pero lo había aceptado.

—Ya —dijo Sila, golpeando levemente el muro con los talones—. Me satisface bastante lo que me dices, Cotta. ¿A qué conclusiones has llegado respecto al muchacho y el cargo?

—Hay una dificultad —contestó Cotta, frunciendo el ceño—. Si hubiésemos tenido los libros proféticos, habríamos podido dilucidar este asunto; pero como no los tenemos, claro, es imposible llegar a una conclusión definitiva. No parece que haya duda de que el muchacho es legalmente flamen dialis, pero desde el punto de vista religioso no estamos tan seguros.

—¿por qué?

—Todo estriba en la categoría cívica de la esposa de César, Cinnilla, como la llaman. Ahora tiene doce años, y de una cosa estamos completamente seguros: el cargo es una entidad dual que implica tanto a la esposa como al esposo. Ella posee el título religioso de flaminica dialis, y está sujeta a las mismas prohibiciones e iguales deberes religiosos y si no cumple los requisitos religiosos, queda en tela de juicio que haga honor al cargo. Y hemos llegado a la conclusión de que no cumple los requisitos religiosos, Lucio Cornelio.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo habéis llegado a esa conclusión, Cotta? —inquirió Sila, golpeando con más fuerza el muro, pensando en otra cosa—. ¿Se ha

consumado el matrimonio?

—No, no se ha consumado. La niña ha vivido con mi hermana y su familia desde que contrajo matrimonio con el joven César. Y mi hermana es una noble romana muy estricta —respondió Cotta.

—Ya sé que es estricta —dijo Sila con una leve sonrisa.

—Pues, si... —Cotta cambiaba el peso de un pie al otro, recordando los debates que habían sostenido en su casa respecto a la naturaleza de la amistad entre Aurelia y Sila; además, sabía que iba a criticar una de las leyes de proscripción del dictador, pero continuó resueltamente, decidido a acabar de una vez por todas—. Pensamos que César es el flamen dialis, pero que su esposa no es la flaminica. Al menos, así es como hemos interpretado tus leyes de proscripción, que en el caso de hijos pequeños de los proscritos no dejan claro si éstos están sujetos a la lex Minicia. El hijo de Cinna era mayor cuando su padre fue proscrito, y no se duda de su ciudadanía; pero ¿qué sucede con los hijos menores, las niñas en particular? ¿Quedan incluidos en la lex Minicia o —en consonancia con la culpabilidad y la pena de destierro— la pérdida de ciudadanía del padre sólo a él afecta? Eso es lo que hay que dilucidar. Y dada la severidad de tus leyes de proscripción en relación con los derechos de los niños y otros herederos, hemos llegado a la conclusión de que no es aplicable la lex Minicia de liberis.

—Meneítos, querido, ¿qué nos dices? —inquirió el dictador en tono zalamero, haciendo caso omiso de la ambigüedad legislativa—. ¡Piénsalo, piénsalo! Hoy no tengo nada más que hacer.

Metelo Pío se ruborizó.

—Como dice Cayo Cotta, no es aplicable a la niña la ley que le da categoría de ciudadana. Cuando uno de los padres no es ciudadano romano, el hijo no puede ser ciudadano romano. Por consiguiente, la esposa de César no es ciudadana romana y, por lo tanto, no puede ser flaminica dialis conforme a la ley religiosa.

—¡Magnífico, magnífico! ¡ Lo has dicho sin trabucarte, Meneítos! —exclamó Sila, golpeando el muro con los talones—. ¿Así que toda la culpa

es mía? He dejado una ley que puede interpretarse según convenga en vez de preverla en todos sus detalles.

—Sí —dijo heroicamente Cotta, con un profundo suspiro.

—Es cierto, Lucio Cornelio —dijo Vatia, añadiendo su granito de arena—. Pero somos conscientes de que podemos equivocarnos en la interpretación, y por eso solicitamos respetuosamente tu opinión.

—Bueno —contestó Sila, bajándose del murete—, a mí me parece que lo mejor para salir de este dilema es que César busque una nueva flaminica. Aunque, como estarán unidos por confarreatio, es imposible el divorcio por lo civil y lo religioso. Mi opinión es que César se divorcie de la hija de Cinna, que es inaceptable como flaminica ante el gran dios.

—Sí, claro, una anulación —dijo Cotta.

—Divorcio —replicó Sila, tenaz—. Aunque todos juren que el matrimonio no se ha consumado, y aunque podríamos hacer que las vestales examinasen el himen de la niña, es asunto que concierne a Júpiter Optimus Maximus. Me habéis dicho que mi ley admite interpretaciones. De hecho, vosotros mismos la habéis interpretado, sin venir a consultarme antes de llegar a una decisión. Ahí está vuestro error. Deberíais haberme consultado. Pero como no lo habéis hecho, ahora cargad con las consecuencias. Será un divorcio diffarreatio.

—¡La diffarreatio es un proceso horroroso! —dijo Cotta torciendo el gesto.

—Ganas me dan de llorar al verte tan triste, Cotta.

—En ese caso, informaré al muchacho —dijo Cotta, con los labios apretados.

—¡No! —exclamó Sila, estirando el brazo—. ¡No le digas nada! ¡Nada! Dile que venga a mi casa mañana antes de la hora de cenar. Prefiero decírselo yo. ¿Está claro?

—Así que tienes que ir a ver a Sila, sobrino —dijo Cotta a César y a Aurelia, poco después.

Tanto César como su madre recibieron con cierta tensión la noticia, pero no hicieron comentario alguno y despidieron a la visita en la puerta. Una vez que su hermano se hubo ido, Aurelia siguió a su hijo al despacho.

—Siéntate, mater —dijo él afectuoso.

Aurelia así lo hizo en el borde de una silla.

—No me gusta —dijo—. ¿Para qué querrá verte a solas?

—Por lo que ha dicho el tío Cayo. Va a reformar las órdenes religiosas y quiere ver al flamen dialis.

—No me lo creo —replicó tenaz Aurelia.

Preocupado, César apoyó la barbilla en la mano derecha y miró interrogante a su madre. No le preocupaba su situación, pues se sentía capaz de hacer frente a lo que fuese; no, era ella la que le preocupaba. Ella y las demás mujeres de la familia.

La tragedia se había abatido inexorablemente sobre la familia desde el momento en que el hijo de Mario había convocado aquella reunión para comunicarles su intención de presentarse a las elecciones de cónsul, luego hubo aquella temporada de alegría y confianza artificiales, la decepción de aquel terrible invierno y el negro desastre que había sido la derrota de Sacriportus. Al joven Mario casi no le habían vuelto a ver desde su nombramiento de cónsul, igual que su madre y su esposa, porque había entrado en escena una querida, una hermosa romana de ascendencia noble llamada Praecia, que ocupaba todos los ratos de ocio que el joven pudiera tener. Era una mujer rica e independiente que cuando hizo caer al joven en sus redes tenía ya treinta y siete años, y ningún proyecto de matrimonio. Había estado casada a los dieciocho años, por obediencia a su padre, fallecido poco después; y Praecia se había embarcado en una serie de aventuras, por lo que su esposo había solicitado el divorcio para entera satisfacción de ella, que emprendió la clase de vida que más le apetecía: ser dueña de su casa y querida de algún noble interesante que recreaba su comedor y su cama con amistades, problemas e intrigas políticas, circunstancia que la permitía mezclar la política a la pasión, irresistible tentación para ella.



El joven Mario había sido su mejor trofeo, y había llegado a tenerle mucho afecto, encantada con su actitud juvenil, fascinada por el poder inherente al nombre de Cayo Mario y complacida por el hecho de que aquel primer cónsul tan joven la prefiriese a su madre, una Julia, y a su propia esposa, una Mucia. Por ello, había abierto de par en par las puertas de su amplia casa exquisitamente amueblada a los amigos del hijo de Mario, y su cama al reducido y selecto grupo de amigos íntimos del joven. Una vez que Carbón (a quien detestaba) había partido para Ariminum, se había convertido en la principal consejera del joven en todo género de cosas, jactándose de ser ella y no él quien mandaba en Roma.

Así, cuando llegó la noticia de que Sila estaba a punto de iniciar la marcha desde Teanum Sidicinum, y el joven Mario anunció que ya no podía demorar más unirse a sus tropas en Ad Pictas, Praecia había acariciado la idea de acompañar al joven cónsul al campo de batalla; pero no había podido ser, porque el hijo de Mario había adoptado para solventar el problema la clásica solución de abandonar Roma de noche sin anunciárselo. Praecia, nada afligida, se encogió de hombros y se dispuso a buscarse otro.

Por todas estas circunstancias, ni la madre ni la esposa del hijo de Mario habían podido despedirse de él y desearle la suerte que tanto iba a necesitar. Se había ido y nunca volvería. La noticia de Sacriportus no se había conocido en Roma hasta la matanza de Bruto Damasipo (demasiado vinculado a Carbón para sentir estima por Praecia). Entre los que habían muerto estaba Quinto Mucio Escévola, pontífice máximo, padre de la esposa del hijo de Mario y buen amigo de la madre de éste.

—Todo ha sido por culpa de mi hijo —dijo Julia a Aurelia, cuando ella acudió a su casa para ver si necesitaba algo.

—¡Tonterías! —replicó Aurelia para animarla—. La responsabilidad ha sido exclusivamente de Bruto Damasipo.

—He leído la carta que envió mi hijo desde Sacriportus, escrita de su puño y letra —había añadido Julia, conteniendo, más que los sollozos, un profundo pesar—. No podía aceptar la derrota sin esa miserable represalia. Y además, ¿cómo quieres que mi nuera vuelva a dirigirme la palabra?

César se había acurrucado en un rincón, observando sin inmutarse a las dos mujeres. ¿Cómo podía su primo haberle hecho eso a su tía Julia? ¿Y más después de la actuación del loco de su padre al final de su vida? La mujer estaba atrapada en un mar de pena como una mosca en una pella de ámbar; más hermosa que nunca por el estupor, pues no dejaba que su dolor se manifestase, y ni siquiera a floraba a sus ojos.

En ese momento había llegado Mucia, y Julia se encogió, rehuyendo su mirada.

Aurelia se había erguido tensa, con su rostro anguloso, duro y brillante.

—Mucia Tertia, ¿crees culpable a Julia del asesinato de tu padre? —preguntó.

—Claro que no —respondió la esposa del hijo de Mario, acercando una silla para poder sentarse cerca de Julia y cogerle las manos—. ¡Julia, mírame, te lo ruego!

—¡No puedo!

—¡Tienes que hacerlo! No voy a marcharme a casa de mi padre a vivir con mi madrastra, ni voy a acudir a casa de mi madre a aguantar a sus horrendos hijos. Quiero quedarme aquí con mi querida suegra.

Así se había solucionado la situación y había continuado la vida para Julia y Mucia Tertia, aunque nada supieron del asedio del joven Mario en Praeneste, y las noticias de batallas eran siempre favorables a Sila. De haber sido hijo de Aurelia, pensó César, el joven Mario poco consuelo habría obtenido en explayarse con su madre durante el interminable encierro de Praeneste. Aurelia no era tan dulce, cariñosa y comprensiva como Julia, pero, en cualquier caso —se dijo con una sonrisa—, si ella hubiera sido su madre, habría sido más parecida de carácter al joven Mario. César había heredado el distanciamiento de su madre. Y su entereza.

Las malas noticias fueron sucediéndose: Carbón había huido de noche, Sila había rechazado a los samnitas, Pompeyo y Craso habían derrotado a las tropas que Carbón había abandonado en Clusium, el Meneítos y Varrón Lúculo dominaban la Galia itálica y Sila había estado unas horas en Roma para establecer un gobierno provisional, dejando a Torcuato con la caballería tracia en apoyo del gobierno.

Pero Sila no había ido a ver a Aurelia. Circunstancia que a él le había extrañado tanto, que consideró oportuno hacer algunas indagaciones sobre aquella entrevista en Teanum Sidicinum de la que su madre había hablado tan poco. Y ahora que se había roto la tradición, ella se mostraba impasible.

—¡Hubiera debido venir a verte! —dijo él.

—No volverá a verme nunca más —contestó ella.

—¿Por qué?

—Esas visitas son agua pasada.

—¿De una época en que era guapo y presumía? —espetó César tajantemente para contener la ira que estaba a punto de brotarle.

Aurelia se quedó de piedra y le dirigió una mirada apabullante.

—¡Eres estúpido y ofensivo! ¡Sal de aquí!

La dejó a solas y no volvió a sacar el tema a colación. Su relación con Sila era asunto exclusivo de ella.

Les llegó la noticia de la torre de asalto construida por el hijo de Mario y su desastroso final, así como de los otros intentos por romper el cerco. Y, luego, el último día de octubre llegó la sorprendente noticia de que noventa mil samnitas habían ocupado el campamento de Pompeyo Estrabón ante la puerta Colina.

Los dos días que siguieron fueron los peores en la vida de César. Agobiado por sus atavíos de sacerdote, impedido de empuñar una espada y de mirar la muerte en el momento de producirse, se encerró en su despacho y se entregó a la redacción de un nuevo poema épico —no en griego, sino en latín— y en hexámetros dactílicos para mayor dificultad. Le llegaba nítidamente el fragor del combate, pero se hacía el sordo, esforzándose en pulir aquellos difíciles espondeos, ansiando acudir a la lucha, y diciéndose que igual le hubiese dado un bando u otro con tal de combatir...

Y una vez cesó el fragor, salió impetuosamente del despacho por la noche y se encontró con su madre, inclinada en su cuarto sobre los libros de cuentas, y se detuvo en el umbral lleno de indignación.

—¿Cómo voy a escribir sobre lo que me está vedado hacer? —exclamó—. ¿La literatura noble no trata acaso de la guerra y los guerreros? ¿Perdió,

por ventura, Homero el tiempo en floridas chácharas? ¿Se dignó Tucídides consagrar su pluma al tema de la apicultura?

Ella sabía perfectamente cómo apaciguarle, y se contentó con replicarle en tono frío y objetivo:

—Probablemente no.

Y volvió a enfrascarse en las cuentas.

Y aquella noche fue el final: el hijo de Julia había muerto, todos habían muerto y Roma era de Sila, que ni vino a verles ni les envió recado alguno.

Que el Senado y la Asamblea centuriada le habían nombrado dictador era de dominio público, y todos lo comentaban; pero fue Lucio Decumio quien contó a César y a Cayo Matio, el que vivía encima de él, lo de la desaparición de caballeros.

—Todos los que se han enriquecido con Mario, Cinna o Carbón. Y no es casualidad. Suerte que tu tata ha muerto hace años —dijo Lucio Decumio a Cayo Matius—. Y el tuyo, seguramente también, Pavo —añadió, dirigiéndose a César.

—¿A qué te refieres? —preguntó Matius, frunciendo el ceño.

—Pues a que por Roma andan unos tipos siniestros de aspecto anodino apresando a los caballeros ricos —contestó el encargado de la fratría del cruce—. Son casi todos libertos, pero no como esos griegos chismosos preocupados por sus novios; éstos se llaman todos Lucio Cornelio no sé cuantos, pero mis hermanos y yo los llamamos Silanos, porque son hombres suyos. ¡Yo os digo que no prometen nada bueno, y os aseguro que van a echar mano a muchísimos caballeros ricos!

—¡Sila no puede hacer eso! —dijo Matius, apretando los labios.

—Sila puede hacer lo que se le antoje —replicó César—. Le han nombrado dictador, que es mejor que ser rey porque sus edictos tienen fuerza de ley y no está atado por la lex Cecilia Didia de los diecisiete días que deben transcurrir entre la promulgación y la ratificación, ni tiene que presentarlas al Senado ni a las asambleas. Y no se le puede pedir explicaciones por nada de lo que haga, ni por nada de lo que haya hecho antes. Ahora que te advierto —añadió pensativo—, que si Roma no se

conduce con mano firme está acabada. Así que espero que todo le salga bien y que tenga la visión y el valor para hacer lo que sea preciso.

—¡Ese hombre tiene redaños para hacer lo que sea! —comentó Lucio Decumio.

Viviendo en el corazón del Subura, el barrio más pobre y políglota de Roma, las proscripciones de Sila no influían tanto en sus vidas como en barrios lujosos como la Carinae, el Palatino, el alto Quirinal y el Viminal. Aunque había muchos caballeros de la primera clase entre los pobres del barrio, pocos eran de categoría superior a la de tribunos aerarios y pocos tenían la clase de vinculación política que pusiese en peligro su vida ahora que Sila estaba en el poder.

Cuando quedó expuesta la primera lista con el nombre del hijo de Mario en segundo lugar, Julia y Mucia Tertia fueron a ver a Aurelia, y, como la visita solía efectuarse a la inversa, fue para ella una sorpresa. Se debía a la lista, de la que aún no se tenía noticia en el Subura. Sila no había dejado que Julia estuviera en ascuas respecto a su destino.

—Me ha llegado un aviso por mano del pretor urbano electo, el joven Dolabela —dijo Julia temblorosa—. ¡Un hombre bien desagradable! Han confiscado las propiedades de mi pobre hijo. Lo hemos perdido todo.

—¿Tu casa también? —inquirió Aurelia demudada.

—Todo. Traía una lista detallada. Todas las rentas de minería de Hispania, las tierras de Etruria, nuestra villa en Cumas, la casa de Roma, las otras tierras que Cayo Mario había comprado en Lucania y Umbría, los latifundios trigueros del río Bagradas en la provincia de África, los obradores de tintado de lana en Hierápolis y las fábricas de vidrio de Sidón. Hasta la granja de Arpino. Ahora todo es de Roma, y me han dicho que va a ser vendido en subasta.

—¡Oh, Julia!

Como era una Julia, tuvo la entereza de esbozar una sonrisa y alzar la vista.

—Bueno, no todo son malas noticias. Me han entregado una carta de Sila por la que me autoriza a recibir del Estado cien talentos de plata, que es la cantidad en que se estima mi dote, si Cayo Mario me hubiese otorgado

una; pues, como bien saben los dioses, llegué al matrimonio sin un denario. Pero me van a dar esos cien talentos porque, según dice Sila, soy hermana de Julilla y, en recuerdo de ella, que fue su esposa, no quiere que quede en la indigencia. En realidad, es una carta muy cumplida.

—Es bastante dinero —dijo Aurelia, apretando los labios—, pero no es nada comparado con lo que tenías.

—Pero podré comprarme una bonita casa en el Vicus Longus o en la alta Semita, y me dará una renta suficiente. Por supuesto que el Estado se queda con los esclavos, pero Sila me permite quedarme con Strofantes, ¿no sabes cómo me alegro! El pobre viejo está trastornado por la pena —hizo una pausa, con los verdes ojos bañados en lágrimas, no por ella, sino por el mayordomo—. En fin —continuó—, me las arreglaré sin pasar grandes apuros, en comparación con las viudas o madres de los otros proscritos, que lo pierden todo.

—¿Y tú, Mucia Tertia? —preguntó César—. ¿Te han clasificado como Mariana o Muciana?

En seguida advirtió que no mostraba el menor dolor por su esposo ni lástima por su condición de viuda. En el caso de tía Julia, bien sabía que estaba afligida, aunque no lo demostrase, pero ¿y Mucia Tertia?

—Me han clasificado como Mariana —contestó ella—; así que he perdido mi dote. Las propiedades de mi padre estaban muy endeudadas y no me dejó nada en su testamento. En cualquier caso, de habérmelo dejado, mi madrastra me lo hubiera arrebatado. Mi madre no tendrá problemas porque Metelo Nepote no corre peligro, al ser partidario de Sila; pero antes que en mí, tienen que pensar en sus dos hijos. Ya lo hemos hablado Julia y yo por el camino, y me iré a vivir con ella. Sila me ha prohibido volver a casarme por haber sido esposa de un Mario. De todos modos, no deseo otro esposo.

—¡Es una pesadilla! —exclamó Aurelia, mirándose las manos llenas de tinta y algo hinchadas en los nudillos—. A lo mejor a nosotros nos incluyen también en la lista, ya que mi esposo fue siempre partidario de Cayo Mario y de Cinna antes de morir.

—Pero la insula está a tu nombre, mater —dijo César—, y como todos los Cotta son partidarios de Sila, no te la confiscarán. Yo quizá pierda mis

tierras, pero por ser flamen dialis tendré mi sueldo del Estado y casa en el Foro. Me imagino que Cinnilla perderá la dote, tal como están las cosas.

—Tengo entendido que los parientes de Cinna lo pierden todo —dijo Julia suspirando—. Sila quiere acabar con la oposición.

—¿Y Annia? ¿Y la hija mayor, Cornelia Cinna? —preguntó Aurelia—. A mí Annia nunca me ha gustado; nunca fue buena madre de la pequeña Cinnilla, y se volvió a casar con escandalosa prisa nada más morir Cinna. Supongo que no sufrirá represalias.

—Exactamente. Lleva ya un tiempo casada con Pupio Pisón Frugi, y la clasificarán bajo ese patronímico —dijo Julia—. Dolabela me ha contado muchas cosas; parecía estar deseando decirme quiénes son los que van a pasarlo peor. La pobre Cornelia Cinna está clasificada con Cneo Ahenobarbo; ya perdió la casa la primera vez que vino Sila, y ahora Annia no se hará cargo de ella. Creo que vive en la vía Recta con una vieja tía que es vestal.

—¡Ah, cuánto me alegro de que mis hijas están casadas con hombres que no son muy descollantes! —exclamó Aurelia.

—Yo tengo otra noticia —dijo César para distraer la atención de las mujeres de los graves problemas.

—¿Cuál? —inquirió Mucia Tertia.

—Lépido debió imaginarse lo que iba a suceder, porque ayer se divorció de su mujer Apuleya, hija de Saturnino.

—¡Ah, pobre mujer! —exclamó Julia—. Puedo comprender que se castigue a los que han combatido a Sila, pero ¿por qué han de pagar sus hijos y los hijos de sus hijos? ¡Y esa historia de Saturnino pertenece al pasado! A Sila le tiene sin cuidado Saturnino, ¿por qué ha hecho eso Lépido con ella, que le ha dado tres hijos espléndidos?

—No le dará ninguno más —añadió César—, porque se abrió las venas en un baño caliente. Y ahora Lépido anda por ahí sollozando arrepentido. ¡Uf!

—Oh, él siempre ha sido así —añadió Aurelia con desdén—. No es que pretenda que no haya en el mundo hombres débiles, pero lo malo de Marco Emilio es que se cree enérgico.

—¡Pobre Lévido! —dijo Julia suspirando.

—Pobre Apuleya —añadió Mucia Tertia con sequedad.

Y ahora, después de lo que les había dicho Cotta, parecía que los Césares no iban a ser proscritos. Los seiscientos iugera de Bovillae no corrían peligro, y César quedaría incluido en el censo senatorial. ¡A él le traía sin cuidado lo del censo senatorial!, pensaba viendo caer la nieve como una cascada por el patio de luces; el flamen dialis era automáticamente miembro del Senado.

Del mismo modo que él contemplaba la inesperada irrupción del invierno, su madre le contemplaba a él.

Una persona excelente; obra mía y de nadie más, cavilaba ella. Aunque tiene muchas buenas cualidades, dista mucho de ser perfecto. No es tan simpático, tolerante o afectuoso como su padre, a pesar de que se parece a él. Y a mí también. Y es extraordinario en muy diversas cosas. Acude a donde haga falta en el edificio, y es capaz de arreglar lo que sea: tuberías, tejas, escayolas, persianas, desagües, pinturas, madera... ¡Y hay que ver cómo ha mejorado los frenos y cabrias del viejo inventor! Sabe escribir en hebreo y en medo y habla doce lenguas, gracias a la fantástica diversidad de inquilinos. Ya de niño era famoso en el campo de Marte, como me jura Lucio Decumio. Nada, monta a caballo y corre como el viento. Y escribe poemas como los de Ennio y obras de teatro tan buenas como las de Plauto; aunque, como madre suya, no debería decirlo. Y, según me dice Marco Antonio Cnifo, no tiene rival en las clases de retórica. ¿Cómo lo dice Cnifo? Ah, sí, que mi hijo puede conmover a las piedras y enfurecer a las montañas. Sabe de leyes y puede leer cualquier cosa de corrido por abstrusa que sea la escritura. Y no hay nadie en Roma capaz de eso; ni el prodigioso Marco Tulio Cicerón. ¡Y hay que ver cómo le persiguen las mujeres! Por todo el Subura. El cree que no lo sé y que pienso que es casto y aguarda a casarse. Bueno, mejor así. Los hombres son seres extraños en lo que respecta a esa parte que denota su virilidad. Pero no es que mi hijo sea perfecto, sino que es un superdotado. Tiene un carácter extraño, aunque lo



oculte; y en muchos aspectos es egoísta y poco sensible a los sentimientos y necesidades de los demás. En cuanto a su obsesión por la limpieza, me complace mucho, pero no la ha heredado de mí; se niega a mirar a una mujer si no acaba de salir del baño, y creo que hasta debe examinarlas de pies a cabeza y entre los dedos de los pies. ¡En el Subura! De todos modos, como tantas le desean, la higiene ha aumentado entre la población femenina desde que cumplió los catorce años. ¡Qué animalito precoz! Yo solía pensar que mi esposo recurría durante sus largas ausencias a las mujeres de los sitios por donde andaba, pero él me confesó que jamás lo hacía y que esperaba a regresar a casa; y no había cosa que más detestara en él, porque me cargaba con un sentimiento de culpabilidad. Mi hijo no hará eso con su esposa; espero que ella aprecie esa suerte. Sila le ha mandado comparecer. No sé para qué será. Ojalá...

Salió de su ensimismamiento con un sobresalto al ver que César estaba inclinado sobre el escritorio, chascando los dedos y riéndose.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Por todas partes —contestó ella, poniéndose en pie y sintiendo el frío que hacía—. Hijo, voy a decirle a Burgundus que te traiga un brasero, que hace frío.

—¡No te preocupes por nimiedades! —replicó él, impidiéndoselo afectuosamente.

—No quiero que vayas a ver a Sila sonándote y estornudando —insistió ella.

Pero al día siguiente ni se sonaba ni estornudaba. El joven se presentó en casa de Cneo Ahenobarbo una buena hora antes de la cena, decidido a recorrer el atrium de arriba a abajo antes que llegar tarde. Y, efectivamente, el mayordomo —un primoroso griego zalamero, que le sometió a provocativas miradas— le dijo que era demasiado pronto y que tuviese la bondad de aguardar. Sintiendo que se le ponía carne de gallina, César asintió concisamente con la cabeza y volvió la espalda al hombre que pronto sería célebre en Roma y a quien todos conocerían por Crisógono.

Pero Crisógono no le dejó a solas; era evidente que el visitante le resultaba demasiado atractivo para no acosarle, pero César tuvo la prudencia de no hacer lo que estaba deseando: romperle los dientes de un puñetazo. Y, de pronto, se le ocurrió una idea. Salió rápidamente a la galería y el mayordomo, ante el frío que hacía, renunció a seguirle. La casa tenía dos galerías; aquella en la que se encontraba César, trazando medias lunas en la nieve con la punta del zueco, no daba al Foro, sino a la cuesta del Palatino en dirección al clivus Victoriae. Más arriba veía la galería de otra casa, prácticamente encima de la de Ahenobarbo.

¿De quién sería? Frunció el ceño, pensativo. Era de Marco Livio Druso, asesinado en el vestíbulo diez años atrás. Así que allí era donde vivían todos aquellos huérfanos, bajo la severa tutela de... Ah, sí, de la hija de aquel Servilio Cepio que se había ahogado cuando regresaba de su provincia. ¿Cnea? Eso era: Cnea. Cnea y su temible madre, la horrible Porcia Liciniana, era una casa atiborrada de pequeños Servilios Cepios y Porcios Catones. Los Porcios Catones tarados, de la rama de Salonio, descendientes de un esclavo. Allí había uno, inclinándose sobre la balaustrada de mármol; un niño enclenque de cuello largo como de cigüeña y una narizota que se le notaba desde tan lejos. Y una maraña de pelo rojo. ¡No cabía duda de que era de la camada de Catón el censor!

Todas estas reflexiones eran producto de un rasgo de carácter de César que su madre no había evocado durante su ensimismamiento: que era un inveterado chismoso y no se le escapaba detalle.

—Honorable sacerdote, mi señor desea recibirte.

César se volvió, después de dirigir una sonrisa y saludar con la mano al niño del balcón en la casa de Druso, sin ofenderse porque no le devolviera el saludo. Probablemente el pequeño Catón se hallaba demasiado sorprendido para contestar; seguramente Sila no tendría muchas ocasiones de hacer gestos amistosos a un flacucho descendiente de un señor tusculano y de un esclavo celtíbero.

Aunque estaba preparado para el momento de ver a Sila el dictador, César no pudo por menos de sorprenderse. ¡No era de extrañar que no hubiese ido a ver a mater! Yo, en su caso, tampoco lo hubiera hecho, pensó, avanzando tan despacio como se lo permitían sus zuecos.

Lo primero que pensó de él Sila al verle fue que se trataba de alguien totalmente desconocido; pero ello era debido a la fea capa rojo y púrpura, y a aquel extraño casco de marfil, semejante a un cráneo desnudo.

—¡Quítate todo eso! —dijo Sila, volviendo a bajar la vista al montón de papeles del escritorio.

Cuando volvió a alzar los ojos, no quedaba resto alguno de sacerdote. Aquel muchacho era su propio hijo. Y a Sila se le erizó el vello de los brazos y de la nuca, al tiempo que lanzaba una especie de gemido y se ponía en pie. Aquel pelo dorado, los ojos azules, el rostro alargado de los Césares, aquella estatura... Y, de pronto, la vista obnubilada de Sila acusó las diferencias: los pómulos protuberantes de Aurelia y los hoyuelos en las mejillas, y la preciosa boca de Aurelia con los surcos en las comisuras. Mayor que su hijo cuando murió y ya casi un hombre. ¡Oh, hijo mío, Lucio Cornelio! ¿Por qué has tenido que morir?

—Por un instante te había tomado por mi hijo —dijo con voz ronca, conteniendo las lágrimas, estremecido.

—Era primo mío.

—Recuerdo que decías que le querías.

—Así es.

—Decías que era mejor que el hijo de Mario.

—Exacto.

—Y escribiste un poema para él después de su muerte, pero dijiste que no me lo enseñabas porque no era bueno.

—Si, es cierto.

Sila volvió a derrumbarse en la silla, con las manos temblorosas.

—Siéntate, muchacho. Aquí, donde hay más luz y pueda verte. Mi vista ya no es la que era —añadió, anhelando absorber todo detalle de aquel

enviado del gran dios, del que era su sacerdote—. ¿Te ha hablado tu tío Cayo Cotta?

—Sólo me ha dicho que deseabas verme, Lucio Cornelio.

—Llámame Sila, como me llaman todos.

—Y a mí todos me llaman César; hasta mi madre.

—Eres el flamen dialis.

Un brillo surgió en los inquietantes ojos familiares. ¿Por qué le resultaban tan familiares si los de su hijo eran de un azul más oscuro y más vivaces? ¿Un brillo de ira o de pena? No, no: de ira.

—Sí, soy el flamen dialis —repitió César.

—Los que te nombraron eran enemigos de Roma.

—No cuando me nombraron.

—Sí, es cierto —replicó Sila, cogiendo la pluma de junco forrada de oro y volviéndola a dejar—. Tienes esposa.

—Así es.

—La hija de Cinna.

—Exacto.

—¿Habéis consumado el matrimonio?

—No.

Sila se levantó y se acercó a la ventana completamente abierta a pesar del frío. César sonrió para sus adentros, pensando en lo que hubiera dicho su madre al ver a otra persona despreocupada por la intemperie.

—Estoy acometiendo la renovación de la república —añadió Sila, mirando por la ventana a la estatua de Escipión el Africano sobre su alta columna; desde allí, quedaba a la misma altura que el rechoncho Escipión—. Por motivos que supongo entenderás, he decidido empezar por la religión. Se han perdido los valores tradicionales y hay que recuperarlos. He abolido las elecciones de sacerdotes y augures, incluida la del pontífice máximo. En Roma, la política y la religión están estrechamente entrelazadas, pero no quiero que la religión esté al servicio de la política, cuando debe ser al revés.

—Lo comprendo —dijo César desde su silla—. No obstante, creo que al pontífice máximo se le debe elegir.

—¡Me tiene sin cuidado lo que creas!

—Entonces, ¿para qué estoy aquí?

—¡Desde luego, no para hacerme observaciones!

—Perdona.

Sila giró sobre sus talones y clavó su fiera mirada en el flamen dialis.

—No te infundo el menor temor, ¿verdad, muchacho?

César esbozó la famosa sonrisa que cautivaba mentes y corazones. ¡La misma sonrisa que la de su hijo!

—Solía esconderme en un falso techo encima del comedor para verte hablar con mi madre. Han cambiado los tiempos y las circunstancias, pero a uno no puede darle miedo una persona por la que ha sentido un súbito afecto al descubrir que no era amante de su madre.

La respuesta desencadenó una risotada en Sila, que hizo que se le saltaran las lágrimas.

—¡Cierto, cierto! No lo fui. Lo intenté en una ocasión, pero ella tuvo la gran prudencia de rechazarme. Tu madre piensa como un hombre. Yo no traigo suerte a las mujeres. Es mi sino —añadió, mirando de arriba abajo a César con sus inquietos ojos claros—. Tú tampoco les traerás suerte, aunque tendrás muchas.

—¿Para qué me has mandado llamar si no vas a pedirme consejo?

—Por un asunto relacionado con la reglamentación de la conducta religiosa. Me han dicho que naciste el mismo día del año en que empezó el incendio del templo de Júpiter.

—Sí.

—¿Qué interpretación le das?

—Un buen augurio.

—Desgraciadamente, el colegio de pontífices y el de augures no coinciden contigo, joven César. Hace tiempo que vienen estudiando el caso tuyo y de la flaminica, y han llegado a la conclusión de cierta irregularidad en ella que es la causa de la destrucción del templo del gran dios.

El rostro de César se iluminó de gozo.

—¡Ah, cuánto me alegro de que me lo digas!

—¿Eh? ¿Decirte qué?

—Que dejo de ser flamen dialis.

—No he dicho eso.

—¡Claro que lo has dicho!

—Has entendido mal, muchacho. Sigues siendo el flamen dialis. A esa conclusión han llegado quince sacerdotes y quince augures.

La alegría se había desvanecido del rostro del joven.

—Prefiero ser militar —dijo malhumorado—. Tengo mejores dotes.

—Lo que tú prefieras no cuenta. Cuenta lo que eres; y lo que es tu esposa.

César frunció el ceño y miró inquisitivo a Sila.

—Es la segunda vez que mencionas a mi esposa.

—Tienes que divorciarte de ella —dijo Sila sin rodeos.

—¿Divorciarme? ¡ Imposible!

—¿Por qué?

—Porque estamos casados por confarreatio.

—Pero existe la diffarreatio.

—¿Y por qué tengo que divorciarme de ella?

—Porque es hija de Cinna, y resulta que mis leyes relativas a los proscritos y sus familiares presentan un pequeño defecto en relación con la condición de ciudadanía de los niños. Los sacerdotes y augures han decidido que es aplicable la lex Minicia, por lo que tu esposa, que es flaminica dialis, no es romana ni patricia. Y, por consiguiente, no puede ser flaminica dialis. Como el cargo es de naturaleza dual, la legalidad de su posición es tan importante como la tuya. Tienes que divorciarte de ella.

—No lo haré —replicó César, comenzando a entrever una salida a su detestado sacerdocio.

—¡Harás lo que yo te diga que hagas, muchacho!

—No haré nada que considere que no debo hacer.

Los arrugados labios se abrieron lentamente.

—Soy el dictador y tienes que divorciarte de tu esposa —dijo Sila sin levantar la voz.

—Me niego —contestó César.

—Puedo obligarte a ello.

—¿Cómo? —inquirió César despectivo—. El proceso de diffarreatio requiere pleno consentimiento por ambas partes.

Haría temblar de miedo a aquel insolente, pensó Sila, dejándole atisbar la monstruosa criatura que llevaba dentro; pero mientras trataba de avasallarle, comprendió por qué aquellos ojos le resultaban tan conocidos. ¡Eran igual que los suyos! Y sostenían su mirada con la fijeza fría y carente de emoción de la serpiente. El monstruo sañado de Sila hubo de retirarse, impotente. Por primera vez en su vida se veía desprovisto de los medios para doblegar a otra persona a su voluntad; y no le brotaba la rabia que habría debido ponerle fuera de sí, obligado a contemplar en un rostro ajeno su propia imagen. Lucio Cornelio Sila se veía impotente.

Tuvo que recurrir a simples palabras.

—He prometido restaurar la ética religiosa conforme al mos maiorum —dijo—. Roma honrará y servirá a sus dioses como se hacía en el alba de la República. Júpiter Optimus Maximus está descontento contigo... Mejor dicho, con tu esposa. Tú eres su sacerdote, pero tu esposa es parte inseparable de tu condición sacerdotal, y debes apartarte de esa esposa inaceptable y casarte con otra. Debes divorciarte de esa mocosa de Cinna no romana.

—No lo haré —contestó César.

—Pues buscaré otra solución.

—Yo tengo una —replicó César—. Que se divorcie de mí Júpiter Optimus Maximus. Anula mi sacerdocio.

—Como dictador, hubiera podido hacerlo de no haber pasado el asunto al colegio de sacerdotes. Pero ahora tengo que actuar en consonancia con su veredicto.

—Pues me parece —añadió César imperturbable —que hemos llegado a un callejón sin salida.

—No. Hay otra solución.

—Matarme.

—Exactamente.

—Eso sería mancharte las manos con la sangre del flamen dialis, Sila.

—No, si se las mancha otro. Yo no suscribo la metáfora griega, Cayo Julio César. Ni tampoco los dioses romanos. La culpabilidad es intransferible.

César reflexionó.

—Creo que tienes razón. Si mandas a otro que me mate la culpa recaerá sobre él —dijo, poniéndose en pie y quedando unos centímetros por encima de Sila—. Entonces ha concluido la entrevista.

—Eso es. A menos que lo reconsideres.

—No voy a divorciarme de mi esposa.

—Pues te haré matar.

—Si puedes —dijo César, abandonando el despacho.

—¡Sacerdote —gritó Sila a sus espaldas—, te olvidas la laena y el apex!

—Guárdalos para el próximo flamen dialis.

Se encaminó a su casa sin apresurar el paso, inseguro de lo que Sila tardaría en reaccionar. Era evidente que había sacado de sus casillas al dictador, y no había muchos capaces de desafiar a Lucio Cornelio Sila.

El aire era helado, demasiado frío para que nevase. Y su gesto infantil le había privado de abrigo. Bueno, poco importaba; no iba a morir de frío andando del Palatino al Subura. Lo más importante era lo que debía hacer a continuación, porque estaba completamente seguro de que Sila mandaría matarle. Lanzó un suspiro. Tendría que huir. Aunque sabía que podía cuidar de sí mismo, no se hacía ilusiones sobre su vida si permanecía en Roma. Pero, de todos modos, tenía un día por delante, ya que el dictador se hallaba, como todo el mundo, abrumado por la maquinaria colosal de la burocracia, y tendría que intercalar en sus múltiples obligaciones una entrevista con uno de aquellos grupos de hombres anodinos. César había visto que su vestíbulo estaba lleno de clientes, pero no de asesinos a sueldo. La vida en Roma no era en nada parecida a una tragedia griega, y no se gritaban órdenes a una banda de sicarios impacientes, atados a una correa como perros. Sila daría las órdenes en su momento. Pero todavía no.

Cuando entró en el aposento de su madre estaba lívido de frío.



—¿Y tus ropas? —preguntó Aurelia, estupefacta.

—En casa de Sila —atinó a decir—. Se las he regalado para el próximo flamen dialis. Mater, me ha mostrado la manera de librarme de eso.

—Explícate —dijo ella, haciéndole sentarse junto a un brasero.

Y el joven se lo contó todo.

—¡Oh, César! ¿Por qué has hecho eso?

—Vamos, mater, bien lo sabes. Yo amo a mi esposa. Eso en primer lugar. Todos estos años ha vivido con nosotros, y yo me he ocupado de ella como no lo habrían hecho ni su padre ni su madre, y yo soy para ella lo mejor de su vida. ¿Cómo voy a abandonarla? ¡Es hija de Cinna, la desgraciada! ¡Ya no es ni romana! Mater, no es que busque la muerte; vivir siendo flamen dialis es infinitamente mejor que morir, pero hay cosas por las que vale la pena morir: los principios, los deberes de un noble romano que tú me inculcaste con tanto rigor. Cinnilla es responsabilidad mía y no puedo abandonarla —añadió encogiéndose de hombros, sonriente—. Además, es la manera de salir de esta situación. Mientras me niegue a divorciarme de Cinnilla, no puedo ser sacerdote del dios. Así que, basta con que rechace el divorcio.

—Hasta que Sila logre matarte.

—Eso está en manos del gran dios, mater. Creo que la Fortuna me ofrece esta ocasión y debo aprovecharla. Lo que debo hacer es conservar la vida hasta que muera Sila. Una vez muerto, nadie tendrá el valor de matar al flamen dialis, y los colegios sacerdotales se verán obligados a anular mis votos. Mater, no creo que Júpiter Optimus Maximus me haya designado sacerdote suyo. Creo que me encomienda otra tarea. Una tarea más útil para Roma.

Aurelia no discutió más.

—Dinero. Necesitarás dinero, César —dijo pasándose las manos por el pelo, como siempre hacía cuando trataba de localizar una cantidad extraviada—. Necesitarás más de dos talentos de plata, pues ése es el precio de la cabeza de los proscritos. Si te descubren, tendrás que pagar bastante más de dos talentos para que el delator te deje huir. Con tres talentos tendrás para comprarle y que te quede lo bastante para subsistir. ¿Cómo encuentro

yo tres talentos sin hablar con los banqueros? Setenta y cinco mil sestercios... En mi cuarto tengo cien mil. Y puedo cobrar los alquileres esta noche; cuando los inquilinos sepan para qué los necesito me pagarán sin dilación. Te adoran, aunque no sé por qué, con lo raro y obstinado que eres... Cayo Matius podrá encontrar más, y me imagino que Lucio Decumio debe guardar debajo de la cama sus turbias ganancias...

Y salió del cuarto sin dejar de hablar. César lanzó un suspiro y se puso en pie. Había que organizar la huida, y antes de ello hablar con Cinnilla.

Mandó a Eutico, el mayordomo, a buscar a Lucio Decumio, e hizo venir a Burgundus.

El anciano Cayo Mario le había dejado aquel germano en su testamento, y en su momento César había sospechado que lo hacía como último eslabón de la cadena de flamen dialis con que le aprisionaba: si por algún motivo dejaba de ser flamen dialis, el gigante estaría a su lado para matarle. Pero César, que era encantador, no había tardado en hacerse con la voluntad de Burgundus, ayudado por la circunstancia de que la grandota criada de su madre, la auvernia Cardixa, le había hecho caer en sus redes. Burgundus era un germano de la tribu de los cimbras, que tenía dieciocho años al ser capturado en la batalla de Vercellae, y ahora tenía treinta y siete, contra cuarenta y cinco de Cardixa. Los dos habían sido manumitidos el día en que César revistió la toga viril, pero el rito de ser declarados libertos no los había cambiado en nada salvo su categoría de ciudadanos (ahora romanos, aunque, habiendo quedado inscrito en la tribu Suburana, su voto no tenía valor). Aurelia, que era tan frugal como escrupulosamente equitativa, siempre había pagado a Cardixa un salario razonable, y también al gigantón Burgundus, por lo que se suponía que los dos tendrían el salario ahorrado para sus hijos, teniendo cubiertas sus necesidades diarias.

—César, tienes que aceptar nuestros ahorros —dijo Burgundus en su espeso latín—. Los vas a necesitar.

Su amo era alto para ser romano, pero Burgundus le sacaba cinco centímetros y era el doble de ancho. Su rostro claro, feo para el criterio estético romano porque su nariz era demasiado recta y corta y su boca

demasiado grande, adoptaba una expresión solemne diciéndolo, pero sus ojos azules manifestaban cariño y respeto.

César le sonrió y meneó la cabeza.

—Te agradezco el ofrecimiento, Burgundus, pero ya se las arreglaré mi madre. Si no puede, pues... lo aceptaré y te lo devolveré con intereses.

Llegó Lucio Decumio entre un remolino de nieve, y César se apresuró a terminar con Burgundus.

—Prepara nuestras cosas para el viaje, Burgundus. Coge ropa caliente. Tú puedes llevar una porra; yo llevaré la espada de mi padre.

¡Ah, qué magnífico poderlo decir! Llevaré la espada de mi padre. Había cosas peores que ser fugitivo de la cólera del dictador.

—¡Ya sabía yo que tendríamos complicaciones! —dijo Lucio Decumio, sin mencionar la ocasión en que una simple mirada de Sila le había causado un miedo cerval—. He enviado a mis hijos a casa a por dinero; no te faltará —añadió, mirando de soslayo la espalda del germano—. Escucha, César, con el tiempo que hace, no puedes ir solo con ese patán. Te acompañaremos mis hijos y yo.

César, que se lo esperaba, le dirigió una mirada de mudo reproche.

—No; no puedo consentirlo. Cuantos más seamos, más llamaremos la atención.

—¿Llamar la atención? —repitió Lucio Decumio abriendo mucho la boca—. ¿Cómo no vas a llamar la atención con ese enorme mastuerzo detrás de ti? Déjale aquí y yo te acompañaré, ¿te parece? El viejo Lucio Decumio pasa ya inadvertido como parte del decorado.

—En Roma, sí —replicó César, sonriéndole con gran afecto—, pero en el país de los sabinos destacarás más que las pelotas de un perro. Iremos Burgundus y yo; además, sabiendo que estás aquí cuidando de las mujeres, estaré mucho más tranquilo.

Como era una verdad irrefutable, Lucio Decumio cedió, mascullando por lo bajo.

—Debido a las proscripciones, es más importante que nunca que haya alguien aquí al cuidado de las mujeres. Julia y Mucia Tertia no tienen a nadie, y, aunque no creo que les suceda nada en el Quirinal, pues toda

Roma siente afecto por tía Julia, menos Sila, tendrás que vigilar tú. Mi madre... —añadió, encogiéndose de hombros—, mi madre es distinta; y eso es tan bueno como malo en relación con Sila. Si las cosas cambian, si se da el caso de que Sila me proscriba y la proscripción alcanza a mi madre, tendrás que encargarte de mi patrimonio. Hemos gastado mucho dinero para criar a los hijos de Cardixa para que el Estado se aproveche de ellos —añadió sonriente.

—¡Nada malo les sucederá, pierde cuidado, Pavo!

—Gracias. Ahora —añadió, pensando en otro asunto—, quiero que alquiles dos mulas y saques los caballos de la cuadra.

Aquél era el secreto de César, lo único en su vida que nadie sabía aparte de Burgundus y Lucio Decumio. Por su condición de flamen dialis no podía tocar caballos, pero desde que el anciano Cayo Mario le había enseñado a montar, le había fascinado la sensación de velocidad, notando la fortaleza del cuerpo del caballo entre sus piernas; y, aunque no era rico, con excepción de las tierras, disponía de una cantidad de dinero estrictamente suya, que su madre jamás habría osado administrar, procedente del testamento paterno, con la que había ido adquiriendo cuanto necesitaba sin necesidad de recurrir a Aurelia. Y se había comprado un caballo. Pero no un caballo cualquiera.

César había sacado fuerzas de flaqueza y se había sacrificado para cumplir todos los requisitos de flamen dialis menos aquél. Se mostraba indiferente a la monótona dieta pensando en que no le costaba nada, y muchas veces había estado tentado de sacar la espada paterna del arca en que se guardaba y esgrimirla, pero se había contenido. A lo único que no había sido capaz de renunciar era a su adoración por los caballos y a montar. ¿Por qué? Por el perfecto resultado de la combinación de dos seres vivos tan distintos. Y se había comprado un precioso caballo castrado color castaño, tan veloz como Bóreas, al que llamaba Bucéfalo en honor al legendario corcel de Alejandro Magno. El animal era su mayor placer, y siempre que podía se escapaba a la puerta Capena, en donde le aguardaban Burgundus y Lucio Decumio con el caballo, para correr con él por el sendero de remolque del Tíber sin temor a matarse, esquivando los pesados

bueyes que tiraban de las barcazas corriente arriba. Y cuando ya se había divertido lo bastante, galopaba a campo través saltando cercas, fundido como un solo ser con su querido Bucéfalo. Muchos conocían al caballo, pero no al jinete, pues se disfrazaba de gálata y se cubría cabeza y rostro con un pañuelo medo.

Aquellas cabalgadas secretas conferían a su vida un riesgo de cuya afición no era aún consciente; a él le divertía sobremanera burlar a Roma y arriesgar su cargo, pues, aunque honraba y respetaba al gran dios al que servía, sabía que mantenía con Júpiter Optimus Maximus una relación particular, y que su antepasado Eneas era hijo de Venus, la diosa del amor. Júpiter lo comprendía, lo autorizaba; Júpiter sabía que por las venas de su terrenal servidor corría una gota de linfa divina. En todo lo demás cumplía los preceptos del flaminado lo mejor que podía, pero sin renunciar a aquella comunión con Bucéfalo, un ser vivo más valioso para él que todas las mujeres del Subura.

Poco después de medianoche estaba listo para partir. Lucio Decumio y sus hijos habían acarreado los setenta y seis mil sestercios que Aurelia había ido llevando a la puerta del Quirinal, mientras otros fieles miembros de la cofradía iban a las cuadras del campo Lanatarius a por los caballos de César y los conducían hacia el lugar convenido, fuera de las murallas Servianas.

—Hubiera preferido —dijo Aurelia, sin mostrar la angustia que la embargaba— que hubieses elegido una cabalgadura menos vistosa que este caballo castaño con el que galopas por todo el Lacio.

César tuvo que reprimir la incontenible risa, hasta que pudo contestar.

—¡No creo, mater! ¿Desde cuándo sabes lo de Bucéfalo?

—¿Así le llamas? —replicó ella con gesto de desdén—. Hijo, tienes manías de grandeza que no corresponden a tu condición sacerdotal. Lo sé desde siempre —añadió con un fulgor irónico en los ojos—. Y sé el precio astronómico que te costó. ¡Cincuenta mil sestercios! Eres un derrochador empedernido, César. Y no sé de dónde los sacaste... De mí no, desde luego.

César la abrazó y la besó en la lisa frente.

—Bueno, mater, juré que nadie más que tú llevaría mis cuentas, pero quiero saber cómo te enteraste de lo de Bucéfalo.

—Tengo mis propias fuentes de información —contestó ella sonriente—. Es inevitable, después de veintitrés años viviendo en el Subura. Aún no has hablado con Cinnilla —añadió, ya seria, mirándole a los ojos—. Y está inquieta, imaginándose que algo sucede, a pesar de que le he dicho que se quede en su cuarto.

—¿Y qué le digo, mater? —preguntó él con un suspiro, frunciendo el ceño—. ¿Qué puedo explicarle?

—Dile la verdad, César. Tiene doce años.

Cinnilla ocupaba lo que había sido el cuarto de Cardixa, debajo de las escaleras que ascendían hacia los pisos más altos que daban al vicus Patricius; Cardixa vivía ahora con Burgundus y los hijos en un cuarto nuevo que el propio César se había complacido en idear y construir sobre las dependencias de los criados.

Al entrar César, anunciándose con los nudillos en la puerta, su esposa estaba sentada ante el telar, tejiendo una tela gris y lanuda destinada a su vestuario de flaminica dialis, cuyo aspecto tan poco agradable suscitó en César un repentino e inexplicable pesar.

—¡No hay derecho! —exclamó, levantándola del escabel para abrazarla y sentarla en su regazo sobre el reducido catre.

Le parecía una niña adorable, aunque él era demasiado joven para que le atrajese su incipiente femineidad; a él le gustaban las mujeres mucho más maduras, pero para quien ha vivido siempre rodeado de personas altas y de tez clara, aquella piel un poquitín cetrina en un cuerpo llenito resultaba fascinante. Sus sentimientos hacia ella eran ambiguos, pues hacía ya cinco años que vivía en la casa como si fuera una hermana, aunque sabía perfectamente que era su esposa y que Aurelia le daba permiso para que él la sacara de aquel cuarto y la acostara en su cama. No era de índole moral aquella ambigüedad que habría podido denominarse logística; había momentos en que era hermana, y otros en que era esposa. Sí, era sabido que los monarcas orientales se casaban con sus hermanas, pero le habían dicho que los cuartos de los niños de los Tolomeos y de Mitrídates eran un

reñidero increíble, y que los hermanos se pegaban con las hermanas como fieras; él nunca se había peleado con Cinnilla más de lo que había hecho con sus propias hermanas. Aurelia no se lo hubiera consentido.

—¿Te marchas, César? —preguntó Cinnilla.

Tenía un mechón de pelo sobre las cejas, y él se lo retiró hacia atrás y siguió acariciándole la cabeza, con un ritmo suave, consolador, sensual, como si fuese un gatito. Ella, con los ojos cerrados, se reclinó contra su pecho.

—¡Eh, no, no te duermas ahora! —dijo él, severo, zarandeándola—. Ya sé que es tarde, pero tengo que hablarte. Si, es cierto; me voy.

—¿Qué está pasando estos días? ¿Tiene que ver con las proscripciones? Aurelia dice que mi hermano ha huido a Hispania.

—Sí, Cinnilla, tiene algo que ver con eso. Pero es porque las dicta Sila. Tengo que irme porque Sila dice que está en tela de juicio mi cargo de flamen dialis.

Ella sonrió de modo que el carnoso labio superior dejó ver el pliegue interno; un gesto característico que todos encontraban encantador.

—Pues estarás contento; a ti que no te gustaba ser flamen dialis...

—Ah, sigo siendo flamen dialis —replicó César con un suspiro—. Según dicen los sacerdotes, eres tú quien no cumple los requisitos —añadió, cambiándola de postura y haciendo que se sentara derecha en sus rodillas para mirarla a la cara—. Ya sabes la situación en que se encuentra tu familia, pero lo que quizá no sepas es que cuando declararon sacer a tu padre dejó de ser ciudadano romano.

—Bueno, comprendo que Sila nos quite las propiedades, pero mi padre murió mucho antes de que volviera Sila —dijo Cinnilla, que no era muy despierta y necesitaba que se lo explicasen todo—. ¿Cómo puede haber perdido la ciudadanía?

—Porque las leyes de proscripción de Sila despojan automáticamente al proscrito de la ciudadanía, y porque de los que están en las listas de Sila muchos ya habían muerto. Tu padre, el hijo de Mario, los pretores Carrinas y Damasipo y muchos otros estaban muertos cuando fueron declarados proscritos. Pero, a pesar de ello, han perdido la ciudadanía.

—No me parece justo.

—Estoy de acuerdo, Cinnilla —replicó César, lamentando no tener unas dotes explicativas más simples—. Tu hermano ya era mayor de edad cuando tu padre fue proscrito y conserva la ciudadanía romana, pero no puede heredar dinero ni propiedades de la familia, ni presentarse a las elecciones de magistrado curul. Pero tu caso es distinto.

—¿Por qué? ¿Porque soy niña?

—No, porque eres menor de edad. El sexo no tiene nada que ver. La lex Minicia de liberis estipula que los hijos de cónyuges, uno romano y otro no, deben adoptar la ciudadanía del cónyuge no romano. Es decir que, según los sacerdotes, tú ahora eres extranjera.

Cinnilla comenzó a temblar, sin llorar, mirando compungida a César con sus enormes ojos negros.

—¡Oh! ¿Y por eso ya no soy tu esposa?

—No, Cinnilla, no es eso. Eres mi esposa hasta que uno de los dos muera, porque estamos casados conforme al rito tradicional. No hay ninguna ley que prohíba a un romano casarse con una extranjera. No es nuestro matrimonio lo que se discute. Lo que se pone en duda es tu ciudadanía, lo mismo que la ciudadanía de los hijos de todos los proscritos que eran menores de edad en el momento de la proscripción. ¿Está claro?

—Creo que sí —replicó la niña muy pensativa, sin dejar de fruncir el ceño—. ¿Y significa eso que si te doy hijos no van a ser ciudadanos romanos?

—Con arreglo a la lex Minicia, así es.

—¡Oh, César, qué horrible!

—Pues sí.

—Pero yo soy patricia.

—Ya no, Cinnilla.

—¿Y qué voy a hacer?

—De momento nada. Pero Sila sabe que tiene que aclarar sus leyes a este respecto, y esperemos que lo haga de una manera que permita que nuestros hijos sean romanos aunque tú no lo seas. Hoy Sila me ha llamado y me ha dicho que me divorciase de ti —añadió, abrazándola con más fuerza.



Ahora sí que le brotaron las lágrimas, en silencio, trágicas. Ya a sus dieciocho años César sabía lo que eran las lágrimas de mujer; un fastidio bastante rutinario que solía producirse cuando se cansaba de una, o una de ellas se enteraba que andaba con otra, esa clase de lágrimas le aburrían y ponían a prueba su carácter brusco y colérico; y, aunque había aprendido a dominarse totalmente, cuando le venían con lloriqueos siempre perdía el control, con funestas consecuencias para la llorona. Pero las lágrimas de Cinnilla eran de auténtico dolor, y fue Sila quien despertó su ira por haber hecho llorar a la niña.

—Vamos, vamos, cariño —dijo apretándola contra su pecho—. No voy a divorciarme de ti aunque lo ordenase Júpiter Optimus Maximus en persona. ¡Aunque viviéramos mil años no me divorciaría!

La niña lanzó una risita, haciendo ruido con la nariz, y dejó que él le enjugase las lágrimas con el pañuelo.

—¡Suénate! —dijo César, y ella así lo hizo—. Bueno, ya está bien. No hay por qué llorar. Eres mi esposa y lo seguirás siendo pase lo que pase.

Cinnilla le rodeó el cuello con un brazo y se echó a reír, hundiendo la cabeza en el hombro de él.

—¡Oh, César, te quiero! ¡Cuánto me cuesta esperar a hacerme mayor!

Aquellas palabras le conmovieron. Y sentía el bultito de sus pechos incipientes, pues sólo vestía una túnica. Acercó la mejilla al pelo de Cinnilla, pero la soltó con delicadeza para no caer en la tentación de algo que su honor le impediría concluir.

—Júpiter Optimus Maximus no baja en persona —dijo ella, como buena niña romana que conocía la religión—. El está en donde Roma está... por eso Roma es la mejor y la más grande.

—¡Qué estupenda flaminica dialis hubieras sido!

—Lo habría procurado. Por ti —dijo ella, alzando la cabeza para mirarle—. Si Sila te dijo que te divorciases de mí y tú no has querido, ¿él va a intentar matarte? ¿Te marchas por eso, César?

—Desde luego que intentará matarme, y por eso me marchó. Si me quedase en Roma, podría matarme fácilmente, porque tiene muchos sicarios y nadie sabe quiénes son. Pero en el campo correré menos peligro —dijo,

haciéndola saltar en sus rodillas como hacía al principio, cuando había venido a vivir con ellos—. Cinnilla, tú no tienes que preocuparte por mí. Mi vida es demasiado resistente para que Sila pueda cortarla. Ya verás. Tú lo que tienes que hacer es no dejar que mater se preocupe.

—Lo intentaré —contestó ella, besándole en la mejilla, sin atreverse a hacer lo que deseaba, que era besarle en la boca y decirle que ya era mayor.

—¡Muy bien! —dijo él, bajándola de su regazo y levantándose—. Volveré cuando muera Sila.

Y sin más, salió del cuarto.

Al llegar a la puerta del Quirinal, César se encontró con Lucio Decumio y sus hijos, que estaban esperándole. Habían repartido el dinero entre las dos mulas para que no fuesen muy cargadas, y las bolsas de cuero estaban disimuladas en falsos fondos de baldes llenos de rollos de pergamino.

—Esto no lo habrás ingeniado hoy mismo —dijo César, sonriendo—. ¿Es así como transportas el producto de tus pillajes?

—Anda, habla con tu caballo. Pero primero quiero decirte una cosa: que el dinero lo cargue Burgundus. Escucha, patán —añadió, volviéndose hacia el germano, con mirada tan fiera que el gigantón dio un paso atrás—, cuando cojas estos baldes cuida bien de fingir que son como plumas. ¿Entendido?

—Entiendo, Lucio Decumio —contestó Burgundus, asintiendo con la cabeza—. Plumas.

—¡Ahora pon el resto de las cosas encima de los libros, y si el chico echa al galope como el viento, tú no sueltes las mulas para nada!

César estaba con la mejilla pegada a la cabeza de su caballo, musitándole tiernas palabras. Sólo cuando el resto del equipaje estuvo atado sobre las mulas, se despegó de él para que Burgundus le ayudase a montar.

—¡Cúidate, Pavo! —dijo Lucio Decumio con voz estridente y lágrimas en los ojos, agitando su mugrienta mano.

César, el epíctome de la limpieza, se inclinó y la cogió para besársela.

—Sí, papá —dijo.

Y ambos comenzaron a alejarse, desapareciendo en la cortina de nieve.

El caballo de Burgundus era el corcel de la familia, casi tan valioso como Bucéfalo, un animal niseano de raza meda mucho más grande que los caballos de los pueblos mediterráneos; había pocos caballos de aquéllos en Italia, puesto que su único uso era transportar personas de gran estatura. Muchos granjeros y comerciantes se recreaban mirándolos, pensando en su utilidad como acémilas o para uncirlos a carros pesados o al arado, dado que eran más rápidos e inteligentes que los bueyes; pero cuando se les uncía para arrastrar cargas, los arreos les estrangulaban, y como acémilas tampoco resultaban por la cantidad de pienso que consumían en el viaje. Pero un caballo corriente no hubiera podido con Burgundus, y, aunque una mula si que lo hubiera aguantado, en ella habría rozado el suelo.

César se encaminó hacia Crustumarium, agachado sobre Bucéfalo y resguardándose con la cabeza del animal. ¡ Era un crudo invierno!

Cabalgaron a toda prisa por la noche para alejarse lo más posible de Roma, deteniéndose sólo a la noche siguiente. Pero ya habían llegado a Trebula, en las estribaciones de las montañas. Era un pueblecito, pero contaba con una posada que era a la vez acogedora taberna de la localidad, y estaba llena de gente bulliciosa. Lo que no gustó nada a César fue su estado sucio y descuidado.

—Pero al menos estamos bajo techado y tendremos donde dormir —dijo a Burgundus, después de que le enseñaran el cuarto en que habían de dormir en el piso de arriba, en compañía de varios perros de pastor y seis gallinas.

Era inevitable que llamaran la atención entre los lugareños que allí había bebiendo, que luego volverían tambaleándose a sus casas en medio de la nevada, aunque algunos (como les dijo el posadero) pasarían la noche en el mismo sitio en que acabaran cayendo borrachos.

—Hay salchichas y pan —dijo el hombre.

—Bien —dijo César.

—¿Vino?

—Agua —respondió César con firmeza.

—¿Tan joven eres que no bebes? —preguntó el posadero, torciendo el gesto, puesto que en lo que ganaba era en el vino.

—Mi madre me mataría si probara el vino.

—¿Y tu amigo? El ya tiene edad.

—Sí, pero es retrasado mental y es preferible que no lo cate porque es capaz de abrir un oso en canal y ha partido en dos unos leones que un pretor tenía para los juegos de Roma —dijo César muy serio, mientras Burgundus miraba con ojos vacíos.

—¡Cáspita! —exclamó el hombre, apartándose sin pensárselo dos veces.

Nadie molestó a César al verle acompañado de aquel gigantón, por lo que pudieron sentarse en el sitio más tranquilo del bullicioso lugar y se dedicaron a contemplar el deporte local, que al parecer consistía en emborrachar a los más jóvenes, discutiendo cuánto aguantarían sin caer al suelo.

—¡La vida del campo! —comentó César, dándose una palmada en el brazo—. ¿Acaso pensabas que Roma está demasiado lejos para que estos palurdos voten? Y sus votos cuentan, porque pertenecen a tribus rurales, mientras que hombres listos, que incluso entienden de política, han tenido la desgracia de nacer en Roma, y su voto no cuenta para nada. ¡No hay derecho!

—Estos no saben ni leer —añadió Burgundus, que ya sabía por haberle enseñado César y Cnifo—. Mejor, César —añadió, apagándose su fugaz sonrisa—. Nuestros baldes no corren peligro.

—Desde luego —contestó César, volviéndose y dándose una palmada en el brazo—. ¡Esta posada está llena de mosquitos!

—Acuden en invierno. Con este calor podrían cocerse huevos —dijo Burgundus.

Era una exageración, pero sí que hacía un notable calor, producto de lo lleno que estaba el local y del enorme fuego que ardía en un pozo de piedra en una de las paredes, que, aunque tenía un agujero en el techo para que saliera el humo, contrarrestaba sobremanera el frío con unos troncos

gruesos como la cintura de un hombre, que lanzaban enormes llamaradas. Era evidente que en la boscosa Trebula no estaban dispuestos a pasar frío.

Los rincones oscuros estaban llenos de mosquitos, y las camas llenas de pulgas y chinches; César pasó la noche sentado en una silla, y al amanecer abandonó a toda prisa la posada. Inmediatamente se comentó en la taberna quién sería aquel hombre que viajaba con aquel tiempo, acompañado de un criado gigante.

—¡Muy engreído! —comentó el posadero.

—Proscritos —añadió su mujer.

—Es demasiado joven —añadió un individuo con aspecto de ser de ciudad, que había llegado en el momento en que se iban César y Burgundus—. Además, se les hubiera notado el miedo si hubieran sido fugitivos de Sila.

—Pues irá a visitar a alguien —dijo la esposa del posadero.

—Lo más probable —añadió el forastero, no muy convencido—. Habrá que investigar. La pareja es inconfundible, ¿no crees? Aquiles y Ajax —añadió, mostrando su erudición—. Lo que más me ha llamado la atención son los caballos, que debían de valer una fortuna. No es un pobretón.

—Seguramente tendrá un buen trozo de rosea rura en Reate —dijo el posadero—. Seguro que los caballos son de allí.

—Tenía aire de ser del Palatino —añadió el forastero, que ahora ya comenzaba a tener sospechas—. Cachorro de una de las familias egregias. Sí, no era ningún pobretón.

—Bueno, si tiene dinero, con él no lo lleva —comentó el posadero despectivo—. ¿Sabes lo que llevaban en las mulas? ¡ Libros! Doce grandes baldes con libros. ¿Te imaginas? ¡ Libros...!

Tras sufrir las inclemencias de un frío más intenso conforme ascendían las estribaciones del monte Fiscellus, César y Burgundus alcanzaron Nersae un día más tarde.

La madre de Quinto Sertorio llevaba viuda más de treinta años, y no parecía haber estado nunca casada. A César le recordaba al finado y llorado

Escauro, príncipe del Senado, pues era pequeña y delgada, llena de arrugas, casi calva, y conservaba como único atractivo un par de ojos verdes muy vivos. Costaba creer que hubiese podido traer al mundo un varón tan robusto como Quinto Sertorio.

—Se encuentra bien —le dijo a César, mientras llenaba la bien fregada mesa con toda clase de alimentos de su despensa; estaban en el campo y se sentaban en sillas para comer—. No le costó hacerse gobernador en la Hispania Citerior, pero espera complicaciones ahora que Sila se ha proclamado dictador —añadió con una risita—. Pero no importa, a Sila le dará mucho más que hacer que ese pobre hijo de mi primo Mario. Claro, es que le educaron con mucha blandura. Julia es encantadora, pero muy blanda, y mi primo Mario estaba fuera de casa la mayor parte del tiempo. Lo mismo que en tu caso, César, pero tu madre no ha sido blanda, ¿verdad?

—No, Ria —contestó César, con ojos risueños.

—De todos modos, a Quinto Sertorio le gusta Hispania. Siempre le ha gustado. Estuvo allí con Sila hace años, cuando anduvieron espiando a los germanos. Me ha dicho que en Osca tiene una esposa germana y un hijo. Me alegra saberlo, porque así tendrá quien le cuide.

—Debería casarse con una mujer romana —dijo César, lacónico.

Ria lanzó una risa nerviosa.

—¿Quinto Sertorio? ¡Qué va! No le gustan las mujeres. Se casó con esa germana porque le exigían tener esposa para pertenecer a la tribu. No, a él no le gustan las mujeres; pero tampoco los hombres —añadió, frunciendo los labios.

La conversación giró en torno a Quinto Sertorio y sus hazañas durante un buen rato, hasta que, finalmente, Ria dejó el tema de su hijo y comenzó a decirle a César lo que debía hacer.

—Me gustaría que te quedases aquí, pero me conocen de sobra y no eres el primer fugitivo al que alojo. Mi primo Mario me envió a Copillus, nada menos que rey de los volcos tectosagos. Un hombre encantador y muy civilizado para ser bárbaro. Le estrangularon en la Carcer después del triunfo de mi primo Mario. Pero yo pude hacer unos ahorros gracias a los cuidados que le dispensé todos esos años. Cuatro creo que fueron... Mi

primo Mario siempre fue generoso y me pagó bien. Yo lo hubiera hecho de balde, porque Copillus era buena compañía... Quinto Sertorio es poco casero; a él lo que le gusta es el combate —añadió, encogiéndose de hombros y palmeándose enérgicamente las rodillas—. Bien, conozco un matrimonio que vive en la montaña, en la ruta hacia Amiternum, que se alegrarán de ganar algún dinero, y se puede confiar en ellos, te lo aseguro. Te daré una carta para ellos y te diré cómo encontrar el lugar cuando te vayas.

—Mañana —dijo César. Pero ella meneó la cabeza.

—Ni mañana ni pasado. Está nevando mucho y no se sabe el terreno que se pisa. Y tu hermano se hundiría en cualquier río helado sin darse cuenta de que es un río. Te quedas aquí conmigo hasta que amaine el invierno.

—¿Cómo hasta que amaine?

—Hasta que cesen estas primeras nevadas intensas y el hielo sea sólido. Entonces se puede viajar sin riesgo; es difícil a caballo, pero podréis llegar. Haz que el hermano vaya delante, pues, como los cascos de su caballo son muy grandes, resbalará menos y abrirá camino a tu bonito corcel. ¡Mira que viajar en invierno con un caballo así...! No tienes sentido común, César.

—Eso dice mi madre —contestó él, contrito.

—Ella sí que lo tiene. La gente del país de los sabinos entiende de caballos, y el tuyo no les pasará inadvertido, mientras que a donde te envío no habrá nadie a quien llame la atención —dijo Ria sonriente, mostrando unos cuantos dientes ennegrecidos—. Claro, es que sólo tienes dieciocho años, pero ya aprenderás.

Al día siguiente el tiempo dio la razón a la anciana; la nevada continuó, amontonándose la nieve de un modo espectacular, y, de no haberse puesto César y Burgundus manos a la obra para quitarla con palas, la acogedora casa de piedra hubiera quedado sepultada, y ni el propio hermano habría podido abrir la puerta. Continuó nevando otros cuatro días, y después comenzaron a verse retazos de cielo azul y el frío se intensificó.

—Me gusta el invierno aquí —comentó Ria, mientras les ayudaba a apilar la paja en el establo—. En Roma el frío es horrible, y esta década

estamos padeciendo un ciclo de inviernos fríos.

—Pronto tendré que irme —añadió César, amontonando heno.

—Teniendo en cuenta lo que comen tu germano y su rocín, no creas que me apenará que os vayáis —replicó refunfuñando la madre de Sertorio—. Quizá pasado mañana, porque cuando vuelva a abrirse el camino entre Roma y Nersae aquí correréis peligro. Si Síla sabe de mi existencia, y no la ignorará porque conocía muy bien a mi hijo, será aquí a donde primero mande a sus esbirros.

Pero el destino decidiría en contra de la marcha de los huéspedes de Ria. La noche antes de iniciar los preparativos César cayó enfermo. Aunque afuera hacía una temperatura por debajo de cero grados, la casa estaba bien caldeada a la manera rural, con braseros y sólidas contraventanas para que no entrase el viento; pero César tenía cada vez más frío.

—No me gusta esto —dijo Ria—. Te castañetean los dientes, y hace ya mucho tiempo para que sean unas simples fiebres —añadió, poniéndole la mano en la frente y frunciendo el ceño—. ¡Estás ardiendo! ¿Te duele la cabeza?

—Mucho —musitó él.

—Pues mañana no vas a ninguna parte. ¡Tú, patán germano, lleva a tu amo al lecho!

Y en cama se quedó César, consumido por la fiebre y abatido por la tos y el dolor de cabeza, sin poder probar bocado.

—Caelum grave et pestilens —dijo la curandera que vino a examinarle.

—No son las fiebres intermitentes —replicó tenaz Ría—. No son cuartanas ni tercianas. Y no suda.

—Oh, sí que son las fiebres, Ria. Con otras manifestaciones.

—Pues morirá.

—Es fuerte —respondió la curandera—. Hazle beber —añadió—. Es mi único consejo: agua mezclada con nieve.

Sila se disponía a leer una carta que le había enviado Pompeyo desde África, cuando entró el mayordomo Crisógono lleno de inquietud.



—¿Qué sucede? ¡ Estoy ocupado!

—Domine, una dama desea veros.

—¡Dile que se largue!

—¡Es imposible, domine!

Aquello hizo que se olvidara de la carta; la dejó en la mesa y se quedó mirando pasmado al mayordomo.

—Pensaba que no existía nadie capaz de disuadirte, Crisógono —dijo con cierta sorna—. Estás temblando. ¿Es que te ha mordido?

—No, domine —respondió el mayordomo, que carecía del más mínimo sentido del humor—, pero creo que sería capaz de matarme.

—¡Oh! Creo que tendré que recibirla. ¿Te ha dicho su nombre? ¿Es un ser mortal?

—Aurelia, me ha dicho.

Sila estiró la mano y se la miró.

—No, no estoy alterado.

—¿La hago pasar?

—No. Dile que no quiero volver a verla —respondió Sila, pero sin volver a coger la carta de Pompeyo, por la que había perdido todo interés.

—¡Domine, se niega a marcharse hasta que la recibáis!

—Pues haz que la echen los criados.

—Lo he intentado, domine, y no se atreven a ponerle la mano encima.

—¡Sí, no me extraña! —exclamó Sila, cerrando los ojos—. Muy bien, Crisógono; hazla pasar.

—Siéntate —añadió, nada más entrar Aurelia.

Ella tomó asiento bajo la despiadada luz invernal, que mostraba una vez más el deterioro físico que el tiempo había causado en Sila. El, en su puesto de mando de Teanum, no la había visto bien por falta de luz, y ahora la devoraba con la mirada. Había adelgazado, y eso habría debido desfavorecerla, pero la hacía más hermosa; el color rosado que tenían sus labios y mejillas se había convertido en un tono marmóreo; su pelo no había encanecido ni ella había tratado de rejuvenecer su aspecto aligerando el peinado, lo seguía llevando liso y recogido en moño en la nuca. Y

conservaba los mismos ojos cautivadores poblados de largas pestañas negras, bajo sutiles cejas. Unos ojos que le miraban con firmeza.

—Vienes por tu hijo, supongo —dijo él, retrepándose en la silla.

—Exacto.

—¡Pues habla! Te escucho.

—¿Lo has hecho porque se parece tanto a tu hijo?

Presa de una conmoción, no pudo seguir sosteniéndole la mirada, y la clavó en la carta de Pompeyo hasta sobreponerse.

—Me causó impresión verle. Pero no ha sido por eso —replicó, volviendo a mirarla a los ojos.

—Yo sentía afecto por tu hijo, Lucio Cornelio.

—Aurelia, eso nada tiene que ver con lo que quieres. Mi hijo murió hace mucho tiempo, y me he resignado, aunque haya gente que quiera aprovecharse de mis sentimientos.

—Luego sabes lo que quiero.

—Ciertamente —replicó él, inclinando la silla hacia atrás con cierta dificultad, dadas las patas curvadas hacia afuera—. Quieres que no pierda la vida, a pesar de que el mío la perdió.

—¡No irás a reprochárnoslo a nosotros!

—¡Reprocho lo que quiero a quien me parece! ¡ Soy dictador de Roma! —gritó él, con espumarajos en la boca.

—¡No digas tonterías, Sila! ¡No te lo crees ni tú! He venido a pedirte que salves la vida de mi hijo, que no merece morir del mismo modo que no merecía que le nombraran flamen dialis.

—En eso estoy de acuerdo. No es adecuado para el cargo. Pero lo ostenta. Bien que te habrá agradado que se lo dieran.

—Yo no quería que fuese flamen dialis, y mi esposo tampoco. Nos lo comunicó el propio Mario cuando estaba cometiendo aquellas atrocidades —replicó Aurelia, alzando el labio superior para mostrar su indignación—. Fue también Mario quien ordenó a Cinna que le diera su hija por esposa. ¡Cinna tampoco quería para nada que su hija fuese flaminica dialis!

Sila cambió de tema.

—Ya no vistes aquella ropa de preciosos colores —dijo—. Ese color hueso no te favorece nada.

—¡Déjate de tonterías! —respondió ella—. ¡No he venido a complacer tu gusto visual, sino a suplicarte la vida de mi hijo!

—Me gustaría mucho salvársela. Ya sabe lo que tiene que hacer: divorciarse de la hija de Cinna.

—No quiere divorciarse.

—¿Por qué? —vociferó Sila, poniéndose en pie—. ¡Dime por qué!

Un rubor iluminó las mejillas de Aurelia y bañó sus labios.

—¡Porque tú has sido tan tonto que le has mostrado que ella es la solución para colgar los hábitos del cargo que detesta! Si se divorciara de ella seguiría siendo flamen dialis para el resto de sus días. Y él antes prefiere morir.

—¿Quéee? —bramó Sila, conteniendo la respiración.

—¡Eres un necio, Sila! ¡Un necio! ¡Jamás se divorciará de ella!

—¡No me critiques!

—¡Te diré todo lo que pienso, maldito vejestorio!

Se hizo un extraño silencio y el furor de Sila fue cediendo con la misma rapidez que aumentaba el de Aurelia. Se había acercado a la ventana, dándole la espalda, pero volvió a mirarla, con una actitud que nada tenía que ver con la ira ni con el apuro en que ella le ponía.

—Vamos a ver —dijo—. Dime por qué Mario le nombró flamen dialis si vosotros no lo deseabais.

—Fue en relación con la profecía —contestó ella.

—Sí, eso lo sé. Siete veces cónsul y tercer fundador de Roma... él no cesaba de decirlo.

—No es eso. Había un segundo vaticinio que no dijo a nadie hasta cuando ya estaba trastornado y lo relató a su hijo Mario, quien se lo contó a Julia y ella me lo dijo a mi.

—Continúa —dijo Sila, sentándose de nuevo, con el ceño fruncido.

—La segunda parte de ese vaticinio se refería a mi hijo César. La anciana Marta predijo que sería el romano más famoso de todos los tiempos, y Cayo Mario lo creyó. Por eso le hizo flamen dialis, para que no

pudiera ir a la guerra y labrarse una carrera política —dijo Aurelia, hundiéndose en el asiento, lívida.

—Porque un hombre que no puede ir a la guerra y alcanzar el consulado no logra fama —dijo Sila, asintiendo con la cabeza y lanzando un silbido—. ¡Muy listo, Mario! ¡Buena jugada! Nombras a tu rival flamen dialis y le hundes. No creía yo que esa mala bestia fuese tan sutil.

—¡Oh, ya lo creo!

—Interesante historia —dijo Sila, cogiendo la carta de Pompeyo—. Puedes marcharte; la audiencia ha terminado.

—¡Salva la vida a mi hijo!

—No, si no se divorcia de la hija de Cinna.

—Jamás lo hará.

—Pues no hay nada más que decir. Adiós, Aurelia.

Un último intento.

—Una vez lloré por ti. Y te gustó. Ahora siento ganas de volver a llorar por ti; pero no te agradarán esas lágrimas. Porque son de aflicción al ver el final de un gran hombre; pues ahora me doy cuenta de que eres un hombre que ha caído tan bajo que quieres vengarte de niños. La hija de Cinna tiene doce años, y mi hijo dieciocho. ¡Son unos niños! Sin embargo la viuda de Cinna se pasea por Roma con toda impunidad porque se ha casado con otro, y ese otro es de los tuyos. La hija de Cinna está en la pobreza, sin poder marcharse del país: otra niña. Mientras que la viuda de Cinna, que no es ninguna niña, medra como nunca —le soltó casi sin pausas, con profundo desdén y tono mordaz—. Claro que Annia es pelirroja. ¿Es de ella esa peluca que llevas en la cabeza?

Dicho lo cual, giró sobre sus talones y salió sin despedirse.

Crisógono entró apresuradamente.

—Quiero que den con alguien —dijo Sila con gesto atroz—. Que lo busquen, Crisógono. Sin proscribirlo ni matarlo.

Ansiaba saber lo que habría hablado su amo y aquella mujer excepcional. ¡Estaba seguro de que se conocían de antaño! El mayordomo lanzó un suspiro: nunca lo sabría.

—¿Un acuerdo privado, verdad? —preguntó con un hilo de voz tenue.

—¡Buena forma de definirlo! Sí, un acuerdo privado. Dos talentos de recompensa para quien encuentre a Cayo Julio César, el flamen dialis, que será traído a mi presencia sin que se le toque un solo cabello. Y encárgate tú de que así lo entiendan todos. Que nadie mate al flamen dialis. Lo único que quiero es que le traigan aquí. ¿Entendido?

—Naturalmente, domine —contestó el mayordomo, sin hacer gesto de marcharse, lanzando una tosecilla.

—¿Qué hay? —inquirió Sila alzando la vista de la carta de Pompeyo.

—He preparado el plan que me pedisteis, domine, cuando solicité que me nombraseis burócrata jefe de la administración de bienes confiscados a los proscritos. Y he encontrado un mayordomo subalterno para que le veáis, en el caso de que estéis de acuerdo con que yo sea el administrador.

—Si te doy un mayordomo suplente, te crees capaz de desempeñar las dos tareas, ¿verdad? —preguntó Sila con aviesa sonrisa.

—Es mejor que las desempeñe yo las dos, domine, creedme. Leed mi proyecto y veréis sin lugar a dudas que yo me identifico plenamente con esta peculiar tarea administrativa. ¿Para qué encomendársela a un profesional del Tesoro que tendría reparos en plantearos personalmente las dudas y que estaría demasiado apegado al reglamento oficial para sacar partido de los aspectos más comerciales del asunto?

—Lo pensaré y te contestaré —dijo Sila, volviendo a coger la carta de Pompeyo.

Miró imperturbable al mayordomo que se retiraba haciendo una reverencia, y sonrió amargamente. ¡Abominable criatura! ¡Un sapo! Pero eso era lo ideal para la administración de los bienes de los proscritos: alguien abominable y fiel. Siendo Crisógono el administrador, podía estar seguro de que no se cometerían desmanes. Claro que el griego se aprovecharía personalmente, pero nadie mejor que el propio Crisógono para comprender que su suerte dependía de no aprovecharse de un modo que pudiera ser perjudicial para el amo. El objeto de las proscripciones requería una actividad bien enmascarada de respetabilidad: venta de los bienes, confiscación de capitales, alhajas, muebles, obras de arte y acciones. A él le era imposible administrar todo aquello, y tenía que hacerlo alguien. Sí,

Crisógono era la persona. ¡Mejor él que un burócrata del Tesoro! Un burócrata no acabaría nunca de hacer las cosas, y era un trabajo que exigía rapidez. Pero no había que dar pábulo a que nadie dijera que él, Sila, se había aprovechado de los fondos del Estado. Aunque Crisógono ya era liberto, no por eso dejaba de depender de él; y el griego sabía que su vida dependía de hacerlo bien.

Satisfecho de haber resuelto el dilema, se enfrascó finalmente en la carta de Pompeyo.

*Las provincias de África y Numidia están pacificadas y en orden. Tardé cuarenta días en lograrlo. Zarpé de Lilibeo a finales de octubre con seis legiones y dos mil soldados de mi caballería, dejando a Cayo Memio al mando en Sicilia. No juzgué necesario establecer guarniciones allí donde ya había comenzado a reunir naves nada más llegar. A finales de octubre tenía ya más de ochocientos barcos. Me gusta organizarlo todo bien porque se gana mucho tiempo. Antes de zarpar, envié un mensajero al rey Bogud de Mauritania, quien actualmente tiene su ejército en Iol, no muy lejos de Tingis. Bogud reina desde Iol y ha dejado en Tingis un reyezuelo. Todos estos cambios se deben a la contienda de Numidia, en donde el príncipe Yarbas ha usurpado el trono del rey Hiempsal. Mi mensajero instó al rey Bogud a que invadiese inmediatamente Numidia por el oeste, sin aceptar pretexto alguno. Mi estrategia consistía en que Bogud obligase a Yarbas a replegarse hacia el este hasta que llegase a donde yo estaba para aplastarle.*

*Desembarqué mis tropas en dos divisiones: una en Cartago y la otra en Utica. Me puse al mando de esta segunda, y nada más tocar tierra recibí la sumisión de siete mil soldados de Cneo Ahenobarbo, lo que interpreté como buen augurio. Ahenobarbo decidió presentar batalla sin dilación, pues temía que, de no hacerlo, se pasaran a mis filas más tropas suyas. Desplegó su ejército ante una garganta para tenderme una emboscada cuando la atravesase, pero no caí en la trampa porque subí a un risco y vi su posición. Comenzó a llover (el invierno es la estación lluviosa en la provincia de África) y aproveché la circunstancia de que la lluvia azotaba*

*los ojos de sus tropas. Gané una gran batalla y mis hombres me proclamaron imperator en el campo de batalla. Pero tres mil soldados de Ahenobarbo lograron escapar ilesos. Mis hombres seguían vitoreándome, pero yo les dije que lo hiciesen más tarde, y nos apresuramos a perseguir a Ahenobarbo hasta su campamento y lo aniquilamos con todas sus tropas. Entonces, permití que mis hombres me vitoreasen como imperator.*

*Luego marché a Numidia, una vez sometidos en todo el territorio de la provincia de África los insurgentes, a quienes ejecuté en Útica. El usurpador Yarbas se refugió en Bulla Regis, una ciudad en el curso superior del río Bagradas, al saber que yo avanzaba por el este y Bogud por el oeste. Por supuesto, yo llegué a Bulla Regis antes que el rey Bogud, y la ciudad me abrió sus puertas y se rindió, entregándome a Yarbas, a quien ejecuté inmediatamente, junto con otro noble llamado Masinisa; y repuse en su trono de Cirta al rey Hiempsal. Tuve oportunidad de dedicarme a la caza de animales salvajes, que en este país los hay de toda clase, desde elefantes hasta unos muy parecidos a grandes gatos. Te escribo ésta desde el campamento en la llanura de Numidia.*

*Me propongo volver pronto a Utica, al haber sometido todo el norte de África en cuarenta días, como te decía. No es necesario dejar guarniciones en esta provincia, y puedes enviar un gobernador sin cuidado. Voy a embarcar mis seis legiones y dos mil soldados de caballería y zarparemos hacia Tarentum. Después nos dirigiremos a Roma por la vía Apia, y me gustaría celebrar un triunfo. Mis hombres me han vitoreado como imperator en el campo de batalla y tengo derecho a ello. He pacificado Sicilia y África en cien días, y ejecutado a todos tus enemigos. Tengo también un buen botín para mostrar en el desfile triunfal.*

En cuanto Sila hubo asimilado lo que decía Pompeyo, se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas, sin saber si aquellas ingenuas confidencias por escrito le divertían por su engreído tono o por los burdos detalles, como el de que la estación de lluvias era en invierno o que Bulla Regis estaba en el curso alto del Bagradas. ¿Acaso Pompeyo pretendía ignorar que él había pasado años en África, capturando en persona al rey

Yugurta? Después de cuarenta días felices, Pompeyo lo sabía todo. ¿Cuántas veces repetía que las tropas le habían proclamado imperator? ¡Era para morirse de risa!

Cogió un papel y se dispuso a contestarle de su puño y letra. Era una carta que no quería confiar a ningún secretario.

*Ha sido un placer recibir tu carta, y te doy las gracias por los interesantes datos que me das sobre África. Procuraré visitarla algún día, aunque no sea más que para ver personalmente esos animalotes parecidos a gatos. Yo también reconozco un elefante cuando lo veo.*

*Enhorabuena. ¡Qué joven tan rápido eres! Cuarenta días. Creo que es el tiempo que estuvo inundada Mesopotamia hace mil años.*

*Sé que puedo confiar en tu afirmación de que no hace falta establecer guarniciones ni en África ni en Sicilia, pero, mi querido Pompeyo, hay que actuar con sutileza. Por lo tanto, te ordeno que dejes en Utica cinco legiones y regreses con una. Una cualquiera, la que sea tu preferida. Y hablando de preferencias, ¡desde luego se ve que eres el preferido de la Fortuna!*

*Lamentablemente, no puedo autorizarte a celebrar un triunfo. Aunque tus tropas te hayan proclamado imperator en el campo de batalla, los triunfos están reservados a los miembros del Senado que han alcanzado la categoría de pretor. En el futuro ganarás más guerras, Pompeyo, y tendrás tu triunfo más pronto o más tarde.*

*Tengo que darte las gracias por el rápido envío del miembro de alimentación, vista, oído y olfato de Carbón. No hay nada mejor que una cabeza para convencer a alguien de que una persona ha mordido el polvo, para usar una expresión de Homero. La fuerza de mi argumentación de que Carbón había muerto y Roma no tenía cónsules se evidenció de inmediato. ¡Fue muy inteligente lo de meterla en vinagre! Gracias también por Soranus y el anciano Bruto.*

*Hay sólo un detalle, mi querido Pompeyo. Hubiera preferido que hubieses optado por un modo menos espectacular de eliminar a Carbón, si*



*estabas decidido a hacerlo de una manera tan bárbara. Empiezo a creer lo que dice la gente: rascas a uno de Picenum y aparece el galo.*

*Ya que te decidiste a presidir un tribunal con la toga pretexta y sillas curules con lictores, representabas a Roma. Pero no te condujiste como un romano; después de hacer padecer al pobre Carbón al sol durante horas, anunciaste en tono altanero que no merecía juicio y que había que ejecutarle allí mismo. Como le habías alojado y nutrido deplorablemente durante unos días, antes de esa lamentable vista pública, estaba enfermo. A pesar de ello, cuando solicitó retirarse para hacer de vientre en privado antes de morir ¡se lo negaste! ¡Y me han dicho que murió en medio de sus propios excrementos, aunque dignamente!*

*¿Que cómo sé todo esto? Tengo mis propias fuentes de información, pues si no las tuviese dudo mucho que pudiera ser dictador de Roma. Eres muy joven y has cometido el error de suponer que, porque yo quería la muerte de Carbón, tenía mal concepto de él. Y es verdad en cierto sentido; pero tengo el más alto concepto del consulado de Roma, y no cabe duda de que Carbón era cónsul electo cuando murió. Más vale que no olvides en el futuro, joven Pompeyo, que un cónsul merece todos los honores, aunque se llame Cneo Papirio Carbón.*

*Y hablando de nombres, me he enterado de que por esa bárbara escena en el ágora de Lilibeo te has ganado un nuevo epíteto. Muy conveniente para los desgraciados que no tienen un tercer nombre que les dé brillo, ¿no, Pompeyo? Adulescentulus carnifex. Si, creo que joven carnicero es un tercer nombre ideal para ti; porque, igual que tu padre, eres un auténtico carnicero.*

*Repito. cinco de tus legiones permanecerán en Utica aguardando plácidamente la llegada del nuevo gobernador, cuando tenga tiempo de enviarlo. Tú puedes volver a Italia; estoy deseando verte. Podremos charlar sobre elefantes y podrás ampliar mis conocimientos sobre África y sus cosas.*

*Te doy el pésame por la muerte de Publio Antitio Veto y su esposa, parientes tuyos. No acabo de entender cómo Bruto Damasipo los mató.*

*Pero, claro, Bruto Damasipo ha fallecido. Le mandé ejecutar. Pero en privado, Pompeyo Joven Carnicero. En privado.*

¡ Una carta que he escrito con verdadera gana!, pensó Sila al concluirla. Pero, luego, frunció el ceño y reflexionó un buen rato sobre lo que debía hacer con el joven carnicero. Era un hombre que difícilmente se desviaba de su camino una vez se marcaba una meta. Como sucedía con lo del triunfo. Y una persona capaz de presentarse con todo aparato en la plaza de una ciudad no romana, rodeado de lictores y sentado en la silla curul, y actuar como un auténtico bárbaro, no sabría cumplir los matices del protocolo de un triunfo. Incluso algo le decía que el joven carnicero era lo bastante astuto para intentar lograr dicho triunfo de un modo en que fuera difícil negárselo. Siguió dándole vueltas en la cabeza y volvió a sonreír. Sonrisa que sorprendió al secretario al entrar, lanzando un involuntario suspiro de alivio.

—¡Ah, Flosculus, muy oportuno! Siéntate y coge una tablilla. Estoy de talante propicio a la magnanimidad con toda clase de gente, incluido ese hombre extraordinario, Lucio Licinio Murena, que es gobernador de la provincia de Asia. Si, he decidido perdonar todas sus agresiones contra el rey Mitrídates y sus transgresiones a mis órdenes. Creo que tendré necesidad de esa nulidad; así que escríbele y dile que he decidido que regrese lo antes posible para celebrar un triunfo. Escribe también al Flaco que está en la Galia Transalpina y ordénale que venga inmediatamente para celebrar un triunfo. Y añade claramente a ambos que acudan con dos legiones...

Estaba enardecido y el secretario a duras penas podía escribir lo que le dictaba. Se había desvanecido el recuerdo de Aurelia y la tensa entrevista; ni siquiera recordaba que Roma tenía un flamen dialis rebelde. Había que hacer frente a otro joven mucho más peligroso y en cierto modo más sutil, pero no lo bastante. Sí, porque el joven carnicero se pasaba de listo.

El tiempo en Nersae evolucionó como Ria había previsto, y el invierno se afianzó en unos días de cielos azules y bajas temperaturas; pero quedó

abierta la vía Salaria que comunicaba con Roma, del mismo modo que la carretera de Reate a Nersae y la ruta que erizaba las montañas hacia el valle del río Aternus.

Pero César seguía al margen de estos acontecimientos debido a su progresivo empeoramiento. En la primera fase de la enfermedad, cuando estaba más lúcido, intentó levantarse para partir, dándose cuenta de que en cuanto se incorporaba le acometía un mareo que le reducía a la condición de infante que está aprendiendo a andar. El séptimo día le entró un sopor que le produjo un desmayo.

Y en ese momento llegó a la puerta de la casa Lucio Cornelio Fagites acompañado de un desconocido que había visto a César y a Burgundus en la hostería de Trebula. Sorprendida a solas (a Burgundus le había enviado a cortar leña), Ria no les pudo impedir que entraran.

—Eres la madre de Quinto Sertorio, y ése que duerme en el lecho es Cayo Julio César, el flamen dialis —dijo Fagites muy satisfecho.

—No es que esté durmiendo; es que no se despierta —replicó Ria.

—Yo veo que duerme.

—Pero no es sueño. Ni yo ni nadie podemos despertarle. Tiene unas fiebres extrañas y va a morir.

Mala noticia para Fagites, pues el precio por su cabeza no se pagaba si ésta no iba unida a un cuerpo que respirara. Como todos los sicarios de Sila, que eran libertos suyos, Lucio Cornelio Fabites carecía de escrúpulos. Era un griego delgado de poco más de cuarenta años, de los que se habían vendido voluntariamente como esclavos para librarse de la indigencia en su devastada patria, y se había pegado a Sila como una lapa, recibiendo como recompensa el cargo de jefe de los equipos de proscripción. Antes de acudir para apresar a César, ya había cobrado catorce talentos por el asesinato de hombres incluidos en las listas. La entrega de éste vivo a Sila aumentaría su fortuna a dieciséis talentos, y no le gustaba nada que trataran de engañarle.

Pero no pensaba explicar a Ria la naturaleza de su misión; se acercó a la cama de César, pagó a su informante por el servicio y le despidió. Muerto, el fugitivo no le serviría de nada, pero tal vez llevase algún dinero, y si actuaba con astucia podría arrebatárselo a la vieja, contándole un cuento.

—Bien —dijo, sacando un enorme cuchillo—. De todos modos, le cortaré la cabeza y cobraré los dos talentos.

—¡Cuidado con lo que haces, citocaccia! —chilló Ria, casi echándosele encima—. ¡No tardará en regresar un hombre que te matará antes de que toques un pelo a su amo!

—¿Quién, el gigantón germano? Pues mira, abuela, ve a buscarle. Me quedaré sentado en el borde de la cama haciendo compañía al amo —replicó el griego, sentándose junto al cuerpo inmóvil y poniéndole el cuchillo en la garganta.

Nada más salir Ria y oírla llamar a gritos a Burgundus, Fagites se dirigió a la puerta principal y la abrió para hablar con los nueve secuaces que formaban con él la decuria.

—Por ahí anda el gigante germano. Le mataremos si hace falta, pero puede que rompa los huesos a más de uno antes de que lo consigamos; así que, si es posible, hay que evitar pelear con él. El muchacho está moribundo y no nos sirve para nada —dijo Fagites—. Voy a intentar sacar el dinero que puedan llevar, pero cuando lo tenga os necesitaré para que me defendáis del germano. ¿Entendido?

Y volvió adentro para sentarse de nuevo con el cuchillo sobre la garganta de César antes de que Ria regresara con Burgundus. Un gruñido sordo brotó del pecho del germano, pero no hizo ademán de acercarse a la cama, sino que permaneció en el umbral de la puerta, retorciéndose las manazas.

—¡Muy bien! —dijo Fagites con gran naturalidad y sin mostrar temor alguno—. Mira lo que vamos a hacer, vieja. Si tienes una buena cantidad de dinero dejaré al joven con la cabeza sobre los hombros. Tengo ahí fuera nueve secuaces y puedo cortarle su precioso cuello y salir corriendo antes de que el germano llegue hasta el lecho. ¿Está claro?

—A él no trates de explicarle nada, que no habla una palabra de griego.

—¡Qué animal! Pues lo negociaré contigo, abuela, si te parece. ¿Tienes dinero?

Ria permaneció un instante con los ojos cerrados, reflexionando sobre la mejor solución a adoptar. Y, como era tan práctica como su hijo, decidió

ocuparse en primer lugar de Fagites, pues César moriría antes de que Burgundus pudiera alcanzar el lecho; y luego moriría Burgundus y moriría ella. Abrió los ojos y señaló a los baldes llenos de libros que estaban en un rincón.

—Ahí hay tres talentos.

Fagites dirigió sus ojos castaño claros hacia el lugar que le indicaban y lanzó un silbido.

—¿Tres talentos? ¡Magnífico!

—Cógelos y vete. Déjale morir en paz.

—¡Pierde cuidado, abuela, me iré! —añadió, llevándose los dedos a la boca para lanzar un penetrante silbido.

Entraron sus secuaces en tromba con la espada desenvainada, dispuestos a matar a Burgundus, y se encontraron con la tranquila escena y por botín unos baldes de libros.

—¡Por los dioses, qué textos tan pesados! —exclamó el griego al ver lo que les costaba transportarlos—. Nuestro flamen dialis es un joven muy inteligente.

En tres viajes habían desaparecido los baldes. La tercera vez que entraron sus hombres, Fagites se levantó de la cama y se situó rápidamente junto a ellos.

—¡Adiós, adiós! —dijo, antes de que desaparecieran todos.

Oyeron movimiento apresurado afuera y, luego, el sonido de los cascos de los caballos. Después silencio.

—Habríais debido dejar que los matara —dijo Burgundus.

—Sí, pero tu amo hubiera sido el primero en morir —contestó la anciana con un suspiro—. Bueno, no volverán hasta que lo hayan gastado; pero volverán. Tendrás que llevarte a César a las montañas.

—¡Morirá! —replicó Burgundus echándose a llorar.

—Puede, pero si permanece aquí si que no se salvará.

El letargo de César era apacible, sin delirio ni espasmos. Estaba delgado y exhausto, y tenía unas bubas en la boca, pero, a pesar del profundo sopor, bebía todo lo que le daban, y aún no había permanecido inmóvil tanto tiempo como para que comenzaran a brotar estertores de su pecho.

—Es una pena que hayamos tenido que entregar el dinero, porque yo no tengo trineo y es lo que necesitamos para transportarlo. Conozco a quien me vendería uno, pero ahora que Quinto Sertorio está proscrito no tengo nada. La casa la tengo gracias a que forma parte de mi dote.

Burgundus la contempló impasible, y al cabo de un rato demostró que era capaz de pensar.

—Vender su caballo —dijo y se echó a llorar—. Se le partirá el corazón. Pero no hay otra cosa.

—Buen muchacho, Burgundus —dijo Ria con firmeza—. El caballo podremos venderlo fácilmente. No nos darán lo que vale, pero tendremos para comprar el trineo, unos bueyes y pagar a Priscus y Gratidia por el alojamiento... a pesar de lo que tú comes.

Lo hicieron y sin tardanza, y Bucéfalo se alejó, llevado de las riendas por su nuevo dueño, que no daba crédito a su suerte por haber podido comprar un animal como aquél por nueve mil sestercios; y no pensaba rezagarse, no fuera que Ria se arrepintiera.

El trineo, que era un carro a cuyas ruedas habían acoplado unas tablas pulimentadas de extremos curvados hacia arriba, costó cuatro mil sestercios, y los dos bueyes que lo arrastraban otros dos mil sestercios, aunque el dueño les dijo que estaba dispuesto a volver a comprarlo todo en verano por cuatro mil sestercios, ganando dos mil.

—Seguramente lo devolveremos antes —dijo Ria cabizbaja.

Entre ella y Burgundus acomodaron a César en el trineo lo mejor que pudieron, envolviéndole bien con trapos.

—¡Y no te olvides de moverle de vez en cuando! Si no los huesos le atravesarán la poca carne que le queda al pobre. Con este tiempo las provisiones duran más; es una ventaja. Y dale leche de la oveja y agua. ¡Ah, ojalá pudiera acompañaros, pero soy muy vieja!

Les vio alejarse por el prado blanco de detrás de la casa hasta que gigante y trineo desaparecieron del todo. Le había entregado su oveja con la esperanza de que eso ayudase a sobrevivir a César. Cuando se hubieron perdido de vista, volvió a entrar en la casa y se dispuso a ofrecer una de sus

palomas a Venus, diosa de su familia, y una docena de huevos a Tellus y a Sol Indiges, madre y padre de todas las cosas itálicas.

El viaje hasta casa de Priscus y Gratidia duró ocho días, ya que los bueyes eran lentísimos; factor favorable para el estado de César, que no sufrió ningún zarandeo en aquel trineo que se deslizaba suavemente por la nieve helada, gracias a la aplicación de cera de abeja a los patines. Ascendieron desde el valle de Himella, donde estaba Nersae junto al rápido torrente que discurría junto a la carretera que salvaba la gran altura en zigzag, y descendieron por la otra vertiente de igual modo hasta el valle de Aternus.

Lo curioso fue que César comenzó a mejorar casi al tiempo que sufría la inclemencia del frío, después de haber vivido en el ambiente caldeado de la casa. Bebía algo de leche (Burgundus, con sus manazas, tardaba una eternidad en ordeñar a la oveja, que, afortunadamente, era un paciente animal) y roía trabajosamente trozos de queso que le daba el germano; pero no salía de su postración y no podía hablar. Durante el camino no encontraron ningún lugar habitado, por lo que no pudieron guarecerse por la noche, pero continuaba la helada y los días eran soleados y las noches muy estrelladas.

Cedió la gravedad y volvió el letargo de antes, hasta que también fue remitiendo. En cierto modo, razonó el lento cerebro de Burgundus, aquello era una mejoría, pero parecía que un ser maligno del otro mundo hubiese chupado la sangre a César, que apenas podía alzar la mano. Por fin, un día, recobró la palabra, al advertir una importante ausencia.

—¿Dónde está Bucéfalo, que no lo veo? —dijo.

—Hemos tenido que dejarlo en Nersae, César. Ya ves cómo es el camino. Bucéfalo no hubiera podido hacerlo. Pero no te preocupes, Ria lo cuidará.

A Burgundus le pareció mejor que decir la verdad, y más cuando vio que César le creía.

Priscus y Gratidia vivían en una pequeña granja a unas millas de Amiternum. Tendrían la misma edad que Ria y algo de dinero, pero sus hijos, que habrían podido contribuir a mejorar su condición, habían muerto durante la guerra itálica y no tenían hijas. Por eso, cuando leyeron la carta de Ria, y Burgundus les entregó los tres mil sestercios que quedaban, acogieron encantados a los fugitivos.

—Si le sube la fiebre, le sacaré afuera —dijo Burgundus—, porque en cuanto salimos de casa de Ria empezó a mejorar—. Podéis quedaros también con eso —añadió, señalando el trineo y los bueyes—, porque si se salva no lo querrá.

¿Se salvaría? Ninguno de los tres podía aventurarlo, porque transcurrían los días sin que cambiara su estado. A veces soplabla el viento y nevaba durante lo que parecía una eternidad, y luego volvían los días de fuerte helada, pero César no parecía notarlo. Había disminuido la fiebre y la postración, pero no acababa de consolidarse una mejoría, y el enfermo conservaba aquella mirada desmayada.

A finales de abril comenzó un deshielo que parecía anunciar la primavera. En aquella parte de Italia se comentó que había sido el peor invierno en muchos años. Para César había sido el más duro de su vida.

—Creo —dijo Gratidia, que era prima de Ria— que César acabará por morir si no le trasladamos a un lugar como Roma, donde puede tener físicos, medicinas y alimentos que aquí en la montaña son impensables. Su sangre no tiene fuerza, por eso no mejora. No sé qué remedio aplicarle, y no me dejas que traiga a alguien de Amiternum para que le examine, Burgundus. Así que tienes que ir a Roma a decírselo a su madre.

Sin una palabra, el germano salió de la casa y comenzó a ensillar el caballo niseano, sin casi dar tiempo a Gratidia para que le preparase un zurrón de comida.

—Ya decía yo por qué no tenía ninguna noticia —dijo Aurelia, mordiéndose el labio, como si el estímulo de un dolor pudiera ayudarla a pensar—. No tengo palabras de gratitud para ti, Burgundus. Sin ti, mi hijo



habría muerto. Ahora, ve a ver a Cardixa; que ella y tus hijos te han echado mucho de menos.

Sabía que era inútil volver a entrevistarse con Sila. Si la iniciativa no había servido de nada antes del año nuevo, ahora, cuatro meses después, tampoco daría resultado. Las proscripciones continuaban, aunque a menor ritmo, y comenzaban a dictarse leyes; leyes estupendas o leyes nefastas, según a quienes se aplicasen. Sila estaba muy ocupado.

Cuando Aurelia supo que Sila había mandado llamar a Marco Pupio Pisón Frugi pocos días después de su entrevista con ella, y se enteró de que le había ordenado divorciarse de Annia por ser la viuda de Cinna, había alimentado alguna esperanza por César. Pero aunque Pisón Frugi había obedecido, divorciándose con presteza de Annia, no había habido ningún otro acontecimiento. Ria le había escrito diciendo que el dinero se lo había tragado una persona famosa por su capacidad de codicia, y que César y Burgundus se habían marchado, pero no había dicho nada de la enfermedad, y Aurelia había pensado que todo iría bien a falta de noticias.

—Iré a ver a Dalmática —se dijo—. Quizás otra mujer me dé la clave de cómo llegar a Sila.

Poco se había visto en Roma a la esposa de Sila, que había llegado en diciembre de Brundisium. Algunos decían que estaba enferma y otros que Sila no tenía tiempo para vida hogareña y que la tenía abandonada; lo que nadie decía era que la había reemplazado por otra persona. Así, Aurelia le escribió una nota pidiéndole que la recibiese, a ser posible cuando Sila no estuviese en casa. Tuvo la prudencia de añadir que esto último era porque no quería irritar al dictador. Le pedía también si podía hacer que estuviera presente Cornelia Sila, pues quería presentar sus cumplidos a una mujer a quien había antaño tratado mucho. Tal vez Cornelia Sila pudiese sacarla de apuros. Y terminaba diciendo que quería hablar de un asunto que la preocupaba.

Sila no vivía en la casa reconstruida que daba al circo Máximo. Hicieron pasar a Aurelia a un cuarto que olía a yeso fresco y a toda clase de pinturas, y que presentaba ese aspecto vulgar que sólo el tiempo borra, y momentos después la conducían a través de un vasto atrium a un jardín

porticado aún mayor, para hacerla pasar a los aposentos de Dalmática, que eran más grandes que toda la vivienda de Aurelia. Las dos mujeres se conocían, pero no tenían amistad, ya que Aurelia no se movía en los círculos del Palatino, exclusivos de las romanas viudas de hombres ilustres, por ser afanosa casera de una ínsula del Subura, a quien poco atraía el chismorreó surtido con vino dulce agüado y pastelillos.

Pero en honor a la justicia hay que decir que tampoco Dalmática había frecuentado esos círculos. Había pasado muchos años recluida por su primer esposo, Escauro, príncipe del Senado, y, por ello, no había tenido inclinación alguna por aquella clase de reuniones femeninas. Luego, había venido el exilio en Grecia, un idilio con Sila en Éfeso, Esmirna y Pérgamo, los mellizos, y la terrible enfermedad de Sila. Demasiadas preocupaciones, desgracias, añoranzas y penas. Nunca más volvería Cecilia Metela Dalmática a sentir interés por ir de compras, recibir actores, ni estar al tanto de rencillas, escándalos y frivolidades. Además, su regreso a Roma había sido una especie de triunfo, al ver que Sila tanto la había echado de menos y la amaba más que nunca.

No obstante, Sila no le hacía confidencias, y ella no sabía nada del flamen dialis; de hecho, no sabía que Aurelia era la madre del flamen dialis. Y Cornelia Sila sólo recordaba a Aurelia de la época en que ella era niña, como un vínculo con el difuso recuerdo de una madre entregada a la bebida antes de suicidarse y al vívido recuerdo de una cariñosa madrastra, Elia. Su primer matrimonio con el hijo del cónsul colega de Sila había concluido en tragedia al morir su esposo durante los disturbios del Foro en la época en que Sulpicio era tribuno de la plebe; y su segundo matrimonio, con Mamerco, el hermano menor de Druso, había sido para ella gran motivo de satisfacción.

Las tres se congratularon del buen aspecto respectivo, y como las tres eran consideradas en Roma como unas beldades, cabía suponer que pensaban haber superado mejor que la gran mayoría los estragos del tiempo. Aurelia era la mayor, con sus cuarenta y dos años; Dalmática tenía treinta y siete, y Cornelia Sila veintiséis.

—Ahora te pareces más a tu padre —dijo Aurelia a Cornelia Sila.

Tenía unos ojos demasiado azules y chispeantes, y llenos de alegría para ser de Sila, y la muchacha lanzó una carcajada.

—¡Oh, no digas eso, Aurelia, mi cutis es perfecto y no llevo peluca!

—Pobre, tiene que resultarle muy penoso —añadió Aurelia.

—Lo es —terció Dalmática, cuya belleza morena era más dulce de lo que Aurelia recordaba, y ahora tenía sus ojos grises mucho más tristes.

La conversación giró durante un rato en torno a nimiedades, dirigida con sumo tacto por Dalmática para evitar los temas más espinosos que hubiera podido sacar a colación su nuera. Aurelia, que no era muy habladora, se contentó con alguna breve intervención.

Dalmática, que tenía un hijo y una hija de su primer esposo, Marco Emilio Escauro, además de los mellizos, hizo saber su preocupación por la mayor, Emilia Escaura.

—¡Es preciosa! —dijo ilusionada y feliz—. Pero creemos que está encinta, aunque es demasiado pronto para estar seguros.

—¿Con quién se casó? —preguntó Aurelia, que nunca estaba al corriente de los matrimonios.

—Con Manio Acilio Glabrio. Estuvieron prometidos años, por imposición de Escauro. Una unión tradicional entre familias.

—Glabrio es un buen hombre —comentó Aurelia prudentemente, en tono neutro. En el fondo, le consideraba un bocazas y un engreído que no hacía honor a su padre.

—Es un bocazas engreído —dijo tajante Cornelia Sila.

—Bueno, contigo no se avendría, pero se lleva muy bien con Emilia Escaura —replicó Dalmática.

—¿Y la pequeña Pompeya? —se apresuró a preguntar Aurelia.

—¡Un encanto! —contestó Cornelia Sila con sonrisa beatífica—. Tiene ocho años y ya va a la escuela. ¡Pero es una lerda monumental! —añadió con toda naturalidad, como buena hija de Sila que era—. Me daría con un canto en los dientes si aprende suficiente latín para escribir una nota de agradecimiento, porque griego, desde luego, jamás aprenderá. Así que me alegro de que haya salido guapa. Es mejor para una muchacha ser guapa que lista.

—Para encontrar marido, desde luego, aunque una buena dote también ayuda —replicó Aurelia con sequedad.

—¡Ah, dote no le faltará! —añadió la madre—. El tata se ha enriquecido enormemente, y heredará algo de él y de los Pompeyos Rufos, que han cambiado mucho desde que yo era viuda y vivía en su casa. Entonces me hacían sufrir, pero ahora brillo por el simple reflejo de la luz del tata. Además, tienen miedo de que les declare proscritos.

—Pues esperemos que Pompeya encuentre un buen esposo —dijo Dalmática, mirando a Aurelia con mirada más seria—. Es un verdadero placer verte, y espero que seamos amigas de verdad; pero sé que no es una simple visita de cortesía, porque es bien sabido que eres una mujer responsable que busca resolver sus asuntos. ¿De qué apuro se trata, Aurelia? ¿En qué puedo ayudarte?

Y Aurelia le explicó el asunto de la manera escueta y sin rodeos tan propia de ella. Las dos mujeres la escuchaban atentamente.

—Hemos de hacer algo —dijo Dalmática con un suspiro, al dejar de hablar Aurelia—. Lucio Cornelio tiene muchas cosas en la cabeza y me temo que no es una persona muy afable —añadió, rebulléndose y desviando la mirada—. Tú has sido amiga suya muchos años —añadió inoportunamente—, y me parece que si no has podido influir en él, poco podré hacer yo.

—No lo creo —replicó Aurelia muy digna—. Él me visitaba de vez en cuando, pero te juro que no había nada entre nosotros. Por vulgar que te parezca, lo que le atraía era mi sentido común.

—Lo creo —dijo Dalmática sonriendo.

—Bueno —terció Cornelia Sila bruscamente, para poner las cosas en su punto—, de eso ya hace mucho tiempo y no puede influir sobre lo que nos preocupa. Tienes razón, Aurelia, cuando dices que no puedes tratar de volver a ver al tata por iniciativa propia. Pero debes intentar verle más tarde o más temprano. En este momento está agobiado con el asunto de las leyes, y tendrá que ser en el seno de una delegación oficial, de sacerdotes, familiares, vestales... Mamercio te ayudará; yo hablaré con él. ¿Quiénes son

los parientes más próximos de los Césares que no estén en las listas de proscritos?

—Mis tres primos hermanos Cotta.

—¡Estupendo, darán realce a la delegación! Cayo Cotta es pontífice y Lucio Cotta augur, y eso les confiere también importancia religiosa. Estoy segura de que Mamerco intercederá por ti. Y harán falta cuatro vestales. Fonteia, que es la vestal mayor; Fabia, Licinia y la hija de César Estrabón, Julia, que es de la familia de los Césares. ¿Conoces a alguna de ellas?

—Ni siquiera a Julia Estrabón —contestó Aurelia.

—No importa; yo las conozco a todas. Yo me encargo.

—¿En qué puedo ayudar yo? —inquirió Dalmática, un tanto impresionada por la eficacia de la hija de Sila.

—Tú te encargarás de conseguir del tata una entrevista para la delegación para mañana por la tarde —respondió Cornelia Sila.

—¡Eso se dice fácilmente! ¡ No sabes lo ocupado que está!

—¡Tonterías! No seas modesta, Dalmática; el tata hará cualquier cosa que tú le pidas. Lo que pasa es que tú casi no le pides nada, y no te das cuenta de que a él le encanta complacerte. Pídeselo a la hora de la cena y sin temor —añadió la hija de Sila—. Los reuniré a todos aquí mañana temprano —continuó, dirigiéndose a Aurelia— para que hables con ellos antes de la audiencia.

—¿Qué me pongo? —inquirió Aurelia, pensando ya en el día siguiente.

Cornelia Sila y Dalmática la miraron estupefactas.

—Lo digo —añadió Aurelia, como excusándose— porque la última vez que nos vimos comentó que no le gustaba mi ropa.

—¿Por qué? —inquirió Cornelia Sila.

—Creo que le pareció un poco gris.

—Pues ponte algo más alegre.

Y del arca volvieron a salir los vestidos que Aurelia había desechado años atrás, por considerarlos indignos y frívolos para una matrona romana de la aristocracia. ¿Azules, verdes, rojos, rosas, lilas, amarillos? Al final optó por una superposición de finas túnicas rosas, la más oscura debajo y la más pálida y vaporosa encima.

Cardixa meneó la cabeza.

—Adornada así, tenéis el mismo aspecto de cuando el padre de César vino a cenar a casa de vuestro tío Rutilio Rufo. ¡Y de la misma edad!

—¿Cómo adornada, Cardixa?

—Pues como esos caballos públicos en los desfiles.

—Me lo voy a cambiar.

—¡No, no! No tenéis tiempo. Salís ahora mismo. Os acompaña Lucio Decumio —replicó con firmeza Cardixa, llevándola hacia la puerta principal, donde el fiel Lucio Decumio la aguardaba con sus dos hijos.

Como Lucio Decumio tenía suficiente sentido común para contener su lengua y no comentar nada del aspecto de Aurelia, y sus dos hijos era como si no tuviesen lengua, el largo camino hasta el otro lado del Palatino se hizo en silencio. Aurelia había estado esperando que llegasen en cualquier momento noticias de Priscus y Gratidia de que era demasiado tarde y que César había muerto, pero cada día que transcurría sin saber nada renacían sus esperanzas.

De algún modo se había difundido por la insula la noticia de que César estaba a las puertas de la muerte, y no paraban de recibirse obsequios, desde ramos de flores del mercado Cuppedenis hasta curiosos amuletos de los licios del quinto piso y los tristes murmullos de las preces de la planta judía. La mayor parte de los inquilinos vivían hacía años en la insula de Aurelia y conocían a César desde que era niño. Un niño listo, siempre curioso, hablador, que se había criado recorriendo aquellos pisos observándolo todo con aquella equívoca cualidad (así la calificaba su madre) que poseía en abundancia: su encanto. Muchas mujeres le habían amamantado, le habían dado a probar sus exóticas gastronomías, le habían canturreado en sus propias lenguas antes de que supiese tararear, y luego él había cantado aquellas canciones —tenía mucho sentido musical— y había aprendido a tañer toda clase de extraños instrumentos de cuerda, y a soplar toda clase de gaitas y flautas. Ya más mayor, con su amigo Cayo Matius, vecino de la misma planta baja, había ampliado sus amistades por todo el Subura. Y ahora la noticia de su enfermedad se difundía por el barrio, por eso llegaban regalos de todas partes.

¿Cómo le explico a Sila que César representa una cosa muy distinta para otras personas? ¿Que le anima el más profundo sentido de la romanidad, y que al mismo tiempo siente doce nacionalidades más? No es el asunto del sacerdocio lo que más me preocupa, sino lo que representa para todos los que le conocen. César pertenece a Roma, pero no a la Roma del Palatino, sino a la Roma del Subura y del Esquilino; y cuando sea un gran hombre, dará a su cargo una dimensión que ningún otro podría darle, debido a la amplitud de sus experiencias, de su vida. Sólo Júpiter sabe con cuántas muchachas —¡y mujeres mayores como yo!— se habrá acostado, en cuántas correrías no habrá participado con Lucio Decumio y esos rufianes de la cofradía de los cruces, cuántas vidas conoce, porque nunca para, siempre encuentra tiempo para escuchar, se interesa por las cosas. Mi hijo no tiene más que dieciocho años; ¡pero yo también creo en la profecía, Cayo Mario! Y sé que a los cuarenta será célebre. Y juro por todos los dioses que, aunque tenga que ir al Hades a traer al cancerbero, haré que mi hijo salve la vida.

Pero, naturalmente, cuando llegó a casa de Sila y la hicieron pasar a una habitación llena de gente importante, no tuvo aquella elocuencia, y su rostro se mostró tenso de preocupación. Era una mujer de aspecto austero, severo. Amedrentada.

Tal como había prometido Cornelia Sila, había cuatro vestales, todas más jóvenes que ella, que habían hecho votos a los siete u ocho años. Las vestales abandonaban el sacerdocio a los treinta años, y ninguna de aquéllas, incluida la vestal mayor, tenía edad de retirarse. Vestían túnicas blancas con mangas largas recogidas en pliegues, y encima un manto blanco con la cadena y la medalla de la bulla vestal y una corona de siete círculos de lana retorcida, sobre la que flotaba un sutil velo blanco. Su vida, limitada estrictamente a la comunidad femenina regida por la castidad, aunque no enclaustrada, confería gran prestigio aun a las más jóvenes, y ellas sabían mejor que nadie que de su castidad dependía la buena suerte de Roma; muy pocas rompían los votos, ya que aceptaban su condición desde muy niñas, y era motivo de orgullo para ellas.

Los hombres eran todos togados: Mamerco, sin la orla púrpura debido a su cargo de praetor peregrinus, y los Cotta, demasiado Jóvenes para el bordado púrpura, vistiendo la simple toga blanca. Así, Aurelia, en su atavío de tonos rosas, era el personaje que más destacaba. Mortificada, se sentía como una estatua de piedra, y notaba que no iba a saber cómo reaccionar.

—¡Tienes un aspecto sensacional! —musitó Cornelia Sila a su oído—. Había olvidado lo preciosa que eras en las ocasiones en que decidías arreglarte. Estás impresionante. Te habías cerrado en banda, recatada, sin resaltar tu belleza, y es una verdadera sorpresa verte tan estupenda.

—¿Y qué piensan los demás? ¿Están de acuerdo conmigo? —replicó en voz baja Aurelia, lamentando no haberse vestido en color crema o hueso.

—Claro que si. Se dan cuenta de que es el flamen dialis, y les parece de una gran valentía oponerse al dictador, cosa que nadie hace; ni el propio Mamerco. Yo silo hago a veces. Y, fíjate, a él le gusta. Sucede con la mayoría de los tiranos, porque desprecian a los cobardes. Así que entra tú encabezando la delegación y ¡plántale cara!

—Siempre lo he hecho —respondió la madre de César.

Allí estaba Crisógono, adulando equilibradamente a los distintos miembros de la delegación; comenzaba a correr el rumor de que era uno de los que más se beneficiaba de las proscripciones y que estaba acumulando una gran fortuna. Entró un criado a decirle algo al oído, e inmediatamente se dirigió a la gran puerta de dos hojas que daban paso al atrium de Sila, abriéndolas y apartándose para que entrase la delegación.

Sila les aguardaba de mal humor, originado por el convencimiento de que se había dejado engañar por unas mujeres, y furioso por no haber sabido resistirse a sus deseos. ¡Era una conjura! Mujer e hija unidas para suplicarle con zalamerías y gestos de tristeza, diciéndole que si les concedía aquella nimiedad ellas le quedarían eternamente agradecidas, y que si se negaba se enfadarían. Dalmática no se excedía mucho, pues algo le había quedado de la sumisión que Escauro debía de haberle imbuido durante aquellos largos años de enclaustramiento, pero Cornelia Sila era de su



misma sangre ¡y se notaba! Era una fiera. ¿Cómo podía Mamercio vivir con ella y aparentar tal felicidad? Probablemente porque nunca le llevaría la contraria. Muy inteligente. ¡ Hay que ver lo que hacían los hombres por conservar la armonía conyugal! Igual que lo que iba a hacer ahora.

De todos modos, sería como un cambio, en cierto modo divertido, en la agobiante sucesión de tareas dictatoriales. ¡ Estaba harto! Harto, harto... Siempre le pasaba lo mismo con Roma. Le sugería debilidades inviables, le recordaba fiestas a las que no podía acudir, círculos que no podía frecuentar... Metrobio. Siempre volvía a lo mismo. ¿Cuánto tiempo hacía que no le veía? ¿Cuándo había sido la última vez... entre la muchedumbre, durante el desfile triunfal de su acceso al cargo de cónsul? ¿Ni siquiera podía recordarlo con seguridad? Lo que no olvidaba era la primera vez que había visto al joven griego: durante una fiesta en que él se había disfrazado de Gorgona con una corona de serpientes vivas. ¡Qué pavor había causado entre los invitados! Pero no en Metrobio, adorable Cupido, al que el tinte de azafrán le chorreaba por entre los muslos; el mejor culito del mundo...

La delegación entró en aquel momento. Desde el sitio que ocupaba Sila, detrás del rectángulo turquesa del estanque central del gran salón, su campo de visión abarcaba plenamente la escena. Quizá porque había estado pensando en el mundo del teatro (y sobre todo en un actor concreto) advirtió Sila que no se trataba de una delegación romana estrictamente protocolaria, sino de un espectáculo dirigido por una mujer deslumbrantemente vestida de rosa, su color preferido. ¡Y qué ingenioso rodearse de gente vestida de blanco con unos toques de púrpura!

Ante aquel espectáculo, se desvaneció el mundo de las tareas dictatoriales y cedió el malhumor de Sila. Su rostro se iluminó y lanzó un grito de alegría.

—¡Qué maravilla! ¡Mejor que una obra de teatro y que los juegos del circo! ¡No, no, no avancéis más; quedaos donde estáis! A ese lado del estanque. Aurelia, delante; como una esbelta rosa que destaca. Las vestales a la derecha; si, pero las más jóvenes detrás de Aurelia, para que tenga un fondo blanco. Eso es, ¡muy bien! Ah, y vosotros, ahí a la derecha; pero el joven Lucio Cotta que se sitúe también detrás de Aurelia, porque es el más

joven y no creo que vaya a tomar la palabra. Me gusta ese detalle de los toques púrpura de vuestras túnicas, pero tú, Mamerco, rompes la armonía. No hubieras debido venir con la praetexta: demasiada púrpura. Así que ponte a la izquierda del todo —el dictador se llevó la mano a la barbilla, los contempló y asintió con la cabeza—. ¡Muy bien! ¡Me gusta! Pero hace falta un poco más de brillantez. Yo, con la praetexta, igual que Mamerco, desentono.

Dio unas palmadas y Crisógono salió de detrás de la delegación, haciendo varias reverencias.

—Crisógono, que vengan mis lictores con túnica carmesí, no con las antiguas de detestable color blanco. Y tráeme el sillón egipcio; ya sabes, el que tiene cocodrilos por brazos y respaldo de áspides. Y un estrado. ¡Sí, un estrado cubierto de púrpura de Tiro, nada de imitaciones! ¡Vamos, vamos, date prisa!

La delegación, que no había dicho palabra, se resignó a una larga espera mientras se cumplían las órdenes de Sila, pero no en vano era Crisógono administrador de las proscripciones y mayordomo del dictador, y, de pronto, irrumpieron veinticuatro lictores con túnica carmesí, con las hachas en los fasces y rostro imperturbable. Y tras ellos llegó el pequeño estrado a hombros de cuatro robustos esclavos, que lo situaron en el centro, detrás del estanque, y procedieron a cubrirlo con un tapiz de púrpura de Tiro, tan oscura que parecía negra. El sillón llegó acto seguido; era un mueble espléndido de ébano pulimentado y dorado, con áspides de ojos de rubí, cocodrilos con ojos de esmeralda y un espectacular escarabajo polícromo en el centro del respaldo.

Una vez dispuesto el decorado, Sila se dirigió a los lictores.

—¡Me gusta el detalle de las hachas en los fasces, símbolo de que soy el dictador con poder para ejecutar dentro del pomerium! Bien, vamos a ver... Poneos doce a la derecha y doce a la izquierda, bien alineados, muchachos, pero más juntos. Abríos en abanico para rodearme mejor. Así; más juntos por los extremos... ¡Así, así! —dijo, retrocediendo, para mirar a la delegación, frunciendo el ceño—. ¡Ya decía yo! ¡No veo los pies de

Aurelia! ¡Crisógono, trae ese escabel de oro que le birlé a Mitrídates! Y que se suba en él. ¡Vamos, vamos, date prisa!

Finalmente, todo quedó a su entera satisfacción y tomó asiento en su trono egipcio sobre el estrado púrpura, sin percatarse de que hubiera debido de hacerlo en la silla curul. Pero nadie se atrevió a hacer objeción alguna; lo importante era que el dictador se lo estaba pasando en grande. Y eso representaba mayores posibilidades de una decisión favorable.

—¡Habla! —dijo con fuerte voz.

—Lucio Cornelio, mi hijo se muere...

—¡Más alto, Aurelia! ¡Habla para las filas de atrás de la cavea!

—¡Lucio Cornelio, mi hijo se muere! ¡ He acudido con mis amigos a suplicar tu perdón!

—¿Tus amigos? ¿Todos éstos son amigos tuyos? —inquirió él, sobreactuando con un exagerado gesto de sorpresa.

—Todos son amigos míos. Han venido conmigo para suplicarte que permitas que mi hijo regrese a casa antes de que muera —añadió Aurelia, vocalizando minuciosamente como si actuara en el teatro y representara su papel. Si quería una tragedia griega, ¡tragedia griega tendría! Extendió hacia él los brazos, y los tules rosados dejaron al descubierto su piel marfileña—. ¡Lucio Cornelio, mi hijo no tiene más que dieciocho años! ¡Y es mi único hijo! —le temblaba la voz, pero le iba saliendo bien; sí, le salía bien a juzgar por la expresión de él—. Tú conoces a mi hijo. ¡Un dios! ¡Un dios romano! ¡Un descendiente de Venus digno de ella! ¡Y valeroso! ¿No ha tenido el valor de desafiarte a ti, el hombre más poderoso del mundo? ¿Y ha mostrado temor alguno? ¡Ni mucho menos!

—¡Ah, qué maravilla! —exclamó Sila—. ¡No conocía yo este don tuyo, Aurelia! ¡No lo malogres; sigue, sigue!

—¡Lucio Cornelio, te lo suplico, perdona a mi hijo! —exclamó ella, arreglándose para volverse ligeramente en el estrecho escabel y extender los brazos hacia Fonteia, con la esperanza de que la majestuosa sacerdotisa entendiera sus cuitas—. ¡ Pido a Fonteia, vestal mayor de Roma, que suplique por la vida de mi hijo!

Afortunadamente, en aquel momento los demás comenzaban a salir de la estupefacción y estaban dispuestos a intervenir en aquel juego. Fonteia alzó las manos hacia Sila y adoptó un gesto de pena que no había vuelto a usar desde los cuatro años.

—¡Perdónale, Lucio Cornelio! —exclamó—. ¡Perdónale!

—¡Perdónale! —musitó Fabia.

—¡Perdónale! —gritó Licinia.

Tras estas súplicas, Julia Estrabón, de diecisiete años, superó a todos rompiendo a llorar.

—¡Lucio Cornelio, hazlo por Roma, perdónale por Roma! —bramó Cayo Cotta con la estentórea voz senatorial que su padre había hecho famosa—. ¡Te ruego que le salves, por Roma!

—¡Por Roma, Lucio Cornelio! —gritó Marco Cotta.

—¡Por Roma, Lucio Cornelio! —vociferó Lucio Cotta.

Faltaba Mamerco, quien añadió con voz quejumbrosa:

—¡Perdónale!

Se hizo un silencio y ambas partes se quedaron mirándose.

Sila permanecía erguido en el sillón, con la pierna derecha adelantada y la izquierda hacia atrás, en la tradicional postura de los prohombres romanos, y barbilla baja y ceño fruncido. Aguardando.

—¡No! —exclamó de pronto.

Y vuelta a empezar.

—¡No! —volvió a gritar.

Sintiéndose agotada y exprimida como un paño que se retuerce al lavarlo, Aurelia suplicó por la vida de su hijo por tercera vez con voz lastimera y manos temblorosas. Julia Estrabón aullaba como una posesa y Licinia la miraba como dispuesta a secundarla. Y el coro de suplicantes volvió a alzar sus voces, rematadas por un tercer balido de Mamerco.

Volvió a hacerse el silencio y Sila permaneció impasible durante un largo rato, en aquella postura que debió de considerar jupiterina, ceñudo, regio y todopoderoso. Finalmente, se puso en pie y se acercó al borde de su estrado púrpura, donde se mantuvo quieto y con el ceño fruncido, mostrando una impresionante dignidad.

Luego lanzó un suspiro, que se habría oído sin dificultad en las filas traseras de un teatro, cerró los puños y, alzándolos hacia las doradas estrellas de la decoración del techo, exclamó:

—¡De acuerdo, concedido! ¡ Le perdonaré! ¡ Pero os advierto que en ese joven veo muchas Manos!

Tras lo cual, saltó como una cabrita al suelo y recorrió a saltitos el borde del estanque.

—¡Ah, es lo que necesitaba! ¡ Maravilloso, maravilloso! ¡ No me divertía tanto desde que me acostaba con mi madrastra y mi querida juntas! ¡Ser dictador es un aburrimiento! ¡No tengo tiempo ni para ir al teatro! Pero esto ha sido mejor que ninguna comedia, y yo he sido el protagonista! Habéis actuado muy bien; menos tú, Mamerco, con tu praetexta y esos extraños vagidos. ¡Muy tieso, hombre, muy tieso! ¡Tienes que meterte en el papel!

Se llegó a Aurelia y la ayudó a bajar del escabel de oro (macizo) y la abrazó entusiasmado.

—¡Has estado sensacional! ¡Sensacional, querida! Parecías Ifigenia en Aulis.

—Me he sentido como una verdulera en una farsa.

Se había olvidado de los lictores, que seguían hieráticos y con cara de palo a ambos lados del sillón egipcio. ¡Ya nada podría sorprenderles!

—¡Hale, vamos al comedor y lo celebraremos! —dijo el dictador, instándolos a que le precedieran, pasando el brazo por los hombros de la aterrorizada Julia Estrabón—. No llores, tonta, que no pasa nada. ¡Ha sido una broma! —añadió, poniendo los ojos en blanco en dirección a Mamerco y dando a la joven un empujoncito en la espalda—. Anda, Mamerco, saca el pañuelo y dáselo, que se limpie. ¡Aurelia, de verdad que has estado magnífica, magnífica! —exclamó, pasándole el brazo por los hombros—. ¿Sabes lo que te digo? Que deberías vestir siempre de rosa.

Con las rodillas todavía temblándole, Aurelia frunció el ceño y dijo con voz estrangulada:

—Yo no veo en él a ningún Mario. Deberías haber dicho que ves en él muchos Silas. Hubiera sido más exacto; porque no se parece en nada a

Mario y, sin embargo, muchas veces es igual a ti.

Dalmática y Cornelia Sila aguardaban afuera, estupefactas. No les había sorprendido la entrada de los lictores, pero no daban crédito a sus ojos cuando vieron que traían el estrado, el paño púrpura, el trono egipcio y el escabel de oro. Ahora, todos hacían corrillos riéndose, menos Julia Estrabón, que seguía llorando; y Sila continuaba con el brazo sobre los hombros de una sonriente Aurelia.

—¡Hay que celebrarlo! —gritó Sila, saltando delante de su esposa, cogiéndole el rostro entre las manos y besándola—. ¡Vamos a celebrarlo y voy a emborracharme de lo lindo!

Aurelia tardó un buen rato en darse cuenta de que ninguno de los actores de aquella increíble representación habían encontrado degradante la inesperada reacción de Sila, ni ella había desmerecido como persona ante sus ojos. Al contrario, el efecto había sido todo lo contrario: ¿cómo no temer a un hombre que se complacía en semejante farsa?

Ninguno de los presentes contó la historia, ni dijo nada de lo sucedido en reuniones o cenas. Y no por temor a perder la vida, sino porque pensaron que nadie en Roma hubiera podido creérselo.

Cuando César llegó a casa recibió en su persona las últimas consecuencias de la actuación de su madre: Sila envió a su médico personal, Lucio Tucio, para que viera al enfermo.

—Francamente —dijo Aurelia a Lucio Decumio—, yo a Sila no le veo nada bien, así que no creo que este Lucio Tucio sea una lumbrera.

—Es un físico romano, y eso hace mucho —replicó Lucio Decumio—. Los griegos no me merecen confianza.

—Los físicos griegos son muy buenos.

—En el aspecto teórico, sí, porque tratan a los enfermos con ideas nuevas y no con remedios tradicionales. Pero los remedios tradicionales son los mejores. Yo tomo todos los días arañas grises machacadas y adormidera en polvo.

—Bien, desde luego, Lucio Decumio, éste, romano sí que es.

En aquel momento salía el físico de Sila del cuarto de César, e interrumpieron el diálogo. Ticio era un hombre pequeño, regordete y de aspecto muy limpio; había sido cirujano jefe de los ejércitos de Sila, y era él quien le había enviado a Edepo al contraer aquella enfermedad en Grecia.

—Creo que la curandera de Nersae tenía razón, y que lo que vuestro hijo ha padecido han sido unas fiebres palúdicas asintomáticas —dijo animado—. Ha tenido suerte, porque pocos se salvan.

—Entonces, ¿se recuperará? —inquirió Aurelia angustiada.

—Oh, sí. Ya ha superado la crisis, pero la enfermedad le ha debilitado la sangre; por eso está pálido y tan débil.

—¿Qué hemos de hacer? —inquirió Lucio Decumio, agresivo.

—Los que pierden mucha sangre a causa de una herida, muestran una sintomatología muy parecida a la de César —añadió Ticio, impasible—. En esos casos, al sobrevivir, van mejorando poco a poco por sí mismos. Pero contribuye a la mejoría alimentarles a diario con un hígado de cordero; y cuanto más joven es el cordero, antes se recuperan. Aconsejo que se le dé un hígado de cordero lechal y tres huevos batidos en leche de cabra cada día.

—¿Sin ninguna medicina? —inquirió Lucio Decumio, no muy convencido.

—No hay medicina que cure la enfermedad de César. Yo, de acuerdo con los físicos griegos de Edepo, en la mayor parte de los casos creo más en la dieta que en la medicina —replicó con firmeza Lucio Ticio.

—¿No veis? Al fin y al cabo, griego... —comentó Lucio Decumio una vez se hubo marchado.

—Es igual —dijo Aurelia con energía—. Seguiré sus consejos durante un tiempo y ya veremos. Pero a mi me parecen razonables.

—Bueno, me voy al campus Lanatarius a comprar el cordero y que lo sacrifiquen allí mismo —dijo el hombrecillo, que quería a César más que a sus hijos.

El inconveniente surgió del propio enfermo, que se negaba a comer hígado de cordero y se tomó el primer cuenco de leche mezclada con huevos con tal asco que lo vomitó.

Los criados sostuvieron una reunión con Aurelia.

—¿Tiene que ser hígado crudo? —preguntó el cocinero Murgus.

—No lo sé. Pensé que sí —respondió Aurelia, desconcertada.

—Podríamos ir a preguntárselo a Lucio Tucio —dijo el mayordomo Eutico—. A César no le gusta mucho comer; quiero decir que la comida no le atrae tanto. Y una de las cosas que he observado es que no come cosas que tengan sabor propio, como son los huevos. Y ese hígado crudo... puaf, ¡apestá!

—Pues guisaremos el hígado, y en la leche con huevos echaremos vino dulce —dijo Murgus.

—¿Y cómo vas a guisar el hígado? —inquirió Aurelia.

—Lo cortaré en lonchas finas, luego echaré un poco de sal y espelta y lo freiré un poco con mucho fuego.

—Muy bien, Murgus. Enviaré recado a Lucio Tucio de lo que piensas hacer —dijo la paciente madre.

«Echad lo que queráis en la leche con huevos, y, por supuesto, guisad el hígado», fue la contestación del físico.

Gracias a ello, el enfermo toleró el régimen alimenticio, aunque no de mil amores.

—Digas lo que digas de tu dieta, César, creo que está dando resultado —dijo Aurelia.

—¡Claro que da resultado! ¿Por qué crees que me lo como? —replicó el reacio convaleciente.

Aurelia comprendió que había algo raro en su actitud, y se sentó en la cama con gesto decidido, dispuesta a saber qué era.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que te pasa?

Apretando los labios, César miró por la ventana abierta hacia el jardín que había arreglado Cayo Matius en el patio de luces.

—Esta primera decisión mía ha sido un desastre —dijo por fin—. Mientras todos actuaban con gran coraje y valentía, yo estaba postrado en cama sin poder decir ni hacer nada. Los únicos protagonistas han sido Burgundus, Ria y mater.



—Quizás haya sido una especie de lección, César —replicó ella, conteniendo una sonrisa—. Tal vez el gran dios, cuyo servidor sigues siendo, haya querido enseñarte algo que tú no estás dispuesto a aprender: que un hombre no puede ir contra los dioses, y que los griegos tienen razón en lo que respecta al hubris. La soberbia en el hombre es abominable.

—¿Tú crees que mi orgullo llega a ser soberbia? —inquirió él.

—¡Oh, sí! Tienes mucho falso orgullo.

—Yo no veo ninguna relación entre esa soberbia que tú dices y lo que sucedió en Nersae —replicó tercamente César.

—Eso es lo que los griegos llamarían hipotético.

—Querrás decir filosófico.

Como Aurelia tenía una buena formación, no aceptó aquella sutileza y pasó al ataque.

—El hecho de que tu orgullo sea tan arrogante constituye grave tentación para los dioses. El soberbio pretende colocarse por encima de los dioses y por encima de los demás. Y, como bien sabemos los romanos, los dioses nunca muestran su condición superior a nadie con una intervención directa. Júpiter Optimus Maximus no habla a los hombres con voz humana, y a mí no va a convencerme nadie de que el Júpiter que se aparece a los hombres en sueños sea algo más que un sueño. Los dioses intervienen de modo natural y castigan con cosas naturales. A ti te han castigado con algo natural: la enfermedad. Y creo que la gravedad de la misma es claro indicio de tu gran soberbia. ¡Has estado a punto de morir!

—Tú atribuyes una fuerza divina a un acontecimiento puramente fisiológico —replicó él—. Yo creo que ha sido una fuerza tan toscamente animal como el acontecimiento. Como ninguno de los dos podemos demostrar nuestro argumento, ¿qué más da? ¿Qué importa que haya fracasado en mi primer intento de dirigir mi vida? He sido un objeto pasivo rodeado de heroísmo ajeno a mi persona.

—Oh, César, ¿es que nunca aprenderás?

—Probablemente no, mater —contestó él, esgrimiendo la cautivadora sonrisa.

—Sila quiere verte.

—¿Cuándo?

—Cuando estés bueno. Yo le pediré la cita.

—Mañana mismo.

—No, después del próximo nundinus.

—Mañana.

—Pues mañana —dijo Aurelia, con un suspiro.

Se empeñó en ir él solo a pie, y cuando descubrió a Lucio Decumio acechando, unos pasos detrás de él, le ordenó volver a casa con tal firmeza, que el hombre no se atrevió a desobedecerle.

—¡Estoy harto de que me mimen y protejan! ¡Déjame en paz! —gritó con voz que asustó a los que pasaban junto a él.

El paseo puso a prueba sus fuerzas, pero no llegó a casa de Sila agotado, ni mucho menos. No estaba restablecido, pero comenzaba a estarlo.

· —Ya veo que vistes toga —dijo Sila, sentado tras su escritorio, señalándole la laena y el apex, dispuestos sobre una camilla—. Te los he guardado. ¿Es que no tienes de repuesto?

—Sólo tengo ese apex, regalo de mi espléndido benefactor Cayo Mario.

—¿El de Merula no te sentaba bien?

—Tengo la cabeza muy grande —contestó César muy serio.

—¡Y que lo digas! —comentó Sila, conteniendo la risa.

Había mandado preguntar a Aurelia si César sabía la segunda parte de la profecía, y, al recibir respuesta negativa, había decidido no decirle nada; pero sí quería hablar largo y tendido sobre Mario. Había cambiado totalmente de idea respecto al asunto, debido a dos factores: la explicación que le había dado Aurelia a propósito de las circunstancias en que le habían convertido en flamen dialis y la representación dramática que tanto le había hecho disfrutar (y la fiesta que habían celebrado a continuación). Le había hecho revivir de tal modo, que, aunque había transcurrido ya un mes, aún recordaba retazos en los momentos menos oportunos, en medio de la ímproba tarea de hacer cumplir sus leyes. Sí, era como si volviese a ver el momento en que había entrado aquella magnífica delegación en su atrium, con solemnidad tan teatral que le había transfigurado, sacándole de la espantosa rutina, de aquella vida carente de alegría y diversión. Durante un

buen rato la realidad se había esfumado, sumiéndole en un espectáculo brillante y magnífico. Y desde aquel día había vuelto a recuperar la esperanza; sabía que aquello concluiría, que podría disponer de tiempo para hacer lo que anhelaba, ahogar aquella vida asquerosa en un ambiente constante de risas, hechizo, ocio, artificio, diversión, farsas y travestismo. Saldría de aquella rutina para vivir un futuro muy distinto y mucho más agradable.

—Has cometido mil errores huyendo, César —dijo con voz bastante amistosa.

—No hace falta que me lo digas. Bien lo sé.

—Eres demasiado guapo para esfumarte de esa manera, y tienes una inclinación personal por lo espectacular: el germano, el caballo, tu bonita cara, tu arrogancia... —añadió Sila, levantando uno a uno los dedos al hacer la enumeración—. ¿Quieres que siga?

—No —contestó César con gesto contrito—. Ya me lo ha dicho mi madre... y otras personas.

—Bien. Pero me apostaría a que no te han dado el consejo que yo voy a darte. Y es el siguiente, César: acepta tu destino. Si destacas y no puedes fundirte en lo que te rodea, al menos no te embarques en locas aventuras que exigen discreción. A no ser que, como hice yo en cierta ocasión, tengas ocasión de disfrazarte de galo. Yo regresé con una torca al cuello, y creo que me dio suerte. Pero tenía razón Cayo Mario. Aquello era demasiado llamativo para lo que yo me proponía; y tuve que quitármela. Era romano, no un galo, y fue la Fortuna la que me favoreció, no un trozo de oro inanimado, por bonito que fuese. Por donde vayas llamarás la atención. Igual que yo. Así que aprende a actuar dentro de los límites de tu naturaleza y de tu aspecto —añadió con un gruñido y cierto gesto de asombro—. ¡Qué bienintencionado! ¡Rara vez doy consejos bienintencionados!

—Te lo agradezco —dijo César.

El dictador hizo un gesto desabrido.

—Quiero saber por qué cres que Cayo Mario te hizo flamen dialis.

César aguardó un instante, pensando en que lo que dijera había de ser lógico y desapasionado.

—Cayo Mario me veía mucho en los meses que siguieron a su segundo infarto —comenzó diciendo.

—¿Qué edad tenías? —le interrumpió Sila.

—Diez años cuando empecé a verle, y doce al final.

—Continúa.

—A mí me interesaban sus experiencias militares y le escuchaba con los cinco sentidos. Él me enseñó a cabalgar, a manejar la espada, a arrojar la lanza y a nadar —prosiguió César, sonriendo con ironía—. En aquella época yo tenía grandes ambiciones militares.

—Y le escuchabas con gran atención.

—Claro. Y creo que él debió de pensar que yo intentaría ser más que él.

—¿Por qué iba a pensarlo?

—Porque se lo dije yo.

—Bien. Ahora, explícame lo de hacerte flamen dialis.

—A eso no puedo darte una respuesta lógica. No lo sé. Yo creo que me nombró flamen dialis para impedir que siguiera una carrera militar o política —contestó César, muy inquieto—. Es una respuesta basada en suposiciones mías, porque Cayo Mario estaba trastornado, y puede que todo fuese fantasía suya.

—Bien —dijo Sila, con rostro impenetrable—, como ha muerto, nunca sabremos la razón, ¿no es cierto? Pero, dado que estaba mal de la cabeza, tu hipótesis es lógica. Él siempre temía que le hicieran sombra hombres de mejor cuna, de las grandes familias. Él era un hombre nuevo, y se sentía injustamente discriminado por ello. Fíjate, por ejemplo, cuando yo capturé al rey Yugurta, fue una acción que él se atribuyó exclusivamente. ¡Y fue una hábil acción mía! Si no hubiese capturado a Yugurta, la guerra en África no habría concluido tan rápidamente y de forma tan concluyente. Catulo César, primo de tu padre, quiso decir en sus memorias que el mérito había sido mío, pero le hicieron callar.

Ni aunque su vida hubiese dependido de ello, habría dicho César una sola palabra de lo que pensaba de la fantástica versión de la captura de Yugurta. Sila era el legado de Mario, y por muy hábil que hubiese sido la captura, el mérito correspondía a Mario. Era Mario quien había

encomendado la misión a Sila, y era Mario quien dirigía la guerra. El general no podía hacerlo todo él; precisamente por eso tenía sus legados. Creo que estoy oyendo, pensó César, una de las primeras versiones de lo que será la historia oficial. Mario ha perdido y ha vencido Sila, sólo por haber vivido más que él.

—Entiendo —se limitó a decir.

Sila se levantó con cierto esfuerzo y se acercó a la camilla en que estaban las ropas del flamen dialis. Cogió el casco de marfil, con el pincho y el disco de lana, y lo sopesó en las manos.

—Lo has forrado bien —dijo.

—Da mucho calor, Lucio Cornelio, y no me gusta sentir el sudor —replicó César.

—¿Cambias el forro a menudo? —preguntó Sila, llevándose el apex a la nariz para olerlo—. ¡ Por los dioses, que huele bien, no como los cascos militares que apestan! Yo he visto caballos arrugar la nariz al darles a beber en cascos del ejército.

Un leve gesto de asco cruzó el rostro de César, pero se encogió de hombros.

—Imperativos de la guerra —comentó.

Sila sonrió.

—¡Me gustaría ver cómo te las arreglas tú, muchacho! Tengo entendido que eres algo especial, ¿no?

—En ciertos aspectos tal vez —respondió César con voz monocorde.

Sila arrojó el apex de marfil sobre la camilla.

—¿Así que detestas el cargo? —preguntó.

—Lo detesto.

—Y Cayo Mario tenía tanto temor de un niño como para encadenarle con eso.

—Así parece.

—Recuerdo que en tu familia decían que eras muy listo y que leías cualquier texto fácilmente. ¡ Es cierto?

—Sí.

Sila volvió a acercarse al escritorio, buscó entre los papeles y cogió una hoja que tendió a César.

—Lee eso —dijo.

A la primera ojeada, César comprendió por qué se lo pedía. Era una escritura horrorosa, con las letras muy pegadas unas a otras y las líneas torcidas.

*Sila no me conoces pero tengo que decirte algo y es que hay un hombre en Lucania llamado Marco Aponio que tiene grandes propiedades en Roma y quiero que sepas que Marco Craso ha hecho que este Aponio aparezca en las listas de proscritos para poder comprar sus propiedades muy baratas en subasta y es lo que hizo por dos mil sestercios. Un amigo.*

Sila echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—¡Ya me lo imaginaba! Y mi secretario también. Gracias, César. Pero no has visto nada y no lo has leído aunque lo hayas visto.

—¡Por supuesto!

—Es un grave inconveniente no poderlo hacer todo personalmente —dijo Sila poniéndose serio—. Es lo peor de ser dictador, que es una tarea hercúlea y hay que recurrir a agentes. El que se menciona en la carta es alguien en quien confiaba. Sí, sabía de su codicia, pero no creía que fuese tan descarado.

—En el Subura todos conocen a Marco Licinio Craso.

—¿Por su delito de quemar insulae?

—Sí... y por sus equipos contra incendios que llegan en el momento en que ha comprado la propiedad por cuatro monedas y apagan el fuego. Se ha convertido en el mayor propietario del Subura, y todos le detestan. ¡Pero que no se atreva a poner la mano en la insula de mi madre! —añadió César en tono amenazador.

—Ya no volverá a poner las manos en ningún bien de los proscritos —añadió Sila con voz ronca—. Mancha mi nombre. ¡Se lo advertí y no ha hecho caso! No volveré a verle. Que se pudra.

Era curioso oír aquello. ¿A él qué le importaban los problemas del dictador con sus adláteres? ¡Roma no volvería a tener un dictador! Pero calló, aguardando a que Sila fuese por fin al grano, y diciéndose que estaba dando tantos rodeos para poner a prueba su paciencia; y seguramente para atormentarle.

—Tu madre no lo sabe ni tú tampoco, pero no ordené que te mataran —dijo el dictador.

César abrió unos ojos como platos.

—¿Ah, no? ¡Pues no es lo que un tal Lucio Cornelio Fagites le hizo creer a Ria! Se hizo con tres talentos de mi madre a cambio de mi vida. Yo estaba postrado en cama. Acabas de decirme lo horrible que es depender de agentes por su codicia. Y bien cierto que es.

—Recordaré el nombre y le será devuelto el dinero a tu madre —dijo Sila, con evidente enojo—. Pero no se trata de eso. ¡De lo que se trata es de que no ordené matarte! Dije que te trajeran vivo a mi presencia para poder preguntarte lo que acabo de preguntarte.

—Y matarme después.

—En principio, sí.

—Y ahora has dado palabra de no matarme.

—Supongo que no habrás cambiado de parecer en cuanto a divorciarte de la hija de Cinna...

—No. No pienso divorciarme.

—Lo cual plantea un grave problema a Roma. No puedo matarte, no quieres continuar en el cargo y no piensas divorciarte de la hija de Cinna porque ella es el medio para librarte del cargo... ¡y no te molestes en darme elaboradas explicaciones sobre ética y principios! —De pronto, una expresión de senectud invadió aquel deteriorado rostro, y los labios, faltos de apoyo, se fruncieron temblorosos en un tic; era como Cronos dispuesto a comerse a uno de sus hijos—. ¿Te ha contado tu madre lo que sucedió?

—Sólo que me perdonabas la vida. Ya la conoces.

—¡Ah, una persona extraordinaria esa Aurelia! Hubiera debido nacer hombre.

La cautivadora sonrisa de César se desvaneció.

—¡Siempre dices lo mismo! Yo debo decir que me alegro mucho de que no fuese hombre.

—¡Y yo! ¡Y yo! De haberlo sido, yo habría debido no dormirme sobre los laureles —dijo Sila, palmeándose en los muslos e inclinandose hacia adelante—. Así pues, mi querido César, sigues siendo un estorbo para todos los que componemos el colegio sacerdotal. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—Despojarme del cargo, Lucio Cornelio. Nada puedes hacer salvo matarme; y eso sería faltar a tu palabra. Pero no creo que lo hagas.

—¿Qué te hace pensar que no voy a faltar a ella?

César enarcó las cejas.

—¡Soy patricio como tú! Pero, además, soy de la familia de los Julios, y tú nunca faltarás a tu palabra con una persona de mi alcurnia.

—Es cierto —asintió el dictador, arrellanándose en la silla—. Los miembros del colegio sacerdotal hemos decidido, tal como tú suponías, liberarte del cargo, Cayo Julio César. No puedo hablar por los demás, pero puedo decirte por qué yo quiero que lo dejes. Creo que Júpiter Optimus Maximus no te quiere como flamen; creo que te destina a otras empresas. Es muy posible que ese incendio del templo fuese el instrumento de tu liberación. No estoy completamente seguro, pero tengo la profunda impresión de que sí; pero hay cosas peores que seguir los propios instintos. Cayo Mario fue la prueba más dura de mi vida, una especie de Némesis, porque, de un modo u otro, estropeó mis mejores logros. Y, por motivos en los que no voy a entrar, también quiso encadenarte. ¡Y te digo una cosa, César! Si él quiso encadenarte, yo quiero liberarte. El que ríe el último ríe mejor. De eso se trata.

A César jamás se le habría ocurrido que su liberación fuese consecuencia de algo como aquello: que fuese Cayo Mario quien le había encadenado para que Sila le liberase. Miró a aquel hombre y quedó plenamente convencido de que era el único motivo por el que le liberaba. Quería ser el último en reír y, al final, era Mario el que salía perdiendo.

—Yo y mis colegas de los colegios sacerdotales opinamos que debe de haber habido algún defecto en el ritual de tu consagración como flamen dialis. Varios de ellos (yo no, pero si bastantes) presenciaron la ceremonia y



ninguno está completamente seguro de que no se cometiera algún error. Y basta esa duda dado el sanguinario ambiente de aquellos días. Así que hemos decidido exonerarte. No obstante, no podemos nombrar otro flamen dialis mientras tú vivas, no fuera a ser que nos equivoquemos y no hubiese habido defecto alguno —añadió Sila, apoyando las manos en la mesa—. Lo mejor será tener una cláusula que permita una salida. Es grave inconveniente no tener flamen dialis, pero Júpiter Optimus Maximus es la esencia de Roma y desea que las cosas se hagan legalmente. Por lo tanto, Cayo Julio César, serán los otros flamines quienes compartan las tareas del servicio a Júpiter.

César se humedeció los labios. Había que decir algo.

—Me parece una prudente medida —comentó.

—Eso creemos. Sin embargo, ello significa que dejas de pertenecer al Senado en el momento en que el gran dios manifieste su consentimiento. Y para obtenerlo, ofrecerás a Júpiter Optimus Maximus su animal simbólico: un toro blanco. Si el sacrificio se desarrolla favorablemente, cesarás en el cargo. Si no resulta favorable, habremos de pensar otra cosa. El pontífice máximo y el rex sacrorum presidirán la ceremonia —añadió con un brillo de ironía en sus ojos gris claro—, pero el sacrificio lo realizarás tú. Y celebrarás una fiesta invitando a los colegios sacerdotales en el templo de Júpiter Stator del Foro. El sacrificio y la fiesta tendrán carácter de piaculum en expiación de los inconvenientes que ha sufrido el gran dios por la ausencia de sacerdote propio.

—Me satisface obedecer —dijo César, ceremonioso.

—Si todo sale bien, quedarás libre. Podrás casarte con quien quieras; aunque sea la hija de Cinna.

—¿He de entender que no ha cambiado la situación civil de Cinnilla? —inquirió flemáticamente César.

—¡Claro que no ha cambiado! ¡De no ser así, llevarías la laena y el apex para el resto de tus días! Me molesta que lo preguntes, muchacho.

—Lucio Cornelio, lo he preguntado porque la lex Minicia revertirá automáticamente sobre los hijos que me dé mi esposa. Y no es justo, porque yo no he sido proscrito. ¿Por qué han de sufrir perjuicio mis hijos?

—Sí, ya lo sé —replicó el dictador, sin ofenderse por la franqueza de César—. Por eso pienso hacer una enmienda a la ley para proteger a hombres como tú. La lex Minicia de liberis únicamente será aplicable a los hijos de los proscritos. Si éstos tienen la suerte de desposarse con un cónyuge romano, sus hijos serán romanos. Debería haberse previsto —añadió, frunciendo el ceño—. Pero no se hizo. Es una de las consecuencias de legislar tanto con tanta rapidez; pero la manera en que se me expuso me dejó en ridículo, ¡y todo por culpa tuya, muchacho, y del bobo de tu tío, Cotta! La interpretación sacerdotal de mis leyes a la luz de las otras leyes de Roma registradas en las tablillas debe aplicarse a los hijos de los proscritos.

—Me alegro —dijo César sonriente—, porque me ha librado de las garras de Mario.

—Exactamente —apostilló Sila, con gesto enérgico y reflexivo—. Mitilene se ha sublevado y se niega a pagar el tributo a Roma. En este momento está en el cargo el procuestor Lúculo, pero he enviado a mi pretor Termo como gobernador de la provincia de Asia, con el cometido prioritario de aplastar la sublevación de Mitilene. Tú has manifestado preferencias por la carrera militar, así que te voy a enviar a Pérgamo para que te incorpores al estado mayor de Termo. Espero que te distingas, César —añadió, mirándole severamente—. De tu conducta como segundo tribuno militar depende el veredicto final de este asunto. En la historia de Roma se concede máxima reverencia al héroe militar, y yo quiero exaltar a esa clase de hombres; serán objeto de privilegios y honores muy concretos. Si haces méritos por valentía en el combate, a ti también te exaltaré, pero si no te distingues, te hundiré aún más de lo que pretendía Cayo Mario.

—Me parece bien —respondió César, encantado con el nombramiento.

—Otra cosa —añadió Sila, con cierto fulgor taimado en la mirada—. Tu caballo; ese animal que montabas cuando eras flamen dialis, violando los preceptos del gran dios.

—¿Qué? —inquirió César, tenso.

—Me han dicho que quieres volver a comprarlo. No lo hagas. Quiero que montes una mula. Yo siempre me he contentado con una mula, y a ti también debe bastarte.

Un fulgor asesino cruzó los ojos azules de César. ¡Ah, no, Sila, no quieras atraparme!, pensó.

—¿Pero tú crees, Lucio Cornelio, que yo me considero digno de una mula? —replicó.

—No tengo ni idea de lo que te crees digno.

—Yo monto a caballo mejor que nadie —añadió César sin inmutarse—, mientras que tú, según se dice, eres el peor jinete que existe. Pero si una mula es bastante para ti, para mí es demasiado. Y te doy sinceras gracias por tu comprensión y discreción.

—Bien; puedes marcharte —añadió Sila, imperturbable—. Cuando salgas, haz el favor de decirle al secretario que pase.

El malhumor que le embargaba hizo que César llegase a casa menos contento de lo que hubiera debido estarlo por su liberación; y pensó si no habría sido, precisamente, el propósito de Sila amargarle la alegría con aquella bobada de la mula. Sila no quería agradecimiento, no quería que el hijo de Aurelia quedase obligado a él por una especie de clientelismo; un Julio doblegado a un Cornelio sería como una burla al patriciado. Y, reflexionando sobre ello, César concluyó con mejor opinión sobre Lucio Cornelio Sila que la que tenía antes de acudir a la entrevista. ¡Él me ha liberado! Ha sido él quien me ha concedido la vida para hacer lo que quiera. O lo que pueda. Es un hombre que no me gusta, pero ha habido momentos en que he notado que le apreciaba.

Y al pensar en Bucéfalo se echó a llorar.

—Sila sabe lo que se hace —dijo Aurelia, asintiendo con la cabeza—. Vas a tener muchos gastos. Tienes que comprar un toro blanco sin tacha, y no te costará menos de cincuenta mil sestercios, y la fiesta que tienes que dar a los sacerdotes y augures te costará el doble. Luego tienes que equiparte para marchar a Asia y mantenerte en un ambiente carísimo. Recuerdo que tu padre decía que los tribunos militares desprecian a los colegas que no pueden vivir con igual lujo y derroche que ellos. Y tú no eres rico. Las rentas de tus tierras se han ido acumulando desde la muerte de tu padre porque no has tenido gastos, pero ahora todo cambia. Volver a comprar el caballo sería un gasto inoportuno, y más ahora que no vas a estar

aquí para montarlo. Ve en mula hasta nueva orden de Sila. Por menos de diez mil sestercios puedes encontrar una mula estupenda.

Dirigió a su madre una mirada poco propia de un hijo cariñoso, pero no rechistó y guardó para sí mismo el dolor que le producía tener que renunciar para siempre al caballo.

El sacrificio propiciatorio se celebró unos días más tarde, cuando ya César estaba preparado para el viaje que le conduciría a servir con Marco Minucio Termo, gobernador de la provincia de Asia. Aunque la fiesta se celebraría en el templo de Júpiter Stator, el ritual expiatorio se llevó a cabo en el altar levantado bajo la escalinata del templo capitolino de Júpiter Optimus Maximus.

Revestido de la toga (había entregado la laena y el apex a los sacerdotes para que los guardasen hasta que se construyera el futuro templo de Júpiter), César condujo el perfecto buey blanco desde su casa por las Fauces Suburae y el Argiletum. Aunque habría podido adornarle los espléndidos cuernos con simples cintas, él quiso hacer alarde de esplendidez y se los adornó con hilo de oro, le colgó al cuello guirnalda de las más exóticas y costosas flores y le puso un ramo de rosas blancas en la testuz. Le había pintado las pezuñas de plata y recubierto la cola con cintas de hilo de oro trenzadas con flores. Le acompañaban sus invitados: sus tíos los Cotta, Cayo Matius, Lucio Decumio y sus hijos, y la mayoría de los cofrades del colegio de los cruces, todos con toga. Aurelia no asistió al sacrificio por impedírselo su sexo, ya que Júpiter Optimus Maximus era un dios de varones.

Los distintos colegios sacerdotales aguardaban congregados junto al altar, acompañados de los profesionales que efectuarían el sacrificio: popa, cultarius y esclavos. Aunque era costumbre drogar antes al animal, César se negó, pensando en que había que dejar que se manifestase sin trabas la voluntad del dios. Todos los presentes lo advirtieron de inmediato, pues el buey blanco impoluto tenía la mirada alerta y el paso firme, meneando mansamente la cola.

—¡Estás loco, muchacho! —musitó Cayo Aurelio Cotta, mientras la multitud iba creciendo y alcanzaban un repecho del empinado Clivus Capitolinus—. ¡Todos van a tener los ojos puestos en ese animal, y tú no lo has drogado! ¿Y si se resiste? ¡Será demasiado tarde!

—No se resistirá —replicó César muy tranquilo—, pues sabe que de él depende mi destino. Y así todos verán que me resigno sin reservas a la voluntad del gran dios —añadió, conteniendo la risa—. Además, soy favorito de la Fortuna y la suerte me acompaña.

Todos los presentes se apiñaron en derredor, César se dirigió al trípode de bronce con una jofaina de agua y se lavó las manos. Lo propio hicieron el pontífice máximo (Metelo Pío, el Meneítos), el rex sacrorum (Lucio Claudio) y los otros dos sacerdotes mayores, los flamines martialis (Lucio Valerio Flaco, príncipe del Senado) y quirinalis (el recién nombrado Mamercio). Ceremonialmente puros de cuerpo y vestiduras, los sacerdotes oficiantes alzaron los pliegues de la toga que colgaban de sus hombros y se cubrieron la cabeza, gesto que todos imitaron.

El pontífice máximo se acercó al altar.

—¡Júpiter Optimus Maximus (si te place que te dé ese nombre, si no, te invocaré con el que tú prefieras), recibe a tu servidor, Cayo Julio César, que era flamen tuyo y ahora desea expiar su erróneo nombramiento, manifestándote que él no tuvo arte ni parte! —clamó el Meneítos sin tartamudear lo más mínimo, retrocediendo un paso y dirigiendo una furiosa mirada a Sila, que había conseguido mantener el gesto comedido. La intachable invocación le había costado al Meneítos días de incesante práctica más penosa que la instrucción militar.

Los ayudantes de los sacerdotes comenzaron a despojar al buey de sus adornos e hilos de oro, haciendo una pelota con éstos sin preocuparse de César, que en aquel momento avanzó y puso la mano en el húmedo morro de su ofrenda. Los ojos rojo oscuro circundados de pestañas tan transparentes como el cristal le miraban mansamente, y César no notó que el animal rehuyera o temblase al tocarle.

Acto seguido entonó una plegaria con un tono de voz más aguda de lo habitual para que todos oyeran sus palabras.

—Júpiter Optimus Maximus todopoderoso (si te place oírme invocar por ese nombre, si no, me dirigiré a ti con el que desees), tú que eres el espíritu de Roma, te suplico que aceptes esta ofrenda de tu animal sagrado que te sacrifico en expiación de mi errónea designación como flamen tuyo. Te ruego que me liberes de mis votos y me concedas la oportunidad de servirte en otro cometido. Me someto plenamente a tu voluntad, ofreciéndote este poderoso ser vivo en el convencimiento de que me otorgarás lo que te suplico por haberte ofrecido cuanto debo.

Sonrió al buey, mirándole como si quisiera interpretar su sentir.

Los ayudantes sacerdotales se aproximaron, César y el pontífice máximo se apartaron a un lado y cogieron cada uno un cáliz de oro de un trípode, mientras el rex sacrorum asía un cuenco de oro lleno de espelta.

—¡Pido silencio! —gritó César con voz estentórea.

Se hizo un silencio tal que el viento cálido y suave llevó hasta allí el rumor del ajetreo en las tiendas de los soportales del Foro.

El flautista se llevó a los labios el instrumento hecho con la tibia de un enemigo, y comenzó a desgranar una triste melodía destinada a amortiguar los ruidos del Foro.

Nada más iniciarse el son de la flauta, el rex sacrorum salpicó la cabeza del buey con la espelta, cosa que el animal debió de tomar por lluvia, ya que sacó la rosada lengua para lamerse los copos de harina del morro.

El popa se situó enfrente del buey, con la recia maza al lado.

—¿A gone? —preguntó a César en voz alta.

—¡Golpea! —gritó César.

La maza voló en el aire, cayendo veloz y con absoluta precisión entre los ojos del animal, que se derrumbó pesadamente sobre las patas delanteras, haciendo retumbar el suelo; poco a poco, los cuartos traseros quedaron tiesos hacia la derecha, lo cual era buen presagio.

Desnudo de cintura para arriba, igual que el popa, el cultarius cogió los cuernos y alzó hacia el cielo la cabeza del buey, marcándose en sus brazos músculos y nervios, pues era una cabeza que pesaba veinticinco kilos. Luego, la dejó de nuevo en tierra.

—La víctima consiente —dijo a César.

—¡Pues procede al sacrificio! —clamó César.

El hombre sacó de la vaina el afilado cuchillo y, mientras el popa volvía a levantar la cabeza del animal, él le cortó hábilmente el cuello de un profundo tajo. Conforme requería el rito, la sangre no salió en borbotones que salpicaran a nadie. Cuando el popa bajó otra vez la cabeza hacia la derecha, César tendió el cáliz al cultarius, y éste recogió sangre con tal maestría que no chorreó gota alguna fuera del recipiente. Metelo Pío entregó igualmente su cáliz.

Con cuidado de no pisar el crecido riachuelo carmesí que descendía cuesta abajo, César y el pontífice máximo se dirigieron al altar de piedra, donde aquél derramó el contenido del cáliz diciendo:

—¡Oh Júpiter Optimus Maximus (si deseas que te invoque por ese nombre, si no, te invocaré por el que deseas oír), tú, que eres del sexo que te place, tú que eres el espíritu de Roma, acepta esta ofrenda expiatoria, y acepta el oro de los cuernos y pezuñas de la víctima, y guárdalo para adornar tu nuevo templo!

Dicho lo cual, Metelo Pío derramó su cáliz.

—¡Oh todopoderoso Júpiter Optimus Maximus (si te place que te invoque con ese nombre, si no, te invocaré con el que deseas), te suplico aceptes el sacrificio expiatorio de Cayo Julio César, que fue tu flamen y sigue siendo tu servidor!

Nada más pronunciar Metelo Pío la última palabra sin titubeo alguno, se oyó un suspiro de alivio general, que amortiguó los tristes arpegios del tibicen.

El último en ofrecer el sacrificio fue el rex sacrorum, que esparció el resto de la espelta sobre el charco de sangre del altar.

—¡Oh todopoderoso Júpiter Optimus Maximus (si te place que te invoque con ese nombre, si no, te invocaré con el que deseas), soy testigo de que te han ofrecido la vida y la fuerza de este ser, poderosa y enorme víctima, y que se ha hecho conforme al ritual prescrito sin error alguno! Según los acuerdos que nos ligan a ti, concluyo que te ha complacido la ofrenda de Cayo Julio César. Por consiguiente, Cayo Julio César desea quemar su ofrenda en honor tuyo y no quiere parte alguna de ella para sí

mismo. Que en virtud de ello, Roma y los que en ella viven tengan prosperidad.

Y eso fue todo. La ceremonia había concluido sin error alguno. Mientras sacerdotes y augures descubrían sus cabezas y comenzaban a descender la cuesta del Clivus Capitolinus hacia el Foro, los ayudantes del sacrificio, como profesionales que eran, comenzaron a recogerlo todo. Izaron la masa del buey con una polea y lo dispusieron sobre la pira, que prendieron con una antorcha musitando sus plegarias, mientras los esclavos limpiaban con baldes de agua las manchas de sangre del suelo, difundiéndose un extraño olor, mezcla de buey asado y de los costosos inciensos que César había comprado para echarlos entre los haces de leña. La sangre del altar no se limpiaría hasta que el buey se convirtiera en cenizas. Y la bola de oro iba ya camino del Tesoro, en donde quedaría depositada, con el nombre del donante y la fecha y naturaleza del acontecimiento.

La fiesta que hubo a continuación en el templo de Júpiter Stator en la Velia, al fondo del Foro, se desarrolló tan bien como el sacrificio. César recorrió los grupos de invitados, instándoles a pasarlo bien y bromeando con ellos, y muchos ojos que nunca se habían fijado en él comenzaron a escrutarle. Ahora era por cuna y estirpe un rival de la arena política, y sus modales, su porte, la expresión de su rostro bien parecido, daban a entender que no había que perderle de vista.

—Tiene un ligero parecido a tu padre —dijo a Catulo un Metelo Pío aún ruborizado de satisfacción por su perfecta dicción en la ceremonia.

—Natural —respondió Catulo, mirando a César con instintiva repugnancia—, mi padre era un César. Guapito, ¿verdad? Eso lo aguanto, pero lo que no puedo aguantar es su arrogancia. ¡Mírale! Es más joven aun que Pompeyo y ya se cree el dueño del mundo.

El Meneítos se mostraba contemporizador.

—¿Cómo te sentirías tú de haber sido liberado del terrible destino del flamen dialis?

—Quizá lamentemos el día en que Sila nos mandó liberarle —replicó Catulo—. Mírale ahí con Sila. ¡Vaya pareja!



El Meneítos le miró sin salir de su asombro, y Catulo pensó en que había podido morderse la lengua, pues por un instante había olvidado que su interlocutor no era Quinto Hortensio, tan acostumbrado estaba a tener a su cuñado constantemente al lado. Pero no le acompañaba en esta ocasión, porque al anunciar Sila al colegio de sacerdotes los nuevos miembros, el nombre de Hortensio no figuraba; y Catulo lo consideraba una omisión imperdonable. Igual que Quinto Hortensio.

Al margen de la ofensa que había infligido a Catulo, Sila se esforzaba porque César le dijera una cosa.

—No drogaste al animal y has corrido un riesgo enorme.

—Soy un favorito de la Fortuna —replicó César.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Basta tener en cuenta que me he librado del flaminado, he superado una enfermedad mortal, me he salvado de que me mandases matar y estoy enseñando a la mula a imitar el paso de un caballo aristocrático con bastante éxito.

—¿Le has puesto nombre? —inquirió Sila sonriendo.

—Claro, Orejas gachas.

—¿Y cómo llamabas a tu aristocrático caballo?

—Bucéfalo.

Sila soltó una carcajada, pero no hizo comentario alguno. Miró en derredor y luego hizo un amplio gesto con el brazo.

—Una fiesta notable para un anfitrión de dieciocho años.

—He seguido tu consejo —replicó César— y, como no puedo pasar inadvertido en el decorado, decidí que hasta mi primer banquete fuese digno de mí.

—¡Si que eres arrogante! Desde luego, es una fiesta sin par, César. Ostras, salmonetes, lubina, codornices... Te habrá costado una fortuna.

—Más de lo que puedo permitirme —contestó César sin turbarse.

—Eres un derrochador —comentó escuetamente Sila.

—Lucio Cornelio, el dinero es un instrumento —replicó César, encogiéndose de hombros—. Me da igual tenerlo que no, si de lo que se trata es de acumularlo. Yo considero que hay que vivir sin dinero, pues si no

genera podredumbre. Todo el dinero que obtenga de ahora en adelante lo utilizaré para progresar en mi carrera pública.

—Buen sistema para arruinarse.

—Ya me las arreglaré —replicó César despreocupadamente.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque tengo el favor de la Fortuna y la suerte me acompaña.

—¡Tengo el favor de la Fortuna y la suerte me acompaña! —repitió Sila evocador, estremeciéndose—. Pero no olvides que se paga un precio, y la Fortuna es una amante celosa y exigente.

—¡Son las mejores! —dijo César, echándose a reír de tal manera que se hizo un silencio. Y muchos de los presentes recordarían aquella risa de César, no porque tuviesen una premonición, sino por dos cualidades que envidiaban en él: su juventud y su buen físico.

Naturalmente, no pudo marcharse hasta que hubo desaparecido el último invitado, y eso sucedió muchas horas más tarde. Por entonces ya los tenía a todos clasificados, pues era de esas personas cuya memoria todo lo atesora. Su conclusión fue que había sido una agradable reunión.

—Aunque no he conocido a nadie de quien me interesase hacerme amigo —dijo a Cayo Matius al día siguiente—. ¿De verdad que no quieres venir conmigo, Pustula? Tienes obligación de servir en seis campañas, ¿sabes?

—No, gracias. No deseo estar tan lejos de Roma. Espero que me destinen, y ojalá sea a la Galia itálica.

Los adioses no parecían acabar. Arrepentido de no haber prescindido de ellos, César los soportó con toda la paciencia de que fue capaz; lo peor de todo fue los muchos que le pidieron que les dejara ir con él, pero se negó rotundamente y sólo aceptó a Burgundus. Sus dos criados los había adquirido recientemente: hombres ajenos a la influencia de su madre.

Una vez se hubo despedido de todos —Lucio Decumio, sus hijos, los cofrades del colegio de los cruces, Cayo Matius, los criados de su madre, Cardixa y sus hijos, su hermana Ju-Ju, su esposa y su madre—, montó en su magnífica mula y partió.

## **Tercera parte**

**ENERO DEL 81 A. DE J.C. - SEXTILIS (AGOSTO) DEL 80 A.  
DE J.C.**

No habían transcurrido dos meses cuando Sila decidió que Roma se había adaptado satisfactoriamente a sus actividades de proscripción. La matanza era algo más sutil que la emprendida por Mario en los días de su séptimo consulado; no corría tanta sangre por las calles de la ciudad, y no había cadáveres amontonados en el Foro. Había prohibido los ritos funerarios y el entierro de los proscritos, y los muertos eran arrastrados de un gancho por el esternón hasta el Tíber, al que eran arrojados. Sólo las cabezas se amontonaban en el Foro, en torno al estanque de la fuente pública llamada de Servilio.

Respecto al monto de los bienes confiscados por el Estado y su administrador Crisógono, se dictaron algunas leyes más: las viudas de los proscritos no podían volver a casarse, y las máscaras de cera de Cayo Mario, su hijo, Cinna y sus antepasados, ni de ningún otro proscrito y sus antepasados, podían exhibirse en los funerales familiares.

La casa de Cayo Mario había sido vendida en subasta a Sexto Perquitieno, nieto del que había acumulado la fortuna de dicha familia y vecino de Mario; ahora servía de anexo para guardar las obras de arte del citado Perquitieno.

En las primeras subastas presididas por Crisógono los bienes de los proscritos fueron a parar a los mejores postores a precios corrientes de mercado, pero no había mucho dinero para comprar, y en la décima subasta los precios comenzaron a descender rápidamente. Fue en ese momento cuando Marco Craso comenzó a pujar; se valía de una buena artimaña: en vez de aspirar a los mejores bienes en oferta, se concentraba en los menos apetecibles, que lograba adjudicarse por poco dinero. Las actividades de Lucio Sergio Catilina eran más descaradas, pues se dedicaba a informar a Crisógono de actos de traición o de comentarios subversivos, y así logró que su hermano Quinto fuese declarado proscrito, y consiguió que también lo fuese su cuñado Cecilio. El hermano fue desterrado, pero el cuñado murió y Catilina solicitó del dictador una ley especial para poder heredar, arguyendo que en ninguno de los dos casos figuraba en el testamento ni

tenía herederos directos, y que los dos proscritos tenían hijos varones. Al concedérselo Sila, Catilina se hizo inmensamente rico sin gastar un solo sestercio en las subastas.

Por lo tanto, fue en un ambiente doblemente frío cuando Sila celebró su triunfo el último día de enero. El pueblo acudió en masa a vitorearle, pero los caballeros se quedaron en sus casas, tal vez temiéndose que si Sila o Crisógono veían sus caras, acabarían en la próxima lista de proscritos. El dictador mostró en el desfile los despojos y tributos de Asia y del rey Mitrídates, con toda clase de artimañas para ocultar el hecho de que el término de la guerra había sido tan rápido como prematuro, y que, en consecuencia, el botín era decepcionante considerando la riqueza del enemigo.

Al día siguiente, Sila hizo una exposición más que un triunfo, mostrando lo que había confiscado al hijo de Mario y a Carbón, y tuvo buen cuidado de informar a los espectadores de que aquellos artículos serían devueltos a los templos y a los particulares a quienes habían sido arrebatados. Aquel día, los antiguos desterrados, como Apio Claudio, Pulcher, Metelo Pío, Varrón Lúculo y Marco Craso, desfilaron no como senadores de Roma, sino como exiliados rehabilitados, aunque Sila les evitó la indignidad de tener que ponerse el gorro de la libertad, tocado de los libertos.

Dominar a Pompeyo resultó más difícil que acostumbrar a Roma a las proscripciones, y Sila lo supo el día anterior a la celebración de su triunfo. Pompeyo no había hecho caso de las instrucciones del dictador y había zarpado de África con todo su ejército. En la carta que le envió desde Tarentum le decía que sus soldados se habían negado a dejarle embarcar sin que le acompañasen, y que no había podido impedirlo (sin explicar cómo tenía tantas embarcaciones para cinco legiones más y los dos mil soldados de caballería). Y al final de la misiva volvía a insistir en su deseo de celebrar un triunfo.

El dictador envió un correo urgente a Tarentum, comunicándole por segunda vez la negativa a tan ansiado triunfo, y el mismo correo regresó con una carta en la que el joven lamentaba la actitud reacia de su ejército, reacción que le era imposible impedir. ¡Aquellos desobedientes soldados estaban empeñados en que su querido general celebrase el bien merecido triunfo! Si el dictador seguía negándose, mucho temía que sus desobedientes soldados tomaran la iniciativa y decidiesen marchar hacia Roma. Él, naturalmente, haría cuanto pudiese por evitarlo.

Una segunda carta envió Sila al galope por la vía Apia a Tarentum, con la tercera negativa. NADA DE TRIUNFO. Y esto ya debió de parecer demasiado rotundo, pues las seis legiones de Pompeyo con los dos mil soldados de caballería se dispusieron a emprender la marcha hacia Roma. Y su querido general les acompañaba, manifestando en otra carta a Sila que lo hacía únicamente para impedir que sus hombres cometiesen actos de los que después pudieran arrepentirse.

El Senado se había enterado secretamente de todas las etapas de este duelo de voluntades, horrorizado por las pretensiones de aquel caballero de veinticuatro años, y había emitido un *senatus consultum* apoyando todas las órdenes y negativas de Sila. Por ello, cuando Sila y el Senado supieron que Pompeyo y su ejército habían llegado a Capua, la resistencia creció. Estaban ya a finales de febrero, en medio de grandes nevadas, el campo de Marte estaba ya lleno de otras tropas —dos legiones de Lucio Licinio Murena, ex gobernador de la provincia de Asia y de Cilicia, y dos legiones de Cayo Valerio Flaco, ex gobernador de la Galia Transalpina. Ellos dos sí a punto de celebrar un triunfo.

Inmediatamente después de la inevitable carta ordenando a Pompeyo detenerse en Capua (e informándole de que el campo de Marte estaba ocupado por cuatro legiones veteranas), el dictador salió de Roma en dirección a Capua. Le acompañaban los cónsules Decula y Dolabela el viejo, el pontífice máximo Metelo Pío, el príncipe del Senado Flaco, el mestre ecuestre, una escolta de lictores y ninguna tropa.

Pompeyo recibió la carta de Sila antes de que pudiera abandonar Capua, y la noticia de que cuatro aguerridas legiones estaban acampadas en las

afueras de Roma le hizo desistir de emprender la marcha. No era su intención luchar contra Sila, y la supuesta marcha era una urgencia cuyo único propósito era conseguir un triunfo; y la noticia de que el dictador tenía a su disposición cuatro legiones curtidas en combate le cayó como un jarro de agua fría. Claro que era una fanfarronada, pero, ¿lo pensaría así Sila? ¡Ni mucho menos! ¿Cómo iba a imaginárselo? Para él aquella marcha era como una repetición de la que él mismo había emprendido el año en que había sido cónsul. Y Pompeyo tuvo miedo.

Y cuando llegó la noticia de que el propio Sila llegaba a Capua sin ejército, se apresuró a salir a toda prisa del campamento y cabalgar al galope por la vía Apia, también sin tropas. Las circunstancias de la entrevista no fueron muy distintas a las del primer encuentro entre los dos en el vado del río Calor. Pero en esta ocasión Sila no estaba beodo, aunque sí, evidentemente, montaba una mula. Iba ataviado con la toga praetexta bordada en púrpura, y le precedían los veinticuatro lictores con túnica carmesí y cinturón de cuero negro con aplicaciones de bronce, portando las siniestras hachas en los fascas. Detrás del dictador marchaban otros treinta lictores —doce de Decula, doce de Dolabela y seis del mestre ecuestre que tenía categoría de pretor—. Con ello, el acontecimiento era de mucho mayor relieve que la escena del río Calor y más en consonancia con las primitivas fantasías del pobre Pompeyo.

Pero era evidente que Pompeyo se había crecido en los veinticuatro meses transcurridos desde su primer encuentro con Sila; había dirigido una campaña coordinada con Metelo Pío y con Craso, otra en Clusium con Sila y Craso, y una tercera completamente solo fuera de Italia. Por ello no se anduvo con reparos para revestir su mejor coraza sobredorada, que brillaba casi tanto como su caballo público ricamente enjaezado. La comitiva del dictador venía a pie, y Pompeyo, para no desentonar, desmontó.

Sila llevaba la corona de hierba, agria indirecta para Pompeyo que aún no había ganado ninguna, ni tampoco una corona cívica (puestos a decirlo). Pese a la ridícula peluca y su rostro lleno de cicatrices, el dictador conservaba su majestuosa imagen autoritaria. Y Pompeyo lo advirtió inmediatamente. Los lictores se colocaron doce en fila a cada lado de la

calzada de modo que el bronceado joven caminase entre ellos al encuentro con Sila, que se había detenido, dejando el séquito unos pasos detrás de él.

—¡Ave, Pompeyo Magnus! —exclamó Sila, alzando la mano derecha.

—¡Ave, dictador de Roma! —respondió con fuerte voz Pompeyo, lleno de alegría al ver que Sila le daba en público el tercer nombre que él mismo se había atribuido. ¡Ahora era ya oficialmente Pompeyo el Grande!

Se besaron en la boca con mutuo desagrado, y los lictores, siempre en vanguardia, se dirigieron despacio en dirección al campamento de Pompeyo, seguidos del resto.

—¡Estás dispuesto a admitir que soy grande! —dijo Pompeyo encantado.

—El sobrenombre ha hecho carrera, igual que el de joven carnicero.

—Mi ejército está decidido a que celebre mi triunfo, Lucio Cornelio.

—Tu ejército no tiene ningún derecho a tomar esa decisión, Cneo Pompeyo Magnus.

—¿Y qué puedo hacer? —exclamó él, abriendo los poderosos brazos pecosos—. ¡No me hacen ni caso!

—¡Bah! —le espetó Sila—. Sin duda comprenderás, Magnus, que después de cuatro cartas (contando la primera que recibiste en Utica) has demostrado bastante incompetencia para dominar a tus tropas.

—¡Es una crítica injusta! —exclamó Pompeyo, ruborizándose y frunciendo su boca pequeña.

—No. En absoluto. Lo has admitido tú mismo en tres cartas seguidas.

—¡No quieres entenderme! —añadió Pompeyo, rojo como una amapola—. La tropa reacciona así porque me quiere.

—Te quiera o te odie, la insubordinación es insubordinación. Si yo fuese su comandante la diezmaría.

—Se trata de una insubordinación inofensiva —protestó Pompeyo sin convicción.

—No hay insubordinación inofensiva, y bien lo sabes. Estás amenazando al dictador legal de Roma.

—No es una marcha sobre Roma, Lucio Cornelio, sino una marcha hacia Roma, ¡que es muy diferente! —arguyó Pompeyo—. Mis hombres



sólo quieren ver que se me concede lo que merezco.

—Lo que tú mereces, Magnus, es lo que yo decida concederte como dictador de Roma. Tienes veinticuatro años y no eres senador. Me he dignado dirigirme a ti con un estupendo apelativo que sólo puede mejorarse con el superlativo de Maximus y nada más, si no se degrada con el de parvus, minutus o incluso pusillus —replicó Sila.

Pompeyo se detuvo en medio de la calzada y se le quedó mirando; la comitiva no atinó a detenerse hasta que se encontró a una distancia desde la que podían oír lo que decían.

—¡Quiero un triunfo! —exclamó Pompeyo, dando una patada en tierra.

—¡Y yo te digo que no! —replicó Sila en el mismo tono.

El ancho rostro acalorado de Pompeyo se contrajo, y los finos labios se retrayeron, mostrando sus blancos dientes.

—Harías bien en recordar, Lucio Cornelio, dictador de Roma, que mucha más gente adora al sol naciente que al que está en el ocaso.

Por algún motivo que los asombrados oyentes no pudieron determinar, Sila lanzó una carcajada y no paró de reír hasta que se le saltaron las lágrimas, palmeándose repetidamente los muslos y desbaratándose casi totalmente los pliegues de la toga recogida en el brazo izquierdo, que comenzó a caer ya arrastrar por el suelo.

—¡Ah, de acuerdo! —dijo con voz entrecortada cuando pudo articular palabra—. ¡Celebra el triunfo! ¡No te quedes parado, Magnus, bobo! —añadió, aún entre temblores de hilaridad—. ¡Ayúdame a recoger la túnica!

—Eres un perfecto necio, Magnus —dijo Metelo Pío a Pompeyo cuando estuvieron a solas.

—Pues yo creo que he sido listo —replicó él con aire satisfecho.

El Meneítos, que no era cónsul a pesar de tener la cuarentena bien cumplida, llevaba bien su edad. Su pelo castaño rizado comenzaba a encanecer en las sienes, y sólo tenía unas atractivas arrugas en las comisuras de los párpados de sus ojos castaños. A pesar de ello, junto a Pompeyo quedaba ensombrecido; y lo sabía, con más tristeza que envidia.

—No has sido nada listo —añadió, contento al ver que los claros ojos azules le miraban incrédulos—. Yo conozco a nuestro amo mucho mejor que tú, y puedo decirte que él es más inteligente que nosotros dos juntos. Si tiene algún defecto es un defecto de genio, no de carácter. Y ese defecto no afecta lo más mínimo a su gran inteligencia. Ni tampoco a la gran habilidad de sus actos, como persona o como dictador.

Pompeyo lanzó una especie de bufido despectivo.

—¡Oh, Pío, no digas tonterías! ¿A qué defecto de Sila te estás refiriendo?

—A su sentido del ridículo, por supuesto. Mejor lla... lla... llamarlo así que sentido del hu... hu... humor —dijo el Meneítos turbado, al ver que volvía a incurrir en su tartamudeo, y deteniéndose un instante para domeñar su lengua—. Me refiero a cosas así como nombrarme pontífice máximo a mí, que tartamudeo. A él le encantan esa clase de bromas.

Pompeyo forzó un gesto de aburrimiento.

—No sé dónde quieres ir a parar, Pío. ¿Qué tiene que ver conmigo?

—¡Magnus, Magnus! ¡Se ha estado riendo de ti! Ya lo creo que tiene que ver contigo. El siempre ha querido que celebrases el triunfo. ¿A él qué más le da tu edad o tu calidad de caballero? Eres un héroe militar, y él procura exaltarlos al máximo; pero quería comprobar cuánto lo ansiabas y hasta dónde eras capaz de llegar para conseguirlo. No hubieras debido caer en la trampa. Ahora ya te tiene clasificado mentalmente y sabe que tu valentía es casi igual a tu orgullo, y no digamos a tu ambición. Casi. Pero se ha dado cuenta de que a la hora de la verdad no aguantas.

—¿Qué quieres decir con que no aguanto?

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

—¡Iba a marchar sobre Roma!

—¡Bah! —replicó el Meneítos sonriente—. Marchabas hacia Roma. Tú mismo lo dijiste. Y te creo. Y Sila también.

Turbado, Pompeyo le miró enfurecido, pero sin saber qué replicar.

—Mi triunfo lo he conseguido —dijo.

—Claro, pero te ha hecho pagar un precio que te hubieras ahorrado de haber sabido actuar.

—¿Precio? ¿Qué precio? —inquirió Pompeyo, meneando enérgicamente la cabeza como un animal al que no cesan de molestar—. Pío, hoy no haces más que hablar en acertijos.

—Ya lo verás —añadió el Meneítos en tono agorero.

Y Pompeyo lo vio, pero sólo el mismo día de su triunfo. Era evidente, pero el inconveniente era que su entusiasmo nublaba su percepción. La fecha del triunfo se fijó para el doce de marzo. El sexto día de marzo, Cayo Flaco, ex gobernador de la Galia Transalpina, celebró el triunfo por sus victorias sobre las tribus galas rebeldes; y el nueve de marzo, Murena, ex gobernador de la provincia de Asia, celebró el suyo por las victorias en Capadocia y el Ponto. Así, cuando llegó el día del triunfo de Pompeyo, Roma ya estaba harta de desfiles, y a ver a Pompeyo acudió algo de gente, pero no la muchedumbre habitual. El desfile de Sila había sido una apoteosis, el de Flaco, regular, algo decaído el de Murena y el de Pompeyo francamente deslucido. Nadie conocía su nombre, nadie sabía de su juventud y su extraordinario físico y a nadie le interesaba. ¿Otro triunfo? ¡Vaya...!, dijeron los romanos.

De todos modos, Pompeyo lo inició bastante animado en su punto de origen en la Villa Pública: correría la voz y la gente acudiría corriendo de todas partes; cuando doblase la esquina del circo Máximo para entrar en la vía Triumphalis, toda Roma tendría que estar congregada para verle. Su desfile no desmerecía en casi nada: lo abrían magistrados y senadores, músicos y danzantes, los carros con el botín y planchas con dibujos de episodios de la campaña. Los sacerdotes y las víctimas para el sacrificio — todos animales blancos y machos—, los cautivos y rehenes y, finalmente, el general en su carro de guerra con su ejército detrás.

El ropaje de Pompeyo era impecable: la toga púrpura, profusamente bordada en oro, la corona de laurel, la túnica bordada con palmas y la ancha banda púrpura. Pero ¡nada de pintarse la cara de rojo con minium! Era fundamental para sus planes que Roma viese su juventud y buen físico para que recordase aquel rostro y su parecido con Alejandro Magno. Si el rostro

quedaba enmascarado por una mancha color ladrillo, no se sabía qué edad tenía. ¡Nada de minium!

No obstante, la cara limpia no constituyó la principal diferencia entre el desfile de Pompeyo y el de cualquier otro general triunfante, sino los animales que arrastraban el antiguo carro triunfal de cuatro ruedas que montaba el homenajeado. En lugar de los habituales caballos blancos gemelos, él dispuso cuatro enormes elefantes africanos, capturados de su propia mano en Numidia. Cuatro amaestradores se habían dedicado a la doma día tras día —en Utica y Tarento, en la vía Apia y en Capua— de los reacios paquidermos, logrando que se doblegasen a la misión de arrastrar aquella ligera carga. Y había sido una verdadera hazaña, gracias a la cual Pompeyo había podido desfilarse con el carro tirado por elefantes. Su compañero en el carro no conducía, solamente lo dirigía mediante unas vistosas riendas unidas a los ricos arneses de los enormes animales, que obedecían a los domadores, sentados entre los gigantescos y rugosos hombros de las parejas de proboscideos a cuatro metros del suelo. Cuando se corriera la voz —¡y se correría rápidamente!— la multitud llenaría el recorrido del desfile para contemplar aquello: el nuevo Alejandro en un carro tirado por los animales que Roma consideraba más sagrados. ¡Elefantes! ¡Elefantes gigantescos con orejas grandes como velas y colmillos de dos metros!

El itinerario del desfile discurría desde la Villa Pública en el campo de Marte, a través de una vía estrecha bordeada de villas y casas de viviendas que rodeaba el pie de la colina Capitolina y llegaba a las murallas servianas por debajo de los farallones a pico del lado oeste de la colina, y allí estaba la puerta Triumphalis por la que el cortejo entraba en la ciudad. Como el de Pompeyo era el tercer triunfo en seis días, senadores y magistrados estaban más que hartos de repetir el protocolo, y el primer grupo que aguardaba era más bien modesto y decidido a ir a buen paso. A tenor de ello, músicos, danzarines, carros, placas, sacerdotes, animales para el sacrificio, cautivos y rehenes comenzaron a caminar aprisa, y Pompeyo, llevado al paso cachazudo de los elefantes, no tardó en quedarse rezagado.

Por fin el carro llegó a la puerta triunfal y se detuvo en seco. El ejército —sin espadas ni lanzas, pero con palos cubiertos con laurel— hizo lo propio. Como el carro triunfal era una antigualla de la época etrusca, resultaba mucho más bajo que el tradicional de dos ruedas, que aún utilizaban algunas tribus galas, y Pompeyo no podía ver lo que sucedía más adelante de las imponentes grupas enjaezadas de los elefantes. Al principio, simplemente se impacientó irritado, pero al ver que aquello no volvía a ponerse en marcha, envió al palafrenero a que viera qué sucedía.

El hombre volvió con gesto de espanto.

—¡Triumphator, los elefantes son muy grandes y no pasan por la puerta!

Pompeyo se quedó con la boca abierta; sintió un picor y el sudor corriéndole por la frente.

—¡Bah! —exclamó.

—¡De verdad, triumphator, no caben! —insistió el hombre.

Pompeyo se apeó del carro con toda majestad, arrastrando sus vestiduras oro y púrpura, y hacia la puerta se fue. En ella, los domadores de los dos paquidermos en cabeza se miraban estupefactos, hasta que vieron que llegaba Pompeyo.

—La abertura es muy pequeña —dijo uno de ellos.

Mientras caminaba hacia la puerta, Pompeyo ya había desenganchado mentalmente a los elefantes, haciéndolos pasar uno por uno al otro lado, pero ahora veía lo que le era imposible ver desde el carro: no era un problema de anchura sino de altura. La abertura única por la que se autorizaba a entrar al desfile triunfal era de anchura suficiente para permitir el paso de un ejército formado en fila de ocho en fondo, y hasta para que entrase un carro tirado por cuatro caballos o una gran carroza, pero no lo bastante para que cupiera la cabezota de un elefante africano, pues el dintel que la remataba, empotrándose en el farallón de la colina Capitolina, no pasaba de la altura del lomo de los paquidermos.

—Bien —dijo muy seguro de sí mismo—, quitadles los arneses y que pasen uno tras otro agachando la cabeza.

—¡Para eso no les hemos amaestrado! —objetó horrorizado uno de los domadores.

—¡Como si no están amaestrados para cagar por el ojo de una aguja! —gritó Pompeyo, ya con el rostro del color del minium—. ¡Hacedlo!

El primer elefante se negó a agachar la cabeza.

—¡Obligadle a ello tirando de la trompa! —gritó Pompeyo.

Pero, ni tirándole de la trompa, ni sentándole un hombre en los colmillos, hubo manera de hacerle bajar la cabeza; y el animal comenzó a irritarse, contagiando con su inquietud a los otros tres que seguían enganchados al carro, y que empezaron a recular, amenazando con aplastar con el carro al grupo de vexilarios revestidos con pieles de león que iban inmediatamente detrás.

Mientras los domadores no cejaban en sus esfuerzos por obedecerle, Pompeyo permanecía en pie, profiriendo todas las obscenidades cuartelarias de su léxico y lanzando toda suerte de amenazas a los pobres domadores. En vano: los elefantes eran demasiado grandes y se negaban a pasar por la puerta.

Había transcurrido más de una hora cuando llegó Varrón a ver qué sucedía. Él había caminado con el resto de los senadores en cabeza del cortejo, y le bastó una ojeada para entender la situación. Le entraron ganas de echarse al suelo muerto de risa, pero le retuvo la mirada asesina que le dirigió Pompeyo.

—Envía a Scapius con unos hombres al Stabulae para que traigan caballos —dijo en tono estoico—. ¡Vamos, Magnus, déjate de rabietas y piensa! El cortejo ha llegado al Foro y nadie sabe que tú estás atascado aquí. ¡Sila aguarda en el basamento del templo de Cástor cada vez más impaciente, y los que sirven las mesas en el templo de Júpiter Stator comienzan a mesarse los cabellos!

Pompeyo, en vez de contestar, rompió a llorar y se sentó en el polvo con todos sus atavíos triunfales. Y fue Varrón quien ordenó que fuesen a buscar los caballos y desenganchasen los elefantes. En éstas, a la escena se habían sumado varios jardineros que venían del mercado por la vía Recta y que, armados de palas y carretillas, se disponían a recoger lo que estaba considerado el mejor abono del mundo, y, sorteando sin temor las enormes patas de los proboscídeos, iban recogiendo los montones de aquellos

boñigos del tamaño de quesos de Arpino. Sólo la prisa y la conmiseración habían impedido que Varrón se echase a reír, en medio de los gritos y voces que lanzaban los domadores, que al final lograron irse con sus animales hacia el forum Holitorium, para no hacerlos regresar por donde habían venido por hallarse la vía repleta con las seis legiones.

Entretanto, la primera parte del cortejo se había detenido en el Foro, frente a la imponente fachada jónica del templo de Cástor y Pólux, en lo alto del cual presidía Sila sentado con su mestre ecuestre, los dos cónsules y amigos y familiares. La cortesía consuetudinaria requería que el triunfador fuese el personaje más relevante del desfile y la fiesta, por lo que aquellos próceres no participaban en el desfile ni asistían a la fiesta.

Todos estaban nerviosos, y además hacía frío. Era un buen día, pero soplaban un cortante viento norte, y el sol del bajo Foro no tenía fuerza para derretir los carámbanos de hielo que colgaban de los aleros de los templos. Finalmente regresó Varrón, quien subió de dos en dos los escalones del templo de Cástor y se inclinó al oído de César. Del grupo de íntimos brotó una carcajada, y Sila, sin dejar de reír, se levantó y avanzó unos pasos para dirigirse a los curiosos.

—¡Esperad un poco más, que ya llega nuestro triunfador! —gritó—. ¡Había decidido mejorar el desfile sustituyendo los caballos del carro por elefantes, pero los elefantes no cabían por la puerta Triumphalis y ha tenido que cambiarlos por caballos! —Una pausa—. ¡Ah, cómo me hubiera gustado estar allí para verlo!

A sus últimas palabras siguió una risita generalizada y risas descaradas de los allegados a Pompeyo: Metelo Pío, Varrón Lúculo y Craso.

—No sé si os dais cuenta que es difícil ofender a Sila —comentó Metelo Pío a los que estaban a su lado—. He advertido infinidad de veces que posee cierto exclusivismo con la Fortuna y no necesita empeñarse en humillar a un adversario. Es la diosa la que se encarga de ello en nombre de su favorito.

—Lo que no comprendo —añadió Varrón Lúculo, frunciendo el ceño— es por qué Pompeyo no midió previamente la puerta; porque hay que reconocer que él es la eficiencia personificada.

—Hasta que sus fantasías le nublan la razón —añadió Varrón, que estaba sin aliento por haber venido corriendo desde la puerta Triumphalis y subir a toda prisa la escalinata—. Tan empeñado estaba en aparecer con los malditos elefantes, que ni pensó que pudiese fallar algo. Pobre Magnus, estaba desesperado.

—A mí me da pena —dijo Varrón Lúculo.

—A mí también, ahora que le he demostrado lo que quería decirle —añadió Metelo Pío, mirando de hito en hito al acalorado Varrón—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Se le habrá pasado cuando llegue al Foro —contestó Varrón, omitiendo discretamente el desconsolado llanto.

Efectivamente, Pompeyo concluyó el desfile con gracia y dignidad, aunque no podía negarse —ni él podía borrarlo de su mente— que el hiato de dos horas le había restado brillantez. Tampoco había acudido mucha gente a verle; ¡claro, los caballos no podían compararse con elefantes! Y menos aquellos pencos que le había traído Scaptius.

Hasta que no entró en el templo de Júpiter Stator para celebrar la fiesta, no dio en pensar lo que se habían divertido a costa de su fiasco hombres con influencia en Roma. Lo peor había comenzado, en realidad, a la bajada del Capitolio al finalizar el triunfo, al encontrarse, al pie de la columna de Escipión el Áfricano, con un grupo que se reía a mandíbula batiente, y, que nada más llegar a su altura, se había apartado de la columna para dejarle ver lo que algún ingenioso había escrito con tiza y enormes letras en el pedestal:

*Este enaltecido africano  
vio lo sublime de los elefantes.  
El mierda del joven Carnicero  
¡vio que no le cabían!*

En el templo de Júpiter Stator fue aún peor. Algunos invitados se contentaban con pronunciar con retintín la palabra «Magnus» cuando se dirigían a él, pero otros simulaban pronunciarla defectuosamente y decían



«Magus» en alusión a los brujos de Oriente. Pocos se mantuvieron corteses, como Metelo Pío y Varrón Lúculo; algunos amigos y parientes suyos enconaron la situación al indignarse y querer agredir a los burlones, y otros, como Catulo y Hortensio, brillaron por su ausencia.

Pompeyo, sin embargo, trabó una nueva amistad: nada menos que el desaparecido sobrino del dictador, Publio Cornelio Sila, que le presentó Catilina.

—No sabía que Sila tuviera un sobrino —dijo Pompeyo.

—Ni él —añadió el propio Publio Sila sonriente—. Y, a decir verdad, tampoco yo lo sabía hasta hace poco —añadió.

Catilina se echó a reír.

—¡Es la pura verdad! —comentó al perplejo Pompeyo.

—Explicámelo —dijo éste, satisfecho de oír una carcajada que no fuese a costa suya.

—Me he criado creyendo que era hijo de Sixto Perquitieno —dijo Publio Sila —, y he vivido siempre junto a la casa de Cayo Mario. Al morir mi abuelo y heredar mi padre, nadie sospechaba la verdad, pero mi padre era amigo de Cinna, y, cuando comenzaron a poner en los rostra las listas de proscritos, él esperaba que apareciese su nombre en una de ellas en cualquier momento. Y murió abrumado por la congoja.

Lo había dicho con tal naturalidad, que Pompeyo supuso justamente que no existía cariño entre padre e hijo; cosa nada extraña, teniendo en cuenta que toda Roma detestaba al anciano Sexto Perquitieno.

—¡Qué me dices! —exclamó Pompeyo.

—Me enteré de quién era al fisgar en un arca de documentos de mi abuelo —añadió Publio Sila— y encontrar el certificado de adopción. Resulta que mi padre había sido adoptado por mi abuelo antes de que naciera mi tío el dictador, que no sabía que tenía un hermano mayor. En fin, consideraré que lo mejor era llevar a mi tío el documento antes de que apareciera mi nombre en una lista de proscritos.

—Pues sí que tienes un cierto parecido con Sila —dijo Pompeyo sonriente—, así que me imagino que no te costaría convencerle.

—¡En absoluto! ¿Verdad que es una suerte? —dijo feliz Publio Sila—. Ahora tengo la fortuna de Perquitieno, estoy a salvo de proscripción y seguramente heredaré algo de los millones de mi tío el dictador.

—¿Tú crees que pensará en ti para una posible sucesión?

La pregunta provocó una risita en el achispado Publio Sila.

—¿Yo? ¿Sucesor de Sila? ¡No, por los dioses! ¡Yo, querido Magnus, no tengo ninguna ambición política!

—¿Eres ya senador?

Catilina aprovechó la pregunta.

—Sila nos manda a los dos asistir a las reuniones del Senado, pero aún no nos ha nombrado oficialmente senadores. Publio Sila y yo hemos pensado que te vendría bien que hubiera gente joven y hemos venido a comer algo y darte ánimos.

—Me alegro mucho de que hayáis venido —dijo Pompeyo.

—No consientas que esos puritanos altaneros del mos maiorum te rebajen —dijo Catilina, dándole una palmada en la espalda—. A nosotros nos ha complacido muchísimo ver que una persona joven celebraba un triunfo. No tardarás en entrar en el Senado; te lo prometo. Sila quiere llenarlo con hombres que a esos estirados no les gustan.

De pronto, Pompeyo se puso furioso.

—¡Por lo que a mí respecta —dijo entre dientes—, el Senado puede irse a la mierda! ¡Yo sé lo que quiero hacer de mi vida, y no entra en mis planes ser senador! ¡Antes de plegarme al Senado (o entrar en él) quiero demostrar que no puede impedir que acceda a un cargo o al mando un hombre relevante que lo desee; un caballero, aunque no sea senador!

Catilina enarcó una de sus negras y finas cejas, pero Publio Sila no pareció advertir el gesto.

Pompeyo miró a su alrededor y sonrió encantado, olvidando su arrebató.

—¡Ah, ahí está, solo en la camilla! ¡Venid a comer conmigo y mi cuñado Memmio, un hombre estupendo!

—Deberías hacerlo con esos estirados que se han dignado acudir —dijo Catilina—. Nos hacemos cargo si te unes a Metelo Pío y sus amigos.

Nosotros nos quedamos con Cayo Memmio y nos sentiremos más felices que dos viejos peripatéticos discutiendo sobre la casuística del ombligo.

—Es la fiesta de mi triunfo y puedo comer con quien quiera —replicó Pompeyo.

A principios de abril, Sila publicó una lista de doscientos nuevos senadores, y dijo que nombraría más en los meses siguientes. El primer nombre era el de Cneo Pompeyo Magnus, quien fue a verle inmediatamente.

—¡No quiero entrar en el Senado! —le dijo airado.

Sila se le quedó mirando perplejo.

—¿Por qué? ¡Yo pensaba que habrías sido capaz de hacer cualquier cosa por entrar!

Contuvo la ira, impulsado por el instinto de conservación al darse cuenta de que Sila advertiría que era muy distinto a como él creía; trabajo le había costado fingir una personalidad ante Sila. «¡Prudencia, Magnus! ¡Tranquilízate y reflexiona! Halla un motivo que a Sila le parezca acorde con tu personalidad!»

—Está motivado por la lección que me diste con ese maldito triunfo —dijo, con un suspiro, mirando a Sila con ojos de joven atolondrado—. Desde entonces he reflexionado mucho, Lucio Cornelio, y creo que soy demasiado joven y poco formado. Deja que acceda yo al Senado por cuenta propia a su debido tiempo, te lo ruego. Si entro ahora, se reirán de mí durante años.

«Cosa que es bien cierta —pensó—; no pienso entrar en una institución para que esos vejestorios se burlen de mí. Entraré allí cuando a los senadores les tiemblen las rodillas cada vez que me vean.»

—Como quieras, Magnus —replicó Sila, satisfecho.

—Gracias; prefiero que sea así y esperar a haber hecho algo que borre el recuerdo de los elefantes. Un buen cuestorado cuando tenga treinta años, por ejemplo.

Aquello era un tanto excesivo; los ojos claros dejaban escapar un reflejo irónico, como si profundizasen en la personalidad de Pompeyo más de lo

que él quería.

—¡Muy buena idea! —se contentó con decir Sila—. Tacharé tu nombre de la lista y la pasaré a la Asamblea del Pueblo para que la ratifiquen. Voy a hacer que el pueblo ratifique todas las leyes importantes, y ésta va a ser la primera. Pero, de todos modos, quiero que estés mañana en la cámara. Quiero que todos mis legados de la guerra estén presentes en la inauguración. No faltes.

Pompeyo no faltó.

—Comenzaré hablando de Italia y los itálicos —dijo el dictador con potente voz—. De acuerdo con mi promesa a los dirigentes itálicos, procuraré que todos ellos queden inscritos debidamente como ciudadanos romanos, distribuidos de forma equitativa entre las treinta y cinco tribus. No permitiré que se intente de nuevo engañar a los itálicos para que participen en los comicios secuestrando sus votos únicamente en unas cuantas tribus. He dado mi palabra y la cumpliré.

Sentados uno junto a otro en la grada del medio, Hortensio y Catulo intercambiaron una mirada significativa; ellos no eran partidarios de que concediera tal privilegio a gente que, en definitiva, no llegaba a la altura del zapato de un romano.

Sila se rebulló en su silla curul.

—Lamentablemente, me es imposible cumplir la promesa de distribuir a los libertos en las treinta y cinco tribus, y tendrán que seguir inscritos en las tribus urbanas esquilina o suburana. Hago esto por un motivo concreto: garantizar que el que sea propietario de miles de esclavos no pueda caer en la tentación de manumitir a muchos de ellos sobrecargando las tribus rurales con clientes libertos.

—¡Qué viejo zorro este Sila! —comentó Catulo a Hortensio.

—No se le escapa una —musitó Hortensio—. Debe de haberse enterado de que Marco Craso está acumulando esclavos, ¿no te parece?

Sila siguió hablando de ciudades y tierras.

—Brundisium, que me trató a mí y a mis hombres con el debido honor, será recompensada quedando exenta de derechos de fielato e impuestos.

—¡Uf! —exclamó Catulo—. ¡Con ese decreto, Brundisium se convertirá en el puerto más famoso de Italia!

El dictador prosiguió mencionando distritos que recibían recompensa, y los muchos más numerosos que eran castigados; Praeneste era el más afectado, aunque en el caso de Sulno la represalia era ser arrasado, mientras que Capua recuperaba su antigua condición y al mismo tiempo perdía hasta el último iugerum de sus tierras, que pasaban a engrosar el ager publicus romano.

—...a Quinto Lutacio Catulo, mi leal partidario, encomiendo la reconstrucción del templo de Júpiter Optimus Maximus del Capitolio —añadió, con una sonrisa que dejó al descubierto sus encías vacías, al tiempo que un brillo desdeñoso cruzaba sus ojos—. La mayor parte de los fondos procederán de las rentas producidas por el nuevo ager publicus de Roma, pero espero también, querido Quinto Lutacio, que los complementes de tu propia bolsa.

Catulo permanecía boquiabierto y pasmado; era el modo del que se valía Sila para castigarle por haberse quedado tranquilamente en Roma durante los años de Cinna y Carbón.

—Nuestro pontífice máximo, Quinto Cecilio Metelo Pío, restaurará el templo de Ops, dañado por el mismo incendio —añadió el dictador sin elevar el tono—. No obstante, esta obra correrá a cargo del erario público, ya que Ops es el símbolo de la riqueza pública de Roma. Por consiguiente, quiero que el pontífice máximo vuelva a consagrar el templo una vez concluidas las obras.

—¡Eso sí que será divertido! —comentó Hortensio.

—Ya he publicado una lista con los doscientos nombres de quienes he nombrado senadores —prosiguió Sila—, si bien Cneo Pompeyo Magnus me ha comunicado que no desea incorporarse al Senado de momento, y he eliminado su nombre.

Aquello causó cierto revuelo y todos los ojos se volvieron hacia Pompeyo, que estaba solo sentado junto a la puerta, muy tranquilo y sonriente.

—Pienso añadir unos cien senadores más para que el organismo tenga en el futuro unos cuatrocientos miembros, pues hemos perdido muchos esta última década.

—¡No vayas a pensar que él ha matado unos cuantos, claro! —musitó Catulo a Hortensio—. ¿De dónde iba a sacar las enormes sumas que hubiera tenido que poner de su propia bolsa para reconstruir el gran templo?

—He tratado de elegir a los nuevos miembros del Senado entre las familias senatoriales —continuó Sila—, pero he incluido a caballeros que no eran de familia senatorial siempre que su estirpe honre a la institución. ¡No hay ningún advenedizo en la lista! Sin embargo, en el caso de cierta clase de senadores nuevos, he prescindido del requisito censal oficioso de un millón de sestercios en favor de antepasados familiares adecuados. Me refiero a soldados de valor excepcional. Quiero que Roma honre a estos hombres como se hacía en tiempos de Marco Fabio Buteo. En las últimas generaciones hemos hecho caso omiso de los héroes militares, ¡y quiero que eso acabe! Si un hombre gana la corona de hierba o la corona cívica, independientemente de su linaje, entrará automáticamente en el Senado. Así, esa nueva sangre a la que doy entrada en la cámara será al menos sangre valiente. Y espero que haya apellidos ilustres entre los que logren esas coronas, para que los nuevos no monopolicen la condición de valentía.

—¡Un edicto muy popular! —gruñó Hortensio.

Pero Catulo, abrumado por aquella obligación financiera que le acababa de imponer Sila, no hizo sino poner los ojos en blanco ante el comentario de su cuñado.

—Una última cosa y daremos fin a la reunión —dijo Sila—. Todos los de la lista de nuevos senadores serán presentados a la asamblea del pueblo, patricios y plebeyos, y requeriré que los ratifiquen. Hemos terminado —añadió, poniéndose en pie.

—¿De dónde voy a sacar el dinero? —gimió Catulo a Hortensio, mientras se apresuraban a abandonar la cámara.

—No lo busques —dijo friamente Hortensio.

—¡No tengo más remedio!

—No tardará en morir, Quinto. Mientras viva, recurre al engaño; y cuando muera, ¿quién se va a preocupar? Que aporte el Estado el dinero.

—¡La culpa es del flamen dialis! —dijo Catulo furioso—. ¡El, que provocó el incendio, que pague el nuevo templo!

La sutil mente legalista de Hortensio halló aquello fuera de lugar, y frunció el ceño.

—¡No vayas diciendo eso! Al flamen dialis no se le puede culpar por un accidente, a menos que se le haya juzgado como a cualquier otro sacerdote. Sila no ha dicho por qué ese joven al parecer ha desaparecido de Roma, pero no le ha proscrito ni se le ha acusado de nada.

—¡Claro, es sobrino de él por matrimonio!

—Exactamente, querido Quinto.

—¡Oh, cuñado!, ¿por qué nos preocupamos por todo esto? Hay momentos en que me dan ganas de recoger todo mi dinero, vender mis tierras y marcharme a la Cirenaica —añadió Catulo.

—Nos preocupamos porque tenemos derecho a ello por nacimiento —sentenció Hortensio.

Los nuevos senadores se reunieron dos días más tarde para escuchar de labios de Sila que iba a abolir las elecciones de censor, al menos provisionalmente; tal como iba a reorganizar las finanzas del Estado, era innecesario establecer contratas, dijo, y no sería necesario hacer ningún censo de población durante por lo menos diez años.

—Así que reconsiderad ese asunto de los censores —dijo con gesto solemne—. No es que quiera eliminar completamente a los censores.

Sin embargo, haría algo especial para los que, como él, pertenecían al patriciado.

—Desde los siglos transcurridos desde la primera sublevación plebeya —dijo—, la categoría de patricio ha ido perdiendo relevancia. La única ventaja que posee un patricio es que puede acceder a cargos religiosos vedados a un plebeyo. Y no considero que esta situación corresponda al mos maiorum tradicional. Los patricios proceden por limpio linaje de la

época anterior a los reyes; y el simple hecho de que existan demuestra que sus familias han servido a Roma desde hace más de quinientos años. Por lo tanto, creo que es justo a tenor de ello que los patricios gocen de algún honor particular, secundario quizá, pero exclusivo. Por consiguiente, voy a permitir que los patricios puedan acceder al cargo curul de pretor o cónsul dos años antes que los plebeyos.

—Lo que significa, claro, que legisla a su favor —dijo el plebeyo Marco Junio Bruto a su esposa Servilia, que era patricia.

Servilia encontraba a su esposo algo más comunicativo en aquellos peligrosos días. Desde que había llegado la noticia de que su suegro había muerto en Lilibeo como consecuencia de las operaciones de limpieza del perrillo del dictador, Pompeyo, Bruto estaba en ascuas. ¿Proscribirían a su padre? ¿Le proscribirían a él? Como hijo de proscrito, no podría heredar y lo perdería todo; y si le proscribían a él, perdería la vida. Pero el nombre del anciano Bruto no figuraba entre los cuarenta senadores condenados, y no había vuelto a publicarse ninguna lista de senadores desde aquella primera. Bruto esperaba que hubiese pasado el peligro; pero no estaba seguro. ¡Nadie podía estarlo! Sila actuaba por insinuaciones.

Que fuese menos reservado con Servilia se debía a su reciente apreciación del hecho de que seguramente era su matrimonio con ella lo que había servido para que no apareciese el nombre de Marco Junio Bruto en la lista. Ese nuevo privilegio que Sila concedía a los patricios era una nueva manera de dar a entender que el patriciado era algo especial que merecía más honores que las familias más ricas y poderosas con consulares en su genealogía. Y entre el patriciado, ¿qué nombre más augusto que el de Servilio Cepio?

—Es una lástima —dijo Servilia— que nuestro hijo no pueda aspirar al patriciado.

—Mi nombre es lo bastante antiguo y honorable para nuestro hijo —replicó Bruto con sequedad—. Los Junios Brutos descendemos del fundador de la República.

—Siempre me ha chocado —respondió ella con frialdad— que, sí así es, los actuales Junios Brutos no sean patricios; porque, desde luego, el



fundador de la República lo era. Tú siempre hablas de un certificado de adopción por parte de una familia plebeya, pero una familia plebeya llamada Junio Bruto debe de ser descendiente de un esclavo o un campesino propiedad de una familia patricia.

El razonamiento, que Bruto no tuvo más remedio que tragar, era muestra de que Servilia no se resignaba ya a seguir siendo una esposa callada y sumisa; había disminuido su temor al divorcio y, en consecuencia, había aumentado el convencimiento de su propio poder. El hijo de dos años era lo más importante del mundo para ella, pero el padre no significaba nada para ella. Su deseo de conservar la categoría del esposo se basaba estrictamente en el amor por el hijo, pero eso no significaba que tuviera que rendir pleitesía a Bruto como antes de que la traición del suegro les hubiese puesto en un brete.

—A tu hermana menor le vendrá estupendamente —dijo Bruto en tono de malicia—. Es patricia casada con un patricio. A ella y a Druso Nerón les irá de maravilla.

—Druso Nerón es plebeyo —replicó Servilia, altanera—. Será Claudio por nacimiento, pero mi tío Druso lo adoptó; él es un Livio, de igual categoría que tú.

—De todos modos, ya verás como prospera.

—Druso Nerón tiene veinte años y una inteligencia más pequeña que un salero. ¡Es más listo nuestro hijo de dos años! —replicó Servilia ásperamente.

Bruto la miró hastiado; bien sabía que el cariño de su esposa por el pequeño Bruto era irracional. ¡Era como una leona!

—En cualquier caso —añadió en tono conciliador—, ya nos dirá Sila pasado mañana lo que piensa hacer.

—¿Tienes alguna idea de lo que se propone?

—Hasta pasado mañana no.

Dos días después, Sila abordaba las elecciones y los cargos con un talante que no daba lugar a discusión.

—Estoy harto de esas escaramuzas electorales —dijo—, y voy a legislar un procedimiento adecuado. A partir de ahora, todas las elecciones se celebrarán en quintilis, cinco o seis meses antes de que los elegidos ocupen el cargo. Durante ese plazo, los nombrados para cargos curules tendrán más importancia en la cámara. Los cónsules electos tomarán la palabra inmediatamente después de los cónsules en el cargo, y los pretores electos, después de los pretores en el cargo; y, a partir de ahora, el príncipe del Senado, los ex censores y los consulares no lo harán hasta después del último pretor electo. Es una pérdida de tiempo que la cámara tenga que escuchar a hombres que ya no desempeñan cargos antes que a otros que los ocupan o van a ocuparlos en breve.

Todos los ojos se volvieron hacia Flaco, príncipe del Senado, directamente degradado por el edicto; pero él continuaba sentado, perplejo, pero sin incomodarse.

Sila prosiguió.

—Se celebrarán en primer lugar las elecciones curules de la Asamblea centuriada, el día anterior a los idus de quintilis; luego, se celebrarán, en la asamblea del pueblo, las de cuestores, ediles curules, tribunos de los soldados y otros cargos de menor importancia, diez días antes de las calendas de sextilis. Y, finalmente, las elecciones plebeyas de la asamblea del pueblo se celebrarán entre el segundo y el sexto día antes de las calendas.

—No está mal —dijo Hortensio a Catulo—. Así todos sabremos lo que nos deparan las elecciones mucho antes de fin de año.

—Y gozaremos de mejor preeminencia —añadió Catulo, complacido.

—Bien, ahora hablaré de los cargos —dijo Sila—. Después de haber completado personalmente con nuevos nombres la lista de senadores de esta distinguida cámara, voy a cerrar la puerta. A partir de ahora sólo se podrá acceder a él habiendo sido cuestor y a los treinta años; no antes. Se elegirán veinte cuestores cada año, lo cual es número suficiente para compensar las posibles muertes para que no haya bajas en la cámara. Hay dos pequeñas excepciones que no afectarán al conjunto: quien haya sido elegido tribuno de la plebe y no sea senador, tendrá que acceder al Senado después de ser

cuestor; y quien haya obtenido la corona de hierba o la corona cívica accederá sin más al Senado.

Se rebulló en la silla y miró al mudo rebaño.

—Se elegirán ocho pretores cada año. Un plebeyo no podrá ser candidato a pretor hasta cumplir treinta y nueve años, mientras que un patricio podrá hacerlo dos años antes, como se ha dicho. Habrá de transcurrir un plazo de dos años desde que se haya desempeñado el cargo de pretor para poder ser elegido cónsul. Y nadie podrá ser candidato al consulado sin haber sido pretor. Y voy a restablecer la *lex Genucia* en toda su extensión para que nadie —patricio ni plebeyo— pueda ser cónsul una segunda vez sin que hayan transcurrido diez años. ¡No quiero ningún otro Cayo Mario!

Cosa que a todos pareció excelente.

Pero cuando Sila presentó el decreto anulando los poderes de los tribunos de la plebe, el consenso no fue tan general y rotundo. Durante los siglos de la República, los tribunos de la plebe habían ido adquiriendo mayor responsabilidad en cuestiones legislativas, convirtiendo la Asamblea, formada exclusivamente por plebeyos, en el cuerpo legislativo más poderoso. Muchas veces, el principal objetivo de los tribunos de la plebe había sido contrarrestar los amplios poderes no especificados del Senado y disminuir la importancia de los cónsules.

—Todo eso ahora se ha acabado —dijo Sila con evidente fruición—. De ahora en adelante los tribunos de la plebe se contentarán con poco más que el derecho a ejercer el *ius auxilii ferendi*.

Se produjo un revuelo general; todo eran murmullos y aspavientos. Sila frunció el ceño e hizo un gesto desabrido.

—¡Quiero la supremacía del Senado! —bramó—. Y para ello tengo que reducir a la impotencia a los tribunos de la plebe. ¡Y lo haré! Con mis leyes, nadie que haya sido tribuno de la plebe podrá acceder a una magistratura... no podrá ser edil, pretor, cónsul o censor. Ni podrá desempeñar el cargo de tribuno de la plebe por segunda vez hasta que hayan transcurrido diez años.

Podrá ejercer el *ius auxilii ferendi* sólo en su modalidad primitiva, salvando a un solo individuo de la plebe de las garras de un magistrado. Ningún tribuno de la plebe podrá intimidar con una ley respaldada por toda la plebe en virtud de ese derecho, ni impugnar ningún tribunal en reivindicación de ese derecho.

Curiosamente, la mirada de Sila se detuvo pensativa en dos personajes que no podían aspirar a ser tribunos de la plebe, dada su condición de patricios: Catilina y Lépido.

—El derecho a veto del tribuno de la plebe —prosiguió— quedará muy limitado. No podrá vetar decretos senatoriales, leyes con aprobación senatorial, el derecho del Senado a nombrar gobernadores provinciales y jefes militares, ni su derecho a tratar los asuntos extranjeros. Ningún tribuno de la plebe podrá promulgar leyes en su asamblea si no ha sido previamente autorizado por el Senado por un *senatus consultum*, y dejará de tener potestad para convocar reuniones del Senado.

Se vieron algunos rostros taciturnos y no pocos airados; Sila hizo una pausa teatral para ver si alguien protestaba, pero nadie osó hacerlo; ante lo cual, lanzó un carraspeo.

—¿Qué tienes que decir, Quinto Hortensio?

—Estoy de acuerdo, Lucio Cornelio —contestó Hortensio, tragando saliva.

—¿Hay alguien que no lo esté?

Profundo silencio.

—Bien —se apresuró a decir Sila—. Entonces, la *lex Cornelia* queda aprobada en el acto.

—Es horroroso —dijo después Lépido a Cayo Cotta.

—Totalmente de acuerdo.

—¿Y por qué nos hemos callado sumisamente? —preguntó Catulo—. ¿Por qué se lo hemos consentido? ¿Cómo puede ser auténtica la República sin un tribunato de la plebe activo y debidamente constituido?

—¿Y por qué no has hecho antes esas objeciones? —replicó Hortensio, sulfurándose, como si hubiese sido una indirecta a su acobardamiento.

—Porque me gusta conservar la cabeza sobre los hombros —replicó Catulo con toda franqueza.

—Con eso está todo dicho —apostilló Lépido.

—Yo veo una lógica en lo que dice —dijo Metelo Pío, uniéndose a ellos—. ¡Es muy inteligente! Otro con menos personalidad hubiera abolido el cargo, pero él no. No ha destruido el *ius auxilii ferendi*; lo que ha hecho ha sido reducir al mínimo los poderes que se conferían por añadidos posteriores. Y por ello puede argumentar perfectamente que está actuando sin traicionar al *mos maiorum* y que es lo único que quiere. De todos modos, yo os digo que esto no podrá llevarse a cabo, porque el tribunado de la plebe es una institución importante para muchos.

—La medida durará mientras él viva —terció Cotta, lacónico.

Tras lo cual, el grupo se dispersó. Ninguno estaba muy contento, pero, por otra parte, tampoco querían decir lo que realmente pensaban. ¡Era peligroso!

Lo que demostraba, pensó Metelo Pío mientras regresaba solo a casa, que el clima de terror de Sila daba resultado.

Cuando llegó la fecha de los juegos de Apolo a principio de quintilis, a las primeras leyes se habían añadido dos más: una *lex Cornelia sumptuaria* y una *lex Cornelia frumentaria*. La ley sumtuaria era muy severa y llegaba hasta fijar un máximo de treinta sestercios por cabeza en comidas normales y de trescientos para los festines; lujos como perfumes, vinos extranjeros, especias y alhajas quedaban sometidos a fuertes impuestos; por otra parte, se limitaba el coste de entierros y tumbas y se gravaba con un enorme impuesto la púrpura de Tiro. La ley del trigo era en extremo reaccionaria, pues prohibía la venta a precio reducido por parte del Estado, aunque Sila, sobradamente astuto, no la prohibía del todo; su ley estipulaba sencillamente que el Estado no podía rebajar los precios en competencia con los comerciantes.

Todo un programa que aún estaba inconcluso, quizá porque la ímproba tarea de preparar toda aquella legislación se había sucedido sin tregua desde

el triunfo de Sila; el dictador decidió, animado por las circunstancias, tomarse unos días de asueto y asistir a los ludi Apollinares celebrados a principio de quintilis. No era, desde luego, el espectáculo del circo Máximo lo que él quería ver, sino las representaciones teatrales, de las que unas diez u once estaban programadas en el teatro provisional de madera alzado en el circo Flaminius del campo de Marte. Abundaban las comedias y no faltaban las de Plauto, Terencio y Nevio, pero había también representaciones de mimo, que eran las preferidas de Sila, ya que la comedia constaba de un texto que no podía modificarse, mientras que el mimo consistía en una trama principal a partir de la cual director y actores añadían improvisaciones y actuaban sin máscaras.

Quizá fuese su entrevista con la delegación encabezada por Aurelia lo que motivase su decidida asistencia a las obras representadas durante los juegos de Apolo; o tal vez el hecho de que un antepasado suyo hubiera sido fundador de los juegos le decidiera a mostrarse en público. ¿O sería la necesidad de ver al actor Metrobio? ¡Treinta años! ¿Tantos habían pasado? Sí, Metrobio era un muchachito cuando Sila celebraba su treinta cumpleaños atormentado. Desde su ingreso en el Senado tres años después, sus encuentros habían sido escasos, muy espaciados y llenos de amargura.

La decisión de Sila de rechazar esa parte de su naturaleza había sido reflexiva, tenaz y basada en la lógica. Los hombres que en su vida pública admitían o caían en la preferencia por su propio sexo estaban condenados; no había una ley que les obligase a abandonar el servicio público, pero sí que existían leyes en las tablas y una lex Scantinia que imponía pena de muerte, aunque casi nunca se aplicaban pues existía cierta tolerancia con los hombres notables. La realidad era más sutil y no tenía por qué entorpecer la carrera pública si el interesado era eficiente, y se concretaba en sarcasmo, desprecio, bromas y en una drástica disminución de la dignitas; los de su misma alcurnia siempre le considerarían inferior por algo así, y Sila se impuso privarse de ello por mucho que lo deseara. Y lo deseaba mucho. Cifrabas sus esperanzas en retirarse pronto de la vida pública, y entonces, se decía, le importaría un bledo lo que pensarán. Viviría su vida y satisfaría sus deseos. Cuando se retirase, su obra sería evidente y notoria, y habría

acumulado a lo largo de su carrera una dignitas tan firme, que la última cana al aire ya no podría arruinarla.

¡Cómo deseaba a Metrobio! Probablemente, al actor no le interesaría un hombre viejo y feo. También eso había motivado su asistencia a las representaciones; mejor saberlo ahora que cuando llegase el momento del retiro; mejor recrearse la vista con el objeto amado ahora que aún veía.

Actuaban varias compañías, y, entre ellas, la que ahora dirigía Metrobio, que desde hacía unos diez años había dejado la tragedia por la comedia. Su grupo no actuaba hasta el tercer día, pero Sila asistió a las representaciones de mimo el primero y el segundo, y se divirtió mucho.

Le acompañó Dalmática, aunque no podía sentarse con los hombres como se hacía en el circo, porque en el teatro había una estricta jerarquía, dado que la sociedad romana no veía con buenos ojos las comedias y se consideraba que las mujeres podían corromperse si se sentaban con los hombres para contemplar tales inmoralidades y desnudeces. Las dos primeras filas de asientos en el hemiciclo con gradas de la cavea estaban reservadas a miembros del Senado, y las catorce filas siguientes solían reservarse para los caballeros del caballo público, un privilegio concedido a sus antepasados por Cayo Graco y que Sila les había arrebatado con suma fruición. Por ello, ahora, los caballeros tenían que batallar por un asiento con personas de menor categoría, llegando antes que otros para ocuparlo sin ningún privilegio. Las pocas mujeres que asistían a la representación estaban acomodadas a la derecha de la parte superior trasera de la cavea, desde donde se oía bastante bien, aunque casi no se veía el escenario. En la comedia corriente con máscaras (como la que representaba la compañía de Metrobio) no actuaba ninguna mujer, mientras que en el mimo los papeles femeninos sí que los encarnaban mujeres, nadie actuaba con máscara y muchas veces los actores salían desnudos.

La comedia del tercer día era la tan celebrada de Plauto *Miles Gloriosus*, en la que Metrobio hacía el papel de soldado fanfarrón. ¡Que ridículo! La máscara grotesca con la boca abierta curvada hacia arriba en boba sonrisa le tapaba el rostro, pero se le veían las manos, y su cuerpo liso y musculoso quedaba bien dentro de la coraza griega. Naturalmente, al

final, los actores saludaban sin máscara, y Sila pudo por fin ver el efecto del paso de los años en el joven: pocas huellas, aunque el negro pelo ahora mostraba algunas atractivas canas y se advertía un surco a ambos lados de su nariz griega.

No podía llorar allí en medio de la primera fila en los lujosos almohadones, pero tenía ganas y tuvo que contenerse. El rostro estaba demasiado lejos, separado de él por la media luna vacía del foso de la orquesta, y no veía sus ojos. Distinguía dos órbitas oscuras, pero no su interior, y no sabía si tenía los ojos fijos en él o en cualquier amante actual sentado tres filas más atrás. Como le acompañaba Mamerco, Sila se volvió a su yerno y le dijo con voz algo compungida:

—Haz el favor de decir al que ha hecho el papel de Miles Gloriosus que baje. Creo que le conozco, pero no estoy seguro y quiero felicitarle.

El público desalojaba la estructura de madera, y las mujeres —damas respetables— se abrían paso hacia sus esposos, porque las prostitutas comenzaban ya a buscarse negocio. Vigiladas de cerca por Crisógono y rehuidas por los que las reconocían, Dalmática y Cornelia Sila se unieron al dictador y a Mamerco en el momento en que Metrobio, aún con la coraza puesta, llegaba a presencia de Sila.

—Ha sido una buena actuación —dijo éste.

Metrobio sonrió, mostrando sus dientes aún perfectos.

—Ha sido un placer tu presencia, Lucio Cornelio.

—Hace años fuiste cliente mío, ¿no es cierto?

—Efectivamente. Tú me eximiste de mis obligaciones justo antes de marchar a la guerra contra Mitrídates —contestó el actor, sin que sus ojos manifestaran el menor sentimiento.

—Sí, lo recuerdo. Tú me preveniste respecto a la acusación que Censorino pretendía hacer contra mí. Justo antes de que muriese mi hijo —Sila tensó su estragado rostro—. Y antes de que yo fuera cónsul.

—Felizmente pude prevenirte —añadió Metrobio.

—Fue una suerte para mí.

—Tú siempre fuiste un favorito de la Fortuna.



El teatro estaba casi vacío; Sila, hastiado de aquel diálogo banal, se volvió hacia Mamerco y las mujeres.

—Marchaos a casa —dijo de pronto—, quiero hablar un instante con mi antiguo cliente.

Dalmática (que aquellos días no se encontraba muy bien) estaba como fascinada por el actor griego, y no le quitaba ojo de encima. Y fue Crisógono quien en ese momento interrumpió su arrobamiento, haciéndola sobresaltarse; pero dio media vuelta y salió precedida de la pareja de gigantescos esclavos germanos cuyo cometido era abrir paso a la esposa del dictador.

Sila y Metrobio quedaron a solas demasiado detrás para que pudiera pensarse que eran del mismo grupo. En circunstancias normales hubieran rodeado al dictador clientes y suplicantes, pero la suerte le acompañó y no se les acercó nadie.

—Sólo quiero dar un paseo —dijo Sila—. No te pido nada más.

—Pide lo que quieras —dijo Metrobio.

Sila se detuvo.

—Mírame de frente, Metrobio, y ve lo que el tiempo y la enfermedad han hecho de mí. Mis sentimientos no han cambiado, pero aunque así fuese, ya no sirvo para nada, salvo quizá para esas tontas mujeres que se empeñan muy probablemente en mostrarse compasivas. Porque amor no puede ser.

—Claro que es amor —dijo Metrobio, que ahora estaba tan cerca que Sila podía ver que aún había amor en aquellos ojos que le miraban con ternura y con un vivo interés, exento de asco o repulsa. Era algo más blando y peculiar, distinto a como le había mirado Aurelia en Teanum Sidicinum—. Sila, los que hemos sido víctimas de tu hechizo, hombres o mujeres, no podemos liberarnos. Eres único y a tu lado todos los demás palidecen. No es cuestión de virtud o bondad, porque tú careces de ambas —añadió sonriendo—. Puede que ningún gran hombre sea virtuoso o bueno, y a lo mejor al que posee esas cualidades le está vedada la grandeza. No me acuerdo ya del texto de Platón, y no sé muy bien lo que él y Sócrates decían al respecto.

Con el rabillo del ojo Sila vio que Dalmática se volvía a mirarle, pero desde tan lejos no podía ver la expresión de su rostro. Luego dobló la esquina y desapareció.

—¿Quieres decir —preguntó el dictador— que si puedo abandonar esta pesada carga considerarías venir a vivir conmigo el resto de mis días? Me queda poco tiempo, pero espero disponer de algo sólo para mí, y así vivir sin pensar en Roma. Si me acompañas en mi retiro te prometo que no te faltará de nada... al menos en el aspecto monetario.

Metrobio lanzó una carcajada, que agitó su rizada cabeza.

—¡Oh, Sila! ¿Cómo quieres comprar lo que ha sido tuyo durante treinta años?

—Entonces, ¿cuando me retire, vendrás conmigo? —insistió, conteniendo las lágrimas.

—Iré.

—Cuando llegue el momento mandaré buscarte.

—¿Mañana? ¿El año que viene?

—No tardaré mucho. Dos años quizá. ¿Me esperarás?

—Te esperaré.

Sila lanzó un suspiro de felicidad casi perfecta, pensando en que ya faltaba poco; recordaba que cada vez que se había visto con Metrobio en la última época había muerto algún ser querido: Julilla, su hijo. ¿Quién sería esta vez? Poco me importa, pensó, quien me importa es él; más que nadie, salvo mi hijo, pero mi hijo ha muerto. Que sea Cornelia Sila o los mellizos, pero que no sea Dalmática. Asintió brevemente con la cabeza a Metrobio, como si hubiese sido el más trivial de los encuentros, y se alejó.

Caminaba despacio, totalmente solo; lo cual, de por sí, ya era un lujo inesperado. ¿Cómo iba a tener fortaleza para esperar a reunirse con Metrobio? Ya no era un muchacho, pero seguía siendo su muchacho.

Oyó voces a lo lejos y aminoró más aún el paso antes de que nadie viera su rostro. Pues, aunque su corazón latía con premonitorio gozo, estaba indignado por no haber concluido aún su aburrida tarea y por temor a que fuese Dalmática quien muriese.

Ahora las dos voces se oían más fuerte, y una de ellas ahogaba a la otra. La conocía bien. ¡Qué distintas son las voces humanas! No hay dos iguales si se descartan las similitudes de tono y acento. El que hablaba no podía ser otro que Manio Acilio Glabrio, esposo de su hijastra Emilia Escaura.

—Lo que ha hecho es un abuso —decía Glabrio, en tono firme y aristocrático a la vez—. ¡El tesoro ha ingresado trece mil talentos con sus proscripciones, y alardea de ello! La verdad es que debería caérsele la cara de vergüenza. ¡Debería ser una cantidad diez veces mayor! Propiedades que valían millones se han liquidado por unos miles; por cincuenta mil las compró su esposa, que tiene tierras por valor de cincuenta millones. ¡Es vergonzoso!

—Me han dicho que tú te has aprovechado, Glabrio —dijo otra voz conocida, la de Catilina.

—Una fruslería; lo que me correspondía. ¡El viejo horrendo! ¿Cómo se atrevería a decir que las proscripciones acabarían en las calendas del mes pasado, cuando aún se siguen exponiendo nombres en los rostra cada vez que sus sicarios o sus parientes codician algún buen trozo de Campania o de la costa? ¿No has visto cómo se quedaba charlando con el protagonista de la obra? Le vuelve loco la escena... o la gentuza que en ella se mueve. Le viene de cuando era joven, una época en que era peor que la más asquerosa ramera de las que se vendían en Venus Erucina. Supongo que será la irrisión de los maricas cuando hablen de él. ¿Tú has visto un corro de maricas? Sila ha tratado a muchos.

—Ten cuidado con lo que dices, Glabrio —advirtió Catilina en tono molesto—, que también tú podrías ser proscrito.

—¡Yo no! —replicó Glabrio con una carcajada—. ¡Yo soy de la familia, yerno de Dalmática! Ni el mismo Sila puede proscribir a un miembro de su familia.

Las voces se perdieron al alejarse los dos interlocutores, y Sila permaneció donde estaba, a la vuelta de la esquina. Estaba quieto como una estatua, y sus fríos ojos tenían un brillo horripilante. ¿Eso es lo que decían de él? A pesar de todos los años transcurridos... Claro que Glabrio sabía muchas cosas que se ignoraban en Roma, pero Roma no tardaría en conocer

todo lo que Glabrio sabía o se imaginaba. ¿Hasta qué punto serían chismorreos y en qué medida datos vistos en documentos y papeles minuciosamente archivados? Sufría las consecuencias de archivar todas las pruebas para cuando se retirara, pues pensaba escribir sus memorias, como había hecho Catulo César diez años antes. Por eso tenía papeles por todas partes y no era mucho mérito por parte de Glabrio haberlos descubierto. ¿Cómo no habría sospechado de Glabrio que entraba y salía de su casa a su antojo? No todos los que formaban su círculo más allegado eran una Cornelia Sila o un Mamerco. ¡Glabrio! ¿Y quién más?

El rescoldo de la cólera por tener que mantenerse de momento alejado de Metrobio se transformó en una nueva tempestad interior. ¿Así que no puedo proscribir a un miembro de mi familia, eh?, se dijo volviendo a andar. Es cierto; en eso tiene razón. Pero ¿es necesaria la proscripción? ¿No habrá otro modo mejor?

Dobló la esquina y se dio de bruces con Pompeyo; los dos retrocedieron un paso, tambaleantes.

—¿Cómo, Magnus, vas solo? —preguntó Sila.

—A veces es un placer estar solo —dijo Pompeyo, adaptando su paso al del dictador.

—Totalmente de acuerdo. No me digas que te has cansado de Varrón...

—No aguanto estar mucho rato con él; sobre todo cuando se pone a hablar de Catón el censor, las viejas costumbres y lo que valía el dinero entonces; aunque es preferible oírle hablar de eso que de los hilos invisibles del poder —añadió, sonriente.

—Cierto; había olvidado que era amigo del pobre Apio Claudio —dijo Sila, satisfecho al menos de haber tropezado con alguien que fuese Pompeyo—. No sé por qué todos juzgamos tan viejo a Apio Claudio.

—Es que nació viejo —replicó Pompeyo, conteniendo la risa—. Pero no estás al día, Sila. Ahora casi no se habla de Apio Claudio. Ahora quien tiene fama en Roma es Publio Nigidio Figulus, un verdadero sofista. ¿O debo decir pitagórico? —añadió, encogiéndose de hombros—. Tanto da; yo nunca sé distinguir esas filosofías.

—¡Publio Nigidio Figulus! Es un antiguo y respetable nombre, pero no sabía que la estirpe se dejaba ver en Roma. ¿Es quizá un caballero rural?

—No es ningún palurdo, si a eso te refieres. Es una gran calabaza que charla y charla... Es experto en adivinación etrusca, desde relámpagos a hígados, una víscera de la que conoce más lóbulos que yo modos oratorios.

—¿Cuántos modos oratorios conoces, Magnus? —preguntó Sila, que estaba en la gloria.

—Dos, creo. ¿O son tres?

—¿Cuáles?

—Colorista y descriptivo.

—Dos.

—Dos.

Siguieron caminando en silencio y sonriendo, pero por cosas muy distintas.

—¿Qué dicen los caballeros ahora que ya no tienen asientos de privilegio en el teatro? —inquirió Sila.

—Yo no me quejo —respondió Pompeyo feliz—, porque nunca voy al teatro.

—Ah. ¿Y dónde has estado hoy?

—Por la vía Recta. Dando un buen paseo, ¿sabes? En Roma me encuentro como encerrado. No me gusta.

—¿Estás solo?

—Más o menos. Tengo a mi esposa en Picenum —añadió, torciendo el gesto.

—¿Es que no te gusta, Magnus?

—Oh, me conformo hasta que surja otra cosa mejor. ¡Ella me adora! Pero no me basta.

—Vaya, vaya, ¿pues no es mujer de familia edilicia?

—La mía es consular, y debería tener una esposa en consonancia.

—Pues divórciate y encuentra una esposa consular.

—Detesto tener que decir estupideces a las mujeres o a los padres.

En aquel preciso momento se le ocurrió a Sila una idea genial, y se detuvo en medio del paseo que había entre el Velabrum y el vicus Tuscus,

justo debajo del Palatino.

—¡Por los dioses! —exclamó.

Pompeyo también se detuvo.

—¿Qué sucede? —preguntó cortésmente.

—Mi joven caballero, he tenido una brillante idea.

—Estupendo.

—¡Eh, deja de decir bobadas! ¡Estoy pensando!

Pompeyo guardó obedientemente silencio mientras los labios de Sila se movían sobre sus vacuas encías como pececillos. Y, de pronto, le puso la mano en el brazo.

—Magnus, ven a verme mañana por la mañana a la hora tercia —dijo, dando un saltito de alegría y alejándose a toda prisa.

Pompeyo se quedó donde estaba, con el ceño fruncido, y, luego, echó a andar, no hacia el Palatino sino en dirección al Foro, pues vivía en la Carinae.

Sila llegó a su casa como perseguido por las Figias; le aguardaba una de esas tareas que tanto le complacían.

—¡Crisógono! ¡Crisógono! —vociferó nada más entrar, mientras la toga caía a sus espaldas como una tienda de campaña que se hunde.

Llegó el mayordomo con cara de angustia, cosa que últimamente era habitual en él, y que Sila ya había advertido; pero no en esta ocasión.

—Crisógono, toma una litera, ve a casa de Glabrio y me traes inmediatamente a Emilia Escaura.

—¡Lucio Cornelio, habéis venido sin los lictores!

—¡Bah, los despedí antes de que empezase la comedia... A veces son un estorbo! —replicó el dictador—. ¡Ve a recoger a mi hijastra!

—¿Emilia? ¿Para qué la quieres? —preguntó Dalmática, entrando en el cuarto.

—Ya lo sabrás —contestó Sila sonriente.

Su esposa guardó silencio y le miró inquisitiva.

—Lucio Cornelio, ¿sabes que desde que recibiste a Aurelia y a la delegación no eres el mismo?

—¿En qué sentido?

Eso era difícil contestarlo, quizá porque no quería molestarle, pero se animó a decir:

—Por tu estado de ánimo.

—¿En mejor o peor, Dalmática?

—Oh, en mejor. Estás... contento.

—Sí que lo estoy —replicó en tono animoso—. Había perdido la perspectiva de un futuro propio, pero ella hizo que la recuperase. ¡Qué bien me lo voy a pasar cuando me retire!

—Ese actor... Metrobio, ¿es amigo tuyo?

Algo en los ojos de ella le hizo reflexionar y su despreocupación se desvaneció de inmediato para recordar la escena de Julilla con la espada clavada en el vientre, imagen que enturbió la visión del rostro de Dalmática. ¡No, otra esposa celosa no era! ¿Cómo lo sabría? ¿Qué podía saber? ¿Es que lo olían?

—Conozco a Metrobio desde que era niño —respondió conciso en tono que no invitaba a ninguna pregunta mas.

—¿Y por qué fingías no conocerle hasta que bajó del escenario? —preguntó ella, frunciendo el ceño.

—¡Porque llevaba máscara! —contestó Sila—. Hace tantos años que no estaba seguro.

¡Malo! Había logrado ponerle a la defensiva y no le gustaba nada.

—Sí, claro, claro —añadió ella poniendo énfasis en las palabras.

—¡Márchate, Dalmática! He perdido mucho tiempo con esto de los juegos y tengo mucho trabajo pendiente.

Ella dio media vuelta para irse, algo más tranquila.

—Otra cosa —dijo Sila.

—¿Qué?

—Quiero que vengas cuando llegue tu hija, así que no salgas ni desaparezcas.

¡Qué raro estaba últimamente!, pensó ella mientras cruzaba el vasto atrium hacia el jardín peristilado y sus aposentos. Le veía quisquilloso, feliz, veleidoso y cambiaba de un modo imprevisible; como si hubiese adoptado alguna decisión que le fuera imposible llevar a cabo, él que odiaba

los aplazamientos. Y aquel apuesto actor... ¿Qué lugar ocuparía en la mente de Sila? Era alguien importante, aunque no atinaba a descubrir en qué aspecto. De haber habido algún parecido físico, habría incluso pensado que era hijo suyo, tal era la emoción que había observado en su esposo, a quien ya conocía muy bien.

Así, cuando Crisógono entró a comunicarle que había llegado Emilia Escaura, Dalmática ni siquiera se había planteado por qué Sila habría mandado venir a la muchacha.

Emilia Escaura estaba encinta de cuatro meses, y se le había puesto esa piel lustrosa y los ojos brillantes que se observan en algunas embarazadas. Se la veía bien sana. Lástima, quizá, que hubiese salido al padre y fuese baja y algo regordeta, pero conservaba en el rostro rasgos de la madre y había heredado los vivos y hermosos ojos verdes de Escauro.

No era una muchacha inteligente y nunca había sido capaz de aceptar el matrimonio de su madre con Sila, a quien temía y detestaba. Lo había llevado muy mal los primeros años, cuando las escasas ocasiones en que le había visto le hicieron comprender que su atractivo físico era lo que había desatado la pasión de su madre; pero, pese a haber cambiado tanto con la enfermedad, la pasión de su madre no disminuía un ápice. ¿Cómo podía una mujer seguir amando a un viejo tan feo y horrible? Recordaba, naturalmente, a su propio padre, que también era viejo y feo, pero no tenía la podredumbre de alma de Sila, aunque ella no tenía penetración ni ingenio para describirla.

Y ahora la hacía comparecer, sin apenas darle tiempo para dejar un aviso a Glabrio. Su padrastro la recibió dándole palmaditas en la mano y ofreciéndole solícito una cómoda silla, a lo que ella respondió con sonrisa de conejo, temiéndose cualquier cosa. ¿Qué se traería entre manos? Se le veía lleno de júbilo y de maldad.

Cuando entró su madre, repitió la escena de las palmaditas y la silla, como si quisiera predisponerlas e influir en su ánimo para que lo que fuese a decirles resultase más aceptable. Porque era algo importante, desde luego.

—Por cierto, ¿cómo está el futuro pequeño Glabrio? —preguntó a su hijastra muy amablemente.



—Muy bien, Lucio Cornelio.

—¿Cuándo es el feliz acontecimiento?

—A finales de año, Lucio Cornelio.

—¡Hum! Aún falta mucho.

—Si que falta, Lucio Cornelio.

Sila tomó asiento y tamborileó con los dedos en el respaldo de roble de la silla, con los labios fruncidos, mirando al infinito. Luego, aquellos ojos que tanto temía se clavaron en ella, y Emilia Escaura se estremeció.

—¿Eres feliz con Glabrio? —inquirió de pronto.

—Sí, Lucio Cornelio —contestó sobresaltada.

—¡Dime la verdad, muchacha, la verdad!

—Soy feliz, Lucio Cornelio, de verdad.

—¿Te habrías casado con otro de poder elegir?

Emilia se ruborizó y bajó la vista.

—No tenía mi afecto puesto en ninguno, Lucio Cornelio, si a eso te refieres; y Manio Acilio me resultó aceptable.

—¿Lo sigue siendo?

—¡Oh, sí, sí! —respondió ella, con cierto tono de desesperación—. ¿Por qué me lo preguntas? ¡Soy feliz!

—Lástima —dijo Sila.

—Esposo —terció Dalmática, irguiéndose—, ¿a qué viene todo esto? ¿A dónde quieres ir a parar?

—Esposa, quiero dar a entender que no estoy satisfecho con la unión entre tu hija y Manio Acilio Glabrio, quien se cree con derecho a criticarme por ser de mi familia —replicó Sila, mostrando su indignación—. Señal, evidentemente, de que no puedo seguir considerándole miembro de mi familia. Voy a divorciarle inmediatamente de tu hija.

Las dos mujeres se quedaron pasmadas y los ojos de Emilia se bañaron de lágrimas.

—¡Lucio Cornelio, estoy esperando un hijo suyo! ¡No puedo divorciarme de él! —exclamó la muchacha.

—Claro que puedes —replicó indolente el dictador—. Puedes hacer todo lo que yo te mande. Y te ordeno que te divorcies inmediatamente de

Glabrio —añadió, dando palmadas para llamar al secretario llamado Flósculo, que entró hoja en mano, entregándosela a Sila, quien le hizo signo con la cabeza de que saliera.

—Acércate, Emilia, y firma.

—¡No! —clamó la muchacha, poniéndose en pie.

—¡Sila, eres injusto! —añadió Dalmática, con los labios prietos, levantándose también—. Mi hija no quiere divorciarse de su marido.

—Me trae absolutamente sin cuidado lo que quiera tu hija —replicó el monstruo—. ¡Ven aquí y firma, muchacha!

—¡No! ¡No firmo!

Se levantó con tal celeridad de la silla que ninguna de las dos advirtió el movimiento. Los dedos de la mano derecha aferraron a Emilia Escaura por la boca, arrastrándola, en medio de sus gritos y llantos.

—¡Suéltala! ¡Suéltala! —gritó Dalmática, tratando de aflojarle los dedos—. ¡Te lo suplico, déjala! ¡Está embarazada y puedes hacerle daño!

Él apretaba cada vez mas.

—¡Firma! —repitió.

La muchacha no podía responder, y su madre se había quedado sin habla.

—Firma —volvió a decir Sila con voz suave—. Firma o te mato, con la misma despreocupación que cuando maté a los legados de Carbón. ¿A mí qué más me da que lleves un retoño de Glabrio en las entrañas? ¡Bien me vendría que lo perdieras! ¡Firma el acta de divorcio, Emilia, o te arranco los pechos y el vientre!

La muchacha firmó sin dejar de llorar, y Sila la soltó desdeñosamente.

—Eso es —dijo, limpiándose la saliva de la mano—. Y no vuelvas a hacerme enfadar, Emilia. No te conviene. Ahora, vete.

Dalmática abrazó protectoramente a la desconsolada joven, dirigiendo por vez primera en su vida una mirada de odio a Sila. Él se dio cuenta, pero les volvió la espalda indiferente.

Una vez en sus aposentos, Dalmática se vio con una muchacha histérica en los brazos y una profunda indignación. Ambas tardarían en recobrar la calma.

—Me habían dicho que podía actuar así, pero nunca le había visto hacerlo —dijo, cobrando ánimo—. ¡Oh, Emilia, no sabes cuánto lo siento! ¡Trataré de hacerle cambiar de idea en cuanto me sienta capaz de ir a verle sin ganas de sacarle los ojos!

Pero la muchacha, que no estaba entontecida, hizo un gesto terminante con la mano.

—¡No, no, madre! Sería peor.

—¿Qué habrá hecho Glabrio para enfurecerle así?

—Habrá dicho algo que no debía. A él no le gusta Sila; eso lo sé. Me ha contado que a Sila le gustan los hombres de un modo impropio.

Dalmática se puso pálida.

—¡Qué absurdo! ¡Oh, Emilia!, ¿por qué ha sido Glabrio tan necio? Ya sabes cómo son los hombres; esa calumnia les hace volverse locos.

—No creo que sea una calumnia —replicó Emilia Escaura, llevándose una toalla a la cara, en donde las señales de los dedos de su padrastro empezaban a ponerse moradas—. Yo siempre he creído que había una mujer en él.

—Mi querida niña, llevo nueve años casada con Lucio Cornelio Sila —replicó Dalmática, que comenzaba a sentirse cada vez más pequeña—, y te digo que es una calumnia.

—¡De acuerdo, de acuerdo! ¡Como quieras! ¡Me da igual lo que sea! ¡Yo sólo siento odio por esa bestia!

—Te prometo que hablaré con él cuando esté más calmada.

—Ahórrate el mal trago, madre. No cambiaré de idea —dijo Emilia Escaura—. Lo que me preocupa ahora es el niño. Mi hijo es lo único que me importa.

—Lo mismo puedo decir yo —replicó Dalmática, mirando compasiva a su hija.

—Madre, ¿también tu estás embarazada?

—Sí, hace muy poco; pero estoy segura.

—¿Qué vas a hacer? ¿Lo sabe él?

—No lo sabe. Y no voy a hacer nada que le impulse a divorciarse de mi.

—¿Conoces la historia de Elia?

—¿Quién no?

—¡Oh, madre, esto hace que todo cambie! ¡Me portaré bien! No hay que darle ningún pretexto para que se divorcie de ti.

—Esperemos æ—añadió Dalmática en tono de hastío— que sea menos brutal con tu marido que contigo.

—Será más brutal.

—No necesariamente —dijo Dalmática, que conocía a Sila—. Tú has sido la primera, y a veces se contenta con la primera víctima. Cuando Glabrio se entere del asunto, tal vez ya se haya calmado y se muestre benevolente.

Si no estaba lo bastante apaciguado para mostrarse benevolente, al menos se había disipado gran parte de su ira por las indiscretas palabras de Glabrio. Y Glabrio se percató en seguida de que sería peligroso fanfarronear.

—No hay necesidad de ponerse así, Lucio Cornelio —dijo—. Te he ofendido y haré cuanto pueda por reparar la ofensa. No quiero poner en peligro la posición de mi esposa.

—Oh, la posición de tu ex esposa no está en peligro —replicó Sila, sonriendo con sorna—. Emilia Escaura es miembro de mi familia y está bien segura; pero no puede seguir casada con un hombre que critica a su padrastro y difunde comentarios sobre él que son una atroz mentira.

—Se me fue la lengua —dijo Glabrio, humedeciéndose los labios.

—Se te va con mucha frecuencia, tengo entendido. Es cosa tuya, desde luego; pero de aquí en adelante se te irá sin escudarte en que eres de mi familia, y afrontarás el riesgo como cualquier otro. No he proscrito a ningún senador desde la primera lista, pero no hay nada que me lo impida. Te honré nombrándote senador antes de los treinta años, igual que he hecho con otros jóvenes de familia de alcurnia y antepasados ilustres. Bien, de momento dejaré tu nombre en el elenco senatorial y no aparecerá en los rostra, pero de ti depende que en el futuro siga siendo tan clemente. Tu hijo vive en el vientre de la hija de mi hermanastra y es lo único que te salva. Cuando nazca te lo enviaré. Ahora retírate.

Glabrio salió sin decir palabra y no explicó a ninguno de sus íntimos las circunstancias de su precipitado divorcio, ni los motivos por los que abandonaba Roma para vivir en sus fincas campestres. Su matrimonio con Emilia Escaura no había representado para él una unión afectiva; simplemente, ella le satisfacía, y tenía alcurnia, dote y todo lo que era debido. Con los años habría nacido afecto entre ellos, pero ahora ya era imposible. Sentiría de vez en cuando una punzada de aflicción al pensar en ella, más que nada porque el hijo no conocería a su madre.

Lo que sucedió a continuación no mejoró las relaciones entre Sila y Dalmática. A la mañana siguiente Pompeyo fue a ver al dictador, como estaba previsto.

—Tengo esposa para ti, Magnus —dijo Sila sin rodeos.

Había en Pompeyo algo de león adormecido que le servía cuando sucedían cosas que le impulsaban a pensar antes que a actuar. Escuchó la nueva con gesto más abierto que prevenido, pero sin dejar traslucir lo que pensaba. Lo que hacía, pensó Sila sin quitarle ojo, era darse la vuelta bajo un supuesto sol para que le calentase el otro costado, y lamerse las costillas para quitarse un resto de comida del bigote. Lánguido pero peligroso. Si, mejor atarle a la familia, porque aquél no era como Glabrio.

—¡Qué amable por tu parte, dictador! —dijo al fin Pompeyo—. ¿Quién podrá ser?

La inconsciente syntaxis picentina traicionaba sus orígenes, pero Sila no hizo comentario alguno.

—Es mi hijastra Emilia Escaura —dijo—. Patricia y de una familia que tú no encontrarías aunque buscases durante un milenio. Con una dote de doscientos talentos, y de fertilidad probada. Está embarazada de Glabrio y se divorciaron ayer. Comprendo que es algo molesto para ti tomar por esposa a quien ya espera un hijo de otro, pero la concepción ha sido virtuosa y es una buena muchacha.

Era evidente que la noticia ni entusiasmaba ni defraudaba a Pompeyo.

—¡Lucio Cornelio, querido Lucio Cornelio! —exclamó, con sonrisa beatífica—. ¡Estoy encantado!

—¡Estupendo! —añadió Sila, cortante.

—¿Puedo verla? Creo que no la conozco.

Una sonrisa cruzó el rostro del dictador al pensar en las contusiones de la boca de Emilia Escaura, y meneó la cabeza.

—Deja que pasen dos o tres intervalos de mercado, Magnus. Luego, vuelves por aquí y te caso con ella. Entretanto me ocuparé de que devuelvan los sestercios de su dote y los guardaré yo.

—¡Magnífico! —exclamó Pompeyo entusiasmado—. ¿Lo sabe ella?

—Aún no, pero la complacerá enormemente. Te ama en secreto desde que te vio desfilar en el triunfo —mintió Sila descaradamente.

¡La flecha había hecho blanco en el costado del león!

—¡Qué maravilla! —exclamó Pompeyo agradecido, y partió con aspecto de felino bien satisfecho.

Sila tenía ahora que dar la noticia a su esposa y a su hijastra; una tarea nada desagradable para él. Dalmática le había estado mirando de un modo muy distinto desde que la escena del día anterior había roto casi nueve años de tranquilidad, y a él no le complacía que le detestase. Tenía que herirla.

Las dos mujeres se encontraban en el cuarto de estar de Dalmática y se pusieron tensas al verle entrar sin previo aviso. Lo primero que hizo fue examinar el rostro de Emilia Escaura, contusionado e hinchado por debajo de la nariz. Después, miró a Dalmática. No advertía en ella ira o repulsa, aunque sí notaba desagrado en la frialdad de su mirada. Parecía enferma, pensó. Luego, se dijo que las mujeres aese refugiaban en curiosas enfermedades cuando la emoción las vencía.

—¡Buenas noticias! —dijo jovial.

Ellas guardaron silencio.

—Tengo nuevo esposo para ti, Emilia.

Sorprendida, la muchacha alzó hacia él sus ojos enrojecidos.

—¿Quién? —inquirió con un hilo de voz.

—Cneo Pompeyo Magnus.

—¡Oh, Sila, no! —exclamó Dalmática—. ¡No me lo puedo creer! ¿Vas a casar a la hija de Escauro con ese patán picentino? ¿Mi hija, del linaje de Cecilio Metelo? ¡No lo consentiré!

—Tú nada tienes que opinar.

—¡Ojalá viviera Escauro! ¡Ya verías si no habría que opinar!

Sila se echó a reír.

—Eso sí que es verdad. Aunque me daría igual. Necesito vincular a Magnus con un lazo más fuerte que el agradecimiento... porque él no es nada agradecido. Y tú, hijastra, eres la única mujer de la familia disponible en este momento.

El rostro de Dalmática se ensombreció aún más.

—¡Te lo ruego, Lucio Cornelio, no hagas eso! ¡Te lo suplico!

—Llevo el hijo de Glabrio en las entrañas —musitó Emilia Escaura—. Pompeyo no me querrá.

—¿Quién, Magnus? A él le daría igual que tuvieses dieciséis maridos y dieciséis hijos —replicó Sila—. Él sabe muy bien lo que es una ganga, y tú para él eres una ganga. Te doy veinte días para que te cures la cara, y después te casas con él. Cuando nazca el niño se lo enviaré a Glabrio.

Volvió a romper en llanto.

—¡Por favor, Lucio Cornelio, no me hagas eso! ¡Déjame al niño!

—Podrás tener otros con Magnus. ¡Y ahora deja de comportarte como una niña y despierta a la realidad! ¡Y tú también, esposa! —añadió, mirando a Dalmática.

Y salió, dejando que Dalmática consolase a su hija como pudiese. Dos días más tarde, Pompeyo le informaba en una carta que se había divorciado de su esposa y que esperaba se fijase la fecha de la boda.

Sila le contestó diciéndole: «Estaré fuera de Roma hasta las nonas de sextilis, y creo que será propicio celebrarla dos días después. Ven a casa en esa fecha y no antes.»

Hércules Invictus era el dios del imperator triunfante y gobernaba en el forum Boarium, sede de los distintos mercados en el vasto espacio abierto que lindaba con el extremo del circo Máximo. Allí tenía su gran altar, el templo y la estatua, que le mostraba desnudo menos en las ocasiones en que un general celebraba el desfile en que se le ataviaba con ropaje de triunfo. Había también en aquella zona otros templos dedicados a Hércules con

diversas advocaciones, ya que era el patrón de las aceitunas, de los grandes comerciantes, y a su protección se encomendaban también los que efectuaban un viaje de comercio.

El día de la festividad de Hércules Invictus, Sila difundió una proclama por la ciudad, anunciando que iba a dedicar una décima parte de su fortuna personal para agradecer al dios los favores concedidos en sus empresas militares. El populacho se regocijó, pues como el templo de Hércules Invictus no guardaba fondos, las donaciones en metálico se gastaban en su nombre y en el de sus generales triunfantes en fiestas para todos los hombres libres de Roma. Un día antes de los idus de sextilis, que era el día de la fiesta del dios, se dispondrían cinco mil mesas de banquete, cada una de ellas para cien hambrientos ciudadanos (lo que no quiere decir que hubiese en Roma medio millón de hombres libres, sino que el que daba la fiesta no quería excluir a ancianas decididas, viudas resueltas y niños descarados). La proclama llevaba anexa una lista de los lugares en que se colocarían las mesas, formidable tarea organizativa muy bien planeada y realizada para que los participantes pudiesen permanecer casi todos en su propio barrio sin obstruir las calles ni invadir terrenos problemáticos para no provocar peleas, desórdenes y disturbios.

Una vez hecho el anuncio, Sila partió a su villa de Misenum con su esposa, hija, hijos y nietos, su hijastra y Mamercus. Dalmática le había rehuido desde la anulación del matrimonio de Emilia Escaura y Glabrio, pero él había advertido en ocasiones, al verla, que parecía enferma. Se imponían unas vacaciones a la orilla del mar. Incrementaron el séquito el cónsul Decula, que había redactado las leyes de Sila, y el imprescindible Crisógono.

Así, sólo al cabo de unos días de hallarse instalados a la orilla del mar, tuvo ocasión de intentar recuperar la intimidad con su esposa, que seguía rehuyéndole.

—Es una necesidad que sigas reprochándome este asunto igual que Emilia —dijo en tono razonable—. Siempre haré lo que considere que es necesario. Ya deberías saberlo, Dalmática.



Estaban sentados en un rincón resguardado de la galería, a la sombra de los cipreses, con vistas al mar, y les llegaba una suave brisa. Aunque no había mucha luz, se echaba de ver que aquellos días de aire más saludable no habían mejorado la indisposición de Dalmática; estaba ojerosa, tenía mal color y parecía mayor de treinta y siete años.

—Lo sé —contestó ella, al ver que él pretendía una tregua—. ¡Pero no puedo acostumbrarme cuando se trata de mis propios hijos!

—Había que apartar a Glabrio —añadió él—. Y sólo había una manera de hacerlo: separándole de mi familia. Emilia es joven y pronto le olvidará. Pompeyo es un marido aceptable.

—Es inferior a ella.

—Sí, pero necesito vincularle a mí. Su matrimonio con Emilia sirve además para que Glabrio no se atreva a seguir hablando mal de mí al comprobar que tengo poder para dar la hija de Escauro a una persona como Pompeyo de Piceno. ¡NO te esfuerces, Dalmática! —añadió frunciendo el ceño—. No tienes fuerza para enfrentarte a mí.

—Lo sé —replicó ella con voz débil.

—No te encuentras bien, y empiezo a creer que nada tiene que ver con esto de Emilia —añadió él en tono más amable—. ¿Qué te sucede?

—Creo... creo que...

—¡Dilo!

—Voy a tener otro hijo.

—¡Por Júpiter! —exclamó él, perplejo y esbozando una sonrisa.

—Ya sé que ninguno de los dos lo deseábamos ahora —añadió ella mohína—. Y temo que tengo demasiada edad.

—Y yo soy demasiado viejo —añadió él, encogiéndose de hombros, pero con más satisfacción—. Bien, es un hecho del que los dos somos responsables. Supongo que no deseas abortar...

—Lo he retrasado demasiado, Lucio Cornelio, y sería peligroso al quinto mes. De verdad que no me había percatado.

—¿Te ha visto algún físico o una comadrona?

—Aún no.

—Te enviaré a Lucio Tucio —dijo él, levantándose.

—¡Oh, Sila, no, por favor! —replicó ella, acobardada—. ¡Tucio es un antiguo cirujano militar y no sabe nada de mujeres!

—¡Sabe más que todos tus malditos griegos!

—En enfermedades de hombres sí, pero preferiría que me viese una mujer de Neápolis o Puteoli.

—Que te examine quien tú quieras —dijo Sila sin insistir, abandonando la galería.

Vinieron a examinar a Dalmática varias mujeres médico y algunas comadronas, y todas coincidieron en que estaba cansada, pero que conforme pasasen los días y el feto consolidase la posición en el vientre se sentiría mejor.

Y en las nonas de sextilis los esclavos prepararon el equipaje y el cortejo se puso en camino hacia Roma; Sila se adelantó porque no soportaba el paso de caracol que imponían las literas de las mujeres, y llegó a la ciudad dos días antes, entregándose a ultimar los detalles de la fiesta.

—Todos los tahoneros de Roma están comprometidos para hacer el pan y los bollos, y ya se han organizado envíos especiales de harina —dijo satisfecho Crisógono, que había llegado a Roma antes que Sila.

—¿Y el pescado será fresco? Hace mucho calor.

—Todo está previsto, Lucio Cornelio; no te preocupes. He acotado con redes un tramo del río más arriba del Trigarium, y se recogerá el pescado el mismo día; mil esclavos lo desventrarán y comenzarán a cocinarlo en la mañana de la fiesta.

—¿Y las carnes?

—El gremio de figoneros ha prometido que estarán recién asadas. Habrá cochinillos, pollos, salchichas, corderos y lechales. He recibido un mensaje de la Galia itálica anunciando la llegada de quinientos carros de manzanas y peras primerizas, que en este momento van por la vía Flaminia, escoltados por dos escuadrones de caballería. Las fresas las están recogiendo en Alba Fuentia y encestándolas con hielo del monte Fiscellus, y llegarán a Roma la noche antes de la fiesta, también con escolta militar.

—Es deplorable que la gente sea tan ladrona cuando se trata de comida —dijo el dictador, que en su juventud había sido bien pobre y sabía lo que

era el hambre, por mucho que fingiera hacerse de nuevas.

—Si fuese pan o gachas, no habría de qué preocuparse, Lucio Cornelio —dijo Crisógono—. Lo que más roban son las cosas de gusto exótico y las primicias.

—¿Tendremos vino de sobra?

—Sobraré vino y comida, domine.

—¡Espero que no esté avinagrado!

—Es excelente todo él. Los que hubieran podido sentir la tentación de añadirle ánforas de vinagre saben perfectamente quién lo compra —replicó Crisógono sonriendo—. Les he dicho que si encuentro una sola ánfora de vinagre los crucificaré a todos, sean o no ciudadanos romanos.

—¡No quiero trabas, Crisógono!

Pero la traba que hubo no tuvo relación (o así pareció) con la fiesta pública; la traba la procuró Dalmática, que llegó rodeada de todas las comadronas recogidas por Sila a su paso por las ciudades de la vía Apia.

—Sangra —dijo la hija de Sila.

—¿Abortará? —inquirió Sila con gesto de preocupación.

—Tal vez sí.

—Mejor.

—Estoy de acuerdo en que no será una tragedia que pierda el niño —añadió Cornelia Sila, que procuraba siempre no enfadarse ni indignarse con su padre—, pero lo que importa es ella misma, tata.

—¿Qué quieres decir?

—Que puede morir.

Un fulgor sombrío pasó por los ojos de Sila, quien hizo un gesto de angustia y meneó enérgicamente la cabeza.

—¡Me trae la muerte! —exclamó—. ¡Siempre el precio más alto! ¡Pero me da igual! ¡Me da igual! —La cara de perplejidad de Cornelia Sila le hizo dominarse—. Es una mujer fuerte y no morirá —añadió con despecho.

—Eso espero.

—Se ha negado a que la viera —dijo Sila, poniéndose en pie—, pero ahora va a verla; quiera o no.

—¿Quién?

—Lucio Tucio.

Cuando el ex cirujano militar llegó al despacho de Sila horas después, su gesto era grave. Y el estado de ánimo de Sila, que había aguantado a solas todas aquellas horas, había cambiado del horror ante lo que sucedía siempre después de ver a Metrobio, a un sentimiento de culpabilidad y, finalmente, a la resignación. Lo único que esperaba es no tener que ver a Dalmática, pues no se creía capaz de semejante confrontación.

—No traes buenas noticias, Tucio.

—No, Lucio Cornelio.

—¿Qué es lo que sucede exactamente? —preguntó Sila.

—La opinión generalizada es que la señora Dalmática está embarazada, y eso es lo que ella cree —contestó Lucio Tucio—, pero yo dudo mucho que exista un feto.

—¿Pues qué existe entonces? —inquirió Sila, al tiempo que se ensombrecían aún más las cicatrices de su rostro.

—Las mujeres hablan de hemorragia, pero el flujo de sangre es escaso para que sea embarazo —contestó el hombrecillo frunciendo el ceño—. Hay sangre, sí, pero mezclada con una sustancia maloliente que yo diría que es pus si se tratase de un soldado herido. Diagnostico alguna clase de supuración interna, pero, con vuestro permiso, Lucio Cornelio, querría recabar otras opiniones.

—Haz lo que quieras —replicó Sila tajante—. En cualquier caso, mañana nada debe trascender... Tengo que ir a una boda. Supongo que mi esposa no podrá asistir.

—Desde luego que no, Lucio Cornelio.

Y en estas circunstancias fue como Emilia Escaura, embarazada de cinco meses de su esposo Glabrio, se desposó con Cneo Pompeyo Magnus en casa de Sila sin ningún testigo de su familia. Y, aunque bajo los velos rojos y azafrán lloraba amargamente, Pompeyo, nada más concluir la ceremonia, se dedicó a consolarla y a congraciarse con ella, de tal modo que cuando abandonaron la casa Emilia ya sonreía.

Debió ser Sila quien hubiera debido informar a Dalmática de la buena nueva, pero él no hizo más que alegar una excusa tras otra para no acudir a

los aposentos de su esposa.

—Creo que no soporta verte estando tan enferma —dijo Cornelia Sila—. Ya sabes cómo es; si se trata de alguien a quien no quiere, le da lo mismo, pero si es un ser querido, es incapaz de hacer frente a la situación.

En el aireado cuarto en que estaba Dalmática flotaba un olor a podrido que se acentuaba si uno se acercaba al lecho. Cornelia Sila sabía que se moría; y Lucio Tucio tenía razón: no llevaba fruto en el vientre. Nadie conocía la causa de que se inflase falsamente su vientre, pero, desde luego, era algún morbo maligno. Aquel flujo fétido no cesaba, y no había medicamento capaz de atajarle la fiebre que la consumía. Seguía consciente, y sus ojos, vivos como dos llamas, clavaban su expresión doliente en su hijastra.

—No me importa —decía ahora, meneando la cabeza sobre la almohada bañada en sudor—. Lo que deseo es saber cómo le ha ido a mi pobre Emilia. ¿Está muy afectada?

—Pues no —contestó Cornelia Sila, cambiando de tono—. Lo creas o no, querida madrastra, cuando salieron camino del hogar, se la veía muy contenta. Ese Pompeyo es estupendo. Hasta hoy siempre le había visto de lejos y tenía contra él el prejuicio de los Cornelios, pero es guapísimo, mucho más que ese bobo de Glabrio, y, además, es encantador. Ella, al principio, era un mar de lágrimas, pero al cabo de un rato de decirle Pompeyo lo hermosa que estaba y cuánto la quería, se animó bastante. Dalmática, de verdad que ese hombre vale más de lo que yo pensaba, y te aseguro que la hará feliz.

—Se cuentan de él muchas historias —añadió Dalmática, convencida de las palabras de Cornelia—. Hace años, cuando apenas era un muchacho, tenía relaciones con Flora... ¿sabes quién te digo?

—¿La famosa cortesana?

—Sí. Ahora ya no es tan hermosa, pero me han dicho que aún llora su historia con Pompeyo, quien siempre la dejaba llena de señales de los mordiscos. Yo no sé cómo le gustaría eso, pero parece que así era. Él se cansó de ella y se la pasó a un amigo, y Flora quedó desconsolada. ¡Qué bobada por parte de una prostituta enamorarse!

—Entonces, puede que Emilia Escaura acabe dando las gracias a tata por haberla librado de Glabrio.

—¡Cómo me gustaría que viniera a verme!

La víspera de los idus de sextilis Sila donó su corona de hierba y sus trofeos, como era costumbre cuando un militar de fama hacía un sacrificio en el ara máxima del forum Boarium. Precedido de sus lictores y encabezando una procesión de miembros del Senado, el dictador recorrió la distancia relativamente corta desde su casa a la escalinata de Caco, para descender por ella al espacio abierto en que solían celebrarse los mercados. Al pasar ante la estatua del dios —aquel día vestido también con atavíos triunfales— se detuvo a saludarle y orar. Luego se acercó al gran altar, tras el cual se hallaba el pequeño templo circular de Hércules Invictus, una sencilla edificación de estilo dórico, famosa porque contaba en su interior con unos frescos obra del famoso poeta trágico Marco Pacuvio.

La víctima, una novilla gorda y blanca, aguardaba al cuidado del popa y el cultarius, rumiando el pienso drogado y mirando con sus cálidos ojos castaños los apresurados preparativos del banquete en la explanada del mercado. Aunque Sila portaba la corona de hierba, los demás se adornaban con coronas de laurel, y cuando el joven Dolabela —que era pretor urbano y, por consiguiente, encargado de las ceremonias— inició sus jaculatorias a Hércules Invictus, todos se las quitaron, puesto que Hércules Invictus era un extranjero dentro del pomerium, y ante él se oraba a la manera griega: con la cabeza descubierta.

Todo se hizo conforme al rito. Como donante de la novilla y celebrante de la fiesta pública, fue Sila quien se inclinó a recoger la sangre en el skyphos, un recipiente especial del ritual de Hércules; pero mientras procedía a llenar la copa, una figura negra y baja como una sombra se introdujo furtivamente entre el pontífice máximo y el cultarius y, hundiendo el hocico en el creciente charco de sangre que se formaba entre los guijarros, comenzó a lamer ruidosamente.

Sila lanzó un grito de horror, dio un salto hacia atrás, irguiéndose, el skyphos cayó de su mano temblorosa y la corona de hierba fue a parar al charco de sangre. El pánico comenzó a cundir más rápido que la sangre derramada que aún seguía lamiendo el ávido perro negro. La gente se dispersó en todas direcciones, algunos profiriendo débiles gritos, otros chillando y perdiendo los laureles, y otros mesándose los cabellos. Nadie sabía qué hacer.

Fue Metelo Pío, el pontífice máximo, quien quitó la maza al estupefacto popa y la abatió con fuerza sobre la cabeza del can, que comenzó a chillar y a andar haciendo círculos, entre gruñidos, hasta que, tras lo que pareció una eternidad, se desplomó convulso hecho un rebujo y quedó muerto, echando un borbotón de espumarajos sanguinolentos por la boca.

Más pálido que Sila, el pontífice máximo dejó caer la maza al suelo.

—¡Se ha profanado el ritual! —exclamó a voz en grito, con más fuerza que nunca—. ¡Praetor urbanus, hay que volver a empezar! ¡Padres conscriptos, sobreponeos! ¿Dónde están los esclavos de Hércules que hubieran debido impedir la entrada al perro?

Popa y cultarius reunieron a los esclavos del templo, que antes de la ceremonia se habían marchado a ver las golosinas que disponían en las mesas. Con la peluca torcida, Sila sacó fuerzas de flaqueza y se agachó a recoger su corona de hierba del charco de sangre.

—Tengo que ir a casa a bañarme —comentó a Metelo Pío—. Estoy impuro. De hecho, todos lo estamos; debemos ir a casa a bañarnos. Nos reuniremos dentro de una hora. Cuando hayan limpiado esto —añadió en tono más enérgico a Dolabela— y hayan tirado ese horrible animal al río, que los viri capitales encierren a los esclavos en algún sitio hasta mañana y los crucifiquen sin quebrarles las piernas; que agonicen durante días; aquí mismo, en el forum Boarium a la vista del dios Hércules. De ellos ha sido la culpa de que el perro profanara el sacrificio.

Impuro, impuro, impuro, repetía sin cesar Sila camino de su casa para bañarse y revestir la toga praetexta, pues un ciudadano no poseía más que una que vestía en caso de triunfo. Limpió la corona de hierba con sus propias manos, llorando porque, a pesar del cuidado con que lo hacía, se iba

despedazando. Dejó, finalmente, los escasos restos para que se secaran en un lienzo blanco. He perdido mi corona gramínea. Es una maldición. La suerte me abandona. ¡Mi suerte! ¿Cómo voy a vivir sin suerte? ¿Quién habrá enviado a ese perro negro del averno? ¿Quién me ha estropeado el día, ahora que Cayo Mario ya no puede? ¿Ha sido Metrobio? ¡Voy a perder a Dalmática por culpa suya! No, no es Metrobio...

Y regresó al altar de Hércules Invictus, ahora con una corona de laurel como los demás, mientras sus aterrados lictores le abrían paso brutalmente entre la muchedumbre que acudía a la fiesta. Seguían aprovisionando las mesas con carros, cuyos bueyes provocaron oleadas de pánico cuando los carreteros se apresuraron a desuncirlos para apartarlos de la procesión de sacerdotes que se acercaba, pues si los bueyes dejaban caer sus boñigas en el itinerario de los sacerdotes, era una injuria a éstos, y los dueños de las bestias podían ser azotados y obligados a pagar una fuerte multa.

Crisógono había conseguido otra novilla casi igual que la primera, y el animal ya comenzaba a tambalearse por la droga que el nervioso mayordomo le había obligado a ingerir. Volvió a repetirse la ceremonia, y esta vez todo salió a la perfección, con los trescientos senadores asistentes más atentos a que no se acercase ningún perro que a la ceremonia en sí.

La víctima sacrificada a Hércules Invictus no podía quitarse de la pira junto al altar del dios, y, del mismo modo que el buey blanco de César en el Capitolio, se dejó que la consumiera el fuego, mientras que los que habían sido testigos del fatídico acontecimiento de la mañana se apresuraban a regresar a su casa una vez finalizada la ceremonia, salvo Sila, que hubo de cumplir con lo previsto y recorrer la ciudad para expresar al populacho su deseo de que compartiera su buena suerte. Pero ¿cómo podía deseárselo si la Fortuna le había mostrado su abandono por medio de un perro negro?

Se habían instalado cinco mil mesas de planchas sobre caballetes, bien surtidas de comida, y el vino corrió más rápido que la sangre en el campo de batalla. Más de medio millón de hombres y mujeres, ignorantes de lo acontecido en el ara máxima de Hércules, se atracaban de pescado, fruta y pasteles de miel, y llenaban los talegos que habían traído para que los que habían quedado en casa —esclavos incluidos— tuvieran su parte en la



fiesta. Aclamaron a Sila con vítores e invocaciones a los dioses, y le prometieron recordarle en sus plegarias hasta el día en que murieran.

Anocheceía cuando regresó a su casa en el Palatino, despidiendo a los lictores para darles las gracias y anunciarles que ellos celebrarían la fiesta al día siguiente en el recinto de su cuartel detrás de la posada en la esquina del clivus Orbisus.

Cornelia Sila le esperaba en el atrium.

—¡Padre, Dalmática pide verte! —dijo.

—¡Estoy muy cansado! —contestó él, convencido de que le era imposible ver a su mujer, a la que quería, pero no lo suficiente.

—¡Padre, por favor, ve con ella! Hasta que no la veas no se le quitará de la cabeza esa idea idiota que le ha dado por tu conducta.

—¿Qué idea idiota? —inquirió él, quitándose la toga y acercándose al altar de los Lares y los Penates en la otra pared. Hizo una reverencia, partió un pastelillo salado sobre la repisa de mármol y dejó sobre él la corona de laurel.

—Que está impura. No deja de decir que está impura.

Permaneció inmóvil, como si fuese de piedra, paralizado por el horror, asediado por una horda de repugnantes sensaciones que no podía dominar. Dio un respingo, estiró los brazos como para repeler a un asesino y se quedó mirando a su hija con ojos de demente, como jamás se le habían visto.

—¡Impura! —exclamó—. ¡Impura!

Y salió corriendo de la casa.

Nadie supo dónde pasó la noche, a pesar de que Cornelia Sila envió grupos con antorchas a buscarle entre los restos de las cinco mil mesas. Al amanecer, tan sólo vestido con la túnica, compareció en el atrium, donde seguía aguardándole su hija. Crisógono, que la había acompañado toda la noche, avanzó hacia su amo con paso vacilante.

—Ah, bien, aquí estás —dijo Sila, lacónico—. ¡Llama a todos los sacerdotes, mayores y menores, y diles que se reúnan conmigo dentro de una hora en el templo de Cástor del Foro.

—¡Padre! —exclamó Cornelia Sila, desconcertada.

—Hoy no quiero tratos con mujeres —fue lo único que dijo antes de retirarse a sus aposentos.

Se bañó con toda minuciosidad, y a continuación rechazó tres togas bordadas de púrpura hasta que le trajeron una que le pareció perfectamente limpia. Tras lo cual, precedido de los lictores (a cuatro de los cuales les mandó cambiarse la toga sucia), se dirigió al templo de Cástor y Pólux, donde le aguardaban los inquietos sacerdotes.

—Ayer —comenzó a decir sin preámbulos— ofrecí la décima parte de cuanto poseo a Hércules Invictus, un dios estrictamente de hombres. A las mujeres se les prohíbe acercarse a su altar, y en honor a su viaje al Averno no se permite la entrada de canes en su recinto, porque el perro es un animal ctónico, como todos los seres negros. Sirven a Hércules veinte esclavos, cuya principal tarea es vigilar que no entren en el recinto mujeres, perros ni seres negros que lo manchen. Pero ayer un perro negro bebió la sangre de la primera víctima que le ofrecí, una horrible injuria a los dioses y... a mi persona. ¿Qué habré hecho, me pregunté, para merecer eso? Yo había acudido de buena fe a presentar una gran ofrenda al dios, y ofrecerle en sacrificio una víctima perfecta. Y de buena fe esperaba que Hércules Invictus aceptase mi ofrenda y mi sacrificio. En lugar de ello, un perro negro bebió la sangre de la novilla al pie del altar. Y mi corona de hierba se manchó al caer en el charco de sangre en que había bebido el perro.

Los noventa sacerdotes convocados le escuchaban inmóviles, encolerizados por el recuerdo de semejante profanación, pues todos ellos habían asistido a la ceremonia, recordaban el horror y habían pasado el día y la noche preguntándose qué habría sucedido y por qué el dios había manifestado tal desagrado al dictador de Roma.

—Los libros sagrados han sido destruidos y no tenemos textos que nos puedan orientar —continuó Sila, consciente de que impresionaba al auditorio—. Fue mi hija quien actuó de mensajera de los dioses, cumpliendo todos los requisitos: hablar sin darse cuenta de lo que decía y sin conocer los acontecimientos que se produjeron ante el altar de Hércules Invictus.

Se detuvo y escrutó la primera fila de sacerdotes sin ver el rostro que buscaba.

—¡Pontífice máximo, preséntate ante mí! —exclamó con la voz ritual de un sacerdote.

Hubo un cierto movimiento en las filas, y de ellas surgió Metelo Pío.

—Aquí estoy, Lucio Cornelio.

—Quinto Cecilio, a ti te afecta esto muy de cerca y quiero que estés delante de todos porque nadie debe ver tu cara. Me gustaría tener ese privilegio, pero mi cara deben verla todos. Lo que tengo que decir es esto: mi esposa, Cecilia Metela Dalmática, hija del pontífice máximo y prima carnal del actual pontífice máximo, es... —lanzó un profundo suspiro— impura. Supe que era verdad en cuanto me lo dijo mi hija. Mi esposa es impura y su vientre está putrefacto. Hace tiempo que lo sabía, pero ignoraba que el estado de la pobre mujer era una ofensa a los dioses hasta que hablaron por boca de mi hija. Hércules Invictus es un dios de hombres, igual que Júpiter Optimus Maximus. A mí, que soy hombre, se me ha confiado el cuidado de Roma. A mí, que soy hombre, se me ha encomendado conseguir que Roma se recupere de las guerras y vicisitudes de años pasados. Quien soy y lo que soy es lo que cuenta. Y nada en mi vida puede ser impuro. Ni siquiera mi esposa. Así lo he visto hoy. ¿Es correcta mi interpretación, Quinto Cecilio, pontífice máximo?

¡Cómo había cambiado el Meneítos!, pensó Sila, que era el único que podía verle la cara. Ayer había sido él el único en tomar la iniciativa, y hoy era el único que le entendía.

—Si, Lucio Cornelio —contestó Metelo Pío con voz pausada.

—Os he convocado aquí para examinar los auspicios y decidir qué hemos de hacer —prosiguió Sila—. Os he explicado la situación, diciéndoos lo que creo. Pero, de acuerdo con las leyes que he decretado, no puedo adoptar una decisión sin consultaros. Y más en este caso en que la persona más afectada es mi esposa. Naturalmente, no puede decirse que recurro a esta situación para deshacerme de ella. No quiero deshacerme de mi esposa; que quede claro. Os lo digo a todos vosotros y, a través de vosotros, a toda Roma. Teniendo eso en cuenta, creo que mi esposa está

impura y que los dioses de hombres están ofendidos. Pontífice máximo, como cabeza de la religión romana, ¿qué dices?

—Digo que los dioses de hombres están ofendidos —contestó Metelo Pío—. Digo que debes apartarte de tu esposa, que no debes volver a verla, y que no debes consentir que mancille tu casa ni tu tarea legal.

Sila hizo un gesto de dolor, que a nadie escapó.

—Quiero a mi esposa —dijo con voz apagada—. Me ha sido leal y fiel, y me ha dado hijos. Y antes fue leal y fiel esposa de Marco Emilio Escauro y le dio hijos. No sé por qué los dioses de hombres me piden esto, ni por qué mi esposa ha dejado de complacerles.

—Nadie pone en duda el afecto que sientes por tu esposa —dijo el pontífice máximo, su primo carnal—, ni es preciso que ninguno de los dos hayáis ofendido a ningún dios, ni de hombres ni de mujeres. Es preferible decir que su presencia en tu casa y tu presencia en su vida han interrumpido u obstaculizado de algún modo las vías por las que llegan a Roma la gracia divina y el favor. En nombre de mis colegas del sacerdocio, afirmo que no es culpa de nadie y que no hallamos falta ni en ti, Lucio Cornelio, ni en tu esposa. Las cosas son como son y no hay más que decir.

Dio media vuelta para mirar a sus silenciosos colegas, y añadió con voz fuerte, firme y sin tartamudear:

—¡Soy vuestro pontífice máximo! ¡Que hable sin tartamudear ni vacilar es prueba de que Júpiter Optimus Maximus se sirve de mi persona y me presta su voz! Y os digo que la esposa de este hombre es impura y que su presencia en su casa y su vida es ofensivo para los dioses. Por consiguiente debe salir inmediatamente de su casa y de su vida. No es necesario votar. Si hay alguien que no esté de acuerdo, que lo diga.

No se rompió el profundo silencio; como si no hubiera habido nadie.

Metelo Pío giró sobre sus talones, volviéndose hacia el dictador.

—Lucio Cornelio Sila, te mandamos que encomiendes a tus criados que saquen a tu esposa, Cecilia Metela Dalmática, de tu casa y la conduzcan al templo de Juno Sospita, para que allí permanezca hasta que muera. Bajo ningún concepto debes volver a verla, y, una vez que se la hayan llevado, encomiendo al rex sacrorum y al flamen martialis, en sustitución del flamen

dialis, los ritos de purificación en casa de Lucio Cornelio. ¡Oh, celestiales gemelos —añadió, cubriéndose la cabeza con la toga— llamados Cástor y Pólux o Dioscuros, o dioses Penates, o cualquier otra advocación que deseéis, nos hemos reunido en vuestro templo porque necesitamos vuestra intercesión ante el poderoso Júpiter Optimus Maximus, seáis o no hijos de él, y ante el triunfador Hércules Invictus. Os rogamos que atestigüéis ante todos los dioses que somos sinceros y nos esforzamos en corregir las faltas que hayamos podido cometer. Según nuestros acuerdos, que datan de la batalla del lago Regillus, os prometemos sacrificaros dos potros blancos gemelos en cuanto podamos hallar tan rara ofrenda. Os rogamos que nos protejáis, como siempre habéis hecho.

Se recurrió a los auspicios, que confirmaron la decisión del pontífice máximo. La clara luz de la mañana que inundaba el interior del templo por la puerta abierta se oscureció de pronto al ascender el sol, y una extraña brisa fría recorrió la nave.

—Otra cosa antes de irnos —dijo Sila.

Todos se detuvieron.

—Hemos de sustituir los libros de la Sibila, pues aunque aún poseemos los de Vegoe y Tages en el templo de Apolo, son textos que no sirven para nada en situaciones concernientes a dioses foráneos, como es el caso de Hércules Invictus. Hay muchas sibilas en el mundo, y algunas muy relacionadas con la de Cumas que escribió sus versos en hoja de palma y se los regaló al rey Tarquinio Prisco. Pontífice máximo, quiero que nombres a alguien que haga una investigación por todo el mundo para recopilar los versículos de que constaban nuestros libros proféticos.

—Tienes razón, Lucio Cornelio; debe hacerse —contestó Metelo Pío con aire grave—. Ya encontraré una persona adecuada.

El dictador y el pontífice máximo regresaron juntos a casa de Sila.

—A mi hija no va a sentarle nada bien —dijo Sila—, pero si se lo dices tú tal vez no me lo reproche.

—Lamento mucho este asunto.

—¡Y yo! —exclamó Sila, condolido.

Cornelia Sila aceptó lo que decía su padre, para sorpresa de ambos.

—Padre, tú la quieres en la medida de lo posible y no voy a creerte tan malo como para deshacerte de ella.

—¿Está moribunda? —preguntó Metelo Pío, con el remordimiento de haber sido él quien había tenido la idea de recluir a Dalmática en el templo de Juno Sospita hasta la hora de su muerte.

—Lucio Tucio dice que el final está próximo. El tumor se la come.

—Pues acabemos de una vez.

Ocho robustos portadores de litera sacaron a Dalmática del lecho de enferma, pero ella no lo soportó con digno silencio; en cuanto le comunicaron la decisión de los sacerdotes, se esfumó la sumisión con que había vivido al lado de Sila y comenzó a gritar, a llorar y llamarle a voces mientras la sacaban de la casa. Sila permaneció en su despacho, tapándose los oídos con las manos y llorando. Un precio más a pagar. Pero tenía que pagarlo en interés de la Fortuna. ¿O en interés de Metrobio?

Había cuatro templos seguidos fuera de las murallas servianas, en los mercados de verduras: los de Pietas, Jano, Spes y Juno Sospita. Esta Juno no era una de las diosas principales que protegían a las mujeres grávidas, sino una divinidad simultáneamente vástago guerrero de la Gran Madre de Pessinus, la Juno de las sierpes de Lanuvium, la Reina de los cielos y la Salvadora de las mujeres. Quizá por esta última advocación era una antigua costumbre que las mujeres que daban a luz sin dificultades acudiesen al templo con la placenta para dejarla como ofrenda.

En la época de la guerra itálica, en que había poco dinero y el templo disponía de pocos esclavos, Metela Baleárica, que había sido esposa de Apio Claudio Pulcro, había soñado que Juno Sospita se le aparecía y se quejaba amargamente de que su templo estaba tan sucio que no podía vivir en él. Baleárica había acudido al cónsul, Lucio César, para pedirle que la ayudase a limpiarlo; pero habían hallado algo más que restos de placentas, pues el lugar estaba lleno de restos de cadáveres de mujeres, de perras, de niños de pecho y de ratas. Ella, que también estaba embarazada cuando, acompañada de Lucio César, llevó a cabo la repugnante tarea, había muerto dos meses después al dar a luz a su sexto hijo.

Pero a partir de entonces el templo estaba bien cuidado; las placentas de ofrenda se metían en cestos impermeabilizados y se sacaban cada cierto tiempo para que las quemase ceremonialmente la flaminica dialis (o, en la época que nos ocupa, su sustituta), y no había un suelo de templo más limpio y que mejor oliera que el de Juno Sospita. Cornelia Sila había preparado un sitio para colocar el lecho de Dalmática, y en él la dejaron los portadores de la litera, empavorecidos por entrar en un lugar de mujeres. Ella seguía llamando con gritos cada vez más débiles a Sila, y, ya a punto de morir, no se dio cuenta de dónde estaba.

Sobre un pedestal había una estatua pintada de la diosa que, con zapatos de punta elevada y lanza, hacía frente a una serpiente alzada, pero lo más llamativo de la estatua era la piel auténtica de cabra que llevaba sobre los hombros, atada a la cintura, y con la cabeza cornuda sobre el pelo oscuro a guisa de casco. A los pies de aquella extraña representación se sentaron Metelo Pío y Cornelia Sila, cogiendo a Dalmática de la mano para ayudarla a superar el obstáculo humano del dolor y la desesperación. Fue una vela de sólo unas horas, más prueba moral que física. La pobre mujer murió sin dejar de solicitar la presencia de Sila, sorda a los paliativos comentarios de Cornelia Sila y Metelo Pío.

Una vez muerta, el pontífice máximo y los enterradores montaron el lectus funebris en el templo, ya que no se la podía trasladar a la casa, y, como tampoco podía mostrarse el cadáver, la colocaron en la tradicional postura sentada, tapada con un paño negro con Orla de oro, rodeada de plañideras profesionales y como decorado de fondo aquella extraña diosa con piel de cabra, lanza y serpiente.

—Cuando uno ha redactado la ley suntuaria, bien puede ignorarla —dijo Sila después.

Como consecuencia, el entierro de Cecilia Metela Dalmática costó cien talentos, y en él desfilaron veinticuatro carros con actores que llevaban las máscaras de cera de los antepasados de los Cecilios Metelos y de dos familias patricias, los Emilios Escauros y los Cornelios Silas. Pero la multitud que llenaba el circo Flaminius (se consideró imprudencia entrar el cadáver dentro del pomerium, dada su condición de impura) apreciaron

menos aquel lujo que la aparición de sus hijos gemelos de tres años, Fausto y Fausta, vestidos de negro y llevados de la mano por una gigante de la Galia Transalpina, también engalanada de negro.

En las calendas de septiembre se inició la verdadera legislación: una furiosa embestida de tal envergadura, que hasta el Senado dudó.

—Las actuales leyes sobre los tribunales son torpes, laboriosas y poco realistas —dijo Sila desde la silla curul—. Ninguna comitia debe juzgar acusaciones civiles o criminales; los procedimientos son demasiado largos y susceptibles de manipulación política, y se ven influidos excesivamente por la fama o popularidad del acusado, y no digamos por la de los abogados defensores. Y un jurado del orden de varios miles de electores es tan inoperante como poco prudente.

Después de eliminar los procesos judiciales en las asambleas, Sila prosiguió:

—Voy a establecer en Roma siete tribunales permanentes: para traición, extorsión, malversación, soborno, falsificación, violencia y homicidio. Todos menos el último competen en cierto modo al Estado o al Tesoro, y los presidirá uno de los seis segundos pretores, echándoselo a suertes. El tribunal de homicidios juzgará todos los casos de asesinato, incendio, magia, envenenamiento, perjurio y un nuevo delito que denominaré asesinato judicial, es decir el destierro logrado mediante un tribunal. Espero que el tribunal de homicidios sea el que más trabajo tenga, aunque es el menos complicado, y quiero que lo presida alguien que haya sido edil, aunque no haya sido pretor, y que será nombrado por los cónsules.

Hortensio escuchaba horrorizado en su silla, pues sus sonados triunfos los había obtenido ante las asambleas, en las que su estilo y su habilidad para conmover a la multitud le habían creado leyenda; los jurados limitados en número de los tribunales eran demasiado cerrados para moverse a su impulso.

—¡Es el fin de la abogacía! —exclamó.



—¿Y eso qué importa? —replicó Sila con expresión de sorpresa—. Lo que es mucho más importante es el proceso judicial, y yo quiero que eso salga de las asambleas, Quinto Hortensio, no confundamos. No obstante, haré que la asamblea del pueblo sancione el establecimiento de esos tribunales fijos, y, mediante las provisiones de esa ley, las tres asambleas traspasarán sus deberes judiciales a dichos tribunales.

—¡Excelente! —comentó el historiador Lucio Cornelio Sisena—. ¡Así, todos los que sean juzgados ante un tribunal lo serán con el consentimiento de las asambleas! Eso significa que un condenado no puede apelar ante la asamblea una vez establecido el veredicto.

—¡Exactamente, Sisena! El proceso de apelación se anula y se evita que las asambleas juzguen a nadie.

—¡Eso es repugnante! —exclamó Catulo—. ¡No sólo repugnante, sino totalmente anticonstitucional! ¡Todo ciudadano romano tiene derecho de apelación!

—Apelación y juicio son todo uno, Quinto Lutacio —replicó Sila—, y forman parte de la nueva constitución romana.

—¡La antigua constitución era más que suficiente en cuestiones como ésta!

—En cuestiones como ésta, la historia nos ha demostrado que las leyes de la antigua constitución permitían que muchos que hubieron debido ser condenados se salvaran porque alguien lograba convencer a una asamblea con sus trucos retóricos para anular la decisión de un tribunal legal. El aprovechamiento político de esos juicios de las asambleas era lamentable, Quinto Lutacio. Roma ha crecido demasiado para enfangarse en costumbres y procedimientos inventados cuando era una simple villa. No niego a nadie un juicio justo. De hecho, con esta ley, lo hago más Justo. Y se simplifica el procedimiento.

—¿Y el jurado? —inquirió Sisena.

—Estará formado estrictamente por senadores; por eso necesito que haya cuatrocientos por lo menos. El deber de los jurados era una carga, y lo seguirá siendo cuando haya siete tribunales. Sin embargo, voy a reducir el número de jurados. El antiguo jurado de cincuenta y un miembros se

mantendrá sólo en casos de los peores crímenes contra el Estado. De ahora en adelante el número de miembros del jurado dependerá de los que haya disponibles para constituirlo, y si por el motivo que sea hay un número par, un empate contará como absolución. Ya tenemos un Senado dividido en decurias presididas por un senador antiguo; me valdré de esas decurias como base de los jurados, aunque sin que necesariamente tenga que ser la misma decuria la que acuda constantemente ante el mismo tribunal. El jurado de cada juicio de todos los tribunales se echará a suertes una vez determinada la fecha del juicio.

—Me parece bien —dijo el joven Dolabela.

—¡Inaceptable! —exclamó Hortensio—. ¿Qué sucede si a mi decuria le cae en suerte hacer de jurado mientras yo estoy actuando de abogado defensor en otro juicio?

—Pues tendrás que procurar compaginarlo —replicó Sila, sonriendo con sorna—. Las rameras lo hacen, Hortensio. Tú no debes ser menos.

—¡Vamos, Quinto, calla la boca! —musitó Catulo.

—¿Quién decide el número de jurados para un determinado tribunal? —inquirió el joven Dolabela.

—El presidente —contestó Sila—, pero hasta cierto punto. La decisión dependerá en último extremo del número de decurias que haya disponibles. Me gustaría que estuviese formado entre veinticinco y treinta y cinco senadores. No se designará una decuria completa, así el número de jurados será par.

—Se asignará la presidencia de los tribunales a los seis segundos pretores echándola a suertes —terció Metelo Pío—. ¿Quiere eso decir que prevalecerá el antiguo sistema para elegir los pretores urbanos y los foráneos?

—No, voy a derogar la ley que atribuye el cargo de pretor urbano al cabeza de lista, y de pretor foráneo al segundo —replicó Sila—. A partir de ahora los ocho cargos se decidirán a suertes.

Pero a Lépido no le interesaba el cargo que recibía en suerte cada pretor, y planteó una pregunta de la que ya conocía la respuesta, por el simple hecho de oírsela decir a Sila.

—Por consiguiente, ¿pretendes impedir la participación en los tribunales a los caballeros?

—Totalmente. Salvo un breve intervalo, el control de los jurados romanos lo han venido ejerciendo los caballeros desde la época de Cayo Graco. ¡Eso se ha acabado! Cayo Graco olvidó incluir en la ley una cláusula que permitiese el procesamiento de un jurado corrupto. ¡Me aseguraré de que los senadores sean plenamente responsables bajo esa ley!

—Entonces, ¿qué deberes quedan para el pretor urbano y foráneo? —preguntó Metelo Pío.

—Serán responsables de todos los litigios civiles —contestó Sila —, así como, en el caso del pretor foráneo, de las querellas criminales entre los no romanos. Sin embargo, voy a anular el derecho de ambos pretores a juzgar en casos civiles; en lugar de ello, trasladarán esos casos a un solo juez designado a suertes entre una serie de senadores y caballeros, y será él quien actúe como iudex. Su decisión será irrevocable para ambas partes, si bien cualquiera de los dos pretores conservarán la potestad de supervisar los procedimientos.

Tomó la palabra Catulo, al ver que Hortensio, sofocado y fuera de sí por la actitud de Sila, no iba a hacer ninguna pregunta.

—Conforme estipula actualmente la constitución, Lucio Cornelio, sólo una asamblea legalmente convocada puede aprobar una sentencia de muerte. Si vas a despojar a las asambleas el derecho a juzgar, ¿quiere eso decir que serán esos tribunales los que tengan potestad para imponer la pena de muerte?

—No, Quinto Lutacio, no es eso. Todo lo contrario. No habrá pena de muerte. Las futuras penas se limitarán al destierro, a multas y/o confiscación de parte o de todas las propiedades de los convictos. Mis nuevas leyes regularán también las actividades de la comisión que determine los daños y perjuicios, que la formarán entre dos y cinco de los jurados, elegidos a suertes, más el presidente del tribunal.

—Has creado siete tribunales —dijo Mamerco—. Traición, extorsión, malversación, soborno, falsificación, violencia y homicidio. Pero, conforme a la lex Plautia, existe aún un tribunal para casos de violencia pública. Yo

quiero preguntar dos cosas: una, ¿qué sucederá con este tribunal?, y dos, ¿qué sucede en los casos de sacrilegio?

—La lex Plautia ya no es necesaria —respondió Sila, reclinándose en la silla con gesto complaciente; el Senado parecía satisfecho ante la perspectiva de privar a las asambleas del derecho a juzgar delitos—. Los delitos de violencia se juzgarán en el tribunal al efecto o en el de traición si son de gran magnitud. En cuanto al sacrilegio, los delitos de esta naturaleza son poco frecuentes para que exista un tribunal permanente. Se determinará un tribunal especial en los casos concretos y lo presidirá un ex edil; pero su actuación será la misma que la de los tribunales fijos y no habrá derecho de apelación ante las asambleas. Si se trata de delitos de castidad de las vestales, seguirá siendo aplicable la pena de morir en la hoguera, pero su amante o amantes serán juzgados en otro tribunal, sin que se les imponga pena de muerte.

Lanzó un carraspeo y continuó:

—Por hoy casi he acabado. Pero antes que nada, una palabra sobre los cónsules. No es bueno para Roma ver a sus cónsules enredados en guerras extranjeras. Durante el año en que ejercen su cargo, los dos cónsules deberían ocuparse del bienestar de Roma y de Italia, y nada más. Ahora que los tribunos de la plebe han quedado en el lugar que les corresponde, espero que los cónsules se dediquen más a promulgar leyes. Otra cosa: comportamiento en el Senado. De ahora en adelante, un senador podrá ponerse en pie y tomar la palabra, pero no se le permitirá caminar de arriba abajo mientras hable; hablará desde su sitio, sentado o de pie. Y no se tolerarán ruidos, aplausos, pateo, ni voces y gritos. Los cónsules impondrán una sanción de mil denarios a los que infrinjan este nuevo reglamento de conducta en la cámara.

Un reducido grupo de senadores se reunió al pie de la escalinata de la Curia Hostilia una vez que Sila hubo salido; algunos (como Mamercio y Metelo Pío) eran partidarios irreductibles del dictador, mientras que otros (como Lépido y Catulo) opinaban que Sila era, como mucho, un mal necesario.

—No cabe duda —dijo el Meneítos— que estos nuevos tribunales descargarán de mucho trabajo a los cuerpos legislativos, y ya no se podrá inducir a la asamblea plebeya a que nombre un tribunal especial para juzgar a nadie, ni habrá temor de que un caballero desconocido se deje sobornar... Sí, son buenas reformas.

—¡Vamos, Pío, tienes edad suficiente para recordar lo que sucedió durante un par de años cuando Cepio el cónsul devolvió al Senado la potestad de nombrar tribunales! —exclamó Filipo—. ¡Yo siempre estaba en uno u otro jurado, hasta en pleno verano! Tú te acordarás —añadió, volviéndose hacia Marco Perpena.

—Ya lo creo —contestó Perpena.

—Lo que os sucede a vosotros —terció Catulo— es que queréis que el Senado controle los jurados, pero os quejáis cuando os toca el turno. Si los senadores queremos dominar la judicatura, tenemos que estar dispuestos a apechugar con las consecuencias.

—No será más difícil ahora que anteriormente —dijo Mamercio, conciliador—. Ahora somos más.

—Claro, tú eres el yerno del Gran Hombre y te maneja como una marioneta —dijo Filipo—. ¡No somos tantos! Y habiendo tribunales permanentes no habrá retrasos... Antes al menos podíamos retrasar los juicios haciendo que las asambleas estuvieran en ascuas unos intervalos de mercado mientras nosotros nos tomábamos unas vacaciones. Mientras que ahora lo único que tiene que hacer el presidente de un tribunal es nombrar el jurado. Y ni siquiera sabremos de antemano si vamos a formar parte de él, por lo que no podremos planificar nada. Sila ha dicho que no se echará a suertes hasta determinar la fecha del juicio. ¡Es que ya lo veo! ¡Apenas lleves dos días de asueto a la orilla del mar y ya tendrás que volver a Roma para formar parte de un maldito jurado!

—Los deberes del jurado deberían haberse repartido —dijo Lépidio—. Los juicios importantes para el Senado: extorsión y traición. El tribunal de homicidios podría funcionar perfectamente con un jurado formado por caballeros, ¡y seguramente funcionaría mejor si lo constituyesen miembros del censo por cabezas!

—Según tú —replicó Mamerco, cáustico—, los jurados en el juicio a senadores deberían ser senadores, mientras que los jurados en los juicios a otras personas por acusaciones como brujería o envenenamiento carecen de categoría para que los formen senadores.

—Algo así —contestó Lépido, sonriente.

—Lo que me gustaría saber —dijo el Meneítos, considerando que convenía cambiar de tema— es qué más pensará legislar.

—Me apostaría algo a que no será a favor nuestro —dijo Hortensio.

—¡Tonterías! —exclamó Mamerco, nada amilanado porque le hubiesen motejado de marioneta de Sila—. Hasta ahora todo lo que ha hecho ha sido para reforzar la influencia del Senado y para que Roma recupere los antiguos valores y costumbres.

—Puede que sea demasiado tarde para volver a las antiguas tradiciones y costumbres —dijo Perpena pensativo—. Muchas de las cosas que él ha abolido eran, por su antigüedad, dignas de incluirse en el mos maiorum. Hoy la asamblea plebeya es como una asociación para jugar a la taba o a los dados. No perdurará porque no puede perdurar. Los tribunos de la plebe han sido durante siglos los principales legisladores de Roma.

—Sí, lo que ha hecho con los tribunos de la plebe no es una medida popular —dijo Lépido—. Tienes razón; el estado actual de la asamblea de la plebe no puede durar.

En las calendas de octubre, el dictador provocó nuevas conmociones. Amplió el límite sagrado de Roma cien pies hacia el forum Boarium para agrandar la ciudad. Desde la época de los reyes nadie había osado tocar el pomerium, y modificarlo era símbolo de realeza, no una facultad republicana. Pero Sila no se anduvo con miramientos; anunció que iba a modificarlo porque ahora el río Rubicón sería la frontera oficial entre Italia y la Galia itálica. Ya hacía mucho tiempo que se consideraba el río como frontera, pero en la última determinación oficial se había adoptado como frontera el río Metaurus. Por consiguiente, razonó Sila, podía decirse que en rigor se había ampliado el territorio de Roma en Italia, y quería dar

relevancia al hecho ampliando el pomerium de Roma la nadería de cien pies.

—Por lo que a mi respecta —dijo Pompeyo a su nueva (y grávida) esposa— me parece estupendo.

—¿Por qué? —preguntó Emilia Escaura con cara de perplejidad. Era una mujer que siempre andaba haciendo preguntas capaces de irritar a un hombre más egoísta, pero a Pompeyo le encantaba que le preguntasen.

—Mi querida regordeta, que parece haberse tragado una sandía entera —contestó, haciéndole cosquillas en el vientre y dirigiéndole un guiño—, porque yo poseo la mayor parte del Ager Gallicus al sur del Ariminum y, así, ahora pertenece a Umbría. Ahora soy uno de los mayores terratenientes de Italia, si no el mayor. No lo sé. Hay otros que tienen más tierras por sus propiedades en la Galia itálica, como los Emilios Escauros, tu tata (mi delicioso pastelito). y los Domicios Ahenobarbos, pero yo he heredado casi todas las fincas de los Lucilios de Lucania, y, añadiendo la mitad sur del Ager Gallicus a las tierras de Umbría y el norte de Piceno, no creo que tenga rival en Italia. Muchos deploran lo que ha hecho el dictador, pero no seré yo quien lo critique.

—Estoy deseando ver tus tierras —dijo ella añorante, poniéndose la mano en el vientre—. Me lo has prometido, Magnus; en cuanto pueda viajar.

Estaban sentados uno junto a otro en un sofá, y él se volvió a para tumbarla con un suave empujón, le cogió los labios entre los dedos y le cubrió el rostro a besos.

—¡Más! —exclamó ella cuando él la soltó.

Pompeyo tenía el rostro encima del de ella y sus azulísimos ojos la miraban maliciosos.

—¿Qué quiere esta cerdita golosa? ¿Eh? ¿Qué es lo que quiere? —le dijo—. ¿No debería tener más cuidado? ¿Eh?

Ella se estremeció en medio de una cascada de risitas, que a él le impulsaron a hacerle más cosquillas porque le agradaba oírla, pero el deseo no tardó en apoderarse de él y tuvo que apartarse.

—¡Ah, maldito niño! —exclamó ella malhumorada.

—Ya falta poco, gatita —dijo él para animarla—. Cuando tengas el de Glabrio haremos el nuestro.

Efectivamente, Pompeyo había sido muy considerado, decidido como estaba a que nadie, y menos los estirados parientes de Emilia Escaura, le reprochasen no ser el más amable y cariñoso de los maridos, pues ansiaba formar parte del clan.

Al saber que el hijo de Mario había tenido intimidad con Praecia, él también había adquirido la costumbre de ir a su suntuosa casa, pues no consideraba que era rebajarse degustar lo que otro había dejado con tal de que el otro en cuestión hubiese sido famoso, tuviese influencia o fuese de nobilísima familia. Además, Praecia era sexualmente una verdadera delicia, y capaz de complacerle con variantes que él estaba seguro de que Emilia Escaura no aprobaría cuando llegase la ocasión. Las esposas eran para el serio asunto de la procreación, pese a que a la pobre Antistia ni siquiera eso le había sido concedido.

Si le gustaba estar casado era porque tenía el feliz don de saber enamorar a las mujeres; a su esposa la abrumaba a cumplidos a toda hora, y no le importaba que las tonterías que le decía pudiera oírlas Metelo Pío, pontífice máximo (aunque tenía buen cuidado de no decírselas cuando Metelo Pío podía oírlas), y mantenía una actitud alegre y animada que propiciaba el amor de Emilia hacia él. Y era tan inteligente que hasta le consentía que se enfadase, llorase, se quejase por nada y le castigase. Ni Antistia ni Emilia Escaura se daban cuenta de que las manipulaba y creían que eran ellas quienes lo hacían, mejor que mejor. Todos contentos y se evitaban disensiones.

Su gratitud hacia Sila por haberle concedido la hija del antiguo príncipe del Senado casi no conocía límites; sabía que él merecía algo más que la hija de Escauro, pero también reforzaba su propia estima saber que una persona como Sila le consideraba digno de la hija de Escauro. Desde luego, no se le escapaba que a Sila le convenía vincularle a su familia mediante aquel matrimonio, y eso reforzaba también su amor propio. A los aristócratas romanos como Glabrio, el dictador podía arrinconarlos, mientras que a Cneo Pompeyo Magnus le atribuía suficiente importancia



como para darle lo que había arrebatado a Glabrio. Porque el dictador hubiera podido (por ejemplo) haber dado la hija de Escauro a su sobrino Publio Sila o a su protegido Lúculo.

Pompeyo se había empeñado en no ingresar en el Senado, pero no entraba en sus planes apartarse del círculo íntimo del dictador. No, sus sueños se encaminaban ahora a convertirse en el único héroe militar de la historia de la República que obtuviese poderes proconsulares sin ser senador. Decían que eso era imposible; se habían burlado de él y le habían ridiculizado. ¡No sabían el riesgo a que se exponían! En su momento se lo haría pagar... no matándolos, como habría hecho Mario, ni declarándolos proscritos, como hacia Sila: él los haría sufrir obligándoles a someterse, incitándoles a ocupar una posición tan envidiable, que el oprobio de tener que mostrarse complacientes destruyese su amor propio. ¡Para él eso era mucho más dulce que verles morir!

Así, Pompeyo logró dominar su deseo por la deliciosa ramita de la gens Emilia y se contentó con visitar asiduamente a Praecia y consolarse con mirar el vientre de Emilia Escaura, que nunca jamás engendraría más que su proge.

Emilia debía dar a luz a primeros de diciembre, pero a finales de octubre le sobrevino un repentino y difícil parto. Hasta aquel momento su embarazo no había presentado incidentes, por lo que el episodio sorprendió a todos, incluidos los físicos. El raquítico niño que trajo prematuramente al mundo murió al día siguiente y no tardó en seguirle la madre, consumida por una hemorragia inexorable.

Su muerte hundió a Pompeyo en la desesperación. La había amado sinceramente a su manera egoísta, y si Sila hubiese buscado por toda Roma la novia adecuada para él con el deseo de complacerle, no hubiera podido encontrar ninguna mejor que la risueña, un poco torpe y totalmente ingenua Emilia Escaura. Hijo de un hombre apodado el Carnicero, y él mismo llamado el Joven Carnicero, la experiencia de Pompeyo en relación con la muerte era de toda la vida, y sin que la redujese impulso alguno de compasión o misericordia. Moría un hombre y otro nacía; moría una mujer y otra nacía. Seres mortales. Al morir su madre había llorado algo, pero

hasta la muerte de Emilia Escaura ninguna muerte había llegado a afectarle, salvo la de su padre.

El fallecimiento de su esposa estuvo a punto de inducirle a acompañarla en la pira funeraria; Varrón y Sila no llegaron nunca a saber si aquella pugna por querer saltar a las llamas había sido sincera del todo; hasta tal punto estaba afligido. Ni el propio Pompeyo lo sabía. Lo único cierto es que la Fortuna le había favorecido con el regalo de la hija de Escauro y luego se la había arrebatado antes de que pudiera disfrutarla.

Sumido en un mar de lágrimas, el joven salió de Roma por la puerta Colina, por segunda vez por motivo de una muerte repentina. Primero su padre y ahora Emilia. Para el picentino Pompeyo no había otra solución que volver a su casa.

—Ahora Roma tiene diez provincias —dijo Sila en la cámara al día siguiente del entierro de su hijastra.

Vestía el luto senatorial: la toga blanca y una túnica con la banda púrpura estrecha de los caballeros en lugar de la ancha de senador. De haber tenido parentesco consanguíneo con Emilia, no habría podido asistir a actos públicos durante diez días, pero como no era el caso, allí estaba. Y suerte de ello, porque él tenía asuntos de Estado.

—Voy a nombrarlas, padres conscriptos. Hispania Ulterior, Hispania Citerior, Galia Transalpina, Galia Cisalpina, Macedonia y Grecia, Asia, Cilicia, África y Cirenaica, Sicilia, Cerdeña y Córcega. Diez provincias con diez gobernadores. Si ninguno permanece en la provincia más de un año, serán diez hombres para diez provincias a principio de cada año: los dos cónsules y los ocho pretores que dejan el cargo.

Su mirada se detuvo en Lépidio, y a él pareció que dirigía los comentarios que siguieron.

—A cada uno de los gobernadores se le asignará un cuestor salvo al de Sicilia, que tendrá dos, uno para Siracusa y otro para Lilibeo. Así, de los veinte cuestores, quedan nueve para Italia y Roma. De sobra. Cada gobernador tendrá además un equipo de servidores públicos, desde lictores y heraldos hasta escribas, funcionarios y contables. Será deber del Senado (actuando a recomendación del Tesoro) asignar a cada gobernador una

determinada suma que se denominará estipendio, y este estipendio no se aumentará bajo ningún concepto durante el año. Por consiguiente, constituye el sueldo del gobernador, y se le abonará por adelantado. Con él pagará a los servidores y los gastos del cargo, y deberá presentar a fin de año un estado de cuentas detallado, aunque no estará obligado a devolver lo que no haya gastado. Es suyo desde el momento en que se le entrega, y con él hace lo que le parece; si lo quiere invertir en Roma a su nombre antes de partir para la provincia, puede hacerlo. ¡Pero que sepa que no se le enviará ningún dinero más! Tengo que hacer otra advertencia. Dado que el estipendio es propiedad suya desde el momento en que se le paga, se les puede retener legalmente si el futuro gobernador tiene deudas. Por lo tanto, aviso a todos los posibles gobernadores que su carrera puede verse comprometida si contraen deudas. ¡Un gobernador arruinado que vaya a hacerse cargo de una provincia se verá acusado de grave delito a su regreso!

Dirigió una mirada feroz a la cámara y continuó.

—Voy a anular toda potestad de las asambleas en cuestiones de guerra, provincias y asuntos extranjeros. A partir de ahora, las asambleas no podrán tratar de guerras, provincias y asuntos extranjeros, ni siquiera en contio; serán asuntos de exclusiva potestad del Senado —otra mirada feroz—. A partir de ahora, las asambleas aprobarán leyes y celebrarán elecciones, pero nada más. No tendrán participación en juicios, asuntos extranjeros ni cuestiones militares.

Al concluir la frase se oyó un ligero murmullo. La tradición estaba de parte de Sila, pero desde la época de los hermanos Gracos las asambleas se habían utilizado cada vez más para obtener mando militar y la gobernación de provincias, y hasta para despojar de ese mando a los nombrados por el Senado. Le había sucedido al padre del Meneítos cuando Mario le había arrebatado el mando de la campaña de África, y lo había sufrido Sila cuando Mario le había arrebatado el mando de la guerra contra Mitrídates. La nueva ley era bien recibida.

Sila dirigió la vista a Catulo.

—Los dos cónsules deben ser enviados a las dos provincias consideradas más turbulentas o en peligro. Las provincias consulares y las

pretorianas se asignarán a suertes. Habrá que ajustarse a ciertas convenciones para mantener el buen nombre de Roma en el orbe. Si se hacen levadas de naves o flotas en las provincias o en reinos clientes, el coste se deducirá del tributo anual. Y la misma ley se aplicará a las levadas de tropas o abastecimientos militares.

Marco Junio Bruto, hasta aquel momento acobardado como un ratón, sacó fuerzas de flaqueza.

—Si un gobernador tiene que afrontar una guerra en su provincia, ¿tendrá que dejarla al cabo de un año?

—No —respondió Sila, guardando silencio un instante mientras pensaba—. Puede incluso darse el caso de que el Senado se vea obligado a enviar a los cónsules del año a una guerra extranjera. Si Roma se ve acosada será difícil evitarlo. Sólo pido al Senado que considere muy detenidamente las soluciones antes de comprometer a los cónsules del año en una campaña extranjera o prorrogar el mandato de un gobernador.

Cuando Mamerco levantó la mano para hablar, los senadores prestaron oído, pues ya se sabía que era la marioneta de que Sila se valía para hacer preguntas, y supusieron que iba a cuestionar algo que el dictador consideraba preferible introducir por medio de una pregunta.

—¿Puedo plantear una situación hipotética? —preguntó Mamerco.

—¡Adelante! —contestó Sila de buen talante.

Mamerco se levantó. Como aquel año era pretor de extranjeros y tenía cargo curul, estaba sentado en el estrado al fondo de la cámara, junto a los demás magistrados curules, y todos los senadores podían verle puesto en pie. El nuevo reglamento impuesto por Sila de que todos tomaran la palabra sin moverse del sitio hacía que sólo a los que estaban en el estrado los vieran todos.

—Pongamos que llega un año en que Roma se ve acosada por todos lados —comenzó a decir Mamerco pausadamente—. Pongamos que los cónsules y todos los pretores disponibles del año han tenido que ir a luchar mientras desempeñaban el cargo, o supongamos que los cónsules del año no tienen suficiente experiencia militar para ser enviados a la guerra. Digamos que se da la posibilidad de que faltan gobernadores, porque un par de ellos

han muerto a manos de los bárbaros o por otras causas. Y supongamos que en el Senado no hay hombres con experiencia o capacidad que quieran o puedan asumir el mando militar o el cargo de gobernador. Si has privado a las asambleas de la potestad de discutir el asunto y adoptar la decisión de lo que debe hacerse compete exclusivamente al Senado, ¿qué debe hacer éste?

—¡Ah, qué magnífica pregunta, Mamercio! —exclamó Sila, después de haber llevado la cuenta de los diferentes puntos con los dedos, como si no la hubiese elaborado él mismo—. Roma se ve acosada por todas partes. No hay magistrados curules. No hay consulares ni ex pretores. No hay senadores con suficiente experiencia o capacidad. Pero Roma necesita otro jefe militar o un gobernador. ¿Es así? ¿Lo he entendido bien?

—Exactamente, Lucio Cornelio —contestó Mamercio muy serio.

—En ese caso —dijo Sila despacio—, el Senado debe buscar fuera de sus filas a ese hombre, ¿no os parece? Lo que expones es una situación insoluble con los medios habituales. En cuyo caso, la solución debe buscarse con medios extraordinarios. En otras palabras, el Senado tiene la obligación de buscar en Roma un hombre de capacidad y experiencia excepcionales para darle la autoridad legal necesaria para que asuma el mando militar o el cargo de gobernador.

—¿Aunque sea un liberto? —inquirió Mamercio, estupefacto.

—Aunque sea un liberto. Aunque yo más bien me inclinaría a pensar que sería elegido un caballero o un centurión. Yo conozco un centurión que en cierta ocasión estuvo al mando de una peligrosa retirada y le fue concedida la Corona de Hierba, y después obtuvo la toga bordada de púrpura de una magistratura curul. Se llamaba Marco Petreio. De no haber sido por él, se habrían perdido muchas vidas y aquel ejército no habría podido volver a entrar en combate. Accedió al Senado y murió honrosamente durante la guerra itálica. Su hijo forma parte de los nuevos senadores nombrados por mí.

—¡Pero el Senado no tiene poder legal para dar imperium para mando militar o gobierno a quien no es senador! —objetó Mamercio.

—Con mis nuevas leyes el Senado tendrá ese poder y deberá dárselo —replicó Sila—. Denominaré a ese cargo de gobernador o de mando militar

«encomienda especial», y otorgaré la autoridad debida al Senado para que otorgue el imperium que considere necesario. A cualquier ciudadano romano, aunque sea un liberto.

—¿A dónde irá a parar? —musitó Filippo a Flaco, príncipe del Senado—. ¿Jamás he oído nada igual!

—Pues no sé —contestó Flaco con un hilo de voz.

Sila sí que lo sabía, y Mamerco se lo imaginaba; era una manera más de vincular a Cneo Pompeyo Magnus, que se había negado a entrar en el Senado, pero que, debido a las tropas veteranas de su padre, seguía siendo un poder militar que había que tener en cuenta. Sila no estaba dispuesto a que nadie marchase sobre Roma; él había sido el último. Por consiguiente, si la situación cambiaba y Pompeyo se convertía en un peligro, tenía que haber una solución para que la enorme capacidad de Pompeyo pudiera ser encauzada legalmente por el organismo con poderes para ello: el Senado. Sila no pretendía más que legislar lo que era de puro sentido comun.

—Me queda por definir la traición —dijo días más tarde el dictador—. Hasta que entraron en vigor las nuevas leyes sobre los tribunales, había varias clases de traición, desde el perduellio hasta la maiestas minuta; traiciones grandes, traiciones pequeñas y traiciones medias, aunque todas ellas carecían de auténtica especificidad. A partir de ahora, todas las acusaciones por traición serán juzgadas en el quaestio de maiestate, el tribunal permanente para traición. Las acusaciones de traición, como veréis en breve, se limitarán casi exclusivamente a los que ostenten cargos de gobernador o tengan mando en guerras extranjeras. Si un civil romano comete traición en Roma o Italia, será objeto de un solo proceso que llevará a cabo una asamblea; será juzgado por perduellio por las centurias, que le condenarán a la pena tradicional de crucifixión en un árbol de mal agüero.

Hizo una breve pausa.

—Todos éstos que enumero son casos de traición:

»Un gobernador provincial que abandone su provincia.

»Un gobernador militar que permita a sus ejércitos cruzar la frontera provincial.

»Un gobernador provincial que inicie la guerra por su cuenta.

»Un gobernador que invada el territorio de un rey vasallo sin previo consentimiento del Senado.

»Un gobernador que intrigue con un rey vasallo o cualquier poder extranjero para cambiar la situación de un país extranjero.

»Un gobernador que reclute tropas suplementarias sin autorización del Senado.

»Un gobernador que adopte decisiones o publique edictos en su provincia que alteren la situación de la misma sin consentimiento expreso del Senado.

»Un gobernador que no permanezca en su provincia más de treinta días después de la llegada del sucesor nombrado por el Senado.

»Eso es todo —añadió Sila, sonriendo—. En el aspecto positivo, señalaré que el que posea imperium seguirá teniéndolo hasta cruzar el límite sagrado de Roma. Siempre ha sido así y lo confirmo.

—¡No sé yo —dijo Lépido enfurruñado— para qué son necesarias todas esas reglas específicas!

—Vamos, Lépido —replicó Sila, hastiado—, estás ahí sentado mirándome; a mí, que he hecho casi todo lo que figura en la lista. ¡Estaba justificado! Se me había privado ilegalmente de mi imperium y mi mando. ¡Y lo que hago ahora es dictar leyes que impidan que nadie prive a otro de su imperium y de su mando! La situación no podrá volver a repetirse, y los que lo hagan serán culpables de traición. No se puede consentir que nadie piense en marchar sobre Roma o cruzar con su ejército la frontera de su provincia en dirección a Roma. Esos tiempos han pasado. Y aquí estoy yo para demostrarlo.

El día 26 de octubre, el sobrino de Sila, Sixto Nonio Sufena (el hijo menor de su hermana), inauguró lo que habría de convertirse en los juegos anuales de la victoria, los ludi Victoriae, que concluyeron en el circo

Máximo el primer día de noviembre, aniversario de la batalla en la puerta Colina. Fueron unos juegos aceptables, pero no magníficos, con la peculiaridad de que se celebró por primera vez la carrera de caballos troyana, que entusiasmaba a la multitud por las maniobras que efectuaban los caballos montados por jóvenes que habían de ser de noble cuna. Pero en Grecia no causaron mucha alegría, porque Sufena la había vaciado de atletas, danzarines, músicos y cómicos, por lo que los juegos de Olimpia, celebrados aproximadamente por las mismas fechas, fueron un desastre. Además, se produjo un curioso escándalo: el hijo menor de Antonio Orator, Cayo Antonio Hibrida, se cubrió de oprobio al conducir un carro en una de las carreras, porque si era un honor para un joven noble correr en la troyana, se consideraba un baldón que un noble condujese un carro.

En las calendas de diciembre, Sila anunció los nombres de los magistrados que entrarían en funciones en Año Nuevo. El era primer cónsul con Quinto Cecilio Metelo Pío de segundo cónsul. Finalmente, recompensaba su lealtad. A Dolabela el mayor lo nombró gobernador de Macedonia, y a Dolabela el joven de Cilicia. Aunque la suerte le adjudicó un cuestor en la persona de Cayo Publio Maléolo, Dolabela el joven se empeñó en que su primer legado fuese Cayo Verres. Lúculo permaneció en Oriente sirviendo a Termo, gobernador de Asia, mientras que Cayo Escribonio Curio regresó a Italia para asumir el cargo de pretor.

Había llegado el momento de emprender la principal tarea: la asignación de tierras a los veteranos. Durante los dos años siguientes, el dictador desmovilizaría ciento veinte mil soldados de veintitrés legiones. En su primer consulado, al final de la guerra itálica, había entregado las tierras rebeldes de Pompeii, Faesula, Hadria, Telesia, Grumentum y Bovianum a sus veteranos de la campaña, pero aquello había sido una empresa sin punto de comparación.

El programa fue llevado a cabo minuciosamente, con arreglo a grados de recompensa según los años servidos, graduación y valor personal. Los centuriones primus pilus de sus legiones contra Mitrídates (todos ellos, además, condecorados) recibieron quinientos iugera de buena tierra,



mientras que la tropa de las legiones de Carbón que se habían pasado al bando del dictador recibieron diez iugera de tierra peor.

Comenzó por las tierras confiscadas de Etruria en zonas que eran de las ciudades de Volaterrae y Faesulae, castigadas de nuevo. Como Etruria había adoptado una oposición casi constante a Sila, él no concentró en principio a sus veteranos en poblaciones, sino que los dispersó ampliamente en previsión de futuras sublevaciones. Pero esto fue un error, pues Volaterrae no tardó en sublevarse, cerró sus puertas después de matar a numerosos ex combatientes de Sila y se dispuso a resistir el asedio; como la ciudad estaba construida en una elevación en medio de un profundo barranco, sus habitantes pensaron que podrían resistir mucho tiempo. El propio Sila acudió a dirigir el asedio durante tres meses, pero regresó a Roma cuando se dio cuenta de lo que iba a tardarse en reducir a la ciudad.

No obstante, el hecho le sirvió de escarmiento y cambió el sistema de asentamiento de veteranos en tierras confiscadas; las últimas colonias fueron núcleos coordinados de ex combatientes capaces de congregarse en caso de hostilidad local. El único experimento fuera de la península se llevó a cabo en Córcega, donde fundó dos colonias de ex combatientes, pensando en civilizar la isla y acabar con el bandidismo corso; pero fue en vano.

Los nuevos tribunales comenzaron a funcionar bien, proporcionando el marco ideal para la nueva lumbrera de la abogacía, el joven Marco Tulio Cicerón. A Quinto Hortensio (que había medrado a la sombra de los juicios celebrados en las asambleas) le costó adaptar su actuación al ambiente de los juicios al aire libre, mientras que Cicerón se acomodó a las mil maravillas. Al final de año viejo, Cicerón actuó como único defensor en un juicio preliminar presidido por Dolabela el joven, en el que se trataba de dilucidar si había que depositar la suma de dinero llamada sponsio o si podía celebrarse el juicio sin tal requisito. Los abogados de la parte contraria eran nada menos que Hortensio y Filipo, pero fue Cicerón quien ganó el caso, iniciando con ello una carrera forense sin igual.

Fue en junio, siendo Sila cónsul con Metelo Pío, cuando un noble de veintiséis años de familia patricia, Marco Valerio Mesala Corvino, apeló a su buen amigo, también de veintiséis años, Marco Tulio Cicerón, para que actuase en nombre de uno que era amigo suyo y cliente.

—Sexto Roscio, hijo de Amena —dijo Mesala a Cicerón—. Le acusan de asesinar a su padre.

—¡Oh! —exclamó Cicerón—. Tú eres un buen abogado, querido Corvino, ¿por qué no le defiendes tú? Los casos de asesinato son llamativos, pero fáciles; no tienen implicaciones políticas.

—Eso crees tú —replicó Mesala, muy serio—. Este caso tiene muchas implicaciones políticas. Sólo existe una posibilidad de que absuelvan a Roscio: que le defiendas tú, Marco Tulio. Hortensio se ha negado horrorizado.

Cicerón se incorporó en la silla, sus negros ojos animados por un fulgor de interés y haciendo uno de sus gestos más frecuentes de agachar la cabeza y dirigir una profunda mirada a su interlocutor.

—¿Tan complicado ha de ser un caso de homicidio? ¿Por qué?

—Quien se encargue de la defensa de Roscio de Amena se enfrentará al sistema de proscripción de Sila —dijo Mesala—. Para lograr su absolución habrá que demostrar que las proscripciones de Sila suponen una grave corrupción.

—¡Por los dioses! —dijo Cicerón, profiriendo un silbido con su carnosa boca.

—¡Y que lo digas! ¿Te interesa el caso?

—Pues no se... —contestó Cicerón, frunciendo el ceño y debatiéndolo interiormente. Conservar la vida era fundamental, pero un caso difícil con posibilidad de ganar laureles jurídicos merecía la pena—. Explicate un poco, Mesala, para que me haga una idea.

Mesala se dispuso a contar la historia de modo vivaz para ganar el interés de Cicerón.

—Sexto Roscio tiene mi edad, y le conozco desde que íbamos a la escuela. Hemos servido nuestras seis campañas a las órdenes de Lucio César y de Sila en Campania. El padre de Roscio era propietario de casi

toda Amena, incluidas trece fincas en la orilla del Tíber, de una enorme riqueza. Roscio es su único hijo, pero hay dos primos que son los malvados. El padre de Roscio fue a Roma a hacer una visita a principios de año y allí le asesinaron. No sé si fueron los primos, y Roscio tampoco lo sabe. Es probable, pero podría ser que no —añadió Mesala con una mueca—. La noticia del asesinato del padre llegó a Amena a través de un agente de los primos, desde luego. Y lo más sospechoso es que ese agente no le dijo nada al pobre Roscio. Sólo habló con los primos, quienes urdieron la historia para hacerse con la heredad.

—Creo que lo entiendo —dijo Cicerón, cuya mente era implacable analizando la perfidia humana.

—Volaterrae acaba de sublevarse y Sila estuvo allí dirigiendo las primeras fases del asedio; y con él iba Crisógono.

No había necesidad de explicar a Cicerón quién era Crisógono, pues todo Roma conocía al infame administrador encargado de las listas, los libros y todos los detalles relativos a las proscripciones de Sila.

—Los primos acudieron a Volaterrae y les fue concedida una entrevista con Crisógono, quien, mediante un alto precio, acordó con ellos falsificar una de las listas de proscripción incluyendo el nombre del padre de Roscio. Luego fingió que había «visto por casualidad» un informe oficial sobre el asesinato y «recordó» que el nombre figuraba en una lista de proscripción. En resumen: las propiedades del padre de Roscio, con un valor de seis millones, fueron subastadas y las adquirió el propio Crisógono por dos mil sestercios. ¿Te imaginas?

—¡Me encanta ese infame! —exclamó Cicerón, con gesto de perro perdiguero al acecho.

—¡Pues a mí no! ¡Es odioso! —replicó Mesala.

—¡Sí, sí, es odioso! ¿Y qué sucedió después?

—Todo esto sucedió antes de que Roscio supiera que su padre había muerto. La primera noticia la tuvo cuando los dos primos aparecieron con una orden de proscripción de Crisógono y le expulsaron de las propiedades del padre. Crisógono se ha quedado con diez de las trece fincas y ha instalado en ellas al segundo primo como administrador y agente. Las otras

tres fincas Crisógono se las ha asignado al otro primo. El golpe para el pobre Roscio ha sido por partida doble: al enterarse que su padre estaba proscrito hacía meses y que había sido asesinado.

—¿Y ha creído toda esa sarta de mentiras? —preguntó Cicerón.

—Totalmente. ¿Por qué no había de creerlas? Cualquiera con unos sestercios ahorrados teme verse en una lista de proscritos, viva en Roma o en Amena. ¡Y Roscio se lo creyó! Y abandonó las propiedades.

—¿Y quién descubrió el pastel?

—Los ancianos del lugar —contestó Mesala—. Un hijo nunca conoce la auténtica naturaleza del padre, pero los amigos de éste sí; cosa lógica. Una persona conoce a un amigo sin las deformaciones emocionales propias de un hijo.

—Cierto —añadió Cicerón, pensando en su propio padre.

—Fueron los amigos del padre quienes se reunieron y convinieron en que el muerto no tenía ni un pelo de partidario de Mario, Cinna o Carbón, y convinieron ir a Volaterrae para pedir audiencia con Sila en persona para suplicarle que revocase la proscripción para que Roscio pudiese heredar. Reunieron numerosas pruebas y se pusieron en marcha sin dilación.

—¿En compañía de qué primo? —inquirió Cicerón.

—Buena pregunta —contestó Mesala sonriente—. Del primero, que, además, tuvo la audacia de asumir el mando de la misión. Mientras, el segundo primo se adelantó al galope hasta Volaterrae para advertir a Crisógono de lo que sucedía. Por eso la delegación no llegó a ver a Sila; les paró los pies Crisógono, quien tomó nota de todos los detalles, se quedó con las pruebas, y les prometió entrevistarse con el dictador para que derogase la proscripción, asegurándoles que no se preocuparan y que Roscio heredaría.

—¿Y no sospechó nadie que hablaban con el verdadero propietario de las trece fincas? —inquirió Cicerón.

—Nadie, Marco Tulio.

—Es signo de los tiempos, ¿no es cierto?

—Eso me temo.

—Continúa.

—Transcurrieron dos meses, y los amigos del padre de Roscio se dieron cuenta de que les habían engañado, pues no llegaba ninguna orden anulando la proscripción, y ya se sabía que los dos primos vivían en las propiedades como si fuesen suyas. Hicieron averiguaciones y supieron que el primero era dueño de tres y Crísógono de las otras diez. Y todos se quedaron aterrados, pues imaginaron que Sila estaba al corriente de todo.

—¿Tú crees que es así? —inquirió Cicerón.

Mesala reflexionó un buen rato y, finalmente, meneó la cabeza.

—No, Cicerón, lo dudo.

—¿Por qué? —preguntó aquel jurista nato.

—Sila es terrible. A mí me hace temblar. Dicen que de joven mataba a mujeres por dinero, y que entró en el Senado pasando por encima de esos cadáveres; pero yo le conocí un poco cuando estuve en su ejército (yo era muy joven para tener amistad con él, desde luego, pero él siempre andaba revisándolo todo) y me llamó la atención por su escrupulosidad aristocrática. ¿Sabes lo que quiero decir?

Cicerón sintió una comezón de bochorno, pero lo disimuló. ¿Sabía él lo que el noble patricio Marco Valerio Mesala quería decir con escrupulosidad aristocrática? ¡Oh, claro! Nadie mejor que Cicerón, que era «hombre nuevo» y tanto envidiaba a los patricios como Mesala y Sila.

—Creo que sí —dijo.

—Sila tiene un lado oscuro, y seguramente sería capaz de matarnos sin escrúpulos si conviniera a sus planes, pero sería por tener un motivo patricio. No lo haría por codiciar trece ricas fincas en la ribera del Tíber. Si tuviera ocasión de acudir a una subasta de propiedades confiscadas, no digo yo que no aprovechara la ocasión de comprar unas tierras muy baratas, pero ¿urdir algo así para enriquecerse él o su liberto de un modo deshonesto poniendo en peligro algo tan vital como su reputación? No; creo que no. A él le importa su honorabilidad; se advierte en sus leyes, que yo considero son honorables. Puede que no esté de acuerdo con él en que a los tribunos de la plebe deba arrebatárseles todo su poder, pero lo ha hecho legal y abiertamente. Es un patricio romano.

—Entonces Sila no sabe nada —apostilló Cicerón, pensativo.

—Yo creo que no.

—Continúa, Marco Valerio, te lo ruego.

—Cuando los ancianos de Amena dieron en pensar que Sila estaba al corriente de los hechos, mi amigo Roscio optó por protestar más. El pobre había estado muy abrumado durante meses y apenas tenía ánimo para hablar. Pero una vez que se soltó la lengua, comenzó a contar cosas. Habían atentado contra su vida varias veces. Y por ello hace dos meses huyó a Roma y buscó refugio en casa de una vieja amiga de su padre, la vestal retirada Metela Baleárica, la hermana de Metelo Nepote. La otra hermana era esposa de Apio Claudio Pulcro y murió dando a luz a ese horrible niño que se llama Publio Clodio.

—Continúa, Mesala —dijo Cicerón.

—Parece ser que el hecho de que Roscio conociese a gente de tanta influencia como los Metelos Nepote y una vestal retirada de los Cecilios Metelos, quitó el sueño a los primos, que comenzaron a temerse que Roscio pudiera entrevistarse con Sila. Pero no se atrevieron a asesinarle por temor a que se descubriese el crimen si los Cecilios Metelos conseguían que se llevasen a cabo pesquisas. Así que decidieron que era mejor desacreditar a Roscio falsificando pruebas de que era el asesino de su padre. ¿Conoces a un tal Erucio?

—¿Y quién no? —replicó Cicerón con una mueca de disgusto—. Es un acusador profesional.

—Bien, pues ése acusó a Roscio del asesinato de su padre. Los testigos del crimen eran sus esclavos, que, naturalmente, habían sido vendidos con las propiedades a Crisógono. Por consiguiente, no había posibilidad de que dijese la verdad. Y Erucio está convencido de que no hay abogado capaz de asumir la defensa de Roscio, al no atreverse a denigrar el método de las proscripciones por temor a Sila.

—Pues más le vale a Erucio no dormirse sobre sus laureles —comentó Cicerón con energía—. Defenderé encantado a tu amigo Roscio, Mesala.

—¿Y no te preocupa incomodar a Sila?

—¡Uf! ¡Bobadas! ¡Sé cómo hacerlo exactamente y lo haré! Además, te aseguro que Sila me lo agradecerá.

Aunque en el tribunal de homicidios se habían visto otros casos, el juicio de Sexto Roscio de Amena, acusado de parricidio, levantó un gran revuelo. La ley de Sila estipulaba que presidiese el tribunal un antiguo edil, pero aquel año era presidente el pretor Marco Fanio. Cicerón, sin ningún temor, expuso la historia de Roscio en su *actio prima*, dejando claro para el jurado y el público que la línea principal de su defensa sería la corrupción a que daban lugar las proscripciones de Sila.

Llegó por fin el último día del juicio en que Cicerón tenía que dirigir el discurso definitivo al jurado, y, junto al presidente del tribunal, estaba Lucio Cornelio Sila, sentado en su silla curul.

La presencia del dictador no amilanó a Cicerón lo más mínimo, sino que le estimuló para elevarse a una elocuencia sin par.

—Hay tres culpables en este horrible asunto —dijo, dirigiéndose a Sila en vez de al jurado—. Los primos Tito Roscio Capito y Tito Roscio Magnus como más destacados, pero, en realidad, secundarios. No hubieran podido hacer lo que han hecho de no ser por las proscripciones, de no ser por Lucio Cornelio... Crisógono —añadió, con una marcada pausa entre los dos nombres, que hizo temer a Mesala que fuese a añadir: «Sila.»

»¿Quién es concretamente ese «hijo de oro» —prosiguió Cicerón—, ese Crisógono? Yo os lo diré. ¡Un griego! No es ninguna desgracia. Fue esclavo. No es ninguna desgracia. Es liberto. No es ninguna desgracia. Es cliente de Lucio Cornelio Sila. No es ninguna desgracia. Es rico. No es ninguna desgracia. Es poderoso. No es ninguna desgracia. Es el administrador de las proscripciones. No es ninguna desgracia... ¡Eh, no, no, no! ¡Perdonadme, padres conscriptos! Ya veis lo que sucede cuando uno se deja llevar por la retórica. ¡Cuidado! ¡Habría podido pasarme horas diciendo «no es ninguna desgracia» y hubiera cavado mi tumba retórica. No.

Cicerón, ya en pleno arrebató oratorio, hizo una pausa para demostrar que hablaba sabiendo bien lo que decía.

—Lo repetiré. Es administrador de las proscripciones. ¡Y eso sí que es una desgracia monumental, olímpica! ¿Veis todos a ese hombre magnífico, sentado en su silla curul; ese paradigma romano de virtud, ese general sin

rival, ese legislador que ha dado nuevas pautas de gobierno, ese diamante fulgurante en la corona de la gens Cornelia? ¿Le veis todos? ¿Sentado ahí, tan apaciblemente como si fuese Zeus? ¿Le veis todos? ¡Miradle bien!

Cicerón dio la espalda a Sila para mirar al jurado, agachando un poco la cabeza, componiendo bajo la toga una escuálida figura que, sin embargo, parecía tener los músculos de Hércules y la majestad de Apolo.



—Hace años, este hombre magnífico se compró un esclavo para que fuese su mayordomo. Un excelente mayordomo, por cierto. Cuando la difunta esposa de este gran hombre tuvo que huir de Roma a Grecia, tuvo a su lado al mayordomo para ayudarla y consolarla, y fue el mayordomo quien se hizo cargo de la familia de este gran hombre (esposa, hijos, nietos y criados), mientras nuestro gran Lucio Cornelio Sila avanzaba por la península italiana como un titán. Era un mayordomo de confianza que no traicionó esa confianza. Y fue manumitido y adoptó las dos primeras partes del glorioso nombre del amo: Lucio Cornelio, y, como es costumbre, lo apellidó con su propio cognomen de Crisógono. El hijo de oro. Sobre el que se fueron acumulando honores y honores, crecientes confianzas, ingentes responsabilidades. No era un simple mayordomo liberto de una gran casa, sino el gestor, administrador y ejecutor de un proceso previsto para cumplir dos propósitos: en primer lugar, dar el justo castigo a todos los traidores que respaldaron a Mario, que respaldaron a Cinna y respaldaron incluso a un insecto repugnante como Carbón; y, segundo, emplear los bienes y tierras de los traidores para restaurar la prosperidad de la empobrecida Roma.

Cicerón cruzó de arriba abajo el espacio ante el tribunal presidido por Fanio, sujetándose con la mano izquierda la toga sobre el hombro y el brazo derecho caído, pegado al cuerpo. Todos estaban quietos, con los ojos clavados en él y conteniendo la respiración.

—¿Y qué es lo que hizo ese Crisógono? Mientras ante su patrocinador mantenía su radiante rostro sonriente, secretamente se dedicaba a ejercer su venganza contra éste que le había insultado, contra aquél que le había estorbado, y actuando sobre todo al amparo de la noche, y, con inicua pluma y traicionando la confianza de su patrón, insertaba los nombres de aquellos cuyas propiedades codiciaba, en connivencia con gusanos y sabandijas para enriquecerse a costa de su patrón, a expensas de Roma. ¡Ah, pero qué astuto era, miembros del jurado! ¡Cómo urdía y se las ingeniaba para ocultar las pistas, cómo adulaba a su amo, cómo manipulaba su cohorte de alcahuetes y maleantes, cómo se esmeraba por asegurarse de que su noble e ilustre patrón no tuviera idea de lo que estaba sucediendo

realmente! Pues eso es lo que sucedió: que abusó del modo más vil y despreciable de la confianza y la autoridad otorgadas.

Y, echándose a llorar, Cicerón profirió fuertes sollozos, se retorció las manos y encorvó el cuerpo en un paroxismo de dolor.

—¡Ah, no puedo mirarte, Lucio Cornelio Sila! Que yo... un hombre bajo y sencillo del campo del Lacio... un rústico, un palurdo, un leguleyo del agro, que sea yo quien tenga que quitarte el velo de los ojos, quien te los abra a... ¿qué adjetivo hallaría yo para calificar el grado de trapacería de tu más estimado cliente, Lucio Cornelio Crisógono? ¿Vil, repugnante, despreciable trapacería? ¡Una trapacería que no tiene nombre!

Ya no había lágrimas.

—¿Por qué tenía que ser yo? ¿No podía haber sido cualquier otro? ¿No podía haber sido tu pontífice máximo o tu mestre ecuestre, grandes próceres los dos y colmados de honores? Pero no, me cupo a mí en suerte. Y no lo quería; pero lo acepto. Porque, miembros del jurado, ¿qué consideráis que debo hacer? ¿Ahorrar al gran Lucio Cornelio Sila la grave aflicción callando el engaño de Crisógono, o salvar la vida de un hombre que, aunque acusado de la muerte de su padre, no ha hecho realmente nada que justifique esa acusación? ¡Sí, naturalmente! Hay que optar por el desconcierto y la pública mortificación de un hombre honorable, distinguido, ¡legendario!, porque no podemos condenar injustamente a un hombre inocente —hizo una pausa y se irguió, severo—. Miembros del jurado, he dicho.

El veredicto, por supuesto, fue el previsto: ABSOLVO. Sila se puso en pie y se dirigió hacia donde estaba Cicerón, del que se apartaron los que le rodeaban.

—Muy bien, delgado jovencito —dijo el dictador, tendiéndole la mano—. ¡Qué magnífico actor hubieras podido ser!

Cicerón estaba tan eufórico que ni notaba sus pies en el suelo, pero se echó a reír y estrechó alegremente la mano.

—¡Qué actor soy, querrás decir! ¿Qué es la buena abogacía sino actuar conforme a lo que se dice?

—Pues acabarás siendo el Tespis de los tribunales de Sila.

—Con tal que me perdones las libertades que me he tenido que tomar en este juicio, Lucio Cornelio, seré lo que quieras.

—¡Ah, te lo perdono! —replicó Sila, displicente—. Creo que perdonaría cualquier cosa con tal de ver un buen espectáculo. Y, con una sola excepción, nunca había visto una representación igual, mi querido Cicerón. Además, ya hacía tiempo que pensaba en cómo deshacerme de Crisógono... tan tonto no soy; pero resultaba espinoso. ¿Y Sexto Roscio? —preguntó el dictador, mirando a su alrededor.

Compareció Sexto Roscio.

—Sexto Roscio, recupera tus tierras y tu reputación y la de tu difunto padre —dijo Sila—. Lamento que la corrupción y venalidad de quien merecía mi confianza te haya causado tanto dolor. Pero responderá de ello.

—Lucio Cornelio, todo ha acabado bien gracias a la capacidad de mi abogado —dijo Sexto Roscio, tembloroso.

—Ahora falta el epílogo —añadió el dictador, haciendo un gesto con la cabeza a los lictores y alejándose en dirección a las escaleras que conducían al Palatino.

Al día siguiente, Lucio Cornelio Crisógono, que era ciudadano romano de la tribu Cornelia, fue arrojado de cabeza desde la roca Tarpeya.

—Puedes considerarte afortunado —le dijo antes Sila—, pues podría haberte privado de la ciudadanía, mandándote azotar antes de crucificarte. Morirás como un romano por haberte ocupado tan bien de las mujeres de mi familia en tiempos difíciles. Más no puedo hacer por ti. Te escogí, en principio, porque sabía que eras un sapo. Pero lo que no tuve en cuenta fue que, al estar tan ocupado, no podría estar al tanto de lo que hacías. Las cosas acaban por saberse. Adiós, Crisógono.

Los dos primos de Roscio —Capito y Magnus— desaparecieron de Amena antes de que pudieran prenderlos para ser juzgados, y no se volvió a saber de ellos. En cuanto a Cicerón, de pronto se hizo famoso y con reputación de héroe. Nadie había tenido el valor de enfrentarse de aquel modo con las proscripciones.

Liberado del cargo de flamen dialis y con un destino militar a las órdenes de Marco Minucio Termo, gobernador de la provincia de Asia, Cayo Julio César partió hacia Oriente apenas un mes después de cumplir los diecinueve años, acompañado por dos nuevos criados y por su liberto germano, Cayo Julio Burgundus. Aunque casi todos los que iban a la provincia de Asia lo hacían en barco, César decidió hacer el viaje por tierra, recorriendo las ochocientas millas de la vía Egnatia desde Apollonia, en la Macedonia oriental, hasta Callípolis, en el Helesponto. Como era verano por el calendario y la estación, no fue un viaje incómodo, a pesar de carecer casi por completo durante él de las hosterías y casas de posta habituales en Italia. Los que iban por tierra a Asia tenían que acampar al aire libre.

Como al flamen dialis le estaba prohibido viajar, César había tenido que hacerlo imaginariamente devorando cuantos libros pudo obtener sobre el extranjero para figurarse cómo era el mundo. Pronto comprobó que no era como había supuesto, pero la realidad era aún mejor que la imaginación. En cuanto al hecho de viajar, ni él con su elocuencia era capaz de hallar palabras para describirlo. Era un viajero nato, aventurero, curioso e insaciable por probarlo todo. Hablaba con todo el mundo, pastores, viajeros, mercenarios en busca de empleo ante los caudillos locales; hablaba griego ático inmejorablemente, pero además todas las lenguas exóticas que había aprendido de niño en la insula de su madre ahora le eran muy útiles, y no porque tuviese la suerte de encontrar gente que las hablase conforme hacía camino, sino porque su inteligencia estaba armonizada a los idiomas y acentos extranjeros y era capaz de entender un oscuro dialecto griego fijándose en las palabras básicas. Como viajero, poseía la ventaja de que nunca le faltaban medios para comunicarse.

Habría sido maravilloso haber podido contar con Bucéfalo, claro, pero la joven y fiel mula no era mala cabalgadura, figura aparte; había veces en que César imaginaba que tenía garras en vez de cascos, por lo bien que andaba por mal terreno. Burgundus montaba su gigantesco caballo, y los dos criados dos buenos caballos. Ya que él había prometido no montar más

que una mula, tendría que notarse que era una excentricidad y verse, por la calidad de las monturas de sus criados, que no padecía dificultades financieras. ¡Qué astuto era Sila! Porque eso era lo que le dolía a César: no poder deslumbrar a todos con su apariencia. En una mula era algo difícil.

La primera parte de la vía Egnatia era la que discurría por terreno más agreste e inhóspito, pues su trazado, sin pavimentar pero bien cuidado, ascendía por el altiplano de Candavia, unas altas montañas que no debían de haber cambiado mucho desde la época de Alejandro Magno; rebaños de ovejas y de vez en cuando, a lo lejos, guerreros a caballo que habrían podido ser escordiscos, eran los únicos signos de vida que vieron los viajeros. A partir de la Edesa macedónica, en donde los fértiles valles y llanuras eran más habitables, se veían más gentes y asentamientos mayores y más próximos entre sí. En Salónica César pudo alojarse en el palacio del gobernador y deleitarse con un baño de agua caliente; sus únicas abluciones desde Apollonia las había efectuado en ríos o lagos de frías aguas aun en verano, y, aunque el gobernador le instó a quedarse más, él sólo se detuvo un día.

Encontró interesante Filipos —escenario de varias batallas famosas, y ocupada no hacia mucho por un hijo de Mitrídates— por su historia y estratégica situación en las estribaciones de la cordillera del Pangeo; aunque más interesante aún fue el camino al este de la misma, en el que advirtió las posibilidades militares que presentaban los estrechos desfiladeros antes de que la ruta desembocase en terreno más plano y menos agreste. Y, finalmente, alcanzaron el golfo de Melas, rodeado de montañas, pero fértil, y tras las crestas otearon el estrecho del Helesponto. Era el lugar en que Hele cayó al mar desde el carnero con el vellocino de oro, dando su nombre a las aguas, el lugar de los escollos en los que estuvieron a punto de naufragar los Argonautas, el lugar en que los ejércitos de los reyes de Oriente, desde Jerjes a Mitrídates, habían pasado arrolladores de Asia a Tracia. El Helesponto era la verdadera encrucijada de Oriente y Occidente.

En Callípolis, para cubrir la última etapa del viaje, se embarcó en una nave con capacidad para los caballos, la mula y las acémilas, que zarpaba rumbo a Pérgamo. Llegaban noticias de la sublevación de Mitilene y de su

asedio, pero él tenía órdenes de presentarse en Pérgamo, y su única esperanza era que le destinasen a la zona de guerra.

Pero el gobernador, Marco Minucio Thermo, tenía otros planes para él.

—Es crucial que aplastemos esta sublevación —dijo a su nuevo tribuno militar— porque ha sido provocada por el nuevo sistema de impuestos que el dictador ha decretado para la provincia de Asia. Los estados insulares de Lesbos y Quíos eran prósperos bajo Mitrídates, y les encantaría emanciparse de Roma, y hay ciudades en el continente con igual aspiración. Si Mitilene resiste un año, otras ciudades pueden seguir su ejemplo. Una de las dificultades para reducir a Mitilene es su doble puerto y el hecho de que no disponemos de una flota apropiada. Así pues, Cayo Julio, vas a ver al rey Nicomedes de Bitinia y que te proporcione una flota. Cuando la tengas reunida, zarpas para Lesbos y la entregas a mi legado Lúculo, que está al mando de las tropas de asedio.

—Perdona mi ignorancia, Marco Minucio —replicó César—, pero ¿cuánto se tarda en reunir una flota y qué naves y de qué clase deseas?

—Se tarda una eternidad —contestó Thermo con displicencia—. Y tendrás que traer lo que el rey pueda reunir a duras penas; más adecuado sería decir que conseguirás lo poco que Nicomedes pueda darte, pues él es como todos estos déspotas orientales.

El joven César frunció el ceño ante tal respuesta y procedió a demostrar al gobernador que poseía una gran arrogancia natural, no exenta de atractivo.

—Eso no basta —replicó—. Lo que Roma necesita debe conseguirlo.

Termo no pudo por menos de echarse a reír.

—¡Ah, mucho tienes que aprender, joven César! —dijo.

A César aquello no le sentó bien. Apretó los labios y lanzó una mirada muy parecida a las de su madre (a quien Termo no conocía, pues de haberla conocido habría entendido mejor al hijo).

—Bien, Marco Minucio, ¿por qué no me dices la fecha en que la querrías y las naves de que debe constar? —preguntó altanero—. Yo me comprometo a entregarla en la fecha que digas, tal como desees.

Termo se quedó con la boca abierta y por un instante no supo qué decir. Que aquella expresión de plena seguridad en sí mismo no provocase su ira le sorprendió; tampoco la nueva muestra de arrogancia del joven le causaba risa. Y el gobernador de la provincia de Asia comprendió que realmente César se creía capaz de hacer lo que decía. El tiempo y el rey Nicomedes se encargarían de ponerle en su sitio, pero era curioso que César cayese en tal error a juzgar por la carta de Sila que él mismo acababa de entregarle.

*Tiene relación conmigo en virtud de su matrimonio, que le convierte en sobrino mío, pero quiero que quede suficientemente claro que no deseo favoritismos para él. En realidad, no le favorezcas. Quiero que le encargues cosas difíciles y le asignes puestos difíciles. Es de una inteligencia excepcional y muy valiente, y es muy posible que responda muy bien.*

*Sin embargo, salvo por su conducta durante dos entrevistas que he tenido con él, su historia hasta el momento no tiene nada de particular porque ha sido flamen dialis. Ya no lo es ni legal ni religiosamente, pero la circunstancia significa que no ha prestado servicio militar y que su valor quizá sólo sea verbal.*

*Ponle a prueba, Marco Minucio, y que mi querido Lúculo haga lo propio. Si no responde, tienes plena autorización por mi parte para aplicarle el más duro castigo que desees. Si responde, espero que le des lo que merece.*

*Por último, tengo que pedirte una cosa en particular. si ves o te enteras de que César monta un animal que no sea su mula, haz que vuelva inmediatamente a Italia.*

A la vista de semejante carta, Termo, recuperado de su estupefacción, dijo con voz pausada:

—Muy bien, Cayo Julio, te diré fecha y naves. Entregarás la flota a Lúculo en la playa de Anatolia, al norte de la ciudad, en las calendas de noviembre. Aún no habrás podido obtener una sola nave de Nicomedes, pero me has pedido fecha de entrega, y las calendas de noviembre sería la

ideal, porque podríamos bloquear los dos puertos antes del invierno y les pondríamos en buen aprieto. En cuanto a la flota, que sean cuarenta naves, por lo menos la mitad de ellas trirremes o mayores. Y vuelvo a decirte que suerte tendrás si consigues treinta naves, y de ellas cinco trirremes.

»De todos modos, joven César —añadió Termo con mirada severa —, por manifestarte como lo has hecho, debo advertirte que si llegas tarde o traes una flota más reducida, enviaré un informe desfavorable a Roma.

—Como debe ser —replicó César sin amilanarse.

—Puedes alojarte en palacio de momento —añadió Termo, afable; a pesar de que Sila le autorizaba a tratarle con dureza, no pensaba indisponerse con una persona emparentada con el dictador.

—No, parto hoy mismo para Bitinia —respondió César, dirigiéndose hacia la puerta.

—No hace falta exagerar, Cayo Julio.

—Tal vez no, pero es imprescindible hacer las cosas cuanto antes.

Termo tardó un buen rato en enfrascarse en su profuso papeleo. ¡Qué muchacho tan extraordinario! De finos modales y a la particular manera de los vástagos de las mejores familias patricias; aquel joven daba perfectamente a entender que se llevaba bien con todos sin sentirse superior a nadie, y al mismo tiempo se le notaba que se creía superior a todos salvo (quizá) a Fabio Máximo. Imposible de definir; pero así eran precisamente los Julianos y los Fabianos. ¡Y muy bien parecido! Termo, que no sentía inclinaciones eróticas por los hombres, admiraba ese aspecto de César, consciente de que un atractivo físico como el del joven solía suscitar tal clase de deseo. En cualquier caso, aquel César no había mostrado el menor amaneramiento.

Volvió a sumirse en sus papeles, y al poco rato se había olvidado de Cayo Julio César y de la utópica flota.

César fue por tierra hasta Pérgamo sin consentir que su reducido séquito pernoctase en la posada. Siguió el curso del río Caico hasta su nacimiento, y luego cruzó una cordillera para entrar en el valle del Macestus, cercano al



mar, que evitó siguiendo el consejo de los habitantes de la región; lo que hizo fue apartarse del Macestus, paralelo a la costa de la Propóntide, y llegarse a Prusa. Le habían informado que existía la posibilidad de que el rey Nicomedes estuviese visitando la segunda ciudad importante de su reino. La situación de Prusa en las laderas de un impresionante macizo coronado de nieve gustó enormemente a César; pero el rey no estaba allí. Continuó por el río Sangarius, y, torciendo al oeste, alcanzó la ciudad real de Nicomedia, adormecida al fondo de un amplio y abrigado golfo.

¡Qué distinto a Italia! Bitinia era de clima suave, nada caluroso, y muy fértil gracias a sus numerosos ríos, que en aquella época del año llevaban más agua que los de Italia. Era evidente que el rey poseía un país próspero en el que nada faltaba a sus súbditos. En Prusa no había visto pobres y tampoco tropezaba con ninguno en Nicomedia.

El palacio se alzaba en un promontorio en el centro de la ciudad, rodeada de imponentes murallas. La primera impresión de César fue la de una pureza de líneas, formas y colores helenísticos, y abundante riqueza, aunque la hubiese dominado Mitridates varios años y el rey se encontrase exiliado en Roma. No recordaba haber visto al monarca, pero no era de extrañar, porque en Roma no se permitía a los reyes extranjeros cruzar el pomerium, y Nicomedes había alquilado una lujosísima villa en la colina Pinciana para efectuar en ella las negociaciones con el Senado.

En la puerta de palacio César fue recibido por un encantador afeminado de edad indefinida que le miró de arriba abajo con detenida admiración, y mandó a otro afeminado con sus criados para que les acompañase a las cuadras a dejar los caballos y la mula, para, a continuación, conducir a César a una antecámara en la que había de esperar hasta que el rey fuese informado y decidiese su alojamiento. No podía decirle si el rey le recibiría de inmediato, dijo el que resultó ser su mayordomo.

La reducida sala en que hubo de aguardar César era fría y muy bonita; no adornaban frescos sus paredes, pero estaban divididas en paneles por pilastras de escayola con cornisas doradas a juego con las molduras de los paneles, cuyo interior resaltaba pintado en rosa suave, bordeado de rojo púrpura. El suelo era de mosaico de mármol púrpura y rosa, y las ventanas,

que daban a lo que debían de ser los jardines de palacio, enmarcaban exquisitas vistas de terrazas, fuentes y floridos arbustos. El perfume de las flores invadía la pieza, y César lo aspiró, cerrando los ojos.

Le hizo abrirlos el ruido de voces que llegaban a través de una puerta entreabierta de una de las paredes: una voz de hombre, aguda y ceceante, y una voz de mujer, fuerte y profunda.

—¡Salta! —decía la mujer—. ¡Eso es!

—¡Qué boba eres! —decía el hombre—. ¡Cómo le mimas!

—¡Aúpa, aúpa, auuu! —exclamó la mujer, con una carcajada.

—¡Fuera! —exclamó el hombre.

—¡Asíiii! —replicó la mujer, con otra carcajada.

Quizá fuese una falta de educación, pensó César, pero le daba igual; se acercó a donde su vista pudiese verificar lo que escuchaba su oído, y contempló en la habitación contigua una escena fascinante. La componían un hombre viejo, una mujer grandota de quizá diez años menos y un viejo can regordete y pequeño de una raza que él no conocía. El perro hacía gracias, poniéndose de pie sobre las patas traseras, tumbándose, revolcándose y haciéndose el muerto con las cuatro patas tiesas, sin apartar los ojos de la mujer que, con toda evidencia, era su ama.

El viejo estaba furioso.

—¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —gritaba.

Como llevaba la cinta blanca de la diadema ceñida a la cabeza, César supuso que era el rey Nicomedes.

La mujer (la reina, pues también llevaba una diadema) se agachó a coger al perro, que rápidamente se puso en pie para esquivarla, corrió a sus espaldas y la mordió en el voluminoso trasero. El rey se echó a reír, el perro volvió a hacerse el muerto y la reina se puso a frotarse el trasero, complacida y enfadada a la vez. Predominó en ella el buen humor, no sin que antes lanzase un puntapié al animal, al que alcanzó entre el culo y los testículos, haciéndole chillar y huir, con ella tras él.

Ya a solas (no parecía saber que hubiera alguien en la sala contigua, ni que le hubiesen anunciado la llegada de César), la risa del rey fue

desvaneciéndose poco a poco; se sentó en una silla y lanzó un suspiro como de satisfacción.

Del mismo modo que Mario y Julia habían experimentado una especie de conmoción al conocer al padre de este rey, César contempló más que perplejo a Nicomedes III. Alto, delgado y cimbreante, el anciano vestía una túnica de púrpura de Tiro bordada en oro y perlas que le llegaba hasta los pies, y calzaba sandalias doradas recubiertas de perlas, dejando al descubierto las uñas pintadas de purpurina. No llevaba peluca —tenía el pelo encanecido bastante corto—, pero se le notaba un profuso maquillaje de crema y polvos blancos en el rostro, además de pestañas y cejas pintadas de negro, mejillas con colorete y una boca con abundante carmín.

—Creo que la reina tiene lo que merecía —dijo César, entrando en la habitación.

Al rey de Bitinia se le salieron los ojos de las órbitas. Ante él tenía a un joven romano, vestido de viaje con coraza de cuero y faldilla también de cuero. Muy alto y ancho de hombros, aunque el resto del cuerpo era más esbelto, salvo las pantorrillas bien desarrolladas por encima de unos tobillos bien torneados cubiertos por las botas militares. Pero su cabeza, coronada de pelo rubio claro, era una contradicción: un cráneo grande y redondo, y un rostro alargado y puntiagudo. ¡Y qué rostro! Huesudo, pero unos huesos espléndidos, recubiertos de piel clara, y con unos ojazos bien espaciados y profundos. Cejas rubias y delgadas, y pestañas largas y pobladas; unos ojos inquietantes, pensó el rey, viendo aquellos iris azules bordeados de un azul tan intenso que parecía negro y que conferían a las pupilas un aire penetrante, atemperado en aquel momento por un fulgor de ironía. En cualquier caso, para el gusto del rey, no había nada en el joven comparable con aquella boca carnosita pero pequeña, y con un adorable frunce en las comisuras.

—¡Caray, hola! —exclamó el rey, apresurándose a sentarse erguido con postura de seducción contenida.

—¡Vamos, dejaos de tonterías! —dijo César, tomando asiento en una silla enfrente de él.

—Eres demasiado guapo para que no te gusten los hombres. ¡Ojalá tuviese diez años menos! —añadió con gesto triste.

—¿Qué edad tenéis? —inquirió César sonriente, mostrando sus dientes blancos y perfectos.

—¡Demasiado viejo para darte lo que yo quisiera!

—Concretad. La edad, quiero decir.

—Ochenta años.

—Se dice que un hombre no es nunca demasiado viejo.

—Para mirar no, pero para actuar sí.

—Daos por satisfecho de que no podáis estar a la altura —replicó César sin dejar de sonreír—. Porque si pudierais tendría que zurraros y se crearía un incidente diplomático.

—¡Bobadas! —dijo Nicomedes con desdén—. Eres demasiado hermoso para ser hombre de mujeres.

—En Bitinia tal vez; en Roma, desde luego que no.

—¿No te tienta nada?

—No.

—¡Qué pérdida tan lamentable!

—Conozco muchas mujeres que no piensan lo mismo.

—Seguro que nunca has amado a ninguna.

—Amo a mi esposa.

—¡Nunca entenderé a los romanos! —exclamó el rey con gesto perdidamente enamorado—. Llamáis bárbaros a los demás y sois vosotros los que no estáis civilizados.

César colgó una pierna del brazo del sillón y balanceó el pie.

—Sé recitar a Homero y a Hesíodo —dijo.

—Y un pájaro también si se le enseña.

—Yo no soy un pájaro, rey Nicomedes.

—¡Ojalá lo fueses! Te tendría en una jaula de oro para contemplarte.

—¿Otro animal doméstico? Podría morderos.

—¡Hazlo! —replicó el rey, mostrándole el cuello desnudo.

—No, gracias.

—¡Así no vamos a ninguna parte! —espetó el rey malhumorado.

—Ya veo que os dais cuenta.

—¿Quién eres?

—Me llamo Cayo Julio César y soy tribuno militar de Marco Minucio Termo, gobernador de la provincia de Asia.

—¿Y vienes con poderes oficiales?

—Por supuesto.

—¿Por qué no me ha avisado Termo?

—Porque yo viajo más aprisa que los mensajeros y los correos, aunque no sé por qué no me ha anunciado vuestro mayordomo —contestó César, sin dejar de balancear el pie.

En ese momento entró el mayordomo, que se quedó de piedra al ver al romano con el rey.

—¿Que te creías, Sarpedón, que serías el primero? —preguntó el rey—. Pues olvídate. ¡No le gustan los hombres! ¿Julio? ¿Patricio?

—Sí.

—¿Eres pariente del cónsul Lucio Julio César, que mató Cayo Mario?

—Era primo hermano de mi padre.

—Entonces tú eres el flamen dialis.

—Era el flamen dialis. Ya veo que habéis estado en Roma.

—Demasiado tiempo. Sarpedón —dijo el rey, con el ceño fruncido, al ver que el mayordomo seguía en el cuarto—, ¿has dispuesto alojamiento para nuestro ilustre huésped?

—Sí, majestad.

—Pues aguarda afuera.

Con una profunda reverencia, el mayordomo salió del cuarto andando hacia atrás.

—¿A qué has venido? —inquirió el rey.

César puso el pie en el suelo y se sentó erguido.

—He venido a por una flota.

El rey no hizo gesto alguno.

—¡Ah, una flota! ¿Y cuántos barcos y de qué tipo?

—Olvidáis preguntar para cuándo los quiero —añadió el extraño visitante.

—¿Cuándo, pues?

—Quiero cuarenta naves, la mitad de ellas trirremes o mayores, y todas ellas en el puerto que decidáis a mediados de octubre —contestó César.

—¿Dentro de dos meses y medio? ¿Y por qué no cortarme las piernas? —replicó Nicomedes, poniéndose en pie.

—Eso haré si no obtengo la flota.

El rey volvió a sentarse con gesto de sorpresa.

—Te recuerdo, Cayo Julio, que estás en mi reino y que no es una provincia de Roma —replicó Nicomedes, sin que su ridícula boca pintada de carmín pudiese transmitir la impresión de fuerza debida—. ¡Te daré lo que pueda cuando pueda! ¡Pídelo y no lo exijas!

—Querido rey Nicomedes —dijo César en tono afable—, sois un ratón en medio de un camino por el que pasan dos elefantes: Roma y el Ponto —sus ojos dejaron de sonreír y Nicomedes recordó, de pronto, al horrible Sila—. Vuestro padre murió a una edad tan avanzada que no pudisteis subir al trono hasta que ya erais viejo; y esos años que lleváis reinando os habrán mostrado lo débil que es vuestra posición, habéis pasado la mitad de ellos en el exilio y ahora estáis en este palacio sólo porque Roma os repuso en el trono por mano de Cayo Escibonio Curión. Si Roma, que está muchísimo más lejos del Ponto de lo que está Bitinia, sabe perfectamente que el rey Mitrídates dista mucho de estar acabado —¡y dista mucho de ser un viejo!—, vos también debéis saberlo. Este reino se llama amigo y aliado del pueblo romano desde la época del segundo Prusias, y vos mismo estáis firmemente ligado a Roma. Con toda evidencia, reinar es mejor que estar en el exilio; lo que significa que debéis colaborar con Roma. Si no, Mitrídates del Ponto vendrá alegremente por ese camino a enfrentarse con Roma, que llega por la dirección contraria, y el pequeño ratón resultará aplastado... por unos pies o por otros.

El rey permanecía mudo, con sus labios carmín despegados y los ojos muy abiertos. Tras una larga pausa, respiró profundamente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡No hay derecho! —exclamó rompiendo a llorar.

Profundamente exasperado, César se puso en pie y metió la mano en la sobaquera de la coraza para sacar un pañuelo que arrojó desdeñosamente al rey.

—¡Sobreponeos para no deshonar vuestra posición! Aunque hayamos comenzado sin ceremonia, es una entrevista entre el rey de Bitinia y el representante oficial de Roma. ¡Y ahí estáis sentado y vestido como una saltatrix tonsa y os ponéis a lloriquear cuando se os dice la cruda verdad! ¡No me han enseñado a castigar a venerables ancianos, que además son reyes vasallos de Roma, pero me incitáis a hacerlo! Id a lavaros la cara, rey Nicomedes, y volveremos a empezar.

Dócil como un niño, el rey de Bitinia se puso en pie y salió del cuarto, para regresar al poco tiempo con el rostro limpio y acompañado de criados con bandejas de refrescos.

—Vino de Quíos —dijo el monarca, sentándose y dirigiendo una amplia sonrisa a César sin resentimiento—. ¡Veinte años tiene!

—Os lo agradezco, pero tomaré agua.

—¿Agua?

—Pues sí —respondió César, de nuevo con ojos risueños—; no me gusta el vino.

—Menos mal que el agua de Bitinia es famosa —dijo el rey—. ¿Qué quieres comer?

—Cualquier cosa —respondió César, encogiéndose de hombros.

El rey Nicomedes miraba ya de otra manera a su huésped; una mirada inquisitiva en la que no primaba la complacencia por su atractivo viril; una mirada que trataba de profundizar en lo que en un primer momento le había fascinado de César.

—¿Qué edad tienes, Cayo Julio?

—Preferiría que me llamarais César.

—Hasta que pierdas tu maravillosa cabellera —replicó el rey, dando muestra de que había estado lo bastante en Roma como para aprender algo de latín.

César se echó a reír.

—¡Sí, reconozco que es gracioso llevar un sobrenombre que significa eso! Espero que la conserve hasta la vejez como los Césares y no como los Aurelios, que la pierden. Tengo diecinueve años —añadió tras una breve pausa.

—¡Más joven que mi vino! —dijo el monarca, maravillado—. Tienes algo de Aurelio, ¿verdad? ¿Orestes o Cotta?

—Mi madre es una Aurelia de los Cotta.

—¿Y te pareces a ella? No te encuentro mucho parecido con Lucio César ni con César Estrabón.

—Tengo rasgos de ella y de mi padre. El parecido que tengo con los Césares no es el de Lucio César, que es el más joven, sino Catulo César, el mayor. Los tres murieron al regresar Mario, si recordáis.

—Si —contestó Nicomedes dando pensativo un sorbo de vino—. A los romanos suele impresionarles la realeza. Están encantados con el concepto republicano, pero son sensibles a la realeza. Pero a ti no te impresiona lo más mínimo.

—Majestad, si Roma tuviera rey, yo lo sería —contestó César sin inmutarse.

—¿Porque eres patricio?

—¿Patricio? —repitió César, perplejo—. ¡No, por los dioses! ¡Yo soy un Julio! Desciendo de Eneas, cuyo padre era mortal pero que tuvo por madre a Venus... Afrodita.

—¿Desciendes de Ascanio, hijo de Eneas?

—Nosotros a Ascanio le decimos Iulus —contestó César.

—¿El hijo de Eneas y Creusa?

—Según algunos. Creusa pereció en las llamas de Troya, pero su hijo escapó con Eneas y Anquises, y llegó al Lacio. Pero Eneas tuvo también un hijo con Lavinia, la hija del rey Latino. Y él también se llamaba Ascanio y Iulus.

—Entonces, ¿de qué hijo de Eneas eres descendiente?

—De los dos —contestó César muy serio—. Yo lo que creo es que sólo hubo un hijo; la controversia estriba en quién fue la madre, pues es sabido que el padre era Eneas. Es más sugestivo creer que Iulus era hijo de Creusa,



pero yo más bien me inclino a creer que era hijo de Lavinia. Al morir Eneas, Iulus fundó la ciudad de Alba Longa en el monte Albano, más arriba de Bovillae. Y allí murió, dejando el gobierno en manos de su familia, los Julios. Éramos reyes de Alba Longa, y después, cuando cayó en manos del rey Servio Tulio de Roma, fuimos a Roma como ciudadanos prominentes, como lo demuestra el hecho de que somos los sacerdotes hereditarios de Júpiter Latiaris, mucho más antiguo que Júpiter Optimus Maximus.

—Yo creía que eran los cónsules quienes celebraban sus ritos —comentó Nicomedes, revelando una vez más sus conocimientos del mundo romano.

—Sólo una vez al año, como privilegio.

—Pues si los Julios son tan augustos, ¿por qué no han sido más enaltecidos durante los siglos de república?

—Dinero —replicó César.

—¡Ah, el dinero! —exclamó el rey—. ¡Horrible cosa, César! Para mi también. No tengo dinero para darte esa flota... Bitinia está en la ruina.

—Bitinia no está en la ruina y me daréis la flota. Si no, seréis aplastado como un ratón bajo la pata de un elefante.

—¡No tengo esa flota!!

—¿Pues qué hacéis ahí sentado perdiendo el tiempo? —le espetó César poniéndose en pie—. ¡Dejad la copa, rey Nicomedes, y poneos manos a la obra! ¡Vamos, arriba! —añadió, cogiendo al rey por el codo—. Iremos al puerto a ver qué podemos encontrar.

Furioso, Nicomedes se zafó de César.

—¿Vas a dejar de decirme lo que debo hacer?

—¡No, hasta que lo hagáis!

—¡Lo haré, lo haré!

—Ahora. Nada hay como el presente.

—Mañana.

—Mañana puede aparecer el rey Mitrídates por detrás de las montañas.

—¡Mañana no aparecerá Mitrídates! Está en Cólquida y han muerto dos tercios de su ejército.

—Explicaos —dijo César, sentándose, con expresión de interés.

—Fue con doscientos mil soldados a dar una lección a los salvajes del Cáucaso por haber asolado la Cólquida. ¡Muy propio de Mitrídates! No se le ocurrió pensar que podría ser derrotado llevando tantos soldados; pero los salvajes ni siquiera necesitaron luchar contra él. El frío en la alta montaña acabó con su ejército. Dos tercios de las tropas del Ponto han muerto de congelación —añadió Nicomedes.

—Roma no lo sabe —dijo César con el ceño fruncido—. ¿Por qué no informasteis a los cónsules?

—Porque acaba de suceder... y, además, ¿no es asunto mío decírselo a Roma!

—Mientras seáis amigo y aliado, ya lo creo que lo es. Lo último que sabíamos de Mitrídates es que se hallaba en Cimeria reorganizando sus tierras al norte del Euxino.

—Lo hizo en cuanto Sila ordenó a Murena que no atacase al Ponto —dijo Nicomedes, asintiendo con la cabeza—. Pero la Cólquida se había mostrado reacia a pagar tributo, y él se puso en marcha para enderezar la situación, y fue cuando descubrió las incursiones de esos bárbaros.

—Muy interesante.

—Así que ya ves que no hay elefante.

—¡Ya lo creo que sí! —exclamó César con los ojos centelleantes—. Y más grande: un elefante llamado Roma.

El rey de Bitinia no pudo evitar soltar la carcajada.

—¡Me rindo, me rindo! ¡Tendrás la flota!

En aquel momento entró la reina Oradaltis, con el perro detrás, y se encontró a su anciano esposo con la cara sin afeites y llorando de risa. Y, a decente distancia, un joven romano de porte más parecido a los que solían sentarse bien cerca de Nicomedes.

—Querida, te presento a Cayo Julio César —dijo el rey, una vez calmada la hilaridad—. Es descendiente de la diosa Afrodita y de mucha más alcurnia que nosotros. Acaba de lograr mañosamente que le entregue una gran flota.

La reina (que sabía perfectamente a qué atenerse respecto a su consorte) dirigió a César una regia reverencia.

—Mucho me extraña que no le hayas dado el reino —dijo, sirviéndose una copa de vino y cogiendo un pastelillo antes de sentarse.

El perro se acercó a César y se tumbó a sus pies, zalamero, y cuando él le dio una sonora palmada, se estiró, dándose la vuelta y mostrándole la barriga para que le rascara.

—¿Cómo se llama? —preguntó César, que era amante de los perros.

—Sila —contestó la reina.

César se echó a reír, reviviendo la imagen de la sandalia de la reina propinando un puntapié al trasero del perro.

Durante la cena supo la desgracia de Nisa, hija única de los reyes y heredera del trono de Bitinia.

—Tiene cincuenta años y sin descendencia —dijo Oradaltis entristecida—. Nosotros negamos su mano a Mitrídates, naturalmente; pero él impidió que le encontrásemos un esposo adecuado. Es una tragedia.

—¿Podré conocerla antes de irme? —preguntó César.

—Imposible —dijo Nicomedes con un suspiro—. Cuando huí a Roma la última vez que Mitrídates invadió Bitinia, Oradaltis y Nisa quedaron en Nicomedia; Mitrídates se apoderó de nuestra hija como rehén y aún la tiene en su poder.

—¿Y no se ha casado con ella?

—Creemos que no. Ella nunca fue muy guapa, y ya era mayor para tener hijos. Si le hubiese ofendido en público, él la habría matado; pero hemos sabido que vive y está en Cabeira, donde él tiene encerradas a mujeres que no deja casarse —dijo la reina.

—Esperemos que la próxima vez que los elefantes choquen, rey Nicomedes, el elefante romano venza; y si yo participo en la guerra, pediré a quien esté al mando que busque a la princesa Nisa.

—Espero estar muerto para entonces —replicó el rey muy serio.

—¡No puedes morirte antes de que haya regresado tu hija!

—Si regresa alguna vez será como títere del Ponto; ésa es la realidad —añadió amargamente Nicomedes.

—Pues más vale que dejes Bitinia en herencia a Roma.

—¿Como hizo Atalo con Asia y Ptolomeo Apion con Cirenaica?  
¡Jamás! —exclamó Nicomedes de Bitinia.

—Pues caerá en manos del Ponto, y Ponto sucumbirá ante Roma, con lo cual Bitinia, de todos modos, acabará siendo de Roma.

—No, si yo puedo impedirlo.

—No podréis —dijo César muy serio.

Al día siguiente, el rey acompañó a César al puerto y le mostró detalladamente que no había ningún navío preparado para la guerra.

—Éste no es lugar para tener anclada una flota —dijo César, sin dejarse engañar—. Vayamos a Calcedonia.

—Mañana —dijo Nicomedes, cada vez más encantado de la compañía de su desconfiado huésped.

—Hemos de comenzar hoy mismo —replicó César, intransigente—. ¿Qué distancia hay? ¿Cuarenta millas...? No se hace en una etapa a caballo.

—Iremos en barco —dijo el rey, que detestaba viajar.

—No, iremos por tierra. Quiero conocer el terreno. Cayo Mario, que era tío mío por matrimonio, decía que siempre que sea posible hay que viajar por tierra. Así, si algún día tengo que combatir aquí, conoceré el terreno.

—Entonces, ¿Mario y Sila son tíos tuyos por matrimonio?

—Estoy muy bien relacionado —dijo César con tono solemne.

—¡LO tienes todo, César! Parientes poderosos, cuna, inteligencia, buen cuerpo y belleza. Cuánto me alegra no ser tú.

—¿Por qué?

—No te faltarán enemigos. Los celos, o la envidia, si prefieres ese término, te seguirán los pasos como las Furias al pobre Orestes. Unos te envidiarán por tu belleza, otros por el cuerpo o la estatura, otros por tu alcurnia y otros por la inteligencia. Y la mayor parte por todo ello. Y cuanto más te encumbres, peor será. Tendrás enemigos por todas partes, y ningún amigo. No podrás confiar ni en hombres ni en mujeres.

César le escuchaba muy serio.

—Sí, creo que es una justa apreciación —dijo—. ¿Qué me sugerís que haga?

—En tiempo de los reyes había un romano que se llamaba Bruto —contestó Nicomedes, exhibiendo de nuevo sus conocimientos de la historia de Roma—. Bruto era muy inteligente, pero lo enmascaraba su apariencia física, de ahí el sobrenombre. Cuando el rey Tarquino el Soberbio organizó la famosa carnicería no se le ocurrió matar a Bruto. Y fue éste quien le depuso y se convirtió en el primer cónsul de la república.

—Y mandó ejecutar a sus hijos cuando éstos trataron de restaurar la monarquía en Roma, haciendo regresar a Tarquino del destierro —añadió César—. ¡Bah! Nunca he admirado a Bruto, ni pienso emularle fingiéndome estúpido.

—Pues habrás de apechar con lo que venga.

—Os aseguro que pienso apechar con lo que venga.

—Hoy es muy tarde para salir hacia Calcedonia —dijo el rey taimadamente—. Será mejor que cenemos pronto, prosigamos esta estimulante conversación y salgamos al amanecer.

—Ah, sí que saldremos al amanecer —añadió César, animado—, pero no de aquí. Salgo para Calcedonia dentro de una hora. Si queréis venir, ya podéis daros prisa.

Nicomedes no se entretuvo; por dos razones: primero porque sabía que no debía perder de vista a César, que era muy listo, y, en segundo lugar, porque estaba locamente enamorado de aquel joven que seguía porfiando que no sentía debilidad alguna por los hombres. Llegó en el momento en que César montaba en su mula.

—¿Una mula?

—Una mula —dijo César con altivez.

—¿Por qué?

—Un gusto particular.

—¿Tú vas en mula y tu liberto a caballo?

—Lo que veis.

Nicomedes lanzó un suspiro y le ayudaron con cuidado a montar en su carro de dos ruedas que se puso en marcha tras César y Burgundus. Sin

embargo, cuando se detuvieron a pasar la noche en la mansión de un noble tan anciano que ya no contaba con volver a ver a su soberano, César pidió excusas a Nicomedes.

—Os pido perdón. Mi madre habría dicho que no me paro a pensar. Estáis muy cansado. Hubiéramos debido hacer el viaje en barco.

—Estoy rendido, es cierto —dijo Nicomedes sonriente—, pero tu compañía me rejuvenece.

Efectivamente, cuando por la mañana, después de llegar a la residencia real en Calcedonia, desayunaron juntos, Nicomedes estaba animado y hablador, y parecía muy descansado.

—Como ves —dijo en el imponente malecón que cerraba el puerto de Calcedonia—, tengo una modesta flota, suficiente. Doce trirremes, siete quinquerremes y catorce naves descubiertas. Aquí. En Crisópolis y Dascilium tengo más.

—¿Cobra Bizancio parte de los derechos de tránsito por el Bósforo?

—Ya no. Los bizantinos los cobraban cuando eran muy poderosos y tenían una flota casi como la de los rodios, pero al caer Grecia y Macedonia, se vieron obligados a mantener un cuantioso ejército de tierra para mantener a raya a los bárbaros tracios que siguen haciendo incursiones. Bizancio no podía permitirse tener flota y ejército, y es Bitinia la que cobra los derechos de tránsito.

—Y por eso tenéis varias flotas.

—¡Y por eso tengo que conservarlas! Puedo entregar a Roma diez trirremes y quince quinquerremes, unas de aquí y otras de allí, además de quince navíos descubiertos. El resto de la flota la alquilaré.

—¿Alquilarla? —preguntó César, estupefacto.

—Naturalmente. ¿Cómo crees que se forman las escuadras?

—¡Como hacemos nosotros: construyendo navíos!

—Un despilfarro. Si, claro, los romanos sois así... —dijo el rey—. Mantener los barcos en servicio cuando no se necesitan cuesta dinero. Por eso, nosotros los pueblos asiáticos de habla griega y los egeos mantenemos nuestras flotas al mínimo, y si necesitamos más naves con urgencia las alquilamos. Y eso es lo que haré.

—Alquilar naves, ¿dónde? —quiso saber César, sin salir de su sorpresa—. Si en el Egeo hubiese naves disponibles me imagino que Termo ya las hubiera confiscado.

—¡En el Egeo no! —replicó Nicomedes con desdén, encantado de enseñarle algo al inteligente joven—. Las alquilaré en Paflagonia y Ponto.

—¿El rey Mitrídates va a alquilar naves al enemigo?

—¿Y por qué no? De momento no las necesita y le ocasionan gastos. Ya no tiene tropas para llenarlas y no creo que piense invadir Bitinia ni la provincia romana de Asia este año... ni el que viene.

—Así bloquearemos Mitilene con naves del reino con el que más deseos tiene de aliarse la isla —dijo César, meneando la cabeza—. ¡Es fantástico!

—Normal —se apresuró a decir Nicomedes.

—¿Y cómo negociaréis el alquiler?

—Por medio de un agente. El más de fiar reside aquí en Calcedonia.

César pensó que, tal vez, ya que el rey de Bitinia alquilaba naves para el uso de Roma, debía ser Roma la que corriera con los gastos, pero Nicomedes parecía no darle importancia, y César no dijo nada. Por una parte, no tenía dinero, y además no estaba autorizado a buscarlo. Mejor sería aceptar las cosas tal como vinieran. Ahora empezaba a comprender por qué Roma tenía problemas en las provincias y con los reyes vasallos. Por su conversación con Termo había supuesto que Bitinia recibiría el pago por la flota más adelante, pero ahora se preguntaba cuánto tardarían en liquidarle la deuda.

—Bueno, ya está todo arreglado —dijo el rey seis días más tarde—. Tendrás la flota en el puerto de Abidos el quince de octubre. Faltan casi dos meses, que pasarás conmigo.

—Mi deber es supervisar la reunión de las naves —replicó César, no por rechazar el acoso del rey, sino convencido de que debía hacerlo así.

—No puedes —contestó Nicomedes.

—¿Por qué?

—Porque no se hace así.

Regresaron a Nicomedia, y de buena gana por parte de César. Cuanto más conocía al anciano, más le gustaba; igual que su esposa y el perro.

Como había dos meses por delante, César pensó viajar a Pessinus, Bizancio y Troya. Por desgracia, el rey se empeñó en acompañarle a Bizancio y por mar, y César no pudo ir ni a Pessinus ni a Troya, pues lo que habría debido de ser un viaje en barco de dos o tres días se convirtió en una singladura de casi un mes. Viajaban muy despacio y con todos los formalismos, pues Nicomedes se detenía en todos los pueblecitos pesqueros para que sus habitantes le contemplaran en todo su esplendor, aunque, como deferencia para con César, sin la cara pintada.

Bizancio, de tradición griega y población no menos helenizada, existía desde seis siglos atrás sobre una península elevada en la orilla tracia del Bósforo, y tenía un puerto en el cabo norte en forma de cuerno y otro más abierto en el brazo sur; contaba con murallas muy fortificadas y altas y su riqueza era manifiesta en el tamaño y lujo de los edificios, tanto privados como públicos.

El Bósforo tracio era más bello que el Helesponto, y más majestuoso, pensó César, que había navegado por él. Que el rey Nicomedes era soberano de la ciudad se hizo evidente en cuanto la nave real llegó al muelle: todos los personajes importantes acudieron a saludarle. Sin embargo, no se le escapó a César que a él le dirigían miradas sombrías y que a algunos les disgustaba ver al rey de Bitinia en tan amigable compañía de un romano. Lo que planteaba otro dilema, pues hasta aquel momento la aparición pública de César en compañía del rey Nicomedes había tenido lugar en Bitinia, donde los súbditos conocían, querían y entendían a su soberano; pero no era así en Bizancio, donde no tardó en hacerse evidente que todos creían que el romano era el novio del rey.

Hubiera sido fácil borrar semejante suposición haciendo unos cuantos comentarios sobre viejos estúpidos que se engañaban a sí mismos, y lo fastidioso que era tener que andar negociando una flota con un viejo bobo. Pero el único inconveniente era que César no podía hacerlo; ya había cobrado cariño a Nicomedes en todos los aspectos menos en el que Bizancio suponía, y no podía herir al pobre viejo en lo que precisamente a él más le dolía: el orgullo. Pero existían motivos más que suficientes que le obligaban a dejar en claro la situación; en primer lugar y antes que nada,



porque afectaba a su futuro: él pretendía llegar a lo más alto, y si ya era difícil para un individuo intentar ese duro ascenso ocultando una parte auténtica de su naturaleza, mucho peor era intentarlo sabiendo que la suposición era injustificada. Si el rey hubiese sido más joven, César hubiera optado por pedirle que él mismo disipara las sospechas, pese a que Nicomedes rechazaba la intolerancia romana de la homosexualidad como rasgo antihelenista, bárbaro incluso; pero, dada su avanzada edad, no sabía si su exigencia no le causaría una grave aflicción. Ahora veía que la vida, después de la adolescencia tutelada que se había visto obligado a llevar, a veces situaba a los hombres ante dilemas irresolubles.

El resentimiento de los bizantinos hacia los romanos se debía, evidentemente, a la ocupación de la ciudad por Fimbria y Flaco cuatro años antes, cuando, nombrados por el gobierno de Cinna, habían decidido ir a Asia y hacer la guerra a Mitrídates antes que volver a Grecia para combatir a Sila. A los bizantinos poco les importaba que Fimbria hubiese asesinado a Flaco; el hecho era que la ciudad había padecido. Y allí estaba su soberano derrochando lisonjas con otro romano.

Así, tras reflexionar sobre lo que podía hacer, César se dispuso a causar su propia impresión a los bizantinos para salvar su honra lo más posible. Su inteligencia y formación le fueron muy útiles, pero no estaba muy seguro de ese otro factor de su naturaleza que tanto deploraba su madre: su encanto. Sin embargo, mucho le valió para ganarse a los próceres de la ciudad, y harto le sirvió para apaciguar los ánimos tras el particular episodio de grosería y zafiedad de Flaco y Fimbria, pero, al final, tuvo que concluir que probablemente había reforzado las sospechas sobre sus inclinaciones sexuales, ya que en los hombres viriles no es cualidad el encanto.

César optó por un ataque frontal. La primera fase del mismo consistió en rechazar drásticamente todas las propuestas que le hacían los hombres, y la segunda en averiguar el nombre de la más famosa cortesana de la ciudad y hacer el amor con ella hasta que pidiera tregua.

—...tan grande como un burro y es tan cachondo como una cabra —comentó ella a todas sus amistades y amantes habituales, con cara de cansancio—. ¡Oh, es maravilloso! —añadió sonriente, con un suspiro,

estirando los brazos voluptuosamente—. ¡Hace años que no gozaba así con un joven!

Y la cosa dio resultado. No hirió al rey Nicomedes, cuya devoción por él se reveló así como lo que era: una pasión inútil.

Volvieron a Nicomedia, a la reina Oradaltis y al can Sila, en aquel estrambótico palacio sobrecargado de pajes y de criados quisquillosos e intrigantes.

—Lamento tener que irme —dijo a la real pareja la noche de su última cena.

—No tanto como nosotros —replicó la reina malhumorada, provocando al perro con el pie.

—¿Volverás cuando caiga Mitilene? —le preguntó el rey—. Nos gustaría volver a verte.

—Volveré. Os lo prometo —contestó César.

—¡Estupendo! —exclamó Nicomedes con cara de satisfacción—. Ahora, te ruego que me descifres un acertijo del latín que nunca he entendido. ¿Por qué cunnus es del género masculino y mentula del femenino?

—¡No lo sé! —contestó César, perplejo.

—Debe de haber algún motivo.

—Sinceramente, nunca lo había pensado. Pero ahora que lo decís he de reconocer que es muy curioso.

—Cunnus debería ser cunna, al tratarse del órgano genital femenino; y mentula, más bien mentulus, tratándose del pene. ¡Hay que ver lo confusos que sois los romanos, después de tanta jactancia masculina! Vuestras mujeres son masculinas y vuestros hombres femeninos —apostilló, reclinándose en la silla con una amplia sonrisa.

—No habéis elegido las palabras más finas para las partes privadas —dijo César muy serio—. Cunnus y mentula son vocablos obscenos. Debería haber pensado que la respuesta es evidente —prosiguió sin alterar su grave expresión—. Que lo masculino sea del género femenino y viceversa significa el sexo con el que debe acoplarse.

—¡Bobadas! —exclamó el rey con los labios temblorosos.

—¡Sofismas! —añadió la reina, encogiéndose de hombros.

—¿Tú qué dices, Sila? —preguntó Nicomedes al perro, con el que se llevaba mucho mejor desde la llegada de César, o quizá porque Oradaltis no utilizaba tanto al animal para burlarse del anciano.

—Yo sí que se lo preguntaré cuando regrese a Italia —dijo César echándose a reír.

En palacio se notó el vacío después de la marcha de César; la real pareja vagaba desconcertada, y hasta el perro andaba triste.

—Es el hijo que no hemos tenido —dijo Nicomedes.

—¡No! —replicó con firmeza Oradaltis—. Es el hijo que nunca hubiéramos podido tener. Nunca.

—¿Por mi predisposición hereditaria?

—¡Claro que no! Porque no somos romanos. Es un romano.

—Quizá sea mejor decir que es como es.

—¿Crees que volverá, Nicomedes?

—Sí, creo que sí —se apresuró a contestar el rey, claramente animado.

Cuando César llegó a Abidos en los idus de octubre, se encontró con la flota prometida anclada y compuesta por dos enormes naves pónicas de dieciséis órdenes de remos, ocho quinquerremes, diez trirremes y veinte navíos bien contruidos, pero no específicamente de guerra.

*Como lo que deseáis es bloquear, más que perseguir a otra flota —decía la carta del rey a César—, he proporcionado naves mercantes anchas, cubiertas y transformadas, en lugar de las veinte galeras de guerra descubiertas. Si queréis impedir que los de Mitilene accedan al puerto durante el invierno, necesitaréis naves más fuertes que las galeras ligeras, que hay que varar en cuanto amenaza temporal. Las mercantes transformadas aguantarán bien, si no hay las furiosas galernas que hacen suspender toda navegación. He considerado que debías llevar esos dos*

*grandes navíos pónicos, aunque sólo sea por su imponente aspecto; romperán cualquier cadena de obstáculo y os serán útiles cuando atacéis. Además, el capitán del puerto de Sinope los incluyó por una bagatela, aparte del avituallamiento y la paga de las tripulaciones (quinientos hombres cada uno), pues dice que al rey del Ponto en este momento no le sirven para nada. Te adjunto la factura en hoja aparte.*

Desde Abidos en el Helesponto, en la costa anatólica de la isla de Lesbos, al norte de Mitilene, la distancia era de unas cien millas, que según el primer piloto tardarían en cubrir entre cinco y diez días si el tiempo se mantenía y los barcos eran marineros.

—Pues más vale que comprobemos que lo son —dijo César.

El hombre, que no estaba acostumbrado a servir a un almirante (pues tal pensó César era su condición hasta que llegaron a Lesbos) que le ordenaba verificar los navíos antes de iniciar la expedición, reunió a los tres capataces de los astilleros de Abidos e inspeccionó detenidamente todas las naves, acompañados por César, que lo observaba todo y no cesaba de hacerles preguntas.

—¿No os mareáis? —preguntó el primer piloto con yana esperanza.

—No, que yo sepa —contestó César con ojos risueños.

Diez días antes de las calendas de noviembre, la flota de cuarenta naves zarpaba del Helesponto, desde donde la corriente —que siempre iba del Euxino al Egeo— les condujo rápidamente hacia la boca sur del estrecho, con el promontorio de Mastusia en la orilla de Tracia y el estuario del río Escamandro en la orilla asiática.

Cerca del Escamandro estaba Troya, la fabulosa Ilión, de cuyas calcinadas minas su antepasado Eneas había huido de Agamenón. Lástima no haber podido visitar el impresionante lugar, pensó César. Ya tendría oportunidad, se dijo, encogiéndose de hombros.

El tiempo no se estropeó, y la flota, sin dispersarse, alcanzó el cabo norte de Lesbos seis días antes de lo previsto. Como no entraba en los planes de César llegar a su destino antes de las calendas de noviembre, volvió a consultar con el primer piloto y puso la flota al abrigo dentro de la

rizada palma de la península de Cidonia, en la costa asiática, frente a Mitilene. El enemigo le traía sin cuidado; lo que quería era sorprender al ejército romano de asedio. Y dejar a Termo con dos palmos de narices.

—Tenéis una suerte fenomenal —dijo el primer piloto, cuando volvieron a levar anclas la víspera de las calendas de noviembre.

—¿Por qué?

—Jamás he visto una mar mejor en esta época del año, y el tiempo se mantendrá todavía unos días.

—Entonces, al anochecer echaremos el ancla en alguna ensenada que encontremos en Lesbos, y al amanecer iré al encuentro del ejército con el navío ligero más rápido que haya —dijo César—. No tiene objeto aparecer con toda la flota hasta que el comandante me dé órdenes de dónde situarla.

César encontró al ejército poco después de salir el sol al día siguiente, y desembarcó para presentarse a Termo o a Lúculo, quienquiera que estuviera al mando. Resultó ser Lúculo, pues Termo seguía en Pérgamo.

Se vieron en un lugar desde el cual Lúculo observaba la construcción de un muro con foso a través del brazo de tierra en que se asentaba Mitilene.

Quien realmente sentía curiosidad era César —Lúculo era un hombre con fama de enojadizo que menospreciaba a los oficiales jóvenes—, y se limitó a anunciarse como simple tribuno militar. Su fama en Roma había aumentado a lo largo de los años desde que había sido fiel cuestor de Sila y el único legado que había apoyado su primera marcha sobre Roma, cuando aquél era cónsul. Desde entonces había sido partidario del dictador, a tal extremo que Sila le había confiado misiones que no suelen desempeñar los que no han sido pretores: había hecho la guerra contra Mitrídates, permaneciendo en la provincia de Asia tras el regreso de Sila a Italia, conservándosela, mientras que el gobernador Murena hacía, sin permiso de Roma, la guerra contra Mitrídates en Capadocia.

César vio a un hombre delgado, de buen aspecto y estatura un poco mayor a la media, que andaba un poco rígido, no porque tuviera mal las articulaciones sino por pura rigidez mental. No era guapo, pero tenía una

fisonomía interesante con aquel rostro alargado y pálido, rematado por una cabellera espesa y ondulada gris mate. Al aproximarse, vio que sus ojos eran de un gris claro, suave y frío.

—¿Y bien? —preguntó el comandante, frunciendo el ceño.

—Soy Cayo Julio César, tribuno militar.

—Supongo que te envía el gobernador.

—Sí.

—Bien. ¿Para qué querías verme? Estoy ocupado.

—He traído tu flota, Lucio Licinio.

—¿Mi flota?

—La que el gobernador me mandó traer de Bitinia.

—¡Por los dioses! —exclamó Lúculo, clavando en él su fría mirada.

César permaneció callado.

—¡Es una buena noticia! No sabía que Termo había enviado dos tribunos a Bitinia. ¿Cuándo te envió a ti? ¿En abril?

—Creo que soy el único que envió.

—César... César... ¡Tú no puedes ser el que envió a finales de quintilis!

—Sí, yo soy.

—¿Y ya has reunido una flota?

—Sí.

—Pues tienes que volverte con ella, tribuno. El rey Nicomedes te habrá dado una porquería.

—La flota no es ninguna porquería. Traigo cuarenta navíos que he inspeccionado personalmente en cuanto a navegabilidad: dos de dieciséis órdenes de remos, ocho quinquerremes, diez trirremes y veinte mercantes transformados, que el rey me dijo serían mejor para el bloqueo de invierno que las galeras ligeras sin puente —dijo César, reprimiendo su extraordinaria satisfacción con gran dominio.

—¡Por los dioses! —volvió a exclamar Lúculo, examinando ya detenidamente al joven tribuno, como si fuese un personaje monstruoso de circo, al tiempo que un leve gesto de admiración aflojaba el gesto adusto de su boca y su mirada se suavizaba—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Sé cómo persuadir a la gente.

—Me gustaría saber qué le dijiste, porque Nicomedes es de lo más tacaño que hay.

—No temas, Lucio Licinio, traigo la factura.

—Llámame Lúculo; aquí hay por lo menos seis Lucios Licinios —dijo el general, echando a andar hacia la orilla—. No hace falta que me digas que tienes la factura. ¿Cuánto nos cobra por las de dieciséis órdenes de remos?

—Sólo la comida y el sueldo de las tripulaciones.

—¡Por los dioses! ¿Dónde tienes esa fantástica flota?

—Anclada una milla más arriba de la costa, hacia el Helesponto. Pensé que sería mejor adelantarme y preguntarte si querías que la fondeara aquí o que fuese directamente a bloquear los puertos de Mitilene.

Lúculo ya no andaba tan estirado.

—Creo que nos pondremos en seguida manos a la obra, tribuno —contestó frotándose las manos—. ¡Qué golpe para Mitilene! Ellos están convencidos de que pueden avituallarse durante todo el invierno.

Cuando los dos llegaron al navío ligero y Lúculo subió hábilmente a bordo, César se quedó rezagado.

—¿Qué sucede, tribuno, no vienes?

—Si lo deseas. No conozco muy bien las costumbres militares y no quiero cometer errores —replicó César.

—¡Vamos, hombre, sube!

Hasta que los veinte remeros —diez a cada costado— hubieron dado la vuelta al barco, poniéndolo proa al norte, no volvió Lúculo a decir nada.

—¿No conoces bien las costumbres militares, eh? Ya tienes más de diecisiete años, ¿no? Y no me has dicho que fueses contubernalis.

Conteniendo un suspiro (pensando en que iba a hastiarse de dar explicaciones), César contestó sin inmutarse:

—Tengo diecinueve, pero es mi primera campaña. He sido flamen dialis hasta junio.

Pero Lúculo no quería muchos detalles; era inteligente y estaba muy ocupado. Asintió con la cabeza, dando por supuesto toda una serie de cosas que otros hubieran preguntado.

—César... ¿tu tía fue la primera esposa de Sila?

—Sí.

—Entonces eres su protegido.

—De momento.

—¡Bien dicho! Yo soy su más leal partidario, tribuno, y te lo digo como una advertencia obligada, dado tu parentesco con él. No permito que nadie le critique.

—De mí no oirás ninguna crítica, Lúculo.

—Bien.

Se hizo un silencio, roto únicamente por el gruñido rítmico de los veinte remeros. Al cabo de un rato, Lúculo volvió a hablar con cierto tono de regocijo.

—De todos modos, me gustaría saber cómo conseguiste una flota tan poderosa del rey Nicomedes.

Su profundo deleite surgió de pronto de una manera que César aún no había aprendido a dominar, y dijo algo indiscreto a una persona que no conocía.

—Baste decir que el gobernador me irritó y no quiso creer que yo pudiera obtener cuarenta naves para las calendas de noviembre. Sentí mi orgullo herido y me propuse conseguirlas. ¡Y ahí están! Ha sido consecuencia lógica de la falta de fe por parte del gobernador en mi capacidad para cumplir mi palabra.

La respuesta irritó sobremanera a Lúculo; era un hombre que detestaba tener en su ejército gente presuntuosa, y aquella afirmación le parecía sumamente arrogante. Por ello se dispuso a dar una lección al presumido.

—Conozco muy bien a esa vieja meretriz de Nicomedes —dijo con voz glacial—. Tú eres muy guapito y él muy descarado. ¿Le gustaste? ¡Sí, claro que le gustaste! —añadió inmediatamente, sin dar tiempo a que César contestase—. ¡Has hecho muy bien, César! No todos los romanos hacen gala de tan noble propósito de supeditar la castidad a los intereses de Roma. Creo que debemos llamarte el rostro que hizo botar cuarenta navíos. ¿O más bien el culo?



La ira asomó al rostro de César con tal rapidez que tuvo que clavarse las uñas en la palma de la mano para contener sus brazos; nunca en su vida había tenido que violentarse tanto para no perder la cabeza, pero lo logró con un duro esfuerzo que jamás olvidaría. Volvió los ojos hacia Lúculo y los clavó en él. Y Lúculo, que había visto miradas como aquélla en muchas ocasiones, palideció. De haber habido sitio para retirarse, lo habría hecho, pero tuvo que aguantar donde estaba con gran esfuerzo.

—Conocí la primera mujer —dijo César con voz monocorde— cuando estaba a punto de cumplir catorce años, y no podría decir el número de las que han venido después. Lo que quiere decir que conozco muy bien las mujeres. Y esa acusación que acabas de hacer, Lucio Licinio Lúculo, es la que suelen hacer las viejas. Las mujeres, Lucio Licinio Lúculo, no disponen de otra arma que sus cunni para lograr sus fines o lo que otro hombre les pida para sí. El día que tenga que recurrir al sexo para conseguir lo que quiero, Lucio Licinio Lúculo, me atravesaré con la espada. Tienes un nombre glorioso, pero comparado con el mío es menos que polvo. Has empañado mi dignitas, y no descansaré hasta borrar esa mancha. A ti no te importa el método de que me valí para conseguirte la flota. ¡Ni a Termo! No obstante, puedes tener la seguridad de que la obtuve de forma honorable y sin tener que pasar por el lecho del rey, ni tampoco de la reina. Cuando se explota el sexo los resultados son efímeros y yo no logro mis propósitos de esa manera, sino usando mi inteligencia, un don que me parece escaso entre los mortales. Por consiguiente, llegaré lejos. Más lejos probablemente que tú.

Concluida su réplica, César le dio la espalda y contempló las obras de asedio, cada vez más empequeñecidas por la distancia, que destruían los alrededores de Mitilene. Y Lúculo, apabullado, daba gracias para sus adentros de que el diálogo hubiese tenido lugar en latín y no se hubiesen enterado los remeros. ¡Oh, gracias, Sila, por habernos mandado semejante avispon a romper la placidez del asedio! Nos dará más preocupaciones que mil Mitilenes.

El resto del viaje se realizó en el más absoluto silencio; César sumido en sus pensamientos, y Lúculo torturándose el cerebro para descubrir la

manera de desdecirse sin mancillar la buena opinión que de sí mismo tenía, pues era inconcebible que él, el comandante de aquella guerra, se rebajase a pedir excusas a un joven tribuno militar. Y como no acababa de hallar una solución satisfactoria, al final del breve viaje ascendió la escala de la galera de dieciséis órdenes de remos más próxima como si César no existiera, y, una vez en la cubierta, extendió el brazo con la palma abierta para detener al joven, que comenzaba a ascender también.

—No subas, tribuno —dijo con frialdad—. Vuelve al campamento y acuartélate. No quiero verte.

—¿Tengo libertad para recoger mis criados y caballos?

—Desde luego.

Si Burgundus, que conocía a su amo tan bien como el que más, estaba seguro de que algo no había ido bien durante el tiempo que César había estado ausente, tuvo la prudencia de no hacer ningún comentario al ver aquel rostro enfurruñado y aquella mirada glacial durante todo el camino hacia el campamento de Lúculo.

El propio César ni recordó el camino ni se dio cuenta de la disposición del campamento al que se dirigían. Un centinela les señaló la vía principalis e indicó al joven tribuno militar que hallaría alojamiento en el segundo edificio de ladrillo de la derecha. No era aún mediodía, pero era como si la mañana hubiese sido de mil horas, y la clase de hastío que notaba César ahora era muy distinta; un hastío hosco, medroso y ciego.

Como era un campamento permanente que no esperaban abandonar hasta la primavera, el ejército estaba instalado con mayor comodidad que bajo las tiendas de cuero. Para la tropa, hileras interminables de cabañas de madera de ocho soldados; para los auxiliares, construcciones de madera más grandes con capacidad para ochenta; para los legados, una edificación igual; para los oficiales de grado medio, un edificio de ladrillo de cuatro pisos, y para los tribunos militares el mismo tipo de edificio, aunque más pequeño.

La puerta estaba abierta y salían voces del interior, cuando César se acercó al umbral; los criados y las cabalgaduras aguardaron afuera.

Al principio no vio gran cosa del interior, pero pronto sus ojos se habituaron a la penumbra y captó el ambiente antes de que nadie advirtiese de su presencia. En medio de la habitación había una gran mesa, en torno a la cual se sentaban siete jóvenes con los pies calzados con botas puestos sobre ella. No los conocía; era el inconveniente de haber sido flamen dialis. En ese momento, uno de los jóvenes, fuerte y de cara agradable, miró hacia la puerta y le vio.

—¡Hola! Entra, vamos —dijo en tono afable.

César cruzó el umbral con mayor confianza en sí mismo de la que sentía, pues aún reflejaba su rostro la indignación por la imputación de Lúculo. Los siete que clavaron sus ojos en él vieron un Apolo decaído, y todos fueron bajando los pies de la mesa y guardaron silencio, tras el saludo inicial, sin dejar de mirarle.

Luego, el de la cara agradable se puso en pie y se acercó a él con la mano extendida.

—Soy Aulo Gabinio —dijo, echándose a reír—. ¡No te muestres tan altanero, seas quien seas, que ya hay muchos de éstos!

—Cayo Julio César —contestó él, estrechando su mano con fuerza, pero sin ánimo para devolverle la sonrisa—. Creo que tengo que alojarme aquí. Soy tribuno militar.

—Ya sabíamos que aparecería el octavo —dijo Gabinio, volviéndose hacia los demás—. Eso somos todos, tribunos militares, la escoria del ejército y un quebradero de cabeza para nuestro general. ¡A veces hacemos algo, pero como no nos pagan, el general no puede pedir mucho más! Acabamos de comer y algo ha quedado. Pero primero ven que te presente.

Los demás se habían ido poniendo en pie.

—Cayo Octavio —dijo uno bajo y musculoso, guapo al estilo griego, con pelo castaño y ojos pardos, y orejas que le sobresalían como asas. Le estrechó la mano con agradable firmeza.

—Publio Cornelio Léntulo, llámame Léntulo.

Era evidente que aquél era uno de los que se daban aires, y poseía la fisonomía de los Cornelios de tez morena y cara fea. Parecía como si le costase estar a la altura de las circunstancias, aunque se le notaba firmemente decidido a estarlo; inseguro, pero terco.

—Éste es Léntulo el guapo: Lucio Cornelio Léntulo, el Negro.

Otro de los arrogantes y otro Cornelio, pero con más ínfulas que el otro Léntulo.

—A Lucio Marcio Filipo hijo le llamamos Lipo.

Era un joven de ojos grandes, oscuros y soñadores, en un rostro más agradable que el de su padre, heredado de su abuela Claudia, sin duda, a quien se parecía. Daba la impresión de ser una persona tranquila y apacible; le estrechó la mano con afabilidad, pero sin blandura.

—Marco Valerio Mesala Rufo, conocido por Rufo el Rojo.

Aquél no era de los arrogantes, pese a que su apellido patricio era de los más enaltecidos. Rufo era, efectivamente, rojo de pelo y ojos, aunque no parecía de temperamento sanguíneo.

—Y por último, como de costumbre, pues siempre miramos por encima de su cabeza, Marco Calpurnio Bíbulo.

Bíbulo era el más arrogante de todos, quizá porque era el más bajito y el menos fuerte. Sus rasgos físicos le conferían una especie de superioridad natural debido a sus pómulos prominentes y su nariz romana bulbosa; tenía boca despectiva y frente recta sobre sus ojos gris claro, algo saltones. Pelo y cejas eran rubio pajizo, pero no dorado, lo cual le hacía parecer mayor de sus veintiún años.

Rara vez dos individuos sienten mutuamente al conocerse un desagrado inexplicable, pero es algo instintivo e inevitable. Y ese desagrado brotó entre Cayo Julio César y Marco Calpurnio Bíbulo al mirarse. El rey Nicomedes le había hablado de enemigos potenciales: sin duda alguna aquél era uno de ellos.

Gabinio cogió una octava silla arrimada a la pared y la acercó a la mesa, entre la suya y la de Octavio.

—Siéntate y come —dijo.

—Me sentaré con mucho gusto, pero me perdonaréis que no coma.

—¡Pues bebe un poco de vino!

—No lo pruebo.

—¡Ah, pues te encantará vivir aquí! —exclamó con una risita—. Las vomitonas van de pared a pared.

—¡Tú eres el flamen dialis! —exclamó Filipo hijo.

—Era el flamen dialis —replicó César, decidido a no decir más, pero cambió de idea—. Si os cuento ahora la historia no volváis a preguntarme.

Y procedió a contarle todo a grandes rasgos, con palabras tan escogidas que todos ellos, pese a que no eran intelectuales, comprendieron inmediatamente que el nuevo tribuno era individuo de grandes luces, si no un erudito.

—Vaya historia —comentó Gabinio cuando hubo concluido.

—Entonces sigues casado con la hija de Cinna —dijo Bíbulo.

—Sí.

—¡Y ahora, sin remedio, nos vemos trabados en el antiguo combate, Gabinio! —dijo Octavio con una carcajada—. ¡Con César son cuatro patricios! ¡Guerra a los muertos!

Los demás le fulminaron con la mirada y no dijo más.

—¿Vienes de Roma, verdad? —inquirió Rufo.

—No, de Bitinia.

—¿Y qué hacías en Bitinia? —preguntó Léntulo el feo.

—Reuniendo una flota para la toma de Mitilene.

—Seguro que volviste loco a esa vieja maricon de Nicomedes —añadió Bíbulo sin poder contenerse, a pesar de que sabía que era una grosería capaz de ofender a cualquiera.

—Pues, efectivamente —respondió César con tranquilidad.

—¿Conseguiste la flota? —insistió Bíbulo.

—Naturalmente —respondió César con una arrogancia que ni el propio Bíbulo hubiera igualado.

Bíbulo lanzó una carcajada descarnada como su propio rostro.

—¿Natural o antinaturalmente? —preguntó.

Lo que sucedió a continuación nadie lo vio. Lo único que vieron los seis pares de ojos fue a César al otro lado de la mesa agarrando a Bíbulo a pulso

a cierta altura. El hombrecillo resultaba grotesco, tratando de alcanzar con sus cortos brazos el rostro sonriente de César. Parecía una escena de mimo.

—Si no fueses tan insignificante como una pulga —dijo César—, ya estaría fuera haciéndote morder el polvo. Desgraciadamente, Pulex, sería un asesinato matar a golpes a una insignificancia como tú. ¡No vuelvas a acercarte a mí, Pulga! —Y, sin dejarle en el suelo, miró en derredor buscando un sitio apropiado: un armario de casi dos metros, en el que le subió sin aparente esfuerzo, esquivando sus patadas—. Patalea ahí arriba un rato, Pulex.

Dicho lo cual salió del cuarto.

—¡Realmente te cae bien eso de Pulex, Bíbulo! —dijo Octavio riendo—. A partir de ahora te llamaré así, te lo mereces. ¿Y tú, Gabinio? ¿Vas a llamarle Pulex?

—¡Le llamaré más bien Podex! —exclamó Gabinio rojo de indignación—. ¿Pero, cómo se te ocurrió decir eso, Bíbulo? ¡No venía a cuento y nos has dejado en mal lugar! —añadió mirando a los demás, furioso—. No sé lo que pensáis hacer vosotros, pero yo voy a ayudar a César a descargar.

—¡Báj ame! —chilló Bíbulo desde encima del armario.

—¡Yo no! —contestó Gabinio con desprecio.

Al final nadie quiso ayudarle y Bíbulo tuvo que tirarse de un salto, porque el mueble era poco estable para bajarse descolgándose.

Pese a su rabiosa indignación, se sentía también turbado y mortificado. Gabinio tenía razón. ¿Cómo se le habría ocurrido decir aquello? Lo único que había logrado era quedar como un patán, había perdido la estima de sus compañeros y ni siquiera podía felicitarse por haber ganado el reto. César le había derrotado fácilmente, y con honor, no por abstenerse de golpear a uno más pequeño que él, sino poniendo de manifiesto esa pequeñez. Era natural que Bíbulo estuviera resentido por la estatura y los músculos de sus compañeros; bien sabía que el mundo era de los hombres altos y fuertes. El aspecto físico de César había bastado para provocarle —el rostro, el cuerpo, la altura— y, además, el joven había hablado con una fluida cascada de palabras escogidas. ¡No había derecho!

No sabía a quién odiaba más, si a sí mismo o a Cayo Julio César, el superdotado. De afuera le llegaban los ecos de unas risotadas intrigantes que eran una tentación. Despacio, se fue acercando a la puerta y miró cautelosamente. Allí estaban sus colegas tribunos desternillándose de risa viendo al superdotado montado en... ¡una mula! No podía oír lo que decía, pero imaginaba que era algo divertido, ingenioso, simpático, agradable, irresistible, fascinante, interesante, bien traído.

—Bueno —se dijo, mientras se dirigía a su cuarto—, jamás se verá libre de esta pulga.

Al empezar el invierno y con él la fase del asedio en que todo se reducía a la mínima actividad por parte de los sitiadores, que esperaban la rendición por hambre de los sitiados, Lucio Licinio Lúculo halló un momento para escribir a su admirado Sila.

*Tengo buenas esperanzas de que esto acabe en primavera gracias a una sorprendente circunstancia de la que te hablaré más adelante. En primer lugar, quiero que me concedas un favor. Si logro tomar Mitilene en primavera, ¿puedo regresar a Italia? Ha sido una larga campaña, querido Lucio Cornelio, y tengo ganas de ver Roma, y no digamos a ti. Mi hermano Varrón Lúculo es ya de edad y experiencia para ser edil curul, y me gustaría compartir con él la edilidad. No hay cargo como ése para que lo compartan dos hermanos con la aprobación popular. ¡Imagínate qué juegos organizaríamos! Yo tengo treinta y ocho años y mi hermano treinta y seis, casi la edad del pretorado, y no hemos sido ediles. Te ruego que nos concedas ese cargo y luego el de pretor lo antes posible. De todos modos, si consideras que mi solicitud es imprudente o inmerecida, lo entenderé.*

*Parece que Termo controla la provincia de Asia, una vez que a mí me ha asignado el asedio de Mitilene para tenerme entretenido y que no le estorbe. Realmente no es mala persona. Los indígenas le estiman porque tiene paciencia para escuchar sus cuentos de por qué no pueden pagar el*

*tributo, y a mí me gusta porque después de escucharlos con tanta paciencia insiste en que deben pagarlo.*

*Las dos legiones que tengo están formadas por tropas muy tormentosas. Las tuvo Murena en Capadocia y Ponto y Fimbria antes que él. Tienen una independencia de criterio que no me gusta nada, y estoy tratando de quitársela. Naturalmente, están resentidas por tu edicto que no les permite regresar a Italia por haber sancionado el asesinato de Flaco por mano de Fimbria, y periódicamente me envían una delegación para solicitar que se derogue. Saben que dan en hierro frío y al mismo tiempo se dan cuenta de que las diezmaré apenas me den una excusa. Son soldados romanos y tienen que hacer lo que se les ordene. Me pongo frenético cuando los veteranos que han ascendido a oficial y los tribunos jóvenes se creen con derecho a opinar. Pero más adelante te hablo de esto.*

*Yo creo que, tal como andan las cosas, Mitilene habrá cedido bastante en su resistencia en primavera, y entonces intentaré un asalto frontal. Dispondré de varias torres y no puede fallar. Si logro Àsometer esta ciudad antes del verano, el resto de la provincia de Asia se doblegará sumisa.*

*El principal motivo por el que tengo tantas esperanzas se debe a que dispongo de la imponente flota enviada por —ni te lo imaginas— ¡Nicomedes!. Termo envió a tu sobrino político, Cayo Julio César, a finales de quintilis, para solicitarla, y me escribió comunicándomelo, bien que ninguno de los dos esperábamos contar con ella antes de marzo o abril. Pero, mira por dónde, Termo tuvo la audacia de reírse de la seguridad que mostraba el joven César diciéndose capaz de tener reunida la flota tan pronto. Bien, César partió y pidió la flota que Termo quería en una fecha determinada, sin andarse con rodeos. Cuarenta naves, la mitad de ellas quin querremes y trirremes cubiertas, para entregar en las calendas de noviembre. Las órdenes que había dado Termo a este joven arrogante.*

*¿ Y querrás creer que César apareció en mi campamento en las calendas de noviembre con una flota mejor de lo que habría podido esperarse de una persona como Nicomedes? ¡Y con dos galeras de dieciséis órdenes de remos por las que no he tenido que pagar más que la manutención y los sueldos de las tripulaciones! Cuando vi la cuenta me*



*quedé aturdido; Bitinia tendrá su ganancia, pero no escandalosa. Lo que me obliga a devolvérsela honorablemente en cuanto caiga Mitilene. Y habrá que pagar. Desde luego, espero poder sacar la suma del botín. Pero si no fuese tan importante como creo, ¿podrías hacer que el Tesoro concediese un empréstito especial?*

*Tengo que añadir que el joven César se mostró arrogante e insolente cuando me entregó la flota, y me vi obligado a pararle los pies. Naturalmente, sólo hay un medio para haber podido conseguir tan magnífica flota en tan poco tiempo de ese maricón de Nicomedes: acostarse con él. Así se lo dije para que no se diera aires, ¡pero mucho dudo que haya manera de bajarle a César los humos! Se revolvió como una serpiente de cascabel y me dijo que no necesitaba recurrir a trucos de mujeres para obtener las cosas, y que el día que tuviera que hacerlo se clavaría la espada. Me dejó pensando en cómo someterle a la disciplina; un problema que no suelo tener, como bien sabes. Al final pensé que quizá sus colegas tribunos militares lo consigan. Los recordarás, pues debiste verlos en Roma antes de que marcharan. Son Gabinio, los dos Léntulos, Octavio, Mesala Rufo, Bibulo y el hijo de Filipo.*

*Tengo entendido que el pequeño Bibulo lo intentó y acabó en lo alto de un armario. Desde entonces se han dividido bastante las filas de los tribunos; César ha formado bando con Gabinio, Octavio y el hijo de Filipo; Rufo es neutral, y los dos Léntulos y Bibulo le odian. Siempre surgen problemas durante las operaciones de asedio; por supuesto, es consecuencia del hastío, y resulta difícil azotar a estos discolos por faltas de servicio, incluso para mí. Pero es que César causa dificultades sin cuento. Detesto tener que molestarme con una persona a este nivel tan bajo, pero no he tenido más remedio en varias ocasiones. César es tremendo. Bien parecido, seguro de sí mismo, muy consciente de su, ¡ay!, gran inteligencia.*

*Aunque hay que decir que César presta servicio. No para. Yo no sé cómo puede ser, pero casi todos los oficiales por ascenso le conocen, y —lo que es peor— le estiman. Él sabe imponerse. Mis legados han optado por eludirle porque no acepta órdenes en una tarea si a él no le parece bien la*

*forma en que se hace. ¡Y desgraciadamente, la manera que él dice es siempre la mejor! Es uno de esos individuos que se lo saben todo de antemano, antes de que se dé el primer golpe o el subordinado grite la primera orden. La consecuencia es que la mayoría de las veces mis legados quedan en ridículo, azorados.*

*La única manera que hasta ahora he logrado descubrir que menoscaba su seguridad es comentar cómo logró obtener la flota del rey Nicomedes a precio de ganga. Eso sí funciona; hasta el punto de que se indigna profundamente. Pero ¿piensas que él iba a hacer lo que yo quería, que me agrediese, dándome una excusa para someterle a un tribunal militar? ¡No! Es demasiado listo y sabe dominarse. ¡Y tuvo la impudicia de comentarme que mi alcurnia comparada con la suya es menos que polvo!*

*Basta de jóvenes tribunos. Tengo que encontrar algo que decir de los oficiales mayores, los primeros legados, por ejemplo. Pero me temo que no se me ocurre nada.*

*Me han dicho que has entrado en el mundo de los negocios y que le has encontrado a Pompeyo el joven Carnicero una esposa de categoría muy superior a él. Si te queda tiempo podrías encontrarme una esposa. Estoy fuera de Italia desde que cumplí treinta años y ya tengo casi la edad de pretor y sin esposa ni hijo que me suceda. Lo malo está en que prefiero el buen vino, la buena comida y pasarlo bien en vez de la clase de mujer con la que un Licinio Lúculo debe casarse. Además, me gustan las mujeres muy jóvenes, y ¿quién va a estar tan apurado económicamente que me dé una hija de trece años? Si sabes de alguien, dímelo. Mi hermano se niega rotundamente a actuar de intermediario, así que ya puedes imaginarte lo que me alegra saber que tú te dedicas a ello.*

*Te quiero y te echo de menos, querido Lucio Cornelio.*

A finales de marzo, Marco Minucio Termo llegó de Pérgamo y coincidió con Lúculo en que había que atacar. Al enterarse de los detalles relativos a César y la flota de Bitinia, soltó verdaderas carcajadas, pese a que Lúculo aún no le veía la gracia, pues estaba más que harto de que la

cadena de mando le pasase continuas quejas contra sus rebeldes y pendencieros tribunos jóvenes.

Sin embargo, existía un antiguo reglamento militar que se aplicaba por tradición: si un hombre es causa constante de problemas, se le destina a un puesto en combate en el que halle la muerte. Y haciendo sus planes para el asalto de Mitilene, Lúculo decidió actuar conforme a esa costumbre militar. César tenía que morir. Él tenía mando pleno en la batalla que se avecinaba, pues Termo se reservaba el papel de mero observador.

No era nada extraordinario que un general convocase a consejo a todos sus oficiales, pero sí era raro en el caso de Lúculo que suscitara comentarios. Y no es que a nadie le extrañara ver en él a los tribunos militares jóvenes, porque eran notoriamente díscolos y el general no confiaba mucho en ellos; normalmente servían de mensajeros a las órdenes del tribuno de su respectiva legión, y ese destino les dio al dar los últimos detalles en el consejo. Excepto a César, a quien dijo en tono glacial:

—Eres un auténtico quebradero de cabeza, pero he observado que te gusta cumplir. Por consiguiente, he decidido darte el mando de una cohorte especial compuesta por los peores elementos de la «Fimbria». Cohorte que quedará en reserva hasta que yo vea dónde opone mayor resistencia el enemigo, para ordenar entonces que acuda a esa zona del combate. Tú, como jefe, tendrás que arreglártelas para invertir la situación.

—Eres hombre muerto —dijo Bíbulo con complacencia cuando se sentaron en el alojamiento después del consejo.

—¡Yo no! —exclamó César entusiasmado, cortando con la espada un pelo de la cabeza y otro con el puñal.

Gabinio, que apreciaba mucho a César, le miró preocupado.

—¡Hay que ver lo grandísimo mentula que eres! —exclamó—. Si te callaras y no te hicieras notar no te elegirían para cosas así, porque te ha encomendado una misión que no es para un tribuno joven, y menos cuando no ha servido en ninguna campaña. Todas sus tropas son de Fimbria y están castigadas con el exilio, y ha reunido a los que más detesta para ponerte a ti al mando. Si quería asignarte el mando de una cohorte, tendría que haberte dado tropas de las legiones de Termo.

—Eso ya lo sé —replicó César sin alterarse—. Y tampoco puedo evitar ser un grandísimo mentula... Pregunta a las mujeres del campamento.

Algunos se echaron a reír y otros le miraron furiosos; los que le detestaban le hubieran perdonado más fácilmente su actitud si durante el invierno no se hubiese ganado una envidiable fama entre las cantineras, realzada más aún por la novedad de que la elegida tenía que estar limpia y reluciente.

—¿Y no te preocupa lo más mínimo? —preguntó Rufo el Rojo.

—No —contestó César—. Tengo tanta suerte como talento. Ya veréis —añadió, guardando con cuidado la espada y el puñal en sus respectivas vainas y disponiéndose a llevarlos a su habitación. Al pasar junto a Bíbulo le hizo cosquillas debajo de la barbilla—. No tengas miedo, pulguita, tú eres tan pequeño que el enemigo no te verá.

—Si no estuviese tan seguro de sí mismo, sería más soportable —comentó Léntulo el feo a Léntulo el Negro, mientras subían hacia sus cuartos.

—Ya habrá algo que le rebaje los humos —dijo el último.

—Espero estar presente para verlo —añadió Léntulo el feo con un estremecimiento—. Mañana va a ser una jornada terrible, Negro.

—Sobre todo para César —contestó Léntulo con una aviesa sonrisa de satisfacción—. Lúculo lo envía al matadero.

Había seis torres de asalto cerca de las murallas de Mitilene, cada una de ellas capaz de permitir el ascenso de centenares de soldados que tomasen los adarves lo bastante aprisa como para desbordar a los defensores. Desgraciadamente para Lúculo, los defensores sabían de sobra que tenían menos posibilidades de resistir semejante asalto que de vencer en un combate pírrico fuera de las murallas.

A media noche despertaron a Lúculo con la noticia de que las puertas de la ciudad estaban abiertas y comenzaban a salir sesenta mil hombres para tomar posición en la explanada entre la ciudad y el muro de asedio que habían levantado los romanos.

Sonaron las trompetas, repicaron los tambores y resonaron los cuernos, y en el campamento romano se produjo una frenética actividad al llamar Lúculo a sus hombres a las armas. Contaba ahora con las cuatro legiones de Asia, ya que Termo había traído las otras dos que no formaban parte del ejército de Fimbria y que, por consiguiente, tenían derecho a regresar a Roma con el gobernador cuando cesase en su cargo. Por ello, su presencia en el asedio de Mitilene había hecho que las tropas de Fimbria recordasen su castigo del exilio y volviera a surgir el descontento. Ahora que era inevitable una batalla campal, Lúculo temía que esas tropas cedieran, lo que hacía aún más necesario que la cohorte de César con los descontentos más notorios fuese separada del resto.

Lúculo disponía de veinticuatro mil hombres contra los sesenta mil de Mitilene, pero entre los curtidos guerreros de la ciudad habría más viejos y niños, como sucedía siempre que una plaza recurría a la población para defenderse de un asedio.

—¡Qué estúpido; debía de habérmelo imaginado! —exclamó furioso Lúculo.

—Lo que no entiendo es cómo sabían que íbamos a atacar hoy —comentó Termo.

—Seguramente por espías entre las mujeres del campamento —contestó Lúculo—. Las mandaré matar —añadió, mientras se disponía al combate—. Lo peor de todo es que aún es de noche y no se ven las posiciones que han ocupado. Tendré que mantenerlos a raya hasta que podamos elaborar un plan de ataque.

—Tú eres brillante en la táctica, Lúculo —dijo Termo—. Todo saldrá bien.

Al amanecer Lúculo estaba en lo alto de una de las torres contemplando la masiva formación enemiga que se hallaba ya en la tierra de nadie, al borde del foso de cuyo fondo habían desaparecido los millares de agudas estacas, pues Lúculo no deseaba que su ejército pereciera empalado en caso de verse obligado a una retirada. Una ventaja es que habría de ser una lucha a muerte, pues el muro del cerco impediría la desbandada. No es que

pensara en ello, pues las tropas de Fimbria eran tan buenas como las otras si les daba por combatir debidamente.

Antes de que saliera el sol, él mismo se llegó a la tierra de nadie rodeado de su cadena de mando para transmitir las órdenes.

—No puedo arengar a las tropas porque no me oirían —dijo con los labios prietos—. Así que todo depende de que me oigáis bien vosotros y obedezcáis al pie de la letra. Como punto de referencia os guiaréis por la puerta norte de Mitilene, que está en el centro de nuestro campo de operaciones. El ejército se extenderá en forma de media luna, con los flancos avanzados, pero justo en el centro quiero una fuerza ariete que se adelante a las demás unidades con el objetivo de tomar la puerta. La táctica consistirá en utilizar ese ariete para escindir en dos al enemigo y cercarlo con las dos alas de la media luna. Eso quiere decir que hay que mantener la formación, y los extremos de las alas deben avanzar al mismo nivel que el ariete. No hay caballería, y la infantería de los extremos tendrá que actuar como si lo fuera. Rápido y con contundencia.

Tendría a su alrededor unos setenta hombres, a los que hablaba subido sobre una caja para que todos le oyeran; estaban los centuriones de las cohortes además de los oficiales. Su severa mirada se detuvo en César, y en el centurión pilus prior que mandaba la cohorte de rebeldes en que había pensado en primer lugar como carnaza. Lúculo conocía perfectamente al agresivo pilus prior, sabía que se llamaba Marco Silio y que era un advenedizo mal educado, cabecilla siempre de las delegaciones que constantemente le enviaban las tropas de Fimbria. No era el momento de pensar en venganzas, sino de adoptar una decisión basada estrictamente en el sentido común. Y lo que debía decidir era si la cohorte tenía que formar como cabeza en el ariete del centro —con lo cual era casi seguro que perecería hasta el último hombre— o dejarla detrás de uno de los extremos de la media luna, donde lo más que podría hacer era servir de refuerzo. Y tomó la decisión.

—César y Silio: situaréis la cohorte en cabeza del ariete que avance hacia la puerta. Cuando lleguéis a ella, resistid a toda costa.

Tras lo cual, siguió dando órdenes.

—Los dioses me valgan, ese cunnus de Lúculo me ha dado un niño bonito por jefe —masculló Silio, torciendo el gesto y mirando a César, mientras Lúculo terminaba de dar las órdenes.

César respondió a la afrenta del veterano centurión con un simple fulgor de ira en la mirada, y se echó a reír.

—¿Y no prefieres tener por jefe a un niño bonito que ha estado dos años seguidos sentado en las rodillas de Mario escuchando cómo se combate que a un legado que no sabe dónde tiene la mano derecha?

¡Cayo Mario! Era el nombre que resonaba como una campana en el corazón de todo buen soldado romano. La mirada que Marco Silio dirigió a su jefe era inquisitiva y menos severa.

—¿Y qué eras tú de Cayo Mario? —preguntó.

—Era mi tío y creía en mí —contestó César.

—Pero ésta es tu primera campaña... y tu primer combate —replicó Silio.

—¿Te lo sabes todo, verdad, Silio? Pues toma nota de esto: no voy a dejarte a ti ni a tus hombres en la estacada, pero si me dejáis vosotros a mí haré que os azoten —le dijo César.

—Trato hecho —se apresuró a contestar Silio, alejándose para dar instrucciones a sus centuriones subordinados.

Lúculo no era el tipo de general que pierde el tiempo. En cuanto los oficiales transmitieron las órdenes y la tropa estuvo en formación, dio orden de avanzar. Le resultaba evidente que el enemigo no tenía plan de batalla, ya que sólo aguardaba apiñado en el terreno interior del muro de asedio, y, cuando el ejército romano inició el avance, aquel enemigo no hizo ningún movimiento de ataque; resistirían el ataque con los escudos y lucharían cuerpo a cuerpo, convencidos de vencerles por su superioridad numérica.

Tan astuto como agresivo, Silio hizo correr la voz entre sus seiscientos hombres de que el jefe era un niño bonito, sobrino, además, de Cayo Mario y que Cayo Mario creía en él.

César avanzaba en cabeza del estandarte, con el gran escudo rectangular en el brazo izquierdo y la espada sin desenvainar; Mario le había dicho que

no debía desenvainarse hasta el último momento antes de atacar al enemigo, porque:

—No puedes mirar el terreno, avances al paso o corras, y si la llevas desenvainada en la mano derecha y caes en un hoyo o tropiezas con una piedra, puedes herirte tú mismo —le había comentado balbuciente con su torcida boca paralizada.

César no tenía miedo ni en lo más íntimo de su ser, y ni por un instante se le ocurrió pensar que fuera a morir. En un momento dado advirtió que sus hombres iban cantando.

*¡So-mos-los-fim-bria-nos!*

*¡Ojo-a-los-fim-bria-nos!*

*¡Le-di-mos-al-rey-del-Pon-to!*

*¡So-mos-los-me-jo-res!*

Fascinante, pensó César conforme se acercaban cada vez más a las hordas de Mitilene. Debe de hacer cuatro años que murió Fimbria; cuatro años en los que habían combatido con dos Licinios, Murena y ahora con Lúculo. Fimbria era un lobo y ellos siguen considerándose soldados de él. Nunca se considerarán licinianos. No sé qué pensarán de Murena, pero a Lúculo le detestan. ¡No es de extrañar! Es un aristócrata estirado, que no cree que es útil que la tropa le estime. No sabe el error que comete.

En el momento preciso César hizo señal al corneta para que tocara «lanzar venablos», y se mantuvo erguido cuando por encima de su cabeza sintió los silbidos de las dos voleas, que hicieron buen estrago en las filas de los de Mitilene. ¡Adelante!

Desenvainó la espada y la hizo brillar al aire, oyendo el ruido propio de las seiscientas espadas desenvainadas, y se encaminó con calma hacia el enemigo como un senador andando por el Foro, escudo en ristre y sin preocuparse por lo que sucedía a sus espaldas. Corto y de doble filo muy afilado, el gladium no era un arma para blandirla sobre la cabeza y descargarla y César la empleaba con arreglo a su propósito: esgrimida a la



altura del vientre con la hoja en diagonal, punta hacia arriba. Estocada y empujón; empujón y estocada.

Al enemigo no le gustaba aquel tipo de ataque dirigido a las sensibles ijadas, y la cohorte de rebeldes fimbrianos siguió avanzando sin que los de Mitilene tuviesen espacio suficiente para manejar sus largas espadas por encima de la cabeza; la sorpresa les hacía retroceder, y la presión de los romanos los mantuvo suficientemente en retirada para ver aparecer por la brecha la columna-ariete de Lúculo que desde el centro de la media luna comenzó a internarse en las filas del enemigo.

Pero los de Mitilene, tras aquel primer retroceso, cobraron valor y se dispusieron a combatir con todas sus ganas, por odio a Roma, y decididos a morir antes que su querida ciudad cayera en manos extranjeras.

Pero César vio en seguida que aquel coraje era en gran parte ficticio. Cuando se te acerque un enemigo no hay que mostrar terror ni ceder terreno, porque si no pierdes el enfrentamiento psicológicamente y aumentan las posibilidades de morir. Atacar, atacar y seguir atacando; parecer invencible, y entonces es el enemigo el que cede terreno. Y César era excepcional en el ataque; dotado de sensibles reflejos y vista agudísima, combatió durante un buen rato sin pensar en lo que sucedía a sus espaldas.

Pero reflexionó y se dijo que había que pensar con inteligencia, aun en lo más encarnizado del combate. El era el jefe de la cohorte, y casi se había olvidado de su existencia. ¿Pero cómo volverse y ver lo que sucedía sin quedar aislado? ¿Cómo encontrar un punto elevado desde el cual formarse una idea de la situación? Notaba el brazo algo cansado, aunque la posición baja de ataque y el menor peso de su espada no podían compararse con el cansancio que sufría el enemigo con sus espadas mucho más pesadas: cada vez las blandían con menor precisión y las descargaban con menos fuerza.

Vio a un lado un montón de cadáveres enemigos en medio del reflujo de los que retrocedían, y redobló su fuerza de ataque para aprovechar la ocasión y subirse a él para ver. Únicamente sus piernas quedarían expuestas, pero podía girar en redondo sobre el siniestro montículo para parar cualquier golpe.

Sus hombres le vitorearon al verle, y eso le reconfortó; pero observó que la cohorte estaba aislada. El ariete de Lúculo había abierto brecha, pero no le habían apoyado debidamente. Estamos en una isla en medio del enemigo, pensó. ¡Pero aguantaremos y no moriremos! Descendió del montón con una serie de asombrosos saltos que sorprendieron al enemigo y se llegó al lado de Marco Silio que seguía avanzando.

—Estamos aislados. Toca «formación en cuadro» —dijo al corneta, que luchaba junto al portaestandarte.

El cuadrado se formó con inaudita precisión y rapidez. ¡Ah, qué buenas tropas! César y Silio entraron en el cuadrado y fueron recorriendo el perímetro animando a los soldados y ordenando reforzar los puntos débiles.

—Si tuviera una mula podría ver lo que está sucediendo en el campo de batalla —dijo César a Silio—, pero los tribunos militares al mando de una simple cohorte no van montados. Es un error.

—¡Eso se arregla! —dijo Silio, que ya le miraba con gran respeto, silbando a una docena de soldados de reserva que estaban allí cerca—. Te haremos una tribuna de hombres y escudos.

Al poco, César estaba de puntillas sobre una plataforma de cuatro hombres con los escudos por encima de la cabeza, a la que había accedido por escalones también humanos.

—¡Ten cuidado con los venablos! —le gritó Silio.

Ahora veía que el resultado de la batalla no estaba decidido, pero la táctica de Lúculo surtía efecto. El enemigo parecía hallarse a punto de ser arrollado inexorablemente por los flancos de la formación romana que se iban cerrando.

—¡Dame el estandarte! —gritó César, cogiéndolo al vuelo y enarbolándolo en dirección a Lúculo, muy visible sobre su caballo blanco—. Así al menos el general sabrá que estamos vivos y no retrocedemos como nos ordenó —dijo a Silio al bajar de su atalaya, al tiempo que dirigía un gesto grosero a dos lanceros enemigos—. Gracias por la tribuna. No se sabe muy bien quién va ganando.

Poco después los de Mitilene lanzaban un ataque decisivo contra el cuadrado de César.

—¡No podremos resistir! —dijo Silio.

—¡Sí que resistiremos! Que cierren filas como ano de pez —ordenó César—. ¡Vamos, Silio, a ello!

Y acto seguido se abrió paso, seguido del centurión, hasta el punto en que la lucha era más encarnizada, repartiendo mandobles a diestro y siniestro para desesperación del enemigo. Aquella cohorte aislada de romanos debía morir para ejemplo de los demás. Notó que alguien se abalanzaba sobre él, oyó un grito ahogado de Silio y vio caer la espada. Nunca se explicaría cómo había podido parar el golpe con el escudo, evitando que a Silio le partiera la cabeza; lo había hecho y había matado al enemigo con el puñal, a pesar de que lo empuñaba con la mano del escudo.

El incidente fue un momento de inflexión en el combate, pues a continuación notaron que disminuía la fuerza de ataque del enemigo y la cohorte pudo reemprender el avance. Llegaron a la puerta, y bajo su arco los fimbrianos se volvieron eufóricos cara al lejano muro de asedio: de allí nadie les desalojaría.

Y así fue. Aproximadamente una hora antes de caer el sol, Mitilene cedía, dejando treinta mil cadáveres en el campo de batalla, viejos y niños en su mayoría. Lúculo, inmisericorde, ordenó ejecutar a todas las mujeres de Lesbos del campamento romano, al tiempo que permitía a las de Mitilene recorrer el campo de batalla para recoger los cadáveres y enterrarlos.

César comprobó que tardaron un mes en poner orden en los destrozos de la batalla y que la tarea fue más ingente que los preparativos del combate. Su cohorte, a la que ya estaba estrechamente unido, había decidido que era digno del favor de Mario (aunque, desde luego, él se guardó mucho de decirles que el favor de Mario se había traducido en el cargo de flamen dialis) y era él quien ostentaba el mando. Unos días antes de la ceremonia en la que el general Lúculo y el gobernador Termo entregaban las condecoraciones a los que las habían merecido, el pilus prior Marco Silio se había presentado ante Lúculo y Termo para manifestarles

bajo juramento que César le había salvado la vida sin después ceder terreno al enemigo, y juró también que había sido César quien había salvado a la cohorte de una muerte cierta.

—De haber sido una legión, habrías ganado la Corona de Hierba —dijo Termo al colocarle la corona de roble en la cabezota dorada, abriéndola por los extremos—, pero como sólo es una cohorte, Roma te concede la corona cívica —hizo una pausa—. Sabes muy bien, Cayo Julio, que, al ganar la corona cívica, accedes automáticamente al Senado, y con arreglo a las nuevas leyes de la República tienes derecho a otros honores. ¡Decididamente, parece que Júpiter Optimus Maximus quiere verte en el Senado! Con esto recuperas el escaño que perdiste al dejar de ser flamen dialis.

César fue el único de la batalla de Mitilene que recibió tal honor, y su cohorte la única que recibió la phalerae para adornar el vexillum. A Marco Silio le concedieron un precioso arnés de nueve phalerae de oro, que él colgó orgulloso de su coraza de cuero; poseía ya nueve phalerae de plata (con las que ahora adornaba la espalda de la coraza), dos armillae anchas de plata y dos torcas de oro que colgaban de las trabillas de cuero de las hombreras.

—Esto se lo debo a Sila —dijo Silio a César, mientras formaban entre los otros condecorados en la tribuna para que el ejército los saludase—. Nos habrá negado el regreso a casa, pero fue justo y no nos quitó las condecoraciones. Eres un auténtico soldado, niño bonito —añadió, mirando admirado su corona de roble—. Nunca he visto otro mejor.

Y eso, se dijo César después, era mejor alabanza que todos los formalismos y enhorabuenas con que le abrumaron Lúculo, Termo y los legados durante el banquete celebrado en su honor. Gabinio, Octavio, Lipo y Rufo se congratularon sobremanera, pero los dos Léntulos no dijeron nada. Bíbulo, que no era cobarde, pero no había ganado nada porque había actuado de mensajero durante la batalla, no podía callarse.

—Me lo imaginaba —dijo apesadumbrado—. No has hecho nada que no hubiéramos podido hacer nosotros de haber tenido la suerte de hallarnos en igual situación. Pero tú, César, tienes más suerte que nadie.

César se echó a reír, al tiempo que le hacía cosquillas bajo la barbilla, una costumbre que había adquirido; pero Gabinio replicó.

—Eso es negar a una persona el mérito de su acción —dijo enojado—. César nos ha superado a todos trabajando este invierno, y nos ha aventajado en el campo de batalla trabajando aún más. ¿Suerte? ¡La suerte nada ha tenido que ver, tonto envidioso de estrechas miras!

—Ah, Gabinio, no te lo tomes así —dijo César, que podía permitirse ser afable, sabiendo que eso era lo que más le dolía a Bíbulo—. Siempre hay algo de suerte. ¡Una suerte especial! Es un signo del favor de la Fortuna que sólo tienen hombres de capacidad superior. Sila tiene suerte, y es el primero en decirlo. ¡Pero ya veréis! La suerte de César se hará famosa.

—Y la de Bíbulo brillará por su ausencia —sentenció Gabinio más tranquilo.

—Probablemente —añadió César, dando a entender por el tono que era un asunto que ni le iba ni le venía.

Termo y Lúculo, con sus legados, oficiales y tribunos, regresaron a Roma a finales de junio. El nuevo gobernador de Asia, Cayo Claudio Nerón, había llegado a Pérgamo para hacerse cargo de la provincia, y Sila había concedido permiso a Lúculo para regresar a Italia, informándole al mismo tiempo que él y su hermano Varrón Lúculo serían ediles el año próximo.

*Cuando llegues aquí —terminaba la carta de Sila— habrás sido elegido edil curul. Te ruego me excuses que no actúe como intermediario matrimonial; la suerte no parece acompañarme en esa actividad. Ya habrás sabido que ha muerto la esposa de Pompeyo. Además, si te inclinas por las niñas, mejor será que te las busques tú, mi querido Lúculo. Tarde o temprano encontrarás algún noble arruinado que esté dispuesto a venderte su hijita. ¿Y cuando crezca, qué? ¡Todas se hacen mayores!*

Fue Marco Valerio Mesala Rufo quien al llegar a Roma tuvo que arreglar un matrimonio. Su hermana —a la que quería mucho— había sufrido un radical divorcio por parte de su esposo, como ella misma le había informado en cartas regadas con lágrimas. Aunque seguía perjurando que le amaba con toda su alma, el divorcio había evidenciado que él no la quería en absoluto. Y no se entendía por qué, pues Valeria Mesala era hermosa, inteligente, bien educada y nada aburrida; no le gustaba el chismorreó, no era derrochadora y no dirigía miradas incitantes a otros hombres.

A finales de junio murió uno de los plutócratas más ricos de Roma, y sus dos hijos celebraron espléndidos juegos funerarios en su memoria en el Foro. Estaba previsto el combate de veinte parejas de gladiadores con lujosa coraza de plata, no una tras otra, como era costumbre, sino diez contra diez, tracios contra galos; pero entendido como estilos, no nacionalidades, pues eran los dos estilos que se practicaban entonces, y los contendientes procedían de las mejores escuelas de gladiadores de Capua. Ansiando diversión, Sila se dispuso a acudir, por lo que los huérfanos se apresuraron a instalar un palco restringido en el centro de la primera fila, orientado al norte, para que el dictador no corriera riesgo de apreturas.

No había ninguna regla del *mos maiorum* que impidiera la asistencia de mujeres ni que se sentasen entre los hombres; los juegos funerarios eran más bien un espectáculo de circo que una representación teatral. Marco Valerio Mesala, el primo de la divorciada, eufórico aún de su éxito al haber contratado a Cicerón para que defendiese a Roscio de Amena, pensó que el espectáculo animaría a la desesperada Valeria Mesala y la llevó a verlo.

Sila ya estaba sentado en su estrado del honor cuando llegaron los primos, y se hallaban ya casi todos los asientos ocupados. Se veía en la palestra, cubierta de serrín, a las diez parejas de gladiadores que hacían ejercicios y calentaban sus músculos aguardando a que los hermanos diesen la señal de empezar una vez hechas las plegarias y realizados los sacrificios por el difunto. En asuntos sociales como aquél era muy conveniente tener amigos de alcurnia, y sobre todo una tía ex vestal e hija de Metelo Baleárico, porque, sentada con su hermano Metelo Nepote, su esposa Licinia y el primo de ambos, Metelo Pío (que aquel año era cónsul y

personaje de gran influencia), era la antigua vestal Cecilia Metela Baleárica quien reservaba dos asientos que nadie osaba ocupar.

Para llegar a ellos, Mesala el Negro y Valeria Mesala hubieron de abrirse paso entre los que ya estaban sentados en la segunda fila, detrás del dictador, quien, como todos podían ver, se encontraba sereno y con buen aspecto, quizá porque el tacto y la habilidad de Cicerón le habían permitido descargarse bastante su mala conciencia por las proscripciones, y deshacerse de un problema arrojando a Crisógono desde la roca Tarpeya. En el Foro no había un alfiler; la plebe, encaramada en tejados y escalinatas, y los pudientes, acomodados en un graderío de madera al lado de la palestra de unos cuarenta pies de lado.

Los retrasados, como era habitual en Roma, tuvieron que sufrir toda clase de improperios al pasar molestando a los que ya estaban sentados; aunque a Mesala le importaba un bledo, la pobre Valeria no pudo por menos de avanzar musitando excusas. Luego, tuvo que pasar justo detrás del dictador, y, por temor a empujarle, clavó los ojos en su nuca y su espalda. Llevaba la ridícula peluca, por supuesto, y una toga praetexta bordada en púrpura, y sus veinticuatro lictores estaban agachados delante, a sus pies. Al pasar, Valeria vio una borla de lana púrpura enganchada en los pliegues del hombro izquierdo de la toga blanca de Sila, y, sin pararse a pensar, la cogió.

Sila jamás mostraba el menor indicio de temor en medio de la multitud, y siempre parecía inmune al peligro; pero al notar el suave contacto, se encogió, saltó del asiento y se volvió tan velozmente que Valeria retrocedió, pisando a alguien los pies. El dictador, borrado ya todo indicio de terror en sus ojos, vio a una mujer muy asustada, pelirroja y de ojos azules, joven y muy hermosa.

—Perdona, Lucio Cornelio —atinó a decir Valeria, humedeciéndose los labios y pensando en alguna explicación. Y para quitar hierro, le mostró la borla en su mano—. Es que la tenías en el hombro y pensé que cogiéndola podría tener algo de tu suerte. —Los ojos se le llenaron de lágrimas, que contuvo resueltamente con un mohín—. ¡Necesito suerte!

Sonriéndole sin abrir los labios, Sila cogió aquella mano que le tendía la borla y la cerró.

—Quédatela, y que te traiga suerte —dijo, y volvió a sentarse.

Pero durante todo el espectáculo de los gladiadores no dejó de volverse hacia el sitio que ocupaba Valeria con Mesala, Metelo Pío y los demás; y ella, consciente de sus miradas, le sonreía nerviosa, ruborizándose y apartando la vista.

—¿Quién era ésa? —preguntó al Meneítos, cuando, una vez acabado el espectáculo, la multitud se dispersaba poco a poco.

Desde luego que todo el grupo había advertido su interés (junto con otra mucha gente), y Metelo Pío no se hizo de nuevas.

—Valeria Mesala —dijo—. Es prima del Negro y hermana de Rufo, que estará regresando del asedio a Mitilene.

—¡Ah! —exclamó Sila asintiendo con la cabeza—. Tan bien nacida como hermosa. Y acaba de divorciarse, ¿verdad?

—Ha sido una sorpresa para todos. Por cierto que está muy afectada.

—¿Es estéril? —preguntó, él que se había divorciado de una alegando lo mismo.

—Lo dudo, Lucio Cornelio —replicó el Meneítos torciendo el gesto—. Será más bien falta de uso.

—Hummm —musitó Sila pensativo—. Que venga mañana a cenar —añadió de pronto—. Y que la acompañen el Negro y Metelo Nepote, y tú también, claro. Pero no las otras mujeres.

Y así, cuando el joven tribuno militar Marco Valerio Mesala Rufo llegó a Roma, se encontró con que el dictador le reclamaba a su presencia sin contemplaciones. Estaba enamorado de su hermana y quería casarse con ella.

—¿Qué podía decir? —manifestó Rufo a su primo Mesala.

—Espero que dijeras estar muy complacido —replicó el Negro, lacónico.

—Es lo que he dicho.

—¡Estupendo!



—Pero, ¿qué dirá la pobre Valeria? ¡Es tan viejo y tan feo! No he tenido ni tiempo de decírselo.

—Se pondrá contenta, Rufo. Sí, él tiene un aspecto deplorable, pero es como si fuese el rey de Roma... ¡y es más rico que Crespo! Por lo menos para ella será como el bálsamo por ese injusto divorcio —añadió el Negro, convencido—. ¡Y figúrate las ventajas que a nosotros nos da ese matrimonio! Creo que a mí piensa nombrarme pontífice y a ti augur. Tú calla la boca y da gracias.

Rufo siguió el prudente consejo de su primo, una vez que supo que su hermana encontraba a Sila atractivo y deseable, y que consentía en casarse.

Pompeyo, que acudió invitado al enlace, halló un momento para hablar a solas con el dictador.

—Ni la mitad de tu suerte —dijo el joven, cariacontecido.

—Cierto; no has tenido mucha suerte con tus matrimonios —replicó Sila, que estaba realmente disfrutando de la fiesta y se sentía bien predispuesto hacia la gente.

—Valeria es una mujer muy hermosa —insistió Pompeyo.

—¿Te sientes frustrado, Pompeyo? —inquirió Sila con ojos risueños.

—¡Por los dioses que sí!

—Roma está repleta de mujeres nobles hermosas. ¿Por qué no te buscas una y le pides la mano a su tata?

—A mí esos asuntos no se me dan bien.

—¡Bobadas! Eres joven... rico... guapo y... famoso —contestó Sila con su habitual modo de enumerar las cosas—. ¡Pide, Magnus, pide a alguna! No habrá muchos padres que te la nieguen.

—A mí esos asuntos no se me dan bien —repitió Pompeyo.

Los ojos risueños escrutaron al joven. Sila sabía perfectamente por qué Pompeyo no se decidía: temía que le rechazaran por no estar su alcurnia a la altura de la pretendida; su ambición buscaba lo mejor, y su propio engrandecimiento no le permitía otra cosa, pero siempre se interponía aquella nimia duda de si Pompeyo de Piceno no iba a verse subestimado. En suma: Pompeyo quería que fuese un padre quien le propusiera el matrimonio, y no se lo proponía nadie.

Y en la mente de Sila se abrió paso una idea parecida a la que le había impulsado a nombrar pontífice máximo de Roma a un tartamudo.

—¿Te importaría que fuese viuda? —inquirió, otra vez con ojos de picardía.

—No, con tal que no sea vieja como la República.

—Creo que tiene veinticinco años.

—No está mal; mi misma edad.

—No tiene dote.

—Me importa más su alcurnia que su fortuna.

—Su alcurnia —dijo Sila en tono alegre— es espléndida por ambos lados. ¡Plebeya, pero espléndida!

—¿Quién es? —preguntó Pompeyo, inclinándose hacia él—. ¿Quién es?

Sila se levantó de la camilla y se le quedó mirando un poco achispado.

—Espera a que haya transcurrido la luna de miel, Magnus. Luego vuelve y te lo diré.

Para Cayo Julio César el regreso había sido una especie de triunfo que le hizo pensar que tal vez lo que viniera después no sería igual. No sólo estaba libre, sino que se había quitado una espina: había ganado una importante corona.

Sila había mandado llamarle inmediatamente, y César había encontrado al dictador de muy buen humor. La entrevista había tenido lugar antes de la boda, de la que ya todo Roma hablaba oficiosamente; por eso César ni la mencionó.

—Bueno, muchacho, veo que has sido el no va mas.

¿Qué decir? No estaba dispuesto a mostrarse con la misma ingenuidad que ante Lúculo.

—No lo creo, Lucio Cornelio; me esforcé, pero puedo hacer cosas mejores.

—No lo dudo; no hay más que verte —replicó Sila, dirigiéndole una mirada guasona—. Me han dicho que conseguiste reunir en Bitinia una flota

de lo mejor.

César enrojeció sin poder evitarlo.

—Hice exactamente lo que me ordenaron —contestó apretando los dientes.

—¿Estás resentido, no?

—La acusación de que me prostituí por ello es injustificada.

—Voy a decirte una cosa, César —dijo el dictador, cuyo rostro arrugado y fofo parecía algo más fresco que cuando él le había visto poco más de un año atrás—. Los dos hemos sido víctimas de Cayo Mario, pero tú al menos te ves libre de él a... ¿qué edad? ¿Veinte años?

—Exacto —contestó César.

—Yo tuve que sufrirlo hasta después de los cincuenta; así que puedes considerarte afortunado. Y, por si te sirve de consuelo, a mí me importa un bledo con quién se acuesta un hombre si sirve bien a Roma.

—¡No, no es ningún consuelo! —exclamó César—. Ni por Roma, ni por ti, ni por Cayo Mario vendería mi honor.

—Ni por Roma, ¿eh?

—Roma no debería exigírmelo si ha de ser la Roma que yo creo.

—Sí, buena contestación —dijo Sila, asintiendo con la cabeza—. Lástima que no siempre sean así las cosas. Roma, como podrás comprobar, es tan puta como cualquiera. Tú no has tenido una vida fácil, aunque no ha sido tan dura como la mía. Pero eres como yo, César; lo noto. Y tu madre también. Te ha caído ese borrón y tendrás que acostumbrarte a él. Cuanto más famoso seas, cuanto más dignitas tengas, más se correrá la voz. Del mismo modo que se dice que yo asesiné a mujeres para entrar en el Senado. La diferencia entre nosotros dos no está en la naturaleza sino en la ambición. Yo quería ser cónsul y quizá censor; lo que me correspondía. Lo demás me vino impuesto, por Cayo Mario en su mayor parte.

—Yo no ambiciono más —dijo César, sorprendido de sí mismo.

—No te llates a engaño. No me refiero a cargos, sino a la ambición. Tú, César, quieres ser perfecto. No es la injusticia de la mancha lo que te preocupa, lo que te amarga es que te aparta de la perfección. Honor intachable, carrera perfecta, hoja de servicios perfecta, reputación perfecta.

Todo in suo anno en todo momento. Y como te obligas a ser perfecto, exigirás que lo sean todos los que te rodeen, y cuando veas que no lo son los desecharás. La perfección te reconcome del mismo modo que a mí obtener lo que me correspondía por derecho de cuna.

—¡Yo no me considero perfecto!

—No he dicho eso. ¡Escucha! Digo que quieres ser perfecto. Escrupuloso con precisión matemática. Y no cambiarás. Pero cuando te veas obligado harás lo que sea. Y cada vez que falte perfección en tus actos, los detestarás y... te detestarás a ti mismo —dijo Sila alzando en el aire una hoja de papel—. Mañana mandaré que claven este decreto en los rostra. Has ganado la corona cívica, y, con arreglo a mis leyes, eso te da derecho a un asiento en el Senado, un sitio especial en el teatro y en el circo, y una ovación en pie cada vez que comparezcas luciendo la corona cívica. Tienes obligación de llevarla cuando acudas al Senado, al teatro y al circo. La próxima reunión del Senado es dentro de quince días. Espero verte en la Curia Hostilia.

Y así concluyó la entrevista. Pero cuando César llegó a casa se encontró con un premio mejor de Sila: un caballo joven castaño con una nota colgada en las crines.

«No hace falta que sigas montando en mula, César. Tienes permiso mío para montar ese corcel. De todos modos, no es perfecto. Mira sus patas.»

César miró y soltó la carcajada. En lugar de cascos redondos, el animal los tenía partidos como pezuñas de vaca.

—Más vale que se los cortes —dijo Lucio Decumio, meneando la cabeza, sin verle la gracia—. No quiero ver muchos como él.

—No, hombre, al contrario —replicó César, enjugándose las lágrimas—. No podré montarlo mucho porque no se le puede calzar, pero el Pezuñas me llevará a todas las batallas, y cuando no haga eso, se dedicará a montar mis yeguas en Bovillae. ¡Lucio Decumio, me traerá suerte! Tendré siempre caballos así y no perderé ninguna batalla.

Su madre vio inmediatamente cuánto había cambiado, y se entristeció sin saber por qué. ¡Con lo bien que le habían ido las cosas! Había regresado con una corona cívica y había figurado muy honrosamente en los partes de

guerra. Incluso le había comunicado que no había vaciado la bolsa tanto como se temía; el rey Nicomedes le había dado oro, y su parte en el botín de Mitilene había sido mayor debido a la corona cívica.

—No lo entiendo —dijo Cayo Matius, sentado en el jardín del patio de luces con las rodillas entre los brazos, mirando a César, que estaba sentado del mismo modo en el suelo—. Dices que tu honor ha quedado en entredicho y aceptas una bolsa de oro de ese viejo rey. ¿No crees que está mal?

A otro no le hubiera tolerado hacer semejante pregunta, pero él y Cayo Matius eran amigos desde niños.

César le miró entristecido.

—Si la acusación la hubieran hecho antes de tener el oro, sí —contestó—. Pero el pobre anciano me entregó ese oro como obsequio a un huésped. Exactamente lo que un rey vasallo debe dar al representante oficial de Roma. Del mismo modo que paga tributo, lo que ofrezca al enviado de Roma es libre y claro —añadió, encogiéndose de hombros—. Lo acepté agradecido, Pustula; la vida de campaña es cara. No es que yo sea de gustos excesivos, pero hay que contribuir a los gastos comunes, a los banquetes y festines especiales, y a los lujos que piden los demás. Los vinos tienen que ser de los mejores, la comida de lo más absurdo, y de nada sirve que yo sea parco en comer y beber. Por eso el oro tenía tanta importancia para mí. Después de que Lúculo dijera eso pensé en devolverlo, pero me di cuenta de que si lo hacía ofendería al rey. No podía explicarle lo que habían dicho Lúculo y Bíbulo.

—Sí, te entiendo —dijo Cayo Matius con un suspiro—. Mira, Pavo, me alegra mucho no tener que ser senador o magistrado. ¡ Es mucho mejor ser un caballero ordinario de los tribuni aerarii!

Pero a César eso no le entraba en la cabeza y no hizo comentarios, sino que volvió al tema de Nicomedes.

—Me he comprometido a volver —dijo—, y eso atizará los rumores. Cuando era flamen dialis pensaba que a nadie le interesaban las andanzas de los tribunos militares jóvenes, pero se ve que no es así. ¡Todo son chismorreos! Sólo los dioses saben a cuántos no habrá contado Bíbulo esa

historia con Nicomedes. Y me imagino que Lúculo también la habrá difundido; igual que los Léntulos. Desde luego, Sila estaba al corriente.

—Él te ha favorecido —comentó Matius pensativo.

—Sí; pero no me imagino por qué.

—¡Pues si tú no lo sabes, figúrate yo...! —exclamó Matius. Jardinero empedernido, acababa de ver dos hojitas de un hierbajo germinado y se apresuró a arrancarlas—. En fin, César, yo creo que lograrás borrar esa historia. Ya verás como se olvida con el tiempo.

—Sila dice que no se borrará.

Matius lanzó un bufido.

—¿Por qué no se han borrado las que cuentan de él? ¡Vamos, César! Él es un mal bicho, pero tú no.

—Yo soy capaz de asesinar, Pústula. Todos los hombres son capaces.

—No he dicho que no lo fueras, Pavo. La diferencia es que Sila es mala persona y tú no.

Y a Cayo Matius nadie le hacía cambiar de idea.

Llegó la fecha de la boda de Sila, y, una vez celebrada, los recién casados dejaron Roma para pasar unos días en la villa de Misenum. Pero el dictador volvió para la reunión del Senado a la que había convocado a César. Ahora, con sus veinte años, era uno de los nuevos senadores de Sila. ¡Senador por segunda vez a los veinte años!

Habría debido ser el día más maravilloso de su vida: entrar en aquella cámara llena con la corona de roble y que todos en pie —incluidos consulares como Flaco, príncipe del Senado, y Marco Perpena — aplaudieran con todas sus ganas en la única ocasión en que se podía infringir las rigurosas leyes del dictador sobre el comportamiento en la Curia Hostilia.

Pero el joven miraba aquellas caras con ánimo de hallar un gesto de ironía o desprecio, tratando de figurarse hasta qué extremo se habría difundido la historia, para saber quiénes le menospreciaban. Avanzaba con angustia, y ésta aumentó al ascender hasta la última fila que ocupaban los

pedarii, que era el sitio que pensaba le correspondía cuando oyó que Sila le gritaba que tomase asiento entre los de la grada de en medio, el puesto que se destinaba a los héroes militares. Naturalmente, hubo algunos que contuvieron una risita, pero era un gesto amable destinado a mitigar su aturdimiento. Sin embargo, él creyó que era irrisión y le dieron ganas de esconderse en el rincón más oscuro.

Pero lo aguantó todo sin que se le saltaran las lágrimas.

Cuando volvió a casa después de la sesión — bastante aburrida—, halló a su madre esperándole en la sala de visitas. No era costumbre suya, ya que, ocupada como estaba siempre, rara vez dejaba su despacho durante el día. Ahora, haciendo de tripas corazón, esperaba a su hijo con fingida paciencia, sin saber cómo abordar un tema que no le gustaba nada; de haber sido buena conversadora le habría resultado más fácil, claro. Pero a Aurelia le costaba hallar las palabras, y le dejó que se quitara la toga sin decir nada. Luego, cuando vio que hacía ademán de dirigirse al despacho, comprendió que tenía que encontrar algo que decir o no hablarían y el espinoso tema quedaría sin abordar.

—César —dijo, e inmediatamente enmudeció.

Desde que había revestido la toga viril, tenía por costumbre dirigirse a él por el cognomen, más que nada porque para ella «Cayo Julio» era el esposo, y su muerte no había cambiado en nada la costumbre; además, su hijo era una persona bastante extraña para ella, después de todos aquellos años de distanciamiento obligado que ella misma se había impuesto por temor a mimarle.

—Sí, madre —contestó él, enarcando una ceja.

—Siéntate, que quiero hablar contigo.

César se sentó con gesto apenas sorprendido, como si no se tratase de nada importante.

—César, ¿qué sucedió en Oriente? —inquirió lacónica.

El gesto de leve sorpresa se transformó en expresión irónica.

—Cumplí con mi deber, gané una corona cívica y complací a Sila —respondió.

—La prevaricación no te va —replicó ella, tensando su preciosa boca.

—No he cometido ninguna prevaricación.

—¡Ni me has dicho lo que necesito saber!

Ahora él se inhibía y su mirada se hizo fría.

—No puedo decirte lo que no se.

—Puedes decirme más de lo que me has dicho.

—¿Sobre qué?

—Sobre el disgusto.

—¿Qué disgusto?

—El disgusto que veo en cada uno de tus movimientos, de tus miradas, de tus evasivas.

—No hay disgusto alguno.

—No me lo creo.

César se levantó, dispuesto a dejarla, palmeándose los muslos.

—Yo nada puedo hacer con lo que tú creas, mater. No hay ningún disgusto.

—¡Siéntate!

Volvió a sentarse, con un leve suspiro.

—César, acabaré por enterarme; pero me gustaría que me lo contases tú en vez de otra persona.

César ladeó la cabeza, con las manos cruzadas y los ojos cerrados. Volvió a lanzar un suspiro y se encogió de hombros.

—Conseguí una magnífica flota del rey Nicomedes de Bitinia, y se ve que fue una hazaña singular. Se dijo de mí que la había conseguido mediante relaciones sexuales con el rey. Así que he vuelto a Roma con fama no de valentía, eficiencia o astucia, sino de haber vendido mi cuerpo para lograr mis fines —dijo sin abrir los ojos.

Ella no se enterneció conmovida, tampoco lanzó una exclamación de horror ni estalló indignada; permaneció sentada hasta que su hijo tuvo que abrir los ojos y mirarla. Fue un intercambio ecuánime de miradas de dos fuertes personalidades que compartían una pena en vez de consolarse mutuamente, pero dispuestas a transigir.

—Grave problema —dijo ella.

—Un baldón innmercido.



—Eso desde luego.

—¡No puedo luchar contra ello, mater!

—Tienes que hacerlo, hijo.

—¡Dime cómo!

—Bien sabes cómo, César.

—De verdad que no —replicó él, lacónico, con cara de perplejidad—. He tratado de hacer caso omiso, pero es muy difícil sabiendo lo que piensan todos.

—¿De dónde procede el comentario? —preguntó Aurelia.

—De Lúculo.

—¡Oh, ya entiendo...! A él pueden creerle.

—Le creen.

Durante un buen rato, ella, con mirada de preocupación, estuvo callada. Su hijo la miraba, maravillado de su entereza y su capacidad para desechar las implicaciones personales. Luego, abrió la boca y comenzó a hablar muy despacio, sopesando las palabras.

—Tienes que olvidarlo, eso antes que nada. Pues cuando hablas de ello te sitúas a la defensiva y haces ver cuánto te preocupa. Piensa un poco, César. Sabes lo grave que es semejante suposición para tu futura carrera política. ¡Pero no puedes dejar que nadie advierta que eres consciente de la gravedad! Así que debes olvidarlo para siempre. Lo mejor es que te haya sucedido ahora en vez de dentro de diez años, porque para un hombre de treinta años sería una imputación mucho más difícil de afrontar que para uno de veinte. De eso debes dar gracias. En esos diez años sucederán muchas cosas, pero no volverá a repetirse el baldón. Lo que tienes que hacer, hijo, es esforzarte con denuedo para disiparlo —añadió, con un brillo burlón en sus extraordinarios ojos—. Hasta ahora, tus conquistas las has hecho entre las mujeres ordinarias del Subura. César, yo sugiero que apuntes más alto. ¡No sé por qué, pero lo cierto es que te llevas las mujeres de calle! Así que, a partir de ahora, tus iguales deben saberlo. Y eso quiere decir que debes concentrarte en la conquista de mujeres que cuentan, mujeres conocidas. No cortesanas como Praecia, sino mujeres nobles. Patricias.

—¿Que me ponga a desflorar a Domicias y Licinias? —inquirió César, sonriendo embobado.

—¡No! —respondió ella—. ¡Nada de muchachas solteras! ¡Solteras nunca! Esposas de hombres importantes.

—¡Edepol! —exclamó él.

—Hay que combatir el fuego con el fuego, César. No hay otra manera. Si no se difunden tus historias amorosas, todos pensarán que tienes líos con hombres. Así que, en lo posible, han de ser historias escandalosas y de las que todo el mundo se entere. Tienes que labrarte fama de ser el mayor mujeriego de Roma, pero elige con cuidado las presas —añadió Aurelia, meneando desconcertada la cabeza—. Sila sabía volver locas a las mujeres, pero al menos en una ocasión pagó un amargo precio, cuando Dalmática, de jovencita, era esposa de Escauro. La estuvo evitando escrupulosamente, pero, a pesar de todo, Escauro le castigó impidiendo que fuese elegido pretor, y por culpa de él tardó seis años en llegar a serlo.

—Lo que quieres decirme es que me ganaré enemigos.

—No es eso —replicó ella—. No, yo lo que quiero decirte es que ese problema de Sila surgió por el hecho de que no puso cuernos a Escauro. De haberlo hecho, a Escauro le hubiera sido más difícil vengarse, porque para un hombre que es la irrisión es imposible mostrarse admirable. Lamentable, sí; pero fue Escauro quien quedó en buen lugar, porque Sila permitió que adoptara una actitud noble de esposo benevolente capaz de ir con la cabeza bien alta. Así que, si eliges una determinada mujer, debes estar seguro de que el engañado es el marido. No elijas mujeres que te pidan tirarte al Tíber, y nunca busques una que sea tan lista que te encandile hasta exigirte públicamente que te tires al Tíber tú.

El la miraba con un profundo respeto, tan nuevo en su expresión como dentro de sí mismo.

—Mater, ¡eres la mujer más extraordinaria del mundo! ¿Cómo sabes esas cosas? Eres tan estirada y virtuosa como Cornelia, la madre de los Gracos, y das a tu hijo unos consejos terribles.

—He vivido muchos años en el Subura —respondió ella, con gesto complacido—. Además, de eso se trata: eres mi hijo y te han calumniado.

Lo que hago por ti no lo haría por nadie, ni por mis propias hijas. Por ti sería capaz de matar si preciso fuera. Pero eso no solucionaría el problema. Así que, en vez de eso, me complace destrozar unas cuántas reputaciones. Ojo por ojo.

Estuvo a punto de abrazarla, pero las costumbres tradicionales tenían fuerte arraigo; se puso en pie, le cogió la mano y se la besó.

—Gracias, mater; yo también mataría por ti con igual decisión y alegría.  
—De pronto le vino una idea a la cabeza y se estremeció de contento—. ¡Ah, estoy deseando que se case Lúculo! ¡Y ese mierda de Bíbulo!

Al día siguiente volvió a haber mujeres en la vida de César, pero no para conquista.

—Julia nos ha mandado llamar —dijo Aurelia, antes de que César saliera camino del Foro.

Como aún no había ido a ver a su querida tía, César no protestó.

Era un día espléndido y caluroso, pero por lo temprano de la mañana el paseo desde el Subura al Quirinal fue agradable. César y Aurelia tomaron cuesta arriba por el Vicus ad Malum Punicum, y después por la calle que conducía al templo de Quirino en la Alta Semita. En el precioso recinto del templo estaba el manzano púnico plantado por Escipión el Áfricano después de su victoria sobre Cartago, y junto a él crecían dos mirtos antiquísimos, uno para los patricios y otro para los plebeyos, si bien, en el caos que siguió a la guerra itálica, el mirto patricio había empezado a secarse y estaba ya casi muerto, mientras que el plebeyo seguía floreciendo. El significado que se le atribuía era la muerte del patriciado, por lo que a César no le causó ningún placer ver sus ramas desnudas. ¿Por qué no habrían plantado un nuevo mirto patricio?

Los cien talentos que Sila había permitido conservar a Julia le habían servido para obtener una buena vivienda en una calle que discurría desde la Alta Semita a las murallas servianas. Era bastante espaciosa y recién construida, y las rentas le bastaban para disponer de esclavos que la atendiesen y para subvenir más que holgadamente a sus propias

necesidades; incluso podía permitirse mantener y alojar a su nuera Mucia Tercia, aunque fuese poco consuelo para César y Aurelia, que lamentaban su triste situación.

Julia rondaba ya los cincuenta y no parecía haber cambiado. Al trasladarse al Quirinal había dejado de tejer y se dedicaba a otras cosas; aunque no era un barrio de pobres, ni estaba saturado de casas, ella siempre encontraba familias necesitadas de ayuda, desde casos de un padre borracho hasta situaciones de enfermedad. Una mujer más presuntuosa y sin tacto hubiera sido rechazada, pero Julia tenía encanto y los necesitados del barrio sabían a dónde acudir.

Sin embargo, aquel día no había obras de caridad que hacer, y Julia y Mucia Tercia aguardaban nerviosas.

—He recibido una carta de Sila —dijo Mucia Tercia—, y me dice que tengo que volver a casarme.

—¡Si eso va en contra de sus leyes relativas a las viudas de los proscritos...! —exclamó Aurelia extrañada.

—Mater, quien hace las leyes puede contravenirlas —dijo César—. Una cláusula especial y ya está.

—¿Y con quién tienes que casarte? —inquirió Aurelia.

—Ahí está la cosa —añadió Julia muy seria—. No se lo ha dicho a la pobre. Y por la carta ni siquiera podemos saber si tiene pensado alguien o quiere que sea Mucia quien se busque esposo.

—A ver —dijo César, tendiendo el brazo, cogiendo la carta y leyéndola de un tirón—. No dice nada, es cierto. Sólo que vuelva a casarse.

—¡Yo no quiero volver a casarme! —exclamó Mucia Tercia.

Se hizo un silencio que rompió César.

—Escríbele y díselo. Dilo muy cortésmente, pero con firmeza. Y a ver qué hace. Así sabrás más.

—No puedo hacerlo —replicó Mucia temblorosa.

—Claro que sí. A Sila le gusta la gente que se le enfrenta.

—Serán los hombres, pero no la viuda del hijo de Mario.

—¿Qué queréis que haga yo? —preguntó César a Julia.

—No tengo ni idea —respondió Julia—. Es que eres el único hombre de la familia, y pensé que debíamos decírtelo.

—¿De verdad que no quieres volver a casarte? —preguntó César a Mucia.

—No, César, de verdad que no.

—Pues como soy el paterfamilias, yo escribiré a Sila.

En aquel momento el viejo mayordomo Estrofantes entró en el cuarto.

—Domina, tenéis visita —dijo a Julia.

—¡Qué fastidio! —exclamó ella—. Di que no estoy, Estrofantes.

—Es que quiere ver a la señora Mucia.

—¿Quién? —inquirió César cortante.

—Cneo Pompeyo Magnus.

—Supongo que el pretendido esposo —comentó César sonriente.

—¡Pero si yo no le conozco! —exclamó Mucia Tercia.

—Yo tampoco —añadió César.

—¿Qué hacemos? —preguntó Julia.

—Oh, le recibiremos, tía Julia. Hazle pasar —añadió con un movimiento de cabeza dirigido al mayordomo.

Estrofantes volvió al atrium donde el visitante se consumía de impaciencia entre perfume de rosas.

—Seguidme, Cneo Pompeyo —farfulló el anciano.

Desde el casamiento de Sila, Pompeyo había estado esperando noticias sobre la misteriosa novia que le había buscado el dictador, y en cuanto supo que Sila había regresado a Roma tras la luna de miel, esperó que le llamase; pero no fue así. Finalmente, sin poder aguantar más, fue a ver a Sila y le preguntó qué sucedía y qué había resuelto.

—¿Sobre qué? —inquirió Sila, haciéndose de nuevas.

—¡Bien que lo sabes! —gruñó Pompeyo—. Me dijiste que habías encontrado esposa para mi.

—¡Ah, sí, sí! —dijo Sila entre risas—. ¡Hay que ver la impaciencia de la juventud!

—¿Me lo dirás, malvado torturador?

—¡Magnus, Magnus, no insultes al dictador!

—¿Quién es?

Sila cedió.

—La viuda del hijo de Mario: Mucia Tercia. Es hija de Escévola, pontífice máximo, y de Licinia, hermana de Craso Orator. Tiene más de Mucio Escévola que de Licinio Craso, porque su abuelo materno era en realidad hermano del abuelo paterno. Y, desde luego, es pariente de las hijas de Escévola el Augur, las llamadas Mucia Prima y Mucia Secunda, por eso a ella la llaman Mucia Tercia, a pesar de que hay cincuenta años de diferencia entre ella y las otras. La madre de Mucia Tercia vive aún, por supuesto. Escévola se divorció de ella por adulterio con Metelo Nepote, con el que se casó después. Así que Mucia Tercia tiene dos hermanastros Cecilios Metelos, Nepote el joven y Celer. Está muy bien emparentada, Magnus, ¿no crees? Muy bien emparentada para quedarse siendo la viuda de un proscrito para el resto de sus días. Mi querido Meneítos, que es su primo, me lo viene diciendo hace tiempo —añadió Sila, reclinándose en la silla—. Bueno, Magnus, ¿te parece bien?

—¿Que si me parece bien? — repitió Pompeyo apabullado—. ¡Ya lo creo!

—¡Estupendo! — La montaña de papeles de su escritorio pareció hacerle señas y Sila bajó la vista hacia unos documentos. Al cabo de un rato volvió a mirar a Pompeyo con gesto de sorpresa—. Le escribí para decirle que tenía que volver a casarse, Magnus. Así que no hay impedimento —añadió—. Y ahora haz el favor de dejarme solo. No se te olvide invitarme a la boda.

Y Pompeyo se había dirigido directamente a su casa a bañarse y cambiarse, mientras sus criados averiguaban como enloquecidos dónde vivía Mucia Tercia; tras lo cual su amo se apresuró a personarse en casa de Julia, deslumbrando a cuantos se cruzaban con él con su nivea toga y dejando una estela de esencia de rosas en su camino. ¡La hija de Escévola! ¡La sobrina de Craso Orator! ¡Emparentada con los principales Cecilios Metelos! ¡Los hijos que le diera serían parientes por consanguinidad de casi

todo el mundo! ¡Ah, le importaba un bledo que fuese la viuda del hijo de Mario! ¡Y le daba igual que fuese más fea que la sibila de Cumas!

¿Fea? ¡Nada de eso! Era muy exótica y hermosa. Pelirroja y con ojos verdes; pero las dos cosas de matiz oscuro; y con un cutis claro y perfecto. ¡Y qué ojos! ¡Jamás había visto nada parecido! ¡Era una preciosidad! Pompeyo se enamoró nada más verla sin que mediara palabra.

No era de extrañar, pues, que apenas se diera cuenta de las demás personas que había en la habitación, aun después de hacerse las presentaciones. Acercó una silla a la de Mucia Tercia y cogió su serena mano entre las suyas.

—Dice Sila que tienes que casarte conmigo —dijo, sonriéndole con sus blancos dientes y sus ojos azules.

—Es la primera noticia —replicó ella, notando inmediatamente que su antipatía cedía; se le notaba realmente feliz, y realmente era muy atractivo.

—Ah, bueno, ya sabes cómo es Sila —añadió él, conteniendo la felicidad que le embargaba—. Pero hay que admitir que se preocupa de todo corazón por los intereses ajenos.

—Es natural que tú pienses así —terció Julia con frialdad.

—¿De qué te quejas? A ti no te hizo tanto mal en comparación con otras viudas de proscritos —replicó el enamorado Pompeyo, sin delicadeza alguna, mirando arrobado a su futura esposa.

Julia estuvo a punto de replicar que Sila era el responsable de la muerte de su único hijo, pero optó por callar; era bien sabido que aquel bobalicón era partidario de Sila y no entendería otro punto de vista.

Y César, sentado en un rincón, se dedicó a observar detalladamente a Cneo Pompeyo Magnus sin que éste se diera cuenta. Con mirarle se veía que no era un verdadero romano, eso era evidente; los rasgos galos del picentino eran notorios en su ancho rostro y su barbilla hendida. Y oyéndole, se corroboraba la impresión, pues era pasmosa su total carencia de sutileza. El Joven Carnicero. Buen apodo.

—¿Qué te parece? —preguntó Aurelia a César por el camino de vuelta al Subura bajo el calor del mediodía.

—Más adecuado sería preguntárselo a Mucia.

—Oh, a ella le gusta a rabiar. Mucho más de lo que le gustaba el hijo de Mario.

—No le vendrá mal, mater.

—No.

—Y tía Julia se encontrará sola sin ella.

—Sí, pero encontrará más cosas en que ocuparse.

—Lástima que no tenga nietos.

—¡Culpa de su hijo Mario! —replicó Aurelia con aspereza.

Estaban ya casi en el vicus Patricius antes de que César reanudara la conversación.

—Mater, tengo que volver a Bitinia —dijo.

—¿A Bitinia? Hijo, eso es poco prudente.

—Lo sé; pero di mi palabra al rey.

—¿Una de las nuevas reglas de Sila para el Senado no es que los senadores deben pedir permiso para salir de Italia?

—Sí.

—Pues menos mal —añadió Aurelia—. Debes decir sinceramente en la cámara a dónde piensas ir. Y llevarte a Euticus y a Burgundus.

—¿A Euticos? —inquirió César, deteniéndose y mirándola—. ¡Si es tu mayordomo! ¿Qué harías sin él? ¿Y por qué habría de llevármelo?

—Me las arreglaré sin él. Él es de Bitinia, hijo. Debes decir en el Senado que tu liberto, que sigue siendo mayordomo, tiene necesidad de viajar a Bitinia por asuntos comerciales y tienes que acompañarle, como es de rigor en todo buen amo.

César se echó a reír.

—¡Sila tiene toda la razón! ¡Hubieras debido nacer hombre! ¡Muy romano y sutil! Decirles claramente mi destino en lugar de fingir que voy a Grecia y que luego descubran que voy a Bitinia. Sí, las mentiras siempre se saben. Hablando de sutileza —añadió, al venirle una idea a la cabeza—, ese Pompeyo carece totalmente de ella. Me dieron ganas de pegarle cuando le dijo lo que le dijo a la pobre tía Julia. ¡Y por los dioses, qué fanfarrón es!

—Sin tasa, me imagino —añadió Aurelia.



—Me alegro de haberle conocido —dijo César—, porque así me ha dado a entender un buen motivo por el que mi baldón puede ser una buena cosa.

—¿Qué quieres decir?

—A él no ha habido manera de situarle en su sitio. Tiene su lugar, pero no tan alto e intocable como él cree. La concatenación de circunstancias ha hecho que su engreimiento alcance límites insospechados. Todo lo que ha querido hasta ahora se lo han dado; hasta una esposa mejor de lo que merece. Y se ha acostumbrado a pensar que siempre va a ser así. Y está claro que no; algún día las cosas le irán muy mal y no podrá soportarlo. Yo al menos he aprendido ya la lección.

—¿De verdad crees que Mucia es muy superior a lo que merece?

—¿Tú no? —inquirió César, sorprendido.

—No, yo no. Aquí poco importa su alcurnia. Ha sido esposa del hijo de Mario, y lo fue porque su padre la dio conscientemente al hijo de un hombre nuevo. A Sila no se le olvidan esas cosas. Ni las perdona. A ese simplón le ha deslumbrado hablándole de su linaje, pero no le ha dicho los motivos por los que la daba a alguien inferior a ella.

—¡Astuto!

—Sila es un zorro, como todos los pelirrojos desde Ulises.

—Entonces, mejor que me marche de Roma.

—¿Después de que Sila renuncie al poder?

—Después de que Sila renuncie al poder. Dice que será después de haber supervisado la elección de los cónsules del año siguiente al próximo; dentro de unos once meses, si las supuestas elecciones se celebran en julio. Los del año que viene van a ser Servilio Vatia y Apio Claudio, pero no sé en quién habrá pensado para el otro. En Catulo probablemente.

—¿No correrá peligro si renuncia al poder?

—En absoluto —contestó César.

## **Cuarta parte**

**OCTUBRE DEL 80 A. DE J.C. - MAYO DE 79 A. J.C.**

—Tienes que ir a Hispania —dijo Sila a Metelo Pío—. Quinto Sertorio se está apoderando del país.

Metelo Pío miró al dictador con gesto de reprobación.

—Ni mucho menos —replicó sin amilanarse—. Tiene a... ami... gos entre los lusitanos y es fuerte al oeste del Betis, pe... pe... pero cuentas con buenos gobernadores en las dos provincias hispanas.

—¿Tú crees? —replicó Sila con gesto despectivo—. ¡Ya no! Acabo de recibir noticia de que Sertorio ha derrotado a Lucio Fufidio, pues este estúpido se arriesgó a presentarle batalla. ¡Cuatro legiones, y no ha sido capaz de derrotar a siete mil soldados de Sertorio, de los que sólo un tercio eran romanos!

—Se lle... lle... vó los romanos de Mauritania en primavera, claro —dijo Metelo Pío—. El resto son lusitanos.

—¡Salvajes, querido Meneítos! Gentes que no valen un clavo de la suela de la caliga romana! Pero capaces de vencer a Fufidio.

—¡Oh... Edepol!

Por algún motivo que el Meneítos no acertaba a imaginar la suave interjección provocó una risotada en Sila, y transcurrió un momento hasta que el dictador pudiese volver al lamentable tema de Quinto Sertorio.

—Mira, Meneítos, conozco hace tiempo a Quinto Sertorio. ¡Y tú también! Si Carbón hubiese podido conservarlo en Italia, tal vez no hubiera yo ganado la batalla de la puerta Colina por la simple razón de que me habrían derrotado mucho antes. Sertorio es como Cayo Mario, y la Hispania su coto privado. Cuando Lúculo le expulsó de allí el año pasado, esperaba que ese maldito degenerase convirtiéndose en un mercenario mauritano y que nunca más nos molestase. Pero me equivocaba de cabo a rabo. Primero conquistó Tingis al rey Ascalis, luego mató a Paciano y se quedó con sus tropas romanas, y ahora ha vuelto a la Hispania Ulterior y está transformando a esos lusitanos en aguerridos soldados. Tendrás que ir tú a la Hispania Ulterior de gobernador... y a principios del nuevo año, no en primavera —dijo, cogiendo una hoja y entregándosela con entusiasmo—.

¡Puedes llevarte ocho legiones! Así serán ocho legiones menos para buscarles tierras. Y si partes a últimos de diciembre, puedes hacer el viaje por mar directamente a Gades.

—Un gran cargo —dijo el pontífice máximo con sincera satisfacción; no le molestaba estar lejos de Roma durante una larga campaña, aunque fuese para combatir a Sertorio. No tendría que officiar ceremonias religiosas ni pasarse noches en vela pensando en si su lengua le traicionaría. De hecho, en cuanto saliese de Roma le desaparecería el tartamudeo; siempre era igual—. ¿Y a quién envías de gobernador a la Hispania Citerior?

—Creo que a Marco Domicio Calvino.

—¿A Curión no? Es bu... bu... buen general.

—Para él tengo pensado África. Calvino es mejor para apoyarte durante toda una campaña, querido Meneítos. Curión podría mostrarse demasiado independiente —dijo Sila.

—Ya entiendo.

—Calvino tendrá otras seis legiones. Con las tuyas hacen catorce. De sobra para aplastar a Sertorio.

—¡En un periquete! —añadió el Meneítos entusiasmado—. ¡No te... te... temas, Lucio Cornelio, Hispania no co... co... rre peligro!

Sila soltó otra risotada.

—¿Que no tema? No sé ni por qué me preocupo, Meneítos, de verdad. Estaré muerto antes de que tú regreses.

Metelo Pío estiró los brazos como si exorcizase.

—¡No digas tonterías! ¡Todavía eres relativamente joven!

—Me predijeron que moriría en la cúspide de la fama y el poder —respondió Sila, sin mostrar temor ni pena—. Dejaré el poder en julio, Pío, y me retiraré a Misenum para echar la última cana al aire. No durará mucho, pero pienso disfrutar de lleno lo que dure.

—Los vaticinadores no son romanos —dijo Metelo Pío severo—. Y ya sabemos que la mayoría de veces se equivocan.

—Éste no —contestó Sila con firmeza—. Era un caldeo, adivino del rey de los partos.

Metelo Pío consideró más prudente no seguir discutiendo y sacó a colación el tema de la campaña de Hispania.

A decir verdad, la actividad de Sila se iba estancando. Había cesado el aluvión legislativo y la nueva constitución parecía que iba a durar hasta después de que él abandonara el poder; hasta los repartos de tierras a sus ex combatientes comenzaban a entrar en una fase en la que ya no era necesario que interviniera él personalmente. Y Volaterrae había caído por fin. Sólo Nola, el más antiguo y encarnizado enemigo de Roma, seguía resistiendo.

Había hecho cuanto podía, olvidando muy poco; el Senado estaba domesticado, las asambleas eran prácticamente impotentes, los tribunos de la plebe habían quedado reducidos a meros figurones, sus tribunales eran un éxito popular y práctico, y los futuros gobernadores de las provincias los tenía pensados. El Tesoro estaba repleto y a sus burócratas los tenía implacablemente sumisos a llevar una contabilidad modélica. Y por si era insuficiente la lección de haber proscrito mil seiscientos caballeros en el ordo equester, había rematado la operación arrebatando a los que poseían el caballo público todos sus privilegios sociales, además de decretar el indulto de los desterrados condenados por tribunales con jurados de caballeros.

Había cosas raras, por supuesto. Las mujeres volvían a padecer por su ley que impedía volver a casarse a las convictas de adulterio. Los juegos (que él aborrecía) estaban prohibidos en toda circunstancia, con excepción de la lucha y las carreras pedestres, que no atraían multitudes, como bien sabía él. Pero se encarnizó en particular con los servidores públicos, a quienes despreciaba por ineptos, descuidados, perezosos y venales, y reguló todos los aspectos de la vida de los secretarios de Roma, funcionarios, escribas, contables, heraldos, lictores y mensajeros, sin olvidar a los ayudantes de sacerdotes llamados calatores, a los llamados nomenclatores, que recordaban a otros los nombres de personas, y a los servidores públicos en general que no tuvieran un trabajo determinado salvo el hecho de ser apparitores. De ahora en adelante, ninguno de ellos sabría el trabajo que desempeñaría cuando asumiera su cargo un nuevo magistrado, porque

ningún magistrado podía pedir servidores públicos por su nombre, sino que serían designados por grupos con tres años de anticipación, y ningún grupo podría servir constantemente al mismo tipo de magistrado.

Inventó nuevos medios de fastidiar al Senado, y, tras prohibir las demostraciones ruidosas de aprobación o repulsa y cambiar el orden de intervención de los miembros de la cámara, dictó una ley para inscribir en las tablillas que afectaba gravemente a los ingresos de ciertos senadores necesitados al limitar la cantidad de dinero que podían gastar las delegaciones provinciales que acudieran a Roma a cantar las excelencias de un ex gobernador, lo que significaba que tales delegaciones no podrían ya (como hacían antes) dar dinero a senadores pobres.

Era todo un programa legislativo cubriendo todos los aspectos de la vida pública romana y muchos de la hasta entonces vida privada. Todos sabían ahora los límites de sus posibilidades, lo que podían gastar, lo que podían ganar, lo que tenían que pagar al Tesoro, con quién podían casarse, dónde podían vivir y a lo que podían aspirar. Una magna obra realizada, al parecer, en solitario. Los caballeros estaban doblegados, y los héroes militares se encumbraban; la asamblea plebeya y sus tribunos doblegados, y el Senado cada vez más poderoso; los emparentados directamente con los proscritos, aplastados, y hombres como Pompeyo cada vez más enaltecidos. Los abogados que se habían distinguido en las asambleas (como Quinto Hortensio) quedaban postergados, y los que se distinguían en el ambiente más recogido de los tribunales (como Cicerón) iban en ascenso.

—No es de extrañar que Roma ande de cabeza, aunque no oigo una sola voz despotricar contra Sila —dijo el nuevo cónsul, Apio Claudio Pulcro, a su colega Publio Servilio Vatia.

—Una de las razones —contestó Vatia— es el buen sentido de la mayoría de lo que ha legislado. ¡Es una maravilla!

Apio Claudio asintió con la cabeza sin entusiasmo, pero Vatia no se dejó engañar por tal apatía; su colega no estaba bien y se encontraba así desde el regreso del interminable asedio de Nola, del que había estado encargado intermitentemente durante diez años. Además, era viudo con seis hijos, ya

famosos por su falta de disciplina y deplorable tendencia a sostener en público sus tempestuosas y mortales peleas.

Compadecido de él, Vatia le dio unas palmadas en la espalda.

—¡Vamos, Apio Claudio, mira el futuro de un modo más risueño, hombre! Te ha costado lo tuyo, pero por fin has llegado.

—No habré llegado hasta que no recupere la fortuna de mi familia —replicó Apio Claudio hoscamente—. El maldito Filipo me arrebató cuanto tenía y se lo dio a Cinna y Carbón... y Sila no me lo ha devuelto.

—Hubieras debido recordárselo —añadió Vatia—. Ya sabes cuánto tiene que hacer. ¿Por qué no compraste en las subastas durante las proscripciones?

—Estaba en Nola, por si no lo sabes —contestó el desafortunado.

—El año que viene te enviarán de gobernador a una provincia y se te hará justicia.

—Si mi salud aguanta.

—¡Oh, Apio Claudio, no seas tan pesimista! ¡Claro que tendrás salud!

—No sé yo. Seguro que tengo la mala suerte de que me envíen a la Hispania Ulterior a sustituir a Pío.

—No; te lo prometo. Si no hablas tú con Lucio Cornelio, lo haré yo. Y le pediré que te dé Macedonia. Allí siempre se sacan unas buenas bolsas de oro y contratos muy importantes. Sin contar la venta de ciudadanía a los griegos ricos.

—No sabía que hubiera —replicó Apio Claudio.

—Ricos hay en todas partes; hasta en los países más pobres. Hay hombres que hacen dinero porque han nacido para ello. Ni los griegos, con tanto idealismo político, legislaron nada para impedir que hubiese ricos. Está comentado en la República de Platón, no creas.

—Hombres como Craso, quieres decir.

—¡Un ejemplo de perlas! Cualquiera otro habría caído en la oscuridad cuando Sila le paró los pies; pero Craso no.

Estaban en la Curia Hostilia, en donde iba a celebrarse la reunión inaugural de año nuevo del Senado, pues no había templo de Júpiter Optimus Maximus y el número de senadores había crecido de tal modo que

no cabían en templos como el de Júpiter Stator o el de Cástor, ni eran adecuados para la fiesta consiguiente.

—¡Calla, que habla Sila! —dijo Apio Claudio.

—Bien, padres conscriptos —comenzó diciendo el dictador con voz jovial—, básicamente está todo hecho. Era mi intención declarada volver a poner a Roma en pie y decretar nuevas leyes que correspondiesen a las necesidades del mos maiorum. Y eso he hecho. Pero continuaré en el cargo de dictador hasta julio, cuando se celebrarán las elecciones para las magistraturas del año que viene. Ya lo sabíais. Empero, creo que algunos de vosotros os negáis a creer que un hombre dotado de tal poder se avenga a cederlo. Por ello, os repito que dejaré el cargo de dictador tras las elecciones de julio. Esto significa que los magistrados del año que viene serán los últimos elegidos personalmente por mí. En años venideros habrá elecciones libres, abiertas a cuantos candidatos se presenten. Hay quienes no han cesado de desaprobar que el dictador elija los magistrados y ponga únicamente a votación el mismo número de nombres como cargos hay, pero, como yo siempre he sostenido, el dictador debe trabajar con hombres que estén dispuestos a apoyarle incondicionalmente. No se puede confiar en que el electorado escoja a los mejores, ni siquiera a los que merecen y les corresponde el cargo por su categoría y experiencia. Así pues, como dictador he podido tener la seguridad de que me rodeaba de los que yo deseaba y para quienes el cargo era un derecho moral y ético. Como es el caso del ausente pontífice máximo, mi querido Quinto Cecilio Metelo Pío, que sigue gozando de mi favor y está ya camino de la Hispania Ulterior para enfrentarse al criminal proscrito Quinto Sertorio.

—Un poco prolijo —musitó Catulo con toda justicia.

—Porque no tiene nada que decir —añadió Hortensio.

—Salvo que se queda hasta quintilis.

—Y yo empiezo a creérmelo.

Pero el día de Año Nuevo que con tan buenos auspicios comenzaba, concluiría con malas noticias, largo tiempo diferidas, de Alejandría.



Había llegado la hora de Ptolomeo Alejandro el Joven al principio del año que acababa de terminar, segundo del reinado de Sila. Si, llegaba la noticia de Alejandría de que el rey Ptolomeo Soter había muerto, y su hija la reina Berenice gobernaba sola. Aunque la línea dinástica procedía de ella, según la ley egipcia no podía ocupar el trono sin un rey, y la embajada de Alejandría preguntaba respetuosamente si Lucio Cornelio Sila otorgaba a Egipto un nuevo rey en la persona de Ptolomeo Alejandro.

—¿Y qué sucede si me niego? —preguntó Sila.

—Mitrídates y Tigranes se anexionarán Egipto —contestó el portavoz de la delegación—. El trono debe ocuparlo un miembro de la dinastía ptolomeica. Si no se nombra a Ptolomeo Alejandro rey y faraón, tendremos que solicitar a Mitrídates y Tigranes que envíen al mayor de los dos bastardos, Ptolomeo Filadelfo, por sobrenombre Auletes por su voz aflautada.

—Comprendo que un bastardo pueda asumir el título de rey, pero ¿puede ser nombrado legalmente faraón? —inquirió Sila, dando muestra de haber estudiado la monarquía egipcia.

—Si fuese hijo de una mujer ordinaria, en modo alguno —le contestaron—. Sin embargo, Auletes y su hermano son hijos de Ptolomeo Soter y de la princesa Arsinoé, la concubina real, legítima hija mayor del rey de Nabatea. Es una costumbre tradicional en todos los pequeños reinos de Arabia y Palestina enviar las primogénitas al faraón de Egipto en concepto de concubinas, por ser un destino más augusto y encomiable que matrimoniar con otras pequeñas dinastías, aparte de que da mayor seguridad a los padres que necesitan de la ayuda de Egipto para proseguir sus actividades de comercio en el Sinus Arabicus y en los desiertos de la región.

—Entonces, ¿decís que Alejandría y Egipto aceptarían a uno de los bastardos ptolomeicos porque su madre era princesa?

—En el caso de que no pueda ser rey Ptolomeo Alejandro, es inevitable, Lucio Cornelio.

—Marionetas de Mitrídates y Tigranes —comentó Sila, pensativo.

—Como las esposas son hijas de Mitrídates, eso es también inevitable. Tigranes está muy próximo a la frontera de Egipto para que pretendamos

que los bastardos de Ptolomeo se divorcien de sus esposas. Nos invadiría en nombre de Mitrídates y Egipto sucumbiría. No tenemos poderío militar para emprender una guerra de esa magnitud. Además, las esposas tienen suficiente sangre ptolomeica para acceder al trono. En el caso de que el hijo de Ptolomeo Soter y su concubina, la hija del rey de Idumea —añadió el portavoz con zalamería—, no quede encinta y dé a Auletes una esposa de media consanguinidad ptolomeica.

Sila adoptó de pronto una actitud hosca de hombre ocupado.

—Dejad el asunto en mis manos, que yo me ocuparé de él. ¡No podemos consentir que Armenia y Ponto controlen Egipto!

Era un asunto sobre el que ya había deliberado hacia tiempo; por lo que, sin dilación, se dirigió a la villa de la colina Pinciana y se entrevistó con Ptolomeo Alejandro.

—Ha llegado tu hora —dijo el dictador al real huésped, que ya no era tan joven, pues tenía treinta y cinco años.

—¿Ha muerto Garbanzo? —se apresuró a preguntar Ptolomeo Alejandro.

—Muerto y enterrado. Reina sola Berenice.

—¡Pues debo partir! —graznó Ptolomeo Alejandro nervioso—. ¡Tengo que partir sin pérdida de tiempo!

—Irás cuando yo lo diga y no antes —replicó Sila tajante—. Siéntate, majestad, y escucha.

Su Majestad se sentó con los ropajes lánguidamente caídos y unos extraños ojos enmarcados por las dos gruesas rayas de stibium con que había prolongado las pestañas hacia las sienes al estilo del ojo egipcio tradicional, o wadjet, del mismo modo que se había pintado las gruesas cejas y blanqueado el entrecejo. Sila no sabía cómo eran realmente los ojos de Ptolomeo, pero pensó que aquel maquillaje le confería un aspecto siniestro, que sería tal vez lo que pretendía.

—No puedes hablar a un rey como si fuese un subordinado —dijo Su Majestad muy tieso.

—No hay ningún rey en el mundo que no sea subordinado mío —replicó Sila con desprecio—. ¡Yo reino en Roma y soy el hombre más

poderoso entre los ríos del Océano y el Indo! Así que, escucha, majestad, ¡y no me interrumpas! Puedes ir a Alejandría a sentarte en el trono, pero sólo con ciertas condiciones. ¿Entendido?

—¿Qué condiciones?

—Que hagas testamento y lo dejes en manos de las vírgenes vestales en Roma. Un testamento sencillo en el que conste que en caso de morir sin descendencia legítima cedes el reino de Egipto a Roma.

—¡No puedo hacer eso! —exclamó Ptolomeo Alejandro estupefacto.

—Harás lo que yo te diga que hagas... si quieres reinar en Alejandría. Es el precio. Egipto será para Roma si mueres sin descendencia.

Los perturbadores ojos con su ritual maquillaje miraron de un lado a otro, y la boca profusamente pintada de carmín —llena y viciosa— se frunció en un gesto que a Sila le recordó a Filipo.

—De acuerdo, acepto el precio —dijo Ptolomeo Alejandro resignado—. No creo en la religión tradicional egipcia, así que poco me importa lo que me suceda al morir.

—Excelente razonamiento —dijo Sila cordial—. He traído a mi secretario para que redactes ahora mismo el documento. Con todos los sellos reales y el cartucho correspondiente. No quiero protestas de Alejandría cuando mueras —dijo Sila, dando unas palmadas para que acudiera un criado egipcio al que mandó hacer pasar a su secretario—. En realidad, hay otra condición —añadió displicente mientras llegaba.

—¿Cuál? —inquirió Ptolomeo Alejandro con hastío.

—Tengo entendido que en un banco de Tiro dispones de una suma de dos mil talentos de oro depositados por tu abuela, Cleopatra tercera. Mitrídates se apoderó del dinero que dejó en Cos, pero no del que dejó en Tiro, Y el rey Tigranes aún no ha logrado subyugar a las ciudades de Fenicia, ocupado como está con los judíos. Dejarás esos dos mil talentos de oro a Roma.

Una mirada de Sila bastó para que Ptolomeo comprendiera que de nada valía discutir, y volvió a asentir con la cabeza.

Entró Flosculus, el secretario, y Ptolomeo Alejandro envió a un criado a por los sellos y el cartucho real, y rápidamente quedó redactado, firmado y

testificado el testamento.

—Yo lo registraré —dijo Sila —, ya que tú no puedes cruzar el pomerium y entrar en el templo de Vesta.

Dos días más tarde, Ptolomeo Alejandro el Joven partía de Roma con la embajada y se embarcaba en Puteoli con dirección a África; era más fácil la travesía por el Mediterráneo desde aquel punto para luego costear por la provincia romana de Cirenaica y alcanzar Alejandría. Además, el nuevo rey de Egipto no quería acercarse al territorio de Mitrídates y de Tigranes, y no confiaba en la suerte.

En primavera llegó un mensaje urgente de Alejandría en el que el agente de Roma (un conocido mercader) decía que el rey Ptolomeo Alejandro había tenido un fin desastroso. Después de llegar sin novedad tras un largo viaje, Ptolomeo se había casado con su hermanastra y prima hermana Berenice, y había sido rey de Egipto exactamente diecinueve días, durante los cuales, al parecer, había ido en aumento el odio hacia su esposa; a primera hora del decimonoveno día de su reinado, considerando a esta mujer una carga prescindible, había asesinado a su esposa-hermana-prima-reina de cuarenta años. Pero Berenice había reinado mucho más tiempo con su padre, y los ciudadanos de Alejandría la adoraban, por lo cual, al final de aquella misma jornada, la multitud había asaltado el palacio, apresando al rey Ptolomeo Alejandro II y haciéndole literalmente pedazos en el ágora. Egipto estaba sin reyes y sumido en el caos.

—¡Magnífico! —exclamó Sila al leer la carta, y envió a Alejandría una embajada de senadores romanos presidida por el consular y ex censor Marco Perpena, que llevó consigo el testamento del rey Ptolomeo Alejandro II. Los embajadores llevaban, además, orden de pasar por Tiro a su regreso para recoger el oro.

A partir de aquel día hasta el día de Año Nuevo del tercer año del reinado de Sila, nada más había sucedido.

—La mala suerte nos ha perseguido durante todo el viaje —dijo Marco Perpena—. Naufragamos en Creta y caímos cautivos de los piratas; y las ciudades del Peloponeso tardaron dos meses en pagar nuestro rescate. Y

tuvimos que acabar el viaje poniendo rumbo a Cirene y costeando Libia hasta Alejandría.

—¿En un navío pirata? —preguntó Sila, consciente de la gravedad de los hechos, pero no menos predispuesto a reírse del pobre Perpena, que parecía realmente envejecido y aterrado.

—Exactamente, en un barco pirata.

—¿Y qué sucedió al llegar a Alejandría?

—Nada bueno, Lucio Cornelio. ¡Nada bueno! —insistió Perpena con un profundo suspiro—. Vimos que los alejandrinos habían actuado con celeridad y eficacia, y sabían a dónde acudir una vez muerto el rey Ptolomeo Alejandro.

—¿Acudir a dónde y para qué, Perpena?

—Para buscar a los dos bastardos de Ptolomeo Soter, Lucio Cornelio. Solicitaron al rey Tigranes de Siria la entrega de los dos jóvenes; el mayor para ser rey de Egipto, y el menor, rey de Chipre.

—Hábil y previsible —comentó Sila—. Continúa.

—Cuando llegamos a Alejandría, el rey Ptolomeo Auletes ya estaba en el trono, y su esposa, la hija del rey Mitrídates, reinaba con él con el nombre de Cleopatra Trifena. Su hermano menor, a quienes los alejandrinos han dado en llamar Ptolomeo el Chipriota, está de regente en Chipre, acompañado de su esposa, otra hija de Mitrídates.

—¿Cómo se llama?

—Mitrídates Nisa.

—Todo ello ilegal —observó Sila frunciendo el ceño.

—¡Los alejandrinos dicen que no!

—Continúa, Perpena, dime lo peor.

—Bien. Les mostramos el testamento, claro. Y les dijimos que veníamos a anexionar oficialmente el reino de Egipto al imperio de Roma como provincia.

—¿Y qué dijeron, Perpena?

—Se rieron de nosotros, Lucio Cornelio. Y con diversos métodos sus legistas demostraron la invalidez del testamento. Luego nos señalaron al rey y a la reina en sus tronos, diciéndonos que eran los herederos legítimos.

—¡Pues no lo son!

—No, según la ley romana, alegaron ellos, pero no es aplicable en Egipto. Parece ser que, conforme a la ley egipcia, que está constituida fundamentalmente por preceptos elaborados a tenor de los acontecimientos, la real pareja es legítima.

—¿Y qué hiciste, Perpena?

—¿Qué podía hacer, Lucio Cornelio? Alejandría estaba llena de soldados. Dimos gracias a los dioses por poder salir sanos y salvos de Egipto.

—Claro —añadió Sila—. Sin embargo, el testamento es válido y Egipto pertenece a Roma —añadió, tamborileando con los dedos en el escritorio—. Lamentablemente, Roma poco puede hacer en las actuales circunstancias. He tenido que enviar catorce legiones a Hispania para acabar con Quinto Sertorio, y no quiero aumentar los gastos del Tesoro con otra campaña en aquel rincón del orbe. Y menos con Tigranes, que es dueño y señor de la mayor parte de Siria y no tiene vecinos que le paren los pies ahora que los herederos del trono parto están enzarzados en una guerra civil. ¿Tienes el testamento?

—¡Oh, sí, Lucio Cornelio!

—Pues mañana informaré al Senado de lo que ha sucedido, y lo devolveremos a las vestales hasta el día en que Roma pueda anexionarse Egipto por la fuerza, que es la única manera de poder heredar, me temo.

—Egipto es de una riqueza fabulosa.

—¡Lo sé, lo sé, Perpena! Los Ptolomeos tienen uno de los tesoros más grandes del mundo, y uno de los países más ricos. Y me imagino que no conseguirías los dos mil talentos de oro de Tiro... —añadió Sila, como recordándolo de pronto.

—Ah, eso lo conseguimos sin dificultad, Lucio Cornelio —contestó Perpena con gesto de sorpresa—. Los banqueros nos los entregaron en cuanto vieron el testamento. Lo recogimos en el viaje de vuelta, tal como dijiste.

—¡Muy bien, Perpena! —exclamó Sila, echándose a reír—. Casi se te puede perdonar el fracaso en Alejandría! —añadió, poniéndose en pie y

frotándose las manos de contento—. Buen suplemento para el Tesoro. Estoy seguro de que igual pensará el Senado. Al menos la pobre Roma podrá subvenir a los gastos de la embajada.

Todos los reyes de Oriente eran levantiscos, y era uno de los lastres que Roma se veía obligada a arrastrar porque, por sus luchas intestinas, Sila no había podido permanecer suficiente tiempo en Asia para derrotar de una vez para siempre a Mitrídates y a Tigranes. Nada más embarcar Sila rumbo a Italia, Mitrídates comenzó a maniobrar para anexionarse Capadocia, y Lucio Licinio Murena (gobernador de la provincia de Asia y de Cilicia) se apresuró a hacerle frente, sin conocimiento ni permiso de Sila, contraviniendo el tratado de Dardania. Al principio, a Murena le habían ido estupendamente las cosas, hasta que, por su excesiva confianza, sostuvo con Mitrídates una serie de encuentros desastrosos en el propio Ponto, y Sila se había visto obligado a enviar al anciano Aulo Gabinio para que Murena se retirase a sus provincias. Sila había pensado en castigarle por su conducta, pero, al surgir la pugna con Pompeyo, le había permitido regresar para celebrar un triunfo y así parar los pies a Pompeyo.

Entretanto, Tigranes, en los seis años transcurridos, había extendido su reino de Armenia hacia el sur y el oeste, incorporando tierras de los partos y del reino de Siria en franca desintegración, y ya vislumbraba una ocasión cuando supo que el anciano rey Mitrídates de los partos se hallaba muy enfermo y no podría proceder a la proyectada invasión de Siria; demasiado enfermo para impedir que los bárbaros llamados masagetes ocupasen las tierras norte y este del reino, y tampoco podría evitar que su hijo Gotarzes usurpara Babilonia.

Como el mismo Tigranes había previsto, a la muerte del rey parto Mitrídates estalló la guerra por la sucesión, complicada por el hecho de que el anciano tenía tres esposas oficiales, dos de ellas hermanastras paternas, y la tercera nada menos que una hija de Tigranes llamada Automa. Mientras una serie de hijos de distintas madres se enzarzaban en luchas disputándose lo que quedaba, se produjo la escisión de otra rica satrapía, la

fabulosamente fértil Elimea, regada por los afluentes de la derecha del Tigris, el Coaspes y el Pasitigris; se perdieron los puertos sin aluvión del este del delta formado por el Tigris y el Éufrates, y la ciudad de Susa, una de las sedes reales partas. Y los hijos del anciano Mitrídates seguían guerreando sin preocuparse por nada más.

Igual hizo Tigranes. Su primera acción (en el mismo año de la muerte de Cayo Mario) fue invadir sucesivamente los pequeños reinos de Sofena, Gordiana, Adiabena y Osroena. Al conquistar esos cuatro estados, Tigranes poseía las tierras que bordeaban la orilla oriental del Éufrates desde más arriba de Tomisa hasta Europus; era dueño igualmente de las ciudades de Amida, Edesa y Nisibis, y de todos los puestos de pago de tránsito por el gran río. Pero en lugar de confiar el cobro de los pagos a sus armenios, se granjeó la amistad de los árabes escenitas que dominaban las regiones áridas entre el Éufrates y el Tigris al sur de Osroena, y cobraban derecho de paso a las caravanas que cruzaban su territorio. Tigranes hizo que aquellos beduinos nómadas se instalasen en Edesa y Carres, y les confió el cobro del derecho de tránsito por el Tigris en Samosata y Zeugma. Su rey, que ostentaba el título de Abgar, quedó como cliente de Tigranes, y la población de habla griega de las ciudades que había conquistado el rey de Armenia tuvo que emigrar a regiones de ésta en las que se desconocía la lengua griega. Tigranes quería a toda costa ser el soberano de un reino helenizado civilizado, y ¿qué mejor manera de helenizarlo que implantar colonias de grecoparlantes en las fronteras?

Tigranes había sido en su niñez rehén del rey de los partos y había vivido en Seleucia del Tigris, lejos de Armenia; al morir su padre, era el único hijo que quedaba, pero el rey de los partos exigió un fuerte rescate por él: setenta valles de la región más rica de Armenia, la Media Atropatena. Ahora, Tigranes invadía la Media Atropatena y recuperaba los setenta valles llenos de oro, lapislázuli, turquesas y fértiles pastos.

Sin embargo, se encontró con que le faltaban caballos niseos para sus cada vez más cuantiosas catafractas; aquellos extraños caballeros iban cubiertos de pies a cabeza con una armadura de escamas de hierro, igual que sus caballos, que habían de ser grandes para aguantar el peso. Así,



durante el siguiente año, Tigranes invadió la Media, región en la que se criaba aquella raza de caballos, y la anexionó a Armenia. Ecbatana, sede real de los reyes partos —y anteriormente de los reyes de Media y Persia, Alejandro Magno entre ellos—, fue incendiada y arrasada, y saqueado su magnífico palacio.

Habían transcurrido tres años, y, mientras Sila avanzaba despacio por la península italiana, Tigranes había puesto los ojos en el oeste, cruzando el Éufrates para llegar a la Comágene; al no encontrar resistencia, había invadido las tierras al norte de Siria entre el monte Amano y las cordilleras del Líbano, incluida la poderosa Antioquía y la mitad sur del valle del río Orontes. Incluso una parte de la Cilicia Pedia, de la orilla oriental del Sinus Issicus, cayó en sus manos.

Siria era un territorio totalmente helenizado y su población de habla griega estaba muy influida por las costumbres griegas. Nada más establecer su autoridad en ella, Tigranes obligó a todas las comunidades de idioma griego a trasladarse a la recién construida capital de Tigranocerta. Los más favorecidos fueron los artesanos, a quienes no se les permitió permanecer en Siria, pero como el rey era consciente de la necesidad de proteger a aquel contingente de población de los pueblos de habla meda entre los que quedaron integrados, ordenó, bajo pena de muerte, tratar con cuidado y afabilidad a los nuevos ciudadanos.

Y mientras Sila legislaba para convertirse en dictador de Roma, Tigranes había adoptado oficialmente el título que toda su vida había ambicionado: rey de reyes. La reina Cleopatra Selene de Siria —hermana menor y otrora esposa de Ptolomeo Soter—, que había reinado en Siria con varios esposos seléucidas, fue obligada a dejar Antioquía para vivir en modestas condiciones en una aldehuela del Éufrates, ocupando su lugar en el palacio de Antioquía el sátrapa Magadates, que reinó en Siria con el nombre de Tigranes, rey de reyes.

Rey de reyes, pensó Sila con sorna. Todos esos déspotas orientales se creen rey de reyes; al parecer, hasta los dos bastardos del rey Ptolomeo Soter, que ahora reinaban en Egipto y Chipre con sus mitridáticas esposas. Pero el testamento de Ptolomeo Alejandro era auténtico: bien lo sabía Sila

que había sido testigo. Tarde o temprano Egipto sería de Roma. De momento, había que dejar que Ptolomeo Auletes reinase en Alejandría, pero Sila se juró que no darían un solo momento de descanso a aquel títere de Mitrídates y Tigranes. El Senado de Roma enviaría constantemente delegaciones a Alejandría exigiéndole renunciar al trono y entregar Egipto a Roma, el propietario legítimo.

En cuanto al rey Mitrídates del Ponto, era muy interesante saber que había perdido doscientos mil hombres congelados en el Cáucaso; habría que disuadirle una vez más para que renunciara a anexionarse Capadocia. Porque, quejándose en una carta a Sila de que Murena había saqueado e incendiado cuatrocientos pueblos del río Halys, Mitrídates había empezado a apoderarse de la orilla del río que pertenecía a la pobre Capadocia, y para que su acción tuviese visos de legitimidad, había dado al rey Ariobarzanes de Capadocia por nueva esposa a una de sus hijas. Cuando Sila supo que aquella hija tenía cuatro años, envió otro mensajero al rey Mitrídates ordenándole en nombre de Roma que abandonase Capadocia, con hija o sin ella. El mensajero acababa de regresar con una carta en la que Mitrídates prometía hacer lo que se le decía, e informaba a Sila que iba a enviar una embajada a Roma para ratificar el tratado de Dardania.

—Más vale que la envíe cuanto antes —se dijo Sila, mientras, concluyendo aquellas reflexiones sobre los reyes de Asia, iba en busca de su esposa, y en su presencia concluyó en voz alta sus pensamientos—. Si se demora, no me encontrará a mí para regatear, y no les arriendo la ganancia si tienen que negociar con el Senado.

—¿Qué dices, amor? —inquirió Valeria sorprendida.

—Nada. Dame un beso.

Le bastaba con sus besos, pues Valeria Mesala era una preciosidad. Hasta el momento, el cuarto matrimonio había sido una agradable experiencia para Sila, pero no muy estimulante. Y en parte era debido a su edad y a la enfermedad; lo sabía. Pero más aún a los defectos seductores y sensuales de las romanas aristócratas, que no sabían relajarse debidamente

en la cama para aceptar las triquiñuelas sexuales que el dictador ansiaba. Fallaba su energía y necesitaba esas triquiñuelas. ¿Por qué las mujeres, aun amando locamente a un hombre, no podían ceder incondicionalmente a sus fantasías sexuales?

—Yo creo —dijo Varrón, que fue el desventurado confidente— que las mujeres son receptáculos pasivos, Lucio Cornelio. Están hechas para sujetar cosas, desde el pene de un hombre hasta un niño. Y quien sostiene cosas es un ser pasivo. ¡Tiene que ser pasivo, si no la sujeción peligra! Lo mismo sucede con los animales. El macho es el activo y sacia su gran deseo montando a varias hembras.

Había ido a informar a Sila de que Pompeyo iba a hacer una breve visita a Roma, y preguntaba si Sila quería ver al joven.

—¿Quieres decir, querido Varrón, que un hombre decente casado debe andar fornicando con la mitad de las hembras de Roma?

—¡No, no, desde luego que no! —exclamó Varrón—. ¡Todas las hembras son pasivas y no hallaría satisfacción!

—Entonces, ¿dices que si un hombre quiere saciar sus deseos carnales ha de emparejarse con otro hombre? —preguntó Sila muy serio.

—¡Oh! ¡Ah! ¡Hummm! —farfulló Varrón, retorciéndose nervioso como una lombriz—. No, Lucio Cornelio; claro que no. Ni mucho menos.

—Entonces, ¿qué hace un hombre decente casado?

—Me gusta estudiar los fenómenos naturales, sí, pero esto son cuestiones que no alcanzan a mis conocimientos —balbució Varrón, maldiciendo el habersele ocurrido ir a visitar a aquel viejo sorprendente. El problema era que durante los meses en que Varrón había estado curando con el ungüento el rostro de Sila, éste había mostrado gran afecto por él, y se ofendía si no iba a verle de vez en cuando.

—¡Cálmate, Varrón, te lo preguntaba en broma! —añadió Sila riendo.

—Contigo nunca se sabe, Lucio Cornelio —dijo Varrón, humedeciéndose los labios y pensando en la frase más adecuada para anunciarle la llegada de Pompeyo; Varrón no era tonto y conocía perfectamente la actitud ambigua de Sila hacia Pompeyo.

—Me han dicho —dijo Sila, ajeno a las enrevesadas reflexiones de Varrón— que Varrón Lúculo se ha podido quitar de encima a su hermana adoptiva, prima tuya, creo.

—¿Terencia? —preguntó Varrón, súbitamente animado—. ¿Ah, sí? ¡Una verdadera suerte!

—Hacía tiempo —añadió sonriente Sila, a quien últimamente encantaban todos aquellos chismes sociales— que una mujer tan rica como Terencia tardaba tanto en encontrar marido.

—Bueno, no es exactamente eso —respondió Varrón contemporizador—. Siempre se encuentran hombres dispuestos a casarse con una mujer rica. Lo malo de Terencia, que es la peor arpía de Roma —créeme—, es que siempre se ha negado a aceptar a los esposos que le buscaba su familia.

—Prefería estar en casa y hacerle la vida imposible a Varrón Lúculo, quieres decir —comentó Sila, más irónico.

—Puede ser. Aunque yo creo que él le gusta. Es una cosa innata y nada puede hacer.

—¿Y cómo fue? ¿Un flechazo?

—Ni mucho menos. Propuso la unión ese timador de Tito Pomponio que ahora tiene el sobrenombre de Atico por la adoración que siente por Atenas. Por lo visto, él y Marco Tulio Cicerón se conocen hace años, y desde que promulgaste las nuevas leyes Atico viene a Roma todos los años.

—Lo sé —dijo Sila, que no guardaba rencor a Atico por sus veleidades financieras, del mismo modo que tampoco se las reprochaba a Craso, quien sólo había perdido su favor por el modo como había especulado con las proscripciones.

—Bien, la fama de jurista de Cicerón había crecido, a la par que sus ambiciones, pero su bolsa estaba vacía. Necesitaba casarse con una heredera y parecía estar condenado a hacerlo con una de esas muchachas mediocres que nuestros plutócratas menos presentables tan abundantemente engendran. Y fue Atico quien le sugirió a Terencia —añadió Varrón, haciendo una pausa para ver qué cara ponía Sila—. ¿Conoces a Marco Tulio Cicerón? —inquirió.

—Mucho de cuando era un muchacho. Era amigo de mi hijo, que tendría ahora su misma edad. Ya entonces era un prodigio. Pero entre la muerte de mi hijo y el proceso de Sexto Roscio de Amena sólo le había visto sirviendo de contubernalis en mi estado mayor en Campania durante la guerra contra los aliados. Y no ha cambiado; ha encontrado su ambiente, desde luego. Es tan pedante, locuaz y engreído como siempre. Cualidades que convienen perfectamente a un abogado. De todos modos, confieso sin reservas que tiene talento para la oratoria, ¡Y es un cerebro! Su peor defecto es ser paisano de Cayo Mario, porque también es de Arpino.

Varrón asintió con la cabeza.

—Pues Atico se puso en contacto con Varrón Lúculo, quien expuso a Terencia las pretensiones de Cicerón; y, para sorpresa de Varrón, Terencia dijo que quería conocerle. Había oído hablar de su habilidad en los tribunales, y le dijo a Varrón Lúculo que estaba decidida a casarse con un hombre capaz de alcanzar fama, y que creía que Cicerón llegaría a ser famoso.

—¿Qué cuantía tiene su dote?

—¡Es enorme! Doscientos talentos.

—La cola de pretendientes debe de dar la vuelta a la casa y no deben faltar hombres bien parecidos. Empiezo a sentir respeto por esa Terencia que ha sido capaz de resistir a los más hábiles cazafortunas de Roma —dijo Sila.

—Terencia —añadió el primo— es fea, agria, arisca y tacaña. Todavía soltera con veintiún años... Ya sé que las muchachas han de obedecer al paterfamilias y casarse con quien se les dice, pero es que no hay hombre, ni muerto ni vivo, capaz de lograr que Terencia haga algo que no quiera.

—Y el pobre Varrón Lúculo es muy buena persona —comentó Sila.

—Es lo que pasa.

—Entonces Terencia vio a Cicerón.

—Efectivamente. Y, pásmate, consintió en casarse con él.

—¡Suerte para Cicerón! Un favorito de la Fortuna. Le vendrá de perlas su dinero.

—Eso crees tú —añadió Varrón—. Ha redactado ella el contrato de matrimonio, y conserva pleno dominio de su riqueza, aunque acepta dotar a las hijas que tenga y contribuir a financiar la carrera de los hijos. ¡Pero no creo que Cicerón haga cambiar a Terencia!

—¿Y él qué tal es actualmente?

—Bastante buena persona. Pero creo que en el fondo es un blando, aunque sea un engreído inaguantable y se crea que no tiene rival en cuanto a inteligencia. Y es un ambicioso advenedizo. Le molesta que le recuerden su lejano parentesco con Cayo Mario. Si Terencia hubiese sido una de esas hijas mediocres de plutócrata, creo que ni la hubiera mirado a la cara; pero su madre era patricia y estuvo casada con Quinto Fabio Maximo, por lo que la vestal Fabia es su cuñada. Así que Terencia le pareció «bien», ¿te das cuenta? —añadió Varrón con una mueca—. Cicerón es un Icaro, Lucio Cornelio. Está decidido a remontar el vuelo hasta el reino del sol, algo peligroso si eres un hombre nuevo sin un mal sestercio.

—No sé qué habrá en el aire de Arpino que hace que nazcan esa clase de individuos —dijo Sila—. ¡Menos mal para Roma que este hombre nuevo de Arpino no tiene inclinaciones militares!

—Todo lo contrario, tengo entendido.

—¡Ah, sé lo que digo! Cuando era uno de mis contubernales me servía de secretario y palidecía al ver una espada. Ahora que mejor secretario no he tenido nunca. ¿Cuándo es la boda?

—Después de que Varrón Lúculo y su hermano celebren los ludi romani en septiembre —contestó Varrón echándose a reír—. En este momento no piensan en otra cosa que no sea celebrar los mejores juegos que ha visto Roma en este siglo.

—Lástima que yo ya no esté para verlos —dijo Sila, sin mostrarse entristecido.

Se hizo un silencio, que Varrón aprovechó antes de que a Sila se le ocurriese otro tema.

—Lucio Cornelio, no sé si sabes que Cneo Pompeyo Magnus viene dentro de poco a Roma... —dijo casi con timidez—. Le gustaría venir a verte, aunque no ignora lo ocupado que estás.

—¡Para Magnus no estoy ocupado! —contestó Sila animado, mirando inquisitivo a Varrón—. ¿Continúas tras sus pasos con papel y pluma para anotar todas sus andanzas?

Varrón se ruborizó; nunca se sabía la real interpretación que daba Sila a las cosas más inocentes. ¿No pensaría que sería mejor que se dedicara a registrar los hechos (y andanzas) de Lucio Cornelio Sila?

—De vez en cuando —respondió modestamente—. Empecé por casualidad porque hallándonos juntos estalló la guerra y no supe resistir a su entusiasmo. Me dijo que debía dedicarme a la historia, y eso es lo que hice. No soy el biógrafo de Pompeyo.

—Muy bien dicho.

Así, cuando Varrón salió de la casa del dictador en el Palatino, tuvo que detenerse a enjugarse el sudor de la frente. Todos hablaban del león y el zorro que era Sila, pero él personalmente pensaba que la peor fiera que albergaba aquel hombre era un gato común.

Pero había cumplido su encomienda: cuando Pompeyo llegase a Roma con su esposa y se alojara en la casa de la Carinae, él podría anunciarle que Sila se complacería en recibirle y le asignaría fecha para una amistosa charla, en palabras del propio Sila, pero Varrón sabía que la «amistosa charla» podía convertirse en un paseo por la cuerda floja sobre un foso de brasas.

¡Ah, pero los jóvenes están seguros de sí mismos y son engreídos! Pompeyo, que aún no había cumplido veintisiete años, iría encantado a ver a Sila.

—¿Qué tal la vida de casado? —preguntó el dictador afablemente.

—¡Estupenda! —contestó Pompeyo con encantadora sonrisa—. ¡Una maravilla! ¡Qué esposa me has encontrado, Lucio Cornelio! Hermosa, educada... dulce. Está embarazada. Dará a luz mi primer hijo a finales de año.

—¿Un hijo, eh?, ¿estás seguro de que será varón, Magnus?

—Seguro.

Sila contuvo la risa.

—Bueno, eres un favorito de la Fortuna, Magnus, y supongo que será un hijo. Cneo hijo. El Carnicero, el Joven Carnicero y el Carnicerito...

—¡Sí, me gusta! —exclamó Pompeyo sin ofenderse.

—Para seguir la tradición —añadió Sila muy serio.

—¡Eso es! ¡Tres generaciones!

Pompeyo se recostó en el asiento con satisfacción, pero vio la mirada de Sila, y en sus ojos azules la felicidad cedió a una súbita cautela al reflexionar sobre algo que acababa de ocurrírsele. Sila esperaba sin decir nada a que él se manifestara.

—Lucio Cornelio...

—Dime.

—Esa ley que has promulgado... la de que el Senado busque fuera de sus filas si no se encuentra un jefe militar entre sus miembros...

—¿Te refieres a la de encomienda especial?

—Eso es.

—¿Y qué?

—¿Sería aplicable en mi caso?

—Podría serlo.

—Sólo en caso de que ningún senador se presentara voluntario.

—No estipula eso, Magnus. Dice si no se presenta voluntario un miembro del Senado capaz y con experiencia de mando.

—¿Y quién lo decide?

—El Senado.

Se hizo otro silencio, tras el cual Pompeyo añadió, como quien no quiere la cosa:

—Sería muy conveniente tener muchos clientes en el Senado.

—Siempre es conveniente, Magnus.

Y en ese momento Pompeyo decidió cambiar de tema.

—¿Quiénes son los cónsules del año que viene? —quiso saber.

—Catulo, desde luego. Aunque aún no he decidido si será primer o segundo cónsul. Hace un año no tenía duda, pero ahora no estoy tan seguro.

—Catulo es como Metelo Pío, un rigorista.

—Quizá. Desgraciadamente, ni tan mayor ni tan prudente.



—¿Crees que Metelo Pío podrá vencer a Sertorio?

—De entrada, no creo —respondió Sila sonriendo—. Pero no subestimes al Meneítos, Magnus. A él le cuesta un poco ponerse en marcha, pero una vez que se pone no hay quien le pare.

—¡Bah! ¡Es una vieja! —replicó Pompeyo con desdén.

—He conocido unas cuantas viejas valientes, Magnus.

—¿Quién es el otro cónsul? —inquirió Pompeyo, cambiando otra vez de tema.

—Lépido.

—¿Lépido? —exclamó Pompeyo estupefacto.

—¿No te parece bien?

—No digo que me parezca mal, Lucio Cornelio; en realidad, creo que me parece bien. Es que no creía que te inclinases por él, que no ha sido muy servil.

—¿Eso es lo que piensas? ¿Que doy los cargos importantes sólo a los lameculos?

Por mucho que le dijeran Pompeyo no se amilanaba.

—No es eso —replicó para mayor fruición de Sila—, pero no has dado cargos de importancia a otros que hayan manifestado tan abiertamente como Lépido que no está de acuerdo contigo.

—¿Y por qué iba a hacerlo? —replicó Sila perplejo—. ¡No soy tan tonto para dar cargos a quienes podrían socavar mi autoridad!

—¿Y por qué a Lépido sí?

—Me habré retirado antes de que él asuma el cargo. Y Lépido —añadió Sila deliberadamente— tiene grandes ambiciones. Y he pensado que es mejor nombrarle cónsul antes de que yo muera.

—Es buen hombre.

—¿Porque me pone en tela de juicio públicamente? ¿O a pesar de eso?

Pero «es buen hombre» era lo más que Pompeyo estaba dispuesto a decir. Lo cierto era que aunque el nombramiento de Lépido no le parecía lógico en Sila, el asunto no le interesaba gran cosa. Mucho más le interesaba la ley de Sila relacionada con el encargo especial del Senado. Al enterarse, había pensado si le afectaba a él, pero no al punto de preguntarle

nada a Sila; pero ahora que ya habían transcurrido dos años desde la promulgación, sí que había decidido hacer averiguaciones más que preguntarle. Sí, el dictador tenía toda la razón. Ya era difícil lograr sus objetivos siendo miembro del Senado, pero lograr sus objetivos a través del Senado no siendo miembro de él era realmente difícil.

Al salir de casa de Sila, camino de la suya, fue paseando sumido en sus pensamientos. En primer lugar, tendría que crear una facción dentro del Senado, y luego un grupo más pequeño de partidarios dispuestos —por un precio, naturalmente— a intrigar activa y constantemente a su favor y dedicarse a actividades turbias. Pero, ¿por dónde empezar?

A la mitad de la escalinata de los Joyeros, Pompeyo se detuvo, dio la vuelta y, subiendo los escalones de dos en dos a pesar de la engorrosa toga, regresó al clivus Victoriae. ¡Filipo! Comenzaría por Filipo.

Lucio Marcio Filipo había prosperado mucho desde el día en que había hecho una visita a la villa marítima de Cayo Mario para anunciar al famoso militar que acababan de nombrarle tribuno de la plebe y se ponía a su disposición, a un precio, naturalmente. ¿Cuántas veces había Filipo cambiado de toga? Sólo él lo sabía. Lo que sabían los demás era que siempre se las había arreglado para salir adelante y hasta acrecentar su fama. Cuando Pompeyo fue a verle, era consular y ex censor y uno de los más viejos del Senado. Muchos le odiaban y pocos le estimaban, pero no por eso dejaba de tener su influencia; se las había arreglado para convencer a sus colegas de que era un hombre notable con influencia.

La entrevista con Pompeyo le resultó divertida e interesante; hasta entonces nada había tenido que ver con el niño mimado de Sila, pero estaba convencido de que Pompeyo era un joven que Roma no debía perder de vista. Además, Filipo se hallaba otra vez en dificultades financieras. ¡No como antes, claro! Las proscripciones de Sila habían sido una bicoca, y él se había quedado con fincas por valor de varios millones al precio de unos miles de sestercios, pero, como muchos de su clase, Filipo no era un buen administrador, el dinero se le escapaba a velocidad inaudita, y no sabía llevar bien sus empresas agrícolas ni escoger administradores de confianza.

—En pocas palabras, Cneo Pompeyo, yo soy lo contrario de Marco Licinio Craso, que aún conserva los primeros sestercios que hizo, y ha ido añadiendo millones y millones. Las gentes de sus propiedades tiemblan cada vez que le ven, mientras que las mías se sonríen aviesamente.

—Necesitas un Crisógono —dijo Pompeyo, mirándole de hito en hito con sus ojos azules y su atractivo rostro, franco y abierto.

Filipo era un hombre con tendencia a la adiposidad, y con los años se había puesto más fofo aún; ahora sus ojos castaños quedaban casi ocultos bajo los gruesos párpados superiores y las abultadas bolsas de los inferiores. Unos ojos que se fijaron en el joven interlocutor con manifiesto gesto de sorpresa. Él no estaba acostumbrado a que le trataran con aire protector.

—¡Crisógono acabó empalado en las agujas al pie de la roca Tarpeya!

—Pero bien útil que le fue a Sila —replicó Pompeyo—. Corrió esa suerte porque se enriqueció con las proscripciones, no porque se enriqueciera robando directamente a su amo. Durante los muchos años que estuvo al servicio de Sila trabajó con denuedo. Créeme, Lucio Marcio, un Crisógono es lo que necesitas.

—Bueno, de ser así no tengo ni idea de dónde encontrarlo.

—Si te parece yo me encargo de buscártelo.

Ahora los ojillos semienterrados bajo la carne surgieron asombrados.

—¡Ah! ¿Y por qué ibas a hacer eso, Cneo Pompeyo?

—Lláname Magnus —dijo Pompeyo.

—Magnus.

—Porque necesito tus servicios, Lucio Marcio.

—Lláname Filippo.

—Filipo.

—¿Y en qué puedo yo servirte, Magnus? Eres más rico de lo que un hombre puede soñar... ¡incluso el mismo Craso! Tienes... veintitantos años y ya eres un jefe militar famoso, y además gozas del inestimable favor de Sila... cosa ya bien difícil. Yo lo he intentado en vano.

—Sila deja el poder —replicó Pompeyo con toda intención—, y cuando se vaya yo volveré a estar en la sombra. Sobre todo si intervienen para que

así sean hombres como Catulo y los Dolabelas. No soy miembro del Senado y no pretendo serlo.

—Eso es sorprendente —dijo Filipo, pensativo—. Tuviste ocasión, pues Sila en persona incluyó tu nombre en cabeza de la primera lista. Pero tú rehusaste.

—Tengo mis motivos.

—¡Me lo supongo!

Pompeyo se levantó de la silla y se acercó a la ventana abierta del fondo del despacho de Filipo, que, por la peculiar situación de la casa (colgada cerca de la curva del clivus Victoriae), no daba a un jardín porticado sino al bajo Foro y al risco del Capitolio. Y allá, encima de la columnata que soportaban las estatuas de los doce dioses, Pompeyo vio las obras iniciadas de un gran edificio: el Tabularium de Sila, un gigantesco archivo en el que se guardarían todos los libros de cuentas de Roma y sus tablillas legislativas. Otros hombres, pensó Pompeyo con desdén, mandan edificar una basílica o un templo, Sila, por el contrario, construye un monumento a la burocracia romana. No tiene imaginación. Ése es su punto débil: su sentido práctico patricio.

—Te quedaría agradecido si me encuentras un Crisógono, Magnus —dijo Filipo para romper el largo silencio—. ¡El único inconveniente es que yo no soy Sila, y dudo mucho que sea capaz de controlarle!

—Eres blando únicamente en apariencia, Filipo —replicó el maestro del tacto—. Si te encuentro al hombre adecuado lo sabrás controlar. Lo que sucede es que no sabes elegir las personas.

—¿Y por qué vas a hacerme ese favor, Magnus?

—¡Ah, no es lo único que pienso hacer por ti! —replicó Pompeyo, dando la espalda a la ventana, sonriente.

—¿De verdad?

—Tengo entendido que tu mayor problema es disponer de dinero en metálico. Tienes enormes propiedades y varias escuelas de gladiadores, pero todo está mal administrado, y por eso no cobras las rentas debidas. Un Crisógono sanearía la situación. No obstante, es muy probable que, como

eres hombre que gasta sin freno, incluso un aumento de beneficios de tus tierras y escuelas no te bastase.

—¡Tú lo has dicho! —asintió Filipo, que comenzaba a apreciar francamente aquella visita.

—Estoy dispuesto a aumentar tus ingresos con el obsequio de un millón de sesteracios al año —añadió Pompeyo sin inmutarse.

—¿Un... millón? —inquirió estupefacto Filipo.

—Si te lo ganas, desde luego.

—¿Y qué debo hacer para ganarlo?

—Crear en el Senado una facción a favor de Cneo Pompeyo Magnus que tenga poder para llevarme a donde quiera cuando quiera.

Pompeyo no había tenido en su vida vergüenza ni escrúpulos y sostuvo sin dificultad la mirada a Filipo mientras le exponía sus deseos.

—¿Y por qué no ingresas en el Senado y lo haces tú mismo... sería más barato?

—Es imposible porque no quiero pertenecer al Senado. Además, tendría que hacerlo públicamente y es mucho mejor hacerlo en la sombra. No quiero estar sentado en la cámara para que los senadores puedan ver que tengo interés en cosas que exceden la dedicación de un auténtico caballero patriota romano.

—¡Ah, qué habilidoso! —exclamó Filipo admirado—. No sé si Sila te conocerá bien...

—Bueno, creo que ha sido precisamente por mí por lo que ha creado esa ley especial sobre mando militar y cargos de gobernador.

—¿Crees que ha inventado lo de la encomienda porque tú te has negado a entrar en el Senado?

—Efectivamente.

—Y por eso me ofreces esa gran suma para que cree una facción favorable a ti en el Senado. Está bien, pero crear esa facción te costará mucho más de lo que quieres pagarme, Magnus; porque no pienso pagar a nadie con dinero mío, y lo que me des es dinero mío.

—Está claro —replicó Pompeyo.

—Hay muchos senadores necesitados entre los pedarii. No te costarán mucho, pues lo único que les exigiremos será el voto, pero habrá que comprar también a algunos picos de oro de las primeras filas, y a unos cuantos más en las intermedias —dijo Filipo pensativo—. Cayo Escribonio Curión es bastante pobre, igual que el hijo adoptivo de Cornelio Léntulo, Cneo Cornelio Léntulo Clodiano; los dos ansían el consulado, pero ninguno de los dos tienen rentas que les permitan ser candidatos. Hay varios Léntulos, pero Léntulo Clodiano es el mayor y es quien dirige el voto de los pedarios clientes de los Léntulos. Y Curión es un auténtico poder; un hombre interesante. Pero comprarlos supondrá mucho dinero. Probablemente un millón a cada uno. Y eso si Curión se vende; yo creo que estará predispuesto, pero no del todo y a ciegas. Lucio Gelio Poplícola, por el contrario, vendería por un millón a su esposa, a sus padres y a sus hijos.

—Prefiero pagarles una suma anual igual que a ti —dijo Pompeyo—. Sí, se les podría comprar millón en mano, pero yo creo que les apetecerá cobrar un cuarto de millón al año. Un millón al cabo de cuatro años; pero voy a necesitarlos más de cuatro años.

—Eres generoso, Magnus. Hasta la necedad, dirían algunos.

—¡Necio no soy nunca! —protestó Pompeyo—. ¡Y espero ver resultados tangibles acordes con las cantidades!

Estuvieron hablando un rato de la manera de efectuar los pagos y de las sumas necesarias para el soborno de los pedarios, pero de pronto Filipo se arrellanó en la silla y frunció el ceño.

—¿Qué sucede? —protestó Pompeyo.

—Hay uno del que no podemos prescindir, pero la dificultad estriba en que tiene dinero de sobra. No podemos comprarle, y eso él puede capitalizarlo enormemente.

—Te refieres a Cetego.

—Exacto.

—¿Y cómo podría ganármelo?

—No tengo la menor idea.

Pompeyo se puso en pie, inquieto.

—Pues será mejor que vaya a verle.

—¡No! —exclamó Filipo alarmado—. Cetego es un patricio Cornelio, y un hombre tan meloso y cumplido que puedes hacerte un enemigo. No conviene abordarle directamente. Déjame a mí; le sondearé y veré qué puede necesitar.

Dos días más tarde, Pompeyo recibía una nota de Filipo compuesta por una sola frase:

«Consíguele a Praecia y es tuyo.»

Pompeyo, temblando de rabia, acercó la nota a la llama de una lámpara hasta que se consumió. ¡Si, así era Cetego! Su precio era la humillación de su patrón, obligándole a hacer de alcahuete.

La manera que tuvo Pompeyo de tratar a Mucia Tercia fue muy distinta a la que usó con Emilia Escaura o con la propia Antistia. Su tercera esposa era, sin comparación, mucho mejor que las dos primeras. En primer lugar era inteligente; después, era enigmática y nunca adivinaba lo que pensaba; y en tercer lugar era una maravilla en la cama. ¡Qué sorpresa! Afortunadamente que no había hecho el tonto llamándola desde el principio pastelito de miel; era un apelativo que había tenido en la punta de la lengua, pero cierta mirada de ella le había impedido pronunciarlo. Por poco que él hubiese estimado al hijo de Mario, ella había sido su esposa y se notaba. Y era hija de Escévola y sobrina de Craso Orator. Además, seis años viviendo con Julia tenían que notarse también. Por todo esto, a Pompeyo le decía su instinto que debía tratarla como un igual y no como un mueble.

Por consiguiente, cuando abordó a Mucia Tercia lo hizo como de costumbre: un beso prolongado, rebuscándole la lengua, acompañado de un amable tocamiento del pezón. Luego, la hizo sentar donde pudiera verle la cara y le dirigió una sonrisa de rendido amor y devoción. Tras lo cual fue derecho al grano.

—¿Sabías que yo tenía una querida en Roma? —preguntó.

—¿Cuál? —respondió ella, seria y con toda naturalidad. Mucia Tercia rara vez sonreía.

—Ah, ya veo qué estás al corriente —replicó él, con no menos naturalidad.

—Sólo de las dos más célebres: Flora y Praecia.

Con toda evidencia, Pompeyo se había olvidado de la existencia de Flora, y durante un instante se quedó sorprendido; luego, se echó a reír y abrió los brazos.

—¿Flora? ¡Ah, de eso hace muchísimo!

—Praecia fue también querida de mi primer esposo —dijo ella sin que se le alterase la voz.

—Sí, lo sabía.

—¿Antes o después de entrar en relaciones con ella?

—Antes.

—¿Y no te importó?

—Si no me ha importado en el caso de su viuda, ¿por qué había de importarme en el de su querida?

—Cierto —replicó ella, acercando unos ovillos de fina lana a la luz para verlos mejor. En el abultado regazo tenía la labor. Finalmente, escogió el rojo más claro, cortó un trozo y, tras chuparlo para humedecerlo y retorcerlo entre los dedos, lo alzó para enhebrarlo, y sólo una vez hecho esto volvió a prestar atención a Pompeyo—. ¿Y qué me tienes que decir de Praecia?

—Estoy creando una facción a mi favor en el Senado.

—Muy acertado —dijo ella, pinchando con la aguja la tela, en la que iba tomando forma un complicado bordado de varios colores, pasando la hebra al otro lado y vuelta otra vez—. ¿Por quién has tenido que empezar, Magnus? ¿Por Filippo?

—¡Exactamente! ¡Mucia, eres excepcional!

—Simple experiencia —replicó ella—. Me crié oyendo hablar de política.

—Filipo se ha comprometido a crear la facción —prosiguió Pompeyo—, pero hay un senador insobornable.

—Cetego —dijo ella, comenzando a rellenar con rojo vivo un trazo pespunteado.

—Pues sí, Cetego.



—Le necesitarás.

—Eso dice Filipo.

—¿Y cuál es el precio de Cetego?

—Praecia.

—Ah, ya —comentó ella, sin dejar de rellenar afanosamente con hilo rojo—. Así que Filipo te ha encomendado la tarea de conseguir a Praecia para el rey de los senadores pedarios.

—Así parece —contestó Pompeyo, encogiéndose de hombros—. Ella debe de haber hablado bien de mí, si no imagino que se lo hubiera encomendado a otro.

—Mejor tú que el hijo de Cayo Mario.

—¿Tu crees? —dijo Pompeyo radiante—. ¡Ah, estupendo!

Ella dejó a un lado la labor, y sus ojos verde oscuro escrutaron implacables a su amo y señor.

—¿Sigues viéndola, Magnus?

—¡No, claro que no! —replicó Pompeyo indignado, tras lo cual se la quedó mirando dubitativo—. ¿Te habría importado si te hubiera contestado que sí?

—No, claro que no —respondió ella volviendo a su labor.

—¿Quieres decir que no tendrías celos? —preguntó él, enrojeciendo.

—No, claro que no.

—¡Eso es que no me amas! —exclamó él, poniéndose en pie de un salto y comenzando a andar por el cuarto.

—Haz el favor de sentarte, Magnus.

—¡No me amas! —exclamó otra vez.

Ella lanzó un suspiro y dejó la labor.

—¡Siéntate, Cneo Pompeyo! Claro que te amo.

—¡Si me amases tendrías celos! —le lanzó él, dejándose caer en la silla.

—No soy una persona celosa. Eso es algo que se es o no se es. ¿Por qué has de querer que sea celosa?

—Ello me indicaría que me amas.

—No; sólo te indicaría que era celosa —replicó ella con meridiana lógica—. Ten en cuenta que me he criado en un hogar muy agitado. Mi

padre amaba locamente a mi madre y ella también, pero él siempre tenía celos de ella; y ella pagaba las consecuencias. Finalmente, sus arrebatos de mal humor la impulsaron a caer en brazos de Metelo Nepote, que no es celoso. Y ella es feliz.

—¿Me estás amenazando para que no tenga celos de ti?

—En absoluto —respondió ella sin alterarse—. Yo no soy como mi madre.

—¿Me amas?

—Mucho.

—¿Amabas al hijo de Mario?

—No —dijo ella, agotando el hilo rojo y cortando otra hebra—. El hijo de Mario no era afectuoso con su esposa, y tú eres deliciosamente afectuoso. Una cualidad digna de amor.

La respuesta complació a Pompeyo, que volvió al tema inicial.

—Mucia, el problema es que no sé cómo abordar este asunto. Tengo que actuar de mediador. ¡De alcahuete, hablando claro!

Ella contuvo la risa. Qué maravilla, se reía!

—Entiendo perfectamente lo difícil de tu posición, Magnus.

—¿Qué hago?

—Actúa con naturalidad. Enfrentate a ello y hazlo. A ti las cosas sólo se te van de las manos cuando dejas de pensar o te preocupas por el qué dirán. Así que no dejes de reflexionar y deja de preocuparte por lo que piensen los demás, porque si no te saldrá todo mal.

—Iré a verla y se lo pediré.

—Exacto —añadió ella, volviendo a enhebrar la aguja y mirándole de nuevo con sutilísima sonrisa—. De todos modos, este consejo tiene su precio, querido Magnus.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto. Quiero que me cuentes detalladamente el resultado de tu entrevista con Praecia.

Resultó que el momento de la negociación fue notablemente oportuno. Como ya no dependía ni del hijo de Mario ni de Pompeyo, Praecia había entrado en una especie de profunda inactividad marcada por la falta de estímulos y de intereses. Acomodada y decidida a mantener su independencia, era ahora una mujer demasiado mayor para suscitar pasiones, y, del mismo modo que muchas de sus colegas en el arte amatorio de menor fama, Praecia se había convertido en una especialista en fingimiento; pero, además, era una experta de gran inteligencia en juzgar caracteres. Por ello asumía cualquier relación sexual desde una posición de superioridad, segura de su capacidad para dar placer a su sumisa presa. Lo que a ella le gustaba era entrometerse en los asuntos de hombres que normalmente poco o nada tenían que ver con mujeres. Y lo que más le gustaba era entrometerse en política. Eso era para ella un bálsamo para su inteligencia y sus dotes.

Cuando le anunciaron la visita de Pompeyo, no cometió el error de suponer inmediatamente que el joven venía a reanudar relaciones, aunque sí lo pensó porque había oído que su esposa estaba encinta.

—Mi muy querido Magnus —dijo con gran afabilidad, tendiéndole los brazos cuando él entró en el despacho.

Pompeyo la besó en las mejillas y se sentó en una silla a cierta distancia de la camilla en que ella estaba reclinada, lanzando un suspiro de placer tan artificial que Praecia esbozó una sonrisa.

—¿Y bien, Magnus? —preguntó ella.

—Bueno, Praecia —contestó él—, veo que todo sigue tan perfecto como siempre. ¿Hay alguien que no te encuentre perfecta, a ti y a todo lo que te rodea, aunque su visita sea inesperada?

El tablinum de Praecia, pues ella lo llamaba como los hombres, estaba armoniosamente decorado en azul celeste, crema y los precisos toques de oro. En cuanto a ella, era una mujer que se levantaba cada día para dedicarse a unos cuidados personales tan minuciosos como prolongados, que transformaban su físico en una especie de obra de arte. Aquel día lucía

vestiduras de sutiles gasas colór verde salvia, y se había peinado el pelo rubio claro como Diana cazadora, formando una geométrica cimera de la que irradiaban zarcillos que parecían naturales y no el resultado de un concienzudo retorcimiento frente al espejo. Los hermosos y serenos planos de su rostro no estaban pintados en exceso; Praecia no era tan tonta como para maltratar vulgarmente los dones de la Fortuna a pesar de que ya contaba cuarenta años.

—¿Qué tal te han ido las cosas últimamente? —inquirió Pompeyo.

—Tengo buena salud, aunque no tenga buen humor.

—¿Y eso por qué?

Ella se encogió de hombros con un mohín.

—¿Qué puede infundírmelo? Ya no vienes tú ni nadie interesante.

—He vuelto a casarme.

—Con una mujer muy extraña.

—¿Mucia extraña? Bueno, puede que sí; pero a mí me gusta.

—Te creo.

Pompeyo reflexionó un instante sobre lo que había de decir, pero no encontraba el pretexto y optó por callar, mientras Praecia le escrutaba con irónica sonrisa, sin abandonar su postura entre tumbada y sentada. Sus ojos, que eran su mayor atractivo, grandes y de un azul intenso, bailaban irónicos.

—¡Estoy harto! —dijo Pompeyo de pronto—. Vengo de emisario, Praecia, enviado por otro.

—¿Qué intrigante!

—Un admirador tuyo.

—Tengo muchos admiradores.

—Pero no como éste.

—¿Y qué es lo que tanto le distingue? Aparte del hecho de que haya conseguido que seas tú quien venga a pedir en su nombre mis servicios...

Pompeyo enrojeció.

—¡Estoy entre la espada y la pared y me pone furioso! Pero yo le necesito y él a mí no. Por eso vengo de su parte.

—Eso ya lo has dicho.

—¡No hables con lengua acerada, mujer, de sobra me pesa el encargo!  
Se trata de Cetego.

—¡Cetego! ¡Vaya, vaya! —dijo Praecia con un ronroneo.

—Es muy rico, muy caprichoso y muy repugnante —añadió Pompeyo—. Habría podido dar el paso él mismo, pero le divierte obligarme a mí a hacerlo.

—Su precio —dijo ella— es hacerte actuar de alcahuete.

—Así es.

—Debes de necesitarle mucho.

—¡Dame una respuesta! ¿Sí o no?

—¿Has terminado conmigo, Magnus?

—Sí.

—Entonces mi respuesta a Cetego es sí.

—Pensé que ibas a negarte —dijo Pompeyo poniéndose en pie.

—En otras circunstancias me hubiera encantado decir no, pero lo cierto es que me aburro, Magnus. Cetego es un poder en el Senado, y me gusta estar con hombres poderosos. Además, veo en ello un nuevo poder para mí. Procuraré que los que busquen los favores de Cetego tengan que hacerlo a través de mí. ¡Me gusta!

—¡Brrr! —gruñó Pompeyo abandonando la casa.

No confiaba en su paciencia para ir a ver a Cetego y optó por ir a hablar con Lucio Marcio Filipo.

—Praecia está de acuerdo —dijo.

—¡Excelente, Magnus! ¿Por qué estás tan malhumorado?

—¡Me ha obligado a hacer de alcahuete!

—¡Oh, estoy seguro de que no ha sido nada personal!

—¡Ya lo creo que sí!

En la primavera de aquel año cayó Nola. La ciudad de Campania partidaria de los samnitas había resistido casi doce años a Roma y a Sila, sufriendo un asedio tras otro, la mayor parte de ellos por el cónsul del año, Apio Claudio Pulcro. Por ello, era lógico que Sila le ordenase aceptar la

sumisión de Nola, y más lógico que él se encargara con gran placer de comunicar a los magistrados de la ciudad los pormenores de las severas condiciones impuestas por Sila. Del mismo modo que Capua, Faesulae y Volaterrae, Nola quedaba sin tierras, y todas sus posesiones revertían al ager publicus de Roma; sus habitantes no obtendrían la ciudadanía romana, y el sobrino del dictador, Publio Sila, asumía la autoridad de la zona, una mortificación suplementaria, dada la misión encomendada el año anterior para resolver la enrevesada situación de Pompeya, donde la falta de sensibilidad de Publio Sila no había hecho sino empeorar las cosas.

Pero para Sila la rendición de Nola era un signo. Ahora podía dejar el poder con la suerte intacta, ya que no existía la plaza en que había ganado la Corona de Hierba. Mayo y junio fueron un continuo traslado de sus pertenencias a Misenum, donde los obreros se afanaban por terminar los trabajos de su villa: un pequeño teatro, un precioso parque con zonas silvestres, cascadas y fuentes, una gran piscina, y varias salas suplementarias destinadas en apariencia a fiestas y banquetes. Por no hablar de los seis aposentos para invitados, de tal opulencia que todo Misenum hacía comentarios. ¿A quién pensaba recibir Sila, al rey de los partos?

Llegó julio y la última farsa electoral del dictador. Para disgusto de Catulo, él fue nombrado segundo cónsul; el primer cónsul fue Marco Emilio Lépido, un nombre que nadie se esperaba dada su postura independiente en el Senado desde que Sila había impuesto la dictadura.

A principios de mes, Valeria Mesala y los mellizos marcharon a Campania, donde todo estaba dispuesto en la villa. En Roma nadie esperaba sorpresas. Sila dejaría el poder tal como lo había asumido y ejercido: con un aura de gran respetabilidad y ceremonia. Roma estaba a punto de perder su primer dictador en ciento veinte años, y el primero que se había mantenido en el cargo más de seis meses.

Se celebraron sin novedad los ludi Apollinares instituidos por el remoto antepasado de Sila, y lo mismo sucedió con las elecciones. Y el día siguiente a las elecciones curules una gran multitud se congregó en el bajo Foro para ver cómo Sila renunciaba al cargo; iba a hacerlo en público y no

en la Curia Hostilia, y había elegido los rostra una hora después del amanecer.

Y lo hizo con dignidad e impresionante majestad; primero despidiendo a los veinticuatro lictores con gran cortesía y costosos obsequios de su peculio, y después dirigiéndose a la multitud desde la tribuna antes de encaminarse con los electores al campo de Marte, donde tuvo lugar, por parte de Flaco, príncipe del Senado, la derogación de la ley por la que se le había nombrado dictador. Desde la Asamblea centuriada, partió hacia su casa, siendo ya un ciudadano cualquiera desprovisto de imperium y de auctoritas.

—Pero me gustaría que algunos fueseis testigos de que salgo de Roma —dijo a los cónsules Vatia y Apio Claudio, a Catulo, a Lépido, a Cetego y a Filipo—. Llegaos mañana a la puerta Capena una hora después del amanecer. ¡Exactamente en la puerta! Y me veréis decir adiós a Roma.

Le obedecieron al pie de la letra, naturalmente; por mucho que fuese un privatus sin poderes de magistrado, había sido durante no poco tiempo dictador, y era como si perdurara su poder. Sila sería peligroso mientras viviese.

Todos acudieron, pues, a la puerta Capena, aunque los tres protegidos de Sila más importantes —Lúculo, Mamerco y Pompeyo— no estaban en Roma. Lúculo se hallaba en viaje de negocios relacionados con los juegos de septiembre, Mamerco estaba en Cumas y Pompeyo había regresado a Piceno, en espera del nacimiento de su primer hijo. Cuando Pompeyo se enteró de la ceremonia en la puerta Capena, se alegró enormemente de no haber estado presente, mientras que a Lúculo y a Mamerco les sucedió todo lo contrario.

El mercado colindante con la puerta estaba lleno de gente dedicada a vender, comprar, mirar, enseñar, pasear, galantear y comer, un público que, indudablemente, contempló con sumo interés a aquel séquito de hombres ataviados con toga bordada en púrpura, que hubo de soportar las habituales andanadas de insultos despectivos contra las clases altas; pero no era la primera vez que los senadores curules los escuchaban e hicieron oídos

sordos, situándose junto al impresionante arco de la puerta y charlando animadamente mientras aguardaban.

No tardaron en oír compases de música con gaitas, tambores y flautas entonando armoniosamente un himno báquico, y en la plaza del mercado se produjo un revuelo que hizo que la multitud abriese paso a un cortejo que llegaba desde el Palatino. Lo abrían rameras cargadas de flores y con togas color naranja, tocando panderetas y arrojando pétalos de rosa que extraían de las togas; a continuación, venían monstruos y enanos con el rostro embadurnado o pintado, algunos con máscaras cornudas con campanillas, avanzando con sus piernas deformes y vestidos con abigarrados centunculi, como trozos de arco iris; les seguían los músicos, algunos de los cuales simplemente llevaban flores, y otros hacían cabriolas imitando a sátiros o a caprichosos eunucos. En medio de ellos, rodeado de niños que bailaban entre risas, caminaba un burro gordo y ebrio con las pezuñas doradas, una guirnalda de rosas en el cuello y las tristes orejas asomando por unos agujeros en un sombrero de paja de ala ancha. Y a horcajadas, sobre un paño púrpura, iba el igualmente ebrio Sila, agitando una copa de oro que no cesaba de derramar vino, vestido con una toga de púrpura de Tiro bordada en oro y con flores en el cuello y en la cabeza. Junto al burro caminaba una hermosa mujer, que se veía claramente que era un hombre, con el negro pelo salpicado de blanco y el cuerpo ceñido con un sutil vestido de color azafrán; llevaba un gran jarro de oro y cada vez que Sila bajaba la copa él la llenaba con el rojo líquido.

Como el camino hacia la puerta era cuesta abajo, el cortejo adquirió cierta inercia, y cuando Sila vio que estaban cerca del arco y comenzó a gritar confusamente que se detuvieran, todos cayeron entre gritos y chillidos, y las mujeres, piernas al aire, dejaron ver la raja carmín de sus partes pudendas. El burro se tambaleó y fue a dar contra el petril de una fuente, y Sila estuvo a punto de caer de no haberle sostenido el travestí del jarro, que le depositó en tierra a pulso con sus fuertes brazos. Una vez recuperado el equilibrio, el dictador comenzó a caminar hacia el grupo de los estupefactos senadores, no sin detenerse ante un par de preciosas piernas



femeninas que se agitaban en el suelo, agacharse e introducir el dedo en el cunnus, con las consiguientes risotadas de orgásmico placer de la tumbada.

Mientras el cortejo se levantaba del suelo y se reagrupaba entre cánticos y danzas —para fruición de la multitud—, Sila llegaba ante los cónsules, apoyado en el brazo de su hermoso acompañante y alzando la copa en alto a guisa de saludo.

—¡Tacete! —gritó a músicos y danzantes, que callaron inmediatamente, haciéndose un profundo silencio—. ¡Bien, por fin ha llegado! —gritó de nuevo sin dirigirse a nadie en concreto, tal vez al cielo—. ¡Ha llegado mi primer día de libertad!

La copa de oro describió círculos en el aire, mientras la boca pintada del dictador mostraba las desdentadas encías con una gran sonrisa de felicidad. Su rostro, bajo la grotesca peluca rojiza, aparecía totalmente pintado de blanco para ocultar las cicatrices, pero no producía el efecto deseado porque la pintura roja de los labios se había corrido a las arrugas de las comisuras y de debajo de la nariz y la barbilla, causando la impresión de una atroz herida cosida con puntadas rojas. Pero la herida sonreía sin cesar. Sila estaba borracho y todo le daba igual.

—Durante más de treinta años —dijo, dirigiéndose a los impecables Vatia y Apio Claudio— he ocultado mi naturaleza. Me he privado del amor y el placer... primero por mi nombre y mi ambición, y luego a causa de Roma. Pero se acabó. ¡Se acabó, se acabó, se acabó! ¡Os devuelvo Roma... hombrecillos y presuntuosos gusanos! Otra vez quedáis libres de desahogar vuestra bilis sobre el país... elegir los hombres inadecuados, gastar los dineros públicos alegremente sin pensar en el mañana. ¡Pronostico que en los treinta años de una generación, vosotros y los que os sucedan traeréis la ruina irremisible a Roma!

Su mano se alzó para hacer una tierna caricia al rostro del que le servía de apoyo.

—Sabéis quién es; claro, todos vais al teatro: Metrobio, mi muchacho. ¡Mi muchacho para siempre! —exclamó, volviéndose y acercando a su rostro la cabeza de negros cabellos para besarle en la boca.

Luego, entre hipidos y risas, dejó que le montasen de nuevo en el burro, y el variopinto cortejo cruzó la puerta hacia el arranque común de la vía Latina y la vía Apia, seguido por la multitud vitoreante.

Ninguno de los senadores sabía adónde mirar; sobre todo después de que Vatia rompiera a llorar. Y todos fueron alejándose a solas o por parejas. Apio Claudio trató de consolar al apenado cónsul Vatia.

—¡No puedo creérmelo! —dijo Cetego a Filipo.

—Pues no hay más remedio —replicó Filipo—. Para eso nos invitó a este desfile de travestidos; si no ¿cómo iba a romper lazos con nosotros?

—¿Romper lazos? ¿Qué quieres decir?

—Ya le has oído. Durante más de treinta años ha estado ocultando su naturaleza. Me ha engañado. Ha engañado a todos. ¡Qué refinada venganza ha sido este día para él! Roma ha estado en manos de un degenerado que ha sabido ponerla en pie. Nos ha dado el pego un saltimbanqui. ¡Cómo se habrá reído!

Claro que se rió. No paró de reírse hasta Misenum, en la litera llena de flores con Metrobio a su lado, y acompañado del cortejo de bacantes a los que invitó a quedarse cuanto quisieran en su villa. A los juerguistas se habían unido Roscio el comediante y Sorex el mimo, así como otros actores no tan famosos.

Invadieron la villa renovada que antaño fue el hogar de Cornelia, la madre de los Gracos, y cruzaron desvergonzadamente el santo umbral, con Sila en cabeza, montado en el burro beodo.

¡Liber pater! le gritaban, dirigiéndole besos con la mano y sonidos de gaita; y él, casi inconsciente por efecto del vino, reía, gimoteaba y chillaba.

La fiesta duró un intervalo de mercado y fue famosa por la enorme cantidad de comida y vino que se consumió, y las gentes que, sin haber sido invitadas, acudieron de las villas y pueblos de los alrededores. El anfitrión, en constante jarana, los acogió encantado, induciéndoles a desenfrenos sexuales de los que muchos de ellos nunca habían oído hablar.

Sólo Valeria quedó al margen de todo; al ver llegar a su esposo se recluyó en sus aposentos a llorar desconsoladamente, y únicamente Metrobio logró que le abriese la puerta.

—No penséis que siempre va a ser así, señora. Hace tanto tiempo que deseaba esto que debéis dejar que se desahogue. De aquí a unos días lo pagará... se encontrará enfermo y ya no querrá saber nada de fiestas.

—Tú eres su amante —replicó ella, atenazada por una negra desesperación.

—He sido su amante más años de los que hace que el sol alumbraba vuestra vida —contestó Metrobio afablemente—. Le pertenezco desde siempre. Y vos también le pertenecéis.

—El amor entre hombres es repugnante.

—Tonterías. Eso es lo que dicen vuestro padre, vuestro hermano y todos vuestros primos. ¿Cómo podéis saberlo? ¿Qué conocéis de la vida, Valeria Mesala, aparte de la triste reclusión de una noble romana? Mi presencia no significa que no le hagáis falta, del mismo modo que la vuestra no significa que yo no le haga falta. Si queréis quedaros, tendréis que aceptar el hecho de que ha habido —¡y hay! —muchos amantes en la vida de Sila.

—Verdaderamente, no tengo mucho que elegir —musitó ella con un hilo de voz—. O volver a casa de mi hermano o acostumbrarme a estas turbulentas compañías.

—Eso es —añadió él, sonriéndole comprensivo con gran afecto e inclinándose para acariciarle la nuca, como si supiera el cansancio que producía mantener erguida la altiva cabeza patricia.

—No te merece en absoluto —dijo ella, casi sorprendiéndose de sus palabras.

—Todo cuanto soy a él se lo debo —respondió Metrobio muy serio—. Si no hubiera sido por él, no sería más que un simple actor.

—Bien, parece que no queda otra alternativa que adaptarse a este circo. Pero me es imposible en su apogeo, porque no tengo costumbre ni temple para este alboroto. Cuando creas que me necesita, avísame.

Y no se dijo más. Tal como había previsto Metrobio, una semana después del inicio de la orgía, los achaques latentes de Sila rebrotaron, y los

juerguistas fueron despedidos. El famoso mimo Sorex y el cómico Roscio se atrincheraron en sus aposentos, mientras Valeria, Metrobio y Lucio Tucio atendían a Sila, quien, según su humor, se mostraba agradecido o insoportable.

Por fin, recobrada la serenidad y una aparente salud, el ex dictador se entregó a la redacción de sus memorias, un cántico de alabanzas —dijo a Valeria y a Metrobio— a Roma y a los hombres como Catulo César y a sí mismo, a la par que un asesinato simbólico de hombres como Cayo Mario, Cinna, Carbón y sus partidarios.

A finales de año y del consulado de Vatia y Apio Claudio, la vida de Sila en Misenum estaba tan perfectamente equilibrada, que la villa entró en una fase de placidez. Escribía a ratos sus memorias, conteniendo la risa cada vez que de su pluma surgía una frase acertada y cáustica sobre Cayo Mario; escribiendo el capítulo de la guerra contra Yugurta disfrutó enormemente con la idea de que a partir de ese momento podía decir con sus propias palabras que la captura del nómada era una hazaña propia que Mario había ocultado deliberadamente. Luego, durante un tiempo, dejaba pluma y papel y se entregaba a una auténtica orgía de comedias y espectáculos de mimo, o daba una gran fiesta que duraba un intervalo de mercado. Y combinaba estas actividades con otras que iban surgiendo de su fértil imaginación, incluidos simulacros de cacerías de niños y niñas desnudos, concursos para ver quién adoptaba la postura más rara para efectuar el coito, absurdas adivinanzas escenificadas en las que los que representaban podían evocar prácticamente cualquier cosa mediante disfraces y galas; celebraba fiestas de chistes, fiestas de desnudos a la luz de la luna, fiestas de un día en torno a la impresionante piscina de mármol blanco, en las que los invitados contemplaban extasiados las evoluciones acuáticas de los jovenzuelos de ambos sexos desnudos. Su imaginación era inagotable, e irrefrenable su anhelo por conocer cualquier novedad de índole sexual. No obstante, se observó que no cometía ninguna crueldad con los animales, y que a un huésped que tenía esa clase de inclinaciones le echó de su casa.

Sin embargo, no cabía duda de que su estado se deterioraba; una vez entrado el nuevo año, su potencia sexual mermó considerablemente, y a finales de febrero no había nada capaz de estimularle, cosa que empeoró enormemente su malhumor.

Sólo uno de sus amigos nobles romanos fue a verle a Misenum: Lúculo. Había estado en África con su hermano en julio, supervisando la captura de fieras para los juegos a primeros de septiembre, y, al regresar a Roma en agosto, llegaron a sus oídos los comentarios sobre las extravagancias que tenían lugar en la villa de Misenum y las letanías de los escandalizados por el comportamiento de Sila.

—Todos los que le juzgáis deberíais miraros a vosotros mismos —dijo Lúculo muy estirado—. Él puede hacer lo que quiera.

Pero hasta transcurridos unos días de la clausura de los ludi romani en septiembre, no pudo Lúculo disponer de tiempo para ir a verle. Le halló en uno de sus momentos de mayor lucidez, trabajando en las memorias y animadísimo por el mal lugar en que estaba dejando a Cayo Mario y sus hazañas.

—Eres el único que ha venido, Lúculo —dijo Sila, con un débil residuo de aquel fulgor implacable en unos ojos ya enturbiados por el dolor.

—¡Nadie tiene derecho a criticarte! —dijo Lúculo, frunciendo la nariz—. Tú lo has dado todo por Roma.

—Cierto, y no niego que ha sido duro, pero, mi querido amigo, si no me hubiese sacrificado todos esos años ahora no estaría disfrutando ni la mitad con estos excesos.

—Ya veo que tiene sus atractivos —añadió Lúculo, siguiendo con la mirada las evoluciones de una niña púber preciosa que danzaba desnuda al sol ante la ventana de Sila.

—Es verdad que a ti te gustan jóvenes, ¿cierto? —comentó Sila, conteniendo la risa y asiéndole por el brazo—. Aguarda a que acabe la danza y te la llevas a dar un paseo.

—¿Qué has hecho con las madres?

—Nada. Se las he comprado.

Lúculo se quedó y volvió con frecuencia.

Pero en marzo, ya impotente, Sila se volvió totalmente insoportable, incluso para Metrobio y Valeria, que obraban de común acuerdo. Sin acabar de explicárselo, Valeria estaba embarazada; de Sila, esperaba. Pero no podía decírselo, y temía ver llegar el día en que su estado fuese notorio. Había sido a finales de año, cuando Lúculo les había dado unos extraños hongos que había traído de África y que repartía entre sus amigos íntimos. Valeria los había comido, y, en una especie de pesadilla recordaba vagamente que todos los presentes habían gozado de ella, desde Sila a Sorex, e incluso Metrobio. Era lo único que podía reprocharse, pero el miedo se lo había borrado de la mente al pensar en las terribles consecuencias.

Las rabietas temperamentales de Sila eran terribles; horas sin fin de gritos y voces en las que no cesaba de hacer daño a quien se interpusiera en su camino, desde los niños que servían de juguete a sus amistades hasta las ancianas sirvientas; como tenía en la villa una compañía de su guardia personal, los que le cuidaban eran bien conscientes del peligro que corrían.

—¡No se le puede dejar que mate a alguien! —exclamó Metrobio.

—¡Oh, cómo desearía que se resignara con lo que le está pasando! —dijo Valeria entre sollozos.

—Tú tampoco te encuentras bien.

Una observación imprudente, aunque la dijese con todo afecto, porque Metrobio recordaba las circunstancias del embarazo.

—¿Quién sabe? —añadió, riendo complacido—. ¡A lo mejor soy el padre! Hay una posibilidad entre cuatro.

—Cinco.

—Cuatro, Valeria. El niño no puede ser de Sila.

—¡Me matará!

—Vive cada día que pasa y no le digas a él nada —dijo el actor muy decidido—. Nadie sabe lo que nos depara el futuro.

Poco después Sila comenzó a sentir en la región del hígado un dolor que no le daba reposo; paseaba de arriba a abajo por el atrium arrastrando los pies, sin poder sentarse y sin poder tumbarse. Su único consuelo era el baño de mármol blanco junto a su habitación, en el que se dejaba flotar hasta que volvía a pasear sin fin por el atrium. Se quejaba y gimoteaba, acercándose a

las paredes, y había que disuadirle de que se diera cabezazos desesperado por aquel tormento.

—El estúpido que vacía su orinal ha difundido el rumor de que a Lucio Cornelio le devoran los gusanos —dijo el físico Tucio a Metrobio y a Valeria, con gesto de profundo desprecio—. ¡Francamente, ante la ignorancia de la mayoría de la gente respecto a lo que es el organismo humano y lo que es la enfermedad casi me dan ganas de dedicarme a la bebida! Antes de iniciarse el mal, Lucio Cornelio usaba normalmente la letrina, pero ahora se ve obligado a hacerlo en un orinal, y los excrementos aparecen llenos de gusanos. ¿Creéis que puedo convencer a los criados de que los gusanos son algo natural que tenemos todos y que viven en el intestino durante toda la vida? ¡No!

—¿Los gusanos no comen? —preguntó Valeria lívida.

—Sólo los alimentos que hemos ingerido nosotros —respondió Tucio—. Seguro que cuando vaya a Roma escucharé allí la misma historia. Los criados son los difusores más eficaces de mentiras.

—Me habéis quitado un peso de encima —comentó Metrobio.

—No pretendía eso, sino prevenirte contra la falsedad de los comentarios de los criados. La realidad es grave —prosiguió Lucio Tucio—. Su orina sabe más dulce que la miel, y su piel huele a manzanas maduras.

—¿Es que habéis probado su orina? —inquirió Metrobio con gesto de asco.

—Sí, recurriendo a un truco que me enseñó una comadrona cuando era niño. Dejé una pequeña cantidad al aire libre en un plato al que acudieron toda clase de insectos. Lucio Cornelio me la miel concentrada.

—Y pierde peso a ojos vista —añadió Metrobio.

—¿Va a... morir? —balbució Valeria consternada.

—Desde luego —respondió Lucio Tucio—. Además de ese mal de la miel, cuya naturaleza ignoro salvo que es mortal, tiene enfermo el hígado por el exceso de vino.

Los ojos oscuros de Metrobio se empañaron de lágrimas contenidas, y sus labios temblaron.

—No es de extrañar —dijo con un suspiro.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó la esposa.

—Esperar, señora.

Y sin más, se alejó para ver al enfermo.

Fue Metrobio quien dijo con voz suave unas palabras en las que no había la menor tristeza:

—Le amo desde hace tantos años... En cierta ocasión le pedí que me dejara vivir con él, a pesar de que ello habría supuesto cambiar una vida agradable por otra muy difícil; pero él no quiso.

—Te quería mucho —dijo Valeria pensativa.

—¡No! Él estaba enamorado de la idea de su cuna patricia. Sabía a dónde iba y eso era lo que contaba para él por encima de todo —replicó Metrobio, volviéndose a mirarla con las cejas enarcadas—. ¿No has advertido que el concepto del amor es distinto en cada persona, y que el amor que se da nunca es correspondido en igual medida? Yo nunca se lo he reprochado. ¿Cómo podría hacerlo si no estoy en su lugar? Al final, después de haberme distanciado tantas veces, me reconoce públicamente ante sus iguales. «¡Mi muchacho!» Volvería a sufrirlo todo por oírle decir esas palabras a hombres como Vatia y Lépidio.

—No conocerá al niño.

—Dudo mucho que llegue a ver crecer tu vientre.

El atroz dolor cedió y sobrevino un absurdo incidente en virtud de una queja económica de la ciudad de Puteoli, una localidad próxima a Misenum dominada por la familia Granio, que durante generaciones habían sido banqueros y magnates del comercio y que se consideraban dueños de la ciudad. Ignorante de los excesos de Sila —y más aún de sus enfermedades—, uno de los funcionarios de la ciudad solicitó una audiencia; su queja, según dijo al mayordomo, era que Quinto Granio debía al erario de la ciudad una gran suma y se negaba a pagar, por lo que solicitaban la intervención de Sila.

Sila no hubiera podido oír peor nombre que el de Granio; exceptuando el de Cayo Mario. De hecho existían fuertes vínculos matrimoniales entre los Marios, los Gratidios y los Tulios de Arpino y los Granios de Puteoli; la



primera mujer de Cayo Mario era una Grania. Por ello varios Granios habían sido proscritos, y los que no lo habían sido se mantenían muy quietos para que Sila no se acordara de su existencia. Entre los afortunados que se habían salvado de la proscripción se contaba Quinto Granio. Y ahora se veía arrestado por una patrulla de guardias de Sila para ser conducido a presencia del ex dictador en su villa de Misenum.

—No debo tales sumas —alegó Quinto Granio tenaz, con actitud irreductible.

Sentado en una silla curul y con toga praetexta, en plena majestad romana, Sila le dirigió una mirada fulminante.

—¡Harás lo que ordenen los magistrados de Puteoli y pagarás! —replicó.

—¡No, no pagaré! Que Puteoli me lleve ante un tribunal y que se juzgue el caso como es debido —alegó Quinto Granio.

—¡Paga, Granio!

—¡No!

El imprevisible carácter de Sila aquellos días se descomponía con la misma facilidad que un vilano. Se puso en pie temblando de rabia y con los puños cerrados.

—¡Paga, Granio, o te haré estrangular aquí mismo!

—Habrás sido dictador de Roma —replicó Quinto Granio despectivo—, pero ahora no tienes autoridad para ordenarme hacer nada, como yo no la tengo para ordenártelo a ti. Dedícate a tus orgías y deja que Puteoli arregle sus propios asuntos.

La boca de Sila se abrió para ordenar a voces que estrangularan a Granio, pero no profirió sonido alguno. Sintió una náusea indescriptible y un fuerte vahído que le hizo tambalearse, pero pudo sobreponerse con gran esfuerzo y dirigió la vista al capitán de su guardia.

—¡Estranguladle! —musitó.

Pero antes de que el capitán hubiese podido hacer un solo movimiento, un borbotón de sangre surgió de la boca de Sila, salpicando a su alrededor, mientras profería horribles ruidos ahogados, manchándose la toga. Un segundo borbotón acompañado de un repugnante eructo le hizo caer de

rodillas, mientras sus hombres echaban a correr en todas direcciones espantados y dando gritos, sin osar acercarse a él por estar convencidos de que le devoraban los gusanos.

En cuestión de segundos apareció Lucio Tucio, acompañado de Metrobio y de una Valeria demudada. Sila seguía vomitando sangre con la cabeza apoyada en las manos de su amante, y su esposa temblaba encogida sin saber qué hacer. Tucio pidió a gritos toallas, que en seguida trajeron los criados, espantados por el estado del cuarto y el no menos horrible estado de su amo que se ahogaba entre eructos, tratando de hablar, y aferrado con ambas manos al brazo manchado de sangre de Metrobio.

Al ver que se olvidaban de él, Quinto Granio salió del cuarto aprovechando que el capitán de la guardia intentaba imponer serenidad a sus hombres; dejó la casa, tomó por el camino hacia donde estaba su caballo, montó en él, volvió la cabeza y se alejó.

Transcurrió mucho tiempo hasta que cesó el atroz ataque de Sila y pudieron levantarlo del suelo para trasladarlo en los brazos ensangrentados de Metrobio. La guardia también había abandonado la sala, dejando a los criados la tarea de arreglar aquel caos.

Lo peor —como constató Sila, que estaba consciente— era que la sangre seguía manando con riesgo de ahogarlo, aunque ya no eructase. ¡Horroroso! ¡Aterrador! En su profunda desesperación y desamparo, se aferraba a Metrobio como a una tabla de salvación, clavando los ojos en el rostro amado con una intensidad y una angustia indescriptibles, al ser su único medio de comunicación mientras no cesara la hemorragia. Con el rabillo del ojo veía el rostro lívido de Valeria, en el que destacaban poderosamente los ojos azules, y la cara seria del físico.

¿Me estoy muriendo?, pensaba, consciente de que así era. ¡No quiero morir así, vomitando y ahogándome, sucio e incapaz de dominar mi cuerpo rebelde para cruzar el negro umbral con entereza y dignidad romana! He sido rey de Roma sin corona, pero me coronaron en Nola. He sido el hombre más grande entre los ríos del Océano y el Indo. ¡Quiero morir como es debido, no entre atroces vómitos de sangre, sin poder hablar y empavorecido!

Pensó en Julilla, que había muerto sola en un inmenso charco de sangre. En Nicópolis, muerta con menos sangre pero mayor agonía. En Clitumna, muerta con la cerviz tronchada y los huesos rotos. En Metelo el Numídico, con el rostro congestionado y ahogándose. ¡No me imaginaba lo horroroso que es! En Dalmática, gritando su nombre en el templo de Juno Sospita. En su hijo, en la flor de la vida; el hijo de Julilla, que había significado para él más que nadie, nadie, nadie... Él también había muerto asfixiado.

Tengo miedo. ¡Mucho miedo! Nunca lo imaginé. Es inevitable y nada puede hacerse; pronto habrá acabado todo y ya no oiré, sentiré ni pensaré. Habré acabado. No seré nada. Eso no da dolor. Es el sueño eterno. Yo, Lucio Cornelio Sila, que fui rey de Roma sin corona pero ceñí la de Nola, dejaré de ser y sólo quedará en el recuerdo. Porque sólo eso es la inmortalidad: ser recordado en el mundo de los vivos. Casi había concluido mis memorias; sólo me quedaba una parte por escribir. Una obra para que me juzguen los futuros historiadores, y más que suficiente para borrar la sombra de Cayo Mario. Él no pudo escribir sus memorias. Yo sí. Y seré el vencedor. ¡He vencido! Y de todas mis victorias la victoria sobre Cayo Mario es la más preciada.

La hemorragia continuó casi una hora, causándole horribles sufrimientos; luego cesó y pudo descansar algo. No había perdido el conocimiento y veía perfectamente a Metrobio, a Valeria y a Lucio Tucio, con una claridad de visión que hacía tiempo que no tenía, como si en la fase final se le devolviera aquel gran sentido para contemplar su partida en el rostro de sus íntimos. Y luego pudo hablar.

—El testamento. Que venga Lúculo; él debe leerlo cuando yo muera. Es mi albacea y el tutor de mis hijos.

—Ya he mandado llamarle, Lucio Cornelio —dijo el actor griego con voz pausada.

—¿Te he dado bastante, Metrobio?

—Siempre, Lucio Cornelio.

—No sé lo que es el amor. Aurelia solía decir que sí lo sabía pero que no lo profundizaba mi conocimiento. No sé. La otra noche soñé con Julilla y nuestro hijo. Él se me acercó y me rogó que fuese con su madre. Debí de

imaginarme el significado; pero no lo pensé y me eché a llorar. A él si que le quería. Más que a mí mismo. ¡Cómo le he echado en falta!

—Eso ya va a solucionarse, querido Lucio Cornelio.

—Motivo de más para desear la muerte.

—¿Tienes algún otro deseo?

—Sólo paz. Sentirme... satisfecho.

—Has tenido satisfacciones.

—Mi cadáver.

—Di, Lucio Cornelio.

—Los Cornelios siempre han sido sepultados. Pero yo no quiero, Metrobio. Lo digo en el testamento, pero debes asegurarte de que Lúculo lo haga. Si entierran mi cuerpo en una sepultura, puede caer sobre ella alguna partícula de las cenizas de Cayo Mario, porque las esparcí; no debía haberlo hecho. A saber si no andan flotando por ahí para mancillarme. Las arrastró la corriente del Anio y las vi deshacerse en los remolinos como telarañas rotas, pero se levantó viento y algunas aún secas volaron lejos. Por eso desconfío. Que me incineren. Dile a Lúculo que así lo quiero; que me quemen y guarden mis cenizas en un ánfora sellada para que no entre el aire ni ninguna partícula de Cayo Mario. Seré el único Cornelio incinerado.

—Se hará; te lo prometo.

—¡Quémame, Metrobio! ¡Encárgate de que Lúculo lo cumpla!

—Lo haré, Lucio Cornelio, descuida.

—¡Ojalá hubiera sabido lo que es el amor!

—Lo sabes, claro que lo sabes. El amor te hizo renunciar a tus gustos y consagrarte a Roma.

—¿Eso es amor? No puede ser. Seco como el polvo. Seco como mis cenizas. El único Cornelio incinerado; no enterrado.

Los vasos sanguíneos obstruidos y reventados de la garganta produjeron un nuevo vómito de sangre, que duró casi intermitentemente varias horas. Se hundía, casi reducido a la mitad de sus fuerzas vitales, y los intervalos de lucidez disminuían. Una y otra vez, cuando las fuerzas se lo permitían, pidió a Metrobio que ni un solo átomo de Cayo Mario pudiera tocar sus restos, y repetía que no sabía lo que era el amor.

Lúculo llegó a tiempo de verle morir, aunque no pudo oír una palabra de su boca ni constatar que le reconociera. Los extraños ojos exánimes en las oscuras cuencas con las negras pupilas habían perdido su poder amenazador y sólo eran dos borrones abatidos. Casi no se le notaba la respiración y sólo la comprobaban con un espejo que le acercaban a los labios; su piel era de una palidez extrema por la pérdida de sangre, pero las cicatrices moradas resaltaban como ascuas, y el cráneo calvo había perdido tersura y era como una bola arrugada. La boca colgaba yerta entre las rígidas mandíbulas. Y de pronto advirtieron un extraño fenómeno en los ojos: las pupilas se agrandaron inundando el iris y llenando las órbitas, y la luz de Sila se apagó. Vieron cómo le abandonaba y permanecieron pasmados contemplando como una especie de fulgor de oro cubría aquellos ojos abiertos.

Lucio Tucio se inclinó a cerrarle los párpados, y Metrobio les puso encima dos monedas para que no se abrieran, mientras Lúculo le introducía un denario en la boca para el pago de la barca de Caronte.

—Ha sido una dura muerte —dijo Lúculo, manteniendo la entereza.

—Todo fue duro para Lucio Cornelio —dijo Metrobio, lloroso—. No habría sido lógica una muerte dulce.

—Escoltaré el cadáver hasta Roma para proceder al entierro solemne.

—Le complacería, pero su deseo es ser incinerado.

—Será incinerado.

Obnubilado por la pena, Metrobio se escabulló para reunirse con Valeria, que no había tenido valor para aguardar el final.

—Ya está —dijo el actor griego.

—Yo le amaba —dijo ella con un hilo de voz—. Sé que toda Roma piensa que me casé con él por conveniencia para que concediera honores a mi familia, pero era un gran hombre y fue muy bueno conmigo. ¡YO le amaba, Metrobio, de verdad!

—Te creo —contestó él, sentándose a su lado y cogiéndole la mano que comenzó a acariciar, ausente.

—¿Qué harás ahora? —preguntó ella.

Despertando de su ensueño, Metrobio miró aquella mano fina, blanca y de esbeltos dedos; no muy distinta a la mano de Sila: por algo eran los dos patricios romanos.

—Me marcharé —contestó.

—¿Después del funeral?

—No, yo no puedo asistir. ¿Te imaginas la cara de Lúculo si me ve entre las plañideras?

—¡Lúculo sabe lo que representabas para Lucio Cornelio! ¡Lo sabe mejor que nadie!

—Valeria, será un funeral oficial; y no debe haber nada que merme su dignidad, y menos un actor griego con un culo muy usado —lo había dicho en tono amargo, pero se encogió de hombros—. Sinceramente, no creo que a Lucio Cornelio le agradase que estuviera presente. En cuanto a Lúculo, es un gran aristócrata y lo que sucedía aquí en Misenum le permitía ceder a algunas de sus inclinaciones menos encomiables, como la de desflorar niñas —añadió con gesto de repulsa—. ¡Los vicios de Sila al menos eran corrientes! A Lúculo se lo consentía, pero él no hacía eso.

—¿Y a dónde vas a ir?

—A Cirenaica. El remanso dorado del orbe.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. En cuanto Lúculo disponga a Sila para el último viaje y la casa quede tranquila.

—¿Y cómo vas a Cirenaica?

—Desde Puteoli. Estamos en primavera y habrá barcos que salgan para África, hacia Hadrumetum. Y desde allí me buscaré transporte.

—¿Tienes dinero?

—¡Oh, sí! Sila no podía dejarme nada en el testamento, pero me dio con creces en vida. Era bien raro, ¿sabes? Muy tacaño, menos con las personas a quienes quería. Eso es lo más triste, que hasta el final dudó de su capacidad para amar —dijo él, alzando la vista hacia su rostro, con una sombra de reflexión en la mirada—. ¿Y tú, Valeria, qué harás?

—Tendré que volver a Roma, y después del funeral regresaré a casa de mi hermano.

—Tal vez no sea una buena idea —dijo Metrobio—. Yo tengo una mejor.

Los ojos azules y entristecidos de Valeria le miraron con total ingenuidad y sorpresa.

—¿Cuál?

—Ven conmigo a Cirenaica. Ten el niño y yo seré el padre. Me da igual que lo haya engendrado Lúculo, Sorex, Roscio o yo. He pensado que Lúculo fue uno de los cuatro, y sabe tan bien como yo que no puede ser de Sila. Creo que Roma te trae mala suerte, Valeria. Lúculo te denunciará para desacreditarte. No olvides que por ser de igual alcurnia que él, podrías acusarle de hechos que los de su clase reprueban.

—¡Por los dioses!

—Tienes que venir conmigo.

—¡No me dejarán!

—No se enterarán. Diré a Lúculo que no te encuentras en condiciones de figurar en el cortejo del cadáver, y que te enviaré a Roma para el funeral. En este momento Lúculo está muy ocupado para pensar en su arriesgada situación y no sabe nada del niño. Ahora es cuando debes escapar de él, Valeria.

—Tienes razón. Sí que me denunciará.

—Incluso puede que te haga matar.

—¡Oh, Metrobio!

—Ven conmigo, Valeria. En cuanto se marche, nos vamos los dos de esta casa. Nadie se enterará. Ni nadie sabrá qué es lo que ha sido de ti —añadió Metrobio con sonrisa irónica—. Al fin y al cabo, yo no era más que el muchacho de Sila, y tú, Valeria Mesala, su esposa. ¡Una mujer muy por encima de mí!

Pero ella no pensaba que estuviera muy por encima de él. Hacía meses que se había enamorado de Metrobio, aunque comprendía que él no correspondería a su amor.

—Si que iré —dijo.

Él dio unas palmaditas en la mano que aún retenía entre las suyas, y luego volvió a dejársela en el regazo.

—¡Estupendo! De momento quédate aquí; que Lúculo no te vea. Recoge algunas cosas en un bulto que pueda llevar una mula. Lleva vestidos oscuros sencillos y capas con capucha; tienes que parecer mi esposa, no la de Lucio Cornelio Sila.

Y dejó a Valeria Mesala pensando en un futuro muy distinto al que ella esperaba tras las exequias de Sila. No se había planteado el peligro que representaba para Lúculo, y sabía que tenía que estar muy agradecida al actor. Ir con él supondría la angustia de verle enamorarse de hombres, ella que languidecía por su amor; pero sería un padre para el niño y ella podría ofrecerle una vida hogareña que tal vez con el tiempo llegara a gustarle más que las aventuras fugaces con otros hombres. ¡Sí, mucho mejor que la angustia de no volver a verle! O que la muerte. Ahora se daba cuenta de porqué, por algún oculto motivo, siempre había desconfiado del altivo y frío Lúculo.

Comenzó a elegir las prendas más sencillas y oscuras de sus numerosas arcas de lujosas vestiduras. Dinero no tenía, pero disponía de magníficas alhajas. Metrobio debía de tener dinero de sobra; las joyas serían su dote, una reserva por si venían malos tiempos. ¡Cirenaica! El remanso dorado del orbe. ¡Qué maravilla!

El espectáculo de las exequias de Sila dejó reducido su triunfo a un hecho insignificante. Doscientas diez literas cargadas a más no poder de mirra, incienso, canela, bálsamo, nardo y otros productos aromáticos — obsequio de las mujeres romanas— desfilaron a hombros de porteadores vestidos de negro. Como el cadáver estaba tan encogido y momificado por la pérdida de sangre que era imposible exponerlo al pueblo, los escultores habían hecho una efigie del muerto con canela e incienso para colocarla en el féretro, precedida de la imagen de un lictor hecha con las mismas especias. Se exhibieron placas con escenas de su vida, con excepción de sus primeros treinta y tres años, y de los abominables últimos meses; en ellas se le veía representado ante las murallas de Nola recibiendo la Corona de Hierba de manos de un centurión; de pie, sereno ante un acobardado



Mitrídates firmando el tratado de Dardania; ganando batallas, legislando, haciendo prisionero a Yugurta, ejecutando a los cautivos de las tropas de Carbón. En un vehículo especial se exhibían más de dos mil coronas y guirnaldas con que le habían obsequiado ciudades, tribus, reyes y países de todo el orbe. Sus antepasados vestidos de negro desfilaron en carruajes negro y oro, tirados por espléndidos corceles negros, y entre el séquito de los deudos caminaban sus regordetes mellizos, Fausto y Fausta.

Fue un día caluroso y nublado, y la atmósfera era húmeda. El mayor cortejo funerario que jamás había tenido lugar en Roma, arrancó de la casa que daba al circo Máximo, descendió por el Velabrum hasta el Foro, donde Lúculo —potente y famoso orador— pronunció el elogio mortuario desde los rostra, de pie junto al falso cadáver de canela e incienso, sentado en aquel féretro que guardaba en un compartimento oculto el auténtico y apergaminado despojo. Por segunda vez en tres años lloraba Roma por ver a los mellizos quedar huérfanos, y la multitud rompía en aplausos al decir Lúculo que Roma se constituía en tutora de los niños para que nada les faltase. De no haber sido porque el sentimiento alteraba los rostros llorosos, Roma se hubiera percatado de que en el físico de Fausto y Fausta se notaba ya que iban a parecerse a su tío-abuelo materno, el temible y feo Quinto Cecilio Metelo Numidico, a quien su padre llamaba el Meneítos y había asesinado en un arrebató producido por el rechazo de Aurelia.

Como por arte de magia, siguió sin llover mientras el cortejo reanudaba la marcha, esta vez *clivus Argentarius* arriba, para cruzar la puerta Fontinalis tras la cual estaba la mansión que había sido de Cayo Mario, para descender a continuación hacia el campo de Marte. Tenían ya allí preparada la sepultura, suntuosamente aislada en la vía Lata y próxima a los terrenos en los que se reunía la asamblea centuriada. A la hora nona colocaron el féretro sobre una inmensa pira bien ventilada, intercalando entre haces y troncos la carga de las doscientas diez literas de especias. Nunca olería tan bien Sila como cuando, conforme a sus deseos, el fuego consumiera sus restos mortales.

Y en el momento en que las antorchas comenzaban a lamer con sus llamas la base de la pira, se levantó un fuerte viento y la pequeña montaña

prendió con tal furia que los deudos tuvieron que apartarse, cubriéndose el rostro. Luego, cuando ya el fuego moría, comenzó a llover. Un aguacero tan fuerte que anegó y apagó las brasas tan pronto, que las cenizas de Sila pudieron recogerse momentos después para guardarlas en una exquisita urna de alabastro, adornada con oro y piedras preciosas. Lúculo prescindió del ánfora que Sila había dispuesto para que no las contaminase alguna partícula de Cayo Mario, pues no paraba de llover y no flotaba en el aire ni una mota de polvo.

La urna fue depositada cuidadosamente en aquella sepultura construida en cuatro días con mármoles policromados; un mausoleo redondo con columnas estriadas rematadas por el tipo de capitel de Corinto que Sila había traído y popularizado, consistente en delicados ramos de hojas de acanto. En una placa que daba a la vía grabaron su nombre y títulos, y bajo ella un simple epitafio, compuesto por él mismo:

### EL MEJOR AMIGO Y EL PEOR ENEMIGO

—Bueno, me alegro de que todo haya concluido —dijo Lúculo a su hermano, mientras caminaban bajo el aguacero, calados hasta los huesos y temblando de frío.

Estaba preocupado: Valeria Mesala no había ido a Roma, y su hermano Rufo, sus primos el Negro y Metelo Nepote, y su tía-abuela, la ex vestal, comenzaban a hacer preguntas preocupantes, y Lúculo no había tenido más remedio que decirles que había enviado a buscarla a Misenum y que el enviado había regresado a toda velocidad a comunicarle que había desaparecido.

Transcurrió casi un mes hasta que Lúculo abandonó la desesperada búsqueda efectuada en unas cuantas millas a la redonda de la villa de Misenum y en todos los bosques y arboledas entre Neápolis y Sinuessa. La esposa de Sila se había esfumado. Igual que sus alhajas.

—Robada y asesinada —dijo Varrón Lúculo.

Su hermano (que tenía ciertas reservas incluso con él) no dijo nada. Tenía tanta suerte como Sila, pensó, pues el mismo día del funeral ya se le había ocurrido pensar el peligro que podía representar Valeria Mesala. Ella sabía muchas cosas de él, mientras que él no sabía nada de ella, y hubiera tenido que matarla. ¡Era providencial que alguien se le hubiese adelantado! La fortuna le favorecía.

La desaparición de Metrobio no le atañía lo más mínimo de habérsela planteado, cosa que no había hecho. En Roma había actores afeminados de sobras para cubrir la vacante. Le preocupaba mucho más el hecho de que ya no podría disfrutar sin freno de las niñas sin madre. ¡Cómo echaría de menos Misenum!

## **Quinta parte**

**SEXTILIS (AGOSTO) DEL 80 A. DE J.C. - SEXTILIS  
(AGOSTO) DEL 77 A. DE J.C.**

Esta vez César zarpó rumbo a Oriente. Eutico, el mayordomo de su madre (que en realidad era el suyo, aunque César jamás quisiera considerarlo así), blando y acostumbrado a la vida sedentaria, descubrió que viajar con Cayo Julio César no era una empresa de placer. En tierra —sobre todo cuando el camino era tan bueno como la vía Apia— hacía cuarenta millas al día, y el que no siguiera su paso, se quedaba atrás. Sólo el temor de disgustar a Aurelia hacía que Eutico continuara, en particular los primeros días, cuando sus piernas gordas y flojas y su cómodo trasero supieron lo que era el dolor.

—Tienes llagas de la silla —dijo César riendo, al encontrar al mayordomo llorando desconsolado en una posada próxima a Beneventum en la que se detuvieron.

—Lo malo es el dolor de piernas —dijo Eutico casi sollozando.

—¡Claro! Cuando se monta a caballo son peso muerto y van colgando como dos talegos, sobre todo en tu caso, Eutico. ¡Cobra ánimo, cuando lleguemos a Brundisium las tendrás mucho mejor! Eso es la vida muelle de Roma.

La idea de llegar a Brundisium no levantó el ánimo del mayordomo, que volvió a romper a llorar ante la perspectiva de surcar el mar Jónico.

—César es imposible —dijo Burgundus sonriente, una vez que César se marchó después de ver que el alojamiento estaba limpio.

—¡Es un monstruo! —gimoteó Eutico—. ¡Cuarenta millas diarias!

—Y tienes suerte. Esto no es más que el principio y no nos aprieta mucho. Por ti más que nada.

—¡Quiero volver a Roma!

Burgundus alargó el brazo para darle una afectuosa palmada en la espalda.

—Sabes que a Roma no puedes volver, Eutico. Vamos, sécate la cara y procura caminar un poco. Es preferible sufrir con él que tener que aguantar a la madre. ¡Brrr! Además, no es tan insensible como crees. En este momento está encargando un buen baño caliente para tu dolorido trasero.

Eutico soportó el viaje por tierra; pero no estaba muy seguro de si aguantaría el viaje por mar. César con sus servidores tardó nueve días en recorrer los quinientos noventa kilómetros entre Roma y Brundisium, y allí el infatigable joven metió a sus acompañantes en un barco antes de que les diera tiempo a pedirle unos días de descanso. Alcanzaron la preciosa isla de Corcira, donde tomaron otro barco hasta Buzrotum, en el Epiro, y de allí fueron por tierra a través de la Acarnania y Delfos hasta Atenas. Aquello no era una vía romana, sino un sendero de cabras griego que bajaba y subía por las montañas y cruzaba bosques húmedos y resbaladizos.

—Es evidente que los ejércitos romanos no se trasladan por esta ruta —comentó César cuando ante sus ojos apareció el impresionante valle de Delfos, un vergel en medio de impresionantes montañas; pero antes de contemplarlo y admirarlo tenía que completar su razonamiento—. Lo recordaré; sí que podría pasar un ejército si lo animase una gran tenacidad. Y nadie lo pensaría.

A César le gustó Atenas y a Atenas le gustó César. A diferencia de sus compatriotas, no había solicitado alojamiento en ningún sitio a dueños de mansiones o fincas, y se contentaba con las posadas o un campo junto al camino donde no las había. En Atenas había encontrado un albergue bastante aceptable al pie de la Acrópolis, pero inmediatamente recibió recado de personarse en casa de Tito Pomponio Atico, a quien no conocía, aunque, como todos en Roma, conocía la historia del famoso desastre económico que Atico y Craso habían sufrido al año siguiente de la muerte de Mario.

—Insisto en que te alojes en mi casa —dijo el cortés cosmopolita, que (a pesar de sus torpezas financieras) sabía juzgar muy bien a las personas, y nada más ver a César se dio cuenta de que lo que los informes insinuaban no era ningún error: aquel joven estaba llamado a ser un hombre importante.

—Eres muy generoso, Tito Pomponio —respondió César con su encantadora sonrisa—, pero prefiero tener independencia.

—En Atenas la independencia no te proporcionará más que bazofia para comer y camas sucias —replicó Ático.

El fanático por la limpieza cambió radicalmente de idea.

—Bien, gracias, acepto. No traigo mucho séquito: dos libertos y cuatro criados, si es que puedes alojarlos.

—Hay sitio de sobra.

Y así se hizo. Y hubo banquetes y excursiones. César encontró tan abiertas las puertas de Atenas que pensó que requería una estancia más prolongada. Por mucha fama de epicúreo y amante del lujo que tuviese Atico, no era un hombre entregado a la molicie, y César tuvo ocasión de ascender a montes y acantilados de importancia histórica y de hacer buenas galopadas por la llanura de Maratón. Fueron a caballo a Corinto y a Tebas, visitaron las riberas pantanosas del lago Orcómenos, en el que Sila había ganado dos decisivas batallas contra Mitrídates, exploraron los senderos a través de los cuales había burlado Catón el Censor al enemigo en las Termópilas y el enemigo había cercado al reducto de Leónidas.

—«Caminante, ve a decir a Lacedemonia que sus hijos han muerto sin abandonar su puesto» —leyó César en la piedra que conmemoraba la gesta—. Todo el mundo conoce esta cita —añadió volviéndose hacia Atico—, pero en este lugar cobra un significado muy distinto a cuando se lee en un papel.

—¿Te gustaría que se te recordase de igual modo, César?

El bello rostro oblongo se puso serio.

—¡Jamás! Fue un gesto necio e inútil; un despilfarro de hombres valientes. A mí me recordarán, Atico, pero no por estupideces ni gestos inútiles. Leónidas era un rey espartano, y yo soy un patricio de la república romana. El único sentido que cobró su vida fue por el modo de perderla. Mi vida se significará por lo que haga en ella. No importa como muera, con tal de que muera como un romano.

—Te creo.

Como era un intelectual y un hombre muy instruido, César encontró que tenía mucho en común con Atico, hombre de gustos intelectuales y eclécticos. Vieron que tenían predilecciones comunes en literatura y arte, y pasaban horas enteras absortos leyendo una comedia de Menandro o contemplando una estatua de Fidias.

—Por el contrario, en Grecia quedan muy pocas buenas pinturas —dijo Atico, meneando la cabeza entristecido—. Lo que no se llevó Mumio a Roma tras el saqueo de Corinto —¡y no digamos Emilio Paulo después de Pidna!— ha desaparecido desde entonces. Para ver las mejores pinturas del mundo uno tiene que ir a casa de Marco Livio Druso en Roma.

—Ahora creo que es de Craso.

Atico torció el gesto; no le gustaba Craso, pese a que habían sido colegas especuladores.

—Y probablemente las tiene amontonadas entre polvo en el sótano, en donde estarán hasta que alguien le insinúe que valen más que esclavos vendidos con certificado o las insulae adquiridas a precio de rebaja.

—Atico, amigo mío —dijo César sonriente—, no todos podemos ser hombres cultos y refinados. Craso tiene su sitio.

—¡En mi casa no!

—Tú no estás casado —dijo César hacia el final de su estancia en Atenas. El se imaginaba por qué Atico había evitado los lazos del matrimonio, pero tal como se lo había dicho no era una afirmación ofensiva porque no implicaba una respuesta explicativa.

El rostro alargado, delgado y austero de Atico se contrajo en una mueca de disgusto.

—No, César. Ni pienso casarme.

—Yo, por el contrario, llevo casado desde los trece años, y con una niña que aún no tiene edad para compartir mi lecho. Qué extraño es el destino.

—Y lo más extraño es que sea la hija de Cinna y que no te hayas divorciado ni por Júpiter Optimus Máximus.

—Ni por Sila, querrás decir —replicó César riendo—. Fui muy afortunado; pude escapar de la trampa de Cayo Mario gracias a Sila y dejé de ser flamen dialis.

—Hablando de matrimonios, ¿conoces a Marco Tulio Cicerón? —inquirió Atico.

—No, pero he oído hablar de él, por supuesto.

—Deberíais llevaros bien, pero temo que no sea así —dijo Atico pensativo—. Cicerón es muy susceptible en cuanto a su capacidad



intelectual, y no le gusta tener rivales. Y tú quizá seas superior intelectualmente.

—¿Y qué tiene eso que ver con el matrimonio?

—Es que acabo de encontrarle esposa.

—Estupendo —comentó César sin el menor interés.

—Terencia, la hermana adoptiva de Varrón Lúculo.

—Una mujer horrenda, según tengo entendido.

—Cierto; pero socialmente mejor de lo que él habría podido aspirar.

César pensó que cuando el anfitrión cae en una conversación insustancial ha llegado el momento de despedirse. Atico sabría de quién era la culpa. Le daba la impresión de que las preferencias sexuales de aquel plutócrata romano, exiliado voluntario, iban hacia los muchachos, lo que a él le imponía una reserva generalmente ausente en su carácter extrovertido. Lástima. De no ser por ello, con aquel primer encuentro se habría consolidado una buena amistad.

Desde Atenas César tomó la carretera militar construida por Roma hacia el norte de Atica, cruzando Beocia y Tesalia y el paso de Tempe, con un ocasional saludo a Zeus mientras veían, a lo lejos y al implacable ritmo impuesto por él, el monte Olimpo. En Dium el grupo volvió a embarcarse y fue de isla en isla hasta el Helesponto. De allí a Nicomedia les quedaba un viaje de tres jornadas.

La recepción en el palacio de Nicomedia fue esplendorosa. El anciano rey y la reina casi habían perdido la esperanza de volver a verle, y más aún al haberles llegado noticia de Mitilene de que César había regresado a Roma con Termo y Lúculo. Pero fue el perro Sila quien mejor expresó la alegría que causaba la llegada de César, pues el animal se dedicó a correr por palacio ladrando enloquecido, daba saltos ante el visitante y corría entre los reyes y César constantemente, dejando reducidos a la insignificancia los regios cumplidos de la pareja.

—Es como si hablara —dijo César cuando el perro le permitió tomar asiento, ya tan agotado que se contentó con echarse a sus pies jadeante—. Sila, muchacho —añadió, agachándose para rascarle el vientre—, nunca pensé que me alegraría tanto ver tu fea cara.

Al retirarse aquella noche a su habitación y tumbarse desnudo en la cama, César pensó que sus padres siempre habían sido unas figuras distantes para él. Su padre estaba muy poco en casa, y cuando le veían parecía estar más interesado en hacer una especie de guerra sorda contra su esposa que en establecer relación con los hijos; y su madre era una mujer de equidad intachable, crítica hasta la exasperación e incapaz de dar afecto concreto. Quizá, pensó César, eso explicaba en buena parte la evidente desaprobación de su padre por ella, una mujer altiva, fría. Lo que el joven no podía ver, por supuesto, era que el verdadero motivo de la insatisfacción de su padre surgía de la infatigable dedicación de Aurelia a su trabajo de propietaria de la insula, tarea que él consideraba denigrante para ella; pero como César y sus hermanas no habían conocido aquella faceta de su madre, no habían intuido que era eso lo que había mortificado al padre, y estaban convencidos por el contrario de que su actitud se debía a la falta de besos y abrazos, pues no podían saber lo placenteras que eran las noches que sus padres pasaban juntos. Cuando llegó la terrible noticia de la muerte del padre, traída por el mismo portador de las cenizas, la reacción inmediata de César había sido abrazar a su madre y consolarla, pero ella se había cerrado en banda, diciéndole con escuetas palabras que no olvidase su condición. Y él había sufrido hasta que ese mismo distanciamiento inculcado por ella se había afirmado en su propia personalidad, haciéndole entender que de ella no podía esperarse otra actitud.

Y quizá, pensó César, eso no era más que un signo de algo que él siempre había advertido: que los niños siempre desean de sus padres cosas que éstos no quieren o no pueden darles. Su madre era una perla sin par, lo sabía; del mismo modo que era consciente de cuánto la quería; y además, jamás podría agradecerle que le hubiese señalado constantemente cuáles eran sus puntos débiles, y más aún que le hubiese dado valiosos consejos mundanos y nada maternos.

Y sin embargo... sin embargo... Era muy agradable que a uno le recibieran con besos y abrazos y gran afecto, como habían hecho

Nicomedes y Oradaltis. No llegaba conscientemente a desear que sus padres hubiesen sido así, pero sí que echaba a faltar en ellos un comportamiento semejante.

Aquel estado de ánimo duró hasta que fue a desayunar con ellos a la mañana siguiente y la luz del día dejó al desnudo sus absurdos deseos. Sentado frente al rey Nicomedes, César superpuso mentalmente al anciano el rostro de su padre (Nicomedes, como deferencia para con César no se había pintado) y le entraron ganas de reír. En cuanto a Oradaltis, sería reina pero no tenía ni la décima parte de regia dignidad que Aurelia. No eran unos padres, pensó, sino abuelos.

Era octubre cuando llegó a Nicomedia, y no tenía prisa por irse, con gran contento del rey y la reina, que se deshacían por complacer sus menores deseos, como por ejemplo visitar Gordio, Pesino o las canteras de mármol de la isla de Proconeso. Pero en noviembre, cuando aún no llevaba un mes en Bitinia, le pidieron algo muy difícil y extraño.

En marzo de aquel año, el nuevo gobernador de Cilicia, el joven Dolabela, había partido de Roma para llegar a su provincia, acompañado de otros dos nobles romanos y un séquito de funcionarios. El más importante de aquellos dos nobles era su primer legado, Cayo Verres, y el otro era Cayo Publio Maléolo, asignado por sorteo a su servicio.

Maléolo, que era uno de los nuevos senadores nombrados por Sila por haber sido cuestor, no era en absoluto un hombre nuevo; había habido cónsules en su familia y en su atrium no faltaban imágenes. Pero tenía poco dinero, y sólo algunas afortunadas adquisiciones al amparo de las proscripciones habían hecho que la familia pusiera sus esperanzas en Cayo, un hombre entonces de treinta años, cuyo cometido era restablecer la tradicional categoría social de los suyos ascendiendo al consulado. Sabiendo lo reducidos que serían los emolumentos de Cayo y lo costoso que le resultaría estar a la altura del estilo de vida de Dolabela, la madre y las hermanas habían vendido las alhajas para engrosar la bolsa del joven Maléolo, que él pensaba engrosar aún más cuando llegase a la provincia a

que le habían destinado. Además de eso, las mujeres le habían entregado el único tesoro que poseía la familia: un magnífico servicio de oro y plata para que, cuando diese un festín en honor del gobernador, estuviese a la altura de las circunstancias.

Desgraciadamente, Cayo Publio Maléolo no era una lumbrera como sus antepasados; poseía una simplona ingenuidad que iba a hacerle un flaco servicio en aquel séquito de Dolabela el joven. El primer legado, Cayo Verres, que era muy listo, había aleccionado convenientemente a Maléolo antes de que la comitiva llegase a Tarento, y se había ganado al cuestor con tal simpatía y zalemas que éste le creía el mejor de los amigos.

Viajaban junto con otro gobernador y su séquito, también con destino a Oriente: el recién nombrado para la provincia de Asia, Cayo Claudio Nerón, un Claudio con más riqueza que la prolífica rama de los Claudios patricios con el cognomen de Pulcros.

La codicia volvía a torturar a Cayo Verres. Y eso que le había ido muy bien con las proscripciones de importantes terratenientes y magnates de Beneventum (merced a su conocimiento de la región), pero le devoraba una auténtica pasión por las obras de arte que las oportunidades de Beneventum no habían saciado; ya que el producto de aquellas proscripciones no era más que un lote heterogéneo en el que había desde una insulsa copia napolitana de un grupo de lánguidas ninfas, hasta un Praxiteles y un Mirón. En principio, Verres estaba al acecho por si proscribían al nieto del famoso Sexto Perquitieno, cuya fama de entendido en arte no tenía rival entre los caballeros, y cuya colección, gracias a su cargo de recaudador de impuestos en Asia, era seguramente mejor que la de Marco Livio Druso. Pero el nieto había resultado ser sobrino de Sila, y las propiedades de Sexto Perquitieno no corrían peligro.

Aunque su familia no era distinguida —su padre era un senador pedarius sin voz y era el primer Verres que tenía acceso a la Cámara—, Cayo Verres había prosperado notablemente gracias a su instinto para hallarse donde hubiese dinero y a su capacidad para convencer de su valía a algunos hombres importantes; había sabido engañar a Carbón, pero le había resultado imposible con Sila, pese a que éste no había hecho ascos

utilizándole para destruir Sammio. Lamentablemente, en Sammio no había grandes obras de arte como en Beneventum, y la codicia de Verres había quedado insaciada.

Y pensó que el único lugar a donde debía ir era Oriente, allí donde la cultura helenística había propiciado una gran difusión de estatuas y pinturas desde Alejandría hasta Olimpia, el Ponto y Bizancio. Así, al sortear Sila los cargos de gobernador para el año siguiente, Verres había hecho cálculos, optando por congraciarse con Dolabela el joven. Su primo Dolabela el viejo estaba en Macedonia —una jugosa provincia, en lo que a obras de arte atañía— pero aquel Dolabela era un pedernal con objetivos propios; y Cayo Claudio Nerón, que partía para la provincia de Asia, era un poco rigorista para sus propósitos. Así que quedaba el nuevo gobernador de Cilicia Dolabela el joven: la persona bien afín a sus propósitos, pues era codicioso e inmoral, un hombre entregado a vicios secretos, tales como acostarse con mujeres sucias y vulgarísimas, y tomar sustancias que aumentaban la sensualidad. Mucho antes de emprender el viaje Verres se había hecho indispensable a Dolabela como intermediario de sus vicios.

Una suerte, pensó eufórico Verres. ¡Tenía el favor de la Fortuna! No había muchos como Dolabela el joven, ni solían llegar tan alto. De no haber sido Dolabela el viejo una buena ayuda militar para Sila, el joven jamás habría obtenido el pretorado y el gobierno de una provincia, cargos a los que se había apegado como una lapa; pero el joven Dolabela vivía constantemente atemorizado, y, al mostrarse Verres tan simpático como servicial, había visto el cielo abierto.

Mientras el grupo estuvo viajando con el de Claudio Nerón, Verres había mantenido —metafóricamente— sus ávidas manos pegadas a los costados, resistiendo a la tentación de apoderarse de tal estatua en un templo griego, de tal otra en un ágora; le había costado en extremo, sobre todo en Atenas, aquel emporio del arte, pero Tito Pomponio Atico era como el centro de la tela de araña romana que envolvía la ciudad. Por su perspicacia financiera, su parentesco con los Cecilio Metelos y sus numerosas donaciones a Atenas, a Atico no se le podía ofender, y era bien conocida su repulsa por los romanos que saqueaban obras de arte.

Pero al abandonar Atenas en barco se separaron del grupo de Claudio Nerón, que ansiaba llegar a Pérgamo y no era precisamente un grecófilo. Así, el barco de éste zarpó sin tardanza hacia la provincia de Asia, mientras el de Dolabela se dirigía a la pequeña isla de Delos.

Hasta la invasión de la provincia de Asia y Grecia por Mitrídates nueve años antes, Delos había sido el epicentro mundial del tráfico de esclavos; allí tenían su sede casi todos los traficantes, y a la isla acudían los piratas que proveían a la región oriental del Mediterráneo la mayor parte del contingente de esclavos. En la vieja Delos cambiaban diariamente de manos no menos de veinte mil esclavos, aunque ello no se traducía en un continuo desfile de navíos cargados con la codiciada mercancía por el limpio y amplio puerto mercante. El comercio se efectuaba sobre el papel: transferencias de propiedad contra pagarés. Sólo determinados esclavos eran transportados a Delos. La isla sólo acogía a los intermediarios.

En ella había habido una cuantiosa población italo-romana, numerosos alejandrinos y considerable número de judíos. El edificio más importante de Delos era el ágora romana, en la que tenían sus despachos los romanos e itálicos que se dedicaban a dicho comercio. Pero ahora ya el ágora se hallaba casi vacía, igual que el extremo occidental de la isla, en donde se agrupaban la mayor parte de las casas debido al mejor clima. En las laderas aterrazadas del monte Cinto se hallaban los recintos de los templos de los dioses traídos a Delos durante la época en que había estado sometida al poder de los Ptolomeos de Egipto y los seleúcidas de Siria. Cerca del puerto más pequeño, el puerto sagrado en el que sólo echaban el ancla los barcos de peregrinos, había un santuario de Artemisa, hermana de Apolo; detrás de él, en dirección norte, estaba el recinto del bello y majestuoso templo de Apolo, cuajado de las mejores obras de arte del mundo. Y entre el templo de Apolo y el lago sagrado, estaban los leones de mármol de Naxos, flanqueando la vía procesional que unía a ambos.

Verres casi se volvió loco de placer, andando sin respiro de un sitio a otro; fue a los dos templos, se extasió ante la estatua de la Artemisa de Éfeso, recubierta de testículos de toro a guisa de estériles pechos, permaneció arrobado ante la diosa Ma de Comana, ante la Hécate de Sidón,

el Serapis de Alejandría y se le vio realmente embobado ante aquellas estatuas de oro y crisoelefantinas, aquellos tronos orientales cuajados de piedras preciosas... Pero fue en el templo de Apolo donde vio las dos estatuas que le sedujeron más: un grupo del sátiro Marsias tocando la flauta ante un estático Midas y un airado Apolo, y la estatua en oro y marfil de Latona cargada con sus divinos retoños, atribuida a Fidias, maestro de la escultura crisoelefantina. Como eran dos obras de arte no muy voluminosas, Verres y cuatro criados penetraron en el templo de noche antes de que zarpase de nuevo el navío de Dolabela, las arrancaron de sus respectivos pedestales, las envolvieron cuidadosamente en mantas y las escondieron en el compartimento del barco en que Verres guardaba sus efectos personales.

—Me alegro de que Arquelao saqueara este lugar y después Sila —dijo Verres complacido a Maléolo, al amanecer—. Si el comercio de esclavos aún fuese intenso en Delos, habría sido mucho más difícil hacer una adquisición y caminar sin ser visto, aun de noche.

Maléolo, un tanto sorprendido, se preguntó qué querría decir Verres, pero la vista de aquel hermoso rostro perverso no le animó a inquirir; pero lo supo apenas transcurrido un día, pues se levantó de pronto un fuerte viento que impidió que el barco zarpase, y, antes de que amainara, los sacerdotes del templo de Apolo acudieron llorando a decir a Dolabela que habían robado dos de sus más preciadas obras de arte. Y como habían visto a Verres mirándolas intensamente, acariciándolas, meneando el pedestal, midiéndolas, le acusaban del robo. Horrorizado, Maléolo comprendió que la acusación era cierta; como era amigo de Verres, le costó ir a Dolabela a contarle lo que aquél le había dicho, pero al final cumplió con su deber y Dolabela obligó a Verres a devolver las esculturas.

—¡Aquí nació Apolo! —exclamó estremeciéndose—. ¡No puedes saquear su templo! Moriremos víctima de enfermedades.

Frustrado y presa de furia sin igual, Verres «devolvió» las esculturas tirándolas por la borda sobre el muelle de piedra, jurando que Maléolo se las pagaría, pero para sus adentros, porque a Maléolo fue a decirle que le agradecía que hubiese impedido su hazaña.

—Codicio tanto las obras de arte que no puedo resistirlo —dijo con sus ojos dorados bañados en lágrimas—. ¡Gracias, gracias!

Pero no volverían a frustrarle aquella codicia. En Tenedos (que Dolabela quiso visitar por la participación que la isla había tenido en la guerra de Troya), Verres se apropió de la estatua del propio Tenes, una maravillosa talla arcaica. Su nueva técnica era franca y descarada: «¡La quiero y tiene que ser mía!», decía, y al barco iba a parar, mientras Dolabela y Maléolo suspiraban y meneaban la cabeza, para no crear rencillas en lo que comenzaba a ser una relación muy estrecha. En Quíos y en Eritrea volvió a robar y de tal manera fascinó a Dolabela, que también Maléolo se vio atraído poco a poco por aquel vicio. Así, cuando Verres decidió llevarse todas las obras del templo de Hera en Samos, convenció a Dolabela para que alquilase un segundo barco y ordenase al almirante Caridemo de Quíos que les escoltase al mando de una quinquerreme hasta Tarso para que tan ingentes tesoros no cayesen en poder de los piratas. Halicarnaso perdió varias estatuas de Praxiteles, y fue el último robo que Verres efectuó en la provincia de Asia, para entonces enojada ya como un avispero. Panfilia perdió su Harpista de Aspendos y la mayoría de las obras del templo de Artemisa de Pergas, pero en éste, al considerar que la estatua de la diosa no era muy buena, Verres se contentó con arrebatarse el manto de oro para fundirlo en cómodos lingotes.

Por fin llegaron a Tarso, y allí Dolabela se instaló felizmente en su palacio y Verres se buscó una villa en la que poder deleitarse contemplando los tesoros robados. Realmente le complacía su contemplación y no tenía intención de vender ninguna obra; lo que sucedía es que en él la obsesión y falta de escrúpulos del coleccionista alcanzaban un grado increíble.

Cayo Publicio Maléolo también se alegró de hallar una casa junto al río Cidno; desempaquetó su servicio de oro y plata, y sus bolsas de dinero, pues contaban con incrementar su fortuna prestando a interés exorbitante a quienes no pudiesen obtenerlo de modo legítimo. Verres le trataba con gran simpatía y le ayudaba mucho.

Por entonces Dolabela ya había caído en un auténtico sopor de estímulos sensuales, y su entendimiento se hallaba constantemente



obnubilado por las infusiones de cantárida y otros afrodisiacos que Verres le procuraba, y era feliz dejando el gobierno de la provincia en manos de su primer legado y de su cuestor. Con la lógica prudencia de no tocar las obras de arte de Tarso, Verres se dispuso a vengarse de Maléolo.

Para ello planteó un tema muy querido por todos los romanos: hacer testamento.

—Registré el mio en las Vestales antes de marchar —dijo; a la luz de la vela su rostro cobraba aún mayor atractivo y su pelo ondulado parecía de oro—. Supongo, Maléolo, que tú harías igual.

—Pues no —respondió Maléolo, aturdido—. Confieso que no lo pensé.

—¡Querido amigo, qué locura! —exclamó Verres—. Tan lejos de casa, puede sucederte cualquier cosa... piratas, una enfermedad, un naufragio. Acuérdate de Servilio Cepión que se ahogó cuando regresaba a Italia hace veinticinco años; era cuestor como tú —añadió, sirviendo vino perfumado en la preciosa copa plateada de Maléolo—. ¡Tienes que hacer testamento!

Y prosiguió la velada, Maléolo cada vez más borracho y Verres fingiendo que lo estaba. Cuando el primer legado pensó que el bobo cuestor de Dolabela se hallaba demasiado ebrio para darse cuenta de lo que firmaba, pidió papel y pluma, redactó lo que Cayo Publio Maléolo le dictaba y le ayudó a firmarlo y sellarlo. El testamento quedó debidamente guardado en un casillero del despacho de Maléolo y su autor se olvidó de él. Cuatro días más tarde moría de una misteriosa enfermedad que, finalmente, los físicos de Tarso dictaminaron como intoxicación alimenticia. Y Cayo Verres, al abrir el testamento, leyó encantado que su amigo el cuestor le dejaba cuanto poseía, incluido el preciado servicio de su familia.

—Lamentable. Una herencia muy apetecible, pero preferiría que el pobre Maléolo siguiera entre nosotros —comentó a Dolabela.

A pesar de la obnubilación causada por los afrodisiacos, Dolabela notó el tono hipócrita, pero se limitó a comentar lo difícil que iba a resultarle que Roma enviase otro cuestor cuanto antes.

—¡No hay necesidad! —dijo Verres—. Yo fui cuestor de Carbón y lo hice tan bien que me mantuvieron en el cargo de procuestor cuando le enviaron de gobernador a la Galia itálica. Nómbrame procuestor.

Y así fue cómo los asuntos de Cilicia y los del erario público pasaron a manos de Cayo Verres.

Verres trabajó sin cesar todo el verano, aunque no por el bien de Cilicia, sino en beneficio propio, en particular con las actividades de prestamismo que había heredado de Maléolo. Pero el coleccionismo de arte quedó estancado. En aquella fase de su carrera Verres no tenía suficiente confianza para dedicarse a saquear las ciudades y los templos de Cilicia; y tampoco podía reanudar el saqueo de la provincia de Asia mientras siguiera Claudio Nerón de gobernador. La isla de Samos había enviado una airada delegación a Pérgamo para quejarse a Claudio Nerón del pillaje en el templo de Hera, y el gobernador les dijo entristecido que no estaba en su mano castigar ni sancionar al legado de otro gobernador, por lo que debían dirigir sus quejas al Senado de Roma.

A finales de septiembre Verres tuvo una idea genial que no perdió tiempo en llevar a la práctica. Tanto en Bitinia como en Tracia había abundancia de obras de arte, ¿por qué no incrementar su colección a costa de Tracia y Bitinia? Convenció a Dolabela para que le nombrase embajador con plenos poderes y le procurara cartas de presentación para el rey Nicomedes de Bitinia y el rey Sadala de la Odrisia Tracia. Y se puso en camino por tierra a primeros de octubre desde Ataleia hasta el Helesponto, una ruta con la que evitaba cruzar la provincia de Asia y que, de paso, podía procurarle algo de oro de los templos del camino y quizás obras de arte.

Era una embajada formada estrictamente por rufianes; Verres no quería ningún hombre honrado en su séquito. Hasta los seis lictores, a los que tenía derecho en su condición de embajador con categoría prepretoriana, eran hombres cuidadosamente escogidos para que le secundasen y fuesen cómplices de todas sus fechorías. Su principal ayudante era el funcionario de mayor antigüedad de Dolabela, un tal Marco Rubrio. Con él ya había tramado varias cosas, entre ellas procurar a Dolabela sus asquerosas mujeres. Los esclavos eran individuos fuertes, capaces de transportar las estatuas, e individuos menudos hábiles para deslizarse en cámaras cerradas; y llevaba escribas simplemente para registrar todo lo que robaba.

El viaje por tierra fue una decepción, ya que Pisidia y la región de Frigia que cruzaron ya habían sido saqueadas por los generales de Mitrídates nueve años antes. Pensó en efectuar un desvío hasta el Sangario para ver lo que podía encontrar en Pessinus, pero al final optó por dirigirse directamente a Lámpsaco en el Helesponto. Allí podría pedir un navío de guerra de la provincia de Asia para que le sirviera de escolta y navegar por la costa de Bitinia cargando cuanto encontrase y le gustase.

El Helesponto era una franja de tierra de nadie. En teoría pertenecía a la provincia de Asia, pero los montes de Misia lo aislaban del continente, y estaba más vinculado a Bitinia que a Pérgamo. Lámpsaco era el puerto principal del lado oriental, situado casi enfrente de la Calípolis tracia, el punto en donde los diversos ejércitos que cruzaban el estrecho hacían su primera etapa. Por ello, Lámpsaco bullía de actividad en su puerto, a pesar de que su mayor prosperidad era el abundante y excelente vino que se criaba en su entorno.

Aunque se hallaba bajo la autoridad del gobernador de la provincia de Asia, hacia tiempo que Lámpsaco gozaba de independencia, contentándose Roma con un tributo. Tenía —como toda localidad próspera del Mediterráneo— una colonia de mercaderes romanos, pero el gobierno y las mejores fortunas de Lámpsaco estaban en manos de los griegos focéos nativos, que no tenían la ciudadanía romana y eran simples *socii* o aliados.

Verres había explorado minuciosamente todas las localidades de posible interés durante su recorrido, y cuando su embajada llegó a Lámpsaco conocía perfectamente la condición de los ciudadanos más importantes. El grupo romano que irrumpió a caballo en el puerto causó un inmediato revuelo que casi degeneró en pánico; seis *lictors* precedían al personaje, al que acompañaban también veinte criados y una tropa de cien jinetes cilicios. Nadie había recibido aviso de su llegada y no se sabía a qué venían a Lámpsaco.

Aquel año el *etnarca* era un tal Janitor, y al saber que una gran embajada romana le esperaba en el *ágora*, se apresuró a ir allí con otros ancianos de la localidad.

—No sé cuánto tiempo me quedaré —dijo Cayo Verres imperioso pero nada arrogante, con todo su encanto—, pero necesito alojamiento para mis hombres.

Janitor respondió vacilante que era imposible encontrar una casa lo bastante grande para acomodarlos a todos, que él, naturalmente, ponía la suya a disposición del embajador, sus lictores y sus criados, y que a los demás los repartirían en diversos sitios. Luego presentó a los que le acompañaban, entre ellos Filodano, que había sido etnarca de Lámpsaco cuando la visita de Sila.

—Me han dicho —dijo en voz baja el funcionario Marco Rubrio a Verres, mientras les conducían a casa de Janitor— que el viejo Filodamo tiene una hija de belleza sin par, y tan virtuosa que no la saca de casa. Se llama Estratónice.

Verres no era Dolabela en lo referido a apetitos carnales, y, del mismo modo que las estatuas, le gustaban las mujeres puras y perfectas como galateas. Por consiguiente, cuando no estaba en Roma solía tener largos períodos de abstinencia sexual, ya que no se contentaba con mujeres de inferior condición, aunque fuesen cortesanas famosas como Praecia; él seguía soltero, con la intención de conseguir una esposa de irreprochable linaje y belleza sin par, una nueva Aurelia, pues con el viaje a Oriente pensaba afianzar su fortuna para poder negociar un matrimonio con alguna Cecilia Metela o Claudia Pulcra. Una Julia hubiera sido lo mejor, pero las Julias estaban todas comprometidas.

Así pues, hacía meses que Verres no sentía una conmoción sensual, ni pensaba hallarla en Lámpsaco. Pero Rubrio había sabido descubrir su debilidad —obras de arte aparte— y, en cuanto llegaron, había comenzado a indagar, y por comentarios se había enterado de que Filodamo tenía una hija tan bella como Afrodita.

—Entérate de algo más —dijo Verres secamente, luciendo la más falsa sonrisa al entrar en casa de Janitor, donde le aguardaba el etnarca en persona para recibirle.

Rubrio asintió con la cabeza y se alejó con los esclavos para instalarse en una casa más modesta, como correspondía a su condición de funcionario

de segunda.

Después de almorzar, aquella misma tarde Rubrio volvió a presentarse en casa de Janitor para ver a Verres.

—¿Os encontráis cómodo? —inquirió.

—Más o menos. No es una villa romana, desde luego. Lástima que ninguno de los ciudadanos romanos de aquí sea acaudalado. ¡No me gusta convivir con los griegos! Son muy simples para mi gusto. Este Janitor no come más que pescado, ¡ni un huevo ni un ave! Eso sí: el vino es excelente. ¿Has averiguado algo de esa Estratónice?

—Con gran dificultad, Cayo Verres. Parece ser que es un dechado de virtudes, aunque tal vez sea porque su padre y su hermano la tienen encerrada como Tigranes a sus mujeres en el harén.

—Pues tendré que ir a cenar a casa de Filodamo.

Rubrio meneó la cabeza enérgicamente.

—Me temo que no lograréis verla, Cayo Verres. Esta ciudad es de acendradas costumbres griegas, y las mujeres de una casa no se dejan ver por los invitados.

Las dos cabezas —dorada y canosa— se juntaron, y la conversación prosiguió en voz baja.

—Mi ayudante Marco Rubrio —dijo Verres a Janitor, una vez aquél hubo marchado— no está bien alojado. Quiero que le busquéis un sitio mejor. Según me has dicho, el de más categoría después de ti es un tal Filodamo. Haz el favor de que mañana por la mañana Marco Rubrio se traslade a casa de Filodamo.

—¡Yo no alojo a ese gusano! —gritó Filodamo a Janitor cuando éste le dijo lo que quería Verres—. ¿Quién es ese Marco Rubrio? ¡Un mugriento funcionario romano! ¡En mis tiempos he albergado a cónsules y a pretores, y hasta al gran Lucio Cornelio Sila cuando cruzó el Helesponto la última vez! A decir verdad, nunca he dado alojamiento a nadie tan poco importante como Cayo Verres. ¿Quién es él al fin y al cabo, Janitor? ¡Un simple ayudante del gobernador de Cilicia!

—¡Por favor, Filodamo, te lo ruego! —suplicó Janitor—. ¡Hazlo por mí! ¡Por nuestra ciudad! Este Cayo Verres es una mala persona; lo noto. Y

trae cien soldados a caballo. En toda la ciudad no hallaríamos ni la mitad de una tropa así.

Filodamo tuvo que ceder y Rubrio se trasladó a su casa. Pero el anciano vio en seguida que había sido un error ceder. Apenas había entrado Rubrio en la casa cuando ya estaba pidiendo ver a la famosa hija, y como no se lo concedieran, se puso a físgar por todas partes buscándola; y como no lo lograra, llamó a Filodamo a su presencia como si fuese un criado.

—Esta noche darás una cena en honor de Cayo Verres y servirás algo más que simples platos de pescado. El pescado aquí es muy bueno, pero hay que comer otras cosas. Quiero cordero, pollo, otras aves, muchos huevos y el mejor vino.

Filodamo se contuvo.

—Pero me ha costado —comentó a su hijo Artemidoro.

—Todo esto es por Estratonice —comentó el joven, furioso.

—Eso creo yo, pero me han colocado con tal rapidez a esta bestia de Rubrio que no he tenido tiempo de sacarla de casa. Y ahora es imposible, porque hay romanos rondando por la puerta de delante y por la de atrás.

Artemidoro quería estar presente en el banquete de Verres, pero su padre, viendo su rostro borrascoso, comprendió que sería peor y, tras mucho discutir, el joven accedió a comer en otro sitio. En cuanto a Estratónice, lo único que pudieron hacer fue encerrarla en su habitación, dejándola en compañía de fuertes criados.

Cayo Verres se presentó con sus seis lictores, que quedaron de guardia frente a la casa, y a otros soldados les encomendó la vigilancia de la puerta trasera. En cuanto el embajador romano estuvo cómodamente instalado en su camilla, pidió a Filodamo que trajera a su hija.

—No puedo hacer eso, Cayo Verres —dijo el anciano, hierático—. Estamos en una ciudad focea y nuestras mujeres nunca comparecen en una habitación con extranjeros.

—No te pido que coma con nosotros, Filodamo —replicó Verres sin alterarse —, sólo quiero ver a ese dechado de beldad del que habla toda la ciudad.

—Pues no sé por qué lo hacen, ya que nunca la han visto —contestó Filodamo.

—Será por lo que cuentan los criados. ¡Vamos, viejo, muéstrala!

—No puedo, Cayo Verres.

Había cinco huéspedes más, Rubrio y cuatro funcionarios, quienes, nada más negarse Filodamo a enseñarla, pidieron verla a voces, y cuanto más se negaba el anciano más gritaban ellos.

Al llegar el primer plato, Filodamo aprovechó para salir del comedor y enviar a un criado a buscar a Artemidoro a la casa en que estaba comiendo, pidiéndole que viniera en su ayuda, y regresó al comedor nada más partir el sirviente para persistir en su negativa a los romanos de enseñar a su hija. Entonces, Rubrio y otros dos se levantaron para empezar a buscarla, y fue cuando el anciano se interpuso en su camino. Junto a la puerta había dispuesto un brasero con un jarro de agua hirviendo para verterla en cuencos en los que se introducían los otros más pequeños con la comida, compensando así el calor que hubiera podido perder desde la cocina. Y fue el jarro lo que cogió Rubrio para verter agua hirviendo en la cabeza del anciano ante el espanto de los criados, que huyeron mientras los gritos de Filodamo se mezclaban a los chillidos y risas de los romanos, que ya se levantaban para ir en busca de Estratónice.

Por encima del barullo se oyó el estruendo de la llegada de Artemidoro con veinte amigos, que veían impedida la entrada en la casa por la guardia de lictores. El prefecto de la decuria, un tal Cornelio, tenía plena confianza en la capacidad disuasoria de los lictores y no se le había ocurrido que Artemidoro y sus amigos recurriesen a la fuerza para apartarlos de la puerta; y quizá no lo hubieran hecho de no haberse oído los gritos aterradoros del padre escaldado. Fue por eso por lo que los de Lámpsaco irrumpieron en masa, causando pequeñas contusiones a los lictores, pero Cornelio murió desnucado.

Los romanos se dispersaron al entrar Artemidoro con sus amigos en el comedor, porra en mano con ganas de matar, pero Cayo Verres no era cobarde y, apartándolos con desdén, abandonó la casa seguido de Rubrio y los otros funcionarios y se encontró con el lictor muerto en la calle, rodeado

de sus cinco atemorizados compañeros. El embajador les empujó calle abajo, llevando el cadáver desmadejado de Cornelio.

Por entonces ya comenzaba a organizarse un revuelo en la ciudad, y el propio Janitor salió de su casa; el corazón se le encogió al ver lo que traían los romanos, pero les dejó entrar y atrancó prudentemente la puerta. Artemidoro se había quedado para atender las heridas de su padre, pero dos de sus amigos encabezaron a los demás que se dirigieron a la plaza de la ciudad, llamando a los varones por el camino. Los griegos estaban hartos de Cayo Verres, y ni un caluroso discurso disuasorio de Publio Tetio (el colono romano más importante de Lámpsaco) sirvió de nada. Apartaron a Tetio y a su huésped Cayo Terencio y se dirigieron a casa de Janitor dispuestos a vengarse.

Llegados a ella, pidieron que les abrieran, pero Janitor se negó; tras lo cual, embistieron la puerta con un improvisado ariete sin lograr sus propósitos. Y fue entonces cuando decidieron incendiarla. Arrimaron a la puerta leña y troncos, y los prendieron; sólo la llegada de Publio Tetio, Cayo Terencio Varrón y otros colonos romanos impidió la catástrofe, pues con sus insistentes ruegos pudieron calmar a los exaltados, convenciéndoles de que la inmolación de un embajador romano sería peor que la violación de Estratónice. Y así apagaron el fuego (que había comenzado a hacer mella en la parte delantera) y se marcharon todos.

Un hombre menos arrogante que Cayo Verres habría marchado de la indignada ciudad focea a la primera oportunidad, pero Cayo Verres no tenía la menor intención de correr; se sentó tranquilamente y escribió a Cayo Claudio Nerón, gobernador de la provincia de Asia, decidido a no dejarse apabullar por un par de mugrientos griegos asiáticos.

«Exijo que te persones en el acto en Lámpsaco y juzgues a los dos socii Filodamo y Artemidoro por homicidio del primer lictor de un embajador romano», decía la carta.

Pero por muy rápido que llegara la carta a Pérgamo, más rápido llegó el detallado informe que Publio Tetio y Cayo Terencio Varrón cursaron al gobernador.



«No pienso ir a Lámpsaco. Conozco la versión auténtica por mi legado Cayo Terencio Varrón, que es de condición muy superior a la tuya. Es una lástima que no murieras asado. Eres, como tu propio nombre indica, un cerdo», fue la respuesta de Claudio Nerón.

La rabia con que Verres escribió su siguiente misiva dotó de veneno y fuerza a su pluma; ésta era para Dolabela, en Tarso, a donde llegó en siete días, llevada por un soldado aterrado por las amenazas de Verres si no era capaz de matar por obtener caballo de refresco cada pocas horas.

«Sal ahora mismo para Pérgamo a toda velocidad», decía Verres a su superior, prescindiendo de todo formalismo y respeto. «Y lleva a Claudio Nerón a Lámpsaco sin dilación para que juzgue y ejecute a dos socii que asesinaron a mi primer lictor. Si no lo haces hablaré en Roma de ciertos desenfrenos y drogas. Y lo digo en serio, Dolabela. Y dile a Claudio Nerón que si no viene a Lámpsaco y declara culpables a los fellatores griegos, le acusaré también de actos sórdidos. Y haré que los cargos se sustancien, Dolabela, no creas que hablo en broma. Aunque me cueste la vida haré que prosperen los cargos.»

Cuando la noticia de los acontecimientos de Lámpsaco llegó a la corte del rey Nicomedes, el asunto se hallaba en punto muerto: Cayo Verres seguía viviendo en casa de Janitor y andaba tranquilamente por la ciudad, a Janitor le había dicho que comunicase a los ancianos de la ciudad que él se quedaba y que Claudio Nerón vendría de Pérgamo para juzgar al padre y al hijo.

—Ojalá pudiese hacer algo —dijo el preocupado rey a César.

—Lámpsaco pertenece a la provincia de Asia, no a Bitinia —añadió César— y cualquier cosa que hagas habrá de ser de índole diplomática, y no creo que sirviera de ayuda a esos dos pobres socii.

—Cayo Verres es un verdadero buitre, César. A primeros de año saqué los tesoros de todos los templos de la provincia de Asia, y luego robó el Harpista de Aspendos y el manto de oro de la Artemisa de Pergas.

—Para granjearse las simpatías de las provincias —comentó César con desdén.

—Todo corre peligro por donde él pasa... hasta las hijas virtuosas de importantes socii griegos.

—¿Y además, qué hace Verres en Lámpsaco?

—¡Viene a verme, César! —respondió Nicomedes tembloroso—. Trae cartas de presentación para mí y para el rey Sadala de Tracia... el gobernador Dolabela le ha concedido categoría de embajador, pero me imagino que lo que se propone es robar esculturas y pinturas.

—No se atreverá estando yo aquí, Nicomedes —dijo César.

—Eso es lo que iba yo a decir —añadió el rey con el rostro iluminado—. ¿Irías como embajador mío a Lámpsaco para que Cayo Claudio Nerón comprenda que Bitinia se interesa por este asunto? Yo en persona no me atrevo a ir porque parecería una coacción armada, aunque fuese sin escolta militar. Mis tropas están mucho más cerca de Lámpsaco que las de la provincia de Asia.

César vio las dificultades que iba a plantearle el asunto antes de que Nicomedes terminase de hablar. Si iba a Lámpsaco para observar los sucesos en nombre del rey de Bitinia, toda Roma supondría que tenía relaciones íntimas con él. ¿Pero cómo negarse a sus deseos? Era una demanda bien razonable.

—No debe parecer que actúo en tu nombre —replicó muy serio—. La suerte de los dos socii está totalmente en manos del gobernador de la provincia de Asia, al que no agradará la presencia de un privatus romano de veinte años que diga que es enviado oficial del rey de Bitinia.

—Pero es que necesito saber lo que suceda en Lámpsaco de boca de alguien lo bastante distanciado para no exagerar los hechos, y al mismo tiempo lo bastante romano para no ponerse automáticamente del lado de los griegos —protestó Nicomedes.

—No he dicho que no vaya a ir. Iré; pero como un simple privatus romano... alguien que está cerca por casualidad y que acude allí por curiosidad. De ese modo no se verá la mano de Bitinia y podré darte un

informe detallado a mi regreso. Luego, si lo consideras necesario, puedes dirigir una protesta oficial al Senado de Roma y yo testificaré.

César partió al día siguiente por tierra, con la sola compañía de Burgundus y cuatro criados, como si cabalgara sin rumbo fijo. Aunque llevaba una coraza de cuero con la correspondiente faldilla, que era el atavío que usaba para montar a caballo, había empaquetado toga, túnica y zapatos senatoriales, y llevaba al esclavo que le hacía las coronas cívicas con hojas de roble. No quería presentarse en nombre del rey de Bitinia, pero sí iba a hacer ostentación de su persona como romano.

Eran los últimos días de diciembre cuando llegó a Lámpsaco por la misma carretera que Verres, y entró sin que advirtieran su presencia, ya que la ciudad entera se había congregado en el puerto para ver cómo atracaba la considerable flota de Claudio Nerón y Dolabela. Ninguno de los dos gobernadores estaba de buen humor; Dolabela porque se veía inexorablemente en manos de Verres, y Claudio Nerón porque las perturbadoras actividades de Dolabela amenazaban también a su persona. Sus rostros adustos no cobraron precisamente ánimo cuando les informaron que no había alojamiento conveniente, ya que en casa de Janitor seguía Verres y la única otra mansión adecuada de la ciudad era la de Filodamo, el acusado. Publio Tetio solventó el problema haciendo salir a un colega de su establecimiento y ofreciéndoselo a los dos gobernadores.

Cuando Claudio Nerón recibió a Verres (que ya le esperaba en el alojamiento asignado al gobernador), supo que era él quien había de presidir el tribunal y aceptar a Verres como acusación, testigo, miembro del jurado y embajador con categoría prepretoriana inalterada por los acontecimientos.

—¡Absurdo! —exclamó en la entrevista sostenida con Dolabela, Publio Tetio y el legado Cayo Terencio Varrón.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Verres.

—La justicia romana es ejemplar, y lo que tú propones es una farsa. ¡Yo he desempeñado bien mi cargo en la provincia, y, según lo previsto, es muy posible que me reemplace¡¡ en primavera! Y lo mismo puede decirse de tu superior, Cneo Dolabela, aunque no puedo hablar por él —replicó Claudio

Nerón, dirigiendo una mirada a Dolabela que éste eludió—. Pero en lo que a mí atañe, pienso dejar la provincia con fama de haber sido uno de los mejores gobernadores. Y este juicio será seguramente el último importante que presida, por lo cual no voy a consentir que sea una farsa.

El rostro amable de Verres se trocó en pedernal.

—¡Quiero que se les condene rápidamente! —exclamó—. ¡Quiero que esos dos socii griegos sean azotados y decapitados! Han asesinado a un lictor romano en acto de servicio, y si no se les castiga la autoridad de Roma mermará aún más en una provincia que sigue anhelando que la gobierne el rey Mitrídates.

Era un buen argumento, pero no fue la razón por la que Claudio Nerón acabó por ceder; cedió porque no tenía la entereza para resistir cara a cara a Verres. Con excepción de Publio Tetio y su huésped Cayo Terencio Varrón, Verres había logrado ganarse a la colonia romana de Lámpsaco, soliviantándola agriamente en contra de la ciudad: se trataba de una venganza de romanos contra griegos. Claudio Nerón fue incapaz de resistir las presiones.

Entretanto, César había encontrado alojamiento en una modesta posada cercana al puerto. Era tan sucia como pobre, y en ella se hospedaban fundamentalmente marineros, pero era el único lugar que pudo hallar, pues la población sentía animosidad contra los romanos como él. De no haber hecho tanto frío, se hubiera contentado con acampar en algún lugar, y, de no ser por su querida independencia, habría podido encontrar acomodo en casa de algún compatriota, pero se conformó con el puerto. Cuando él y Burgundus fueron a dar un paseo antes de la lamentable cena que preveían les iban a servir, ya los pregoneros iban cantando que el juicio de Filodamo y Artemidoro se celebraría al día siguiente por la mañana en la plaza del mercado.

Llegada la hora, César no se apresuró; quería que todos estuvieran congregados en la plaza cuando él hiciera su espectacular aparición. Efectivamente, su llegada provocó un revuelo: un noble romano, senador y héroe, que nada tenía que ver con los romanos implicados. Ninguno de ellos le conocía de vista para saber de quién se trataba, y tanto más cuanto que

César no vestía la laena y el apex, sino blanca toga con una túnica de franja ancha púrpura de senador en el hombro izquierdo y los zapatos marrones del cargo, y lucía una corona de hojas de roble, por lo que todos los romanos, incluidos los dos gobernadores, hubieron de ponerse en pie y aplaudir.

—Soy Cayo Julio César, sobrino de Lucio Cornelio Sila el dictador —dijo con toda naturalidad a Claudio Nerón, tendiéndole la mano derecha—. Iba de camino, he sabido del juicio y me he llegado por si necesitabas un jurado más.

El nombre hizo que todos supieran de quién se trataba, más por haber sido flamen dialis que por su acción en el sitio de Mitilene; aquellos hombres no estaban en Roma al regreso de Lúculo e ignoraban los detalles del asedio por boca del conquistador. No le aceptaron su propuesta de ser jurado, pero se acomodó en seguida en una silla traída a toda prisa para quien, además de héroe de guerra, era sobrino del dictador por matrimonio.

Se inició el juicio. No faltaban ciudadanos romanos para constituir el jurado, pues Dolabela y Claudio Nerón habían llevado numerosos suboficiales y una cohorte de soldados de Pérgamo, fimbrianos que de inmediato reconocieron a César y le vitorearon; otro de los motivos por los que a ninguno de los dos gobernadores les gustó su presencia en el juicio.

Aunque Verres era quien dirigía la acusación, ejerció de acusador un residente romano, un usurero que necesitaba a los lictores de Claudio Nerón para cobrar a los morosos, y que sabía muy bien que si no aceptaba aquel papel dejaría de contar con los lictores. Todos los griegos de Lámpsaco estaban en la plaza murmurando, lanzando miradas incendiarias y alzando a veces el puño, pero, a pesar de todo, ninguno se arriesgó a defender a Filodamo y Artemidoro, quienes se vieron obligados a efectuar su propia defensa en el marco de un sistema jurídico extranjero.

Era, pensó el impenetrable César, una farsa consumada. Claudio Nerón, el presidente del tribunal, no hizo esfuerzo alguno por dirigir el juicio, permaneció punto en boca y dejó que lo hiciesen Verres y Rubrio; Dolabela formaba parte del jurado y no cesó de hacer comentarios en voz alta a favor de Verres, del mismo modo que el propio Verres, también integrado en el

jurado. Cuando los griegos comprendieron que no iban a dar a los acusados el tiempo debido para hacer su defensa, comenzaron a oírse protestas, pero había quinientos legionarios en la plaza que hubieran podido sofocar fácilmente cualquier disturbio.

Al llegar el momento del veredicto, el jurado pidió una repetición del juicio, como única manera de manifestar su desacuerdo con la forma para no suscitar la ira de Verres.

Y cuando éste oyó que se pedía una repetición, sintió pánico. Si Filodamo y Artemidoro no eran ajusticiados corría peligro de que le acusaran a él en Roma, secundados por una ciudad indignada y posiblemente con un senador romano, héroe de guerra, como testigo, pues estaba convencido de que Cayo Julio César no iba a secundarle; no es que el joven lo hubiese demostrado por miradas o comentarios, pero eso ya significaba de por sí que estaba en contra de él. Y era pariente de Sila, dictador de Roma. Además, podía suceder que Cayo Claudio Nerón recobrase valor si le juzgaban ante un tribunal de Roma, y cualquier alegación que él quisiera hacer sobre la conducta de aquél parecería un intento de denigrar a un testigo importante.

Que Claudio Nerón pensaba aproximadamente eso mismo se hizo evidente cuando anunció que el juicio se aplazaba hasta principios de verano, lo cual significaba que habría un nuevo gobernador en la provincia de Asia y otro también en Cilicia. A pesar de la muerte de un lictor romano, Filodamo y Artemidoro tenían buenas perspectivas de salvar la vida. Y si salvaban la vida, irían a Roma a querellarse contra él, pues, como había dicho Filodamo, dirigiéndose al jurado:

—Los *socii* sabemos que dependemos de Roma y que debemos responder ante el gobernador, sus legados y funcionarios, y a través de él ante el Senado del pueblo de Roma. Si no nos avenimos al gobierno de Roma, sabemos que habrá represalias y que muchos de nosotros padecerán. Pero ¿qué hemos de hacer los súbditos extranjeros de Roma cuando Roma consiente que un hombre de categoría no superior a la de ayudante de gobernador codicie a nuestras hijas y nos las quiera arrebatarse con turbios propósitos? Mi hijo y yo no hemos hecho más que defender a su hermana, a

mi hija, de la maldad. Nadie quiso que muriese un hombre, y no fue un griego quien dio el primer golpe. A mí me escaldaron con agua hirviendo en mi propia casa cuando trataba de impedir que los acompañantes de Cayo Verres causaran dolor y deshonor a mi hija. De no haber sido por la llegada de mi hijo con sus amigos, mi hija habría sido víctima de dolor y deshonor. Cayo Verres no se comportó como un individuo civilizado de un pueblo civilizado. Se comportó como el bárbaro que es.

El veredicto de repetición del juicio, dictaminado por un jurado compuesto exclusivamente por romanos, a quienes durante todo el proceso Dolabela y Verres habían conminado a dar veredicto de culpabilidad, envalentonó al público griego, que despidió a Claudio Nerón y al tribunal con gritos, silbidos, abucheos y gestos de ira.

—Di que se vuelve a celebrar mañana —dijo Verres a Claudio Nerón.

—A principios de verano —replicó Claudio Nerón con voz desmayada.

—No lo hagas si quieres ser cónsul, amigo mío —añadió Verres—. ¡Te hundiré con gran placer, no lo dudes! Lo que le he dicho a Dolabela, te lo digo a ti. Haz lo que te digo o apecha con las consecuencias. Si Filodamo y Artemidoro salvan la vida y me acusan en Roma, tendré que acusaros en Roma a ti y a Dolabela antes de que los griegos puedan llegar allí. Y te aseguro que conseguiré que os condenen por extorsión para que ninguno de los dos podáis testificar contra mí.

El juicio volvió a repetirse al día siguiente. Verres no durmió ocupado como estuvo en sobornar a los miembros del jurado sobornables y en amenazar a los que no lo eran; tampoco durmió Dolabela, obligado a acompañar a Verres.

La faena nocturna inclinó la balanza: por una exigua mayoría, el jurado declaró a Filodamo y Artemidoro culpables de la muerte de un licor romano, y Claudio Nerón ordenó la inmediata aplicación de la pena. Mantenido a distancia por la cohorte de fimbrianos, la población griega contempló impotente cómo desnudaban y azotaban al padre y al hijo. El anciano estaba inconsciente cuando le decapitaron, pero Artemidoro conservó sus sentidos y derramó lágrimas no por su fin o el de su padre, sino por el destino de su pobre hermana.

Cuando todo hubo concluido, César se abrió paso audazmente entre la multitud de Lámpsaco, que lloraba desconsolada sin rencor. No quedaba ningún otro romano; escoltados por los fimbrias, Claudio Nerón y Dolabela estaban ya trasladando sus pertenencias al puerto. Pero César tenía un propósito; no le había costado mucho descubrir quiénes eran los hombres importantes entre la multitud, y con ellos quería hablar.

—Lámpsaco es muy pequeño para iniciar una revuelta —les dijo—, pero os podéis vengar. No juzguéis a todos los romanos por ese grupo deplorable, y contened vuestra ira. Os doy mi palabra de que cuando regrese a Roma llevaré a juicio al gobernador Dolabela e impediré que ese Verres pueda ser elegido pretor. No por obsequios u honores, sino por mi propia satisfacción.

Dicho lo cual, fue a casa de Janitor, pues quería ver a Cayo Verres antes de que se fuera de Lámpsaco.

—¡Vaya, aquí está el héroe! —exclamó, contento al verle entrar, Verres, que estaba ya haciendo el equipaje.

—¿Vas a apoderarte de la hija? —inquirió César, acomodándose en una silla.

—Naturalmente —contestó Verres, asintiendo con la cabeza a un esclavo que le mostraba una estatuilla—. Sí, me gusta; envuélvela. ¿Estás deseando poner los ojos en el motivo de todo este lío, verdad? —inquirió, volviendo la vista hacia César.

—Me consume la curiosidad. Debe de ser más bella que Helena.

—Eso creo.

—¿Será rubia? Yo siempre pensé que Helena debía de ser rubia. El pelo rubio lleva ventaja.

Verres miró la cabellera de César apreciativamente y se llevó una mano a la suya.

—¡Que nos lo digan a nosotros!

—¿A dónde piensas ir desde Lámpsaco, Cayo Verres?

Verres enarcó las leonadas cejas.

—A Nicomedia —contestó.

—Yo no lo haría —añadió César con voz suave.



—¿Por qué no? —preguntó Verres con falsa naturalidad.

César bajó los ojos para mirarse las uñas.

—Dolabela morderá el polvo en cuanto yo regrese a Roma, que será la primavera que viene o la próxima. Yo mismo le acusaré. Y a ti también si no regresas ahora mismo a Cilicia.

César alzó sus ojos azules y los clavó en los color miel de Verres, y ambos permanecieron un momento inmóviles.

—Ya sé a quien me recuerdas. A Sila —dijo finalmente Verres.

—¿Ah sí?

—Por tus ojos. No son tan claros como los de Sila, pero miran igual. Me pregunto si llegarás tan lejos como él.

—Eso está en manos de los dioses. Yo más bien diría que espero que nadie me obligue a ir tan lejos como Sila.

—Bien, César —replicó Verres, encogiéndose de hombros—, como no soy Cayo Mario, no creo que yo te obligue.

—Desde luego que no eres Cayo Mario —respondió César sin alterarse—. El era un gran hombre hasta que perdió el juicio. ¿A dónde vas desde Lámpsaco; lo has pensado?

—A Cilicia con Dolabela —contestó Verres, volviendo a encogerse de hombros.

—Muy prudente. ¿Quieres que envíe a alguien al puerto a que se lo comuniquen a Dolabela? No me gustaría que zarpase y te dejara en tierra.

—Como quieras —contestó Verres, indiferente.

César salió a buscar a Burgundus y le ordenó avisar a Dolabela. Cuando volvía a entrar en el cuarto, Janitor cruzaba el umbral de la puerta de la casa con un bulto.

—¿Es Estratónice? —inquirió Verres, ansioso.

—Sí —contestó Janitor, enjugándose las lágrimas.

—Déjanos a solas con ella, griego.

Janitor salió del cuarto.

—¿Le quito el velo mientras tú la contemplas desde cierta distancia para verla mejor? —inquirió César.

—Prefiero hacerlo yo —contestó Verres, acercándose a la muchacha, que permanecía muda sin hacer un gesto.

La capucha del grueso manto le cubría el rostro y no se la veía. Igual que Mirón, anhelante por ver el resultado de un bronce recién fundido, Verres alzó la capucha con mano temblorosa y se quedó pasmado.

Fue César quien rompió el silencio, echando la cabeza hacia atrás y echándose a reír hasta saltársele las lágrimas.

—No sé por qué me lo imaginaba —dijo cuando pudo hablar, buscándose el pañuelo.

La pobre Estratónice era un cuerpo informe con ojos como rajadas, nariz torcida, un rudimento de orejas, labio leporino y un pelo tiñoso rojizo. Y la desgraciada no debía de tener mucha inteligencia.

Con el rostro congestionado, Verres giró sobre sus talones.

—¡No vayas a perder el barco! —le gritó César—. ¡Lamento tener que divulgar en Roma el final de la historia, Verres!

Nada más salir Verres, César se calmó. Se acercó a aquel ser mudo e inmóvil, recogió la capa del suelo y la envolvió con ella afablemente.

—No temas, muchacha —dijo, sin siquiera saber si entendía—. No te va a pasar nada —hizo una pausa para llamar a Janitor, que apareció en el acto—. Tu lo sabías, ¿verdad, etnarca?

—Sí.

—¿Y por qué, por el Gran Zeus, no dijiste nada? ¡Han muerto en vano!

—Han muerto porque la muerte les pareció más digna —replicó Janitor.

—¿Y qué va a ser ahora de este engendro?

—La cuidarán.

—¿Quiénes lo sabíais?

—Los ancianos de la ciudad.

Sin saber qué replicar, César salió de casa de Janitor y dejó Lámpsaco.

Cayo Verres se apresuró a llegarse al puerto con las piernas temblorosas. ¿Cómo se les ocurriría a aquellos griegos estúpidos guardarla como si fuese Helena de Troya, cuando era una Gorgona?

A Dolabela no le hizo mucha gracia retrasar la salida a causa de las numerosas cajas y arcas que cargó Verres; Claudio Nerón ya había zarpado con sus fimbrianos.

—¡Quin taces! —replicó Verres despectivo cuando su superior le preguntó dónde estaba la bella Estratónice—. ¡La he dejado en Lámpsaco como se merece!

Su superior llevaba cierto tiempo sintiendo la acuciante necesidad de los estimulantes sexuales a que se había acostumbrado, y Verres no tardó en recobrar el favor de Dolabela y se pasó todo el viaje de Lámpsaco a Pérgamo haciendo planes. Volvería a sumir a Dolabela en su estado de obnubilación y agotaría el resto de su mandato en Tarso gastando los fondos oficiales. ¿Así que César pensaba procesarle? Vaya. No le daría esa oportunidad. ¡Se le anticiparía! En cuanto Dolabela regresase a Roma, él buscaría un abogado prestigioso y testificaría para que desterrasen a Dolabela. Así nadie pondría en tela de juicio los libros de cuentas que él presentaría al Erario. Lástima no haber podido ir a Bitinia y a Tracia, pero no podía quejarse.

—Creo que en Mileto hay una lana finísima —dijo a Dolabela, ya lejos de Pérgamo— y alfombras y tapices de calidad extraordinaria. Vamos a hacer escala allí.

—No se me quita de la cabeza que esos dos socii hayan muerto inútilmente —dijo César a Nicomedes y a Oradaltis—. ¿Por qué no enseñarían esa muchacha a Verres? ¿Por qué? ¡No hubiera sucedido nada! ¿Por qué se empeñaron en convertir lo que habría podido ser una comedia, con un Verres burlado, en una tragedia digna de Sófocles?

—Por orgullo sobre todo —contestó Oradaltis con lágrimas en los ojos—. Y tal vez por pundonor.

—Habría sido comprensible si la muchacha hubiese nacido normal, pero desde que vino al mundo debieron de ver cómo era. ¿Por qué no la mostraban? Nadie se lo habría reprochado.

—Los únicos que habrían podido darte una explicación murieron en la plaza de Lámpsaco, César —añadió Nicomedes—. Tendrían sus motivos, al menos el anciano Filodamo. Quizás una promesa a un dios, una decisión de la madre, una expiación... ¿quién sabe? Si todo tuviera explicación no habría misterios en la vida ni se darían tragedias.

—Me entraron ganas de llorar al verla. Y sin embargo estuve riendo a más no poder. Ella no lo entendía, pero Verres sí. Por eso me reí. Él nunca olvidará esas carcajadas y me temerá.

—Me sorprende que no haya venido —dijo el rey.

—No vendrá —contestó César con aire satisfecho—. Cayo Verres ha cogido sus bártulos y se ha marchado a Cilicia.

—¿Cómo es eso?

—Se lo dije yo.

El rey optó por no hacer comentarios.

—Lamentas no haber podido hacer nada por evitar la tragedia.

—Desde luego. Es lastimoso tener que aguantarse viendo cómo unos estúpidos hacen estragos en nombre de Roma. Pero te juro, Nicomedes, que yo jamás actuaré así cuando tenga edad y autoridad.

—No hace falta que lo jures. Te creo.

La conversación había tenido lugar antes de que César se retirase a sus aposentos a calmar los poco habituales estragos del viaje; las tres noches que había pasado en la hospedería del puerto le había despertado una ramera a horcajadas desnuda, y el traidor que anidaba en su ser, privado de dominio y discernimiento por el sueño, había gozado intensamente; y la consecuencia era que había cogido unas buenas ladillas. El descubrirlo le había causado tal horror y asco que desde aquel momento había sido incapaz de comer, y el gran temor a rociar con sustancias extrañas sus genitales le había disuadido de emplear algún remedio al uso. Los repugnantes insectos habían sobrevivido a todos los baños helados que había soportado estoicamente en el camino de Lámpsaco a Nicomedia, y durante su charla con el anciano rey no había dejado de sentir aquel tormento en el vello.

Ya no podía más; apretando puños y dientes se puso de pronto en pie.

—Te ruego me excuses, Nicomedes. Tengo que eliminar unos incómodos bichitos —dijo con la mayor naturalidad posible.

—¿Te refieres a ladillas? —inquirió el monarca, al que pocas cosas se le escapaban y podía hablar sin trabas, pues ya hacía un rato que Oradaltis se había marchado con el perro.

—¡Me están volviendo loco estos bichos asquerosos!

Nicomedes salió del salón con él.

—Sólo hay un medio para evitar cogerlas cuando se va de viaje —dijo el rey—. Es doloroso, sobre todo la primera vez, pero es eficaz.

—Andaría sobre ascuas si fuera preciso. Dime qué es, pienso hacerlo —dijo César con decisión.

—¡Pero en tu curiosa sociedad te tacharán de afeminado! —añadió aviesamente Nicomedes.

—Cualquier cosa mejor que esta plaga. ¡Dímelo!

—Depilarte todo el cuerpo, César. En los sobacos, en la ingle, y en el pecho, si tienes. Si te parece, te enviaré al que nos lo hace a mí y a Oradaltis.

—¡Cuanto antes mejor! —dijo César, llevándose la mano a la cabeza—. ¿Y el cabello?

—¿También tienes bichitos?

—No creo, pero me pica por todas partes.

—Son insectos distintos que no se cogen en la cama. No creo que los tengas, dado lo alto que eres. No pueden trepar y sólo pasan de un individuo a otro que sea de igual estatura o más bajo —dijo Nicomedes echándose a reír—. Te los podría pasar Burgundus como mucho. A no ser que las rameras de Lámpsaco durmieran con la cabeza arrimada a la tuya.

—¡Las rameras de Lámpsaco me acosaron durante el sueño, pero puedo asegurarte que no me anduve con finuras!

César daría muchas veces gracias en años venideros por aquella curiosa conversación. Si depilarse el cuerpo servía para eliminar aquel horror, se depilaría; ¡vaya si se depilaría!

El esclavo que Nicomedes le envió era un experto; en otras circunstancias César no le habría permitido realizar una tarea tan íntima,

porque era un maricón redomado, pero no le quedó más remedio que ponerse en sus manos.

—Os quitaré unas cuantas cada día —dijo el relamido Demetrio.

—Me las quitas todas hoy —replicó César con cara de pocos amigos—. He ahogado cuantas he podido bañándome, pero debe ser que los huevos se quedan pegados y por eso no desaparecen. ¡Puaf!

—¡Eso es imposible! —chilló Demetrio espantado—. ¡Aun haciéndolo yo es dolorosísimo!

—Todo hoy —repitió César.

Y Demetrio fue haciendo su labor con César desnudo, sin mostrar angustia alguna. Tenía autodisciplina y gran valor, y habría preferido morir antes que encogerse, gemir, llorar o dar muestras de acobardamiento. Cuando el tormento dio fin y había transcurrido un tiempo que disipó el dolor, se sintió como nunca. Además, le gustaba la imagen de su cuerpo depilado en el espejo de plata que el rey Nicomedes había mandado instalar en el cuarto de su huésped de honor. Esbelto y sin tacha. Desnudez absoluta. E incluso más masculino. ¡Qué extraño!

Como quien ha recobrado la libertad, se dirigió aquella noche al comedor sintiendo un nuevo placer que se reflejaba claramente en su rostro y en la mirada. El rey Nicomedes le miró y contuvo un grito, y César le guiñó un ojo.

Diecisiete meses estuvo en Bitinia y alrededores; una temporada idílica que habría de recordar como la mejor de su vida hasta que a los cincuenta y tres años viviese otra mejor. Fue a Troya a rendir homenaje a su antepasado Eneas, estuvo varias veces en Pesino, volvió a Bizancio y a casi todas partes, excepto Pérgamo y Tarso, en donde a Claudio Nerón y a Dolabela les habían prorrogado el mandato.

Aparte de su amistad con Nicomedes y Oradaltis, una experiencia muy satisfactoria, la mejor alegría de aquella época fue la visita que hizo a un hombre al que apenas recordaba: Publio Rutilio Rufo, tío-abuelo materno.

Rutilio Rufo había nacido el mismo año que Cayo Mario y tenía setenta y nueve años, y en Esmirna estaba hacía muchos de honorable exiliado; seguía tan activo como un hombre de cincuenta años, con el mismo ánimo que un muchacho, una mente tan aguda como siempre y un sentido del humor tan fino y desarrollado como el de su amigo y colega Marco Emilio Escauro, príncipe del Senado.

—Los he sobrevivido a casi todos —dijo Rutilio Rufo con gozosa satisfacción después de haber contemplado y aprobado mentalmente el buen aspecto de su nieto-sobrino.

—¿Y no te da pesar, tío?

—¿Por qué? En todo caso, me alegra. Sila no cesa de escribirme pidiéndome que vuelva a Roma, y me envía a todos los gobernadores y funcionarios que viajan por aquí a que me lo supliquen en su nombre.

—Y tú no piensas ir.

—No. Me gusta vestir la chlamys griega y estas sandalias más que la toga, y tengo más fama aquí en Esmirna que en Roma, una ciudad ingrata y salvaje, joven César, ¡cómo te pareces a Aurelia! ¿Cómo se encuentra mi perla hallada en el barro de Ostia?... Yo siempre la llamaba así. ¿Así que ha enviudado, eh? Lástima. Fui yo quien hizo que se casara con tu padre, ¿sabes? Y por si no lo sabes, yo impuse que Marco Antonio Cnifo fuese tu tutor cuando aún estabas en pañales. Decían que eras un prodigio y aquí estás, con veintiún años, dos veces senador y el héroe máspreciado de Sila. ¡Bien, bien!

—Yo no diría que soy su héroe máspreciado —replicó César sonriente.

—¡Sí, sí que lo eres! ¡Me consta! Yo aquí, en Esmirna, me entero de todo. Y Sila me escribe. Siempre me ha escrito. Y cuando estaba arreglando los asuntos de la provincia de Asia me visitó varias veces... Yo le sugerí el método organizativo, basado en el programa que Escauro y yo desarrollamos hace años. Lástima que esté enfermo. Pero no parece que la enfermedad le haya impedido meter a Roma en vereda.

Rutilio Rufo prosiguió en el mismo tono la conversación durante varios días, saltando de un tema a otro con la alegre ligereza de un buen hablador y la decisión de un empedernido chismoso; era un pájaro inquieto al que los

años no habían desplumado ni arrebatado el arte de trinar. Su tema preferido era Aurelia, y César aportaba detalles que él ignoraba con gran afecto y muy escogidas palabras, enterándose, a su vez, de muchas cosas de su madre que él ignoraba. Sin embargo, de su relación con Sila poco tenía Rutilio Rufo que contar, y no quería hacer cábalas, aunque si hizo reír a César relatándole el dilema que se les había planteado al no saber cuál de sus sobrinas había dado a luz a un niño pelirrojo.

—Cayo Mario y Julia estaban convencidos de que se trataba de Aurelia y Sila, pero fue Livia Drusa, claro, con Marco Catón.

—Es cierto; tu esposa era una Livia.

—Y la mayor de mis dos hermanas era la esposa de Cepio el cónsul, el que robó el oro de Tolosa. Tú eres pariente de los Servilios Cepiones, jovencito.

—A esa familia no la conozco.

—Una gente aburrida a la que la sangre de los Rutilios no ha podido influir. Cuéntame eso del flaminado que te impuso Cayo Mario.

César, que pretendía quedarse unos días en Esmirna, acabó pasando allí dos meses. Había tantas cosas que Rutilio Rufo quería saber y tantas cosas que el anciano tenía que contar... Cuando se despidió de él, a César se le saltaron las lágrimas.

—Nunca te olvidaré, tío Publio.

—¡Tienes que volver! Y no te olvides de escribirme, César. De todos los placeres que la vida conserva para mí, ninguno como una correspondencia sincera con un hombre culto.

Pero todo lo idílico tiene fin, y César llegó a una conclusión al recibir en Nicomedia una carta de Tarso, en abril del año en que murió Sila.

—Publio Servilio Vatia, que fue cónsul el año pasado, ha sido enviado de gobernador a Cilicia —dijo a los reyes de Bitinia—, y requiere mis servicios como segundo legado... Por lo visto me ha recomendado Sila personalmente.

—Pero no tienes por qué ir —dijo Oradaltis, apremiante.



—Ningún romano está obligado a hacer nada —replicó César sonriente—, desde el más bajo hasta el más alto. El servicio en cualquier institución es voluntario, pero hay ciertas consideraciones que influyen sobre nuestras decisiones, y el servicio es como una obligación. Si quiero tener una carrera política debo servir en seis campañas; aunque yo pretendo servir en diez. Nadie podrá nunca acusarme de haber eludido nuestras leyes.

—¡Pero tú ya eres senador!

—Sólo por mi carrera militar, lo que a su vez significa que debo continuarla.

—Entonces es cierto que te marchas —dijo el rey.

—Inmediatamente.

—Te procuraré un barco.

—No. Iré a caballo por las Puertas de Cilicia.

—Pues te daré una carta de presentación para el rey Ariobarzanes de Capadocia.

En el palacio comenzó el ajetreo entre lloriqueos del perro; el pobre Sila se daba cuenta de que César estaba a punto de marchar.

Y una vez más César se comprometió a volver. Los dos ancianos no le dieron tregua hasta arrancarle la promesa, y luego le desarmaron regalándole a Demetrio el depilador.

No obstante, antes de partir César volvió a intentar convencer al rey Nicomedes de que lo mejor para Bitinia era convertirse en provincia romana cuando él muriera.

—Me lo pensaré —fue cuanto Nicomedes dijo.

César abrigaba ya pocas esperanzas de que el anciano rey testara a favor de Roma; los acontecimientos de Lámpsaco estaban demasiado recientes en la mente de los no romanos y no se le podía reprochar que no le sedujese la idea de legar su reino a compatriotas de Cayo Verres.

El mayordomo Eutico fue devuelto a Aurelia en Roma, y César viajó con cinco criados (incluido Demetrio el depilador) y Burgundus, y viajó deprisa. Cruzó el río Sangario y fue a Ancira, la mayor ciudad de Galacia, y

allí conoció a un hombre muy interesante, un tal Deiotaro, caudillo de los tolistobogii.

—Casi todos somos muy jóvenes —dijo el hombre—. El rey Mitrídates exterminó a todos los notables gálatas hace veinte años y no quedaron jefes. En cualquier otro país esto habría supuesto la desintegración del pueblo, pero los gálatas siempre hemos sido una confederación no muy coherente, y hemos resistido hasta que los hijos de los notables se han hecho mayores.

—Mitrídates no volverá a haceros caer en la trampa —dijo César, que estaba convencido de que aquel galo era tan astuto como él inteligente.

—No, mientras yo esté —contestó Deiotaro sin vacilar—. Yo he tenido al menos la ventaja de vivir tres años en Roma y sé más que mi padre, que murió en aquella matanza.

—Mitrídates volverá a intentarlo.

—No lo dudo.

—¿Tan seguro estás?

—¡Claro! Él es aún un hombre vigoroso con muchos años de reinado por delante, pero parece incapaz de darse cuenta de algo de lo que yo estoy seguro: que Roma vencerá al final. Y yo prefiero estar en la posición de amigo y aliado de Roma.

—Bien dicho, Deiotaro.

César continuó el viaje hasta el río Halis, siguiendo su moroso curso rojo hasta el imponente monte Argeo; de allí a Eusebia Mazaca no había más que cuarenta millas cruzando la amplia depresión del valle del Halis. Recordaba, naturalmente, las numerosas anécdotas que le había contado Cayo Mario de aquel país, sobre la preciosa ciudad pintada al pie del extinto volcán, el palacio azul y de su entrevista con el rey Mitrídates del Ponto. Pero ahora Mitrídates se había retirado a Sinope, y el rey Ariobarzanes se sostenía bien que mal en el trono de Capadocia.

Bien que mal, se dijo César después de entrevistarse con él. Por el motivo que fuese los reyes de Capadocia habían sido todos débiles, del mismo modo que los del Ponto habían sido fuertes. Y Ariobarzanes no era una excepción a la regla. Tenía verdadero pavor a Mitrídates, y mostró a

César cómo el rey del Ponto había saqueado todas las obras de arte y objetos valiosos de su palacio, hasta el último clavo de oro.

—De todos modos —replicó César al intimidado monarca, un hombrecillo con cierto aire sirio—, la pérdida de doscientos mil soldados en el Cáucaso impedirá que Mitrídates pueda volver en muchos años. Ningún ejército puede permitirse una pérdida así, y más aún tratándose de soldados bien entrenados y veteranos de una buena campaña. Porque lo eran, ¿no es cierto?

—Sí. Habían reconquistado Cimeria y las riberas norte del mar Euxino el verano anterior.

—Buena campaña, tengo entendido.

—Ya lo creo. Dejó a su hijo Macares de sátrapa en Panticapea, y creo que su principal cometido es reunir un ejército para el padre.

—El prefiere soldados escitas o roxolanos.

—Son mejores que los mercenarios, desde luego; es una lástima que los pueblos de Ponto y Capadocia no den buenos soldados. Yo estoy obligado a contar con mercenarios sirios o judíos, pero Mitrídates ha dispuesto de hordas de bárbaros belicosos desde hace casi treinta años.

—¿Y no tienes ejército en este momento?

—En este momento no lo necesito —contestó Ariobarzanes.

—¿Y si Mitrídates invade de pronto el país?

—Volveré a perder el trono. Cayo Julio, Capadocia es muy pobre y no puede permitirse el lujo de un ejército permanente.

—Tienes otro enemigo: el rey Tigranes.

—¡No me lo recuerdes! —exclamó Ariobarzanes con gesto de contrariedad—. Sus triunfos en Siria me han privado de mis mejores soldados, porque los judíos permanecen en su país para ofrecerle resistencia.

—¿Y no crees que deberías vigilar tanto el Éufrates como el Halis?

—No hay dinero —contestó el rey obstinadamente.

Mientras se alejaba, César iba meneando la cabeza. ¿Qué podía hacerse con el soberano de un país que se daba por vencido antes de que hubiera guerra? El reparó en seguida en muchas de las ventajas naturales que

podían beneficiar sobremanera a Ariobarzanes para caer por sorpresa sobre el invasor, pues era un terreno lleno de montañas de cumbres nevadas o surcado por extraños barrancos, como le había explicado Cayo Mario. Un terreno fantástico, desde el punto de vista militar y como paisaje, pero al cual, sin embargo, aquel rey no concedía más que el interés de ser la vivienda natural de sus trogloditas.

—¿Qué me dices ahora que has visto mucho más mundo, Burgundus?  
—preguntó César a su gigantesco liberto mientras cruzaban las profundas gargantas de las Puertas de Cilicia entre imponentes pinos y rumorosas cascadas.

—Que Roma y Bovillae, Cardixa y mis hijos son más estupendos que ninguna catarata o montaña.

—¿Prefieres volver a casa, amigo mío? Te enviaré encantado —añadió César.

—No, César, me quedo —replicó Burgundus, meneando enfáticamente su rubia cabeza—. Cardixa me mataría si le sucediera algo.

—¡Nada va a sucederme!

—Prueba a decírselo tú.

Publio Servilio Vatia estaba tan cómodamente instalado en el palacio del gobernador de Tarso, cuando llegó César a finales de abril, que parecía haber vivido en él desde siempre.

—Estamos contentísimos con él —comentó Morsimo, capitán de la guardia cilicia del gobernador y etnarca de Tarso.

Cabello encanecido por los veinte años transcurridos desde que había acompañado a Cayo Mario a Capadocia, Morsimo había recibido a César, por quien sentía mayor lealtad que hacia ningún gobernador, pues era sobrino de sus dos ídolos: Cayo Mario y Lucio Cornelio Sila. Haría cuanto estuviera en su mano por ayudar al joven.

—Tengo entendido que Cilicia padeció mucho bajo el mandato de Dolabela y Verres —dijo César.

—Ha sido terrible. Verres sólo se dedicaba a la usura y a la extorsión; además del pillaje de las mejores obras de arte de los templos.

—En cuanto llegue a Roma presentaré una acusación contra los dos, así que tendrás que ayudarme a reunir pruebas.

—Seguramente cuando llegues a Roma Dolabela ya estará desterrado —contestó Morsimo—. El gobernador ha tenido noticias de Roma de que el hijo de Marco Emilio Escauro y la señora Dalmática están instruyendo proceso contra Dolabela, y que Cayo Verres se está cubriendo de gloria facilitando pruebas al joven Escauro, y que él mismo piensa testificar en el juicio.

—¡Astuto fellator! Eso significa que nada podré contra él. Aunque, en definitiva, poco importa quien acuse a Dolabela con tal de que reciba su merecido. Si lamento no ser yo es porque llego tarde a la actividad jurídica por culpa de mi sacerdocio, y un triunfo contra Dolabela y Verres me habría hecho famoso. ¿Atacará Vatia al rey Tigranes? —inquirió tras una pausa.

—No creo. Ha venido con la encomienda concreta de exterminar a los piratas.

Afirmación que el propio Vatia confirmó a César en una audiencia. Coetáneo de Metelo Pío el Meneitos (que además era su primo más allegado), Vatia tenía cincuenta años. En principio la idea de Sila era nombrarle cónsul con Cneo Octavio Ruso, pero Cinna le había derrotado en aquellas elecciones, y Vatia, igual que Metelo Pío, había tenido que aguardar mucho tiempo para el consulado que por nacimiento le correspondía. La recompensa por su inquebrantable lealtad a Sila había sido el gobierno de Cilicia; provincia que él había preferido a Macedonia, a la que había sido destinado su colega del consulado, Apio Claudio Pulcro.

—Que no llegó a Macedonia —dijo Vatia a César—. Cayó enfermo en Tarento y regresó a Roma. Afortunadamente, esto sucedió antes de que Dolabela el viejo hubiera abandonado Macedonia y le han pedido que continúe en el cargo hasta que Apio Claudio se restablezca y pueda reemplazarle.

—¿Y qué enfermedad le aqueja?

—Debe ser un mal que le viene de antes; ya no estaba bien durante el consulado y jamás conseguí animarle. Pero está tan empobrecido que tendrá que aceptar ese cargo, porque si no no podrá rehacer su fortuna.

César frunció el ceño, pero no dijo nada. Pensaba en las limitaciones propias de un sistema que virtualmente obligaba al que era nombrado gobernador de una provincia a seguir una carrera oficial delictiva; la tradición consagraba la venta de derechos de ciudadanía, contratos, exenciones de impuestos, ingresos que iban a engrosar la bolsa del gobernador; Senado y Erario sancionaban oficiosamente la costumbre para reducir gastos estatales, por eso era tan difícil encontrar un jurado de senadores que condenase por extorsión a un gobernador. No era de extrañar que las provincias expoliadas constituyeran una constante fuente de rencor hacia Roma.

—Tengo entendido que vamos a emprender la guerra contra los piratas, Publio Servilio —dijo César.

—Exacto —contestó el gobernador, en medio de montones de papeles; era evidente que le complacía la parte administrativa del cargo, aunque no era un hombre codicioso que necesitase aumentar su fortuna con extorsiones, y menos cuando, al emprender la guerra contra los piratas, le correspondería legalmente una buena parte del botín—. Desgraciadamente —prosiguió Vatia—, tendré que retrasar la campaña por la penuria a que ha quedado reducida la provincia por la actuación de mi antecesor en el cargo. Todo este año tendré que dedicarlo a asuntos internos.

—¿Y a mí me necesitas? —inquirió César, demasiado joven para atraerle la idea de hacer carrera militar detrás de un escritorio.

—Te necesito —contestó Vatia enérgico—. Te encargarás de reunir una escuadra.

—En eso tengo cierta experiencia —dijo César haciendo una mueca.

—Lo sé. Por eso te hice llamar. Tiene que ser una escuadra de categoría, y numerosa para poder dividirla en flotillas en caso necesario. Ya han pasado los días en que los piratas andaban por esos mares en pequeños hemiolai y myoparones; actualmente hacen sus incursiones en trirremes y birremes cubiertas, ¡y hasta en quinquerremes!, y atacan reunidos en flotas

al mando de almirantes... strategoi los llaman. Surcan los mares como auténticas escuadras con naos capitanas pintadas de oro y púrpura, y viven como reyes en sus guaridas, en las que tienen esclavizados a numerosos hombres libres para su servicio. Además de contar con arsenales y darse los mismos lujos y más que un romano rico. Lucio Cornelio se preocupó de que el Senado comprendiese por qué me enviaba a un lugar tan alejado y poco importante como Cilicia, pues aquí es donde los piratas tienen sus principales guaridas y es por donde debemos iniciar la limpieza.

—Podría ir a descubrir sus principales reductos; estoy seguro de que podría hacerlo tan bien como reunir una escuadra.

—No es necesario, César. Ya sabemos dónde están los principales refugios. Uno bien conocido es Coracesium, aunque cuenta con tan buenas defensas naturales y tanta guarnición que no sé si yo u otro podremos tomarla. Voy a comenzar por el extremo más lejano de la provincia, por Panfilia y Licia. Hay un rey pirata llamado Zenicetes que domina todo el golfo de Panfilia. Será el primero sobre el que caiga la ira de Roma.

—¿El año que viene? —inquirió César.

—Probablemente —contestó Vatia —, aunque no será hasta finales del verano. No puedo iniciar la guerra contra los piratas sin tener todas las cosas en orden en Cilicia y contar con fuerza naval y militar suficiente para vencer.

—Te prorrogarán el cargo varios años.

—El dictador y el Senado me han garantizado que no me apremiarán y que dispondré de los años que sean precisos. Lucio Cornelio ya se ha retirado, desde luego, pero no creo que el Senado le desobedezca.

Y César se puso en camino para reunir una escuadra, pero sin entusiasmo, porque iba a tardar más de un año en entrar en acción, y, por lo que se figuraba del carácter de Vatia, cuando se iniciara la guerra, el gobernador no iba a tener la rapidez e iniciativa que requería tal campaña. A pesar de que César no sentía estima por Lúculo, no le cabía la menor duda

de que el segundo general que le había caído en suerte no tenía ni punto de comparación con el primero.

No obstante, era una ocasión más para viajar y eso le compensaba. La potencia naval sin rival en el extremo oriental del Mediterráneo era Rodas; y a Rodas se encaminó César en mayo. La isla siempre había sido leal a Roma (resistiendo con éxito a Mitrídates nueve años antes), y se podía contar con ella para la obtención de barcos, capitanes y tripulaciones para la campaña de Vatia, aunque no con tropas navales, pues los rodios no abordaban barcos enemigos combatiendo como en tierra.

Afortunadamente, Cayo Verres no había tenido tiempo de hacer una visita a Rodas, y por ello César fue bien recibido en la isla y con buena disposición para las negociaciones por parte de los dirigentes. En esencia se trató de si Roma iba a pagar a Rodas por su intervención; hueso duro de roer, pues Vatia era partidario de que ninguna de las ciudades, islas y comunidades aliadas que proporcionaran barcos recibiera pago en metálico, y dando opción a que se resarcieran con lo que se obtuviera del botín capturado a los piratas, para que su contribución a la empresa fuese gratuita. Y César tenía que negociar siguiendo esa pauta.

—Miradlo de este modo —dijo para persuadirles—. El éxito de la empresa supone un gran botín y el fin de las incursiones. Roma no puede pagaros, pero participaréis del botín y así os cobráis y obtenéis beneficio. Rodas es amiga y aliada del pueblo romano. ¿Por qué vais a arriesgaros a perder tal condición? Las alternativas son: participar o no participar. A vosotros toca decidir.

Rodas cedió y César obtuvo la promesa de tener los barcos para el verano del año siguiente.

De Rodas fue a Chipre, sin saber que en el barco con el que se cruzó en la bocana al salir del puerto llegaba un notable romano: nada menos que Marco Tulio Cicerón, gastado por un año de matrimonio con Terencia y las delicadas negociaciones que acababa de concluir con éxito en Atenas, por las que su hermano menor, Quinto, contraía matrimonio con la hermana de Tito Pomponio Atico. De la unión de Cicerón había nacido una hija, Tulia, y él se había ido de Roma seguro de que su esposa quedaba muy ocupada



cuidando de la niña. En Rodas vivía el más famoso maestro de retórica, Apolonio Molon, y a su escuela se dirigía Cicerón; necesitaba un año de vacaciones, lejos de los tribunales de Roma y de Terencia. Había perdido la voz, y Apolonio Molon era famoso por propugnar que el aparato vocal y físico de un orador había de ser equiparable a su capacidad mental. Aunque detestaba viajar y temía que la ausencia de Roma malograra su carrera jurídica, Cicerón ansiaba aquel exilio voluntario lejos de sus amigos y de casa. Quería descansar.

Para César no habría descanso, y su temperamento también se lo impedía. Desembarcó en Pafos, capital del regente de Chipre, Ptolomeo, hermano menor del nuevo rey de Egipto, Ptolomeo Auletes.

Ptolomeo de Chipre era un perdido que había residido mucho tiempo en las cortes de Mitrídates y Tigranes, y ya desde el primer momento de su entrevista con César se evidenció que no entendía nada ni le interesaba entenderlo. No parecía tener instrucción alguna, y sus latentes preferencias sexuales se habían puesto de manifiesto en cuanto abandonó la tutoría de aquellos reyes, por lo que el ambiente en su palacio era muy parecido al de la corte de Nicomedes, con la salvedad de que Ptolomeo era una persona muy distinta.

Bien le habían juzgado los alejandrinos nada más llegar con su hermano mayor y sus respectivas esposas, y por eso, aunque no se habían opuesto a su nombramiento de regente de Chipre, sí habían impuesto la presencia en la isla de un buen equipo de burócratas.

César descubrió que eran aquellos hombres quienes realmente gobernaban Chipre por cuenta de Egipto.

Tras rechazar sutilmente las proposiciones eróticas de Ptolomeo, César consagró sus energías a los burócratas alejandrinos. No eran personas fáciles para la negociación, pues no sentían estima por Roma, no veían el lugar de Chipre en la campaña de Vatia y estaban a todas luces resentidos porque Vatia hubiese enviado un legado de veintiún años para entablar las negociaciones.

—Que yo sea joven —dijo César altivamente— no tiene nada que ver. Soy un héroe condecorado, senador a una edad en que aún no se accede al

Senado, y soy el ayudante militar de Publio Servilio Vatia. ¡Podéis consideraros afortunados de que me haya dignado venir a la isla!

La admonición no cayó en saco roto, pero los burócratas no cambiaron de actitud, y a pesar de que César argumentó como un buen político, no pudo llegar a un acuerdo con ellos.

—A Chipre también le afecta la piratería. ¿No veis que la piratería sólo puede erradicarse si todos los que la sufren se unen para la empresa? La escuadra de Publio Servilio Vatia tiene que ser poderosa para actuar a modo de red que acose a los piratas en algún sitio del que no puedan escapar. Obtendremos un enorme botín y Chipre tendrá acceso a los mercados del Mediterráneo. Bien sabéis que actualmente los piratas de Panfilia y Cilicia os lo impiden.

—Chipre no necesita tener acceso a los mercados del Mediterráneo —dijo el jefe de los alejandrinos—. Todo lo que Chipre produce va a parar a Egipto, y en los mares entre Chipre y Egipto no consentimos que haya piratas.

Una segunda entrevista tuvo lugar con el regente Ptolomeo. Sin embargo, esta vez César tuvo suerte. Acompañaba a Ptolomeo su esposa Nisa, hija de Mitrídates. Si César hubiese conocido la fisonomía de los mitridáticos, hubiera reconocido en la joven a un auténtico miembro del linaje: grande, rubia y de ojos dorados verdosos. Ese colorido y su voluptuosidad eran su principal atractivo, más que una auténtica belleza, pero a César le resultó atractiva de inmediato; y ella demostró ser sensible al encanto de César. Y cuando la absurda entrevista con Ptolomeo dio fin, fue ella quien acompañó del brazo al huésped de su marido a mostrarle el lugar en que la diosa Afrodita había surgido del mar para sembrar en tierra su divino desorden.

—Era mi bisabuela, treinta y nueve generaciones atrás —comentó César, acodado en la balaustrada de mármol que marcaba en la orilla el lugar del nacimiento de la diosa.

—¿Quién? ¿Afrodita? ¡No es posible!

—Claro que sí. Yo desciendo de su hijo Eneas.

—¿Ah, sí?

Aquellos ojos dorados y ligeramente protuberantes le escrutaron como buscando algún indicio de su asombroso y augusto linaje.

—Ciertamente, princesa.

—Entonces perteneces al Amor —dijo con un mohín la hija de Mitrídates, pasándole suavemente un dedo por el bronceado antebrazo.

El contacto hizo su efecto, aunque César no lo demostró.

—Nunca me lo habían dicho de esa manera, princesa, pero tiene lógica —replicó él sonriente, mirando el glorioso horizonte en que se juntaba el zafiro del mar con el turquesa del cielo.

—¡Claro que eres del Amor teniendo tal antepasada!

Él volvió la cabeza para mirarla y se encontró con sus ojos al mismo nivel, dado lo alta que era.

—Es notable —dijo con voz suave— que el mar produzca tanta espuma en este lugar y no en el resto de la orilla; aunque no entiendo la razón. ¿No ves? —añadió mirando a derecha e izquierda—. Más allá de la balaustrada no hay espuma.

—Se dice que ella la dejó aquí para siempre.

—Entonces es que las burbujas son su esencia —dijo él, despojándose de la toga y desabrochándose los zapatos senatoriales—. Tengo que bañarme en su esencia, princesa.

—Si no fueses descendiente te prevendría —dijo la princesa mirándole.

—¿Prohíbe la religión bañarse aquí?

—No está prohibido, pero no es prudente. Tu augusta antepasada ha castigado a algunos bañistas con la muerte.

Regresó indemne del chapuzón y vio que ella había extendido el vestido sobre las ásperas hierbas de la orilla y le esperaba tendida. En el reverso de la mano le quedaba una burbuja, y él se agachó para hacerla estallar sobre su liso y virginal ombligo; ella rió y se sobresaltó presa de un temblor incontrolable.

—Quemado por Venus —dijo él tumbándose a su lado, húmedo y estimulado por la misteriosa espuma. Acababa de ser ungido por Venus, que además había dispuesto entregarle a aquella magnífica mujer, hija de un

gran rey y sólo suya, como descubrió al penetrarla. Amor y poder: la combinación suprema.

—Quemada por Venus —dijo ella, estirándose como una enorme gata dorada.

—Conoces el nombre romano de Afrodita —dijo el descendiente de la diosa, como sumido en una burbuja de felicidad.

—Roma llega muy lejos.

La burbuja se desinfló, pero no por lo que ella acababa de decir, sino porque había concluido el mágico momento.

César se puso en pie; no le gustaba permanecer echado una vez consumado el amor.

—Bien, Nisa, hija de Mitrídates, ¿usarás de tu influencia para ayudarme a conseguir esa escuadra? —inquirió él, aunque sin explicarle por qué su petición le causaba cierta risa.

—Qué hermoso eres —dijo ella, apoyada en el codo, mirándole—. Sin nada de vello; como un dios.

—Igual que tú.

—Todas las mujeres de la corte vamos depiladas, César.

—¿Los hombres no?

—¡No, duele bastante!

Él se echó a reír. Se puso la túnica, se ató los zapatos y comenzó el laborioso engorro de hacerse los pliegues de la toga sin ayuda.

—¡Vamos, mujer, arriba! —dijo alegremente—. Hay que conseguir una escuadra y convencer a tu esposo de que lo único que hemos hecho es contemplar la espuma del mar.

—¡Ah, él! —exclamó ella, comenzando a vestirse—. Le da igual lo que hayamos hecho. Habrás notado que era virgen.

—Indudablemente.

Sus ojos verde-dorados se iluminaron.

—Creo que de no ser por mis influencias para ayudarte a conseguir la escuadra ni me habrías mirado.

—Tengo que rebatir lo que dices —replicó él muy tranquilo—. En cierta ocasión se me acusó de hacer lo mismo para conseguir otra escuadra, y lo

que dije entonces sigue siendo cierto: preferiría atravesarme con mi espada que recurrir a trucos de mujer para conseguir mis fines. Pero tú, encantadora princesa, has sido un regalo de la diosa, que es algo muy distinto.

—¿No te has ofendido?

—En absoluto, aunque por tu sensibilidad te lo haya parecido. ¿Has heredado el buen sentido de tu padre?

—Quizás él es listo, pero también tonto.

—¿En qué?

—Por su torpeza en no saber escuchar los consejos que le dan — contestó ella, dando media vuelta para dirigirse a palacio—. César, me alegro mucho de que hayas venido a Pafos. Estaba harta de ser virgen.

—Pues lo eras. ¿Por qué te has unido precisamente a mí?

—Tú eres descendiente de Afrodita, y por lo tanto más que un simple mortal. ¡Yo soy hija de rey y no puedo entregarme a un hombre cualquiera!

—Es un honor para mi.

Las negociaciones de la escuadra se prolongaron bastante sin que César lo lamentase. Cada día, él y la aburrida esposa de Ptolomeo iban de excursión al lugar de nacimiento de Afrodita, y él se bañaba en la esencia de la diosa antes de consumir parte de la suya en la entusiasmada esposa de Ptolomeo. Era evidente que los burócratas alejandrinos sentían mayor respeto por Nisa que por su esposo, cosa que algo debía de tener que ver con el hecho de que el rey Tigranes estaba enfrente de la isla, en Siria. Egipto quedaba lejos y no corría peligro, pero Chipre era otra cosa.

Se despidió de la hija de Mitrídates amigablemente y con una añoranza que le duró bastante. Aparte del placer físico, había descubierto que le gustaba y admiraba su seguridad congénita, su convicción de ser igual a cualquier hombre por ser hija de un gran rey. No es que despreciase a las mujeres romanas, pensó César, pero una romana no era en absoluto igual que un hombre. Antes de dejar Pafos regaló a Nisa un exquisito camafeo

con la imagen en relieve de la diosa, a pesar de que le resultó muy onerosa la piedra en que estaba labrado.

Ella, que debió de imaginárselo, se lo agradeció muchísimo y escribió a su hermana mayor en Alejandría:

*Supongo que no volveré a verle. No es la clase de hombre que va a cualquier sitio o hace cosas sin un buen propósito, y me refiero a propósitos de hombre. Creo que me ha amado algo, pero eso no le hará volver a Chipre. No existe la mujer que pueda disuadirle de lo que se proponga.*

*Nunca había conocido a un romano, aunque creo que en Alejandría se ven muchos y tú debes de conocer bastantes. ¿Será distinto porque es romano? ¿O porque es el único? Tal vez tú puedas explicármelo, aunque creo que sé lo que vas a contestarme.*

*Lo que más me gustó de él es su tenacidad, y su tranquilidad nada fingida. Sí, reconozco que consiguió la flota con mi ayuda. ¡Ya sé que se valió de mí! Pero hay momentos, querida Trifena, en que a una no le importa que la manejen. Me amó un poco. Admiraba mi cuna. Y no hay mujer capaz de resistir a la manera que tiene de reírse.*

*Ha sido una aventura muy agradable. ¡Cómo le echo de menos! No te preocupes por mí, que he tomado la medicina en cuanto se marchó, por si acaso. Si estuviese casada de hecho y no ficticiamente, a lo mejor no la habría tomado. La sangre de César es más augusta que la de Ptolomeo. Pero en mi desgraciada situación nunca tendré hijos.*

*Lamento tus dificultades y siento también que no nos hayan educado para entender la situación de Egipto. Aunque no creas que a nuestro padre Mitrídates ni a nuestro tío Tigranes les importasen mucho esas dificultades. Simplemente se valen de nosotras para sus intereses en Egipto, porque tenemos la suficiente sangre ptolomeica para reivindicar nuestros derechos. Lo que no podíamos saber era ese asunto de los sacerdotes egipcios tan influyentes en la gente del pueblo, los de sangre egipcia más que macedonia. Se diría que hay dos Egiptos, la tierra de la Alejandría macedónica y el delta, y la tierra del Nilo.*

*Yo creo, querida Trifena, que deberías entablar negociaciones con los sacerdotes. A tu esposo Auletes no le gustan los hombres y tienes esperanzas de ser madre. ¡Tienes que darle hijos! Pero no puedes hacerlo según la ley egipcia hasta que no os coronen y unjan, y eso sólo podéis lograrlo si los sacerdotes se avienen a officiar la ceremonia. Sé que los alejandrinos fingieron ante la embajada de Roma que estabais coronados y ungidos, pues sabían que Marco Perpena y los otros romanos ignoraban las leyes y costumbres egipcias. Pero el pueblo de Egipto sabe que no habéis sido investidos como reyes. Auletes es necio, tiene pocas luces y muy escasa visión política. Nosotras, por ser hijas de nuestro padre, tenemos mejores dones.*

*Ve a ver a los sacerdotes y comienza a negociar por tu cuenta. Estoy segura de que no conseguirás nada —ni hijos— hasta que convenzas a los sacerdotes. Auletes quiere dárseles de ser más importante que ellos, y pretender que los alejandrinos pueden desafiarlos impunemente, pero se equivoca. O quizá sea mejor decir que Auletes cree que es más importante ser rey macedonio que faraón de Egipto, y que si es rey acabará siendo faraón. Por tus cartas veo que tú no has caído en esa trampa. Pero no basta con eso. Tienes que negociar. Los sacerdotes saben que nuestros esposos son los últimos del linaje, y que establecer en Egipto dinastías rivales de la sangre egipcia al cabo de casi mil años de invasiones y reyes extranjeros es más peligroso que sancionar a los últimos Ptolomeos. Así que me imagino que lo que desean es que se les consulte y no se les margine. Consúltales, querida Trifena. ¡Y que tu esposo hable con ellos! Al fin y al cabo, ellos son los custodios de los laberintos que guardan los tesoros de los faraones, son administradores de las rentas del Nilo y dirigen al pueblo. El hecho de que el Garbanzo saquease Tebas hace siete años no tiene nada que ver. ¡Le habían ungido faraón, y Tebas no es todo el Nilo!*

*Mientras tanto, sigue tomando la medicina y no te indispongas con tu esposo y con los alejandrinos. Siempre que los tengas de tu parte, dispondrás de un medio para negociar con los sacerdotes de Menfis.*

A finales de sextilis Cayo Julio César había regresado con Vatia a Tarso, y le presentó los acuerdos para la obtención de barcos y tripulaciones. Vatia se sintió complacido, sobre todo por la negociación con Chipre; pero no tenía ninguna otra misión militar para su joven ayudante y, además, le dio la noticia de que Sila acababa de morir en Roma.

—En ese caso, Publio Servilio —dijo César—, con tu permiso me gustaría regresar a Italia.

—¿Por qué? —inquirió Vatia frunciendo el ceño.

—Por varios motivos —replicó César—. Primero, lo más importante, porque aquí poco servicio te hago, a menos que pienses organizar una expedición para expulsar a Tigranes de la Pedia oriental y de la Capadocia eufrática.

—Esas no son mis órdenes, Cayo Julio —dijo Vatia secamente—. Tengo que centrarme en el gobierno de la provincia y en eliminar la amenaza de los piratas. Capadocia y la Pedia oriental que esperen.

—Lo comprendo. En cuyo caso, de momento no tienes ninguna misión militar que encomendarme. Los otros motivos para regresar a Italia son personales. Tengo que consumir mi matrimonio e iniciar mi carrera ante los tribunales. El tiempo que estuve de flamen dialis me ha retrasado en la actividad jurídica, y quiero ser cónsul en el año debido. Tengo derecho por nacimiento. Mi padre fue pretor, mi tío cónsul y mi primo Lucio, cónsul. Los Julios vuelven a estar en primera fila.

—Muy bien, Cayo Julio, puedes volver a Italia —contestó Vatia, sensible a los argumentos—. Me complacerá recomendarte al Senado y calificar tus gestiones para la obtención de la escuadra como servicio de campaña.

La muerte de Sila había puesto fin a las amigables relaciones entre los cónsules Lépido y Catulo, una pareja que por su carácter se avenía mal, y con la desaparición del dictador tuvieron sus primeras diferencias: Catulo



propuso que se le hiciera al difunto un funeral oficial y Lépido se negó a gastar fondos del erario público para las exequias de quien podía perfectamente costearse. Fue Catulo quien ganó la batalla en el Senado, y Sila fue enterrado a expensas del Tesoro.

Pero Lépido contaba con sus partidarios, y a Roma comenzaron a llegar los que se habían visto obligados a huir. Marco Perpena Vento y el hijo de Cinna, Lucio, aparecieron en la ciudad poco después del funeral. El primero se las había ingeniado para eludir la proscripción a pesar de su presencia en Sicilia cuando llegó Pompeyo, probablemente porque no se había opuesto a que éste tomara posesión de la isla y porque, dado el poco dinero que tenía, resultaba poco interesante proscribirle. El joven Cinna, por supuesto, no tenía un sestercio. Ahora que el dictador había muerto, los dos formaban el núcleo de la facción secretamente opuesta a la política y las leyes de Sila, y, naturalmente, optaron por apoyar a Lépido en vez de a Catulo.

Lépido, además de ser primer cónsul, se había ganado fama de haberse opuesto a Sila en el Senado, y se consideraba en excelente posición para paliar la severidad de parte de la legislación de Sila ahora que había muerto, dado que sus partidarios en el Senado eran más que los de Catulo.

—Quiero pasar a la historia como el hombre que reformó las leyes de Sila, haciéndolas más aceptables para todos, sus enemigos incluidos —dijo a su gran amigo Marco Junio Bruto.

La Fortuna les había favorecido a los dos. En la última lista de magistrados elegidos por Sila Bruto figuraba como pretor, y cuando los cónsules y pretores asumieron el cargo el día de año nuevo la suerte en la asignación de provincias les había sido favorable a Lépido y a Bruto. A Lépido le había tocado la Galia Transalpina y a Bruto la Galia Cisalpina. La Galia Transalpina había sido hasta hacía poco una provincia consular, pero dos factores habían hecho cambiar la situación: la guerra en Hispania contra Quinto Sertorio (que no iba bien) y el estado de efervescencia entre las tribus galas que comenzaban a sublevarse y amenazaban la ruta por tierra a Hispania.

—Podremos gobernar las dos provincias juntos —dijo Lépido, animado, a Bruto al sacar las suertes—. Yo combatiré a las tribus rebeldes y tú

organizas la Galia itálica para enviarme suministros y la ayuda que necesite.

Así, Lépido y Bruto ansiaban que llegase el año en que habían de desempeñar su cargo de gobernadores. Una vez enterrado Sila, Lépido continuó su programa de suavizar las leyes del dictador, mientras que Bruto, presidente del tribunal de violencia, se dedicaba a efectuar enmiendas a las leyes de constitución del mismo dictadas el año anterior por el pretor nombrado por Sila, Cneo Octavio. Con el consentimiento de Sila, Cneo Octavio había legislado para que los que se habían aprovechado de las proscripciones devolvieran los bienes enajenados con violencia, por la fuerza o con intimidación, lo que, naturalmente, implicaba eliminar de las listas de proscripción los nombres de los expoliados. Secundando la medida de Cneo Octavio, Bruto prosiguió su labor con entusiasmo.

En junio, con las cenizas de Sila ya depositadas en la sepultura del Campo de Marte, Lépido anunció a la Cámara que pediría su aprobación de una *lex Aemilia Lepida* para devolver parte de las tierras que Sila había arrebatado a las ciudades de Etruria y Umbría para entregárselas a sus excombatientes.

—Como bien sabéis, padres conscriptos —dijo Lépido ante un Senado que guardaba riguroso silencio— al norte de Roma existe mucho malestar. En mi opinión —y la de muchos otros— casi todo ese malestar procede de esa obsesión de nuestro lamentado dictador por castigar a la población de Etruria y Umbría despojándola de casi todos los *iugerum* de tierras comunales. Que esta cámara no siempre estuvo de acuerdo con las medidas del dictador se demostró al oponerse a sus deseos de proscribir a todos los habitantes de Arretium y Volaterrae, y mérito nuestro fue disuadirle de hacerlo, a pesar de que la oposición tuvo lugar cuando él se hallaba en el cenit de su poder. Bien, no penséis que mi nueva ley va en favor de Arretium y Volaterrae. Apoyaron decididamente a Carbón y no pienso exonerarles. No, las poblaciones que me conciernen acogieron casi involuntariamente a las legiones de Carbón. Me refiero a ciudades como Spoletium y Clusium, que en este momento sienten gran rencor contra Roma porque han perdido sus tierras sin haber hecho traición. Fueron víctimas desventuradas de la guerra civil en el camino de un ejército.

Lépido hizo una pausa para mirar las gradas de la Curia Hostilia, no le pareció mal la actitud de los senadores y prosiguió con un poco más de sentimiento en la voz.

—No se trata ni mucho menos de las poblaciones que apoyaron activamente a Carbón; las tierras de esos traidores son más que suficientes para el asentamiento de los soldados de Sila. Hago hincapié en ello. Con escasas excepciones, Italia es totalmente romana y sus habitantes ciudadanos romanos repartidos en las treinta y cinco tribus. Sin embargo, a muchos de los distritos de Etruria y Umbría en particular, se los sigue tratando como antiguos aliados rebeldes, pues desde siempre ha sido costumbre de Roma confiscar las tierras públicas de esos distritos. Pero, ¿cómo puede Roma usurpar las tierras de ciudadanos romanos? ¡Es una contradicción! Y nosotros, padres conscriptos del principal ente gubernamental de Roma, no podemos seguir sancionando eso. Si lo hacemos se producirá otra sublevación en Etruria y Umbría, ¡y Roma no puede sostener otra guerra en la península viéndose tan acosada en el exterior! En este momento tenemos que encontrar dinero para tener catorce legiones en campaña contra Quinto Sertorio, porque ahí primordialmente es donde deben ir a parar nuestros preciosos fondos. Mi ley para devolver las tierras a localidades como Clusium y Tuder servirán para calmar a la población de Etruria y Umbría antes de que sea demasiado tarde.

El Senado escuchó, pese a que Catulo se opuso denodadamente a la medida y fue apoyado por los elementos conservadores partidarios de Sila, como había previsto Lépido.

—¡Esto es el primer paso hacia el desastre! —exclamó airado Catulo—. ¡Marco Emilio Lépido trata de ir deshaciendo la constitución recién aprobada poco a poco, comenzando por unas medidas que sabe complacerán a la cámara! ¡Pero yo digo que no debe consentirse! ¡Cada una de sus medidas que aprobemos para que vaya a la asamblea del pueblo con un senatus consultum adjunto le hará envalentonarse!

Pero, al ver que ni Cetego ni Filipo tomaban la palabra en apoyo de Catulo, Lépido tuvo la impresión de que iba a ganar. Si, era curioso que no hubiesen apoyado a Catulo; pero bienvenido fuese el regalo. Por lo tanto,

propuso otra medida antes de haber obtenido el *senatus consultum* aprobatorio para la ley de devolución de tierras confiscadas.

—Es deber de esta cámara derogar el veto decretado por nuestro lamentado dictador a que se vendiese trigo público a precio inferior al estipulado por los comerciantes de grano —dijo con firmeza, y con las puertas del Senado abiertas para que le oyeran los que estaban fuera—. ¡Padres conscriptos, soy un hombre decente en mis cabales, no un demagogo! Como primer cónsul que soy, no necesito ganarme a la parte más pobre del pueblo; mi carrera política está en su cenit y no soy ningún advenedizo. Puedo permitirme pagar el precio que determinen los comerciantes de trigo, y tampoco quiero decir que el difunto dictador se equivocase cuando fijó el precio del trigo público con arreglo al que pedían los comerciantes. Lo único que creo es que nuestro llorado dictador no preveía las consecuencias. Porque, ¿qué es lo que en realidad sucede ahora? ¡Que los comerciantes han aumentado el precio porque no existe una política gubernamental que les obligue a mantenerlo! Al fin y al cabo, padres conscriptos, ¿qué comerciante es capaz de resistir la perspectiva de ganar más? ¿Dicta su comportamiento la bondad y la humanidad? ¡Claro que no! Ellos se dedican a hacer negocio para ganar y dar beneficios a sus accionistas, y lo que sucede es que hacen gala de gran falta de visión sin pensar que si aumenta el precio del producto por encima de la capacidad del mercado comienza a desgastarse el principio de la ganancia.

»Por consiguiente, miembros de esta cámara, os pido que deis a mi *lex Aemilia Lepida frumentaria* vuestra aprobación y visto bueno, para que pueda pasarla a la asamblea del pueblo para su ratificación. Volveremos a nuestro tradicional método, bien experimentado, por el que el Estado ofrece trigo a la plebe al precio fijo de diez sestercios el modius. En años de abundancia, el Estado obtiene aún un buen beneficio con ese precio, y como los años de abundancia son más numerosos que los de escasez, el Estado a la larga no sufre perjuicio económico.

De nuevo el segundo cónsul Catulo se opuso a Lépido, pero esta vez consiguió escaso apoyo; tanto Cetego como Filipo estaban inequívocamente a favor de la propuesta de Lépido, que obtuvo el *senatus consultum* en

aquella misma sesión. Ahora tenía las manos libres para promulgar la ley en la asamblea del pueblo, y así lo hizo. Con ello su fama aumentó, y el pueblo le vitoreaba por la calle.

Pero muy distinto fue con su *lex agraria* relativa a las tierras confiscadas; la reforma se atascó en el Senado y, aunque la sometía sucesivamente a votación en todas las reuniones, no lograba obtener el número de votos necesario para el *senatus consultum*, y, según la constitución de Sila, no podía transmitirla a una asamblea.

—No pienso ceder —dijo a Bruto en una cena en casa de éste.

Cenaba en casa de Bruto con frecuencia, pues la verdad era que en aquella época no soportaba la soledad de su propia casa. Al iniciarse las proscripciones, él, como la mayoría de los miembros de la clase alta romana, había temido que le alcanzasen por haber permanecido en Roma durante la época de Mario, Cinna y Carbón y por estar casado con la hija de Saturnino, el que había pretendido proclamarse rey de Roma. Había sido la propia Apuleya quien le había instado a divorciarse sin dilación. Tenían tres hijos, y era de suma importancia que la fortuna de la familia quedase intacta para el hijo más pequeño, ya que el mayor había sido adoptado por los Cornelios Escipiones y tenía su carrera asegurada por estar esta familia emparentada con Sila y ser partidaria acérrima del dictador. Escipión Emiliano (homónimo de su famoso antepasado) ya era mayor cuando Apuleya sugirió el divorcio, y Lucio, el segundo, tenía dieciocho años; el más pequeño, Marco, sólo tenía nueve. Aunque quería mucho a Apuleya, Lépido se había divorciado de ella por los hijos, pensando en que cuando pasase el peligro podrían volver a casarse; pero Apuleya no era en vano hija de Saturnino, y, convencida de que su presencia en las vidas de su ex marido y sus hijos siempre constituiría una traba, se había suicidado. Su muerte fue para Lépido un durísimo golpe del que nunca se recuperaría emocionalmente. Por ello, siempre que podía pasar los ratos de ocio en casa de alguien, optaba por la casa de su amigo Bruto.

—¡Muy bien que haces! No debes ceder —añadió Bruto—. Tu tenaz perseverancia acabará por convencer al Senado; estoy seguro.

—Más vale que los senadores cedan pronto —dijo el tercer comensal, sentado en una silla enfrente del lectus medius.

Los dos hombres miraron a la esposa de Bruto, Servilia, con preocupación atemperada por profundo respeto, ya que siempre decía cosas sensatas.

—¿Qué quieres decir exactamente? —inquirió Lépido.

—Quiero decir que Catulo se está preparando para la guerra.

—¿Como te has enterado de eso? —preguntó Bruto.

—Escuchando —respondió ella sin inmutarse, y luego sonrió a su discreto modo—. Esta mañana he ido a visitar a Hortensia, y no en vano es hermana del famoso abogado y, como él, una inveterada habladora. Catulo la adora y habla mucho con ella, y ella habla con cualquiera que sepa tirarle de la lengua.

—Y tú sabes tirarle, claro —dijo Lépido.

—Por supuesto. Pero lo que cuenta es que a mí me interesa tirarle de la lengua, porque casi todas las mujeres hablan de chismorreos y de cosas de mujeres, mientras que a ella de lo que le gusta hablar es de política. Por eso voy a verla con frecuencia.

—Vamos, Servilia, explícanoslo —terció Lépido, que no atinaba a entender lo que decía—. ¿Catulo se está preparando para la guerra? ¿En la Hispania Citerior? Allí ha de marchar el año que viene como gobernador y con un ejército. Así que supongo que no es ilógico que se esté preparando para la guerra, como tú dices.

—Es una guerra que nada tiene que ver con Hispania ni con Sertorio —replicó la esposa de Bruto—. Catulo habla de guerra en Etruria, y, según Hortensia, va a intentar convencer al Senado para que arme más legiones para acabar con el descontento.

Lépido se irguió en el lectus medius.

—¡Es una locura! —exclamó—. Sólo hay un medio de mantener la paz en Etruria, y es devolviendo a sus habitantes una buena parte de lo que Sila les arrebató.

—¿Tienes relación con algunos de los dirigentes de Etruria? —preguntó Servilia.

—Por supuesto.

—¿Los intransigentes o los moderados?

—Con los moderados, me imagino, si por intransigentes entiendes los de localidades como Volaterrae y Faesulae.

—Eso es lo que quiero decir.

—Gracias por decírnoslo, Servilia. Ten la seguridad que no escatimaré esfuerzos por solucionar el asunto de Etruria.

Lépido redobló sus esfuerzos, pero no pudo impedir que Catulo exhortase al Senado a iniciar el reclutamiento de las legiones que juzgaba necesarias para aplastar la sublevación que se tramaba en Etruria. Sin embargo, la oportuna advertencia de Servilia le permitió obtener apoyo entre los *pedarii* y otros como Cetego; y la cámara acogía con poco entusiasmo las apasionadas diatribas de Catulo.

—De hecho, Quinto Lutacio —dijo Cetego a Catulo—, nos preocupa más la enemistad entre tú y el primer cónsul que las hipotéticas revueltas de Etruria. Nos parece que has adoptado una actitud inflexible de oposición a las propuestas del primer cónsul. Y eso, poco después de que Lucio Cornelio Sila se tomara tanto trabajo en forjar nuevos vínculos de cooperación entre los diversos miembros y facciones del Senado de Roma.

Derrotado, Catulo cedió; pero no por mucho tiempo, como se vería. Los acontecimientos se concatenaron para que su tesis pareciera acertada y quedase descartada toda posibilidad de que Lépido obtuviera el deseado *senatus consultum* para su ley de devolución de las tierras arrebatadas, pues, a finales de junio, los desposeídos ciudadanos de Faesulae atacaron a las guarniciones romanas de la zona y expulsaron a los ex combatientes de sus asentamientos, matando a los que opusieron resistencia.

La muerte de varios centenares de leales legionarios de Sila no podía caer en saco roto, ni podía consentirse que Faesulae se sublevara impunemente. Era el momento en que el Senado habría debido hallarse ocupado preparando las elecciones de *quintilis*, pero las elecciones quedaron aplazadas. Se había echado a suertes qué cónsul presidiría las

elecciones curules y le tocó a Lépido (era una nueva modalidad de la constitución de Sila), pero fue lo único que se hizo; lo que no aplazó la cámara fue encomendar a los dos cónsules que reclutasen cuatro nuevas legiones cada uno y se encaminasen a Faesulae para aplastar la sublevación.

La sesión estaba a punto de concluir cuando Lucio Marcio Filippo se puso en pie y pidió la palabra, y Lépido, que tenía los fasces durante el mes de julio, cometió el grave error de concedérsela.

—¡Mis queridos colegas senadores —dijo Filippo con voz estentórea—, os ruego que no pongáis un ejército en manos de Marco Emilio Lépido! No lo solicito. No lo pido. ¡Lo suplico! Pues me parece evidente que nuestro primer cónsul prepara la revolución... la ha estado preparando desde su acceso al cargo. Hasta que nuestro llorado dictador murió no hizo ni dijo nada, pero en cuanto murió se puso manos a la obra. ¡Se negó a acreditar el voto del Senado para que el Estado cargara con los gastos del funeral de Sila! ¡Cierto que perdió, y yo nunca pensé que pudiera sanar! Y se valió del debate a propósito del funeral para dar a entender a sus partidarios que iba a legislar una política de traición. ¡Y una política de traición procedió a legislar! ¡Propuso que se devolviese la tierra confiscada a personas que habían merecido esa confiscación! ¡Y luego, ante la indecisión de la cámara, buscó la adulación de hasta la segunda clase mediante un recurso usado por todos los demagogos, desde Cayo Graco hasta su propio suegro Saturnino, legislando la venta de trigo barato por el Estado! ¡Roma no había de votar fondos para honrar los despojos de su más grande prócer, eso no! ¡Pero sí debía gastar muchos más fondos públicos para favorecer a los inútiles proletarii, claro que sí!

Lépido no fue el único sorprendido por este ataque; toda la cámara escuchaba estupefacta sin moverse. Y Filippo prosiguió:

—Bien, senadores, ¿y queréis darle el mando de cuatro legiones y enviarle a Etruria? ¡Pues yo no os lo consiento! Primero, porque las elecciones curules tienen que celebrarse en breve, y a él le ha tocado organizarlas y, por consiguiente, ¡debe quedarse en Roma para cumplir con su deber y no ir corriendo a levantar un ejército! Os recuerdo que estamos a punto de celebrar las primeras elecciones libres desde hace años, y que es



imperativo celebrarlas en su fecha y legalmente. Quinto Lutacio Catulo es perfectamente capaz de reclutar las tropas y hacer la guerra contra Faesulae y las comunidades de Etruria que decidan secundarla. Va en contra de las leyes de Sila que los dos cónsules se ausenten de Roma para hacer la guerra. Pues fue precisamente para prever tal eventualidad que nuestro querido dictador añadió esa cláusula del mando de nombramiento especial. Disponemos de los medios constitucionales para asignar el mando en las guerras al hombre más competente, aunque no sea miembro del Senado. ¡Y vosotros vais a conceder un mando importante a quien no tiene una aceptable hoja de servicios bélicos! Quinto Lutacio tiene experiencia y sabemos que es competente en cuestiones militares, mientras que Marco Emilio Lépido... ¡No sabe nada ni tiene experiencia! Y además, insisto en que es un revolucionario en potencia. ¡No podéis darle legiones y enviarle a hacer la guerra en una región a la que, como han indicado sus propias palabras, tiene interés traicionero en favorecer en contra de Roma!

Lépido había escuchado con la boca abierta las primeras frases del discurso, pero luego, con súbita decisión, se volvió hacia el funcionario y le arrebató la tablilla de cera y el estilo, y durante el resto de la diatriba de Filipo fue tomando notas. Y ahora se ponía en pie con la tablilla al alcance de la mano.

—¿Qué te impulsa a decir semejantes cosas, Filipo? —inquirió, sin decir el nombre entero de su adversario como hubiera sido lo cortés—. Confieso que se me escapa el motivo, pero debes de tener uno, de eso estoy seguro. ¡Cuando el gran tergiversador se pone en pie en esta cámara para pronunciar tan elocuente discurso, tened la seguridad de que hay gato encerrado! ¡Alguien le está pagando para que se cambie de toga! ¡Qué rico se ha vuelto... qué gordo, qué feliz! ¡Cuán engolfado en el lodo de la voluptuosidad! ¡Y siempre al servicio de alguien que necesita una boca senatorial!

Alzó levemente la tablilla de cera y miró con firmeza por encima de ella a los silenciosos senadores. Dirigió la vista a Catulo y advirtió que también él estaba estupefacto por la intervención de Filipo. El que estaba detrás de aquel discurso no era Catulo ni ninguno de su facción.

—Rebatiré los puntos de Filipo uno por uno, padres conscriptos. Uno, mi pasividad antes de la muerte del dictador. ¡No es cierto! ¡Y todos lo sabéis! ¡Haced memoria!

»Dos, la votación de fondos públicos para subvenir a los gastos del funeral del dictador. Sí, me opuse. Igual que muchos otros. ¿Y por qué no? ¿Es que no se puede tener opinión?

»En cuanto al tercero, el que mi oposición fuese una señal para que mis... partidarios —¿es que tengo alguno?— supieran que iba a deshacer todo lo que había hecho Lucio Cornelio Sila, ¡qué absurdo! Lo único que he intentado es aplicar dos leyes y al mismo tiempo con eficacia. Pero no he dado a entender en lo más mínimo a nadie que pretenda destruir toda la labor legislativa de Sila. ¿Me habéis oído criticar el nuevo sistema judicial? ¿O el nuevo reglamento del servicio estatal? ¿O del Senado? ¿Del proceso electoral? ¿Las nuevas leyes de traición que limitan los abusos de los gobernadores de provincias? ¿La función restringida de las asambleas? ¿O la severa limitación de la función de tribunado de la plebe? ¡No, padres conscriptos, no me habréis oído! ¡Porque no pienso entorpecer tales disposiciones!

La última frase la vociferó de tal modo que causó el sobresalto de no pocos. Hizo una pausa para que se serenaran y continuó.

—Cuatro, la alegación de que mi ley para devolver algunas tierras confiscadas —¡algunas, no todas!— a sus propietarios es traición. Eso es igualmente absurdo. Mi lex Aemilia Lepida no dice que todas las tierras confiscadas de ciudades o distritos convictos de lesa traición deban devolverse. Sólo afecta a las tierras de localidades cuya participación en la guerra contra Carbón fue involuntaria.

Lépido bajó la voz para obtener un tono emotivo.

—¡Senadores, os ruego que penséis por un momento! Si queremos ver una Italia romana auténticamente unida, debemos dejar de aplicar los tradicionales castigos que imponíamos a los aliados itálicos, a hombres que, según la ley, son ahora tan romanos como nosotros. Si Lucio Cornelio en algo se equivocó fue en eso. Tal vez fuese comprensible en un hombre de su edad, pero es imperdonable que la mayoría de nosotros, que tenemos como

poco veinte años menos que él, pensemos en los mismos términos. Os recuerdo que Filipo también es viejo y tiene los prejuicios anticuados propios de su edad. Cuando era censor mostró flagrantemente sus prejuicios negándose a hacer lo que Sila llevó a la práctica: distribuir a todos los ciudadanos romanos en las treinta y cinco tribus.

Comenzaba a hacer mella en ellos, porque efectivamente la cámara era mucho más joven que diez años atrás. Y, ya más animado, continuó.

—Cinco, mi ley del trigo. Con ella también se corrige un error manifiesto. Creo que si Lucio Cornelio hubiese seguido más tiempo de dictador, él mismo lo habría advertido y habría hecho lo mismo: legislar para que las clases bajas volvieran a tener trigo barato. Los comerciantes fueron codiciosos. ¡Nadie puede negarlo! Y efectivamente esta cámara vio con acierto el buen sentido de mi ley frumentaria, pues la aprobasteis, evitando así el riesgo de que en la próxima cosecha estallen disturbios y haya violencia en Roma. ¡Porque no se puede privar a la gente del común de un privilegio que es tan antiguo que lo consideran un derecho!

»Sexto, mi función como cónsul elegido para organizar las elecciones curules. Sí, me tocó en suerte, y, de acuerdo con la nueva constitución, ello significa que sólo yo puedo presidir las elecciones curules. Pero, padres conscriptos, ¡no fui yo quien pidió el mando de las cuatro legiones para sofocar la rebelión de Faesulae! ¡Se me asignó! ¡Por libre voluntad vuestra! ¡Sin que yo lo solicitara! ¡Vosotros no pensásteis —ni a mí se me ocurrió pensar— que un asunto como el de las elecciones curules tuviese prioridad respecto a una sublevación en Italia! Confieso que yo di por sentado que era prioritario sofocar la rebelión, y luego celebrar las elecciones curules. Hay tiempo de sobra para hacerlo antes de que termine el año; no estamos más que al principio de quintilis.

»Siete, no va expresamente contra las leyes de Sila que ambos cónsules estén ausentes de Roma para dirigir una guerra. Ni aunque fuese fuera de Italia. Según Lucio Cornelio Sila, la primera obligación de los cónsules es cuidar de Roma y de Italia. Ni Quinto Lutacio Catulo ni yo vamos a cometer abuso de autoridad. La cláusula que prevé la asignación especial de mando no senatorial sólo es aplicable si los magistrados legalmente

elegidos y los otros senadores competentes no están disponibles para dirigir la guerra.

»Y, finalmente, el punto ocho —añadió Lépido—. ¿Por qué he de ser yo menos apto para el mando que Quinto Lutacio Catulo? Los dos hemos servido durante la guerra itálica como legados. Ninguno de los dos salió de Roma durante los años de Cinna y Carbón. Los dos mantuvimos tan terca y sincera neutralidad, que Lucio Cornelio Sila no pudo castigarnos, y, después de todo, somos la última pareja consular elegida por él mismo. En cuanto a nuestra experiencia militar, puede decirse otro tanto. No se puede aventurar que uno de los dos vaya a brillar más que el otro en la guerra contra Faesulae. Y el interés de Roma es que los dos brillemos por igual, ¿no es cierto? Según las costumbres romanas, si los cónsules están dispuestos a tomar el mando militar por indicación del Senado, es un deber para ellos. El Senado nos lo asignó, y los cónsules lo asumen. Nada más.

Pero Filippo no se resignó, y sin mostrar decepción ni animosidad, con suavidad y prudencia, fue transformando el debate en un lamento en torno a la evidente enemistad que había surgido entre los cónsules, ilustrando sus quejas con unos cincuenta ejemplos entre meras discrepancias y roces y enfrentamientos importantes. Ya se había puesto el sol (lo que significaba que el Senado debía poner fin a la sesión), pero Catulo y Lépido no querían posponer para el día siguiente la decisión; por ello, los celadores de la cámara trajeron antorchas y Filippo continuó su perorata. Una buena perorata, pues, al llegar a la última parte del discurso, los senadores estaban dispuestos a aprobar lo que fuese con tal de irse a casa a cenar y dormir.

—Lo que propongo —dijo finalmente—, es que ambos cónsules juren que no convertirán su ejército en instrumento de venganza personal mutua. ¡No es mucho pedir! Pero me quedaría más tranquilo si se les toma juramento.

Lépido se puso en pie hastiado.

—Mi opinión sobre tu propuesta, Filippo, es que se trata de lo más estúpido que se ha oído en esta cámara. No obstante, si los padres conscriptos se quedan más satisfechos y quieren que Quinto Lutacio y yo

nos pongamos antes manos a la obra, soy el primero que está dispuesto a jurar.

—Totalmente de acuerdo, Marco Emilio —dijo Catulo—. ¿Nos vamos a casa?

—¿Qué crees que se proponía Filipo? — preguntó Lépido a Bruto durante la cena al día siguiente.

—Pues, sinceramente, no lo sé —contestó Bruto meneando la cabeza.

—¿Tienes alguna idea, Servilia? —preguntó el primer cónsul.

—Pues no —contestó ella frunciendo el ceño—. Mi esposo me hizo un resumen de lo que se dijo anoche, pero me enteraré mejor si me facilitas una copia de las actas, si es que se tomaron.

Era tan favorable el criterio que Lépido tenía de la capacidad política de Servilia, que no vio inconveniente en su petición y accedió a entregarle copia del documento al día siguiente antes de salir de Roma para reclutar sus cuatro legiones.

—Yo empiezo a creer —dijo Bruto— que no vas a poder mejorar la suerte de las ciudades de Etruria y Umbría que no se vieron implicadas directamente en la guerra con Carbón. En el Senado hay muchos como Filipo, y no les gusta oír tus argumentos.

A Bruto le preocupaba la pacificación de algunos de los distritos de Umbría, pues después de Pompeyo era el principal terrateniente, y no le complacía ver cerca de sus fincas asentamientos militares; éstos se hallaban principalmente en torno a Spoletium e Iguvium, dos zonas de confiscación, y el hecho de que aún no hubiesen llegado a ellos colonos excombatientes se debía a dos factores: la lentitud de las comisiones de reparto y la marcha de catorce de las legiones de veteranos de Sila veinte meses atrás para combatir en Hispania. Sólo este segundo factor había permitido que Lépido sacara adelante su ley, pues, de haber estado en Italia las veintitrés legiones de Sila para la desmovilización pensada en principio, no habrían faltado excombatientes en Spoletium e Iguvium.

—Lo que dijo ayer Filippo me dejó estupefacto —comentó Lépido, enrojeciendo de rabia al recordarlo—. ¡Son increíbles esos idiotas! De verdad que creía que con mi réplica me los ganaría. Hablé con buena lógica, Servilia, con buen sentido, pero consintieron en que Filippo impusiera ese absurdo juramento que hubimos de prestar esta mañana en Semo Sancus Dius Fidius.

—Lo que significa que están dispuestos a dejarse impresionar más —dijo ella—. Lo que me preocupa es que no estés en el Senado para oponerte a ese viejo embaucador la próxima vez que hable, y ten por seguro que hablará. Algo trama.

—No sé por qué le llamamos viejo —dijo Bruto, que era proclive al desacuerdo—. No es tan viejo; tiene cincuenta y ocho años, y, aunque parezca que se le va a llevar por delante una apoplejía, creo que tiene vida para rato. ¡Ojalá me equivocara!

Pero Lépido estaba harto de digresiones y especulaciones, y fue directo al grano.

—Me marchó a Etruria para reclutar tropas —dijo—, y me gustaría que vinieses tú también lo antes posible, Bruto. Hemos previsto actuar al unísono el año que viene, pero creo que hay que empezar ahora mismo. No hay ningún asunto previsto en tu tribunal que no pueda posponerse hasta el año que viene cuando haya nuevo juez, así que te pido que vengas conmigo inmediatamente como primer legado.

Servilia hizo un gesto de preocupación.

—¿Es prudente reclutar tus tropas en Etruria? —inquirió—. ¿Por qué no hacerlo en Campania?

—Porque Catulo se me adelantó y eligió Campania. De todos modos, mis tierras y mis amistades están en Etruria y no al sur de Roma. Yo allí puedo moverme bien porque tengo muchos conocidos.

—Y eso es lo que me inquieta, Lépido. Sospecho que Filippo lo desvirtuará cuanto pueda y seguirá sembrando dudas en los demás senadores en cuanto a tus verdaderas intenciones. No me parece conveniente reclutar tropas en una región en la que puede estallar una sublevación.

—¡Que Filipo haga lo que quiera! —exclamó Lépido desdeñosamente.

Y el Senado le dejó hacer. Al llegar sextilis y activarse notablemente el reclutamiento de tropas, Filipo se impuso como deber mantener vigilado a Lépido mediante una asombrosa red de eficaces agentes. No perdió el tiempo en observar lo que hacía Catulo en Campania; sus legiones se completaban rápidamente con antiguos partidarios de Sila, hastiados de la paz y la agricultura, y dispuestos a emprender otra campaña que no les alejara mucho de sus hogares. La dificultad era que los que se alistaban en Etruria no eran excombatientes de Sila, sino jóvenes de la región sin experiencia o veteranos que habían combatido con Carbón y sus generales, y que no se hallaban encuadrados en las unidades al producirse la rendición. La mayoría de los veteranos de Sila asentados en Etruria optaron por quedarse en sus parcelas para defenderlas o por marchar a Campania a alistarse en las legiones de Catulo.

Durante el mes de septiembre, Filipo no dejó de bramar en la cámara mientras Catulo y Lépido, ya reclutadas las fuerzas, se dedicaban a adiestrarlas y perfeccionarlas. Luego, nada más comenzar octubre, Filipo logró que el Senado exigiera a Lépido regresar a Roma para celebrar las elecciones curules. El requerimiento le llegó a Lépido en el campamento en las afueras de Saturnia, y él envió su respuesta por el mismo correo.

«No puedo irme en la actual coyuntura. Esperadme o nombrad a Quinto Lutacio», les dijo.

Ordenaron regresar de Campania a Quinto Lutacio Catulo, pero no para celebrar las elecciones; no entraba en los planes de Filipo conceder este favor a Lépido, y Cetego se alió con él de tal modo que todo lo que Filipo pedía lo aprobaban tres cuartos de la Cámara.

A todo esto aún no se había emprendido ninguna acción contra Faesulae, que había cerrado sus puertas y estaba a la expectativa, muy contenta de que Roma no acabara de decidir lo que había que hacer.

Enviaron un nuevo requerimiento a Lépido, pidiéndole que regresara inmediatamente a Roma para celebrar las elecciones, y Lépido volvió a

negarse. Tras lo cual, Filippo y Cetego dijeron a los senadores que había que considerar a Lépido como sublevado, y que tenían pruebas de sus tratos y acuerdos con los rebeldes de Etruria y Umbría, y que su primer legado, el pretor Marco Junio Bruto, estaba también implicado.

Servilia decía en carta a Lépido:

*Creo que por fin he podido descubrir lo que se esconde en la maniobra de Filippo, aunque no tengo prueba concluyente de mis sospechas. No obstante, ten por seguro que quien mueve a Filippo mueve también a Cetego.*

*He analizado varias veces las actas que recogen el primer discurso de Filippo. y he hablado bastante con mujeres que pueden saber algo, salvo con la odiosa Praecia, que ahora es la reina de la mansión de Cetego, parece que como soberana exclusiva. Hortensia no sabe nada porque estoy convencida de que su esposo Catulo no sabe nada. Sin embargo, pude obtener la clave esencial de una Julia, la viuda de Cayo Mario; ¿puedes hacerte idea de hasta dónde han llegado mis indagaciones!*

*Su antigua nuera, Mucia Tercia, está casada ahora con un joven arribista de Piceno, un tal Cneo Pompeyo que tiene la audacia de hacerse llamar Magnus. No es miembro del Senado, pero es riquísimo, muy descarado y con ambiciones de brillar. Tuve que tener muchísimo tacto para no dar a Julia la impresión de que andaba recabando información, pero ella es muy sincera cuando confía en alguien, y desde el principio se mostró bien predispuesta hacia mí por la lealtad que mostró el padre de mi esposo hacia Cayo Mario, a quien, como recordarás, acompañó al exilio durante el primer consulado de Sila.*

*Resulta, además, que Julia detesta a Filippo desde que se vendió a Cayo Mario hace años; por lo visto, Cayo Mario le despreciaba a pesar de que se sirvió de él. Bien, en mi tercera visita (juzgué conveniente ganarme la confianza de Julia, antes de mencionar de pasada a Filippo) llevé la conversación al tema de la actual situación y de los posibles motivos de Filippo para hacerte su víctima, y Julia me dijo que pensaba, por algo que Mucia Tercia le había comentado durante su última visita a Roma, que Filippo está ahora al servicio de ese Pompeyo. ¡Igual que Cetego!*



*No pregunté nada más. Realmente no hacía falta. Desde aquella primera conversación, Filipo no ha dejado de machacar la cláusula especial de la ley de Sila autorizando al Senado a buscar fuera de él un jefe militar o un gobernador si no hubiese una persona adecuada para el cargo en la cámara. ¿Aún no ves lo que esto tiene que ver con la situación? Te confieso que yo tampoco lo veía hasta que me puse a reflexionar sobre la actuación de Filipo en los últimos treinta años.*

*Y llegué a la conclusión de que Filipo sólo actúa para quien le paga, y quien le paga es Pompeyo. Filipo no es un Cayo Graco ni un Sila, él no tiene una estrategia bien pensada para inclinar al Senado y lograr la destitución de todos los que estáis organizando la campaña contra Faesulae, y nombrando a Pompeyo en vuestro lugar. Seguramente sabe de sobra que el Senado no lo haría bajo ninguna circunstancia, pues en este momento hay muchos senadores con capacidad militar. Si cayesen los dos cónsules —posibilidad que, de momento, es difícil considerar— no hay nadie más que Lúculo para cubrir el hueco, y él es pretor este año, lo que quiere decir que ya tiene el imperium.*

*No, Filipo se contenta con armar el mayor alboroto posible para tener la oportunidad de recordar al Senado que existe esa cláusula de Sila sobre el mando especial. Y es de suponer que Cetego le apoya porque está también comprometido con Pompeyo. ¡No por dinero, evidentemente! Pero hay medios aparte del dinero, y en el caso de Cetego podría ser cualquier cosa.*

*Por consiguiente, mi querido Lépidio, creo que eres hasta cierto punto una víctima casual, que tu valentía para decir lo que piensas, aunque vaya en contra de la mayoría del Senado, le ha dado a Filipo ocasión para hacerte blanco de sus ataques a cambio de las colosales sumas que le estará pagando Pompeyo. Presiona a favor de uno que no es senador, pero considera importante contar con una fuerte facción en el senado para el día en que sus servicios sean requeridos.*

*Con toda sinceridad, te diré que podría equivocarme; pero no lo creo.*

—Esta explicación tiene mucha más lógica que todo lo que yo había oído — dijo Lépido al esposo de la autora de la carta, después de haberla leído en voz alta para darle a conocer el contenido.

—Estoy de acuerdo con Servilia —dijo Bruto admirado—. No creo que se equivoque. Siempre acierta.

—Bien, amigo mío, ¿qué hago? ¿Regreso a Roma como buen muchacho, celebro las elecciones curules y paso a un segundo plano, o intento lo que quieren que haga los cabecillas de Etruria y nos rebelamos contra Roma?

Era una pregunta que Lépido se había planteado muchas veces desde que había comprendido que Roma no iba a permitir que restableciese la normalidad y prosperidad de Etruria y Umbría. Su dilema era su orgullo y cierta necesidad acuciante de destacar entre los demás; lamentablemente, en este caso, consulares romanos. Desde la muerte de su esposa, su propia vida había perdido valor para él al extremo de que la consideraba de escasa importancia; casi había olvidado el motivo real de su suicidio, cometido para que los hijos quedasen a salvo de represalias políticas. Escipión Emiliano y Lucio le apoyaban incondicionalmente, y Marco era aún un niño, pero era en él en quien se cumplía la tradición familiar de los Lépidos de ser el varón que había nacido con una mancha en la cara, y eso era un fenómeno que indicaba que sería durante toda su vida un favorito de la Fortuna. ¿Por qué había de preocuparse, pues, de sus hijos?

Para Bruto el dilema era muy distinto, aunque no temiese la derrota. No, lo que atraía a Bruto de este plan era el agotamiento de sus ocho años de matrimonio con la patricia Servilia, el convencimiento de que ella le consideraba un hombre simplón, aburrido, de poco interés, flojo, despreciable. Él no la amaba, pero con el paso de los años, conforme sus amigos y colegas elogiaban cada vez más las opiniones políticas de ella, se había dado cuenta de que su esposa encarnaba un personaje singular cuya aprobación de lo que él hacía contaba enormemente. En la situación actual, por ejemplo, la carta la había dirigido al cónsul Lépido, no a él. De él prescindía. Y eso le avergonzaba. Y además se daba cuenta de que a ella

también le avergonzaba. Si quería recuperar su estima tenía que hacer algo valiente, honorable y señalado.

Por eso Bruto respondió al interrogante de Lépido en vez de pasarlo por alto.

—Creo que debes hacer lo que están empeñados en que hagas y erigirte en caudillo de la sublevación de Etruria y Umbría contra Roma.

—De acuerdo —dijo Lépido—. Lo haré. Pero al comienzo del año nuevo, cuando no me ate ese absurdo juramento.

Al llegar las calendas de enero, Roma estaba sin magistrados curules porque no se habían celebrado las elecciones. En el último día del año Catulo había convocado al Senado para informarle de que al día siguiente habría de enviar los fasces al templo de Venus Libitina y nombrar al primer interrex. El magistrado supremo provisional llamado interrex desempeñaba el cargo durante cinco días como custodio de Roma; tenía que ser patricio, portavoz de su decuria senatorial y, en el caso del primer interrex, el primer patricio de la cámara. Al sexto día le sucedía en el cargo de interrex el segundo patricio del Senado portavoz de su decuria, y era este segundo interrex quien celebraba las elecciones.

Así, al amanecer del primer día del año, la cámara nombró a Lucio Valerio Flaco, príncipe del Senado, primer interrex, y los candidatos a los cargos de cónsules y pretores comenzaron sus frenéticos sondeos. El interrex envió un breve mensaje a Lépido ordenándole dejar su ejército y regresar inmediatamente a Roma, y recordándole que había jurado no enfrentar sus legiones contra su colega.

A mediodía de la tercera jornada en que desempeñaba su cargo de interrex Flaco, príncipe del Senado, Lépido envió su respuesta.

*Te recuerdo, príncipe del Senado, que ahora soy procónsul, no cónsul. Que cumplí mi juramento, el cual ya no me obliga al ser procónsul, habiendo dejado de ser cónsul. Cedo complacido mi ejército consular, pero te recuerdo que ahora soy procónsul, me ha votado un ejército proconsular*

*y no pienso cederlo. Como mi ejército consular constaba de cuatro legiones y mi ejército proconsular consta también de cuatro legiones, es evidente que no tengo que ceder nada.*

*No obstante, estoy dispuesto a regresar a Roma con las siguientes condiciones: que se me reelija cónsul, que todos los iugerum de tierras confiscadas de Italia sean devueltos a sus antiguos propietarios, que los derechos y bienes de los hijos y nietos de los proscritos les sean devueltos y que les sean restituidos a los tribunos de la plebe todos sus poderes.*

—¡Con eso —dijo Filipo a los miembros del Senado— hasta al más lerdo comprenderá lo que intenta Lépido! Para darle lo que pide hay que destrozar la constitución que Lucio Cornelio Sila elaboró con tanto esfuerzo, y Lépido sabe perfectamente que no lo haremos. Lo que equivale a una declaración de guerra. Por lo tanto, suplico a la Cámara la aprobación de un senatus consultum de re publica defendenda.

Pero la medida requería un debate sereno, y el Senado no aprobó el decreto inapelable hasta el último día del mandato de Flaco como primer interrex. Una vez aprobado, la autoridad para defender a Roma contra Lépido le fue oficialmente conferida a Catulo, a quien se ordenó regresar con su ejército y disponerse al combate.

El sexto día de enero, Flaco, príncipe del Senado, cedió su cargo, y la cámara nombró segundo interrex a Apio Claudio Pulcro, que aún estaba en Roma recuperándose de su larga enfermedad. Y como Apio Claudio Pulcro ya estaba mucho mejor, puso manos a la obra, convocó la asamblea centuriada y preparó las elecciones curules, que habían de celebrarse, dijo, en un plazo de dos días dentro de las murallas servianas del Aventino; un lugar fuera del pomerium, pero bien a cubierto de cualquier acción militar que pudiese emprender Lépido.

—Qué raro —dijo Catulo a Hortensio antes de partir para Campania — que después de tantos años sin gozar del privilegio de elegir libremente los magistrados, sea tan difícil celebrar elecciones. Es como si estuviésemos acostumbrándonos a que haya alguien que nos haga las cosas como una madre a sus pequeñuelos.

—¡Eso son fantasías sin sentido, Quinto! — replicó Hortensio con frialdad—. Si acaso, admitiré que es una curiosa coincidencia que el primer año que tenemos libertad para elegir a los magistrados nos salga un cónsul que ignora los principios de su cargo. Tengo que señalarte que estamos celebrando las elecciones y que el gobierno de Roma continuará como siempre en años venideros.

—¡Pues esperemos que los electores sepan elegir tan acertadamente como lo hizo Sila! —respondió Catulo, ofendido.

Pero fue Hortensio quien dijo la última palabra.

—¡Olvidas, querido Quinto, que fue Sila quien eligió a Lépido!

En general, los dirigentes del Senado (entre ellos Catulo y Hortensio) quedaron complacidos con el acierto de los electores. El primer cónsul fue un anciano de hábitos sedentarios pero de buena capacidad, Décimo Junio Bruto, y el segundo nada menos que Mamerco. Era evidente que los electores tenían la misma buena opinión de los Cotta que Sila, pues el año anterior el dictador había elegido a Cayo Aurelio Cotta para un pretorado, y aquel año los electores volvían a elegir pretor a su hermano Marco Aurelio Cotta, y, al sortear los cargos, le tocó praetor peregrinus.

Como se había quedado en Roma en previsión de lo que pudiera suceder, Catulo se apresuró a ofrecer el mando de la guerra contra Lépido a los nuevos cónsules. Tal como esperaba, Décimo Bruto lo rehusó alegando su edad y la falta de adecuada experiencia militar, y fue Mamerco quien aceptó. Mamerco, que acababa de cumplir cuarenta y cuatro años, tenía una buena hoja de servicios y había combatido en todas las campañas de Sila. Pero inesperados acontecimientos y la intervención de Filippo se concatenaron contra Mamerco. Lucio Valerio Flaco, príncipe del Senado, colega en el penúltimo consulado de Cayo Mario, murió de repente al día siguiente de dejar el cargo de primer interrex, y Filippo propuso que Mamerco fuese nombrado provisionalmente príncipe del Senado.

—No podemos estar sin portavoz de la cámara en estos momentos —dijo Filippo—, aunque siempre ha sido potestad de los censores nombrarlo. Por tradición es el patricio más viejo del Senado, pero legalmente el derecho de nombramiento es de los censores, quienes designan al que les

parece más adecuado. El patricio mayor entre los senadores es Apio Claudio Pulcro, que no goza de buena salud y que, en cualquier caso, ha de marchar a Macedonia. Necesitamos un príncipe del Senado joven y con salud. Hasta que elijamos una pareja de censores, sugiero que nombremos a Mamercio Emilio Lépido Liviano para ese cargo. Y sugiero que permanezca en Roma hasta que todo haya vuelto a la normalidad. Por consiguiente, Quinto Lutacio Catulo debe seguir ostentando el mando para luchar contra Lépido.

—¡Pero yo voy a ir de gobernador a la Hispania Citerior! —exclamó Catulo.

—¡No puede ser! —replicó Filipo tajante—. Propongo que a nuestro buen pontífice máximo, Metelo Pío, a quien se le ha prorrogado el mando en la Hispania Ulterior, se le nombre provisionalmente gobernador de la Citerior hasta que los acontecimientos nos permitan enviar otro.

Como todos estaban a favor de cualquier medida que mantuviese al tartamudo pontífice máximo lejos de Roma y de las ceremonias religiosas, Filipo se salió con la suya, y la cámara autorizó a Metelo Pío a gobernar provisionalmente la Hispania Citerior y su propia provincia, nombró a Mamercio príncipe del Senado interino y confirmó a Catulo el mando de la guerra contra Lépido. Muy decepcionado, Catulo marchó a Campania a hacerse cargo de las legiones, y un no menos decepcionado Mamercio permaneció en Roma.

Tres días más tarde llegaron noticias de que Lépido estaba movilizando sus cuatro legiones y que su legado Bruto había partido a la Galia itálica para situar las dos legiones de guarnición en Bononia, en la confluencia de la vía Emilia y la vía Annia, en adecuado dispositivo de refuerzo de Lépido. Como aún acariciaban la idea de la sublevación, por haber perdido sus tierras públicas, cabía esperar que Clusium y Arretium ofreciesen toda la ayuda posible a Bruto en su maniobra de apoyo de Lépido, y bloqueasen cualquier intento por parte de Catulo para interceptarle.

Y Filipo volvió a clamar.

—Nuestro comandante supremo, Quinto Lutacio Catulo, sigue al sur de Roma... aún no ha salido de Campania. Lépido ya ha emprendido la marcha desde Saturnia y estará en buena situación para impedir que nuestro comandante en jefe envíe sus tropas a combatir a Bruto en la Galia itálica —dijo en el Senado—. Además de esto, imagino que nuestro comandante supremo necesitará sus cuatro legiones, para detener al propio Lépido. ¿Qué podemos, pues, hacer respecto a Bruto, que tiene en sus manos la clave del éxito de Lépido? ¡Hay que neutralizar a Bruto y rápido! En este momento no tenemos en Italia más legiones y las dos de la Galia itálica están en manos de Bruto. Ni siquiera Lúculo —si estuviera en Roma y no camino de asumir su cargo de gobernador en la provincia de África— podría reunir y movilizar dos legiones con suficiente rapidez para contener a Bruto.

La cámara escuchaba cabizbaja, confrontada finalmente con la realidad de que los años de guerra civil no habían concluido porque Sila se hubiese proclamado dictador para emprender una reforma legislativa que impidiese a nadie más marchar sobre Roma. No hacía aún un año que había muerto y otro hombre pretendía ya imponer su voluntad sobre el desventurado país, y regiones enteras de Italia se alzaban en armas contra la ciudad por cuya ciudadanía tanto anhelaban. Quizás hubiese algunos senadores entre los que no tenían derecho a voz lo bastante honrados para admitir que era fundamentalmente por culpa de ellos por lo que Roma se veía obligada a dar este nuevo paso; pero si así era, ninguno lo expresó en voz alta, y todos miraron a Filippo como un salvador, dejando la solución en sus manos.

—Hay un hombre capaz de detener a Bruto de inmediato — dijo Filippo con aire de suficiencia—. Dispone de las tropas de su padre —¡y de sus propias tropas! — en el norte de Piceno y en Umbría. ¡Una marcha para enfrentarse a Bruto mucho más corta que desde Campania! Ha sido leal servidor de Roma del mismo modo que lo fue su padre antes que él. Me refiero, naturalmente, al joven caballero Cneo Pompeyo Magnus, vencedor en Clusium, vencedor en Sicilia, vencedor en África y en Numidia. ¡No en vano Lucio Cornelio Sila permitió que este joven caballero celebrase un triunfo! ¡Este joven es nuestra mayor esperanza! ¡Y él puede contener a Bruto en pocos días!

El recién nombrado, a título provisional, portavoz del Senado y segundo cónsul se rebulló en la silla curul, frunciendo el ceño.

—Cneo Pompeyo no es miembro del Senado — dijo Mamerco —, y no me gusta la idea de dar mando a quien no pertenece a la cámara.

—¡Totalmente de acuerdo contigo, Mamerco Emilio! —repuso Filipo—. A nadie le gusta. Pero ¿puedes ofrecer otra solución? Tenemos poder constitucional para encontrar en momentos de crisis fuera de las filas del Senado la solución militar, y ese poder nos lo dio nada menos que el propio Sila. Y nunca ha habido un hombre más conservador que Sila, ni un hombre más apegado al mantenimiento del mos maiorum. Pero fue él quien previó una situación como la actual para ponerle solución.

Filipo continuó sin apartarse de su silla (como había impuesto Sila a los oradores), pero se volvió despacio sobre sus talones mirando a los senadores de ambos lados. Había ganado prestancia como orador desde la época en que se había propuesto acabar con Marco Livio Druso; ahora no se trataba de absurdas rabieta ni de diatribas insultantes.

—Padres conscriptos —añadió con voz solemne—, no podemos perder tiempo en debates. En este mismo momento, Lépidio marcha sobre Roma. Yo solicito con todo respeto que el primer cónsul, Décimo Junio Bruto, proponga una votación a la Cámara para que el Senado autorice al caballero Cneo Pompeyo Magnus a movilizar sus legiones y presentar batalla a Marco Junio Bruto en nombre del Senado y el pueblo de Roma. Y que, además, esta Cámara conceda categoría prepretoriana al caballero Cneo Pompeyo Magnus.

Décimo Bruto había abierto la boca para dar su aprobación, pero Mamerco le contuvo, poniéndole una mano en el brazo.

—Estoy de acuerdo en que des paso a la votación, Décimo Junio —dijo—, pero no hasta que Lucio Marcio Filipo haya aclarado una frase de su propuesta. Ha dicho: «que movilice sus legiones» sin especificar cuántas legiones. ¡Por muy brillante que sea la hoja de servicios de Cneo Pompeyo, no es miembro del Senado! No se le puede autorizar a movilizar legiones en nombre de Roma en el número que él juzgue conveniente. Yo insisto en que la votación debe hacerse sobre el número exacto de legiones que la Cámara



autorice a movilizar a Cneo Pompeyo, y digo además que el número de legiones se limite a dos. Bruto, gobernador de la Galia itálica, cuenta con dos legiones de soldados bastante inexpertos que constituyen la guarnición de esa provincia. Bastará con dos legiones de curtidos veteranos de Pompeyo para enfrentarse a Bruto.

La perspectiva de una oposición no complacía a Filipo, pero juzgó conveniente no rebatir a Mamerco, que era persona serena y tenaz, y siempre acababa arrastrando con su influencia a los senadores. Además, estaba casado con la hija de Sila.

—¡Pido perdón a la Cámara! —exclamó—. ¡Qué torpeza la mía! Agradezco al estimado príncipe del Senado y segundo cónsul su oportuna intervención. Me refería a dos legiones, naturalmente. Procedamos a la votación, Décimo Junio, sobre ese número concreto de legiones.

Se procedió a la votación y se aprobó la propuesta sin que hubiera un solo voto en contra. Cetego había estirado los brazos por encima de la cabeza, bostezando, para señalar a sus seguidores pedarios que votasen a favor. Y como era un asunto bélico, la resolución senatorial tenía fuerza de ley, pues en asuntos de guerra y de política exterior las diversas asambleas del pueblo romano no tenían ya voz.

Fue, después de tanta maniobra política, una guerra rápida y deplorable, que apenas mereció tal nombre. Aunque Lépido se había puesto en marcha hacia Roma mucho antes de que Catulo saliera de Campania, aún llegó éste antes a la ciudad y ocupó el campo de Marte. Cuando Lépido apareció al otro lado del río en el Transtiberino, después del avance por la vía Aurelia, Catulo tenía tomados y guarnecidos los puentes, y aquél se vio obligado a seguir hacia el norte para pasar por el puente Mulviano y los dos ejércitos chocaron en el lado nordeste de la vía Lata, bajo las murallas servianas del Quirinal, centro de la batalla. Hubo algunas escaramuzas importantes, pero Lépido resultó un estratega lamentable, incapaz de desplegar bien las tropas e indigno de la victoria.

Al cabo de una hora las dos alas de Lépido emprendían la retirada hacia el puente Mulviano, perseguidas por Catulo. Al norte de Fregellae volvió a enfrentarse a Catulo, pero simplemente para asegurarse la huida a Cosa. Y de Cosa logró escapar a Cerdeña con veinte mil infantes y mil quinientos soldados de caballería, con la intención de reorganizar el ejército en la isla y volver a Italia. Le acompañaba su hijo Lucio, el ex gobernador de la época de Carbón, Marco Perpena Vento y el hijo de Cinna. Su hijo mayor, Escipión Emiliano, no quiso dejar Italia y optó por hacerse fuerte con su legión en la inexpugnable fortaleza del monte Albano al norte de Bovillae, y allí aguardó el asedio.

El tan sonado regreso de Cerdeña nunca se produjo; el gobernador de la isla era un antiguo aliado de Lúculo, un tal Lucio Valerio Triario, y se opuso tenazmente a la ocupación de la isla. En abril de aquel año nefasto Lépido moría en Cerdeña, y sus soldados dijeron que había perecido de tristeza por el recuerdo de su esposa. Perpena Vento y el hijo de Cinna se embarcaron para Liguria, y desde allí siguieron por la vía Domicia con los veinte mil infantes y mil quinientos soldados de caballería para unirse en Hispania a Quinto Sertorio. Con ellos fue Lucio, el hijo mediano de Lépido.

El hijo mayor, Escipión Emiliano, demostró ser el militar más competente de los rebeldes y resistió en Alba Longa algún tiempo, pero, al final, tuvo que rendirse; cumpliendo órdenes del Senado, Catulo lo ejecutó.

Si la ignominia fue la pauta de los acontecimientos, Bruto llevó la peor parte. Sin saber nada de Lépido, mantuvo sus dos legiones de la Galia itálica en la conjunción de las dos grandes calzadas, y hacia su posición se encaminó Pompeyo. El joven (que ya tenía unos veintiocho años) había movilizado sus legiones cuando Filipo le consiguió el nombramiento especial del Senado, pero en lugar de llevarlas de Piceno a Ariminum y conducir las por tierra por la vía Emilia, optó por descender por la vía Flaminia hacia Roma, y en la intersección de ésta al norte de Arretium con la vía Casia, que conducía a la Galia itálica, tomó esa dirección. Con ello impedía que Bruto pudiera establecer contacto con Lépido, caso de que hubiera pensado en hacerlo.

Al saber que Pompeyo se acercaba por la vía Casia, Bruto se retiró a Mutina, una ciudad grande y bien fortificada llena de clientes de los Emilianos, de Lépido y de Escauro, que le acogió alegremente. Pompeyo puso cerco a Mutina y la ciudad resistió hasta que Bruto se enteró de la derrota y huida de Lépido y de su muerte en Cerdeña. Sabiendo que las tropas de Lépido habían pasado a engrosar las fuerzas de Quinto Sertorio en Hispania, Bruto, desesperado, antes que agravar la situación de Mutina, prefirió rendirse.

—Has sido razonable —le dijo Pompeyo después de entrar en la ciudad.

—Razonable y rápido —replicó Bruto hastiado—. Creo, Cneo Pompeyo, que no tengo carácter marcial.

—Cierto.

—En cualquier caso, aceptaré de buen grado la muerte.

Los ojos azules se abrieron más de lo normal.

—¿La muerte? —inquirió como sorprendido—. ¡No es necesario, Marco Junio Bruto! Quedas libre.

A su vez Bruto abrió unos ojos como platos.

—¿Libre? ¿De verdad, Cneo Pompeyo?

—¡Claro que sí! —contestó Pompeyo sonriendo—. Ahora bien, eso no significa que estés libre para movilizar más rebeldes. Vuelve a tu casa.

—Entonces, con tu permiso, Cneo Pompeyo, me dirigiré a mis tierras del oeste de Umbría. Hay que apaciguar a la gente de esa región.

—Por mí no hay inconveniente. Yo también me dirijo a Umbría.

Pero una vez que Bruto hubo cruzado a caballo las puertas de Mutina, Pompeyo mandó llamar a uno de sus legados, un tal Geminio, picentino de humilde condición y suboficial, pues a Pompeyo no le gustaba tener subordinados de rango social semejante al suyo.

—Me sorprende que le hayas dejado ir —dijo Geminio.

—¡Ah, tenía que dejarle! Mi relación con el Senado no es aún muy firme para tomar la iniciativa de ejecutar a un Junio Bruto sin pruebas aplastantes, aunque tenga imperium de propretor. Así que de ti depende hallar esas pruebas aplastantes.

—Dime que es lo que quieres, Magnus, y se hará.

—Bruto dice que va a sus propiedades de Umbría, y, sin embargo, ha tomado dirección noroeste por la vía Emilia, un camino erróneo, ¿no te parece? Bueno, quizá vaya a campo través, o tal vez quiera reclutar más tropas. Quiero que salgas ahora mismo tras él con un buen destacamento de caballería, con cinco escuadrones —dijo Pompeyo, limpiándose los dientes con una astillita—. Sospecho que busca tropas, probablemente en Regium Lepidum. En ese caso, no puede existir duda de que es traidor por partida doble y nadie en Roma pondrá objeciones a su muerte. ¿Entendido, Geminio?

—Totalmente.

Lo que Pompeyo no dijo a Geminio era el motivo real de su estrategia con Bruto. El joven Carnicero aspiraba al mando de las tropas de Hispania contra Sertorio, y sus posibilidades aumentaban si hallaba un pretexto para no desmovilizar sus legiones; si podía dar a entender que en la Galia itálica existía peligro de sublevación a lo largo de la vía Emilia, sería un buen pretexto para permanecer donde estaba con su ejército; se hallaría lo bastante lejos de Roma para no representar una amenaza para el Senado, y seguiría en pie de guerra, listo para ir a Hispania.

Geminio hizo exactamente lo que le dijeron. Cuando Bruto llegó a la ciudad de Regium Lepidum, al noroeste de Mutina, fue recibido con alborozo. Como indicaba el nombre del lugar, era un crisol de clientes de los Emilios Lépidos y, naturalmente, se le ofrecieron para combatir si así lo deseaba; pero antes de que Bruto pudiera contestarles, Geminio y sus cinco escuadrones de caballería cruzaron las puertas y en el foro de Regium Lepidum éste acusó a Bruto de traidor a Roma, juzgándole y cortándole la cabeza.

La cabeza de Bruto fue enviada a Mutina con un conciso mensaje de Geminio, diciendo que le había sorprendido organizando una insurrección y que tenía la impresión de que la Galia itálica no estaba muy segura.

Y Pompeyo envió el siguiente informe al Senado:

*De momento considero deber mío guarnecer con mis dos legiones de veteranos la Galia itálica. Las tropas que mandaba Bruto las desmovilicé*

*por desleales, pero sólo las castigué quitándoles las armas y la coraza, Y sus dos águilas, naturalmente. Considero la conducta de Regium Lepidum síntoma del descontento general al norte de la frontera, y espero que ello explique por qué me quedo.*

*No envió la cabeza del traidor Bruto con este informe de mis servicios porque en el momento de su muerte era gobernador con imperium prepretoriano, y no creo que el Senado quiera exhibirla en los rostra. Pero he enviado la cabeza y las cenizas a su viuda. Espero haber obrado correctamente. No tenía intención de ejecutar a Bruto, pero él se lo buscó.*

*Ruego con todo respeto que se me prorrogue el imperium de momento. Puedo desempeñar una función útil aquí en la Galia itálica, conservando la provincia para el Senado y el pueblo de Roma.*

El Senado, bajo la habilidosa guía de Filipo, declaró sacer a los que habían tomado parte en la rebelión de Lépido, pero como aún eran patentes los horrores de la proscripción, no se tomaron represalias contra sus familias. La viuda de Marco Junio Bruto, con el tarro de arcilla que contenía las cenizas en el regazo, podía estar tranquila. El futuro de su hijo de seis años no corría peligro, aunque de ella dependería que no se concitasen contra él los odios políticos cuando fuese mayor.

Servilia contó al niño la muerte del padre de un modo que le dio a entender que jamás debería admirar ni ayudar al asesino Cneo Pompeyo Magnus, el advenedizo picentino. El niño la escuchó, asintiendo muy serio con la cabeza y sin dar muestra alguna de si le entristecía saberse huérfano.

No había entrado en la etapa de crecimiento rápido, y era todavía un niño de piernas delgadas que hacía pucheros. De pelo y ojos muy negros, y piel cetrina, tenía ya un cierto atractivo que su querida mamá conceptuaba belleza, y su tutor hacía elogios de lo bien que leía, escribía y calculaba (si bien callaba que el pequeño Bruto carecía de cualidades originales y de imaginación). Naturalmente, Servilia no tenía intención de enviarle a la escuela con otros niños; era demasiado sensible, demasiado inteligente, demasiado precioso, y podían quitárselo.

Sólo tres miembros de su familia habían venido a darle el pésame, aunque dos de ellos no eran en puridad parientes próximos.

Después de morir los padres, abuelos y tías de Servilia, la única persona de relación consanguínea, el tío Mamerco, había puesto los seis huérfanos de su hermano a cargo de una prima de Servilio Cepión y su madre. Esas dos mujeres, Cnea y Porcia Liciniana, fueron las que acudieron a visitarla, cortesía que a Servilia le sobraba. Cnea, que le recordaba el agrio y mudo dominio de su despótica madre, seguía casi con treinta años con el mismo pecho liso de su adolescencia, y Porcia Liciniana dominó la conversación como había hecho toda la vida.

—Bien, Servilia, nunca pensé que te vería viuda tan joven, y lo siento —dijo aquella mujerona—. Siempre me pareció extraño que Sila no incluyera a tu esposo y a su padre en las listas de proscritos, aunque supuse que era en deferencia para contigo. Habría estado fuera de lugar incluso para Sila proscribir al suegro de su propia sobrina, pero, en realidad, hubiera debido ser así. El viejo Bruto fue acérrimo partidario de Cayo Mario y de Carbón. Debió de ser el matrimonio de su hijo lo que les salvó a los dos, y era de esperar que el hijo aprendiese la lección, ¿no crees? Pues no, se le ocurre apoyar a ese idiota de Lépido. Cualquiera con un poco de sentido común habría podido darse cuenta de que era una opción absurda.

—Bastante —comentó cortésmente Servilia.

—Yo también lo siento —dijo Cnea con brusquedad, para poner su granito de arena.

Pero la mirada que Servilia dirigió a la pobre criatura no expresaba cariño ni compasión; Servilia la despreciaba, aunque no la odiase tanto como a su madre.

—¿Que harás ahora? —inquirió Porcia Liciniana.

—Casarme otra vez lo antes posible.

—¡Casarte de nuevo! Eso no está bien para una mujer de tu rango. Yo me quedé viuda y no volví a casarme.

—Me imagino que nadie te lo propondría —dijo Servilia sin alzar la voz.

Pese a su insensibilidad, Porcia Liciniana advirtió la causticidad del comentario y se puso en pie muy digna.

—He cumplido con mi deber y te he dado el pésame —dijo—. Anda, Cnea, vámonos ya. No estorbemos a Servilia en su búsqueda de un nuevo marido.

—¡Vete con viento fresco, vieja verpa! —dijo Servilia cuando hubieron salido.

Tan indeseada como Porcia Liciniana y Cnea fue la tercera visita que tuvo poco después: el más joven de los seis huérfanos, Marco Porcio Catón, era hermanastro de Servilia por parte de madre, hermana de Druso y Mamercio.

—Mi hermano Cepio hubiera debido venir —dijo el joven Catón con su voz dura y desagradable—, pero está fuera de Roma con el ejército de Catulo; es contubernalis, si sabes lo que significa el término.

—Lo sé —contestó Servilia sin alzar la voz.

Pero la insensibilidad de Porcia Liciniana no era nada comparada con la de Marco Porcio Catón, y éste no captó la ironía. Tenía ya dieciséis años, pero seguía viviendo con Cnea y su madre, igual que su hermana Porcia, pues hacía tiempo que Mamercio había vendido la casa de Druso por ser muy grande y ahora vivían todos en la del padre de Catón.

Aunque el enorme tamaño de su aguilena nariz impedía que pudiera calificársele de guapo, Catón era un joven muy atractivo de cutis claro y anchos hombros; sus grandes y expresivos ojos eran de color gris claro con una espesa cabellera castaño rojiza y una boca bonita. No obstante, para Servilia era un monstruo sin paliativos, una persona ruidosa, lerda, insensible, y tan pendenciero, que había sido un tormento para su gemelo mayor desde que comenzó a andar y a hablar.

Les separaban diez años y distinto padre, pero aún había más. Servilia era una patricia de familia cuyo origen se remontaba a la época de los reyes de Roma, mientras que la rama de la familia de Catón procedía de una esclava celtíbera, Salonia, que había sido la segunda mujer de Catón el Censor. Para Servilia, esa mancha que la madre había arrojado sobre ella y la familia de su marido era intolerable, y era incapaz de ver a ninguno de

sus tres hermanos más jóvenes sin apretar los dientes de rabia y vergüenza. Ante Catón demostraba estos sentimientos, mientras que ante Cepio, que se suponía era auténticamente hermano suyo (aunque ella sabía que no), los ocultaba. Por decencia. ¡Maldita decencia!

No es que Catón sintiese complejo social alguno; él estaba muy orgulloso de su bisabuelo el censor y consideraba impecable su ascendencia; como los nobles romanos habían olvidado el segundo matrimonio de Catón el Censor (basándose en que había sido una venganza contra el hijo esnob que había tenido de su primera esposa, una Licinia), el joven Catón tenía esperanzas de llegar al Senado y muy posiblemente al consulado.

—Al final, tío Mamerco no te eligió un buen marido —dijo Catón.

—No estoy de acuerdo —respondió Servilia—. Me convenía. Al fin y al cabo era un Junio Bruto; plebeyo quizá, pero totalmente noble por ambas partes.

—¿Es que nunca vas a entender que el linaje es mucho menos importante que los actos de la persona? —replicó Catón.

—Es mucho más importante.

—¡Eres una esnob insoportable!

—Sí, lo soy; y doy gracias a los dioses por ello.

—Estropearás a tu hijo.

—Eso está por ver.

—Cuando sea un poco mayor, ya me encargaré de él para borrarle todas las pretensiones sociales.

—Por encima de mi cadáver.

—¿Cómo vas a impedírmelo? ¡No vas a tener al niño pegado a tus faldas toda la vida! Como es huérfano yo estoy in loco parentis.

—Por poco tiempo. Pienso volver a casarme.

—¡Volver a casarse es impropio de una noble romana! Creí que ibas a emular a Cornelia, la madre de los Gracos.

—No soy tonta. Una noble de ascendencia patricia debe tener esposo para asegurarse la preeminencia. Y un esposo tan noble como ella.

Él soltó una estentórea carcajada.



—¿Quieres decir que vas a casarte con un bufón linajudo como Druso Nerón?

—Mi hermana Lilla es quien va a casarse con Druso Nerón.

—¡Muy oportuno! Y eso que no se gustan.

—Harán lo que les digan, conforme está dispuesto.

—Seré yo quien se case con la hija de tío Mamerco —dijo Catón con aire de suficiencia.

Servilia le miró con aire despreciativo.

—¡Tú no! Emilia Lépidia está prometida hace años a Metelo Escipión, de cuando el tío Mamerco estaba con Pío, su padre, en el ejército de Sila. ¡Tú, Catón, comparado con Metelo Escipión, eres una seta!

—Es igual. Emilia Lépidia estará prometida a Metelo Escipión, pero no le ama; se pelean constantemente, y cuando está triste ¿a quién acude ella? ¡A mí, naturalmente! ¡Pierde cuidado, que me casaré con ella!

—¿No hay nada bajo el sol capaz de quebrantar tu increíble engreimiento? —inquirió ella.

—Si lo hay no me consta —replicó él imperturbable.

—No te preocupes, que surgirá.

Otra risotada.

—¡Eso esperas!

—No espero; estoy segura.

—Mi hermana Porcia ya está comprometida —añadió Catón para no cambiar de tema.

—Con un Ahenobarbo sin duda. ¿El joven Lucio?

—Exacto; el joven Lucio. ¡Me gusta! Es una persona que sabe pensar.

—Un advenedizo casi tan fatuo como tú.

—Me marchó —dijo Catón levantándose.

—¡Vete con viento fresco! —volvió a decir Servilia, pero esta vez a la cara.

Así fue como Servilia fue a su cama vacía aquella noche, sumida en una mezcla de tristeza y decisión. Así que no aprobaban su intención de volver a casarse; la consideraban una fuerza acabada, ¿verdad?

—¡Pues se equivocan! —exclamó en voz alta antes de rendirse al sueño.

Por la mañana fue a ver a tío Mamerco, con quien siempre se había llevado muy bien.

—Eres el albacea del testamento de mi esposo —dijo—. Quiero saber qué sucede con mi dote.

—Sigue siendo tuya, Servilia, pero ahora que eres viuda no la necesitarás. Marco Junio Bruto te ha dejado lo suficiente para vivir cómodamente, y su hijo es un niño muy rico.

—No pienso seguir viviendo sola, tío. Quiero volver a casarme si me encuentras un esposo conveniente.

—Rápida decisión —comentó Mamerco sin salir de su asombro.

—No hay por qué demorarlo.

—Han de pasar nueve meses para que puedas volver a casarte, Servilia.

—Tiempo de sobra para que me encuentres marido —replicó la viuda—. Que sea por lo menos de tan buena cuna y fortuna como Marco Junio, pero preferiblemente algo más joven.

—¿Cuántos años tienes tú?

—Veintisiete.

—¿Quieres alguien de unos treinta?

—Una edad ideal, tío Mamerco.

—No un cazafortunas, claro.

—¡No un cazafortunas! —contestó ella enarcando las cejas.

—De acuerdo, Servilia —dijo Mamerco sonriente—. Comenzaré a buscar. No será difícil. Tu linaje no puede ser mejor, tienes una dote de doscientos talentos y eres fértil. Y tu hijo no será una carga financiera ni para tu esposo ni para ti. ¡Sí, creo que te encontraremos algo que esté bien!

—Por cierto, tío —dijo ella cuando se levantaba—, ¿te has dado cuenta de que el joven Catón ha echado el ojo a tu hija?

—¿Qué?

—Catón ha echado el ojo a Emilia Lépidia.

—¡Si está prometida a Metelo Escipión!

—Eso le dije yo, pero él no parece considerarlo un impedimento. Yo no creo que Emilia Lépidia tenga pensado cambiar a Metelo Escipión por

Catón, pero no cumpliría con mi deber si no te informara de lo que va diciendo Catón por ahí.

—Son buenos amigos, es cierto —dijo Mamerco con aire de preocupación—, ¡pero tiene exactamente la misma edad que Emilia Lépidia! Generalmente a las chicas no les interesan muchachos de su misma edad.

—Te repito que no sé lo que a ella le interesa. Lo Único que te digo es que a Catón le interesa ella. ¡Córtalo de raíz, tío, córtalo de raíz!

«¡Así aprenderás, Marco Porcio Catón!», se dijo Servilia para sus adentros al salir a la tranquila calle del Palatino donde vivían Mamerco y Cornelia Sila. ¿Cómo has osado pretender a la hija de tío Mamerco, patricia por los dos costados?

Y llegó a su casa, muy satisfecha de sí misma. En muchos aspectos, no lamentaba que la vida le hubiese reservado el destino de viuda; aunque cuando se casó con Marco Junio Bruto no era muy mayor, los ocho años de matrimonio le habían avejentado a sus ojos, y ella había comenzado a desesperar de tener más hijos. Un varón ya estaba bien, pero las hijas también servían; con una buena dote podían encontrar un buen marido que fuese políticamente útil para el hijo varón. Si, la muerte de Bruto había sido una sorpresa, pero no la afligía.

El mayordomo en persona le abrió la puerta.

—¿Qué sucede, Dito?

—Tenéis visita, domina.

—¡Después de tantos años, griego idiota, deberías saber anunciar las visitas de otro modo! —le espetó ella, complaciéndose en el súbito temor que le asaltaba—. ¿Qué visita?

—Dijo que era Décimo Junio Silano, señora.

—Dijo que era Décimo Junio Silano. O es quien dice que es o no lo es. ¿Quién es, Epafrodito?

—Es Décimo Junio Silano, señora.

—¿Le has hecho pasar al despacho?

—Sí, señora.

Y allí se dirigió sin quitarse la negra palla, frunciendo el ceño para enfrentarse con aquel Décimo Junio Silano. La misma famosa familia de su

difunto marido, pero de una rama con el cognomen de Silano porque el primero de la estirpe llamado así no era feo como el impúdico rostro del Silano que arrojaba el agua en todas las fuentes de Roma, sino un hombre guapo. Con la misma fama que los Memmios, los Junio Silanos seguían siendo hombres muy bien parecidos.

—Venía— dijo él, tendiendo la mano a la viuda a darte el pésame y ofrecerte la ayuda que puedas necesitar. Me imagino que estarás muy apenada —concluyó con poca convicción, ruborizándose.

Evidentemente, por el rostro no se le podía confundir más que con un Junio Silano, pues era rubio, de ojos azules y de una guapura impresionante. A Servilia le gustaban los rubios guapos. Puso su mano en la de él el tiempo preciso, y se volvió para quitarse la palla y dejarla en el respaldo de la silla de su difunto, quedándose con el negro vestido. Era un color que le iba bien por su cutis claro, pero sus ojos y el pelo eran tan azabache como sus galas de viuda. También tenía buen gusto y se vestía con estilo y sencillez, y al joven le pareció tan perfecta de carne y hueso como se lo había parecido en el recuerdo.

—Décimo Junio, ¿no nos conocemos? —inquirió, haciéndole seña para que se sentase en el sofá, mientras ella se acomodaba en una silla.

—Si, Servilia, pero de hace años. Nos vimos en una cena en casa de Quinto Lutacio Catulo antes de que Sila fuese dictador. No hablamos mucho, pero recuerdo que hacía poco que habías tenido un hijo.

—¡Ah, claro! —exclamó ella recordándolo—. Excusa mi descortesía, pero es que me han sucedido tantas cosas desde entonces... —añadió, llevándose una mano a la cabeza con gesto de tristeza.

—No te preocupes —contestó él afable, sentándose sin decir nada más ni quitarle ojo.

Ella tosió delicadamente.

—¿Te apetece un poco de vino?

—No, gracias.

—Ya veo que no has traído a tu esposa, Décimo Junio. ¿Se encuentra bien?

—No tengo esposa.

—¡Oh!

Tras su rostro hermético e impenetrable los pensamientos acudían en avalancha. ¡Gustaba a aquel hombre! ¡No había la menor duda: le gustaba! Y hacía años, por lo visto. Y era un hombre honorable. Sabiendo que estaba casada, no había osado cultivar su amistad ni la de su esposo, y ahora que era viuda quería ser el primero y sin rivales. Era de muy buena cuna, sí, pero ¿y fortuna? Era el hijo mayor, ya que tenía el mismo nombre de Décimo; si, Décimo era el nombre del primogénito de los Junio Silanos. Tendría unos treinta años; edad adecuada. ¿Sería rico? Había que averiguarlo.

—¿Estás en el Senado, Décimo Junio?

—Entraré este año. Soy cuestor urbano.

¡Estupendo! Al menos estaba en el censo senatorial.

—¿Dónde están tus tierras, Décimo Junio?

—Oh, aquí y allá. Mis principales propiedades están en Campania: veinte mil iugera frente al Volturnus, entre Telesia y Capua. Pero tengo fincas ribereñas en el Tíber, una buena finca en el golfo de Tarentum, una villa en Cumas y otra en Larinum —contestó él de buen grado, dispuesto a impresionarla.

Servilia se reclinó imperceptiblemente en la silla y lanzó un discretísimo suspiro. Era rico. Muy rico.

—¿Cómo está tu hijito? —preguntó él.

El niño: su auténtica obsesión; algo que no podía ocultar y que le asomaba a los ojos e inundaba su rostro con una pasión que contrastaba con sus enigmáticos rasgos.

—Echa de menos a su padre, pero creo que comprende —respondió.

Décimo Junio Silano se puso en pie.

—Tengo que irme, Servilia. ¿Puedo volver a verte?

Sus suaves párpados de pobladas pestañas negras velaron sus ojos, y sus mejillas se arrebolaron ligeramente, al tiempo que una sonrisa elevaba las comisuras de sus labios.

—Te lo ruego, Décimo Junio. Será un verdadero placer —contestó.

¡A fastidiarse, Porcia Liciniana!, dijo para sus adentros, pletórica, mientras despedía al visitante a la puerta de la casa. ¡He encontrado marido, y eso que no hace un mes que soy viuda! ¡Ay, cuando se lo diga a tío Mamerco!

En una carta, escrita un mes después de la muerte de Marco Junio Bruto, Lucio Marcio Filippo decía a Cneo Pompeyo Magnus:

*Es cierto que estamos en la segunda parte del año, pero hay que tener en cuenta que las cosas van bastante bien. Esperaba haber podido retener permanentemente en Roma a Mamerco, pero al llegar noticia de que habían muerto Bruto y Lépido, dijo que su papel como príncipe del Senado no le obligaba a seguir en Roma y pidió a la Cámara permiso para preparar la guerra contra Sertorio. Nuestras cabras senatoriales no tardaron en convertirse en borregos y concedieron a Mamerco las cuatro legiones de Catulo que seguían movilizadas en Capua en espera de licenciamiento. Me apresuro a decirte que Catulo está muy satisfecho de su campaña contra Lépido; se ha ganado (inmerecidamente) una imponente fama militar sin tener que salir del campo de Marte, y ha instado al Senado a que conceda a Mamerco la gobernación de la Hispania Citerior y el mando de la campaña contra Sertorio.*

*Es posible que Mamerco sea el hombre que precisa Hispania. Por consiguiente, tengo que hacer lo que sea para que no llegue allí. Voy a procurarte una misión especial en Hispania antes de que Lúculo pueda regresar de África. Afortunadamente, creo que dispongo del instrumento adecuado para frustrar las ambiciones de Mamerco. Es —un hombre, naturalmente— uno de los veinte cuestores de este año, un tal Cayo Elio Estaeno. ¡En el sorteo le tocó nada menos que el ejército del cónsul! En otras palabras, está en Capua al servicio de Catulo desde que asumió el cargo, y luego servirá a las órdenes de Mamerco.*

*¡Es realmente difícil encontrar un villano de más confianza, mi querido Magnus! Más que Cayo Verres, que, después de condenar a destierro al*

*joven Dolabela testificando en contra de él en el proceso en que hizo de abogado acusador el joven Escauro, ahora se pasea por Roma prometido a Cecilia Metela, ¡figúrate! La hija de Metelo Caprario y hermana de esos tres jóvenes arribistas que son, ¡ay!, lo mejor que los Cecilios Metelos han dado al mundo en esta generación. Qué denigrante.*

*Bien, mi querido Magnus, he entrado en contacto con este villano y me he asegurado sus servicios. No hemos hablado de cantidades concretas, pero no será barato. Sin embargo, hará lo que haya que hacer, de eso estoy seguro. Su plan consiste en fomentar un motín entre las tropas en cuanto Mamerco lleve en Capua el tiempo suficiente para que parezca que es el responsable. Le indiqué que esas tropas son veteranos de Sila y que no creía que se volviesen contra el yerno de su querido dictador, pero Estaeno se rió de mis reparos. Mis recelos se disiparon al oírle reír con tantas ganas y confianza. Además, hay que decir que pueden esperarse grandes cosas de una persona que ha arreglado su propia adopción por los Elios y hace que la gente le llame Paetus en vez de Estaeno. Causa buena impresión a todos, pero sobre todo a los de clase baja, a quienes les entusiasma y enfebrece con su estilo oratorio.*

*Esto era lo que había hasta que encontré a Estaeno para frustrar el mando de Mamerco; pero desde entonces he cambiado de táctica y presiono para que lo tome, y cada vez que le veo le pregunto por qué sigue en Roma en vez de irse a Capua para adiestrar a sus tropas. Creo que podemos estar seguros de que, a más tardar en septiembre, Mamerco tendrá que vérselas con un motín. En cuanto tenga noticia de ello, comenzaré a reclamar al Senado que recurra a la cláusula del mando especial.*

*Afortunadamente, las cosas van de mal en peor en Hispania y eso facilitará mi tarea. Así que ten paciencia y sé optimista, mi querido Magnus. Llegará el día, este mismo año, en que cruces los Alpes antes de que las nieves lo impidan.*

El motín que estalló a poco de comenzar el mes de sextilis fue perfectamente planeado por Cayo Elio Estaeno, pues no fue cruento ni

violento, y surgió con tal espontaneidad que su víctima, Mamerco, no quiso aplicar castigo a la tropa. Una delegación fue a decirle con total firmeza que las legiones no querían ir a Hispania al mando de ningún general que no fuese Cneo Pompeyo Magnus, porque creían que sólo él podía derrotar a Quinto Sertorio.

—Y quizá tengan razón —dijo Mamerco con toda sinceridad al Senado cuando acudió a Roma a informar—. Confieso que no se lo reprocho. Han sido muy respetuosos. Los veteranos con su experiencia tienen buen olfato, y no puede alegarse que no me conocen. Si ellos creen que soy incapaz de vencer a Quinto Sertorio, yo mismo debo dudarlo. Si creen que Cneo Pompeyo es el único capaz de hacerlo, habrá que pensar si no será cierto.

Aquellas palabras sinceras y tranquilas causaron tal impresión en los senadores, que no se produjeron arrebatos de indignación ni hubo lugar a debate. Así, Filipo pudo intervenir más fácilmente.

—Padres conscriptos —comenzó diciendo en tono afectuoso—, ha llegado la hora de que hagamos inventario de la situación en Hispania sin apasionamientos ni prejuicios. ¡Cuán sedante y enaltecedora experiencia ha sido para mí escuchar a nuestro muy querido e inteligente segundo cónsul, nuestro príncipe del Senado, Mamerco Emilio Lépidio Liviano! Yo voy a continuar en el mismo tono mesurado y reflexivo.

Dio una vuelta sobre sí mismo, mirando a todos los rostros a que alcanzaba desde su posición en la primera fila de la izquierda.

—Los primeros éxitos de Quinto Sertorio después de regresar a Hispania para unirse a los lusitanos hace tres años y medio son comprensibles. Hombres como Lucio Fufidio no supieron contenerle y le presentaron batalla precipitadamente. Cuando nuestro pontífice máximo, Quinto Cecilio Metelo Pío, llegó para gobernar la Hispania Ulterior, y su colega Marco Domicio Calvino llegó para gobernar la Hispania Citerior, sabíamos que Quinto Sertorio iba a ser difícil de derrotar. Fue entonces, en aquella primera campaña de verano, cuando el legado de Sertorio, Lucio Hirtuleyo, atacó a las seis legiones de Calvino con tan solo cuatro mil hombres y le infligió una derrota. Calvino murió en el campo de batalla, igual que la mayoría de sus hombres. A continuación, Sertorio fue a



combatir a Pío, pero prefirió atacar a su estimable legado Thorio, muriendo Thorio en el campo de batalla y quedando sus tres legiones malparadas. Nuestro querido Pío se vio obligado a retirarse a sus cuarteles de invierno en Olisipo del Tajo, perseguido por Sertorio.

»Al año siguiente —es decir, el año pasado— no hubo grandes batallas. ¡Pero tampoco grandes éxitos! Pío pasó el tiempo tratando de librarse de las garras de Sertorio, mientras que Hirtuleyo recorría la Hispania central y afianzaba la influencia de Sertorio entre las tribus celtibéricas. Ya se había ganado Sertorio a los lusitanos, y en ese momento casi toda Hispania estaba a punto de ponerse de su parte, salvo las tierras entre el río Betis y las montañas de Orospeđa, en donde Pío había concentrado sus fuerzas para atraerle.

»Pero el gobernador del pasado año de la Galia Transalpina, Lucio Manlio, pensó que podía asestar un golpe a Sertorio y cruzó los Pirineos con cuatro legiones. Hirtuleyo le presentó batalla en el río Iberus, causándole tan aplastante derrota que Lucio Manlio hubo de retirarse sin dilación a su provincia, en la que no tardó en ver ¡que corría peligro!, pues Hirtuleyo le persiguió y le derrotó por segunda vez.

»Este año tampoco nos ha sido favorable, padres conscriptos. La Hispania Citerior aún no tiene gobernador, y en la Ulterior gobierna con una prórroga Pío, que no ha cruzado el Betis ni ha avanzado al norte de Orospeđa. Sin encontrar resistencia, Quinto Sertorio cruzó el paso de Consabura de la Hispania Citerior y ha fijado su capital en Osca, pues ha tenido la audacia de organizar la ocupación de las provincias de Roma según el modelo romano. Tiene una capital y un Senado... incluso una escuela en la que pretende que los hijos de los caudillos bárbaros aprendan latín y griego para que ocupen debidamente los cargos de magistrados en esa Hispania que quiere suya. Sus magistrados ostentan títulos romanos, su senado consta de trescientos miembros. Y ahora se le ha unido Marco Perpena Vento con las tropas de Lépido que lograron escapar de Cerdeña.

Nada de lo que exponía era nuevo ni desconocido, pero nadie lo había dicho en unas frases sucintas y desapasionadas. Se oyó un suspiro general y los senadores permanecieron en sus sillas abatidos.

—¡Padres conscriptos, tenemos que enviar un gobernador a la Hispania Citerior! Lo intentamos, pero Lépido impidió la marcha de Quinto Lutacio, y un motín ha impedido la marcha de nuestro príncipe del Senado. Me resulta evidente que el gobernador ha de ser un hombre de singular calidad. Sus obligaciones serán, en primer lugar, hacer la guerra y después gobernar. De hecho, su obligación casi exclusiva será hacer la guerra. De las catorce legiones que fueron con Pío y Calvino hace dos años y medio, puede que queden siete, todas ellas con Pío en la Hispania Ulterior. La Hispania Citerior está guarnecida... por Quinto Sertorio. No hay nadie en esa provincia que le haga frente.

»El que enviemos a la Hispania Citerior deberá ir con un ejército... no podemos quitarle tropas a Pío. Y el núcleo de ese ejército lo tenemos en Capua: cuatro buenas legiones integradas por veteranos de Sila, que se han negado a marchar a Hispania si no es al mando de Cneo Pompeyo Magnus, que no es senador pero sí caballero.

Filipo hizo una larga pausa, inmóvil, para que sus últimas palabras causaran efecto, y cuando reanudó el discurso lo hizo con voz más apremiante, más práctica.

—Entonces, queridos colegas, tenemos una sugerencia, gentilmente expresada por el ejército de Capua: Cneo Pompeyo Magnus. No obstante, la ley de Lucio Cornelio Sila estipula que tenga prioridad de mando alguien del Senado dispuesto a recibirlo, y que esté militarmente calificado para ejercerlo. Quiero ver si existe tal hombre en esta Cámara.

Se volvió hacia el estrado curul y miró al primer cónsul.

—Décimo Junio Bruto, ¿quieres el mando?

—No, Lucio Marcio, no lo quiero. Soy demasiado mayor y poco hábil.

—¿Mamerco?

—No, Lucio Marcio. Mi ejército está descontento.

—¿Pretor urbano?

—Aunque mi magistratura me permitiese dejar Roma más de diez días, no lo querría —contestó Cneo Aufidio Orestes.

—¿Pretor de extráñeros?

—No, Lucio Marcio, no lo quiero —contestó Marco Aurelio Cotta.

Y tras él, otros seis pretores lo rehusaron.

Filipo se volvió a las primeras filas y comenzó a preguntar a los consulares.

—¿Marco Tulio Decula?

—No.

—¿Quinto Lutacio Catulo?

—No.

Y así uno tras otro.

Filipo se hizo a si mismo la pregunta y contestó:

—¡No, no lo quiero! Soy demasiado viejo, demasiado gordo... y militarmente inepto.

Luego miró a uno y otro lado de la Cámara y preguntó:

—¿Hay alguien que se considere capaz de tomar el mando? ¿Qué dices tú, Cayo Escribonio Curio?

A Curio le hubiera encantado decir si, pero le habían comprado y contestó:

—No.

Había un senador muy joven que a duras penas permanecía sentado, apoyado en las manos y mordiéndose la lengua para callar, porque sabía que Filippo jamás aprobaría su nombramiento. Cayo Julio César no quería llamar la atención sobre su persona hasta no tener alguna posibilidad de victoria.

—Entonces —añadió Filippo— volvemos al mando especial y a Cneo Pompeyo Magnus. Vosotros mismos habéis oído cómo me he descalificado. Ahora bien, puede que entre los senadores y promagistrados que se encuentren en el extranjero haya alguno adecuado. ¡Pero no hay tiempo que perder! ¡Hay que hacer frente a la situación ahora mismo o perderemos las dos provincias de Hispania! ¡Y para mí está bien claro que el único hombre disponible y adecuado es Cneo Pompeyo Magnus! No es senador, sino caballero; pero está en el ejército desde los dieciséis años, y desde los veinte ha mandado sus propias legiones una batalla tras otra. Nuestro llorado Lucio Cornelio Sila le prefirió a otros. ¡Y con justicia! El joven Pompeyo Magnus tiene experiencia, talento, buenas tropas de soldados veteranos, y le anima el mejor interés por Roma.

»Disponemos del instrumento constitucional para nombrar a este joven gobernador de la Hispania Citerior con imperium proconsular y autorizarle a mandar las legiones que creamos necesario, prescindiendo de su condición de caballero. Sin embargo, yo solicitaría que no se le otorgue ese mando especial de modo que parezca que ya ha servido como cónsul. Que no se le califique de pro consule sino de pro consulibus; no cónsul tras un año en el cargo, sino en nombre de los cónsules del año. Así será consciente en todo momento de la naturaleza de su encargo especial.

Filipo se sentó, y Décimo Junio Bruto, el primer cónsul, se puso en pie.

—Miembros de la Cámara, propongo una votación. Los que estén a favor de otorgar un mando especial con imperium proconsular y seis legiones a Cneo Pompeyo Magnus, caballero, que se sitúen a mi derecha. Los que se opongan, que se coloquen a mi izquierda.

Nadie se situó a la izquierda de Décimo Bruto, ni siquiera el joven senador Cayo Julio César.

## **Sexta parte**

**SEPTIEMBRE DEL 77 A. DE J.C. - INVIERNO DEL 72 - 71  
A. DE J.C.**

No había nadie con quien Pompeyo pudiese compartir la noticia cuando le llegó a Mutina la carta de Filipo, ni nadie cuando llegó el decreto del Senado en los idus de sextilis. Aún estaba intentando convencer a Varrón de que la expedición a Hispania era tan interesante como beneficiosa para un superdotado capaz de grandes empresas, pero las respuestas de Varrón a sus misivas eran tibias. Los hijos de Varrón habían alcanzado una edad ideal, y él no tenía ganas de ausentarse de Roma durante una más que previsible larga temporada.

El nuevo procónsul, sin haber sido cónsul, estaba muy bien preparado y sabía exactamente cómo iba a actuar. En primer lugar, escribió al Senado informándole de que tomaría el mando de tres de las cuatro legiones que habían sido de Catulo y luego de Mamerco, y añadiría tres legiones de sus veteranos. Sin embargo, decía, la clase de guerra que Metelo Pío hacía en la Hispania Ulterior no era de índole agresiva y desde los primeros días de su mandato el grueso de las operaciones se había trasladado a la provincia Citerior; por consiguiente, solicitaba que el Senado ordenase a Metelo Pío ceder una de sus legiones a Pompeyo. Su valioso cuñado, Cayo Memmio, era ya tribuno militar con Metelo Pío, y al año siguiente tendría ya edad para ser cuestor; ¿era posible que Cayo Memmio fuese nombrado cuestor in absentia y se incorporase como cuestor al estado mayor de Pompeyo en la Hispania Citerior?

El consentimiento del Senado (hábilmente manipulado por Filipo) llegó antes de que Pompeyo partiera de Mutina, corroborando su convicción de que cualquier cosa que pidiera se la concederían. Padre de un hijo de casi dos años y de una hija nacida a primeros de año, Pompeyo dejó a Mucia Tercia en su fortaleza de Piceno, dando orden de que no fuese a Roma durante su ausencia. Esperaba una larga campaña y no quería exponer a tentaciones a su hermosa y enigmática esposa.

Aunque ya había movilizado mil soldados de caballería de sus propias unidades, tenía la intención de incrementar el número reclutando jinetes en la Galia Transalpina, uno de los principales motivos por los que prefería ir a

Hispania por tierra. Además, no le gustaba el mar y no confiaba en los barcos para llegar a su nueva provincia, a pesar de que los vientos de invierno eran favorables.

Había consultado todos los mapas y hablado con todos los comerciantes y viajeros de la ruta terrestre hacia Hispania, y sabía que la vía Domicia presentaba inconvenientes, pues cuando Marco Perpena Vento la había cruzado con los restos del ejército de Lépido en Cerdeña para encaminarse desde Liguria a Hispania, se había recreado en causar el mayor daño posible a Roma, y en consecuencia había soliviantado contra ella a las principales tribus de la Galia Transalpina: helvecios, voconcios, saluvios y volscos arecomici.

Lo peor del levantamiento de las tribus galas era el retraso que sufriría camino de Hispania a través de un territorio hostil lleno de pobladores muy belicosos. Pompeyo no dudaba de lograr cruzarlo, pero quería a toda costa llegar a Hispania antes del invierno, pues si quería estar seguro de que Metelo Pío no ganaba la guerra contra Sertorio, no podía demorarse un año en llegar allí, cosa más que probable dado el estado levantisco de la Galia Transalpina. Todos los pasos de los Alpes los dominaban una u otra de las tribus sublevadas; los cazadores de cabezas saluvios ocupaban las alturas de los Alpes marítimos, los voconcios campaban por el valle del Druentia y el paso del monte Genava, los helvecios obstruían las alturas medias del valle del Rhodanus y los volscos arecomici se interponían en la vía Domicia en la zona a los pies del macizo central de las Cevennas.

Añadiría laureles a su frente si aplastaba todas aquellas insurrecciones de bárbaros, desde luego, pero no laureles de suprema calidad. Esos laureles estaban en el territorio de Sertorio. En tal caso, ¿cómo evitar el largo y arduo tránsito por la Galia Transalpina?

La respuesta ya la sabía antes de partir de Mutina a primeros de septiembre: evitaría la ruta habitual y abriría una nueva. El mayor de los afluentes norte del Padus era el Duna Maior, que descendía rugiente y veloz de los Alpes más altos, los que se alzaban entre el arco de la Galia itálica occidental y los lagos y ríos que irrigaban la Galia Comata, el lago Lemanna, el curso alto del Rhodanus y el poderoso río Rhenus que separaba

las tierras de los galos de las de los germanos. La hermosa hendidura socavada por el Duna Maior era conocida como el valle de los salassi por estar habitado por la tribu gala del mismo nombre; cuando treinta años atrás se había encontrado oro de aluvión en sus aguas y habían comenzado a acudir los buscadores romanos, aquellos bárbaros habían opuesto tan tenaz resistencia que nadie más había osado ir a explorar el curso fluvial más allá de la ciudad de Eporedia.

Pero se decía que en el fondo del valle de los Salassi había dos pasos en los Alpes Peninos. El primero era prácticamente un sendero de cabras que cruzaba las mayores alturas y descendía hasta el asentamiento llamado Octodurum, de la tribu de los veragros, para después seguir el alto curso del Rhodanus hasta desembocar en el extremo oriental del lago Lemanna; debido a que llegaba a más de tres mil metros de altura, era un paso sólo practicable en verano y a principios de otoño, pero demasiado peligroso para un ejército. El segundo paso discurría a una altura de unos dos mil trescientos metros, y permitía el tránsito de carros, aunque no estaba pavimentado ni tenía guarnición romana; llevaba, en dirección norte, hasta el nacimiento del río Isara y las tierras de los alóbroges para seguir el curso medio del Rhodanus. Era el camino que habían seguido en su huida los cimbros germanos tras su derrota en Vercellae a manos de Cayo Mario y Catulo César, aunque su avance había sido muy lento, y más adelante habían sido aniquilados por los alóbroges y los ambarri.

Ya durante la primera entrevista que sostuvo Pompeyo con un grupo de los salassi sometidos, había descartado la idea de utilizar el paso más alto, pero el más bajo le interesaba enormemente. Un camino cuya anchura permitía el paso de carros, por abrupto y peligroso que fuese, significaba que podía cruzarlo con las legiones y —esperaba— con la caballería. La estación estaba atrasada en un mes al calendario, así que cruzaría los Alpes a finales de verano si se ponía en marcha a primeros de septiembre, siendo mínimas las posibilidades de nevada incluso a dos mil trescientos metros. Decidió no llevar pertrechos en carro, confiando en poder abastecerse en Narbo y más adelante en la Galia; por lo tanto hizo acopio del mayor número posible de mulas para el transporte de la impedimenta.



—Vamos a avanzar aprisa, por difícil que sea el terreno —dijo a su ejército formado al amanecer del día de la marcha—. Cuantas menos noticias tengan los alóbroges de nuestra llegada, más posibilidades tendremos de no vernos empantanados en un combate que no deseo. Debemos alcanzar los Pirineos antes de que se halle cerrado el paso más bajo de Hispania. La Galia Transalpina pertenece moralmente a los Domicios Ahenobarbos, y por lo que a mí respecta pueden quedársela. ¡Necesitamos estar en la Hispania Citerior en invierno, y en la Hispania Citerior estaremos en invierno!

El ejército cruzó el paso de menor altura por el valle de los Salassi a finales de septiembre, encontrando muy pocos obstáculos en el propio camino y por parte de los pueblos de los alrededores. Y cuando Pompeyo descendió al valle del Isara y a las tierras de los fieros alóbroges, para éstos fue tan inesperado que blandieron inútilmente sus lanzas en dirección a la estela de polvo sin lograr darle alcance, y el ejército romano llegó hasta el Rhodanus sin encontrar resistencia organizada. Fueron los helvecios, que vivían en la orilla occidental del gran río, a los pies del macizo de las Cevennas, quienes presentaron batalla, pero resultaron presa fácil para Pompeyo, que derrotó a varios contingentes de guerreros y finalmente pidió y obtuvo rehenes con la promesa de un comportamiento pacífico. Los voconcios y los saluvios, que se atrevieron a bajar a las llanuras del Rhodanus, corrieron igual suerte, y lo mismo sucedió con los volscos arecomici que les atacaron después de cruzar la calzada de los pantanos entre Arelate y Nemausus. Salvado el último peligro, Pompeyo reagrupó los centenares de niños que había tomado como rehenes y los envió a Massilia para que los retuvieran allí.

Cruzó los Pirineos antes del invierno y halló un excelente lugar para establecer su campamento en tierras de los civilizados indicetes, cerca de la ciudad de Emporiae. Ya estaba en la Hispania Citerior. El procónsul que no había sido senador, y menos aún cónsul, se sentó para escribir al Senado contando sus aventuras desde la marcha de la Galia itálica, poniendo énfasis en el valor y audacia de abrir una nueva ruta a través de los Alpes, y en la facilidad con que había derrotado a las tribus galas.

Al faltarle los toques finales con que Varrón siempre adornaba su limitada prosa, Pompeyo escribió al otro procónsul, Metelo Pío el Meneítos, en la Hispania Ulterior.

*He llegado a Emporiae y he instalado el campamento de invierno. Voy a pasar el invierno endureciendo a mis tropas para la campaña del año que viene. Creo que el Senado te ha ordenado que me entregues una de tus legiones. Ahora mi cuñado Cayo Memmio habrá sido elegido cuestor y podrá traerme esa legión bajo su mando.*

*Evidentemente la mejor manera de derrotar a Quinto Sertorio es actuar de concierto. Por eso el Senado no nos ha nombrado superior y subordinado. Compartiremos el mando y actuaremos juntos.*

*He hablado mucho con gente que conoce Hispania y he ideado una buena estrategia para el año que viene. Sertorio no se atreve a penetrar en la Ulterior al este del Betis, porque está densamente poblada y romanizada y no hay tribus salvajes que simpaticen con su causa.*

*A ti te incumbe, Quinto Cecilio, cuidar la Ulterior y no hacer nada que provoque a Sertorio para que invada la provincia al este del Betis. Yo este año le expulsaré de la zona costera de la Citerior. No será una campaña ardua desde el punto de vista de los abastecimientos; en las zonas costeras hay zonas de buenas tierras con excelentes cultivos. En primavera descenderé hacia el sur, cruzaré el río Iberus y me dirigiré a Cartago Nova, que sigue en nuestras manos, aunque aislada del resto de la Citerior por las fuerzas de Sertorio. Cuando me una a Cayo Memmio en Cartago Nova volveremos a invernar en Emporiae, reforzando de paso las diversas ciudades costeras.*

*Al año siguiente expulsaré a Sertorio de la Hispania Citerior y le obligaré a retirarse hacia el suroeste, a tierras de los lusitanos. Al tercer año, Quinto Cecilio, juntaremos nuestros dos ejércitos y le aplastaremos en el Tajo.*

Cuando Metelo Pío recibió este comunicado a mediados de enero, se retiró a su despacho en la casa que ocupaba en la ciudad de Hispalis para estudiarlo a solas. Su contenido no era para reír, pero esbozó una amarga sonrisa, ignorando que Sila había recibido en cierta ocasión una carta no muy distinta, llena de abundante información sobre un país que el dictador conocía mucho mejor que Pompeyo. ¡Por los dioses, qué confianza en sí mismo tenía el joven Carnicero! ¡Y qué paternalista!

Tres años habían transcurrido desde que Metelo Pío y sus ocho legiones habían llegado a la Hispania Ulterior, tres años en que Sertorio había resultado mejor estratega y general que él. Nadie sentía más respeto por Quinto Sertorio y su legado Lucio Hirtuleyo que Metelo Pío el Meneítos. Y nadie mejor que él sabía lo difícil que iba a ser, incluso para Pompeyo, vencer a Sertorio y a Hirtuleyo. Por lo que a él respectaba, la tragedia radicaba en que Roma no le había dado tiempo. Según Esopo, los lentos pero constantes ganan la carrera; pero Metelo Pío era la quintaesencia de los lentos y constantes. Se había lamido las heridas y reorganizado sus fuerzas para compensar la pérdida de una legión, y a continuación se atrincheró en su provincia sin provocar a Sertorio. Y muy deliberadamente. Pues mientras aguardaba y reunía los informes del espionaje pormenorizando los movimientos de Sertorio, se dedicaba a reflexionar. No consideraba imposible derrotar a Sertorio; lo que sucedía es que creía que a Sertorio no se le podía derrotar con métodos militares ortodoxos, y estaba convencido de que la solución estribaba, al menos en parte, en establecer una red de espionaje más astuta y artera, una clase de red que impidiese que Sertorio se enterase de antemano de sus movimientos de tropas. Una cosa bien difícil, porque los indígenas eran la clave del espionaje suyo y del de Sertorio; pero no era imposible. Y en ese sentido estaba trabajando Metelo Pío.

Ahora Pompeyo irrumpía en el solar de Hispania con poderes del Senado (manipulado por Filippo) con igual imperium que él y muy seguro de su capacidad para eclipsar a Sertorio, a Hirtuleyo y a Metelo Pío. Bien, ya aprendería Pompeyo lo que Metelo Pío sabía perfectamente, aunque en aquel momento no estuviera dispuesto a escucharlo; cuestión de tiempo y

unas cuantas derrotas. Oh, no cabía duda de que el joven era valiente como un león, pero el Meneítos le conocía de cuando tenía dieciocho años, y también sabía que Sertorio era valiente como un león. Y lo más importante, era el héroe militar de Cayo Mario y conocía el arte de la guerra como pocos hombres en la historia de Roma. Pese a todo, Metelo Pío había comenzado a intuir la debilidad de Sertorio y estaba casi seguro de que ésta radicaba en su engreimiento. Si esas ideas regias y fantasiosas podían socavarse sería posible buscarle las vueltas.

Pero ahora no se las podía buscar porque iba a enfrentarse a él Cneo Pompeyo Magnus.

Entró su hijo, después de haber llamado debidamente, porque Metelo Pío era un acérrimo partidario del formalismo. Todos le conocían por Metelo Escipión (aunque en privado su padre le llamaba Quinto) y su nombre completo era majestuoso: Quinto Cecilio Metelo Pío Corneliano Escipión Nasica; con diecinueve años, había llegado el año anterior para incorporarse al estado mayor de su padre como contubernalis, y estaba muy contento de poder —igual que había sido el caso de su progenitor— hacer el servicio militar con su padre. El vínculo paterno no tenía la fuerza de la sangre, pues Metelo Pío había adoptado al hijo mayor de Licinia, la hermana de su esposa, casada con Escipión Nasica. El Meneítos no se explicaba por qué Licinia la mayor era una mujer fértil que había concebido varios hijos, mientras que su Licinia era estéril. Eran cosas que sucedían, y cuando sucedían el hombre se divorciaba de la mujer estéril o, si la amaba, como en su caso, adoptaba un hijo.

En términos generales, el Meneítos estaba satisfecho de la adopción, aunque tal vez hubiese deseado que el muchacho fuese un poquito más inteligente y mucho menos arrogante. Esto último era comprensible, porque Escipión Nasica era arrogante. Alto y bien hecho, Metelo Escipión mostraba una altanería que compensaba su absoluta falta de guapura. Tenía ojos azul-gris y un pelo muy claro, por lo que no se parecía en nada a su padre adoptivo. Y si algunos de sus contemporáneos decían (como el joven Catón) que Metelo Escipión andaba como si estuviera sintiendo un mal olor, la mayoría coincidía en admitir que tenía motivos para arrugar la nariz.

A los diez años había sido prometido en matrimonio a la hija de Mamerco y su primera esposa, una Claudia Pulcra, y, aunque los dos jóvenes regañaban mucho, él estaba tan enamorado de Emilia Lépidia como ella de él.

—Una carta de Cneo Pompeyo Magnus desde Emporiae —dijo Metelo Pío a su hijo, alzándola pero sin intención alguna de leérsela.

El gesto de superioridad de Metelo Escipión creció y lanzó un bufido.

—Qué ofensa, padre —dijo.

—En cierto modo, sí, Quinto, hijo mío. Pero lo que dice me ha levantado mucho el ánimo. Este brillante prodigio militar considera a Sertorio un zopenco con el que no tiene ni para empezar.

—Ah, ya —comentó Metelo Escipión, sentándose—. Pompeyo cree que arrollará a Sertorio en una sola campaña, ¿no?

—¡No, no, hijo! En tres campañas.

Sertorio había pasado el invierno en su nueva capital de Osca con su más valioso legado, Lucio Hirtuleyo, otro buen legado, Cayo Herenio, y el relativamente recién llegado Marco Perpena Vento.

A la llegada de Perpena las cosas se habían enturbiado, porque él había dado por sentado que el regalo de veinte mil infantes y mil quinientos jinetes seguiría bajo su mando.

—No puedo permitirlo —había dicho Sertorio.

—¡Son mis tropas, Quinto Sertorio! —había exclamado Perpena, furioso—. ¡Es de mi incumbencia su cuidado y su empleo! ¡Siguen siendo mías!

—¿Por qué actúas igual que Cepio el cónsul antes de la batalla de Arausio? —inquirió Sertorio—. ¡Ni lo pienses, Vento! ¡En España sólo hay un comandante en jefe y un cónsul. Yo!

Pero no había quedado ahí la cosa. Perpena sostenía y perjuraba que Sertorio no tenía derecho a negarle igual categoría ni a quitarle el ejército.

Luego Sertorio lo planteó ante el Senado.

—Marco Perpena Vento quiere hacer la guerra a Roma en Hispania por su cuenta y con rango igual al mío. No quiere aceptar mis órdenes ni seguir

mi estrategia. Yo os pido, padres conscriptos, que le comunicéis que se subordine a mi o se marche de Hispania.

El Senado de Sertorio así se lo comunicó a Perpena, pero éste siguió en sus trece, y, convencido de que tenía de su parte el derecho y la tradición, apeló a su ejército en asamblea. Pero sus soldados le dijeron claramente que Sertorio tenía razón; servirían a las órdenes de Sertorio y no de él.

Así, finalmente Perpena había claudicado. A todos les pareció (incluido el propio Sertorio) que cedía con gentileza y sin rencor, pero bajo su plácida apariencia le reconcomía el sentimiento de haber sido ultrajado. Él estaba convencido de que, de acuerdo con las costumbres romanas, tenía el mismo rango que Sertorio; los dos habían sido pretores y ninguno de los dos cónsul.

Ignorando que Perpena seguía ofendido, Sertorio procedió el mismo invierno de la llegada de Pompeyo a trazar sus planes para la campaña del año próximo.

—Yo no conozco a Pompeyo —dijo Sertorio con toda naturalidad—, pero viendo su carrera no creo que sea difícil derrotarle. Si hubiese creído que Carbón era capaz de vencer a Sila, me habría quedado en Italia; tenía buenos hombres, como Carrinas, Censorino y Bruto Damasipo, pero en el momento en que huyó, que es cuando se habría visto lo que valía Pompeyo, dejó plantados a un estado mayor desmoralizado y a todo el ejército. Aun recordando las primeras batallas de Pompeyo, es evidente que no se ha enfrentado nunca a un general realmente capaz ni a un ejército con moral de victoria.

—¡Eso va a cambiar! —comentó Hirtuleyo sonriente.

—Ya lo creo. ¿Cómo le llaman? ¿El joven Carnicero? Bueno, no creo que yo le haga tal honor; le llamaré el jovencito. Está muy pagado de sí mismo, es un inconsciente y no tiene respeto por las instituciones romanas. Si no, no habría venido con un imperium igual al de esa vieja de la Hispania Ulterior. Ha manipulado al Senado para que le conceda el mando sin tener derecho a ello, por muchas cláusulas especiales que haya añadido Sila a las leyes. Es mi obligación darle lo que se merece, que no es tanto como él cree.

—¿Tienes idea de lo que hará? —inquirió Herenio.

—Oh, lo lógico —contestó Sertorio—. Bajaré por la costa para arrebatárnosla.

—¿Y la vieja? —preguntó Perpena, que utilizaba el despectivo mote que Sertorio aplicaba a Metelo Pío.

—Bueno, de momento su actuación no ha sido nada brillante, ¿no? Sin embargo, por si la llegada de Pompeyo le ha envalentonado, le mantendremos clavado en su provincia. Situaré a los lusitanos en masa en la frontera occidental y le obligaremos a desalojar el Betis y a establecerse en el Anas, ciento sesenta kilómetros más lejos de la costa, por si se le ocurre ir en ayuda de Pompeyo. Aunque no creo que piense hacerlo. La vieja es cauta y poco emprendedora. ¿Y por qué se va a esforzar, además, en ayudar a un jovencito que se las ha arreglado para que el Senado le conceda un imperium igual al suyo? La vieja es un rigorista, Perpena; cumplirá con su deber con Roma, independientemente de que le hayan dado a otro igual imperium, pero ni un ápice más. Cuando vea que los lusitanos invaden la otra orilla del Anas considerará que su deber es contenerlos.

La reunión concluyó, y Sertorio fue a dar de comer a su corza blanca, un animal mágico en virtud de su extraño color, que había asumido una singular importancia ante sus partidarios hispanos, que lo consideraban prueba de que Sertorio tenía poderes mágicos. No había perdido con los años el ascendiente sobre los animales salvajes y al volver la segunda vez a Hispania, era consciente de la fuerte impresión que causaba en los nativos cuando hacía un chasquido con los dedos y acudía un animal. La corza blanca, que no debía de tener madre, había venido a él dos años atrás en las montañas de la Hispania central, débil y recatada, y él, sin pensar en lo que hacía, se había arrodillado a abrazarla. Pero los hispanos habían murmurado asombrados ante la escena, y desde aquel día le miraban de forma distinta, porque estaban convencidos de que el animal era nada menos que una reencarnación de su diosa Diana, quien mostraba a Sertorio su especial favor para distinguirlo de los demás mortales. ¡Y él sabía quién era el animal, puesto que había caído de rodillas ante él para adorarlo humildemente!

Desde entonces no se había separado de aquella corza que le seguía a todas partes como un can y no dejaba que se le acercase hombre ni mujer, sólo él. Y lo que era aún más extraordinario es que no crecía y seguía siendo una delicada cría de ojos de rubí que retozaba y hacía cabriolas junto a Sertorio para que la acariciara y besara, y dormía en una piel de oveja junto a su cama. Él la llevaba consigo hasta en las campañas; durante la batalla, la ataba a un palo en un sitio seguro, porque si la dejaba suelta ella trataba de llegar a él en medio del combate, y no quería correr el riesgo de perderla, ya que, en ese caso, los hispanos creerían que la diosa le había abandonado.

Lo cierto es que él mismo había comenzado a creer que la corza blanca era signo del favor celestial, y cada día estaba más convencido. Naturalmente, la llamaba Diana, y cuando hablaba con ella se consideraba su «papá».

—¡Diana, ha venido papá! —dijo.

Y Diana se llegó a él alegremente para que la besara. Sertorio se agachó y abrazó al tembloroso animalito, acercó sus labios al suave pelaje de su cabeza y le acarició rítmicamente una oreja. Siempre la sacaba de casa cuando tenía consejo con los legados, y debía de estar deprimida pensando que había ofendido a papá; por eso cuando acudía a él contrita, él aumentaba las caricias, musitándole palabras de afecto para que se animase a comer. Tal vez pensase más en Diana que en la esposa germana y en el hijo habido con ella, ya que ellos no tenían nada de divino. Más que a Diana, sólo quería a su madre, a quien hacía siete años que no veía.

La corza triscó contenta por entre las hierbas secas (pues en invierno en la nevada Osca no había pastos), y Sertorio se sentó en una piedra tratando de imaginarse los planes de Pompeyo. ¡Un jovencito! ¿Es que realmente pensaba Roma que un muchacho de Piceno podía derrotarle? Cuando se levantó estaba convencido de que Roma y el Senado habían sido burlados por el mañoso Filipo. Pues, naturalmente, Sertorio mantenía contacto con gente en Roma de cierta categoría, gente descontenta que durante el mandato del dictador urdía planes, y algunos le mantenían informado. Desde el nombramiento de Pompeyo los informes habían variado un poco de tono, y algunos personajes comenzaban a insinuar que si Quinto Sertorio



derrotaba al nuevo adalid del Senado, Roma estaría dispuesta a recibirle como dictador.

Pero él también había pensado algo y, discretamente, llamó a Lucio Hirtuleyo a su presencia.

—Tenemos que asegurarnos completamente de que la vieja no sale de su provincia de la Hispania Ulterior —dijo—, pues podría ser que no bastasen los lusitanos para disuadirle. Quiero que tú con tu hermano llevéis el ejército a Laminio en primavera y os asentéis allí. Si la vieja decide ir en ayuda de Pompeyo, vosotros le detendréis. Y si intenta salir de su provincia por el Anas o el Betis, le cerráis el paso.

El ejército hispano lo componían cuarenta mil lusitanos y celtíberos de las tribus peninsulares a quienes Sertorio e Hirtuleyo habían adiestrado con gran esfuerzo y buenos resultados para combatir contra las legiones romanas. Sertorio contaba con otras fuerzas hispanas que conservaban su atavío indígena, y eran fantásticas para emboscadas y guerra de guerrillas, pero desde el principio sabía que si quería vencer a Roma en Hispania tenía que disponer de legiones romanas debidamente entrenadas, y, aunque se habían alistado muchos romanos e itálicos desde la derrota de Carbón, no eran suficientes. Por eso había formado Sertorio su ejército hispano.

—¿ Podrás arreglártelas sin nosotros frente a Pompeyo? —preguntó Hirtuleyo.

—Tengo de sobra con las tropas de Perpena.

—Pues no te preocupes de la vieja. Mi hermano y yo la mantendremos en su provincia.

—Y recuerda —dijo Metelo Pío a Cayo Memmio cuando éste se disponía a marchar hacia Cartago Nova— que tus tropas son más valiosas que tu pellejo. Si las cosas fueran mal, es decir, si a Pompeyo no le salieran como él cree, refúgiate con tus hombres en un sitio en que puedas resistir. Eres persona en quien confío, Memmio, y lamento que partas, pero cuida a la tropa.

Guapo de cara y solemne, el nuevo cuestor de Pompeyo, que además era cuñado suyo, partió con la legión a campo través hacia Levante por una región reputada de ser la más fértil del orbe, más que Campania, más que Egipto y más que la provincia de Asia. De veranos e inviernos equilibrados, ríos abundantes alimentados por nieves perpetuas y profundas tierras aluviales, la Hispania Ulterior era una despensa verde en primavera y principios de verano, y dorada en el abundante otoño; el ganado era gordo y prolífico, y en sus ríos abundaba la pesca.

Acompañaban a Cayo Memmio dos hombres que no eran romanos ni hispanos; un tío y un sobrino casi de la misma edad, y los dos por nombre Kinahu Hadasht Byblos. Eran de sangre fenicia y ciudadanos de la gran urbe portuaria de Gades, colonia fenicia fundada mil años atrás, que conservaba aún de forma manifiesta sus raíces y costumbres púnicas. La hegemonía cartaginesa les había sido llevadera, puesto que los cartagineses eran también de origen púnico; luego llegaron los romanos, que también se habían avenido con las gentes de Gades. Gades prosperaba y, paulatinamente, los nobles gaditanos habían comprendido que el destino de su ciudad quedaba inextricablemente unido al de Roma. Un pueblo civilizado del Mediterráneo era preferible al dominio de las tribus bárbaras del este y el centro de Hispania, y el principal temor de los gaditanos era que Roma acabase por no considerar digna de conservación a Hispania y la abandonase. Por esa razón, el tío y el sobrino, llamados Kinahu Hadasht Byblos, acompañaban a Cayo Memmio y a su legión para ayudarle en lo que pudieran. Memmio les había encargado complacido los abastecimientos de la tropa, y los empleaba de intérpretes e informadores. Como le costaba pronunciar correctamente su nombre púnico, y ellos hablaban latín y muy bien, aunque con un deje peculiar, el nuevo cuestor de Pompeyo les llamaba Balbus, nombre que denotaba un impedimento del habla, aunque no acababa de entender por qué ellos estaban encantados de que les aplicara un apodo latino.

—Cneo Pompeyo me ha dado orden de que vaya por Fraxinum y Eliócroca —dijo Memmio al Balbus mayor—. ¿Debemos realmente seguir ese camino?

—Creo que si, Cayo Memmio —contestó Balbus, cuya nariz aguileña y marcados pómulos denotaban su origen semítico, del mismo modo que sus grandes ojos negros—. Hay que seguir el Betis en casi todo su curso hasta el nacimiento, y luego cruzar los montes de Orospeđa por la parte más estrecha de la vertiente. Pero si de Ad Fraxinum vamos hasta Basti, podemos tomar un camino que cruza hasta Eliócroca. A partir de allí podemos descender rápidamente hasta el Campus Spartarius, que es como los romanos llaman a las llanuras de los contestanos cerca de Cartago Nova. No merece la pena seguir otro camino.

—¿Encontraremos mucha resistencia?

—No hasta que crucemos Orospeđa. Después, quién sabe.

—¿Son amigos o enemigos los contestanos?

Balbus hizo un extraño gesto de escepticismo.

—¿Puede uno confiar en las tribus hispanas? Los contestanos siempre han vivido cerca de la civilización, y eso es algo. Pero también el llamado Sertorio es un hombre civilizado, y los hispanos le admiran mucho.

—Pues bien; ya veremos —dijo Memmio, dispuesto a no preocuparse más hasta alcanzar Eliócroca.

Hasta que Cayo Mario había abierto las minas de las montañas entre el Betis y el Anas (llamada después sierra Mariana en memoria suya), las montañas de Orospeđa eran la principal fuente de plomo y plata explotada por Roma; como consecuencia, en la vertiente sur de las mismas no había bosques, y ésa era la ruta de Memmio. Tenía que recorrer ochocientos kilómetros, pero como el terreno era difícil, Memmio había salido un poco antes que Pompeyo, a mediados de marzo, y a finales de abril, sin precipitarse, descendía de la cordillera de Orospeđa hacia la pequeña ciudad de Eliócroca, a orillas del Tader. Ante él se extendía el Campus Spartarius.

Memmio, que llevaba en Hispania tiempo suficiente como para desconfiar de los indígenas, apretó las filas, preparado para repeler cualquier ataque, y prosiguió la marcha hacia Cartago Nova, situada a unos cuarenta y ocho kilómetros al sudoeste. Acertada medida, como vio en seguida, pues no lejos de la carretera minera de Eliócroca se encontró con los contestanos que le esperaban, y prometió una ternera a Júpiter Optimus

Maximus si conservaba su legión intacta hasta llegar a lugar seguro. El lugar seguro era, sin lugar a dudas, Cartago Nova. Por lo que Cayo Memmio no pensó un solo instante en demorarse en alcanzar la pequeña península.

Faltaban no menos de cuarenta kilómetros, pero había enviado en avanzadilla a los doscientos jinetes galos que llevaba consigo, juzgando que sus intenciones serían inútiles si los contestanos le interceptaban en aquel angosto punto. Había salido a buen paso de Eliócroca al amanecer, cuando se tropezó con las tribus a unos ocho kilómetros, y a partir de ese momento siguió avanzando por la carretera a paso de cangrejo con las cohortes en cuadrado y los soldados de los flancos protegiendo la formación. Como los contestanos combatían a pie y no estaban acostumbrados a la batalla campal, no pudieron romper su formación y alcanzó el puente protegido y pudo cruzarlo con su legión intacta.

A Balbus el mayor lo envió a Gades en un anodino bajel queapestaba a garum, la maloliente pasta de pescado tan apreciada por los cocineros del orbe, con una carta para Metelo Pío diciendo que Cartago Nova no podría resistir hasta el invierno si no se la abastecía; y al Balbus joven le encomendó una misión más peligrosa: cruzar a través de las tribus al norte de Cartago Nova y enlazar con Pompeyo.

Pompeyo dejó los alrededores de Emporiae a principios de abril, cuando sus consejeros le comunicaron que el caudal del Iberus habría disminuido a finales de mes y se podría vadear fácilmente.

Había resuelto el problema de los legados nombrando sólo a picentinos o itálicos, y designando primeros legados a Lucio Afranio y Marco Petreyo, ambos viri militares de Piceno, que habían servido varios años en sus propias legiones. El compañero de alojamiento de César en Mitilene, Aulo Gabinio, era de una familia picentina; Cayo Cornelio no era de los Cornelios patricios, ni Décimo Laelio tenía parentesco con los Laelios que se habían distinguido en la época de Escipión el Africano y Escipión Emiliano, pero todos habían demostrado su valía militar o prometían en ese

senti-do, aunque ninguno de ellos, salvo quizás Aulo Gabinio (cuyo padre y tío eran senadores), podía esperar ascender en Roma sin un buen mecenazgo de Pompeyo.

Las cosas salieron muy bien. Avanzando rápidamente a lo largo de la costa, Pompeyo con sus seis legiones y los mil quinientos jinetes llegaron a Dertosa, en la orilla norte del Iberus, sin encontrar resistencia alguna, y, aunque en el momento en que comenzaba a vadear el Iberus unas dos legiones al mando de Herenio trataron de impedirselo, las derrotó sin dificultad. Pompeyo, pletórico, continuó hacia el sur lleno de optimismo; pero Herenio volvió a cruzarse en su camino, y esta vez con dos legiones más al mando de Perpena. No obstante, cuando la vanguardia comenzó a ceder, se retiraron apresuradamente hacia el sur.

Los vigías de Pompeyo eran excelentes, y, conforme continuaba avanzando por la costa, le trajeron nuevas de que Herenio y Perpena se habían refugiado en la gran ciudad enemiga de Valentia, a unos ciento sesenta kilómetros de donde él se encontraba en aquel momento. Como Valentia estaba a orillas del río Turis y las grandes llanuras aluviales de aquel río eran ricas en cultivos, Pompeyo apresuró la marcha. Al llegar a Saguntum —junto a la desembocadura de un pequeño río que cruzaba un terreno bastante pobre—, sus vigías le comunicaron que Sertorio se hallaba muy lejos y no podría acudir en auxilio de Herenio y Perpena. Al parecer, temiendo que Metelo Pío invadiese el norte de Hispania con su ejército, Sertorio había dispuesto sus tropas en las cercanías de Salo y Segontia para interceptar al Meneítos cuando saliera por el estrecho corredor montañoso que separaba el Tagus del Iberus. ¡Ingenioso Sertorio —pensó Pompeyo con aire de suficiencia—, pero deberías estar cerca de Herenio y Perpena!

No era aún mediados de mayo y Pompeyo comenzó a sentir lo agobiante que era el verano en Hispania; y comenzaba también a percatarse de la cantidad de agua que bebían sus hombres en una jornada, y de lo aprisa que devoraban las provisiones. Como aún faltaban meses para la siega, el aprovisionamiento de trigo había dejado vacíos los graneros de las ciudades que habían cruzado a partir del Iberus; aquella costa, que parecía tan rica en los mapas y de la que sus consejeros decían maravillas, no era

Italia. A él la costa del Adriático siempre le había parecido pobre y despoblada, pero era mucho más fértil y muchísimo más poblada que la costa oriental de Hispania.

Aunque proclamándose amiga de Roma, Saguntum no pudo darle trigo. Los piratas habían saqueado los silos, y sus habitantes apenas tenían para subsistir hasta la época de la cosecha. Así, sintiendo la llamada de las llanuras del Turis, Pompeyo reanudó la marcha.

Aquellos tremendos peñascos que se avistaban tierra adentro daban una remota idea de lo penoso que sería para un ejército cruzar la Hispania central; por lo cual Sertorio, que estaba apostado en Segontia a primeros de mayo, no podría acudir en ayuda de Valentia antes de finales de junio, y eso, según le informaban sus vigías, sólo si venía volando. Incapaz de concebir que otro general fuese capaz de avanzar más de prisa que él, Pompeyo dio crédito a sus vigías, quienes tal vez estuvieran convencidos de lo que decían, aunque lo más probable era que fuesen partidarios de Sertorio. Fuera lo que fuese, apenas a una jornada de Saguntum, Pompeyo supo que Sertorio y su ejército se interponían en el camino hacia Valentia y estaban atacando la ciudad de Lauro, leal a Roma.

Lo que a Pompeyo nadie habría podido hacerle entender es que Sertorio conocía cada quebrada, valle, paso y sendero entre el Mediterráneo y las montañas de Hispania occidental, y que se movía por ella con una extraordinaria rapidez porque en cada pueblo y aldea que encontraba le facilitaban alimento si lo pedía, y le animaban con un afecto rayano en la adulación, pues celtíberos y lusitanos detestaban a una Roma que únicamente dominaba el país para explotar sus riquezas. El hecho de que aquel llamado Sertorio fuese romano era una esperanza y un don de los dioses para los nativos, pues ¿quién mejor que un romano para luchar contra Roma?

Cuando los exploradores comunicaron que Sertorio mandaba sólo dos legiones, Pompeyo se quedó pasmado. ¡Qué valor! ¡Qué frescura! ¡Sitiar una ciudad romana a cuatro pasos de seis legiones veteranas y mil quinientos soldados de caballería! ¡Inconcebible! Y a Lauro se dirigió

Pompeyo entusiasmado, pensando en que la Fortuna le había dado por primer adversario al mismísimo Sertorio.

Un vistazo frío y desapasionado a Lauro y a la posición de Sertorio desde un altozano al norte de la llanura bastó a Pompeyo para cobrar aún más confianza. Una milla al este de Lauro estaba el mar, y al oeste se alzaba una meseta alta. Desde el puesto de observación de Pompeyo era evidente que la altura al oeste era el lugar ideal para dirigir las maniobras. ¡Y Sertorio no la había tomado! Pompeyo, sin dudarlo un instante, dirigió su ejército hacia el oeste de la ciudad con idea de ocupar la colina y convencido de que ya era suya. Montado en su gran caballo blanco público bien enjaezado, y a buen paso delante de la tropa para que le viesan bien todos los que se apiñaban en lo alto de las murallas de Lauro.

Aunque avanzaba sin dejar de mirar la colina de arriba abajo, había llegado a ella sin advertir que iba coronándose de erizadas lanzas. Y de pronto se oyeron abucheos, mofas y rechiflas: las de Sertorio y sus tropas gritándole que habría debido darse más prisa para arrebatar una colina a Quinto Sertorio.

—¿Es que pensabas que no me iba a dar cuenta de que venías a por ella, chiquillo? ¡Tortuga! Te crees tan listo como el Africano y tan valiente como Horacio Cocles, ¿verdad? ¡Pues Quinto Sertorio te dice que eres un aficionado! ¡No tienes ni idea de arte militar! ¡Quédate por aquí y aprenderás algo de un experto!

Pompeyo, ante la imposibilidad de tomar la posición al asalto, no tuvo más remedio que retroceder. Con la vista fija ante sí, consciente de que su rostro era una amapola, dio media vuelta con el caballo y cruzó las filas de sus tropas sin detenerse hasta hallarse de nuevo en el otero de observación. El sol ya había cruzado el cenit, pero aún había día por delante para intentar alguna maniobra, y su pundonor se lo exigía.

Con la respiración agitada del que trata de dominar sus emociones, volvió a observar el terreno. A sus pies tenía a la tropa bien dispuesta, bebiendo la última ración de agua de los arrugados pellejos que cargaban los asnos, y hablando unos con otros bajo aquel sol abrasador, apoyados en escudos y lanzas; hablando de su bonito general y de la humillación que

acababan de infligirle, y pensando si no sería la primera campaña en que no iba a poder vencer.

No había querido que le acompañasen Afranio ni Petreyo, y menos aún los más jóvenes, sobre todo Aulo Gabinio, pero ahora hizo llamar a Afranio, y cuando con sus caballos flanquearon a su blanco corcel público, señaló con una varita el escenario de la batalla. Ninguno de los dos dijo una palabra, esperando que acabara de explicarse.

—¿Veis dónde está Sertorio? —dijo sin intención de que contestaran—. Se mueven al pie de las murallas; deben de estar zapándolas. El campamento lo tiene ahí. ¡Ahora baja de la colina! Esa colina no le interesa, lo que quiere es tomar la ciudad. ¡Pero no volverá a engañarme! —añadió con los dientes apretados—. La distancia que hay que cubrir para entrar en combate será de una milla, y sus líneas tendrán la mitad de esa distancia... se ha desplegado demasiado y eso nos da ventaja. Si quiere resistir el ataque, tendrá que cerrar filas cuando nos vea llegar; y hemos de suponer que cree que va a resistir, si no no estaría ahí. Puede abrirse hacia el este o el oeste o en ambas direcciones a la vez; imagino que lo hará en ambas direcciones, como lo haría yo —el último comentario se le escapó y se ruborizó—. Avanzaremos con las alas sobresaliendo del centro, con la caballería distribuida por igual en los extremos; la infantería, una legión en cada ala formando la parte más densa de las alas hacia el centro, en donde irán las otras cuatro legiones. Cuando un ejército avanza por terreno llano es difícil determinar si las alas van muy adelantadas del centro y las abriremos más conforme nos acerquemos. Si me menosprecia (¡y parece hacerlo!) no me creará capaz de astucia militar. Y se verá envuelto por mis alas, sin poder escapar por el este ni por el oeste, y acorralado contra las murallas.

Afranio se arriesgó a hacer un comentario.

—Dará resultado —dijo.

—Dará resultado —añadió Petreyo, asintiendo con la cabeza.

Era cuanto necesitaba Pompeyo. Al pie de su puesto de observación ordenó a los trompetas tocar «formación en línea de combate» y dejó que



Afranio y Petreyo dieran las órdenes a los otros legados y a los centuriones, mientras él pedía seis heraldos a caballo.

Cuando Afranio y Petreyo regresaron junto a él era demasiado tarde para disuadirle de lo que había ordenado; los dos primeros legados vieron pasmados alejarse a los heraldos, e hicieron mentalmente augurios para que el plan de Pompeyo surtiese efecto.

Mientras el ejército se ponía en marcha, los heraldos, con bandera blanca, cabalgaron frente a las defensas del campamento de Sertorio para vociferar un mensaje a los habitantes de Lauro, que observaban desde las murallas.

—¡Salid, habitantes de Lauro! —gritaban—. ¡Salid de vuestras casas y asomaos a las almenas a ver a Cneo Pompeyo Magnus enseñar a esta fiera renegada que se dice romano lo que es un verdadero romano! ¡Salid a ver a Cneo Pompeyo Magnus infligir una sonora derrota a Quinto Sertorio!

¡Iba a dar resultado!, pensó Pompeyo, ya recuperado del bochorno y de nuevo a la cabeza de su ejército, cuyas alas se abrían cada vez más hacia adelante conforme avanzaban las legiones, sin que Sertorio diese orden alguna a sus tropas de retirarse hacia el este o el oeste. ¡Los cercarían! ¡Sertorio moriría con todos sus hombres, moriría! ¡Ah, aquel Sertorio aprendería del modo más definitivo lo que era enfurecer a Cneo Pompeyo Magnus!

Los seis mil soldados que Sertorio había mantenido en reserva, totalmente fuera de la vista de los vigías de Pompeyo y de su puesto de observación, caían ya sobre la desvalida retaguardia de Pompeyo y la deshacían sin que aún éste —en vanguardia— se hubiese enterado. Cuando se lo comunicaron, nada podía hacerse para evitar el desastre; en aquel momento las alas habían avanzado tanto, que era inútil intentar que diesen media vuelta, y además se habían replegado y empeñaban combate con las tropas de Sertorio bajo los muros de Lauro, llenos de gente contemplando el desastre, por obra y gracia de los heraldos que había enviado. Al fallar una y otra vez la maniobra de dar media vuelta, lo único que Pompeyo y sus legados podían hacer era esforzarse denodadamente por formar las cuatro legiones del centro en cuadrado. Para empeorar las cosas, escuadrones de

caballería de Sertorio surgían por detrás de Lauro y caían sobre los de Pompeyo que cubrían los extremos de las alas. Los desastres se sucedían.

Pero aquellos veteranos de las legiones de Pompeyo eran buenos soldados y estaban mandados por hábiles centuriones y lucharon con valentía, aunque con la boca seca y un profundo desánimo al ver frustrado el ataque de su guapo general, cosa inimaginable para ellos. Finalmente, Pompeyo y los legados lograron formar el cuadrado y plantar una especie de campamento.

Al anochecer, Sertorio se retiró y les dejó concluir el campamento entre montones de cadáveres y en medio de los abucheos y chanzas que proferían no sólo los soldados de Sertorio, sino también de los habitantes de Lauro. Pompeyo no pudo ni retirarse a llorar a solas, echándose su capa roja de general por encima de la cabeza; tuvo que hacer de tripas corazón y recorrer el campo dirigiendo a la sedienta tropa sonrisas y palabras de aliento, pensando en dónde encontrar agua y sin saber cómo paliar aquella vergüenza.

A las primeras luces del alba envió un mensajero a Sertorio y le pidió una tregua para enterrar a los muertos, petición que éste concedió con gran generosidad para que trasladara su campamento lejos del hediondo paraje en un lugar con agua potable. Después, una gran depresión hizo mella en él y dejó que sus legados contasen y sepultasen los muertos en trincheras y fosas, ya que no había cerca madera ni aceite. Mientras ejecutaban aquella tarea, él se retiró a la tienda de mando, mientras los pocos hombres que no estaban heridos construían fortificaciones alrededor para contener a Sertorio una vez concluida la tregua. Hasta el anochecer, un día después de la batalla, no osó Afranio pedir audiencia. Venía solo.

—No habremos acabado los enterramientos antes de la nundinae —dijo el primer legado con toda naturalidad.

—¿Cuántos muertos hay, Afranio? —inquirió el general con igual tono.

—Diez mil infantes y setecientos jinetes.

—¿Y heridos?

—Cinco mil bastante graves y casi todos los demás con contusiones o rasguños. Los supervivientes de caballería están bien, pero sin montura.

Sertorio mató los caballos.

—Lo cual quiere decir que me quedan cuatro legiones de infantería, y una de ellas de hombres gravemente heridos... y ochocientos jinetes sin caballos.

—Sí.

—Me ha sacudido como a un perro.

Afranio no dijo nada y se limitó a mirar el cuero de la tienda con cara inexpresiva.

—Es primo de Cayo Mario, ¿verdad?

—Exacto.

—Imagino que eso lo explica.

—Supongo que sí.

No dijeron nada más durante un buen rato, y fue Pompeyo quien rompió el silencio.

—¿Cómo puedo explicar esto al Senado? —dijo en un susurro casi lastimero.

Afranio dejó de mirar el cuero de la tienda y fijó la vista en el rostro de su comandante, que parecía el de un anciano de cien años. Tenía el corazón en un puño, pues sentía sincero afecto por Pompeyo, como amigo y como jefe; pero aparte de la natural aflicción por el amigo y el jefe, lo que más le alarmaba era la convicción de que si no se daba ánimos a Pompeyo para que recuperase su confianza y arrogancia natural, sería un hombre acabado. Aquel viejo de rostro grisáceo era un desconocido para Afranio.

Y optó por decir:

—Yo en tu caso echaría la culpa a Metelo Pío. Dijo que se negó a acudir desde su provincia con refuerzos. Y además, yo triplicaría el número de soldados de Sertorio.

—¡No, Afranio! —exclamó Pompeyo, horrorizado—. ¡Eso no puedo hacerlo!

—¿Por qué? —replicó Afranio, sorprendido ante un Pompeyo que sentía escrúpulos morales, desconocidos para él.

—Porque —contestó Pompeyo con voz pausada— voy a reunirme con Metelo Pío si quiero salvar mi misión en Hispania. He perdido casi un

tercio de mi tropa y no puedo pedirle al Senado más hasta que pueda presentar al menos una victoria. Y además es posible que algún habitante de Lauro pueda llegar a Roma y cuando relate los hechos le creerán. Además, aunque no soy sabio, creo que la verdad se esfuma transcurrido el peor momento.

—¡Ah, comprendo! —exclamó Afranio, notablemente tranquilizado. Pompeyo no experimentaba escrúpulos morales ni éticos, simplemente veía las cosas tal como eran—. Pues ya sabes lo que tienes que explicar al Senado —añadió.

—¡Sí, sí que lo sé! —exclamó Pompeyo, picado—. ¡Lo que no sé es cómo explicarlo! ¡Con qué palabras! Varrón no está aquí, y no hay nadie más que tenga arte con las palabras.

—Yo creo —dijo Afranio con delicadeza— que tus propias palabras serán adecuadas para una noticia como ésta. Los senadores amantes de la literatura se imaginarán que has elegido un estilo sencillo para una noticia sencilla; ellos razonan así. Y los demás no entienden de literatura y no les parecerán mal tus palabras.

Aquel espléndido análisis pleno de lógica y pragmatismo animó mucho a Pompeyo, al menos superficialmente. Sus capas más profundas y más cruelmente laceradas, formadas por orgullo, dignitas, seguridad y complejísimas imágenes del ego, tardarían en sanar, algunas quedarían malparadas y otras no curarían jamás.

Así, Pompeyo se sentó a redactar su informe al Senado, en medio del hedor a carne podrida, y no omitió ni la temeridad de haber enviado heraldos a las murallas de Lauro ni la táctica errónea de la batalla. Luego envió el borrador, escrito con numerosas tachaduras y correcciones en la cera, a que su secretario lo copiase con buena letra y sin faltas de ortografía ni gramaticales en tinta y sobre papel, aunque no había concluido la misiva. Lo de Lauro no había acabado.

Transcurrieron dieciséis días. Sertorio proseguía el asedio de Lauro, mientras Pompeyo no se movía del campamento. Que aquella pasividad no podía continuar Pompeyo Lo sabía de sobra; se estaba quedando sin provisiones, y mulas y caballos adelgazaban a ojos vistas. Pero no podía

retroceder ni dejar que Sertorio hiciera lo que quisiera y continuase sitiando a Lauro. No le quedaba otro remedio que reponer provisiones. Amenazados bajo tortura, sus vigías le informaron que en los campos del norte no había patrullas de Sertorio, y él ordenó salir a una fuerte expedición de caballería en dirección de Saguntum.

No habrían transcurrido dos horas cuando llegó a galope tendido un mensajero pidiendo ayuda: les rodeaban las fuerzas de Sertorio y les iban capturando uno a uno. Pompeyo envió una legión en su auxilio y pasó las siguientes horas paseando arriba y abajo por las defensas del campamento, mirando angustiosamente hacia el norte.

Los heraldos de Sertorio le dieron la respuesta al atardecer:

—¡Márchate, muchachito! ¡Vuélvete a Piceno! ¡Ahora estás luchando contra hombres de verdad! ¡Eres un aficionado! ¿Qué te parece esto de enfrentarte a un profesional? ¿Quieres saber dónde está la expedición de aprovisionamiento? ¡Muerta, muchachito, muerta! ¡No queda ni uno! ¡Pero esta vez no te preocupes por los entierros! ¡Lo hará Quinto Sertorio gratis! ¡Tiene sus armas y las corazas a cuenta de ello! ¡Márchate, muchachito! ¡Vete a casa!

Aquello era una pesadilla. No podía ser. ¿De dónde habían salido las tropas de Sertorio si los que habían combatido, caballería incluida, no se habían movido del sitio de Lauro?

—No eran los legionarios ni la caballería romana, Cneo Pompeyo —dijo el jefe de los exploradores, temblando de pavor—, sino las guerrillas. Salen de no se sabe dónde, tienden emboscadas, matan a todos y desaparecen.

Completamente decepcionado por los exploradores hispanos, Pompeyo los mandó ejecutar y juró que en el futuro emplearía sus propios exploradores de Piceno; mejor valerse de hombres en quienes confiaba aunque no conocieran el país que de unos en quienes no podía confiar aunque conociesen el terreno. Fue la primera enseñanza bélica en Hispania para Pompeyo, y no sería la última. ¡Él no se marchaba a Piceno! ¡Iba a quedarse en Hispania y a vérselas con Sertorio aunque muriera en el empeño! Sería fuego contra fuego, piedra contra piedra, hielo contra hielo;

por muchos tropezones que diera, por muchas veces que aquel extraordinario demonio antirromano le atenazara con sus tácticas, él no pensaba ceder. Había perdido dieciséis mil soldados y casi la mitad de la caballería, pero no pensaba ceder aunque perdiese hasta el último hombre y el último caballo.

El Cneo Pompeyo Magnus que se retiraba despacio desde Lauro a finales de sextilis, con el eco en sus oídos de los gritos de la ciudad a punto de caer, era un hombre muy distinto al que había avanzado alegremente hacia el sur en primavera, engreído, confiado y con tanta imprudencia. El nuevo Cneo Pompeyo Magnus era capaz incluso de escuchar con un gesto de interés los gritos estentóreos de los heraldos de Sertorio que seguían sus pasos y explicaban a sus soldados el penoso destino que aguardaba a las mujeres de Lauro cuando llegaran a manos de sus nuevos poseedores en el occidente de Lusitania. Fueron los únicos hombres de Sertorio que les siguieron hasta después de Saguntum, Sebelaci, Intibií y más allá del Iberus. En menos de treinta días, Pompeyo condujo a sus exhaustas y hambrientas tropas al campamento de invierno en Emporiae, y aquel año no volvió a arriesgarse. Y más después de saber que Metelo Pío había ganado la única batalla que le habían presentado, y brillantemente.

Fue después de recibir a Balbus en mayo y leer la carta de Memmio cuando Metelo Pío comenzó a pensar en cómo liberar a Memmio de su cárcel de Cartago Nova. También había cambiado el hombre al que Sertorio llamaba peyorativamente la vieja; los cambios los había provocado el varapalo a su honor por parte del Senado al conceder igual imperium al joven Carnicero. Quizá sólo una ofensa de tal magnitud hubiera podido desprender suficientes capas de la coraza defensiva del Meneítos, dejando asomar el metal, pues él había sufrido la maldición —o la bendición— de un padre autócrata de gran valor, increíble altanería y una tozudez que en ocasiones había sido llana y simple imbecilidad. Metelo el Numidico había sido burlado por Cayo Mario en la guerra contra Yugurta, y burlado otras muchas veces —o al menos eso pensaba él— por aquel hombre nuevo. Y a

su vez, había burlado a su hijo para que con su simple fama de devoción filial hiciese lo imposible porque el padre, por quien sentía una pía admiración, pudiese regresar del destierro que le había impuesto Cayo Mario. Y cuando el hijo habría debido congratularse por contar con la alta estima de Sila, aparecía aquel Pompeyo de veintidós años con un ejército mayor y mejor.

Su puntilloso miramiento por lo que debía ser la actitud propia de un noble romano impedía a Metelo Pío la satisfacción del recurso a ridiculizar a aquel Pompeyo con alguna maniobra turbia. Y así, inconscientemente, un nuevo y mejor general surgía de la vieja piel del tartamudo patricio. Hacer que Pompeyo quedase empequeñecido ganando él más batallas era un recurso irreprochable, una venganza adecuada, pues era el resultado de lo que era capaz de hacer un noble romano cuando a ello le obligaba un advenedizo de Piceno. ¡O de Arpino!

Como él había aprendido la lección muy al principio, ya tenía elegidos los exploradores entre sus propios legionarios, y a ellos había añadido aquellos dos fenicios que temían a los bárbaros hispanos más que a los romanos. Así fue como Metelo Pío se enteró de por dónde rondaban Lucio Hirtuleyo y su hermano poco después de que se situaran con el ejército hispano en las cercanías de Laminium, en la parte baja de la Hispania central. Con una de sus nuevas sonrisas aviesas, el Meneítos se arrellanó en la silla y repasó detalladamente su estrategia antes de dirigir mentalmente un gesto obsceno hacia Laminium y decirse que no iba a ser tan tonto como para aventurarse más allá del nacimiento del Anas o el Betis. ¡Hirtuleyo podía pudrirse esperando!

Él se había instalado cómodamente cerca de la desembocadura del Anas, pensando que era preferible mostrar a los lusitanos lo bien preparado que estaba para hacerles frente en vez de ocupar una posición más cómoda a orillas del Betis, ciento sesenta kilómetros al este. Pero si lo hizo en junio, después de comprobar que las defensas de su provincia estaban bien guarnecidas para resistir la avalancha de lusitanos sin su presencia en el Anas y con las solas fuerzas de dos de sus seis legiones.

Ahora, la vieja de la Ulterior sabía perfectamente quiénes eran los informadores de Sertorio, y procedió a poner en práctica su nueva política de espionaje, transmitiéndoles de la manera más inocente del mundo la noticia de que iba a abandonar la posición en el curso bajo del Anas, no para remontar su curso o el del Betis y caer en brazos de Lucio Hirtuleyo en Laminium, sino para auxiliar a Cayo Memmio en Cartago Nova. Cruzaría el Betis (le decían los informadores a Hirtuleyo pocos días después) desde Itálica a Hispalis y luego seguiría curso arriba del Singilis hasta el macizo del Solorus, lo cruzaría por el lado noroeste en Acci, llegaría hasta Basti y desde allí, por el Campus Spartarius, hasta Eliócroca.

En realidad, era la ruta que habría tomado Metelo Pío, pero lo que le interesaba era que Hirtuleyo creyese que era la que emprendía, porque el Meneítos sabía muy bien que Herenio, Perpena y el propio Sertorio estaban más que ocupados dando una buena lección a Pompeyo, y que Sertorio confiaba plenamente en la maestría de Hirtuleyo y su ejército hispano para mantenerle a él clavado en su provincia. Pero Cartago Nova estaba, además de lejos de su provincia, en una región que podía permitir una marcha hacia el norte para auxiliar a Pompeyo en Lauro, y las cinco legiones del Meneítos podrían inclinar favorablemente el equilibrio de fuerzas de parte de Pompeyo. Por consiguiente, había que frustrar aquella marcha de Metelo Pío.

Lo que Metelo Pío esperaba era que Hirtuleyo decidiese abandonar Laminium y descender por el terreno fácil entre el Anas y el Betis, y, alejado del terreno accidentado en que cualquier general de Sertorio vencía fácilmente, sería más fácil su derrota; los generales de Sertorio no confiaban en los pueblos de la provincia Ulterior al este del Betis, y por eso Sertorio no había intentado invadirla. Así, cuando Hirtuleyo tuviese conocimiento de la proyectada marcha de Metelo Pío, tendría que intentar cerrarle el paso para que no pudiese cruzar el Betis y llegar a terreno seguro. Naturalmente, el curso más prudente que podía seguir Hirtuleyo habría sido marchar en dirección al norte de la Hispania Ulterior, y aguardar a Metelo Pío para interceptarle en el Campus Spartarius, que era una región amiga de Sertorio, pero Hirtuleyo no iba a ser tan ingenuo de efectuar aquel



movimiento lógico; si dejaba la Hispania central y se alejaba tanto, lo único que tendría que hacer el Meneítos era retroceder e irrumpir por el paso de Laminium, y luego seguir por la ruta más rápida para acudir en auxilio de Pompeyo en Lauro.

Hirtuleyo sólo podía hacer una cosa: avanzar por el terreno fácil entre el Anas y el Betis, y detener a Metelo Pío antes de que cruzase el Betis. Pero Metelo Pío avanzó mucho más de prisa de lo que Hirtuleyo pensaba, y ya estaba cerca de Itálica y el Betis cuando Hirtuleyo con su ejército hispano se hallaba aún a una buena jornada de marcha; y tuvo que apresurarse para que la presa no se le escapara.

Era el mes de quintilis y el sur de Hispania conocía los primeros calores del verano; el sol caía implacable desde detrás de las montañas del Solorus hiriendo a las tierras aún no recuperadas de la solana de la víspera, y apenas aliviadas por la humedad nocturna. Con extraordinaria solicitud para con sus tropas, Metelo Pío las instaló en tiendas grandes y aireadas, e instó a los soldados a que llevasen paños mojados en manantiales y fuentes pegados a la nuca y a la frente, asegurándose de que bebiesen suficiente agua, y además les proveyó de un nuevo adminículo para entrar en combate: un pellejo de agua atado a la cintura.

Aun cuando el implacable sol hacía brillar el bosque de lanzas del ejército de Hirtuleyo que se aproximaba a toda marcha desde el norte, Metelo Pío mantuvo a sus hombres a la sombra de las tiendas y se aseguró de que no faltasen tinajas de agua para seguir humedeciendo los paños. Y sólo se puso en movimiento en el último momento, con la tropa fresca y dispuesta, que comentaba animosa, conforme iban tomando posiciones, lo estupendo que iba ser echar un trago de agua en pleno combate.

El ejército hispano había cubierto una pesada marcha de dieciséis kilómetros bajo el sol, y, aunque iba bien provisto de asnos para reparto de agua, no tenía tiempo de detenerse y beber antes de entablar combate. Con sus tropas debilitadas, Hirtuleyo no tenía posibilidades de vencer. En un momento determinado él y Metelo Pío lucharon entre sí —pura casualidad en cualquier combate desde la época de Homero—, y, aunque Hirtuleyo era más joven y fuerte, su adversario, mejor hidratado y más fresco, le venció.

Lucharon separados del resto antes de que hubiera concluido el combate, pero Hirtuleyo acabó con una herida en el muslo, y la gloria fue para Metelo Pío. La batalla no duró ni una hora; el ejército hispano huyó hacia el oeste en desbandada, dejando muchos muertos y hombres exhaustos sobre el terreno, viéndose obligado Hirtuleyo a cruzar el Anas y pasar a Lusitania, donde por fin pudo detener a sus hombres.

—¿Verdad que es estupendo? —dijo Metelo Pío a su hijo mientras contemplaban la estela de polvo que iba alejándose hacia el Oeste de Itálica.

—¡Tata, has estado genial! —exclamó el joven, olvidando que ya era demasiado mayor para usar aquel diminutivo infantil.

El Meneitos no cabía en sí de gozo.

—Y ahora nos daremos un buen baño en el río y dormiremos bien esta noche para mañana marchar hacia Gades —añadió, feliz, pensando ya en las cartas que iba a escribir al Senado y a Pompeyo.

—¿A Gades? ¿Por qué a Gades? —inquirió Metelo Escipión extrañado.

—¡Claro que a Gades! —contestó Metelo Pío, cogiéndole por los hombros y zarandeándole—. ¡Vamos, muchacho, a la sombra! No quiero que nadie coja una insolación, que os necesito a todos. ¿No te apetece un largo viaje por mar para huir de este calor?

—¿Un largo viaje? ¿A dónde?

—A Cartago Nova, en socorro de Cayo Memmio.

—¡Padre, desde luego no cabe duda de que eres genial!

Y eso, pensó el Meneitos mientras conducía a su hijo a la sombra de la tienda de mando, era tan emocionante como escuchar los gritos y vítores de «¡Imperator!» con que le había saludado el ejército al término de la batalla. ¡Lo había conseguido! Había infligido una derrota al mejor general de Quinto Sertorio.

La flota que zarpó de Gades era grande y perfectamente escoltada por todos los navíos de guerra que el gobernador pudo reunir; los mercantes iban cargados de trigo, aceite, pescado y carne en salazón, garbanzos, vino y hasta sal. Todo lo necesario para asegurar el abastecimiento de Cartago

Nova, cercada por los contestanos por tierra y bloqueada por los piratas por mar.

Después de aprovisionar a Cartago Nova, Metelo Pío embarcó la legión de Cayo Memmio en los mercantes vacíos y zarpó para seguir tranquilamente hacia el norte por la costa este de Hispania Citerior, complacido al ver que el barco pirata con que se tropezaron huía a toda vela. Los piratas habrían derrotado a Cayo Cotta en una batalla naval varios años atrás en aquellas mismas aguas, pero rehuían al Meneítos.

Él iba, naturalmente, como buen noble romano que era, a entregar a Pompeyo en Emporiae la legión de Cayo Memmio; y también iba a jactarse un poquito y a mostrarse algo apesadumbrado por el desastroso verano bélico de Pompeyo... Consideraba que se lo merecía por intentar arrebatarse la gloria.

Cuando, pasado ya el fuerte reducto pirata de Dianium, Metelo Pío mandó anclar los barcos en una ensenada tranquila para pasar la noche, vieron que se llegaba a ellos una barca de Dianium. Era Balbus el joven con muchas noticias.

—¡Qué bien volver a hallarme entre amigos! —dijo en su curioso latín a Metelo Pío, Metelo Escipión y Cayo Memmio (aparte de su tío, que se alegró sobremanera de verle sano y salvo).

—Supongo que no pudiste entrar en contacto con mi colega Cneo Pompeyo —dijo Metelo Pío.

—No, Quinto Cecilio. No pude pasar de Dianium. Toda la costa desde la desembocadura del Sucro hasta el Tader está llena de tropas de Sertorio, y a mí se me nota que soy gaditano... me habrían capturado y torturado. Mientras que en Dianium hay muchos púnicos; así que pensé que sería mejor quedarme allí y enterarme de cuanto pudiera.

—¿Y de qué te has enterado, Balbus?

—¡De lo que me he enterado y lo que he visto! Algo muy interesante —dijo Balbus el joven con ojos brillantes—. No hará dos intervalos de mercado que llegó una escuadra; venía del Pontus y era del rey Mitrídates.

Los romanos, tensos, se inclinaron para oír mejor.

—Continúa —dijo Metelo Pío.

—En la capitana viajaban dos emisarios del rey, dos desertores romanos... creo que habían sido legados al mando de tropas de Fimbria, Lucio Magio y Lucio Fanio.

—Sus nombres estaban en las listas de proscritos de Sila —comentó Metelo Pío.

—Habían venido a ofrecer a Quinto Sertorio, que acudió en persona a hablar con ellos cuatro días después, tres mil talentos de oro y cuarenta grandes navíos de guerra.

—¿A cambio de qué? —gruñó Cayo Memmio.

—A cambio de que, cuando Quinto Sertorio sea dictador de Roma, confirme a Mitrídates todos los territorios que posee y le permita expansionarse más.

—¿Cuando Sertorio sea dictador de Roma! —dijo Metelo Escipión boquiabierto—. ¡Eso no sucederá jamás!

—¡Tranquilízate, hijo! Deja que prosiga el buen Balbus —terció el padre, reprimiendo su indignación.

—Quinto Sertorio aceptó la propuesta del rey con una condición: que la provincia de Asia y Cilicia siga siendo de Roma.

—¿Y qué dijeron Magio y Fanio?

—Aceptaron, según mi informador. Supongo que se lo esperaban, porque Roma no quiere perder ninguna provincia. Aceptaron en nombre del rey, aunque dijeron que Mitrídates tendría que oírsele antes a ellos para dar su confirmación formal.

—¿Y sigue fondeada en Dianium la flota pónica?

—No, Quinto Cecilio. Sólo estuvo nueve días y volvió a zarpar.

—¿Y entregaron oro o barcos?

—Aún no. Lo harán en primavera. Sin embargo, Quinto Sertorio envió pruebas al rey de su buena fe...

—¿Cuál?

—Ha regalado al rey una centuria completa de sus mejores tropas hispanas de guerrilla al mando de Marco Mario, un joven a quien aprecia mucho.

—¿Quién es Marco Mario? —inquirió el Meneítos, frunciendo el ceño.

—Un hijo ilegítimo que tuvo Cayo Mario con una mujer de los beturios cuando era propraetor de la provincia Ulterior, hace cuarenta y ocho años.

—Pues no será tan joven ese Marco Mario —comentó Cayo Memmio.

—Cierto; perdonad que os lo haya hecho creer —respondió Balbus excusándose.

—¡Por los dioses, hombre, no es ningún delito! —comentó el Meneítos, irónico—. Continúa, continúa.

—Pero Marco Mario no ha salido nunca de Hispania, y, aunque habla bien latín y ha recibido una buena educación, pues Cayo Mario le había dejado bien provisto, es un hombre inclinado a la causa de los bárbaros hispanos. De hecho, ha sido el mejor comandante de guerrillas de Quinto Sertorio, y esa clase de combate es su especialidad.

—Entonces, Sertorio le ha enviado para que enseñe a Mitrídates a tender emboscadas y hacer incursiones —dijo Metelo Escipión—. ¡Gracias, Sertorio!

—¿Y será en Dianium donde entreguen el dinero y los barcos? —preguntó Metelo Pío.

—Sí, en primavera, como os he dicho.

Las sorprendentes noticias dieron que pensar y materia para escribir a Metelo Pío durante el resto del viaje hasta Emporiae. Nunca había llegado a imaginar que las ambiciones de Sertorio fuesen más allá de proclamarse rey romanizado de toda la Hispania, pues su causa le parecía exclusivamente vinculada a la de los nativos.

—Ahora creo —dijo a Pompeyo al llegar a Emporiae— que hay que tomarse más en serio a Quinto Sertorio. La conquista de Hispania no es más que su primer paso, y si tú y yo no le paramos los pies, va a llegar a Roma con la blanca diadema lista para ceñírsela. ¡Rey de Roma! Y aliado de Mitrídates y Tigranes.

Después de aquellos comentarios previos, a Metelo Pío le fue imposible hurgar en las heridas del joven Pompeyo. Había mirado aquel rostro inexpresivo y aquellos ojos vacíos del joven Carnicero, llegando a la conclusión de que en vez de reprocharle sus torpezas tenía que ayudarle espiritual y mentalmente. Su padre el Numídico habría dicho que de todos

modos su honor le exigía escarbar con el cuchillo, pero el hijo Pío había vivido demasiado tiempo a la sombra de su padre y abominaba tan enrarecido concepto del pundonor.

Con objeto de efectuar amplias composturas en el maltrecho amor propio de Pompeyo, el Meneítos tuvo el acierto de enviar a su engreído y poco diplomático hijo a la Galia narbonense con Aulo Gabinio para reclutar caballería y caballos; habló con Cayo Memmio para que le secundara y encomendó a Afranio y a Petreyo la reorganización del mermado ejército de Pompeyo. Durante varios días mantuvo toda conversación y pensamientos al margen de las campañas pasadas, satisfecho de que las noticias de Dianium dieran nuevo impulso a los acontecimientos.

Finalmente, casi ya en diciembre y dispuestos a regresar a su provincia, la vieja de la Hispania Ulterior se puso manos a la obra.

—No creo que sea necesario hablar de los acontecimientos pasados —dijo resueltamente—. Ahora tenemos que preocuparnos de las próximas campañas.

A Pompeyo siempre le había gustado bastante Metelo Pío, y ahora hasta le habría complacido que su colega le hubiese zaherido con su jactancia por el éxito, pues a él le habría servido para desdeñarle y detestarle, mientras que con aquella amabilidad y consideración se exacerbaba su amargura. Era evidente que el Meneítos no le consideraba lo bastante importante como para despreciarle; no era más que un simple tribuno militar joven que había fracasado en su primera misión, al que había que recoger, sacudir el polvo y montarle de nuevo en el caballo.

Sin embargo, al menos esta actitud daba pie a que se sentasen juntos amigablemente. Antes del episodio con Sertorio, Pompeyo simplemente habría supuesto que se trataba de una charla entre militares, pero en su actual estado se limitó a sentarse a la espera de que Metelo Pío expusiera su plan.

—Esta vez —dijo el Meneítos— avanzaremos los dos hasta el Sucro en busca de Sertorio. Ninguno de los dos contamos con un ejército lo bastante numeroso para operar por separado. Pero yo no puedo cruzar por Laminium porque Hirtuleyo y el ejército hispano habrán regresado allí y me estarán

esperando; así que tendré que elegir una ruta muy distinta y hacerla lo más sigilosamente posible, de modo que no le llegue a Sertorio noticia de mi avance, y menos a Hirtuleyo. Pero éste tendrá que dejar Laminium para cortarme el paso, y no lo hará hasta que Sertorio se lo ordene. Sertorio es un déspota completo en todo, asuntos militares incluidos.

—¿Y qué ruta seguirás? —inquirió Pompeyo.

—Me desviaré por el oeste, a través de Lusitania —contestó el Meneítos—. Me llegaré hasta Segovia.

—¿Segovia? ¡Eso está en el fin del mundo!

—Cierto. Eso despistará a Sertorio y me evitará tropezarme con Hirtuleyo. Sertorio creerá que me dirijo más arriba del Iberus para invadir la región mientras él se enfrenta a ti, y enviará a Hirtuleyo a interceptarme, porque él en Laminium se encuentra ciento sesenta kilómetros más cerca de Segovia que yo.

—¿Y qué quieres que haga yo exactamente? —preguntó Pompeyo, ahora ya más humilde.

—Que permanezcas acampado aquí en Emporiae hasta mayo. Yo tardaré dos meses en llegar a Segovia, así que saldré mucho antes que tú. Cuando te pongas en marcha hazlo con extrema precaución. Lo crucial de toda la estrategia es que parezca que avanzas con un propósito definido, totalmente independiente de mí, y que no llegues al Turis y a Valentia antes de finales de junio.

—¿Y no intentará Sertorio cerrarme el paso en Saguntum o Lauro?

—Lo dudo. Él no actúa en el mismo territorio dos veces. Tú ahora ya conoces bien Saguntum y Lauro.

Pompeyo se puso rojo, pero no dijo nada.

El Meneítos continuó como si no lo hubiese advertido.

—No, esta vez te dejará llegar al Turis y a Valentia, porque es terreno desconocido para ti. Herenio y el traidor Perpena siguen ocupando Valentia, pero no creo que se dispongan a aguantar el asedio; a Sertorio no le gusta resistir de ese modo en ciudades costeras, prefiere los reductos montañosos inexpugnables.

Metelo Pío hizo una pausa para mirar el rostro de Pompeyo, ya recuperado el color normal, y le animó sobremanera ver que sus ojos denotaban interés. ¡Bien! Comenzaba a comprender.

—Desde Segovia me dirigiré al Sucro, donde espero que Sertorio te presente batalla.

Pompeyo frunció el ceño y dio vueltas a aquello en la cabeza, una cabeza que el Meneitos advirtió que funcionaba perfectamente; lo que sucedía es que había perdido la confianza en hacer planes propios. ¡Bueno, con un par de victorias la recuperaría! Su carácter estaba hecho y no iba a perderlo; sólo estaba maltrecho.

—Pero la marcha de Segovia hasta el Sucro tendrás que hacerla a través de la región más seca de Hispania —replicó Pompeyo—. ¡Es puro desierto! Y hasta que alcances el Sucro no harás mas que cruzar montañas en vez de avanzar por valles. ¡Es un camino infernal!

—Por eso lo elijo —contestó Metelo Pío—. Nadie ha seguido esa ruta jamás, y Sertorio no se imaginará que voy a llegar por ahí. Lo que espero es llegar al Sucro antes de que sus exploradores me oteen —añadió, enarcando las cejas y mirándole sonriente—. Pompeyo, tú has estudiado a fondo los mapas y los informes, y conoces bien el terreno.

—Si, Quinto Cecilio, pero eso no tiene comparación con la experiencia real, aunque es lo mejor que se puede hacer hasta obtenerla —replicó Pompeyo.

—¡Ya la estás adquiriendo, pierde cuidado! —dijo Metelo Pío animoso.

—Experiencia negativa —farfulló Pompeyo.

—Ninguna experiencia es negativa, Cneo Pompeyo, con tal de que se aproveche para triunfar.

—Supongo —añadió Pompeyo con un suspiro, encogiéndose de hombros y mirándose las manos—. ¿Dónde quieres que esté yo cuando llegues al Sucro? ¿Y cuándo crees que llegarás?

—Sertorio no subirá desde el Sucro hasta el Turis —dijo Metelo Pío con firmeza—. Herenio y Perpena quizás intenten detenerte en Valentia o en algún lugar del Turis, pero yo creo que sus órdenes serán reunirse con Sertorio en el Sucro. Yo intentaré encontrarme cerca de Sertorio a finales de



quintilis. Es decir, si tú llegas al Turis a finales de junio, puedes rezagarte allí un mes. Pase lo que pase, no continúes hacia el sur para enfrentarte a Sertorio hasta finales de quintilis, porque si lo haces yo no estaré allí para reforzarte. Lo que Sertorio pretende es aniquilar a tus legiones para así quedar en ventaja para combatir conmigo. Yo bajaré.

—El año pasado dijiste que subirías, Quinto Cecilio.

—Habría sido algo inopinado, y es lo que debió de calcular Sertorio. Ten el convencimiento de que si me tropiezo con Hirtuleyo y vuelvo a derrotarle, haré cuanto pueda porque Sertorio no se entere hasta que yo pueda unir mis fuerzas a las tuyas.

—Me han dicho que en Hispania es difícil. Sertorio lo sabe todo.

—Eso dicen, pero yo ya hace unos años que estoy en Hispania y sé que Sertorio va perdiendo cada vez más ventajas. ¡Animo, Cneo Pompeyo! ¡Venceremos!

Decir que Pompeyo estaba más animado después de que la vieja de la Ulterior reembarcase camino de Gades quizá fuese exagerado, pero desde luego sí que se sentía mejor. Comenzó a salir de su alojamiento y se unió a Afranio, Petreyo y los legados más jóvenes para dar los toques finales a la reorganización del ejército. ¡ Menos mal que el Meneítos se había empeñado en que se quedase con una legión suya! Sin ella no habría podido entrar en campaña. El número de soldados con que contaba le permitía dos alternativas: cinco legiones disminuidas o cuatro normales. Como militarmente no era nada tonto, Pompeyo optó por encuadrarlos en cinco, que eran más maniobrables que las cuatro normales. Le costaba ver a los supervivientes, y era la primera vez que lo hacía desde la derrota, pero, para su gran sorpresa, se enteró de que ninguno le reprochaba la muerte de tantos compañeros. Por el contrario, parecían todos coincidir en que Sertorio caería, y se mostraban tan dispuestos como siempre a hacer lo que ordenase su joven general.

Como el invierno en aquellas costas era suave y muy seco, Pompeyo coordinó sus unidades haciéndolas marchar a lo largo del Iberus para

reducir algunas ciudades partidarias de Sertorio; Biscargis y Celsa cayeron sin dificultad. Ya a finales de marzo, Pompeyo regresó a Emporiae y comenzó a preparar la expedición para el descenso por la costa.

En una carta, Metelo Pío le informaba que, tras recibir los cuarenta navíos de guerra y los tres mil talentos de oro en Dianium, Sertorio había marchado a Lusitania con Perpena para ayudar a Hirtuleyo a adiestrar más tropas y compensar las bajas del ejército hispano, dejando a Herenio al mando en Osca.

La propia red de espionaje de Pompeyo había mejorado notablemente, gracias a los desvelos de los Balbus (ahora a su servicio), y los exploradores picentinos actuaban mejor de lo que él esperaba.

No emprendió la marcha hasta comenzado mayo, y procedió con suma cautela. El, que era hombre de campo, notó en seguida al cruzar el Iberus en Dertosa que aquel extenso y fértil valle estaba muy seco para la época del año en que estaban, y que el trigo era más escaso de lo que debía ser y aún no había espigado.

Del enemigo, ni señal; pero eso no le satisfizo en su segunda marcha hacia el sur. Simplemente le hizo más precavido y avanzó en columna con formación defensiva. Al llegar a Saguntum y Lauro, pasó apresuradamente sin querer mirar; Saguntum estaba en pie, pero Lauro era un montón de ruinas ennegrecidas. A finales de junio, después de enviar un mensaje que esperaba llegase a Metelo Pío en Segovia, alcanzó el valle más amplio y fértil del río Turis, en cuya orilla sur se alzaba la bien fortificada ciudad de Valentia.

Allí, en las estrechas llanuras entre el río y la ciudad, Pompeyo se encontró con Herenio y Perpena. Sus exploradores picentinos le informaron de que le superaban en número, pero contaban también con cinco legiones: unos treinta mil hombres frente a los veinte mil de Pompeyo. Su mayor ventaja era la caballería, que los exploradores calculaban en un millar de jinetes galos. Aunque Metelo Escipión y Aulo Gabinio habían hecho esfuerzos indecibles por reclutar caballería en la Galia Narbonense durante el invierno, Pompeyo sólo disponía de cuatrocientos hombres a caballo.

Al menos estaba seguro de que los informes de los picentinos eran fiables, y cuando le dijeron que no era muy distinta la exploración en Italia y en Hispania, les creyó. Así, seguro de que no le acechaban por retaguardia cohortes de Sertorio, Pompeyo ordenó al ejército el paso del Turis para entablar batalla en la orilla sur.

El río era más un declive que un cauce hondo, y no presentaba dificultad, aun en plena batalla; su lecho era de piedra, y el agua les llegaba a los tobillos. No había ventaja alguna en aprovechar una u otra ribera, y lo que se produjo fue un choque convencional en el que el bando con mejor moral y resistencia se haría con la victoria. La única innovación que empleó Pompeyo se produjo por su desventaja de caballería; suponiendo acertadamente que Perpena y Herenio se valdrían de su superioridad en caballería para arrollar sus flancos, dispuso en las filas externas de los mismos tropas con lanzas antiguas de las falanges, y les ordenó ensartar con las terribles armas de cinco pies de largo a los caballos en vez de a los jinetes.

El choque fue muy reñido y encarnizado. Herenio, que no era tan buen general como Sertorio o Hirtuleyo, no vio hasta que ya era tarde que iba perdiendo; a su izquierda Perpena no hacía caso de ninguna de sus órdenes. De hecho, ninguno de los dos se había puesto de acuerdo antes de la batalla sobre cómo debía organizarse, y acabaron combatiendo por separado, aunque de esto Pompeyo sólo se enteró después.

Todo concluyó con una sonora derrota de Herenio, pero no de Perpena. Pensando que era preferible morir si Sertorio insistía en que continuase la guerra con aquel odioso traidor Perpena, Herenio perdió la vida en el combate, y la moral de las tres legiones y de la caballería a sus órdenes se desmoronó. Perekieron doce mil hombres, mientras Perpena, con dieciocho mil supervivientes, emprendía la retirada para unirse a Sertorio en el Sucro.

Siguiendo la recomendación de Metelo Pío de no llegar al Sucro hasta finales de quintilis, Pompeyo no fue en su persecución; la victoria, tan decisiva y rotunda, había cauterizado su herida moral. ¡Qué fantástico volver a oír los vítores de los legionarios y prender los laureles a las águilas y a los estandartes!

Valentia, naturalmente, estaba casi indefensa; sólo se interponían sus murallas entre ella y la venganza de Roma. Pompeyo acampó ante ellas y las sometió a una minuciosa inspección que le permitió ver más de un punto débil que convenía a sus propósitos. Unas cuantas minas, un incendio en uno de los tramos de madera, un corte del suministro de agua, y Valentia se rindió. Con la nueva cautela que acababa de adoptar, Pompeyo se apoderó de cuantos alimentos había en la ciudad y los escondió en una cantera abandonada bajo una capa de turba. Luego, envió a los habitantes de Valentia al mercado de esclavos de Cartago Nova, por barco, ya que la flota romana de la Hispania Ulterior en aquellos momentos (gracias a las previsiones del Meneítos) patrullaba las aguas, y no había señal alguna de las cuarenta trirremes pónicas que ya obraban en poder de Sertorio. Seis días antes del final de quintilis Pompeyo se puso en camino hacia el Sucro, donde encontró a Sertorio y a Perpena encerrados en dos campamentos en la llanura que había ante el río.

Ahora se enfrentaba a un terrible dilema. No había tenido noticias de Metelo Pío, y no podía dar por sentado que los refuerzos se hallaran cerca. Igual que la situación en el Turis, la disposición de terreno no presentaba ninguna ventaja táctica para Sertorio: no había colinas, bosques, o barrancos y hondonadas; lo que significaba que Sertorio no disponía de ningún escondite para caballería o guerrillas. La ciudad más próxima era Saetabis, ocho kilómetros río abajo, una corriente de agua más ancha que el Turis y de arenas movedizas.

Si retrasaba la batalla hasta que Metelo Pío enlazara con él —en el supuesto de que Metelo Pío llegase— Sertorio podía retirarse a un terreno más favorable a su estrategia, o adivinar que no tomaba la iniciativa por estar a la espera de refuerzos. Por el contrario, si le presentaba batalla, estaba en grave inferioridad numérica, casi cuarenta mil hombres contra sus veinte mil, aunque ninguno de los dos tenía mucha caballería, habida cuenta de las bajas de Herenio.

Al final, fue el temor a que Metelo Pío no llegara lo que animó a Pompeyo a presentar batalla; o es lo que se dijo a sí mismo por no admitir que su egoísmo le susurraba al oído que si entraba en combate no tendría

que compartir los laureles con Metelo Pío. El enfrentamiento con Herenio y Perpena no había sido más que un preludio al combate que iba a librar con Sertorio, y Pompeyo ansiaba borrar el recuerdo obsesivo de su derrota. ¡Sí, había recobrado la confianza! Al amanecer del penúltimo día de quintilis, después de construir un formidable campamento en retaguardia, Cneo Pompeyo Magnus marchó con sus cinco legiones y sus cuatrocientos jinetes al encuentro de Sertorio y Perpena.

En las calendas de abril, Quinto Cecilio Metelo Pío el Meneítos dejaba sus cómodos cuarteles en Itálica, en la orilla occidental del Betis, y se ponía en marcha hacia el río Anas. Llevaba sus seis legiones —treinta y cinco mil hombres— y mil soldados nómadas de caballería ligera. Como el aristocrático fluido que corría por sus venas no tenía mezcla alguna de sangre rural, no se percató de que los campos de cultivo por los que pasaba no exhibían aquel verdor de otros años ni las mieses eran tan pujantes. Él llevaba trigo en abundancia, y todas las demás provisiones necesarias para alimentar y mantener la buena salud de sus tropas.

No encontró un muro de lusitanos aguardándole en el Anas cuando lo cruzó a unos doscientos cuarenta kilómetros de su desembocadura; cosa que le complació, pues eso significaba que no les había llegado noticia de su ruta y aún esperaban verle llegar por mar. Aunque en aquel alto curso del río no había grandes asentamientos, sí se veían aldehuelas y terrenos cultivados en las riberas. Sin duda la noticia de su llegada viajaría río abajo hasta los caudillos tribales, pero cuando les llegase él ya estaría lejos del Anas. ¡Podían perseguirle, pero no le darían alcance!

La serpiente de la columna romana avanzaba a buen paso por las ondulantes llanuras camino del Tagus en Turmuli, cuando en aquellos parajes se produjeron escaramuzas con algunas tribus, pero fueron rechazadas como moscas de las ancas de un caballo. Como Segovia era su penúltimo punto de destino, el Meneítos no continuó aguas arriba del Tagus, sino que cruzó a campo través hacia el noroeste.

La carretera que seguía no era más que un rudimentario camino de carros, pero, como era habitual, su trazado seguía la línea de menor resistencia de la meseta, cuya altitud variaba sólo un centenar de pies y nunca sobrepasaba los dos mil quinientos; como era una región desconocida para él, el Meneítos la contemplaba fascinado, instando a su equipo de cartógrafos y geógrafos a registrarla con todo lujo de detalles. Habitantes vieron pocos, y los pocos que vieron fueron inmediatamente eliminados.

Prosiguieron a través de hermosos bosques de robles, hayas, olmos y abedules, a cubierto del sol. La victoria sobre Hirtuleyo el año anterior había elevado enormemente el ánimo de la tropa, infundiendo en su general un mayor interés por su comodidad. Decidido a que no padecieran más de lo estrictamente necesario —y consciente de que bien lo merecían— la vieja de la provincia Ulterior se preocupaba por no forzar la marcha hasta llegar a un sitio apropiado para hacer el rancho y descansar por la noche para que se recuperasen.

La columna romana cruzó entre dos cordilleras mucho más altas y salió a las tierras que descienden hasta el Durio, de entre los más importantes de Hispania, el río menos conocido para los romanos. Ante él, de haber seguido la misma ruta, estaba la grande y próspera Salamantica, pero Metelo Pío giró hacia el nordeste, rozando las estribaciones de las montañas a su derecha, para no provocar a la tribu de los vetones, cuyas minas de oro habían hecho que el gran Aníbal saquease Salamantica ciento cuarenta y cinco años antes. Y en las calendas de junio, Quinto Cecilio Metelo Pío detuvo su ejército en las afueras de Segovia.

Pero Hirtuleyo se había llegado hasta Segovia; lo que no era de extrañar. Laminium estaba a unos trescientos kilómetros, y Metelo Pío había tenido que cubrir una distancia de más de novecientos. Presumiblemente, alguien en Turmuli del Tagus había enviado un mensaje a Sertorio avisándole de que los romanos cruzaban el río, pero no para seguirlo curso arriba. Sertorio había supuesto (exactamente como había sospechado la vieja de la provincia Ulterior) que el objetivo romano era el tramo superior del Iberus, artimaña para atraerle lejos de la costa este y de Pompeyo, o claro intento de asestar un golpe en sus tierras más fieles. Por ello, había ordenado a

Hirtuleyo interceptar a la vieja antes de que pudiera llegar a ellas. De una cosa estaba seguro Metelo Pío: no habían adivinado adónde iba realmente. De haberlo adivinado, la opinión de Sertorio sobre la capacidad —¡y astucia!— de la vieja habría cambiado.

Lo primero que había que hacer era situar el ejército al abrigo de un buen campamento fortificado. Tan prudente como de costumbre, Metelo Pío mandó a las tropas cavar y construir sin quitarse la coraza; ejercicio que a ningún legionario gustaba, pero que hicieron al saber por boca de los centuriones que Hirtuleyo andaba por allí. Trabajaron sin cesar cavando y levantando terraplenes como auténticas hormigas. Carros, bueyes, mulas y caballos pasaron dentro del recinto, al tiempo que se izaban banderas rojas sin que se hubiera terminado el conjunto, y luego quedaron al cuidado de un reducido grupo de auxiliares, ya que los no combatientes también se emplearon en la construcción. Treinta y cinco mil hombres trabajaron con tal denuesto y organización que el campamento quedó establecido en una sola jornada; sus lados medían kilómetro y medio, los terraplenes reforzados con madera tenían veinticinco pies de alto, había torres cada cien pasos y el foso ante las defensas era de veinte pies de ancho. Sólo cuando las cuatro puertas de sólidos troncos quedaron cerradas y los centinelas dispuestos, lanzó el general un suspiro de alivio. Ahora su ejército estaba a salvo.

Sin embargo, la jornada no había transcurrido sin incidentes. A Lucio Hirtuleyo le había parecido insoportable la idea de la vieja de la provincia Ulterior de situarse tan cómodamente atrincherado, y lanzó un ataque de caballería desde su propio campamento para obligarle a interrumpir los trabajos. Pero Metelo Pío no llevaba en vano tres años y medio en Hispania, y había comenzado a pensar como el enemigo. Muchos kilómetros antes de llegar a Segovia había separado de la columna seiscientos soldados nómadas de caballería ligera, y les había dado orden de seguir a la zaga con gran cautela y luego situarse en un lugar en que no pudiera verles un posible atacante. Y en cuanto los hispanos hicieron su aparición, aquella fuerza surgió del bosque en que se ocultaba y repelió el ataque de Hirtuleyo.

Durante los ocho días de un *nundinum* no se produjo ningún otro incidente. La tropa tenía que descansar y sentirse como si no hubiese enemigo capaz de turbar su tranquilidad; dormir por las noches y pasar las largas horas de sol alternándolas con el ejercicio y el esparcimiento. Desde su tienda de mando, en la intersección de la *via praetoria* y la *vía principalis* (en un otero, de modo que desde él pudieran verse las cuatro murallas), el general se dedicaba a recorrer las dos avenidas, entraba en las bocacalles bordeadas de tiendas de piel de ternera embreada o de chozas de tablones, sin dejar de hablar con los soldados, explicándoles sus planes y mostrándose seguro de sí mismo.

No era un hombre afable ni persona de las que se sienten a gusto tratando con subordinados o inferiores, pero tampoco era de tal frialdad que le hiciese impermeable al afecto; desde la batalla del Betis, en que tanto cuidado había mostrado por la tropa, los hombres le miraban de otro modo, con timidez al principio y luego cada vez con menos recelo. Y le miraban con cariño, diciéndole cuánto le agradecían que les hubiera ayudado a vencer con sus cuidados y sus previsiones, sin importarles que el motivo de aquellos cuidados hubiese sido estrictamente práctico y no basado en el afecto, sino en el deseo de derrotar a Hirtuleyo. Habían sido testigos de cómo refunfuñaba y cloqueaba como la vieja que Sertorio decía que era, y habían notado que se tomaba con auténtico interés el bienestar de todos.

Desde que habían zarpado de Gades a Emporiae y viceversa, tras aquel recorrido de novecientos kilómetros por territorio desconocido plagado de bárbaros, no había dejado de preocuparse por ellos. Así, cuando Quinto Cecilio Metelo Pío recorrió las calles y avenidas de su campamento en Segovia, le acompañaba el aura de un extraordinario afecto, y era consciente de que el tiempo, su mentalidad y un interés tradicionalmente romano por la minuciosidad le habían servido para contar con un ejército del que iba a sentir separarse. Eran sus tropas. Lo que no acababa de convencerle era el hecho de que también él era de sus soldados. Era un criterio impensable para su hijo, quien a regañadientes acompañaba al padre en aquellos paseos por el campamento, una auténtica ciudad; Metelo Escipión era más esnob que rigorista, y por naturaleza le resultaba



imposible suscitar o aceptar el afecto de quienes no eran sus iguales, ni siquiera de quienes no estuviesen emparentados con él por consanguinidad o adopción.

Cuando el general les hizo salir del campamento para obligar a Hirtuleyo a presentar batalla, los soldados sabían por qué había apiñado seis legiones y mil jinetes en un campamento mucho más pequeño de lo debido. Quería que Hirtuleyo pensase que no contaba más que con cinco legiones incompletas, e inducirle a creer que lo había construido tan fortificado por haber efectuado la marcha sin todos los pertrechos necesarios; se habían oído comentarios en este sentido a los jinetes nómadas que habían rechazado la incursión de sus tropas hispanas.

Copiando literalmente una página de las memorias de Escipión el Africano, había elegido el tipo de terreno que induce a creer elegiría un general al mando de tropas mal equipadas y de baja moral: surcado por arroyos, desigual y lleno de maleza y arbustos. Y a Hirtuleyo le resultaba evidente que para resistir el frente de batalla de sus cuarenta mil soldados hispanos soberbiamente armados, Metelo Pío se había visto obligado a debilitar su centro; para compensar los flancos demasiado abiertos, había situado en las puntas a la caballería nómada de un modo que parecía conferirle una actuación autónoma. Indeciso de cómo presentar combate aquel día, cuando sus exploradores fueron a decirle que el ejército de la vieja salía del campamento, Hirtuleyo calculó la fuerza del adversario, oteó el terreno, gruñó disgustado y optó por ir a la batalla.

Las alas de la vieja fueron las primeras en entrar en contacto con Hirtuleyo, que era lo que él quería; y cargó contra aquel centro debilitado con la intención de abrir brecha y meter por ella tres legiones para caer sobre su retaguardia. Pero en el momento en que el ejército hispano se introducía entre las desmadejadas alas, Metelo Pío puso en marcha la trampa. Sus mejores tropas estaban ocultas por las alas, y parte de ellas maniobraron rápidamente para reforzar el centro, y las otras se desplegaron de flanco. Antes de que le diera tiempo a salir de la situación, Lucio Hirtuleyo se vio arrollado por una masa informe de tropa desconcertada y perdió la batalla. El y su hermano menor cayeron en el combate, y los

soldados de Metelo Pío, cantando un himno victorioso, hicieron añicos el querido ejército hispano de Sertorio, del que quedaron pocos supervivientes. De éstos, los que huyeron a Lusitania esparcieron la nefasta noticia y nunca más volvieron a las filas de Quinto Sertorio. Las tribus del país, que habían abandonado sus asentamientos de la desembocadura del Anas para seguir a los romanos con intención de invadir después la provincia Ulterior y hasta cruzar el Betis, al conocer el desastre del ejército hispano entonaron un penoso canto fúnebre al ver que se esfumaban sus esperanzas, y se dispersaron por los bosques.

Segovia, poco más que un pueblecito en lo alto de un peñasco en medio de la meseta, no podía resistir a Metelo Pío más de un día. Los habitantes fueron pasados a cuchillo y sus casas incendiadas. El Meneítos no quería que quedase nadie vivo que pudiese ir a Levante a anunciar a Sertorio que su ejército hispano había dejado de existir.

En cuanto los centuriones le comunicaron que los hombres estaban listos y descansados, Metelo Pío inició la marcha hacia la desembocadura del río Sucro. Por el tiempo que le quedaba, no tenía más remedio que cruzar la sierra cercana a Segovia sin dar un rodeo; salvar la Joga carpetana (como la llamaban) era arduo, pero no imposible, aun para los carros tirados por bueyes, y sólo eran cuarenta kilómetros de terreno montañoso. De Segovia llegaron a Miaccum y luego a Sertobriga. Metelo Pío y su ejército pasaron lo bastante lejos de ellas para hacer creer a sus habitantes que se trataba del ejército de Hirtuleyo que regresaba a Laminium.

Continuaron después por una senda agotadora a través de un paisaje tan árido que ni se veían ovejas, pero había lechos de arroyos temporales de aguas subterráneas, y la distancia hasta el Sucro, que aún corría, no era tan grande como para que el ejército de la Hispania Ulterior corriera peligro alguno. Desde luego, el calor era tremendo y no había ninguna sombra; pero Metelo Pío marchaba sólo de noche, pues había bastante luna, y durante el día hacía dormir a la tropa a la sombra de las tiendas.

Nunca supo qué le impulsó a cruzar a la orilla norte del Sucro nada más llegar a él, ya que aguas abajo el curso se convertía en un tramo fangoso que hubiera sido penoso de vadear. Con aquella maniobra el ejército se

encontró en la ribera norte, y, al prepararse para la marcha poco antes de ponerse el sol, oyeron a lo lejos el inequívoco ruido de una batalla. Era el segundo día de quintilis.

Desde el amanecer hasta una hora antes de ponerse el sol, Quinto Sertorio contempló a las legiones de Pompeyo formar en posición de combate, preguntándose si éste iría al ataque o daría media vuelta. Era esto último lo que Sertorio deseaba; pues en el momento en que lo hiciera es que se había dado cuenta del grave error que cometía. Pero tal como se desarrollaban las cosas, el muchacho sabía bien lo que se hacía, o una divinidad le acompañaba para persuadirle de que aguardase hora tras hora bajo el implacable sol.

Las cosas no iban bien para Sertorio, a pesar de sus muchas ventajas: la superioridad de sus tropas para soportar el sol, la gran cantidad de agua para beber y refrescarse y el mejor conocimiento del terreno. Para empezar, no había tenido noticias de Lucio Hirtuleyo desde su llegada a Segovia, salvo una breve nota diciéndole que allí no estaba Metelo Pío, pero que aguardaría treinta días para ver si la vieja aparecía antes de que él volviera a unirse a Sertorio según lo ordenado. Por otra parte, sus exploradores, situados en las mayores alturas de la región, no habían avistado ninguna columna de polvo en dirección del seco valle del Sucro que les indicase que Hirtuleyo regresaba. Y lo peor de todo era que ¡Diana había desaparecido!

La corza blanca le había acompañado durante todo el viaje desde Osca, impávida ante el barullo y ajetreo de un ejército en movimiento, y sin mostrar molestia alguna por el duro sol del verano a pesar de ser albina; todo ello, una señal más de su origen divino. Pero al tomar posiciones junto al Sucro, dejando a Herenio y a Perpena bien establecidos en Valentia para detener a Pompeyo, Diana había desaparecido. Una noche, al volver a su tienda de mando para dormir, el animal estaba hecho una rosca en la piel de cordero junto al catre, pero al despertarse por la mañana ya no lo vio.

Al principio no se había inquietado por su ausencia, porque era un animal muy limpio que nunca se ensuciaba dentro de la tienda ni edificio

alguno, y él había pensado que habría salido a hacer sus necesidades; aunque luego jamás faltaba al desayuno, y en verano siempre se mostraba hambriento nada más amanecer. Pero aquel día no había acudido a desayunar.

De eso hacia ya treinta y tres días. Cada vez más alarmado, Sertorio la había buscado en vano cada vez por sitios más alejados, y finalmente se había dedicado a preguntar si alguien la había visto. La noticia se había difundido inmediatamente como fuego en yesca, y todo el campamento se había entregado empavorecido a buscar a Diana, a tal extremo que Sertorio había dado severas órdenes para el mantenimiento de la disciplina aunque él desapareciera.

El animal era tan importante, sobre todo para los españoles, que, conforme transcurrían los días sin verlo, los ánimos decayeron, y mermaron aún más al saber el lamentable desastre de Valentia por la falta de apoyo de Perpena a Cayo Herenio. Sertorio sabía perfectamente que era culpa de él, pero sus tropas estaban convencidas de que la derrota se debía a la desaparición de Diana. El animal era lo que daba suerte a Sertorio, y al desaparecer la suerte le abandonaba.

Poco antes del amanecer Sertorio presentó batalla, convencido de que sus tropas estaban en mejores condiciones para el combate que las de Pompeyo, agotadas por la larga espera bajo aquel sol implacable. Pompeyo mandaba personalmente el ala derecha, secundado en la izquierda por Lucio Afranio y con el centro al mando de un legado que Sertorio pensaba debía ser nuevo en Hispania, pues los exploradores nunca habían visto aquella cara. El encuentro en las afueras de Lauro el año anterior había inspirado a Sertorio un profundo menosprecio por las dotes de general de Pompeyo, y optó por dirigir personalmente el ataque contra el ala de Pompeyo, dejando a Perpena que se las viera con Afranio, y él mismo se encargó también del centro.

El combate comenzó estupendamente para Sertorio, y siguió aún mejor cuando Pompeyo tuvo que ser retirado del campo de batalla nada más salir el sol con un muslo destrozado por un venablo provisto de lengüetas. Su gran caballo blanco quedó en el sitio, muerto por el mismo venablo. A pesar

de las audaces intenciones del joven Aulo Gabinio por rehacer la situación, el ala derecha romana comenzó a ceder.

Lamentablemente, a Perpena no le iban tan bien las cosas frente a Afranio, que había abierto brecha en sus líneas, llegando hasta el campamento en retaguardia, por lo que Sertorio tuvo que acudir personalmente en su ayuda y sólo logró expulsar a Afranio del campamento tras cuantiosas bajas. Ya había anochecido cuando salió la luna llena, y la batalla proseguía a la luz del astro y de las antorchas, a pesar del polvo. Sertorio estaba decidido a no dar tregua hasta hallarse en una situación de dominio que le permitiese vencer al día siguiente.

Así, cuando el enfrentamiento cesó, Sertorio se las prometía muy felices para el día siguiente.

—Colgaré de un árbol el cadáver de ese muchachito para que se lo coman los pájaros —dijo con aviesa sonrisa—. ¿No habrá regresado Diana, verdad? —inquirió, acto seguido, con gesto de inquietud.

No, Diana no había aparecido.

En cuanto hubo luz suficiente se reanudó el combate. Pompeyo seguía al mando en unas parihuelas llevadas en hombros por sus hombres más altos. Recuperada la formación durante la noche, ahora su ejército atacaba más cohesionado y era evidente que había dado orden de reducir al mínimo las bajas evitando riesgos; la clase de combate que más detestaba Sertorio.

Y poco después de la salida del sol, un nuevo ejército fresco y una nueva cara hicieron su aparición en escena: Quinto Cecilio Metelo Pío apareció por el oeste, cruzando las filas de Perpena como si no existiesen. Por segunda vez en menos de una jornada, el campamento de Perpena caía en manos del adversario, y Metelo Pío siguió avanzando hacia el campamento de Sertorio. A huir tocaban.

Conforme él y Perpena emprendían rápida retirada, se le oyó decir desalentado:

—¡Si esa maldita vieja no hubiese aparecido habría obligado a patadas a ese muchachito a retirarse hasta la misma Roma!

La retirada se detuvo en las estribaciones de las montañas al oeste de Saetabis. Allí Sertorio volvió una vez más a restablecer la disciplina, y,

haciendo caso omiso de Perpena, contó sus bajas —unos cuatro mil hombres— e incorporó los hombres de las cohortes más destrozadas (la mayor parte de Perpena) a otras unidades que requerían cierto refuerzo. Perpena quiso protestar en voz alta por aquel atentado a su autoridad, pero una mirada al serio rostro tuerto le disuadió plenamente. Y esperó a mejor ocasión.

Allí fue donde Sertorio se enteró de que Lucio y Cayo Hirtuleyo habían caído en Segovia con todo el ejército hispano. Un duro golpe que él jamás había esperado. ¡Y menos de un enemigo como la vieja de la provincia Ulterior! ¡Qué astuto hacer una marcha indirecta para ocultar sus verdaderas intenciones, y pasar de largo lejos de Miaccum y Sertobriga fingiendo ser Hirtuleyo, y continuar a la luz de la luna para que no se vea el polvo y no le avisten!

Los hispanos tienen razón, pensó. Al desaparecer Diana me ha abandonado la suerte. Ya no me favorece la Fortuna.

Le dijeron que el muchachito y la vieja habían decidido que no valía la pena seguir hacia el sur; una vez limpiado el campo de batalla y después de pillar cuantas provisiones había en la desventurada Saetabis, sus ejércitos habían emprendido marcha hacia el norte. Era lógico; estaban en sextilis y tenían un largo trecho que cubrir para que el muchachito alcanzase los cuarteles de invierno. Pero, ¿qué pretendería hacer la vieja? ¿Regresaba a la provincia Ulterior o seguía hacia el norte con Pompeyo? Acosado por un desánimo que no sabía cómo superar, Quinto Sertorio decidió arrancarse aquella espina y seguir a la vieja y al muchachito hacia el norte, y hacerles el mayor daño posible arriesgándose a otro enfrentamiento.

Ya había levantado el campamento y puesto en marcha a sus tropas con las guerrillas en vanguardia, cuando a su presencia acudieron un niño y una niña de pies más curtidos que sus ennegrecidos cuerpos, y con anillos de oro en nariz y orejas, que traían, atada a un trozo de cuerda, una corza marrón llena de barro. Las lágrimas brotaron del único ojo de Quinto Sertorio. Los pequeños se habían enterado de que había perdido su preciosa corza blanca enviada por la diosa y venían a ofrecerle la suya.

Se puso en cuclillas, con la cara vuelta para que le vieran el lado bueno y no impresionarles, y, para gran sorpresa suya, el animal comenzó a saltar y rebullirse contento. ¡A Quinto Sertorio no le huían los animales!

—¿Me la traéis a mí? —inquirió afable—. ¡Gracias, gracias! Pero no puedo aceptarlo porque tengo que ir a luchar contra los romanos y es mucho mejor que la guardéis vosotros.

—Es la tuya... —dijo la niña.

—¿La mía? ¡Oh, no; la mía era blanca!

—Si es blanca —replicó la niña, escupiéndose en la palma de la mano y frotando al animal—. ¿No ves?

En aquel momento la corza se soltó de la cuerda y se lanzó sobre Sertorio, quien, con lágrimas en la mejilla del lado bueno, la abrazó besándola—. ¡Diana! ¡Mi Diana! ¡Es mi Diana!

Una vez que hubo despedido a los niños con el trozo de cuerda y una bolsa de oro, cargada por un esclavo para que se la entregara a los padres, Quinto Sertorio bañó a la corza en un manantial y la contempló extasiado. No sabía a qué se habría debido su desaparición, pero era evidente que no le había ido muy bien; debía de haber sufrido el ataque de algún gato montés, pues tenía señales de zarpazos en las ancas. Sólo los dioses sabrían cómo había podido escapar. Tenía las pezuñitas desgastadas y ensangrentadas, las orejas desgarradas y el hocico herido. Los niños la habían visto al sacar las ovejas a pastar, y el animal se les había acercado para en seguida arrimar el morro a la niña, temblorosa.

—Bueno, Diana —dijo Sertorio, poniéndola en una caja encima de un carro—, espero que te hayas dado cuenta que no te va bien la vida campestre. ¿Es que oliste a algún ciervo? ¿Fue eso? A partir de ahora viajarás así. No quiero volver a perderte.

La noticia corrió rápidamente entre la tropa. ¡Había vuelto Diana! Quinto Sertorio volvía a tener la suerte de su lado.

Pompeyo y Metelo Pío dejaron atrás Valentia y continuaron hacia Saguntum. Las provisiones que habían saqueado en Saetabis (otra cosa no

había) fueron un verdadero regalo para sus mermados aprovisionamientos, del mismo modo que el acopio que Pompeyo había ocultado en la cantera abandonada en las afueras de Valentia. Habían acordado efectuar juntos la marcha hasta Emporiae, y que Metelo Pío internase en la Galia Narbonense. Aunque sus hombres no habían rechistado por aquel rodeo de mil seiscientos kilómetros en auxilio de Pompeyo, el Meneitos pensó que aquel año ya tenían bastante con otra marcha de ochocientos. Además, quería volver a entrar en acción en primavera, pues sabía que aniquilando al ejército hispano la provincia Ulterior quedaría a salvo de las incursiones de lusitanos.

Saguntum les había enviado una embajada para informarles que harían lo posible por ayudarles, pues seguía siendo fundamentalmente partidaria de Roma. No era de extrañar, habían sido los romanos de Saguntum (y los masilienses) los que habían causado el estallido de la segunda guerra púnica contra Cartago siglo y medio antes. Pocas reservas tenía la ciudad, y eso lo sabían los dos; la cosecha era escasa por falta de lluvia en invierno y la tardanza de las de primavera.

Por lo tanto, era obligado que los dos ejércitos alcanzaran lo antes posible el Iberus, donde la cosecha era más tardía y mejor. Si podían llegar a él a finales de sextilis, se apoderarían de ella, arrebatándosela a Sertorio. Y dieron las gracias a la embajada de Saguntum, despidiéndola y diciéndoles que no iban a quedarse allí.

La pierna de Pompeyo iba curándose; las lengüetas del venablo habían roto nervios y tendones, y músculos y piel tenían que regenerarse para que pudiera apoyarla. Al Meneitos le parecía que la pérdida del caballo público era para él peor que quedarse cojo o dejar de ser guapo. Desde luego, un caballo era más hermoso que una pierna de hombre, y Pompeyo no podría encontrar uno igual. Los caballos hispanos eran pequeños y de mala raza.

Volvía a estar deprimido, y con razón. No sólo el factor determinante de la victoria en el Sucro había sido Metelo Pío, sino que además había acabado con el mejor general y el mejor ejército de Sertorio. Incluso Lucio Afranio, Marco Petreyo y su nuevo legado, Lucio Titurio Sabino, habían brillado más que él. Lo más que podía decirse es que sobre Pompeyo había



caído lo más fuerte del ataque de Sertorio, pero sabía que no había estado a la altura. Y ahora sus exploradores le decían que el renegado partidario de Mario les seguía los pasos hacia el norte, sin duda aguardando la ocasión. Ya se dejaban ver sus guerrillas, acosando a las incursiones de aprovisionamiento, pero Pompeyo había adquirido tanta experiencia como el Meneítos, y los dos ejércitos tuvieron muy pocas bajas. Aunque tampoco consiguieron muchas provisiones.

Luego, al parecer por casualidad, se encontraron con el ejército de Sertorio en las llanuras del Turis poco después de pasar Saguntum, y Sertorio decidió entablar combate de modo que sus legiones se enfrentasen a las de Pompeyo, que eran para él las débiles, no las de Metelo Pío.

La estrategia fue un error, y habría debido atacar a Metelo Pío, dejando Pompeyo para Perpena. Pompeyo volvió a tomar el mando en parihuelas, porque no se dijera que, cual Aquiles, permanecía desolado en su tienda mientras sus aliados continuaban la batalla. El choque se produjo a primera hora de la tarde, y al anochecer había concluido. Aunque sufrió una leve herida en el brazo, fue Metelo Pío el vencedor; logró causar cinco mil bajas a Perpena sin que sus tropas sufrieran muchas. En cuanto a Pompeyo, la mala suerte siguió acosándole y perdió toda la caballería y tuvo seis mil bajas de infantería, equivalentes a legión y media. Que pudieran decir que la batalla había sido una victoria para Roma fue debido a las bajas de Perpena más las tres mil de Sertorio.

—Volverá al amanecer —dijo el Meneítos animado, cuando fue a ver a Pompeyo.

—Seguro que se retira —dijo Pompeyo—. A él le fue mal, pero para Perpena ha sido un desastre.

—Volverá, Cneo Pompeyo. Le conozco.

¡ Maldito Meneítos! ¡ Qué mortificación! ¡ El le conocía!

Y tenía razón, desde luego. Sertorio volvió por la mañana dispuesto a vencer. En esta ocasión corrigió el error y concentró todas sus energías contra Metelo Pío, cuyo campamento se vio atacado a las primeras luces de la aurora. Pero la vieja le esperaba. Había alojado a las tropas de Pompeyo también dentro, y Sertorio fue derrotado. Con aspecto mucho más juvenil y

decidido, aquellos días Metelo Pío persiguió a Sertorio hasta Saguntum, mientras Pompeyo era trasladado a su tienda en las parihuelas.

La batalla había sido un gran pesar para Pompeyo aunque hubieran vencido, pues Cayo Memmio —cuñado, amigo y cuestor suyo— había caído, y era el primero de los legados que perdía.

Mientras él lo lloraba, oculto en la parte de un carro tirado por una mula, Metelo Pío encabezaba la marcha hacia el norte, dejando a Sertorio y a Perpena a su albur; seguramente, cebarse en represalias contra los habitantes de Saguntum. Metelo Pío estaba seguro de que no estarían mucho tiempo, pues Saguntum apenas podía alimentarse, y menos a un ejército.

Al final de sextilis los dos ejércitos romanos llegaron al Iberus y se encontraron con que la cosecha ya estaba bien guardada en los fuertes reductos montañosos de Sertorio y la tierra quemada como un negro desierto. Sertorio no se había detenido mucho en Saguntum; se les había adelantado para devastar toda la región del Iberus.

Emporiae y las tierras de los indigetes se hallaban en situación muy parecida, pues los dos inviernos de la ocupación de Pompeyo habían engordado las bolsas de sus habitantes, pero disminuyendo al máximo los recursos.

—Enviaré a mi cuestor Cayo Urbinio a la provincia Ulterior para reclutar tropas para la defensa —dijo el Meneítos —, pero si queremos volver a asestar un buen golpe a Sertorio, tendré que estar cerca de ti en primavera. Así que, yo, como habíamos pensado, invernaré en la Galia Narbonense.

—Allí tampoco hay muy buena cosecha.

—Cierto. Pero no han tenido un ejército aprovisionándose durante años, y habrá reservas, para mis tropas. Lo que me preocupa —añadió el Meneítos frunciendo el ceño— es qué vas a hacer tú. Creo que aquí no hay alimentos de sobra para tus soldados, y si no comen bien en invierno estarán muy delgados.

—Saldré para el curso alto del Durius —dijo Pompeyo sin inmutarse.

—¡Por los dioses!

—Está muy al oeste de las ciudades de Sertorio y será más fácil reducir las fortalezas pequeñas que ciudades como Calagurris o Vareia. Sertorio domina el Iberus de un extremo al otro, pero no el Durius. Los pocos nativos en quien puedo confiar me han dicho que no son tierras tan altas ni tan frías como cerca de los Pirineos.

—Esa región la habitan los vaceos, y son belicosos.

—¿Y qué tribu hispana no lo es? —replicó Pompeyo con gesto de hastío, cambiándose de postura la pierna herida.

El Meneítos asentía con la cabeza, pensativo.

—Mira, Pompeyo, cuanto más lo pienso más me complace. Sí, ve allí. Pero hazlo antes del invierno para que no sea tan penoso cruzar las montañas del nacimiento del Iberus.

—Pierde cuidado, lo haré antes del invierno. Pero antes —añadió decidido— tengo que escribir una carta.

—A Roma y al Senado.

—Eso es, Pío. A Roma y al Senado —los ojos azules, ya más viejos y cansados, miraron a los marrones de Metelo Pío—. La cuestión es la siguiente: ¿Puedo escribir y hablar por ti también?

—Pues claro que sí —contestó el Meneítos.

—¿De verdad que no quieres escribir tú?

—No. Es mejor que las noticias lleguen de tu mano. Tú eres a quien los comodones del Senado encomendaron la misión especial. Yo no soy más que el gobernador corriente que sufre la cruel guerra. A mí no me harán caso; saben que soy un viejo servidor. A ti es a quien no conocen, Magnus, y seguramente no confían mucho en ti, porque no eres de los suyos. ¡Escríbeles! ¡Y dales un susto, Magnus!

—Pierde cuidado. Lo haré.

—Bien —añadió el Meneítos poniéndose en pie—, mañana por la mañana me pondré en camino hacia Narbo. Cada día que paso aquí disminuyen tus provisiones.

—¿No quieres al menos pulir mi prosa? Antes tenía a Varrón.

—¡No, no, yo no! —respondió el Meneítos riendo—. Conocen mi estilo literario. Esríbeles en un estilo que no conozcan.

Y Pompeyo les escribió en un estilo que no conocían.

*Al Senado y al pueblo de Roma:*

*Escribo ésta desde Emporiae en las nonas de octubre, bajo el consulado de Lucio Octavio y Cayo Aurelio Cotta. En los idus de octubre inicié la marcha por el río Iberus hacia el río Durius y su confluencia con el Pisoraca, en donde hay una ciudad llamada Septimanca en medio de una fértil llanura. Ahí espero invernar con las tropas y hay buenas perspectivas de que llenen la tripa. Afortunadamente no tengo tantos hombres como hace dos años al llegar a Emporiae. Ahora me quedan cuatro legiones de menos de cuatro mil hombres, y no tengo caballería.*

*¿Por qué tengo que marchar con mis catorce mil hombres novecientos kilómetros a través de territorio hostil para invernar? Porque en el este de Hispania no hay nada que comer. Por eso. ¿Y por qué no me abastezco en la Galia o en la Galia itálica, ya que los vientos de esta época del año favorecen la navegación hacia allí? Porque no tengo dinero. Ni dinero para provisiones ni dinero para barcos. Por eso. No me queda otro remedio que robar alimentos a las tribus hispanas que sean lo bastante débiles para dejarse robar por catorce mil legionarios romanos hambrientos. Por eso tengo que marchar tan lejos, para encontrar tribus que espero sean lo bastante débiles. En el Iberus no hay comida si no se toma alguno de los fuertes reductos de Sertorio, y yo eso no puedo hacerlo. ¿Cuánto tardó Roma en reducir Numantia? Pues Numantia era un gallinero comparada con Calagurris o Clunia. Y Numantia no estaba al mando de un romano.*

*Sabéis por mis despachos que he tenido dos malos años de campañas, aunque mi colega Quinto Cecilio Metelo Pío, Pontífice Máximo, ha tenido más éxito. Cuesta cogerle la horma a Quinto Sertorio. Conoce el país y a sus habitantes, y yo no. He hecho lo que he podido. Y creo que ningún otro que hubieseis podido mandar lo habría hecho mejor. Mi colega Pío tardó tres años en obtener su primera victoria. Yo al menos he contribuido a las victorias en el segundo año, en que mi colega Pío y yo combinamos*

*nuestras fuerzas y derrotamos a Sertorio en el río Sucro y luego cerca de Saguntum.*

*Mi colega Pío y yo creemos que venceremos. No es que lo diga yo. Venceremos. Pero para ello necesitamos un poco de ayuda vuestra. Necesitamos más legiones. Necesitamos dinero. No digo «más dinero» porque hasta ahora no he recibido nada. Ni creo que mi colega Pío haya recibido más que su estipendio del primer año de gobernador. Sí, ya sé que diréis: gana unas cuantas batallas y saquea unas cuantas ciudades, y ya tienes dinero. Pero no es así. En Hispania no hay dinero. Lo máximo que se puede esperar al conquistar una ciudad es algo de comida. No hay dinero. Por si no os habéis enterado bien al leerlo, lo repito: NO HAY DINERO. Cuando me enviasteis aquí me disteis seis legiones y mil quinientos soldados de caballería, y dinero suficiente para pagar a la tropa y comprar provisiones para medio año aproximadamente. Pero eso fue hace dos años. Mis arcas de campaña estaban vacías al cabo de seis meses. Es decir, hace año y medio. Y no tengo más dinero ni más tropas.*

*Sabéis —sé que lo sabéis porque mi colega Pío y yo os lo comunicamos en los despachos— que Quinto Sertorio ha hecho un pacto con el rey Mitrídates del Ponto, y ha acordado confirmar todas las conquistas de Mitrídates y autorizar más conquistas a Ponto cuando él sea dictador de Roma. Así que ya sabéis que Quinto Sertorio no va a contentarse con ser rey de Hispania; pretende ser rey de Roma al margen del título que se dé. Sólo hay dos personas que pueden impedirselo. Mi colega Pío y yo. Os lo digo porque estamos aquí y tenemos ocasión de impedirselo. Pero no podemos impedirselo con lo que tenemos. Él dispone de todas las fuerzas indígenas y cuenta con los conocimientos romanos para transformar a los bárbaros hispanos en buenos soldados. Si no contase con esas dos cosas hubiera sido derrotado hace dos años. Pero sigue aquí y no deja de reclutar hombres y entrenarlos. Mi colega Pío y yo no podemos reclutar hispanos porque ninguno que esté bien de la cabeza se uniría a nuestro ejército. No podemos pagar a la tropa. Ni siquiera podemos alimentarla. Y, por los dioses, que no hay botín que podamos compartir.*

*Puedo derrotar a Sertorio. Aunque sea como lo hace la gota de agua que desgasta de tal manera una piedra que un niño acaba por romperla de un golpecito. Mi colega Pío piensa igual. Pero no puedo derrotar a Sertorio si no me enviáis más soldados, más caballería Y ALGO DE DINERO.*

*Hace año y medio que no han cobrado mis tropas, y debo a muertos y vivos. Traje mucho dinero mío, pero lo he gastado comprando provisiones.*

*No me quejo de las bajas. Fueron consecuencia de falsos cálculos agravados por la información que se me dio en Roma. Es decir, que seis legiones y mil quinientos soldados de caballería eran más que suficientes para enfrentarse a Sertorio. Habría debido tener diez legiones y tres mil soldados de caballería. Así le habría vencido el primer año y Roma sería más rica en tropas y dinero. Más vale que os lo penséis, tacaños.*

*Y os digo otra cosa para que la penséis. Si no puedo quedarme en Hispania y mi colega Pío no puede salir de su provincia, ¿qué creéis que sucederá? Volveré a Italia con las tropas de Quinto Sertorio a la zaga como la cola de un cometa. Así que pensáoslo bien. Y enviadme unas legiones, algo de caballería Y ALGÚN DINERO.*

*Por cierto, Roma me debe un caballo público.*

La carta llegó a Roma a finales de noviembre, una época de continuos cambios en el Estado reorganizado por Sila. Los cónsules del año se hallaban casi al término de su mandato, y los cónsules electos a punto de alcanzar el poder. Debido a la perenne mala salud de Lucio Octavio, sólo su colega Cayo Aurelio Cotta ocupaba la silla curul. Fue Mamercio, príncipe del Senado, quien leyó la carta de Pompeyo a los silenciosos senadores, por ser un privilegio del que Sila no había privado al portavoz de la cámara.

Y fue Lucio Licinio Lúculo, primer cónsul electo para el siguiente año, quien se puso en pie para replicar; su colega consular era el hermano mediano del cónsul en ejercicio Marco Aurelio Cotta, y ninguno de los Cottas deseaba contestar aquella carta escueta e incómoda.

—Padres conscriptos, acabáis de oír un informe militar más que la misiva amañada de un político.

—¿Un informe militar? ¡Yo más bien diría que es una carta tan mal escrita como su autor es militarmente incompetente! —dijo Quinto Hortensio, cogiéndose la nariz como para protegerse de un hedor.

—¡Ah, calla, Hortensio! —replicó Lúculo con gesto de hastío—. ¡No necesito que lo que voy a decir vaya acompañado de los ingeniosos comentarios de un militar de camilla! ¡Cuando saltes de tu camilla y dejes tus preciados pececitos para servir en las fuerzas de Quinto Sertorio, no sólo te cederé la palabra sino que echaré pétalos de rosa a tus regordetes pies planos! ¡Pero hasta que tu espada sea tan afilada como tu lengua, métetela donde le corresponde... detrás de tus golosos dientes!

Hortensio puso cara avinagrada y no dijo nada más.

—No es la misiva amañada de un político. Ni se anda con contemplaciones con nosotros, los políticos. Por otra parte, tampoco se anda con contemplaciones con el autor. No es una carta llena de excusas, y lo que dice de batallas ganadas y perdidas lo corroboran completamente los despachos que regularmente hemos recibido de Quinto Cecilio Metelo Pío.

»Bien, yo no he estado en Hispania. Algunos de los que estáis aquí sentados sí que conocéis el país, pero a la mayoría os sucede lo que a mi: que no lo conocéis. En el pasado, la provincia Ulterior tuvo fama de ser un buen destino para un gobernador; una provincia rica, civilizada, pacífica, pero rodeada de bárbaros en dos fronteras, por lo que las guerras que decidían emprender los gobernadores solían desarrollarse sin dificultades. La provincia Citerior nunca ha tenido la misma fama. Los gobernadores hacen pocas ganancias y los indígenas siempre están sublevándose. Por consiguiente, el gobernador de la Hispania Citerior sólo podía aspirar a una magra bolsa y a no pocas complicaciones por parte de las tribus.

»Sin embargo, todo eso cambió con la llegada de Quinto Sertorio. El ya conocía Hispania debido a sus misiones por cuenta de Cayo Mario y por su tribunado militar con Tito Didio, durante el cual, quiero recordároslo, se ganó la corona de hierba siendo aún un muchacho. Y cuando este hombre notable y extraordinario volvió a Hispania como rebelde partidario de Mario, huyendo de las represalias, la provincia Citerior se volvió prácticamente ingobernable y la provincia Ulterior se hizo ingobernable al

oeste del Betis. Como dice la carta de Cneo Pompeyo, al excelente gobernador de la Hispania Ulterior le costó casi tres años ganar una batalla contra uno de los partidarios de Sertorio, Hirtuleyo, no contra el propio Sertorio. Lo que la carta no nos reprocha es el hecho de que debido a las luchas internas en Italia hayamos dejado de nombrar gobernador para la Hispania Citerior casi dos años. ¡Eso, padres conscriptos, es como regalarle a Sertorio esa provincia!

Lúculo hizo una pausa para mirar la cara a Filipo, que estaba reclinado en su asiento, muy sonriente. A Lúculo le mortificaba estar haciendo el papel de Filipo, pero él era un hombre ecuánime y era mejor que lo dijese el cónsul electo que no aquel que hasta el más tonto de los senadores sabía ya que era el paniaguado de Pompeyo.

—Bien, padres conscriptos, encomendasteis la misión especial a Cneo Pompeyo; yo estaba gobernando la provincia de África y no pudisteis encontrar a nadie capaz de llevar a cabo la tarea de aplastar a Quinto Sertorio. Enviasteis a Cneo Pompeyo con seis legiones y mil quinientos soldados de caballería... las cifras que da Cneo Pompeyo en su carta, consideradas adecuadas para la empresa. ¡ Las cifras correctas!

»Si examinamos la hoja de servicios de Cneo Pompeyo, resulta impresionante. Y Pompeyo es lo bastante joven para ser flexible, adaptable a todas las cualidades que los hombres pierden con el entusiasmo juvenil. Contra cualquier otro enemigo de Roma, lo más probable es que seis legiones y mil quinientos soldados de caballería hubiesen bastado, pero Quinto Sertorio es un caso muy particular. No le hemos vuelto a ver desde la época de Cayo Mario, y yo personalmente le considero mejor general que Mario. Así pues, las primeras derrotas de Pompeyo no son de extrañar. Le abandonó la suerte y ya está. Porque se ha enfrentado a uno de los mejores estrategas que ha tenido Roma. ¿Acaso lo dudáis? ¡ Pues no lo dudéis porque es la verdad!

»No obstante, hasta el más consumado estratega tiene su manera de pensar. El gobernador de la provincia Ulterior, nuestro buen Pío, lleva ya en Hispania tiempo suficiente para entender la manera de pensar de Sertorio. Yo le felicito por ello. Sinceramente, no pensaba yo que valiera tanto. Pero



no puede vencer solo a Sertorio. El escenario bélico es muy extenso, es equivalente al de Italia durante nuestra guerra interna. No se puede estar en el norte y en el sur al mismo tiempo, y entre las dos partes existe una gran barrera montañosa.

»Enviasteis a otro hombre, un simple caballero al que otorgasteis una especie de corona militar, para gobernar la provincia Citerior. ¿Cómo le definiste, Filippo? Non proconsule sed pro consulibus. Le disteis a entender que le enviabais con tropas suficientes y bien provisto de dinero. ¡Ah, si claro, él estaba deseoso de acometer la empresa! A los veintinueve años y siendo un curtido veterano, ¿qué militar no lo habría estado? ¡Anhelaba acometer la empresa, y hasta hubiera estado dispuesto a partir con menos efectivos! ¡ Podríais haberle hecho ir con cuatro legiones y quinientos soldados de caballería!

—Lástima no haberlo hecho —dijo Catulo—. Ya ha perdido más hombres desde que está allí.

—¡Eso es, eso es! —gritó Hortensio.

—Lo cual me lleva —prosiguió Lúculo, haciendo caso omiso esta vez de los dos cuñados— al punto crucial del asunto. ¿Cómo espera Roma parar los pies a un hombre como Quinto Sertorio, sin estar dispuesta a enviar a Hispania el dinero y las tropas que puedan garantizarlo? ¡Ni Quinto Sertorio hubiera podido hacer frente a la guerra que Pompeyo y Pío habrían debido hacerle en dos frentes, ¡cada uno de ellos al mando de diez legiones y tres mil soldados de caballería! ¡La carta de Pompeyo acusa a esta cámara de haber perdido la guerra... y yo estoy de acuerdo con ese criterio! ¿Cómo puede esta cámara esperar milagros si no paga a los magos para que los hagan? Esta cámara debe encontrar los medios para pagar las deplorablemente inadecuadas legiones de Pompeyo y Pío, y debe hallar los medios para enviar a Pompeyo al menos dos legiones. Cuatro serían mejor.

Cayo Cotta dijo desde la silla curul:

—Estoy totalmente de acuerdo con lo último que has dicho, Lucio Licinio. Pero no tenemos dinero, Lucio Licinio. No tenemos dinero.

—Pues hay que encontrarlo —replicó Lúculo.

—¿Encontrarlo, dónde? —inquirió Cayo Cotta—. Hace tres años que no nos llegan rentas sustanciales de Hispania. La provincia Ulterior no puede explotar las minas de los montes Marianos al sur de Orospea, y la provincia Citerior no puede explotar las minas cercanas a Cartago Nova. Los tiempos en que el Erario ingresaba veinte mil talentos en oro, plata, plomo y hierro de Hispania han pasado, al no disponer de esas minas. Aparte de que los acontecimientos de estos últimos quince años han reducido nuestros ingresos de la provincia de Asia a un nivel bajísimo desde que la heredamos hace más de cincuenta y cinco años. Estamos en guerra en Iliria, Macedonia y en la Galia Transalpina. Incluso han llegado rumores de que el rey Mitridates vuelve a sublevarse, aunque no es seguro. Y si muere Nicomedes de Bitinia, la situación en Oriente será aún más precaria.

—Negar a los gobernadores de Hispania dinero y tropas porque se prevén acontecimientos al otro extremo del Mare Nostrum, que tal vez no se produzcan, Cayo Cotta, es una verdadera estupidez —replicó Lúculo.

—¡No, Lucio Lúculo! —le espetó Cotta airado—. ¡No tengo que hacer ninguna previsión para saber que no podemos enviar dinero a Hispania, y menos aún tropas! ¡Cneo Pompeyo y Quinto Pío tienen que amoldarse a las circunstancias!

—Entonces —añadió Lúculo con gesto impávido de pedernal—, habrá un nuevo cometa en el cielo de Roma. La cabeza será leal y la formará el arruinado Cneo Pompeyo que vuelve a toda marcha con su harapiento ejército. ¡Pero la cola... ah, la cola! La cola la constituirán Quinto Sertorio y los bárbaros de Hispania. Incrementada por los volscos, los voconcios, los alóbroges, los helvios... y, sin duda, por los boyos y los insubros de la Galia itálica; y eso sin contar los ligures y los vagienos.

Un silencio absoluto siguió a estas duras palabras.

Pensando que había llegado el momento de infringir el reglamento de Sila, Filipo se levantó y se dirigió decidido al centro de la Curia Hostilia. Desde allí fue mirando a todos, desde el lívido Cetego hasta los amedrentados Catulo y Hortensio. Luego se volvió hacia el estrado curul y fijó la vista en el desconcertado Cotta.

—Yo sugiero, padres conscriptos —dijo Filipo—, que convoquemos a los administradores del Erario y a los expertos en impuestos para ver la manera de allegar la suma que el honorable cónsul afirma que no tenemos. Sugiero también que encontremos algunas legiones y un escuadrón o dos de caballería.

Cuando Pompeyo llegó ante Septimanca en tierras de los vaceos le pareció más pequeña de lo que creía por las informaciones, aunque sí se notaba su prosperidad. Estaba situada en un alto escarpado sobre el río Pisoraca, pero no era inexpugnable, por lo que, ante la llegada de los romanos, todo el distrito se rindió sin lucha. Rodeado de intérpretes, Pompeyo se esforzó por apaciguar los temores de sus habitantes y por convencer a los jefes de las tribus locales de que, en definitiva, pagaría cuanto cogiese y no iban a quedarse como invasores.

Clunia, unos kilómetros al norte del nacimiento del Durius, era el reducto de Sertorio más al oeste de la península, pero algunas poblaciones al sur de aquel río conocían el final de Segovia, y nada más llegar Pompeyo a Septimanca enviaron una delegación asegurándole fervientemente lealtad a Roma y ofreciéndole cuanto necesitase. Así, tras una reunión con sus legados, intérpretes y representantes locales, envió a Lucio Titurio Sabino con quince cohortes a invernar en Termes, de población celtíbera, pero no sometida a Sertorio.

De hecho (como le decía Pompeyo a Pío en una carta en que le felicitaba el nuevo año) comenzaba a manifestarse el malestar de los indígenas. Si en la próxima campaña podían causar suficientes daños a Sertorio para que se le viera acosado, aumentarían las poblaciones ansiosas por someterse, como Septimanca y Termes. La guerra continuaría en el centro del territorio de Sertorio en torno al Iberus, y no tendrían que hacer más expediciones a la parte baja de la costa oriental.

La primavera llegó pronto en el curso alto del Durius, y Pompeyo se dispuso en seguida para la marcha. Dejó a los habitantes de Septimanca y Termes ocupados en hacer la siembra (con algún excedente por si los

romanos regresaban en invierno), reunió las cuatro mermadas legiones, remontó el Pisoraca hasta Pallantia, que se había puesto al lado de Sertorio, al parecer por la simple razón de que su vecina Septimanca se había declarado partidaria de Roma.

Metelo Pío levantó su campamento en la Galia Narbonense casi al mismo tiempo y remontó el curso del Iberus con la intención de enlazar con Pompeyo que descendía. No obstante, su cometido más importante era abrir la ruta entre el Iberus y la Hispania central, y al llegar al Salo —un gran afluente del Iberus que nacía en la Joga Carpetana— siguió el curso del mismo y fue reduciendo una tras otra a las ciudades partidarias de Sertorio. Al final de la enérgica campaña, disponía de una ruta rápida para llegar a su provincia y había cortado a Sertorio el acceso a la cabecera del Tagus y del Anas, lo que significaba su aislamiento de las tribus lusitanas.

Pallantia resultó ser hueso duro de roer, y Pompeyo se dispuso a sitiarla como había hecho Escipión Emiliano con Numantia, tal como informó a la ciudad con una interminable cadena de heraldos. En respuesta, Pallantia envió noticia a Sertorio en Osca, y Sertorio acudió con su ejército, sitiando a los sitiadores. Era evidente que no quería saber nada de la vieja de la provincia Ulterior, de cuyas actividades en el Salo hizo caso omiso al pasar por la región; Sertorio seguía convencido de que Pompeyo era el eslabón débil de la cadena romana.

A ninguno de los dos bandos le interesaba un enfrentamiento directo en Pallantia, y Pompeyo centró sus esfuerzos en rendir a la ciudad como Sertorio en rendir a Pompeyo. Así, mientras aquél amontonaba madera y troncos bajo los fuertes muros de madera, Sertorio iba matando sus soldados poco a poco. Y a principios de abril, Pompeyo levantó el sitio, dejando que Sertorio ayudase a la ciudad a reparar los tramos quemados de las fortificaciones antes de lanzarse en su persecución.

Un mes más tarde enlazaban Pompeyo y Metelo Pío ante una de las ciudades más importantes partidarias de Sertorio: Calagurris, en el curso alto del Iberus.

Con el Meneítos venía un arca de dinero para Pompeyo, dos legiones más y seis mil hombres formados en cohortes para reforzar a plena

capacidad las mermadas legiones. Y con los generosos regalos de Roma venía su nuevo procuestor, nada menos que Marco Terencio Varrón.

¡Qué alegría ver su reluciente calva con mechones de pelo sobre las orejas! Pompeyo lloró de alegría.

—Ya me había puesto en marcha cuando Varrón llegó con tus refuerzos a Narbo —dijo el Meneítos, estando los tres sentados en la tienda de Pompeyo con un merecido vaso de vino en la mano—, pero enlacé con él al salir del valle de Salo al Iberus, y me satisface decirte, Magnus, que a mi también me ha traído un arca llena.

Pompeyo lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Entonces mi carta ha servido —dijo a Varrón.

—¿Si ha servido...? —inquirió Varrón echándose a reír—. Yo diría que desencadenó en el Senado un incendio más devastador que si Saturnino hubiese anunciado que era rey de Roma. Me gustaría que hubieses visto las caras de todos cuando Lúculo comenzó a desgranar la lista de tribus galas que se unirían a la cola del cometa Sertorio siguiéndote a Roma.

—¿Lúculo? —inquirió Pompeyo extrañado.

—¡Ah, fue tu adalid, Magnus!

—¿Por qué? Yo pensaba que no me estima.

—Seguramente no; pero creo que temía que alguien sugiriese que fuese él enviado a Hispania para sustituirte. Él es muy buen militar, pero lo que menos desea es que le envíen a Hispania. Nadie que esté bien de la cabeza puede querer este destino.

—Eso digo yo —comentó el Meneítos, sonriendo.

—Así que ahora tengo seis legiones y los dos podemos pagar algo a la tropa —dijo Pompeyo—. ¿Cuánto nos han dado, Varrón?

—Lo bastante para pagar los atrasos de muertos y vivos y pagar a los vivos parte de este año. Pero, desgraciadamente, no lo bastante para seguir pagándoles. Lo siento, Magnus. Roma no daba para mas.

—¡Ojalá supiese dónde guarda Sertorio su tesoro! Si estuviese seguro de que lo tiene en la próxima ciudad que atacemos, no descansaría hasta apoderarme de él —dijo Pompeyo.

—Dudo mucho de que Sertorio tenga fondos, Magnus —dijo el Meneítos meneando la cabeza.

—¡Bobadas! ¡Hace más de un año obtuvo tres mil talentos de oro del rey Mitrídates!

—Que supongo ya se habrán esfumado. Ten en cuenta que él no tiene provincias que le den una renta fija, ni dispone de esclavos para explotar las minas. Y las tribus hispanas tampoco tienen dinero.

—Sí, me imagino que tienes razón.

Se hizo un breve y agradable silencio que rompió Metelo Pío, como si hubiese llegado a una meditada decisión. Lanzó un suspiro bastante prolongado que hizo que Pompeyo y Varrón le mirasen.

—Magnus, tengo una idea —dijo.

—Te escucho.

—Acabamos de decir que Hispania está empobrecida; hispanos y romanos por igual. Hasta los púnicos de Gades están en crisis, y la riqueza es un sueño para la mayoría de la población hispana. Bien, yo tengo un pequeño tesoro de la provincia Ulterior que está en un arca de la residencia del gobernador en Castulo desde que allí lo depositó Escipión el Africano. No me explico cómo alguno de nuestros codiciosos gobernadores no se ha apoderado de él, pero así es. Se trata de cien talentos de monedas de oro acuñadas por Asdrúbal, cuñado de Aníbal.

—Por eso se conserva —dijo Varrón sonriente—. ¿Cómo iba un romano a deshacerse de monedas de oro cartaginesas sin despertar sospechas?

—Es cierto.

—Así que tienes cien talentos en monedas de oro cartaginesas —añadió Pompeyo—. ¿Y qué piensas hacer con ellas, Pío?

—En realidad tengo algo más, pues dispongo de veinte mil iugera de tierras ribereñas en el Betis que un tal Servilio Cepión confiscó a unos notables a cuenta de impuestos atrasados. Y ahí siguen a nombre de Roma desde hace décadas, produciendo una pequeña renta.

Pompeyo comprendió en seguida lo que se proponía Metelo Pío.

—Y piensas ofrecer el oro y las tierras en recompensa al que entregue a Quinto Sertorio.

—Exactamente.

—¡Una idea estupenda, Pío! Nos guste o no, a mí me parece que nunca podremos derrotar a Sertorio en el campo de batalla. Es demasiado artero. Y cuenta con inmensas reservas humanas para reclutar tropas, a las que les da igual que les pague o no, pues lo único que desean es ver caer a Roma. Pero en todo campamento militar y en las ciudades hay hombres codiciosos. Y, además, si ofreces una recompensa es como llevar la guerra al palacio de Sertorio; una guerra de nervios. ¡Hazlo, Pío, hazlo!

Y así lo hizo. La proclama se efectuó en un intervalo de mercado de un extremo de Hispania al otro: cien talentos de monedas de oro y veinte mil iugera de tierras ribereñas de primera calidad en el Betis para el afortunado que facilitase información que permitiera la muerte o la captura de Quinto Sertorio.

No tardaron Metelo Pío y Pompeyo en saber que había hecho mella en Sertorio, pues se enteraron de que al saberlo había despedido inmediatamente a su guardia personal de tropas romanas, sustituyéndola por una de sus más leales partidarios de Osca, y, además, había apartado a sus seguidores romanos e itálicos. ¡Qué oprobio por parte de Quinto Sertorio suponer que sería un romano o un itálico quien le traicionase! Entre los más ofendidos de éstos se encontraba Marco Perpena Vento.

En medio de esta guerra de nervios, la guerra real proseguía inexorable. Conjuntamente, Pompeyo y Metelo redujeron algunas de las ciudades de Sertorio, pero Calagurris resistía; Sertorio y Perpena habían aparecido con treinta mil hombres dispuestos a diezmar a los sitiadores romanos del mismo modo que lo había hecho Sertorio con Pompeyo en Pallantia. Al final, la falta de aprovisionamiento forzó a Pompeyo y a Metelo Pío a levantar el asedio de Calagurris, sin por ello librarse del acoso de Sertorio. Pero no había comida para las doce legiones.

Las provisiones eran un constante problema debido a la mala cosecha del año anterior. Llegó la primavera, llegó el verano, y, al avecinarse la siega, un horroroso desastre causó el caos en aquella guerra de agotamiento

que Pompeyo y Metelo Pío trataban de librar. Todo el extremo occidental del mar Mediterráneo sufrió una terrible carestía por efecto de las escasas lluvias de invierno y los torrenciales aguaceros de primavera cuando el trigo estaba madurando. Un auténtico diluvio que cayó desde África a los Alpes y desde el océano Atlántico hasta Macedonia y Grecia. Se perdió la cosecha en África, en Sicilia, en Cerdeña, en Córcega, en Italia, en la Galia Cisalpina, en la Transalpina, y en la Hispania Citerior. Sólo en la Hispania Ulterior se salvaron parte de las mieses, pero no eran tan abundantes como otros años.

—El único consuelo —dijo Pompeyo al Meneítos a finales de sextilis— es que a Sertorio también le faltarán provisiones.

—Él tiene los graneros bien llenos de otros años —respondió el Meneítos cariacontecido— y podrá aguantar mejor que nosotros.

—Yo podría volver al curso alto del Durio —añadió Pompeyo no muy convencido—, pero no creo que allí haya comida para seis legiones.

Fue Metelo Pío quien adoptó una decisión.

—Pues yo voy a regresar a mi provincia, Magnus. No creo que me necesites en primavera, pues lo que queda por hacer en la provincia Citerior puedes hacerlo tú solo. Mis tropas no tendrían comida en la Citerior; mientras que si tú puedes apoderarte de algunos reductos importantes de Sertorio, podrás alimentar a tus tropas. Puedo llevarme dos legiones tuyas a la Ulterior para que invernen allí. Si las quieres en primavera te las mando, pero si ves que no puedes alimentarlas, las retengo. Será una carga, pero mi provincia no ha resultado muy afectada. En cualquier caso, pierde cuidado que yo las alimentaré.

Pompeyo aceptó la propuesta, y Metelo Pío emprendió la marcha con ocho legiones hacia su provincia mucho antes de lo que había previsto y deseaba. Las cuatro legiones que quedaron en manos de Pompeyo fueron enviadas acto seguido a Septimanica y Termes, mientras él, con Varrón y la caballería en el curso bajo del Iberus (gracias al diluvio no había dificultades de pasto para los caballos), se dispuso a enviar sus tropas a invernar a Emporiae al mando de Varrón, no sin antes escribir por segunda



vez al Senado. Y, aunque ahora disponía de Varrón, prefirió hacerlo con su propia prosa.

*Al Senado y al Pueblo de Roma:*

*Comprendo que la carestía de trigo afectará a Roma e Italia tanto como a mí. He enviado dos de mis legiones con mi colega Pío a la provincia Ulterior que está en mejores condiciones que la Citerior.*

*Esta carta no es para pedir provisiones. Ya me las arreglaré para alimentar a mis tropas, y me las arreglaré para acabar con Quinto Sertorio. Esta carta es para pedir dinero. Aún debo a la tropa casi un año de paga, y estoy harto de estarles siempre debiendo.*

*Aunque estoy en el extremo oeste de la tierra, me entero de lo que sucede en los demás sitios. Sé que Mitrídates ha invadido Bitinia a principios de verano al ocurrir la muerte del rey Nicomedes. Sé que las tribus del norte de Macedonia están levantiscas de un extremo a otro de la vía Egnatia. Sé que los piratas están impidiendo a las flotas romanas el transporte de trigo de Macedonia oriental y de la provincia de Asia para paliar la carestía de alimento en Italia. Sé que los cónsules de este año, Lucio Lúculo y Marco Cotta, se han visto obligados a marchar para hacer la guerra a Mitrídates. Sé que Roma tiene apuros dinerarios. Pero también sé que ofrecisteis al cónsul Lúculo setenta y dos millones de sestercios para una flota y que declinó el ofrecimiento. Así que, al menos tenéis setenta y dos millones de sestercios bajo una losa del Tesoro, ¿no? Eso es lo que más me fas tidia, que deis más valor a Mitrídates que a Sertorio. Pues yo no. Uno es un déspota oriental cuya única fuerza está en los números, y el otro es un romano.*

*Y su fuerza está en eso. Y sé a quién preferiría enfrentarme. De hecho ojalá me hubieseis ofrecido a mí la misión de acabar con Mitrídates. La hubiera aceptado inmediatamente dejando este ingrato y olvidado asunto de Hispania.*

*No puedo seguir en Hispania sin parte de esos setenta y dos millones de sestercios, así que sugiero que levantéis la losa del Tesoro y apartéis unas cuantas bolsas de dinero. Si no, la alternativa es muy sencilla: licencio a*

*mis tropas en la Hispania Citerior —los soldados que aún me quedan de las cuatro legiones— y les dejo a su albur para que se alimenten por sí solos todo el camino hasta Italia. Sin jefes y sin la tranquilidad de saber que los manda alguien, creo que pocos optarían por regresar. La mayoría hará lo que haría yo en tal situación: ir a alistarse en los ejércitos de Quinto Sertorio porque él les alimentará y les pagará con regularidad. De vosotros depende. O me mandáis dinero o licencio a las tropas aquí mismo.*

*Por cierto, no se me ha pagado el caballo público.*

Pompeyo recibió el dinero, pues los senadores comprendían un ultimátum cuando se les planteaba en términos tan crudos. Todo el país gruñó, pero no era cuestión de arriesgarse a una invasión de Quinto Sertorio, expresamente reforzado con cuatro legiones de tropas de Pompeyo. Tan saludable fue el efecto de la carta de Pompeyo, que Metelo Pío recibió también dinero. A los dos generales romanos sólo les faltaba encontrar comida.

Regresaron las dos legiones de Pompeyo de la Hispania Ulterior llevando consigo una enorme columna de provisiones, y Cneo Pompeyo Magnus reanudó la guerra de desgaste contra Sertorio. Tomó por fin Pallantia y se encaminó a Cauca, en donde rogó a sus habitantes que acogieran a los enfermos y heridos; la población aceptó, pero Pompeyo había disfrazado a sus mejores soldados de enfermos y heridos, y éstos tomaron Cauca una vez dentro. Uno tras otro fueron cayendo los reductos de Sertorio y con ellos las reservas de trigo. Al llegar el invierno, sólo Caligurris y Osca continuaban resistiendo.

Pompeyo recibió carta de Metelo Pío.

*Estoy encantado, Pompeyo. La campaña que has realizado este año tú solo ha quebrado las energías de Sertorio. Tal vez las victorias en el campo de batalla las cosechara yo, pero la decisión es estrictamente tuya. No has cedido en ningún momento ni has dado respiro a Sertorio. Y siempre ha sido a ti a quien atacó Sertorio, mientras que yo tuve la suerte de*

*enfrentarme a Hirtuleyo —buen hombre, pero no de la categoría de Sertorio— y a Perpena, que es una mediocridad.*

*No obstante, quiero elogiar a los soldados de nuestras legiones. Ha sido la guerra más ingrata y amarga de cuantas ha librado Roma, y nuestras tropas han tenido que soportar terribles dificultades. A pesar de ello, ninguno de los dos hemos tenido que enfrentarnos a descontento ni amotinamientos, y eso que la paga se ha retrasado años y no ha habido botín. Hemos saqueado ciudades para rebuscar como ratas unos granos de trigo. Son dos ejércitos magníficos, Cneo Pompeyo, y ojalá pudiera tener la confianza de que Roma los recompensará como se merecen. Pero no la tengo. Roma no puede ser derrotada. Puede perder batallas, pero no guerras. Quizá nuestras gallardas tropas sean la causa de ello, si tenemos en cuenta su lealtad, su buen comportamiento y su absoluta decisión a servir con denuedo. Nosotros, generales y gobernadores, hacemos mucho, pero, en definitiva, yo creo que el mérito es de los soldados de Roma.*

*No sé cuándo piensas regresar a Italia. Supongo que puede suceder que, igual que el Senado te otorgó el mando especial, sea el Senado quien te lo quite. En cuanto a mi, soy el gobernador nombrado por el Senado para la provincia Ulterior y no tengo prisa por regresar. En este momento es más fácil para el Senado prorrogar mi mandato que encontrar un nuevo gobernador para esta provincia de Hispania. Así que pediré que me prorroguen el cargo dos años más. Antes de dejarlo me gustaría que la provincia se recuperase plenamente y quedase bien defendida contra los lusitanos.*

*No tengo ninguna gana de, nada más regresar a Roma, verme envuelto en otro conflicto: el enfrentamiento con el Senado por obtener tierras para asentar a mis excombatientes. Sí, no puedo aceptar que mis soldados queden sin recompensa. Por lo tanto, lo que pienso hacer es asentarlos como colonos en la Galia itálica, pero al otro lado del Padus, donde hay vastas extensiones de terreno de labrantío y ricos pastos en manos de los galos. No es tierra romana de hecho y el Senado no se opondrá, y cualquier día recurro a la recompensa para mis veteranos a costa de esas bandas de insubros. Ya lo he hablado con los centuriones y todos se han mostrado*

*complacidos. Mis soldados no tendrán que vagar por ahí varios años esperando que un comité de delegados y burócratas que supervisan y charlan, confeccionan listas y charlan y prorratan y charlan, para al final no hacer nada. Cuanto más comités veo, más convencido estoy de que lo único que sabe organizar un comité son desastres.*

*Mis mejores deseos, querido Magnus.*

Pompeyo invernó aquel año entre los vascones, una poderosa tribu que ocupaba el extremo oeste de los Pirineos y cuyos hombres estaban plenamente decepcionados con Sertorio. Como se portaron bien con sus soldados, Pompeyo utilizó las tropas para construirles un reducto, después de que le juraran que Pompaelo (como denominaron al embrión de ciudad) sería siempre leal al Senado y al pueblo de Roma.

Aquel invierno fue amargo para Quinto Sertorio. Quizá sabía desde siempre que la suya era una causa perdida, y, desde luego, nunca había sido favorito de la Fortuna. Pero no podía admitir conscientemente esa realidad en su pleno significado. Él, por el contrario, se decía que las cosas le saldrían bien con tal de poder hacer creer a sus adversarios que no podían vencerle en el campo de batalla. Su decadencia había sobrevenido cuando la vieja y el muchachito comprendieron sus mañas y adoptaron la política de evitar las batallas.

Ofrecer una recompensa para que le traicionaran le había desmoralizado profundamente, pues Quinto Sertorio era romano y conocía la codicia que animaba en lo más hondo del más razonable y honrado de los mortales. Y ya no podía confiar en ninguno de sus partidarios romanos o itálicos, criados en sus mismas tradiciones, mientras que sus seguidores hispanos aún estaban libres de ese defecto particular causado por la civilización. Ahora siempre estaba al tanto de si una mano asía un cuchillo, de un determinado gesto en algún rostro, y su entereza comenzaba a quebrarse por el estado de nervios. Consciente de que su nueva manera de ser chocaría a

los hispanos, se esforzaba ímprobamente por dominarse, y para lograrlo comenzó a recurrir al vino como sedante.

Luego —el peor golpe que recibió en su vida— de Nersae llegó la noticia de que había muerto su madre. La mayor pérdida para él. Ni aunque a sus pies hubiesen arrojado los cadáveres ensangrentados de su esposa germana y de su hijo, a quien deliberadamente había privado de una educación romana, se habría afligido tanto como por la muerte de su madre, Maria. Pasó varios días encerrado en su oscuro cuarto, con la sola compañía de la corza blanca Diana y una cantidad exorbitante de jarros de vino. ¡Años sin verse! ¡Terrible pérdida! Sentimiento de culpa.

Cuando finalmente abandonó el cuarto era otro hombre. Él que hasta entonces había sido ejemplo de cortesía y afabilidad, se había vuelto persona amargada y suspicaz, hasta con los hispanos, capaz de injuriar a sus amigos más íntimos. Notaba físicamente que Pompeyo estaba acabando con el dominio que había tenido de Hispania al llevar a cabo con irritante eficacia aquella política de desgaste; sí, sentía físicamente desintegrarse su mundo. Y, alimentado por los insidiosos fantasmas del vino, surgió la paranoia. Al enterarse de que uno de los caudillos hispanos sacaba subrepticamente a los hijos de la famosa escuela romana de Osca, se llegó con su guardia personal al espacioso y luminoso peristilo y mató a muchos de los niños que quedaban. Era el principio del fin.

Marco Perpena Vento nunca había olvidado ni perdonado el modo en que Sertorio le había arrebatado su ejército, ni soportaba la natural superioridad de aquel renegado partidario de Mario, natural del país de los sabinos. Cada vez que libraban una batalla, a Perpena se le hacía evidente que él no tenía el talento militar ni la devoción de la tropa tan apabullantes ambos en el caso de Sertorio. Era cruel admitir que no podía superar a Sertorio en nada! Excepto en perfidia, como se vería.

Desde el momento en que supo la recompensa que ofrecía Metelo Pío, adoptó una decisión. Que Sertorio facilitase sus propósitos dando palos de ciego fue una suerte con la que no había contado y que supo aprovechar.

Perpena dio una fiesta para paliar la monotonía de la vida en el invierno oscense, como dijo a sus amigos romanos e itálicos. A la que, naturalmente,

invitó a Sertorio. No estaba seguro de si vendría hasta que vio el familiar rostro del tuerto cruzar la puerta; momento en que se apresuró a recibirle y acompañarle al locus consularis de su propia camilla, encargándose de que los esclavos le emborrachasen con vino fuerte sin agua.

En la conjura participaban todos los invitados, y el ambiente era tenso por el miedo y el recelo, y todos no hacían otra cosa que beber vino sin aguar hasta que Perpena reparó en que no habría nadie lo bastante sobrio para hacer lo convenido. Sertorio había llevado a la corza blanca, por supuesto, pues últimamente no se apartaba de ella, y el animal estaba echado en la camilla entre su amo y Perpena, una afrenta que a éste le mortificaba más profundamente aún, pensando en el malvado propósito de la fiesta. Así, en cuanto pudo, se levantó del lectus medius y situó en él de un empujón al medio romano medio hispano Marco Antonio, un hombre ruin habido por uno de los grandes Antonios con una campesina, y al que el padre no había reconocido y menos favorecido con la abierta generosidad de esa familia.

La conversación fue haciéndose más grosera, y la jarana más vulgar con Antonio en primer plano. Sertorio, que detestaba las palabras y las bromas obscenas, se mantenía al margen; se contentaba con acariciar a Diana y seguir bebiendo, con la parte viva de su rostro fría, impertérrita. Luego, uno de los comensales hizo un comentario particularmente grosero, con la complacencia de todos menos de Sertorio, quien se echó hacia atrás en la camilla con gesto de disgusto. Temiendo que fuese a levantarse y se marchara, Perpena dio la señal, aunque no sabía si la oirían en medio de aquel escándalo, y tiró la copa de plata al suelo con tal fuerza que el recipiente rebotó en el aire causando gran estruendo. Se hizo un silencio absoluto, y Antonio fue mucho más rápido que el incauto y ebrio Sertorio. Sacó de la túnica un puñal de legionario, se abalanzó sobre Sertorio y se lo clavó en el pecho. Diana lanzó un chillido y escapó corriendo, mientras Sertorio trataba de incorporarse, pero todos los presentes se le echaron encima para sujetarle de brazos y piernas para que Antonio pudiera seguir apuñalándole. Sertorio no había proferido grito alguno, pero de haber gritado pidiendo ayuda nadie habría acudido, pues desde primera hora de la

noche la escolta de hispanos que había dejado fuera de la casa de Perpena ya no existía: habían sido asesinados.

Sin dejar de chillar, la corza blanca saltó sobre la camilla cuando los asesinos se apartaban y comenzó a olfatear enloquecida a su ensangrentado y exánime amo. ¡Ahora sí que se trataba de una tarea de la que Perpena se sentía capaz! Cogiendo el cuchillo que había tirado Marco Antonio, lo clavó en la parte izquierda del pecho del animal, que se desplomó hecho un ovillo sobre el cadáver de Sertorio, y cuando los eufóricos asesinos cogieron al amo para tirarlo a la calle como un mueble viejo, cogieron también a Diana y la arrojaron encima de él.

Pompeyo supo la noticia del modo que cabía esperar, como pensó después, aunque en aquel momento le pareció asquerosa y repugnante. Pues Marco Perpena Vento le envió la cabeza de Sertorio con un jinete a todo galope desde Osca a Pompaelo. Acompañaba al siniestro trofeo una nota que decía que Metelo Pío le debía a Perpena cien talentos de oro y veinte mil iugera de tierra. Y añadía que había dirigido a Metelo Pío una carta en el mismo sentido.

Pompeyo le contestó por su cuenta y envió un correo urgente a Metelo Pío con una copia de la respuesta.

*No me causa alegría saber que Quinto Sertorio ha muerto a manos de un gusano como tú, Perpena. Era sacer pero merecía un mejor fin por manos más nobles.*

*Me complace sobremanera negarte la recompensa, que no se ofrecía por una cabeza. Se ofrecía a quien facilitase información que nos permitiese apresar o matar a Quinto Sertorio. Si la copia de la proclama que tú viste no lo especificaba así échale la culpa al escriba. Yo desde luego no vi ninguna que no lo especificase. Tú, Perpena, eres de una familia consular en la que ha habido senadores y pretores. Debías de habértelo pensado.*

*Me imagino que sucederás a Quinto Sertorio en el mando y me complace sobremanera informarte que la guerra continuará hasta la muerte de todos los traidores cuando todos los insurgentes hayan sido vendidos como esclavos.*

Cuando en Hispania se supo que había muerto Quinto Sertorio, sus seguidores huyeron a Lusitania y Aquitania, y hasta algunos de sus partidarios romanos e itálicos abandonaron a Perpena. Este, sin amilanarse, reunió a los que quedaban y en mayo salió de Osca para entablar batalla con Pompeyo, que le había encolerizado profundamente por la breve respuesta a su petición de recompensa. ¿Quién se creía que era aquel picentino para contestarle por cuenta de Cecilio Metelo? Cecilio Metelo, que ni se había dignado contestarle.

La batalla fue una celada. Perpena cayó sobre una de las legiones de Pompeyo que hacía provisiones al sur de Pompaelo; las tropas estaban dispersas y entorpecidas por la conducción de varias docenas de carros de bueyes. Al ver que el último ejército de Sertorio se les venía encima, los soldados de Pompeyo corrieron hacia un profundo barranco, y Perpena, eufórico, fue tras ellos. Sólo cuando el último hombre estuvo dentro del barranco, puso Pompeyo en marcha la trampa: por las cuevas surgieron miles de soldados que estaban ocultos, y abalanzándose sobre los hombres de Sertorio acabaron con ellos.

Unos soldados hallaron a Perpena escondido en una espesura y lo llevaron a presencia de Aulo Gabinio, quien inmediatamente lo remitió a Pompeyo. Demudado de terror, Perpena trató de negociar su vida ofreciéndole el archivo de Quinto Sertorio, que, según gemía, confirmaba que muchos personajes de Roma ansiaban que Sertorio venciera y rehiciera Roma conforme a los principios de Mario.

—Sean los que sean —dijo Pompeyo, con el rostro imperturbable y los ojos azules inexpresivos.

—¿Cuáles? —inquirió Perpena temblando.

—Los principios de Mario.



—Por favor, Cneo Pompeyo, ¡te lo suplico! ¡Te entrego los papeles y por ti mismo verás la razón que tengo!

—Muy bien, dámelos —replicó Pompeyo lacónico.

Viendo el cielo abierto, Perpena dijo a Aulo Gabinio dónde hallarlos (pues los había transportado desde Osca) y aguardó con gran impaciencia a que regresase el destacamento. Dos soldados se acercaron con un arcón que dejaron en el suelo ante Pompeyo.

—Abridlo —dijo.

Se agachó y comenzó a revolver los rollos y las hojas un buen rato, sacándolo todo y desplegando algunas hojas para leerlas y asintiendo con la cabeza entre susurros. El resto de lo que contenía el arcón se limitó a mirarlo, pero algunos de los papeles más pequeños a los que echó una ojeada le hicieron enarcar las cejas. Se puso en pie cuando todo estaba amontonado y revuelto sobre la hierba pisoteada.

—Juntad toda esa porquería y quemadla ahora mismo —dijo a Aulo Gabinio.

Perpena se quedó boquiabierto.

Cuando ya ardía el montón de papeles, Pompeyo hizo un gesto con la barbilla a Gabinio con gesto de profunda repugnancia.

—Mata a ese gusano —dijo.

Perpena murió por la espada de un legionario romano, y la guerra en Hispania concluyó en el mismo momento en que su cabeza rodaba dando saltos por el suelo ensangrentado.

—Bueno, ya está —dijo Aulo Gabinio.

—Vete con viento fresco —replicó Pompeyo encogiéndose de hombros.

Los dos habían estado contemplando la cabeza de Perpena con los ojos desorbitados de terror; Pompeyo giró sobre sus talones y se dirigió a donde estaban los otros legados, que habían preferido quedar apartados de donde no les llamaban.

—¿Tenías que quemar esos papeles? —inquirió Gabinio.

—Ah, sí.

—¿Y no habría sido mejor llevarlos a Roma? Así la habríamos limpiado de traidores.

—¿Y dar trabajo durante un siglo al tribunal de traiciones? —replicó Pompeyo meneando la cabeza y riendo—. A veces es más prudente seguir el criterio propio. Un traidor no deja de serlo porque se hayan convertido en humo los papeles que lo demuestran.

—No acabo de entender.

—Quiero decir que siguen insistiendo, Aulo Gabinio, siguen insistiendo.

Aunque había acabado la guerra, Pompeyo era persona demasiado minuciosa para hacer los bártulos y regresar a Italia con la cabeza de Perpena en una lanza. Quería hacer algo de limpieza; fundamentalmente liquidar a quienes pudiesen representar un peligro futuro. Entre los que perecieron se contaron la esposa germana y el hijo de Sertorio, que Pompeyo encontró en Osca al aceptar la capitulación de la plaza en junio. El hombre de treinta y tres años que le señalaron como hijo de Sertorio tenía un parecido físico que no dejaba lugar a dudas, a pesar de que no hablaba latín y parecía un ilergete hispano.

Al enterarse de la muerte de Sertorio, Clunia y Uxama se arrepintieron de la sumisión a Pompeyo, cerraron sus puertas y se aprestaron a resistir un asedio. Pompeyo lo hizo complacido. Clunia cayó y Uxama cayó, y, finalmente, lo hizo Caligurris, donde los asombrados romanos descubrieron que los hombres se habían comido a sus propias mujeres e hijos antes que rendirse; Pompeyo los mandó ejecutar a todos y luego arrasó no sólo la ciudad sino toda la región.

Naturalmente, durante todo este tiempo no había cesado la comunicación entre el general victorioso y Roma. No todas las cartas eran oficiales ni todos los documentos para difusión pública; entre los principales corresponsales de Pompeyo se contaba Filipo, que no cesaba de cacarear en el Senado. Los cónsules del año eran dos de los clientes secretos de Pompeyo, Lucio Gelio Poplicola y Cneo Cornelio Léntulo Clodiano, lo que significaba que éste podía reclamar la ciudadanía romana para aquellos hispanos que le habían ayudado sustancialmente. En cabeza de la lista de Pompeyo figuraba un nombre extranjero repetido: Kinahu

Hadasht Byblos, tío y sobrino, de treinta y tres y veintiocho años respectivamente, ciudadanos acomodados de Gades y grandes mercaderes púnicos, pero sin incorporar el nombre de Pompeyo, pues no quería él que pululasen los Cneos Pompeyos hispanos. Tío y sobrino de Gades quedaron adscritos como clientes a uno de los últimos legados de Pompeyo, Lucio Cornelio Léntulo, primo del cónsul. Así entraron en la vida de Roma y su historia con los nombres de Lucio Cornelio Balbus Maior y Lucio Cornelio Balbus Minor.

Pompeyo no quiso apresurarse. Las minas de las cercanías de Cartago Nova volvieron a abrirse, los contestanos fueron castigados por atacar al difunto Cayo Memmio, cuya hermana había quedado viuda. ¡Tendría que arreglar aquello cuando regresase a Roma! Poco a poco la provincia de la Hispania Citerior fue recomponiéndose, instaurando en ella una burocracia organizada, una estructura de impuestos, reglas y leyes sucintas y todo lo necesario para romanizarla.

Luego, en otoño, Cneo Pompeyo Magnus se despidió de Hispania con el ferviente deseo de nunca más volver. Había recuperado casi por entero la seguridad en sí mismo y su engreimiento, aunque nunca más volvería a enfrentarse al enemigo sin un estremecimiento premonitorio, ni jamás volvería a emprender una guerra sin saber de antemano que disponía de unas cuantas legiones más que el adversario. ¡Y nunca más volvería a enfrentarse a un romano!

En las crestas del paso de los Pirineos el general victorioso plantó trofeos, entre ellos la coraza del caído Quinto Sertorio y la coraza con la que Perpena había sido decapitado. Bien sujetos a altos postes con travesaños quedaron batidos por el viento de las alturas los pteruges como mudo recordatorio para los que pasasen de la Galia a Hispania de que no convenía enfrentarse a Roma. Además de los trofeos, Pompeyo erigió un mojón con una placa en la que quedó inscrito su nombre, su título, su misión, el número de ciudades que había tomado y los que habían sido recompensados con la ciudadanía romana.

Después, descendió a la Galia Narbonense y pasó el invierno deleitándose con gambas y salmonetes. Al igual que su guerra, aquel año

había sido mejor y la cosecha, que en las dos provincias hispanas era buena, en la Galia Narbonense fue excepcional.

No pensaba llegar a Roma hasta mediados de año como mucho, aunque no por sentir ninguna clase de fracaso; simplemente no sabía qué hacer, adónde ir ni qué pilar de la tradición y veneración romanas demoler. El día veintiocho de septiembre cumpliría treinta y cinco años, y ya no era el niño bonito de las legiones. Por eso tenía que hallar una causa digna de un adulto, no de un muchacho. Pero, ¿cuál? Algo que el Senado le diera a regañadientes; de eso no le cabía la menor duda. Se lo decía de un modo latente aquella parte de su mente que no se atrevía a explorar y que se le resistía.

Se encogió de hombros y desechó sus dudas. Había cosas más apremiantes, como era abrir la nueva ruta por los Alpes probada en el viaje de ida; cuidarla, pavimentarla, llamarla... ¿cómo? ¿La vía Pompeya? ¡Sonaba bien! Pero, ¿quién quería morir dejando por todo recuerdo glorioso el nombre de una vía? No, mejor morir dejando el simple nombre: Pompeyo el Grande. Sí, eso lo decía todo.

## **Séptima parte**

**SEPTIEMBRE DEL 78 A. DE J.C. - JUNIO DEL 71 A. DE J.C.**

César no había encontrado motivo para apresurarse a regresar a Italia después de dejar el servicio a las órdenes de Publio Servilio Vatia, y el viaje de vuelta fue más bien un periplo exploratorio de las regiones de la provincia de Asia y de la Licia que él no conocía. No obstante, a finales de septiembre llegaba a Roma. En el año en que Lépido y Catulo eran cónsules, se encontró con una Roma recelosa por la conducta de Lépido, que había salido de la ciudad para reclutar tropas en Etruria antes de hacer lo que debía, que era celebrar las elecciones curules. La guerra civil se presentía y era el tema en boca de todos.

Pero la guerra civil —real o imaginaria— no figuraba en la lista de prioridades de César. Tenía asuntos personales que atender.

Por su madre no parecían pasar los años, aunque sí notó en ella un profundo cambio: estaba muy triste.

—Porque ha muerto Sila —comentó su hijo en tono acusatorio, recordando la época en que los había creído amantes.

—Sí.

—¿Por qué? Tú no le debías nada.

—Le debía tu vida, César.

—¡Él fue el primero en ponerla en peligro!

—Lamento que haya muerto —dijo Aurelia.

—Yo no.

—Cambiemos de tema.

César lanzó un suspiro, se reclinó en la silla y se dio por vencido. Ella erguía la barbilla, señal cierta de que no se doblegaría a sus argumentos.

—Ya es hora de que mi esposa comparta mi cama, mater.

—Tiene dieciséis años escasos —replicó Aurelia, frunciendo el ceño.

—Demasiado joven para casarse, cierto. Pero Cinnilla lleva casada nueve años, y eso lo cambia todo. Al llegar, noté en sus ojos que ya está deseando venir a mi cama.

—Sí, hijo, sé que tienes razón. Aunque tu abuelo habría dicho que la unión de dos patricios conlleva riesgo en el parto. A mí me habría gustado

que fuese algo mayor para la concepción.

—No le pasará nada, mater.

—¿Cuándo, entonces?

—Esta noche.

—Pero, César, primero debe hacerse una especie de confirmación del matrimonio. Una cena familiar... tus dos hermanas están en Roma.

—No quiero cena familiar ni alharacas.

Y no lo hubo. Aurelia no dijo nada del cambio a su nuera, quien en el momento en que se disponía a retirarse a su cuartito, se vio detenida por César en el triclinium en el cual se encontraban los dos solos.

—Por aquí, Cinnilla —dijo César, cogiéndole de la mano para conducirla a su cubículo dormitorio.

—¡Oh, no estoy preparada! —replicó ella, palideciendo.

—Eso les pasa a todas las doncellas; por eso lo mejor es hacerlo y ya está. Así nos quedamos tranquilos.

Había sido buena idea no darle tiempo a preocuparse por lo que le esperaba, aunque era evidente que llevaba años pensando únicamente en eso. Le ayudó a quitarse las ropas, y como era un incondicional del orden las dobló cuidadosamente, disfrutando con aquellas pruebas de presencia femenina en un cuarto que no había pisado ninguna mujer desde que lo dejara Aurelia al morir su padre. Cinnilla se sentó en el borde de la cama y miró cómo lo hacía, pero cuando comenzó a desvestirse él, cerró los ojos.

Ya desnudo, César se sentó al lado de ella, le cogió las manos y se las puso sobre el muslo.

—¿Sabes lo que va a suceder, Cinnilla?

—Sí —contestó ella sin abrir los ojos.

—Pues mírame a los ojos.

Ella abrió sus grandes ojos negros y los fijó con esfuerzo en el rostro de él, sonriente y lleno de amor.

—Qué preciosa eres, esposa, y qué bien hecha —dijo él, tocándole los senos turgentes de pezones casi dorados como su piel. Ella le devolvió las caricias entre suspiros.

César la abrazó, la besó, para deleite de ella que tanto lo había ansiado en sueños, y comprobaba que era mejor en la realidad; le entregó su boca, le devolvió los besos, le acarició y se vio tumbada en la cama a su lado, con su cuerpo respondiendo con deliciosos espasmos y estremecimientos a aquel contacto pleno con el cuerpo del hombre. Descubría que la piel de él era casi tan sedosa como la suya y el gusto que le procuraba aquel contacto encendió su deseo.

Aunque sabía exactamente lo que tenía que suceder, la imaginación no podía compararse a la realidad. Hacía tantos años que le amaba, que era el centro de su existencia, que ser su esposa auténtica, además de legal, era una maravilla. Valía la pena haber tenido que esperar; una espera que formaba parte de aquel estado de exaltación. Sin prisas, César aguardó a que estuviera a punto y no hizo ninguna de aquellas fantasías que habían nutrido sus sueños de virgen. Le causó algo de daño, pero no al extremo de interrumpir aquella excitación en aumento. Sentirle dentro era lo mejor de todo, y le retuvo así hasta que un espasmo mágico e inesperado sacudió su ser. Aquello no se lo había advertido nadie, pero ahora comprendía que era eso precisamente lo que hacía que las mujeres quisieran seguir casadas.

Cuando se levantaron por la mañana a comer pan aún caliente del horno y beber agua fresca de la cisterna de piedra del jardín del patio de luces, encontraron el comedor lleno de rosas y un jarro de vino suave y dulce en el aparador. De las lámparas colgaban muñequitos de lana y espigas de trigo. Luego, entró Aurelia a besarles y felicitarles y después los criados, uno por uno, seguidos de Decumio y sus hijos.

—¡Qué estupendo estar casado por fin! —dijo César.

—Pues sí —añadió Cinnilla, que tenía el aspecto feliz y esplendoroso de cualquier novia tras la noche de bodas.

Cayo Matius fue el último en entrar, conmovido por la modesta celebración. Nadie sabía mejor que él de cuántas mujeres había gozado César, pero aquélla era su esposa y le alegraba enormemente ver que no le había decepcionado. El, por su parte, consideraba que no habría sido capaz de complacer a una muchacha de la edad de Cinnilla después de haberla



tenido como una hermana nueve largos años. Pero era evidente que César era de fibra más fuerte.

Fue en la primera reunión del Senado a la que acudió César cuando Filipo logró convencer a la cámara para que conminase a Lépido a regresar a Roma para celebrar las elecciones curules. Y en la segunda reunión escuchó la lectura de la breve negativa de Lépido, seguida del decreto senatorial ordenándole regresar a Roma.

Pero entre ésta y la tercera, César recibió la visita de su cuñado Lucio Cornelio Cinna.

—Habrà guerra civil —dijo el joven Cinna— y quiero que estés en el bando vencedor.

—¿Bando vencedor?

—El de Lépido.

—No vencerá, Lucio. No puede vencer.

—¡Con toda Etruria y Umbría de su parte no puede perder!

—Esa es la frase acostumbrada que la gente viene diciendo desde que el mundo es mundo, pero yo sólo conozco una persona que no puede perder.

—¿Y quién es esa persona? —inquirió Cinna molesto.

—Yo.

A Cinna la afirmación le pareció absurda y se partió de risa.

—¡César —replicó cuando pudo hablar—, eres un bicho raro!

—Tal vez no sea un bicho tan raro. Tal vez sea un pollo, que no es un bicho tan raro; o tal vez sea un costillar de cordero colgado del gancho de una carnicería.

—Nunca sé cuándo bromeas —dijo Cinna aturdido.

—Eso es porque rara vez bromeo.

—¡Bah, cuando has dicho que eres el único que no puede perder hablabas en broma!

—Hablabas totalmente en serio.

—¿No vas a unirte a Lépido?

—Ni aunque estuviera ya ante las puertas de Roma, Lucio.

—Pues cometes un error; yo voy a unirme a él.

—No te lo reprocho. La Roma de Sila te arruinó.

Y el joven Cinna marchó a Saturnia, en donde estaba Lépido con sus legiones. La segunda conminación, expedida esta vez por Catulo en nombre del Senado, le llegó a Lépido y éste volvió a negarse a regresar a Roma; y antes de que Catulo regresase a Campania con sus legiones, César solicitó una entrevista.

—¿Qué quieres? —inquirió fríamente el hijo de Catulo César, a quien nunca le había gustado aquel joven demasiado bien parecido e inteligente.

—Quiero unirme a tu estado mayor en caso de que haya guerra.

—No quiero tenerte en mi estado mayor.

La mirada de César cambió y adoptó el brillo asesino de Sila.

—No tengo por qué gustarte para que me utilices, Quinto Lutacio.

—¿Y en qué iba a utilizarte? O por decirlo mejor, ¿en qué puedes servirme? Me han dicho que ya has pedido unirme a Lépido.

—¡Eso es mentira!

—No, por lo que yo he oído. El joven Cinna fue a verte antes de marchar de Roma y quedasteis de acuerdo.

—El joven Cinna vino a presentarme sus mejores deseos, como es el deber de todo buen cuñado cuando el matrimonio de su hermana ha sido consumado.

—Puede que a Sila le convencieses de tu lealtad, César —replicó Catulo dándole la espalda—, pero a mí jamás me quitarás de la cabeza que eres un enredador. No te quiero a mi lado porque no deseo tener en mi estado mayor a nadie de cuya lealtad desconfío.

—Primo, si Lépido marcha sobre Roma, yo lucharé por ella. Si no formo parte de tu estado mayor, lo haré en otro destino. Soy un patricio romano de la misma sangre que tú y no soy cliente ni partidario de nadie —se detuvo a medio camino de la puerta—. Y harías muy bien en considerarme un hombre que actuará siempre de acuerdo con la constitución de Roma. Seré cónsul en mi año, pero no porque un perdedor como Lépido se haya convertido en dictador de Roma. Lépido no tiene el valor ni la categoría, Catulo. Y quiero añadir que tú tampoco.

Así fue como César permaneció en Roma mientras los acontecimientos se concatenaban cada vez con mayor rapidez hacia la sublevación. El *senatus consultum de re publica defendenda* quedó ¿aprobado; Flaco, príncipe del Senado, murió; el segundo interrex celebró elecciones y, finalmente, Lépido marchó sobre Roma. Junto con varios miles de ciudadanos de alta cuna, baja cuna e intermedios, César se presentó con armas y coraza ante Catulo en el Campo de Marte, y le destinaron con un grupo compuesto por varios centenares a guarnecer el puente de madera que daba entrada a la ciudad por la parte del Transtiberino. Como Catulo se negó a dar ningún tipo de mando al ganador de la corona cívica, César sirvió como un simple soldado raso y no participó en los combates; cuando concluyó la batalla bajo las murallas servianas del Quirinal, regresó a su casa sin presentarse voluntario para perseguir a Lépido por la costa de Etruria.

No olvidaría la arrogancia y el menosprecio de Catulo. Pero Cayo Julio César sabía guardarse su odio; ya le llegaría su hora a Catulo. Esperaría.

Para gran disgusto de César, a su llegada a Roma se encontró con que el joven Dolabela estaba desterrado y Cayo Verres se dedicaba a pavonearse rezumando virtud y probidad. Verres era ahora esposo de la hija de Metelo Caprario y muy popular entre los caballeros electores, quienes pensaban que su testimonio contra el joven Dolabela era un buen desagravio al rehabilitado *ordo equester*. ¡Al fin había un senador que osaba acusar a uno de sus colegas!

Sin embargo, César hizo saber a través de Lucio Decumio y Cayo Matius que actuaría como abogado de cualquier residente del Subura y durante los meses siguientes —en los que se produjo la caída de Lépido y Bruto, y el ascenso de Pompeyo— se ocupó de una serie de casos sencillos, pero con gran éxito. Creció su fama jurídica y los aficionados a la abogacía y la retórica comenzaron a asistir a todos los juicios en que actuaba él de abogado defensor, principalmente ante el pretor urbano o de extranjeros, y a veces ante el tribunal de homicidios. A pesar de sus calumnias, a Catulo la

gente comenzó a dejar de hacerle caso porque les gustaba oír lo que decía César y aún más su modo de expresarlo.

Cuando de algunas ciudades de Macedonia y de Grecia central acudieron a él para pedirle que presentara acusación contra Dolabela el viejo (por la época en que había sido gobernador, pues entretanto Apio Claudio Pulcro ya había llegado a su provincia), César aceptó. Era el primer proceso importante en que intervenía, pues había de celebrarse en el *quaestio de repetundae*, el tribunal de extorsiones, e implicaba a un hombre de familia de alcurnia y gran influencia política. No conocía muy bien las circunstancias del mandato de gobernador de Dolabela y comenzó a entrevistarse con los posibles testigos, compilando pruebas con gran meticulosidad. A sus clientes etnarcas les parecía un hombre delicioso, escrupulosamente deferente con su dignidad y siempre afable y de trato fácil, y lo que más les admiraba era su extraordinaria memoria: no olvidaba detalle de lo que le decían y a veces sacaba partido a un comentario en apariencia de lo más trivial que resultaba ser más importante de lo que nadie había pensado.

—De todos modos —dijo a sus clientes la mañana en que se iniciaba el juicio—, quiero preveniros de que el jurado está formado totalmente por senadores y Dolabela cuenta con grandes simpatías entre ellos, pues se le considera un buen gobernador que logró mantener a raya a los escordiscos. No creo que ganemos.

No ganaron. A pesar de que las pruebas eran abrumadoras, el jurado senatorial, al tratarse de un colega, hizo caso omiso y, aunque la oratoria de César fue extraordinaria, se pronunció el ABSOLVO. César no se excusó ante sus clientes ni ellos quedaron decepcionados con su actuación; la exposición y la argumentación de César fueron considerados lo mejor que se había escuchado en mucho tiempo y muchos acudieron a él pidiéndole que editara los discursos.

—Serán libros de texto para los estudiantes de retórica y leyes —dijo Marco Tulio Cicerón, que le solicitó copias a título personal—. No podías ganarlo, desde luego, pero me alegro muchísimo de haber regresado a

tiempo del extranjero para una oratoria mejor que la de Hortensio y Cayo Cotta.

—Yo también me alegro, Cicerón. Una cosa es que Cetego se deshaga en elogios y otra que un abogado de tu categoría te pida copias de los discursos —contestó César, muy ufano porque Cicerón se las solicitase.

—No puedes enseñarme nada en oratoria —dijo Cicerón, comenzando a demoler inconscientemente sus cumplidos—, pero ten la seguridad de que estudiaré con todo detalle tu método de investigación del caso y de presentación de pruebas. —Iba caminando por el Foro, y Cicerón no dejaba de hablar—. Lo que me fascina es cómo has sabido dar amplitud a tu voz. En conversación normal es muy grave y, sin embargo, cuando hablas en público la elevas de un modo que es perfectamente audible. ¿Quién te enseñó ese recurso?

—Nadie —contestó César extrañado—. Me he dado cuenta de que los que tienen voz grave cuestan más de oír que los que tienen voz más aguda. Y cuando quiero que me oigan la convierto en aguda.

—Apolonio Molon, con quien he estado estudiando estos dos últimos años, dice que la voz de un hombre está en función de la longitud de su cuello. Cuanto más largo es el cuello, más grave es la voz. ¡Tú tienes un cuello bien largo y escuálido! Yo, por suerte, tengo la longitud correcta —añadió complacido.

—Es corto —comentó César con ojos pícaros.

—Es mediano —replicó Cicerón tajante.

—Tienes buen aspecto y has engordado, que falta te hacía.

—Estoy bien, y deseando volver a los tribunales. Aunque —añadió, pensativo— no creo que deba enfrentar mis dotes a las tuyas. Los titanes no deben enfrentarse nunca. Prefiero a los del estilo Hortensio y Cayo Cotta.

—Yo esperaba una actuación más brillante por su parte —dijo César—. De no haber decidido el jurado de antemano y si se hubiera tenido en cuenta mi argumentación, habrían perdido el caso; son torpes y descuidados.

—Estoy de acuerdo. ¿Cayo Cotta es tío tuyo, verdad?

—Sí, pero no importa; a él y a mí nos gusta enfrentarnos.

Se detuvieron a comprar una empanada a un vendedor que hacía años estaba instalado con su tenderete ante la casa oficial del flamen dialis.

—Yo creo —dijo Cicerón devorando con fruición la empanada— que persisten muchas dudas legales respecto a tu antiguo flaminado. ¿No tienes tentaciones de recuperarlo y trasladarte a esa cómoda y bonita residencia detrás del tenderete de Gavius? Tengo entendido que vives en una casa del Subura. No es un domicilio adecuado para un abogado como tú, César.

César se sacudió las ropas y tiró el resto de la empanada en dirección a un pájaro.

—¡Ni aunque viviese en una choza del Esquilino me vendrían tentaciones, Cicerón! —respondió.

—Yo, te confieso que me alegra vivir en el Palatino —añadió Cicerón, atacando la segunda empanada—. Mi hermano Quinto vive en la casa familiar del Carinae —dijo con gesto ampuloso, como si fuese la casa solariega de la familia y no una vivienda adquirida cuando él era niño—. Hablando de conocidos —prosiguió, riendo al recordar algo—, habrás oído lo que dijo Quinto Calidio después de un juicio en el tribunal de extorsiones en que fue condenado por sus iguales, ¿no?

—Me temo que no. Explícamelo.

—Dijo que no le extrañaba haberlo perdido, porque la tarifa para sobornar al jurado en estos tiempos en que los jurados de los tribunales están todos formados por senadores, como dispuso Sila, es de cien mil sestercios, y que él no podía permitirse tal gasto.

César se echó a reír.

—Entonces, tendré cuidado de no acercarme al tribunal de extorsiones.

—Sobre todo cuando esté Léntulo Sura de portavoz del jurado.

Como Publio Cornelio Léntulo Sura había sido portavoz del jurado del proceso a Dolabela el viejo, César enarcó las cejas.

—¡Me alegra saberlo, Cicerón!

—Querido amigo, no hay nada en absoluto que yo pueda enseñarte sobre los tribunales —añadió Cicerón con ampuloso gesto—, pero si tienes alguna duda, consúltame.

—Pierde cuidado, que lo haré —dijo César, estrechándole la mano y alejándose en dirección al menospreciado Subura.

Quinto Hortensio salió de detrás de una columna y se acercó a Cicerón, que seguía contemplando la alta figura de César disminuir a lo lejos.

—Ha estado brillante —dijo Hortensio—. Unos años más, querido Cicerón, y tú y yo no podremos dormirnos sobre los laureles.

—Con un jurado honrado, querido Hortensio, habrías perdido tus laureles esta mañana.

—¡No seas cruel!

—Eso no durará, ¿sabes?

—¿El qué?

—Los jurados formados estrictamente por senadores.

—¡Tonterías! El Senado ha recuperado la hegemonía para siempre.

—Eso sí que es una tontería. Existe gran inquietud entre la ciudadanía a favor de que los tribunos de la plebe recuperen sus derechos. Y cuando los recuperen, Quinto Hortensio, serán caballeros quienes constituyan el jurado.

Hortensio se encogió de hombros.

—A mí me da igual, Cicerón. Senadores o caballeros, el soborno es el soborno... en caso necesario.

—Yo no soborno a mis jurados —replicó Cicerón muy tieso.

—Ya lo sé. Ni él tampoco —dijo Hortensio, señalando hacia el Subura—. ¡Pero es una costumbre generalizada, querido amigo, una costumbre!

—Una costumbre que no da satisfacción a un abogado. Cuando gano un proceso me gusta saber que lo he ganado por mérito propio, no por el dinero que me haya dado el cliente para comprar al jurado.

—Pues eres un loco y no te irán bien las cosas.

El rostro agradable, aunque no de belleza clásica, de Cicerón se contrajo y un fulgor terrible iluminó sus ojos marrones.

—¡Acabaré contigo, Hortensio, no te quepa la menor duda!

—Mi posición es sólida y no podrás moverme.

—Eso es lo que dijo Anteo antes de que Hércules le levantase del suelo. Ave, Quinto Hortensio.

A finales de enero del año siguiente, Cinnilla dio una hija a César, Julia, una niña blanca y delicada que hizo las delicias de los padres.

—Un hijo representa un gasto enorme, querida esposa —dijo César—, mientras que una hija es una carta política muy valiosa cuando es de estirpe patricia por ambos lados y tiene una buena dote. Nunca se sabe cómo va a salir un hijo, y nuestra Julia es preciosa. Ya verás como tiene docenas de pretendientes como su abuela Aurelia.

—Yo no veo muchas perspectivas de una buena dote —dijo la madre, que, aunque había tenido un parto difícil, ya se recuperaba.

—¡No te preocupes, Cinnilla querida! Cuando tenga edad de casarse tendrá su dote.

Aurelia estaba en su elemento cuidando a aquella nieta que había conquistado totalmente su cariño. Tenía otros cuatro nietos: los dos hijos de Lia de distinto esposo y la niña y el niño de Ju-Ju, pero ninguno de ellos vivía en su casa ni eran prole de su hijo, la luz de su vida.

—Tendrá los ojos azules porque son muy claros —dijo Aurelia, encantada de que la pequeña hubiese salido al padre—, y el pelito es blanco.

—Me alegro de que le veas pelo —dijo César muy serio—. A mí me parece pelona, cosa lamentable, siendo una César, que debería tener una profusa melena.

—¡Tonterías! ¡Claro que tiene pelo! Ya verás si tiene melena cuando cumpla un año; pero no se le oscurecerá mucho. La tendrá plateada en vez de dorada esta ricura.

—A mí me parece tan fea como Cnea.

—¡César, César, es una recién nacida! Y se va a parecer mucho a ti.

—Predestinada —comentó César, y salió del cuarto.

Se dirigió a la hospedería más lujosa de la ciudad en la esquina del Foro con el Clivus Orbis. Había recibido recado de los clientes que le habían encomendado el litigio contra Dolabela, que habían vuelto a Roma y deseaban verle urgentemente.



—Tenemos otro caso para encomendarte —dijo el jefe de los griegos, Ificrates de Salónica.

—Me siento halagado —dijo César, frunciendo el ceño—. ¿A quién queréis acusar? Apio Claudio Pulcro lleva muy poco tiempo de gobernador para que tengáis una querrela contra él, y eso en el caso de que el Senado consintiera en juzgar a un gobernador en desempeño de su mandato.

—Es un caso aparte que nada tiene que ver con los gobernadores de Macedonia —replicó Ificrates—. Queremos que acuses a Cayo Antonio Hibrida por las atrocidades que cometió cuando fue prefecto de caballería con Sila hace diez años.

—¡Por los dioses, después de tanto tiempo! ¿Por qué?

—No esperamos ganarlo, César. No es el objeto de nuestra misión. Es que por nuestras experiencias con Dolabela el viejo nos hemos dado cuenta cabal de que se nos impone el sometimiento a ciertos romanos que son poco más que animales. Y creemos que ya es hora de que Roma lo sepa. Las peticiones de nada sirven, pues nadie las lee y menos el Senado. Los procesos por traición y extorsión son asuntos enrarecidos a los que sólo asisten las clases altas romanas. Ahora, lo que deseamos es llamar la atención de los caballeros y de las clases bajas, por lo que hemos pensado en un juicio ante el tribunal de homicidios, que es un foro al que acuden todas las clases. Y al pensar en un caso adecuado para ello, a todos nos vino inmediatamente a la cabeza el nombre de Cayo Antonio Hibrida.

—¿Qué es lo que hizo? —inquirió César.

—Era prefecto de caballería a cargo de las regiones de Tespías, Eleusis y Orcómenes cuando Sila y parte de su ejército acampaban en Beocia. Pero él no hizo muchos servicios de armas, sino que se complacía morbosamente en torturar, herir, forzar a mujeres y hombres, niños y niñas, y en matar.

—¿Hibrida?

—Sí, Hibrida.

—Yo siempre le tuve por un Antonio más... borracho más que sobrio, derrochón y ávido de mujeres y comida. Pero torturar... —añadió César, con gesto de repugnancia—. Incluso en el caso de un Antonio no es corriente. ¡Antes lo creería de un Ahenobarbo!

—Las pruebas son abrumadoras, César.

—Supongo que habrá salido a la madre, que no era romana, aunque siempre oí que era una mujer bastante decente; una apulia. Pero los apulios no son bárbaros, y lo que me contáis es pura barbarie. ¡Ni Cayo Verres llegó a tanto!

—Las pruebas son abrumadoras —repitió Ificrates con mirada furtiva—. Quizás ahora entiendas nuestra lamentable situación. ¿Quién de las clases altas de Roma nos creerá si no habla toda la ciudad de nosotros y toda Roma ve con sus propios ojos las pruebas?

—¿Tenéis víctimas como testigos?

—Docenas si hace falta. Gente de intachable virtud y condición. Los hay sin ojos, sin orejas, sin lengua, mancos, sin pies, sin piernas, sin genitales, sin útero, sin brazos, despellejados, sin nariz... Ese hombre fue una bestia. Y sus amigos también, aunque ellos no importan porque no pertenecían a la nobleza.

—Entonces, son víctimas vivas —comentó César asqueado.

—La mayoría, cierto. Antonio actuaba como si se tratara de un arte, un arte que consistía en causar el mayor dolor y mutilación posible sin provocar la muerte. Su mayor placer era regresar a esas ciudades meses después para comprobar que las víctimas seguían vivas.

—Bien, me repugna, pero, desde luego, acepto el caso —dijo César con firmeza.

—¿Por qué ha de repugnarte?

—Es que su hermano mayor, Marco, está casado con una prima mía lejana, la hija de Lucio César, que fue cónsul y posteriormente asesinado por Cayo Mario. Hay tres niños sobrinos de Hibrida que son primos lejanos míos. Y no está bien visto acusar a miembros de tu misma familia, Ificrates.

—¿Pero ese parentesco alcanza realmente a Cayo Antonio Hibrida? Tu prima no está casada con él.

—Cierto, y por ese motivo acepto el caso. Pero muchos lo desaprobarán. Existe consanguinidad con los tres hijos de Julia.

Fue a Lucio Decumio a quien decidió dirigirse, en vez de a Cayo Matius o alguien más afín a su rango.

—Tú que lo sabes todo, papá, ¿has oído algo de eso?

Dotado de un físico que le impedía parecer más viejo en la juventud y más joven en la vejez, Lucio Decumio seguía igual que siempre, y a César le costaba calcular su edad, pero debía de tener unos sesenta años.

—Un poco; no mucho. Los esclavos no le duran más de seis meses y nunca se ve que los entierren. A mí, eso de que no los entierren me hace sospechar. Suele ser señal de cosas muy raras.

—¡No hay nada más despreciable que la crueldad con los esclavos!

—Eso lo pensarás tú, César, que tienes la mejor madre del mundo y has sido educado como es debido.

—¡No debería tener nada que ver con la manera en que uno ha sido educado! —replicó César airado—. Es algo que atañe a la naturaleza propia de una persona. Entiendo que esas atrocidades las perpetren los bárbaros, pues sus costumbres, sus tradiciones y sus dioses les imponen cosas que los romanos ya hemos puesto fuera de la ley hace siglos. Pero pensar que un noble romano, ¡de la familia de los Antonios!, se deleite en infligir tales sufrimientos... ¡de verdad que me cuesta creerlo!

Pero Lucio Decumio estaba más informado.

—César, eso sucede cada día; y lo sabes. Quizá cosas no tan horribles, pero si no son más frecuentes es simplemente porque la gente teme que se sepa. ¡Piénsalo un poco! Ese Antonio Hibrida es noble, como tú dices; los tribunales le protegen y los de su clase le defienden. ¿Qué va a temer una vez que ha empezado? Lo que impide que la gente empiece a hacer cosas de ésas, César, es el temor a que les sorprendan, porque si les descubren son castigados. Y cuanto más alto sea uno, más dura es la caída. Pero a veces hay gente con agallas para llevar a cabo sus deseos y hace esas cosas. Como ese Antonio Hibrida. No hay muchos como él, ¡muchos, no! Pero siempre hay alguno, César, siempre hay alguno.

—Si, tienes razón. Claro que tienes razón —dijo César bajando los párpados, sumido en sus pensamientos—. Lo que tú dices es que a esas personas hay que pedirles cuentas. Castigarlas.

—Para que no haya muchas como ellas. Si se deja a uno, se atreven muchos mas.

—Así que tendré que pedirle cuentas. No será fácil.

—No será fácil.

—Aparte de esos rumores difusos de que desaparecen esclavos, ¿qué más sabes de él, papá?

—No mucho, salvo que todos le odian. Los comerciantes le detestan y la gente humilde también. Si pellizca a una niña cuando pasa por la calle, lo hace con fuerza para hacerla llorar.

—¿Y cómo se explica lo de mi prima Julia?

—Pregúntaselo a tu madre, César; no a mí.

—¡A mi madre no se lo puedo preguntar, Lucio Decumio!

El suburano pensó un instante y asintió con la cabeza.

—No, claro que no —hizo una pausa—. Bien, esa Julia es una tonta... no una de las Julias listas, desde luego. Su Antonio es poco formal, no sé si me entiendes, pero no es un hombre cruel. Un atolondrado que no sabe cuándo hay que dar a los niños una patada en el culo.

—¿Quieres decir que los niños son unos salvajes?

—Como jabalíes.

—Vamos a ver... Marco, Cayo y Lucio. ¡Ah, me gustaría saber más sobre asuntos de familia! Lo que pasa es que no escucho lo que cuentan las mujeres. Mi madre me lo podría explicar en un periquete... Pero ella es muy lista, papá, y en seguida sabrá por qué me interesa y luego querrá disuadirme de que acepte el caso. Y nos peharemos. Si, está claro que es mejor que no sepa que voy a aceptarlo —añadió con un suspiro y gesto entristecido—. Creo que será mejor que me entere de más cosas sobre los hijos del hermano de Hibrida.

Lucio Decumio torció el gesto y alzó los ojos al cielo.

—Yo los veo por el Subura... Por el Subura no deberían campar a sus anchas sin pedagogo ni criado, pero lo hacen, y roban comida en las tiendas

más por fastidiar que por necesidad.

—¿Qué edad tienen?

—Pues no sé exactamente, pero Marco debe de tener unos doce por la estatura, pero actúa como uno de cinco; yo creo que tendrá siete u ocho. Los otros dos son más pequeños.

—Sí, todos los Antonios son unos bestias. Imagino que el padre de los niños no tendrá mucho dinero.

—Siempre andan apurados, César.

—Le perjudicaré a él y a los hijos si llevo el caso a los tribunales.

—No lo aceptes.

—Tengo que aceptarlo, papá.

—¡Eso ya lo sé!

—Lo que necesito son testigos. A ser posible libertos... o mujeres, o niños, dispuestos a declarar. Debe estar cometiendo también aquí esas atrocidades. Y no todas las víctimas serán esclavos que desaparecen.

—Ya miraré yo, César.

En cuanto le vieron entrar por la puerta, las mujeres se dieron cuenta de que le había sucedido algo, pero ni Aurelia ni Cinnilla le preguntaron nada. En circunstancias normales, Aurelia lo habría hecho, pero la niña centraba todos sus afanes y no dio tanta importancia a la desazón de César y, así, no tuvo oportunidad de disuadirle de que procesara a Cayo Antonio Hibrida, cuyos sobrinos eran primos de César.

El de homicidios era el tribunal lógico para sacar adelante el proceso, pero cuanto más lo pensaba, menos le gustaba a César celebrarlo ante aquel tribunal. Para empezar, el presidente era el pretor Marco Junio Junco, que estaba resentido porque no se hubiese designado para el cargo a un ex edil, pero aquel año no había habido ex ediles voluntarios; César ya había tenido un choque con él en un caso en que había intervenido en enero. La otra gran dificultad radicaba en que se trataba de querellantes no romanos, y era muy difícil lograr en ningún tribunal un veredicto favorable tratándose de extranjeros defendidos por un romano de alcurnia. Estaba muy bien que sus

clientes dijeran que no les importaba perder el proceso, pero César sabía que un juez como Junco se aseguraría de que el juicio no tuviera repercusión y que el tribunal hiciera algo para impedir la asistencia masiva de público. Y lo peor de todo era que el tribuno de la plebe Cneo Sicinio monopolizaba la asistencia del público agitándolo incesantemente para que se restablecieran plenamente los antiguos poderes de los tribunos de la plebe, y era el único tema que interesaba a la gente, y más desde que Sicinio había replicado con una ocurrencia que figuraba ya en la antología de los diletantes literarios que coleccionaban chistes políticos.

—¿ Por qué —le había preguntado exasperado el cónsul Cayo Escribonio Curion— me acosas a mí y a mi colega Cneo Octavio, a los pretores, a los ediles, a tu colega tribuno de la plebe Publio Cetego, a todos los consulares y hombres de pro, a banqueros como Tito Atico, y hasta a los pobres cuestores, y nunca dices una palabra contra Marco Licinio Craso? ¿Es que nada tienes que reprocharle a Marco Craso? ¿O es Marco Craso quien te impulsa a esta tontería? Vamos, Sicinio, perrillo chillón, dime por qué a Craso le dejas al margen.

Consciente de que Curio y Craso estaban reñidos, Sicinio fingió reflexionar profundamente para responder.

—Porque Marco Craso tiene heno en los dos cuernos —contestó muy serio.

El numeroso público asistente al juicio se había retorcido de risa por los suelos, pues era cosa corriente ver un buey con heno atado a un cuerno para señalar que, aunque era manso, podía atacar con el asta, y de los bueyes con heno en los dos cuernos la gente se apartaba sin pensárselo dos veces. Si Marco Craso no hubiese tenido el aspecto imperturbable, cuadrado y parsimonioso de un buey, el comentario no habría causado tanta hilaridad.

Por consiguiente, ¿cómo atraer al incondicional público de Sicinio? ¿Cómo conseguir el público que el caso merecía? Mientras César daba vueltas en la cabeza a estos particulares, sus clientes emprendían viaje de regreso a Beocia para allegar pruebas y testigos tal como les había indicado él. Transcurrieron los meses, los clientes regresaron y César aún no había solicitado a Junco la instrucción del proceso.

—¡NO lo entiendo! —exclamó Ificrates decepcionado—. Si no nos damos prisa no nos escucharán.

—Tengo la impresión de que hay un método mejor —dijo César—. Ten un poco de paciencia conmigo, Ificrates. Te prometo que tú y tus colegas no tendréis que esperar mas meses en Roma. ¿Están bien ocultos los testigos?

—Totalmente. Tal como tú dijiste; en una villa de las afueras de Cumas.

Y un día de primeros de junio llegó noticia. César se había pasado por el tribunal del praetor peregrinus Marco Terencio Varrón Lúculo; el hermano menor del hombre considerado en Roma como el de más brillante futuro era muy parecido a Lúculo, por quien sentía gran afecto. Separados cuando niños por las vicisitudes de la fortuna, el vínculo no se había roto sino que se había reforzado. Lúculo había retrasado su ascenso en el cursus honorum para que él pudiese ser edil curul de pareja con Varrón Lúculo y juntos habían organizado unos juegos tan excepcionales que la gente aún hablaba de ellos. Se comentaba que los Lúculos no tardarían en alcanzar el consulado y eran tan populares entre el electorado como aristócratas.

—¿Qué tal la jornada? —había preguntado César sonriente; estimaba al pretor de extranjeros, en cuyo tribunal había intervenido en multitud de casos corrientes con una confianza y una libertad que pocos jueces infundían. Varrón Lúculo sabía muchísimo de leyes y era hombre de probada integridad.

—Aburrida —contestó Varrón Lúculo, devolviéndole la sonrisa.

La brillante idea de César cristalizó entre su saludo y la respuesta de Varrón Lúculo; era lo que solía suceder: de pronto se hacía la luz respecto a cómo actuar en un problema que se arrastra durante meses.

—¿Cuándo marchas de Roma para presidir las sesiones rumíes?

—La costumbre es que el pretor de extranjeros acuda a la costa de Campania en el momento más insufrible del verano —contestó Varrón Lúculo con un suspiro—. De todos modos, creo que estaré en Roma un mes más como mínimo.

—¡Pues no lo reduzcas! —exclamó César.

Varrón Lúculo se quedó boquiabierto; estaba charlando con un hombre cuyos conocimientos y habilidad jurídica estimaba enormemente y, de

pronto, le había dejado con la palabra en la boca.

—¡Ya sé cómo vamos a hacerlo! —decía poco después César a Ifícrates en el salón privado que había alquilado en la hospedería.

—¿Cómo? —inquirió el prohombre de Salónica.

—¡Razón tenía yo en retrasarlo, Ifícrates! No vamos a plantearlo ante el tribunal de homicidios, ni vamos a presentar cargos por homicidio contra Cayo Antonio Hibrida.

—¿Que no vamos a acusarle de crímenes? —inquirió Ifícrates asombrado—. ¡Pero si de eso se trata...!

—¡Bah, de lo que se trata es de crear un gran revuelo en Roma! Y eso no lo conseguiríamos en el tribunal de Junco porque el público no desertará de Sicinio para acudir a ese tribunal y Junco lo presidiría en el rincón más oscuro de la basílica Porcia u Opimia, para que la gente se muera de calor y acuda el menor público posible. El jurado nos tomará manía y Junco lo dirigirá a toda prisa, acosado por jurados y abogados.

—¿Y qué alternativa existe?

César se inclinó hacia adelante.

—Voy a llevar el caso ante el pretor de extranjeros en juicio civil —dijo—. En vez de acusar a Hibrida de asesinato, nos querellaremos por daños derivados de su conducta como prefecto de caballería en Grecia hace diez años. Y tú depositarás una enorme sponsio en manos del prefecto de extranjeros, una suma de dinero mayor que la fortuna de Hibrida. ¿Podrás reunir dos mil talentos y estar dispuesto a perderlos si algo sale mal?

Ifícrates lanzó un profundo suspiro.

—Si que es una suma enorme, pero hemos venido dispuestos a gastar lo que haga falta para que Roma comprenda que debe dejar de atormentarnos con hombres como Hibrida... y Dolabela el viejo. Sí, César —añadió resuelto—, reuniremos dos mil talentos. Nos costará, pero podremos hallarlos aquí en Roma.

—Muy bien: depositamos la sponsio de dos mil talentos en el despacho del pretor de extranjeros para juicio civil contra Cayo Antonio Hibrida. Sólo



con esto causaremos sensación. Y además demostraremos a Roma que somos serios.

—Hibrida no podrá encontrar ni la cuarta parte de esa suma.

—Exactamente, Ifícrates, no podrá. Pero es competencia del pretor de extranjeros suprimir el depósito de la sponsio si lo considera oportuno. Y no cabe duda de que Varrón Lúculo es justo. Estoy seguro de que no impondrá una sponsio equivalente a Hibrida.

—Pero si ganamos sin que Hibrida haya depositado la sponsio de dos mil talentos, ¿qué sucede?

—¡Pues que tendrá que buscarlos, Ifícrates! Porque tiene que pagar con arreglo a la ley romana para los juicios civiles.

—¡Ah, ya entiendo! —dijo Ifícrates, reclinándose y cogiéndose las rodillas entre los brazos, sonriente—. Luego si pierde, se arruina; tendrá que abandonar Roma y nunca podrá regresar, ¿cierto?

—Nunca más.

—Por el contrario, si perdemos, él se lleva los dos mil talentos.

—Exacto.

—¿Crees que perderemos, César?

—No.

—Entonces, ¿por qué me previenes de que algo puede salir mal? ¿Por qué dices que pensemos en que podemos perder el dinero?

César frunció el ceño y trató de explicar al griego lo que él, romano, había aprendido desde niño.

—Porque la ley romana no es tan irrecusable como parece. Depende en gran parte del juez y, según la ley de Sila, el juez no puede ser Varrón Lúculo. A ese respecto, tengo fe en la integridad de Varrón Lúculo para que designe un juez imparcial. Pero existe otro riesgo. A veces un buen abogado descubre un fallo en la ley que deshace toda la argumentación, y a Hibrida le defenderán los mejores abogados de Roma —añadió César, tenso, con las manos como garras—. Si yo estoy inspirado para solventar nuestro problema, ¿crees que no hay nadie más inspirado capaz de solventar el problema de Hibrida? Por eso mismo los hombres como yo disfrutan con la práctica legal, Ifícrates, cuando el juez y el proceso son intachables. Por

muy claro y terminante que sea el cargo, hay que desconfiar del abogado de la parte contraria. ¿Y si le defiende Cicerón? ¡Tremendo! Ahora que yo creo que no le apetecerá cuando conozca los detalles. Pero Hortensio no le hará ascos. Y no debes olvidar que una de las partes tiene que perder. Vamos a luchar por un principio y eso es la razón más peligrosa para acudir ante los tribunales.

—Consultaré con mis colegas y mañana te daré una contestación —dijo Ificrates.

Y le contestaron que fuese al pretor de extranjeros a solicitar un proceso civil contra Cayo Antonio Hibrida. Y al tribunal de Varrón Lúculo se dirigió César con sus clientes a depositar una sponsio de dos mil talentos, la suma que reclamaban a Hibrida por daños y perjuicios.

Varrón Lúculo les escuchó sin decir palabra, atónito; luego, meneó la cabeza aturdido y alargó la mano para examinar el documento bancario.

—Veo que es auténtico y habláis en serio —comentó a César.

—Totalmente, praetor peregrinus.

—¿Y por qué no apeláis al tribunal de extorsiones?

—Porque el pleito no implica extorsión. Implica homicidio ¡y más que homicidio! Hay torturas, violaciones y constantes mutilaciones. Al cabo de tantos años, mis clientes no quieren entablar un proceso criminal. Quieren reclamar daños en nombre de las gentes de Tespías, Eleusis y Orcómenos a quienes dañó Cayo Antonio Hibrida. Son personas que no pueden trabajar ni ganarse la vida, ni engendrar hijos, por lo que su manutención cuesta a los demás ciudadanos de Tespías, Eleusis y Orcómenos una fortuna que mis clientes consideran que Cayo Antonio Hibrida debe abonarles. Es un proceso civil, praetor peregrinus, para resarcirse de daños.

—Pues presenta una síntesis de las pruebas, abogado, para que decida si ha lugar al proceso.

—Presentaré ante el tribunal y el juez que designes el testimonio de ocho víctimas o de testigos de las atrocidades. Seis de ellas son vecinos de la ciudad de Tespías, Eleusis y Orcómenos; las otras dos residen en Roma, uno es un liberto y el otro un sirio.

—¿Por qué aportas testimonio de romanos, abogado?

—Para demostrar al tribunal que Cayo Antonio Hibrida sigue cometiendo esas atrocidades, praetor peregrinus.

Dos horas más tarde, Varrón Lúculo aceptaba el pleito ante su tribunal y registraba la sponsio de los griegos. Se envió un exhorto de comparecencia a Cayo Antonio Hibrida para que respondiese de los cargos al día siguiente. Luego, Varrón Lúculo designó juez a Publio Cornelio Cetego. Dominándose, César gritó de alegría para sus adentros. El juez era un hombre tan rico, que debía su fama al simple hecho de ser insobornable y persona tan cultivada y refinada, que lloraba cuando moría un pez o un perrillo casero, y hasta se había tapado la cabeza con la toga al ver que decapitaban a un pollo en la plaza del mercado. Y era un hombre que no sentía afecto alguno por los Antonios. ¿Consideraría Cetego que había que amparar a un senador colega suyo, fuese cual fuese el crimen o los cargos civiles? ¡No, Cetego no! Al fin y al cabo, no cabía la posibilidad de que el acusado fuese condenado a perder la ciudadanía romana o a ser desterrado. Era un pleito civil en el que sólo se trataba de dinero.

El rumor se corrió inmediatamente por el Foro y una multitud comenzó a apiñarse al poco rato ante el tribunal del pretor de extranjeros. Como César fomentase el interés acrecentando las atrocidades de Hibrida, la multitud fue en aumento y comenzó a mostrarse impaciente porque se iniciase el juicio al día siguiente. ¿Sería posible que fueran a verse cosas tan horribles como un hombre despellejado y una mujer a la que habían quitado los genitales al punto de que no podía orinar bien?

La noticia del caso había llegado hasta la casa de César, como pudo intuir al ver la cara de su madre.

—¿Qué es lo que he oído? —inquirió muy seria—. ¿Vas a intervenir en un proceso contra Cayo Antonio Hibrida? ¡No es posible! Existe parentesco.

—No hay ningún parentesco entre Hibrida y yo, mater.

—¡Sus sobrinos son primos tuyos!

—Son hijos de su hermano y la consanguinidad es por parte de su madre. La habría si fuesen hijos de Hibrida, en caso de que los tuviese, y, entonces, primos míos.

—¡No puedes hacerle esto a una Julia!

—Lamento que afecte a la familia, mater, pero no afecta directamente a una Julia.

—¡Los Julio Césares están aliados por matrimonio a los Antonios! ¡Razón más que suficiente!

—¡No lo es! ¡Más necios son los Julio Césares por buscar alianza con los Antonios, unos salvajes y derrochadores! Y yo te digo, mater, que no consentiré que una Julia de mi familia se case con un Antonio —replicó César, volviendo la espalda.

—¡César, te ruego que lo reconsideres! Será tu ruina.

—No voy a reconsiderarlo.

El resultado de la discusión fue una cena muy tensa. Desvalida ante aquellos dos impertérritos adversarios, su esposo y su suegra, Cinnilla se escapó al cuarto de la niña en cuanto pudo, alegando que la pequeña tenía cólico, estaba echando los dientes, sufría una erisipela y todos los males infantiles que se le ocurrieron. Y a solas quedaron César y Aurelia, con la barbilla alzada.

Algunos manifestaron su desaprobación, pero César no sentaba en modo alguno un precedente con aquel caso; había habido muchos otros en los que la consanguinidad era mucho más manifiesta que las objeciones técnicas que personas como Catulo planteaban para el proceso de Cayo Antonio Híbrida.

Naturalmente, Híbrida no podía hacer caso omiso del exhorto y aguardaba ante el tribunal del pretor de extranjeros acompañado de un grupo de caras conocidas, entre ellas la de Quinto Hortensio y el tío de César, Cayo Aurelio Cotta. A Cayo Tulio Cicerón no se le veía por parte alguna, ni entre el público; hasta que César lo descubrió con el rabillo del ojo, en el momento en que Cetego abría la sesión. ¡Cicerón no podía faltar en un proceso tan escandaloso! Y menos al tratarse de un proceso por vía civil.

César vio inmediatamente que Híbrida estaba nervioso. Era un individuo grande, musculoso y de cuello grueso: un Antonio. Tenía el pelo recio y rizado, y sus ojos avellana eran tan antonianos como la nariz

aquilina y la abultada barbilla que ascendía hacia una boca pequeña y sensual. Hasta que se había enterado de sus atrocidades, César había juzgado aquel rostro brutal como el de un zoquete que bebe y come mucho y muy dado a placeres sexuales. Pero ahora lo entendía mejor. Era la cara de un verdadero monstruo.

Las cosas comenzaron mal para Hibrida cuando Hortensio optó por un estilo agresivo y solicitó que se suspendiera inmediatamente el juicio, alegando que si el asunto era la décima parte de serio de lo que indicaba la querella, debía ser zanjado ante un tribunal de lo criminal. Varrón Lúculo permanecía sentado impávido, sin tratar de intervenir si el juez no le pedía consejo, cosa que Cetego no estaba dispuesto a hacer. Más tarde o más temprano le llegaría el turno de presidir aquel tribunal y no le apetecían las monótonas discusiones sobre una bolsa de dinero. No, aquel caso sí que era una breva; le repugnaba, pero al menos no sería aburrido. Así que replicó hábilmente a Hortensio y continuó la vista con justa autoridad.

A mediodía, Cetego se dispuso a oír a los testigos y su aparición causó sensación. Ifícrates y sus compañeros habían elegido las víctimas que habían traído desde Grecia para dar dramatismo al caso y mover a compasión. Lo más estremecedor era un hombre que no podía testificar en absoluto, pues Hibrida le había cortado parte de la cara y la lengua; pero su esposa sí que hablaba y con un odio profundo, y fue un testigo sin par. Cetego la escuchó sin interrumpirla, mirando al pobre marido, demudado y sudando. Después de aquel testimonio, suspendió la vista hasta el día siguiente, rogando a los dioses poder llegar a casa antes de ponerse enfermo.

Pero Hibrida no se resignaba, y, al salir del tribunal, agarró a César por el brazo y le retuvo.

—¿De dónde has sacado a esos desgraciados? —inquirió con gesto de doloroso asombro—. ¡Habrás tenido que recorrer el orbe! Pero no te servirá de nada. ¿Quiénes son al fin y al cabo? ¡Un puñado de monstruos sinvergüenzas! ¡Una pandilla ansiosa de cobrar increíbles indemnizaciones de Roma en vez de contentarse con pedir limosna en Grecia!

—¿Un puñado? —rugió César a voz en grito, acallando el rumor de la multitud que se dispersaba y que se volvió a oír lo que decía—. ¿Simplemente? ¡Yo te digo, Cayo Antonio Hibrida, que uno solo ya sería un exceso! ¡Uno solo! ¡Un solo hombre, mujer o niño mutilado de esa manera atroz es ya un exceso! ¡Un solo hombre o mujer despojado de su juventud, belleza y pundonor es excesivo! ¡Largo! ¡Vete a casa!

Y Cayo Antonio Hibrida marchó a su casa, abrumado al ver que sus abogados no le acompañaban. Hasta su hermano había buscado un pretexto para no verle. Pero no caminó a solas: tras él iba un hombrecillo regordete que se había hecho bastante amigo suyo en aquel año y medio que llevaba en el Senado. El hombre se llamaba Cayo Elio Estaeno y ansiaba tener aliados poderosos, comer gratis en la mesa de otros y codiciaba asquerosamente el dinero. Había recibido algo de Pompeyo el año anterior, cuando era cuestor de Mamercio y había provocado un motín, no uno sangriento, ¡eso no!, todo había salido bien al final y nadie había sospechado lo más mínimo de él.

—Vas a perder —comentó a Hibrida, cuando entraban en la lujosa mansión de éste en el Palatino.

—Lo sé —replicó Hibrida, que no tenía ganas de discutir.

—¿Y no sería estupendo ganar? —inquirió Estaeno con gesto soñador—. Dos mil talentos; ése es el premio.

—Yo voy a tener que buscar dos mil talentos, con lo que quedaré en la ruina más años que los que me quedan de vida.

—No necesariamente —replicó Estaeno con un ronroneo, sentándose en la silla de los clientes del despacho y mirando en derredor—. ¿Te queda vino de Quíos? —preguntó.

Hibrida se dirigió a una consola y, de una jarra, sirvió dos vasos sin agua, tendiendo uno de ellos a Estaeno antes de sentarse. Dio un gran sorbo y le miró fijamente.

—¿Se te ha ocurrido algo? —dijo—. ¿De qué se trata?

—Dos mil talentos es mucho dinero. Mil talentos ya lo son.

—Cierto —dijo Hibrida, descubriendo con sus labios gordezuelos los blancos y perfectos dientes en una sonrisa—. ¡No soy ningún imbécil,

Estaeno! Si acepto repartir contigo los dos mil talentos, tienes que asegurarme que salgo bien librado. ¿Estamos?

—Estamos.

—Pues, de acuerdo. Me salvas y mil de esos talentos griegos son tuyos.

—En realidad, es sencillo —añadió Estaeno pensativo—. Las gracias debes dárselas a Sila, desde luego. Pero como está muerto no le importará que me las des a mí.

—¡Deja de atormentarme y dime lo que es!

—¡Ah, sí! No me acordaba de que prefieres atormentar a otros en vez de que te atormenten a ti.

Como tantos hombres ruines que de pronto se ven en una posición de fuerza, Estaeno no podía ocultar su contento por tenerle en sus manos, aunque ello significase que cuando concluyese el asunto también sería el final de su amistad con Hibrida. Por muy bien que saliera todo. Pero le tenía sin cuidado. Mil talentos era una buena compensación. ¿De qué valía la amistad con un individuo como Hibrida?

—¡Dímelo, Estaeno, o lárgate!

—El *ius auxilii ferendi* —dijo Estaeno.

—¿Y qué?

—La función original de los tribunos de la plebe y la única que Sila no anuló: arrancar a un miembro de la plebe de manos de un magistrado.

—¡El *ius auxilii ferendi*! —exclamó Hibrida asombrado, y su rostro preocupado se iluminó por un instante—. No aceptarán —dijo al cabo, de nuevo con rostro ensombrecido.

—Sí que aceptarán —replicó Estaeno.

—¡Sicinio, no; jamás! Basta con un veto del colegio y los otros nueve tribunos son impotentes. Sicinio no se avendrá, Estaeno. Es una peste pero no se deja sobornar.

—A Sicinio —añadió Estaeno, sin caber en sí de contento— no le ven con buenos ojos sus otros nueve colegas. Ha incordiado tanto y les ha robado de tal modo la audiencia del Foro, que están hartos de él. De hecho, anteayer oí que dos de ellos le amenazaban con tirarle desde la roca Tarpeya si no deja de reclamar que les devuelvan los derechos.

—¿Quieres decir que se le podría intimidar?

—Sí; eso es. Naturalmente, tendrás que encontrar una buena suma entre hoy y mañana, porque ninguno de ellos aceptará si no se les remunera bien. Pero tú puedes... y más teniendo mil talentos en vista.

—¿Cuánto? —inquirió Hibrida.

—Cincuenta mil sestercios por nueve. Cuatrocientos cincuenta mil. ¿Puedes?

—Probaré. Iré a ver a mi hermano, a quien no le gustan los escándalos en la familia. Y a otros. Sí, Estaeno, creo que podré.

Y así lo convinieron. Cayo Elio Estaeno no paró aquella tarde, yendo de casa en casa de los tribunos de la plebe: Marco Atilio Bulbo, Manio Aquilio, Quinto Curio, Publio Popilio y así hasta nueve de los diez. A casa de Cneo Sicinio ni se acercó.

La vista tenía que reanudarse dos horas después del amanecer; a esa hora ya se había producido algo espectacular en el Foro, por lo que prometía ser una jornada excepcional para los que merodeaban por él, que estaban extasiados. Poco después del amanecer, los nueve colegas tribunos de la plebe de Cneo Sicinio le habían llevado en volandas hasta lo alto del Capitolio, dándole una paliza descomunal y acercándole hasta el borde de la llamada roca Tarpeya para mostrarle los aguzados riscos de abajo. ¡Se había acabado la constante campaña de agitación demandando el restablecimiento de los derechos de los tribunos de la plebe!, le gritaron, teniéndole colgado cabeza abajo, y él les había jurado que haría lo que le dijeren. Luego, le metieron en una litera y le mandaron a casa.

No había acabado Cetego de abrir la segunda sesión del proceso contra Hibrida, cuando nueve tribunos de la plebe se personaron en el tribunal de Varrón Lúculo gritando que un magistrado había detenido a un miembro de la plebe contra su voluntad.

—¡Os requiero a que ejerzáis el ius auxilii ferendi! —gritó Hibrida, abriendo los brazos en gesto de imploración.

—¡Marco Terencio Varrón Lúculo, un miembro de la plebe nos requiere a que ejerzamos el ius auxilii ferendi! —dijo Manio Aquilio—. ¡Te notifico que vamos a ejercerlo!



—¡Esto es un ultraje inadmisible! —gritó Varrón Lúculo, poniéndose en pie de un salto—. ¡Os prohibo ejercer tal derecho! ¿Dónde está el décimo tribuno?

—En su casa en cama, muy enfermo —dijo Manio Aquilio con sorna—, pero puedes enviar a buscarle que no nos vetará.

—¡Transgredís la justicia! —chilló Cetego—. ¡Una ofensa! ¡Una vergüenza! ¡Un escándalo! ¿Cuánto os ha pagado Hibrida?

—¡Suelta a Cayo Antonio Hibrida o apesaremos a los que se opongan y los arrojaremos desde la roca Tarpeya! —gritó Manio Aquilio.

—¡Estáis entorpeciendo la justicia! —dijo Varrón Lúculo.

—No puede haber justicia en el tribunal de un magistrado, como bien sabes, Varrón Lúculo —replicó Quinto Curio—. ¡Un hombre no es un jurado! ¡Si quieres acusar a Cayo Antonio, hazlo ante un tribunal de lo criminal en que no es aplicable el *ius auxilii ferendi*!

César permanecía en pie sin moverse y no trató de hacer objeción alguna. Sus clientes, detrás de él, temblaban. Con rostro imperturbable, se volvió hacia ellos y les dijo:

—Yo soy un patricio, no un magistrado. Debemos dejar que el praetor peregrinus resuelva la situación. ¡No digáis nada!

—¡Muy bien, llevaos a vuestro miembro de la plebe! —dijo Varrón Lúculo, poniendo la mano en el brazo de Cetego para contenerle.

—Y como he ganado el proceso —dijo Cayo Antonio Hibrida en medio de los nueve agresivos tribunos de la plebe—, me corresponde la sponsio depositada por los queridos clientes griegos de César.

La alusión al amor griego era una afirmación infamante que instantáneamente hizo recordar a César la dolorosa acusación relativa a su relación con el rey Nicomedes. Sin dudarlo un segundo, cruzó entre los tribunos de la plebe y cogió a Hibrida por la garganta con las dos manos. Hibrida siempre se había creído un Hércules, pero no podía zafarse de aquellas manos ni repeler a su atacante, en quien no habría jamás imaginado tal fuerza. Tuvieron que quitarle a César de encima entre Varrón Lúculo y seis lictores, y algunos de los testigos se preguntaron después extrañados

por la pasividad de los nueve tribunos de la plebe que no habían movido un dedo por ayudar a Hibrida.

—¡Se sobresee el caso! —dijo a voz en grito Varrón Lúculo—. ¡Se acabó la vista! ¡Yo, Marco Terencio Varrón Lúculo, la declaro concluida! ¡Querellantes, recoged la sponsio! ¡Y todo hijo de vecino a su casa!

—¡La sponsio! ¡La sponsio es de Cayo Antonio! —gritó otra voz: la de Cayo Elio Estaeno.

—¡No es de Hibrida! —gritó Cetego—. ¡Ha sido sobreseído el caso por el praetor peregrinus a cuya jurisdicción pertenece! ¡La sponsio se devuelve a su dueño, esto no es una apuesta!

—¿Queréis llevaros a vuestro miembro de la plebe y salir de este tribunal? —dijo Varrón Lúculo, apretando los dientes, a los tribunos de la plebe—. ¡Fuera todos de aquí! ¡Y me permito deciros que no habéis hecho ningún bien a la causa del tribunado de la plebe con esta escandalosa transgresión de su propósito original! ¡Haré cuanto esté en mi mano para teneros callados para siempre!

Salieron los nueve con Hibrida y Estaeno detrás de ellos, lamentándose de la sponsio perdida, y el acusado tocándose la magullada garganta.

Mientras la multitud excitada se arremolinaba, Varrón Lúculo y César se miraron.

—Me habría encantado dejar que estrangulases a esa bestia, pero comprenderás que no podía —dijo Varrón Lúculo.

—Lo comprendo —dijo César, aún tembloroso—. ¡Demasiado me he dominado! No soy violento, pero no soporto que un excremento como Hibrida me llame desviado.

—Evidentemente —dijo Varrón Lúculo tajante, recordando lo que su hermano había dicho a propósito del tema.

César hizo también una pausa para pensar con cuál de los hermanos hablaba y pensó que Varrón Lúculo sabría a qué atenerse.

—¿Podéis creeros el descaró de ese gusano? —terció Cicerón, acercándose ahora que los ánimos ya se habían calmado—. ¡Reclamar la sponsio, por todos los dioses!

—Hace falta ser descarado —dijo César, señalando al mutilado y a su esposa.

—¡Repugnante! —exclamó Cicerón, sentándose en la escalinata del tribunal y enjugándose el rostro con el pañuelo.

—Bien —dijo César a Ifícrates, que permanecía inmóvil sin saber qué hacer—, al menos no has perdido los dos mil talentos. Y yo diría que si deseabas causar revuelo en Roma, lo has conseguido. Creo que el Senado tendrá más cuidado en el futuro con quién envía de gobernador a Macedonia. Vuelve a la hospedería y llévate a esos dos desgraciados. Lamento que sus conciudadanos tengan que seguir manteniéndolos, pero ya te previne.

—Yo sólo lamento una cosa —dijo Ifícrates, alejándose—. Que no hayamos podido castigar a Cayo Antonio Híbrida.

—No hemos conseguido arruinarle —replicó César—, pero tendrá que marcharse de Roma. Y pasará mucho tiempo para que ose asomar su cara por la ciudad.

—¿Crees que Híbrida ha sobornado realmente a nueve tribunos de la plebe? —inquirió Cicerón.

—¡De eso, cuando menos, estoy seguro! —espetó Cetego, todavía acalorado—. Aparte de Sicinio, a pesar de cuánto le detesto, los tribunos de la plebe de este año son una escoria.

—¿Y por qué habían de ser espléndidos? —dijo César, aún bajo los efectos de la cólera—. No hay gloria alguna en ostentar actualmente un cargo que no sirve para nada.

—Me pregunto cuánto habrá tenido que pagar Híbrida a esos nueve tribunos de la plebe —añadió Cicerón, sin dejar de pensar en su tesis.

—Unos cuarenta mil por cabeza —dijo Cetego, torciendo el gesto.

—¡Cetego, con qué seguridad lo dices! —comentó Varrón Lúculo, poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo lo sabes?

El rey de los pedarios del Senado contuvo su cólera; no era su estilo y, por otra parte, era comprensible la pregunta. Y comenzó a contestar, enarcando las cejas con el acostumbrado tonillo lento y pesado.

—Mi querido praetor peregrinus, yo conozco en todos sus detalles la codicia de los senadores, y podría decirte el precio en sestercios de todos los sobornables. En cuanto a esa escoria: cuarenta mil por cabeza.

Y eso era lo que Cayo Elio Estaeno había pagado, como estaba averiguando Hibrida; porque se había reservado nueve mil sestercios.

—¡Devuélvemelos! —dijo el torturador—. ¡Dame los sestercios, Estaeno, o te saco los ojos con mis propias manos! ¡Tus dos mil talentos me han costado ya trescientos sesenta mil sestercios!

—Ten en cuenta que fue idea mía recurrir al ius auxilii ferendi —replicó Estaeno sin amedrentarse—. Me quedo con los nueve mil. En cuanto a ti, da gracias a los dioses por no haber perdido toda tu fortuna.

El revuelo que suscitó la frustrada vista tardó un tiempo en calmarse y sus consecuencias duraron bastante. Una de ellas fue que aquel año el colegio de los tribunos de la plebe figuró en los anales de los cronistas políticos como uno de los más vergonzosos; otra, que Macedonia quedó en manos de gobernadores responsables, no por ello menos belicosos. Cneo Sicinio no volvió a hablar en el Foro de recuperar los plenos poderes del tribunado de la plebe, la fama de abogado de César subió como la espuma y Cayo Antonio Hibrida se ausentó de Roma y de todos los lugares romanos durante varios años. De hecho, emprendió viaje a la isla de Cefalonia en el mar Jónico, en donde era el único ser civilizado (si así podía llamársele), y halló varios antiguos enterramientos en túmulo llenos de tesoros: dagas con preciosas incrustaciones, máscaras de oro, jarras de cobre, copas de cristal y montones de alhajas, de muchísimo más valor que los dos mil talentos y suficientes para asegurarle el consulado cuando regresase aunque tuviese que comprar hasta el último voto.

Sólo un incidente más animó la vida de César al año siguiente, que pasó en Roma dedicado a la abogacía cada vez con mayor éxito. Había un tribuno de la plebe llamado Quinto Opimio, y el segundo cónsul, Cayo

Aurelio Cotta, era tío de César y había propuesto en el Senado que a los tribunos de la plebe se les autorizase a aspirar a cargos más altos. Arrastrada por la oratoria de Cayo Cotta e influida por el escándalo del año anterior, la cámara envió a la asamblea plebeya un *senatus consultum* solicitando que los tribunos de la plebe volvieran a ser autorizados a ser candidatos a magistraturas más altas, y la asamblea elevó complacida el decreto a rango de ley.

El que más enconadamente se opuso a ello fue Catulo, quien se enemistó por ello con Opimio; él había intervenido para que Opimio fuese gravemente multado por alzar su veto a la modificación de las leyes de Sila, cuando el año anterior Cayo Cotta presentó una cláusula para regular las rentas del *ager publicus* a falta de censores. Ahora, Opimio, alineado con Cayo Cotta, se dedicaba a amargar la vida a Catulo con sus intervenciones mezcla de ironía y arenga, lo que provocaba en César no pocas sonrisas.

Cicerón no estuvo aquel año en Roma. Elegido cuestor, le tocó en suerte Lilibeo en Sicilia occidental y allí sirvió a las órdenes del gobernador Sexto Peduceo. Como, en virtud de su cargo, era miembro del Senado, no lamentó marchar de Roma (aunque a él le habría gustado un destino en Italia, y maldijo su mala suerte) y se entregó con entusiasmo a su trabajo, fundamentalmente relacionado con el abastecimiento de trigo. Fue un mal año, pero los cónsules habían previsto eficazmente la carestía adquiriendo grandes cantidades de grano de reserva en Sicilia para venderlo a precio bajo en Roma, aprobando una *lex frumentaria*.

Como a casi todos los letrados, a Cicerón le encantaba escribir y recibir cartas y ya antes de aquel año, en que cumplía treinta y uno, mantenía copiosa correspondencia; pero fue durante esta época en Sicilia cuando más abundaría su actividad epistolar, merced a un constante intercambio de cartas con el erudito plutócrata Tito Pomponio Atico. Gracias a Atico, la soledad de aquellos meses sin fin en Lilibeo tuvo su compensación por el aluvión de informaciones y cotilleos de cuanto sucedía en Roma.

Decía Atico en una misiva cursada hacia el final de la estancia de Cicerón en Sicilia:

*Los previstos disturbios por la carestía no se han producido, gracias a que Roma ha sido afortunada con sus cónsules. Hablé con Marco, el hermano de Cayo Cotta, que es cónsul electo para el próximo año. Le pregunté por qué en esta nación de hombres inteligentes la gente sigue viéndose obligada de vez en cuando a subsistir a base de mijo y nabos. Ya va siendo hora, dije, de que Roma imponga tasas a los productores de Sicilia y de otras provincias y les obligue a vender al Estado en vez de ajustarse a los precios más altos que imponen los comerciantes, pues eso casi siempre significa que el trigo sigue en silos en Sicilia, cuando debería estarse repartiendo entre la gente humilde. Yo desapruuebo ese almacenamiento con ánimo de lucro cuando afecta al bienestar de una nación llena de hombres inteligentes. Marco Cotta me escuchó con suma atención y me prometió hacer algo al año siguiente. Como yo no poseo acciones del mercado triguero, puedo permitirme ser patriota y altruista. Y no te rías más, Marco Tulio.*

*Quinto Hortensio, nuestro más engreído edil plebeyo de la última generación, ha organizado excelentes juegos. Además de una distribución gratuita de trigo al populacho. ¡Se propone ser cónsul este año! Naturalmente, tu ausencia le ha servido para destacar en los tribunales, pero el joven César siempre le anda a la zaga y muchas veces le arrebató los laureles. A él le sienta muy mal, y el otro día se le oyó decir que ojalá también César se fuera de Roma. Pero estas tonterías de Hortensio no son nada comparadas con el festín que dio con ocasión de su nombramiento como augur (¡sí, por fin lo ha conseguido!). Dio pavo asado. Has leído bien: pavo asado. Las aves (seis en total) habían sido asadas y trinchadas bajo la nariz del eunuco y los cocineros habían colocado las plumas encima y lo sirvieron en fuentes de oro con todo lujo de plumaje, con las colas abiertas y las crestas erguidas. Causó sensación, y otros gastrónomos como Cetego, Filipo y Lúculo, el primer cónsul electo, estaban apabullados. Sin embargo, querido Marco, la degustación de las aves fue decepcionante. Una bota vieja del ejército habría sido más sabrosa ¡y más blanda!*

*La muerte de Apio Claudio Pulcro en Macedonia el año pasado ha creado una cómica situación. Esa familia nunca tiene suerte, ¿no es cierto? Primero, el sobrino Filipo, siendo censor, arrebató a Apio Claudio todo cuanto tiene; luego, Apio Claudio no supo comprar a más y mejor durante las proscripciones; después, se pone enfermo y no puede asumir su cargo de gobernador; más tarde, hace de tripas corazón y marcha a la provincia y le va muy bien en el aspecto militar y, finalmente, expira sin haber podido rehacer su fortuna.*

*De los seis hijos que ha dejado no hace falta que hablemos. ¡Horroroso! Sobre todo los más pequeños. Pero el mayor, Apio Claudio, ha resultado muy listo y emprendedor. En cuanto el padre se descuidó dio la hermana mayor, Claudia, a Quinto Marcio Rex, a pesar de que no tenía dote. Yo creo que Rex pagó una barbaridad por ella. Como todos los Claudios Pulcros la muchacha es preciosa y eso contribuyó enormemente. Es de esperar que Rex lo pase bien como marido, pues ella es la única bien predispuesta sensualmente de las tres hermanas.*

*Los tres chicos son un problema, no es ningún secreto; y la adopción queda descartada. El más pequeño (que dice llamarse Publio Clodio) es tan repugnante y violento que nadie querría adoptarle. Cayo Claudio, el mediano, es un zoquete. Tampoco le adoptará nadie. Y ahí está el joven Apio Claudio, de veinte años, obligado a buscarse su propia carrera para el Senado y la carrera de sus dos hermanos. La cantidad con que haya contribuido Quinto Marcio Rex no será más que una gota de agua en el balde vacío de Claudio Pulcro.*

*De todos modos, le ha ido extraordinariamente bien, querido Marco Tulio. Sabiendo que ningún tata con un poco de sentido común le adoptaría, se buscó una novia rica y cortejó —¿imaginas a quién?— nada menos que a esa solterona tan horrenda, ¡Servilia Cnea! Ya sabes a quién me refiero: la que fue alquilada, podría decirse, por Escauro y Mamerco para que viviera con los seis huérfanos de Druso. Una mujer que no tenía dote, y con la madre más temible de Roma. Porcia Liciniana. Pero parece que Escauro y Mamerco dotaron a Cnea con doscientos talentos a pagar cuando los huérfanos de Druso fuesen mayores. ¡Vaya si son mayores!*

*Marco Porcio Catón, el más pequeño, tiene ya dieciocho y vive en la casa de su padre y se ha declarado independiente.*

*Pero eso no es todo, Marco. Lo mejor es que Apio Claudio ha casado a la hermana más pequeña, Clodilla, nada menos que con ¡Lúculo! De quince años escasos, dice él, también Lúculo. Yo le echaba catorce, pero quizá me equivoque. ¡Vaya partido! Gracias a Sila, Lúculo es inmensamente rico y, además, es gestor de la fortuna de los mellizos Celestes. No, no es que insinúe que nuestro recto y franco Lúculo estafe a Fausto y Fausta, pero ¿quién le impide que se embolse los intereses?*

*Así, gracias a la asombrosa energía y maestría de este joven de veinte años, la fortuna de la familia Apio Claudio Pulcro ha mejorado a ojos vistas. Toda Roma ríe, pero de sincera admiración. ¡No hay que perder de vista a este Apio Claudio! Publio Clodio de catorce —luego Clodilla tiene quince— es ya una amenaza y su hermano mayor no hará nada por meterle en vereda. Es muy bien parecido y precoz, tremendo con las chicas y capaz de cualquier barbaridad. No obstante, creo que está muy bien dotado intelectualmente, así que tal vez siente la cabeza con el tiempo y se convierta en un modélico patricio romano.*

*¿Y qué más tengo que contarte? Ah, sí. El famoso juego de palabras de Cneo Sicinio sobre Marco Craso —no habrás olvidado lo del heno en los dos cuernos de Craso— es aún más ingenioso de lo que pensábamos. Se ha sabido que Sicinio está muy endeudado desde hace años con Craso, por lo que existe aún otro matiz. Faenum es «henos» y faenerator «prestamista». ¡El heno que lleva Craso en los cuernos es dinero! Se ha sabido ese matiz porque Sicinio está arruinado y no puede pagar a Craso. No sabía yo que Craso prestaba dinero, pero tiene las manos limpias, lamentablemente. Sólo presta a senadores y sin intereses. Es el modo de hacerse con una clientela senatorial. Yo creo que habrá que estar atentos con el amigo Craso. ¡No le pidas dinero prestado, Marco! Es una gran tentación que lo preste sin intereses, pero puede reclamártelo cuando le parezca y para que se lo devuelvas en seguida. Y si no le pagas estás arruinado. Y los censores (si los tuviéramos) nada pueden hacer porque no cobra intereses. Quod*



*erat demonstrandum: no se le puede llamar usurero. Simplemente es un buen chico que se desvive por ayudar a sus amigos senadores.*

*Y creo que eso es todo. Terencia está bien, igual que la pequeña Tulia. ¡Qué niña más preciosa es tu hija! Tu hermano sigue como siempre. ¡Cómo me gustaría que supiese llevarse mejor con mi hermana! Aunque creo que tú y yo ya lo hemos dado por perdido. Pomponia es una arpía y Quinto es un auténtico caballero rural. Quiero decir que es terco, frugal y orgulloso, y quiere ser quien manda en casa.*

*Cuidate. Volveré a escribirte antes de marcharme de Roma de vuelta a Epiro para ver mi próspera granja de ganado vacuno. Es demasiado húmedo para ovejas, desde luego; se les pudren las patas. Pero todo el mundo se dedica a producir lana, como si en el mundo no se gastara piel de ternera. La inversión de ganado vacuno se aprecia poco.*

A final de sextilis, César recibió un mensaje urgente de Bitinia. El rey Nicomedes moría y reclamaba su presencia. Era exactamente lo que necesitaba César; en Roma cada día hacía más calor y los juicios eran insoportables. Y aunque no era una buena noticia, era un acontecimiento esperado. Un día después de haber leído la nota de Oradaltis, ya había hecho el equipaje y estaba listo para partir.

Le acompañaría Burgundus, como siempre, y no podía ir sin Demetrio el depilador ni el espartano Bradisas, que le hacía las coronas cívicas con hojas de roble. De hecho, en esta ocasión, César viajaba con más séquito que antaño; aumentaba su importancia y se veía en la necesidad de llevar secretario, escribas, varios criados y una pequeña escolta de sus libertos. Así, partió hacia Oriente acompañado por veinte personas, un séquito costoso. Tenía veinticinco años y llevaba ya cinco en el Senado.

—Pero no creáis —dijo Burgundus a los nuevos— que vais a viajar tranquilamente. ¡Cuando Cayo Julio viaja es que viaja de verdad!

Nicomedes aún vivía cuando César llegó a Bitinia; pero la enfermedad era irreversible.

—No es otra cosa que la edad que tiene —dijo la reina Oradaltis, llorando—. ¡Cómo voy a echarle de menos! Soy su esposa desde que tenía quince años. ¡Cómo voy a arreglármelas sin él?

—Lo haréis porque no os queda más remedio —dijo César, enjugándole las lágrimas—. Veo que el perro Sila se conserva bastante ágil; él os hará compañía. Por lo que me decís, Nicomedes agradecerá la muerte. A mi me aterra la idea de seguir viviendo sin poderme valer.

—Hace diez días que se encamó —dijo Oradaltis, mientras cruzaban un pasillo de mármol— y los médicos dicen que puede morir en cualquier momento... hoy, mañana, el mes que viene... No se sabe.

Al clavar la vista en la figura consumida que yacía en el gran lecho labrado, César no pensó que pasara de aquel día. No le quedaban más que piel y huesos y su fisonomía era irreconocible; estaba seco y arrugado como una pasa. Pero al llamarle César por su nombre, abrió inmediatamente los ojos, estiró los brazos y sonrió entre lágrimas.

—¡Has venido! —exclamó con voz sorprendentemente fuerte.

—¿Cómo no iba a venir? —replicó César, sentándose en el borde de la cama para estrechar con afecto aquellas dos esqueléticas garras—. Me habéis pedido que venga y aquí estoy.

Con la presencia de César, que le trasladaba del lecho a la camilla y de ésta a un sillón para que le diera el aire y el sol, Nicomedes recobró ánimo, aunque andar ya no podía y a veces se quedaba dormido en medio de una frase para despertarse poco después sin recordar lo que había estado diciendo. Ya no podía comer alimentos sólidos y se mantenía a base de vasos de leche de cabra mezclada con vino y miel, derramando más de lo que atinaba a tomar. Es curioso, pensó el delicado y limpiísimo César, que cuando esto sucede con un ser querido se reacciona distinto. No me repugna y no me apresuro a llamar a un criado para que le limpie; me causa placer cuidarle y vaciaría su orinal sin que me diera asco.

—¿Has sabido algo de tu hija? —inquirió César uno de los días en que le vio mejor dispuesto.

—Indirectamente; pero parece que sigue viva y bien en Cabeira.

—¿Y no podrías negociar con Mitrídates que la dejase volver?

—A costa del reino; lo sabes bien, César.  
—Pero si ella no regresa no hay heredero.  
—Bitinia tiene un heredero aquí —replicó Nicomedes.  
—¿En Nicomedia? ¿Quién?  
—He pensado en dejarte mi reino.  
—¿A mí?  
—Sí, a ti. Para que seas rey.  
—No, mi querido amigo; eso no es posible.  
—Serás un gran rey, César. ¿No te gustaría gobernar en tus propias tierras?  
—Mi tierra es Roma, Nicomedes, y, como todos los romanos, me han criado para que crea en la república.  
—¿No hay manera de tentarte? —inquirió el rey, temblándole el labio inferior.  
—No.  
—Bitinia necesita a alguien joven y muy fuerte, César. El único que se me ocurre eres tú.  
—Está la propia Roma.  
—Y los romanos como Cayo Verres.  
—Es cierto. Pero también hay romanos como yo. La única solución es Roma, Nicomedes. Si no quieres que Ponto usurpe el trono.  
—¡Antes que eso, cualquier cosa!  
—Pues deja Bitinia a Roma.  
—¿Puedes redactar un testamento legal al estilo romano?  
—Sí.  
—Pues hazlo, César. Dejaré mi reino a Roma.

A mediados de diciembre moría el rey Nicomedes III de Bitinia, asiendo una mano de César y otra de su esposa sin despertar del sueño de despedida.

El testamento había sido enviado con tanta anticipación a Roma, que César recibió comunicado del Senado antes de que expirase el anciano de ochenta y cinco años, diciendo que había sido notificado el gobernador de

la provincia de Asia, Marco Junio Junco, quien se pondría en camino hacia Bitinia para anexionarla a la provincia de Asia en cuanto muriese el rey. Como César pensaba quedarse hasta ese momento, sería él quien informase a Junco del fallecimiento.

Era decepcionante que el primer gobernador de Bitinia no fuese un hombre amable y comprensivo.

—Quiero que se inventarían todos los tesoros y obras de arte del reino —dijo César a la reina viuda—, además del monto de las arcas reales, las flotas y los contingentes del ejército con todas las corazas, espadas, lanzas, piezas de artillería y máquinas de asedio.

—Se hará; pero ¿por qué lo pides? —inquirió Oradaltis.

—Para saber si el gobernador de la provincia de Asia se enriquece apropiándose de una sola lanza o de un solo dracma —contestó César—. ¡En cuyo caso, yo mismo le pondría pleito en Roma y haría que le declarasen culpable! Mientras lo inventaríais todo, seis importantes romanos de los que viven en el país actuarán de testigos, así el documento constituirá una prueba irrefutable que no podrá ignorar ningún jurado senatorial.

—¡Ay! ¿Y no correré peligro?

—Vuestra persona, no. De todos modos, si podéis trasladaros a una casa privada, preferiblemente fuera de Nicomedia, en Calcedonia o Prusa, viviréis tranquila y en paz el resto de vuestros días.

—Detestas mucho a Marco Junio Junco.

—Le detesto mucho.

—¿Es un Cayo Verres?

—No creo, Oradaltis. Simplemente un codicioso. Sabiéndose el representante romano más importante de la región, me imagino que se dispondrá a robar todo aquello de lo que crea que Roma no va a pedirle cuentas; pero me da la impresión de que no van a coincidir vuestra lista y la de él. ¡Entonces le tendremos en nuestras manos!

—¿Y no sospechará que existe un inventario?

—¡Él no! —contestó César, echándose a reír—. Se supone que los reinos orientales no practican tal precisión. La precisión es romana. Desde

luego, al saber que estoy yo, pensará que yo he sido el primero en expoliar el país, y ni se le ocurrirá que nos hemos puesto de acuerdo para atraparlo.

A finales de diciembre el inventario estaba hecho. La reina cambió de residencia y se marchó al pueblecito pesquero de Rheba, en la orilla euxina del extremo del Bósforo. Allí tenía Nicomedes una villa que la reina consideró ideal para vivir retirada.

—Cuando Junco quiera confiscaros la villa, le mostráis una copia de la escritura de propiedad y le decís que el original está en poder de vuestros banqueros. ¿Dónde tendréis el dinero?

—He pensado en Bizancio, que es lo que tengo más cerca.

—¡Estupendo! Bizancio no es de Bitinia y Junco no podrá examinar vuestras cuentas... ni echar mano a vuestros fondos. Le diréis, igualmente, que lo que hay en la villa es vuestro y que procede de vuestra dote. Así no podrá arrebatáros nada. Por lo tanto, no incluyáis en el inventario nada de lo que os llevéis; si alguien tiene derecho a apropiarse de algo, la reina mejor que nadie.

—Bueno, he de pensar también en Nisa —dijo la anciana, entristecida—. ¿Quién sabe? Quizá pueda verla regresar antes de morir.

Llegó noticia de que Junco se había embarcado rumbo al Helesponto y que llegaría a Nicomedia al cabo de unos días, pues pensaba hacer escala en Prusa para una inspección. César trasladó a la reina a la villa, se aseguró de que se detraía lo suficiente del erario para asegurarle una renta adecuada, entregó los fondos de Oradaltis y el inventario a los banqueros de Bizancio y hacia allí se dirigió en barco con su séquito de veinte personas. Navegaría en paralelo a las costas tracias del Proponto hasta el Helesponto y así evitaría encontrarse con Marco Junio Junco, gobernador de la provincia de Asia, y gobernador ya de Bitinia.

No pensaba regresar a Roma, sino dirigirse a Rodas para estudiar con Apolonio Molon durante un año o dos. Cicerón le había convencido de que ello le serviría para pulir su oratoria, a pesar de lo buena que ya era. El no echaba de menos Roma como le sucedía a Cicerón, y tampoco echaba de menos a su familia. Por muy agradable y tranquilizador que fuese tener familia, era obligación de su esposa, hija y su madre esperar su regreso, y

allí estarían cuando volviese. No se le ocurrió pensar que la muerte podría arrebatárle durante su ausencia un miembro o dos de esa familia.

Iba percatándose de lo costoso que estaba resultando el viaje, y se había negado a recibir dinero de Nicomedes y Oradaltis; sólo había pedido un recuerdo, y le habían regalado una auténtica esmeralda escita, bien distinta a las piedras más pálidas y turbias del Sinus Arabicus: un cabujón convexo del tamaño de un huevo de gallina con la efigie de los reyes de Bitinia grabada en él. No lo vendería por mucho que le dieran ni por mucha necesidad que tuviese. En cualquier caso, César nunca se preocupaba por el dinero. De momento, tenía bastante y estaba seguro de que el futuro proveería por sí solo, una actitud que sacaba de quicio a su previsor madre. Pero un séquito de veinte personas y el alquiler de navíos multiplicaban por diez los gastos comparados con sus primeros viajes.

En Esmirna volvió a estar unos días con Rutilio Rufo, y se deleitó escuchando contar al anciano anécdotas de Cicerón, que le había visitado cuando regresaba de Rodas a Roma.

—¡Un individuo sorprendente! —dijo Rutilio Rufo—. Verás como no será feliz en Roma a pesar de que la adora. Yo diría que es la sal de la tierra... un hombre decente, afectuoso y anticuado.

—Te entiendo —dijo César—. Lo que sucede, tío Publio, es que es una inteligencia excepcional y un gran ambicioso.

—Como Cayo Mario.

—No, como Cayo Mario no —replicó César.

En Mileto se enteró de cómo Verres había robado los tapices y alfombras y aconsejó al etnarca que plantease un pleito al Senado de Roma.

—Aunque —añadió, cuando ya se disponía a emprender viaje a Halicarnaso— suerte habéis tenido de que no os haya robado las obras de arte y saqueado los templos, que es lo que hizo en otros sitios.

El barco que había alquilado en Bizancio era una galera mercante de cuarenta remos, bastante limpia, con una popa alta en la parte de las dos palas del timón y con camarote para él en el centro. Entre el camarote y la

popa, acomodaron a las treinta mulas y caballos, incluido el caballo niseano y su querido Pezuñas. Como nunca hacían una singladura superior a cincuenta millas, en los puertos se organizaba un pequeño barullo al desembarcar y volver a embarcar los animales.

Mileto no era muy distinto de Esmirna, Pitano y otra media docena de puertos que habían tocado anteriormente; todos los que habitaban cerca del puerto sabían que el barco lo había alquilado un senador romano y mostraban gran interés. ¡Ahí estaba! ¡Un hombre joven y guapo con su blanca toga, que caminaba cual si fuese el dueño del mundo! Y, al fin de cuentas, ¿no era cierto? Era un senador romano. Naturalmente, hasta el más humilde de sus criados aportaba datos y los haraganes habituales del puerto de Mileto supieron que era aristócrata, hombre de gran inteligencia y el responsable de que el rey Nicomedes de Bitinia hubiese dejado su reino en herencia a Roma. No era de extrañar que César se alegrase cuando alzaron la pasarela, el barco levó anclas y reemprendió la navegación.

Pero hacia un hermoso día y la mar estaba en calma, soplaban un viento favorable que hinchaba la vela y ahorra el esfuerzo de los remeros, y el capitán le aseguró que estarían en Halicarnaso al día siguiente.

A unas siete u ocho millas, junto a la costa, asomaba un farallón; el barco de César pasó plácidamente entre él y una isla.

—Farmacusa —dijo el capitán señalando hacia ella.

Navegaban rozando la isla, en la que se veía Iassus a lo lejos, en el interior, siguiendo un rumbo que les permitiese evitar la siguiente península de la accidentada costa. Farmacusa era una islita en forma de senos desproporcionados, de los cuales el situado más al sur era el mayor.

—¿Y ahí vive alguien? —inquirió César.

—Ni un pastor con sus cabras.

Estaban a punto de dejar atrás la isla, cuando una esbelta galera de guerra salió de detrás del seno más grande a gran velocidad, dispuesta a interceptar al navío de César.

—¡Piratas! —chilló el capitán, lívido.

César, que había vuelto la cabeza para ver la estela de la nave, asintió con la cabeza.

—Sí, y por detrás viene otra galera. ¿Cuántos hombres tendrá la que nos intercepta? —inquirió.

—¿Combatientes? Cien por lo menos, y armados hasta los dientes. la de atrás?

El capitán estiró el cuello.

—Esa es mayor. Tal vez ciento cincuenta.

—Entonces, no aconsejas que resistamos.

—¡Por los dioses, senador, no! —respondió el hombre—. Nos matarían en un abrir y cerrar de ojos. Esperemos que busquen rescate, porque por la estela saben que no llevamos mercancías.

—¿Quieres decir que saben que a bordo va alguien por quien obtendrán un buen rescate?

—Ellos lo saben todo, senador. Tienen espías en todos los puertos del Egeo. Me imagino que ayer mismo saldrían a remo los espías de Mileto para darles la descripción del barco, diciéndoles que en él viajaba un senador romano.

—¿Es que los piratas tienen su base en Farmacusa?

—No, senador. Si así fuera, resultaría fácil para Mileto y Priena limpiarla. Habrán estado escondidos ahí unos días al acecho de algún barco, porque basta con unos días para que aparezca algo interesante. Es una mala suerte, ya que al ser invierno y época en que suele haber temporales, no esperaba tropezarme con piratas. ¡ Pero, desgraciadamente, el tiempo ha sido inmejorable!

—¿Y qué nos harán?

—Llevarnos a su guarida y esperar el rescate.

—¿Y dónde pueden tenerla?

—Probablemente en Licia, entre Patara y Mira.

—Muy lejos de aquí.

—A varios días de navegación.

—¿Y por qué tan lejos?

—Allí están a salvo. ¡Es un nido de piratas! La costa está llena de centenares de calas y vallecillos. Es una región en la que hay por lo menos treinta guaridas de piratas.



César permanecía imperturbable, pese a que las dos galeras ya daban alcance a la suya; se podía ver a los hombres armados en las bordas y se oían sus gritos.

—¿Y si regreso con una flota una vez rescatado y acabo con todos ellos?

—No encontraréis su escondite, senador. Hay centenares de ensenadas y todas parecen iguales. Es como el laberinto de Cnosos de la antigüedad, sólo que lineal en vez de cuadrado.

César llamó a su criado y le pidió tranquilamente la toga; cuando el hombre, aterrado, regresó con la prenda blanca cargada en un brazo, le ordenó sin inmutarse que procediese a hacerle los pliegues.

—¿Luchamos, César? —dijo Burgundus, acercándose en aquel momento.

—No, claro que no. Una cosa es luchar aun cuando la posibilidad de victoria es remota, pero no cuando enfrentarse al enemigo es suicida. Tranquilo, Burgundus. ¿Entendido?

—Entiendo.

—Pues díselo a todos; no quiero héroes temerarios. Así que no podré encontrar la ensenada ¿eh? —inquirió, volviéndose hacia el capitán.

—Jamás, senador, creedme. Muchos lo han intentado.

—En Roma estábamos convencidos de que Publio Servilio Vatia había acabado con los piratas al someter a los isáuricos. Hasta adoptó el sobrenombre de Vatia Isáurico por lo magnífico de su campaña.

—Los piratas son como insectos, César. Se les ahuyenta con el humo, sí, pero en cuanto el aire se aclara, vuelven.

—Ya. Entonces, cuando Vatia se denominó Vatia Isáurico, y acabó con el reinado de Cenictes, jefe de los piratas, lo único que hizo fue eliminar la espuma superficial. ¿No es así, capitán?

—Sí y no. El rey Cenictes no era más que un caudillo pirata. En cuanto a los isáuricos —añadió el hombre, encogiéndose de hombros— ninguno de los que surcamos esas aguas ha entendido nunca por qué un gran general romano emprendió guerra contra una tribu isleña de salvajes pisidios pensando en que asestaba un duro golpe a la piratería. Quizás algunos

nietos de los isáuricos se hayan unido a los piratas, pero los isáuricos se hallan demasiado lejos del mar para atribuirles actos de piratería.

Las dos galeras de guerra les habían abordado y los piratas ya comenzaban a saltar a bordo.

—¡Ah! Ahí llega el jefe —dijo César sin perder la calma.

Un hombre joven y alto vestido con túnica púrpura de Tiro, profusamente bordada en oro, se abrió paso entre la horda y comenzó a subir la escalinata de popa. No iba armado ni tenía aspecto marcial.

—Buenos días —dijo César.

—¿Me equivoco o eres el senador romano Cayo Julio César, ganador de la corona cívica?

—No, no te equivocas.

Los ojos verde claro del jefe de los piratas se estrecharon y se llevó la cuidada mano a su cabello rubio rizado.

—Estás muy sosegado, senador —dijo el pirata, en un griego que traicionaba su procedencia de alguna de las islas espóradas.

—No veo por qué no habría de estarlo —replicó César, enarcando las cejas—. Supongo que permitirás que pague rescate por mí y los míos, y no veo que haya de temer.

—Cierto, pero eso no obsta para que mis cautivos se caguen de miedo.

—¡Yo no!

—Claro, eres un héroe.

—Y ahora que sucede... ¿cómo has dicho que te llamas?

—Polígono —dijo el pirata, volviéndose hacia sus hombres, que habían separado en dos grupos a la tripulación y al séquito de César.

Igual que su jefe, el resto de los piratas eran un cromo; los había con peluca, otros se notaba que se rizaban el pelo, otros iban pintados como ramera, aunque algunos estaban muy bien rasurados y tenían aspecto masculino, y todos vestían muy bien.

—¿Qué sucede ahora? —repitió César.

—La tripulación pasa a bordo de mi barco, mis propios hombres se pondrán a los remos de éste y nos alejaremos rumbo sur lo más rápido posible, senador. Al caer el sol habremos dejado Cnido atrás, pero

seguiremos navegando. Dentro de tres días estarás sano y salvo en mi casa, en donde serás huésped mío hasta que se pague el rescate.

—¿Y no sería más fácil que partiesen en un navío ligero parte de mis criados y fuesen a Mileto, que es una ciudad rica, en donde no les sería difícil reunir el rescate? ¿A cuánto asciende, por cierto?

El jefe pirata hizo caso omiso de la segunda pregunta y meneó enérgicamente la cabeza.

—No, ya cobramos el último rescate de Mileto. Los cobros se distribuyen, porque a veces los cautivos tardan en pagar, y ahora les toca a Xantos y a Patara en Licia. Así que dejaremos que tus sirvientes se marchen cuando lleguemos a Patara. En cuanto a la suma —añadió Polígono, meneando la cabeza y haciendo flotar sus rizos—, será de veinte talentos de plata.

—¿Veinte talentos de plata? —exclamó César, ofendido, dando un paso atrás—. ¿Es eso cuanto valgo?

—Es la tarifa actual de los senadores, según lo acordado por todos los piratas. Eres demasiado joven para ser magistrado.

—¡Soy Cayo Julio César! —replicó altanero el cautivo—. Ya se nota que no sabes nada. No sólo soy patricio, sino un Juliano. ¿Y qué significa ser un Juliano, dirás? Significa que desciendo de la diosa Afrodita a través de su hijo Eneas. Soy de familia consular y seré cónsul cuando tenga la edad precisa. ¡No soy un simple senador! Poseo una corona cívica, hablo en la Cámara, me siento en las gradas del medio, y cuando entro en el Senado, todos —incluidos los consulares y los censores— tienen que ponerse en pie y aplaudirme. ¿Veinte talentos de plata? ¡Yo valgo cincuenta talentos!

Polígono escuchaba fascinado. Sí que era un cautivo excepcional. ¡Aquellas cosas no las decía nadie! ¡Tan seguro de sí mismo, tan impávido, tan arrogante! Y había algo en aquel rostro bien parecido que al pirata le gustaba... ¿Sería el centelleo de la mirada? ¿No se estaría aquel Cayo Julio César burlando de él? Pero ¿por qué se iba a burlar de un modo en virtud del cual iba a pagar más del doble de lo que él pedía? No, tenía que hablar en serio. No obstante... ¡Sí era aquel brillo en la mirada!

—De acuerdo, vuestra majestad, cincuenta talentos de plata —dijo Polígono, también con ojos chispeantes.

—Eso está mejor —dijo César, volviéndole la espalda.

Tres días más tarde —sin haber encontrado ninguna flota de Rodas o de otra ciudad que patrullase las aguas— la servidumbre de César fue llevada a tierra enfrente de Patara. Polígono había transbordado a su galera y César no había vuelto a verle, pero sí que apareció para vigilar la maniobra del traslado de los criados del romano a un navío ligero.

—Si quieres puedes quedarte con todos menos uno —dijo el jefe pirata—. Basta con uno para recoger el rescate.

—No para un hombre de mi rango —replicó César ásperamente—. Me quedaré con tres: mi criado personal Demetrio y dos escribas. Si tengo que esperar mucho, necesitaré quien copie mis poemas. O quizás escriba una comedia. ¡Una comedia! Si, tengo mucho material para una comedia. O tal vez una farsa.

—¿Quién irá al frente de tu séquito?

—Mi liberto Cayo Julio Burgundus.

—¿El gigante? ¡Qué hombre! De esclavo valdría una fortuna.

—En su día la valió. Tendrá que llevar su caballo niseano —prosiguió César en tono exigente—, y los otros también necesitan sus monturas. Insisto en que tienen que mantener mi rango.

—Insiste en lo que quieras, majestad, pero los caballos son buenos y me los quedo.

—¡Ni hablar! —espetó César—. Vas a cobrar cincuenta talentos de rescate, así que puedes darles los caballos. Yo me reservo a Pezuñas... ¿Tenéis calles empedradas? Dedos no está calzado y no puede andar por vías con firme.

—¡Eres el colmo! —exclamó Polígono pasmado.

—Desembarca los caballos, Polígono —añadió César.

Los caballos fueron desembarcados. Burgundus estaba muy malhumorado por tener que dejar a César tan mal servido en manos de

aquellos villanos, pero no le quedaba más remedio. Su cometido era reunir el rescate.

A continuación, siguieron navegando hacia Licia oriental a lo largo de una costa deshabitada. No se veían casas, caminos ni pueblos pesqueros, y el único paisaje eran los imponentes montes Solimes, coronados de nieve, que descendían hasta el mar. Llegaron de pronto a las escondidas calas sin haber adivinado su presencia, pues eran reducidas quebradas en las laderas, pequeñas franjas de arena amarillo-rojiza al pie de acantilados amarillo-rojizos. ¡ Pero no se veía el menor signo de guaridas de piratas! César permaneció inmóvil en la popa desde el momento en que el barco dejó atrás el río en que estaban Patara y Xantos, mirando la costa atentamente hora tras hora.

Al caer el sol, las dos galeras y el navío mercante se acercaron a la orilla hacia una de aquellas radas tan iguales y vararon en ella. Sólo cuando hubo saltado a tierra, vio lo que era imposible ver desde la mar: el acantilado de la cala era doble y el espolón del primero ocultaba al segundo, al pie del cual había una extensión de tierra. ¡La guarida de los piratas!

—Estamos en invierno, y los cincuenta talentos que vamos a cobrar por tu rescate nos permitirán darnos unas buenas vacaciones en vez de salir a navegar durante los temporales de principios de primavera —dijo Polígono, aproximándose a César en el momento en que cruzaba el desfiladero entre los dos acantilados.

Sus hombres estaban ya fijando rodillos a las proas de las galeras y el mercante, y César y Polígono observaron cómo sacaban los navíos de la arena, los hacían cruzar el desfiladero y los colocaban sobre unos puntales dentro del valle oculto.

—¿Siempre hacéis esta operación? —inquirió César.

—No, si vamos a zarpar de nuevo. Pero no suele hacerse. Siempre que vamos en busca de presa nunca volvemos a casa.

—¡Está muy bien el escondrijo! —exclamó César en tono de admiración.

La cuenca de tierra tendría unos dos kilómetros de largo y uno de ancho y era de forma ovalada. En el extremo más alejado había una cascada que

formaba un estanque del que partía un riachuelo que se deslizaba serpenteando hasta la cala sin que se viera desde el mar. Los piratas (o la madre Tierra) habían excavado un pequeño canal de desagüe al pie del acantilado.

Una ciudad bien construida y distribuida llenaba la mayor parte de la extensión de tierra. Casas de piedra de cuatro pisos se alineaban en calles de grava, y había varios silos y almacenes grandes, también de piedra, enfrente del lugar en que estaban situados los barcos, además de una plaza de mercado con templo, que era el centro de la vida pública.

—¿Cuántos habitáis aquí? —inquirió César.

—Incluidas esposas, queridas y niños, y los amantes de algunos hombres, unos... mil, y quinientos más. Y están los esclavos.

—¿Cuántos esclavos?

—Unos dos mil. Nosotros no damos golpe —dijo ufano Polígono.

—Me sorprende que no se subleven en ausencia de los hombres. ¿O es que las mujeres y los amantes de los hombres son temibles guerreros?

El jefe pirata se echó a reír con desdén.

—¡No somos tontos, senador! Todos los esclavos están encadenados. Y como no pueden escapar, ¿para que van a rebelarse?

—A mí eso no me disuadiría —comentó César.

—Te apresáramos cuando regresásemos. No hay barcos para huir.

—Quizá sería yo quien os apresase cuando regresaseis.

—Pues me alegro de que estemos todos aquí hasta que llegue tu rescate, senador. No levantarás pasiones.

—¡Oh! —exclamó César con gesto de decepción—. ¿Quieres decir que tengo que entregarte cincuenta talentos sin siquiera tener a cambio una pequeña diversión femenina mientras espero? No me van los hombres pero soy bastante famoso con las mujeres.

—Seguro que sí, si es lo que te gusta —replicó Polígono, conteniendo la risa—. ¡No te preocupes, mujeres no nos faltan!

—¿Tenéis biblioteca en este dulce remanso?

—Hay algunos libros, pero no somos intelectuales.

Llegaron ante un gran edificio.

—Ésta es mi casa. Te alojarás aquí, pues será mejor tenerte a la vista, aunque dispondrás de tus propios aposentos, desde luego.

—Agradecería mucho un baño.

—Como tengo todas las comodidades del palatino, tendrás un baño, senador.

—Prefiero que me llames César.

—Bien, César.

Los aposentos eran suficientes para alojar a Demetrio y a los escribas, y César no tardó en deleitarse en un baño con la temperatura exacta, un poco por encima de tibio.

—Demetrio, tendrás que afeitarme y depilarme los días que estemos aquí —dijo César, peinándose hacia abajo las suaves ondas de su pelo rubio y dejando el espejo de oro con incrustación de piedras preciosas—. Hay una fortuna en esta casa.

—No hacen más que robar fortunas —añadió Demetrio.

—Y esos edificios deben estar repletos con el botín, porque no están todos habitados.

Tras lo cual salió a reunirse con Polígono en el comedor. La comida era variada y excelente y el vino excepcional.

—Tienes buen cocinero —comentó César.

—Ya veo que eres parco comiendo y que no bebes vino —dijo Polígono.

—No soy apasionado en nada salvo en mi trabajo.

—¿Con las mujeres tampoco?

—Las mujeres son trabajo —replicó César, lavándose las manos.

—¡Nunca había oído semejante calificación! —exclamó Polígono riendo—. Eres un bicho raro que dedica la pasión al trabajo, César —añadió el pirata, palmeteándose el vientre y oliendo con deleite el contenido de la copa de cristal—. A mí, lo que más me agrada de ser pirata es la buena vida que me doy cuando no navego. ¡Pero sobre todo me gusta el buen vino!

—A mi el sabor no me disgusta —replicó César—, pero detesto la sensación de perder la cabeza, y he advertido que media copa de vino aguado me embota los sentidos.

—Pero cuando te despiertas te sientes estupendamente todo el día — dijo Polígono.

—No necesariamente —replicó César con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir?

—Que yo, mi querido amigo, me despertaré totalmente sobrio y en plenas facultades el día en que venga aquí al mando de una flota para tomar la plaza y haceros prisioneros. Te aseguro que cuando te vea encadenado me sentiré infinitamente mejor que al despertarme. Y el día que te crucifique, Polígono, me sentiré mejor que nunca.

Polígono soltó una carcajada.

—César, eres el huésped más ameno que he tenido. ¡Me encanta tu sentido del humor!

—Eres muy amable. Pero no reirás cuando te crucifique, amigo.

—No habrá lugar.

—Sí que lo habrá.

Entre pliegues de oro y púrpura, con las manos llenas de anillos y el pecho de collares, Polígono se tumbó de espaldas en la camilla sin dejar de reír.

—¿Es que crees que no te he visto en la popa de tu barco escrutando la orilla? ¡Olvídate, César! ¡Aquí nadie sabe volver!

—Tú lo haces.

—Porque lo he hecho mil veces. Las primeras cien veces me perdí.

—No me extraña. Tú, a mi lado, eres un zoquete.

Ofendido, Polígono se puso en pie.

—¡Lo bastante inteligente para capturar a un senador romano y sacarle cincuenta talentos!

—Aún no los has cobrado.

—Si no los cobro, te pudrirás aquí.

Poco después de este diálogo, Polígono dejó el comedor y César regresó solo a sus aposentos. En ellos le esperaba una muchacha preciosa, un regalo muy apreciado, después de que la hizo pasar por manos de Demetrio para asegurarse de que estaba limpia.



Cuarenta días estuvo César en el escondrijo de los piratas; nadie le impidió moverse con entera libertad ni hablar con quien le placiera. Su fama se extendió por todo el lugar y muy pronto todos supieron que él estaba dispuesto a regresar después de ser rescatado para apresar a los piratas y crucificarlos a todos.

—¡No, no; sólo a los hombres! —dijo él, sonriendo con gran encanto a un grupo de mujeres que le preguntaban—. ¿Cómo voy a crucificar a semejantes beldades?

—Pues ¿qué harás con nosotras? —inquirió la más decidida, con mirada seductora.

—Venderos. ¿Cuántas mujeres y niños sois?

—Mil.

—Mil. Si en el mercado que os venda me pagan una media de mil trescientos sestercios, habré recuperado mi rescate para devolvérselo a los que lo hayan prestado, y aún haré un modesto beneficio. Pero las mujeres y los niños de aquí sois mejores de lo que suelen serlo en un pueblo, así que podré obtener unos dos mil sestercios por cabeza y hacer una buena ganancia.

Las mujeres se alejaron entre risitas. ¡Era encantador!

De hecho, se congraciaba con todos. Era muy agradable, gracioso e ingenioso y jamás daba muestra del menor temor o depresión; bromeaba con todos y, sobre todo, tanto sobre aquello de la crucifixión de los hombres y la venta de las mujeres y niños como esclavos, que para ellos era un verdadero entretenimiento. Le brillaban los ojos y hacía muecas y se divertía tanto como ellos. La primera muchacha hizo elogios de su capacidad sexual y todas las demás no le quitaban los ojos de encima, pero los hombres vieron en seguida que era muy escrupuloso en sus elecciones y nunca se iba con una que estuviera emparejada permanentemente con otro.

—Yo sólo pongo los cuernos a mis iguales —comentaba con aire eminentemente aristocrático.

—¿Amigos? —le preguntaban entre risotadas.

—Enemigos —contestaba él.

—Pues ya que somos tus enemigos...

—Sí, pero no mis iguales. ¡Sois una escoria despreciable! —contestaba.

Y todos se echaban a reír, encantados de que les insultase con tan buen humor.

Y una tarde en que cenaba con Polígono, el jefe pirata lanzó un suspiro.

—Sentiré que te vayas, César.

—¡Ah! Ya está el rescate.

—Llegará mañana con tu liberto.

—¿Y cómo vendrá? Supongo que le traerá un guía, ya que dices que nadie puede encontrar el sitio.

—Oh, le han acompañado constantemente mis hombres. Y cuando se recogió el último talento me enviaron un mensaje. Estará aquí mañana hacia mediodía.

—Y podré marcharme.

—Sí.

—¿Y mi barco?

—También.

—¿Y el capitán y la tripulación?

—Con el barco. Zarparéis al anochecer rumbo al oeste.

—Así que, has incluido el barco alquilado en el precio del rescate.

—¡Ni mucho menos! —replicó Polígono, sorprendido—. El capitán aumentó diez talentos para recuperar barco y tripulación.

—¡Ah! —exclamó César—. Otra deuda que tendré que pagar.

Tal como estaba previsto, Burgundus llegó a mediodía al día siguiente, el cuadragésimo del cautiverio de César.

—Cardixa me permitirá que siga siendo el padre de sus hijos —dijo el gigantón, enjugándose las lágrimas—. Tienes buen aspecto, César.

—Han sido buenos anfitriones. ¿Quién ha reunido el rescate?

—Patara la mitad y Xantos la otra mitad. No les gustó mucho, pero no se atrevieron a negarse. No hace mucho que Vatia estuvo por aquí.

—Les devolveré el dinero antes de lo que piensan.

Toda la ciudad pirata salió a verle marchar, y algunas mujeres llorando, igual que Polígono.

—¡No volveré a tener un cautivo como tú! —dijo entre suspiros.

—Bien cierto —replicó César sonriente—. Ha terminado tu carrera de pirata, amigo. Volveré antes de primavera.

Como de costumbre, aquella amenaza a Polígono le hizo mucha gracia y seguía riéndose con disimulo en la playa, mirando cómo el capitán del barco alquilado por César maniobraba para poner rumbo al oeste en aquella oscuridad.

—¡No te detengas, capitán! —gritó el jefe de los piratas—. Si te paras te envío a mis hombres. —Y de detrás del primer acantilado salió una hemiolia capaz de enfrentarse a cualquier navío.

Pero al amanecer ya no la avistaron y vieron que estaban ante el río en que estaba situada Patara.

—Voy a despejar ciertas dudas financieras —dijo César, mirando al capitán—. Te pagaré los diez talentos que entregaste como rescate del barco y la tripulación.

Era evidente que el capitán no creía que César pudiera hacerlo.

—¡Ha sido un viaje desafortunado! —musitó.

—Te digo yo que cuando acabe volverás a Bizancio muy contento —dijo César—. Ahora, llévame a tierra.

Fue una visita corta, volvió en seguida deseando zarpar al día siguiente apenas embarcasen los caballos y las mulas. Ya con todo su séquito, parecía impaciente.

—¡Vamos, capitán, date prisa!

—¿Rumbo a Rodas?

—A Rodas, por supuesto.

El viaje duró tres días, haciendo escala en Telmessus la primera noche y en Caunus la segunda, sin que César consintiese en desembarcar a los animales en ninguno de los dos sitios.

—Tengo mucha prisa; no se morirán —dijo—. ¡Suerte la mía, favorecido por la Fortuna como siempre! Gracias a mi experiencia anterior reuniendo flotas, sé exactamente a dónde ir y a quién hablar en cuanto lleguemos a Rodas.

Y tan bien lo sabía, que apenas dos horas después de atracar el barco ya estaban congregadas las personas con quienes quería hablar.

—Necesito una flota de diez trirremes y unos quinientos hombres aguerridos —dijo al grupo de notables congregados en la sede del jefe del puerto.

—¿Para qué? —inquirió el joven almirante Lisandro.

—Para volver a la guarida del jefe de piratas Polígono y asaltarla.

—¿Polígono? ¡Jamás darás con su guarida!

—La encontraré —replicó César—. ¡Dejadme la flota! Habrá buen botín para Rodas.

Ni su entusiasmo ni su confianza lograron persuadir a los rodios para que apoyasen su loca empresa, pero por su autoridad pudo obtener las diez trirremes y quinientos soldados; le conocían y la fama de Vatia aún seguía causando respeto. Aunque el rey Cenicetes había prendido fuego a su reducto inexpugnable del monte Termessus cuando había ido a apresarle, la fama de Vatia en Rodas había crecido enormemente; impasible ante lo que parecía la pérdida de un inmenso botín, Vatia había esperado a que se enfriasen las cenizas para escarbar y detraer los metales preciosos. Si Vatia era capaz de aquello, su antiguo legado, César, sería hombre de recursos parecidos. Y por eso dedujeron que valía la pena confiar en él.

En la desembocadura del río de Patara la flota echó el ancla la última noche antes de iniciar la búsqueda de la guarida de Polígono; César fue a la ciudad y requisó cuantos mercantes había para que siguieran a la flota, y al día siguiente estuvo en la popa de su barco escrutando la accidentada costa hora tras hora.

—Antes de que Polígono saliera de Patara —dijo al capitán— ya sabía yo bastante, por oír a los piratas hablar, del aspecto de las calas. Y llegué a la conclusión de lo que eran calas y lo que no. Y me dediqué a contarlas todas.

—Yo iba oteando puntos de referencia en tierra, farallones de diversas formas, montañas de perfil extraño... cosas así —dijo el hombre con un suspiro—. ¡Pero ya ni sé dónde estoy!

—Las referencias de tierra son engañosas y su recuerdo más. A mí dame cifras —dijo César sonriente.

—¿Y si equivocas la cuenta?

—No me he equivocado.

Efectivamente. La cala en que desembarcaron los quinientos soldados de Rodas no se diferenciaba en nada de tantas otras. La flota estuvo anclada toda la noche al oeste de ella sin que la descubriesen, porque resultó que Polígono no había dispuesto vigías y sus cuatro galeras de guerra seguían en tierra, al creerse fuera de peligro. Pero apenas había salido el sol cuando él y sus hombres ya estaban encadenados con los mismos grilletes que usaban para sus esclavos.

—No dirás que no te previne —le dijo César.

—¡Aún no estoy crucificado, romano!

—Lo estarás, lo estarás.

—¿Cómo diste con el lugar?

—Pura aritmética. Conté las calas que hay desde Patara a aquí —respondió César, volviéndose hacia el almirante Lisandro—. Ven, veamos las fortunas que tiene escondidas Polígono.

Resultó que guardaba cuantiosas fortunas. No sólo estaban los silos casi a rebosar, sino que había alimentos suficientes para los habitantes de Xanto y Patara para el resto del invierno y la primavera. Un gran edificio estaba lleno de telas y púrpuras de incalculable valor, mesas de cedro y de maderas exóticas, camillas doradas y sillas lujosísimas; otro, lleno de arcas repletas de monedas y alhajas —en su mayor parte egipcias— y jarrones con piedras preciosas como berilos, cornalinas, ágatas, ónices, lapislázuli y turquesas. Al abrir un arcón hallaron varios centenares de perlas marinas, algunas gruesas como huevos de paloma y otras de exóticos colores.

—No me extraña —dijo Lisandro—. Este Polígono lleva veinte años pirateando por estos mares y tiene fama de atesorar sin tasa. Lo que no sabía yo es que había estado asaltando los barcos entre Chipre y Egipto.

—¿Lo dices por las perlas y las alhajas?

—Esos objetos no se ven en ninguna otra parte.

—¡Y los alejandrinos de Chipre tuvieron el descaro de decirme que sus rutas de navegación no corrían peligro!

—No les gusta que los extranjeros sepan sus puntos débiles, César.

—Me di cuenta en seguida —replicó César, fingiéndose ofendido—. Bien, Lisandro, repartamos el botín.

—A decir verdad, César, nosotros somos tus agentes. Con que nos pagues el alquiler de los barcos y de los hombres, el botín te pertenece —dijo Lisandro.

—Parte, pero no todo, amigo mío. No quiero interpelaciones en el Senado que no pueda contestar con plena veracidad. Así que tomaré mil talentos en monedas para el Erario de Roma, quinientos talentos más en monedas para mí y un puñado de esas perlas si me dejas escoger las que me gusten. Propongo que el resto de las monedas y las alhajas sean la parte para Rodas. Puedes vender los muebles y las telas pero quisiera saber la suma para erigir un templo en Rodas en honor de mi antepasada Afrodita.

Lisandro no salía de su asombro.

—¡Eres sumamente generoso, César! ¿Por qué no te quedas con todo el arcón de perlas? Así no tendrás dificultades dinerarias para el resto de tu vida.

—No, Lisandro, sólo me llevaré un puñado. Me gusta la riqueza como a cualquiera, pero demasiada puede hacerme avariento.

César se agachó para manosear las perlas y fue escogiendo de una en una: veinte oscuras e iridiscentes procedentes del Palus Asphaltites de Palestina, otra, grande como una fresa, una docena color luna de otoño, una gigante con tonos púrpura y seis perfectas color crema plateada.

—¡Ya está! No podré venderlas sin que Roma se pregunte de dónde proceden, pero puedo regalárselas a mujeres cuando lo necesite.

—Crecerá tu fama de hombre poco avaricioso.

—¡Bajo ningún concepto quiero que comentes nada, Lisandro! Mi continencia nada tiene que ver con falta de avaricia, sino con mi reputación en Roma y con el juramento que hice de no dar pie a que se me acuse de

extorsión ni de robo de los bienes de Roma. Además —añadió, encogiéndose de hombros—, cuanto más dinero tengo antes lo gasto.

—¿Y Patara y Xantos?

—Tendrán el importe de vender las mujeres y los niños como esclavos y todas las provisiones. Con la venta de esclavos obtendrán mucho más de lo que aportaron para el rescate, y los alimentos son mi regalo. Pero con tu permiso voy a coger diez talentos más para el capitán de mi barco que también tuvo que pagar rescate —César puso su mano en el hombro de Lisandro y salieron del edificio—. Los barcos de Xantos y Patara llegarán al atardecer. ¿Por qué no vas embarcando en tus galeras la parte que corresponde a Rodas antes de que lleguen? Haré que mis escribas lo inventaríen todo y enviaré a Roma el dinero con una escolta para el Erario.

—¿Y qué dispones que se haga con los piratas?

—Embárcalos en los navíos de Patara o Xantos y yo los llevaré a Pérgamo. No soy magistrado curul y no tengo autoridad para ejecutar en las provincias. Es decir, que tengo que entregarlos al gobernador en Pérgamo y pedirle permiso para cumplir mi promesa de crucificarlos.

—Pues embarcaré la parte de Roma en mis galeras. No ocupa mucho lugar, y cuando llegue el buen tiempo a principios de verano lo enviaré a Roma desde Rodas. Te daré cuatro de mis barcos como escolta hasta Pérgamo —añadió Lisandro, solícito—. Has dado tanta riqueza a Rodas que te ayudaremos encantados en lo que sea.

—¡Sólo quiero que recordéis el hecho! Quién sabe si algún día necesitare pedir os un favor —respondió César.

Fueron conduciendo a los piratas a la playa; Polígono, que iba encadenado el último de la larga fila, dirigió un seco saludo a César.

—¡Qué afición al lujo tenían! —comentó éste, meneando la cabeza—. Yo pensaba que los piratas eran gente sucia, inculta y pendenciera; pero éstos eran afeminados.

—Claro que sí —añadió Lisandro—. Se exagera su belicosidad. ¿Cuántas veces necesitan luchar para hacerse con esas riquezas? Pocas veces, César. Cuando combaten lo hacen dirigidos por sus propios almirantes, que son grandes estrategas. Los piratas de poca monta como

Polígono no asaltan convoyes, se dedican a mercantes que van sin escolta. Los piratas que combaten con escuadras se ven sobre todo cerca de Creta, pero con una guarida como la de Polígono, uno se cree perfectamente a salvo y se actúa como un reyezuelo.

—Rodas podría hacer algo más en contra de la piratería —comentó César.

Pero Lisandro meneó la cabeza, conteniendo la risa.

—¡La culpa es de Roma! Fue Roma quien nos obligó a reducir la potencia de nuestras escuadras al asumir el papel de potencia hegemónica en el Mediterráneo oriental. Pensó que podría controlarlo todo, astilleros incluidos; pero actúa con mucha parsimonia en sus inversiones, y como Rodas sigue actualmente sus directrices, hacemos lo que se nos dice. Si nosotros emprendiésemos la tarea de aumentar nuestra potencia naval para erradicar la piratería, Roma pensaría que estaríamos incubando otro Mitrídates.

Un argumento irrefutable, pensó César.

Marco Junio Junco no estaba en Pérgamo cuando César llegó al río Caico y ancló en el puerto de la ciudad; era a finales de marzo según el calendario romano, por lo que el invierno aún no había concluido, pero habían navegado por la costa sin incidentes. La ciudad de Pérgamo aparecía magnífica en lo alto, pero desde la parte baja del río se veían restos de nieve en el techo de los templos y los aleros de palacio.

—¿Dónde está el gobernador? ¿En Éfeso? —preguntó César al procuestor Quinto Pompeyo (más emparentado con la rama de los Rufos que con la de los Pompeyos).

—No; en Nicomedia —contestó Pompeyo—. En realidad, yo estaba a punto de salir para allá. Suerte tienes de encontrarnos, porque hay mucho que hacer en Bitinia, y yo he regresado a recoger ropa más ligera para el gobernador, pues no esperábamos que en Nicomedia hiciese más calor que en Pérgamo.



—Siempre lo hace —dijo César muy serio, dominándose por no preguntar al procuestor de la provincia de Asia si no tenía cosas más urgentes que hacer que recoger ropas más ligeras para Junco—. Bien, Quinto Pompeyo —añadió, afable—, si quieres yo llevaré la ropa del gobernador, pues voy a darte un poco de trabajo antes de que te marches. ¿Ves esos barcos?

—Los veo —contestó Pompeyo, nada complacido con que alguien más joven le dijese lo que tenía que hacer.

—Hay unos quinientos piratas que habrá que encarcelar durante unos días. Marcharé a Bitinia a pedir a Marco Junio autorización oficial para crucificarlos.

—¿Crucificar piratas?

—Eso es. Asalté su guarida en Licia con ayuda de diez barcos de la armada de Rodas.

—¡Pues quédate aquí y ocúpate de tus malditos prisioneros! —espetó Pompeyo—. Yo pediré el permiso al gobernador.

—Lo siento mucho, Quinto Pompeyo, pero no es el procedimiento —replicó César sin perder la compostura—. Yo soy un privatus y era privatus cuando los capturé, y debo ser yo quien hable con el gobernador. Licia es de su provincia y yo debo explicarle las circunstancias. Es la ley.

La pugna duró un instante, pero no cabía duda de quién se impondría. Y fue César quien zarpó rumbo a Nicomedia en la galera más rápida de Rodas, dejando que Pompeyo se ocupase de los prisioneros piratas.

Mientras aguardaba en una antecámara del palacio a que le recibiera el ocupado Marco Junio Junco, César pensó que aquello había cambiado radicalmente. Aún se conservaban los dorados, los frescos y las obras de arte que no podían quitarse sin dañar la estructura, pero ciertos objetos familiares y estupendas estatuas habían desaparecido de galerías y salones, y también varias pinturas.

La luz ya moría cuando Junco irrumpió en la sala; era evidente que había cenado antes de atender a su colega senador.

—¡César, me alegro de verte! ¿Qué te trae por aquí? —preguntó, tendiéndole la mano.

—Ave, Marco Junio. Estás muy ocupado.

—Ciertamente; conoces este palacio como la palma de la mano.

Era una afirmación discreta pero lo bastante explícita.

—Como fui yo quien te avisó de que el rey Nicomedes estaba agonizando, bien lo sabes.

—Pero no tuviste la cortesía de aguardar mi llegada.

—Soy un privatus, Marco Junio, y no habría hecho más que entorpecer tu labor; es mejor que un gobernador actúe según su propio criterio cuando tiene una tarea tan importante como es anexionar una nueva provincia a Roma —replicó César.

—¿Y qué te trae aquí de nuevo? —inquirió Junco, mirando a su interlocutor con intensa aversión, recordando sus diatribas en el tribunal de homicidios.

—Caí cautivo de unos piratas hace dos meses cerca de Farmacusa.

—Sí, es cosa bastante habitual. Supongo que te las arreglarías para pagar el rescate dado que estás aquí. Pero no puedo hacer nada para ayudarte a recuperarlo, César. No obstante, si quieres haré que los funcionarios dirijan una queja al Senado de Roma.

—Eso puedo hacerlo yo —dijo César afablemente—. No he venido a quejarme, Marco Junio, sino a pedirte autorización para crucificar a quinientos prisioneros piratas.

—¿Qué? —inquirió Junco, mirándole de hito en hito.

—Como bien has razonado, yo me pagué el rescate y luego requisé en Rodas una pequeña escuadra y soldados, volví a la guarida pirata y la asalté.

—¡No tenías derecho a hacerlo! ¡ El gobernador soy yo y eso es asunto mío! —espetó Junco.

—Si hubiese enviado noticia a Pérgamo-vengo precisamente de allí, donde he dejado a los prisioneros— y te hubiesen enviado un mensaje aquí a Nicomedia, Marco Junio, habría transcurrido el invierno y el pirata Polígono habría salido de su reducto para recomenzar sus rapiñas. Seré un privatus, pero he actuado como se supone debe actuar cualquier miembro del Senado, asegurándome de que los enemigos de Roma no escapen al castigo.

La tajante réplica dio tiempo a Junco para encontrar una respuesta adecuada.

—Entonces, tu acción es encomiable, César.

—Eso creo.

—¿Y me pides permiso para crucificar a quinientos hombres? ¡ No puedo concedértelo! Tus cautivos me pertenecen y los venderé como esclavos.

—Les prometí que les crucificaría —replicó César, apretando los labios.

—¿Les diste palabra? —preguntó Junco, pasmado—. ¡A unos ladrones fuera de la ley...!

—¡Me da exactamente igual que fuesen bárbaros o simios, Marco Junco! Juré que les crucificaría, y soy romano y mi palabra me obliga. Debo cumplir mi palabra.

—¡No tenías por qué prometer eso! Como has dicho, eres un privatus. De acuerdo en que has actuado como es debido para asegurarte de que los enemigos de Roma no quedan sin castigo, pero es prerrogativa mía, en calidad de auctoritas, decidir la suerte de los prisioneros. Serán vendidos como esclavos. Y no se hable más.

—Ya —replicó César, con los ojos vidriosos, poniéndose en pie.

—¡Un momento! —exclamó Junco.

—Di —musitó César, mirándole de nuevo.

—Supongo que habría botín.

—Si.

—¿Y dónde está? ¿En Pérgamo?

—No.

—¡No puedes quedártelo!

—No me lo he quedado. La mayor parte la entregué a Rodas, que facilitó los barcos y los hombres para la empresa. Otra parte fue para los habitantes de Xantos y Patara, que entregaron los cincuenta talentos de mi rescate, mi parte la doné a Afrodita para que en Rodas se construya un templo en su honor y la parte de Roma ha salido ya hacia allí.

—¿Y mi parte?

—No sabía que tuvieras derecho a ninguna, Marco Junco.

—¡Soy el gobernador de la provincia!

—El botín fue cuantioso, pero no tanto. Polígono no era el rey Cenicetes.

—¿Cuánto has enviado a Roma?

—Mil talentos en monedas.

—Pues es bastante.

—Para Roma si, para ti no —comentó César irónico.

—Como gobernador de la provincia, era mi deber enviar la parte del botín al Erario de Roma.

—¿Menos cuánto?

—¡Menos la parte del gobernador!

—Pues te sugiero —replicó César sonriente —que pidas al Erario la parte del gobernador.

—¡Lo haré, no lo dudes!

—No lo dudo, Marco Junco.

—¡Me quej aré al Senado de tu arrogancia, César! ¡ Has usurpado los deberes del gobernador!

—Cierto —respondió César, saliendo de la sala—. Y gracias a ello el Tesoro no tiene mil talentos de menos.

Alquiló un caballo y regresó a Pérgamo por un terreno fácil por el que Burgundus y Demetrio difícilmente podían seguirle. César cabalgaba sin pausa, impulsado por la ira, sin preocuparse por el cansancio. No habían transcurrido siete días cuando ya estaba de nuevo en Pérgamo, dos días antes que la galera de Rodas, que aún cruzaba el Helesponto.

—¡Ya está! —dijo animoso al procuestor Pompeyo—. Espero que hayas preparado las cruces, porque no tengo tiempo que perder.

—¿Las cruces? —inquirió Pompeyo, atónito—. ¿Cómo voy a hacer cruces para unos hombres que Marco Junio pondrá a la venta?

—Al principio, es lo que pensó —dijo César con toda naturalidad—, pero cuando le expliqué que había dado mi palabra de crucificarlos, lo entendió. ¡Vamos a empezar a hacer las cruces! Tenía que haber comenzado

a estudiar con Apolonio Molón hace dos meses y el tiempo vuela, Pompeyo. ¡Manos a la obra!

El aturdido procuestor se vio obligado a una actividad como no había conocido con el propio Junco, pero César era incansable y acabó por comprar madera a un almacén y obligar a los piratas a hacerse sus propias cruces.

—¡Y hacedlas bien, escoria, porque de ellas seréis colgados! Y no hay nada peor que agonizar durante días en una cruz mal hecha.

—¿Por qué el gobernador no ha optado por vendernos como esclavos? —preguntó Polígono, que era torpe manejando las herramientas y estaba muy retrasado en la confección de su cruz—. Yo estaba convencido de que nos vendería.

—Pues te has equivocado —dijo César, cogiéndole los clavos y poniéndose a clavar el travesaño—. ¿Cómo has podido hacer tan buena carrera como pirata, Polígono? ¡Eres un manazas!

—Hay hombres que hacen una buena carrera por ser incompetentes —contestó el pirata, apoyándose en una pala.

—¡Yo no! —espetó César, dando el último martillazo y poniéndose en pie.

—Ya lo he visto —añadió Polígono con un suspiro.

—¡Vamos, empieza a cavar!

—¿Y eso para qué es? —inquirió Polígono, señalando un montón de cuñas de madera mientras César le arrebatava la pala.

—Cuñas —gruñó César, cavando la tierra—. Cuando este hoyo sea lo bastante profundo para el peso de la cruz y del crucificado, meteremos el madero; pero como la tierra es blanda y no quedará recto, lo fijaremos con cuñas por la base. Así, una vez que estés muerto, la cruz saldrá con facilidad al quitarlas, y el gobernador podrá volver a utilizar estos estupendos instrumentos de tortura para la próxima banda de piratas que capture.

—¿No pierdes aliento?

—Tengo energía de sobra para trabajar y hablar al mismo tiempo. Vamos, Polígono, ayúdame a meter en el hoyo tu última morada... ¡Eso es! —exclamó César, retrocediendo un paso—. Ahora mete una cuña, que está ladeada —añadió, dejando la pala y cogiendo la maza—. ¡No, no, al otro lado! ¡Por el lado en que se inclina! ¡Ya se ve que no eres ingeniero!

—No seré ingeniero —replicó Polígono con aviesa sonrisa— pero he logrado que mi ejecutor me haga la cruz.

César se echó a reír.

—Amigo mio, ¿te crees que no me he dado cuenta? Pero eso tiene un precio, como debe saber todo buen pirata.

—¿Un precio? —inquirió Polígono, ya serio.

—A los demás les quebraremos las piernas para que mueran rápido, mientras que a ti te pondré un apoyo en los pies para que el peso sea menor y tardes días en morir, Polígono.

Cuando la galera de Rodas, que había salido de Nicomedia siguiendo a César, entró en el río que conducía al puerto de Pérgamo, los remeros se quedaron sin respiración y temblando. En Rodas morían hombres —y ejecutados—, pero la justicia al estilo romano no se conocía en la isla, pues Rodas era amiga y aliada, pero no formaba parte de ninguna provincia. Por ello, el espectáculo de quinientas cruces en unos campos en barbecho junto al puerto les resultaba tan extraño como monstruoso. Un campo de muertos, menos uno —su jefe—, que para mayor ironía tenía puesta una diadema, y aún gemía y gritaba.

Quinto Pompeyo permaneció en Pérgamo, negándose a marchar hasta que César no partiera. La visión de aquellas cruces era como un bosque de árboles perfectamente homogéneos. La crucifixión era una pena capital impuesta a esclavos —no a libertos—, pero nunca en forma masiva, y aquello era un regimiento de muertos perfectamente alineados. Y el hombre capaz de planearlo y llevarlo a cabo en tan poco tiempo era persona a quien no convenía quitar ojo de encima. Ni dejarle al mando de Pérgamo, aun de modo oficioso. Por eso Quinto Pompeyo aguardó a que la flota de César zarpase hacia Rodas y Patara.

El procuestor llegó a Nicomedia y se encontró con el gobernador pletórico de gozo; Junco había hallado un escondrijo lleno de lingotes de oro en una mazmorra subterránea del palacio y se lo había quedado, ignorando que César y Oradaltis lo habían puesto allí para hacerle caer en la trampa.

—Bien, Pompeyo, has trabajado con denuedo para incorporar Bitinia a la provincia de Asia —dijo Junco, magnánimo—, así que accederé a tu petición y puedes atribuirte el sobrenombre de Bitínico.

Como la prerrogativa provocó en Pompeyo (Bitínico) la misma euforia que embargaba al gobernador, los dos se reclinaron dispuestos a cenar encantados de la vida.

Fue Junco quien sacó a colación el tema de César, ya después de que hubiesen retirado el último plato.

—Es el mentula más arrogante que me he echado a la cara —dijo, torciendo el gesto—. Se negó a darme parte del botín y tuvo la osadía de pedirme permiso para crucificar a quinientos hombres fuertes y sanos con los que al menos compensaré algo cuando los venda como esclavos.

—¿Venderlos? —inquirió Pompeyo, mirándole boquiabierto.

—¿Qué sucede?

—¡Si ordenaste que los crucificásemos, Marco Junio!

—¿Yo?

Pompeyo (Bitínico) sufrió un visible estremecimiento.

—Cacat! —rezongó.

—¿Pero qué sucede? —repitió Junco, hierático.

—César volvió a Pérgamo siete días después y me dijo que le habías autorizado a crucificar a los piratas. Te confieso que me extrañó, pero jamás pensé que pudiera estar mintiendo. ¡ Los ha crucificado a todos, Marco Junio!

—¡Cómo se ha atrevido!

—¡Claro que se ha atrevido! ¡ Y con toda naturalidad y tranquilidad! ¡Y me obligó a prepararlo todo como si yo fuese un criado! Yo le dije, incluso, que me extrañaba que hubieses dado tu aprobación, y no te creas que dio muestras de inquietud o de mala conciencia. ¡De verdad, Marco Junio, que pensé que era sincero! Y tú no mandaste mensaje diciendo lo contrario —añadió con astucia.

Junco estaba tan indignado, que se echó a llorar.

—¡Esos hombres valían dos millones de sestercios! ¡ Dos millones, Pompeyo! Y, además, ha enviado mil talentos al erario de Roma sin contar conmigo ni ofrecerme parte. Ahora tendré que solicitarla al Tesoro, y ya sabes lo que es la burocracia. ¡Suerte tendré si me lo conceden antes de que nazca mi primer nieto! ¡Mientras que ese fellator se habrá quedado con miles y miles de talentos!

—No creo —replicó Pompeyo (Bitínico), tratando de mirar a cualquier parte menos al afligido Junco—. Hablé con el capitán de los barcos de Rodas y parece ser que César repartió el botín entre Rodas, Xantos y Patara. Fue un buen botín, pero no era ningún tesoro egipcio. Según el capitán, César se quedó con muy poca cosa y todos los de la expedición pensaban lo mismo. Uno de sus libertos me dijo que a César le gustaba bastante el dinero pero que no era tan tonto como para apreciarlo al extremo de arriesgar su carrera política, y añadió con sonrisa de connivencia que César nunca se vería implicado en ningún proceso por extorsión. Además, parece que había jurado crucificar a los piratas mientras estaba en su guarida aguardando el rescate. Será difícil demostrar que se haya quedado con nada del botín, Marco Junio.

Junco se enjugó las lágrimas y se sonó.



—Y tampoco puedo probar que se haya quedado con nada en Nicomedia ni en ningún sitio de Bitinia. ¡Pero con algo se habrá quedado! ¡Tiene que haberse quedado con algo! Yo he conocido a muchos hombres virtuosos, y te digo que él no es de esos, Pompeyo. Está demasiado seguro de sí mismo para ser virtuoso. Y excesivamente arrogante. ¡Parece el dueño del mundo!

—Según el jefe de los piratas —a quien César le parecía un bicho raro—, actuaba como si lo fuese aun estando prisionero, y se dedicaba a recorrer el lugar insultando a todos sin dejar de sonreír. El rescate se había fijado en veinte talentos y parece que eso le ofendió, y dijo que él valía por lo menos cincuenta talentos y cincuenta talentos les obligó a exigir.

—¡Ah, por eso habló de cincuenta talentos! Cuando me lo dijo, lo advertí, pero estaba tan incomodado con él en aquel momento que lo olvidé —dijo Junco, meneando la cabeza—. Eso explica su personalidad, Pompeyo. ¡Está loco! Cincuenta talentos es el rescate de un censor. Sí, creo que está loco.

—O quizá quisiera atemorizar a los de Xantos y Patara para que lo pagasen pronto —añadió Pompeyo.

—¡No! Está loco; loco de arrogante. Siempre ha sido así —Junco puso cara de amargura—. Pero sus motivaciones me tienen sin cuidado, ¡lo único que deseo es hacerle pagar lo que ha hecho! ¡Ah, es increíble! ¡Dos millones de sestercios!

Si César sentía algún reparo por los enemigos que estaban provocando sus actividades, lo ocultaba a la perfección. Al llegar el barco a Rodas, pagó al capitán con una generosa recompensa, alquiló una casa confortable pero nada pretenciosa en las afueras de la ciudad y se dispuso a estudiar con el prestigioso Apolonio Molón.

Como aquella gran isla independiente al pie de la provincia de Asia era encrucijada de los dos extremos del Mediterráneo, a ella llegaban constantemente todas las noticias y habladurías y los estudiantes romanos no se sentían aislados de Roma. Por ello, César se enteró en seguida de la

carta que Pompeyo había enviado al Senado y de la reacción de éste y de la defensa de Lúculo, y supo que el primer cónsul del año anterior, Lucio Octavio, había muerto en Tarso poco después de llegar a primeros de marzo para ocupar su puesto de gobernador en Cilicia. Era demasiado pronto para saber en quién pensaba el Senado para sustituirle. El regalo testamentario de Bitinia había complacido a toda Roma, desde los aristócratas al populacho, pero César supo que no a todos había gustado que el territorio formase parte de la provincia de Asia, y seguía en pie la polémica, aunque Junco hubiese recibido órdenes de incorporarlo. Tanto Lúculo como Marco Cotta, —que ya eran cónsules, eran partidarios de que Bitinia constituyese una provincia aparte con gobernador propio, y Marco Cotta había puesto los ojos en el cargo para el año siguiente.

Pero de mayor interés para la población de Rodas eran las noticias locales, y lo que sucedía en Ponto y Capadocia tenía más importancia para ellos que los acontecimientos de Roma e Hispania. Se decía que después de la invasión de Capadocia por Mitrídates cuatro años antes, no quedaba un solo ciudadano en Eusebia Mazaca pues el rey los había deportado a Tigranocerta. El rey de Capadocia, que había causado a César una pobre impresión en su visita, vivía desde la invasión exiliado en Alejandría y explicaba la elección del lugar por el hecho de que Tarso estaba demasiado cerca de Tigranes y Roma era demasiado cara para sus medios.

Corrían muchos rumores en el sentido de que el rey Mitrídates estaba movilizando un nuevo y poderoso ejército en Ponto, enfurecido al saber que Bitinia había sido heredada por Roma, pero nadie sabía detalles concretos y Mitrídates no había traspasado sus fronteras.

Sobre Marco Junio Junco también se hacían comentarios, y se decía que se había enemistado con algunos de los ciudadanos más importantes de Bitinia —en particular los de Heraclea del Euxino— y que éstos habían dirigido quejas oficiales al Senado de Roma, alegando que Junco estaba saqueando los tesoros del país.

Luego, a principios de junio, toda la provincia de Asia se estremeció: el rey Mitrídates se había puesto en marcha, había invadido Paflagonia y

estaba en Heraclea, en la frontera de Bitinia. Había llegado noticia a Roma de que el rey del Ponto pretendía apoderarse de Bitinia.

La sangre, el origen y la proximidad eran factores que dictaban la pertenencia de Bitinia al Ponto y no a Roma, y el rey Mitrídates no aceptaba que Roma se la usurpase. Pero en Heraclea la poderosa horda pónica se detuvo en seco y allí se acuarteló; como de costumbre, después de lanzar su desafío a Roma, Mitrídates se detenía a ver la reacción del enemigo.

Marco Junio Junco y Quinto Pompeyo (Bitínico) se apresuraron a regresar a Pérgamo y dedicaron más tiempo a escribir largos informes al Senado que a entregarse a los preparativos de la provincia de Asia ante una nueva guerra con Mitrídates. Sin gobernador en Cilicia, en virtud del fallecimiento de Lucio Octavio, las dos legiones estacionadas en Tarso no se pusieron en marcha para acudir en auxilio de la provincia de Asia y Junco tampoco las reclamó. Las dos legiones de fimbrianos estacionadas en Éfeso y Sardes sí que fueron llamadas a Pérgamo, pero sin acercarlas a Bitinia. Se decía que Junco pretendía defender su pellejo y no Bitinia.

En Rodas, César oía todos aquellos comentarios pero no se mostraba decidido a marchar a Pérgamo; más le preocupaba el rumor de que la provincia de Asia no quería tratos con Mitrídates, pero tampoco deseaba luchar contra él si el gobernador no daba órdenes enérgicas. Y el gobernador no parecía dispuesto a dar ninguna orden. La siega comenzaría en quintilis en el sur de la provincia y en sextilis en la región norte. Y Junco no movía un dedo ni tomaba iniciativas para requisar trigo en caso de guerra.

En sextilis llegó noticia de que los dos cónsules, Lúculo y Marco Cotta, habían recibido autorización del Senado para enfrentarse a Mitrídates. Y, de pronto, Bitinia se convirtió en provincia aparte con Marco Cotta como gobernador, mientras que Lúculo se hacía cargo del gobierno de Cilicia. Nadie sabía cuál sería el futuro de la provincia de Asia, que tenía por gobernador a un pretor sometido a la autoridad de los cónsules del año. Junco era de categoría inferior a Lúculo y Marco Cotta, y tendría que hacer lo que le ordenasen; pero él no era partidario de Lúculo, ni tampoco eficiente y limpio de culpa. Su futuro no era muy prometedor.

Pocos días después, César recibía carta del hermano de Lúculo, Varrón Lúculo.

*Puedes imaginarte el revuelo que hay en Roma. Te escribo a ti, César, porque tú estás de momento al margen de los acontecimientos y necesito airear mis pensamientos con la pluma, no soy cronista y no encuentro a quién mejor escribir. Estoy condenado a permanecer en Roma suceda lo que suceda, salvo en el caso de fallecimiento de los dos cónsules; y como el primer cónsul es mi hermano y el segundo cónsul es mi tío, no se lo deseo a ninguno de los dos. ¿Por qué estoy condenado a quedarme en Roma? Me han elegido primer cónsul para el año próximo. ¿No es estupendo? Mi colega es Cayo Casio Longino; buena persona, creo.*

*Primero, algunas noticias locales. Habrás sabido probablemente que nuestro mutuo amigo Cayo Verres logró engatusar tan bien al electorado y a los oficiales, que ha sido elegido pretor urbano. ¿Pero te has enterado de cómo ha sabido convertir ese cargo ingrato en un buen negocio? Al morir el plutócrata Lucio Minucio Basilo sin hacer testamento, Verres tuvo que registrar las peticiones de sus parientes más allegados reclamando la herencia. Su pariente más próximo es un sobrino llamado Marco Satrio, y ¿sabes quién lo impugnó? Nada menos que Hortensio y Marco Craso, que tenían alquiladas a Basilo unas importantes fincas; y ahora se personan ante Verres y alegan que Basilo se las habría dejado si hubiese hecho testamento. ¡Y Verres aceptó sus pretensiones! Y Hortensio y Marco Craso son más ricos y Satrio se ha quedado más pobre. En cuanto a Cayo Verres, no creerás que ha ayudado a Hortensio y a Marco Craso por bondad de corazón, ¿verdad?*

*No nos ha faltado la habitual oveja negra de los diez tribunos de la plebe. La de este año es un hombre extraño llamado Lucio Quintio. Tiene cincuenta años y es autodidacta, le gusta vestirse cuando no está obligado a llevar la toga con una túnica larga de púrpura de Tiro, y es un individuo lleno de detestables exageraciones de palabra y gesto. No llevaba el*

*colegio un día en el cargo, cuando ya ese Quintio estaba arengando a la multitud en el Foro para que se restablecieran los plenos derechos del tribunado, y en el Senado concentró todo su veneno contra mi hermano.*

*Quintio está ahora muy tranquilo y formal. Mi querido hermano Lúculo le atajó brillantemente, con un ataque en dos fases (como él dice). La primera consistió en echar al tribuno de la plebe del año pasado, Quinto Opimio, a los perros; los perros son Catulo y Hortensio, quienes le acusaron de abusar constantemente de su autoridad y lograron que se le multara con una suma equivalente a su fortuna, por lo que se ha visto obligado a retirarse de la vida pública, arruinado. La segunda fase consistió en un discurso suave y razonable, susurrado sin pausa al oído de Quintio, en el sentido de que si no cierra la boca y modera su actuación, él también será arrojado a Catulo y Hortensio y se verá sancionado con una multa equivalente a su fortuna. Le costó un poco, pero al final dio resultado.*

*Por si te crees que has caído totalmente en el olvido, te diré que no, querido César. Toda Roma habla de los devaneos que tuviste con unos piratas y de cómo los crucificaste contra la voluntad del gobernador. ¿Cómo?, te oigo decir, ¿ya lo saben en Roma? ¡Pues si! Y no ha sido Junco quien lo ha contado. Fue su procuestor, ese Pompeyo que ha tenido la osadía de añadir el sobrenombre de Bitínico a su mediocre apellido, quien escribió la historia a todo el mundo. Se ve que su intención era que Junco quedase como el héroe, pero todos —incluso Catulo— te consideran a ti el héroe. De hecho, se habló de concederte una corona naval pero Catulo no estaba dispuesto a tanto y recordó a los padres conscriptos que eras un privatus y no tenías derecho a condecoraciones militares.*

*Se ha hablado mucho de piratas este año en la Cámara; pero, por favor, no creas que para nada sustancial. Sea porque Filippo parece afectado de letargo crónico, o porque Cetego casi no ha asistido a ninguna reunión, o porque Catulo y Hortensio últimamente están más interesados por los tribunales que por el Senado, el hecho es que este año las sesiones de la Cámara han sido soporíferas. ¿Tomar decisiones? ¡Imposible! ¿Activar los asuntos? ¡Imposible!*

*De todos modos, en enero, nuestro pretor Marco Antonio se obstinó en que le asignaran la misión especial de erradicar la piratería de nuestro mar. El principal motivo por el que lo demandó parece ser que es el hecho de que a su padre, el Orator, le encomendaron igual empresa hace treinta años. No cabe duda de que la piratería se ha extendido muy seriamente y que en estos tiempos de carestía de trigo tenemos que proteger los embarques de Oriente. Sin embargo, casi todos nos sentimos inclinados a reír pensando en que a Antonio —que, desde luego, no es un monstruo como su hermano Hibrida, pero sí que es un simpático idiota e irreflexivo— se le encomendase la importante misión de acabar con los piratas de un extremo al otro del Mediterráneo.*

*La discusión fue interminable y no se llegó a conclusión alguna. Salvo que Metelo, el hijo mayor del Caprario (que es pretor este año) pensó que era una buena idea y comenzó a presionar para que le diesen a él la misión. Y cuando las maniobras de Metelo pusieron en peligro la solicitud de Antonio, éste fue a ver —¿sabes a quién?— ¡a Praecia! La querida de Cetego, que le tiene bajo su delicado pie de tal forma, que cuando algún grupo de presión quiere algo de Cetego, ahora acuden a hacer la corte a Praecia. Es de suponer que esa Praecia codicia al tipo de hombre corpulento y cretino —más mentula que mente— porque fue Antonio quien obtuvo el nombramiento. El hijo del Caprario tuvo que retirarse herido en su honor; pero se repondrá y ya verás como vuelve al ataque. Cetego fue tan generoso en su apoyo, que Antonio ha obtenido un imperium ilimitado en el mar y un imperium proconsular en tierra. Le han encomendado reclutar una legión de tropas de tierra, pero le han dicho que las flotas las requiese en los puertos de la región en que opere sin limitación alguna. Este año lo hará en el extremo occidental del mare nostrum.*

*Si las quejas que está recibiendo el Senado de las ciudades portuarias del oeste son de creer, resulta que a Marco Antonio se le da mejor recaudar sumas de dinero que erradicar piratas. Hasta ahora su cuenta de piratas es mucho más pequeña que la tuya. Sostuvo un combate ante las costas de Campania y se atribuyó una gran victoria, pero no hemos visto prueba alguna en espolones de proa ni en prisioneros. Creo que ha agitado el puño*

*en Lipara y ha gritado con vehemencia en las Baleares, pero la costa este de Hispania sigue en manos de los piratas partidarios de Sertorio y los de Liguria no están sometidos. La mayor parte del tiempo y de sus energías (según las quejas que recibe el Senado) las dedica a vivir entre orgías y lujos. El año que viene, según informa al Senado en su último despacho, se trasladará al extremo oriental del Mediterráneo, a Giteo en el Peloponeso; y dice que desde esa base atacará Creta, que es donde se refugian la mayoría de escuadras piratas. Yo creo que es más bien porque en Giteo hay muy buen clima y mujeres guapas.*

*Y ahora, Mitrídates.*

*La noticia de que el rey Nicomedes había muerto no llegó a Roma hasta marzo, parece que por culpa de los temporales de invierno. Desde luego, el testamento estaba debidamente registrado en las Vestales y Junco ya había recibido instrucciones para proceder a la incorporación de Bitinia a la provincia de Asia en cuanto tú le informaste que el rey había muerto, por lo que la Cámara suponía que el asunto estaba en marcha. Pero tras esta noticia llegó una carta oficial del rey Mitrídates diciendo que Bitinia pertenecía por herencia a Nisa, la hija de Nicomedes, y que iba a invadir el país para asentarla en el trono. Nadie se lo tomó en serio, pues de esa hija no se había oído hablar hace muchos años. Enviamos a Mitrídates una somera comunicación negándonos a reconocer pretendientes al trono de Bitinia y ordenándole que no cruzase sus fronteras. Generalmente, cuando le pinchamos actúa como un caracol y nadie volvió a pensar en el asunto.*

*Salvo mi hermano. Su olfato, refinado por todos estos años que ha pasado combatiendo en Oriente, le hizo pensar que se avecinaba la guerra. Trató incluso de hablar en la Cámara sobre esta posibilidad, pero, aunque no le abuchearon, no le hicieron ni caso. Para el año que viene le ha tocado la provincia de la Galia itálica. Al sacar las suertes en Año Nuevo quedó encantado, porque lo que más temía era que el Senado quitase la Hispania Citerior a Pompeyo y se la diese a él. ¡Por eso hablaba tan a favor de Pompeyo en la Cámara; él no quería la Hispania Citerior!*

*De todos modos, cuando supimos a finales de abril que había muerto Lucio Octavio en Tarso, mi hermano pidió que le diesen Cilicia y que la*

*Galia itálica se la encomendasen a uno de sus pretores. Insistió en que iba a haber guerra con Mitrídates, pero ¿cuál fue la reacción senatorial a sus advertencias? ¡Somnolencia y bostezos sofocados! Se habría podido pensar que Mitrídates jamás ejecutó a ochenta mil romanos en la provincia de Asia hace apenas quince años, ni se apoderó de la provincia hasta que Sila le echó. Los padres conscriptos hablaron, hablaron y hablaron... pero sin llegar a ninguna conclusión.*

*Cuando llegó la noticia de que Mitrídates se ponía en marcha y había llegado a Heraclea con trescientos mil hombres, ¿crees que sucedió algo? Pues no. La Cámara no se puso de acuerdo respecto a lo que había que hacer y menos sobre a quién había que enviar a Oriente. ¡En determinado momento, Filippo se puso en pie y sugirió que se diese el mando a Pompeyo Magnus! Quien (a decir verdad) está más interesado en recobrar su mancillada fama en Hispania.*

*Finalmente, el pobre Lúculo hizo algo que él mismo se reprocha amargamente: fue a ver a Praecia. Como podrás imaginarte, la abordó de modo muy distinto al de Marco Antonio. Lúculo es demasiado envarado para dar coba y demasiado orgulloso para suplicar. Así que, en lugar de costosos regalos, lánguidos suspiros y promesas de amor y pasión eterna, él fue al grano resueltamente. El Senado, le dijo, estaba formado totalmente por bobos y él estaba harto de perder el aliento. El siempre había oído que Praecia era tan brillante de inteligencia como bien instruida. ¿Se daba ella cuenta por qué era necesario enviar a alguien a enfrentarse a Mitrídates lo antes posible, y se percataba de que la persona idónea era Lucio Licinio Lúculo? Si era consciente de esos dos hechos, ¿no sería tan amable en dar una patada en el culo a Cetego para que hiciera algo para solucionar la situación? Por lo visto, a ella le encantó que le dijese que era más inteligente y culta que ningún miembro del Senado (es de suponer que lo demás se lo dijo ella a Cetego) porque debió de dar a Cetego un buen puntapié en el culo, pues inmediatamente la Cámara comenzó a moverse.*

*La Galia itálica se encomendó a un pretor (aún no designado) y la Cilicia se concedió a mi hermano, con órdenes de encaminarse a Oriente durante su consulado y hacerse cargo del gobierno de la provincia de Asia*



*el día primero del año que viene sin dimitir de Cilicia. Se había pensado dejar a Junco en la provincia de Asia, prorrogándole un año, pero se desechó la idea; tiene que volver a Italia a final de año, pues ha habido muchas quejas por su conducta en la pobre Bitinia y la Cámara ha acordado por unanimidad hacerle regresar.*

*En Italia no hay más que una legión. Estas tropas se han reclutado y entrenado para enviarlas a Hispania, pero ahora irán a Oriente con Lúculo. El puntapié que Praecia propinó a Cetego fue tan fuerte que los padres conscriptos aprobaron un presupuesto de veintisiete millones de sestercios para que Lúculo reuniese flotas, mientras que a Marco Antonio no se le dió nada. Marco Cotta fue nombrado gobernador de la nueva provincia romana de Bitinia; él cuenta con la armada de Bitinia y no le faltarán barcos, ¡pero tampoco le dieron dinero! ¿A dónde hemos llegado, César, que una mujer tiene más poder que los cónsules?*

*Mi querido hermano se cubrió de gloria renunciando a los veintisiete millones. Dice que las previsiones que adoptó Sila en la provincia de Asia subvendrán a sus necesidades y que reunirá las flotas en los diversos puertos y distritos y luego deducirá el coste de los tributos. Como casi no hay dinero, los padres conscriptos le manifestaron su más ferviente agradecimiento.*

*Estamos a finales de quintilis; Lúculo y Marco Cotta saldrán para Oriente antes de un mes. Suerte que según la constitución de Sila los cónsules electos están por encima del pretor urbano, por lo que Casio y yo seremos quienes fundamentalmente tengamos que ocuparnos de Roma, en lugar del horroroso Cayo Verres.*

*La expedición irá por mar —no es más que una legión— ya que en verano es más rápido que cruzar a pie Macedonia. Yo creo, además, que mi hermano no quiere verse atascado en una campaña al oeste del Helesponto, como le sucedió a Sila. Él cree que Curio es muy capaz de hacer frente a la invasión pónica de Macedonia; el año pasado Curio y Cosconio actuaron de concierto en Iliria con tan buen resultado que aplastaron a los dárdanos y a los escordiscos, y Curio ahora está haciendo incursiones en las tierras de los bessis.*

*Lúculo llegará a Pérgamo hacia finales de septiembre, aunque no sé qué sucederá después. Y sospecho que mi hermano Lúculo también lo ignora.*

*Y con esto, César, estás al día. Te ruego que me escribas sobre cuanto sepas, porque no creo que Lúculo tenga tiempo para mantenerme informado.*

La carta hizo suspirar a César; de pronto, las lecciones de respiración y de retórica le parecieron poco estimulantes. No obstante, Lúculo no le había requerido y dudaba de que lo hiciera. Y más ahora que la historia de su ataque al nido de piratas circulaba por Roma. Lúculo habría aprobado la acción, pero no su protagonismo; a él le gustaban las cosas realizadas conforme a la burocracia y al reglamento. Un aventurero privatus que usurpa la autoridad del gobernador no era del agrado de Lúculo, por mucho que comprendiera los motivos que le habían impulsado a realizar la hazaña.

Al día siguiente, César se preguntaba si la voluntad no engendra los acontecimientos. ¿Puede una persona influir sobre la realidad por simple deseo? ¿O son más bien el designio de la Fortuna? Tengo suerte y soy uno de sus favoritos. Y ahora vuelve a presentarse la ocasión, y en un momento en que nadie puede impedírmelo. Nadie, salvo alguien como Junco, a quien le trae sin cuidado.

Rodas insistía en que el rey Mitrídates había lanzado no una invasión, sino tres; todas ellas a partir de Zela en Ponto, en donde tenía su cuartel general y el centro de entrenamiento de sus poderosos ejércitos. La principal acometida la dirigía él en persona: trescientos mil soldados de infantería y a caballo descendiendo por la costa de Paflagonia hacia Bitinia, apoyados por su primo el general Hermócrates y por Taxiles, además de una flota de mil barcos, muchos de ellos piratas, al mando de su primo el almirante Aristónico. Pero una segunda expedición de cien mil hombres, al mando del sobrino del rey, Diofanto, se internaba en Capadocia con el propósito de invadir Cilicia. Una tercera embestida, también de cien mil hombres, al mando de Eumaco, otro general primo del rey, y del hijo bastardo de Cayo Mario, Marco Mario, al que Sertorio había cedido a

Mitrídates. Esta tercera fuerza tenía órdenes de adentrarse en Frigia y tratar de penetrar en la provincia de Asia por la puerta trasera.

Lástima, pensó César, que Lúculo y Marco Cotta no conozcan esta noticia a tiempo; las dos legiones de Cilicia habían salido ya por mar hacia Pérgamo al mando de Lúculo, con lo que Cilicia quedaba desguarnecida ante la invasión de Diofanto. Así que, nada podía hacerse; sólo esperar que los acontecimientos obligasen a Diofanto a avanzar más despacio, aunque en Capadocia poca resistencia encontraría, gracias al rey Tigranes.

Las dos legiones de fimbrianos estaban ya en Pérgamo con el cobarde gobernador, Junco, y no era probable que éste las enviase al sur para hacer frente a Eumaco y a Marco Mario, pues las querría allí para asegurarse la huida cuando la provincia de Asia cayese en manos de Mitrídates por segunda vez en menos de quince años. Sin ningún romano decidido que asumiese el mando, los pueblos de la provincia de Asia no resistirían al invasor. No podían. Era finales de sextilis, pero Lúculo y Marco Cotta estarían en el mar un mes cuando menos, y ese mes, pensó César, sería crucial para el destino de la provincia de Asia.

—No hay ningún otro —dijo César para sus adentros.

Pero su otro yo replicó: «Pero no te lo agradecerán aunque lo logres.»

—No lo hago para que me lo agradezcan, sino por propia satisfacción.

«¿Satisfacción? ¿Qué es eso de satisfacción?»

—Pues demostrarme a mí mismo que puedo hacerlo.

«A ti no te adorarán como a Pompeyo Magnus.»

—¡Claro que no! Pompeyo Magnus es un picentino irrelevante que nunca será un peligro para la república. No tiene la sangre que hace falta. Sila la tenía. Y yo también.

«¿Y para qué arriesgarte? Puedes acabar acusado de traición. ¡Y no alegues que no incurres en traición! No hace falta que la haya, pues tus acciones serán objeto de interpretación, y ¿quién las interpretará?»

—Lúculo.

«¡Exacto! Ya te considera un perturbador innato y esto lo juzgará de igual modo, aunque te haya concedido la corona cívica. No te las prometas muy felices por haber cedido la mayor parte del botín de los piratas; aún

tienes una fortuna que no has declarado, y las personas como Lúculo siempre conservarán la sospecha de que la tienes.»

—A pesar de eso, debo hacerlo.

«¡ Pues trata de hacerlo como un Julio, no como un Pompeyo! Sin alharacas, ni fanfarrias; sin gritos ni envanecerte después, aunque tengas éxito en la empresa.»

—Una empresa callada por pura satisfacción.

«Sí, una empresa callada por pura satisfacción.»

Llamó a Burgundus.

—Mañana al amanecer salimos para Priena. Tú, yo y los dos escribas más discretos. Caballo y mula para cada uno. No; para mí, Pezuñas y un caballo herrado, además de la mula. Tú y yo llevaremos coraza y armas.

Los años al servicio de César hacían que Burgundus no se sorprendiera por nada y no hizo comentarios, limitándose a preguntar:

—¿Y Demetrio?

—No lo necesitaré el poco tiempo que voy a estar fuera. Además, mejor que se quede porque es un chismoso.

—¿Busco pasaje o alquilo un barco?

—Alquila un barco pequeño, ligero y muy rápido.

—¿Lo bastante rápido para que no le den alcance los piratas?

—Desde luego, Burgundus —contestó César sonriente—. Una vez es suficiente.

El viaje duró cuatro días: Cnido, Mindos, Branchidae y Priena en la desembocadura del Meandro. Nunca había disfrutado tanto César en un viaje por mar en un navío ligero sin cubierta, impulsado por veinte remeros al ritmo de un tambor y con pechos y brazos extraordinariamente desarrollados por los años de ejercicio; el barco iba dotado de una segunda tripulación y ambas se turnaban para no cansarse, comiendo y bebiendo sin freno entre turnos.

Llegaron a Priena a primera hora del cuarto día y César fue a ver al etnarca, un personaje que respondía al nombre etíope de Memnon.

—Imagino que no serías etnarca tan al poco de que Mitrídates ocupara la provincia de Asia si hubieras simpatizado con su causa —dijo César, omitiendo las cortesías habituales—. Por consiguiente, tengo que preguntarte si aceptas complacido la perspectiva de que vuelva a mandar Mitrídates.

—¡No, César! —respondió Memnon tembloroso.

—Bien. En ese caso, Memnon, necesito de ti una gran ayuda, y lo antes posible.

—Lo intentaré. ¿Qué quieres?

—Convoca la milicia de Priena por tu cuenta y manda aviso a todas las ciudades y poblaciones desde Halicarnaso a Sardes para que hagan lo propio. Quiero que pongas en pie de guerra cuanto antes al mayor número de hombres posible. Cuatro legiones con los oficiales de costumbre. El punto de reunión será Magnesia del Meandro dentro de ocho días.

—¡El gobernador ha actuado! —comentó Memnon con una gran sonrisa.

—Claro que sí —respondió César—. Me ha puesto al mando de la milicia de Asia, pero desgraciadamente no dispone de otro comandante romano. Por lo tanto, Memnon, la provincia de Asia debe luchar por sí misma en lugar de permanecer sin hacer nada y que sean las legiones romanas las que se lleven los laureles.

—¡Ya era hora! —exclamó Memnon con un brillo marcial en la mirada.

—Eso pienso yo. La milicia local, entrenada y equipada por Roma está muy subestimada; ya verás como después de esto la cosa cambia.

—¿Contra quién combatiremos? —inquirió Memnon.

—Contra un general pónico llamado Eumaco y un renegado hispano llamado Marco Mario... sin relación alguna con mi tío el gran Cayo Mario —mintió César, que quería que la milicia luchase con confianza, sin amedrentarse por aquel nombre.

Y Memnon se dispuso a organizar la llamada a filas de la milicia de Asia, sin pedir un documento oficial ni pararse a pensar si César era quien decía.

Aquella noche, después de retirarse a sus aposentos en casa de Memnon, César habló con Burgundus.

—No vendrás conmigo a esta campaña, viejo amigo —dijo— y de nada vale que alegues que Cardixa no volverá a dirigirte la palabra si no te quedas a mi lado. Necesito encomendarte una misión más importante que quedarte en reserva en una batalla anhelando ser un legionario romano. Quiero que vayas a Ancira a ver a Deiotaro.

—El señor gálata —dijo Burgundus, asintiendo con la cabeza—. Sí, le recuerdo.

—Y él se acordará de ti. Ni siquiera entre los galos de Galacia los hombres son tan grandes como tú. Estoy seguro de que él sabe más sobre los movimientos de Eumaco y Marco Mario que yo, y no te envío para que le prevengas. Quiero que le digas que estoy organizando un ejército con la milicia de Asia y que intentaré atraer a las fuerzas pónicas hacia el Meandro para hacerlas caer en una trampa en algún tramo de su curso. Si lo logro, se retirarán a Frigia para rehacer sus filas y volver a intentar la invasión. Quiero que le digas a Deiotaro que jamás tendrá mejor ocasión de aplastar al ejército pónico que si le sorprende en Frigia cuando intente rehacerse. En otras palabras, le dices que actúe en coordinación conmigo. Si actuamos como es debido, yo en la provincia de Asia y él en Frigia, este año no se producirá la invasión de la provincia de Asia ni de Galacia.

—¿Cómo viajo, César? ¿Con este mismo aspecto?

—Creo que debes tener aspecto de dios de la guerra, Burgundus. Ponte la coraza de oro que te dio Cayo Mario, dispón en tu casco las mejores plumas púrpura que encuentres en el mercado y canta a voz en grito las más temibles canciones germanas. Si te tropiezas con soldados pónicos, pasa por medio de sus filas como si no existiesen. Sobre el caballo niseano, serás la encarnación del terror marcial.

—¿Y después de ver a Deiotaro?

—Regresa por el Meandro para dar conmigo.

Los cien mil soldados pόνticos que se habían puesto en marcha con Eumaco y Marco Mario desde Zela en primavera tenían la orden prioritaria de infiltrarse en la provincia de Asia; pero seguir un itinerario casi rectilíneo desde Ponto hasta Frigia significaba cruzar Galacia, y Mitrídates no estaba muy seguro de Galacia, pues la gobernaba una nueva generación de caudillos que habían sustituido a los que él había mandado asesinar casi treinta años atrás. No tenía más remedio que enfrentarse a aquella nueva cosecha de galos, pero a su debido tiempo. Mitrídates había reservado sus mejores tropas para sus propias divisiones, y los soldados que llevaban Eumaco y Marco Mario no estaban lo bastante curtidos. Una campaña a lo largo del Meandro contra poblaciones desorganizadas de griegos asiáticos serviría para entrenar a esas tropas y darles confianza.

Como resultado de este razonamiento, el rey del Ponto mantuvo a su lado al ejército de Eumaco y Marco Mario en su avance hacia Paflagonia. Se las prometía muy felices en su enfrentamiento con Roma, por hallarse tan bien provisto: sus graneros contenían dos millones de medimni de trigo y con un medimnus se hacían dos panes diarios de una libra durante treinta días; por consiguiente, tenía trigo de sobra para alimentar a su pueblo y a los ejércitos durante varios años. Y, en consecuencia, no le importaba gran cosa marchar hacia Paflagonia con cien mil hombres más. A él no le preocupaban los detalles logísticos del transporte de aquellas enormes cantidades de trigo y provisiones; eso lo hacían sus subordinados y era de suponer que ordenarían debidamente el aprovisionamiento. En realidad, los subordinados no tenían experiencia ni imaginación para llevar a cabo las funciones que con toda naturalidad desempeñaba un praefectus fabrum romano, aunque ningún general romano habría soñado con desplazar en largas distancias un ejército superior a diez legiones.

Y así, cuando Eumaco y Marco Mario separaron a sus cien mil hombres de los trescientos mil del rey Mitrídates, las provisiones comenzaron a escasear de tal modo que el rey se vio obligado a enviar a retaguardia largas filas serpenteantes de hombres hasta los lentos carros de bueyes para que

cargasen sobre sus espaldas la comida para alimentar a la tropa. Lo que, a su vez, significaba que un porcentaje de la misma estaba siempre exhausta por tener que servir de portadores. Le anunciaron que la flota llevaría provisiones a Heraclea y allí todo se arreglaría.

Pero Heraclea fue parco consuelo para Eumaco y Marco Mario, pues tuvieron que separarse del grueso de las tropas para dirigirse con las suyas tierra adentro por el curso del Billaeus, cruzar una sierra y salir al valle del Sangario. En aquella fértil región de Bitinia comieron bien a expensas de los labradores, pero no tardaron en internarse en tierras más altas y boscosas en las que sólo había vallecillos y parcelas cultivables.

Por eso, lo que hizo que Eumaco y Marco Mario dividieran sus fuerzas fue la imposibilidad de alimentar a cien mil hombres.

—No te hará falta todo el ejército para dar cuenta de un puñado de griegos asiáticos —dijo Marco Mario a Eumaco— y menos aún la caballería. Yo me quedo en el río Tembris con parte de la infantería y toda la caballería. Cultivaremos y haremos provisiones y aguardaremos tus noticias. Tendrás que regresar en invierno, trayendo a la mitad de la población de la provincia de Asia como portadores de las provisiones. Las tierras de los tolístobogios gálatas no están muy lejos del curso alto del Tembris; en primavera caemos sobre ellos y los aniquilamos y con ello tendremos comida hasta el año siguiente.

—No creo que a mi primo el rey le guste oírte desmerecer su gloriosa empresa militar hablando de comida —dijo Eumaco sin altanería ni fiereza; temía demasiado a Mitrídates para adoptar semejante actitud.

—Tu primo el rey necesita empaparse a fondo de los métodos romanos y entonces sabría lo difícil que es alimentar a tantas tropas en avance —replicó Marco Mario, impávido—. Me enviaron a que os enseñase el arte de la emboscada y las incursiones, pero hasta ahora sólo se me ha encomendado el mando de un ejército, y yo no soy general, pero tengo sentido común y el sentido común me dice que la mitad de esta fuerza debe acantonarse en algún sitio junto a un río en el que haya tierra plana para cultivar y poder comer. ¡Lamento que hablar de una campaña refiriéndome



a la alimentación moleste al rey! Si quieres que te diga la verdad, a mí me parece que no vive en el mismo mundo que tú y yo.

Perdieron más tiempo mientras Marco Mario hallaba un sitio adecuado, pues Eumaco se negó a separarse de él sin estar seguro de poder encontrarle a su regreso. Así, fue a primeros de septiembre cuando él con cincuenta mil soldados de infantería cruzó el monte Dándimo para seguir el curso de un afluente del Meandro. Naturalmente, cuanto más descendían por su curso, mejores provisiones iba encontrando, y ello constituyó estímulo para continuar hasta que aquella fértil parte del mundo volviese a pertenecer al rey Mitrídates del Ponto.

Como las ciudades mayores del serpenteante río estaban situadas en la orilla sur, Eumaco avanzó por la norte, siguiendo una ruta pavimentada que comenzaba en la ciudad de Tripolis. Prometiéndole a los soldados el pillaje cuando hubiesen conquistado la provincia de Asia, Eumaco dejó atrás Nisa, primera gran ciudad a su paso, y siguió aguas abajo hacia Tralles. Era imposible mantener a los hombres juntos durante el avance, pues continuamente había que buscar alimentos y a veces un rebaño de suculentos carneros o una bandada de gruesas ocas requería para su captura unos centenares de soldados dispersos por el paisaje. Ya por entonces había comenzado a manifestarse descontento en las filas.

De hecho, aquella marcha tranquila por tierras ricas había sido como un paseo. Los exploradores que Eumaco envió en avanzadilla, informaban dos veces al día y siempre lo mismo: ni señales del enemigo. Eso, pensó Eumaco con menosprecio, era porque no había focos de resistencia al sur de Pérgamo. Todas las legiones romanas (incluso las de Cilicia) estaban acantonadas en las inmediaciones de Pérgamo para proteger a la preciosa persona del gobernador; era un dato que conocían hacía tiempo los generales pónicos y que se confirmó enviando exploradores al Caico.

Tan tranquilo y seguro estaba Eumaco, que no se inquietó cuando una tarde los exploradores no regresaron a informar, una hora antes de la puesta de sol, como de costumbre. La ciudad de Tralles ya estaba más cerca y Nisa había quedado atrás a mayor distancia; el sol doraba las suaves ondulaciones del valle que obligaban al río a discurrir con tal profusión de

curvas. Eumaco dio orden de detenerse para pasar la noche. No se levantaron fortificaciones ni se organizó campamento alguno; todo se improvisó y los hombres fueron colocándose a su buen criterio, charlando, discutiendo y yendo de un sitio para otro.

Aún había luz suficiente cuando de la penumbra surgieron cuatro legiones de la milicia asiática en perfecta formación romana que cayeron sobre el desprevenido ejército pónico haciéndolo picadillo. Aunque superaban en fuerza a los asiáticos en una proporción mayor de dos a uno, las tropas pónicas no pudieron oponer resistencia alguna.

Al tener a mano el caballo y hallarse por pura casualidad al extremo contrario del que atacó César, Eumaco y sus legados pudieron huir y cabalgaron sin preocuparse de la suerte del ejército hacia el río Tembris en busca de Marco Mario.

Pero aquel año no acompañaba la suerte al rey Mitrídates. Eumaco llegó al Tembris a tiempo de ver cómo Deiotaro y los tolistobogos gálatas atacaban a las fuerzas de Marco Mario. Fue fundamentalmente una batalla de caballería, aunque no muy encarnizada; los jinetes sármatas y escitas que constituían el grueso de las fuerzas pónicas estaban acostumbrados a luchar en la estepa y no sabían maniobrar en las laderas del valle alto del Tembris, por lo que sucumbieron a miles.

En diciembre, los restos del ejército de invasión de Frigia regresaban con dificultad a Zela al mando de Eumaco; Marco Mario había preferido ir en busca del rey Mitrídates para decirle lo que había sucedido en vez de informarle por escrito.

La milicia de Asia estaba eufórica y con la población del valle del Meandro se entregó durante varios días a festejar la victoria.

En su arenga a las huestes antes de la batalla, César había insistido en el hecho de que la provincia de Asia se defendía por sí misma, que Roma estaba lejos y no podía ayudarles, y que por una vez el destino de la provincia dependía exclusivamente de su población autóctona de origen griego. Hablándoles en el dialecto griego de la región, apeló a sus

sentimientos de patriotismo y solidaridad con tal entusiasmo, que los veinte mil hombres de Lidia y Caria a quien dirigió para caer sobre Eumaco acampado, estaban tan sobreexcitados que la batalla casi les decepcionó. Durante cuatro nundinae los había entrenado y disciplinado, durante cuatro nundinae les había imbuido la moral de su propia valía, y no podía haberse esperado mejor resultado.

—Este año no vendrán más ejércitos pόνticos —dijo a Memnon en la fiesta que dieron en Tralles para celebrar la victoria dos días después de la derrota de Eumaco—, pero el año que viene vendrán en mayor número. Os he enseñado lo que debéis hacer y ahora sois vosotros quienes tendréis que defenderos. Te prevengo de que Roma se verá tan enredada en otros frentes que no tendrá legiones ni generales disponibles para la provincia de Asia. Ahora ya sabéis cómo combatir.

—Sí, César, y a ti te lo debemos —dijo Memnon.

—¡Bah!, lo único que necesitabais era alguien que os pusiera en marcha, y la buena suerte quiso que yo estuviera cerca.

Memnon se inclinó hacia él.

—Tenemos la intención de levantar un templo a la Victoria lo más próximo al campo de batalla que permitan las crecidas del río, y se ha hablado de una colina en las inmediaciones de Tralles. ¿Nos autorizas a erigir una estatua tuya en el templo para que la gente no olvide quien mandó las tropas?

Ni aunque Lúculo hubiese estado presente para vetar el ofrecimiento habría César renunciado a tan singular honor. Tralles estaba muy lejos de Roma y de las grandes ciudades de la provincia de Asia, y sería raro que algún romano fuese a visitar un templo de la Victoria sin tradición de antigüedad ni (lo más probable) artística. Pero para él aquel honor significaba mucho. A los veintiséis años de edad tendría una estatua de tamaño natural con atavío de general dentro de un templo dedicado a la Victoria. A sus veintiséis años había llevado un ejército a la victoria.

—Con mucho gusto —contestó muy serio.

—Pues mañana te enviaré a Glauco a que te tome medidas. Es un buen escultor que trabaja en el taller de Afrodisios, pero como pertenece a la

milicia está aquí. Le diré que traiga al pintor para que haga bocetos en color, y así no tendrás que posar si tienes cosas que hacer en otro sitio.

Si que tenía cosas que hacer en otro sitio. La más importante era un viaje para ver a Lúculo en Pérgamo antes de que le llegara por otros medios la noticia de la victoria de Tralles. Como Burgundus había regresado de Galacia siete días antes de la batalla, envió al gigante germano a Rodas escoltando a los dos escribas y a su precioso Pezuñas. Él iría solo a Pérgamo.

Cabalgó los ciento sesenta kilómetros sin detenerse más que a cambiar caballos, lo que hizo con bastante frecuencia para cubrir dieciséis kilómetros por hora de día y trece de noche. Era una buena carretera romana y, aunque había poca luna, el cielo estaba despejado. La suerte seguía acompañándole. Salió de Tralles al amanecer, dos días después de la victoria, y llegó a Pérgamo al día siguiente antes de ponerse el sol. Era mediados de octubre.

Lúculo le recibió en seguida. A César le pareció significativo que lo hiciese a solas, sin estar acompañado por su tío Marco Cotta, que se hallaba también en el palacio. Además, tampoco había el menor rastro de Junco.

—¿Qué ha motivado el alejamiento de tus estudios, César? ¿Te has tropezado con otros piratas? —inquirió Lúculo con voz fría.

—Con piratas no —replicó César muy serio—, pero sí con un ejército de Mitrídates de cincuenta mil hombres que descendía por el Meandro. Me enteré de la invasión antes de que llegases a Oriente, pero estimé inútil comunicárselo al gobernador, que supuse tendría mejor información que yo, aunque nada había hecho por defender el valle del Meandro. Así que hice que Memnon de Priena pusiese en pie de guerra a la milicia de Asia, cosa que, como sabes, está autorizado a hacer si se lo dice Roma. Y él no podía imaginar que yo no representara a Roma. A mediados de septiembre los dirigentes de Lidia y Caria habían reunido una fuerza de veinte mil hombres a los que entrené y ejercité para prepararlos para el combate. El ejército pónico entró en la provincia en la segunda mitad de septiembre, y la milicia de Asia mandada por mí derrotó al príncipe Eumaco cerca de la ciudad de Tralles hace cuatro días. Casi todas las tropas pónicas perecieron

o fueron capturadas, aunque el príncipe Eumaco logró escapar. Tengo entendido que a otro ejército pónico al mando del hispano Marco Mario se enfrentará el tetrarca Deiotaro de los tolístobogos. Ya recibirás noticia dentro de unos días de si logra la victoria. Y eso es todo.

El rostro alargado de Lúculo y sus ojos grises fríos no se conmovieron.

—¡Y creo que ya está bien! ¿Por qué no avisaste al gobernador? No podías conocer sus planes.

—El gobernador es un tonto incompetente y venal. He tenido ocasión de comprobarlo. Aunque hubiese tenido intención de dominar la situación, cosa que dudo, no habría actuado con suficiente rapidez. Eso lo sé seguro. Por eso no le comuniqué nada. No quería que entorpeciese lo que yo sabía que podía hacer mucho mejor que él.

—Te has excedido en tu autoridad, César. En realidad, no tenías ni autoridad para excederte.

—Cierto. Por lo tanto, no me he excedido en nada.

—¡No estamos en un concurso de sofismas!

—Ojalá lo estuviésemos. ¿Qué quieres que diga? No tengo muchos años, Lúculo, pero ya estoy harto de ver a esos hombres que envía Roma a las provincias dotados de imperium, y no creo que Roma esté mejor servida obedeciendo ciegamente a los de la ralea de Junco, los Dolabela o los Verres, sino por hombres como yo, con imperium o sin él. Vilo que había que hacer y lo hice. Y debo añadir que lo hice a sabiendas de que no me lo agradecerían, a sabiendas de que recibiría una reprimenda o que se me instruiría proceso por traición menor.

—Según la legislación de Sila, no hay traición menor.

—Bien, pues alta traición.

—¿Por qué has venido a verme? ¿Para pedir clemencia?

—¡Antes preferiría morir!

—No cambias.

—A peor, no, desde luego.

—No puedo aprobar lo que has hecho.

—Ni lo esperaba.

—Pero has venido a verme. ¿Por qué?

—Para informar al magistrado que ostenta el mando, como es mi deber.

—Supongo que te refieres al deber como miembro del Senado —replicó Lúculo—, aunque lo tenías para con el gobernador, no conmigo. De todos modos, no soy injusto, y entiendo que Roma debe estarte agradecida por tu rápida intervención. Yo habría actuado igual en las mismas circunstancias, siempre que hubiese tenido la seguridad de no usurpar el imperium del gobernador. Para mí, el imperium de un hombre es más importante que su valía. A mí se me ha reprochado que el rey Mitrídates esté en libertad para iniciar esta tercera guerra contra Roma porque me negué a ayudar a Fimbria a capturarlo en Pitane, y suele decirse que con ello permití que escapara. Tú habrías estado de acuerdo con Fimbria en que el fin justifica los medios, pero yo no vi nada claro el hecho de reconocer a un representante del gobierno ilegal de Roma y me negué a prestarle ayuda. Sigo apoyando a los romanos que tengan imperium. Y para concluir, veo que eres demasiado partidario de esas grandes ideas de los jóvenes como Cneo Pompeyo que se llama Magnus; pero tú, César, eres infinitamente más peligroso que cualquier Pompeyo. Has nacido para revestir la púrpura.

—Es curioso; eso mismo me digo yo —replicó César.

Lúculo le dirigió una mirada fulminante.

—No te instruiré proceso, César, pero tampoco elogiaré tu acción, y la batalla de Tralles ocupará breves párrafos en mi informe a Roma; diré que la libró una milicia asiática al mando de un jefe local. Ni voy a incorporarte a mi estado mayor, ni permitiré que otro gobernador te incorpore al suyo.

César le había escuchado con cara de palo y mirada distante, pero cuando Lúculo indicó con brusco ademán que la entrevista había concluido, su expresión cambió, dispuesto a no dar su brazo a torcer.

—No pretendo que me menciones en los informes como comandante de la milicia asiática, pero no puedo renunciar a que me nombres en los despachos diciendo que serví en toda la campaña del Meandro. Si no figura mi nombre no podré probar que ha sido mi cuarta campaña, y estoy decidido a servir en diez campañas para poder presentarme a las elecciones de cuestor.

—¡No tienes por qué aspirar a ser cuestor! —replicó Lúculo, con fiera mirada—. Ya estás en el Senado.

—Según la legislación de Sila, tengo que ser cuestor para poder ser pretor o cónsul. Y para ser cuestor quiero tener diez campañas servidas.

—Muchos que han sido elegidos cuestores ni siquiera tenían las seis campañas obligatorias. ¡No estamos en tiempos de Escipión el Africano y Catón el Censor! Nadie se va a molestar en contar las campañas en que has servido cuando salga tu nombre entre los candidatos al cuestorado.

—En mi caso —replicó terco César—, si que habrá quien se ponga a contarlas. Tengo pensado mi plan de vida y no quiero obtener nada por favor, aunque sea en contra de fuerte oposición. Estoy por encima de los demás y haré las cosas mejor que ellos. Pero no de forma anticonstitucional; eso lo juro. Recorreré el cursus honorum estrictamente como prescribe la ley. Y si figuro habiendo servido en diez campañas, en la primera de las cuales gané la corona cívica, seré el que más votos obtenga. Y es el único cargo que me parece aceptable después de tantos años como senador.

Lúculo dirigió una mirada implacable a aquel rostro bien parecido con ojos de Sila y comprendió que ya no iba a decir más.

—¡Por los dioses que tu arrogancia no tiene límites! Muy bien, te incluiré en los despachos haciendo constar tu presencia en la campaña y durante la batalla.

—Tengo derecho.

—César, algún día te excederás.

—¡Imposible! —replicó César, riendo.

—Son esa clase de respuestas las que te hacen tan detestable.

—No sé por qué, si digo la verdad.

—Otra cosa.

—¿Cuál? —inquirió César, que estaba a punto de marchar.

—Este invierno el procónsul Marco Antonio va a trasladar el escenario bélico de la lucha contra los piratas del extremo occidental del Mediterráneo al extremo oriental. Y creo que quiere concentrarse en Creta. Tendrá el cuartel general en Giteo, en donde ya hay legados suyos preparándolo todo. Marco Antonio quiere reunir una flota, y tú eres, desde

luego, quien mejor sabe acopiar barcos, como bien sé por tu empresa en Bitinia y sabe Vatia Isaúrico por lo que hiciste en Chipre. Y Rodas te está doblemente agradecido. Si quieres añadir otra campaña a tu hoja de servicios, preséntate inmediatamente en Giteo. Informaré a Marco Antonio de que sirves con rango de tribuno militar y te alojarás en una posada de algún residente romano. Si me entero de que te alojas por tu cuenta o excedes de algún modo tu propio rango, te juro, Cayo Julio César, que haré que te juzgue el tribunal militar de Marco Antonio. ¡Y no pienses que no podré convencerle! Después de que tú, pariente suyo, acusaste a su hermano, no te tiene mucho afecto. Naturalmente, puedes rehusar este servicio en virtud de tu derecho como romano, pero será el único servicio militar que obtengas si escribo unas cuantas cartas. Soy el cónsul y eso significa que mi imperium está por encima de cualquier otro, incluido el del segundo cónsul. ¡Así que no busques influencias por ese lado, César!

—Olvidas —replicó César sin acalorarse— que el imperium marítimo de Marco Antonio es ilimitado y en los mares su poder está por encima del primer cónsul del año.

—Pues me aseguraré de no hallarme jamás en el mismo mar por el que deambule Marco Antonio —replicó Lúculo con hastío—. Ve a ver a tu tío Cotta antes de partir.

—¿No me das lecho para pasar la noche?

—El único lecho que yo te daría es el Procusto, César.

Momentos después, César decía a su tío Marco Aurelio Cotta:

—Ya sabía que enfrentarme a Eumaco me valdría una buena reprimenda, pero no creía que Lúculo llegaría tan lejos. O quizás deba decir que pensaba que se me perdonaría o sería juzgado por traición. Pero lo que ha hecho Lúculo es aplicar represalias personales que entorpezcan mi carrera.

—Yo no tengo influencia sobre él —dijo Marco Cotta—. Lúculo es un autócrata. Pero eso también lo eres tú.

—No puedo quedarme, tío. Me ha ordenado partir de inmediato hacia... Rodas, supongo, para llegarme después a Giteo, en una pensión de dueño romano. ¡De verdad que las imposiciones de tu colega son tremendas!



Tendré que enviar a mis libertos a Italia, incluido Burgundus, porque no se me permite ostentación alguna.

—¡Eso sí que es raro! Si la bolsa se lo permite, hasta un contubernalis puede vivir como un rey si quiere. Y me imagino —añadió Marco Cotta con picardía— que después de tu aventura con los piratas podrás vivir como un rey.

—No. Esto me ata. Ha sido muy astuto de elegir un Antonio, porque sabe que los Antonios me detestan —dijo César con un suspiro—. Y, además, me otorga el rango más bajo. Debería ser por lo menos tribunus militum, aun sin ser electo.

—Si quieres ganar afectos, César... ¡ah, pero por qué te daré consejos! Tú sabes mejor que yo cómo conducirte en la vida. Si te ves escaldado es porque tú mismo has querido pisar la caldera viéndola perfectamente.

—Lo admito, tío. Bueno, ahora tengo que irme a buscar cama en la ciudad antes de que cierren las hospederías. ¿Cómo está mi tío Cayo?

—No le han prorrogado el mandato en la Galia itálica a pesar de que allí hace falta un gobernador. Ha cumplido bien, y espera celebrar un triunfo.

—Tío, te deseo suerte en Bitinia.

—Sospecho que voy a necesitarla —dijo Marco Cotta.

Era mitad de noviembre cuando César llegó al pequeño puerto de Giteo en el Peloponeso y se encontró con que Lúculo no había perdido el tiempo, pues había avisado de la llegada del joven tribuno militar especificando detalladamente sus condiciones.

—¿Qué diablos has hecho? —inquirió el legado Marco Manio, encargado de organizar el estado mayor de Antonio.

—Molestar a Lúculo —contestó César, lacónico.

—¿No puedes darme detalles?

—No.

—Lástima; me muero de curiosidad —dijo Manio, que caminaba junto a César por la estrecha calle empedrada—. Creo que será mejor que primero te enseñe dónde vas a vivir. No está mal del todo. Es una casa compartida

por dos viejos viudos, llamados Canuleio y Apronio. Se ve que estaban casados con dos hermanas naturales de Giteo y viven juntos desde que murió la segunda hermana. Pensé inmediatamente en ellos cuando llegaron las órdenes, porque tienen muchas habitaciones y te cuidarán muy bien. Son unos vejetes raros pero muy amables. De todos modos, no vas a estar mucho en Giteo. ¡No te envidio la tarea de sacar barcos a los griegos! Pero la hoja de servicios dice que eres un experto, así que sabrás hacerlo.

—Sí que sabré —añadió César sonriente.

En cualquier caso, reunir barcos en el Peloponeso no era tan desagradable para quien tan empapado estaba de autores clásicos griegos. ¿Era dorado Pilos? ¿Fueron los titanes quienes levantaron las murallas de Argos? Había una especie de eterna ensoñación sobre el Peloponeso que hacía irrelevante el presente, como si los mismos dioses fuesen simples niños comparados con las heroicas generaciones que habían vivido en aquellos lugares. Y César, aunque no tenía rival en ganarse la enemistad de los grandes romanos, cuando trataba con los humildes sabía ganarse su afecto.

Las flotas fueron creciendo despacio a lo largo del invierno, pero a un ritmo que César consideró que Antonio no podría poner en tela de juicio. En vez de contentarse con promesas, el mejor experto mundial en acopio de flotas, requisaba en el acto cuantos navíos de guerra veía y luego obligaba a las ciudades a firmar contratos comprometiéndose a entregar en abril en Giteo galeras de nueva construcción. Marco Antonio, pensó César, no estaría listo para comenzar su campaña antes de abril, ya que no zarparía de Massilia hasta marzo.

En febrero, comenzó a llegar el séquito del Gran Hombre, y César — con cejas enarcadas y labios temblorosos— comenzó a hacerse una mejor idea de la campaña de Marco Antonio. Como en Giteo no había una residencia de su conveniencia, el personal del séquito se empeñó en que se edificara una junto al golfo de Laconia con vistas a la preciosa isla de Citeres, y dotada con piscinas, cascadas, fuentes, baños de chorro, calefacción y decorada con mosaicos policromados.

—Seguramente no podrá estar acabada antes del verano —comentó César a Manio, con ojos pícaros—, así que he pensado ofrecer al Gran Hombre mi cuarto en casa de Apronio y Canuleyo.

—Pues no le gustará nada ver que no está acabada —replicó Manio, a quien divertía tanto la situación como a César—. Ahora bien, los griegos han adoptado una actitud encomiable y, ya que gastan los fondos municipales en tan sibarita construcción, piensan alquilarla bien cara a todos los potentados que pasen por aquí una vez que Antonio se haya ido.

—Yo me ocuparé de divulgar por doquier el lujo de la residencia —dijo César—. Al fin y al cabo, Giteo goza de uno de los mejores climas del mundo, y es lugar ideal para una cura de descanso o para retiro secreto de un cónyuge de vicios inconfesables.

—Me gustaría que lograsen recuperar su dinero —dijo Manio—. ¡Qué gasto tan enorme! Pero no he dicho nada.

—¿Cómo? —dijo César, poniéndose la mano en hueco junto al oído.

Al llegar Marco Antonio a Giteo, se encontró con un puerto bien abrigado y espacioso lleno de barcos de todo tipo (César no había desdeñado los mercantes, sabiendo que Marco Antonio tenía que transportar una legión de tropas de tierra) y su villa a medio terminar. Pero nada podía hacer mella en su enaltecido ánimo, pues había estado bebiendo vino sin aguar desde su salida de Massilia. Por lo que su fascinado legado Marco Manio y el tribuno militar Cayo Julio César pudieron ver, el concepto de campaña que tenía Marco Antonio era asaltar las partes pudendas de cuantas féminas pudiese encontrar, con lo que, según rumores, era un arma colosal. Sus victorias eran los alaridos femeninos ante el vigor del ataque y el tamaño del ariete.

—¡Por los dioses, qué borracho incompetente! —exclamó César ante las paredes de su agradable y cómodo cuarto en casa de Canuleyo y Apronio, pues no osaba decirlo ante ningún mortal.

Se había preocupado, desde luego, porque Marco Manio mencionase en sus despachos su actividad reuniendo flotas, y así, cuando llegó carta de su madre a finales de abril, unos días después que Antonio, las noticias que le

daba supusieron una placentera pausa en su servicio en Giteo sin desmerecer sus méritos de campaña.

El tío mayor de César, Cayo Aurelio Cotta, había regresado de la Galia itálica a primeros de año, pero murió a punto de celebrar su triunfo, dejando —entre otras cosas— una vacante en el colegio de pontífices, del que había sido durante muchos años el decano. Y, aunque Sila había dispuesto que el colegio lo formasen ocho plebeyos y siete patricios, en el momento de la muerte de Cayo Cotta constaba de nueve plebeyos y seis patricios, debido a que Sila había tenido que recompensar a unos y a otros nombrándolos pontífices y augures. Normalmente, la muerte de un sacerdote plebeyo se traducían automáticamente con su sustitución por otro plebeyo, pero para ordenarlo conforme lo había dispuesto Sila, los miembros del colegio decidieron incorporar a un patricio y habían elegido a César.

Por lo que Aurelia tenía entendido, la elección de César se debía al hecho de que no había habido ningún Julio miembro del colegio de pontífices ni del de augures desde el asesinato de Lucio César (un augur) y César Estrabón (un pontífice) hacía trece años. Se había acordado casi por unanimidad que el hijo de Lucio César ocupase la próxima vacante en el colegio de augures, pero (decía Aurelia) nadie habría podido imaginar que fuesen a elegir a César para el colegio de pontífices. Quien la había informado era Mamerco, diciéndole que no había sido una decisión unánime; Catulo se había opuesto, y también Metelo, el hijo mayor de Caprario. Pero tras diversos augurios y consultas de los libros proféticos, le habían nombrado a él.

Lo más importante de la carta de su madre era un mensaje de Mamerco señalándole que si quería asegurarse el sacerdocio más valía que regresase a Roma para la consagración y la asunción del cargo lo antes posible, si no quería que Catulo lograra que el colegio cambiase de idea.

Como ya existía constancia de su quinta campaña, César empaquetó sus pertenencias sin lamentarlo. Sólo echaría de menos a Apronio y Canuleyo y al legado Marco Manio.

—Aunque debo confesarte —dijo a éste— que me habría gustado ver esa monstruosa construcción a orillas del mar en todo su esplendor.

—Es mucho más importante ser pontífice —replicó Manio, que no se había percatado de la importancia de César y siempre le había parecido un hombre práctico y poco divertido que destacaba en todo y trabajaba sin descanso—. ¿Qué harás una vez que pertenezcas al colegio?

—Trataré de encontrar algún humilde propretor que se vea obligado a hacer una guerra y no tenga capacidad —contestó César—. Lúculo es ahora procónsul, y eso significa que no puede mandar en los gobernadores.

—¿Hispania?

—Demasiado llamativo. No, veré si Marco Fonteio necesita un buen tribuno militar joven en la Galia Transalpina. Él es un vir militaris y éstos siempre son razonables, por lo que le dará igual lo que Lúculo diga de mí con tal que cumpla. Pero lo primero es lo primero —añadió con gesto entristecido—, y antes acusaré a Marco Junio Junco ante el tribunal de extorsiones.

—¿Es que no te has enterado? —inquirió Marco Manio.

—¿De qué?

—Junco ha muerto. Pereció en un naufragio cuando regresaba a Roma.

Era un tracio que no era tracio. En el año en que César partió de Giteo para asumir el pontificado, aquel tracio que no era tracio cumplió veintiséis años y entró en los anales de la Historia.

Su cuna era respetable pero no ilustre y su padre, un campanio de la parte del Vesubio, había sido uno de los que apelaron en un plazo de sesenta días al pretor de Roma en virtud de la lex Plautia Papiria aprobada durante la guerra itálica, y por ello le había sido concedida la ciudadanía por no ser de los itálicos que se habían alzado en armas contra Roma.

Nada de los antecedentes rurales del muchacho explicaba su pasión por la guerra y todo lo militar, pero el padre sabía sin ningún género de dudas que cuando el muchacho cumpliera diecisiete años se alistaría en las legiones. No obstante, el padre tenía algo de influencia y pudo conseguir que se incorporase como cadete a la legión que Marco Craso había

reclutado para Sila después del desembarco de éste en Italia y el comienzo de la guerra contra Carbón.

El muchacho prosperó en los medios castrenses y se distinguió en combate antes de cumplir los dieciocho años, fue trasladado a una legión de veteranos de Sila y en su momento fue ascendido a tribuno militar; cuando le ofrecieron la licencia al final de la última campaña en Etruria, él optó por incorporarse al ejército de Cayo Cosconio, enviado a Iliria para sojuzgar a las tribus que constituían la etnia de los dálmatas.

Al principio, se había entusiasmado con el lugar y estilo de guerra, y añadió armillae y phalerae a su colección de condecoraciones militares; pero, luego, Cosconio se había quedado empantanado en un asedio que duró más de dos años ante la ciudad portuaria de Salona, que se negaba a rendirse y a luchar. Para el muchacho, que ya se estaba haciendo hombre, el sitio de Salona fue un episodio aburrido insoportable. Él tenía decidido lo que iba a hacer: haría carrera en el ejército y se convertiría en vir militaris. ¡Cayo Mario había comenzado como militar y había alcanzado los más altos honores! Pero allí, en aquel asedio, se pasaba los días fuera de aquella masa inerte de ladrillo y tejas sin hacer nada, sin ir a ningún sitio.

Pidió el traslado a Hispania porque (como muchos compañeros suyos) le fascinaban las hazañas de Sertorio, pero el legado al mando de su legión no le tenía simpatía y se lo negó; el aburrimiento se estaba haciendo insoportable y volvió a pedir el traslado a Hispania. Segunda negativa. Después de aquello su conducta se deterioró y comenzó a adquirir fama por indisciplina, ebriedad y ausencia del campamento sin permiso, todo lo cual desapareció al rendirse Salona y comenzar el general Cosconio a colaborar con Cayo Escribonio Curio, gobernador de Macedonia, en una amplia campaña destinada a someter a los dárdanos. ¡Ahora sí que valía la pena!

El incidente que produjo la ruina del joven fue calificado de insurrección, pues el legado, que le tenía poca simpatía, resultó ser un enemigo oculto. Al joven —junto con otros— le juzgaron por el delito de amotinamiento ante el tribunal militar de Cosconio, que falló en contra suya. De haber sido un simple auxiliar o soldado no romano, la sentencia habría sido automáticamente flagelación y ejecución, pero como era

romano y oficial con categoría de tribuno —además de sus numerosas condecoraciones por valor—, le ofrecieron dos alternativas: perdería, naturalmente, la ciudadanía, pero podía elegir entre ser azotado y quedar desterrado para siempre de Italia o hacerse gladiador. Por supuesto que optó por hacerse gladiador. Así, al menos, estaría en Italia. Y, como era de Campania, conocía bien el oficio de gladiador, ya que todas las escuelas estaban en los alrededores de Capua.

Le enviaron a Aquilea con otros siete jóvenes también culpables de amotinamiento que habían elegido el mismo destino, y fue comprado por un tratante que lo envió a Capua para venderlo en subasta; en cuanto a él, no formaba parte de sus intenciones mencionar su anterior ciudadanía romana. A su padre y a su hermano mayor no les gustaba el deporte del combate de gladiadores y nunca asistían a los juegos funerarios, por lo que, aunque no viviera lejos de ellos, podría pasar desapercibido. Y eligió un nombre para su nueva profesión, un buen nombre breve, que sonara marcial con connotaciones de espléndido luchador: Espartaco. Sí, sonaba bien. Y se prometió que Espartaco sería un gladiador famoso a quien requerirían para el espectáculo en toda Italia, se haría famoso en Capua, traería a las mujeres de calle y le invitarían a más fiestas de las que podría asistir.

Lo compró en el mercado de Capua el lanista de una escuela famosa, propiedad del consular y ex censor Lucio Marcio Filippo, por su aspecto imponente: era alto y tenía pantorrillas, muslos, pecho, hombros y brazos de extraordinario desarrollo, cuello de toro y piel tostada salvo unas interesantes cicatrices; y era guapo y rubio, tenía ojos grisáceos y andares principescos. El lanista que pagó cien mil sestercios por él por cuenta de Filippo (quien, naturalmente, no asistió a la operación, pues él nunca había visto a los quinientos gladiadores que poseía y alquilaba con tan pingües ganancias) pensó que, con aquel aspecto, Espartaco era un gladiador nato. Filippo hacía una buena compra.

Había dos estilos de gladiador: tracio y galo. Mirando a Espartaco, el lanista se vio en un brete para decidir en qué estilo le entrenaría; generalmente el aspecto físico orientaba en este sentido, pero Espartaco era tan impresionante que podía ser uno u otro. Sin embargo, los galos tenían

más cicatrices y corrían algo más riesgo de quedar mutilados para siempre, y el precio había sido alto. El lanista decidió que Espartaco sería tracio. Cuanto mejor aspecto tuviese en la arena, por más dinero podrían alquilarle cuando comenzase a hacerse famoso. Tenía una noble cabeza, que luciría mejor desnuda, pues los tracios no llevaban casco.

Y comenzó el entrenamiento. El lanista, que era cauto, se aseguró de que la destreza atlética de Espartaco fuese equiparable a su aspecto físico antes de encargarle una armadura plateada con incrustaciones de oro. Le vistió con taparrabos escarlata sujeto a la cintura por una tira ancha de cuero negro, de la que pendía el sable curvo de la caballería tracia. Iba protegido por espinilleras altas que le llegaban más arriba de la rodilla, lo que le hacía moverse con mayor torpeza y lentitud que el adversario galo, y requería más inteligencia y coordinación para compensar el inconveniente; en el brazo derecho llevaba una manga de cuero con escamas metálicas y sujeta por correas al cuello y al tronco que le cubría la mano hasta los nudillos. Completaba su atavío un escudo pequeño redondo.

Para Espartaco el entrenamiento fue fácil. Naturalmente, le rodeaba un aura de cierto misterio (sus siete compañeros habían ido a parar a otros destinos desde Aquilea) pues nunca hablaba de su carrera militar y lo que había dicho el agente aquileo en la carta era muy fragmentario. Pero hablaba latín de Campania y griego de Campania, tenía cierta instrucción y conocía perfectamente la estructura de un ejército. Todo lo cual comenzó a inquietar al lanista, que anticipó complicaciones. Espartaco era muy belicoso, incluso en la pista de entrenamiento con espada de madera y escudo de cuero. El primer brazo que rompió por varios sitios podía haber sido sin querer, pero cuando por su lista de huesos gravemente rotos hubo que dar de baja a cinco doctores durante varios meses, el lanista le mandó llamar.

—Mira —dijo el hombre en tono razonable—, tienes que aprender a luchar en la arena como un deporte, no como si fuese la guerra. ¡Ser gladiador es un deporte! Lo inventaron los etruscos hace un siglo y se ha transmitido a través de las épocas como una profesión honorable de gran habilidad. Es algo que no se conoce fuera de Italia. Cuando muere alguien,



sus parientes celebran, no la clase de juegos que creó Aquiles en honor de Patroclo, de salto, carreras, pugilato con puños y lucha, sino una contienda solemne de habilidad atlética en forma de deporte guerrero.

El gigante rubio le escuchaba impasible, pero el lanista advirtió que los dedos de su mano derecha se abrían y se cerraban, como ansiando asir una espada.

—¿Me estás escuchando, Espartaco?

—Si, lanista.

—El doctor es quien te entrena, no tu enemigo. ¡Y te diré que cuesta mucho formar a un buen doctor! Pues bien, gracias a tu desaforado entusiasmo, me he quedado con cinco doctores menos, y no puedo sustituirlos por otros tan buenos como ellos. Su vida no corre peligro, pero dos de ellos no podrán volver a trabajar. Espartaco, no luchas contra los enemigos de Roma; y el objeto del deporte no es derramar cubos de sangre. El público viene a ver un deporte, un ejercicio físico de ataque y defensa, poder y gracia, habilidad e inteligencia. Con los cortes, tajos y rajas que sufren los gladiadores ya hay sangre de sobra para excitar al público, que no acude a ver a dos hombres matarse o cortarse un brazo. Viene a ver un deporte. ¡ Un deporte, Espartaco! Una contienda de destreza atlética. Si el público quisiera ver hombres que se matan y se mutilan, iría al campo de batalla. ¡Por los dioses que en Campania no han faltado guerras! Bien —añadió, mirándole fijamente—, ¿lo has captado? ¿Lo entiendes ahora mejor?

—Si, lanista —contestó Espartaco.

—Pues sigue entrenándote y sé buen chico. Deja tu ardor para las planchas y los muñecos de madera y la próxima vez que te enfrentes a un doctor con la espada de madera, concéntrate para describir en el aire un bello movimiento con ella y no para lograr un siniestro ruido de huesos rotos.

Como Espartaco era lo bastante inteligente para entender lo que el lanista le había dicho, durante cierto tiempo después de esta conversación estuvo dando vueltas en la cabeza al ritual y al ceremonial de los movimientos y hasta le encontró su atractivo. Los cautos y aprehensivos

doctores que se enfrentaban a él comprobaron con alivio que no trataba de romperles los brazos y que se concentraba en perfeccionar las diversas fintas y movimientos que tanto gustaban a los espectadores. El lanista tardó más en convencerse de que Espartaco se había curado de su sed de sangre, pero al cabo de seis meses incluyó a su problemático gladiador en una lista de seis parejas que iban a luchar en los juegos funerarios de uno de los Gutta de Capua. Como era una celebración local, el lanista asistió también para ver cómo se desenvolvía Espartaco.

El adversario galo de Espartaco (formaban la tercera pareja de la lid) no le desmerecía en nada; era algo más alto y también de cuerpo extraordinario. Desnudo, con excepción de un pequeño taparrabos, el galo combatía con un escudo largo ligeramente curvado y una espada recta de doble filo. Lo mejor de su atavío era un espléndido casco de plata con placas protectoras en mejillas y cuello, rematado por un pez de esmalte en postura de salto más grande que la habitual pluma de adorno.

Espartaco no le conocía ni había hablado con él antes; en un establecimiento grande como era la escuela de Filipo, los únicos a los que había que conocer eran los doctores, el lanista y los condiscípulos que estaban en el mismo nivel de entrenamiento. Pero le habían comentado que aquel adversario era un luchador experimentado que se había hecho famoso en la arena de Capua, donde solía combatir.

Durante un rato, la contienda se desarrolló normalmente; Espartaco, con su engorrosa indumentaria, se movía despacio en círculo fuera del alcance del galo. Viendo aquel rostro bien parecido y aquel cuerpo hercúleo, algunas mujeres lanzaban suspiros y le tiraban besos. Espartaco estaba creándose un núcleo de fervientes admiradoras, pero como el lanista no permitía a los nuevos frecuentar mujeres hasta que hubiesen hecho méritos en la pista, aquellos besos que le dirigían distrajeron un poco su atención del galo, y, al alzar su pequeño escudo redondo excesivamente, éste, más rápido que una anguila, le asestó un tajo en la nalga izquierda.

Y aquello fue Troya. Y el final del galo. Y tan rápido que lo único que vieron los espectadores fue un torbellino: Espartaco giró sobre el talón izquierdo y descargó el sable curvo sobre el cuello de su adversario, con tal

fuerza que la hoja cercenó la columna vertebral, y la cabeza del galo se dobló hacia un lado y quedó colgando sobre el hombro con los ojos aún parpadeantes y dando boqueadas que parecían imitar los besos que las mujeres dirigían a Espartaco. Hubo chillidos, gritos y arremolinamientos y carreras entre los espectadores, pues la gente se desmayaba, se marchaba o vomitaba.

Espartaco fue conducido al barracón.

—¡Se acabó! —exclamó el lanista—. ¡Jamás serás gladiador!

—¡Pero él me ha herido! —protestó Espartaco.

El lanista no cesaba de menear la cabeza.

—¿Cómo puede alguien tan hábil ser tan estúpido? ¡ Estúpido! ¡ Estúpido! ¡ Estúpido! Con tu aspecto y tu habilidad habrías podido ser el gladiador más famoso de toda Italia, habrías adquirido un buen renombre profesional, yo me habría ganado una palmadita en la espalda y Marcio Filipo habría hecho una fortuna. ¡ Pero no hay manera, Espartaco, porque eres estúpido! ¡Hábil pero estúpido! Hoy mismo te marchas de aquí.

—¿De aquí? ¿A dónde? —inquirió el tracio, enfurecido aún—. Tengo que cumplir mi servicio de gladiador.

—¡Sí, descuida! —replicó el lanista—. Pero no aquí. Lucio Marcio Filipo tiene otra escuela en las afueras de Capua y allí vas a ir. Es un establecimiento muy acogedor con unos cien gladiadores y unos diez doctores y con el mejor lanista de la profesión. Cneo Cornelio Léntulo Batiato. El viejo Batiato, bárbaro de Iliria. Ya verás como, comparado conmigo, Batiato te parecerá un demonio.

—Lo aguantaré —dijo Espartaco—. No me queda más remedio.

Al día siguiente, al amanecer, llegó un carro cerrado tirado por bueyes para llevarse al proscrito, quien montó rápido y descubrió al oír cerrarse el cerrojo que la única comunicación con el exterior eran las ranuras entre los tablones. ¡ Era un prisionero que ni sabía a dónde le llevaban! ¡ Prisionero! Tan extraño y horrible era el concepto para un romano, que cuando el carromato cruzó las enormes puertas enrejadas de la escuela de gladiadores, conducido por Cneo Cornelio Léntulo Batiato, el cautivo ya se había

contusionado y estaba medio inconsciente de los golpes que él mismo se había propinado contra las paredes de su encierro.

De todo eso hacía ya un año. Había cumplido los veinticinco años en la otra escuela, y los veintiséis entre los muros de lo que sus compañeros denominaban villa Batiato. ¡En villa Batiato no los mimaban! El número de residentes variaba de vez en cuando, pero en el libro de registro solían figurar cien gladiadores: cincuenta tracios y cincuenta galos. Todos ellos procedían de otras escuelas de las que los habían expulsado por alguna infracción, generalmente relacionada con la violencia o la rebelión, y allí vivían como esclavos de minas, salvo que en villa Batiato no los encadenaban, comían bien, tenían buena cama y hasta mujeres.

Pero era esclavitud. Todos sabían que iban a estar allí hasta la hora de su muerte, aunque no cayeran en la arena, pues, cuando ya eran demasiado viejos para luchar, ocupaban el papel de doctor o de criado. No tenían paga ni les hacían luchar con intermedios adecuados para que curasen sus heridas si había trabajo, y Batiato casi siempre tenía contratos porque sus precios eran los más bajos del mercado, y cualquiera que tuviese unos sestercios y quisiera honrar a un familiar difunto con juegos funerarios, podía alquilar allí una pareja de gladiadores de Batiato. Debido a los bajos precios, casi todas las contiendas tenían lugar en la localidad.

Escapar de villa Batiato era prácticamente imposible. Estaba dividida en pequeñas zonas separadas por rejas y ninguna de las dependencias por las que deambulaban los gladiadores estaba cerca de las altísimas murallas externas, todas ellas rematadas por pinchos de hierro. Y escaparse estando fuera de ella (como era el caso cuando salían a combatir) era también imposible, pues iban todos encadenados de muñecas y tobillos con un aro al cuello, los llevaban en carromatos cerrados y siempre que iban a pie los escoltaba una tropa de arqueros con las flechas preparadas. Sólo les quitaban las cadenas cuando entraban en la pista, pero los arqueros estaban vigilando.

¡Qué distinto de la vida que llevaban los otros gladiadores! ¡ Ellos podían entrar y salir del cuartel, las mujeres les agasajaban e idolatraban y, además, iban juntando sus buenos ahorros; combatían cinco o seis veces al año y al cabo de cinco años o de treinta combates se retiraban. Hasta había libertos que optaban por hacerse gladiadores, aunque la mayoría eran desertores o amotinados de las legiones y sólo unos pocos llegaban a las escuelas con la condición de esclavos. Todo aquel cuidado y consideración se debía al hecho de que un gladiador entrenado era una fuerte inversión y había que conservarlo y tenerlo contento para que el dueño de la escuela obtuviese buenos beneficios.

Pero en la escuela de Batiato no había nada de eso. A él le tenía sin cuidado que un hombre cayese en el serrín de la pista en el primer combate o estuviese diez años combatiendo. Los que pasaban bastante de los veinte años no solían ser aceptados como gladiadores y su carrera duraba como mucho diez años; era un deporte para hombres jóvenes. Ni siquiera Batiato enviaba a las pistas hombres maduros; los espectadores (el pariente del muerto que los alquilaba) querían ver adversarios ágiles y jóvenes, y en villa Batiato, los que dejaban de combatir seguían viviendo y sufriendo allí. Un destino cruel, si se tenía en cuenta que los otros gladiadores retirados podían hacer lo que querían e ir donde quisieran, generalmente a Roma u otra ciudad importante para trabajar de forzudos, guardaespaldas o matones.

Villa Batiato era un lugar de horarios inflexibles que comenzaban con el tañido de un aro de hierro golpeado con una barra y se sucedían con arreglo a un programa siempre igual. Al atardecer, encerraban a los cien gladiadores, o cuantos fuesen, en celdas de piedra con rejas que compartían siete u ocho, desde las que no podían comunicarse con los otros y en las que no penetraba ningún ruido del exterior. Ninguno de ellos permanecía constantemente en el mismo grupo y cada noche dormía con seis o siete compañeros distintos, y al cabo de diez días volvían a cambiar, y tan ingeniosas eran las permutaciones que había establecido Batiato, que transcurría un año antes de que uno nuevo conociese a todos sus

compañeros. Eran celdas limpias y con buenas camas, además de una antecámara con baño de agua corriente y orinales; calientes en invierno y frescas en verano, sólo se usaban entre la puesta y la salida del sol y las aseaban durante el día unos esclavos que no tenían contacto con los gladiadores.

Al amanecer, se levantaban al oír el ruido de los cerrojos y comenzaba la jornada, durante la cual, el gladiador estaba con quienes había compartido la celda por la noche, aunque les estaba prohibido hablar. Los grupos desayunaban en el patio, delante de la celda; si llovía, se ponía un toldo de cuero. Luego, el grupo hacía los ejercicios de entrenamiento y después un doctor los separaba en parejas de galos contra tracios para hacerles combatir con espadas de madera y escudos de cuero; a continuación hacían la comida principal a base de carne, mucho pan, buen aceite de oliva, frutas y verduras de la estación, huevos, pescado salado y una especie de gachas de legumbres con trozos de pan y toda el agua que quisieran; el vino lo tenían prohibido. Después de comer descansaban dos horas en silencio y después los dedicaban a limpiar el armamento, los artículos de cuero, arreglar botas o cualquier otro instrumento de la profesión; todas las herramientas eran cuidadosamente recogidas y recontadas bajo la constante vigilancia de los arqueros. Les daban una tercera comida más ligera después de una tabla de enérgicos ejercicios y luego los permutaban a todos formando nuevos grupos.

Batiato tenía cuarenta mujeres, cuyo único cometido, aparte de los trabajos de cocina, era saciar los apetitos sexuales de los gladiadores, quienes tenían derecho a la compañía de una mujer cada tres días, emparejándose con las cuarenta en riguroso orden; las siete u ocho mujeres asignadas a una celda llegaban escoltadas y se dirigían al lecho que tuviesen asignado y no podían quedarse en él una vez concluido el coito. La mayoría de los gladiadores eran capaces de efectuar tres o cuatro coitos por noche, pero tenía que ser cada vez con una mujer distinta. Bien consciente de que en aquellos encuentros se daba el mayor peligro en el sentido de que se desarrollase un vínculo afectivo, Batiato ponía un vigilante en la celda en cuestión (tarea que ningún criado desdeñaba, pues las celdas estaban

iluminadas) para que las mujeres circularan y los hombres no entablaran conversación con ellas.

No siempre estaban los cien gladiadores en villa Batiato, pues entre un tercio y la mitad solían hallarse de viaje, cosa que ellos detestaban porque no vivían en iguales condiciones que en la escuela y no tenían mujeres. Pero la ausencia de un grupo permitía que las mujeres tuviesen días de descanso y que las que estaban embarazadas pudiesen tener los niños antes de volver al trabajo, del que quedaban exentas sólo en el último mes de embarazo y en el siguiente al parto, por lo cual ellas procuraban no quedarse embarazadas, y las que quedaban hacían lo posible por abortar. Todos los recién nacidos eran separados inmediatamente de la madre; si era niña la tiraban a la basura y si era niño Batiato en persona lo examinaba, pues siempre tenía clientas dispuestas a comprar un varón.

La jefa de las mujeres era una tracia auténtica llamada Aluso. Belicosa sacerdotisa de los bessi, Aluso había sido durante nueve años barragana de Batiato, a quien odiaba más que ninguno de los gladiadores, pues la hija que había tenido durante su primer año allí habría debido ser, según la tradición de su tribu, su sucesora, pero él no había escuchado sus súplicas pidiendo que se la dejase y la habían tirado a la basura. A partir de entonces, Aluso había tomado su medicina y no había vuelto a concebir, pero con profundo odio había pedido a sus dioses que Batiato tuviese una muerte lenta.

Todo esto significaba que Cneo Cornelio Léntulo Batiato era el hombre más eficaz y meticulado que jamás había habido en la ciudad de los gladiadores. Nada se le escapaba, no dejaba de adoptar cuantas precauciones fuesen necesarias, atendiendo personalmente todos los detalles. Y en esa parte de su personalidad radicaba el motivo de que su escuela de sufridos gladiadores fuera tan estimada. El otro motivo era su particular habilidad como lanista. No confiaba en nadie y no delegaba en nadie. Él tenía la única llave de la fortaleza de piedra en que se guardaban corazas y armas; él llevaba todas las cuentas; él hacía todos los contratos; elegía los arqueros, los esclavos, los armeros, los cocineros, las lavanderas, las rameras y los doctores, y sólo él veía al propietario de la escuela, Lucio Marco Filippo, que nunca visitaba el establecimiento y prefería convocar a

Batiato a Roma. Batiato era, además, el único servidor de Filipo que se había salvado de la profunda limpieza efectuada por Pompeyo años antes; de hecho, tanto había impresionado a Pompeyo, que le había pedido que aceptase el cargo de administrador general de Filipo. Pero Batiato había contestado, sonriente, con una negativa. A él le gustaba su trabajo.

Pero el fin de villa Batiato se avecinaba cuando Espartaco y otros siete gladiadores regresaron de un combate en Larinum a finales del mes de sextilis, en el año en que César dejó Giteo y el servicio de Marco Antonio para asumir el pontificado.

Larinum había sido una experiencia fascinante, aun para los ocho gladiadores confinados en el carromato y encadenados constantemente, menos durante el combate. Al final del año anterior, uno de los personajes más relevantes de Larinum, Estatio Albio Oppianico, había sido acusado por su hijastro, Aulo Cluentio Habito, de haber intentado asesinarle; el juicio se había celebrado en Roma y por él había salido a relucir un horrible caso de asesinato colectivo de veinte años antes. Toda Roma se había enterado de que Oppianico era culpable de la muerte de sus esposas, hijos, hermanos, cuñados, primos y otros parientes, y había cometido o encargado los crímenes para acumular dinero y poder. Amigo del aristócrata y fabulosamente rico Marco Licinio Craso, Oppianico había estado a punto de ser absuelto, pues el tribuno de la plebe Lucio Quintio había intervenido y se había dispuesto una enorme suma de dinero para sobornar al jurado de senadores. Que Oppianico hubiese sido declarado culpable se debió a la avaricia del encargado del soborno, Cayo Elio Estaeno, tan útil a Pompeyo unos años antes, y el mismo que se había quedado con noventa mil sestercios cuando Cayo Antonio Hibrida le había contratado para sobornar a nueve tribunos de la plebe. Y es que Estaeno no tenía palabra en sus deshonorosos encargos, y se quedó con el dinero que Oppianico le había entregado para sobornar al jurado.

En Larinum no se hablaba de otra cosa que de la perfidia de Oppianico, cuando llegaron los gladiadores allí para celebrar los juegos funerarios; y es



que en Larinum se habían celebrado muchos juegos funerarios. Así, mientras comían encadenados a una mesa en el patio de una hospedería, habían escuchado con sumo interés los comentarios de los cuatro arqueros. Claro que hablaban, aunque lo tuvieran prohibido, y, gracias al tiempo y a la práctica, sabían mantener trozos de conversación, y los comentarios de aquellos crímenes entre los habitantes de Larinum eran una buena tapadera.

A pesar de las tremendas dificultades que imponía la obsesiva meticulosidad de Batiato, Espartaco —que llevaba ya un año en el establecimiento— estaba urdiendo un plan para huir después de asesinar a los vigilantes. Ya conocía a todos los compañeros y había aprendido a comunicarse con quienes no veía a diario o durante meses. Si Batiato había creado una complicada red que impedía que rameras y gladiadores intimasen, Espartaco también había tramado una complicada cadena que permitía a rameras y gladiadores transmitir ideas e información y recibir comentarios sobre las mismas, favorables o críticos. De hecho, el sistema de Batiato le había servido para sacar un mejor partido de aquellas comunicaciones indirectas, pues así los diversos implicados no se veían tan a menudo como para que pudiesen chocar ni tratar de suplantarle como jefe de la insurrección.

Había iniciado el plan a principios de verano, encargando ciertos sondeos a sus compañeros y a finales del mismo ya lo tenía bien perfilado, y todos los gladiadores habían acordado secundarle sin excepción si descubría la manera de escapar; las rameras, parte esencial del plan, también estaban de acuerdo.

Había dos desertores romanos que conocían la disciplina militar casi tan bien como Espartaco, y a través de la red les había nombrado sus ayudantes para la proyectada fuga; se trataba de dos compañeros que luchaban como galos, llamados Crixus y Enomao, porque al público no le gustaban los nombres latinos que les recordasen que la mayor parte de sus ídolos eran prófugos romanos de las legiones. Dio la casualidad de que Crixus y Enomao acompañaron a Espartaco a Larinum y así éste pudo adelantar la fecha de la fuga.

Se fugarían ocho días después del regreso de Larinum, hubiera muchos o pocos gladiadores en villa Batiato. Como el día señalado era el siguiente a las nundinae, era muy probable que fuesen más numerosos que pocos, tanto más cuanto que Batiato recortaba su programa de espectáculos en septiembre, que era cuando tomaba sus vacaciones y efectuaba su visita anual a Filipo.

La sacerdotisa tracia Aluso se había convertido en la más ferviente partidaria de Espartaco, y, una vez que todos hubieron aceptado el plan, los que compartían la celda con él se habían ganado la complicidad de otras mujeres para que Espartaco y Aluso pasasen toda la noche juntos si ella era una de las asignadas a su celda. En las infinitas veces que habían repasado el plan, Aluso se había prometido que, con el concurso de las mujeres, mantendría en todo momento el entusiasmo de los hombres. Ella misma había estado robando utensilios de la cocina para Espartaco desde primeros de verano de una manera tan hábil que, cuando finalmente se echaron en falta, fue un cocinero quien se llevó la culpa, pues nadie sospechaba que se preparase una sublevación de los gladiadores. El botín consistía en una cuchilla pequeña de carnicero, una madeja de bramante fuerte, un jarro de cristal que se había hecho añicos y un gancho de carne. Modesto, pero suficiente para ocho hombres, y estaba todo guardado en los cuartos de las mujeres, que ellas mismas limpiaban. Pero la noche de la víspera, las mujeres asignadas a la celda de Espartaco lo llevaron todo escondido entre las escasas ropas. Aluso no iba con ellas.

Amaneció y los ocho hombres salieron de la celda para desayunar en el patio. Sólo llevaban el taparrabos, pero dentro de la escasa pieza de tela escarlata ocultaban un trozo de bramante de unos tres pies de largo. El arquero, un doctor ayudante y dos antiguos gladiadores que ejercían de servidores fueron estrangulados tan rápido que ni les dio tiempo a cerrar la puerta de la celda; Espartaco y sus siete compañeros cogieron las armas de las camas y comenzaron a ir de celda en celda con la llave que guardaba el arquero. Todos los grupos de gladiadores habían hecho todo lo posible por perder tiempo al levantarse y ninguno había salido al patio aún cuando los ocho silenciosos atletas se unieron a ellos. Un cuchillo que reluce y se

hunde en un pecho, un trozo de vidrio que corta una garganta, y los ocho trozos de bramante pasaron de unas manos a otras.

Se hizo todo sin decir una palabra, proferir un grito ni dar la alarma, y en seguida Espartaco y sus compañeros dominaron el pasillo de celdas con sus correspondientes patios. Algunos de los muertos llevaban llaves y se fueron abriendo más puertas de la laberíntica prisión y los setenta presos de villa Batiato fueron desplegándose en silencio, invadiendo el resto del edificio. Había un cobertizo en el que se guardaban hachas y herramientas; un ruido sordo y metálico y todo lo útil fue a parar a manos de los gladiadores. Y ahora se evidenciaba otro fallo de la disposición arquitectónica de Batiato, pues las altas murallas internas no dejaban propagarse el ruido. Batiato habría debido alzar torres de vigilancia para situar a los arqueros.

La alarma sonó cuando llegaron a las cocinas, pero ya era demasiado tarde. Estaban ya en su poder todos los instrumentos punzantes que había en ellas y, usando las tapaderas de los calderos a guisa de escudos contra las flechas, siguieron avanzando y matando a todos, Batiato incluido, pues, aunque pensaba haberse ido de vacaciones la víspera, se había quedado a repasar los libros de contabilidad. Los gladiadores le dejaron con vida hasta soltar a las mujeres, que le despedazaron siguiendo instrucciones anatómicas de Aluso, quien devoró con fruición su corazón.

Y al salir el sol, Espartaco y sus sesenta y nueve compañeros eran dueños de villa Batiato. Sacaron las armas del almacén y uncieron a los carros bueyes y mulas para cargar los víveres de las cocinas y el resto de las armas, abrieron las puertas y todos abandonaron la siniestra escuela.

Espartaco, que conocía bien Campania, no se había contentado con tomar villa Batiato. La escuela estaba en la carretera de Capua a Nola a unas siete millas de la ciudad, y hacia Nola se dirigió la pequeña expedición. Al poco rato encontraron un convoy de carros y lo asaltaron por el simple motivo de que no querían que nadie pudiese indicar qué camino habían tomado. Para su gran contento, los carros iban cargados de armas y corazas para otra escuela de gladiadores; ahora tenían más armas para la guerra que gente para empuñarlas.

No tardaron en abandonar la ruta principal y tomar por un camino poco frecuentado que se dirigía hacia el monte Vesubio.

Vestida con una loriga de arquero y esgrimiendo un sable tracio, Aluso se acercó a Espartaco, que iba a la cabeza de la columna. Se había limpiado la sangre de Batiato, pero aún se relamía de gusto, como un gato, cada vez que recordaba cómo se había comido su corazón.

—Pareces Minerva —dijo sonriente Espartaco, que no había censurado en absoluto el destino que Aluso había dado a Batiato.

—Por primera vez en diez años me siento tal cual soy —dijo, zangoloteando la bolsa de cuero que llevaba colgada de la cintura y en la que guardaba la cabeza de Batiato, que se proponía escarificar, convirtiendo la calavera en copa para beber como era costumbre en su tribu.

—Si te complace, serás mi mujer exclusiva.

—Me complace si me dejas participar en los consejos con tus guerreros.

Hablaban en griego, ya que Aluso no sabía latín, y se expresaban con la tranquilidad de quienes han poseído mutuamente su cuerpo sin obnubilación emocional o pasión, unidos por el placer de estar libres y caminar sin ir encadenados ni vigilados.

El Vesubio era una montaña impresionante muy distinta a cualquier otra. Se alzaba aislada en medio de las fértiles tierras de Campania no lejos de la bahía del Cráter, y en sus suaves cuevas, hasta los tres mil pies, abundaban viñas, huertos y campos de trigo, pues la tierra era profunda y fértil. Unos miles más de pies por encima de los terrenos de cultivo se alzaba una torre de roca cortada en la que algunos árboles hundían sus retorcidas raíces en las grietas, pero sin habitantes ni cultivos.

Espartaco conocía la montaña palmo a palmo; la finca de su padre se hallaba en la ladera Oeste y él había jugado muchos años con su hermano mayor entre los peñascos de la cumbre; por eso sabía lo que se hacía conduciendo a la columna monte arriba hasta alcanzar una hondonada en las alturas de la cara norte. Los bordes de la hondonada eran escarpados y costaba hacer entrar los carros, pero en el fondo había hierba en abundancia

y sitio para mucha más gente y animales de los que iban con él. La piedra de los bordes rezumaba azufre y en el centro un túmulo exhalaba olores fétidos, por eso mismo la hierba estaba intacta, pues los pastores nunca llevaban allí a sus rebaños. Se decía que era un lugar maldito, detalle que Espartaco omitió a sus seguidores.

Dedicó varias horas a organizar el campamento, construyendo cobertizos con los tablones que desmontaron de los carros, mientras las mujeres hacían la comida y los hombres se repartían las tareas. Cuando el sol se ocultó por el extremo oeste del borde de la hondonada, convocó a todos los fugitivos.

—Crixus y Enomao, poneos uno a cada lado mío —dijo—, y tú, Aluso, como jefa de las mujeres, nuestra sacerdotisa y mi mujer, siéntate a mis pies. Los demás, poneos delante.

Aguardó a que el grupo se situara como había dicho y luego saltó sobre una roca para estar más alto que Crixus y Enomao.

—De momento, somos libres, pero no debemos olvidar que seguimos siendo esclavos según la ley. Hemos matado a nuestros guardianes y al propietario y cuando las autoridades lo descubran nos perseguirán. Nunca habíamos podido reunirnos como personas para hablar de lo que queremos hacer y de nuestro porvenir —lanzó un profundo suspiro—. Antes que nada, quiero decir que no voy a retener a ningún hombre ni mujer contra su voluntad. Los que prefieran seguir por su cuenta pueden marcharse cuando deseen. No os pido promesas, juramentos ni ceremonias de lealtad a mi persona. Hemos sido prisioneros, sabemos lo que son las cadenas, no hemos gozado de los privilegios de las personas libres y a las mujeres las han obligado a prostituirse. Yo no quiero obligaros a nada.

»Esto —añadió con un amplio ademán que cubría el campamento— es un refugio provisional. Más tarde o más temprano tendremos que dejarlo. Nos han visto subir y la noticia no tardará en difundirse.

Un gladiador que estaba en cuclillas en primera fila, cuyo nombre no conocía Espartaco, alzó la mano para pedir la palabra.

—Ya que nos van a perseguir y acosar —dijo, con el ceño fruncido—, ¿no sería mejor dispersarnos ya? Si nos dispersamos en varias direcciones

algunos, al menos, podrán escapar, mientras que si seguimos juntos, nos capturarán a todos.

—Es cierto lo que dices —replicó Espartaco, asintiendo con la cabeza—. Pero yo no soy partidario de hacerlo. Y te diré por qué: principalmente, porque no tenemos dinero, ni más ropa que la que nos daba Batiato y se nos nota lo que somos; tampoco tenemos nada que nos sirva, salvo las armas, y éstas de poco nos valdrían si nos separamos. Batiato no tenía dinero en casa; ni un sestercio. Pero el dinero es de imperiosa necesidad, y yo creo que debemos mantenernos unidos hasta que lo encontremos.

—¿Y cómo podemos encontrarlo? —inquirió el mismo.

Espartaco le dirigió una sonrisa triste pero encantadora.

—¡No tengo ni idea! —respondió con toda franqueza—. Si estuviésemos en Roma podríamos robar a alguien. Pero estamos en Campania y la región está llena de prevenidos agricultores que lo guardan en un banco o escondido donde nadie es capaz de encontrarlo. Voy a deciros —añadió, alzando las manos para llamar la atención— lo que a mí me gustaría que hiciésemos para que lo penséis, y mañana a esta misma hora nos reunimos y votamos.

Crixus y Enomao asintieron enérgicamente con la cabeza, aunque no sabían nada.

—Dínoslo, Espartaco —dijo Crixus.

Ya iba desapareciendo la luz, pero él, subido en la peña, parecía concentrar en su persona los últimos rayos de sol y tenía aspecto de caudillo, decidido, seguro, fuerte y digno de confianza.

—Todos habéis oído hablar de Quinto Sertorio —dijo—. Es un romano que se ha sublevado contra el sistema que produce hombres como Batiato. Ha logrado el apoyo de Hispania entera y pronto se pondrá en camino hacia Roma para proclamarse dictador y establecer un nuevo tipo de república. Lo sabemos porque la gente hablaba de ello en los lugares en que nos enviaban a combatir. Y nos hemos enterado de que en Italia muchos desean a Sertorio en Roma; sobre todo los samnitas.

Hizo una pausa y se pasó la lengua por los labios.

—¡Yo sé lo que voy a hacer! Voy a ir a Hispania a unirme a Quinto Sertorio. Y si fuera posible, le llevaría otro ejército, un ejército que ya haya asestado golpes a la Roma de Sila y a sus continuadores. Voy a reclutar hombres en Samnio, Lucania y todas las regiones de Italia que deseen ver una Roma nueva en lugar de resignarse a un miserable destino. Voy a reclutar esclavos de Campania ofreciéndoles el derecho de ciudadanía en la Roma de Quinto Sertorio. Tenemos armas de sobra y podemos reclutar más hombres. ¡Y si Roma envía tropas contra nosotros, las derrotaremos y nos apoderaremos de las armas!

»Lo único que puedo perder es la vida —añadió, encogiéndose de hombros— y he jurado que nunca más me resignaré a la clase de existencia a que me obligaba Batiato. Un hombre, aunque sea esclavo, debe tener derecho a reunirse con sus congéneres, a andar libremente por el mundo. Las prisiones son peores que la muerte. ¡Jamás volveré a una prisión!

Se le saltaron las lágrimas, emocionado, y las contuvo enardecido.

—¡Soy un hombre y dejaré huella! ¡Pero todos vosotros deberíais decir lo mismo! Si seguimos juntos y formamos el núcleo de un ejército, podremos defendernos y dejar honda huella. Si nos esparcimos en mil direcciones, todos nosotros, hasta el último, nos veremos obligados a huir, huir, huir... ¿Por qué correr como gamos si podemos caminar como hombres? ¿Por qué no buscarnos un lugar en la Roma de Quinto Sertorio preparándole el terreno en Italia y uniéndonos a él cuando llegue? Roma tiene pocas tropas en Italia, como bien sabemos. ¿No hemos oído que en Capua se quejan de que su economía va mal porque los campamentos de legionarios están vacíos? Yo fui tribuno militar. Crixus, Enomao y muchos de vosotros habéis sido legionarios de Roma. ¿Hay algo que los iguales de Lúculo o de Pompeyo Magnus, en cuanto a formar y conducir un ejército, no sepamos yo, Crixus, Enomao o cualquiera de vosotros? ¡No es difícil conducir un ejército! ¿Por qué no convertirnos en ejército? ¡Podemos ganar victorias! En Italia no hay legiones de veteranos que puedan detenernos; sólo cohortes de reclutas novatos. Los soldados veteranos se sentirán atraídos por nuestra causa... samnitas y lucanos que luchan por sacudirse el yugo de Roma. Y entre todos podemos entrenar a los que se unan a nosotros

sin experiencia bélica. ¿Es que un esclavo es un hombre sin capacidad guerrera y sin valor? Los ejércitos de esclavos han estado a punto varias veces de llevar Roma a la ruina, y fracasaron únicamente porque los dirigían quienes no conocían las estrategias militares de Roma. ¡ No eran romanos quienes los dirigían!

Alzó los potentes brazos por encima de su cabeza y agitó los puños.

—¡Yo conduciré nuestro ejército y lo llevaré a la victoria! ¡Y se lo entregaré a Quinto Sertorio cargado de laureles y con Roma e Italia a sus pies! —bajó los brazos—. Sólo os pido que lo penséis.

El grupo de gladiadores y mujeres no dijo nada cuando Espartaco bajó de un salto de la piedra, pero todos le miraban con ojos brillantes y Aluso le sonreía ufana.

—Mañana, todos votarán a favor de tu propuesta —dijo.

—Sí, creo que sí.

—Ahora ven conmigo al manantial. Hay que purificarlo para que dé vida a tanta gente.

Espartaco no sabía lo que ella hacía, pero se quedó asombrado al ver que, después de musitar sus ensalmos y escarbar con la mano cortada de Batiato en las desmoronadas paredes de un lado del manantial de agua caliente y fétida que surgía de una grieta, brotó un nuevo chorro caudaloso de agua fresca y dulce.

—Buen presagio —comentó Espartaco.

Al cabo de veinte días se habían congregado mil voluntarios en la hondonada de lo alto del Vesubio, a pesar de que para Espartaco era un misterio cómo se había difundido la noticia, sin que él hubiese enviado mensajeros ni grupos de reclutamiento por la región. Quizás la décima parte de los recién llegados fuesen esclavos fugitivos, pero la mayoría eran libertos samnitas. Nola no estaba lejos y en Nola odiaban a Roma. Igual que en Pompeya, Neapolis y todos los pueblos que habían luchado hasta la muerte contra Sila, primero en la guerra itálica y luego con Poncio Telesino. Roma no podía hacerse ilusiones de haber aplastado al Samnio, pensó



Espartaco mientras no dejaba de apuntar nombres samnitas en la lista de reclutamiento: para eso antes tendría que haber desaparecido el último samnita. Muchos de ellos llegaban con coraza y armas; eran veteranos canosos que escupían al oír el nombre de Sila o hacían el signo para ahuyentar el mal de ojo cuando se mencionaba a Cetego o a Verres, que habían arrasado las mejores tierras del Samnio.

—Ven, quiero enseñarte una cosa —dijo Crixus a Espartaco, en la mañana del último día de septiembre.

Espartaco, que estaba entrenando a una centuria de esclavos, los dejó al mando de otro gladiador y siguió a Crixus, que le llevaba aprisa del brazo.

—¿De qué se trata?

—Tú mismo lo verás —contestó Crixus, llevándole hacia una grieta del cráter por la que se veían las estribaciones norte del Vesubio.

Había dos samnitas de centinelas, que se volvieron excitados hacia Espartaco.

—¡Mira! —exclamaron.

Los primeros mil pies eran peñascos y hoyos inhabitables, más abajo se veían los campos de cultivo y por entre los rastrojos de trigo avanzaba una columna de soldados romanos encabezados por cuatro jinetes con cascos áticos y coraza de oficiales de alta graduación; el que cabalgaba detrás de los tres primeros ceñía al reluciente metal de la coraza el fajín con lazo y nudos rituales, símbolo de poderoso imperium.

—¡Vaya, vaya! ¡Envían nada menos que a un pretor contra nosotros! —exclamó Espartaco, conteniendo la risa.

—¿Cuántas legiones? —preguntó Crixus con gesto de preocupación.

Espartaco se le quedó mirando, atónito.

—¿Legiones? ¡Crixus, tú estuviste en ellas y deberías saberlo!

—¡Precisamente, cuando estás en ellas no puedes saber el aspecto que tienen!

Espartaco sonrió y le revolvió el pelo.

—Tranquilo, no habrá ni media legión en esa columna... cinco cohortes de las tropas más noveles que he visto en mi vida. Fíjate con qué dificultad avanzan y sin mantener la línea recta ni la distancia. Pero lo mejor es que

los manda alguien tan novato como ellos. ¿No ves cómo cabalga detrás de los legados? ¡No falla! Un general seguro de sí mismo va siempre a la cabeza de sus tropas.

—¿Cinco cohortes? Eso son dos mil quinientos hombres.

—Cinco cohortes que nunca han pertenecido a una legión, Crixus.

—Tocaré zafarrancho de combate.

—No, quédate aquí. Que crean que no les hemos visto. Si oyen clarines y gritos, se detendrán y acamparán ahí en la ladera; mientras que si piensan que van a sorprendernos, ese idiota que los manda no parará de subir hasta que esté entre rocas y vea que no puede acampar, y entonces será demasiado tarde para maniobrar y descender en formación y tendrán que tumbarse a dormir en grupos donde puedan. ¡Idiotas! Si hubiesen dado la vuelta hasta el sur habrían podido llegar por la senda hasta nuestra hondonada.

Cuando ya oscurecía, Espartaco había comprendido sin ningún género de duda que la expedición de castigo estaba formada por reclutas noveles y que el general era un pretor llamado Cayo Clodio Glaber; el Senado le había ordenado tomar cinco cohortes en Capua, a su paso por la ciudad, e ir en busca de los rebeldes para aplastarlos en su agujero del Vesubio.

Al amanecer, la expedición de castigo ya no existía. Espartaco había enviado durante la noche a sus grupos, que, descendiendo por las hendiduras, algunos hasta descolgándose con cuerdas, aniquilaron a las tropas romanas con rapidez y sigilosamente. Tan noveles eran los reclutas que se habían quitado la coraza, dejando apiladas las armas antes de acurrucarse en torno a los fuegos de campamento que delataban el lugar en que dormían; y tan novel era Cayo Clodio Glaber que pensó que la orografía era mejor que un campamento como es debido. Ya próximo el amanecer, los primeros que se despertaron comenzaron a percatarse de lo que sucedía y dieron la alarma. Y comenzó la estampida.

Espartaco lanzó un ataque masivo a la luz de las antorchas sostenidas por las mujeres. La mitad de las tropas de Glaber perecieron y la otra mitad huyó, dejando detrás corazas y armas. Con los fugitivos escaparon Glaber y sus tres legados.

Dos mil ochocientos equipos de infantería fueron a parar al escondrijo de la hondonada y Espartaco cambió el atavío de gladiador de su ejército en aumento por el de legionario romano y añadió los carros de Glaber a su convoy de pertrechos. Ahora llegaban voluntarios de todas partes, y casi todos excombatientes. Cuando la lista llegó a cinco mil, Espartaco decidió que la hondonada del Vesubio no daba para más y se dispuso a trasladar su legión.

Sabía exactamente a dónde ir.

Y fue por entonces cuando los pretores Publio Varinio y Lucio Cosinio sacaron dos legiones de reclutas del campamento de Capua y tomaron por la carretera de Nola. Cerca de la arrasada villa Batiato, se encontraron con una buena fortificación al estilo romano. Varinio, que ostentaba el mando, tenía experiencia y tampoco le faltaba a su lugarteniente Cosinio. Les había bastado echar un vistazo a la tropa para darse cuenta horrorizados de lo bisoña que era; apenas habían hecho instrucción. Para mayor dificultad de los pretores, hacía un tiempo frío, húmedo y ventoso y en sus filas hacía estragos una especie de infección respiratoria virulenta. Cuando Varinio vio la competente fortificación junto a la carretera de Nola, en seguida supo que era de los rebeldes, pero al mismo tiempo se dio cuenta de que sus hombres no podrían asaltarla. Lo que hizo fue acampar las dos legiones en las cercanías.

Por entonces nadie sabía nombres ni datos de los sublevados, salvo que habían destruido la escuela de gladiadores de Cneo Cornelio Batiato (que en los libros figuraba como propietario), se habían refugiado en el monte Vesubio y a ellos se habían unido varios miles de descontentos samnitas, lucanos y esclavos. Por el desventurado Glaber se había sabido que ahora tenían en su poder todos los pertrechos de las cinco cohortes y que había alguien al mando con la suficiente destreza para aplastar cinco cohortes.

No obstante, por sus escuadras de exploradores, Varinio y Cosinio supieron que las fuerzas del campamento rebelde serían unas cinco mil personas, y que parte de ellas eran mujeres. Animado, Varinio dispuso a sus

legiones en formación de combate a la mañana siguiente, convencido de que aun con tropas bisonas y enfermas contaba con la superioridad numérica. Seguía lloviendo sin parar.

Al concluir la batalla, Varinio no sabía si achacar la derrota al pavor que la vista de los rebeldes había infundido a sus hombres o a la enfermedad que había inducido a muchos legionarios a soltar las armas y renunciar a luchar, clamando que no podían. El peor golpe fue que Cosinio había perecido al tratar de contener a un grupo que abandonaba el combate, y que los rebeldes se habían apoderado de mucho armamento. Era inútil perseguirlos bajo aquella lluvia hasta su campamento. Varinio ordenó dar media vuelta a sus mojadas y desmoralizadas tropas y regresó a Capua, en donde escribió al Senado con toda sinceridad, sin excusarse, pero sin ahorrar diatribas contra el propio Senado. En Italia, les dijo, las únicas tropas experimentadas eran las de los rebeldes.

Y tenía un nombre para dar colorido a su informe: Espartaco, un gladiador tracio.

Durante seis intervalos de mercado, Varinio se dedicó a ejercitar a aquellos lamentables reclutas, la mayoría de los cuales eran supervivientes de la batalla, pero no se sabía si sobrevivirían a la infección respiratoria que seguía diezmándoles. Requirió los servicios de algunos centuriones veteranos de Sila para que le ayudasen a entrenar a la tropa, pero no consiguió convencerlos para que se alistasen. El Senado consideró conveniente iniciar el reclutamiento de otras cuatro legiones y aseguró a Varinio que contaba con su apoyo en cualquier tipo de medidas que considerase necesarias. Un cuarto pretor del grupo de ocho de aquel año fue enviado desde Roma para que asumiera el cargo de primer legado de Varinio. Su nombre: Publio Valerio. Uno huido, otro muerto y un tercero vencido. El cuarto no se las prometía muy felices.

Varinio pensó que la tropa ya estaba lo bastante entrenada para iniciar las operaciones a finales de noviembre y la sacó de Capua para atacar el campamento de Espartaco. Pero lo encontró vacío. Espartaco había desaparecido; otro signo más de que, tracio o no, sí que era un militar al estilo romano. La enfermedad seguía martirizando al pobre Varinio, y

mientras conducía a sus dos legiones mermadas hacia el sur, tuvo que asistir impotente al abandono de varias cohortes, cuyos centuriones le prometieron darle alcance en cuanto los hombres se encontraran mejor. Cerca de Picentia, justo antes del vado del Silarus, dio por fin con los rebeldes. Pero, con ojos de espanto, vio que la legión de Espartaco se había convertido en un ejército. ¡Menos de cinco mil un mes atrás, ahora eran veinticinco mil! Sin osar atacarlos, Varinio se vio obligado a contemplar aquella enorme fuerza, cruzar el Silarus y encaminarse por la vía Popilia hacia Lucania.

Cuando las cohortes enfermas le dieron alcance y los enfermos que habían quedado en sus filas dieron señales de mejoría, Varinio y Valerio celebraron consejo. ¿Seguían a los rebeldes a Lucania o regresaban a Capua para pasar el invierno dedicados a entrenar un ejército más numeroso?

—Lo que realmente quieres decir —dijo Valerio— es si es mejor presentar batalla ahora, aunque su superioridad numérica es apabullante, o si durante el invierno podemos reclutar tropas suficientes para que el enfrentamiento en primavera sea más razonable.

—Yo no creo que haya que adoptar una decisión —replicó Varinio—. Tenemos que seguirlos. En primavera serán seguramente el doble de fuertes y los que se unan a ellos serán veteranos de Lucania.

Y así, Varinio y Valerio siguieron a los rebeldes, aun cuando la evidencia les indicaba que Espartaco había salido de la vía Popilia y se dirigía sin pausa a campo través hacia las montañas de Lucania. Durante ocho días fueron tras ellos sin ver más que algunos rastros y sin dejar de montar cada noche un campamento fortificado, esfuerzo ímprobo pero lo más prudente en tales circunstancias.

La novena noche iniciaron el mismo proceso entre gruñidos de quienes no habían sido legionarios lo bastante como para entender la necesidad y las ventajas de dormir al amparo de un buen campamento. Y mientras alzaban los taludes de tierra con lo extraído de los fosos, Espartaco atacó. Inferiores en número y en mando, a Varinio no le quedó otro recurso que retirarse, aunque atrás quedó su caballo público, preciosamente enjaezado, y la mayoría de sus tropas. De las dieciocho cohortes con que había salido de Capua sólo regresaron cinco de Lucania; después de cruzar el Silarus para

entrar de nuevo en Campania, Varinio y Valerio dejaron las cinco cohortes guarneciendo el vado, al mando del cuestor Cayo Toranio.

Los dos pretores viajaron juntos a Roma para exhortar al Senado a que entrenase lo antes posible más tropas. La situación iba haciéndose más seria cada día, pero entre que Lúculo y Marco Cotta se hallaban en Oriente y Pompeyo en Hispania, muchos senadores pensaban que reclutar soldados era una pérdida de tiempo. La fuente de Italia estaba seca. Luego, en enero, llegaron noticias de que Espartaco había salido de Lucania con cuarenta mil hombres organizados en ocho potentes legiones. Los rebeldes habían arrollado al pobre Cayo Toranio en el Silarus, matándole a él y a todos los soldados de las cinco cohortes. Campania estaba a merced de Espartaco, quien, según decía el informe, se dedicaba a convencer a las ciudades con población samnita para que se unieran a él y se constituyesen en una Italia libre del yugo de Roma.

A los tribunos del Tesoro se les dijo muy sucintamente que dejaran de quejarse y comenzasen a buscar dinero para atraer a ex-combatientes retirados. Al pretor Quinto Arrio (a quien se había nombrado para remplazar a Cayo Verres como gobernador de Sicilia) se le encomendó ir a toda prisa a Capua y comenzar a organizar un ejército consular adecuado de cuatro legiones, reforzando cuanto pudiera sus filas con el alistamiento de veteranos. Y a los nuevos cónsules, Lucio Gelio Poplicola y Cneo Cornelio Léntulo Clodiano se les dio oficialmente el mando de la guerra contra Espartaco.

Todo esto lo fue sabiendo Espartaco a partir del momento en que había regresado a Campania. Como sus fuerzas seguían aumentando, había aprendido a organizarlas sobre la marcha, formando y entrenando nuevas cohortes. Había sufrido un golpe al perder a Enomao en el afortunado ataque al campamento de Varinio y Valerio, pero Crixus seguía con vida y no cesaban de surgir nuevos legados capaces. El caballo público que había pertenecido a Varinio era una montura sin par para el comandante supremo.

Muy vistoso! Espartaco le besaba los bellos cada mañana y acariciaba su argénteo crin antes de montarlo. Le había puesto por nombre Batiato.

Convencido de que ciudades como Nola y Nuceria se unirían a su causa, se apresuró a enviar embajadores para que se entrevistaran con los magistrados, les dijeran que pretendía secundar a Quinto Sertorio para refundar una nueva república en Italia y requiriesen su contribución en hombres, pertrechos y dinero. Pero le contestaron con firmeza que ni las ciudades de Campania ni de ninguna región de Italia apoyarían la causa de Quinto Sertorio... ni del gladiador-general Espartaco.

—No queremos a los romanos —dijeron los magistrados de Nola— y nos enorgullecemos de haberles resistido más que ninguna otra ciudad de Italia. Pero eso se acabó. No volveremos a hacerlo. Nuestra economía está arruinada y no quedan hombres jóvenes. No nos uniremos a vosotros contra Roma.

Al dar Nuceria igual respuesta, Espartaco celebró consejo con Crixus y Aluso.

—Saquéalas —dijo la sacerdotisa tracia—. Enseñales que es mejor que se unan a nosotros.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Crixus—, pero por distinto motivo. Tenemos cuarenta mil hombres, suficientes pertrechos para todos y gran cantidad de provisiones. Pero no tenemos nada más, Espartaco. Es muy bonito prometer a las tropas vidas dignas y riqueza bajo el gobierno de Quinto Sertorio, pero mejor sería entregarles ahora mismo algo de esa riqueza. Si saqueamos una ciudad que se niegue a unirse a nosotros, atemorizaremos a las que se encuentren en nuestro camino y complaceremos a nuestros legionarios. Mujeres, botín... ¡A cualquier soldado le encanta el saqueo!

Malhumorado por lo que consideraba un ingrato rechazo, Espartaco adoptó una decisión más rápida de lo que lo habría hecho en la época en que no era gladiador.

—Muy bien. Asaltaremos Nuceria y Nola. Di a los hombres que no se anden con miramientos.

Los hombres no se anduvieron con miramientos. Considerando los resultados, Espartaco pensó que era muy interesante saquear ciudades. En Nuceria y Nola obtuvieron tesoros, además de dinero, comida y mujeres; si continuaba saqueando, podría entregar a Quinto Sertorio una gran fortuna, aparte de un ejército. Y con ello era muy probable que Quinto Sertorio, dictador de Roma, nombrase a Espartaco, gladiador tracio, su Mestre Ecuestre.

Por consiguiente, había que reunir aquella gran fortuna antes de salir de Italia. Seguían llegando, ansiosos de unirse a su causa, reclutas de todas las regiones, que le hablaban de ricos botines en lugares de Lucania, Bruttium y Calabria que no habían padecido las secuelas de la guerra itálica. Así, desde Campania, los rebeldes se dirigieron al sur para saquear Consentia en Bruttium y Thurii y Metapontum en el golfo de Tarentum. Para gran satisfacción de Espartaco, las tres ciudades poseían grandes riquezas.

Una vez que Aluso hubo concluido la escarificación del cráneo de Batiato, él le dio una hoja de plata para que lo forrase; pero después del saqueo de Consentia, Thurii y Metapontum, le dijo que tirase aquella hoja a la basura y que gastase una de oro. Había en todo aquello cierto atractivo, aparte de la permanente seducción de Aluso, que pensaba como los bárbaros pero poseía recursos mágicos y era para él como el talismán de su buena suerte. Mientras tuviese a Aluso a su lado sería un favorito de la Fortuna.

Si, aquella mujer era maravillosa: sabía encontrar agua, predecir el desastre y siempre le daba buenos consejos. Ya en avanzado estado de gravidez, con sus gruesos labios grana, contraste perfecto a sus rubísimos cabellos, a sus claros ojos de loba y a sus muñecas y tobillos cargados del oro con que la obsequiaba, él la encontraba ideal, y más aún por el hecho de que era tracia y él se había convertido en tracio. Estaban unidos por el destino y ella era la personificación de aquella nueva vida.

A principios de abril se dirigió al este de Samnio, convencido de que sus ciudades sí que se unirían a su causa. Pero Ausernia, Bovianum, Beneventum y Saepinum no aceptaron sus propuestas y no quisieron saber nada. Y no merecía la pena saquearlas. Verres y Cetego no habían dejado



nada. No obstante, muchos samnitas continuaban alistándose en sus filas, que ya habían alcanzado la cifra de noventa mil hombres.

Espartaco comenzaba a darse cuenta de la dificultad de dirigir a tanta gente. Aunque las tropas estaban organizadas en legiones romanas y armadas al estilo romano, nunca disponía de suficientes legados y tribunos para mantener la disciplina de hierro necesaria para contener los excesos a que se entregaba la soldadesca inducida por el vino y las rivalidades que provocaban las mujeres que seguían al ejército. Decidió que había llegado el momento de dirigirse a la Galia itálica, para cruzar la Galia Transalpina y unirse a Sertorio en la Hispania Citerior. No por el Oeste de los Apeninos, pues no quería aventurarse en las inmediaciones de Roma; subiría por el litoral del Adriático, cruzando regiones que se habían enfrentado denodadamente a Roma, las tierras de los marrucinos, los vestini, los frentanos y los picentinos del sur. ¡Reclutaría muchos guerreros!

Pero Crixus no quería ir a la Hispania Citerior. Y lo mismo sucedía con los treinta mil hombres de su división.

—¿A qué ir tan lejos? —replicó—. Si lo que dices de Quinto Sertorio es cierto, ya llegará él a Italia. Es mejor que nos encuentre aquí, con el pie en el cuello de Roma. La distancia de aquí a Hispania es de mil quinientas millas y tendremos que cruzar por tierras de tribus bárbaras que nos tomarán por tropas romanas. Mis hombres no quieren salir de Italia.

—¡Si tú y tus hombres no queréis salir de Italia —dijo Espartaco, airado— haced lo que queráis! ¿Y a mi qué? Tengo cerca de cien mil hombres que cuidar y ya me dan bastante preocupación. ¡Vete, pues, Crixus, y cuanto más lejos mejor! ¡Quédate con tus treinta mil idiotas en Italia!

Así, cuando Espartaco y setenta mil hombres, con un enorme convoy logístico y cuarenta mil mujeres, sin contar los niños pequeños y de pecho, se dirigieron al norte para cruzar el río Tifernus, Crixus y sus treinta mil hombres se dirigieron al sur en dirección de Brundissium. Era finales de abril.

Casi al mismo tiempo, los cónsules Gelio y Clodiano salían de Roma para recoger sus tropas en Capua, pues el ex pretor Quinto Arrio había comunicado al Senado que a las cuatro legiones recién reclutadas ya no se las podía preparar más; no podía garantizar su buena actuación en combate, pero esperaba que respondieran bien.

Cuando los cónsules llegaron a Capua les informaron de la escisión en las tropas de Espartaco y de la dirección norte que había tomado éste, y establecieron un plan según el cual Quinto Arrio iría al sur con una legión para atacar inmediatamente a Crixus, Gelio iría con la segunda legión en persecución de Espartaco hasta que Arrio pudiera unírsele, y Clodiano conduciría a las dos legiones restantes en rápida marcha hasta más allá de Roma para tomar por la vía Valeria y llegar a la costa adriática, bloqueando la progreSión de Espartaco. Así, los dos cónsules le tendrían entre una tenaza que cerrarían sobre él.

Días después llegaba una espléndida noticia de Quinto Arrio. Aunque el enemigo tenía una superioridad numérica de cinco a uno, le había tendido una emboscada en el monte Garganus en Apulia, cayendo sobre las indisciplinadas huestes de Crixus y aniquilándolas. Habían perecido los treinta mil hombres con su jefe, pues los supervivientes habían sido ejecutados. Quinto Arrio no pensaba dejar enemigos a su espalda.

Gelio no fue tan afortunado y corrió la misma suerte a manos de Espartaco que la que había corrido Crixus a manos de Arrio. Las tropas de su legión se dispersaron presas del pánico al ver la numerosa hueste que se les venía encima; algo acertado, en definitiva, pues los que no huyeron fueron destrozados. Y estas tropas, al menos, habían huido sin tirar armas y coraza y, cuando Arrio y Gelio reunieron sus fuerzas, estaban pertrechadas y podían (teóricamente) volver a combatir sin necesidad de regresar a Capua.

La estrategia que siguieron Arrio y Gelio después de aquella derrota fue la de no dar respiro a Espartaco, que se había dirigido sin dilación al norte para enfrentarse a Clodiano, de cuyas intenciones le había informado un

tribuno romano capturado. En Hadna, a orillas del Adriático, se enfrentaron los dos ejércitos y Clodiano corrió la misma suerte que Gelio: sus tropas se dispersaron presas del pánico. Victorioso en sus dos combates, Espartaco siguió su ruta hacia el norte sin encontrar resistencia.

Sin amilanarse, Gelio, Clodiano y Arrio reagruparon sus fuerzas y volvieron a intentar una nueva ofensiva en Firmum Picenum, donde fueron de nuevo derrotados. Espartaco continuó hacia el Ager Gallicus, cruzó el Rubico y entró en la Galia Cisalpina a finales de sextilis, decidido a encaminarse por la vía Emilia hacia Placentia y los Alpes occidentales. ¡ Ya llegamos, Quinto Sertorio!

El valle del Padus era una tierra fértil y exuberante que producía gran cantidad de alimentos y con los graneros de sus ciudades a rebosar, y, como ahora ya saqueaba sistemáticamente las ciudades con posibilidades de buen botín, Espartaco no se ganó, precisamente, las simpatías de los habitantes de la Galia itálica.

En Mutina, a medio camino de los Alpes, el gran ejército se encontró con el gobernador de la provincia, Cayo Casio Longino, que intentaba valientemente cortarles el paso con una sola legión. Fue una acción heroica que necesariamente había de fracasar. El legado de Casio, Cneo Manlio, llegó dos días después con la otra legión de la Galia itálica y corrió la misma suerte que él. En ambas ocasiones, las tropas romanas entablaron combate, lo que se tradujo en un nuevo botín para Espartaco de más de diez mil corazas y armas.

El último romano con quien había hablado Espartaco —si él no hablaba con ninguno, igual hacían todos los componentes de la espantosa horda— era el tribuno capturado en la primera derrota de Gelio meses atrás. Ni en Hadria ni en Firmum Picenum hizo el menor esfuerzo por ver de cerca a Gelio, Clodiano o Arrio; pero en Mutina había hecho dos prisioneros de alto rango, Cayo Casio y Cneo Manlio, y sintió ganas de hablar con ellos. ¡ Había llegado el momento de que dos miembros del Senado viesan al hombre de quien se hacía lenguas toda Italia! Ya era hora de que el Senado supiera quién era. No tenía intención de matar ni guardar prisioneros a los dos romanos; quería que regresasen a Roma y hablasen de él.

De todos modos, los había encadenado y cuando los mandó traer a su presencia, se sentó en un estrado, ataviado con una toga blanca. Casio y Manlio se lo quedaron mirando asombrados, pero fue cuando Espartaco les interpelló en buen latín con acento de Campania, cuando comprendieron quién era.

—¡Tú eres itálico! —exclamó Casio.

—Romano —le corrigió Espartaco.

Pero Casio no se intimidaba fácilmente; era de un clan belicoso y orgulloso, y si algún Casio cometía un error militar garrafal, él no era hombre que echase a correr. Y este Casio demostró ser digno miembro de su familia alzando el brazo encadenado y agitando el puño cerrado contra aquel atractivo gigante del estrado.

—¡Libérame de la indignidad de estas cadenas y verás como eres romano muerto! —le espetó—. ¿Así que, desertor de las legiones, convertido en gladiador tracio?

—No soy desertor —replicó Espartaco muy seco, enrojeciendo—. Soy un tribuno militar a quien se condenó injustamente en Iliria por amotinamiento. ¿Encuentras indignas las cadenas? Bien, ¿y cómo crees que encontraba yo mis cadenas cuando me enviaron a aquella escuela dirigida por un gusano como Batiato? Unas cadenas por las otras, procónsul Casio.

—Mátanos y acaba de una vez —replicó Casio.

—¿Mataros? Oh, no, no tengo la menor intención —contestó Espartaco sonriente—. Voy a liberaros, ahora que habéis sentido la indignidad de las cadenas. Regresaréis a Roma y diréis al Senado quién soy, a dónde voy y lo que quiero hacer cuando regrese y lo que seré cuando lo haga.

Manlio se dispuso a replicar, pero Casio le dirigió una mirada que le hizo enmudecer.

—Eres un amotinado, vas camino de tu perdición y cuando regreses serás un espectro sin sustancia ni sombra —replicó despreciativo Casio—. ¡Eso es lo que diré complacido al Senado!

—¡Pues ya que estás, dile esto al Senado! —espetó Espartaco, poniéndose en pie y desgarrando la toga inmaculada y pisoteándola con la fruición con que un perro rasca con las patas traseras después de defecar, y

arrojándola del estrado de una patada—. Tengo a mis órdenes ochenta mil hombres, todos perfectamente armados y entrenados para combatir como romanos. La mayoría son samnitas y lucanos, pero también los esclavos en mis filas son valientes. Tengo miles de talentos de botín y voy a unirme a Quinto Sertorio en la Hispania Citerior. Los dos derrotaremos a los ejércitos romanos y a sus generales de las dos Hispanias y luego volveremos a Italia. ¡Tu Roma está acabada, procónsul! Antes de que concluya el año próximo, Quinto Sertorio será dictador de Roma y yo, su mestre ecuestre.

Casio y Manlio le habían escuchado con rostro de expresión cambiante: furia, asombro, ira, perplejidad y estupefacción; y, una vez que Espartaco hubo concluido, de ironía. Los dos echaron la cabeza hacia atrás y soltaron una carcajada nada fingida, mientras Espartaco permanecía callado, notando el rubor que invadía sus mejillas. ¿Qué había dicho que les hacía tanta gracia? ¿Se reían de su temeridad? ¿Le tomaban por loco?

—¡Ah, qué necio! —exclamó Casio, cuando pudo, con los ojos aún llenos de lágrimas—. ¡Eres un patán! Bobo, ¿es que no tienes una red de espionaje? ¡No, claro que no! ¡Tú no le llegas a la altura de la suela del zapato a un comandante romano! ¿Qué diferencia hay entre esta horda tuya y una de bárbaros? ¡Sencillamente, ninguna! No puedo creer que no lo sepas, pero ya veo que no lo sabes.

—¿El qué? —inquirió Espartaco, pálido. La voz de Casio no había dejado traslucir rabia ni desdén en aquellos epítetos, y ahora comenzaba a sentir miedo.

—¡Sertorio ha muerto el invierno pasado, asesinado por su primer legado Perpena. ¡No hay ejército rebelde en Hispania! Tan sólo las legiones victoriosas de Metelo Pío y Pompeyo Magnus, que pronto regresarán a Italia para dar su merecido a ti y a tu horda de bárbaros! —replicó Casio, echándose a reír de nuevo.

Espartaco no quiso escuchar más y salió del cuarto, tapándose los oídos con las manos, en busca de Aluso.

Madre ya de su hijo, Aluso no halló qué decirle para consolarle; Espartaco se cubrió la cabeza con la capa roja de general que había cogido de la cama y lloró amargamente.

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó—. Tengo un ejército sin objetivo, un pueblo sin tierra.

Con el pelo cayéndole sobre el rostro, agachada con las rodillas abiertas sobre la sanguinaria copa, sus tabas y la horripilante mano reseca de Batiato, Aluso lanzó las tabas, las miró fijamente y musitó extrañas palabras.

—El mayor enemigo de Roma en el oeste ha muerto —dijo finalmente—, pero el mayor enemigo de Roma en el este sigue con vida. Las tabas dicen que debemos ir a unirnos a Mitrídates.

¡Ah!, ¿cómo no se le habría ocurrido a él? Espartaco arrojó la capa de general y miró a Aluso con ojos muy abiertos cegados por las lágrimas.

—¡Mitrídates! ¡Claro que sí! Cruzaremos los Alpes orientales hacia Iliria, la Tracia hasta el Euxino y nos uniremos al Ponto —dijo, limpiándose la nariz con el dorso de la mano y mirándola de hito en hito—. Tracia es tu patria, mujer. ¿No querrás quedarte allí?

Ella hizo un gesto de desdén.

—Mi lugar está a tu lado, Espartaco. Aunque lo ignoren, los bessi son un pueblo derrotado. No hay ninguna tribu en el mundo capaz de resistirse a Roma eternamente, sólo un gran rey como Mitrídates. No, marido, no nos quedaremos en Tracia. Nos uniremos a Mitrídates.

Uno de los muchos problemas de un ejército tan numeroso como el de Espartaco era la imposibilidad de mantener la comunicación interna. Reunió a la enorme multitud lo mejor que pudo e hizo lo indecible por asegurarse de que todos, hombres y mujeres, entendían por qué iban a dar media vuelta y descender por la vía Amelia hacia Bononia, para tomar allí por la vía Annia hacia el nordeste, camino de Aquileia e Iliria. Algunos lo entendieron, pero hubo muchos que no; ya fuese porque no lo habían oído directamente o porque compartían como todos los itálicos el temor y el odio al tirano oriental. Quinto Sertorio era romano, mientras que Mitrídates era un salvaje que devoraba niños itálicos y los esclavizaría a todos.

Reanudaron la marcha, esta vez hacia el este, pero conforme se aproximaban a Bononia aumentó el descontento entre la tropa y las mujeres que la acompañaban. Si Hispania ya estaba tan lejos, Ponto no lo estaba menos. Muchos de los samnitas y lucanos —la mayoría de aquel ejército— hablaban osco o latín y muy poco griego. ¿Cómo iban a entenderse en un país como Ponto sin saber griego?

En Bononia, una comisión de cien miembros, compuesta por legados, tribunos, centuriones y soldados, fue a hablar con Espartaco.

—No queremos salir de Italia —le dijeron.

—Pues no os dejaré —respondió Espartaco, reprimiendo su tremenda decepción—. Sin mí os desintegraríais y los romanos acabarían con vosotros.

Cuando la delegación se marchó, se volvió hacia Aluso.

—Estoy vencido, mujer, pero no por un enemigo externo ni por Roma. Tienen miedo y no comprenden.

Las tabas se negaban a mentir. Las arrojó encolerizada y las volvió a recoger, guardándoselas. No le diría lo que revelaban; había cosas que más valía que quedasen en la cabeza y el corazón de las mujeres, que tenían más los pies en tierra.

—Pues iremos a Sicilia —dijo—. Los esclavos de esa isla se sublevarán como ya han hecho antes y se unirán a nosotros. Tal vez los romanos nos dejen ocupar Sicilia si les prometemos venderles el grano que necesitan a precios baratos.

Era incapaz de disimular su inquietud, y Espartaco, que lo advirtió, pensó un instante en encaminar su ejército al sur por la vía Apia y tomar Roma, pero ganó la razonable propuesta de Aluso. Ella tenía razón; como siempre. Irían a Sicilia.

Convertirse en pontífice equivalía a entrar en el reducido círculo de máximo poder político en Roma. Los augures ocupaban el segundo lugar en aquella jerarquía del poder, y había familias que se aferraban al cargo con el mismo aprecio con que otras monopolizaban el pontificado, pero era

siempre el pontificado el que llevaba las de ganar. Por ello, cuando Cayo Julio César se incorporó al colegio de pontífices, sabía que había dado un paso crucial hacia su objetivo final —el consulado— y que asumir el cargo compensaba sobradamente del inconveniente de haber sido flamen dialis; ya nadie podría volver a señalarle con el dedo poniendo en duda su categoría, insinuando que tal vez debiera seguir siendo flamen dialis, pues su posición como pontífice elegido por el colegio le calificaba ante los ojos de los demás como alguien firmemente instalado en el seno de la República.

Supo que su madre había hecho amistad con Mamercio y con su esposa Cornelia Sila y que ahora alternaba bastante con la alta nobleza de la que se había distanciado por su reclusión en la insula del Subura, siendo ahora sumamente respetada y admirada. El rencor por su matrimonio con Cayo Mario había impedido a su tía Julia alcanzar la posición que habría debido tener con el paso de los años, equivalente a la de Cornelia, madre de los Gracos, ¡y ahora parecía ser su madre la que iba a heredar ese honor! Compartía mesa con mujeres como Hortensia, esposa de Catulo, y Lutacia, esposa de Hortensio, y con jóvenes matronas como Servilia, viuda de Bruto y esposa de Décimo Junio Silano (de quien ahora tenía dos niñas, además del hijo de Bruto), y con diversas Licinias, Marcias, Cornelias Escipiones y Junias.

—Es estupendo, mater, pero, ¿a qué se debe? —inquirió, con ojos risueños.

Los hermosos ojos de Aurelia se iluminaron y las arrugas de la comisura de sus labios se fruncieron formando unos hoyuelos en sus mejillas.

—¿Por qué quieres respuesta a preguntas retóricas? —replicó—. Lo sabes tan bien como yo, César. Tu carrera va rápida y yo contribuyo a ello —añadió, con una tosecilla—. Además, casi todas esas mujeres tienen poco sentido común y me cuentan sus problemas —hizo una pausa, reflexionando sobre lo que había dicho y lo corrigió—. Todas menos Servilia. Ahora es una mujer muy estructurada que sabe perfectamente lo que quiere. Debías conocerla, César.

—Gracias, mater —replicó él con gesto de augusta displicencia—, pero no. Te estoy sumamente agradecido por cualquier ayuda que puedas



prestarme, pero eso no quiere decir que vaya a incorporarme al círculo del vino aguado y los pastelillos. Las únicas mujeres que me interesan, aparte de ti y de Cinilla, son las esposas de hombres a los que quiero poner los cuernos. Como con Décimo Junio Silano no tengo ninguna querella, no veo por qué habría de tratar a su esposa. Los patricios Servilios son insoportables.

—Esta no es insoportable —replicó Aurelia, aunque no en el tono de voz que indicase que quisiera insistir sobre el particular—. No me parece que pretendas volver a reanudar la vida en Roma —añadió, cambiando de tema.

—Porque no lo pretendo. Tengo el tiempo justo para unirme a Marco Ponteo en la Galia Transalpina y realizar una breve campaña; eso es lo que pienso hacer de inmediato. Volveré en junio para presentarme a las elecciones de tribuno de los soldados.

—Muy razonable —comentó ella—. Me han dicho que eres un excelente soldado, así que es de suponer que no te falte capacidad como oficial.

—¡Injusto comentario, mater! —replicó él, torciendo el gesto.

Fonteo, que, como la mayoría de los gobernadores de la provincia transalpina tenía su residencia en Massilia, estaba más que dispuesto a tener a César ocupado durante diez meses. Había sufrido una grave herida en la pierna combatiendo a los voconcios y le irritaba ver que sus esfuerzos se iban al agua por no poder cabalgar. Así, al llegar César, encomendó a éste las dos legiones de la provincia y le encargó concluir la campaña a lo largo del río Druentia. Ponteo se ocuparía personalmente de las líneas de aprovisionamiento a Hispania, y al llegar la noticia de la muerte de Sertorio, el gobernador dio un suspiro de alivio y se consagró junto con César a una campaña general en el valle del Rhodanus en tierras de los alóbroges.

Militares natos ambos, Ponteo y César se avinieron perfectamente y, al final de la segunda campaña, comentaron que no había mejor satisfacción que trabajar con alguien de eminente sentido militar. Así, cuando César

regresó a Roma en su habitual modo precipitado, cabalgó con el convencimiento de que en su hoja de servicios figuraban ya siete campañas. ¡Sólo le faltaban tres! Le había encantado el tiempo vivido en la Galia, pues era la primera vez que cruzaba los Alpes occidentales, y le había parecido muchísimo más fácil tratar directamente con los galos porque (gracias a su antiguo tutor, Marco Antonio Cnifo, a Cardixa y algunos criados de su madre) hablaba bien varios dialectos galos; creyéndose que ningún romano hablaba su lengua, los exploradores saluvios y voconcios solían hablar en galo entre ellos cuando no querían que los romanos supieran lo que decían, pero César los entendía perfectamente, se enteraba de muchas cosas y nunca se lo descubrió.

Era un buen momento para presentarse a las elecciones de tribuno de los soldados. La presencia de Espartaco significaba que su destino en las legiones de los cónsules sería dentro de Italia. Pero primero tenía que ganar la elección, revestir la toga inmaculada de candidato y que le vieran los electores en plazas de mercado y basílicas, además de pórticos y soportales, cofradías y colegios. Como la asamblea del pueblo elegía anualmente veinticuatro tribunos de los soldados, no era muy difícil conseguir el cargo, pero César se había propuesto algo más difícil que la simple elección: estaba decidido a ser el candidato que obtuviese mayor número de votos en todas las elecciones en que participase en su ascenso del cursus honorum. Por ello tenía que moverse mucho más que el simple candidato a la magistratura más baja. Y no iba a recurrir a los servicios de un nomenclator profesional para que le dijera el nombre de las gentes; él sería su propio nomenclator, pues jamás olvidaba una cara y el nombre de la persona. Un hombre, halagado porque alguien al cabo de los años al ver su cara le llama por su nombre, se halla muy predispuesto a favor de un joven tan inteligente, cortés y capaz, y vota por él. Curiosamente, la mayoría de los candidatos olvidaban el Subura, pues no sabían cómo tratar a la gente y lo marginaban como si se tratase de un tugurio de malvivir inservible para Roma; pero César, que había vivido toda su vida en el Subura, sabía que allí vivía gran número de personas del sector más bajo de la primera clase y del

sector superior de la segunda clase. Y él los conocía a todos y sabía que le votarían.

Obtuvo el mayor número de votos, y, del mismo modo que los veinte cuestores elegidos en los mismos comicios, comenzaría a servir el quinto día de diciembre en vez del primer día del año. No echarían a suertes el destino en las legiones (él, con otros cinco, quedaría destinado a una de las cuatro legiones de los cónsules) hasta asumir el cargo, ni podía dar la lata incorporándose a una legión antes de tiempo; ni siquiera podía dirigirse a Capua. ¡ Lamentable, teniendo en cuenta los desastres militares de aquel año!

A finales de quintilis resultaba a todas luces evidente, aun para el senador más obtuso, que los cónsules Gelio y Clodiano eran incapaces de detener a Espartaco. Con Filipo al frente del coro (tarea difícil, pues Gelio y Clodiano eran, como él, clientes de Pompeyo), el Senado les comunicó discretamente que se les privaba del mando en la guerra contra Espartaco, Roma requería su presencia para gobernar y ahora se veía claramente que la guerra había de dirigirla un hombre con imperium proconsular, un hombre que tuviera acceso directo a los excombatientes retirados y suficiente ascendiente para hacerlos regresar bajo las águilas. Un hombre con buena hoja de servicios y preferiblemente de convicciones en la línea de Sila. Un hombre que no sólo perteneciese al Senado, sino que hubiese también sido pretor al menos.

Naturalmente, todos los miembros del Senado y los que no lo eran sabían que no había más que un candidato, un solo candidato que estaba ocioso en Roma sin provincia ni guerra de que encargarse, un solo candidato con los necesarios recursos de excombatientes y hoja de servicios: Marco Licinio Craso. Pretor urbano el año anterior, había rehusado un cargo de gobernador, alegando que era más necesario en Roma que en el extranjero. En cualquier otro, tal letargo y carencia de celo político habría sido inmediatamente motivo de reproche, pero a Marco Craso se le consentían sus manías. Tenían que consentírselas: la mayoría de los senadores le debían algún préstamo.

Y a él no le apremiaba el cargo. Él no era de esos. Él continuaba al frente de sus muchos despachos detrás del Macellum Cuppedenis y esperaba. Decir muchos despachos no deja de causar impresión, pero bastaba entrar en el establecimiento de Craso para ver que allí no había cuadros caros en las paredes, ni cómodos sofás, ni amplios salones en las que los clientes pudieran reunirse y charlar, ni sirvientes que ofrecieran vino de Falerno ni quesos escogidos. Sí, esas cosas existían: Tito Pomponio Atico, por ejemplo, un ex socio suyo, que ahora le detestaba, dirigía sus variados negocios en una sede de exquisito lujo, pero Craso no llegaba a entender que el animus de un ocupado hombre de negocios necesitara hallarse rodeado de cosas bellas y cómodas. Para Craso el despilfarro de espacio era perder dinero, y el dinero gastado en despachos bonitos era dinero tirado. El, en sus oficinas, ocupaba un escritorio en el rincón de un salón lleno de escribas, contables y secretarios; era una inconveniencia, pero así tenía al personal constantemente a la vista, y a él no se le escapaba nada.

No, a él no le apremiaba hacerse con el cargo, y no necesitaba comprarse un grupo de influencia en el Senado. ¡Que Pompeyo Magnus se gastase el dinero en ello! Eso no era necesario cuando uno prestaba a los senadores cualquier cantidad que necesitasen... sin intereses. Pompeyo jamás recuperaría su dinero, mientras que él podía reclamar lo prestado en cualquier momento aunque no lo necesitase.

En septiembre, el Senado actuó finalmente y preguntó a Marco Licinio Craso si quería asumir un imperium proconsular, reclutar ocho legiones y dirigir la guerra contra el gladiador tracio Espartaco. Tardó varios días en contestar, y finalmente dio su respuesta en la Cámara con habitual brevedad y premeditación. Para César, que le escuchaba atento desde su asiento en las gradas opuestas, fue una lección en cuanto al poder de la importancia y el hedor soberano del dinero.

Craso era bastante alto pero no lo parecía por lo ancho que era; sin ser gordo. Lo que sucedía era que tenía una constitución como de buey, con gruesas muñecas y manos grandes, cuello poderoso y anchos hombros. Envuelto en la toga era una masa informe si no se le veían los músculos del

antebrazo izquierdo descubierto y se notaba su fortaleza al estrecharle la mano. Era de rostro grande y ancho, inexpresivo pero no desagradable, y sus ojos grises solían dirigir una mirada afable. Tenía cabello y cejas marrón claro y la cara se le bronceaba en seguida al sol.

Ahora hablaba con su voz normal, sorprendentemente potente (Apolonio de Molón habría dicho que eso era por tener el cuello corto, pensó César) y decía:

—Padres conscriptos, soy consciente del honor que me concedéis al ofrecerme este alto mando. Quisiera aceptarlo, pero...

Hizo una pausa y recorrió con su afable mirada unos rostros aquí y allá.

—Soy un hombre humilde y me doy cuenta de que mi influencia se debe a mil hombres de la clase de los caballeros que no pueden tener representación directa en esta Cámara. Y yo no puedo aceptar ese mando sin estar seguro de que ellos me lo permiten. Por consiguiente, ruego humildemente a la Cámara que presente un *senatus consultum* a la asamblea del pueblo. Si ella vota a favor de otorgarme el mando, lo aceptaré complacido.

¡Muy listo este Craso!, se dijo César.

Si el Senado concedía, el Senado podía desposeer, como había sucedido en el caso de Gelio y Clodiano; pero si se pedía a la asamblea del pueblo que aprobase un decreto del Senado —y ésta lo ratificaba— sólo la asamblea del pueblo podía anularlo. Algo no del todo imposible; pero con los tribunos de la plebe sin uñas ni dientes en virtud de las leyes de Sila y con la apatía general de la Cámara para adoptar decisiones, una ley aprobada en la asamblea del pueblo situaba a Craso en una posición inamovible. ¡Listo, pero que muy listo, aquel Craso!

A nadie le sorprendió que la Cámara transmitiese obedientemente el *senatus consultum* ni que la asamblea del pueblo votase a favor mayoritariamente. Marco Licinio Craso se convertía en general de la guerra contra Espartaco con mayor solidez que Pompeyo en la Hispania Citerior, pues el *imperium* de Pompeyo era una concesión del Senado y no una ley registrada en las tablillas oficiales.

Con la misma eficiencia con que se había enriquecido con un negocio tan equívoco como el de convertir esclavos baratos en sirvientes especializados, Marco Craso se puso manos a la obra ante este nuevo reto.

Lo primero que hizo fue anunciar los nombres de sus legados:

Lucio Quintio, aquella peste de cincuenta y dos años para cónsules y tribunales; Marco Mummio, casi con edad de pretor; Quinto Marco Rufo, algo más joven, pero senador; Cayo Pomptino, un militar joven, y Quinto Arrio, el único veterano de la guerra contra Espartaco que decidió conservar.

Luego declaró que, como las cuatro legiones de los cónsules habían quedado reducidas a dos por las bajas y las deserciones, sólo utilizaría los doce primeros de los veinticuatro tribunos de los soldados, pero no los de aquel año, ya que su cargo estaba a punto de expirar, y consideraba que no habría nada peor para aquellas poco eficaces legiones que cambiar los mandos al mes escaso de haber iniciado la campaña. Por lo tanto, movilizaba un poco antes a los tribunos de los soldados elegidos para el año próximo. También incorporó a su estado mayor a uno de los cuestores para el año siguiente, el llamado Cneo Tremelio Scrofa, de familia de raigambre pretorial.

Entretanto, se trasladó a Capua y envió agentes a ver a sus ex-combatientes de la época en que había combatido contra Carbón y los samnitas, pues necesitaba reclutar rápidamente seis legiones. Sus críticos recordaron que a sus soldados no les había gustado su reticencia a compartir el botín de algunas ciudades, como en el caso de Tuder, y predijeron que no se alistarían muchos voluntarios. Pero quizás el tiempo hubiese entibiado los recuerdos y los corazones, porque los voluntarios acudieron a alistarse bajo las águilas de Craso. A principios de noviembre, cuando llegó la noticia de que las huestes de Espartaco habían dado media vuelta y bajaban de nuevo por la vía Emilia, Craso estaba casi listo para ponerse en marcha.

No obstante, antes tenía que ocuparse de los restos de las legiones de los cónsules, que no habían salido del campamento en Firmum Picenum después de la derrota compartida de Gelio y Clodiano. Quedaban veinte cohortes (el número equivalente a las de dos legiones), pero las formaban

los supervivientes de cuatro legiones y pocos habían combatido juntos en la misma legión. Y no se había podido trasladarlas a Capua hasta que estuvieron formadas y organizadas las seis legiones nuevas, pues en los últimos años se habían constituido tan pocas legiones, que la mitad de los campamentos en torno a la ciudad se hallaban cerrados y desmantelados.

Cuando Craso envió a Marco Mummio y a los doce tribunos de los soldados a recoger aquellas veinte cohortes de Firmum Picenum, era consciente de que Espartaco y sus huestes se aproximaban a Ariminum, y dio órdenes estrictas a Mummio para que evitara cualquier enfrentamiento con los rebeldes, que estaban mu y al norte de Firmum Picenum. Para desgracia de Mummio, al llegar a Ariminum, Espartaco había avanzado con sus tropas, prescindiendo de las mujeres y el convoy de pertrechos, sabiendo que en su retaguardia no había peligro, y por ello, casi en el mismo instante en que Mummio llegaba al campamento construido por Gelio y Clodiano, también lo alcanzaban las avanzadillas del rebelde.

El enfrentamiento era inevitable. Mummio hizo lo imposible, pero eran pocas sus posibilidades con aquellos tribunos de los soldados (entre los que se encontraba César). Ninguno conocía a las tropas y éstas estaban poco entrenadas y temían a Espartaco como los niños al lobo. No se puede calificar de batalla a lo que allí se dirimió; las tropas de Espartaco pasaron sobre el campamento como si no existiera y las despavoridas tropas de las legiones de los cónsules se desperdigaron en todas direcciones, arrojando armas y despojándose de corazas y armaduras y de cuanto pudiera estorbar su huida. Los remolones perecieron y los rápidos se salvaron. Los rebeldes, sin preocuparse por perseguirles, siguieron cayendo sobre el lugar, deteniéndose únicamente a recoger armas y corazas y a despojar los cadáveres.

—Nada podías hacer para evitarlo —dijo César a Mummio—. La culpa ha sido de nuestro espionaje.

—¡Marco Craso se pondrá furioso! —exclamó Mummio, desesperado.

—Y dices poco —comentó César, inexorable—. De todos modos las fuerzas de Espartaco son una horda indisciplinada.

—¡Pero superan los cien mil hombres!

Estaban acampados en una colina, no lejos de aquel río de rebeldes que continuaba en dirección sur. César, que tenía muy buena vista, señaló hacia ellos y dijo:

—Soldados no tendrá más de ochenta mil; quizás menos. Lo que vemos ahora son sus seguidores, mujeres, niños y hombres que no van armados. Y serán cincuenta mil por lo menos. Espartaco avanza con una rueda de molino al cuello, teniendo que arrastrar consigo las familias y los efectos personales de sus soldados. Eso que ves, Mummio, es una horda de fugitivos, no un ejército.

—Bueno, no hay por qué detenerse aquí —dijo Mummio, dándose la vuelta—. Hay que informar a Marco Craso, y cuanto antes mejor.

—Dentro de un par de días se habrán alejado las huestes de Espartaco. ¿Puedo sugerirte que nos quedemos aquí hasta que se vayan, para luego intentar reagrupar los hombres de las legiones de los cónsules? Si los dejamos, desaparecerán para siempre. Yo creo que a Marco Craso le complacerá más verlos, estén como estén.

Mummio se quedó mirando fijamente a su primer tribuno de los soldados.

—Te piensas bien las cosas, César, ¿no es cierto? Tienes razón. Tenemos que reagrupar a esos desgraciados y llevarlos con nosotros; si no, la cólera del general será de temer.

Cinco cohortes yacían muertas entre los restos del campamento así como la mayoría de los centuriones. Se habían salvado quince cohortes, y Mummio tardó once días en reagruparlas; una tarea no tan ardua como había creído, pues estaban más destrozados psíquica que físicamente.

Con túnica y sandalias por toda vestimenta, las quince cohortes fueron conducidas hasta las afueras de Bovianum, al campamento de Craso, que había sorprendido a un destacamento de los rebeldes, separado del grueso de las tropas, matando a seis mil; pero Espartaco, en cualquier caso, iba ya camino de Venusia y Craso no había considerado conveniente seguirlo por un terreno desfavorable para una fuerza numéricamente inferior. Era ya



primeros de diciembre, pero como el calendario iba adelantado cuarenta días a las estaciones, aún no había comenzado el invierno.

El general escuchó a Mummio con un mutismo que nada bueno presagiaba. Y, de pronto, dijo:

—No tengo nada que reprocharte, Marco Mummio, pero ¿qué puedo hacer con quince cohortes en las que no se puede confiar ni tienen agallas para luchar?

Nadie contestaba, pero Craso sabía lo que iba a hacer a pesar de su pregunta. Todos se daban cuenta, pero el único que lo sabía era él.

La blanda mirada fue deteniéndose en un rostro y otro, se clavó en el de César y continuó.

—¿Cuántos son? —inquirió.

—Siete mil quinientos, Marco Craso. Quinientos soldados por cohorte —contestó Mummio.

—Voy a diezmarlos —dijo Craso.

Se hizo un profundo silencio, en el que nadie movía un músculo.

—Mañana al salir el sol ten el ejército formado y disponlo todo. César, tú eres pontífice y oficiarás. Elige la víctima para el sacrificio. ¿Ha de ser a Júpiter Optimus Maximus o a otro dios?

—Marco Craso, creo que debemos ofrecérsela a Júpiter Stator que es quien detiene a los soldados que huyen. Y a Sol Indiges y Bellona. La víctima ha de ser una ternera negra.

—Mummio, tus tribunos de los soldados lo echarán a suertes; menos César.

Tras lo cual, el general levantó la sesión y sus oficiales abandonaron la tienda de mando sin saber qué decirse. ¡Diezmar a la tropa!

Al amanecer, las seis legiones de Craso estaban formadas, y frente a ellas, en diez columnas de setecientos cincuenta hombres, se hallaban los soldados que iban a ser diezmados. Mummio había trabajado denodadamente para hacerlo de la manera más rápida y simple, ya que la división numérica más importante era la decuria de diez hombres; ni que decir tiene que el propio Craso había ayudado mucho en los cálculos.

Las tropas permanecían tal como Mummio y sus tribunos de los soldados las habían dispuesto, vestidas sólo con túnica y sandalias, pero todos llevaban una porra en la mano derecha y habían sido numerados de uno a diez para efectuar el sorteo. Cobardes manifiestos, seguían pareciendo cobardes, pues todos ellos temblaban a ojos vistas, no se veían más que caras de terror con la frente bañada de sudor a pesar del frío matinal.

—Pobres —dijo César a su colega tribuno de los soldados, Cayo Popilio—. No sé qué les da más miedo, la idea de que les caiga en suerte morir o el pensar que puede tocarles en suerte ser de los nueve que deben matar. No son guerreros.

—Son muy jóvenes —replicó Popilio con cierta tristeza.

—Eso suele ser una ventaja —añadió César, que había revestido la toga pontifical, una lujosa y vistosa prenda amplia color escarlata con franjas púrpura—. ¿Qué sabe uno a la edad de diecisiete o dieciocho años? No tienen esposas ni hijos por quién preocuparse. La juventud es turbulenta y necesita desahogar sus impulsos violentos. Mejor es combatir que entregarse al vino, a las mujeres y a las riñas de taberna... En la batalla, al menos, el Estado obtiene de ellos una utilidad.

—Eres un hombre duro —dijo Popilio.

—No. Soy práctico.

Craso estaba listo para comenzar. César se aproximó al lugar en que estaban dispuestos los adornos rituales, echándose un pliego de la toga por la cabeza. Cada una de las legiones tenía su propio sacerdote y augur, y era uno de los augures militares quien examinaba el hígado de la ternera. Pero como el rito de diezmar las tropas era potestad del imperium proconsular de un general, era preceptivo que lo oficiase una autoridad religiosa superior a la que regía en las legiones, y por eso Craso se lo había encomendado a César, y era él quien tenía que verificar los hallazgos del augur. Después de anunciar en voz alta que Júpiter Stator, Sol Indiges y Bellona se dignaban aceptar el sacrificio, pronunció las plegarias propiciatorias e hizo signo con la cabeza a Craso para que comenzase.

Una vez recibida la aprobación divina, Craso tomó la palabra. Se había levantado un tribunal sobre un estrado al lado de las cohortes culpables y en él estaban Craso y sus legados. El único tribuno de los soldados que no formaba parte del grupo era César; todos se hallaban reunidos en torno a una mesa entre las legiones veteranas y las cohortes que iban a ser diezmadas, pues su cometido consistía en efectuar el sorteo.

—¡Legados, tribunos, cadetes, centuriones y soldados —dijo Craso con su voz potente y sonora— se os ha formado para que seáis testigos de un castigo tan infrecuente y severo, que hace ya varias generaciones que no se impone. Diezmar a la tropa sólo se aplica a unidades que han demostrado ser indignas de formar parte de las legiones de Roma, que han desertado de las águilas del modo más cobarde e imperdonable. He ordenado que las quince cohortes que forman ante vosotros vestidas con túnica, sean diezmadas por sobrados motivos: desde que fueron reclutadas para el servicio a principios de año no han hecho más que huir en todos los combates, y ahora, en su última derrota, han cometido el peor delito en que puede caer un soldado, abandonando las armas y la coraza en el campo de batalla, dejándoselas al enemigo. Ninguno merece vivir, pero no tengo poder para ejecutarlos a todos; eso es prerrogativa del Senado y sólo del Senado. Así pues, ejerceré mi derecho como comandante en jefe proconsular diezmando sus filas, y espero que con ello anime a los que sigan vivos a combatir en el futuro como soldados romanos y os haga ver a vosotros, mis leales y fieles seguidores, que no voy a tolerar cobardías! ¡Sean testigos los dioses de que quedan vengados el buen nombre y el honor de los soldados romanos!

Conforme Craso se aproximaba a la peroración, César se fue poniendo tenso. Si la tropa de las seis legiones formadas como testigos aclamaba, Craso tenía el consentimiento del ejército, pero si su discurso era acogido en silencio, se iba a encontrar con una campaña turbulenta. A nadie le gustaba que se diezmaran las filas y por eso ningún general lo hacía. ¿Era Craso, tan hábil en negocios y política, igual de hábil juzgando a los veteranos de las legiones romanas?

Pero las seis legiones le aclamaron con entusiasmo, y César, que le observaba atentamente, percibió en él un ligero relajamiento de alivio. ¡Tampoco Craso las tenía todas consigo!

Se inició el sorteo. Eran setecientas cincuenta decurias, lo que significaba que habían de morir setecientos cincuenta hombres; un proceso que Craso y Mummio habían abreviado gracias a una excelente organización, disponiendo en un gran cesto setecientas cincuenta tablillas —de las cuales setenta y cinco llevaban marcada la cifra I, setenta y cinco la II y así sucesivamente hasta la X. Las habían vertido al azar, revolviéndolas a continuación, y el tribuno de los soldados Cayo Popilio se había encargado de contar setenta y cinco de aquellas tablillas cuadradas de cinco centímetros para echarlas en diez cestos más pequeños, que fueron entregando a cada uno de los diez tribunos de los soldados restantes para que los repartieran.

Por eso las cohortes condenadas estaban formadas en diez filas espaciadas con setenta y cinco decurias en cada una. Un tribuno de los soldados recorría la fila, deteniéndose ante cada decuria y sacando una tablilla del cesto, decía el número en voz alta, el soldado al que le correspondía daba un paso al frente y el tribuno continuaba a la siguiente decuria.

Acto seguido comenzaba la ejecución, también con gran orden y meticulosidad. Los centuriones de las seis legiones de Craso, que no conocían a los soldados de las cohortes castigadas, tenían orden de supervisarla. Quedaban pocos centuriones de aquellas quince cohortes, pero los supervivientes no habían sido eximidos del castigo y formaban con los soldados. Al que le había caído en suerte, le daban muerte los otros nueve compañeros de decuria, aporreándole sin piedad. De ese modo, todos sufrían: los nueve supervivientes y el ejecutado.

Los centuriones que supervisaban la ejecución sabían cómo había que hacerlo y lo decían.

—Arrodíllate y no te muevas —indicaban al condenado—. Tú, pártete la cabeza —añadían a los nueve restantes, que, sucesivamente, debían descargar la porra sobre el cráneo del arrodillado.

Era la manera más piadosa de aplicar el castigo, y al menos impedía que los porrazos se descargarán brutalmente a ciegas sobre todas las partes del cuerpo de la víctima. Pero los centuriones encargados de ello no cesaban de gritar y gritar que sacudiesen fuerte y con tino, y las ejecuciones que se iban sucediendo a lo largo de la fila de decurias se efectuaban cada vez mejor y más rápido: el resultado de la repetición unida a la resignación de lo inevitable. Al cabo de trece horas había concluido el castigo, a la luz de antorchas en su última parte. Craso ordenó romper filas a su cansado y aburrido ejército, y los setecientos cincuenta cadáveres fueron colocados en treinta piras y devorados por el fuego. Las cenizas, en vez de enviárselas a sus familias, fueron arrojadas a las zanjas de las letrinas del campamento y el dinero y los objetos personales fueron enviados al Erario como compensación por aquellas corazas, cascos, cotas de malla y armas abandonadas en el campo de batalla.

Los que fueron testigos de aquel escarmiento por primera vez quedaron impresionados y algunos muy hondamente. Ahora los soldados de unas catorce cohortes disminuidas, formadas por los desgraciados supervivientes, se tragaban el miedo y el orgullo y se disponían a esforzarse denodadamente para convertirse en la clase de legionario que Craso quería. De Capua llegaron otras siete cohortes de reclutas bien entrenados y fueron incorporadas a aquellas catorce para darles plena potencia. Como Craso seguía llamándolas las legiones de los cónsules, a los doce tribunos de los soldados se les encomendó el mando, y César, primer tribuno, obtuvo el mando de la Legio 1.

Mientras Marco Craso diezmaba las filas de los que eran incapaces de mostrar el coraje para enfrentarse a las huestes de Espartaco, éste celebraba juegos funerarios por Crixus en las afueras de Venusia, y, aunque no tenía costumbre de hacer prisioneros, había elegido trescientos soldados de las legiones de los cónsules (y otros que pensaba mantener con vida, de momento) del campamento de Firmum Picenum, y durante todo el trayecto hasta Venusia los había entrenado para el combate de gladiadores: la mitad

galos y la otra mitad tracios. Los proveyó de sus mejores atavíos y los puso a luchar en memoria de su compañero muerto. Al vencedor absoluto le reservó la suerte romana tradicional, flagelándole y decapitándole. Con la sangre de trescientos enemigos el espectro de Crixus quedó sobradamente satisfecho.

Los juegos funerarios de Crixus habían cumplido otro propósito, pues, mientras la ingente horda se entregaba a la fiesta y al descanso, Espartaco fue recorriendo sus filas de un modo más personal que en Mutina para irlos convenciendo a todos de que la patria, su destino final, había de ser la fértil Sicilia. Previamente, habían saqueado todos los graneros y silos en su marcha y contaban con grandes provisiones de queso, legumbres, tubérculos y frutos secos, y llevaban consigo millares de ovejas, cerdos, gallinas y patos, pues impedir que su gente pasase hambre le obsesionaba más que el espectro de un ejército romano. Se acercaba el invierno y decidió que debían llegar a Sicilia antes de que comenzasen los grandes fríos.

Así, en diciembre reanudaron la marcha hacia el sur para llegar al golfo de Tarentum, en donde las desventuradas poblaciones de aquella fértil llanura, regada por varios ríos, sufrían la pérdida de las cosechas de Otoño y las verduras primerizas de invierno. En Thurii —ciudad que ya había saqueado la primera vez a su paso por la región— dirigió a sus huestes hacia el interior, subió por el valle del Crathis y llegó a la vía Popilia. No había tropas romanas esperándoles y utilizó aquella carretera para cruzar las montañas de Bruttium y llegar sin incidentes al pequeño puerto pesquero de Scyllaeum.

Sicilia se divisaba al otro lado del estrecho. Un breve viaje por mar y habría concluido su periplo. Pero era un viaje temible, pues Escila y Caribdis moraban en aquellas peligrosas aguas. Justo en la salida de la bahía de Scyllaeum, el primero asestaba dentelladas con las tres filas de dientes de sus seis cabezas al tiempo que las cabezas de perro que protegían sus costados babeaban entre aullidos. Si un barco lograba deslizarse junto al monstruo mientras dormía, tenía que vérselas con Caribdis de Sicilia, que

giraba furiosamente formando un enorme remolino que se tragaba los navíos.

Naturalmente, no es que Espartaco creyese semejantes historias, pero, sin darse cuenta, estaba perdiendo conceptos de su romanización y le iba quedando un núcleo más primitivo y pueril; no había vivido como un verdadero romano desde su expulsión de las legiones de Cosconio y de eso hacia ya casi cinco años. La mujer con quien se había unido sí que creía en Escila y Caribdis, e igual sucedía con muchos de sus seguidores, y a veces —sólo a veces— veía en sueños aquellos horrendos monstruos.

Además de una gran flota de pesca que perseguía a los atunes durante la época de migración dos veces al año, Scyllaeum daba refugio a piratas. La proximidad de la vía Popilia y el paso de las legiones entre Sicilia y la península no permitía que hubiese grandes flotas piratas en el puerto, pero sí que había algunos corsarios autónomos de los que durante el invierno atracaban sus pequeñas embarcaciones sin cubierta en Scyllaeum, cuando apareció aquella imponente horda.

Dejando que el ejército se atracase de pescado, Espartaco buscó inmediatamente al jefe de los piratas y le preguntó si conocía almirantes piratas que mandasen grandes flotas. ¡Sí, claro, varios!, contestó el hombre.

—Pues tráelos a mi presencia —dijo Espartaco—. Necesito trasladar sin tardanza a Sicilia varios miles de mis mejores soldados y estoy dispuesto a pagar mil talentos de plata a quien nos garantice el pasaje en el plazo de un mes.

Aunque habían muerto Crixus y Enomao, contaba con sus respectivos sustitutos, salidos de la heterogénea colección de legados y tribunos. Casto y Ganico eran samnitas y habían luchado con Mutilo durante la guerra itálica y con Poncio Telesino en la guerra contra Sila; eran marciales por naturaleza y tenían cierta experiencia del mando. El tiempo le había enseñado a Espartaco que sus huestes se negaban a marchar como debe hacerlo un ejército de no ser que amenazase el enemigo, y en ellas había gran número de mujeres y hombres, bastantes niños y hasta personas mayores. Por consiguiente, era imposible que un solo hombre controlase directamente semejantes masas. Por ello, las había dividido en tres

columnas con sus correspondientes convoyes de pertrechos; él mandaba la mayor, que abría la marcha, y había encomendado el mando de las otras dos a Casto y a Ganico.

Cuando se supo que dos almirantes piratas venían a verle, Espartaco llamó a Aluso, Casto y Ganico.

—Parece ser que pronto dispondremos de suficientes barcos para trasladar veinte mil hombres a Pelorus —dijo—, pero lo que me preocupa es que tendré que dejar detrás a la mayor parte de mi gente. Y pueden transcurrir varios meses hasta que pueda trasladarla a Sicilia. ¿Qué os parece si los dejamos aquí en Scyllaeum? ¿Hay suficiente comida? ¿O es preferible enviar a los que queden a las tierras de Bradanus? Labriegos y pescadores dicen que va a ser un invierno frío.

Casto, que era el mayor y más experimentado que Ganico, meditó un instante antes de contestar.

—En realidad, Espartaco, no estaría mal quedarnos por aquí. Al oeste del puerto hay una especie de planicie fértil en la que podríamos acampar sin mermar demasiado las provisiones durante... un mes o dos. Y si veinte mil de los que más comen van a Sicilia, unos tres meses.

Espartaco adoptó una decisión.

—Pues que todos se queden aquí. Traslada el campamento al oeste del pueblo y que las mujeres y los niños empiecen a hacer los cultivos. Incluso nabos y coles.

Una vez que hubieron salido los dos samnitas, Aluso volvió sus ojos de loba hacia su esposo y lanzó un gruñido gutural. A él siempre se le erizaban los pelos de la nuca al oír aquel sonido animal que profería siempre que el espíritu profético la poseía.

—¡Cuidado, Espartaco! —dijo.

—¿De qué he de tener cuidado? —inquirió él, frunciendo el ceño.

Ella meneó la cabeza y volvió a emitir aquel gruñido.

—No lo sé. De algo. De alguien. Viene a través de la nieve.

—No nevará hasta dentro de un mes, por lo menos, si no más —replicó él con voz tranquila—. Para entonces estaré ya en Sicilia con mis mejores



hombres y no creo que la campaña de la isla nos lleve mucho tiempo. ¿Son los que quedan aquí los que deben tener cuidado?

—No —contestó ella sin dudarlo—. Eres tú.

—Sicilia es presa fácil y no está bien defendida. No correré peligro ante la milicia y los oligarcas del trigo.

—No llegarás allí —replicó ella, hierática y, luego, estremeciéndose—. Nunca llegarás a Sicilia.

Pero al día siguiente su afirmación quedó desmentida al llegar a Scyllaeum dos almirantes piratas tan famosos, que hasta Espartaco conocía su nombre: Farnaces y Megadates. Habían iniciado su carrera de piratas al este, lejos de Sicilia, en las aguas del mar Euxino. Sin embargo, durante los diez últimos años dominaban los mares entre Sicilia y África y asaltaban todo lo que fuera menos potente que una flota triguera romana bien protegida. Y cuando les parecía acudían al puerto de Siracusa —¡ante las narices del gobernador!— a aprovisionarse y cargar vino.

Los dos, pensó el asombrado Espartaco, parecían mercaderes elegantes y ricos, pálidos, gordos y delicados.

—Sabéis quién soy —dijo sin andarse con rodeos—. ¿Haréis trato conmigo a pesar de los romanos?

Los dos piratas intercambiaron una sonrisa.

—Nosotros hacemos tratos en todas partes y con quien sea, a pesar de los romanos —contestó Farnaces.

—Necesito trasladar veinte mil de mis soldados a Pelorus.

—Es una travesía corta, pero peligrosa en invierno —contestó Farnaces, que, evidentemente, era el portavoz.

—Los pescadores me han dicho que se puede hacer bien.

—Desde luego, desde luego.

—¿Me ayudaréis?

—Vamos a ver... Veinte mil hombres a doscientos cincuenta por barco —es una simple cuestión de millas; les dará igual aunque vayan apretados como higos— son ochenta barcos —dijo Farnaces, haciendo una leve mueca—. Tantos barcos no tenemos, Espartaco. Sólo veinte entre los dos.

—Cinco mil en cada viaje —dijo Espartaco, frunciendo el ceño—. Bien, pues habrá que hacer cuatro viajes. ¿Cuánto cuesta y cuándo podéis comenzar?

Cual lagartos gemelos, los dos parpadearon al unísono.

—Querido amigo, ¿no regateas? —inquirió Megadates.

—No tengo tiempo. ¿Cuánto y cuándo podéis empezar?

—Cincuenta talentos de plata por barco y por viaje —dijo Farnaces—. Cuatro mil en total.

Ahora fue Espartaco quien parpadeó.

—¡Cuatro mil! Es casi todo el dinero que tengo.

—Lo tomas o lo dejas —dijeron los almirantes al unísono.

—Si me garantizáis que están aquí los barcos dentro de cinco días, acepto —dijo Espartaco.

—Danos los cuatro mil talentos y te lo garantizamos —dijo Farnaces.

—¡No, ni hablar! —exclamó Espartaco con gesto de astucia—. La mitad ahora y el resto cuando acabéis.

—¡De acuerdo! —dijeron Farnaces y Megadates al unísono.

A Aluso no le había permitido asistir a la reunión, pues, por motivos que no se acababa de explicar, Espartaco no quería que supiera el acuerdo alcanzado; quizás lo que había vaticinado era la muerte en el agua, si es que nunca había de llegar a Sicilia. Pero, naturalmente, ella logró que se lo dijera y, para su gran sorpresa, se mostró alegremente conforme.

—Es un buen precio —dijo—. Recuperarás el dinero al llegar a Sicilia.

—¿No habías dicho que no llegaría a Sicilia?

—Eso fue ayer, y la visión mintió. Hoy tengo más clarividencia y sé que todo va a salir bien.

Se sacaron de los carros dos mil talentos de plata y fueron cargados en la preciosa quinquerreme dorada de velas rojo y púrpura en que habían llegado Farnaces y Megadates a Scyllaeum. Hundiendo sus potentes remos en el agua, el bajel pronto salió de la bahía.

—Parece un ciempiés —dijo Aluso.

—¡Eso es, un ciempiés! —dijo Espartaco, riendo—. Tal vez por eso no teme a Escila.

—Es demasiado grande para que se lo trague.

—Escila es un conjunto de escollos peligrosos —dijo Espartaco.

—Escila es un ser —replicó Aluso.

—Dentro de cinco días lo sabré seguro.

Cinco días más tarde los cinco mil hombres se congregaban en el puerto de Scyllaeum, todos con sus respectivos pertrechos, la coraza a la espalda, el casco puesto, las armas a mano y llenos de temor. ¡Iban a navegar entre Escila y Caribdis! Sólo el hecho de que la mayoría de ellos habían hablado con los pescadores les confería valor para sobreponerse; los pescadores juraban que Escila y Caribdis existían, pero conocían los encantamientos para hacerlos dormir y habían prometido hacerlos.

Aunque el tiempo había sido bueno durante los últimos cinco días y el mar estaba en calma, los veinte barcos piratas no llegaron. Enfurruscado, Espartaco celebró consejo con Casto y Ganico y decidió que los cinco mil hombres permanecieran en el puerto durante la noche. Seis días, siete, ocho, y los piratas no llegaban. Diez, quince, y sin aparecer. Ya habían hecho volver a los cinco mil hombres al campamento, pero cada día se veía a Espartaco en el promontorio de la entrada del puerto, oteando hacia el sur. ¡Vendrán! ¡Tienen que venir!

—Te han engañado —dijo Aluso el día decimosexto, al ver que Espartaco no daba muestras de ir a su punto de observación.

—Me han engañado —dijo, tragándose las lágrimas.

—¡Espartaco, el mundo está lleno de tramposos y mentirosos! —exclamó ella—. Al menos, lo que nosotros hemos hecho ha sido de buena fe y tú has sido un padre para todas estas gentes. Veo un país para nosotros al otro lado del mar, y lo veo tan claro que casi puedo tocarlo. Pero nunca llegaremos a él. Lo vi la primera vez que interpreté las tablas, pero después me mintieron. ¡Tramposos y mentirosos, tramposos y mentirosos! —sus ojos se encendieron y lanzó un gruñido—. ¡Ten cuidado del que viene por la nieve!

Espartaco no la oía: estaba llorando amargamente.

—Soy ridículo —dijo a Casto y a Ganico a finales de aquel día—. Zarparon con mi dinero dispuestos a no regresar. Dos mil talentos por

cuatro palabras.

—No ha sido culpa tuya —dijo Ganico, que solía hablar poco—. Incluso en los negocios es obligado el honor.

Casto se encogió de hombros.

—Ellos no son comerciantes, Ganico; lo único que hacen es robar. Un pirata es un ladrón descarado.

—Bien —dijo Espartaco—, ya no hay nada que hacer. Lo que ahora importa es nuestro futuro. Debemos seguir viviendo en Italia hasta el verano en que requisemos todos los barcos de pesca entre Campania y Rhegium para cruzar a Sicilia.

La existencia de un nuevo ejército romano en la península se sabía, desde luego, pero Espartaco la había recorrido con tal impunidad durante tanto tiempo, que ya poca atención prestaba a los esfuerzos militares de Roma; sus exploradores se habían vuelto perezosos y él mismo había sucumbido a la indiferencia. Durante todo aquel tiempo haciendo de pastor de la horda, había llegado a considerar su papel al margen del ámbito bélico; era el patriarca que buscaba una tierra para sus hijos y no un rey ni un general. Y ahora tendría que reanudar una vez más la marcha. Pero ¿a dónde? ¡Cuánta comida consumían!

Cuando Craso inició la marcha hacia el sur, se puso al mando de un aparato militar destinado a un solo propósito: aniquilar a las huestes de Espartaco. Y en ningún momento se dejó llevar por la premura. Sabía exactamente dónde se hallaba su presa y había imaginado que su destino era Sicilia. A Craso le daba igual. Si tenía que combatir a los rebeldes en Sicilia, mejor que mejor. Se había puesto en contacto con el gobernador (que seguía siendo Cayo Verres) y éste le había asegurado que los esclavos de la isla no estaban en condiciones de efectuar una tercera sublevación contra Roma aunque desembarcaran las tropas de Espartaco. Verres había puesto a la milicia en estado de alerta, estacionándola ante Pelorus, conservando las tropas romanas para la posible campaña, pues seguro que

Craso llegaba pisando los talones a los rebeldes para iniciar el grueso de las operaciones.

Pero no sucedió nada. La inmensa horda rebelde seguía acampada en las inmediaciones de Scyllaeum; al parecer, porque no disponían de barcos. Cayo Verres escribió una carta.

*He oído una curiosa historia, Marco Craso. Parece que Espartaco se puso en contacto con los almirantes piratas Farnaces y Megadates y les pidió transportar a veinte mil de sus mejores hombres de Scyllaeum a Pelorus. Los piratas se comprometieron a hacerlo por cuatro mil talentos, dos mil a pagar como señal y el resto una vez concluido el traslado.*

*Espartaco les entregó dos mil talentos y los piratas zarparon. ¡Muriéndose de risa! Con una simple promesa se habían hecho con una fortuna. Hay quienes dicen que han sido tontos por no llevar adelante el acuerdo y ganarse otros dos mil talentos, pero, por lo visto, Farnaces y Megadates prefirieron ganar la mitad sin mover un dedo. Se habían formado mala opinión de Espartaco y vieron un riesgo en cobrar los otros dos mil.*

*Mi opinión personal es que Espartaco es un aficionado y un patán. Farnaces y Megadates le engañaron igual que un estafador romano a un campesino de Apulia. De haber habido un ejército como es debido en Italia el año pasado, habría acabado con él; estoy seguro. No tiene más que superioridad numérica, pero cuando se enfrente a ti, Marco Craso, está perdido. Espartaco no tiene suerte, mientras que tú, querido Marco Craso, has demostrado que eres favorito de la Fortuna.*

Al leer la frase final, César se echó a reír.

—¿Qué pretende? —preguntó, devolviendo la carta a Craso—. ¿Un préstamo? ¡Por los dioses que ese hombre devora el dinero!

—No le prestaré nada —dijo Craso—. Verres no va a durar.

—¡Ojalá no te equivoques! ¿Cómo sabrá con tanto detalle esa historia de Espartaco con los strategoi piratas?

Craso sonrió; el gesto producía un cambio milagroso en su inexpresivo rostro, que ahora parecía joven y travieso.

—Oh, supongo que ellos mismos se lo contaron cuando les reclamó su parte de los dos mil talentos.

—¿Tú crees que le habrán dado parte?

—Sin duda alguna. El les permite utilizar Sicilia como base de sus correrías.

Estaban a solas, sentados en la tienda de mando del general dentro de un fuerte campamento levantado junto a la vía Popilia en las afueras de Terina, a ciento sesenta kilómetros de Scyllaeum. Era a principios de febrero y había comenzado el invierno. Dos braseros calentaban la tienda.

El por qué Craso había hecho amistad con César, ya de veintiocho años, era asunto de acerbo debate entre los legados, que se mostraban más desconcertados que envidiosos. Hasta que el general había comenzado a compartir los momentos de ocio con César, no había hecho amistad con nadie y, por tanto, ningún legado se sentía desplazado ni relegado; el enigma estaba en lo incongruente de la relación, pues Craso tenía dieciséis años más que César, su mutua actitud frente al dinero no podía ser más opuesta, no hacían buena pareja y no existía entre ellos aficiones literarias o artísticas en común.ombres como Lucio Quintio conocían a Craso desde hacía años y habían tenido tratos con él en política y en negocios, sin haber llegado nunca a una profunda amistad; sin embargo, desde que, dos meses antes, Craso había tomado a su servicio a los tribunos de los soldados de aquel año, había buscado la amistad de César y éste le había correspondido.

La verdad era, realmente, muy sencilla. El uno había visto en el otro un futuro personaje importante y ambos nutrían similares ambiciones políticas, y de no haberse producido aquella mutua identificación, no habría habido amistad. Pero es que, además, intervenían otros factores que la afianzaban. Aquel ramalazo de dureza que existía en Craso, anidaba también en el interior del afable y encantador César; ninguno de los dos se hacía ilusiones sobre su mundo nobiliario y ambos se habían pertrechado de profundo sentido común y a ninguno de los dos les preocupaba exageradamente el lujo personal.

Las diferencias entre ellos eran superficiales por mucho que saltasen a la vista: César el guapo libertino que se estaba creando una increíble fama de conquistador y Craso el leal esposo; César el brillante intelectual con clase e instinto, y Craso el pragmático abnegado. Una extraña pareja. Ese era el veredicto de los fascinados testigos, quienes desde aquel momento comenzaron a considerar a César una fuerza digna de tener en cuenta; pues, si no lo era, ¿por qué Marco Craso se molestaba en ser amigo suyo?

—Esta noche va a nevar —dijo Craso—. Empezaremos la marcha por la mañana. Quiero aprovechar la nieve y que no sea un obstáculo.

—Sería mucho más sensato que nuestro calendario coincidiese con las estaciones —comentó César—. ¡No soporto la inexactitud!

—¿A qué viene esa observación? —inquirió Craso, mirándole fijamente.

—A que estamos en febrero y apenas ha comenzado el invierno.

—Pareces griego. Con tal de saber la fecha y poder sacar la mano por la ventana para sentir la temperatura, ¿qué importancia tiene?

—¡Importa por lo poco correcto y metódico! —replicó César.

—Si el mundo fuese demasiado metódico, sería difícil ganar dinero.

—Difícil esconderlo, querrás decir —añadió César sonriente.

Cuando ya se aproximaban a Scyllaeum, los exploradores comunicaron que Espartaco seguía acampado en la planicie detrás del puerto, aunque había indicios de que se disponía a levantar pronto el campamento. Los rebeldes habían dejado pelada la región.

Craso y César se adelantaron a caballo con los ingenieros del ejército y una escolta, conscientes de que Espartaco no disponía de caballería; había intentado entrenar a algunos soldados de infantería, y hasta domado algunos caballos salvajes de los bosques y montañas de Lucania, pero no había conseguido gran cosa.

La nieve caía incesante aquella tarde sin viento cuando los dos nobles romanos y su escolta comenzaron a rondar por el terreno de detrás de la altiplanicie triangular en que acampaban los seguidores de Espartaco; si

había centinelas debían de ser poco entusiastas, pues no se tropezaron con nadie. Desde luego, la nieve era un factor propicio porque amortiguaba los ruidos y cubría con su blanco sudario hombres y caballos.

—Mejor de lo que esperaba —dijo Craso satisfecho, cuando el grupo ya regresaba al campamento—. Si construimos un foso y un muro entre esos dos barrancos, encerraremos a Espartaco en donde se encuentra.

—No aguantará mucho —dijo César.

—Lo bastante para lo que pretendo. Quiero que pasen hambre y frío y desesperen. Y cuando se pongan en marcha, que se dirijan al norte hacia Lucania.

—Lo último, lo conseguirás, en todo caso. Irrumpirán por nuestro punto más débil, que no es el sur. Sin duda planearás que la mayor parte de la excavación la efectúen las legiones de los cónsules.

Craso le miró sorprendido.

—Excavarán, pero con los demás. Hay que acabar el foso y el muro cuanto antes, lo cual quiere decir que hasta los más veteranos tendrán que empuñar la pala. Además, con el trabajo entrarán en calor.

—Yo lo organizaré —dijo César, sin esperar que diese su consentimiento.

Craso, desde luego, no aceptó.

—Me gustaría, pero no es posible. Lucio Quintio es mi primer legado y debe hacerlo él.

—Lástima. Está muy apegado al cargo y a la oratoria.

A pesar del apego al cargo y la oratoria, Lucio Quintio puso manos a la obra de encerrar a las huestes de Espartaco con todo entusiasmo. Afortunadamente, tuvo el acierto de dejarse guiar por los ingenieros, pues no era gratuito el desdén de César por su carencia de dotes como arquitecto de fortificaciones.

El foso de quince pies de ancho y quince de profundidad, unía los extremos de los dos barrancos y la tierra extraída fue acumulada contra una barrera de troncos, rematada por una empalizada y torres de observación. De un barranco a otro, muro, empalizada y torres de vigilancia cubrían una distancia de trece kilómetros y la obra estuvo hecha en una semana a pesar



de que no cesaba de nevar. Detrás de la barrera se construyeron ocho campamentos, uno para cada legión, y así el general tendría tropas de sobra para atender los trece kilómetros de fortificaciones.

Espartaco advirtió la llegada de Craso nada más comenzar la obra —si es que no lo había sabido antes—, pero no pareció preocuparse. De pronto, había dedicado todas las energías de sus hombres a construir una enorme flota de balsas con intención, al parecer, de que las arrastrasen los barcos de pesca de Scyllaeum. A los romanos les parecía que cifraba sus esperanzas en una huida a través del estrecho, pensando en que la maniobra respondía a la convicción de que la huida por tierra les quedaba cortada. Llegó el día del masivo éxodo por mar, y los romanos que no estaban de servicio subieron al cercano monte Sila para ver mejor los preparativos en el puerto de Scyllaeum. Un desastre. Las balsas que permanecieron a flote no pudieron pasar la bocana y menos aún navegar por las aguas fuera del puerto. Los barcos de pesca no estaban hechos para arrastrar artefactos tan pesados y rígidos.

—En definitiva, no parece que se hayan ahogado muchos —dijo César a Craso, observando los acontecimientos desde el monte Sila.

—Probablemente, Espartaco lo habrá lamentado —comentó Craso en tono displicente—. Habrían sido menos bocas a alimentar.

—Yo creo que Espartaco quiere a sus gentes a la manera de un rey que se ha nombrado a sí mismo quiere a su pueblo —dijo César.

—Que se ha nombrado a sí mismo.

—A los reyes de nacimiento les importa poco su pueblo —añadió César, que había conocido uno de ellos, señalando la febril actividad allá abajo—. ¡YO te aseguro, Marco Craso, que ese hombre siente afecto hasta por el más ingrato de su horda! Si no fuera así, los habría abandonado a su suerte hace un año. Siento curiosidad por saber cómo es.

—Mandé que hicieran averiguaciones a partir de lo que informó Cayo Casio —dijo Craso, disponiéndose a descender de la atalaya—. Vamos, César; ya hemos visto lo suficiente. ¡Afecto...! Si es cierto, es que está loco.

—Ah, desde luego —dijo César, siguiéndole—. ¿Qué has averiguado?

—Casi todo menos su verdadero nombre. Tal vez nunca se sepa. Algún archivero idiota, pensando que en el Tabularium de Sila se guardarían también los archivos militares, no los puso a buen recaudo de las goteras y son indescifrables. Y Cosconio no recuerda nombres. En este momento estoy haciendo pesquisas entre sus tribunos.

—¡Que tengas suerte! Tampoco recordarán nombres.

Craso lanzó un gruñido, que tal vez fuese una seca carcajada.

—¿No sabes esa historia que corre por Roma de que es tracio?

—Todo el mundo sabe que es tracio. Tracio o galo, son las dos variedades —replicó César con una carcajada sonora—. De todos modos, tengo entendido que esa historia la difunden agentes del Senado.

Craso se detuvo, volvió a mirar a César de hito en hito, sorprendido.

—¡Ah, qué listo eres!

—Soy listo; es cierto.

—Bueno, ¿y no te parece acertado?

—Desde luego que sí —contestó César—. Ya hemos tenido bastantes renegados últimamente y sería una tontería añadir uno más a la lista que incluye luminarias militares como Cayo Mario, Lucio Cornelio Sila y Quinto Sertorio, ¿no crees? Mucho mejor que sea tracio.

Craso respondió con un verdadero gruñido.

—¡Me encantaría echarle la vista encima!

—Tal vez le veas cuando le demos batalla. Monta un vistoso caballo gris moteado enjaezado con cuero rojo remachado con tachuelas y medallones, que era de Varinio. Además, Varinio y Gelio le vieron de cerca y sabemos cómo es físicamente. Es un hombre fuerte, alto y rubio que llama la atención.

Durante un mes se entabló un porfiado duelo entre los rebeldes y los romanos. Espartaco tratando de abrir brecha en las fortificaciones de Craso y éste rechazándole. Los romanos supieron que en el campamento de los rebeldes tenían que escasear los alimentos cuando todas las tropas de Espartaco —César había calculado un total de setenta mil soldados—

atacaron en masa a lo largo de los trece kilómetros de fortificaciones, tratando de dar con un punto débil, y creyeron haberlo encontrado en el centro de la barrera en donde el foso se había deshecho por efecto de un aguacero. Por allí lanzó Espartaco sin denuedo a sus hombres, pero resultó una trampa en la que perecieron doce mil. Los demás se retiraron.

Después de aquello, el tracio que no era tracio torturó a algunos prisioneros que conservaba de las legiones de los cónsules, esparciendo a sus hombres con tenazas y pinchos al rojo vivo por lugares desde los que pensaba llegarían al máximo de soldados romanos los gritos de las atrocidades que sufrían sus compañeros. Pero el horror de la diezma que había llevado a cabo Craso les impresionaba aún más que la compasión por aquellos pobres rajados y quemados, y soportaron la prueba tratando de no mirar y tapándose los oídos con lana. Desesperado, Espartaco sacó a su más prestigioso prisionero, el centurión primus pilus de la segunda legión de Gelio y le crucificó con clavos por muñecas y tobillos sin quebrarle las piernas para que tardara más en morir. Craso ordenó que los mejores arqueros acabaran con el centurión con una lluvia de flechas lanzadas desde lo alto de la barrera.

Al llegar marzo, Espartaco envió a su mujer Aluso a demandar condiciones de rendición. Craso la recibió en el puesto de mando en presencia de sus legados y los tribunos de los soldados.

—¿Por qué no ha venido Espartaco en persona? —inquirió.

Ella le dirigió una sonrisa despreciativa.

—Porque sin mi esposo, sus seguidores se dispersarían —contestó ella—. Y no se fía de ti ni en una tregua, Marco Craso.

—Ya veo que ahora es más listo que cuando dejó que los piratas le estafasen dos mil talentos.

Pero Aluso no era de las que picara en el anzuelo, y no contestó ni con la mirada. César pensó que su aspecto estaba deliberadamente pensado para impresionar a un comité de recepción civilizado, pues parecía el arquetipo de la barbarie. Su rubísimo pelo le caía alborotado sobre hombros y espalda, llevaba una especie de túnica negruzca de fieltro de mangas largas y debajo pantalones ajustados; y encima de la tela, en brazos y tobillos,

brillantes cadenas de oro y pulseras; aparte de que de sus lóbulos pendía aún más oro y tenía cargados de anillos los dedos tintados con alheña. Rodeaban su cuello varias ristras de cráneos de pájaro y del cinturón de oro macizo pendían siniestros trofeos: una mano cortada, que aún conservaba varias uñas y trozos de piel, el cráneo de un niño y la columna vertebral con rabo de un perro o un gato. Completaba su atavío una piel de lobo, con las garras sobre el pecho y con la cabeza del animal —enseñando los dientes y con piedras preciosas a guisa de ojos— a modo de tocado.

Pese a toda aquella parafernalia, no dejaba de resultar atractiva para los silenciosos militares que la contemplaban, aunque ninguno la habría calificado de hermosa, pues su rostro, con aquellos ojos brillantes de loca, resultaba muy extraño.

No obstante, en Craso no logró causar la impresión buscada. Craso estaba a salvo de cualquier impresión que no fuese la del dinero. Así pues, la miró con sus apacibles ojos del mismo modo que lo habría hecho con cualquiera.

—Habla, mujer —dijo.

—He venido a pedirte condiciones para la rendición, Marco Craso. No nos quedan alimentos y las mujeres y niños se mueren de hambre para que los soldados tengan qué comer. Mi esposo no puede ver sufrir a esos desventurados y prefiere entregarse con su ejército. Dime tus condiciones y yo se las transmitiré. Y mañana volveré con la respuesta.

El general volvió la espalda y contestó por encima del hombro en un griego más puro:

—Di a tu esposo que no acepto rendición bajo condiciones. No hay rendición que valga. Él inició esto y ha de sufrir las consecuencias.

Ella contuvo un grito, ante lo inesperado de la respuesta.

—¡No puedo decirle eso! ¡Debes aceptar la rendición!

—No —replicó Craso, sin dejar de darle la espalda y haciendo un brusco ademán—. Llévatela, Marco Munio, y acompáñala a través de nuestras líneas.

Transcurrió un buen rato hasta que César pudo hallarse con Craso a solas, pese a que ardía en deseos de comentar con él la entrevista.

—Magistral como la has tratado —dijo—. Ella estaba segura de que iba a impresionarte.

—¡Estúpida! Según mis informes, es la sacerdotisa de los bessi, aunque para mí que es su bruja. La mayoría de los romanos son supersticiosos —ya he advertido que tú también, César— pero yo no. Yo creo en lo que veo, y lo que he visto ha sido una mujer de escasa inteligencia que se ha ataviado según su concepto de una gorgona —dijo con una carcajada—. Recuerdo que me contaron que, siendo joven, Sila acudió a una fiesta disfrazado de Medusa, con una peluca de serpientes vivas, y sembró el pánico entre los asistentes. Pero tú sabes, igual que yo, que no fueron las serpientes las que causaron el pánico, sino el propio Sila. Si ella hubiese tenido esa cualidad, si que me habría atemorizado.

—Estoy de acuerdo. Pero tiene clarividencia.

—¡Mucha gente la tiene! Yo he conocido viejecitas con clarividencia tan vacilantes y desvalidas como corderos, abogados de elegante aspecto que no tenían en su cabeza más que leyes. De todos modos, ¿por qué crees que tiene clarividencia?

—Porque ha acudido a la entrevista más atemorizada de ti de lo que tú hubieses podido estarlo de ella.

Durante un mes el tiempo fue «estable», como habría dicho la madre de Quinto Sertorio: noches con temperatura bajo cero, días no tan fríos, cielo azul y nieve helada, pero después de los idus de marzo hubo una terrible nevada que comenzó como agua nieve y acabó con una incesante caída de gruesos copos. Espartaco aprovechó la oportunidad.

En el lugar en que el foso y la barrera se unían al barranco más próximo a Scyllaeum —y en donde las legiones más veteranas de Craso estaban acampadas —los cien mil rebeldes que quedaban con vida irrumpieron en una feroz embestida para cruzar el foso y salvar la barrera. Troncos, piedras, cadáveres de personas y animales y hasta objetos de rapiña de gran tamaño, fueron arrojados al foso y amontonados para forzar la empalizada. Cual sombras de los muertos, la enorme masa de gente cruzó en oleadas aquella

rampa artificial y huyeron bajo la ventisca. Nadie se lo impidió; Craso había enviado recado a las legiones de no acudir a las armas y permanecer quietas en el campamento.

Desorganizados y a su albur, la huida deshizo la escasa estructura que la horda había mantenido sin esperanza alguna de recuperarla. Mientras los guerreros, mejor guiados y disciplinados, avanzaban esforzadamente hacia el norte por la vía Popilia con Espartaco, los niños, los ancianos y los que no combatían se perdieron en los bosques del monte Sila y entre la maraña de las ramas bajas, la maleza y las piedras casi todos perecieron de hambre y frío. Los que lograron sobrevivir hasta la llegada del buen tiempo, acabaron dando con sus huesos en poblaciones de Bruttia, en las que, al ser reconocidos, fueron ejecutados sin dilación.

Aquella porción de los rebeldes no tenía ningún interés para Marco Licinio Craso. Cuando la nevada amainó, levantó el campamento y tomó con sus ocho legiones por la vía Popilia tras los pasos de Espartaco. Avanzaba despacio como un buey, pues era metódico y pensaba como un general. No valía la pena perseguirles aprisa; el hambre, el frío y el destino incierto harían que los rebeldes aminorasen la marcha, abrumados por su propio número. Mejor que el convoy de pertrechos fuese en el centro de la columna de legiones que arriesgarse a perderlo. Tarde o temprano les darían alcance.

No obstante, sus exploradores desplegaban una intensa actividad y eran muy rápidos. Conforme se acercaba el fin de marzo, comunicaron a Craso que los rebeldes, al llegar al río Silarus, habían dividido sus fuerzas. Una fracción, al mando de Espartaco, continuaba por la vía Popilia hacia Campania, y la otra, al mando de Casto y Ganico, seguía en dirección este por el valle del curso medio del Silarus.

—¡Estupendo! —exclamó Craso—. Dejaremos de momento a Espartaco e iremos a por los dos samnitas.

Luego, los exploradores informaron que Casto y Ganico no habían ido muy lejos; se habían tropezado con la próspera ciudad de Volcei y estaban comiendo hasta saciarse por primera vez desde hacía dos meses. ¡No había prisa!

Cuando llegaron las cuatro legiones que precedían al convoy de pertrechos, Casto y Ganico estaban demasiado atareados dándose el festín para percatarse de su proximidad, y las tropas rebeldes se habían esparcido, sin molestarse en hacer campamento alguno, en las riberas de una charca que, en aquella época del año, tenía agua potable; un lugar que en otoño no debía ser tan bucólico. Detrás del lago había una montaña, y Craso comprendió inmediatamente lo que tenía que hacer, sin aguardar a las cuatro legiones que llegaban tras el convoy de pertrechos.

—Pomptino y Rufo, tomad doce cohortes y escondeos detrás de la montaña. Cuando estéis en posición, cargad cuesta abajo. Creo que desembocaréis en medio de ellos. Yo atacaré de frente en cuanto vea que llegáis y les aplastaremos como a un escarabajo.

El plan habría tenido que dar resultado. Lo habría dado de no haber sido por un capricho de la suerte que los exploradores no podían adivinar. La cuestión era que, al ver la abundancia de provisiones en Volcei, Casto y Ganico enviaron mensajeros a Espartaco para que diese media vuelta y compartiera el festín. Y Espartaco, efectivamente, volvió sobre sus pasos y apareció por el otro extremo del lago en el momento en que Craso lanzaba el ataque. Las tropas de Casto y Ganico se lanzaron contra los recién llegados y los rebeldes desaparecieron.

Otro general se habría tirado de los pelos, pero Craso no.

—Ha sido una lástima, pero acabaremos con ellos —dijo sin inmutarse.

Una serie de tormentas retrasó los movimientos. Los ejércitos de ambos bandos siguieron rondando por el Silarus, pero ahora parecía que era Espartaco quien dejaba la vía Popilia y Casto y Ganico quienes tomaban en dirección de Campania. Craso seguía al acecho detrás de ellos, como una araña que va a caer sobre su presa. Él también había decidido dividir sus fuerzas ahora que habían llegado las otras cuatro legiones, sabiendo que el convoy de pertrechos no corría peligro. Puso dos legiones de infantería y toda la caballería al mando de Lucio Quintio y Tremelio Scrofa, ordenándoles que estuvieran alerta para seguir a cualquier facción de los rebeldes que abandonase la vía Popilia, mientras él perseguiría a los que continuasen por la vía.

Y avanzó como un rodillo. Como su legión formaba parte de la división del general, César no hacía sino maravillarse de la absoluta tenacidad y minuciosidad de aquel hombre extraordinario. En Eburum, no lejos del Silarus en dirección norte, alcanzó a Casto y Ganico y aniquiló sus tropas. Sobre el campo de batalla quedaron treinta mil cadáveres y sólo unos pocos lograron cruzar las líneas romanas y reintegrarse a las huestes de Espartaco.

La mayor satisfacción para los soldados del ejército victorioso fue lo que Craso descubrió entre los desbaratados montones del convoy de pertrechos de los rebeldes: las cinco águilas tomadas a las diversas fuerzas romanas derrotadas, veintiséis estandartes de cohortes y los fasces de cinco pretores.

—¡Ved esto! —exclamó Craso, con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿No es estupendo?

A continuación, el general demostró que en caso necesario sabía moverse con rapidez. Llegó noticia de Lucio Quintio de que él y Scrofa habían caído en una emboscada, aunque sin graves pérdidas, y de que Espartaco seguía por los alrededores.

Y Craso se puso en marcha.

La gran empresa se había venido abajo. Le quedaba parte del ejército con el que había continuado hasta el nacimiento del río Tanagrus; además de Aluso y su hijo.

Como la derrota de Quintio y Scrofa no fue decisiva porque la caballería romana, mucho más rápida que la infantería, hizo posible la retirada de ésta, Espartaco optó por permanecer en las cercanías. De momento, sus hombres se habían aprovisionado bien en tres pueblos, pero no sabía lo que les esperaba en el próximo valle ni en el siguiente. Se acercaba la primavera, los graneros iban quedándose vacíos, aún no había verduras después de aquel crudo invierno, las gallinas estaban escuálidas y los cerdos habían huido a los bosques. Un malhadado indígena de Potentia, la ciudad más próxima, se había tomado la molestia de acercarse a ver a Espartaco para decirle que se esperaba de un momento a otro que en



Brundisium desembarcase Varrón Lúculo que regresaba de Macedonia, y que el Senado le había ordenado reforzar inmediatamente el ejército de Craso.

—Tus días están contados, gladiador —dijo el hombre con fruición—. ¡Roma es invencible!

—Te cortaré la cabeza —dijo Espartaco, hastiado.

—¡Hazlo! ¡Lo esperaba y no me importa!

—Pues no te daré la satisfacción de una muerte noble. ¡Vuelve a tu casa!

Aluso escuchaba, y, después de marcharse el hombre (muy decepcionado por no haber regado el suelo con su sangre) se acercó a Espartaco y le puso suavemente la mano en el brazo.

—Esto es el fin —dijo.

—Lo sé, mujer.

—Te veo caer en combate, pero no veo tu muerte.

—Cuando caiga en combate será para morir.

Estaba muy cansado y la catástrofe de Scyllaeum aún le obsesionaba. ¿Cómo iba a mirar a sus hombres a la cara sabiendo que por su negligencia habían acabado acorralados por Craso? Se habían separado de las mujeres y los niños y sabían que nunca volverían a reunirse; habrían muerto de hambre por los campos de Bruttium.

Aunque no supiera si lo que le había dicho el de Potentia sobre Varrón Lúculo era cierto o no, de lo que sí estaba convencido es de que no podía acercarse a Brundisium: Craso dominaba la vía Popilia y la noticia sobre la suerte de Casto y Ganico le había llegado antes de la emboscada a Quintio y Scrofa. No tenía a dónde ir. A ningún sitio, salvo el último combate. Y ahora se sentía feliz, feliz...

Ni por nacimiento ni por capacidad estaba facultado para tamaña empresa: ser responsable de las vidas y el bienestar de todo un pueblo. Él no era más que un romano corriente de familia itálica, nacido en las estribaciones del monte Vesuvius, en donde habría debido seguir viviendo con su padre y su hermano. ¿Quién se creía que era para fundar una nueva nación? No tenía la nobleza necesaria, ni suficiente formación, ni grandeza.

Pero en cierto modo era honorable morir liberto en el campo de batalla; a una prisión no volvería nunca. Nunca.

Cuando llegó la noticia de que Craso y su ejército se acercaban, cogió a Aluso y al hijo y los metió en un carro tirado por seis mulas, bien lejos de donde esperaba sostener el último enfrentamiento, para asegurarles la fuga. Hubiese querido que partiesen inmediatamente, pero Aluso se negó y quiso esperar el fin de la batalla. En la parte trasera del carro cargaron oro, plata, joyas, monedas; garantía para el porvenir de su mujer y el hijo. Sabía que podían perecer, pues ponía su destino en manos de los dioses y los dioses se estaban portando de un modo extraño.

Unos cuarenta mil hombres se dispusieron en formación de combate para enfrentarse a Craso. Espartaco no les arengó, pero ellos le vitorearon a voz en grito mientras recorría sus filas en el precioso caballo gris Batiato. Se situó bajo el estandarte de sus gentes —un pez de esmalte saltando de un casco galo— se volvió en la silla, alzando los brazos con los puños cerrados, y desmontó. Llevaba la espada en la mano derecha, un sable curvo de gladiador tracio; cerró los ojos, lo alzó y lo descargó sobre el cuello del caballo, que, como una víctima propiciatoria, cayó de rodillas, rodando, muerto.

Ya estaba. No había necesidad de arenga. Matando a su querido caballo, sus seguidores comprenderían: no pensaba huir del campo de batalla y había eliminado la última posibilidad.

Fue una batalla sencilla, sin complicaciones y muy sangrienta. Siguiendo el ejemplo de Espartaco, la mayoría de sus hombres lucharon hasta caer, muertos o agotados. El propio Espartaco mató a dos centuriones antes de que un desconocido le desjarretara. Incapaz de sostenerse en pie, cayó de rodillas y siguió luchando tenazmente hasta que un montón de cadáveres a su lado se le derrumbó encima.

Quince mil de sus seguidores lograron huir, seis mil en dirección a Apulia y el resto en dirección sur hacia las montañas de Bruttium.

—Hemos terminado con ellos en seis meses, y en una campaña de invierno —dijo Craso a César—. He perdido pocos hombres y Espartaco ha muerto. Roma ha recuperado las águilas y los fasces y gran parte del botín de los rebeldes será imposible devolverla a sus propietarios. Tendremos buenas ganancias.

—Hay una salvedad, Marco Craso —dijo César, que había sido delegado para recorrer el campo de batalla en busca de supervivientes.

—¿Cuál?

—Espartaco no aparece.

—¡Tonterías! —replicó Craso, sorprendido—. Yo le vi caer.

—Y yo. Recuerdo perfectamente el lugar y puedo llevarte directamente allí. Mira, ven conmigo ahora mismo. No está, Marco Craso, no está.

—¡Qué raro! —exclamó el general indignado, torciendo el gesto un instante y encogiéndose de hombros—. Bueno, poco importa. Su ejército está deshecho, que es lo que cuenta. No puedo celebrar un triunfo sobre un enemigo considerado esclavo; el Senado me dará una ovación, pero no es lo mismo. ¡No es lo mismo! —añadió con un suspiro—. ¿Y la mujer, la bruja tracia?

—Tampoco se la ha hallado, pese a que rodeamos a muchos de los seguidores que se habían agrupado en las inmediaciones. Pregunté por ella y he descubierto que se llama Aluso, pero me juraron que, montada en un carro al rojo vivo y chisporroteante, tirado por furiosas serpientes, había desaparecido en el cielo.

—¡El espectro de Medea! Supongo que Espartaco será Jasón —dijo Craso, caminando con César hacia el montón de cadáveres que había sepultado a Espartaco—. Yo creo que los dos han escapado, ¿no crees?

—Estoy seguro —contestó César.

—Bien, de todos modos, habrá que batir la región en busca de los fugitivos y acabarán por aparecer.

César no replicó, pese a que él pensaba que jamás aparecerían. Era listo el gladiador; lo bastante listo para no volver a organizar un ejército. Y para

mantenerse en el anonimato.

Durante todo el mes de mayo el ejército romano persiguió a los rebeldes en las espesuras de las montañas de Lucania y Bruttium, parajes ideales para el bandidaje, lo que hacía obligada la captura de todos ellos. César había calculado que hacia el sur habrían huido unos nueve o diez mil, pero únicamente pudieron dar con seis mil seiscientos; el resto se harían bandoleros, con el consiguiente aumento del peligro de viajar por la vía Popilia hacia Rhegium sin escolta armada.

—Puedo continuar la búsqueda —dijo César a Craso en las calendas de junio—, pero cada vez será más difícil la captura.

—No —replicó Craso tajante—. Quiero que mi ejército esté en Capua el próximo día de mercado, y las legiones de los cónsules también. Las elecciones curules son el mes que viene y deseo regresar a Roma a tiempo para presentarme candidato al consulado.

No era ninguna sorpresa, y César no consideró necesario hacer comentario alguno, por lo que continuó con el tema de los fugitivos.

—¿Y esos seis mil que han huido a Apulia?

—En realidad, llegaron hasta la frontera de la Galia itálica —contestó Craso—, y se tropezaron con Pompeyo Magnus y sus legiones que regresaban de Hispania. ¡Ya sabes como es Magnus! Los aniquiló.

—Entonces, sólo quedan los prisioneros que tenemos nosotros. ¿Qué se hace con ellos?

—Vendrán con nosotros hasta Capua —dijo Craso mirando a su primer tribuno de los soldados con su habitual rostro flemático, pero con ojos de hielo—. Roma no necesita para nada estas fútiles guerras de esclavos, César. Son una sangría para el Erario. De no haber tenido suerte, cinco águilas y cinco fasces se habrían perdido para siempre y habría sido un baldón para Roma que a mí me habría resultado insoportable. Con el tiempo, los enemigos de Roma pueden exagerar sobremanera la figura de hombres como Espartaco y puede haber quienes traten de emularle ignorando la repugnante verdad. Tú y yo sabemos que Espartaco era un ex

legionario, más al estilo de Quinto Sertorio que un esclavo maltratado. De no haber servido en las legiones, nunca habría llegado tan lejos. No quiero que se convierta en una especie de héroe símbolo para los esclavos; por eso voy a utilizarlo para cortar de raíz esta clase de sublevaciones.

—Ha sido más una sublevación samnita que de esclavos.

—Cierto. Pero los samnitas son una maldición que Roma tendrá que sufrir siempre, mientras que los esclavos deben saber estar en su lugar. Y yo sé la manera de enseñárselo y la aplicaré. Cuando acabe con los últimos fugitivos, no habrá más sublevaciones de esclavos en el mundo romano.

A pesar de calcular cifras tan bien y con tal rapidez que era capaz de sacar las cuentas antes que nadie, César no acababa de imaginar lo que se proponía Craso.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —inquirió.

—Ha sido el hecho de que hubiera seis mil seiscientos prisioneros lo que me dio la idea —contestó Craso, movido por su espíritu de contable—. La distancia entre Capua y Roma es de ciento treinta y dos millas de cinco mil pies. En total, seiscientos sesenta mil pies, que, dividido por seis mil seiscientos, da una distancia de cien pies. Voy a crucificar a un rebelde cada cien pies entre Capua y Roma, y permanecerán colgados en la cruz hasta que estén descarnados.

—Terrible espectáculo —comentó César, lanzando un suspiro.

—Una pregunta —añadió Craso, frunciendo su poco poblado entrecejo—. ¿Crees que debo plantar las cruces a un solo lado de la vía o alternarlas en los dos lados?

—A un lado —contestó César sin vacilar—. Sí, sí, sólo en un lado. Es decir, siempre que te refieras a la vía Apia y no a la Latina.

—Oh, sí, tiene que ser la vía Apia, recta como una flecha millas y millas y con menos cuestas.

—Pues un solo lado. Así se ven mejor —añadió César, sonriendo—. En eso de la crucifixión tengo cierta experiencia.

—Ya me lo contaron —dijo Craso muy serio—. De todos modos, no puedo encargártelo a ti. No es tarea propia de un tribuno de los soldados.

Debe hacerlo un magistrado electo; corresponde por derecho al praefectus fabrum.

Como el praefectus fabrum —encargado de todos los detalles técnicos y de logística del aprovisionamiento del ejército— era uno de los libertos de Craso y destacaba por su eficiencia, ni Craso ni César pusieron en duda que la operación se realizaría sin tropiezo alguno.

Y así, a finales de junio, Craso, sus legados, sus tribunos de los soldados y los tribunos militares nombrados por él, con la sola escolta de un escuadrón de caballería, salieron de Capua por la vía Apia, cuyo lado izquierdo se veía cubierto de cruces hasta Roma: cada cien pies había un seguidor de Espartaco colgando desmadejado de las crueles cuerdas que le sujetaban por codos y rodillas al madero. Y Craso fue implacable y ordenó que dejaran morir despacio a aquellos seis mil seiscientos desgraciados sin que les fuesen quebrados los miembros, por lo que todo el camino desde Capua a la puerta Capena de Roma era un gemido interminable.

Acudía gente a ver el espectáculo, y hubo quien llevó a un esclavo rebelde para mostrarle lo que era un derecho de todo amo. Pero muchos, nada más echar una ojeada, volvían a sus casas, y los que no tenían más remedio que viajar por la vía Apia entre Capua y Roma se congratularon de que las cruces adornasen únicamente un lado de la carretera. Como de lejos la visión era más soportable, el puesto de observación más concurrido de los habitantes de Roma era lo alto de las murallas servianas a ambos lados de la puerta Capena. La ristra se perdía a lo lejos y las caras se veían borrosas.

Estuvieron colgados año y medio, sometidos al prolongado proceso de putrefacción hasta que quedaran en los huesos mondos, pues Craso no permitió que los descolgasen hasta el último día de su consulado.

Y César pensó admirado que ninguna otra campaña militar en la historia de Roma había sido tan redonda, tan limpia y tan definitiva: lo que había comenzado con una orden de diezmar a la tropa, concluía con una crucifixión masiva.

## **Octava parte**

**MAYO DEL 71 A. DE J.C. - MARZO DEL 69 A. DE J.C.**

Cneo Pompeyo Magnus llegó a la frontera del Rubicón y no detuvo a su ejército. La parte del ager gallicus en que tenía sus propiedades estaba en Italia y él continuaría hasta Italia, pese a lo que estableciesen las leyes de Sila. Sus hombres ansiaban llegar a casa y entre ellos había aun mayor número de veteranos picentinos y de Umbría. En las afueras de Sena Gallica los dispuso en un campamento, con órdenes de no salir de él sin permiso de un tribuno, y él continuó hasta Roma por la vía Flaminia con una cohorte de escolta.

Se le había ocurrido poco después de iniciar la larga marcha desde Narbo hacia el nuevo paso de los Alpes, y dio en pensar lo torpe que había sido en no haberlo adivinado antes. Tres veces le habían encomendado una empresa especial: una vez Sila y dos el Senado; dos con categoría propretoriana y otra con imperium proconsular. Estaba totalmente convencido de que era el primer hombre de Roma. Pero sabía también que ninguno de los importantes lo admitiría; así que tendría que demostrarlo, y la única manera de hacerlo era dar algún golpe tan sorprendentemente audaz y anticonstitucional que una vez consumado, todos tuvieran que admitir su justo derecho al título de primer hombre de Roma.

No era más que un caballero, pero obligaría al Senado a nombrarle cónsul.

Su opinión sobre el Senado era cada vez peor, y seguía sin sentir simpatía alguna por el organismo. A sus miembros se les compraba con la misma facilidad que los panecillos en un horno, y su morosidad era tal que ni de su propia caída sabían librarse. Cuando había iniciado la marcha con sus hombres desde Tarentum a Roma para obligar a Sila a que le concediese un triunfo, éste había cedido. En aquel momento no lo había visto así —por el efecto que producía Sila sobre los demás— pero ahora se daba perfecta cuenta de que había sabido imponerse al dictador. Y eso que Sila era mucho más de temer que el Senado.

Durante el último año en Hispania había seguido las noticias sobre los éxitos de Espartaco sin salir de su asombro; a pesar de que tenía comprados



a los cónsules Gelio y Clodiano, le parecía inverosímil tanta incompetencia en el campo de batalla; ¡y lo único que se les ocurría como excusa era quejarse de la mala calidad de sus tropas! Había estado a punto de escribirles para decirles que él habría sido capaz de mandar mucho mejor un ejército de eunucos, pero se contuvo. No valía la pena enemistarse con alguien que había costado una buena suma.

Las otras dos cosas que había sabido en Narbo no hicieron más que acentuar su estupefacción. La primera le llegó en cartas de Gelio y Clodiano: el Senado había anulado su mando en la guerra contra Espartaco. La segunda la supo por Filippo: tras chantajear al Senado para que promulgaran una ley a través de la Asamblea del pueblo, Marco Licinio Craso se había dignado aceptar el mando de ocho legiones y una buena fuerza de caballería. Pompeyo, que había hecho campaña con Craso, le consideraba muy mediocre, igual que a sus tropas; por eso lo que le decía Filippo le hizo menear la cabeza profundamente decepcionado: Craso no derrotaría a Espartaco.

Justo cuando salía de Narbo le llegó la corroboración definitiva de lo que pensaba de la guerra contra Espartaco: tan mediocres eran las tropas de Craso que las había diezmado. Una medida que, como sabía cualquier comandante por la historia y los manuales, estaba condenada al fracaso porque minaba terriblemente la moral. Nada infundía mayor temor a la tropa que saber que se habían ganado tal castigo. Y, sin embargo, el enorme y cachazudo Craso pensaba que eso iba a corregir los defectos de su ejército.

Magnus comenzó a darle vueltas en la cabeza a la idea de regresar a Italia a tiempo para acabar con Espartaco, y de eso, como un tronido, había surgido LA IDEA. Claro que el Senado le pediría de rodillas que aceptase otra empresa: la aniquilación de los rebeldes de Espartaco. Pero esta vez insistiría en que le nombrasen cónsul para aceptar. Si Craso podía chantajear a los padres conscriptos para que la Asamblea del pueblo legalizara su nombramiento, ¿qué posibilidades tenían los padres conscriptos de resistirse a Pompeyo Magnus? ¡Y nada de procónsul (non pro consule sed pro consulibus)! ¿Es que iba a seguir siendo el burro del

Senado al que se le encaja un imperium sin auténtico poder senatorial? ¡No, nunca más! No le importaba entrar en el Senado si lo hacía en su condición de cónsul. Si no se equivocaba, nadie lo había conseguido. Sería el primero y demostraría a todo el mundo que era el primer hombre de Roma.

A lo largo de las millas de la vía Domitia había dado curso a fantasía tras fantasía y se le veía tan contento y afable que Varrón (por decir alguien) no entendía lo que le sucedía. Había momentos en los que Pompeyo sentía la tentación de hablar, pero de inmediato se contenía y guardaba para sí solo el estupendo plan. Ya se enterarían pronto Varrón y todos los demás.

El estado de euforia continuó después de explorar y pavimentar el nuevo paso y descender el ejército hasta el valle de los salasios en la Galia itálica. Cabalgando por la vía Emilia, Pompeyo seguía silbando y canturreando alegremente. Luego, en la pequeña ciudad de Forum Popillii, ya bien dentro de Italia, recibió el duro golpe: sus seis legiones se encontraron con una turba de gentes que avanzaban a empujones, armados de una manera que denotaba que eran partidarios de Espartaco. Cercarlos y matarlos fue cosa hecha, lo que resultó penoso fue saber que Marco Craso había aniquilado al ejército del tracio en una batalla librada hacía menos de un mes.

La guerra contra Espartaco había acabado.

Su depresión fue tan evidente que hasta el último de sus legados imaginó que había ido tan contento por la vía Emilia pensando en que iba a iniciar otra campaña, pero a nadie se le ocurrió que pensaba exigir que le nombrasen cónsul por la frustrada campaña. Estuvo varios días profundamente abatido, y Varrón esquivaba su compañía.

¡Ah!, pensaba Pompeyo, ¿por qué no me habré enterado de esto cuando estaba en la Galia Transalpina? Tendré que valerme de la amenaza de mi ejército, pero he entrado con él en Italia en contra de lo estipulado en la constitución de Sila. Y Craso aún tiene un ejército movilizad. Si estuviera en la Galia Transalpina podría acechar desde allí mientras Craso celebrase su ovación y licenciaba a sus tropas. Habría podido utilizar a los senadores sobornados para obstaculizar las elecciones curules y dar el golpe. Pero el caso es que estoy en Italia, y tendré que recurrir a la amenaza de mi ejército.

No obstante, a aquellos tristes días sucedieron otros de ánimo muy distinto. Pompeyo instaló a las tropas en el campamento de Sena Gallica sin silbar ni tararear, pero tampoco entristecido. La reflexión le había inducido a plantearse una pregunta importante: ¿quiénes eran, al fin y al cabo, los soldados del ejército de Craso?

1·Respuesta: la escoria de Italia; unos cobardes que no sabrían combatir. Y eso no cambiaba por mucho que Craso fuese el vencedor.

Los seis mil fugitivos que él había encontrado en Forum Popillii daban pena. Si, quizás diezmar a las tropas había servido para darles algo de coraje, pero no duraría mucho. ¿Iba a compararse con el espléndido valor y tesón de sus tropas, que habían recorrido Hispania cinco años bajo el calor y frío, sin paga, sin botín, sin comida decente, sin agradecimiento del querido Senado? No. La respuesta era un rotundo NO.

Y conforme se aproximaba a Roma, el ánimo de Pompeyo fue recobrando su anterior euforia.

—¿Qué es lo que piensas exactamente? —inquirió Varrón en un determinado momento en que cabalgaban juntos por el centro de la carretera.

—Que me deben un caballo público. El Erario no me ha pagado el que me mataron.

—¿No es éste tu caballo público? —preguntó Varrón, señalando al castrado color castaño que montaba.

—¿Este rocín? —replicó despreciativo Pompeyo—. Mi caballo público debe ser blanco.

—No es tal rocín, Magnus —replicó el propietario de parte del rosea rura, experto en caballos—. Es un animal excelente.

—¿Porque era de Perpena?

—¡Porque lo es!

—No es lo bastante bueno para mí.

—¿Qué es lo que estabas pensando en realidad?

—¡Ah, ya! ¿En qué crees que estaba pensando?

—Te lo pregunto yo. ¿Qué era?

—¿Por qué no lo adivinas?

Varrón frunció el entrecejo.

—Creí haberlo adivinado cuando nos tropezamos con esos partidarios de Espartaco en Forum Popillii... Pensé que proyectabas otra empresa especial y te decepcionó saber que ya no existía el tal Espartaco. Pero ahora no lo sé.

—Pues, piénsalo, Varrón. Creo que, de momento, no te diré nada más —replicó Pompeyo.

La cohorte que Pompeyo había elegido como escolta hasta Roma estaba formada por tropas que vivían en la ciudad. Esa medida de sentido común era muy propia de él. ¿A qué hacer venir a Roma a hombres de otras localidades? Después de montar un pequeño campamento en la vía Recta, Pompeyo les permitió vestir de paisano e ir a la ciudad. Afranio, Petreyo, Gabinio, Sabino y los otros legados no tardaron en desaparecer, seguidos de Varrón, que ansiaba ver a su esposa e hijos.

Pompeyo quedó solo al mando en el campo de Marte, o en un trozo del mismo. A su izquierda, mirando a la ciudad, pero más próxima a ella, había otro modesto campamento: el de Marco Craso. Al parecer, también con una cohorte de escolta. Igual que en la de Pompeyo, ante la tienda de mando de Craso ondeaba una bandera púrpura, indicando la presencia del general.

Lamentable, lamentable... ¿Por qué habría otro ejército en Italia, aunque fuese un ejército de cobardes? No entraba en los planes de Pompeyo desencadenar una guerra civil; era una idea que no le gustaba nada. Y no era lealtad o patriotismo lo que le hacía rechazarla, sino que él no sentía las emociones de un Sila, por ejemplo. Para Sila no había otra alternativa: Roma era el baluarte en el que estaban su corazón, su honor, su vida. Y el baluarte de Pompeyo siempre había sido y sería Picenum. No, no desencadenaría una guerra civil. Pero tenía que hacer como si estuviera dispuesto a desencadenarla.

Y se sentó a redactar su carta al Senado.

*Al Senado de Roma:*

*Yo, Cneo Pompeyo Magnus, recibí de vosotros hace seis años la misión especial de aplastar la sublevación de Quinto Sertorio en la Hispania Citerior. Como sabéis, en unión de mi colega de la provincia Ulterior, Quinto Cecilio Metelo Pío, logré aplastar la revuelta y dar muerte a Quinto Sertorio, así como a varios de sus legados, entre ellos el vil Marco Perpena.*

*No traigo un gran botín. No había casi nada en un país asolado por una serie de catástrofes. La guerra en Hispania ha sido una lucha en la que Roma ha llevado las de perder. No obstante, solicito un triunfo, convencido de que llevé a cabo lo que me encomendasteis, y de que han muerto muchos millares de enemigos de Roma a manos de mis tropas. Pido que se me conceda el triunfo sin dilación para poder presentarme candidato al consulado en las elecciones curules que se celebren en quintilis.*

Había querido hacer un borrador para que Varrón lo leyese y redactase algo más pulido y diplomático, pero después de leer varias veces la corta misiva, Pompeyo llegó a la conclusión de que no se podía mejorar. ¡Había que darles fuerte!

Cuando se arrellanaba satisfecho, llegó Filipo.

—¡Estupendo! —exclamó Pompeyo, poniéndose en pie y estrechándole la mano—. Quiero que leas una carta y puedes llevársela al Senado de mi parte.

—¿Pidiendo el merecido triunfo? —inquirió Filipo, sentándose, con un suspiro. Había venido a pie por la vía Recta porque las literas eran muy lentas, pero no había tenido en cuenta la distancia ni el calor que hacía en junio, aunque aún fuese primavera.

—Y algo más —contestó Pompeyo, tendiéndole sonriente la tablilla.

—Por favor, querido amigo, te agradecería antes algo de beber.

A Filipo le costó descifrar la horrenda escritura infantil de Pompeyo y captó lo esencial de la última frase en el preciso momento en que daba ansiosamente el primer trago de vino bien aguado, y estuvo a punto de atragantarse. Le acometió tal ataque de tos, que Pompeyo hubo de levantarse a darle palmadas en la espalda para que recuperase el habla.

Pero no dijo nada, sino que miró a Pompeyo como si no le conociera. Era una mirada exploratoria lanzada sobre el musculoso individuo aún revestido de coraza y faldilla de tiras de cuero, de piel clara y pecosa, rostro enormemente atractivo de barbilla hendida y melena dorada alejandrina, y ojos grandes, candorosos, vivos ¡y tan azules! Pompeyo Magnus, el nuevo Alejandro. ¿De dónde le vendría el descaro para tal exigencia? El padre había sido un hombre muy raro, y el hijo se esforzaba en convencer a la gente de que no era nada raro. ¡Y ahora resultaba que era más raro que el padre! Y eso que Lucio Marcio Filippo por pocas cosas se extrañaba. Pero aquello era algo más que sorpresa. ¡Aquello era una impresión capaz de matar a una persona!

—No lo dirás en serio —dijo con voz desmayada.

—¿Por qué no?

—Magnus, lo que pides es imposible. ¡No es... posible! ¡Va en contra de todas las leyes escritas y no escritas! ¡No se puede ser cónsul sin pertenecer al Senado! ¡Incluso Mario el joven y Escipión Emiliano no fueron cónsules hasta después de entrar en el Senado! Imagino que arguirás que Escipión Emiliano sentó un precedente al ser cónsul antes de ser pretor y que Mario el joven ni siquiera había sido pretor. ¡Pero pertenecía al Senado mucho antes de las elecciones! ¡Y Sila ha eliminado tales precedentes! Magnus, te lo ruego, no envíes esa carta.

—Quiero ser cónsul —replicó Pompeyo, apretando su breve boca.

—¡La corriente de aire que levantarán las carcajadas te traerá la carta de vuelta! ¡No puede ser!

Pompeyo se sentó, colgó su atlética pierna del brazo del sillón y balanceó el pie embotado.

—¡Claro que puede ser, Filippo! —replicó con voz apacible—. Tengo seis legiones de las mejores tropas del mundo que dicen que puede ser.

Filippo se quedó pasmado y comenzó a temblar.

—¡No osarás! —exclamó.

—Sabes que si.

—¡Pero Craso tiene ocho legiones acuarteladas en Capua! ¡Sería otra vez la guerra civil!

—¡Bah! —exclamó Pompeyo, sin dejar de balancear la pierna—. Ocho legiones de cobardes. Me las meriendo en nada.

—Eso dijiste de Quinto Sertorio.

El balanceo se detuvo y Pompeyo empalideció y se puso rígido.

—No vuelvas a decirme eso, Filipo.

—¡Oh, cacat! —gruñó Filipo, retorciéndose las manos—. ¡Magnus, Magnus, te ruego que no lo hagas! ¿De dónde has sacado que Craso manda un ejército de cobardes? ¿Porque diezmó las legiones de los cónsules? ¡Pues quítatelo de la cabeza! Ha organizado un magnífico ejército, y le es tan leal como el tuyo a ti. ¡Marco Craso no es Gelio ni Clodiano! ¿No te has enterado de lo que ha hecho en la vía Apia entre Capua y Roma?

—No —contestó Pompeyo, comenzando a dudar un poco—. ¿Qué ha hecho?

—¡Hay seis mil seiscientos partidarios de Espartaco colgando de seis mil seiscientas cruces a lo largo de la vía Apia entre Capua y Roma; una cruz cada cien pies, Magnus! Diezmó a las tropas supervivientes de las legiones de los cónsules para hacerles ver lo que pensaba de los cobardes y ha crucificado a los supervivientes del ejército de Espartaco para mostrar a los esclavos de Italia el destino que aguarda a los que se rebelen. ¡No es una persona a la que se pueda subestimar tan a la ligera, Magnus! Son actos propios de un hombre que puede deplorar la guerra civil, porque repercute desfavorablemente en sus negocios, pero que, si el Senado se lo ordena, tomará las armas contra ti. ¡Y cuenta con buenas probabilidades de destruirte!

Superada la incertidumbre, Pompeyo recobró su aire testarudo.

—Mandaré al escriba que copie la carta como es debido, Filipo, y mañana la lees ante el Senado.

—¡Será tu ruina!

—No.

No había más que decir, y Filipo se puso en pie. Apenas había salido de la tienda, Pompeyo se puso a escribir de nuevo. Esta vez a Marco Licinio Craso.

*Saludos y mil enhorabuenas, querido amigo y colega de los días de lucha contra Carbón. Mientras estaba pacificando Hispania me enteré de que tú estabas pacificando Italia. Me han dicho que has creado un buen ejército con la cobarde tropa consular y nos has enseñado a todos el modo de tratar a los esclavos rebeldes.»*

*De nuevo, mil enhorabuenas. Si vas a estar en tu puesto de mando esta tarde, ¿puedo pasarme a charlar?*

—¿Qué es lo que querrá? —preguntó Craso a César.

—Interesante —comentó César, devolviéndole la carta de Pompeyo—. No es gran cosa su estilo literario.

—¡Estilo literario, dices...! ¡Es un bárbaro!

—¿Y piensas estar esta tarde para que nuestro amigo se pase a «charlar»? No sé si será una simple frase o hay gato encerrado.

—Conociendo a Pompeyo, seguro que es una simple frase. Y, desde luego que pienso estar esta tarde —contestó Craso.

—¿Conmigo o a solas? —preguntó César.

—Contigo. ¿Tú le conoces?

—Le conocí en una ocasión hace mucho tiempo, pero dudo mucho que él se acuerde.

Afirmación que Pompeyo corroboró al llegar varias horas más tarde.

—¿Nos conocemos, Cayo Julio? No recuerdo.

César soltó una espontánea carcajada sin intención irónica.

—No me extraña, Cneo Pompeyo, pues sólo tenías ojos para Mucia.

—¡Oh! —exclamó Pompeyo, recordando la ocasión—. Estabas en casa de Julia cuando fui a conocer a mi esposa. ¡Claro!

—¿Cómo está? Hace años que no la veo.

—La tengo en Picenum —contestó Pompeyo, sin percatarse de que su respuesta sonaba rara—. Tenemos un niño y ahora una niña... y pronto habrá más, espero. Yo también hace años que no la veo, Cayo Julio.

—César; prefiero que me llamen César.



—Estupendo, yo también prefiero que me llamen Magnus.

—¡Me lo imagino!

Craso decidió que había llegado el momento de intervenir.

—Siéntate, Magnus, por favor. Estás muy moreno y tienes un aspecto excelente para tu edad... ¿treinta y cinco ya?

—No hasta el segundo día de septiembre.

—No hiles tan fino. Has acumulado más experiencia en esos treinta y cinco años que la mayoría de los hombres en setenta, así que me da pavor pensar a dónde habrás llegado a los setenta. ¿Has dejado Hispania en orden?

—En perfecto orden. Pero tuve una ayuda muy competente, ¿sabes? —añadió, magnánimo.

—Sí, nos sorprendió a todos el buen Pío. No había hecho nada relevante antes de ir a Hispania —dijo Craso, levantándose—. ¿Un poco de vino?

Pompeyo se echó a reír.

—¡No, a menos que tu reserva haya mejorado, incurable tacaño!

—Nunca varía —comentó César.

—Vinagre.

—De todos modos, yo no he bebido vino en toda la campaña que he estado con él, ¿no es cierto? —dijo César sonriente.

—¿No bebes vino? ¡Por los dioses! —exclamó Pompeyo sorprendido, volviéndose hacia Craso—. ¿Has solicitado ya tu triunfo? —preguntó.

—No. No tengo derecho a un triunfo. El Senado ha calificado la guerra contra Espartaco de guerra servil y sólo tengo derecho a una ovación —dijo Craso, carraspeando y con aire desanimado—. De todos modos, he solicitado que la ovación sea cuanto antes, porque quiero ceder el imperium para presentarme a las elecciones consulares.

—Cierto, fuiste pretor hace dos años y no hay impedimento, ¿no es así? —comentó Pompeyo con aire animado—. Dudo mucho que no seas elegido después de tu clamorosa victoria. Una ovación y cónsul al día siguiente, como quien dice.

—De eso se trata —dijo Craso, que hasta el momento no había sonreído—. Tengo que convencer al Senado para que me conceda tierras al menos

para la mitad de mis tropas, y siendo cónsul será más fácil.

—Desde luego —añadió Pompeyo, cordial, levantándose—. Bueno, tengo que irme. Quiero dar un paseo para no agarrotarme demasiado... por la edad, como tú dices.

Y se marchó, dejando a César y a Craso mirándose mutuamente hechos un lío.

—¿Qué es lo que quería? —inquirió Craso.

—Me da la impresión de que no tardaremos en enterarnos —dijo César, pensativo.

Como a primera hora de la tarde un mensajero había entregado la carta de Pompeyo, bien copiada en limpio por un escriba, Filipo no esperaba ningún aviso de éste hasta después de haberla leído en el Senado. Pero apenas se había levantado de la camilla después de cenar aquel mismo día, cuando llegó otro mensajero de Pompeyo convocándole a acudir al campo de Marte. Por un instante Filipo pensó en negarse, pero luego consideró la suma anual que Pompeyo le pagaba, lanzó un suspiro y pidió una litera. ¡Nada de paseos!

—¡Magnus, si has cambiado de idea respecto a que lea tu carta mañana, basta con que me lo hubieses dicho! ¿Por qué me haces venir por segunda vez?

—¡Ah, no te preocupes por la carta! —contestó Pompeyo, nervioso—. Tú léela y que se rían. Ya verás como muy pronto no se ríen tanto. No, no es por eso por lo que quería verte. Tengo un encargo que hacerte mucho más importante, y quiero que pongas enseguida manos a la obra.

—¿Qué encargo? —preguntó Filipo, frunciendo el ceño.

—Voy a atraer a Craso a mi causa —contestó Pompeyo.

—¡Oh! ¿Y cómo piensas hacerlo?

—No voy a hacerlo yo. Lo harás tú y el resto del grupo de presión. Quiero que disuadáis al Senado de que conceda tierra a Craso para sus tropas. Pero tenéis que hacerlo ahora, antes de que le concedan la ovación y mucho antes de las elecciones curules. Tenéis que maniobrar de forma que

Craso adopte una posición que impida que ofrezca su ejército al Senado, si éste decide aplastarme por la fuerza. No sabía cómo hacerlo hasta que fui a ver a Craso hace poco, y él me dijo que va a presentarse candidato al consulado porque cree que al ser cónsul se hallará en mejor posición para pedir tierras para sus tropas. ¡Ya conoces a Craso! Es impensable esperar que él compre tierras, pero no puede licenciar a sus hombres sin alguna compensación. Seguramente no pedirá mucho, pues, al fin y al cabo, ha sido una campaña corta. Y ese es el factor en que insistiréis: que por una campaña de seis meses no merece la pena mermar el *ager publicus*, y más cuando los enemigos eran esclavos. Que se contenten con el botín que hayan podido arrebatarse. ¡Pero conozco a Craso! La mayor parte del botín no figurará en la lista del Erario. Él es incapaz de contenerse y querrá quedarse con la mayor parte, además de pedir al Senado compensación para sus tropas.

—En realidad, me han dicho que el botín no era cuantioso —comentó Filipo sonriente—. Craso dijo que Espartaco había pagado casi todo lo que tenía a los piratas cuando intentó alquilar barcos para trasladar sus huestes a Sicilia. Pero por otras fuentes sé que no es así y que la suma pagada era la mitad de lo que poseía.

—¡Muy propio de Craso! —exclamó Pompeyo con una sonrisa burlona—. Ya te digo que es incapaz de contenerse. ¿Cuántas legiones tiene? ¿Ocho? Veinte por ciento para el Tesoro, veinte por ciento para Craso, veinte por ciento para legados y tribunos, diez por ciento para la caballería y los centuriones y treinta por ciento para la infantería. Lo que significa que a cada soldado de infantería le tocan unos ciento ochenta y cinco sestercios. No da para mucho, ¿verdad?

—¡No sabía que se te diese tan bien la aritmética, Magnus!

—Mucho mejor que leer y escribir.

—¿Cuánto recibirán tus soldados del botín?

—Aproximadamente lo mismo. Pero es un reparto sin trampa y ellos lo saben. Siempre que hago botín tengo de testigos a una delegación de soldados. Así se sienten mejor, no porque piensen que el general es honrado sino porque se les concede importancia. Los de mi ejército que aún no

tienen tierra la recibirán; del Estado, espero. Pero si no la concede el Estado, se la daré yo.

—Eso es muy generoso por tu parte, Magnus.

—No, Filippo, es prevención. Porque voy a necesitar a esos hombres y a sus hijos. Por eso no me importa ser generoso. Cuando sea viejo y haya hecho mi última campaña, puedo asegurarte que no estaré dispuesto a correr con el gasto —dijo Pompeyo con gesto decidido—. Mi última campaña me dará más dinero del que Roma ha visto en cien años. No sé cuál será, pero elegiré una bien próspera. Pienso en Partia, por ejemplo. Y cuando traiga las riquezas de Partia a Roma, espero que Roma dé tierras a mis combatientes. Hasta ahora mi carrera me ha costado lo suyo... Bueno ya sabes cuánto te pago anualmente a ti y a los otros senadores.

—¡Obtendrás beneficio! —dijo Filippo, acurrucándose a la defensiva en su silla.

—No te equivocas, amigo. Y ya puedes poner mañana manos a la obra —añadió Pompeyo, animado—. El Senado debe negarse a dar tierras a Craso para sus tropas. Y quiero que se retrasen las elecciones curules. Y también que mi solicitud para presentarme candidato al consulado sea inscrita en una tablilla en la Cámara y expuesta. ¿Está claro?

—Totalmente —dijo el mercenario levantándose—. Sólo existe una dificultad, Magnus. Craso tiene muchos senadores que le deben favores y mucho dudo de que podamos atraerlos a nuestro bando.

—Podemos... si damos a los que no le deben mucho el dinero para que se lo devuelvan. Entérate de los que le deben cuarenta mil sestercios y menos. Si se ponen de nuestra parte o dicen estar dispuestos a ello, diles que paguen inmediatamente a Craso; así se darán cuenta de que el asunto va en serio —dijo Pompeyo.

—A pesar de eso, me gustaría que esperases para entregar la carta.

—La leerás mañana, Filippo. No quiero que nadie se llame a engaños respecto a mis motivos. Quiero que el Senado y Roma sepan ahora que voy a ser cónsul el año que viene.

Roma y el Senado lo supieron a la mañana siguiente, pues a mediodía Varrón irrumpió en la tienda de Pompeyo, sin aliento y despeinado.

—¿Qué broma es ésta? —preguntó Varrón jadeante, dejándose caer en una silla, abanicándose el acalorado rostro con la mano.

—Ninguna.

—Agua, dame agua —dijo Varrón, levantándose con evidente esfuerzo y llegándose a la mesa en que Pompeyo tenía las bebidas. Vació un vaso de un trago, volvió a llenarlo y fue a sentarse—. ¡Magnus, te aplastarán como a una mosca!

Pompeyo hizo un gesto de displicencia y miró a Varrón de hito en hito.

—¿Cómo se lo han tomado, Varrón? ¡Cuéntamelo con todo detalle!

—Bien. Filipo entregó una solicitud para hablar con el cónsul Orestes, que tiene los fúscos en junio, antes de la reunión, y como era él quien la había convocado, fue el primero en tomar la palabra una vez concluidos los augurios. Se puso en pie y leyó tu carta.

—¿Se echaron a reír?

Varrón levantó la cabeza de la taza de agua, sorprendido.

—¿Reírse? ¡NO, por los dioses! Se quedaron todos sentados, estupefactos. Luego, se oyó un rumor, flojo al principio, que fue en aumento hasta convertirse en un clamor. Finalmente, el cónsul Orestes logró imponer orden y Catulo pidió la palabra. Supongo que te imaginarás perfectamente lo que dijo.

—Por supuesto. Inconstitucional; una afrenta a todo precepto legal y ético de la historia de Roma.

—Eso y muchísimo más. Cuando concluyó, echaba espuma por la boca.

—Y después, ¿qué sucedió?

—Filipo hizo un magnífico discurso... uno de los mejores que yo le he oído, y buen orador sí que es. Dijo que te habías ganado el consulado, que era absurdo pedirle a un hombre que ha sido propretor dos veces y procónsul una, que entre en la Cámara sin que le aclamen. Dijo que habías salvado a Roma de Sertorio, que has convertido la Hispania Citerior en una provincia modélica, que has abierto un nuevo paso en los Alpes, y que eso y muchas cosas más demostraban que habías sido siempre el más leal servidor de Roma. No puedo entrar en detalle en sus recursos oratorios —

pídele una copia del discurso que leyó—, pero causó una profunda impresión, te lo digo yo.

»Y luego —prosiguió Varrón, con cara de perplejidad—, cambió de tema. ¡Fue muy raro! Estaba hablando de que se te permitiera presentarte a las elecciones consulares, y, sin transición, comienza a discursar sobre el hábito que habíamos adquirido de regalar nuestro precioso *ager publicus* romano para apaciguar la codicia de los legionarios, que, gracias a Cayo Mario, ahora esperaban como lo más natural del mundo que se les recompensase con tierra pública después de cualquier campaña. ¡ Que esa tierra se daba a los soldados no en nombre de Roma, sino en nombre del general! Esa costumbre tenía que cesar, añadió. Porque era algo con lo que se estaban creando ejércitos privados a costa del Senado y del pueblo, pues debido a ello los soldados adquirirían la convicción de que pertenecían antes a su general que a Roma.

—¡Ah, bien! —ronroneó Pompeyo—. ¿Y no dijo más?

—Sí, sí que dijo —contestó Varrón, dando un sorbo de agua y pasándose la lengua por los labios, nervioso, pues comenzaba a pensar que Pompeyo era el impulsor de todo aquello—. Se refirió concretamente a la campaña contra Espartaco y al informe de Craso a la Cámara. ¡ Le ha hecho picadillo, Magnus! ¡ Filippo ha hecho picadillo a Craso! ¡ Que cómo se atrevía a pedir tierras para recompensar a unas tropas que habían tenido que ser diezmadas para infundirles valor para el combate! ¿Cómo osaba pedir tierras para dárselas a unos soldados que únicamente habían hecho lo que es un deber para cualquier leal romano, como es acabar con un enemigo que amenaza al país? Una guerra contra un enemigo externo era una cosa, dijo, pero una guerra contra un villano que dirige un ejército servil en suelo itálico era muy distinta. Nadie tenía derecho a pedir recompensa por defender simplemente su país. Y concluyó rogando a la Cámara que no tolerase la impudicia de Craso ni le animase a pensar que podía comprar para sí la lealtad de sus soldados a expensas de Roma.

—¡Estupendo ese Filippo! —exclamó Pompeyo, con sonrisa beatífica, inclinándose hacia adelante—. ¿Y qué sucedió después?

—Volvió a levantarse Catulo, pero esta vez para hablar apoyando a Filipo. Tenía toda la razón Filipo en pedir que cesase esa costumbre iniciada por Cayo Mario de dar tierra del Estado a las tropas. ¡Debe cesar!, dijo. El *ager publicus* de Roma ha de seguir siendo público, no se puede utilizar para sobornar a la tropa para que sea fiel a su general.

—¿Y ahí concluyó el debate?

—No. Se concedió la palabra a Cetego y él apoyó sin reservas a Filipo y a Catulo. A continuación, lo hicieron Curio, Clodiano y una docena más. Tras lo cual, se organizó tal alboroto, que Orestes decidió poner fin a la sesión.

—¡Estupendo! —exclamó Pompeyo.

—Es cosa tuya, Magnus, ¿verdad?

Los grandes ojos azules se abrieron como platos.

—¿Cosa mía? ¿Qué quieres decir, Varrón?

—Lo sabes muy bien —replicó Varrón, apretando los labios—. Confieso que acabo de darme cuenta, pero ahora lo veo. Estás valiéndote de todos tus clientes senatoriales para levantar un obstáculo entre Craso y el Senado. Y si lo logras conseguirás que éste le quite a Craso el mando del ejército. ¡Y si el Senado no tiene ejército, Roma no te podrá dar la lección que tanto mereces, Cneo Pompeyo!

Profundamente ofendido, Pompeyo miró suplicante a su amigo.

—¡Varrón, Varrón! ¡Merezco ser cónsul!

—¡ Mereces que te crucifiquen!

A Pompeyo siempre le ponía tenso que le hiciesen frente, y Varrón lo advirtió. Y esto, a él, le acobardaba; y trató de recuperar el terreno perdido.

—Lo siento, Magnus, me he dejado llevar por la ira. Retiro lo que he dicho. ¡Pero te darás cuenta de la barbaridad que estás haciendo! Si queremos conservar la república, hay que impedir que cualquiera con influencia pueda socavar la constitución. Lo que le pides al Senado va en contra de todo principio del *mos maiorum*. Ni Escipión Emiliano llegó tan lejos... ¡Y eso que era descendiente directo del Africano y de Paulo!

Pero el comentario no hizo sino empeorar las cosas. Pompeyo se puso en pie, tenso y ofendido.

· —¡Ah, Varrón, márchate! ¡Ya te entiendo! Si un noble de tanta alcurnia no fue tan lejos, ¿cómo osa hacerlo un simple mortal de Picenum? ¡Pues seré cónsul!

El efecto que causaron los acontecimientos del Senado en Marco Terencio Varrón no fue nada comparado con el impacto que provocaron en Marco Licinio Craso. El informe se lo dio César, que había frenado a Quinto Arrio y a los otros legados senatoriales después de la sesión, aunque a Lucio Quintio le costó convencerle.

—Deja que se lo diga yo —suplicó César—. Tú eres demasiado impulsivo y le pondrás furioso. Y tiene que conservar la calma.

—¡No hemos tenido ocasión de hablar nosotros! —exclamó Quintio, dándose un puñetazo en la palma de la mano—. ¡El verpa de Orestes dio la palabra a todos los que estaban a favor y levantó la sesión sin dejarnos replicar!

—Lo sé —dijo César, paciente—, y ten la seguridad de que en la próxima sesión tendremos oportunidad de hablar. Orestes hizo lo más lógico porque se organizó un alboroto endemoniado. La próxima vez somos los primeros en el turno de palabras. ¡No se ha decidido nada! Por favor, déjame que se lo explique yo a Marco Craso.

Y los legados se marcharon a sus casas a regañadientes, dejando que César se dirigiese a buen paso al campamento de Craso en el campo de Marte. El rumor de la sesión del Senado había corrido como el fuego y, mientras iba cruzando entre los grupos congregados en el bajo Foro, camino del clivus Argentarius, oía trozos de conversación en torno al tema de una nueva guerra civil. Pompeyo quería ser cónsul... el Senado no lo consentiría... a Craso no iba a darle tierras... ya era hora de que Roma diese una buena lección a aquellos presuntuosos generales... Pompeyo era un tío estupendo...

—...Y eso es todo —concluyó César.

Craso había escuchado imperturbable el vívido y sucinto relato de los acontecimientos, y ahora que César callaba, él mantuvo su inmutable



expresión durante un buen rato sin decir nada, contentándose con mirar por la abertura de la tienda hacia la apacible panorámica del campo de Marte. Finalmente, hizo un ademán hacia donde miraba y, sin volverse hacia César, dijo:

—¿Verdad que es bonito? No se imagina uno que la sentina de Roma está apenas a una milla por la vía Lata, ¿no es cierto?

—Sí que es bonito —dijo César sin fingir.

—¿Y qué piensas de los acontecimientos no tan bonitos del Senado esta mañana?

—Creo que Pompeyo te tiene agarrado por los huevos —contestó César marcando las palabras.

La afirmación suscitó una sonrisa, seguida de una sorda carcajada.

—Tienes toda la razón, César —dijo Craso, señalando hacia el escritorio, lleno de bolsas de dinero—. ¿Sabes lo que es eso?

—Dinero, desde luego. Pero más no sé.

—Son las cantidades que me debían los senadores —dijo Craso—. Han liquidado sus deudas cincuenta de golpe.

—Cincuenta votos en la Cámara.

—Exacto —dijo Craso, girando la silla sin esfuerzo, poniendo los pies sobre las bolsas y repantigándose en la silla con un suspiro—. Como tú dices, Pompeyo me tiene agarrado por los huevos.

—Me alegro de que te lo tomes con calma.

—¿Y de qué sirve despotricar y enfurecerse? De nada. No cambiaría nada. Y lo más importante aún, ¿hay algo que pueda hacer cambiar la situación?

—En su aspecto testicular, no, desde luego. Pero puedes seguir actuando dentro de los parámetros impuestos por Pompeyo... Se puede uno mover, aun con una garra peluda agarrándote los huevos —añadió César con una sonrisa.

—Es cierto —dijo Craso—. ¿Quién iba a pensar que Pompeyo fuese tan listo?

—Oh, listo lo es. A su manera. Pero no ha sido un enredo político, Craso. Te ha sacudido un martillazo y luego ha puesto sus condiciones. Si

tuviese buen sentido político, habría venido primero a hablar contigo para exponerte lo que pensaba hacer. Y la cosa se habría arreglado apaciblemente, sin que se organizase ese revuelo en Roma ante la perspectiva de otra guerra civil. El problema con Pompeyo es que no tiene ni idea de cómo piensan los demás ni cómo van a reaccionar, salvo cuando piensan y reaccionan como él.

—Creo que tienes razón, pero me parece que eso se debe más bien a su propia inseguridad. Si estuviera completamente seguro de que podía obligar al Senado a que le autorizase a ser cónsul, habría acudido a mí antes de hacer nada. Pero yo soy menos importante para él que el Senado, César. Es al Senado al que quiere dominar. Yo sólo soy el instrumento. ¿Qué más le da si me deja fuera de combate a mí primero? Me tiene agarrado por los huevos. Si quiero tierra para mis combatientes, tengo que informar al Senado que no puede contar conmigo y mis tropas para hacer frente a Pompeyo —dijo Craso moviendo sus pies embotados y haciendo tintinear las monedas.

—¿Qué piensas hacer?

—Pienso —contestó Craso, bajando los pies del escritorio y levantándose— enviarte ahora mismo a ver a Pompeyo. No tengo que explicarte lo que debes decirle. Negocia con él.

Y César marchó a negociar.

Un factor seguro, pensó irónico, era que el general estaría en su tienda de mando, pues hasta que se celebraba el triunfo o la ovación, ningún general podía cruzar el pomerium y entrar en la ciudad, pues en ese caso perdía automáticamente el imperium y se le impedía celebrar el triunfo o la ovación. Aunque los legados, tribunos y soldados podían ir y venir a su antojo, los generáles estaban obligados a permanecer en el campo de Marte.

Efectivamente, Pompeyo se hallaba en la tienda. Y con él estaban sus primeros legados Afranio y Petreyo, que miraron a César con gesto inquisitivo; habían oído hablar algo de él, por la historia de los piratas y similares, y sabían que había ganado la corona cívica a los veinte años. Detalles que los viri militares, como Afranio y Petreyo, respetaban mucho en un hombre; pero aquel individuo deslumbrante y elegante como el que

más, parecía desentonar. Togado en su atavío militar en vez de vestir túnica, con las uñas cortadas y pulidas, calzando zapatos senatoriales sin una mota de polvo y el pelo perfecto, era imposible que hubiese llegado desde la tienda de mando de Craso bajo el sol y el viento.

—Recuerdo que dijiste que no bebías vino. ¿Quieres agua? —inquirió Pompeyo, señalándole una silla.

—Gracias, sólo quiero hablar a solas contigo —respondió César, sentándose.

—Nos veremos después —dijo Pompeyo a sus legados.

Aguardó hasta que los dos decepcionados legados estuvieron a buena distancia por el camino que llevaba a la vía Recta, antes de volverse hacia César.

—¿Y bien? —inquirió de buenas a primeras.

—Vengo de parte de Marco Craso.

—Esperaba hablar con él en persona.

—Mejor será que trates conmigo.

—¿Está enfadado, no?

—¿Craso, enfadado? —replicó César, enarcando las cejas—. ¡Ni mucho menos!

—¿Y por qué no ha venido a verme él?

—¿Para que se organice aún mayor revuelo en Roma? —dijo César—. Cneo Pompeyo, si tú y Marco Craso habéis de tener tratos, mejor que lo hagáis a través de alguien como yo, que somos bien discretos y leales a nuestros superiores.

—Entonces, ¿eres el hombre de Craso, eh?

—En este asunto, sí. En general, no soy de nadie.

—¿Qué edad tienes? —inquirió Pompeyo de pronto.

—Cumpló veintinueve en quintilis.

—Craso diría que es hilar muy fino. Así, pronto estarás en el Senado.

—Ya estoy en el Senado. Llevo en él casi nueve años.

—¿Por qué?

—Gané una corona cívica en Mitilene, y la constitución de Sila estipula que los héroes de guerra entran en el Senado.

—Todos hablan de la constitución de Roma llamándola la constitución de Sila —replicó Pompeyo, haciendo caso omiso del detalle de la corona cívica; él no había obtenido ninguna corona y le dolía—. ¡No sé si estar agradecido a Sila!

—Debes estarlo. A él le debes el encargo de varias empresas especiales —dijo César—, pero después de este incidente, dudo mucho que el Senado vuelva a mostrarse dispuesto a encomendar nada a un caballero.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Pompeyo, mirándole de hito en hito.

—Lo que digo. No puedes obligar al Senado a dejar que te nombren cónsul y esperar que te lo perdone, Cneo Pompeyo. Ni puedes pretender manipular el Senado eternamente. Filippo es viejo, y Cetego también. Cuando ellos mueran, ¿de quién vas a servirte? Todos los mayores seguirán a Catulo; los Cecilios Metelos, los Cornelios, los Licinios, los Claudios. El que pretenda que le encomienden algo especial, tendrá que recurrir al pueblo, y no me refiero a una mezcla de patricios y plebeyos. Hablo de la plebe. Roma solía funcionar casi exclusivamente a través de la asamblea plebeya, y yo te aseguro que no tardará en volver a hacerlo. Los tribunos de la plebe son de gran utilidad, pero sólo si tienen poderes legislativos. Además —añadió César, con una tosecilla—, es más barato comprar a tribunos de la plebe que a pesos pesados como Filippo y Cetego.

César vio impasible como todo lo que decía lo absorbía con sumo interés Pompeyo. Aquel hombre no le gustaba, pero no sabía a qué atribuirlo. De niño había tenido mucho contacto con galos, y no podía ser su ascendente galo. ¿Qué sería? Mientras Pompeyo estaba allí, sentado, asimilando lo que había dicho, César reflexionaba sobre su repulsa y llegó a la conclusión de que lo que no le gustaba era el individuo, no lo que representaba. No le gustaba su presunción, su egoísmo casi infantil, su incuria mental totalmente ajena a la ley.

—¿Y qué es lo que tiene que decirme Craso? —inquirió Pompeyo.

—Le gustaría negociar un trato, Cneo Pompeyo.

—¿Sobre qué?

—¿No sería mejor que previamente expusieses tus condiciones, Cneo Pompeyo?

—¡No me llames así! ¡ Lo detesto! ¡ Todo el mundo me llama Magnus!

—Es una negociación formal, Cneo Pompeyo. La costumbre y la tradición exigen que me dirija a ti por el praenomen y el flamen. ¿No quieres poner previamente tus condiciones?

—¡Ah, si, sí! —espetó Pompeyo, sin saber exactamente por qué su malhumor cedía, salvo que algo tenía que ver con aquel enviado elegante y culto de Craso. Todo lo que había dicho era irrefutable, pero eso no hacía más que agravar la situación; porque era él, Magnus, quien se suponía que tenía la sartén por el mango, pero la entrevista no estaba resultando conforme a lo previsto. César se comportaba como si fuese él quien imponía condiciones. Aquel hombre era más guapo que el finado Memmio y más hábil que Filipo y Cetego juntos, y había ganado la segunda condecoración militar de Roma, y concedida, además, por un incorruptible como Lúculo. Tenía que ser un militar valiente y muy buen soldado. De haber conocido Pompeyo las historias de los piratas, del testamento del rey Nicomedes y de la batalla del Meandro, habría optado por llevar la entrevista de otro modo; Afranio y Petreyo sí que las conocían algo, pero Pompeyo —¡como siempre!— no sabía nada. Por lo tanto, en la entrevista Pompeyo continuó mostrándose más franco de lo que habría hecho en caso contrario.

—Tus condiciones —insistió César.

—Simplemente, convencer al Senado para que apruebe una resolución que me permita presentarme candidato al consulado.

—¿Sin ser miembro del Senado?

—Sin ser miembro del Senado.

—¿Y si convences al Senado para que te autorice a presentarte a las elecciones y no sales elegido cónsul?

Pompeyo se echó a reír con todas sus ganas.

—¡Si me presento, seguro que gano! —respondió.

—Me han dicho que van a ser unas elecciones muy disputadas. Marco Minicio Termo, Sexto Peduceo, Lucio Calpurnio Pisón Frugi, Marco Fannio, Lucio Manlio... y los dos principales en este momento, Metelo Caprario el joven y Marco Craso —replicó César con gesto irónico.

Ninguno de aquellos nombres significaba gran cosa para Pompeyo, salvo el último.

—¿Quieres decir que aún pretende presentarse? —inquirió, irguiéndose.

—Si, como parece probable, Cneo Pompeyo, vas a pedirle que rehúse al Senado el empleo de su ejército, tiene que ser candidato al consulado y tiene que ser elegido —dijo César con voz pausada—. Si el año que viene no es cónsul, será acusado de traición antes de que acabe enero. Siendo cónsul, no se le puede exigir responsabilidad hasta que su consulado o cualquier proconsulado subsiguiente haya concluido y vuelva a ser un *privatus*. Por consiguiente, lo que tiene que hacer es lograr que le elijan cónsul y, luego, lograr restablecer los plenos poderes al tribunado de la plebe. Tras lo cual, tendrá que convencer a un tribuno de la plebe para que apruebe una ley que legalice su negativa a no poner su ejército a disposición del Senado, y convencer a los otros nueve tribunos para que no la veten. Así, cuando vuelva a ser *privatus*, no podrán acusarle de la traición que tú le pides que cometa.

Una serie de expresiones cruzó el rostro de Pompeyo: sorpresa, comprensión, aturdimiento, confusión y, finalmente, miedo.

—¿Qué quieres decir? —exclamó desde lo más profundo de su ser, comenzando a sentir un terrible agobio.

—Estoy diciendo, y creo que muy claramente, que si ambos queréis evitar que os acusen de traición por los juegos que intentáis hacer con el Senado y dos ejércitos, que en realidad pertenecen a Roma, tendréis los dos que ser cónsules el año que viene, y ambos tendréis que esforzaros cuanto sea necesario para restablecer el tribunado de la plebe en su modalidad tradicional —contestó César con firmeza—. La única manera en que tú o él podéis evitar las consecuencias, es obteniendo un plebiscito de la asamblea plebeya absolviéndoos de toda culpabilidad en el asunto de las tropas y la manipulación del Senado. A no ser que hayas cruzado con tu ejército el Rubicón y lo tengas en Italia, Cneo Pompeyo.

—¡No lo había pensado! —exclamó Pompeyo, estremeciéndose.

—La mayoría de los senadores —añadió César en tono de conversación normal— son borregos. Todos se dan cuenta de esa realidad, pero es que a

algunos les impide ver otra realidad: el hecho de que entre los borregos hay lobos. Ni el mismo Cetego se da cuenta. Pero a Metelo Caprario el joven le conviene perfectamente el epíteto de gran lobo, y Catulo tiene colmillos para destrozar, no molares para rumiar. Igual que Hortensio, que tal vez no consiga ser cónsul esta vez, pero que cuenta con una influencia formidable y es un consumado jurista. Luego está mi joven y listísimo tío Lucio Cotta. ¡Incluso a mí se me podría considerar un lobo senatorial! Todos esos que he dicho, e incluso todos juntos, son capaces de acusaros a ti y a Marco Craso de traición. Y tendréis que ir a juicio ante un tribunal con un jurado compuesto exclusivamente por senadores, senadores a los que habéis dejado con dos palmos de narices. Marco Craso quizá se librara, pero tú no, Cneo Pompeyo. Estoy seguro de que tienes muchos partidarios en el Senado, pero no podrías conservarlos después de esgrimir la amenaza de la guerra civil para forzarlos a tus deseos. Podrías mantener tu facción mientras fueses cónsul y procónsul, pero no cuando volvieres a ser privatus. A menos que conservases tu ejército movilizado para el resto de tu vida, y eso, como el Erario no lo pagaría, sería imposible aun para un hombre con tus recursos.

¡Cuántas ramificaciones! Aumentaba aquella terrible sensación de agobio y, por un instante, Pompeyo se vio de nuevo en el campo de batalla de Lauro, incapaz de impedir el acoso de Quinto Sertorio. Luego, se sobrepuso y adoptó una expresión decidida.

—Eso que has dicho, ¿lo entiende todo Marco Craso? —inquirió.

—Lo bastante —contestó César sin inmutarse—. Él hace tiempo que está en el Senado y en Roma todavía más. Acude con frecuencia a los tribunales y se sabe la constitución de cabo a rabo. ¡Todo eso lo dice la constitución! La de Sila y la de Roma.

—Entonces, lo que me dices es que tengo que ceder —dijo Pompeyo con un suspiro—. ¡Pues no voy a hacerlo! ¡Quiero ser cónsul! ¡Merezco ser cónsul y lo seré!

—Se puede arreglar. Pero sólo del modo que te he explicado —replicó César, en sus trece—. Tú y Marco Craso en la silla curul, restablecimiento del tribunado de la plebe y un plebiscito exculpatorio seguido de otro para

conceder tierras a los combatientes de vuestros dos ejércitos —añadió, encogiéndose ligeramente de hombros—. Al fin y al cabo, Cneo Pompeyo, tienes que tener un colega cónsul; no puedes ser cónsul sin que haya otro. Por lo tanto, ¿por qué no tener por colega a quien se enfrenta a los mismos inconvenientes y corre iguales riesgos? ¡Imagínate si saliera elegido contigo Metelo Caprario el joven! Te clavaría los colmillos en el cuello el primer día y haría lo indecible para que no consiguieses restablecer el tribunado de la plebe. Dos cónsules que colaboren estrechamente es una fuerza a la que el Senado no puede oponerse. Y menos si cuentan con diez tribunos de la plebe que les apoyen.

—Ya te entiendo —dijo Pompeyo—. Si, sería una gran ventaja contar con un colega condescendiente. De acuerdo; seré cónsul con Marco Craso.

—A condición —añadió César, irónico— de que no te olvides del segundo plebiscito. Marco Craso debe obtener esa tierra.

—¡Descuida! Así yo también podré obtener tierra para mis hombres.

—Entonces, hay que dar el primer paso.

Hasta la apabullante charla con César, Pompeyo había pensado que Filipo era quien debía dirigir su candidatura al consulado y hacer cuanto fuese necesario, pero ahora reflexionó sobre el particular. ¿Había visto Filipo todos aquellos intríngulis? ¿Por qué no había dicho nada de acusación por traición ni de la necesidad de restablecer el tribunado de la plebe? ¿No estaría quizás un poco cansado de ser un empleado a sueldo? ¿O estaba perdiendo facultades?

—Yo soy un lerdo en política —dijo Pompeyo con el tono de quien quiere suscitar simpatía franca—. Lo que sucede es que la política no me fascina; me interesa mucho más el mando y yo pensaba en el consulado a modo de un mando civil importante. Tú me has hecho verlo distinto. Y tienes razón, César. Dime, pues, cómo debo actuar. ¿Debo seguir presentando cartas de la mano de Filipo?

—No, ya lo has hecho y has corrido el riesgo —contestó César, sin reticencia aparente a actuar como consejero político de Pompeyo—. Imagino que habrás dado orden a Filipo de retrasar las elecciones curules; así que pasará eso por alto. Lo siguiente que intentará el Senado es ganarte



por la mano, y os dará a ti y a Marco Craso fecha oficial, a ti para tu triunfo y a él para su ovación. Y, naturalmente, el decreto senatorial estipulará que desmovilicéis a las tropas acto seguido. Es lo normal.

Seguía sentado allí, pensó Pompeyo, tan impasible como cuando había entrado; no parecía tener sed, ni estar incómodo con aquella toga a pesar del calor, ni a disgusto en la dura silla, ni molestarle el cuello por mirarle de soslayo. Y las palabras con que expresaba lo que pensaba estaban tan bien escogidas como bien organizados los pensamientos. Sí, decididamente no había que perder de vista a aquel César.

César prosiguió.

—Tú tendrás que dar el primer paso. Cuando te comuniquen la fecha de tu triunfo, debes alzar los brazos horrorizado y decir que acabas de recordar que no puedes celebrarlo hasta que llegue Metelo Pío de Hispania Ulterior, porque habiais convenido celebrarlo conjuntamente, debido al escaso botín, etcétera. Pero nada más dar este pretexto para no desmovilizar tu ejército, Marco Craso alzará los brazos horrorizado y dirá que no puede desmovilizar sus tropas si dentro de Italia están las tuyas sin licenciar. Podéis aguantar con esa farsa hasta finales de año, y el Senado no tardará muchos meses en darse cuenta de que ninguno de los dos tenéis intención de desmovilizar las tropas y que ambos estáis hasta cierto punto legalizando vuestra posición. Con tal de que ninguno de los dos emprendáis una acción militar contra Roma, quedaréis bastante bien.

—¡Me gusta! —dijo Pompeyo con una gran sonrisa.

—Me alegro. Es más fácil predicar al converso. ¿En qué estaba? —dijo César, frunciendo el ceño como quien piensa—. ¡Ah, sí! Una vez que el Senado se dé cuenta de que no se va a desmovilizar ninguno de los dos ejércitos, decretará un consulta apropiado autorizándoos a la candidatura in absentia, puesto que no podéis entrar en Roma a presentarla en persona al oficial de elecciones. Este cargo se determinará a suertes entre Orestes o Léntulo Sura, pero poca diferencia hay.

—¿Y cómo supero la dificultad de no formar parte del Senado? —inquirió Pompeyo.

—No puedes. Ese es el problema del Senado. Se solucionará con un *senatus consultum* a la asamblea del pueblo por el que se autorice a un caballero a presentarse candidato al consulado. Yo imagino que lo aprobarán encantados, pues los caballeros lo considerarán una importante Victoria.

—Y Marco Craso y yo desmovilizamos las tropas cuando ganemos las elecciones —dijo Pompeyo, satisfecho.

—Oh, no —replicó César meneando despacio la cabeza—. Mantenéis las tropas bajo las águilas hasta el Año Nuevo. Por consiguiente, no podréis celebrar el triunfo y la ovación hasta últimos de diciembre. Que Marco celebre primero su ovación y tú haces tu triunfo el último día de diciembre.

—Me parece perfecto —comentó Pompeyo, y frunció el ceño—. ¿Por qué Filipo no me explicó bien las cosas?

—No tengo ni idea —contestó César con cara de inocente.

—Yo si creo tenerla —añadió Pompeyo con sonrisa de desdén.

César se puso en pie, entreteniéndose con gran concentración en arreglar los pliegues de la toga. Hecho lo cual, se dirigió con su elegante caminar hacia el batiente de la tienda, ante el cual se detuvo, miró hacia atrás y sonrió.

—Una tienda es una estructura de lo más provisional, Cneo Pompeyo. Está bien que el general que aguarda su triunfo alce una estructura provisional, pero creo que a partir de ahora debes esforzarte por causar otra impresión. ¿Puedo sugerirte que alquiles una villa de lujo en la colina Pinciana en lo que queda de año? Podrías traerte a tu esposa de Picenum y dar fiestas, tener un acuario con bonitos peces... Me aseguraré de que Marco Craso hace lo propio. Ahora da la impresión de que estuvierais decididos a vivir en el campo de Marte para el resto de vuestras vidas.

Y se marchó, dejando a Pompeyo impresionado y pensativo. Se habían acabado las vacaciones militares; tendría que sentarse con Varrón a aprender leyes. Aquel César lo sabía todo y tenía seis años menos que él. Si en el Senado había lobos, ¿iba Cneo Pompeyo Magnus a ser un borrego? ¡Jamás! ¡Cuando llegase Año Nuevo, Cneo Pompeyo Magnus conocería la ley y el Senado!

—¡Por los dioses, César, qué listo eres! —dijo Craso con voz admirativa cuando aquél acabó de explicarle la entrevista con Pompeyo—. ¡A mí no se me habría ocurrido ni la mitad de todo eso! No digo que no habría acabado por ocurrírseme, pero tú lo has urdido todo en el camino de mi tienda a la suya. ¡Una villa en la Pinciana, dices! Tengo una casa estupenda en el Palatino en cuya decoración me he gastado una fortuna, ¿por qué iba a gastarme dinero en otra villa? Estoy bien en una tienda.

—¡Qué incurable tacaño eres, Marco Craso! —dijo César, riendo—. Alquila una villa en la Pinciana tan lujosa como la de Pompeyo y traslada inmediatamente a ella a Tertulia y a los niños. Puedes permitirte. Considéralo como una inversión necesaria. Tú y Pompeyo vais a tener que dar muestra de ser encarnizados rivales durante casi seis meses.

—¿Y qué vas a hacer? —inquirió Craso.

—Voy a buscarme un tribuno de la plebe. Picentino si puede ser. No sé por qué, pero a los picentinos les atrae el tribunado de la plebe y los hay excelentes. No será difícil. Seguro que en el colegio de este año hay media docena.

—¿Por qué de Picenum?

—Para empezar, estará bien predispuesto a apoyar a Pompeyo; los picentinos son muy gregarios. Y además será incendiario; a los picentinos les gusta el fuego.

—Ten cuidado no te quemes las manos —dijo Craso, pensando ya en quién de sus libertos iría a regatear con los agentes que alquilaban villas en la colina Pinciana. ¡ Lástima no haber pensado nunca en invertir allí! ¡Un lugar ideal! Con la cantidad de reyes y reinas extranjeros que buscan palacio... ¡ No, no alquilaría! ¡Compraría! Alquilar era un derroche, porque eran sestercios perdidos.

En noviembre, el Senado cedió. Marco Licinio Craso fue informado de que se le autorizaba a presentarse candidato al consulado in absentia. Cneo

Pompeyo Magnus fue informado de que el Senado había enviado un decreto a la asamblea del pueblo, pidiendo al organismo que anulase los requisitos para presentarse a las elecciones curules —ser miembro del Senado, haber sido cuestor o pretor— y legislara de modo a permitirle ser candidato. Y cuando la Asamblea del pueblo aprobó la ley pertinente, el Senado se complació en informar a Cneo Pompeyo Magnus que le autorizaba a ser candidato *in absentia*, etcétera, etcétera.

Cuando un candidato se presentaba a un cargo *in absentia* era difícil hacer campaña. No podía cruzar el *pomerium* para entrar en la ciudad y hablar con los electores y con la gente en el Foro, ni acercarse discretamente cuando un tribuno de la plebe convocaba un *contio* de la asamblea plebeya para hablar de los méritos de su candidato favorito y poner como un trapo a sus adversarios. Como la candidatura *in absentia* requería autorización especial de la Cámara, se producía pocas veces; pero, desde luego, era la primera vez que dos candidatos concurrían *in absentia*. No obstante, a tenor de los acontecimientos, estas desventajas no tuvieron relevancia alguna. El debate en el Senado, aun bajo la amenaza de los dos ejércitos no desmovilizados, había sido tan enfervorizado como aburrido, y cuando la Cámara cedió, los otros aspirantes al consulado retiraron su candidatura en señal de protesta por la descarada ilegalidad de la pretensión de Pompeyo. Si no había más candidatos, Pompeyo y Craso parecerían lo que eran: dictadores disfrazados.

Muchos y variados eran los riesgos que corrían Pompeyo y Craso, fundamentalmente el cargo de traición en el momento en que quedasen desposeídos del *imperium*. Así, cuando el tribuno de la plebe Marco Lolio Palicano (un picentino) convocó una asamblea extraordinaria de la Asamblea plebeya en el circo Flaminio del campo de Marte, todos los senadores que habían vuelto la espalda a Pompeyo y Craso se quedaron de una pieza. ¡Iban a escamotear el cargo de traición devolviendo plenos poderes al tribunado de la plebe y haciendo que diez agradecidos tribunos legislaran su inmunidad!

Había muchos en Roma que deseaban aquella restauración, la mayoría de ellos porque el tribunado de la plebe era una institución sagrada en

armonía con el mos maiorum y muchos porque echaban de menos el vigor y la actividad del Foro en otros tiempos cuando algún demagogo encendía a la multitud hasta que intervenían los puños y los ex gladiadores de alquiler y se armaba una trifulca. Por eso, la asamblea de Lolio Palicano para tratar el restablecimiento del tribunado de la plebe, anunciada por toda la ciudad, tenía que congregarse a una gran multitud. Pero cuando se difundió la noticia de que los candidatos consulares Pompeyo y Craso iban a hablar en apoyo de Palicano, el entusiasmo alcanzó límites desconocidos desde que Sila había convertido la asamblea plebeya en poco menos que una simple asociación.

El circo Flaminio, que se usaba para los juegos menos espectaculares, tenía sólo capacidad para cincuenta mil espectadores, pero el día de la asamblea de Palicano las gradas estaban abarrotadas. Resignados ante el hecho de que sólo los afortunados situados a menos de doscientos pies del orador oirían sus palabras, la mayoría de los que habían peregrinado a lo largo de la orilla del Tíber acudieron por el simple motivo de poder contar a sus nietos que habían sido testigos del día en que dos candidatos consulares, que eran además héroes militares, habían prometido restablecer el tribunado de la plebe. ¡ Iban a hacerlo!

Palicano abrió la asamblea con un discurso entusiasta destinado a obtener la mayor cantidad de votos posibles para Pompeyo y Craso en las elecciones curules; los que estaban cerca y podían oír eran los de las clases cuyo voto contaba. Asistían también los nueve colegas de Palicano y todos ellos hablaron a favor de Pompeyo y Craso. Luego, apareció Craso entre grandes aplausos, y con grandes aplausos fue acogido su discurso. Toda una serie de prolegómenos antes de la actuación importante. Y apareció ¡ Pompeyo el Grande!, revestido de una armadura dorada brillante como el sol, con un aspecto impresionante. No hacía falta que fuese orador, pues a la multitud igual le hubiese dado que hablase en galimatías. La multitud había venido a ver a Pompeyo el Grande y se marchó a su casa satisfecha a más no poder.

No fue de extrañar que en las elecciones curules celebradas el día anterior a las nonas de diciembre, Pompeyo fuese elegido primer cónsul y

Craso segundo cónsul. Roma iba a tener un cónsul que no había sido miembro del Senado y le había preferido a él antes que a su colega mayor y más ortodoxo.

—Así que Roma tiene por primera vez un cónsul que no ha sido senador —dijo César a Craso, una vez dispersada la multitud después de la elección.

Estaba sentado con él en la galería de la villa de la colina Pinciana en que otrora el rey Yugurta de Numidia había conspirado; Craso la había comprado al ver la lista de nombres ilustres que la habían alquilado a lo largo de los años. Ambos contemplaban a los esclavos públicos que limpiaban los recintos, pasarelas y estrados de votación de la Saepta.

—Simplemente porque quería ser cónsul —dijo Craso, imitando el tono de voz que asumía Pompeyo cuando se sentía frustrado—. ¡Es un niño grande!

—En ciertos aspectos, sí —dijo César, volviendo la cabeza para mirar a Craso, que mostraba su habitual expresión plácida—. Tendrás que gobernar tú, porque él no sabe.

—¡Ah, no me digas! Aunque ahora habrá aprendido algo del manual de Varrón sobre conducta senatorial y consular —dijo Craso con un gruñido—. ¡Figúrate, el primer cónsul consultando un manual de conducta! Ni imaginarme quiero lo que hubiese dicho Catón el Censor.

—Me ha pedido que haga el borrador de la ley devolviendo los poderes al tribunado de la plebe, ¿te lo ha dicho?

—¿A mí, cuándo me dice nada?

—He rehusado.

—¿Por qué?

—En primer lugar, porque ha asumido ser primer cónsul.

—¡Sabía perfectamente que iba a ser primer cónsul!

—Y, además, porque tú eres perfectamente capaz de redactar cualquier ley que queráis promulgar... tú has sido pretor urbano.

Craso meneó su cabezota y puso la mano en el brazo de César.

—Hazlo, César. Le tendrás contento. Como todos los niños mimados, tiene el don de saber valerse de la gente adecuada para conseguir sus fines. Si rehúsas porque no quieres que te utilice, no te lo reprocho. Pero si te gusta el reto y crees que podrá servir para tu experiencia legislativa, hazlo. Nadie lo sabrá; bien que se encargará él.

—¡Cuánta razón tienes! —dijo César, riendo—. En realidad —añadió, ya serio—, me gustaría hacerlo. No hemos tenido tribunos de la plebe decentes desde que yo era niño... Sulpicio fue el último; y preveo que llegará un momento en que todos necesitemos leyes tribunicias. Es una interesante experiencia para un patricio tratar con tribunos de la plebe como he hecho yo últimamente. Por cierto, Palicano ya me tiene preparado un sustituto.

—¿Quién?

—Un tal Plautio; pero no es de la antigua familia de los Silvanos. Este es de Picenum y creo que descende de un liberto. Es buena persona y está dispuesto a hacer lo que necesite a través de la revitalizada asamblea plebeya.

—Aún no se han celebrado las elecciones tribunicias y Plautio a lo mejor no sale elegido —dijo Craso.

—Saldrá —replicó César seguro de sí mismo—. No puede perderlas... es un hombre de Pompeyo.

—¿No es esto un proceso a nuestra época?

—Es una suerte que Pompeyo te tenga por colega, Marco Craso. De haber sido Metelo Caprario el joven, ¡qué desastre! Pero lamento que no tengas tú la distinción de primer cónsul.

Craso sonrió, al parecer sin mucha gana.

—No te preocupes, César, cuando dejemos el cargo ya verás cómo Roma me echa más de menos a mí que a Pompeyo.

—Bueno —añadió César—, tengo que marcharme. He dedicado poco tiempo a las mujeres de mi familia desde que volvimos a Roma, y estarán ansiosas por saber noticias de las elecciones.

Pero nada más entrar en el vestíbulo César lamentó su decisión de ir a casa. ¡ Estaba lleno de mujeres! Un rápido recuento le bastó para comprobar que eran seis: su madre, su hermana Ju-Ju, su tía Julia, la esposa de Pompeyo y otra en quien acabó por reconocer a su prima Julia, llamada Julia Antonia por estar casada con Marco Antonio, el exterminador de piratas. Todas tenían puestos los ojos en ella, y no era de extrañar, pues estaba sentada en el borde de una silla con las piernas estiradas y dando voces.

Antes de que César hubiese dado otro paso, alguien le dio un tremendo golpe en el trasero y, al girar sobre sus talones, vio a uno de los hijos de Antonio, mirándole con aviesa sonrisa. César le agarró de la nariz y tiró de él, e inmediatamente el niño comenzó a proferir unos gritos tan fuertes como la madre y a propinarle puntapiés y puñetazos. Momento en el que otros dos niños se abalanzaron sobre él golpeándole flancos y pecho, pero los pliegues de la toga amortiguaban el triple ataque.

En un periquete, sin que nadie se lo explicase, los tres niños quedaron fuera de combate: a los dos más pequeños les golpeó la cabeza uno con otro, tirándoles con fuerza contra la pared, y al mayor le sacudió un tortazo que hizo que se le saltaran las lágrimas, dirigiéndole al tiempo a puntapiés a donde estaban sus hermanos.

La madre había dejado de vociferar al verlo y ahora se abalanzaba sobre el torturador de sus preciosos hijos.

—¡Mujer, siéntate! —dijo César con fuerte voz.

Ella regresó tambaleándose a la silla y en ella se dejó caer sin cesar en sus gritos.

César se volvió hacia la pared en donde estaban los tres niños, medio caídos y medio sentados, lloriqueando como la madre.

—Si se os ocurre moveros, lamentaréis haber nacido. Esta es mi casa, no el monte Pinciano y mientras estéis en ella tenéis que comportaros como romanos civilizados y no como monos. ¿Está claro?



Y recogién dose los pliegues deshechos de la toga, se dirigió, cruzando por entre el grupo de mujeres, a su despacho.

—Voy a arreglármela —dijo en fingido tono afable, que su madre y esposa reconocieron como ira fuertemente reprimida—, y cuando vuelva espero que reine una apacible calma. Amordazad a esa maldita mujer si es preciso y que Burgundus se haga cargo de los niños. Y decidle que tiene mi permiso para estrangularlos si hace falta.

No tardó mucho en volver al cuarto, pero ya no había niños y las seis mujeres estaban sentadas muy tiesas y en silencio. Seis pares de ojos se clavaron en él mientras se sentaba entre su madre y su esposa.

—Bien, mater, ¿qué sucede? —preguntó con voz agradable.

—Marco Antonio ha muerto —contestó Aurelia—. Se ha suicidado en Creta. Sabes que le derrotaron los piratas; dos veces en el mar y una en tierra y perdió los hombres y los barcos, pero puede que no sepas que los strategoi piratas Panares y Lastenes le obligaron a firmar un tratado entre Roma y Creta. Y a Roma acaba de llegar el documento con las cenizas del pobre Marco Antonio. Aunque el Senado no ha tenido tiempo de reunirse, por la ciudad corre ya la noticia de que Marco Antonio se ha cubierto de oprobio, y la gente comienza a llamarle Marco Antonio Creticus, no refiriéndose a Creta sino a hombre de tiza.

César lanzó un suspiro, con gesto más de exasperación que de lástima.

—No era la persona indicada para esa empresa —dijo, sin preocuparse por ocultar su enfado a la viuda, una pobre boba—. Me di cuenta cuando era tribuno suyo en Giteo, pero confieso que no hubiera previsto semejante final, aunque signos no faltaban —añadió, mirando a Julia Antonia—. Lo siento por ti, mujer, pero no se qué puedo hacer.

—Julia Antonia ha venido a ver si puedes encargarte de los ritos funerarios de Marco Antonio —dijo Aurelia.

—Tiene un hermano. ¿Por qué no puede organizarlos Lucio César? —respondió crudamente César.

—Lucio César está en Oriente en el ejército de Marco Cotta y tu primo Sexto César se niega a ello —dijo la tía Julia—. En ausencia de Cayo

Antonio Hibrida, somos los parientes más próximos de Julia Antonia en Roma.

—En tal caso, yo organizaré las exequias. De todos modos, lo prudente será hacer un funeral íntimo.

Julia Antonia se puso en pie dispuesta a marcharse, derramando pañuelos, prendedores, alfileres y peines en auténtica cascada; no parecía ya ofendida con César por el sumario tratamiento de sus retoños ni por su cruda opinión sobre el difunto. Era evidente que le gustaba que le chillasen y le llamasen al orden, pensó César mientras la acompañaba a la puerta. Sí, el finado Marco Antonio debía de saber meterla en cintura. Lástima que no hubiese sabido disciplinar a los hijos, ya que la madre era incapaz. Trajeron a los niños de las dependencias de Burgundus, en donde acababan de tener una saludable experiencia, pues los hijos de los dos galos les habían acoquinado. Pero, igual que su madre, no parecía haberles importado. Los tres miraron a César con reparo.

—No tenéis por qué tenerme miedo si no os pasáis de la raya —dijo César de buen humor—. ¡Cuidado con que no os sorprenda yo haciéndolo!

—Eres muy alto, pero no creo que seas muy fuerte —replicó el mayor que era el más guapo de los tres, aunque de ojos muy juntos en opinión de César. En todo caso, los tres miraban sin recato y sus ojos no carecían de valor e inteligencia.

—Algún día te encontrarás con un pequeñajo que te sacuda por detrás sin que te dé tiempo a hacer nada —replicó César—. Ahora, ve a casa a cuidar de tu madre. Y a hacer los deberes en vez de andar por el Subura haciendo trastadas y robando a gente que no te ha hecho ningún mal. A la larga te beneficiará más hacer los deberes.

—¿Tú cómo sabes eso? —inquirió Marco Antonio parpadeando.

—Yo lo sé todo —contestó César, cerrando la puerta y volviendo con las mujeres a sentarse—. La invasión de los germanos —dijo sonriente—. ¡Qué niños tan horribles! ¡Es que no tienen quien los meta en vereda?

—Nadie —dijo Aurelia—. ¡Ah, me ha gustado cómo les has parado los pies! —añadió con un suspiro—. Desde que llegaron tenía ganas de darles unos buenos azotes.

César miraba a Mucia Tercia, que le parecía enormemente atractiva; era evidente que el casamiento con Pompeyo la sentaba bien. Mentalmente, añadió su nombre a la lista de sus futuras conquistas, ¡bien que se lo había buscado Pompeyo! Pero aguardaría. Que el abominable joven Carnicero llegase antes más alto. Estaba seguro de que Mucia Tercia sería fácil; la había sorprendido mirándole varias veces. Pero no iba a precipitarse; necesitaba más tiempo para madurar a la sombra de Pompeyo antes de caer en sus brazos. De momento, tenía bastante con Metela Capraria, esposa de Cayo Verres. ¡Arar su surco era un ejercicio de horticultura que le encantaba!

Su dulce esposa le miraba, y apartó los ojos de Mucia Tercia y los clavó en ella; le hizo un guiño y Cinnilla contuvo la risa y demostró que había heredado del padre la facilidad para ruborizarse.

Era un encanto. Nunca estaba celosa, a pesar de que habría oído rumores y seguramente daría crédito a ellos. ¡Después de tantos años, tenía que conocerle! Pero estaba demasiado influenciada por Aurelia para sacar a colación el tema de sus escauceos. Y no lo hacía; como si nada tuvieran que ver con ella.

Con su madre no era tan circunspecto; suya había sido la idea de que sedujera a las esposas de sus iguales. Y tampoco tenía pelos en la lengua para preguntarle de vez en cuando si alguna le resultaba difícil. Las mujeres eran un misterio y tenía la impresión de que siempre lo serían; y las opiniones de Aurelia valían la pena. Ahora que tenía tratos con las mujeres de su clase del Palatino y la Carinae, estaba al corriente de todos los cotilleos y se los transmitía a él sin adornos. A él lo que le gustaba era volver locas a las mujeres antes de dejarlas, porque así quedaban inservibles para sus cornudos maridos.

—Supongo que os habréis reunido para consolar a Julia Antonia —dijo, pensando en si su madre tendría el descaro de ofrecerle vino aguado y pastelillos.

—Se presentó en mi casa llena de dijes y con esos niños horribles —contestó su tía Julia—, y, como yo era incapaz de aguantarlos, los traje aquí.

—¿Y tú estabas de visita en casa de tía Julia? —preguntó César a Mucia Tercia, esgrimiendo su encantadora sonrisa.

Ella aspiró, sorprendida, y dejó escapar una tosecilla.

—Visito a tía Julia bastante, Cayo Julio. El Quirinal está muy cerca de la Pinciana.

—Sí, claro —dijo él, dirigiendo la misma sonrisa a su tía Julia, que, naturalmente, no era inmune a ella, aunque de distinta manera.

—Me temo que a partir de ahora voy a ver mucho más a Julia Antonia —dijo la tía Julia, con un suspiro—. ¡Ojalá tuviera tu arte para tratar a sus hijos!

—No durarán mucho sus visitas, tía Julia; y ya me encargaré yo de decirles cuatro palabras a los niños, pierde cuidado. Ya verás como Julia Antonia se casa en seguida.

—¡No la querrá nadie! —comentó Aurelia con un bufido.

—Siempre hay hombres curiosamente susceptibles a los encantos de las bobas —dijo César—. Lamentablemente, ella no sabe elegir y su futuro no será mejor marido que Marco Antonio, el hombre de tiza.

—En eso tienes toda la razón, hijo mío.

César dirigió su atención a su hermana Ju-Ju, que no había dicho una palabra; siempre había sido la callada de la familia, a pesar de ser muy vivaz.

—Siempre dije que Lia no sabía elegir —dijo él—, pero a ti no te di la menor oportunidad para que me demostrases si sabías elegir, ¿verdad?

Su hermana le dirigió una sonrisa igual a la de él.

—Estoy muy contenta con el marido que me elegiste, César. De todos modos, sí que te confieso que los jóvenes que me gustaban antes de casarme ahora me decepcionan mucho.

—Pues entonces mejor será que dejes que Atio y yo busquemos esposo a tu hija cuando llegue el momento. Atia va a ser muy guapa. E inteligente, por lo que no atraerá a ninguno.

—¿No es una lástima? —inquirió Ju-Ju.

—¿Que sea inteligente o que los hombres no lo aprecien?

—Que no lo aprecien.

—A mí me gustan las mujeres inteligentes —dijo César—, pero hay muy pocas. No te preocupes, encontraremos a Atia alguien que aprecie sus cualidades.

—Pronto será de noche, César —dijo la tía Julia, levantándose—. Ya sé que te gusta que te llamen así, incluso tu madre; pero aún me cuesta. Tengo que irme.

· —Diré a los hijos de Lucio Decumio que te busquen una litera y te acompañen —dijo César.

—Tengo litera —respondió Julia—. A Mucia no la dejan salir a pie y hemos venido juntas y muy cómodas; mejor dicho, habríamos venido cómodas de no haberla compartido con Julia Antonia. Y tenemos escolta.

—Y yo también he venido en litera —dijo Ju-Ju.

—¡Perezosas! —dijo Aurelia con desdén—. Deberíais caminar.

—A mí me encanta caminar —dijo Mucia Tercia con voz suave—, pero los maridos no piensan como tú, Aurelia. A Cneo Pompeyo no le parece decoroso que camine.

César aguzó el oído. ¡Ah, un ligero descontento! Se sentía constreñida, reprimida. Pero no dijo nada; se contentó con seguir dándoles conversación, mientras un criado corría a la plazuela del cruce a llamar a las literas.

—No tienes buen aspecto, tía Julia —fue su último comentario, en el momento en que la ayudaba a acomodarse en la espaciosa litera que Pompeyo había buscado para Mucia Tercia.

—Me hago vieja, César —dijo ella en un susurro, dándole la mano—. Son ya cincuenta y siete. Pero estoy bien, salvo que me duelen los huesos cuando hace frío. Empiezo a temer al invierno.

—¿No es caliente esa parte del Quirinal en donde vives? —preguntó él—. Ciertamente que la casa está expuesta al viento norte. ¿Quieres que mande que te instalen un hipocausto en el dormitorio?

—Ahórrate el dinero, César. Si tengo necesidad, ya me instalaré yo la calefacción —replicó ella, corriendo las cortinas.

—No está bien —dijo César a su madre cuando volvían a entrar en casa. Aurelia pensó un instante y dio su mesurado juicio.

—Estaría bien si tuviera algo más por lo que vivir. Han muerto su marido y su hijo y no tiene a nadie más que a nosotros y Mucia Tercia. Pero no le bastamos.

El cuarto estaba iluminado por las llamas de las lámparas, y habían cerrado las contraventanas que daban al patio de luces. Era acogedor y alegre, y en el suelo estaba Cinnilla con la hija de César, ya de casi seis años, una niña preciosa y delicada, tan blanca de piel, que desprendía como un reflejo argénteo.

Al ver a su padre, sus grandes ojos azules se iluminaron y abrió los bracitos.

—¡Tata, tata! —exclamó—. ¡Cógeme en brazos!

—¿Cómo está hoy mi princesita? —dijo César, levantándola y besándola en la mejilla.

Y mientras escuchaba fascinado la serie de infantiles sucesos, Aurelia y Cinnilla los contemplaban. Cinnilla únicamente pensaba en el cariño que les tenía, pero Aurelia reflexionó sobre la palabra princesita. Era eso exactamente, una princesa. César llegaría lejos y algún día sería rico. No le faltarían pretendientes, pero él no será tan generoso con ella como lo fueron mi madre y mi tío-padrastra conmigo; la casará con el hombre que a él más le interese, sin preocuparse de sus sentimientos. Debo enseñarla a aceptar su destino para que lo asuma airoso y de buen talante.

El día veinticuatro de diciembre, Marco Craso celebraba su ovación. Dado que el ejército de Espartaco contaba con una fracción samnita, había obtenido dos concesiones del Senado: en lugar de ir a pie, se le había autorizado a desfilarse a caballo, y, en lugar de lucir la simple corona de mirto, se le permitió coronarse con el laurel del triunfador. Acudió una gran multitud a aclamarle a él y a su ejército, llegado de Capua para la ocasión, aunque la gente se daba muchos codazos al ver el escaso botín, pues toda Roma conocía la debilidad de Craso.

En cualquier caso, la multitud que se congregó en el triunfo de Pompeyo el último día de diciembre fue mucho más numerosa. Pompeyo se

había ganado el cariño del pueblo de Roma, quizá por su relativa juventud, su dorada belleza que le hacía parecerse a Alejandro Magno, y su gesto animoso. Pero el afecto que sentían por Pompeyo no era como el que habían sentido por Cayo Mario, que seguía siendo su ídolo favorito (pese a los esfuerzos de Sila).

Casi al mismo tiempo en que se celebraban las elecciones curules en Roma a principios de diciembre, Metelo Pío cruzaba por fin los Alpes y entraba en la Galia itálica con su ejército, el cual desmovilizó antes de asentar a las tropas en las ricas tierras al norte del río Padus. Quizás porque, hacia el final de su actuación conjunta en Hispania con Pompeyo, hubiese presentado que éste no iba a resignarse pasando a un segundo plano, el Meneitos se había mantenido totalmente al margen de las tensiones en Roma. Al recibir cartas de Catulo, Hortensio y los otros prestigiosos Cecilios Metelos, instándole a intervenir, él se había negado a hablar de asuntos en los que, dada su larga ausencia en Hispania, se consideraba poco informado para opinar al respecto. Y al llegar a Roma a finales de enero, celebró su modesto triunfo con las tropas que le habían acompañado hasta la ciudad para la ocasión, y volvió a ocupar su puesto en un Senado dominado por Pompeyo y Craso como si nada hubiera sucedido. Era una actitud que le ahorró penalidades, aunque, por otra parte, le hizo que no recibiera el debido agradecimiento por la derrota de Quinto Sertorio.

El Senado hizo inscribir en las tablillas la *lex Pompeia Licinia* de tribunicia potestate a primeros de enero bajo los auspicios de Pompeyo, que tenía los fasces de primer cónsul. La popularidad de esta ley, restableciendo los plenos poderes del tribunado de la plebe, allanó la oposición senatorial. Todos los que Pompeyo y Craso esperaban que sumaran sus protestas en la Cámara se limitaron a proferir algunos balidos y el *senatus consultum* recomendando a la Asamblea del pueblo que aprobara la ley, fue autorizado casi por votación unánime. Algunos hicieron objeciones de poca monta, señalando que habría sido potestativo que pasase a la Asamblea centuriada para su ratificación, pero César, Hortensio y Cicerón afirmaron con toda firmeza que una asamblea de las tribus sólo podía ratificar medidas que afectasen a las tribus. Al cabo de los tres días de mercado estipulados, la *lex*

Pompeia Licinia entró en vigor. Una vez más los tribunos de la plebe podían vetar leyes y magistrados, proponer, en la Asamblea plebeya, plebiscitos con fuerza de ley sin necesidad de un *senatus consultum* y hasta procesar por traición, extorsión y otras transgresiones.

César hablaba ya en la Cámara periódicamente, y como sus discursos eran ingeniosos, interesantes, breves y acerbos, en seguida ganó partidarios y cada vez le solicitaban más que los publicase, pues tenían tan buena acogida como los de Cicerón. Al propio Cicerón se le había oído comentar que César era el mejor orador de Roma... después de él, claro está.

Ansiando utilizar algunos de los poderes recién recuperados, el tribuno de la plebe Plautio anunció en el Senado que iba a legislar en la Asamblea plebeya en el sentido de devolver la ciudadanía y los derechos a los condenados con Lépido y Quinto Sertorio. César se puso inmediatamente en pie para tomar la palabra a favor de esa ley, defendiéndola con emotiva elocuencia y pidiendo se hiciera extensiva a los proscritos por Sila. Sin embargo, cuando el Senado se negó a incluirlos y Únicamente la aprobó para los partidarios de Lépido y Sertorio, César no se mostró decaído, sino todo lo contrario.

—César, la Cámara te reprueba —dijo Marco Craso sorprendido—, y tú como encantado.

—Mi querido Craso, sabía perfectamente que nunca derogarían la proscripción de Sila —replicó César sonriente—. Muchos personajes que se enriquecieron a costa de ella tendrían que devolver los bienes. ¡No, no! De todos modos, parecía que la cuadrilla de Catulo iba a lograr obstruir la amnistía para los seguidores de Lépido y de Sertorio, por eso hice que la medida pareciera modesta comparada con el perdón para los proscritos de Sila. Marco Craso, si quieres conseguir algo que supones va a tener oposición, hay que pedir más de lo debido. La oposición se indigna tanto por lo suplementario que acaba por perder de vista su rechazo a la primera medida.

—Eres un político consumado, César —comentó Craso sonriente—. Espero que tus adversarios no analicen detalladamente tus métodos, si no te irá mal.



—Me encanta la política —contestó César.

—Te encanta todo lo que haces y vas de cabeza a ello. Ese es tu secreto. Bueno, eso y el tamaño de tu inteligencia.

—No me halagues, Craso, ya sé que tengo una cabeza grande —replicó César, regodeándose con el hecho de que «cabeza» significaba lo que un hombre tenía sobre los hombros y, a la vez, lo que lleva entre las piernas.

—Demasiado, ya que lo dices —añadió Craso, riendo—. Más vale que seas algo más discreto en tus aventuras con las mujeres de los demás, al menos de momento. Me han dicho que los nuevos censores van a examinar los rollos senatoriales con la misma minuciosidad con que una diligente doncella busca liendres.

Había censores por primera vez desde que Sila había eliminado el cargo de la lista de magistrados; y eran una pareja inverosímil y extraña: Cneo Cornelio Léntulo Clodiano y Lucio Gelio Poplicola. Todos sabían que eran adláteres de Pompeyo, pero cuando éste propuso sus nombres en la Cámara, los más adecuados, que aspiraban al cargo, como Catulo y Metelo Pío, Vatia Isaurico y Curio, se retiraron y dejaron el campo libre a Clodiano y Gelio.

Craso acertó en su predicción. Era práctica censorial corriente conceder primero todos los contratos del Senado, pero después de apalabrar los contratos de alimentación de los gansos y pollos sagrados del Capitolio y de otros requerimientos religiosos, Clodiano y Gelio se pusieron a revisar los rollos senatoriales y dieron lectura a sus hallazgos en un contio especial que convocaron en los rostra del Foro, armando buen revuelo. No menos de sesenta y cuatro senadores fueron expulsados, la mayor parte por hallarse bajo sospecha de haber aceptado sobornos (o haber sobornado) siendo jurados. Muchos de los jurados del proceso de Statio Albio Opianico fueron expulsados, y el acusador, su hijastro Cluentio, fue degradado siendo transferido de su tribu rural a la urbana esquilina. Pero lo más sensacional, con mucho, fue la expulsión de uno de los cuestores del año anterior, Quinto Curio, la del primer cónsul del año anterior, Publio Cornelio Léntulo Sura, y la de Cayo Antonio Híbrida, el monstruo del lago Orcómenos.

No era imposible que un senador expulsado volviese a entrar en la Cámara, pero no podía hacerlo mientras estuvieran en el cargo los censores que le habían impugnado, y tenía que presentarse a la elección como cuestor o tribuno de la plebe. ¡ Mal asunto para Léntulo Sura, que ya había sido cónsul! Además, él no lo planeaba de inmediato, pues estaba enamorado y no le importaba mucho el Senado. Poco después de su expulsión se casaba con la casquivana Julia Antonia. César no se había equivocado; Julia Antonia no sabía elegir marido y Léntulo Sura era aún peor que Marco Antonio, el hombre de tiza.

Una vez arreglado el asunto del Senado, Clodiano y Gelio volvieron a la concesión de contratos, esta vez civiles. La mayoría correspondían a la recaudación de impuestos y diezmos en las provincias, aunque también atañían a la construcción y restauración de numerosos edificios estatales y servicios públicos, desde renovación de letrinas a gradas de los circos, puentes y basílicas. De nuevo se organizó un revuelo, pues los censores anunciaron que iba a abandonarse el sistema de tasas que Sila había adoptado para paliar la situación de la provincia de Asia.

Lúculo y Marco Cotta habían continuado la guerra contra Mitrídates y, al parecer, con pleno éxito, aunque los laureles pertenecían decididamente a Lúculo. El año del consulado de Pompeyo y Craso, Mitrídates tuvo que refugiarse en la corte de su yerno Tigranes de Armenia (y éste se negó a verle), y Lúculo se apoderó de casi todo el Ponto, de Capadocia y de Bitinia. Con las manos libres para entregarse a una tarea administrativa tan necesaria, Lúculo no tardó en ocuparse de los enmarañados asuntos económicos de Asia, que él había gobernado durante tres años al mismo tiempo que Cilicia, y atacó con tal dureza a los publicani recaudadores de impuestos, que en dos ocasiones ejerció su derecho a ejecutar dentro de la provincia y mandó decapitar a varios, tal como había hecho Marco Emilio Escauro años antes.

En Roma los gritos se alzaron al cielo, y más cuando las reformas de Lúculo limitaron aún más de lo que lo había hecho Sila el margen de beneficios de los recaudadores de impuestos. Miembro de los residuos de la facción archiconservadora, Lúculo nunca había gozado de simpatías entre

los círculos financieros, lo que significaba que hombres como Craso y Atico le detestaban; y quizá porque entre los generales más conocidos Lúculo trataba de eclipsarle, a Pompeyo tampoco le caía en gracia.

Por consiguiente, no fue una sorpresa que la pareja de domesticados censores de Pompeyo anunciase que se abandonaría el sistema de Sila en la provincia de Asia y las cosas volverían a su estado anterior.

Pero Lúculo hizo caso omiso de las directrices censoriales. Mientras él fuese gobernador de Asia, dijo, continuaría aplicando el sistema de Sila, que era modélico, y debía adoptarse en todas las provincias de Roma. Las empresas constituidas apresuradamente, que ya tenían personal para enviarlo a la provincia de Asia, desfallecieron, se alzaron voces en el Foro y el Senado y los caballeros más influyentes tronaron que había que destituir a Lúculo.

Pero él seguía ignorando las instrucciones de Roma, ajeno a su precaria situación. A él lo que más le importaba era la limpieza que siempre sucedía a una guerra larga; cuando él abandonase sus dos provincias tenían que estar saneadas.

Aunque ni por naturaleza ni por inclinación le atraían los senadores ultraconservadores como Catulo y Lúculo, César tenía motivos para estar agradecido a Lúculo, y había recibido una carta de la reina Oradaltis de Bitinia.

*Mi hija ha vuelto al país, César. Estoy segura de que sabrás que Lucio Licinio Lúculo ha llevado con éxito la guerra contra Mitrídates y que ya hace un año que combate en Ponto. Entre las muchas fortalezas del rey, Cabeira tenía fama de ser la más inexpugnable, pero este año la tomó Lúculo y en ella encontró toda clase de cosas horripilantes; las mazmorras estaban llenas de presos políticos y parientes a quienes había torturado o utilizado como víctimas para sus experimentos con venenos. No quiero hablar de cosas tan horribles porque soy muy feliz.*

*Entre las mujeres que Lúculo halló allí estaba Nisa. Llevaba presa casi veinte años y ahora regresa con más de sesenta. Sin embargo, Mitrídates la había tratado bien para lo que él es, pues la tenía en las mismas*

*condiciones que al grupo de esposas secundarias y concubinas que se alojaban en Cabeira. También tenía recluidas a unas hermanas suyas a quienes no quería casar para que no tuvieran hijos, así que mi pobre hija ha vivido bien acompañada de mujeres solas, pues como el rey tiene tantas esposas y concubinas, las de Cabeira han vivido como solteronas durante años. Una colonia de doncellas viejas.*

*Cuando Lúculo las puso en libertad, fue muy amable con todas y tuvo buen cuidado de que ningún soldado las ultrajase. Según me ha contado Nisa, procedió como Alejandro Magno con la madre, esposas y otros miembros del harén del rey Darío. Creo que Lúculo envió a las mujeres de Ponto a su aliado de Cimeria, el hijo de Mitrídates llamado Macares.*

*A Nisa la dejó con plena libertad en cuanto supo quién era. Pero lo que es más, César, la cargó de oro y obsequios y me la devolvió con una escolta que había jurado honrarla. ¿Puedes imaginarte el placer de esta mujer vieja, que nunca ha sido muy hermosa, viajando por el campo libre como un pájaro?*

*¡Ah, volver a verla! No sabía nada hasta que la vi cruzar la puerta de mi villa en Rheba, radiante como una jovencita. ¡Cómo se alegró de verme! Se ha hecho realidad mi deseo y he recuperado a mi hija.*

*Y ha llegado a tiempo. Mi querido perro Sila murió de viejo un mes antes de su llegada y estaba desesperada. Los criados no sabían qué hacer para convencerme de que tuviese otro; pero ya sabes como son las cosas. Piensas en las gracias y maravillas del animal querido, el lugar que ha ocupado en tu vida y parece una traición enterrarlo y sustituirlo por otro. No digo que esté mal hacerlo, pero tiene que pasar un tiempo para que el nuevo adquiera personalidad, y mucho me temo que habré muerto antes de que mi nuevo perro tenga arraigadas características propias.*

*¡Pero ahora no hay que morirse! Nisa lloró al saber de la muerte de su padre, naturalmente, pero las dos vivimos encantadas y con gran armonía; pescamos con caña en el muelle y paseamos por el pueblo para hacer ejercicio. Lúculo nos invitó a vivir en el palacio de Nicomedia, pero hemos decidido quedarnos aquí. Y tenemos un cachorro precioso que se llama Lúculo.*

*¡Por favor, César, procura hallar tiempo para viajar de nuevo a Oriente! Me gustaría que conocieras a Nisa, y yo te hecho mucho de menos.*

Fue al tribuno de la plebe del año anterior, Marco Lolio Palicano, a quien recurrieron los delegados de las ciudades de Sicilia, menos Siracusa y Messana, para procesar a Cayo Verres. Pero Palicano recurrió a Pompeyo y éste, a su vez, les señaló a Marco Tulio Cicerón como la persona idónea para la acusación.

Verres había llegado a Sicilia como gobernador después del pretorado urbano, y —fundamentalmente a causa de Espartaco— había permanecido en el cargo tres años. Acababa de regresar a Roma cuando la delegación siciliana fue a ver a Cicerón en el mes de enero. Tanto a Pompeyo como a Palicano les interesaba el caso; Palicano había defendido a algunos de sus clientes a quienes Verres había perseguido, y Pompeyo había adquirido un buen número de clientes en Sicilia durante la ocupación de la isla por encargo de Síla.

César tenía en buena estima a aquella isla, pues había sido cuestor en Lilibeo bajo el mando de Sexto Peduceo el año antes de que Verres llegase a Sicilia para suceder en el cargo de gobernador a éste; y, además, había reunido un buen número de clientes. Pero cuando los sicilianos fueron a verle, rehusó.

—Yo no acuso; siempre defiendo —alegó.

—¡Pero Cneo Pompeyo Magnus nos recomendó a ti! Dijo que eras el Único que podías ganar el proceso. ¡Te lo suplicamos, haz una excepción y acusa a Cayo Verres! Si no ganamos el caso, Sicilia puede levantarse contra Roma.

—Ha usado de violencia en la isla, ¿verdad? —inquirió Cicerón.

—Efectivamente, Marco Tulio, pero, aparte de la violencia, es que la ha hecho pedazos. ¡No ha quedado nada! Ha saqueado todas las obras de arte de los templos, pinturas y estatuas, las riquezas de particulares... ¿Qué puede decirse de un hombre que ha osado esclavizar a una mujer libre famosa por las tapicerías que hacía y la ha obligado a dirigir una factoría

para su propio beneficio? Ha robado las monedas que le confió el Erario de Roma para adquirir trigo y luego lo encargó a los cultivadores y no lo ha pagado. Ha robado granjas, fincas y herencias. ¡La lista sería interminable!

El catálogo de perfidias impresionó profundamente a Cicerón, pero siguió negándose.

—Lo siento, pero no soy abogado acusador.

—Pues nos volveremos a Sicilia —dijo el portavoz, con un suspiro—. Pensábamos que un hombre que conoce tan bien la historia de Sicilia, que se preocupó por descubrir la tumba de Arquímedes, entendería nuestras súplicas y nos ayudaría; pero has perdido afecto por Sicilia y no valoras a Cneo Pompeyo como él a ti.

Recordarle a Pompeyo y el famoso descubrimiento que él había hecho en las afueras de Siracusa le hizo reaccionar. En su opinión, actuar de abogado acusador era desperdiciar su talento, pues los honorarios (altamente ilegales) siempre eran muy inferiores a los incentivos que ofrecía algún apurado gobernador o publicanus en peligro de perderlo todo. Y él no tenía fama como abogado acusador. (¡ Cosas de la gente!) El abogado acusador estaba considerado algo dañino destinado a arruinar la vida de una pobre víctima, mientras que el defensor que salvaba a la pobre víctima era visto como un héroe. Y no contaba para nada que la mayoría de aquellas pobres víctimas fuesen hombres arteros, avariciosos y culpables en extremo; cualquier atentado al derecho de la persona a llevar la vida que quisiera era considerado una usurpación de sus derechos.

Cicerón lanzó un suspiro.

—¡Está bien, está bien; acepto el caso! —dijo—. Pero debéis tener en cuenta que los abogados defensores intervienen después de la acusación y el jurado ya ha olvidado todo lo que el acusador ha dicho cuando les llega el turno de dar su veredicto. Y tampoco olvidéis que Cayo Verres está muy bien relacionado. Su esposa es una Cecilia Metela, el que habría debido ser cónsul este año es su cuñado, tiene otro cuñado que es ahora gobernador de Sicilia. Por ese lado no obtendréis ningún apoyo, y yo tampoco. Y todos los demás Cecilios Metelos se pondrán de su parte. Si yo acuso, el defensor

será Quinto Hortensio y le asistirán otros abogados tan famosos como él. He dicho que acepto el caso, pero eso no quiere decir que vaya a ganarlo.

Apenas había abandonado la delegación su casa, cuando ya Cicerón estaba arrepentido de haber accedido. ¿Qué necesidad tenía de ganarse la animadversión de todos los Cecilios Metelos de Roma, cuando las posibilidades de llegar al consulado descansaban en la débil base de su habilidad ante los tribunales? Él era un hombre nuevo como su detestado paisano de Arpino, Cayo Mario, pero él no tenía fibra militar y la carrera de un hombre nuevo era mucho más difícil si no ganaba fama en el campo de batalla.

Sí, claro que sabía por qué había accedido: la absurda lealtad que sentía hacia Pompeyo. Habían pasado muchos años y sus triunfos jurídicos eran numerosos, pero cómo iba a olvidar la espontánea amabilidad de aquel cadete de diecisiete años hacia el novato despreciado por su padre? Mientras viviera estaría agradecido a Pompeyo por haberle ayudado durante su horrenda experiencia militar en las filas de los cadetes de Pompeyo Estrabón; por defenderle de las crueldades y aterradoras rabietas de Pompeyo Estrabón. Nadie había salido en su defensa salvo el joven Pompeyo, hijo del general. Aquel invierno no había pasado frío gracias a Pompeyo, y no había tenido que esgrimir una espada en combate gracias a Pompeyo. Eso no podía olvidarlo jamás.

Y se dirigió a la Carinae a ver a Pompeyo.

—Quería comunicarte —dijo con voz de condenado a muerte— que he decidido acusar a Cayo Verres.

—¡Ah, estupendo! —dijo Pompeyo, cordial—. Muchas de sus víctimas son o fueron clientes míos. Puedes ganar; lo sé. Pide los favores que quieras.

—No necesito favores tuyos, Magnus, y no te quepa la menor duda de que soy yo quien te los debe.

—¿Tú? —inquirió Pompeyo, perplejo—. ¿De qué?

—Gracias a ti, pude soportar aquel año en el ejército de tu padre.

—¡Ah, es por eso! —exclamó Pompeyo, riendo y cogiéndole del brazo—. Yo no creo que sea para agradecer toda una vida.

—Yo sí —replicó Cicerón con lágrimas en los ojos—. Convivimos mucho durante la guerra itálica.

Quizá Pompeyo estuviese rememorando cosas menos agradables que las experiencias compartidas, tal como la búsqueda del cadáver desnudo y ultrajado de su padre, pues meneó la cabeza como queriendo borrar aquella guerra de su mente y ofreció a Cicerón un vaso de excelente vino.

—Bien, amigo mio, dime qué puedo hacer para ayudarte.

—Lo haré —contestó Cicerón agradecido.

—Todos esos Caprarios de los Cecilios Metelos estarán en contra, desde luego —añadió Pompeyo pensativo—. Igual que Catulo, Hortensio y otros.

—Y tú acabas de mencionar la razón por la que tendré que iniciar el proceso bien pronto este año, pues no me arriesgaría a instruirlo el año que viene, en que, según se dice, serán cónsules Caprario el joven y Hortensio.

—Es una lástima en cierto sentido —dijo Pompeyo—, porque el año que viene volverá a haber jurados de caballeros y eso podría serle adverso a Verres.

—No, si los cónsules amañan el juicio, Magnus. Además, no existe garantía de que nuestro pretor Lucio Cotta sea partidario de los jurados de caballeros. El otro día, hablando con él, me dijo que las consultas para establecer la composición de los jurados van a durar meses, y que él no piensa que los jurados formados por caballeros vayan a ser mejores que los de senadores. A los caballeros no se les puede procesar por soborno.

—Podemos cambiar la ley —dijo Pompeyo, quien, al no sentir respeto por la ley, pensaba que siempre que fuese conveniente podía cambiarse; en su propio beneficio, naturalmente.

—Eso sería difícil.

—No sé por qué.

—Porque —contestó Cicerón pacientemente— cambiar la ley significaría aprobar otra nueva en una de las asambleas tribales, las dos dominadas por caballeros.

—Han sancionado la acción de Craso y mía del año pasado —replicó Pompeyo, incapaz de distinguir entre una y otra ley.



—Porque habéis sido muy amables con ellos, Magnus. Y quieren que sigáis siéndolo. En el caso de una ley que les hiciese culpables de aceptar sobornos sería muy distinto.

—Ah, bueno, tal vez, como dices, Lucio Cotta no se incline por el jurado de caballeros. Era una simple idea.

—Gracias de nuevo, Magnus —dijo Cicerón, levantándose para marcharse.

—Tenme informado.

Un mes más tarde, Cicerón notificaba al pretor urbano, Lucio Cotta, que iba a acusar a Cayo Verres ante el tribunal de extorsiones por cuenta de las ciudades de Sicilia, demandándole la suma de cuarenta y dos millones y medio de sestercios por daños y perjuicios, así como la devolución de todas las obras de arte y objetos valiosos robados a templos y ciudadanos de la isla.

Aunque había regresado de Sicilia en actitud jactanciosa, seguro de que su condición de cuñado de Metelo Caprario el joven bastaría como protección contra una posible acusación, cuando Cayo Verres supo que Cicerón —¡Cicerón nunca actuaba de abogado acusador!— había presentado solicitud de proceso contra él, sintió pánico. Inmediatamente envió un mensaje a su cuñado Lucio Metelo, gobernador de Sicilia, para que ocultara las pruebas que él hubiese podido dejar en la precipitación por llevarse el botín de la isla. Era significativo que ni Siracusa ni Messana se habían unido a las otras ciudades para pedir el procesamiento, en razón a que ambas ciudades habían ayudado e instigado a Verres, participando en sus nefandas actividades. ¡Menos mal que el nuevo gobernador era hermano de su esposa!

Los dos hermanos que quedaban en Roma, Quinto, llamado Caprario el joven (que con toda seguridad iba a ser cónsul al año siguiente), y el menor de los tres hijos de Metelo Caprario, Marco, se reunieron apresuradamente con Verres para ver qué podía hacerse para impedir aquel proceso desastroso, y acordaron encargarse de la defensa a Quinto Hortensio, quien

aceptó la dirección de la defensa si el caso llegaba ante los tribunales, pero antes que nada lo que había que hacer era todo lo posible por evitar el juicio, y más siendo Cicerón el acusador.

En marzo, Hortensio presentó una querella ante el pretor urbano, alegando que Cicerón no estaba cualificado para actuar de acusador contra Cayo Verres, y solicitando que lo hiciese Quinto Cecilio Negro, pariente de Caprario el joven, que había sido cuestor de Verres en Sicilia durante el segundo año de los tres en que había ocupado el cargo. La única manera de determinar la capacidad de Cicerón para actuar de acusador era celebrar una vista especial denominada *divinatio* (porque los jueces en ella llegaban a una conclusión sin disponer de pruebas concretas); sesión en la que el pretendido acusador debía exponer ante los jueces por qué se consideraba cualificado para ser el principal acusador. Tras escuchar a Cecilio Negro — que habló con poco arte— y a Cicerón, los jueces dictaminaron en favor de éste y determinaron que el proceso se llevara a cabo pronto.

Verres, los dos Metelos y Hortensio tuvieron que pensar otra cosa.

—Tú serás pretor el año que viene, Marco —dijo el gran abogado al hermano más joven—, y tenemos que asegurarnos de que sacas a suerte el cargo de presidente del tribunal de extorsiones. El presidente actual, Glabrio, detesta a Cayo Verres, y, aunque no sea más que por el simple hecho de que te detesta a ti también, no consentirá que en su tribunal se produzca el menor escándalo... Sí, lo que quiero decir es que si el proceso se lleva a cabo este año y Glabrio es presidente, no podremos sobornar al jurado. Y no olvidéis que este año Lucio Cotta estará vigilando a todos los jurados importantes como un gato a un ratón. Como este caso llamará mucho la atención, creo que Cotta lo utilizará para formarse en gran medida la opinión sobre la idoneidad de un jurado compuesto sólo por senadores. Por otra parte, Pompeyo y Craso no pueden vernos.

—Es decir —dijo Cayo Verres, cuyo saludable rostro bronceado había perdido aquellos días bastante atractivo— que tenemos que retrasar el juicio hasta el año que viene, cuando Marco sea presidente del tribunal.

—Exacto —contestó Hortensio—. Quinto Metelo y yo seremos cónsules el año que viene y nos vendrá de perlas, pues no nos será difícil

falsificar los resultados del sorteo para dar a Marco la presidencia del tribunal de extorsiones, sin que importe que el año que viene los jurados sean senatoriales o de caballeros: los sobornaremos.

—Pero estamos en abril —comentó Verres cariacontecido—. No sé cómo vamos a poder retrasar tanto el proceso.

—Ah, sí que se puede —replicó Hortensio muy seguro—. En estos casos en que hay que recabar pruebas en localidades muy alejadas de Roma y revolver arriba y abajo un país como Sicilia... cualquier acusador tarda seis u ocho meses en preparar el caso. Sé que Cicerón aún no ha empezado a hacerlo porque sigue en Roma y ni siquiera ha enviado agentes a la isla. Naturalmente, contará con hallar pruebas y testigos en seguida, y ahí interviene Lucio Metelo que, como gobernador, obstaculizará todo lo posible la labor de los agentes de Cicerón.

Hortensio sonrió encantado.

—En ese caso, seguro que Cicerón no lo tiene preparado antes de octubre. Y daría tiempo al juicio, claro, pero lo impediremos. Porque solicitaremos otro proceso en el tribunal de Glabrio antes del tuyo, Cayo Verres. La víctima habrá de ser alguien que haya dejado un rastro de pruebas que se puedan recoger rápido. Algún desgraciado que haya robado, pero no un personaje importante como el gobernador de una provincia. Elegiremos el prefecto de un distrito administrativo en... Grecia, por ejemplo. Ya tengo pensado alguien... tendremos pruebas de sobra para satisfacer al pretor ur bano e iniciar el proceso a finales de quintilis. Cicerón no estará listo para entonces, pero nosotros sí.

—¿Y en quién has pensado? —inquirió Metelo Caprario el joven, con cierto regocijo; él y su hermano habían compartido las ganancias de Verres, pero eso no quería decir que estuviese dispuesto a que su cuñado fuese desterrado y arruinado por extorsión.

—En ese Quinto Curtio que fue legado de Lúculo y fue prefecto de Aquea cuando Varrón Lúculo era gobernador de Macedonia. Si Varrón Lúculo no hubiese estado tan ocupado en Tracia aplastando a los bessi y haciendo incursiones en barco por el Danubio hasta el mar, él mismo habría formado proceso a Curtio. Pero cuando regresó y se enteró de las modestas

especulaciones de Curtio, consideró que era demasiado tarde y de poca monta para preocuparse y no le instruyó proceso. Pero hay pruebas que podemos recabar y a Varrón Lúculo le encantará echarnos una mano. Presentaré una solicitud al pretor urbano para procesar a Quinto Curtio este año en el tribunal de extorsiones —dijo Hortensio.

—Lo que quiere decir —añadió Verres —que Lucio Cotta instará a Glabrio a iniciar el proceso del caso que antes esté preparado, y, como tú dices, será el de Curtio. Luego, una vez iniciado, tú prolongas el procedimiento hasta fin de año, y Cicerón y mi proceso tendrán que esperar. ¡Magnífico, Quinto Hortensio, muy logrado!

—Sí, creo que es una buena treta —dijo Hortensio con aire de suficiencia.

—Cicerón se pondrá furioso —dijo Metelo Caprario el joven.

—¡Ah, qué divertido! —añadió Hortensio.

Pero no sabían que Cicerón estaba trabajando a toda velocidad; cuando se enteró de que Hortensio había solicitado juzgar a un ex prefecto de Aquea ante el tribunal de extorsiones, comprendió perfectamente los propósitos de Hortensio y sintió desánimo y desesperación.

Su querido primo Lucio Cicerón había llegado de Arpino y vio nada más entrar en su despacho lo alterado que estaba.

—¿Qué sucede? —inquirió Lucio Cicerón.

—¡Ese Hortensio, que va a tener otro caso preparado para un juicio ante el tribunal de extorsiones antes de que yo haya recogido las pruebas contra Cayo Verres! —contestó Cicerón, dejándose caer en la silla desalentado—. No se celebrará hasta el año que viene, y me apostaría toda mi fortuna a que los Metelos Caprarios ya están en connivencia con Hortensio para que Marco Caprario el joven sea el año que viene el pretor encargado del tribunal de extorsiones.

—Y Cayo Verres será absuelto —añadió Lucio Cicerón.

—¡Lo más seguro! ¡Sin duda!

—Pues tendrás que preparar tu caso antes que ellos.

—¿Antes de finales de quintilis, que es la fecha que Hortensio ha pedido reservada al pretor urbano? ¡No podré! Sicilia es inmensa y el

actual gobernador es el cuñado de Verres y me pondrá toda suerte de impedimentos... ¡No podré, no podré! ¡Te digo que es imposible!

—Claro que podrás —replicó Lucio Cicerón, poniéndose en pie con energía—. Querido Marco Tulio, cuando tú hincas los dientes en un caso no hay nadie más metódico ni mejor organizado que tú. ¡Eres ordenadísimo y lógico y actúas con toda minuciosidad! Además, conoces Sicilia muy bien y tienes amigos allí..., y muchos entre ellos que padecieron por mano del horroroso Cayo Verres. Sí, claro que el gobernador tratará de entorpecer tus pesquisas, pero todas esas gentes a quien Verres extorsionó te ayudarán al máximo. Ahora estamos a finales de abril; acaba el trabajo en Roma en dos intervalos de mercado y, mientras, yo buscaré barco que te lleve a Sicilia y allí estaremos los dos a mediados de mayo. ¡Vamos, Marco, sí que podrás!

—¿De verdad que me acompañarías, Lucio? —inquirió Cicerón con expresión alegre—. Tú eres casi tan organizado como yo y me ayudarás muchísimo —ya recobraba su natural entusiasmo y no le parecía tarea tan ímproba—. Tendré que ver a mis clientes, porque no tengo dinero suficiente para alquilar barcos rápidos y recorrer toda Sicilia en un carro tirado por mulas. ¡Por Júpiter, Lucio —añadió, dando una palmada en el escritorio—, me encantará hacerlo, aunque sólo sea por ver la cara que pone Hortensio!

—¡Pues lo haremos! —exclamó Lucio sonriente—. Cincuenta días en un viaje de ida y vuelta. Diez días de viaje y cuarenta para recoger las pruebas.

Y mientras Lucio Cicerón se dirigía al pórtico Emilia del puerto de Roma para hablar con los agentes navieros, Cicerón se encaminó a la casa del Quirinal en que se hospedaban sus clientes.

Conocía bien al principal del grupo, Hiero de Lilibeo, que había sido etnarca de aquel importante puerto del oeste de Sicilia cuando él era cuestor.

—Mi primo Lucio y yo necesitamos recoger las pruebas en Sicilia en cincuenta días si queremos anticiparnos a Hortensio —le dijo—. Podemos hacerlo, pero sólo si corréis con los gastos —añadió, ruborizándose—. No soy rico, Hiero, y no puedo pagar transporte rápido. Habrá gente a quien

tenga que dar dinero a cambio de información y tendré que traer testigos a Roma.

Hiero siempre había admirado a Cicerón desde que en su época en Lilibeo había hecho las delicias de todos los griegos sicilianos que trataban con el cuestor de Roma, pues era un joven rápido, inteligente e innovador en asuntos fiscales y de contabilidad y un magnífico administrador. Aparte de que se había ganado la admiración de todos por su rara virtud de ser honrado.

—Adelantaremos encantados cuanto necesites, Marco Tulio —dijo Hiero—, pero creo que es el momento oportuno de hablar de tus honorarios. Poco tenemos salvo dinero, y tengo entendido que los abogados romanos no son muy dados a aceptar dinero en metálico por ser muy fácil para la fiscalización de los censores. Las compensaciones más habituales son obras de arte y similares, pero no tenemos nada de eso.

—¡Ah, por eso no te preocupes! —respondió Cicerón animado—. Sé exactamente a cuánto ascenderán mis honorarios. Voy a presentarme el año que viene al edilato plebeyo y quiero celebrar unos juegos que estén bien, pero sin ánimo de competir con los ricos que suelen ser nombrados ediles. Mientras que yo puedo adquirir bastante popularidad si distribuyo trigo barato. Pagadme en trigo, Hiero. Es un elemento dorado que sale del suelo cada año. Os lo compraré con mis multas edilicias, pero no deberá costarme a más de dos sestercios el modius; si aceptas vendérmelo a ese precio, no os cobraré nada más. Si es que gano el proceso, naturalmente.

—¡De acuerdo! —contestó Hiero sin dudarle, disponiéndose a extender un pagaré de diez talentos a nombre de Cicerón.

Marco y Lucio Cicerón estuvieron fuera de Roma exactamente cincuenta días, durante los cuales trabajaron infatigablemente recogiendo pruebas y entrevistando a testigos; y aunque el gobernador, varios piratas, los magistrados de Siracusa y Messana (y algunos recaudadores romanos de impuestos) intentaron entorpecer su labor, hubo muchísima más gente —y alguna de gran influencia— que les prestó ayuda para activar su trabajo. Si

en Siracusa faltaban los registros de cuestoría o no revelaban nada, los de Lilibeo arrojaban cuantiosas pruebas. Vinieron a verles testigos, contables, mercaderes y campesinos. Además, la Fortuna favoreció a Cicerón, pues cuando llegó el momento de regresar a Roma, el tiempo era tan bueno que pudieron hacer todos el viaje de vuelta hasta Ostia en un barco ligero y rápido sin cubierta. Llegaron a Roma el último día de junio, lo que les daba un mes más para concluir los preparativos del caso.

Mes durante el cual Cicerón se presentó a las elecciones de edil plebeyo al mismo tiempo que organizaba el proceso. No acababa de explicarse cómo era capaz de estructurarlo todo, pero lo cierto era que nunca funcionaba mejor que cuando estaba agobiado de trabajo y tenía el escritorio repleto de papeles. Adoptaba decisiones como rayos y todo concordaba; la lengua de plata y la voz de oro desgranaban inteligencia y sabiduría espontáneamente, y aquella cabezota, que a todos parecía noble, impresionaba hondamente, y la personalidad deslumbrante que yacía en lo más hondo de Cicerón andaba aquellos días en constante exhibición. Aquel mes llegó a inventar un nuevo método de enjuiciamiento, un método que lograría lo que los procedimientos jurídicos romanos no habían logrado hasta entonces: poner a disposición del jurado tan abrumadoras pruebas con tal rapidez y eficacia que la defensa quedaba sin recursos.

Su regreso de Sicilia tras lo que a Hortensio le habían parecido unos cuantos días dejó a éste perplejo; y más, teniendo en cuenta que la recogida de pruebas contra el desventurado Quinto Curtio no había sido tan fácil como él pensaba, a pesar de la ayuda de Varrón Lúculo, Atico y la ciudad de Atenas. Sin embargo, tras un momento de fría reflexión, Hortensio se dijo que era un subterfugio de Cicerón. ¡Era imposible que tuviese listo el caso antes de septiembre como mínimo!

Tampoco a su regreso había encontrado Cicerón todo en Roma a su entera satisfacción. Metelo Caprario el joven y su hermano menor habían trabajado extraordinariamente y, por medio de agentes, habían convencido a sus clientes sicilianos de que él había perdido interés por el caso y había aceptado un importante soborno de Cayo Verres. Cicerón tuvo que sostener

varias entrevistas con Hiero y sus compañeros para comprobar que estaban muy nerviosos y, al descubrir el motivo, logró sacarlos de su error.

En quintilis se celebraron tres clases de elecciones, la primera de ellas la de la Asamblea centuriada curul. Los resultados, en relación al proceso, eran desalentadores: Hortensio y Metelo Caprario el joven habían sido elegidos cónsules para el año siguiente y Marco Caprario volvía a ser uno de los pretores. Luego, en la Asamblea del pueblo, el hecho de que César fuese el cuestor elegido con más votos causó fuerte impresión en la conciencia de Cicerón. Después, transcurrido el día veintisiete del mes, Cicerón se vio elegido edil plebeyo con Marco Cesonio (sin relación con los Julios con cognomen de César), ambos pensaron que se avendrían bien y Cicerón se alegró en extremo de que su colega fuese un hombre muy rico.

Gracias a los cónsules de aquel año, Pompeyo y Craso, aquel verano sucedían muchas cosas en Roma; en lugar de dar deliberado bombo a su cargo de gran importancia, los oficiales electorales y el Senado se dedicaron a dejar arreglado el asunto de las elecciones de una vez por todas, y al día siguiente del comicio de la Asamblea plebeya, el último de los tres, se echaron las suertes de los cargos del año siguiente. No fue de extrañar que cayera en suerte la presidencia del tribunal de extorsiones a Marco Caprario el joven. Ahora ya estaba todo listo para excusar a Cayo Verres a principios de año nuevo.

El último día de quintilis Cicerón atacó. Como no había reuniones de comicios, estaba abierto el tribunal del pretor urbano atendido por Aurelio Cotta, y a él se dirigió con sus clientes a la zaga, para notificar que tenía preparada la acusación contra Cayo Verres y requerir que Lucio Cotta y el presidente del tribunal de extorsiones, Manio Acilio Glabrio, designasen fecha para iniciar el proceso. Cuanto antes mejor.

Todo el Senado había estado en ascuas por el duelo entre Cicerón y Hortensio. La facción de Cecilio Metelo estaba en minoría y ni Lucio Cotta ni Glabrio formaban parte de ella; de hecho, la mayor parte de los padres conscriptos estaban deseando ver cómo se desmoronaba la maniobra diseñada por Hortensio y los Metelos Caprarios jóvenes para excusar a



Verres. Por todo ello, Lucio Cotta y Glabrio concedieron encantados a Cicerón la fecha más temprana posible.

Los dos primeros días de sextilis eran *feriae* —lo que no excluía la celebración de procesos criminales —pero el tercero era más polémico, pues se celebraba la procesión de los perros crucificados, una ceremonia que rememoraba un episodio de cuando cuatrocientos años atrás los galos habían invadido Roma, intentando establecer una cabeza de puente en el Capitolio, y los perros guardianes no habían ladrado; siendo la causa de que se despertase el cónsul Marco Manlio el graznido de los gansos sagrados. Y desde aquella noche, se celebraba el aniversario con una solemne procesión que daba la vuelta al circo Máximo, portando nueve perros crucificados en cruces de saúco, y un ganso en una litera púrpura con guirnaldas, para conmemorar la traición de los perros y el heroísmo de los gansos. No era buen día para un juicio criminal, pues los perros eran animales ctónicos.

Por lo tanto, se dispuso que el juicio contra Cayo Verres comenzase el quinto día de sextilis, en una Roma aturdida por el verano y llena de forasteros ansiosos por ver los espectáculos especiales que daban Pompeyo y Craso, circunstancia que suponía una fuerte competencia, pero a nadie se le ocurrió pensar que faltarían curiosos al proceso de Cayo Verres aunque se celebrase durante las fiestas públicas de Craso y los juegos triunfales de Pompeyo.

Según las leyes de Sila relativas a los nuevos tribunales de justicia, se había conservado el procedimiento general de Cayo Servilio Glaucia, aunque muy perfeccionado... en detrimento de la rapidez. Se desarrollaba en dos fases: la *actio prima* y la *actio secunda* con una pausa de varios días entre ambas acciones, que el presidente del tribunal podía prolongar si lo deseaba.

La *actio prima* consistía en un largo discurso del que dirigía la acusación, seguida de un discurso no menos largo del encargado de la defensa; luego, se sucedían más discursos alternos entre la acusación y la defensa hasta agotar el turno de todos los abogados ayudantes. Después, se pasaba al interrogatorio por parte de la defensa de cada uno de los testigos de la acusación. Si una u otra parte efectuaban maniobras obstruccionistas,

la declaración de los testigos podía ser larguísima. A continuación declaraban los testigos de la defensa interrogados por la acusación y, a veces, interrogados por la defensa. Luego, se producía un largo debate entre el primer abogado de la acusación y el de la defensa; debates que podían producirse entre testigos si una de las partes lo solicitaba. La *actio prima* finalizaba con un último discurso pronunciado por el consejo del primer abogado defensor.

La *actio secunda* era aproximadamente una repetición de la *actio prima*, aunque a veces no se convocaba a los testigos. En ella tenían lugar las mejores y más apasionadas oraciones, pues tras los discursos finales de la acusación y la defensa se pedía el veredicto del jurado, al que no se le concedía tiempo para discutirlo; lo que significaba que éste se pronunciaba cuando los miembros del jurado tenían aún resonando en sus oídos las palabras del abogado defensor. Era el motivo principal por el que a Cicerón le encantaba actuar de defensor y no de acusador.

Pero Cicerón sabía cómo ganar el proceso contra Cayo Verres: lo único que necesitaba era un presidente de tribunal complaciente.

—Pretor Manio Acilio Glabrio, presidente de este tribunal, deseo llevar la causa con arreglo a directrices distintas a las habituales. Lo que propongo no es ilegal, simplemente novedoso y se debe a los numerosísimos testigos que presentaré y al igualmente gran número de delitos de que voy a acusar al demandado Cayo Verres —dijo Cicerón—. ¿Está dispuesto el presidente del tribunal a escuchar un bosquejo de lo que propongo?

—¿Esto qué es? ¿Esto qué es? —se apresuró a decir Hortensio—. Insisto: ¿pero qué es esto? ¡ El juicio contra Cayo Verres debe realizarse en la forma habitual!

—Escucharé lo que Marco Tulio propone —dijo Glabrio—, sin interrupciones —añadió con voz amable.

—Quiero prescindir de los discursos largos —dijo Cicerón— y centrarme en un delito tras otro. Los delitos de Cayo Verres son tantos y tan variados, que es vital que los miembros del jurado los tengan presentes bien claro y por separado. Tratando los delitos separadamente lo único que pretendo es contribuir a que el tribunal lo tenga todo bien presente. Por lo

tanto, lo que propongo es esbozar brevemente cada delito y presentar mis testigos más las pruebas del delito. Como verás, voy a trabajar solo y no tengo abogados ayudantes. En la actio prima del proceso contra Cayo Verres no habrá largos discursos de la acusación ni de la defensa. Es una pérdida de tiempo para el tribunal, y más a la vista del hecho de que este tribunal tiene al menos otro proceso a celebrar antes de que concluya el año, el de Quinto Curtio. Así que propongo que se pronuncien los grandes discursos en la actio secunda, y que sólo después de ellos el jurado dé su veredicto; por lo que no veo por qué mi colega Hortensio plantea objeción a que solicite un procedimiento para la actio prima que permite al jurado oír nuestra apasionada oratoria durante la actio secunda, como si no hubiese oído nada de lo que hubiésemos dicho antes. ¡Porque, efectivamente, no lo oír! ¡ En pro de la frescura, de la expectación, del placer!

Ahora, Hortensio miraba indeciso; lo que decía Cicerón no carecía de sentido. Al fin y al cabo, no pedía nada que impidiera a la defensa decir la última palabra, y a él le gustaba eso de poder largar su imponente perorata como una impresionante novedad al final de la actio secunda. Sí, tenía razón: desembarazémonos lo antes posible de todo el tedioso procedimiento en la actio prima y dejemos el faro alejandrino para el apoteosis.

Por ello, cuando Glabrio le miró con gesto interrogante, Hortensio dijo con voz suave:

—Te ruego que solicites a Marco Tulio que lo amplíe.

—Amplíalo, Marco Tulio —dijo Glabrio.

—Poco más hay que decir, Manio Acilio. Simplemente que a los abogados defensores no se les conceda ni un ápice más de tiempo para hablar del que yo utilice durante la actio prima, desde luego. Estoy dispuesto a conceder a la defensa el tiempo que desee durante la actio secunda. Como veo un impresionante equipo de abogados defensores, mientras que yo soy el único de la acusación, eso procurará a la defensa la suficiente ventaja que considero debe tener. Únicamente solicito eso: que la actio prima se desarrolle tal como he expuesto.

—Es una idea de gran mérito, Marco Tulio —dijo Glabrio—. ¿Qué opinas, Quinto Hortensio?

—Hagámoslo como ha esbozado Marco Tulio —contestó Hortensio.

Sólo Cayo Verres tenía cara de preocupación.

—¡Ah, ojalá supiera qué se trae entre manos! —susurró a Metelo Caprario el joven—. Hortensio debía haberse negado.

—Cayo Verres, cuando llegue la actio secunda, te aseguro que el jurado habrá olvidado todo lo que hayan dicho los testigos —le respondió en voz baja su cuñado.

—¿Y por qué quiere imponer Cicerón esos cambios?

—Porque sabe que va a perder y desea causar expectación. Y la única manera de conseguirlo es hacer algo nuevo. César utilizó el mismo recurso en el proceso contra Dolabela el viejo, imponiendo innovaciones, y se ganó mucha admiración pero perdió el caso. Igual que Cicerón. No te preocupes, que Hortensio ganará.

Las únicas observaciones de carácter general que hizo Cicerón antes de exponer la primera categoría de delitos de Cayo Verres se relacionaban con el jurado.

—Recordad que el Senado ha encargado al pretor urbano, Lucio Aurelio Cotta, una encuesta sobre composición de los jurados y ha acordado enviar los resultados a la asamblea del pueblo para que la ratifique como ley. Entre la época de Cayo Graco y del dictador Lucio Cornelio Sila, el Senado había perdido uno de sus derechos incuestionables, el de constituir los jurados de los tribunales de justicia de Roma. El privilegio que Cayo Graco otorgó a los caballeros —¡y todos sabemos a dónde nos llevó! —Sila se lo devolvió al Senado con los nuevos tribunales, pero como ha quedado demostrado por los sesenta y cuatro senadores expulsados por los censores, estos no habían hecho honor a la confianza que Sila había depositado en ellos. Hoy no se juzga únicamente a Cayo Verres, sino también al Senado de Roma. Y si este jurado senatorial no se conduce honorable y honradamente, ¿quién podrá reprochar a Lucio Cotta si recomienda privar a los padres conscriptos del derecho a formar el jurado? Miembros del jurado, os suplico que no olvidéis un solo momento la gran responsabilidad que pesa sobre vuestros hombros, ni el porvenir, el prestigio del Senado de Roma.

Tras estas palabras, después de conceder a la defensa exactamente el mismo tiempo que él había utilizado, Cicerón hizo comparecer a sus testigos y presentó las pruebas. Fueron declarando uno por uno: robos de trigo por un total de trescientos mil modii en tan sólo un año en un pequeño distrito, más las cantidades saqueadas en otros distritos; robos de tierras que, en un solo distrito y en tres años, redujeron el número de agricultores de doscientos cincuenta a ochenta, aparte de robos de tierras en otros muchos distritos; desfallo de los fondos del Erario destinados a la adquisición de trigo; usura del veinticuatro por ciento y más; destrucción o alteración de los libros de registro de diezmos; robo de estatuas y pinturas de los templos; ocasión en que, invitado a cenar, Verres elogió ante su anfitrión las piedras preciosas que adornaban unas copas y al salir se apropió de los servicios de oro y plata, metiéndolos en bolsas para transportarlos mejor; construcción de un barco no pagado para cargar en él parte de sus pillajes y llevárselos a Roma; tolerancia de los piratas y aceptación de parte de los botines; destrucción de testamentos, etcétera, etcétera, etcétera.

Cicerón aportaba listas, documentos, tablillas de cera en las que se advertían las modificaciones de cifras; y testigos en abundancia, testigos a los que no se podía intimidar ni desacreditar durante los interrogatorios. Y, además, no sólo había presentado testigos de los robos de trigo en un solo distrito, sino en muchos; y a la lista de obras de Praxiteles, Policleto, Mirón, Strongylion y todos los demás escultores famosos que Verres había robado, acompañaba unas facturas de «venta», que en el caso de un Cupido de Praxiteles, su propietario se había visto obligado prácticamente a regalárselo. Las pruebas eran abrumadoras e impresionantes, y durante nueve días fue como una marea la enumeración de delitos, abuso de autoridad y extorsiones. La *actio prima* concluyó el día catorce de sextilis.

Hortensio temblaba al abandonar el tribunal, pero cuando Verres trató de hablarle, meneó la cabeza enojado.

—¡A tu casa! —exclamó—. ¡Y que vengan tus cuñados!

La casa de Cayo Verres estaba en la mejor zona del Palatino, y, aunque era una de las mayores de la colina, la cantidad de obras de arte que

encerraba la hacía parecer tan pequeña y abarrotada como un taller de escultura del Velabrum. Los sitios no ocupados por esculturas o cuadros, los llenaban armarios rebosantes de bandejas y platos de oro y plata, alhajas y piezas de rica tapicería; mesas de cidro con pedestal criselefantino se mezclaban con sillas doradas y divanes exóticos. Afuera, en el jardín porticado, había amontonadas estatuas de mayor tamaño, bronce en su mayoría, aunque también brillaba el oro y la plata. Era un almacén de incalculable valor fruto de quince años de pillaje.

Los cuatro hombres se reunieron en el despacho de Verres, no menos abarrotado de objetos valiosos.

—Tienes que desterrarte voluntariamente —dijo Hortensio.

—¡Bromeas! —replicó Verres, quedándose boquiabierto—. ¡Aún falta la actio secunda! ¡Con tus discursos me absolverán!

—¡Eres un necio! —rugió Hortensio—. ¿Es que no te has dado cuenta? He sido engañado, burlado, embaucado, timado, y todo lo que tú quieras para definir el hecho de que Cicerón ha impedido toda posibilidad que tenía yo de ganar este maldito caso. ¡Podría haber transcurrido un año entre la actio prima y la actio secunda, Cayo Verres, y yo y mis ayudantes desplegar nuestra mejor oratoria durante un mes, Cayo Verres, y, a pesar de ello, el jurado no habría olvidado esa avalancha de pruebas! ¡Con toda sinceridad, Cayo Verres, si hubiese conocido un solo ápice de tus delitos antes del proceso, no habría aceptado defenderte! ¡Mummio y Paulo a tu lado son novicios! ¿Y qué has hecho con tanto dinero? ¿Dónde está?, ¡por Juno! ¿Cómo puede una persona haberlo gastado si por un Cupido de Praxiteles paga una miseria y por la mayoría de las otras estatuas nada? ¡Durante mi carrera he defendido a muchos rufianes desalmados, pero tú superas a todos! ¡Marcha voluntario al destierro, Cayo Verres!

Verres y los Metelos Caprarios habían escuchado la diatriba con la boca abierta.

Hortensio se puso en pie.

—Llévate lo que puedas al exilio, pero si quieres mi consejo, deja las obras de arte que pillaste en Sicilia. De todos modos, no podrás llevarte más de lo que robaste en Hera de Samos. Recoge las pinturas y los objetos

pequeños y envía tu dinero fuera de Roma mañana al amanecer, sin falta —añadió, dirigiéndose a la puerta sorteando objetos de valor—. De todos modos, me llevo mi esfinge de marfil de Fidias. ¿Dónde está?

—¿Tu... qué? —espetó Verres, torciendo el gesto—. ¡Si no me absuelven, nada te debo!

· —Me debes una esfinge de marfil de Fidias —replicó Hortensio—, y gracias debes dar a tu buena suerte de que no te pidiera más. Si el resto no te sirve de nada, al menos el consejo que acabo de darte lo vale. ¡ Dame la esfinge de marfil, Verres!

Era lo bastante pequeña para que Hortensio la ocultase bajo el brazo izquierdo con los pliegues de la toga; una obra exquisita en sus más mínimos detalles, desde las plumas de las alas hasta los minúsculos pelillos que había entre las garras.

—Tan tranquilo —comentó Marco Caprario después de que Hortensio hubo marchado.

—¡Ingrato! —rezongó Verres.

Pero el cónsul electo, Metelo Caprario, frunció el ceño.

—Tiene razón, Cayo. Tienes que marcharte de Roma mañana por la noche como máximo. Cicerón hará que el tribunal precinte la casa en cuanto se entere de que sacas cosas. ¿Por qué demonios lo has guardado todo aquí?

—No está todo aquí, Quinto. Aquí sólo tengo las cosas que no puedo dejar de ver a diario. Casi todo está guardado en mi casa de Cortona.

—¿Quieres decir que hay más? ¡Por los dioses, Cayo, te conozco desde hace años y aún me sorprendes! ¡No me extraña que nuestra pobre hermana se queje de que ni le haces caso! O sea, que ¿éstas son las obras que no puedes prescindir de ver cada día? ¡Y yo que siempre he creído que esta casa parecía una tienda del Porticus Margaritaria porque ni te fiabas de los esclavos!

—¿Tu hermana se queja, no? —replicó Verres con desprecio—. ¿Y qué derecho tiene a quejarse, si hace meses que César le lubrica bien el cunnus? ¿Cree que soy tonto o tan ciego que no veo más allá de un bronce de Mirón? —añadió, poniéndose en pie—. Debería haberle dicho a Hortensio a

dónde ha ido a parar la mayor parte de mi dinero... se te habría caído la cara de vergüenza. Los Caprarios sois bien caros, ¡pero tú el que más, Quinto! Seguiré el consejo de ese abogado ladrón y marcharé al destierro, y con un poco de suerte lo que consiga llevarme seguirá siendo mío. ¡Se acabó el dinero para los Caprarios y Metela Capraria! Que César la mantenga en el lujo a que está acostumbrada, y... os deseo suerte para que ése os preste dinero. Y no esperéis que os devuelva la dote de vuestra hermana. Hoy mismo voy a divorciarme de ella alegando adulterio con César.

La consecuencia de esta conversación fue la airada salida de los dos cuñados. Por un instante, ya a solas, Verres permaneció sentado en el escritorio, acariciando distraídamente con un dedo los suaves planos marmóreos pintados de la mejilla de una Hera de Policeto. Luego, se encogió de hombros y llamó a sus esclavos. Le parecía insoportable desprenderse de todo cuanto había en aquella casa. Sólo por salvar la piel y el convencimiento de que quedarse algo era mejor que perderlo todo, le impulsaron a hacer una somera selección con su mayordomo. Esto sí, esto no, esto tampoco, eso sí...

—Cuando hayas alquilado los carros —y si dices algo a alguien te crucifico —que los traigan a la puerta de atrás mañana por la noche. ¡Y que todo vaya bien metido en cajas! ¿Me oyes?

Tal como había previsto Hortensio, Cicerón y Glabrio precintaron la abandonada casa de Cayo Verres a la mañana siguiente de su nocturna huida, y ordenaron a su banco el bloqueo de fondos; pero demasiado tarde. El dinero es el objeto de valor más fácil de transportar pues no requiere más que un trozo de papel a presentar en el lugar de destino del viajero.

—Glabrio ha nombrado una comisión para determinar la indemnización, pero me temo que no será muy alta —dijo Cicerón a Hiero de Lilibeo—. Ha sacado el dinero de Roma. De todos modos, parece que la mayor parte de lo que robó en los templos de Sicilia se lo ha dejado. Lamentablemente se ha llevado las alhajas y el oro y la plata que robó a



particulares, aunque tampoco ha podido cargar con todo. Los esclavos que han quedado —unos desgraciados, pero que han resultado muy útiles porque le odiaban— dicen que lo que tenía en su casa de Roma era una nadería comparado con lo que hay escondido en su finca de Cortona. Me imagino que es allí a donde han ido los hermanos Metelos, pero he adoptado una táctica de mi amigo César, que viaja más rápido que nadie, y creo que la delegación judicial llegará antes. Así que allá encontraremos quizá más cosas de Sicilia.

—¿A dónde ha marchado Cayo Verres? —inquirió Hiero, curioso.

—Se cree que se dirige a Massilia. Una plaza muy frecuentada por nuestros exiliados coleccionistas de arte —contestó Cicerón.

—Es una gran alegría haber recuperado nuestro legado artístico —dijo Hiero, sonriendo extasiado—. ¡Muchas gracias, Marco Tulio!

—Creo que soy yo quien acabará dándoos las gracias... si, ya que estáis satisfecho de mi actuación —añadió Cicerón con voz suave— cumplís vuestra promesa el año que viene. Los juegos plebeyos se celebran en noviembre, así que el pago no tendrá que detraerse de la cosecha de este año.

—Te pagaremos encantados, Marco Tulio, y te prometo que tu distribución de trigo al pueblo de Roma será extraordinaria.

—Así pues —dijo más tarde Cicerón a su amigo Tito Pomponio Atico— esta extraña experiencia de abogado acusador me ha resultado de un beneficio que tanta falta me hacía. Compraré el trigo a dos sestercios el modus y lo venderé a tres. Con ese sestercio de ganancia pagaré de sobra el transporte.

—Véndelo a cuatro —replicó Atico— y echa algo de dinero en tu bolsa, que bien lo necesita.

—¡No puedo hacerlo, Atico! —contestó Cicerón, sorprendido—. Los censores podrían decir que me enriquezco cobrando honorarios ilegales por mis servicios de abogado.

—¡Cicerón, Cicerón! —exclamó Atico con un suspiro—. Nunca te harás rico, y toda la culpa será tuya. Bien, supongo que la persona puede

salir de Arpino, pero Arpino no puede nunca salir de la persona. ¡Tienes mentalidad de caballero rural!

—Tengo mentalidad de hombre honrado —replicó Cicerón— y estoy muy orgulloso de ello.

—¿Es que insinúas que yo no lo soy?

—¡No, no! —exclamó Cicerón irritado—. Tú eres un hombre de negocios romano relevante y tus reglas de conducta no son las mismas que las mías. ¡Yo no soy un Cecilio como tú!

—¿Vas a escribir el proceso contra Verres para publicarlo? —inquirió Atico, cambiando de tema.

—Sí, lo había pensado.

—¿Incluidos los grandes discursos no pronunciados de la actio secunda? ¿Los tenías redactados?

—Oh, sí. Siempre hago un borrador de mis discursos con meses de antelación; pero los discursos de la actio secunda tendré que modificarlos para incluir muchas cosas que dije en la actio prima. Adornadas, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Atico muy serio.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Estoy pensando en dedicarme a algo, Cicerón. Los negocios son aburridos, y las personas con quienes trato más aburridas aún. Voy a abrir una tienda con taller en la parte de atrás en el Argiletum y Sosius tendrá un competidor porque voy a hacerme editor. Y si no te parece mal, querría tener la exclusiva de publicación de tus futuras obras. Te pagaré la décima parte de lo que obtenga de la venta de cada ejemplar.

—¡Magnífico! —exclamó Cicerón muy sonriente—. ¡ De acuerdo, Atico, de acuerdo!

Era abril, poco después de que los recién elegidos censores hubiesen confirmado a Mamercio príncipe del Senado, cuando Pompeyo anunció que celebraría juegos votivos triunfales que se iniciarían en sextilis y concluirían justo antes de los ludi romani, que comenzaban el cuarto día de

septiembre. A nadie escapó su satisfacción al anunciarlo, aunque no se debía estrictamente a los juegos en si; Pompeyo había acordado un contrato matrimonial de gran importancia para un natural de Piceno: su hermana viuda, Pompeya, iba a casarse nada menos que con el sobrino del difunto dictador, Publio Sila sive Sexto Perquitieno. Sí, los Pompeyos de Piceno ascendían en el mundo romano. Su abuelo y su padre habían tenido que contentarse con los Lucilios, mientras que él había emparentado con los Mucios, los Licinios y los Cornelios. Mejor no podía ser!

Pero a Craso le importaba un bledo a quién elegía la hermana de Pompeyo por segundo marido; lo que le fastidiaba eran los juegos triunfales.

—Yo te digo que lo que pretende es que los campesinos se pasen dos meses en Roma gastando dinero —dijo Craso a César—. ¡Y en pleno verano! Los tenderos le van a levantar estatuas por toda la ciudad, y no digamos los viejos a quienes les encantará admitir huéspedes y ganarse unos sestercios.

—Es bueno para Roma que el dinero circule.

—Sí, pero ¿qué pinto yo en esto? —inquirió Craso con voz chillona.

—Tienes que crearte un lugar en que destaques.

—Dime cómo y... cuándo. Los juegos de Apolo duran hasta los idus de quintilis; luego, hay tres elecciones seguidas con intervalos de cinco días: las curules, las del pueblo y las de la plebe. En los idus de quintilis, piensa celebrar su maldito desfile del caballo público. Y después de las elecciones plebeyas hay muchísimo tiempo para ir de compras, pero no para volver al pueblo y regresar otra vez a Roma... y se quedarán hasta sus juegos triunfales a mediados de sextilis. ¡Y duran quince días! ¡Qué presunción! Y cuando acaben están encima los juegos romanos. ¡Por los dioses, César, sus espectáculos van a mantener a los palurdos en la ciudad casi tres meses! ¿Y se me menciona a mí acaso? ¡Para nada! ¡Como si no existiera!

—Tengo una idea —dijo César, imperturbable.

—¿Cuál? —inquirió Craso—. ¿Disfrazarme de Pólux?

—¿Y Pompeyo de Cástor? ¡Me gusta! Pero seamos serios. Cualquier cosa que hagas, querido Marco, tendrá que costarte más de lo que Pompeyo

se va a gastar en sus festejos. Si no, lo que hagas no le hará sombra alguna. ¿Estás dispuesto a gastarte una gran fortuna?

—¡Estaría dispuesto a pagar lo que fuese para acabar mi mandato con más fama que Pompeyo! —replicó Craso con desdén—. Al fin y al cabo, soy el hombre más rico de Roma... desde hace dos años.

—No te engañes a ti mismo —añadió César—. Hablas de tu fortuna y nadie ha osado subestimarla; mientras que Pompeyo es un noble rural típico que no dice lo que posee, y tiene mucho más que tú, Marco, eso te lo aseguro. Cuando el *ager gallicus* se incluyó oficialmente en los dominios de Italia, el precio subió como la espuma. Pompeyo es propietario —no arrendatario— de varios millones de iugera de la mejor tierra de Italia, y no sólo en Umbría y Piceno; ha heredado las magníficas propiedades de los Lucilios en el golfo de Tarentum, y regresó de África a tiempo de hacerse con muy buenas fincas ribereñas del Tíber, del Volturnus, del Liris y del Aternus. No eres el hombre más rico de Roma, Craso. Yo te digo que el más rico es Pompeyo.

—¡No puede ser! —exclamó Craso, perplejo.

—Lo es, lo es. Que una persona no divulgue lo que tiene no quiere decir que sea pobre. Tú hablas a todos de tu dinero porque empezaste siendo pobre. Pompeyo no ha sido pobre en su vida, ni lo será. Cuando dé la tierra a sus excombatientes será un gesto magnífico, pero me apostaría algo a que se la cede sin título de propiedad. Y seguro que todos le pagan un diezmo de lo que produzcan. Pompeyo es una especie de rey, Craso. Por algo eligió llamarse Magnus. Sus gentes le miran como a un rey. Y ahora que es primer cónsul, se cree que su reino ha crecido.

—Yo tengo diez mil talentos —dijo Craso, enfurruñado.

—Doscientos cincuenta millones de sestercios, que diría un contable —apostilló César, sonriendo y meneando la cabeza—. ¿Y ganas el diez por ciento anual de beneficio?

—¡Ah, claro!

—¿Estarías dispuesto a prescindir de los beneficios de este año?

—¿Gastarme mil talentos?

—Exactamente.

Le dolía pensarlo, y se le notaba.

—Sí, sería la única manera de eclipsar a Pompeyo —dijo.

—El día anterior a los idus de sextilis, cuatro días antes de que comiencen los juegos triunfales de Pompeyo, es la fiesta de Hércules invicto. Como recordarás, Sila dedicó una décima parte de su fortuna dando una fiesta pública de cinco mil mesas en honor del dios.

—¿Y quién no lo recuerda? El perro negro se bebió la sangre de la primera víctima. Nunca había visto yo a Sila aterrado como en aquella ocasión; se le cayó la corona de hierba en el charco de sangre.

—Olvídate de los horrores, Marco; yo te prometo que no habrá perros negros en los alrededores cuando dediques un décimo de tu fortuna a Hércules invicto. ¡Da un banquete público de diez mil mesas! —dijo César—. Los que habrían preferido la comodidad de unas vacaciones a la orilla del mar, seguro que se quedan en Roma, porque a una fiesta gratis nadie se resiste.

—¿Diez mil mesas? Si las lleno de lubina, ostras, anguilas y salmonetes no me saldrá por menos de doscientos talentos —dijo Craso, que conocía el precio de todo—. Y, además, un panza llena puede hacer pensar a la gente que no va a pasar privaciones, pero al día siguiente esa misma gente siente el hambre. Las fiestas son efímeras, César, igual que su recuerdo.

—Cierto. De todos modos —añadió César, lucubrando—, con esos doscientos talentos quedan ochocientos por gastar. Vamos a suponer que en Roma haya entre sextilis y noviembre trescientos mil ciudadanos. El subsidio normal de trigo a cada uno es de cinco modii, es decir un medimnus por mes al precio de cincuenta sesteracios. Barato, pero no tan barato como el precio real del trigo, por supuesto. El Erario, aun en los años de carestía saca alguna ganancia. Me han dicho que este año no será de carestía, y tienes suerte de que el año pasado tampoco lo fuese, pues tú comprarás al precio de la última cosecha.

—Comprar —dijo Craso, abrumado.

—Deja que acabe. Cinco modii de trigo por tres meses... por trescientas mil personas... Son cuatro millones y medio de modii. Si compras ahora en vez de en verano, me imagino que podrás obtener cuatro millones y medio

de modii a cinco sestercios el modius. Son veintidós millones y medio de sestercios... ochocientos talentos aproximadamente. Y en eso, mi querido Marco, es en lo que se van los otros ochocientos talentos. Porque lo que harás, Marco Craso, es repartir gratuitamente cinco modii de trigo mensuales durante tres meses a todos los ciudadanos romanos. No a precio reducido, querido Marco, ¡gratis!

—Espectacular generosidad —comentó Craso, con rostro impenetrable.

—Sí, es cierto. Y presenta mayor ventaja que cualquier stratagema que haya pensado Pompeyo. Sus espectáculos habrán concluido dos meses antes de que acabe tu distribución gratuita de trigo. Si los recuerdos son efímeros, tendrás que ser el último en jugar. Casi todos los romanos comerán pan gratis gracias a Marco Licinio Craso entre el mes en que los precios suben y el mes en que la nueva cosecha los hace bajar. ¡Te convertirás en su ídolo y te ganarás su afecto!

—Tal vez dejen de llamarme incendiario —dijo Craso con una sonrisita.

—Y ahí se verá la diferencia entre tu fortuna y la de Pompeyo —añadió César, también sonriente—. El dinero de Pompeyo no flota como ceniza en el cielo de Roma. Verdaderamente, ya es hora de que mejores tu imagen pública.

Como Craso decidió hacer la adquisición de tan inmensa cantidad de trigo con cautela y en el anonimato, sin decir palabra a nadie de que pensaba dedicar una décima parte de su fortuna a Hércules invicto la víspera de los idus de sextilis, Pompeyo continuó con su plan en la sublime ignorancia del peligro que corría de verse eclipsado.

Su idea era hacer ver a Roma —y a toda Italia— que habían pasado los malos tiempos. ¿Y qué mejor para ello que dar a todo el país festejos y espectáculos? El consulado de Cneo Pompeyo Magnus quedaría grabado en el recuerdo de todos como una época de prosperidad y bienestar; se habían acabado las guerras, las hambrunas, las contiendas internas. Y, a pesar de su egoísmo, sus intenciones eran sinceras. La gente corriente, que no era importante y, por consiguiente, no había padecido durante las

proscripciones, hablaba aquellos días con añoranza de la época en que Sila era dictador; pero después del consulado de Cneo Pompeyo Magnus, el reinado de Sila no se recordaría ya tanto.

A principios de quintilis Roma comenzó a llenarse de campesinos, que en su mayoría buscaban alojamiento hasta mediados de septiembre; y se marchó menos gente a la orilla del mar, incluso entre las clases altas. Consciente de que aumentarían la delincuencia y las enfermedades, Pompeyo dedicó parte de sus magníficas dotes de organizador a designar policía que patrullase callejones y callejas de la ciudad, y ordenó al colegio de lictores que vigilasen de cerca a los timadores y embaucadores que rondaban por el Foro y las plazas de mercado importantes; agrandó los baños del Trigarium, mandó anunciar en murales las aguas que eran potables, prohibiendo orinar y defecar fuera de las letrinas públicas y recomendando limpieza de manos y cuidado con los alimentos en malas condiciones.

Como no sabía hasta qué punto aquella gente del campo comprendía lo asombroso que era que el primer cónsul de Roma hubiese sido caballero en el momento de la elección (y que no se había convertido en senador hasta asumir el cargo el día de Año Nuevo), Pompeyo había decidido valerse del desfile del caballo público para poner de relieve este hecho. Y, así, había mandado a sus fieles censores Clodiano y Gelio reinstaurar la transvectio, que era como se denominaba al desfile, que desde la época de Cayo Graco no se había vuelto a celebrar. Pero ahora era el consulado de Cneo Pompeyo Magnus, que quería causar impacto en la ciudadanía con su caballo público.

Comenzaba al amanecer de los idus de quintilis en el circo Flaminio del Campo de Marte, en donde los mil ochocientos propietarios de caballo público hacían ofrenda a Marte invicto que tenía su templo en el circo. Una vez realizada la ofrenda, los caballeros montaban sus caballos públicos y desfilaban solemnemente centuria por centuria, por el arco de los mercados de verduras, por el Velabrum hacia el vicus lugarius para culminar en el Foro, donde daban la vuelta y, en un estrado erigido para la ocasión frente al templo de Cástor y Pólux, los censores sentados efectuaban la inspección. Conforme se acercaban al tribunal, cada uno de ellos debía desmontar y

conducir el animal hasta los censores, quienes examinaban minuciosamente caballo y caballero, y si no cumplían con los antiguos requisitos ecuestres, podían retirarle el caballo público y expulsarle de las dieciocho primitivas centurias de caballeros. Se sabía que esto había acaecido en tiempos pasados; Catón el censor había sido famoso por la severidad en la inspección.

Era tal novedad la transvectio, que casi toda Roma se apiñó en el Foro para ver el espectáculo, aunque muchos hubieron de contentarse con ver discurrir el desfile por el trayecto entre el circo Flaminio y el Foro y todos los sitios elevados estaban llenos de gente: tejados, pedestales, arcadas, escalinatas, montículos, acantilados y árboles. Vendedores de comida, abanicos, parasoles y bebidas recorrían la muchedumbre, golpeando en la cabeza a la gente con las esquinas de sus cajas colgadas al cuello y replicando con más empujones de los que recibían, y llevando cada uno un esclavo ayudante para volver a llenar la caja y evitar que los rateros robasen la mercancía o la recaudación. La gente ponía a los nenes a mear, mojando a los de abajo, los niños corrían de aquí para allá como locos entre la muchedumbre, la salsa y las natillas manchaban las túnicas, estallaban pendencias, los delicados se desmayaban o vomitaban y todos comían sin parar. Una tradicional fiesta romana.

Los caballeros desfilaban formados en dieciocho centurias, cada una de ellas precedida por su antiguo emblema: el lobo, el oso, el ratón, el pájaro, el león, etcétera. Como la estrechez de ciertos tramos del recorrido no permitía que cabalgasen más de cuatro en fondo, necesariamente cada centuria formaba veinticinco filas y el desfile alcanzaba una longitud de kilómetro y medio. Todos revestían la armadura, algunas de increíble antigüedad y muy extrañas; otros (como Pompeyo, cuya familia se había incorporado a las dieciocho centurias primitivas y no tenían armadura antigua que pudiera pasar por etrusca o latina) iban magníficamente revestidos de oro y plata. Pero nada era comparable a los caballos públicos, todos extraordinarios ejemplares de la rosea rura y casi todos blancos y grises moteados; iban enjaezados con toda clase de medallones y dijes imaginables, con sillas llenas de adornos y bridas de cuero teñido y mantas



increíbles de vivos colores. Algunos animales estaban amaestrados para desfilan haciendo cabriolas y otros llevaban crines y cola trenzadas con oro y plata.

Todo ello estaba perfectamente organizado para el lucimiento de Pompeyo: examinar a todos los que desfilaran, por muy rápido que actuasen los censores, habría sido imposible y el desfile habría durado treinta horas; por ello habían situado a la centuria de Pompeyo en uno de los primeros puestos para que los censores realizaran el solemne ritual de preguntar a unos trescientos caballeros, nombre, tribu, nombre del padre y si había servido en las seis campañas preceptivas durante diez años, tras lo cual se aprobaba su situación financiera (previamente establecida) y el interesado se alejaba con el caballo.

Cuando desmontaron los cuatro primeros caballeros de la cuarta centuria, Pompeyo se dirigió en cabeza hacia el tribunal y en el Foro se hizo un profundo silencio, inducido por sus agentes dispersos entre la multitud. Su armadura dorada brillaba al sol y la púrpura de su condición consular flameaba en sus hombros, mezclada al rojo de su rango de general; conducía a su caballo enjaezado con phalerae de cuero y oro, y él mismo profusamente cubierto de medallones y placas de caballero y ondeando en su casco ático la cimera de plumas de garceta teñidas de rojo.

—¿Nombre? —preguntó Clodiano, que era el primer censor.

—¡Cneo Pompeyo Magnus! —contestó Pompeyo a voz en grito.

—¿Tribu?

—¡Clustumina!

—¿Padre?

—¡Cneo Pompeyo Estrabón, cónsul!

—¿Has servido en seis campañas o durante diez años?

—¡Sí! —gritó Pompeyo con todas sus fuerzas—. ¡ Dos en la guerra itálica, una defendiendo la ciudad en el asedio de Roma, dos con Lucio Cornelio Sila en Italia, una en Sicilia, una en África, una en Numidia, una defendiendo Roma de Lépido y Bruto, seis en Hispania y una liquidando a los partidarios de Espartaco! ¡Dieciséis campañas y, después de ser cadete, todas como general!

La multitud perdió los estribos y prorrumpió en gritos, vítores y aplausos, pateando el suelo y agitando los brazos, y las sucesivas oleadas de aclamaciones ensordecieron a los censores y a los desfilantes, haciendo que los caballos se asustasen y derribasen a algunos jinetes.

Cuando por fin cesó el clamor —y tardó en cesar porque Pompeyo se había dirigido al centro del espacio abierto ante el templo de Cástor, con la brida bajo el brazo, dando vueltas y aplaudiendo a la multitud— los censores recogieron sus largos y pesados documentos y se sentaron tranquilamente, contentándose con asentir con la cabeza conforme desfilaban al trote las catorce centurias posteriores a la de Pompeyo.

—¡Espléndido espectáculo! —gruñó Craso, cuyo caballo público lo tenía en propiedad su hijo mayor, Publio, ya con veinte años. Contemplaba el desfile con César desde la galería de su casa, la que había sido de Marco Livio Druso y estaba dotada de una magnífica vista al bajo Foro—. ¡Qué farsa!

—¡Pero magníficamente escenificada, Craso, magníficamente escenificada! Tienes que darle sobresaliente a Pompeyo por la inventiva para atraerse a la multitud. Sus juegos serán aun mejores.

—¡Dieciséis campañas! ¡Y después de cadete, todas como general! ¡Ah, sí, aproximadamente un intervalo de mercado después de la muerte de papá en el asedio a Roma, en el que no hizo más que preparar el ejército de éste para el regreso a Piceno; en Italia, el general fue Sila y Metelo Pío; contra Lépido y Bruto, el general fue Catulo! Y ¿qué decir de lo último, «liquidando a los partidarios de Espartaco»? ¡Por los dioses, César, si todos considerásemos nuestras carreras como lo hace él, seríamos generales!

—Consuélate con el hecho de que Catulo y Metelo Pío estarán diciendo lo mismo más o menos —añadió César, también dolido—. Es un advenedizo de pueblo.

—¡Espero que mi artimaña del trigo dé resultado!

—Lo dará, Marco Craso, ya lo verás.

Pompeyo regresó eufórico a su casa de la Carinae, pero no duraría su entusiasmo. A la mañana siguiente, los heraldos de Craso comenzaron a difundir la noticia de que, en la festividad de Hércules invicto, el cónsul Marco Licinio Craso ofrecería al dios la décima parte de su fortuna, que se celebraría una fiesta pública en diez mil mesas y que la mayor parte de la ofrenda se dedicaría a dar a todos los ciudadanos romanos de la ciudad cinco modii gratuitos de trigo durante septiembre, octubre y noviembre.

—¿Cómo se atreve? —dijo Pompeyo a Filippo, que había venido a darle la enhorabuena por el espectáculo de la transvectio... y ver cómo encajaba Magnus el golpe de Craso.

—Es muy listo —dijo Filippo con fingido tono lastimero—. Y más teniendo en cuenta lo dados que son los romanos a tener en cuenta el coste de las cosas. Los juegos son una cosa abstracta, pero la comida es de dominio público y la gente conoce desde el precio de una lubina hasta el de un arenque, pues aunque no puedan comprarlo preguntan el precio en el mercado. Curiosidad humana. Y todos sabrán lo que Craso se ha gastado en trigo y no digamos el número de modii que ha tenido que comprar. El rumor de ábacos será ensordecedor.

—¡Lo que quieres decir sin decirlo es que todos llegarán a la conclusión de que Craso se ha gastado con la gente más dinero que yo! —dijo Pompeyo, fulminándole con la mirada.

—Eso me temo.

—Pues tendré que enviar a mis agentes a que hagan cundir el rumor de lo que han costado los juegos —añadió Pompeyo, mirando a Filippo con los ojos entornados—. ¿Cuánto habrá desembolsado Craso? ¿Tienes idea?

—Unos mil talentos.

—¿Craso? ¿MIL talentos?

—Fácilmente.

—¡Con lo roñoso que es!

—Este año no, Magnus. Tu generosidad y talento para el espectáculo han picado al buey y le han impulsado a cornear.

—¿Qué puedo hacer?

—Poca cosa, salvo organizar unos juegos maravillosos.

—Tú te callas algo, Filippo.

Sus fofas mejillas se estremecieron y sus negros ojos chispearon; lanzó un suspiro y se encogió de hombros.

—Bueno, mejor que lo sepas por mí que por boca de tus enemigos —respondió—. El trigo gratuito dará la victoria a Craso.

—¿Por qué? ¿Porque llene las panzas vacías? ¡Este año no hay panzas vacías en Roma!

—Va a distribuir cinco modii de trigo gratis a los romanos en septiembre, octubre y noviembre. ¡Echa la cuenta! Son dos hogazas de pan de una libra durante noventa días. Y la mayor parte de esos noventa días vendrán mucho después de que haya concluido tu programa de espectáculos, por lo que todos los habrán olvidado. Mientras que hasta finales de noviembre, todas las bocas de Roma que muerdan una hogaza de pan darán mentalmente gracias a Marco Licinio Craso. ¡Ganará él, Magnus! —dijo Filippo.

Hacía mucho tiempo que a Pompeyo no le daba una pataleta, pero la rabieta que le acometió en presencia de Lucio Marcio Filippo fue de antología. Se tiró de los pelos, se arañó cuello y carrillos y su cuerpo quedó lleno de contusiones por los golpes que propinó a su anatomía contra suelo y paredes. Lloraba a lágrima viva, deshizo muebles y obras de arte y sus alaridos estuvieron a punto de hacer que se derrumbase el techo. Mucia Tercia, que acudió apresuradamente a ver que sucedía, echó un vistazo y salió de estampida. Lo mismo que los criados. Filippo permaneció sentado, contemplándole lleno de estupor, hasta que llegó Varrón.

—¡Por Júpiter! —exclamó éste.

—¿Es increíble, no? —dijo Filippo—. Ahora ya está mucho más calmado. Si le hubieses visto hace un rato... ¡Era terrorífico!

—Le he visto en otras ocasiones —respondió Varrón, bordeando aquel cuerpo tendido en el suelo de mármol blanco y negro, para sentarse en la camilla de Filippo—. Es por lo de Craso, claro.

—Sí. ¿Dices que le has visto de este modo?

—Cuando no pudo hacer pasar sus elefantes por la puerta triunfal —contestó Varrón en un susurro para que no le oyese el revolcado Pompeyo; no estaba muy seguro de hasta qué extremo podían ser fingidas las rabietas del picentino ni en qué medida podía afectarle lo que se dijese o hiciera—. Y cuando Carrinas se escapó del asedio en Spoletium. No soporta que se burlen de él.

—El buey embistió con los dos cuernos —dijo Filipo pensativo.

—El buey —añadió Varrón con aspereza —tiene actualmente tres cuernos, y el tercero —según dicen lenguas femeninas— es el más grande.

—Ah, entonces tiene nombre.

—Cayo Julio César.

Pompeyo se sentó de un salto, con toda la vestimenta destrozada y cráneo y cara sangrando.

—¡Lo he oído! —exclamó, despejando la incógnita de Varrón respecto a sus rabietas—. ¿Qué sucede con César?

—Pues que es quien ha ideado la campaña de Craso para adquirir mayor popularidad —contestó Varrón.

—¿Quién te lo ha dicho? —inquirió Pompeyo, poniéndose ágilmente en pie y aceptando el pañuelo que le tendía Filipo.

—Palicano.

—Bien que lo sabrá, Él, que fue tribuno vendido a César—añadió Filipo, haciendo un guiño mientras Pompeyo se sonaba ruidosamente.

—Ya sé que César es muy amigo de Craso —dijo Pompeyo en tono apagado, apartando el pañuelo y arrojándoselo al asqueado Filipo—. Fue él quien llevó la negociación el año pasado. Y quien sugirió que restableciésemos el tribunado de la plebe.

La última frase la pronunció dirigiendo una furibunda mirada a Filipo, por no haberlo previsto.

—Yo respeto muchísimo la habilidad de César —dijo Varrón.

—Igual que Craso... y yo —añadió Pompeyo, aún con cara de pocos amigos—. Bueno, al menos ya sé de parte de quién está César.

—César está de parte de César —dijo Filipo—. Pero si eres listo, Magnus, puedes darle cuerda a pesar de su amistad con Craso. Algún día

tendrás necesidad de él; sobre todo después de que yo haya muerto, que no tardará. Estoy demasiado obeso para llegar a los setenta. Lúculo teme a César, ¿sabes? Y eso ya es mérito; sólo sé de otro hombre al que Lúculo temía: Sila. Si te fijas bien en César, verás que es otro Sila.

—Filipo, si dices que le dé cuerda se la daré —dijo Pompeyo, condescendiente—. ¡ Pero pasará mucho tiempo hasta que olvide que me fastidió el año que fui cónsul!

Entre el final de los juegos triunfales de Pompeyo (que fueron muy celebrados, más que nada porque los gustos teatrales y circenses de Pompeyo eran los de un hombre corriente) y el inicio de los ludi romani, llegaron las calendas de septiembre, y en las calendas de septiembre había siempre reunión del Senado. Era tradicionalmente una sesión importante, y la sesión de aquel año respondió a la tradición, pues Lucio Aurelio Cotta expuso en ella lo que había descubierto.

—He cumplido la tarea que me encomendasteis a principios del año, padres conscriptos —dijo Lucio Cotta desde el estrado curul—, y espero que sea de vuestra aprobación. Antes de entrar en detalles, esbozaré lo que voy a solicitaros que pongáis como ley.

No tenía en las manos rollos ni papeles, ni tampoco se veía documento alguno en poder del funcionario del pretor urbano. Como era un día de agobiante calor (según la estación, estaban a mediados de verano), la Cámara lanzó un leve suspiro de alivio; no iba a ser una reunión pesada y tediosa. Pero no era una persona pesada y tediosa Lucio Cotta; de los tres hermanos, era el más joven y más inteligente.

—Francamente, colegas de esta Cámara —prosiguió Cotta con su voz potente y clara—, no me ha impresionado el estudio sobre senadores o caballeros en el desempeño de la función de jurado. Cuando un jurado lo forman senadores, favorece a los de la orden senatorial. Y cuando lo componen caballeros, propietarios de caballo público, favorece a la orden ecuestre. Los dos tipos de jurado son susceptibles de soborno, debido,

fundamentalmente, creo yo, a que son jurados homogéneos, ya sean senatoriales o ecuestres.

»Lo que yo propongo es repartir las funciones del jurado de un modo equitativo sin precedentes. Cayo Graco arrebató el jurado al Senado y se lo dio a las dieciocho centurias de la primera clase que poseen caballo público y figuran en el censo con una renta mínima anual de cuatrocientos mil sestercios. Bien, es irrefutable que, con escasas excepciones, todos los senadores pertenecen a una familia de las más importantes de la primera clase de las dieciocho centurias. Lo que quiero decir es que Cayo Graco se quedó corto. Por consiguiente, propongo que todos los jurados sean tripartitos y los formen un tercio de senadores, un tercio de caballeros del caballo público, y un tercio de tribuni aerarii, los caballeros que forman la mayor parte de la primera clase y tienen censada una renta mínima anual de cien mil sestercios.

Comenzó a alzarse un rumor, pero no de indignación; los rostros vueltos como girasoles hacia Lucio Cotta mostraban asombro reflexivo.

—En mi opinión —prosiguió Lucio Cotta en tono persuasivo—, nosotros, los senadores, nos hemos vuelto sentimentales en los años transcurridos entre Cayo Graco y Lucio Cornelio Sila. Recordábamos con añoranza el privilegio de la función de jurado sin acordarnos de la realidad de esa función. Trescientos de nosotros para formar jurado, contra mil quinientos caballeros del caballo público. Luego, Sila nos devolvió la ansiada función de jurados, y, aunque aumentó el número de senadores para proveerla mejor, no tardamos en darnos cuenta de que todos los que residimos en Roma nos vemos perpetuamente obligados a constituir un jurado u otro. Desde luego, porque los tribunales actuales han incrementado notablemente las tareas de los jurados. Los procesos eran, con gran diferencia, mucho menos numerosos cuando en su mayoría debía instruirlos individualmente una asamblea. Yo creo que Sila había pensado que el tamaño más reducido de cada jurado y la ampliación del Senado bastarían para solventar los inconvenientes de vernos constantemente esclavizados por la función del jurado; pero subestimó el problema.

»Inicié mi encuesta convencido de tan sólo un hecho: que el Senado, aun en su actual ampliación, no es un organismo lo bastante numeroso para poder aportar jurados en todos los juicios. Y, sin embargo, padres conscriptos, estaba poco dispuesto a devolver los tribunales a los caballeros de las dieciocho centurias del caballo público. Pues sentía que hacerlo habría sido una doble traición: a mi propio orden senatorial y al muy excelente sistema jurídico que Sila nos dio con la creación de tribunales permanentes.

Todos escuchaban extasiados, inclinados hacia adelante. ¡Lo que decía Lucio Cotta era la pura verdad!

—Así, al principio, pensé en repartir equitativamente la función de jurado entre el Senado y las dieciocho centurias, para que el jurado de un juicio estuviera compuesto a partes iguales por senadores y caballeros. No obstante, haciendo cálculos vi que la carga de funciones para los senadores seguía siendo muy acusada.

Con rostro serio, ojos brillantes y sin dejar de gesticular, Lucio Cotta cambió ligeramente de énfasis.

—Si un hombre se ve obligado a juzgar a un congénere —añadió con voz persuasiva—, independientemente de su categoría o condición, debe acudir al tribunal fresco, animoso e interesado. Y ello no es posible si ese individuo tiene que formar parte de varios jurados. Acaba hastiado, escéptico, desinteresado y... es más proclive a aceptar sobornos. Pues ¿qué otra compensación puede esperar si no es por venalidad? El Estado no paga a los jurados. Por consiguiente, el Estado no debería tener potestad para enajenar tal cantidad del tiempo libre de una persona.

Muchos asintieron con la cabeza y se oyó un murmullo de aprobación. La Cámara escuchaba con sumo agrado lo que decía Lucio Cotta.

—Soy consciente de que muchos de vosotros pensabais de modo muy parecido, que la función de jurado debía encomendarse a un organismo más numeroso que el Senado. Y soy consciente, naturalmente, de que durante un breve período de tiempo la función de jurado estaba encomendada a las dos órdenes. Pero, como he dicho antes, ninguna de las soluciones aplicadas hasta ahora ha sido suficiente. Si hay mil ochocientos miembros del Senado



menos en las dieciocho centurias, el contingente de caballeros es bastante numeroso y un caballero puede desempeñar, tal vez, su función de jurado una vez al año —hizo una pausa, satisfecho de la expectación que causaba—. Un hombre de la primera clase, colegas senadores —añadió con renovada energía—, no es más que eso. Un hombre de la primera clase. Un ciudadano de medios estimables con una renta mínima de trescientos mil sestercios al año. Sin embargo, por el hecho de que Roma es antigua, ciertas cosas no han cambiado, o han continuado a la manera antigua, añadiendo simplemente mayor número de gentes o de funciones, como sucede con la primera clase. En los orígenes, existían sólo las dieciocho primitivas centurias, pero como tenazmente hemos mantenido esas dieciocho centurias con cien hombres en cada una, hubimos de aumentar la primera clase añadiendo más centurias. Cuando tuvimos setenta y tres centurias suplementarias, decidimos ampliar la primera clase de otro modo: no añadiendo más centurias, sino aumentando el número de hombres en cada una de ellas por encima de la primitiva cifra de cien. Y acabamos teniendo lo que yo denominaría una primera clase de cúpula escasa con sólo mil ochocientos hombres de las dieciocho centurias primitivas y muchos miles en las otras setenta y tres.

»Entonces, ¿por qué no, me dije, ofrecer funciones públicas a esos numerosos miles de ciudadanos de la primera clase que no tienen suficiente antigüedad de familia o de nombre para pertenecer a las dieciocho centurias del caballo público? Si estos ciudadanos de menor raigambre constituyesen un tercio de todos los jurados formados, la carga de funciones correspondiente a un individuo se aligeraría notablemente, y sería al mismo tiempo incentivo para el numeroso contingente de caballeros noveles que denominamos tribuni aerarii. Imaginaos que tenéis un jurado de, por ejemplo, cincuenta y un miembros, formado por diecisiete senadores, diecisiete caballeros del caballo público y diecisiete tribuni aerarii. Los diecisiete senadores tienen el prestigio de la experiencia, el conocimiento jurídico y la costumbre de formar parte del jurado; los diecisiete caballeros del caballo público cuentan con el prestigio de pertenecer a familias distinguidas y ser ricos, y los diecisiete tribuni aerarii tienen el prestigio de

su novedoso vigor, una experiencia nueva, su pertenencia a la primera clase de ciudadanos romanos y menor fortuna.

Volvió a extender las manos, dejando caer la derecha y señalando con la izquierda hacia las imponentes puertas de bronce de la Curia Hostilia.

—Esa es mi solución, padres conscriptos. Un jurado tripartito con igual número de ciudadanos de los tres órdenes de la primera clase. Si aprobáis un *senatus consultum*, haré inscribir la medida en su modalidad legal y la presentaré a la asamblea del pueblo.

Pompeyo portaba los fasces el mes de septiembre y se hallaba sentado en la silla curul en el primer puesto del estrado. Junto a él estaba la silla vacía de Craso.

—¿Qué dice el primer cónsul electo? —inquirió muy formalista Pompeyo a Quinto Hortensio.

—El primer cónsul electo elogia a Lucio Cotta por su magnífico trabajo —contestó Hortensio—. Hablando como magistrado curul y como abogado ante los tribunales, mi aplauso para esta solución tan razonable para el engorroso problema.

¿Y el segundo cónsul electo? —añadió Pompeyo.

—Estoy de acuerdo con mi colega —contestó Metelo Caprario el joven, que no tenía motivo para oponerse a una medida ahora que el caso de Cayo Verres y el propio inculpado eran agua pasada.

E igual hicieron todos los que tomaron la palabra. Hubo algunos que estuvieron tentados de encontrar algún defecto, por supuesto, pero al pensar la carga de trabajo que suponía seguir desempeñando la función de jurado como antes, optaron por no hacer objeciones.

—Realmente, es espléndido —dijo Cicerón a César al coincidir a la salida de la cámara—. A los dos nos gusta actuar en los procesos con un jurado honrado. Lucio Cotta ha sido muy hábil. Habrá que sobornar a dos tercios del jurado para conseguir un veredicto... lo cual es mucho más caro que pagar a la mitad. Y lo que un tercio acepte, el otro puede sentirse inclinado a rechazarlo. Yo te aseguro, querido César, que aunque el soborno

no desaparezca totalmente, disminuirá notablemente. Los tribuni aerarii tendrán a pundonor actuar honradamente y justificar su incorporación al jurado. ¡Sí, Lucio Cotta lo ha razonado muy inteligentemente!

César informó muy complacido de esta conversación a su tío durante la cena en su propio triclinium. No estaban Aurelia ni Cinnilla. Su esposa se hallaba en el cuarto mes de embarazo y padecía constantes molestias de estómago, y Aurelia se encontraba cuidando a la pequeña Julia, que también sufría una pequeña indisposición; por lo que los dos se hallaban solos y contentos por ello.

—Admito que pensé en hablar del soborno —dijo Lucio Cotta sonriendo—, pero habría podido resultar muy crudo para la Cámara, y quería que se aprobase la medida.

—Cierto. No obstante, la mayoría lo ha comprendido, y en lo que a Cicerón y a mí respecta, es una bendición. Por el contrario, es muy posible que Hortensio lo lamente personalmente. Soborno aparte, lo mejor de tu solución es que con ella se conservarán los tribunales permanentes de Sila, que a mi entender son el mayor progreso de la justicia romana desde la creación del juicio y el jurado.

—¡Gracias por el elogio, César! —dijo Lucio Cotta radiante de felicidad un instante hasta que dejó la copa en la mesa y frunció el ceño—. César, tú eres confidente de Marco Craso, y quizás puedas disipar mis temores. En muchos aspectos, éste ha sido un año feliz; no hay guerras que no estemos ganando, el Erario, por primera vez en mucho tiempo, pasa menos apuros, se está confeccionando un censo como es debido de los ciudadanos romanos de Italia, hay buena cosecha en Italia y en las provincias, aparte de que en el gobierno se ha producido un buen equilibrio entre lo antiguo y lo moderno. Si dejamos a un lado la inconstitucionalidad del consulado de Magnus, de verdad que ha sido un año excelente. Al cruzar el Subura para llegar a tu casa, me ha dado la impresión de que la gente ordinaria de Roma —la que rara vez puede ejercer el voto y piensa que la distribución de trigo de Craso es una buena ayuda para su menguada economía —es más feliz de lo que lo ha sido en los últimos treinta años. De acuerdo que no es la que padece cuando ruedan cabezas y la sangre riega el Foro, pero el estado de

ánimo que esos hechos provocan también a ella le afecta, a pesar de que sus cabezas no corran peligro.

Hizo una pausa para tomar aliento y un trago de vino.

—Creo que sé lo que vas a decir, tío, pero adelante —dijo César.

—Ha sido un verano estupendo, sobre todo para las clases bajas. Ha habido numerosos espectáculos, comida hasta la hartura y aun ha sobrado para llevarse a casa; leones y elefantes, carreras de carros sin cuento, comedias y farsas, trigo gratuito y el desfile del caballo público. Y por una vez se han celebrado elecciones pacíficas en su fecha. E incluso un proceso senatorial en el que el malvado llevó su merecido y Hortensio un buen revolcón. Se han limpiado los baños del Trigarium, no ha habido tantas enfermedades como se esperaba, ni se ha producido un brote de parálisis estival, y ha disminuido notablemente la delincuencia y los timos —añadió sonriendo—. Lo merezcan o no, César, gran parte del mérito —y de los elogios— es de los cónsules. La actitud del pueblo hacia ellos es tan romántica como caprichosa, pues tú y yo sabemos realmente lo que hay, y, aunque no puede negarse que han desempeñado su cargo encomiablemente, han legislado para eludir responsabilidades, y el resto lo han dejado bastante bien. Pero aun así, César, cunden rumores. Rumores de que no todo es tan amigable entre Pompeyo y Craso; que no se hablan; que cuando uno está obligado a personarse en algún sitio, el otro no aparece. Y a mí me preocupa porque creo que esos rumores son ciertos... y porque pienso que nosotros, los de la clase alta, debemos dar a la gente ordinaria un año perfecto.

—Si, son ciertos los rumores —dijo César, lacónico.

—¿Y por qué?

—Fundamentalmente porque Marco Craso eclipsó la magnanimidad de Pompeyo y éste no lo soporta. Él pensaba que con la farsa del caballo público y sus juegos votivos sería el único ídolo del pueblo. Y entonces salió Craso con su distribución gratuita de trigo durante tres meses, y le demostró que no es el único que tiene una inmensa fortuna. Y Pompeyo se ha vengado negándole la palabra en la vida consular y en la privada. Por ejemplo, habría debido comunicar a Craso que hoy había reunión del

Senado —sí, todos sabemos que se celebra sesión en las calendas de septiembre— pero es el primer cónsul quien la convoca y debe notificarlo a los demás.

—A mi me lo notificó —dijo Lucio Cotta.

—Se lo comunicó a todos menos a Craso. Y Craso lo ha interpretado como una ofensa personal. Por eso no ha venido. Yo intenté hacerle entrar en razón, pero no hubo manera.

—¡Oh, cacat! —exclamó Lucio Cotta, dejándose caer enojado en la camilla—. Entre los dos van a echar por tierra un año único.

—No —replicó César—, no lo harán. No voy a dejarles. Aunque si logro que hagan las paces no durará mucho. Así que esperaré a fin de año y recurriré a algunos Cottas. A finales de año les obligaremos a hacer algún tipo de reconciliación pública que emocione a la gente. Así, el día de año viejo será *exeunt omnes* y todos lo despedirán cantando a voz en grito... el propio Plauto se sentiría orgulloso.

—¿Sabes —dijo Lucio Cotta pensativo, incorporándose— que cuando eras niño ya te consideraba yo como lo que Arquímedes habría denominado un primer motor? «¡Dadme una palanca y moveré el mundo!» Así te veía yo, y fue uno de los principales motivos por los que lamenté que te hiciesen flamen dialis. Por eso cuando pudiste deshacerte del cargo volví a incluirte en mi catálogo privado de hombres importantes. Pero no han ido las cosas como yo pensaba. Te mueves en medio del más complicado sistema de engranajes y ruedas; para lo joven que eres, tienes ya fama a muchos niveles desde el Senado al Subura, pero no como primer motor, sino más bien a guisa de un gran chambelán de una corte oriental... contento de ser el inductor de los acontecimientos pero dejando que otros se atribuyan el mérito. ¡Y eso me extraña en ti! —añadió, meneando la cabeza.

César le había escuchado con los labios apretados y aureolas de rubor en sus mejillas habitualmente marfileñas.

—No me habías catalogado mal, tío —replicó—. Pero creo que tal vez el cargo de flamen dialis fue lo mejor que pudo ocurrirme, dado que pude quitármelo de encima. Me enseñó a ser sutil a la vez que poderoso; me enseñó a esconder mi luz en circunstancias en que habría podido apagarse

al mostrarla; aprendí que el tiempo es más poderoso aliado que el dinero y los mentores; aprendí a revestirme de esa paciencia que mi madre solía creer que nunca tendría, y aprendí que todo tiene su utilidad. Y aún estoy aprendiendo, tío. ¡Ojalá nunca deje de hacerlo! Fue Lúculo quien me enseñó que puedo seguir aprendiendo desarrollando ideas y llevándolas a la práctica por medio de otros. Yo me quedo al margen y observo lo que sucede. Pierde cuidado, Lucio Cotta, llegará mi momento de ser el primer motor entre todos los demás. Incluso seré cónsul en mi año. Pero eso no será más que el principio.

Noviembre fue un mes tremendo, a pesar de que el tiempo fue agradable como el de mayo, cuando la estación y el calendario coincidían. La tía Julia cayó de pronto enferma de un extraño mal que ningún médico, incluido Lucio Tucio, acertó a diagnosticar. Era un síndrome de merma: peso, espíritu, energía e interés.

—Yo creo que está cansada, César —dijo Aurelia.

—¡Pero no de vivir! —exclamó éste, incapaz de hacerse a la idea de perder a su tía Julia.

—Ah, sí —replicó Aurelia—. Eso más que nada.

—¡Con la cantidad de cosas que ocupan su vida!

—No. Han muerto su esposo y su hijo y su vida no tiene objeto. Ya te lo he comentado otras veces —insistió ella, llenándose inopinadamente de lágrimas sus maravillosos ojos malva—. Yo lo entiendo en parte. Mi esposo ha muerto, y si tú desaparecieses, César, no lo soportaría. Mi vida no tendría objeto.

—Sería una aflicción, desde luego, pero no el fin, mater —replicó él, sin acabar de creer que significase tanto para ella—. Tienes nietos, tienes dos hijas.

—Es cierto, y Julia no —se enjugó las lágrimas—. Pero la vida de una mujer depende de sus hombres, César, no de las mujeres que ha dado a luz ni de los hijos de éstas. Ninguna mujer está satisfecha con su destino; es ingrato y oscuro. Son los hombres quienes mueven el mundo; no las

mujeres. Por eso la mujer inteligente vive su vida en función de sus hombres.

Sintió una debilidad en ella y dijo sin tapujos:

—Mater, ¿qué significaba Sila exactamente para ti?

Y ella contestó abatida:

—Entusiasmo e interés. Él me estimaba de una manera distinta a tu padre, aunque nunca anhelé ser esposa de Sila. Y menos su amante. Mi verdadero compañero era tu padre. Sila era mi sueño. No por su grandeza, sino por el tormento. No tenía amigos que sintiesen como él. Sólo el actor griego que le acompañó cuando se retiró, y yo, una mujer. ¡ Bueno, ya está bien! —añadió enérgica, sobreponiéndose—. Acompáñame a ver a Julia.

Julia no era ni la sombra de lo que había sido, pero se animó un poco al ver a César, que entendió un poco más lo que su madre le había dicho: la mujer inteligente vivía en función de sus hombres. ¿Debía ser así?, se dijo. ¿No merecían más las mujeres? Pero se imaginó el Foro y la Curia Hostilia con mujeres y se estremeció. Las mujeres eran para dar placer, compañía, servicio y utilidad. ¡ Lástima que quisieran más!

—Cuéntame algo del Foro —dijo Julia, agarrándole de la mano.

Notó que también aquella mano se iba convirtiendo en una garra, y su olfato, tan acostumbrado a aquel exquisito perfume que siempre había exhalado, captaba ahora un aroma agrio y un tufo innegable. No era exactamente la edad; pensó en la palabra muerte, pero la rechazó y forzó una sonrisa.

—Sí que tengo una historia del Foro que contarte. Bueno... una historia de basílica —dijo, jovial.

—¿De basílica? ¿De cuál?

—La primera de todas, la basílica Porcia edificada por Catón hace cien años. Como sabes, en uno de sus extremos se ha reunido siempre el colegio de los tribunos de la plebe. Y, quizás porque los tribunos de la plebe vuelven a gozar de plenos poderes, los de este año decidieron mejorar la sede. En medio del espacio que ocupan hay una gran columna que les impide juntarse más de los diez que son. Así que, Plautio, el decano del colegio, decidió quitarla. Llamó a la mejor firma de arquitectos y preguntó

si existía la posibilidad de deshacerse de ella. Después de muchos cálculos y verificaciones, le dijeron que sí, que podía quitarse y el edificio no resultaría afectado.

Julia permanecía tumbada en la camilla, arrimada a César, que estaba sentado en el borde, y no apartaba de él sus grandes ojos grises, ya hundidos y apagados, sonriéndole interesada.

—No sé en qué va acabar eso que me cuentas —dijo, apretándole la mano.

—¡Ni los tribunos de la plebe! Los obreros montaron los andamios y lo apuntalaron todo y los arquitectos perforaron y dieron golpecitos, dejándolo todo preparado para demoler la columna, cuando apareció un joven de veintitrés años —me han dicho que cumple veinticuatro en diciembre— y dijo que prohibía quitar la columna.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Plautio.

—Marco Porcio Catón, el biznieto de Catón el censor, que construyó la basílica —contestó el joven.

—¡Ah, pues muy bien! —replicó Plautio—. ¡Apártate de ahí antes de que te caiga la columna encima!

—Pero el joven no se movió del sitio y no quiso escuchar razones ni argumentos. Se sentó bajo el enojoso estorbo y se puso a discursar inmisericorde y sin descanso y con una voz que, dice Plautio —y estoy de acuerdo con él porque le he oído— es capaz de agrietar una estatua de bronce.

Aurelia mostraba ahora el mismo interés que Julia e hizo un gesto de desdén.

—¡Qué lata! —exclamó—. Espero que le hayan vetado.

—Lo intentaron, pero se negó a aceptar el veto, alegando que él era miembro de la plebe de pleno derecho, que su bisabuelo construyó la basílica y que para modificarla tendrían que pasar por encima de su cadáver. Desde luego, hay que admitir que es terco. Y a ello aducía una ristra interminable de razones, que fundamentalmente giraban en torno al hecho de que su bisabuelo había construido la basílica Porcia de una manera y que esa manera era sagrada, inviolable, parte del mos maiorum.



—¿Y quién ha vencido? —inquirió Julia, conteniendo la risa.

—El joven Catón, por supuesto. Los tribunos de la plebe eran incapaces de aguantar aquel trueno de voz.

—¿Y no hicieron uso de la fuerza? ¿Es que no podían arrojarle desde la roca Tarpeya? —inquirió Aurelia, indignada.

—Creo que les habría encantado, pero la dificultad fue que cuando ya estaban dispuestos a emplear la fuerza se había corrido el rumor y llegaba tanta gente a diario para ver la pugna, que Plautio pensó que habría sido más nocivo para los tribunos de la plebe usar la fuerza a la vista del populacho que aceptar el inconveniente de la columna. ¡Sí que le echaron más de diez veces de la basílica, pero él volvía a entrar! Y estaba claro que no habría cedido. Así pues, Plautio convocó reunión de los diez miembros del colegio y optaron por aguantar la molestia de la columna —dijo César.

—¿Qué aspecto tiene ese Catón? —inquirió Julia.

—No es fácil describirle —contestó César, frunciendo el ceño—. Es feo y guapo. Quizás lo más aproximado que pueda decirse es que recuerda un caballo de buena raza que intenta comerse una manzana a través de un enrejado.

—Dentón y narigudo —espetó Julia sin vacilar.

—Exacto.

—Yo puedo contarte otra historia de él —dijo Aurelia.

—¡Cuenta, cuenta! —dijo César, al advertir el interés de su tía Julia.

—Sucedio antes de que cumpliera los veinte años. Siempre había estado locamente enamorado de su prima Emilia Lépidia, la hija de Mamerco. Pero ella estaba ya prometida a Metelo Escipión cuando éste marchó a Hispania a servir con su padre; pero al regresar unos años antes que el padre, resultó que él y Emilia se habían enamorado perdidamente. Ella rompió el compromiso y anunció que iba a casarse con Catón y Mamerco se puso furioso. Sobre todo, parece ser, porque mi amiga Servilia, que es hermanastra de Catón, le había prevenido de los amoríos de Catón y Emilia Lépidia. Bueno, al final todo se arregló porque Emilia Lépidia no tenía intención de casarse con Catón, y sólo lo había dicho para dar celos a Metelo Escipión. Y cuando éste fue a hablar con ella y pedir que le

perdonase, Catón se vio rechazado y Metelo Escipión aceptado de nuevo, casándose poco después. Pero Catón se tomó tan a pecho su rechazo que intentó matar a la pareja, y al no conseguirlo, quiso plantear querella a Metelo Escipión por enajenarle el afecto de Emilia Lépida. Su hermanastro Servilio Cepio —un buen joven, casado con la hija de Hortensio— le disuadió de que no hiciese el ridículo y Catón desistió. Aunque parece ser que se pasó el año siguiente escribiéndole poemas, muy malos, según me han dicho.

—¡Qué divertido! —comentó César, riendo.

—¡No creas que fue tan divertido! No sé lo que será ese joven Catón en el porvenir, pero hasta ahora no ha hecho más que irritar a la gente profundamente —dijo Aurelia—. Mamerco y Cornelia Sila, y no digamos Servilia, le detestan. Y creo que lo mismo sucede ahora con Emilia.

—Ahora está casado con otra, ¿no? —inquirió César.

—Sí, con Atilia. No es ningún partido, pero él poca cosa posee. Han tenido una niña el año pasado.

Y, de momento, ya estaba bien de cotilleos, pensó César, contemplando a su tía.

—No quiero creerlo, mater, pero tienes razón. Tía Julia se va a morir —dijo a Aurelia nada más salir de la casa.

—Sí, pero aún no, hijo mío. Vivirá hasta entrado Año Nuevo y quizás más.

—Oh, espero que viva hasta después de que yo marche a Hispania.

—¡César, eso es una cobarde esperanza! —comentó la inexorable Aurelia—. Tú no sueles rehuir los acontecimientos desagradables.

César se detuvo en medio de Alta Semita con los puños cerrados.

—¡Déjame en paz! —dijo, con voz tan fuerte que dos que pasaban se los quedaron mirando con curiosidad—. ¡Siempre el deber, el deber, el deber! ¡Pues bien, mater, estar en Roma para enterrar a la tía Julia es un deber que me repele!

Y sólo la costumbre y la cortesía le hicieron continuar al lado de su madre el resto del paseo hasta la casa; habría dado cualquier cosa por dejarla y regresar él solo hasta el Subura.

Tampoco la casa era un paraíso. Cinnilla, embarazada ya de seis meses, no se encontraba muy bien. A la «enfermedad diurna y nocturna», como la denominaba César en broma, había sucedido una hinchazón de piernas y pies que agobiaba y preocupaba a la futura madre, obligada a pasar la mayor parte del tiempo en la cama con las piernas en alto. Pero Cinnilla no sólo padecía molestias y preocupaciones, sino que estaba malhumorada; una actitud que a todos les resultaba insoportable, pues no era natural en ella.

Por ello, y por primera vez durante los períodos en que vivía en Roma, César optó por pasar las noches y los días fuera de la vivienda del Subura. Quedarse en casa de Craso era imposible; Craso no iba a dar de comer a una boca más, y menos hacia el final del año de mayor gasto de su vida. Y Cayo Matius acababa de casarse, por lo que la otra vivienda de la planta baja de la ínsula de Aurelia (que habría sido el lugar ideal) tampoco estaba disponible. Y ahora no tenía ganas de aventuras; la historia con Cecilia Metela había concluido de golpe al exiliarse Verres a Massilia, y aún no había encontrado otra que le gustara. A decir verdad, el mal estado físico de su tía y de su esposa no estimulaba su frivolidad. Por ello, optó por alquilar una pequeña vivienda de cuatro habitaciones en el vicus Patricius, cerca de su casa, y allí pasaba la mayor parte del tiempo en compañía de Lucio Decumio. Dado que el vecindario era tan poco recomendable como el de la insula de su madre, sus amistades políticas no irían por allí de visita, y eso complacía a la parte reservada de su naturaleza. Además, César, siempre práctico, previó las posibilidades cuando le volviesen las ganas de aventura y comenzó a interesarse por la vivienda (era un buen edificio) para la que compró algunos buenos muebles y obras de arte. Y una buena cama.

A principios de diciembre ofició una enternecedora reconciliación. En los rostra se hallaban los dos cónsules juntos esperando a que el pretor

urbano, Lucio Cotta, convocase la Asamblea del pueblo, pues era el día en que había de ratificarse la ley de Cotta para la reforma del sistema jurídico. Aunque Craso tenía los fasces en diciembre y estaba obligado a hacer acto de presencia, Pompeyo no estaba dispuesto a consentir estar ausente de un acto público como aquél, y, como los cónsules no podían situarse cada uno a un extremo de la tribuna sin provocar comentarios, se hallaban uno junto a otro. En silencio, cierto, pero aparentemente en actitud amistosa.

A la convocatoria acudió el primo carnal de César, el joven Cayo Cotta, hijo del finado cónsul Cayo Cotta; aunque aún no era miembro del Senado, nada le impedía votar en la asamblea por tribus, y aquella ley era una propuesta de su tío Lucio Cotta. Y fue este joven quien, al ver a Pompeyo y Craso, al parecer más unidos de lo que lo habían estado durante meses, gritó tan fuerte que hizo que en su derredor cesaran las voces y todos se quedasen quietos, mirándole.

—¡Oh! —volvió a gritar, aún más fuerte—. ¡Mi sueño se ha hecho realidad!

Y se llegó con tal ímpetu hasta la tribuna de los rostra, que Pompeyo y Craso dieron un paso atrás. El joven Cotta se situó entre los dos, pasándoles el brazo por los hombros y miró a la multitud en la hondonada de los comicios con lágrimas en los ojos.

—¡Quirites! —clamó—. ¡Anoche tuve un sueño! ¡Júpiter Optimus Maximus me habló desde la nube y el fuego, bañándome y quemándome! Desde abajo, donde yo estaba, vi las figuras de dos cónsules, Cneo Pompeyo Magnus y Marco Licinio Craso. Pero no estaban juntos como los he visto hoy, sino uno a la derecha y otro a la izquierda, mirando tercamente en direcciones opuestas. Y la voz del gran dios me dijo desde la nube y el fuego: «¡No deben dejar su cargo consular enemistados! ¡Que cesen siendo amigos!»

El silencio era absoluto y mil rostros estaban pendientes de los tres hombres en lo alto. Cayo Cotta bajó los brazos de los hombros de los cónsules, dio un paso al frente y se volvió hacia ellos, dando la espalda a la multitud.

—Cneo Pompeyo, Marco Licinio, ¿verdad que seréis amigos? —dijo el joven con voz estentórea.

Durante un buen rato, nadie se movió y tanto Pompeyo como Craso mantuvieron su adusta expresión.

—¡Vamos, estrechaos la mano! ¡Sed amigos! —gritó Cayo Cotta. Ninguno de los dos se movía. Luego, Craso se volvió hacia Pompeyo y le tendió su manaza.

—Me complace ceder el primer puesto al hombre que fue llamado Magnus mucho antes de que le saliera barba y que celebró no uno sino dos triunfos antes de ser senador! —vociferó Craso.

Pompeyo profirió una especie de agudo gañido y estrechó la manaza de Craso y hasta el antebrazo, arrobado, y ambos se dieron un abrazo. La multitud era puro delirio y la noticia de la reconciliación no tardó en correrse por el Velabrum, el Subura y las manufacturas más allá de las marismas de Palus Ceroliae; la gente acudía de todas partes a comprobar que los cónsules volvían a ser amigos, y durante el resto del día Pompeyo y Craso estuvieron recorriendo juntos Roma, estrechando manos en baño de multitudes y recibiendo enhorabuenas.

—Hay triunfos y triunfos —dijo César a su tío Lucio y a su primo Cayo—. Hoy ha tenido lugar el mejor triunfo, y te doy las gracias por tu ayuda.

—¿Fue difícil convencerles de que debían reconciliarse? —inquirió el joven Cayo Cotta.

—Realmente, no. Si hay algo que esa pareja comprende perfectamente es la importancia de la popularidad. Ninguno de los dos es muy dado a compromisos, pero yo atribuí méritos a los dos por igual y quedaron contentos. Craso tuvo que tragarse su orgullo y decir todas esas cosas repugnantes sobre Pompeyo, pero, por otra parte, cosechó fuertes simpatías por ser el primero en tender la mano y hacer concesiones. Por eso, en la pugna por ganarse a la gente ha quedado vencedor Craso. Menos mal que Pompeyo no se da cuenta y cree que quien ha salido ganando es él por

haberse mantenido displicente, forzando a su colega a reconocer su superioridad.

—Entonces, más te valdrá que Magnus no descubra antes de que acabe el año quién ha ganado realmente —dijo Lucio Cotta.

—Lamento haberte estropeado la convocatoria, tío. Ahora la multitud estará inquieta durante la votación.

—Ya votará mañana.

Los dos Cottas y César salieron del Foro por la escalinata de las Vestales que ascendía hasta el Palatino, pero a medio camino, César se detuvo y se volvió a mirar. Allí estaban los dos, Pompeyo y Craso, rodeados de una muchedumbre romana encantada, y ellos también contentos por la reconciliación.

—Este año ha sido muy tranquilo —dijo César, reanudando la ascensión—. Todos hemos salvado una especie de obstáculo, y tengo la extraña impresión de que nunca volveremos a sentirnos tan a gusto.

—Sí, sé lo que quieres decir —dijo Lucio Cotta—. Es el año en que habré pasado a los libros de historia con mi ley sobre el jurado. Si decidiese presentarme a las elecciones de cónsul, sería una decepción.

—Yo no quería decir eso —replicó César riendo.

—¿Qué harán Pompeyo y Craso cuando termine el año? —inquirió el joven Cayo Cotta—. Dicen que ninguno de los dos quiere ir de gobernador a una provincia.

—Y así es —añadió Lucio Cotta—. Volverán los dos a ser privatus. ¿Por qué no? Bien poco hace que han realizado grandes campañas... son tan ricos que no tienen necesidad de embolsarse beneficios en ninguna provincia y han culminado su consulado con leyes que les eximen de cualquier sospecha de traición y que garantizan a sus excombatientes todas las tierras que deseen. ¡Yo, de estar en sus botas, tampoco iría a gobernar una provincia!

—Encontrarías sus botas bien incómodas —dijo César—. ¿A dónde van a ir? Pompeyo dice que regresa a su adorado Piceno y que jamás volverá a cruzar las puertas del Senado. Y Craso está más que decidido a recuperar con sus negocios los mil talentos que tuvo que gastar este año. Y yo voy de

cuestor a la Hispania Ulterior con un gobernador que no está mal —añadió, con un profundo suspiro de satisfacción.

—Cayo Antistio Veto, antiguo cuñado de Pompeyo —dijo el joven Cotta con una sonrisa.

César no explicó su mayor anhelo: salir para Hispania antes de que muriera su tía Julia.

Pero no fue así. Le avisaron para que acudiera a su lecho de muerte una noche tormentosa a mediados de febrero; su madre llevaba ya varios días en casa de la enferma.

Aún estaba consciente y veía, y cuando él entró en el cuarto, sus ojos se iluminaron levemente.

—Te estaba esperando —dijo.

Le dolía el pecho por el esfuerzo de dominar sus emociones, pero logró sonreír cuando él le dio un beso y se sentó en el borde de la cama como siempre hacía.

—No iba a darte plantón —dijo él bromeando.

—Quería verte —añadió ella con voz bastante fuerte y clara.

—Ya me ves, tía Julia. ¿Qué quieres?

—¿Tú qué harías por mí, Cayo Julio?

—Lo que me pidieses —contestó él sin reservas.

—¡Ah, eso me consuela! Ahora sé que me perdonarás.

—¿Perdonarte? —inquirió él, estupefacto—. ¡No hay nada de nada que tenga que perdonarte!

—Que me perdones el no haber impedido que Cayo Mario te nombrase flamen dialis —dijo ella.

—¡Tía Julia, nadie podía impedir que Cayo Mario hiciese lo que se le antojase! —exclamó César—. ¡ Los alrededores de Roma están llenos de tumbas de quienes lo intentaron! ¡Ni por un instante se me pasó por la imaginación echarte la culpa! ¡No tienes por que culparte!

—No lo haré si tú no lo haces.

—Yo no. Te doy mi palabra.

Cerró los ojos y las lágrimas escaparon bajo sus párpados.

—Pobre hijo mío —musitó—. Es horrible ser el hijo de un gran hombre... Espero que no tengas hijos, porque tú serás un gran hombre.

La mirada de César se cruzó con la de su madre y, súbitamente, advirtió en ella un vestigio de celos. Su reacción fue brutal e inmediata: cogió a Julia en sus brazos y juntó su rostro a su mejilla.

—Tía Julia —le dijo al oído—, ¿qué voy a hacer sin tus abrazos y tus besos?

Y su mirada daba a entender claramente a su madre que era ella la que de niño le había besado y abrazado. ¡Ella, no tú! ¡Tú nunca! ¿Cómo voy a poder vivir sin tía Julia?

Pero tía Julia no contestó, ni alzó los ojos para mirarle. Ya no volvió a hablar ni a mirar; murió varias horas después sin que él dejase de abrazarla.

Acudieron Lucio Decumio y sus hijos, y Burgundus. César les mandó que acompañaran a su madre a casa y él caminó como flotando por entre la multitud, sin ver a nadie. Había muerto tía Julia y no lo sabía nadie más que él y su familia. Se le ocurrió pensarlo en el momento en que habría debido llorar, y la tribulación venció a las lágrimas. ¡Roma tenía que saber que había muerto! ¡Roma sabría que había muerto!

—Un funeral discreto —dijo Aurelia, cuando él regresó a la casa al caer el sol.

—¡Ah, no! —respondió él, que parecía haber ganado en estatura y hallarse lleno de luz y potencia—. ¡Tía Julia va a tener el mejor funeral que se ha visto desde la muerte de Cornelia, madre de los Gracos! ¡Y sacaremos todas las máscaras de los antepasados, con las de Cayo Mario y su hijo!

—¡César, no puedes hacer eso! —replicó ella, boquiabierta—. Los cónsules son Hortensio y Metelo Caprario, Roma se ha hecho conservadora y vengativa y algún tribuno de la plebe de Hortensio te mandará arrojar desde la roca Tarpeya por exhibir las imágenes de dos hombres declarados oficialmente traidores.

—Que lo intenten —replicó César con desdén—. ¡Enviaré a tía Julia al más allá con todos los honores y respeto público que se merece!



Y, naturalmente, aquella resolución mitigó su aflicción. Ahora tenía algo concreto que hacer y era un exutorio que le pareció más digno de aquella encantadora mujer que las lágrimas y el lamentable sentimiento de pérdida irreparable. Estar ocupado, trabajar por su memoria.

Sabía cómo iba a llevar a cabo sus planes, desde luego; haría de modo que ningún magistrado pudiese impedirsele ni procesarle por mucho que quisieran. Pero mejor que nada, imposibilitarles cualquier intento. Contrató el funeral con la empresa de sepelios más prestigiosa de Roma al precio de cincuenta talentos de plata; por aquella enorme cantidad nadie se negó a participar, a pesar del hecho de que César estaba dispuesto a exhibir ante toda Roma las máscaras de Cayo Mario y de su hijo. Alquiló actores y carros para su transporte; entre los antepasados figurarían el rey Anco Marcio, Quinto Marcio Rex, Iulo, el primer cónsul Juliano, Sexto César, Lucio César, Cayo Mario y su hijo.

Pero no era ésta la principal disposición, que confiaría únicamente a Lucio Decumio y a su cofradía de los cruces y que consistió en difundir a los cuatro vientos por toda la ciudad la noticia de que la gran Julia, viuda de Cayo Mario, había muerto y sería enterrada al cabo de dos días a la tercera hora. Que acudiesen cuantos quisieran. Por Cayo Mario no se había celebrado funeral público y de su hijo sólo se había visto la cabeza pudriéndose en los rostra; por consiguiente, las exequias de Julia serían extraordinarias y Roma podría manifestar el escamoteado luto por los Marios presenciando las ceremonias de este entierro.

El asunto cogió por sorpresa a todos los magistrados, pues nadie les informó de lo que iba a hacerse y ninguno de ellos había previsto asistir al entierro de Julia. Pero Marco Craso fue, y también Varrón Lúculo y Mamercio con Cornelia Sila y nada menos que Filipo; además de Metelo Pío el Meneíto y los dos Cottas, naturalmente. Todos ellos habían sido advertidos, pues César no quiso comprometer a nadie sin avisar.

Y toda Roma se volcó en masa; miles y miles de personas a quienes nada importaba las proscripciones y los decretos de bandolerismo y sacrilegio. Era la oportunidad de manifestar su duelo por Cayo Mario y ver aquel fiero y querido rostro con sus enormes cejas fruncidas llevado por un

actor de estatura y corpulencia iguales a las del muerto. ¡Y figuraría también su hijo el joven Mario, tan guapo e impresionante! Pero lo que mayor impresión causó fue el sobrino vivo de Cayo Mario, ataviado con toga de luto tan negra como los ropajes de los caballos que tiraban de las carrozas, con su pelo dorado y su rostro blanco en fuerte contraste con la abundancia de negro que le rodeaba. ¡Qué guapo! ¡ Parecía un dios! Era aquélla la primera aparición de César ante una gran muchedumbre desde la época en que había ayudado al impedido Mario después de su infarto, y quería asegurarse de que la gente de Roma no le olvidase. Era el único descendiente varón de Cayo Mario y quería que todos los que acudiesen al entierro de Julia supiesen quién era: el descendiente de Cayo Mario.

Pronunció el elogio funerario desde los rostra y era la primera vez que hablaba desde esa tribuna, la primera vez que contemplaba a sus pies un mar de rostros cuyos ojos estaban fijos en él. A Julia la habían preparado con primor para su último viaje público, tan bien maquillada que parecía una bella joven, y arrancaba lágrimas entre la multitud. Otras tres hermosas mujeres estaban de pie junto al cadáver en la tribuna de las arengas; una, ya cincuentona, de quien los agentes de Lucio Decumio no cesaban de decir, esparcidos entre la multitud, que era la madre de César; otra de unos cuarenta años, cuyo pelo rojo dorado proclamaba que era hija de Sila; y una jovencita morena en avanzado estado de gravidez, sentada en una silla, que era la esposa de César y que en el regazo tenía a una niña preciosa de cutis argénteo y de unos siete años en quien no era difícil adivinar la hija del propio César.

—¡Mi familia la forman mujeres! —gritó César desde la tribuna con su voz aguda de orador—. No quedan varones de la generación de mi padre ni de la mía. Yo soy el único que honra hoy en Roma el fallecimiento de la mujer de más años de mi familia, Julia, cuyo nombre no alteró ningún diminutivo ni apelativo pues era la mayor de las Julias y embelleció el nombre de su gens de tal manera como jamás en Roma se ha conocido en una matrona. Era hermosa, de natural amable y poseía toda la lealtad que un hombre puede esperar de una esposa, una madre o una tía; poseía el don cálido del afecto y la bondad de un espíritu generoso. Si hay una mujer con

la que podría comparársela, quien también perdió su esposo y sus hijos mucho antes de morir, sería, qué duda cabe, otra gran patricia romana: Cornelia, madre de los Gracos. No han sido tan dispares sus vidas, puesto que Cornelia y Julia sufrieron la cruel aflicción de un hijo decapitado sin derecho a sepelio. ¿Y quién puede decir en cuál de las dos habrá sido más hondo el dolor, sabiendo que una perdió a todos sus hijos pero no padeció el infortunio de ver al esposo deshonorado, mientras que la otra perdió a su único hijo y conoció la desventura de un esposo deshonorado y la pobreza en la vejez? Cornelia fue octogenaria; Julia expiró a los cincuenta y nueve años. ¿Sería acaso falta de coraje en Julia o una vida más muelle en el caso de Cornelia? Nunca lo sabremos, pueblo de Roma. Ni hay por qué preguntarlo. Las dos fueron mujeres grandes e ilustres.

»Pero no estoy aquí para honrar a Julia ni a Cornelia. Julia de los Julios Césares, cuyo linaje era más ilustre que el de ninguna otra romana, pues en él entroncan los reyes de Roma y los dioses fundadores de la ciudad. Su madre era Marcia, la hija menor de Quinto Marcio Rex, el augusto descendiente del cuarto rey de Roma, Anco Marcio, a quien cotidianamente se recuerda en esta gran ciudad con gratitud y alabanzas, pues él trajo a la ciudad el agua potable para surtir de fuentes a todas las plazas públicas y encrucijadas. Su padre fue Cayo Julio César, el hijo menor de Sexto Julio César, patricios de la tribu Fabia, otrora reyes de Alba Longa, descendientes de Tulo, hijo de Eneas, a su vez hijo de la diosa Venus. Por sus venas corría la sangre de una divinidad poderosa y también la de Marte y Rómulo, pues, ¿quién era Rea Silvia, la madre de Rómulo y Remo sino Julia? Así, en mi tía carnal Julia se conjugan la majestad mortal de los reyes y la santidad de los dioses que son dueños de los reyes.

»A la edad de dieciocho años casó con un hombre que hasta el mas humilde de vosotros conocéis. Casó con Cayo Mario, cónsul de Roma siete veces, vencedor del rey Yugurta de Numidia, vencedor de los germanos y vencedor de las primeras batallas en la guerra itálica. Y hasta que este polémico y poderoso hombre murió en la cumbre de su poder, ella fue su leal y fiel esposa. Y de él tuvo su único hijo, Cayo Mario el joven, que fue primer cónsul de Roma a la edad de veintiséis años.

»No es culpa suya que ni el esposo ni el hijo conservaran impoluta su fama después de morir. No es culpa suya que sobre su persona cayera la proscripción y tuviese que abandonar la que había sido su casa durante veintiocho años para ir a una mucho más inferior, expuesta al cruel viento norte que azota el Quirinal externo. No es culpa de ella que la Fortuna le dejase poco con qué vivir para paliar las necesidades de su nuevo vecindario. No es culpa suya haber muerto antes de tiempo. No es culpa suya que se prohibiese exhibir para siempre las máscaras funerarias de su esposo y de su hijo.

»Yo la conocí bien de niño, pues serví de apoyo a Cayo Mario durante aquel aciago año en que el segundo infarto le convirtió en un lisiado. Iba cada día a su casa para cuidar de su esposo y ella me daba dulcemente las gracias. De ella he recibido un cariño como ninguna mujer me ha dado, pues mi madre hubo de ser padre también y no podía permitirse el lujo de caricias y besos que son impropios de un padre. Pero tenía a mi tía Julia, y, aunque mil años viviese, jamás olvidaría uno solo de esos besos y caricias, una sola de las cariñosas miradas que me dirigían sus hermosos ojos grises. ¡Y yo os digo, pueblo de Roma, lamentad su muerte! ¡Doleos de su muerte como yo hago! ¡Doleos de su destino y de la tristeza que la vida le reservó! Y doleos también del destino de su esposo y su hijo, cuyas imágenes os muestro en este triste día. ¡Dicen que no está permitido mostrar las máscaras de los Marios, que se me puede privar de mi rango y ciudadanía por cometer el nefando crimen de enseñar aquí en el Foro —¡que ellos tan bien conocían!— dos objetos inanimados hechos de cera pintada y cabello de otros! ¡Pues yo os digo que si así se dictaminara, si fuese despojado de mi rango y ciudadanía por exhibir las máscaras de los Marios, que así sea! Pues yo quiero honrar a mi tía carnal como es debido y esa honra es inseparable de su devoción a los Marios que fueron su esposo e hijo. ¡Muestro esas imágenes por Julia, y no consentiré que ningún magistrado de esta ciudad las excluya del desfile funerario! ¡Adelante Cayo Mario, adelante Cayo Mario hijo! ¡Honrad a vuestra esposa y madre, Julia de los Julios Césares, hija de reyes y dioses!

La multitud lloraba desconsolada, pero cuando los actores que portaban las máscaras de Cayo Mario y su hijo avanzaron para efectuar sus reverencias a la rígida figura del féretro, comenzó a oírse un murmullo que fue creciendo hasta convertirse en coro de exclamaciones, que, finalmente, se convirtió en ensordecedor estruendo. Y Hortensio y Metelo Caprario el joven, que contemplaban estupefactos la escena desde lo alto de la escalinata del Senado, volvieron la espalda impotentes. El delito de Cayo Julio César tendría que aceptarse con legal y disciplinario silencio, pues toda Roma le amparaba.

—Ha sido digno de oír —dijo Hortensio a Catulo poco después—. No sólo ha desafiado las leyes de Sila y del Senado, sino que ha aprovechado la ocasión para recordar a la muchedumbre que es descendiente de reyes y dioses.

—Bien, César, te saliste con la tuya —dijo Aurelia al final de aquella larga jornada.

—Lo sabía de antemano —contestó él, dejando caer al suelo la negra toga con un suspiro de alivio—. Los pocos conservadores del Senado pueden estar en el poder este año, pero ninguno de ellos tiene la seguridad de que el año que viene vuelvan a salir elegidos. Los romanos quieren un cambio de gobierno y un hombre con el valor de sus convicciones; sobre todo si eleva al anciano Cayo Mario al pedestal del que la ciudadanía nunca le apeó, por mucho que sus estatuas hayan sido derribadas.

Moviéndose como una anciana hidrópica, Cinnilla entró en el cuarto y vino a sentarse en la camilla al lado de César.

—Ha sido impresionante —dijo, cogiéndole la mano—. Me alegro de haber podido asistir al menos a la oración funeraria. ¡Qué bien has hablado!

Él se volvió, le cogió la cara entre las manos y apartó un mechón de su frente.

—Pobrecita mía —dijo con ternura—, ya te falta poco. Sabes que no debes sentarte con las piernas colgando —añadió, cogiéndole los pies y poniéndolos en su regazo.

—¡Oh, César, se hace tan largo! A Julia la tuve sin ningún apuro, pero esta segunda vez es lamentable. ¡No lo entiendo! —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo sí —terció Aurelia—. Esta vez es niño. Yo tuve a mis dos hijas sin tropiezos, pero tú, César, fuiste una carga.

—Creo que esta noche iré a dormir a mi vivienda —dijo César, dejando los pies de Cinnilla en la camilla y levantándose.

—¡Oh, César, no; por favor! —dijo la embarazada suplicante, haciendo un mohín—. Quédate. Te prometo que no hablaré de niños ni de cuitas de mujer. Aurelia, no se lo permitas.

—¡Bah! —exclamó Aurelia, levantándose de la silla—. ¿Y Eutico? Lo que tenemos que hacer es cenar.

—Está alojando a Estrofantes —contestó Cinnilla entristecida, iluminándosele el rostro al ver que César, resignado, volvía a sentarse—. ¡Pobre viejo! ¡No le queda nadie!

—Y él no tardará en dejarnos —dijo César.

—¡Oh, no digas eso!

—Se le ve en la cara, esposa. Y será lo más piadoso.

—Espero —añadió Cinnilla— no vivir tanto que sea la última. Creo que es el peor destino.

—Peor destino —dijo César, a quien desagradaba que le recordasen cosas amargas—es no hablar más que de tristezas.

—Estás así por vivir en Roma —añadió ella, sonriente, mostrando la arruguita rosa del labio—. Te sentirás mejor cuando vayas a Hispania. En Roma nunca estás tan contento como cuando viajas.

—El próximo nundinus, esposa, por mar, a principios de invierno. Tienes razón. No me gusta estar en Roma. ¿Qué me dices de tener este niño antes del próximo nundinus? Me gustaría conocer a mi hijo antes de partir.

Vio a su hijo antes de marchar aquel nundinus, pero cuando finalmente la comadrona y Lucio Tucio consiguieron sacarle del canal del parto, vieron que llevaba muerto varios días. Y Cinnilla, hinchada y entre convulsiones,

con un lado paralizado por el infarto, murió casi al mismo tiempo que expulsaba el aborto.

Nadie podía creerlo. Si la muerte de Julia había causado impresión y dolor, la de Cinnilla era insufrible. César lloró como nunca lo había hecho sin preocuparse por el qué dirán. Hora tras hora, desde el momento de la primera mortal convulsión hasta el instante en que la enterraron. Una pérdida era soportable, pero dos constituía una pesadilla asoladora. Por el niño muerto no quiso afligirse ni pensar en él; había muerto Cinnilla, y ella había vivido en la casa desde que él tenía catorce años, había sido parte del agobio del cargo de flamen dialis; había muerto la niña regordeta a quien había querido como hermana y como esposa a partes iguales. ¡ Diecisiete años! Habían sido niños juntos; los únicos niños de aquella casa.

Su muerte afligió a Aurelia sin comparación con la de Julia, y aquella mujer de hierro lloró tan desconsoladamente como su hijo.

Se había extinguido una luz que echaría en falta el resto de su vida; en parte nieta y en parte nuera, de aquella dulzura no quedarían más que los ecos, un telar vacío y una cama vacía. Burgundus lloró, Cardixa lloró; y sus hijos y Lucio Decumio, Estrofantes, Eutico y todos los criados. Y también lloraron los habitantes de la insula y no poca gente del Subura.

Su entierro fue muy distinto al de Julia; el de aquella, en cierto modo, había sido un episodio glorioso, una ocasión para que el orador elogiase a una gran mujer y a su familia. Pero sí que había similitudes. César sacó las imágenes de Cornelio Cinna del almacén en que las había escondido con las máscaras de los dos Marios y las portaron actores para escandalizar otra vez a Hortensio y a Metelo Caprario el joven; y aunque no era costumbre hacer el elogio funerario desde la tribuna de las arengas de una mujer joven, César lo hizo. Pero no en tono glorioso, sino en tono afable, haciendo hincapié en lo placentera que había sido su compañía y en los años durante los cuales ella le había consolado por haber perdido la libertad juvenil. Habló de su sonrisa y aquellos lanudos atavíos que se había visto obligada a vestir como flaminica dialis. Habló de su hija, a quien sostenía en brazos, mientras lo hacía. Y lloró.

Y terminó diciendo:

—No hay mayor dolor que el que siento en estos momentos dentro de mi. La tragedia de ese dolor que hace que todos nosotros siempre pensemos que no hay dolor como el nuestro. Pero estoy dispuesto a confesaros que quizás sea un hombre frío y duro cuyo mayor afecto sea su propia dignitas. Que así sea. En cierta ocasión me negué a divorciarme de la hija de Cinna. En aquel entonces pensé que me negaba a obedecer la orden de Sila de divorciarme de ella en beneficio propio y por las posibilidades que ello me ofrecía. Pues bien, ya os he dicho cuál es la tragedia del dolor, y esa tragedia nada tiene que ver con la crueldad de no darse cuenta de lo que una persona significa para uno hasta una vez que está muerta.

Nadie vitoreó la imago de Lucio Cornelio Cinna ni de sus antepasados, pero Roma lloró tanto, que por segunda vez en dos nundinae los enemigos de César se vieron impotentes para actuar contra él.

De pronto, su madre había envejecido de pena. Penosa situación para el hijo, cuyos intentos de consolarla con besos y abrazos fueron rechazados.

¿Soy tan frío porque ella es tan fría y dura? ¡ Pero es fría y dura únicamente conmigo! ¡Ah!, ¿por qué me hará esto? ¡ Hay que verla, tan afligida por Cinnilla! ¡ Igual que por el viejo y horrendo Sila! Si yo fuese mujer, un hijo me sería un gran consuelo. Pero soy un noble romano y los hijos de un noble romano siempre están apartados de él. ¿Cuántas veces he visto yo a mi padre? ¿Y acaso he podido hablar alguna vez de ello con él?

—Mater —dijo—, te doy a la pequeña Julia. Tiene casi la misma edad que Cinnilla cuando vino a vivir a nuestra casa. Con el tiempo será ella quien llene tus afectos, y no intentaré apartarla de ti.

—La he tenido desde que nació —dijo Aurelia— y sé muy bien lo que dices.

Entró el viejo Estrofantes, arrastrando los pies, miró legañoso a la madre y al hijo y volvió a salir.

—Tengo que escribir al tío Publio a Esmirna —dijo Aurelia—. El pobre es también otro que nos enterrará a todos.

—Sí, hazlo, mater.



—César, no te entiendo cuando actúas como el niño que llora porque se ha comido el pastel que pensaba que nunca se acabaría.

—¿A cuento de qué viene esa observación?

—Lo dijiste tú durante el elogio funerario de Julia. Que yo tuve que hacer de padre y de madre contigo y, por consiguiente, no pude darte los besos y caricias que te dio Julia. Cuando lo oí, sentí un gran alivio; por fin lo habías entendido. Pero ahora, observo que vuelves a estar amargado. Acepta tu suerte, hijo. Para mí significas mucho más que Julia, que Cinnilla, que nadie. Significas más que tu propio padre. Y mucho más que lo que habría podido significar Sila, si hubiera cedido a él. Si no puede haber paz entre nosotros, ¿no podríamos decretar una tregua?

—¿Por qué no? —replicó él, sonriendo irónico.

—Te encontrarás a gusto en cuanto salgas de Roma, hijo.

—Es lo que dijo Cinnilla.

—Y tenía razón. Nada disipará tu aflicción por esa muerte como un buen viaje por mar que despeje los desechos que se acumulan en tu mente. Ya verás como vuelve a dar resultado. Tiene que ser así.

Tiene que ser así, se repetía mentalmente César, cabalgando las breves millas entre Roma y Ostia, donde aguardaba su barco. Es cierto. Mi espíritu puede estar deshecho, pero tengo la mente incólume. Nuevas cosas que hacer, nuevas gentes que conocer, un país nuevo para ver ¡y sin Lúculo! Saldré de ésta.

## NOTA DE LA AUTORA

*Favoritos de la fortuna, sin ser la última obra de la serie, marca el final del período de la historia de Roma en que las fuentes son escasas por no contar aún con la obra de Tito Livio y Dión Casio, y no digamos Cicerón, el más prolífico. Efectivamente, esta circunstancia ha motivado que en los tres primeros libros haya podido abarcar casi todos los acontecimientos históricos de un extremo a otro del Mediterráneo. Por ello, Favoritos de la fortuna es también un punto de inflexión en el tratamiento del tema de mi obra, que es la caída de la república romana. Los libros que seguirán estarán centrados en aspectos más limitados de la historia general de la época, creo que para mayor ventaja de lectores y autor.*

*No obstante, también Favoritos de la fortuna se ha enriquecido con ese aumento de las fuentes históricas, como son la aparición de dos animales en el relato, el perro del rey y la reina de Bitinia y la famosa corza de Sertorio, los dos documentados: el perro por Estrabón y la corza por Plutarco.*

*Favoritos de la fortuna se aproxima, además, a un período de la historia de Roma en el que Hollywood ha hecho sus incursiones en detrimento de la Historia, cuando no del propio Hollywood. El lector hallará una versión muy distinta de Espartaco a la que se da en el film. No dispongo de espacio ni de ganas para explicar por qué he optado por retratar a Espartaco del modo que lo hago; los eruditos deducirán del texto los motivos que a ello me han inducido.*

*El glosario ha sido totalmente revisado para esta tercera obra y de él han sido eliminadas entradas como «hierro» y «vino». Con forme avanza la obra, habría tenido que aumentar el tamaño del mismo si no seleccionaba las entradas, y el tiempo y el espacio descartaban la imposibilidad de ofrecer un glosario más largo que la obra.*

*Señalaré a los lectores interesados, que los glosarios de los volúmenes anteriores, unidos al de éste, procuran una amplia información sobre casi todos los temas. En él se incluirán siempre las entradas de vocablos relativos a la estructura de la Roma republicana, aunque modificados con arreglo a los cambios de legislación sobrevenidos en el contexto del relato histórico. Las entradas más interesantes son las relativas a embarcaciones, que a partir de ahora cobran mayor importancia, por lo que en el glosario de Favoritos de la fortuna se han incluido términos como «birreme», «trirreme», «hemiolia», «mercante», «myoparo» y «quinquerreme».*

*Para solventar dudas de los que puedan sorprenderse porque las cartas de Pompeyo al Senado difieren mucho del texto de Salustio, y porque los breves discursos de Cicerón se apartan notablemente de los textos publicados que han llegado hasta nosotros, diré que existen bastantes dudas sobre la autenticidad de la correspondencia de Pompeyo recogida por Salustio y que Cicerón reescribió sus discursos para publicarlos. En el tema de los elefantes, téngase en cuenta que los romanos conocían el paquidermo africano, no el de la India, y que la especie africana era de mayor tamaño y menos amaestrable.*

*Los que quieran conocer la bibliografía pueden dirigirme la correspondencia a la sede de mis editores.*

*El título del próximo libro será* Las mujeres de César.

# GLOSARIO

Absolvo. Término latino que utilizaba el jurado para declarar inocente al acusado.

aedile. Había cuatro magistrados romanos con el cargo de ediles; dos de ellos eran los ediles plebeyos y dos los ediles curules. Sus obligaciones se circunscribían a la ciudad de Roma. Los ediles plebeyos se instituyeron en 494 a. JC., elegidos por la Asamblea plebeya para ayudar en sus tareas a los tribunos de la plebe, pero más en concreto para proteger los derechos de la plebe respecto a su sede, el templo de Ceres en el foro Romano. Pronto heredaron la responsabilidad de conservar todos los edificios de la urbe, la custodia del archivo de los plebiscitos aprobados en la Asamblea plebeya y todos los decretos senatoriales (consulta) relativos a la aprobación de los plebiscitos. En 367 a. JC. se crearon dos ediles curules elegidos por la Asamblea del pueblo entre las tribus, para que los patricios compartieran la custodia de los edificios públicos y los archivos, pero no tardaron mucho los cuatro ediles en ser indistintamente plebeyos o patricios. A partir del siglo iii a. JC., los cuatro tenían a su cargo el mantenimiento de las calles de Roma, el abastecimiento de agua, los desagües y alcantarillados, el tráfico, los edificios, monumentos y dependencias públicos, los mercados, los pesos y medidas (cuyos modelos originales se guardaban en el templo de Cástor y Pólux), los juegos y el abastecimiento público de grano. Tenían poder para multar tanto a todos los ciudadanos como a los que no lo fueran por la

infracción de cualquier precepto relacionado con lo anterior, y guardaban en sus arcas esos fondos para contribuir a los juegos. La edilidad -plebeya o curul- no formaba parte del cursus honorum, pero debido a los juegos constituía un medio útil para que un pretor adquiriese popularidad.

ager gallicus. Literalmente, tierra gálica. No se conocen la localización exacta ni la extensión de estas tierras, pero estaban situadas en las costas adriáticas, parte en la península italiana y parte en la Galia. Posiblemente la frontera sur fuese el río Aesis y la norte estaría próxima a Ariminum. Era la primitiva patria de la tribu gala de los senones que allí se asentaron después de la invasión del primer Breno en 390 a. JC., y se incorporó al ager publicus romano al recuperar Roma la región. En 232 a. JC. Cayo Flaminio repartió las tierras, que dejaron de formar parte del patrimonio público de Roma.

ager publicus. Tierra de propiedad pública romana, adquirida en su mayoría por derecho de conquista o por expropiación a sus propietarios en castigo por deslealtad, sobre todo en el caso del ager publicus situado en la península italiana. La arrendaba el Estado por medio de los censores, en una modalidad que favorecía el latifundio. Había ager publicus romano en todas las provincias y en la Galia itálica además de la península, aunque gran parte del existente en las provincias estaba sin cultivar.

Agger. El tramo doble de muralla enormemente fortificado que protegía a Roma por su lado más vulnerable, el campus Esquilinus y que formaba parte de la muralla serviana.

ágora. Espacio abierto, generalmente rodeado de columnas o edificios públicos, que en las ciudades griegas o helénicas servía de centro cívico para reuniones y asambleas. Su equivalente romano es el foro.

aliados. Cualquier nación, pueblo o individuo a quien oficialmente se concedía el título de «Amigo y Aliado del Pueblo de Roma». El título solía

conllevar ciertos privilegios en el ámbito del comercio y la política. (Véase socii.)

Amor. Es lo mismo que Roma al revés y los romanos de la época de la república solían creer que «Amor» era el nombre críptico vital de su ciudad.

Anatolia. Aproximadamente la Turquía asiática actual. Se extendía desde la ribera sur del mar Euxino (mar Negro) hasta la costa norte del Adriático y comprendía las antiguas regiones de Bitinia, Misia, provincia de Asia, Frigia, Pisidia, Panfilia, Cilicia, Paflagonia, Galacia, Ponto, Capadocia y Armenia Parva.

Anco Marcio. Cuarto rey de Roma que la familia Marcio (en particular la rama apellidada Rex) se arrogaba como antepasado y fundador, cosa poco probable, dado que los Marcios eran plebeyos. Se atribuía a Anco Marcio la colonización de Ostia, aunque existen dudas al respecto, o el haber arrebatado a los etruscos las minas de sal de la desembocadura del Tíber. Durante su reinado, Roma floreció y la única obra que le sobrevivió fue el puente de Madera o puente Sublicio. Murió en el 617 a. JC., dejando dos hijos que no heredaron el trono, lo que fue motivo de complicaciones.

animus. Según el diccionario latino de Oxford: «La mente como contraria al cuerpo, la mente o alma que, unida al cuerpo, constituye la persona.» Hay otras definiciones, pero adopto ésta como la más adecuada al contexto en que se usa la obra. No hay que pensar, no obstante, que los romanos creyesen en la inmortalidad del alma.

Armenia Magna. La antigua Armenia Magna se extendía desde el sur del Cáucaso hasta el río Araxes, en el extremo oriental del mar Caspio y hasta las fuentes del Éufrates en el Oeste. Era una región muy montañosa y fría.

Armenia Parva. A pesar de su denominación, que significa pequeña Armenia, comprendía las regiones accidentadas y montañosas del alto

Éufrates y del Arsanius y no formaba parte del reino de Armenia. Hasta su conquista por Mitrídates VI de Ponto, contaba con su propia monarquía, siempre aliada al Ponto y no a la verdadera Armenia.

Asamblea (Comitia). Las reuniones del pueblo romano, convocadas para tratar asuntos gubernativos, legislativos o electorales. En la época de Sila había tres tipos de asamblea: la centuriada, la del pueblo y la de la plebe.

La asamblea centuriada (comitia centuriata) ordenaba al pueblo - patricio y plebeyo- en clases, determinadas con arreglo a sus recursos económicos. Como ésta en origen era una agrupación militar, cada clase se configuraba en forma de centurias (que, salvo las dieciocho primitivas, en tiempos de Sila estaban constituidas por mucho más de cien individuos por centuria, ya que se había decidido mantener el mismo número de ellas en cada clase). La asamblea centuriada se reunía para elegir cónsules, pretores y censores (éstos cada cinco años). También lo hacía en casos de juicios encausados por alta traición (perduellio), y podía aprobar leyes. Debido a su volumen y su origen militar, la asamblea centuriada tenía que convocar sus reuniones fuera del pomerium en el campo de Marte en un lugar llamado la saepta; en tiempos normales no se convocaba para aprobar leyes ni decidir en juicios.

La asamblea del pueblo (comitia populi tributa) permitía la participación de todos los patricios y era de cariz tribal. Se convocaba a las treinta y cinco tribus en que estaban encuadrados los ciudadanos romanos. La convocaba un cónsul o un pretor y era la que elegía a los cuestores, a los ediles curules y a los tribunos de los soldados. Podía formular leyes y celebrar juicios. Su lugar habitual de reunión era la hondonada del bajo Foro.

La asamblea plebeya (comitia plebis tributa o concilium plebis) no permitía la asistencia de patricios y reunía a las treinta y cinco tribus. El único magistrado con poder para convocarla era el tribuno de la plebe.



Tenía potestad para promulgar leyes (en puridad, plebiscitos) y celebrar juicios, si bien de esto último se vio privada al establecer Sila tribunales permanentes. Sus miembros elegían a los ediles plebeyos y los tribunos de la plebe. El lugar habitual de reunión era la hondonada del bajo Foro.

atrium. El recibidor de un domus romano o casa privada; constaba de una abertura rectangular en el techo (el compluvium) bajo la cual había un estanque (el impluvium). En principio, el propósito del estanque era recoger agua para uso doméstico, pero ya en tiempos de la república solía ser puramente ornamental.

auctoritas. Término latino de difícil traducción, ya que significa mucho más que el vocablo «autoridad»; implica preeminencia, prestigio, jefatura, importancia pública y privada y, sobre todo, la capacidad para influir sobre los acontecimientos por simple fama pública o personal. Todos los magistrados poseían auctoritas como algo inherente a su cargo, pero la auctoritas no era exclusiva de los magistrados; el príncipe del Senado, el pontífice máximo, el rex sacrorum, los consulares y algunos particulares también poseían auctoritas.

augur. Sacerdote cuyo cometido era la adivinación más que el pronóstico. Formaba con sus colegas el Colegio de augures, un organismo oficial que, hasta 81 a. JC. en que Sila lo aumentó a quince miembros, lo formaban seis patricios y seis plebeyos. Hasta el 104 a. JC., cuando Cneo Domicio Ahenobarbo aprobó la lex Domitia de sacerdotiis, a los augures los proponían los propios miembros del colegio, pero a partir de ella los elegía la asamblea de diecisiete tribus sacadas a suertes. El augur no predecía el futuro, ni dictaba los augurios a su antojo, sino que examinaba unos determinados objetos o signos para saber si lo que se iba a realizar contaba con la aprobación de los dioses, ya fuese una asamblea, una guerra, la propuesta de una ley o cualquier otro asunto estatal, incluidas las elecciones. Existía un auténtico manual de interpretación al que se ceñían

los augures. El augur vestía la toga trabea (véase ese artículo) y portaba un báculo llamado lituus.

auverneses. La tribu gala de los arverni, que ocupaba las tierras de la mitad norte del macizo de las Cevennas en la Galia Transalpina.

auxiliares. Legión incorporada al ejército romano sin que sus tropas tuviesen la categoría de ciudadanos de Roma; los que formaban este tipo de legión recibían el nombre de auxiliares, término que también se aplicaba al cuerpo de caballería. En la época de la dictadura de Sila, la mayor parte de la infantería auxiliar casi había desaparecido, mientras que la caballería seguía siendo muy importante.

báquico. Relativo al dios Baco (el Dionisos griego), patrón del vino y, por extensión, de la jarana. Hasta la mitad de la época republicana, estaban mal vistos los excesos báquicos y hasta se llegó a legislar en contra; pero en tiempos de Sila existía cierto grado de tolerancia.

bárbaro. Etimológicamente procede de un vocablo griego de claro carácter onomatopéyico, dado que cuando los griegos oyeron hablar por primera vez a esos pueblos, su lenguaje les sonaba a «bar-bar» y por ello la palabra «bárbaros» se empleó para describir razas y naciones consideradas incivilizadas y carentes de una cultura digna. Galos, germanos, sármatas y dacios se tenían por bárbaros.

basílica. Edificio importante para uso público, tal como tribunales, o dependencias comerciales, tiendas o despachos. La basílica tenía dos pisos, estaba iluminada por una lucerna cenital y daba cabida a diversas tiendas a lo largo de una especie de soportales en ambos lados; durante la república se erigía a costa de algún noble romano y su mantenimiento corría a cargo de los ediles. La primera basílica fue construida por Catón el censor y estaba en el Clivus Argentarius, junto al Senado; se llamaba basílica Porcia, albergaba casas de banca y la sede del Colegio de los tribunos de la plebe.

En la época en que se desarrollan los acontecimientos de esta obra existían igualmente las basílicas Emilia, Sempronia y Opimia, todas en las inmediaciones del bajo Foro.

Belona. Diosa romana de la guerra. Su templo estaba fuera del pomerium o límite sacro de la ciudad en el Campo de Marte; consagrado en 296 a. JC. por el gran Apio Claudio Caecus, estaba a cargo de unos sacerdotes llamados los fetiales. Ante el templo de Belona había una gran explanada conocida como el Territorio Enemigo.

birreme. Embarcación de guerra propulsada a remo más que con velas, aunque llevaba un mástil al efecto, que quedaba en tierra si se preveía combate. Algunas birremes estaban cubiertas total o parcialmente, pero la mayoría eran embarcaciones sin puente. Parece ser que los remeros iban sentados en bancadas situadas a dos niveles; los remos superiores se apoyaban en toletes y los inferiores asomando por troneras en los costados de la nave. Se construían estos navíos con madera de abeto o de otras especies de pino y sólo podían navegar con buen tiempo y librar combate con mar muy en calma. La proporción de eslora y manga era de 7:1, y probablemente alcanzaba una longitud de 30 metros; iba dotada de más de cien remeros y un espolón de roble reforzado con bronce prolongaba la proa por debajo de la línea de flotación y servía para embestir y hundir los navíos enemigos. La birreme no estaba pensada para llevar tropas y entablar combate con otros navíos al estilo de la guerra en tierra. Durante la época griega, de la república y del imperio romanos, contaron con dotación de remeros profesionales y no de esclavos. El esclavo de galeras es producto de la época cristiana.

Bóreas. Viento norte.

brazalete. Los anchos brazaletes de oro o plata, concedidos como condecoraciones al valor a los legionarios, centuriones, cadetes y tribunos militares romanos.

caballería. Tropas a caballo. En los últimos tiempos de la república, la caballería del ejército romano era de carácter auxiliar y formaba sus unidades personal que no era de ciudadanía romana: germanos, galos, tracios, gálatas y númidas generalmente, pues eran pueblos con tribus acostumbradas a montar a caballo. Parece que casi siempre dispuso de suficientes voluntarios para integrarla, siendo los más numerosos galos y númidas. Se dividía en regimientos de quinientos jinetes, divididos en escuadrones de cincuenta, al mando de oficiales de las respectivas nacionalidades, aunque el comandante en jefe siempre era romano.

caballeros. Los equites, pertenecientes al ordo equester. Su origen se debe a cuando los reyes de Roma alistaron a los ciudadanos más distinguidos en un cuerpo de caballería pagado por el Tesoro público. En aquel entonces, en Italia, los caballos eran muy escasos y costosos. Ya en la época de la joven república había mil ochocientos jinetes, repartidos en dieciocho centurias. Con el auge de la república aumentó el número de caballeros, pero ya todos adquirían por su cuenta el caballo y lo mantenían; los caballeros se convirtieron en un ente social que poco tenía que ver con los asuntos militares, aunque el Estado siguió facilitando caballos públicos a los mil ochocientos veteranos. La designación de caballeros pasó a la potestad de los censores, según criterios económicos, y, mientras que las centurias formadas por esos mil ochocientos siguieron contando con cien jinetes, las nuevas centurias (en torno a setenta y una) crecieron hasta superar notablemente los cien individuos. Por eso todos los que se inscribían en el censo como caballeros quedaban incluidos en la primera clase.

Hasta el 123 a. JC. todos los senadores eran también caballeros; fue Cayo Sempronio Graco (véase Graco) quien aquel año redujo el Senado a un organismo autónomo de trescientos miembros y dio a los caballeros el título de ordo equester. Los hijos de senadores y otros miembros no senatoriales de familias ilustres siguieron considerándose caballeros. Los

requisitos para ingresar en el censo de caballeros (que se efectuaba ante un tribunal especial en el Foro) eran tener propiedades o rentas superiores a 400.000 sestericios. No existían incompatibilidades en cuanto a la naturaleza de las actividades para obtener las rentas, como en el caso de los senadores.

caballo niseano. El animal de mayor tamaño conocido en la antigüedad, aunque existe polémica al respecto; pero parece ser que era tan grande al menos como el medieval susceptible de transportar a un caballero con armadura, ya que los reyes de Armenia y los partos utilizaban esta clase de caballo cuando llevaban la catafracta (armadura de escamas que cubría de pies a cabeza al caballero y al caballo). Se criaba en la Media, al suroeste del mar Caspio, pero en la última época de la república existía en casi todos los confines del mundo antiguo.

caballo de octubre. En los idus de octubre (aproximadamente cuando finalizaban las campañas) se escogían los mejores caballos de guerra y se uncían por parejas a carros para celebrar una carrera en el Campo de Marte, no en el circo. El caballo de la derecha del carro ganador se sacrificaba a Marte en un altar erigido al dios junto a la pista de la carrera; se le mataba con un venablo y se le cortaba la cabeza, que se cubría con pastelillos, mientras que la cola y los testículos se llevaban a toda prisa a la Regia del Foro, cuyo altar se regaba con la sangre. Una vez concluida la ceremonia de la cabeza adornada con pastelillos, se arrojaba a la muchedumbre, formada por dos grupos de ciudadanos: vecinos del Subura y vecinos de la Vía Sacra, que pugnaban por quedársela. Si ganaban los de la Vía Sacra, se clavaba la cabeza en el muro exterior de la Regia, y si vencían los del Subura se exponía en la Turris Mamilia (el edificio más llamativo del Subura). No se conoce el origen de esta costumbre; los eruditos actuales se inclinan por pensar que era algo relacionado con el término de la campaña en tiempos muy anteriores a la época de Sila de los que los propios romanos no debían tener una noción muy precisa. Tampoco sabemos si los caballos que participaban en la carrera eran públicos o no, pero es de suponer que sí.

caballo público. Caballo propiedad del Estado, es decir del Senado y el pueblo de Roma. Ya desde tiempo de los reyes, el Estado daba un caballo a los 1.800 caballeros romanos de mayor alcurnia de las dieciocho primitivas centurias. Posiblemente cuando se inició esta política, en Italia los caballos eran escasos y muy costosos, pues de no haber sido así, el gobierno romano, bien conocido por su negligencia, no se habría molestado en desembolsar un dinero tan precioso y se habría limitado a ordenar a los caballeros que aportasen sus propias cabalgaduras, como sucedió durante el período republicano cuando los caballeros rebasaron ampliamente ese contingente primitivo de 1.800 jinetes. Los animales se heredaban de generación en generación.

Calabria. Nombre que se presta a confusión para los que conocen la Italia actual. Hoy, Calabria es la punta de la bota, pero en la época antigua era el tacón. Sus principales ciudades eran Brundisium y Tarentum. Sus habitantes eran los mesapios ilirios.

calendas. El primer día de cada mes que representaba los puntos fijos del mismo. Las fechas se establecían hacia atrás a partir de esos puntos, calendas, nonas e idus. Las calendas estaban consagradas a Juno, pues en origen correspondían a la aparición de la luna nueva.

Campo Esquilino. Explanada fuera de las murallas servianas ante el doble tramo del Agger y entre las puertas Querquetulana y Colina, en la que se hallaba la necrópolis de Roma.

Campo Lanatario. Explanada dentro de las murallas servianas hacia el lado del Aventino, situada entre la puerta Raudusculana y la Nevia, en la que estaban los mataderos y otros almacenes.

Campo de Marte. Al norte de la muralla serviana, el Campo de Marte estaba limitado por el Capitolio al sur y la colina Pinciana al este; el resto lo cerraba la gran curva del Tíber. En la época de la república no era un suburbio, y en él acampaban los ejércitos en espera de que los generales

celebrasen el triunfo, se efectuaban ejercicios militares y de instrucción para los jóvenes, estaban las cuadras de los caballos que corrían en las competiciones de carros, se celebraban las asambleas de comitia centuriata y había mercados de plantas y parques públicos. La poza del Trigarium, en la que los romanos acudían a nadar al Tíber, estaba situada en el centro de la curva, al norte de los manantiales de agua mineral llamados el Tarentum. La Vía Lata (Vía Flaminia) cruzaba el Campo de Marte en dirección al puente Mulviano y perpendicular a ella discurría la Vía Recta.

Capena, puerta. Una de las dos más estratégicas de la muralla serviana (la otra era la puerta Colina), situada al sur del circo Máximo; por delante de ella discurría la carretera que unía la Vía Appia y la Vía Latina.

capite censi. Literalmente «censo por cabezas» (véase ese artículo).

carcer. Calabozo. Era el otro nombre que se daba al Tullianum.

Carinae. Uno de los barrios más elegantes de Roma. La Carinne (que incluía el Fagutal) eran los altos del monte Opiano en su lado oeste y se extendía entre la Velia y el Clivus Pullius, con vistas al sudoeste, a las marismas de Palus Ceroliae y al Aventino.

cartucho. Jeroglífico personal distintivo de los faraones de Egipto, encerrado en un óvalo o un rectángulo de esquinas redondeadas, usado también por los reyes de la dinastía de los Ptolomeos.

Cástor. El mayor de los dioses gemelos. Aunque el gran templo del Foro estaba consagrado a Cástor y Pólux (los Dioscuros), los romanos siempre decían el templo de Cástor. Esta dualidad era motivo de chistes en los que uno de los fundadores llevaba las de perder. Cástor y Pólux eran una de las principales deidades a quien daban culto los romanos, quizás por ser gemelos como Rómulo y Remo.

cavea. Véase el artículo teatros.

cella, cellae. Literalmente «habitación». Las habitaciones en las casas, en su mayoría, han adquirido un nombre propio de su función, pero un cuarto que no tuviera nombre era una cella. Las habitaciones de los templos se denominaban cellae.

Celtíberos. Nombre dado a un contingente de raza celta que cruzó los Pirineos y se estableció principalmente en las regiones central, occidental y noroeste de la península ibérica. Casi todas sus ciudades estaban construidas en altos fortificados y eran un pueblo dado a la guerrilla.

censo. Cada cinco años, los censores ponían al día los rollos del listado de los ciudadanos romanos. En ellos figuraban los nombres de todos con los detalles de la tribu a que pertenecían, su clase económica, propiedades, rentas y familia. Ni las mujeres ni los niños figuraban inscritos como ciudadanos romanos, aunque existen casos documentados en las fuentes antiguas en los que se concede a una mujer la ciudadanía por derecho propio. El censo de la ciudad de Roma se efectuaba en el Campo de Marte en un estrado especial levantado al efecto; los que vivían fuera de Roma, tenían que acudir ante las autoridades del municipio más próximo, y los residentes en el extranjero, presentarse ante el gobernador. No obstante, hay pruebas de que los censores del 97 a. JC., Lucio Valerio Flaco y Mario Antonio Orator, modificaron el procedimiento de inscripción de los itálicos que vivían fuera de Roma.

censor. El más alto magistrado romano, aunque no tenía imperium y, por lo tanto, no llevaba escolta de lictores. Nadie que no hubiese sido previamente cónsul podía aspirar al cargo de censor, y sólo los consulares con una enorme auctoritas y dignitas solían atreverse a ser candidatos. Ser elegido censor era la culminación de la carrera política de un particular, porque el cargo le confería la categoría de uno de los primeros hombres de Roma. El censor (se elegían dos a la vez) ocupaba su cargo durante cinco años (el lustrum) aunque sólo se entregaba de lleno a sus funciones el primer año y medio; él y su colega efectuaban el escrutinio de los que



accedían al Senado, se encargaban del ordo equester (los caballeros) y de los depositarios de los caballos públicos (los mil ochocientos caballeros más antiguos) y efectuaban un censo general de ciudadanos romanos, no sólo en Roma, sino en toda Italia y en las provincias romanas. El censor entendía también en cuanto al cambio y a los requisitos económicos de las categorías censales, las contratas estatales y diversas obras y edificios públicos. En 81 a. JC. Sila abolió temporalmente el cargo.

censo por cabezas o por personas. Los capite censi o proletarii, que constituían la clase más baja de Roma. Demasiado pobres para pertenecer a una clase, los pertenecientes al censo urbano por cabezas se reunían en una tribu urbana y su voto no contaba, lo que les hacía políticamente inútiles siempre que tuvieran para comer y estuvieran distraídos para no provocar disturbios. El censo por cabezas rural sí que tenía un voto tribal a tener en cuenta, pero raras veces podía acudir a Roma para participar en las elecciones.

centunculus. Abrigo acolchado a base de trozos de diversos colores.

centuria. Es un término que puede aplicarse a cualquier conjunto de cien hombres. En sus orígenes significaba cien soldados, unidad básica en que estaba organizado el ejército romano. Las clases de la Asamblea centuriada estaban también divididas en centurias, que con el tiempo llegaron a contar mucho más de cien miembros.

centuriada, asamblea. Véase Asamblea.

centurión (centurio, centuriones). El oficial corriente en las legiones de ciudadanos romanos y auxiliares. Es un error equipararlo al suboficial contemporáneo; los centuriones eran auténticos profesionales de categoría muy distinta a la de la oficialidad actual. Un general romano derrotado apenas se preocupaba si perdía tribunos militares, pero se mesaba los cabellos si perdía centuriones. El grado de centurión tenía varios niveles; el centurio más bisoño mandaba un grupo de ochenta soldados y veinte no

combatientes, llamado centuria. En el ejército de la época republicana, reorganizado por Cayo Mario, cada cohorte tenía seis centuriones, y el más antiguo, el pilus prior, mandaba la centuria más antigua de la cohorte y toda la cohorte. Los diez hombres que mandaban las diez cohortes que constituían una legión tenían también grados de antigüedad, siendo el centurión más veterano, el primus pilus (término apocopado posteriormente en primipilus), el único responsable ante el comandante de la legión (uno de los tribunos elegidos de los soldados, o uno de los lugartenientes del general). En tiempos de la república podía llegar a serlo un soldado raso. Los centuriones tenían diversos signos distintivos, como las canilleras, una cota de escamas en lugar de malla, una cresta transversal en el casco en vez de longitudinal y un bastón de mando de rama de parra. Iban, además, profusamente condecorados.

cidro. La madera más preciada en carpintería fina en el mundo romano. Se obtenía de las enormes raíces del *Callitris quadrivavis* vent., un árbol parecido al ciprés que crecía en las altiplanicies africanas desde el septentrional oasis de Ammonium y la Cirenaica hasta el Atlas mauritano; hay que señalar que el árbol no guarda relación con el naranjo ni el limonero. Con su madera se hacían principalmente tapas de mesa (generalmente sobre pedestal criselefantino), pero también se torneaba para hacer cuencos. No se han conservado mesas, pero existen algunos cuencos en los que puede comprobarse que este tipo de madera era de excepcional belleza.

cimbros. Una vasta confederación de tribus germánicas establecida en la parte norte del Quersoneso Címbrico (la actual península de Jutlandia). Estrabón dice que la invasión de sus tierras por el mar les obligó a abandonar su patria en aproximadamente 123 a. JC. Junto con sus vecinos del sur, los teutones y un grupo mixto de germanos y celtas (los marcomanos, los queruscos y los tigurinos), iniciaron una épica migración

por toda Europa hasta que tropezaron con Roma y Cayo Mario, siendo virtualmente aniquilados en Vercellae en el 101 a. JC.

circo Flaminius. El circo situado en el Campo de Marte, no lejos del Tíber y el Forum Holitorium. Se construyó en el 221 a. JC. y a veces sirvió de sede a las asambleas de la plebe o el pueblo con ocasión de las elecciones, cuando la plebe o el pueblo tenían que reunirse fuera del pomerium. Parece que en él se celebraban juegos, pero de menor afluencia que los celebrados en el Circo Máximo; su capacidad era de unos cincuenta mil espectadores.

Circo Máximo. El antiguo circo construido por el rey Tarquinio Prisco antes de la época republicana. Ocupaba todo el Vallis Murcia, entre el Palatino y el Aventino y tenía una capacidad entre 100.000 y 150.000 espectadores aun en tiempos de la república; durante la misma, sólo se permitía la entrada a los ciudadanos romanos y existen fundadas pruebas para pensar que los ciudadanos libertos seguían siendo considerados esclavos en lo que respecta a la admisión al circo; imagino que a los libertos se les negaba la entrada por el exceso de público que deseaba ver el espectáculo. Las mujeres podían sentarse entre los hombres.

citocacia. Blasfemia leve que significa pestilencia.

clámide. Especie de capa corta que usaban los griegos.

clases. Las cinco divisiones económicas relativas a propiedades o rentas fijas de los ciudadanos romanos. Los miembros de la primera clase eran los más ricos y los de la quinta, los más pobres. Los capite censi no pertenecían a ninguna clase y no podían votar en la asamblea centuriada. En realidad, era raro que se convocase a votación en ella a la tercera clase, y menos aún a los de la cuarta y quinta.

cliente. En latín, cliens. El término denota a un hombre libre o a un liberto (aunque no tenía que ser ciudadano romano) que se comprometía

con otro que se llamaba patrón (patronus). El cliente se obligaba, por la más solemne vinculación moral, a servir los intereses y a obedecer a los deseos del patrón a cambio de diversos favores (generalmente sumas de dinero, cargos o ayuda legal). El esclavo liberto se convertía automáticamente en cliente de su antiguo amo, excepto en el caso de que se le eximiera de la obligación. Una especie de estructura de honor regía la conducta del cliente en relación con su patrón, y era notable el respeto que le merecía. Ser cliente no significaba necesariamente que uno no pudiera ser patrón, aunque era más difícil ser el patrón supremo, porque sus propios clientes lo eran a su vez de su patrón. Durante la república no existían leyes propiamente dichas que regulasen la relación cliente-patrón, pues no eran necesarias, y nadie podía esperar prosperar en la vida si transgredía esa función social. No obstante, sí que había leyes para regular la relación entre un cliente extranjero y el patrón, y respecto a los reinos extranjeros que tenían a Roma como patrón, existía la obligación legal de pagar rescate por los ciudadanos romanos secuestrados en su territorio, un hecho que aprovechaban los piratas como fuente adicional de ingresos. Así, no sólo los individuos se convertían en clientes, sino también ciudades y países.

clivus. Calle en cuesta.

codo. Medida griega y asiática de longitud no muy corriente entre los romanos; equivalía a la distancia entre el codo y la punta de los dedos y debía medir unos 45 cm.

cofradía. Organismo formado por profesionales, comerciantes o esclavos con el propósito de garantizar a sus miembros las mejores condiciones en su profesión e incluso que contasen con medios adecuados para pagar un entierro decente.

cognomen, cognomina. Apellido o sobrenombre de los varones que deseaban distinguirse de los que tenían el nombre y el gentilicio igual al suyo. En algunas familias se hicieron necesarios más de un cognomen; por ejemplo, Quintus Caecilius Metellus Pius Scipio Nasíca. Quintus era el

nombre (praenomen, o de pila, como decimos nosotros), Caecilius era el gentilicio (nomen) y Metellus Pius Scipio Nasica eran cognomina. El cognomen solía denotar cierto rasgo físico o de carácter -grandes orejas, pies planos o joroba- o era la reminiscencia de alguna hazaña, como en el caso de los Cecilios Metelos que llevaban el sobrenombre de Dalmático, Baleárico o Numídico. Muchos cognomina eran notablemente sarcásticos e ingeniosos.

cohorte. Tras las reformas introducidas por Cayo Mario en el ejército romano, la cohorte era la unidad táctica de la legión romana formada por seis centurias; en circunstancias normales, una legión constaba de diez cohortes. Tratándose de movimientos de tropas, era costumbre referirse a la potencia de un ejército romano definiéndolo en función de sus cohortes en vez de sus legiones; así, veinticinco cohortes en lugar de dos legiones y media o cinco cohortes en lugar de media legión.

colegio. Entidad formada por la asociación de determinado número de personas con algo en común. Había, así, colegios sacerdotales (de pontífices), colegios políticos, como el de los tribunos de la plebe, colegios civiles, como el de los lictores, y colegios de oficios (el gremio de sepultureros). Determinados grupos de todos los estratos sociales (incluidos los esclavos) se agrupaban en colegios que cuidaban de las encrucijadas y celebraban sus fiestas anuales, las Compitalia.

columnata. Paseo con soportales anexo a un edificio o con dos hileras de columnas si estaba aislado.

comitia. Véase Asamblea.

Comitia. La amplia hondonada circular en que se celebraban las reuniones de los comitia, situada en el bajo Foro junto a la escalinata del Senado y a la basílica Emilia, y formada por una serie de gradas. Algo

apretados, podía dar cabida a unas tres mil personas. En un lateral de la misma estaban los rostra o tribuna de arengas.

condemno. Una de las palabras que utilizaba el jurado al deliberar sobre el veredicto de culpabilidad. La otra era damno (véase este artículo).

con farreatio. La modalidad más antigua y estricta del matrimonio romano. En tiempos de Sila, sólo los patricios recurrían a ella, aunque no todos, pues no era obligatoria. En la con farreatio, la novia pasaba de la potestad paterna a la del marido y no adquiría independencia alguna; por eso la con farreatio no era popular como las otras formas de matrimonio que conferían a la mujer mayor control sobre sus negocios y la dote. La dificultad para divorciarse era la otra razón de su impopularidad; el divorcio (diffarreatio) era un trámite muy laborioso desde el punto de vista religioso y legal, al que nadie quería recurrir, salvo en caso de no existir otra solución.

cónsul. El cónsul era la más alta magistratura romana con imperium, y el consulado (los eruditos modernos no lo denominan así, porque el consulado es una institución diplomática moderna) se consideraba el escalón más alto del cursus honorum. Cada año, la Asamblea centuriada elegía dos cónsules que ocupaban el cargo durante un año. El primer cónsul -el que más votos había obtenido- ostentaba los fasces durante el mes de enero, lo que quería decir que actuaba mientras su colega observaba. El día de la toma de posesión del cargo de cónsul era el día de Año Nuevo, el 1 de enero. Cada cónsul tenía una escolta de doce lictores, pero sólo los lictores del cónsul en activo durante el mes correspondiente llevaban los fasces al hombro. En el último siglo de la república, los cónsules podían ser patricios o plebeyos, y no podían asumir el cargo dos patricios a la vez. La edad para ser cónsul era la de cuarenta y dos años, doce años después de ingresar, a los treinta, en el Senado. El imperium del cónsul no tenía límites, pues era vigente en Roma, en Italia y en las provincias, e invalidaba el imperium de

cualquier gobernador proconsular. El cónsul podía mandar cualquier ejército.

consular. Título atribuido al que había sido cónsul. Gozaba de especial estima por parte de los miembros del Senado, se le concedía la palabra antes que a los magistrados más jóvenes y en cualquier momento se le podía nombrar gobernador de una provincia si el Senado requería sus servicios. Igualmente se le podía encomendar otros asuntos, como el abastecimiento de grano.

consultum, consulta. Es el término con que se denominan los decretos senatoriales. Estos decretos no tenían fuerza de ley; para que se convirtiese en ley, un consultum debía ser presentado a la Asamblea de la plebe, o Asamblea plebeya, la cual daba, o negaba, fuerza de ley al mismo. Sin embargo, muchos consulta no pasaban por las asambleas de las tribus y se aceptaban como ley. Era el caso de las decisiones senatoriales nombrando gobernadores de provincias, las declaraciones de guerra o de su continuación o el nombramiento del comandante de un ejército. Los asuntos extranjeros solían despacharse mediante consulta senatoriales no ratificados. En 81 a. JC., Sila dio rango de ley a estos decretos senatoriales.

contio, contiones. Las reuniones preliminares de todas las asambleas para discutir la promulgación de una ley o cualquier asunto de su incumbencia. Los tres tipos de asamblea tenían la obligación de discutir cualquier medida en el contio, el cual, aunque no se celebrase votación, lo convocaba el magistrado con potestad respecto a la asamblea en cuestión.

con tubernalis. Término latino aplicado a un cadete, a un subalterno de la condición más inferior de la jerarquía militar, excluidos los centuriones; un centurión no era nunca un cadete, sino un soldado experimentado.

coraza. Dos planchas, generalmente de bronce o hierro y a veces de cuero curtido; una protegía el tórax y el abdomen y la otra la espalda desde los hombros hasta las vértebras lumbares. Se sujetaban con correas en los

hombros y de axilas para abajo; algunas estaban primorosamente adaptadas a los relieves del torso y otras se adaptaban a una talla general determinada. Los oficiales de alto rango solían llevar corazas de relieve perfectamente cincelado, en hierro plateado o bronce a veces dorado; generales y lugartenientes portaban, además, un estrecho fajín rojo con vueltas y nudos rituales.

corona cívica. Confeccionada con hojas de roble y concedida al que hubiese salvado la vida a sus compañeros sin perder el terreno de la hazaña durante el resto de la batalla. Era la segunda condecoración en importancia del ejército romano, y no se otorgaba si los compañeros del héroe no juraban ante el general que se habían dado las circunstancias. L. R. Taylor argumenta que entre las reformas constitucionales de Sila se incluye una relativa a los condecorados con coronas y que, siguiendo la tradición de Marco Fabio Buteo, les concedió el privilegio de ingresar en el Senado, lo que explicaría la polémica sobre la condición senatorial de César (complicada por el hecho de que fuese flamen dialis al tiempo que senador desde que vistió la toga virilis). Geltzer confirma la opinión de esta autora, aunque brevemente en una nota a pie de página.

corona gramínea u obsidionalis. La más alta condecoración militar romana. Era la corona de hierba, confeccionada con gramíneas del campo de batalla (o a veces con trigo si el combate se libraba en un campo sembrado). Se concedía in situ y era la más preciada de todas las condecoraciones militares, pues únicamente la ceñía el que hubiese salvado a toda una legión o un ejército. Quinto Sertorio y Sila fueron condecorados con ella.

criselefantino. Obra de arte en oro y marfil.

ctónico. Relativo al más allá; aciago.

cultarius. Sirviente público en las ceremonias religiosas cuya única tarea parece haber sido degollar a la víctima sacrificial. Sin embargo, en la Roma



republicana debió ser una ocupación de plena dedicación con plantilla fija, dadas las numerosas ceremonias que requerían sacrificios de animales; lo más probable es que también tuviera como cometido tirar los restos de la víctima y cuidar de las herramientas del sacrificio.

cunnus. Obscenidad muy ofensiva como epíteto, al significar el órgano genital femenino.

Cuppedenis, mercado. Una zona situada detrás del alto Foro, en su lado este, entre el Clivus Orbis y el linde del Fagutal/Carinae. En él se vendían artículos de lujo, tales como especias, incienso, bálsamo y ungüentos; era también mercado de flores, y en él los romanos podían comprar ramos y guirnalda pectorales o diademas para el pelo. Hasta que fue vendido el solar para subvenir a la campaña de Sila contra Mitrídates, fue tierra del Estado.

Curia Hostilia. Sede del Senado. Se atribuía su construcción al rey Tulio Hostilio, el tercero de existencia misteriosa desde la fundación de Roma, y de ahí su nombre («casa de reunión de Hostilio»).

damno. La otra palabra que se empleaba en las asambleas para dar el veredicto de culpabilidad; no se empleaba en los tribunales, quizás porque éstos no tenían la potestad para dictar condena de muerte.

decuria. Grupo de diez hombres. Los ordenados romanos solían dividir los grupos de varios centenares en decurias a efectos de administración y dirección. El Senado, por ejemplo, estaba organizado en decurias dirigidas por un senador patricio, así como el colegio de lictores y probablemente los otros colegios profesionales de servidores públicos. Se ha sugerido que la centuria de las legiones estaba también dividida en decurias de soldados que compartían una tienda, pero las pruebas parecen dar a entender que eran sólo ocho. Como una centuria militar constaba de ochenta hombres y no de cien, resultarían diez grupos de ocho soldados; aunque quizás a cada ocho

legionarios correspondieran dos auxiliares u ordenanzas, con lo que se completaría el número de diez.

demagogo. En origen es un concepto griego que denota un político que atrae peculiarmente a las multitudes. Los demagogos romanos preferían la palestra del Foro a la del senado, pero no formaba parte de su política «liberar a las masas», ni tampoco, en general, los que los escuchaban eran en rigor los más humildes de la sociedad. Era un término empleado por los grupos ultraconservadores del Senado para referirse a los tribunos de la plebe más radicales.

denarius, denarii. Salvo un par de emisiones de monedas de oro, el denario era la denominación general de las monedas que acuñaba Roma en el periodo republicano. Era de plata pura, contenía unos 3,5 gramos de dicho metal y su tamaño era pequeño, semejante a la moneda norteamericana de diez centavos actual. Un talento constaba de 6250 denarios.

diadema. La diadema era una cinta ancha blanca de unos veinticinco milímetros con los extremos bordados y que a veces acababa en una orla. Se llevaba en la cabeza, sobre la frente o sobre la línea del pelo y se ataba al occipucio, cayendo los extremos sobre los hombros. Era signo de la realeza helenística.

dieciséis órdenes de remos, galera de. Navío de la antigüedad potente para el combate. No se considera viable que tuviese más de tres bancos de remos, por lo que podía estar configurada de dos maneras: a guisa de una birreme con dos bancos y ocho hombres al remo, o como trirreme con tres bancos de seis hombres al remo en los bancos superiores y cuatro al remo de los bancos inferiores. Un solo banco es tan imposible como cuatro porque la envergadura y el ángulo de un remo impide que lo manejen más de ocho hombres. Si los remos estaban pensados para que los accionasen más de ocho hombres, habrían tenido que ser de unos 57 pies de largo, y un remo para seis medía unos 45 pies. Esta clase de embarcación tenía una

eslora de unos 200 pies y una manga aproximada de 25 a 28 pies, lo que permitía acomodar bastantes tropas, piezas de artillería y varias torres altas de asalto. Por la documentación se deduce que esta supergalera tenía menos remos que una galera pequeña por estar compensado su menor número por la mayor potencia de cada remo; seguramente el número de remeros sería 500 u 800, y es posible que pudiera transportar 400 soldados. No era un navío adecuado para el combate naval, pues su tamaño y sus condiciones de navegabilidad limitaban su empleo a los abordajes y al lanzamiento de proyectiles; como todas las grandes galeras iba provista de arietes. El rey Mitrídates tenía especial debilidad por esta clase de galera, como se cuenta en El primer hombre de Roma.

dies religiosi. Eran días del año considerados aciagos en los que no se debía emprender nada ni celebrar ceremonias religiosas. Algunos de ellos conmemoraban derrotas, había tres dies religiosi en que el mundus (puerta del más allá) estaba abierto, en otros se cerraban determinados templos y en ciertos de ellos el hogar de Vesta quedaba abierto. Todos los meses, los días siguientes a las calendas, nonas e idus, eran dies religiosi y se los consideraba tan aciagos que se denominaban días negros.

diffarreatio. Véase el término con farreatio.

dignitas. Un genuino concepto romano que no traduce el significado exacto de «dignidad». Era la categoría personal del individuo dentro de la sociedad, implicaba su valía moral y ética y su derecho al respeto y a un adecuado tratamiento. La auctoritas era de índole pública y la dignitas algo personal, un acervo de ascendiente y categoría dimanante de las virtudes y logros del individuo. De todos los valores que un noble romano poseía, la dignitas era el más sensible, y para defenderla debía estar dispuesto a ir a la guerra o al destierro, a suicidarse, a ejecutar a su esposa o a su hijo. He preferido dejarlo sin traducir en el texto.

diverticulum, diverticula. En los dos libros anteriores utilicé el término únicamente en el sentido de «circunvalación» que en Roma conectaba todas

las carreteras radiales. En Favoritos de la fortuna se emplea también para indicar tramos secundarios de una carretera del sistema radial que salían de ésta para alcanzar ciudades importantes no servidas por dicho sistema, para después volver a unirse a la vía principal, como era el caso de los dos diverticula de la Vía Flaminia que ya debían de existir a finales de la época republicana, aunque no se les suele atribuir existencia hasta tiempos del imperio. De no haber existido el diverticulum a Spoletum, por ejemplo, ni Carrinas ni Pompeyo habrían podido llegar allí tan rápido.

divinatio. Literalmente conjetura. Era una consulta efectuada por un equipo de jueces especialmente designado para determinar la idoneidad de un individuo para procesar a otro. No se aplicaba de no ser que tal idoneidad fuese puesta en tela de juicio por la defensa. El término debe su origen a que los jueces llegaban a la conclusión sin tener pruebas fehacientes y por lo tanto conjeturaban.

doce tablas. Eran algo parecido a los diez mandamientos. Las originales (quizás de madera, aunque su última versión fuese en bronce) eran un código de leyes establecido hacia 450 a. JC. durante los primeros tiempos de la república por un comité denominado los decemviri legibus scribundis; de ellas se derivaban todas las leyes romanas e incluían la mayor parte de las facetas de la ley civil y criminal, pero de un modo bastante ingenuo que debió de hacer reír a los escolares del último siglo a. JC. cuando se las hacían aprender de memoria, ya que por entonces las leyes habían evolucionado notablemente.

doctor. El encargado del entrenamiento y el buen estado físico de los gladiadores.

dracma. Es el término que empleo cuando hablo de la moneda griega porque el dracma se aproximaba bastante al denario con su peso de unos 4 gramos. De todos modos, la hegemonía de la moneda la iba conquistando Roma al tener un sistema monetario uniforme y centralizado, y a finales de

la república en todo el orbe comenzaban a imponerse las acuñaciones romanas.

ecastor, edepol. Las exclamaciones de sorpresa y asombro más comunes en el mundo romano. Las mujeres empleaban ¡Ecastor! y los hombres ¡Edepol! Su raíz sugiere que eran invocaciones a Cástor y Pólux.

electrum. Metal compuesto de oro y plata. En la época anterior a la república, se creía que el electrum era un metal puro, pero ya en la época republicana se sabía que era un compuesto y se separaba el oro de la plata por cementación con sal o un sulfuro metálico.

Eneas. Príncipe de Dardania, en la Tróade, hijo del rey Anquises y de la diosa Venus (Afrodita), que huyó de Troya (Ilium), al caer ésta en manos de Agamenón, con su anciano padre a cuestas y el Paladión bajo el brazo. Tras numerosas aventuras, llegó al Lacio y fundó la raza de la que descendían los verdaderos romanos. Virgilio dice que su hijo Iulus era en realidad Ascanio, habido de su esposa troyana Creusa, a quien se trajo de Troya con él; por otra parte, Livio cuenta que Iulus era hijo de la esposa latina, Lavinia. No sabemos lo que creían los romanos de la familia de los Julios en tiempos de César. Yo doy más crédito a Livio, que parece ser una fuente mucho más fiable que Virgilio.

Epicuro, epicúreo. Adscrito a la escuela filosófica fundada por el griego Epicuro a principios del siglo iii a. JC. En realidad, Epicuro propugnaba una modalidad de hedonismo tan refinada que se aproximaba al ascetismo por un extremo, por así decir. Los placeres había que disfrutarlos y prolongarlos y todo exceso invalidaba el propósito del ejercicio. La vida pública y cualquier tipo de ocupación agobiante estaban prohibidos. Especialmente en Roma, estos principios sufrieron notable modificación, al extremo de que un noble podía calificarse de epicúreo y optar por la carrera pública. A final

del período republicano, el principal placer de un epicúreo era la gastronomía.

epulones. Era una institución sacerdotal de entidad secundaria cuyo cometido era organizar los banquetes senatoriales que se celebraban en las festividades de Júpiter Optimus Maximus y los festines públicos celebrados durante los juegos y otras fiestas.

Escipión el Africano. Publio Cornelio Escipión el Africano nació en el 236 a. JC. y murió hacia el 184 a. JC. Fue un patricio de familia de alcurnia, que ya desde muy joven se distinguió en el combate y a la edad de veintiséis años, siendo un simple ciudadano, fue investido con imperium proconsular por el pueblo en vez de serlo por el Senado y fue enviado a luchar contra los cartagineses en Hispania. Allí los combatió con gran éxito durante cinco años, conquistando para Roma las dos provincias de Hispania. Siendo cónsul a los treinta y un años, hizo caso omiso de la oposición senatorial e invadió África a través de Sicilia. Tanto la isla como África cayeron finalmente en sus manos y a Escipión se le invitó a adoptar el cognomen de Africano. Fue elegido censor y nombrado príncipe del Senado en el 199 a. JC.; volvió a ser cónsul en el 194 a. JC. Escipión el Africano, que era tan clarividente como brillante, advirtió a Roma que Antioco el Grande podía invadir Grecia; cuando esto sucedió, nombró legado a su hermano menor Lucio y acompañó al ejército romano que partió a la guerra contra Antioco, pero incurrió en la enemistad con Catón el censor, quien se dedicó a perseguir a todos los Cornelios Escipiones y en particular al Africano y a su hermano, circunstancia que parece haber provocado la precoz muerte de éste. Escipión el Africano estaba casado con Emilia Paula, hermana del conquistador de Macedonia; una de sus dos hijas fue Cornelia, madre de los Gracos. De sus dos hijos, ninguno se distinguió especialmente.

escitas. Pueblo probablemente de origen germánico, con idioma indoeuropeo; habitaba las estepas asiáticas situadas al este del río Tanais,

que se extendían hasta el Cáucaso. Su organización social incluía la monarquía y eran reputados orfebres.

espelta o escanda. Una variedad de trigo que daba una harina muy fina y blanca, no apta para hacer pan pero excelente para pastelería. Era el llamado triticum spelta.

éter. Parte superior de la atmósfera impregnada por la fuerza divina; el aura de un dios. Significaba también el cielo, en particular el diurno.

etnarca. Término griego que solía aplicarse a la máxima autoridad de una ciudad.

Euxino, mar. El actual mar Negro. Dado los caudalosos ríos que desaguan en él (sobre todo antes de que sus cursos fuesen regulados por presas), siempre fue menos salado que otros mares y la corriente que discurría por el Bósforo tracio y el Helesponto fluía siempre del Euxino al Egeo, lo que era un factor favorable al salir de él y desfavorable al navegar hacia él.

exeunt omnes. Literalmente «¡Salgan todos!»; locución profusamente empleada desde siempre en las acotaciones de los dramaturgos.

facción. Es el término que mejor describe a los grupos políticos romanos de la época; las facciones se constituían en torno a alguien con auctoritas y dignitas y eran expresión manifiesta de la capacidad de tal individuo para atraerse partidarios. No existían ideologías políticas propiamente dichas ni directrices partidistas, y por ello he evitado, y seguiré evitándolos, los términos optimate y popularis, pues dan una falsa impresión de la agrupación política romana en el sentido moderno de un partido político.

fascēs. Eran unos haces de varas de abedul, ritualmente sujetas por unas correillas de cuero rojo en zigzag. Emblema, en origen, de los reyes etruscos, se usaron en la vida pública romana desde tiempos de la república hasta el imperio. Los llevaban los llamados *lictōres* que precedían a los magistrados *curules* (así como al *procōsul* y al *pretor*) como símbolo de su *imperium*. Dentro del *pomerium*, los haces sólo constaban de las varillas para indicar que el magistrado *curul* únicamente tenía poder para castigar; fuera de él, en los haces se introducían unas hachas, para indicar que el magistrado *curul* tenía poder también para ejecutar. El único con potestad para introducir las hachas dentro del *pomerium* era el dictador. El número de fascēs indicaba el grado de *imperium*: un dictador disponía de veinticuatro, un *cōsul* o *procōsul* de doce, un *pretor* o *propretor* de seis y un *edil* de dos. Por cierto que Sila fue el primer dictador que se hizo preceder por veinticuatro *lictōres* con veinticuatro fascēs; hasta entonces, los dictadores habían usado doce, igual que los *cōsules*.

*fasti*. Término latino para señalar los días «útiles», pero significaba varias otras cosas: el calendario, listas relativas a fiestas y festivales y listas de *cōsules* (esto último probablemente porque los romanos de la época republicana conocían los años tanto por los *consules* en el cargo como por la numeración correlativa). En *El primer hombre de Roma* se da una explicación más amplia del calendario romano.

*fellator*. ¡*Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa!* Ha sido culpa exclusivamente mía que en los dos volúmenes anteriores se aplique un epíteto erróneo al que recibía por detrás. Y es que todos nos equivocamos con los términos opuestos, como sucede con derecha-izquierda, según las agujas del reloj-en dirección contraria a las agujas del reloj. Una aberración mental como otra cualquiera. El hecho es que estaba equivocada. El *fellator* era el que chupaba el pene a otro, el *irrumator* aquél a quien se lo chupaban.

*feriae*. Fiestas. Aunque la asistencia a ceremonias públicas no era obligatoria, las *feriae* exigían que se interrumpiese el comercio, el trabajo y



los procesamientos, y debían evitarse las pependencias, aun las íntimas. El resto de las labores, en los días *feriae*, las efectuaban los esclavos y algunos animales, incluidos los bueyes, pero los equinos estaban totalmente excluidos.

fetiales. Colegio sacerdotal cuyos miembros tenían encomendado el servicio a Belona, diosa de la guerra. Aunque era un honor ser nombrado *fetialis*, durante los últimos tiempos de la república los ritos para hacer la guerra o la paz derivados del culto a la diosa perdieron su importancia; fue el sobrino de César, Augusto, quien reinstauró el colegio en todo su esplendor.

fiebre intermitente. Denominación de la malaria antes de su diagnosis moderna.

flamen, flamines. Sacerdote perteneciente a una clase particular. Había quince flamines, tres mayores y doce menores. Los tres mayores eran el flamen *dialis* (sacerdote de Júpiter *Optimus Maximus*), el flamen *martialis* (sacerdote de Marte) y el flamen *quirinalis* (sacerdote de Quirino). Excepto el flamen *dialis* -de cuyo cometido se habla en el texto-, ninguno de ellos debía tener obligaciones muy onerosas; al menos en el caso de los tres mayores, el Estado se encargaba de darles vivienda y manutención y eran miembros del Senado. La esposa del flamen era la *flaminica*; ambos habían de ser de condición patricia, aunque no he podido averiguar si era requisito también en los otros flamines.

Fortuna. La diosa romana de la fortuna y una de las deidades más adoradas del panteón romano. Había diversos templos dedicados a esta diosa en sus diversas advocaciones, pero la modalidad de fortuna que más interesaba a políticos y generales era la *Fortuna Huiusque Diei* -«La fortuna del día presente»-. Había otras encarnaciones de la deidad, como la *Fortuna Primigenia*, primogénita de Júpiter; la *Fors Fortuna*, muy popular entre los humildes; la *Fortuna Virilis*, que ayudaba a las mujeres a ocultar a los hombres sus imperfecciones físicas; la *Fortuna Virgo*, patrona de las novias;

la Fortuna Equestris, veladora de los caballeros. Los romanos creían por naturaleza en la suerte, aunque no lo consideraban con arreglo a nuestros parámetros: un hombre labraba su propia suerte, pero tenía sumo cuidado - aun en el caso de hombres de valía y preclara inteligencia, que no eran supersticiosos, como Sila y César- en no ofender a la Fortuna.

foro. El lugar público de reunión en el mundo romano; solía estar rodeado de edificios, en su mayoría públicos.

Foro Romano. Era el centro de la vida pública romana y estaba formado por un amplio espacio abierto dedicado a la política, las leyes, los negocios y la religión. Creo que en tiempos de Sila y César no había tenderetes y puestos anexos en las basílicas. Es muy probable que la profusión de actividades políticas -y no digamos jurídicas- habría sido entorpecida con la presencia de estructuras provisionales. En las cercanías de dos grandes mercados -el general, Macellum, junto a la basílica Emilia, y el Macellum Cuppedenis, detrás del Clivus Orbis- debía sin duda haber espacio para instalar puestos y tenderetes. Estaba situado en una depresión del terreno y era frío y húmedo y le daba poco el sol, pero bullía siempre en actividad.

forum Boarium. Mercados para la venta de carne; estaban situados del lado del poste de salida del circo Máximo, por debajo del Germalus palatino. En el forum Boarium estaba el gran altar de Hércules y distintos templos de este dios que lo tenía bajo su protección.

forum Holitorium. Mercados de verduras; estaban situados en la orilla del Tíber, frente a las murallas servianas al pie del Capitolio. Había tres puertas que daban al forum Holitorium: la Triumphalis (por la que únicamente entraban desfiles triunfales), la Carmentalis y la Flumentana. Se suele aceptar que las murallas servianas del forum Holitorium estaban reducidas a ruinas a finales de la época republicana, pero yo no lo creo. Sólo la amenaza germana fue incentivo para efectuar diversas reparaciones en las mismas.

galería. Tiendas a ambos lados de un pasadizo. Es muy posible que el bazar de Estambul sea lo más parecido, aunque mucho mayor en tamaño.

Galia, galos. Los romanos rara vez utilizaban el término celta, para ellos todos eran galos. Las zonas del orbe en que vivían galos las consideraban una determinada Galia, aun en el caso (como el de Galacia) en que la región estaba en Anatolia. Antes de las conquistas de César, la Galia Transalpina, o Galia al oeste de los Alpes italianos, se dividía en dos partes: la Galia Comata o Cabelluda, que no estaba helenizada ni romanizada, y una franja costera que en el valle del Ródano se prolongaba hacia el interior, denominada la Provincia, helenizada y romanizada. El nombre de Galia narbonense que utilizo en la obra no fue oficial hasta la época de Augusto, si bien, probablemente, la Galia en torno al puerto de Narbo sí que debía conocerse por ese nombre. He optado por denominar Galia itálica a la Cisalpina o situada en el lado italiano de los Alpes, que a su vez estaba dividida en dos partes por el río Padus (el actual Po), y las he denominado Galia al otro lado del Padus y Galia a este lado del Padus. Tampoco existe duda de que los galos eran racialmente muy afines a los romanos, ya que su lengua era parecida y lo mismo sucedía con muchas de sus tecnologías. Lo que diferenciaba a los romanos en detrimento de los galos era su secular contacto con otras culturas mediterráneas.

gens, gentes. Familia o clan romano con el mismo apellido; Julius, Domitius, Cornelius, Aemilius, Servilius, Livius, Porcius, Junius y Licinius, por ejemplo, son gentilicios. Era palabra del género femenino, por lo que en latín se decía la gens Julia, la gens Cornelia, la gens Servilia.

gladiador. El término queda suficientemente explícito en la obra. Baste con decir que, en la época republicana, había únicamente dos clases de gladiadores -tracios y galos- y que el combate entre ellos no solía ser «a muerte». El «alzar o bajar el pulgar» de la época imperial no existía, tal vez porque el Estado no poseía ni mantenía gladiadores en dicha época y muy

pocos de ellos eran esclavos. Los gladiadores eran de propiedad privada, y costosos de adquirir y mantener. Durante la república, casi todos los gladiadores eran romanos, generalmente desertores o amotinados de las legiones. Era una profesión fundamentalmente voluntaria.

gobernador. Palabra adecuada para referirse al cónsul, pretor, procónsul o propretor que, generalmente durante un año, mandaba en una provincia romana en nombre del Senado y del pueblo de Roma. A veces se prorrogaba su mandato varios años, como el caso de Metelo Pío en la Hispania Ulterior.

Gracos. Los hermanos Gracos, Tiberio Sempronio y su hermano menor, Cayo Sempronio. Eran hijos de Cornelia, hija de Escipión el Africano y Emilia Paula, y de Tiberio Sempronio Graco, cónsul en 177 a. JC. y 163 a. JC., censor en 169 a. JC. por derecho de cuna. Ninguno de los dos hermanos superó el cargo de tribuno de la plebe debido a una curiosa mezcla de idealismo, heterodoxia y hondo sentido de servicio a Roma. Tiberio Graco fue tribuno de la plebe en 133 a. JC., centró sus esfuerzos en corregir el modo en que Roma administraba su *ager publicus*, con el propósito de entregarlo a los ciudadanos pobres para incentivarlos al darles tierras que pudieran trabajar y heredar sus hijos; como al término del año de su mandato no hubo logrado la reforma, desafió la costumbre ancestral y quiso presentarse por segunda vez candidato al cargo. Fue apaleado hasta morir en el Capitolio.

Cayo Graco, diez años más joven, fue elegido tribuno de la plebe en 123 a. JC.; era más capaz que su hermano y supo aprender la lección, prometiéndose cambiar la dirección de la política de Roma por los ultraconservadores de la época. Sus reformas fueron mucho más amplias que las de Tiberio y comprendieron no sólo el *ager publicus*, sino el reparto de trigo barato al pueblo, la regulación del servicio en el ejército, la fundación de colonias romanas en el extranjero, numerosas obras públicas en Italia, la separación de los tribunales del Senado, un nuevo sistema de recaudación de impuestos en la provincia de Asia y el acceso a la

ciudadanía romana de latinos e itálicos. Finalizado su año de tribuno de la plebe, Cayo Graco emuló a su hermano y se presentó por segunda vez al cargo, y, en lugar de morir por su pretensión, fue de nuevo elegido. Al término de este segundo mandato volvió a presentarse candidato, pero fue derrotado en la elección. Privado de todo poder, hubo de ver cómo se iban desmoronando sus leyes y reformas, y, al no disponer de medios pacíficos para oponerse, recurrió a la violencia. Muchos de sus partidarios fueron ejecutados por efecto del primer decreto «inapelable», pero él prefirió suicidarse antes que ser aprehendido.

En el glosario de La corona de hierba figura este mismo término mucho más ampliado.

helenístico. Término empleado para referirse a la cultura que Alejandro Magno tan espectacularmente difundió por el mundo antiguo.

hemiolia. Pequeña birreme ligera y muy rápida que usaban los piratas antes de organizarse en flotas y dedicarse al ataque generalizado de navíos y pueblos costeros. La hemiolia era un barco sin cubierta; llevaba un palo con vela en la crujía a popa, reduciendo así el número de remeros del banco superior a la parte anterior.

herma. Pedestal o estípite sobre el que en origen se colocaba la cabeza del dios Hermes y, posteriormente un busto o una escultura. Solía adornarse en la parte delantera con los testículos y el pene erecto.

hermanos Graco. Véase Gracos.

hubris. Palabra griega que aún se usa y significa orgullo despechado.

hipocausto. Sistema de calefacción central mediante un suelo elevado sobre columnas por las que ascendía el calor de un horno. Los hipocaustos

comenzaron a usarse para calefacción doméstica en tiempos de Cayo Mario y se empleaban también para caldear los baños públicos y privados.

idus. Tercero de los tres días de referencia del mes. Los romanos calculaban las fechas hacia atrás a partir de esos tres referentes de calendas, nonas e idus. Los idus coincidían con el decimoquinto día de los meses largos (marzo, mayo, julio y octubre) y con el decimotercero de los otros meses. Los idus estaban dedicados a Júpiter Optimus Maximus, y en ellos el flamen dialis le sacrificaba un carnero en el Arx del Capitolio.

Illium. Nombre romano de Troya.

Illyricum. Las tierras montañosas y salvajes del este del Adriático superior. Sus habitantes pertenecían a la raza indoeuropea de los ilirios, tenían sistema tribal y resistieron tenazmente las incursiones costeras de griegos y romanos. La Roma republicana no se preocupó mucho por estas belicosas tribus hasta que comenzaron a constituir un peligro para la Galia Cisalpina, momento en que el Senado envió un ejército para someterlas.

imago, imagines. Máscaras artísticamente pintadas y con peluca de un antepasado consular (o quizás pretor). Se hacían con cera de abejas y las conservaban los descendientes en una urna a guisa de templo en miniatura y eran objetos muy respetados. Cuando un noble romano alcanzaba cierto nivel de prestigio público, adquiría el ius imaginis o derecho a hacerse la máscara; algunos eruditos modernos sostienen que el ius imaginis se adquiría al llegar al cargo curul de edil, mientras que otros se inclinan a creer que se adquiría al llegar al pretorado o al consulado. Yo creo que se otorgaba al llegar al consulado, ganar la corona cívica o de hierba, o asumir el cargo de flamen mayor o el de pontífice máximo. Cuando moría alguien de la familia, se contrataban los servicios de actores que portaban las diversas máscaras con peluca que encarnaban a los antepasados difuntos en

el cortejo mortuario. Las mujeres no tenían el derecho al *ius imaginis*, ni siquiera Cornelia, madre de los Gracos.

*imperator*. Literalmente, «comandante en jefe» o «el general» de un ejército romano. No obstante, el término se fue aplicando paulatinamente a un general que hubiese obtenido una gran victoria; sus tropas tenían que aclamarle *imperator* para que pudiese optar al triunfo. Su aplicación en este sentido se documenta por primera vez referido a Lucio Emilio Paulo.

*imperium*. El *imperium* era el grado de autoridad que se concedía a un magistrado curul o a un promagistrado. Tener *imperium* quería decir que esa persona poseía la autoridad del cargo y no se le podía contradecir (siempre que actuase dentro de los límites de su *imperium* y con arreglo a las leyes que regían su conducta). Se confería por una *lex curiata* y sólo duraba un año; las prórrogas tenía que ratificarlas el Senado y/o el pueblo en el caso de los promagistrados que no hubieran cumplido en el plazo de un año lo que se les hubiera encomendado. Los *lictors* con *fasces* significaban que el que les seguía poseía *imperium*.

*in absentia*. Aprobación por el Senado (o por el pueblo, en caso necesario) del nombramiento de un candidato en elecciones celebradas estando él ausente. Podía darse el caso de que tuviera que hallarse en el Campo de Marte debido a que su *imperium* le impedía cruzar el *pomerium*, como sucedió con Pompeyo y Craso en 70 a. JC., o encontrarse en servicio militar en una provincia, como fue el caso de Cayo Memio cuando fue elegido *cuestor*.

*in loco parentis*. Locución que aún se usa aunque la semántica haya modificado el sentido. En la Roma republicana, *in loco parentis* (literalmente, en lugar de un pariente) significaba que una persona asumía la titularidad de un pariente y las responsabilidades inherentes.

*in suo anno*. Literalmente, en su año. Se empleaba la locución para denotar a los que accedían al cargo curul a la edad exacta marcada por la

ley y la costumbre. Ser pretor y cónsul in suo anno era una gran distinción, pues significaba que el candidato había ganado la elección al primer intento; muchos cónsules y no pocos pretores tenían que presentarse varias veces para conseguirlo, y a otros, las circunstancias les impedían acceder a los cargos a la edad más joven establecida. A los que circunvenían la ley para obtener el cargo a edad más temprana de lo prescrito no se les aplicaba la distinción de haberlo obtenido in suo anno.

insula, insulae. Literalmente «isla», dado que estaba rodeada de calles. Eran casas de viviendas de varios pisos. Las de Roma llegaban a tener treinta metros; algunas eran tan grandes que disponían de varios patios de luz. Las que actualmente existen en Ostia no dan idea de la altura que éstas alcanzaban en Roma; sabemos que Augusto intentó en vano limitar su altura en la urbe a cien pies.

interrex, interreges. Significa «entre los reyes» y data de los tiempos de la monarquía cuando el Senado patricio, al morir el rey, nombraba a uno de sus miembros regente provisional hasta la entronización del nuevo soberano; antes de que existieran los cónsules, era el senador patricio dirigente de una decuria quien gobernaba durante cinco días.

Iol. La actual Cherchel, en Argelia.

Italia. La península del mismo nombre. Hasta que Sila estableció la frontera de la Galia itálica al este de los Apeninos por el río Rubicón, el lado adriático seguramente tenía su confín en el río Metaurus.

itálicos, aliados. Los pueblos, tribus o naciones que habitaban la península itálica sin gozar de plena ciudadanía romana hasta que se sublevaron contra Roma en 91 a. JC. (una guerra que se detalla en La corona de hierba). Se les denominaba socii, es decir, aliados de Roma. Hasta que Sila fue proclamado dictador a finales del 82 a. JC. no se les concedió la ciudadanía romana.



iudex. En latín significa juez.

iugerum, iugera. Medida romana de superficie equivalente a 0,252 hectareas.

Iulus. Primer rey de Alba Longa, hijo de Eneas. Los de la gens Julia le consideraban su directo antepasado. Virgilio dice que Iulus era, en realidad, Ascanio, hijo de Eneas y de su esposa troyana Creusa, que le acompañó en sus viajes. Livio, por el contrario, afirma que Iulus era hijo de Eneas y de su esposa latina Lavinia. No sabemos lo que pensaría en su día la familia de César. Yo suscribo la tesis de Livio, dado que Virgilio era proclive a cambiar los hechos históricos para complacer a su patrono Augusto.

ius. Derecho irrevocable o ley conforme al mos maiorum; de él proceden el ius auxilii ferendi, el ius imaginis (véase imago), etc.

ius auxilii ferendi. El cometido primitivo de los tribunos de la plebe era proteger a los miembros de la plebe de actos lesivos por parte del patriciado, grupo de aristócratas que constituían el Senado y la magistratura. El ius auxilii ferendi era el derecho que tenía cualquier plebeyo a pedir a los tribunos de la plebe que le arrancasen de las garras de un magistrado.

juegos. Ludi en latín. Institución romana para esparcimiento que se remonta como mínimo a los primeros tiempos de la república y muy posiblemente a antes. Al principio, los juegos o ludi se celebraban únicamente en coincidencia con el triunfo de un general, pero en 336 a. JC., los ludi romani, como se denominó a los primeros, se convirtieron en acontecimiento anual en honor de Júpiter Optimus Maximus y a ellos se fueron añadiendo otros a lo largo del año. Al principio consistían fundamentalmente en carreras de carros, para paulatinamente ir incorporando lucha con animales y representaciones en teatros levantados al

efecto. El primer día de los juegos tenía lugar una procesión religiosa por el circo, después se celebraban una o dos carreras de carros y luego los combates de boxeo y lucha. Los días siguientes había representaciones teatrales a base de comedias -ya que las tragedias no gozaban del favor del público- farsas y mimos. Luego, conforme se aproximaba su fin, las carreras de carros era lo que primaba, alternando con cacerías de animales salvajes. Los combates de gladiadores no formaban parte de los juegos durante la república, pues sólo tenían lugar con ocasión de los juegos funerarios y los organizaban particulares en el Foro en vez de en el circo. El gasto de los juegos corría por cuenta del Estado, aunque los ediles ambiciosos, para ganar fama, recurrían a los fondos públicos para celebrar durante su mandato juegos más espectaculares de lo que permitían los presupuestos estatales. Casi todos los juegos se celebraban en el circo Máximo y los menos importantes en el circo Flaminius. Los ciudadanos romanos libres y sus esposas podían asistir (no se cobraba entrada) y las mujeres se sentaban aparte en los teatros pero no en los circos; no se permitía la entrada a esclavos ni libertos, probablemente porque la capacidad de unas 150.000 personas del circo Máximo no daba más que para la admisión de hombres libres.

Júpiter Stator. Literalmente, Júpiter Protector; una advocación relacionada con los asuntos bélicos, en el sentido del que detiene las retiradas y concede valor a los soldados para resistir y combatir sin perder terreno. El principal templo a Júpiter Stator era uno muy antiguo en la esquina en que la Vía Sacra doblaba en ángulo recto para descender hacia los Palus Ceroliae, y que era lo bastante grande para permitir las reuniones del Senado.

lanista. Era el propietario de una escuela de gladiadores, aunque no necesariamente el dueño. Era el lanista quien dirigía la escuela y en ocasiones él mismo se encargaba del entrenamiento de los luchadores, pero esta tarea la efectuaban los llamados doctores.

lar, lares. Eran los más romanos de todos los dioses y no tenían forma, sexo, número ni mitología. Eran numina y había muy diversas modalidades de lares, que desempeñaban el papel de espíritus o fuerzas protectoras de un lugar (como eran encrucijadas y lindes), un grupo social (como en el caso del lar familiaris o de la familia), una profesión (como los lares permarini) o toda una nación (como los lares públicos de Roma llamados lares praestites). A fines del período republicano se los representaba en forma de grupo estatuario formado por dos jóvenes con un perro, pero es dudoso que los romanos creyesen que sólo existían dos o que adoptasen exclusivamente tal forma, y seguramente la creciente complicación de la vida hizo conveniente tal representación.

latifundium, latifundia. Grandes extensiones de tierra pública arrendadas y explotadas por un solo individuo para la ganadería. Solían trabajarlas esclavos que progresivamente fueron tratados como cordadas de presos a los que por la noche se encerraba en las ergastula.

Latium. (Lacio.) La región de Italia en que se hallaba Roma; nombre derivado de sus indígenas, los latíní. Limitaba al norte con el Tíber, al sur con un punto que se internaba desde el puerto de Circei hasta el interior y al este con las tierras de los sabinos y los marsos. Se convirtió en región totalmente romanizada con el sometimiento de volscos y ecuos en el 300 a. JC.

lectus funebris. El imponente túmulo sobre el que se colocaba el cadáver de un hombre o una mujer pudientes capaz de pagar un funeral organizado por una empresa de sepelios que vestía y arreglaba el aspecto del fallecido. Se alzaba sobre unas patas y era de ébano o de madera pintada de negro, con adornos dorados y paños y cojines negros.

legado (legatus). Los miembros de más alta categoría del estado mayor de un general eran los legados. Para ostentar tal cargo había que tener categoría senatorial y con frecuencia consular (parece ser que los viejos senadores a veces buscaban una incorporación pasajera a la vida militar y

prestaban voluntariamente sus servicios a un general que estuviera al frente de una campaña interesante). Los legados eran responsables directos ante el general y estaban por encima de los tribunos militares.

legión (le gio). La unidad militar romana más reducida capaz de hacer la guerra (aunque en raras ocasiones se le encomendaba). Era completa en cuanto a hombres, pertrechos y servicios. Un ejército solía constar de entre dos y seis legiones, y eran excepcionales los casos en que contaba más de seis. Formaban la legión unos seis mil hombres, de los que unos cinco mil eran los combatientes y el resto auxiliares; la legión se dividía en diez cohortes de seis centurias, y, en circunstancias normales, disponía de una unidad auxiliar de caballería, aunque a partir de la época de Sila la caballería fue configurándose en cuerpo autónomo de la infantería. Cada legión llevaba su propia artillería y máquinas de guerra; si la legión era de un cónsul, la mandaban seis tribunos electos de los soldados; si era de un general sin cargo de cónsul, la mandaba un legado o el propio general. Los oficiales de una legión eran los centuriones en número de unos sesenta. Aunque las tropas de una legión acampaban juntas, no se mezclaban ni convivían, sino que se repartían en unidades de ocho hombres.

legionario. Soldado raso (miles gregarius) de las legiones romanas.

lex, le ges. Ley, en latín, se aplicaba también a los plebiscita (plebiscitos) aprobados por la Asamblea plebeya. Una lex no se consideraba vigente hasta que no quedaba inscrita en bronce o en piedra y depositada en las cámaras del sótano del templo de Saturno; sin embargo, por lógica, la estancia de la ley en el templo de Saturno sería muy breve porque en sus cámaras no habría cabido la asombrosa colección de tablillas de toda la legislación, ya que los mismos sótanos alojaban el Tesoro. Una vez terminada la construcción del Tabularium de Sila, en él se guardaron las tablillas. Las leyes recibían el nombre (en femenino) del que o de los que las promulgaban y lograban que fuesen ratificadas; ese nombre iba seguido

de una descripción concisa del espíritu de la ley. A veces las leyes eran derogadas posteriormente.

lex cecilia Didia. Eran dos, pero sólo una es de relevancia en la obra. Aprobada por los cónsules en 98 a. JC., la que nos concierne estipulaba que habían de transcurrir tres nundinae o días de mercado entre el primer contio para promulgar una ley en cualquiera de las asambleas y la votación en la misma con la que adquiría rango de ley vigente. Existe cierta disparidad de criterios en si el período de espera era diecisiete o veinticuatro días; yo he optado por el plazo más corto.

lex Domitia de sacerdotiis. Ley aprobada en 104 a. JC. por Cneo Domicio Ahenobarbo durante su tribunado de la plebe. Establecía la elección de los miembros del colegio de pontífices y del de augures por una asamblea especial tribal en la que participaban diecisiete tribus sacadas a suertes.

lex frumentaria. Término general que se aplicaba a las leyes relativas al abastecimiento de trigo. Hubo muchas a partir de la promulgada por Cayo Graco. Todas las leyes frumentarias correspondían al grano que compraba el Estado y que distribuían los ediles; en su mayoría eran para estipular la venta de trigo a precio bajo, pero algunas para prohibirlo.

lex Genucia. Aprobada hacia 91 a. JC.; existe cierta duda sobre si se debe a un tal Minicius o a un Minucius. Estipulaba que en los matrimonios entre dos personas, una de las cuales no tenía la ciudadanía romana, independientemente del cónyuge que la tuviera, los hijos adquirirían la ciudadanía del que no fuese romano.

lex Plautia Papiria. Aprobada por la Asamblea plebeya en el 89 a. JC. para ampliar la plena ciudadanía a todos los socii itálicos cuyo nombre figurase en los rollos del registro municipal (si era un insurrecto se le obligaba a deponer las armas), a condición de que el interesado plantease el

caso ante el pretor urbano de Roma en un plazo de sesenta días a contar desde la promulgación.

lex rogata. Ley promulgada en una asamblea por acuerdo directo entre sus miembros y el magistrado que la presidía. Es decir, que la ley no se presentaba a la asamblea ya redactada sino que su redactado se llevaba a cabo durante el contio asambleario.

lex sumptuaria. La dispuesta para regular la cantidad de artículos de lujo y/o manjares que un romano podía adquirir o tener en su casa por rico que fuese. Eran muy apegados a esta clase de leyes los magistrados contrarios al lujo, pero rara vez funcionaban en la práctica. Los principales artículos a que afectaban eran las especias, perfumes, incienso, vinos de importación y la púrpura de Tiro. La ley sumptuaria de Sila llegó a estipular lo que una familia podía gastar en un entierro o un banquete.

lex Villia annalis. Aprobada en el 180 a. JC. por el tribuno de la plebe Lucius Villius. Estipulaba unas edades mínimas para desempeñar las magistraturas curules (probablemente treinta y nueve años para pretor y cuarenta y dos para cónsul) y por lo visto establecía también que mediasen dos años como mínimo entre el pretorado y el consulado.

Liber Pater. El dios primitivo itálico de la fertilidad que cuidaba del esperma de los hombres y de la germinación de las plantas. Se llegó a identificar con el vino y el buen tiempo, con Baco y con Dionisos, pero dentro de un culto respetuoso. Los aliados itálicos en guerra contra Roma adoptaron por dios tutelar a Liber Pater.

libero. El veredicto de inocencia pronunciado en los juicios celebrados en las asambleas.

liberto. Esclavo manumitido, aunque de hecho libre (y si su antiguo amo era ciudadano romano, también lo era él), el liberto seguía obligado por el patronazgo de su dueño y pocas posibilidades tenía de votar pues pertenecía

a una de las tribus urbanas, la suburana y la esquilina. Había casos en que los libertos de notables cualidades, o de pocos escrúpulos, llegaban a ser inmensamente ricos y poderosos y con ello podían votar en la Asamblea centuriada; a veces lograban que los trasladasen a las tribus rurales y alcanzaban pleno derecho a voto.

libre. Hombre nacido libre y que nunca era vendido como esclavo (salvo como nexus o esclavo por deudas, cosa rara entre los ciudadanos romanos de la última época de la república).

lictor. Uno de los tradicionales funcionarios al servicio del Senado del pueblo romano. Había un colegio de lictores del que no se sabe con certeza el número de componentes, pero debían ser suficientes para proveer la tradicional escolta en fila a todos los que poseían imperium dentro y fuera de Roma, y llevar a cabo otras tareas. Es muy posible que fuesen dos o tres centenares. Los lictores tenían que ser ciudadanos romanos de pleno derecho, aunque es casi seguro que eran de clase baja, pues su sueldo era escaso y dependían de la magnanimidad del escoltado. Dentro del colegio, los lictores se dividían en grupos de diez (decurias) al mando de un prefecto, y había varios presidentes del mismo por encima de los prefectos. Dentro de Roma, vestían una simple toga blanca, y fuera de ella, una túnica carmesí con un ancho cinturón negro adornado con latón; sobre el hombro izquierdo llevaban los fasces. En los funerales vestían toga negra. Por pura conveniencia, he ubicado el Colegio de los lictores detrás del templo de los lares praestites, a la derecha del Foro, junto a la gran hospedería de la esquina del Clivus Orbis, pero no hay pruebas de que estuviera allí.

litera. Cubículo cubierto con patas para depositarlo en tierra y dos varas laterales; lo transportaban entre cuatro y ocho hombres. Era una modalidad lenta de transporte, pero la más cómoda de la antigüedad.

lubina. Se pescaba en el Tíber entre el puente de Madera y el puente Aemilius, donde rondaba a la caza de los desperdicios desaguados por las

cloacas. Al parecer se desarrollaba mucho y era difícil de capturar; estaba considerada uno de los manjares más preciados de la época.

ludi. Véase juegos.

ludi romani. Véase juegos.

lusitanos. Los habitantes del sudoeste y el oeste de la península ibérica, que opusieron tenaz resistencia a la penetración de Roma; eran de organización tribal y parece que se dedicaban a la agricultura y al pastoreo.

macellum. Mercado.

magistrados. Representantes electos del Senado y el pueblo de Roma. Constituían el brazo ejecutivo del gobierno y, con excepción de los tribunos de los soldados, todos pertenecían automáticamente al Senado desde el momento de su elección a partir de la época de la dictadura de Sila. El diagrama adjunto explica más detalladamente la naturaleza de los cargos y la jerarquía, quién los elegía y si poseían imperium. El cursus honorum seguía un curso ascendente desde cuestor hasta pretor o cónsul; los censores, los dos tipos de ediles y el tribuno de la plebe eran cargos complementarios al cursus honorum. Todos los magistrados tenían un mandato de un año, salvo el censor. El dictador era un caso especial que se explica debidamente en el texto de la obra.

Magna Mater. La Gran Madre. Igual que Kubala Cibeles, la gran diosa de la tierra era una deidad sincrética originaria de Carquemis a través de Frigia, donde tenía su santuario en Pessinus. En 204 a. JC., hacia finales de la segunda guerra púnica, fue llevada desde este santuario a Roma la piedra umbilical de la Gran Madre y su culto cobró gran importancia a partir de entonces. Tenía el templo en el Palatino, sobre el circo Máximo, sus sacerdotes eran eunucos y en su culto había ritos flagelatorios.



maiestas. Traición. Las sutilezas legales introducidas por Saturnino en 103 a. JC. fueron anuladas en su mayor parte por la ley promulgada por Sila durante la dictadura, que especificaba con absoluta claridad los delitos que se consideraban traición. Véase también perduellio.

manumisión, manumiso. La manumisión era el acto de conceder la libertad a un esclavo. Cuando el amo del esclavo era ciudadano romano, la manumisión confería automáticamente a aquél la ciudadanía romana y el manumiso adoptaba el nombre del amo como suyo propio, añadiendo su nombre primitivo de esclavo a guisa de cognomen; es el caso de Lucio Cornelio Crisógono, el famoso liberto de Sila. Un esclavo se manumitía de diversas maneras: comprando su libertad con sus ahorros, como gesto especial del amo en ocasiones señaladas, como podía ser la celebración de una mayoría de edad, tras determinados años de servicio o por testamento. Muchos esclavos ansiaban la ciudadanía romana, a pesar de sus limitaciones, por legar la libertad a sus descendientes. No era infrecuente que hombres especializados en algo se vendieran ellos mismos como esclavos; este fenómeno se daba bastante entre los griegos. El manumiso debía llevar para todo el resto de su vida un solideo ligeramente cónico: el gorro de la libertad. Véase también liberto.

marsos. Uno de los pueblos itálicos más importantes. Los marsos habitaban en torno al lago Fucine, que consideraban propio. Se extendieron hasta las montañas de los Apeninos. Su historia da a entender que habían sido leales a Roma hasta las hostilidades de la primera guerra mársica. Los marsos adoraban serpientes y eran famosos encantadores de las mismas.

medidas y pesas. La mayoría de ellas se basaban en partes del cuerpo: el pie, la mano, el paso. El pie romano medía 296 mm. y se dividía en doce pulgadas. Un paso se componía de 5 pies, y la milla romana, de 1.000 pasos.

Las áreas se medían por iugera (véase el término).

Los granos, como el trigo, se medían en vez de pesarse, ya que se vertían como líquidos; las medidas para áridos eran el medimnus y el modius (véase esos términos).

El recipiente más común era el amphora, con una capacidad de unos 25 litros, equivalente al volumen de un pie cúbico romano.

Los cargamentos marítimos se expresaban siempre en amphorae.

La libra romana pesaba unos 327 gramos y se dividía en 12 onzas (unciae). Los pesos mayores se medían en talentos (véase ese término).

medimnus. Medida para áridos y otros productos sólidos; equivalía a 5 modii y ocupaba un volumen de 37,85 litros con un peso de unas 65 libras romanas. Con él había trigo suficiente para cocer dos panes de una libra durante 30 días, dado que la merma al molerlo se compensaba con el agua y otros ingredientes. El romano corriente, con una vivienda de una o dos habitaciones en una insula, no solía moler el trigo y hacerse el pan en casa, sino que lo arreglaba con el horno local (como se hacía hasta hace poco en muchas localidades de Europa), pagando una parte del grano (la maquila).

Mediterráneo. Es el nombre que he adoptado para el mar que en tiempos de Sila se llamaba Mare Internum. Observarán los lectores que ahora aparece en el texto con el nombre de Mare Nostrum, que es la denominación que adquirió hacia la época final de la república.

mentula, mentulae. La palabra obscena con que en latín se designaba el pene.

mercante, barco. Los barcos mercantes de la época eran más cortos de eslora y más anchos de manga que la galera, en una proporción aproximada de 4:1; estaban contruidos en madera de pinus parecido al abeto y su estructura estaba pensada más para navegar a vela que para ser impulsados a remo, aunque iban equipados con un banco de remos para las calmas

chichas o para huir de los piratas. Llevaba una sola vela y a veces otra más pequeña anterior; solía gobernarse con dos grandes timones a ambos lados de la popa, en donde el navío era más elevado. Eran navíos con puente para protección de la carga, con una cabina en el centro y otra a popa. Si era grano o vino, la carga se transportaba en ánforas, grandes recipientes de barro de fondo en punta para que se asentara en serrín y evitar su desplazamiento durante la navegación. Un barco de esta clase solía transportar cien toneladas; aunque podían navegar de día y de noche -y con un capitán, llegaban a hacerlo a mar abierto- eran navíos que no se apartaban de la costa y entraban en puerto al anochecer. Quizá los únicos mercantes que navegaban regularmente día y noche y por alta mar, eran los de las flotas trigueras, que a veces servían también para el transporte de tropas.

miles gloriosus. Miles es la palabra latina que significa soldado, y, en contra de lo que parece, gloriosus solía emplearse en las comedias para denotar el militar fanfarrón y vanaglorioso.

militar. El vir militaris era el que seguía la carrera de las armas y continuaba sirviendo como oficial en el ejército después del período de campañas obligatorio. Estos ciudadanos entraban en la liza política sirviéndose ante los electores del prestigio de su historial bélico, aunque muchos de ellos no intervenían nunca en política; un vir militaris que aspirase a mandar un ejército tenía que alcanzar la dignidad de pretor. Cayo Mario, Quinto Sertorio, Tito Didio, Cayo Pomptino, Publio Ventidio fueron militares, mientras que Cayo Julio César, el dictador, el mejor de todos ellos, no fue un militar.

minium. Pigmento color tierra roja o minio con el que el general triunfante se embadurnaba la cara, probablemente para adoptar el aspecto de la estatua de Júpiter Optimus Maximus, que tenía el rostro de terracota.

minutus. Menudo de cuerpo.

modius, modii. Medida de cereales romana, equivalente a unos seis kilogramos.

mos maiorum. El orden establecido, la tradición. Quizás la mejor definición del mos maiorum es decir que era la constitución de Roma no escrita. De mos, costumbre establecida, y maiores, antepasados, era el modo de hacer las cosas «como es debido».

mundus. Era un pozo hexagonal dividido en dos y generalmente tapado. No se sabe cuál era su significado, pero parece ser que en la época final de la república se creía que era una entrada al más allá. La tapa se quitaba tres veces al año en dies religiosi para que los espíritus de los muertos entrasen en la ciudad.

myoparo. Pequeña galera de guerra muy utilizada por los corsarios antes de que se unieran formando flotas capaces de atacar a auténticas escuadras. Se desconoce el tamaño y el aspecto del myoparo, pero debió de ser una mejora de la hemiolia (véase ese término); en el único dibujo existente no se aprecian detalles, pero parece deducirse que sólo llevaba un banco de remos que se apoyaban en la regala en vez de ir en escámo en una tronera; el myoparo tenía un solo palo con vela.

nefas. Palabra latina con el significado de monstruosidad, sacrilegio.

Nemi, lago. Pequeño lago volcánico de los montes Albanos, junto a la Vía Apia. Estaba situado en un bosque sagrado y en su orilla se alzaba un templo a Diana, atendido por un sacerdote llamado rex Nemorensis, que era un esclavo huido que llegó al sacerdocio después de mancillar el bosque cortando una rama y matar en combate al anterior rex Nemorensis.

niseano, caballo. Véase caballo niseano.

noble (nobilis). Vocablo empleado para designar a un individuo y a sus descendientes una vez obtenido el consulado; era una aristocracia artificial inventada por los plebeyos para disminuir aún más la distinción respecto a los patricios, ya que durante la segunda época de la república accedían al consulado más plebeyos que patricios.

nombre secreto de Roma. Roma, posiblemente en su encarnación divina, tenía un nombre críptico del que era depositaria una diosa particular, Diva Angerona, cuya estatua, en el altar del templo de Volupia, tenía la boca tapada con una mordaza. En él se celebraban misteriosos ritos en el que se pronunciaba ese nombre, pero era tabú pronunciarlo en público y en él creían hasta las personas más cultivadas. Lo más probable es que ese nombre críptico fuese Amor, que es el nombre de Roma escrito al revés.

nomen, nomina. El nombre de la familia, o gentilicio, de la gens.

non pro consule, sed pro consulibus. La famosa frase de Lucio Marcio Filipo proponiendo que se diera a Pompeyo el mando en la Hispania Citerior en la guerra contra Quinto Sertorio. Es un dechado de habilidad con la que ganó el apoyo de los senadores reacios a entregar un mando proconsular a alguien que no pertenecía al Senado. La traducción aproximada sería «no como quien aspira al consulado, sino como quien actúa en nombre de los cónsules del año».

nonas. Era el segundo de los tres días referentes del mes. Los romanos determinaban las fechas hacia atrás a partir de los tres referentes, calendas, nonas, idus. Las nonas se producían el séptimo día de los meses largos (marzo, mayo, julio y octubre) y el quinto día de los otros meses; estaban consagradas a Juno.

nundínus, nundinae. Era el día de mercado cada ocho días. Se usaba más en plural que en singular; en circunstancias normales, los tribunales estaban abiertos en los nundinae pero las asambleas no.

nundinum. El intervalo entre un día de mercado y el siguiente, o semana romana de ocho días. Con excepción de las calendas, nonas e idus, los días no tenían nombre en el calendario romano y en ellos figuraban con una letra de la A a la H, siendo probablemente esa A la que indicaba el día de mercado. Cuando las calendas de enero coincidían con el día de mercado, se consideraba un año adverso, pero sucedía pocas veces debido a las intercalaciones y al hecho de que la serie de letras para los ocho días se continuaba sin interrupción entre el último día del año viejo y el primero (calendas) del año nuevo.

Olimpia. El famoso templo de Zeus no estaba junto al monte Olimpo de Tesalia, sino en el río Alfeo en la Élida del Peloponeso occidental.

Opus incertum. Una de las modalidades más antigua de construcción de los muros romanos. Se levantaban dos mampuestos toscos de piedras sin labrar y mortero y el hueco entre ambos se rellenaba con mortero compuesto de puzolana y cal mezcladas con cascajo y cantos (caementa). El opus incertum seguía siendo en tiempos de Sila el método más común para levantar muros, y es de suponer que fuese más barato que hacerlos de ladrillo.

ordo equester. Véase caballeros.

osco. La lengua hablada por los samnitas, lucanos, frentanos, pulleses, brutii y campani de la Italia peninsular. Era un idioma indoeuropeo que tenía algo en común con el latín, pero era muy distinto. Algunos de los pueblos que hablaban osco se valían del alfabeto latino para escribir, pero la mayoría (entre ellos los samnitas) poseían un alfabeto derivado del etrusco. Lo hablaban muchos romanos, y a veces los mimos atelanos representaban su espectáculo hablando osco.

padres conscriptos. Según lo establecido por los reyes de Roma, el Senado constaba de cien patricios llamados patres, es decir, padres. Cuando se incorporaron a él plebeyos en los primeros tiempos de la república, se les denominó conscripti. Patricios y plebeyos eran patres et conscripti, y paulatinamente los dos términos se fundieron y todos pasaron a denominarse padres conscriptos.

paeon. Himno de júbilo, compuesto en honor de un dios y en ocasiones en elogio a una persona.

paludismo. Enfermedad infecciosa causada por cuatro variedades del plasmodium y transmitida por la hembra de un mosquito del género Anopheles; era endémica en Italia. Los romanos sabían que se producía con distintas manifestaciones: fiebres cuartanas, tercianas y una modalidad más grave intermitente; sabían igualmente que la enfermedad era muy común en las zonas pantanosas -de ahí su aprehensión por las marismas pontinas y el lago Fucino- lo que ignoraban era que se producía por la picadura de un mosquito.

panteón. Palabra actual con la que se designa el conjunto de dioses de las religiones politeístas.

paterfamilias. El cabeza de familia con derecho a hacer su voluntad con los miembros de la misma, firmemente protegido por las leyes del Estado romano.

patricios. La primitiva aristocracia romana. Los patricios eran ciudadanos distinguidos antes de que Roma tuviera reyes, y conservaron para siempre ese título y un prestigio vedado a cualquier ciudadano plebeyo (por muchos cónsules que hubiese tenido en la familia, ennobleciéndola). No obstante, conforme fue evolucionando la república y aumentando el poder plebeyo en consonancia con su riqueza, los patricios fueron perdiendo inexorablemente privilegios y títulos. Sila, que era patricio,

intentó elevar la condición de los patricios por encima de los plebeyos, pero no legisló para concederles privilegios importantes. En cualquier caso, al margen de los derechos y privilegios constitucionales, los romanos aceptaban a los patricios como personas superiores. En el último siglo del régimen republicano, las siguientes familias patricias seguían dando senadores (cuando no cónsules y pretores): los Emilios, Claudios, Cornelios, Fabios (aunque sólo a través de adopciones), Julios, Manlios, Pinarios, Postumios, Sergios, Servilios, Sulpicios y Valerios.

patronazgo. La sociedad de tiempos de la república romana estaba organizada con arreglo a un sistema de patronazgo y clientela (véase cliente). Aunque tal vez los pequeños comerciantes y los trabajadores de las capas más bajas no estaban integrados en el sistema, éste prevalecía a todos los niveles sociales y no todos los patronos eran de clase alta. El patrón se comprometía a dar protección y conceder favores a los que se declaraban clientes suyos. Los esclavos libertos pasaban a ser clientes de su antiguo amo; ninguna mujer podía asumir el patronazgo y muchos patronos eran a su vez clientes de otros más poderosos, con lo cual sus clientes lo eran en realidad del que estaba por encima de ellos. Aunque este sistema no estaba sancionado por la ley, implicaba un arraigado principio de honor y eran contados los clientes que defraudaban o engañaban al patrón. Podían transcurrir años sin que éste obtuviera ayuda o apoyo del cliente, pero llegaba un día en que le pedía un favor: voto, presión política o una gestión particular. Era costumbre que el patrón «despachase» con los clientes al amanecer de los días hábiles, mañanas que los clientes dedicaban a solicitar favores o a simplemente presentarle sus respetos u ofrecerle sus servicios. Era la ocasión para que, si el patrón era rico y generoso, obsequiara a sus clientes con regalos o dinero. Si un individuo se convertía en cliente de alguien a quien anteriormente había detestado y considerado enemigo, le servía con absoluta fidelidad, llegando incluso a dar la vida por él (César el dictador y Curión el joven).



parvus. Insignificante.

pedarius, pedarii. Véase Senado.

perduellio. Alta traición. Hasta que en los últimos tiempos de la república se adoptó la forma más mitigada de traición denominada maiestas (véase Saturnino) y Sila promulgó nuevas leyes al respecto, el perduellio era la única modalidad de traición especificada en la ley romana. Por su antigüedad figura en las doce tablas y conllevaba un farragoso proceso público ante la Asamblea centuriada, que caso de culpabilidad se traducía en la pena capital por crucifixión sobre un madero atado a un árbol de mal agüero (que no había dado fruto).

peristilo. Jardín o patio interior rodeado de columnas.

phalerae. Adorno guerrero, generalmente un disco de oro o plata cincelado de unos siete o diez centímetros de diámetro. En origen los llevaban los caballeros romanos como insignia, y con ellos adornaban también sus caballos. Con el tiempo fueron convirtiéndose en condecoraciones militares concedidas por excepcionales actos de valor en combate. Generalmente se entregaban en juegos de nueve (tres filas de tres) sobre un arnés de correas de cuero con adornos, preparado para portarlo sobre la cota de mallas o la coraza.

piaculum. Sacrificio ofrecido en desagravio.

Picenum (Piceno). Era la zona central de la península italiana que se extendía aproximadamente por lo que constituye el músculo de la pantorrilla. Limitaba al oeste con los Apeninos, al norte con Umbría y al sur con el Samnio. Los primitivos pobladores eran de origen italiota e ilírico, pero existía la tradición de que los sabinos de la vertiente opuesta de los Apeninos habían migrado asentándose en Picenum, llevando a su dios tutelar Picus del que la región tomó el nombre. También se asentó en ella una tribu de galos llamados senones en la época en que Italia fue invadida

por el primer rey Breno en 390 a. JC. La región estaba dividida en dos partes: Picenum norte, muy vinculado a la contigua Umbría y dominado por la antigua familia de los Pompeyos, y Picenum sur, separado del norte por el río Flosis, más vinculado espiritualmente al Samnio.

pilum, pila. El venablo de la infantería romana, en particular el modificado por Cayo Mario. Tenía una punta muy pequeña e incisiva de hierro con un asta también de hierro de unos tres pies (un metro), unidas a un palo de madera conformado para asirlo cómodamente. Mario lo modificó haciéndolo más débil en la unión entre el segmento de hierro y de madera para que, al arrojarlo y clavarse en el escudo, en un cuerpo o en el suelo, se partiese y no pudiera aprovecharlo el enemigo. De todos modos, los armeros de las legiones los reparaban rápidamente al final de las batallas para volver a usarlos.

pitagórico. Adscrito a la filosofía de Pitágoras, quien, a finales del período republicano, tenía en Roma fama de excéntrico y chiflado. Su doctrina propugnaba la creencia de la transmigración de las almas después de la muerte o metempsícosis hacia otros cuerpos más o menos perfectos, a menos que hubiera pertenecido a un hombre cuya vida hubiera estado dedicada a salvarla; los pitagóricos abogaban por el silencio, la castidad, la contemplación, el vegetarianismo, etc. Se invitaba a seguir esta regla de vida a las mujeres igual que a los hombres. El neopitagorismo practicado en Roma se había desviado de la doctrina original, pero se seguía manteniendo la doctrina central de la teoría de los números y el régimen de vida. Lamentablemente, uno de los alimentos que los pitagóricos recomendaban consumir en grandes cantidades eran las habichuelas y, por ello, un fuerte aroma de metano envolvía a los seguidores de esta filosofía, haciéndoles muy frecuentemente objeto de crueles chanzas.

plebeyo, plebe. Designaba a todos los ciudadanos romanos que no fuesen patricios, es decir, que pertenecían a la plebe. En los primeros tiempos de la república, ningún plebeyo podía ser sacerdote, magistrado

curul ni senador. La situación se mantuvo muy poco tiempo, pues las instituciones patricias fueron cayendo una tras otra ante la presión de la plebe y a finales del período republicano pocas o nulas eran las ventajas de ser patricio, salvo el criterio de superioridad en el seno de la sociedad.

plebeya, asamblea. Véase Asamblea.

población de Roma. Es objeto de una gran controversia que ha hecho correr ríos de tinta entre los eruditos modernos. Yo creo que existe una tendencia a subestimar el número de habitantes de la urbe, que a mí, en los casos en que admiten la cifra de un millón, me parecen pocos. La opinión más generalizada es que tendría medio millón de habitantes. En cualquier caso, se conoce la extensión de la ciudad que circundaban las murallas servianas en tiempos de la república: algo más de un kilómetro de ancho y más de dos kilómetros de largo. Entonces, igual que ahora, Roma era una ciudad con población fija. Debía de haber quizás doscientos cincuenta mil ciudadanos romanos -los varones inscritos en los rollos del censo- más las mujeres, niños y esclavos. Tenían que ser muy pobres los hogares en que no hubiese esclavos, pues hasta los miembros del censo por cabezas los poseían. Luego, habría que tener en cuenta a los no ciudadanos, que en Roma constituían legión: judíos, sirios, griegos, galos y naturales de otros muchos países; con las mujeres, niños y esclavos, la citada cifra de un cuarto de millón debía incrementarse hasta más de un millón. De no ser así, las insulae habrían estado medio vacías y la urbe llena de parques. En mi opinión la cifra más acertada sería dos millones de habitantes.

podex. Palabra obscena que en latín significaba el trasero.

Pólux. El hermano gemelo de Cástor.

pomerium. Límite sacro de la ciudad de Roma, marcado por unos mojones llamados cippi, cuya creación se atribuye al rey Servio Tulio; permaneció intacto hasta la dictadura de Sila. El pomerium no seguía exactamente el perímetro de las murallas servianas y uno de los motivos

principales es que es dudoso que dichas murallas las construyera Servio Tulio, quien sin duda habría hecho que éstas siguieran el itinerario del pomerium. Toda la antigua ciudad palatina de Rómulo quedaba dentro del pomerium, pero no el Aventino ni el Capitolio. La tradición decía que el pomerium sólo podía ampliarlo aquel que aumentase considerablemente los territorios que poseía Roma, pues en términos religiosos, Roma sólo existía dentro del pomerium y todo lo que quedaba fuera de él eran posesiones.

pontifex. Palabra latina que significa sacerdote y ha perdurado incorporándose a casi todos los idiomas europeos. Muchos filólogos consideran que en los primeros tiempos de Roma, el pontifex era un constructor de puentes, por considerarlos estructuras mágicas. Sea lo que fuere, en tiempos de la república, el pontifex era un sacerdote especial, colegiado, que servía de asesor a los magistrados romanos en cuestiones religiosas, ya que la religión romana la administraba el Estado. Al principio todo pontifex había de ser patricio, pero en el 300 a. JC. la lex Oguinia dispuso que la mitad de los miembros del colegio fuesen plebeyos. En las épocas en que pontífices y augures eran nombrados por el propio colegio, los nuevos miembros no solían alcanzar la edad senatorial y venían a tener poco más de veinte años; el nombramiento de César a los veintisiete cae dentro de lo normal.

pontífice máximo. Máximo representante de la religión estatal y el sacerdote más antiguo. Parece ser que fue invención de la recién constituida república y es una característica maniobra romana para superar un obstáculo sin herir susceptibilidades, pues el rex sacrorum (título ostentado por el rey de Roma) había sido el sumo sacerdote. En lugar de soliviantar al populacho aboliendo el rex Sacrorum, los nuevos gobernantes, por medio del Senado, crearon un nuevo pontifex, cuyo papel y categoría eran superiores a las del antiguo cargo. Se le llamó pontífice máximo y se le elegía en vez de designársele, para reforzar su posición gubernamental. Al principio, seguramente se le exigía ser patricio, pero ya a mediados de la república es muy probable que fuese plebeyo. Tenía encomendada la

supervisión de los diversos colegios sacerdotales -pontífices, augures, flamines, fetiales- de otros sacerdotes menores y de las vírgenes Vestales. El Estado le dotaba de una imponente mansión para residencia, pero en tiempos de la república parece ser que compartía sede con las Vestales en la modesta y reducida Regia del Foro.

popa. Era un sirviente público adscrito a tareas religiosas y su cometido concreto parece que fue descargar sobre la víctima la maza sacrificial, ya que quien la degollaba era el cultarius (véase el término).

porticus. Columnata cubierta, simplemente longitudinal o en forma rectangular, rodeando un patio (peristilo). Eran lugares en que solían realizarse negocios y había comercios; el Porticus Margaritaria dominando el Foro, debía su nombre a los mercaderes de perlas que allí tenían sus tiendas; el Porticus Aemilia en el puerto de Roma era un gran edificio que albergaba las oficinas de los que se dedicaban a la exportación e importación.

praefectus fabrum. «El que supervisaba el obraje.» Uno de los personajes de mayor importancia en el ejército romano, aunque no formase parte de él; era un civil nombrado por el general, cuyo cometido como praefectus fabrum consistía en el equipamiento e intendencia del ejército en todos sus aspectos, desde los animales y el forraje hasta la tropa y el rancho. Como subarrendaba a particulares la contrata de pertrechos y abastecimientos, era muy influyente y se hallaba, de no ser un hombre íntegro, en una posición ideal para enriquecerse. Elocuente ejemplo de ellos es el caso del banquero gadetano Lucio Cornelio Balbo, praefectus fabrum de César.

praenomen, praenomina. El nombre de los romanos, equivalente al nuestro de pila. Había pocos nombres, quizás un máximo de veinte, la mitad de los cuales no eran muy comunes. Cada gens o familia tenía preferencia por ciertos praenomina, lo que a su vez reducía el número. Los eruditos actuales suelen ser capaces de saber por el praenomen si el interesado era o

no miembro de la gens; los Julios, por ejemplo, mostraban preferencia por Sexto, Cayo y Lucio, por lo que alguien llamado Marco Julio difícilmente sería un auténtico Julio de la gens patricia; los Licínios tenían preferencia por Publio, Marco y Lucio; los Pompeyos, por Cneo, Quinto y Sexto; los Cornelios, por Publio, Lucio y Cneo; los Servilios de gens patricia, por Quinto y Cneo. Uno de los rompecabezas para los eruditos actuales lo constituye aquel Lucio Claudio que fue rex sacrorum en los últimos tiempos de la república, porque Lucio no es un praenomen de los Claudios, pero, dada la seguridad de que era patricio, sí que debió de ser un Claudio; yo he sugerido que posiblemente existiera una rama de la gens Claudia con el praenomen Lucio, que tradicionalmente ocupara el cargo de rex sacrorum.

praetor. El pretorado era el penúltimo peldaño en la jerarquía romana del cursus honorum. En los inicios de la república, los dos magistrados de mayor categoría se llamaban pretores, pero a finales del siglo IV a. JC. comenzó a emplearse la palabra «cónsul» para referirse a tales magistrados. Un pretor fue el único representante de esta alta magistratura durante muchas décadas; a partir de entonces, el praetor urbanus, pues su potestad se circunscribía a la ciudad de Roma (dejando así libres a los cónsules para actuar en la guerra). En el 242 a. JC. se creó el cargo de segundo pretor, el praetor peregrinus. A ello siguió la adquisición de posesiones en el extranjero que requerían gobernación, y en el 227 a. JC. se crearon otros dos cargos de praetor para gobernar Sicilia y Cerdeña. En el 197 a. JC. aumentaron de cuatro a seis para hacer frente al gobierno de las dos Hispanias. A finales de la república había años en que se nombraban seis, ocho en otros, según las necesidades del Estado. Fue Sila quien aumentó a ocho el número de pretores durante su dictadura.

praetor peregrinus. Lo he traducido como «pretor de extranjeros» porque sólo intervenían en cuestiones legales y procesos en los que una de las partes no era un ciudadano romano. En tiempos de Sila sus funciones consistían en mediar en los litigios y en dictaminar los veredictos. El

praetor peregrinus iba por toda Italia y a veces fuera de ella, aparte de entender en los procesos de ciudadanos no romanos en la propia Roma.

praetor urbanus. Lo he traducido por «pretor urbano». A finales de la república, sus funciones eran casi exclusivamente mediar en los litigios. Sila redujo las funciones del praetor urbanus al ámbito civil más que al criminal. Su imperium no excedía la quinta piedra miliar a partir de la urbe y no podía estar fuera de Roma más de diez días seguidos. Si se ausentaban los dos cónsules al mismo tiempo, era él el magistrado supremo con potestad para convocar el Senado, adoptar decisiones a propósito de la ejecución de la política gubernamental y organizar la defensa de la ciudad en caso de ataque.

príncipe del Senado. Lo que hoy se denomina presidente de la cámara. Los censores elegían, conforme al mos maiorum, a un senador patricio de intachable conducta moral -y elevada dignitas y auctoritas- para dicho cargo. Parece ser que no era un título vitalicio y se revisaba cada cinco años cuando se elegían los dos nuevos censores. Sila despojó al princeps senatus de notable auctoritas, pero siguió siendo un cargo prestigioso.

privatus. Un ciudadano sin cargos oficiales; lo que nosotros llamamos un particular. En la obra se emplea en el sentido de un miembro del Senado sin funciones de magistrado.

procónsul. El que tenía imperium de cónsul pero sin ostentar el cargo. Esta potestad solía concedérsele al que hubiese concluido su año de cónsul al asignársele la gobernación de una provincia o el mando de un ejército en nombre del Senado del pueblo romano. El cargo de cónsul solía durar un año, pero muchas veces se prorrogaba varios años. Metelo Pío fue procónsul en la Hispania Ulterior del 79 al 71 a. JC. El imperium del procónsul era vigente tan sólo en la provincia del mandato y el procónsul expiraba en cuanto cruzaba el pomerium de la ciudad de Roma.

procuestor. El que, al servicio del Estado, asumía el cargo de cuestor sin serlo. Era un cargo sin imperium, pero en circunstancias normales el que era elegido cuestor, si se lo requería el gobernador que tenía que prorrogar su mandato en la provincia más de un año, podía quedarse en ella hasta que la abandonaba el gobernador.

Procusto. Bandido mitológico del Atica -supuestamente en la ruta del istmo de Corinto- que sometía a sus víctimas al suplicio de tenderlas en un lecho de hierro, cortándoles las extremidades si sobresalían de aquél, o estirándoselas con cuerdas hasta alcanzar la longitud del lecho si eran más cortas. Fue Teseo quien le dio muerte, aplicándole el mismo suplicio que él había dado a sus víctimas.

proletarii. Otro de los apelativos del más bajo estrato de los ciudadanos romanos, los capite censi, del censo por cabezas o por personas. La palabra proletarius se deriva de proles, que significa progenie, retoños, hijos y se aplicaba a esas clases humildes porque era lo único que podían dar a Roma.

promagistrado. El que servía al Estado en un cargo de magistrado sin serlo. Los cargos de cuestor, pretor y cónsul (las tres magistraturas principales del cursus honorum) eran los únicos relevantes.

propraetor. El que desempeñaba las funciones de pretor. Era una potestad que se concedía a un pretor cuyo plazo había concluido para darle autoridad para gobernar una provincia o, en caso necesario, dirigir la guerra. El cargo solía ser por un año, pero podía prorrogarse.

prorrogar. Ampliar el plazo del cargo o magistratura más allá de lo normal. Se aplicaba a casos de gobernación o de mando militar y no al magistrado en concreto, y afectaba a los procónsules y propretorees.

provincia. Ambito de potestad de un magistrado o promagistrado con imperium y, por lo tanto, aplicada tanto a cónsules y pretores con cargo en Roma como a los que servían en campaña. Por extensión, la palabra vino a



significar el lugar en que se ejercía dicha potestad, es decir, el territorio o posesión de Roma y finalmente a ese territorio para indicar que era propiedad de Roma.

ptery ges. Tiras de cuero que pendían desde la cintura a las rodillas a guisa de faldilla, y desde los hombros hasta el antebrazo a modo de mangas. A veces tenían flecos en los extremos. Eran privilegio de los oficiales superiores y generales del ejército romano y no las llevaba la tropa.

público, caballo. Véase caballo.

publicanii. En singular es publicanus. Eran los recaudadores, encuadrados en grandes empresas privadas con sede en Roma, que recaudaban los impuestos en todos los territorios del imperio romano. El Estado extendía esos contratos por un periodo de cinco años, aunque parece ser que Sila lo suspendió al anular el cargo de censor; aunque, sin duda, establecería otro tipo de contratas.

pueblo (de Roma). El término englobaba a todos los ciudadanos que no fuesen miembros del Senado; se aplicaba tanto a patricios como a plebeyos, al censo por cabezas como a la primera clase.

puente de Madera. Nombre con que se conocía el Pons Sublicius, construido totalmente de madera y el más antiguo de Roma.

púnico. Es el adjetivo con que se designaba a lo propio de Cartago y sus habitantes, y en especial el empleado para referirse a las tres guerras que enfrentaron a Roma con Cartago. Se deriva de Phoenicia, el antiguo nombre de Cartago.

pusillus. Muy pequeño, insignificante.

questio. Tribunal de justicia o organismo de investigación judicial.

quintilis. En origen era el quinto mes cuando el nuevo año romano comenzaba en marzo, y conservó el nombre aun cuando al iniciarse el año nuevo en enero se convirtió en el séptimo mes, julio, así denominado a partir de la muerte del gran Julio.

quinquerreme. Galera de cinco órdenes de remos muy empleada en la antigüedad. Al igual que la birreme y la trirreme, era de mucha mayor eslora que manga y era un navío estrictamente destinado a la guerra. Se suele creer que la quinquerreme tenía cinco bancos de remeros, pero actualmente casi todos los especialistas coinciden en que ninguna de estas embarcaciones tenía más de tres, y lo más corriente es que sólo tuvieran dos. La quinquerreme debía de recibir tal denominación por llevar cinco hombres en cada remo, o, si tenía dos bancos de remos, manejarían tres hombres los superiores y dos los inferiores. Si eran cinco hombres por remo, sólo el que lo servía en la punta debía ser muy hábil, pues era el que lo guiaba y efectuaba el auténtico esfuerzo, mientras que los otros cuatro no hacían sino secundarle con la fuerza muscular. Sin embargo, cinco hombres al remo significaba que al iniciar el movimiento, los remeros habían de estar de pie, sentándose en el banco al propulsar el navío; una quinquerreme en la que los remeros pudiesen ir sentados habría requerido tres bancos como en la trirreme, con dos al remo en los superiores y uno en el inferior. Parece ser que se empleaban estas tres clases de quinquerremes, y cada país o pueblo tenía sus preferencias. La quinquerreme, además, era un navío con cubierta y un palo con una vela, que solían dejarse en tierra si iba dispuesta al combate. Tendría unos 270 remeros, unos 30 marineros y si el almirante contaba con abordar otros navíos, podía transportar unos 120 soldados con catapultas y torres de asalto. Sus remeros eran profesionales y no esclavos.

quirites. Ciudadanos romanos sin cargos públicos.

quod erat demonstrandum. «Como queda demostrado.»

Regia. El antiguo y modesto edificio del Foro, de curiosa estructura y orientado al Norte, que servía de despacho al pontífice máximo y era sede del Colegio de pontífices. Era un templo y albergaba los altares o relicarios de algunos de los dioses romanos sin rostro más antiguos: Opsiconvisa, Vesta, Marte de los escudos y lanzas sagrados. En la Regia guardaba el pontífice máximo sus archivos, pero nunca fue su residencia.

república. En origen se trataba de dos palabras, res publica, o «cosa Pública», que afecta a todo el pueblo, es decir, al gobierno.

retórica. Arte de la oratoria, que tanto griegos como romanos convirtieron en algo casi científico. Un buen orador hablaba con arreglo a preceptos y convencionalismos muy minuciosos que trascendían las simples palabras; los movimientos del cuerpo y la gesticulación formaban parte intrínseca del arte. Había distintos estilos retóricos; el asiánico, florido y espectacular, el ático, más contenido e intelectual. No hay que olvidar que el público que se congregaba a escuchar un discurso público -ya fuese político o jurídico ante los tribunales- estaba formado por gente que entendía de retórica, y, por lo tanto, escuchaban con gran sentido crítico pues conocían las reglas y recursos y eran muy exigentes.

rex sacrorum. Durante la república era el segundo pontífice de la jerarquía sacerdotal. Se exigía que fuese patricio y debía soportar tantos tabúes como el flamen dialis.

rey-cliente. Un monarca extranjero podía ofrecer sus servicios como cliente a Roma, que al actuar de patrón concedía al reino el título de Amigo y Aliado del Pueblo de Roma. Había veces en que algún rey se comprometía como cliente con un particular romano, como lo hicieron algunos con Lúculo y Pompeyo.

Ria. Plutarco dice que el nombre de la madre de Quinto Sertorio era Rea, pero no es nombre gentilicio latino. No obstante, incluso hoy día,

«Ria» es diminutivo de «Maria», que si es un nombre gentilicio latino. Es el apellido de la familia de Cayo Mario. La amistad de Quinto Sertorio hacia Cayo Mario en sus primeros tiempos en el ejército, y que perduró hasta la época en que la conducta de Mario se hizo repulsiva incluso para sus más leales partidarios, me ha hecho pensar en este enigmático nombre materno; Plutarco dice que Sertorio tenía gran afecto a su madre. ¿Por qué, pues, la madre de Sertorio no habría sido una tal «Maria», llamada Ria, pariente de Cayo Mario? Si así fuera se explicarían muchas cosas y, como parte de mi licencia de novelista, he adoptado la tesis de que la madre de Sertorio era, efectivamente, pariente de Cayo Mario, pero he de admitir que es pura especulación, sin pruebas que lo demuestren.

Rómulo y Remo. Los hijos gemelos de Rea Silvia, hija del rey Numitor de Alba Longa, y del dios Marte. Su tío Amulio, que había usurpado el trono, puso a los niños en una cesta de juncos y la echó al Tíber; la cesta se detuvo bajo una higuera al pie del Palatino y fue hallada por una loba que los amamantó en su cueva. Los rescataron el pastor Faustulo y su esposa Aca Larentia, con quienes vivieron hasta que fueron mayores. Después de destronar a Amulio y reinstaurar al abuelo en el trono, los gemelos fundaron un asentamiento en el Palatino; una vez construidas las vallas, Remo las saltó y fue ejecutado por Rómulo, so pretexto de sacrilegio. A continuación, Rómulo salió a buscar súbditos para su ciudad, para lo cual estableció un refugio para hombres en el declive entre los dos promontorios capitolinos, en el que acogía a criminales fugitivos. La población femenina la obtuvo engañando a los sabinos del Quirinal para que acudiesen a una fiesta con sus mujeres, a las que los hombres raptaron para hacerlas esposas suyas. Rómulo reinó mucho tiempo; un día que salió de caza por los pantanos de la Cabra en el Campo de Marte le sorprendió una fuerte tormenta y, al no regresar a casa, se interpretó que se lo habían llevado los dioses haciéndole inmortal.

Rosea rura. La tierra más fértil de Italia en las afueras de la ciudad sabina de Reate se llamaba rosea rura; parece ser que no se araba, quizás

porque en ella crecía una hierba estupenda que la regeneraba y nunca consumían pastando los miles de yeguas y burros que alcanzaban enormes precios en subasta. Eran tierras fundamentalmente dedicadas a la crianza de las famosas mulas.

rostra. Forma plural de rostrum, que era el espolón de bronce que reforzaba, por debajo de la línea de flotación, la proa de las naves de guerra y que, a modo de ariete, embestía a las naves enemigas para hundirlas. Cuando el cónsul Cayo Menio, en el 388 a. JC., se enfrentó a la flota de los volscos en el puerto de Antium, obtuvo una brillante victoria que quebró definitivamente el poder de ese pueblo, y en conmemoración del triunfo mandó arrancar los espolones de las naves capturadas y ponerlos en el muro que había en la tribuna de oradores del Foro, en la hondonada de comicios y asambleas. Desde entonces la tribuna fue conocida con el nombre de rostra: los espolones.

roxolani. Pueblo que habitaba en una región de las actuales Ucrania y una demarcación de Rumania; eran de organización tribal, buenos jinetes y llevaban vida nómada salvo en los puntos de contacto con colonias costeras griegas del siglo VI y V a. JC. que influyeron en su cultura, iniciándoles a la agricultura. Todos los pueblos mediterráneos los consideraban bárbaros; cuando Mitrídates VI conquistó las tierras próximas al mar Euxino, los empleó principalmente como tropas de caballería.

sabinas, sabinos. El pueblo de idioma osco que habitaba al nordeste de Roma, desde las afueras de la ciudad hasta las cumbres de los Apeninos. La relación de los sabinos con Roma se remonta al apócrifo «rapto» y resistieron al dominio de Roma varios siglos. Las principales ciudades sabinas eran Reate, Nersia y Amiternum.

sacer. Aunque solía significar consagrado a un dios, sacer, en el sentido en que se emplea en la obra, significa un individuo cuya persona y bienes se

han ofrecido a un dios por haber profanado alguna ley divina. Sila utilizó el término en sus proscripciones porque Roma era una diosa.

saepa. «El aprisco». En tiempos de la república era una zona abierta en el Campo de Marte, próxima a la Vía Lata y a la Villa Pública; era el lugar de reuniones de la Asamblea centuriada o comitia centuriata, y en ocasión de las votaciones el recinto se dividía mediante unas vallas de modo que las cinco clases votasen por centurias.

salii. Colegio de sacerdotes al servicio de Marte; el término significa «danzarines saltadores». Eran veinticuatro sacerdotes integrados en dos colegios de doce, y habían de ser patricios.

saltatrix tonsa. Literalmente «bailarina con barba»; es decir, un homosexual disfrazado de mujer que vendía sus favores eróticos.

samnitas, Samnium. Los habitantes del territorio situado entre el Lacio, Campania, Apulia y Picenum, en su mayor parte accidentado y montañoso, y no muy fértil; las ciudades no eran muy prósperas y entre ellas se contaban Caieta, Aeclanum y Bovianum. Las dos ciudades realmente prósperas, Aesernia y Beneventum, eran colonias de Roma con ciudadanos con derechos latinos. La población del Samnio la constituían varios pueblos -pelignos, marrucini, vestinos y frentanos- que ocupaban diversas zonas dentro del territorio propiamente dicho de los samnitas. Los samnitas fueron los enemigos más irreductibles de Roma, a la que infligieron aplastantes derrotas; siempre que surgía algún movimiento de revuelta contra Roma los samnitas se unían a los sublevados.

sármatas. Pueblo probablemente de origen germánico; los sármatas habitaban en las estepas del noroeste del mar Euxino, en la actual Ucrania, aunque en origen vivían al este del río Tanais (el Don). Eran un pueblo nómada y ecuestre; su cultura tribal les permitía una curiosa igualdad entre hombres y mujeres, pues éstas participaban en los consejos y luchaban como los guerreros. En el siglo 1 a. JC. se habían escindido de ellos varias

etnias que constituyeron naciones autónomas, como fue el caso de roxolanos y yacigios, que se asentaron más al sur. Mitrídates empleó a sármatas en sus tropas de caballería.

sátrapa. Era el título dado por los reyes persas a los gobernadores provinciales o territoriales. Alejandro Magno conservó el término en su administración, del mismo modo que los últimos reyes partos arsácidas. El territorio gobernado por un sátrapa era la satrapía.

Saturnino. Lucio Apuleyo Saturnino, tribuno de la plebe en 103, 100 y 99 a. JC., nació hacia el 135 a. JC. en el seno de una familia muy vinculada a Picenum (su hermana estaba casada con Tito Labieno, colega en su último tribunado de la plebe). El principio de su carrera política se vio ensombrecido por una supuesta malversación de grano en Ostia cuando él era cuestor; durante su primer tribunado de la plebe se alió con Cayo Mario y le consiguió tierras en África para el asentamiento de sus excombatientes. A él se debe la legislación sobre el delito de traición denominado maiestas minuta o «pequeña traición» y la creación de un tribunal especial para juzgarla. En su segundo mandato como tribuno de la plebe se alió también con Mario, consiguiéndole tierras para los excombatientes de las campañas contra los germanos; pero, finalmente, fue más un estorbo que una ayuda para Mario y, al repudiarle éste en público, Saturnino se hizo enemigo suyo. A finales de 100 a. JC., Saturnino comenzó a ganarse a los estratos humildes del capite censi, prometiéndoles trigo en un momento de escasez en que los desposeídos sufrían hambre; logró que se aprobase una ley frumentaria que no pudo llevar a la práctica pues no había trigo para el abastecimiento. Al celebrarse las elecciones de la plebe en el 99 a. JC., Saturnino volvió a ser candidato y, como esta vez no obtuvo el cargo, su inseparable amigo Cayo Servilio Glaucia organizó el homicidio de uno de los candidatos elegidos y Saturnino ocupó el tribunado en sustitución del asesinado. Era por tercera vez tribuno de la plebe en un momento en que las multitudes del Foro, acuciadas por el hambre y enardecidas por su oratoria, pusieron en delicada situación al gobierno de Roma, que se enfrentaba a

una situación prerrevolucionaria. La situación propició una alianza entre Mario y Escauro de la que siguió un decreto inapelable del Senado cuya última consecuencia fue la detención de Saturnino y sus partidarios, después de que Mario cortase el suministro de agua al Capitolio, en donde la facción había buscado refugio. Los detenidos fueron confinados en el Senado, donde fueron lapidados con las tejas de la techumbre. Acto seguido, quedaron anuladas todas las leyes de Saturnino. A partir de entonces se dijo que Saturnino había querido proclamarse rey de Roma; su hija Apuleya estaba casada con el patricio Marco Emilio Lépido. En La corona de hierba figura una explicación más amplia de la vida de Saturnino.

seleúcida. Era una rama dinástica de la casa real de Siria, cuyos soberanos descendían de Seleuco Nicator, compañero de Alejandro Magno, aunque no era general suyo. Tras la muerte de Alejandro instituyó un reino que llegó a extenderse desde Siria y Cilicia hasta Media y Babilonia; contaba con dos capitales, Antioquía y Seleucis del Tigris. Seleuco Nicator tenía dos esposas, la macedonia Estratónice y la bactriana Apama. En el siglo a. JC., el reino parto había usurpado la región oriental y Roma la mayor parte de la Cilicia, por lo que el reino de los seleúcidas quedó estrictamente reducido a Siria.

Senado. Senatus en latín. El primitivo Senado era un organismo constituido por cien patricios; posteriormente llegaría a alcanzar trescientos. Debido a su antigüedad, la definición legal de sus poderes, derechos y obligaciones era imprecisa; el cargo de senador era vitalicio (salvo casos de expulsión por parte de los censores por mala conducta o empobrecimiento), lo que propició que se creara en seguida una oligarquía y que, a lo largo de la historia, sus miembros lucharan denodadamente por conservar su privilegiada posición. Hasta que Sila impidió el acceso al Senado sin un cuestorado previo, se ingresaba por los datos del censo, aunque a partir de la mitad de la época republicana el cuestorado previo solía ir seguido del ingreso en el Senado. La lex Atinia establecía que los tribunos de la plebe ingresaran automáticamente en el Senado tras su elección. Sin ser una ley



formal, el requisito para ser senador era tener una renta anual de un millón de sestercios.

Sólo los senadores podían vestir la *latus clavus* o *laticlavia* con una ancha franja púrpura; llevaban también zapatos de cuero marrón y un anillo (en su origen, de hierro y después de oro). La vestimenta de luto de los senadores consistía en ponerse en la túnica la franja estrecha de caballero; sólo los que desempeñaban magistratura curul llevaban toga bordada en púrpura, y la de los senadores era una simple toga blanca.

Las reuniones del Senado debían celebrarse en lugares debidamente consagrados, ya que no siempre tenían lugar en su sede, la Curia Hostilia. Las ceremonias y la sesión del día de Año Nuevo, por ejemplo, se celebraban en el templo de Júpiter Optimus Maximus, mientras que las sesiones para tratar de la guerra, se llevaban a cabo en el templo de Belona, fuera del pomerium. Estas sesiones sólo se celebraban desde el amanecer hasta el ocaso, y se suspendían en los días reservados a las reuniones de los comitia siempre que éstas se celebrasen.

Hasta que Sila lo reorganizó, como hizo con tantas cosas, existía en el Senado una estricta jerarquía entre los que tenían voz en las sesiones, siendo el príncipe del Senado y los consulares quienes tenían preferencia a tomarla antes que los elegidos para un cargo del que no hubieran tomado posesión; después de la reforma de Sila, éstos -cónsules y pretores electos- la tomaban antes que aquéllos. En cualquier caso, los patricios siempre precedían en el uso de la palabra a los plebeyos de similar condición, y no todos los senadores tenían voz en la cámara; los *senatores pedarii*, que se sentaban detrás de los que tomaban la palabra, sólo podían votar. No había limitaciones en cuanto al tiempo o contenido de la *oratio* (discurso) y de ahí la popularidad de la maniobra actualmente denominada obstruccionismo. Si el asunto no era importante o la respuesta totalmente unánime, el voto podía ser verbal o a mano alzada, pero se recurría al voto formal cuando existían discrepancias entre los senadores, que se levantaban para situarse a un lado

u otro del estrado curul, según diesen el «sí» o el «no», y así efectuar el recuento. El Senado era un organismo asesor más que legislativo y promulgaba sus consulta o decretos a petición de las distintas asambleas. Si el asunto era grave, se requería un quorum para llegar a la votación, aunque no se sabe qué proporción determinaba tal quorum. ¿Quizás un cuarto? Desde luego, la mayoría de las sesiones no contaban con una nutrida asistencia, al no existir un reglamento que especificase la obligación de asistir a todas las sesiones.

Por tradición, el Senado tenía potestad suprema en ciertas cosas, pese a su carencia de poder legislativo; así era el caso en cuestiones fiscales porque controlaba el Erario (fiscus) y el tesoro; en asuntos exteriores y en cuestiones bélicas; en administración de las provincias y en el nombramiento de sus gobernadores.

senatus consultum de re publica defendenda. Era un decreto inapelable del Senado, así denominado porque Cicerón abrevió su definición a senatus consultum ultimum. Desde 121 a. JC. en que Cayo Graco recurrió a la violencia para impedir que se derogasen sus leyes, en los casos de excepción el Senado asumía prioridad sobre todos los organismos legislativos promulgando un senatus consultum de re publica defendenda que venía a ser una especie de ley marcial y como un mecanismo para evitar el nombramiento de un dictador.

servianas, murallas. Eran los muros Servii Tullii o Tulli. Los romanos creían que las murallas que rodeaban la ciudad republicana habían sido levantadas en tiempos del rey Servio Tulio, pero la evidencia invita a pensar que fueron construidas después del saqueo de Roma por los galos de Breno el 390 a. JC. Hasta tiempos de la dictadura de César estuvieron perfectamente conservadas.

servidores públicos (funcionarios). Cuanto más amplió mis investigaciones, más convencida estoy de que en Roma había servidores públicos. No obstante, el Senado y las asambleas, que eran los organismos

gubernamentales, solían detestar a esta clase de servidores, y muchas de las transacciones públicas de Roma las realizaban empresas y/o individuos particulares del sector de los negocios; esta privatización perduraba en tiempos de la república y se regulaba por medio de los censores, pretores, ediles y cuestores. Las contrataciones se efectuaban sobre un precio estipulado por el servicio, pero a pesar de todo, había muchos servidores públicos: oficinistas, escribas, secretarios, contables, factotums, ayudantes religiosos, esclavos públicos, oficiales electorales, oficiales de los comicios, lictores... aparte de las legiones. La caballería puede decirse que era «de alquiler». La paga y las condiciones de trabajo no serían muy buenas, pero, aparte de los esclavos públicos, todos los servidores públicos eran probablemente ciudadanos romanos. Un gran contingente de los servidores del sector de la administración eran libertos griegos.

sestercios (sestertius). La moneda romana más corriente, y unidad contable, de ahí su proliferación en los textos de la época. Su nombre deriva de semi tertius o dos ases y medio. En plural eran sestertii, se representaban con la abreviatura HS y era una pequeña moneda de plata equivalente a un cuarto de denario.

sextilis. En origen era el sexto mes cuando el Año Nuevo romano comenzaba en marzo, y mantuvo ese mismo nombre después de que se decidiera cambiar el inicio del año al mes de enero. Nosotros lo denominamos agosto, como hicieron los romanos (augustus) a partir del reinado de Augusto.

Sibila, libros de. La Sibila era un oráculo que dictaba sus profecías en trance, como casi todas las pitonisas. Esta, de gran fama, vivía en Cumas, ciudad de la costa de Campania. El Estado romano poseía una serie de profecías escritas llamadas los libros de la Sibila, adquiridos, al parecer, por el rey Tarquinio Prisco y redactados en griego en hojas de palmera (posteriormente se pasaron a papel). Según la leyenda, cada vez que el rey se negaba a comprarlas, ardía un libro y aumentaba el precio; hasta que se

resignó a adquirir el resto. Estos libros tan respetados los guardaba un colegio formado por diez sacerdotes menores, los decemviri sacris faciundis, hasta que Sila aumentó su número a quince y fueron los quindecimviri sacris faciundis, a quienes en momento de crisis el Senado del Pueblo de Roma consultaba para comprobar si había alguna profecía aplicable a la situación. Estos libros se perdieron en el incendio que destruyó el templo de Júpiter el seis de julio de 83 a. JC., ordenando Sila una búsqueda de sibilas por todo el orbe para recuperar los escritos.

socius, socii. Era un extranjero que tenía categoría de aliado de Roma.

Sol Indiges. Uno de los dioses más antiguo de Roma, al parecer (el Sol) esposo de Tellus (la Tierra). Poco se sabe de su culto, pero parece ser que estaba muy difundido y los juramentos hechos en su nombre eran por asuntos serios.

sponsio. En casos de litigio civil que no requería proceso ante un tribunal, es decir, los casos en los que entendía el pretor urbano, éste sólo les daba curso si se depositaba previamente una suma llamada sponsio. La suma solía ser la equivalencia a los daños y perjuicios o la cantidad en litigio en casos de deuda. También en las quiebras bancarias o en los impagados se denominaba a esa suma sponsio. Hasta la época de la dictadura de Sila, si el querellante o su abogado no podían reunir la suma, el pretor no daba curso a la querella; Sila solventó la dificultad, permitiendo que el pretor urbano o el pretor de extranjeros tuvieran potestad para eximir el depósito de dicha cantidad. Por cierto, que él lo puso en práctica por primera vez al tratar de reforzar la constitución antes de partir para la guerra contra Mitrídates; pero sus leyes fueron pronto derogadas y sólo se conservaron las que había inscrito en tablillas durante su dictadura.

stibium. Polvo negro a base de antimonio, soluble en agua, que se usaba para pintarse cejas y pestañas y perfilar los ojos.

stimulus, stimuli. Para los romanos, un stimulus era una estaca aguzada colocada en el fondo de los fosos o trincheras de las fortificaciones; su significado se extendía a cualquier instrumento aguzado para aguijonear a un animal, e, implícitamente, un stimulus era algo que producía agudo dolor mental o preocupación.

strategoi. Plural de la palabra griega strategos; general o comandante en jefe.

Subura. El barrio más pobre y populoso de Roma. Estaba situado al este del Foro, en el declive entre el espolón Opiano del monte Aquilino y el Viminal. Un barrio en el que se hablaban todos los idiomas y de vecinos muy liberales; en el Subura vivía gran número de judíos, y en tiempos de Sila se hallaba en él la única sinagoga de la ciudad. Según Suetonio, Julio César vivió en el Subura.

Sulpicio. Publius Sulpicius Rufus fue un individuo conservador y moderado durante su época de senador y la primera parte de su tribunado de la plebe en 88 a. JC. Parece ser que la noticia de la indiscriminada matanza de Mitrídates en la provincia de Asia, en la que perecieron 80.000 romanos e itálicos, hizo que Sulpicio cambiase radicalmente en muchas cosas, y una de ellas fue su limitada visión contraria a conceder la ciudadanía a los itálicos, que era la postura mantenida por la facción ultraconservadora del Senado. Sulpicio se volvió en radical militante para su concesión, aliándose con Cayo Mario; aprobó cuatro leyes, la más importante de las cuales estipulaba que los nuevos ciudadanos romanos habían de repartirse por igual entre las treinta y cinco tribus, y la más polémica arrebatando a Sila el mando de la guerra contra Mitrídates para concedérselo a Mario. Esto provocó la marcha de Sila contra Roma por primera vez; junto con Mario, Bruto el viejo y otros, Sulpicio huyó de la urbe al caer en manos de Sila. El resto de los fugitivos pudo escapar por mar, probablemente porque Sila no tuviese intención de apresarlos, pero Sulpicio fue detenido en el puerto de Larentum y ejecutado allí mismo. Su cabeza fue enviada a Roma y fue

expuesta en los rostra para acobardar al nuevo cónsul electo Cinna. Sila derogó todas las leyes de Sulpicio.

suntuaria, ley (lex sumptuaria). Eran leyes promulgadas para gravar el consumo de artículos de lujo.

Tarpeya, roca. Sigue siendo polémica su ubicación exacta, pero se sabe que era muy visible desde el Foro, y es de suponer que fuese un extraplomo de los acantilados del Capitolio. Como la caída no excedía de ochenta pies, la roca debió de estar situada sobre un precipicio de aguzados riscos. Era el lugar tradicional de ejecución de los romanos traidores y asesinos, a los que se arrojaba desde lo alto de ella o se les obligaba a saltar. Los tribunos de la plebe eran particularmente proclives a amenazar a los senadores obstruccionistas con arrojarles desde la roca Tarpeya. Yo la he situado frente al templo de Ops.

tata. El diminutivo cariñoso en latín de «padre», equivalente a «papá».

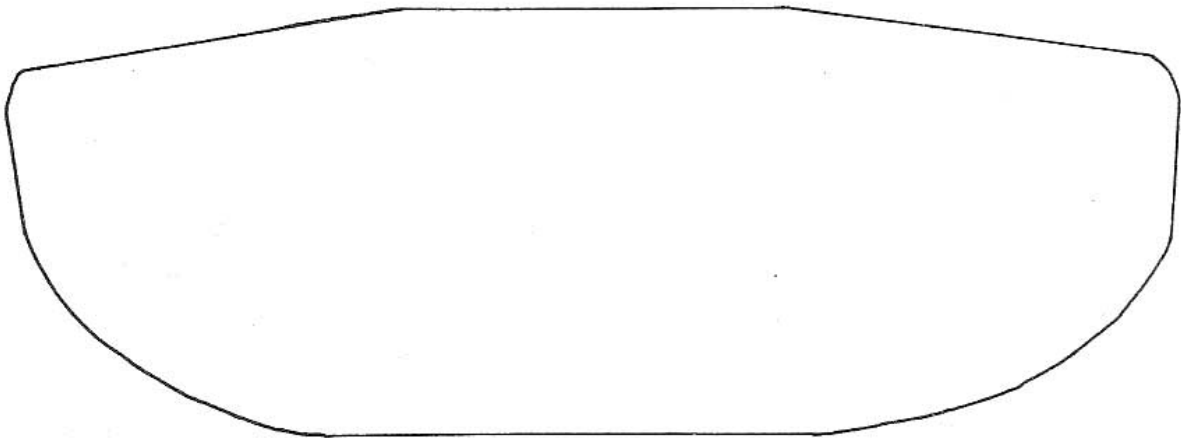
Tellus. Diosa romana de la tierra; su culto fue en decadencia al incorporarse el de la Magna Mater importado en 205 a. JC. de Pessinus. Tenía un gran templo en el Carinne, imponente en sus orígenes, que en tiempos de Sila estaba en ruinas.

teatros. En la Roma republicana los teatros no estaban autorizados en locales permanentes y se hacían de madera, alzándolos antes de los correspondientes juegos en que tenían lugar las representaciones. Durante los primeros tiempos de la república predominaba el criterio de que el teatro era una degradación moral, una influencia corruptora, actitud que perduró con leves concesiones hasta tiempos de Pompeyo. A las mujeres no se les permitía sentarse con los hombres, pero la presión pública, principalmente por parte de las clases bajas (a las que les encantaban la farsa y el mimo y que protestaban porque las representaciones no fuesen permanentes), obligó a los magistrados y al Senado a permitir las. Aquellos locales de madera

estaban contruidos en forma de anfiteatro y disponían de escenario y scenae con sus bastidores y entradas y salidas ocultas para los actores. La scenae (telón de fondo) llegaba a la altura de la última grada de la cavea (el local).

tetrarca. Señor de la cuarta parte de un estado, reino o territorio. Las tres tribus de Galacia -tolistobogii, trocmi y volcos tectosagos- estaban divididas en tetrarquías al mando de un tetrarca.

toga. Prenda que sólo un ciudadano de Roma podía vestir. Estaba hecha de una lana ligera y tenía forma muy particular (por eso los romanos togados de las películas de Hollywood nunca quedan bien, pues la documentación cinematográfica norteamericana sobre la Roma antigua es muy deficiente). Lillian Wilson obtuvo un tamaño y una forma que reproduce exactamente lo que era la toga. La toga para un varón de 1,75 m, con cintura de 89,5 cm, tenía unos 4,6 m de ancho y 2,25 m de largo; la medida del largo se pliega sobre el eje de la altura del individuo y la medida mucho mayor de la anchura, sobre el cuerpo. No obstante, no tenía forma rectangular exacta, sino que presentaba el siguiente aspecto:



Si no se corta como indica la ilustración, la toga no adquiere la caída que se aprecia en las estatuas de la antigüedad. La toga republicana de tiempos de Mario y Sila era muy grande (la prenda varió notablemente de

tamaño desde la época de los reyes y el año 500, un período de mil años). El romano republicano togado no llevaba calzoncillos ni taparrabos.

toga candida. Toga especial blanqueada que vestían los candidatos a un cargo público al acudir al registro. Su blancura se obtenía dejándola orear al sol varios días y luego impregnándola de fino polvillo de cal.

toga praetexta. Toga bordada de púrpura de los magistrados curules; la vestían también los que lo habían sido y los niños de ambos sexos.

toga trabea. La toga abigarrada de «colorines» de Cicerón. Era la toga a rayas del augur y seguramente del pontífice. Al igual que la toga praetexta, tenía una orla púrpura y rayas alternas rojas y púrpura a lo largo.

toga virilis. Toga de la virilidad. Era, en realidad, la toga alba o toga pura.

togado. El que viste la toga.

torca. Collar grueso, generalmente de oro macizo. No llegaba a formar un círculo, pues tenía una abertura de unos 25 mm en el centro delantero; sin duda para poder darle la vuelta y dejarla colgando, porque seguramente no se la quitaban. La torca era símbolo de los galos o celtas, aunque también la llevaban algunos germanos. Sus extremos y la abertura tenían un acabado muy decorativo, con nudos, trenzas, espirales y cabezas de animales.

Tracia. Era aproximadamente la zona de los Balcanes europeos entre el límite occidental del Helesponto y una línea al este de Filipos; tenía costa en el Egeo y en el Euxino y se extendía al norte hasta la desembocadura del Danubio. Los romanos consideraban el río Nestus como frontera occidental. Tracia nunca llegó a adquirir una organización y se mantuvo como tierra aliada de las tribus germánico-ilíricas-celtas que se asentaban en sus tierras, hasta la ocupación romana. Tanto griegos como romanos consideraban



bárbaros a los tracios. Tras las guerras de la sucesión atálida en Asia Menor, hacia el 129 a. JC., la franja egea de Tracia recaía dentro de la gobernación de Macedonia, porque Roma había construido la Vía Egnatia, gran calzada entre el Adriático y el Helesponto, y necesitaba proteger tan vital ruta, que era el camino de tránsito más rápido para un ejército que se dirigiera a Asia Menor. La mayor ciudad de Tracia, y su único puerto, era la antigua colonia griega de Byzantium, en el Bósforo tracio. Los bessi eran la tribu más belicosa y antirromana, mientras que los odrisios estaban algo más helenizados y tenían un rey que se esforzaba por contemporizar con Roma.

transvectio. Era el desfile del Caballo Público celebrado en los idus de quintilis (julio); era una costumbre caída en desuso después de los acontecimientos de la época de Cayo Graco, que restableció en 70 a. JC. Pompeyo, deseoso de mostrar claramente al pueblo que era un caballero del ordo equester.

tribu, tribus. En los primeros tiempos de la república, tribus para un romano no era un grupo étnico del pueblo, sino una asociación política al servicio del Estado. Había treinta y cinco tribus; treinta y una eran rurales y cuatro urbanas. Las verdaderas dieciséis tribus primitivas ostentaban el nombre de las diversas gens patricias, indicando que los ciudadanos que pertenecían a ellas eran miembros de familias patricias o habían vivido en origen en tierras propiedad de dichas familias. En la primera y segunda etapa de la república, cuando comenzaron a aumentar los terrenos propiedad de Roma en la península italiana, se añadieron tribus para incluir los nuevos ciudadanos en el cuerpo político. Las colonias romanas con ciudadanía plena constituyeron también el núcleo de las nuevas tribus. La fundación de las cuatro tribus urbanas se atribuía al rey Servio Tulio, aunque es probable que la fecha sea posterior, a principios de la república. La última fecha en que se creó una tribu es el 241 a. JC. Todos los que pertenecían a una tribu tenían el derecho a votar en la asamblea tribal, aunque no era un voto de por sí importante; primero se contaban los votos de cada tribu, y luego la tribu entera emitía un voto nominal, lo que

significaba que en ninguna asamblea tribal podía el ingente número de ciudadanos adscritos a las cuatro tribus urbanas afectar a los resultados globales, pues había treinta y una tribus rurales y cada una de ellas tenía derecho a presentar un voto tribal nominal, aunque sólo votasen dos únicos individuos de la tribu. A los que pertenecían a tribus rurales no les estaba prohibido vivir en Roma; la mayoría de senadores y caballeros, por ejemplo, pertenecían a tribus rurales.

tribuno militar (*tribunus militarum*). Los oficiales de grado medio en la cadena de mando del ejército romano se denominaban tribunos de los soldados o tribunos militares. El de rango superior era el tribuno electo de los soldados. Si el general no era también cónsul, y, por consiguiente, no disponía de las legiones del cónsul, el tribuno militar era el que las mandaba. Los tribunos militares no electos servían también de comandantes de los escuadrones de caballería.

tribuno de la plebe. El cargo se creó poco después de la institución de la república, cuando la orden plebeya estaba a la greña con los patricios. Elegidos por el ente tribal de los plebeyos, reunido en *concilium plebis* o *comitia plebis tributa* (asamblea plebeya) los tribunos de la plebe juraban defender las vidas y propiedades de los pertenecientes a la orden plebeya. En 450 a. JC. había diez tribunos de la plebe; la *lex Atinia de tribunis plebis in senatum legendis* de 149 a. JC. establecía que el elegido tribuno de la plebe ingresase automáticamente en el Senado. Como no eran elegidos por todo el pueblo (es decir, los patricios y los plebeyos), no tenían poder real con arreglo a la constitución romana, fundamentalmente no escrita; su poder residía en el juramento que prestaba la orden plebeya de defender la naturaleza sacrosanta -inviolable- de sus representantes electos. El poder de un tribuno de la plebe radicaba en su derecho a ejercer el veto contra una decisión gubernamental; podía vetar las mociones o leyes presentadas por uno de sus colegas tribunados o por todos ellos, a otros magistrados, cónsules y censores incluidos; el tribuno de la plebe podía vetar decretos del Senado e incluso cuestiones bélicas y de asuntos exteriores. Sólo un

dictador (o quizás un interrex) estaba por encima del veto tribunicio. Dentro de su propia Asamblea plebeya, el tribuno de la plebe era omnipotente: podía convocar la asamblea, una reunión (contio), promulgar plebiscitos y hasta imponer la condena de muerte si bloqueaban su derecho ejecutivo. El tribuno de la plebe no tenía imperium y la autoridad de su cargo no se extendía más allá de la primera piedra miliar fuera de la ciudad de Roma; por tradición, un tribuno de la plebe sólo podía ocupar el cargo una vez, pero Cayo Graco lo ocupó tres veces. Como el auténtico poder del cargo se basaba en la oposición -el veto-, la contribución tribunicia a la gobernación de Roma era más obstruccionista que constructiva. El Colegio de tribunos de la plebe asumía el cargo el décimo día de diciembre de cada año; su sede era la basílica Porcia. Sila en el 81 a. JC. despojó al tribunado de la plebe de todos sus poderes menos el del derecho a rescatar a un miembro de su orden de las garras de un magistrado, pero los cónsules Pompeyo y Craso restituyeron todos los poderes del cargo de tribuno de la plebe en 70 a. JC. Véase también el término *ius auxilii ferendi*.

tribuno de los soldados. Eran veinticuatro jóvenes, entre veinticinco y veintinueve años de edad, que elegía cada año la Asamblea del pueblo para servir en las legiones del cónsul como tribunos militares (*tribuni militum*). Como los elegía la *comitia populi tributa*, o todo el pueblo, estos tribunos militares eran auténticos magistrados y quedaban incorporados a las cuatro legiones del cónsul como comandantes, en número de seis por legión. Cuando los cónsules tenían más de cuatro legiones en campaña, los tribunos de los soldados se repartían por las legiones que hubiese.

tribuno del Tesoro (*tribuni aerarii*). Eran hombres de la orden de los caballeros con renta de 300.000 sesteracios y no de 400.000 sesteracios como era lo habitual. Véase el término caballeros para mayor información.

triclinium. El comedor romano. Era un comedor formal (de preferencia cuadrado) en el que había tres camillas colocadas formando una U. Mirando desde la puerta al hueco que configura la U, la camilla de la izquierda se

llamaba el lectus sum mus, la situada en la base de la U era el lectus medius y la que formaba el lado derecho, el lectus imus. Estas camillas eran muy anchas, quizá de 1,25 metros o más, y el doble de largas como mínimo. En un extremo tenían un brazo elevado formando cabecera. Delante de cada una de ellas se disponía a lo largo una mesa estrecha más baja que la camilla, y los comensales se tumbaban, reclinados sobre el codo izquierdo, apoyados en almohadones; comían descalzos y podían ordenar que les lavaran los pies. El anfitrión se tumbaba en la parte izquierda del lectus medius, siendo la parte derecha de dicha camilla el extremo con cabecera reservado al invitado de honor, que se denominaba locus consularis. En tiempos de Mario y Sila era poco frecuente que las mujeres se tumbasen comiendo con los hombres, de no ser mujeres de dudosa virtud y tratarse de una francachela celebrada por hombres. Las mujeres de la familia se sentaban dentro del espacio de la U, en sillas; entraban con el primer plato y abandonaban el comedor nada más retirarse el último plato. Normalmente sólo bebían agua.

trirreme. Al igual que la birreme, era la más común de las antiguas galeras de combate. Una trirreme contaba con tres órdenes de remos y con su advenimiento, hacia el 600 a. JC., aparece la invención del escámo en la regala. Los remos de las trirremes solían tener la misma longitud, de unos quince pies o 5 metros, y habitualmente la trirreme tenía una eslora de unos 43 metros y su manga no excedía la anchura de unos 4 metros; por consiguiente la proporción entre longitud y anchura era de 10:1. El remero de la bancada inferior se denominaba en griego talamita y manejaba el remo a través de una porta abierta en el casco, tan cerca de la flotación, que iba dotada de una protección de cuero para que no entrase agua. Había unos 27 talamitas en cada lado; el remero de la bancada del medio se llamaba zygitá y accionaba el remo por una tronera inferior a la borda; había igual número de éstos que de talamitas. El remero del orden superior se denominaba tranita e iba acomodado en una bancada especial en el espacio del tolete para los remos que iba montado exterior a la regala y mantenía su longitud de proyección hacia afuera en la más estrecha del casco en popa; había 31

remeros de este orden a cada lado, contra 27 de los otros dos. Por consiguiente, la trirreme tendría unos 170 remeros, y eran los tranitas los que realizaban mayor esfuerzo, dado que su remo incidía en el agua en ángulo más agudo. La trirreme llevaba remos de dos lengüetas, mayores, más fuertes y mejor armados. En el 100 a. JC., era el navío de línea de las escuadras y unía a su velocidad y potencia la maniobrabilidad. Casi todas las trirremes tenían puente y podían transportar una tropa de unos cincuenta hombres. Se construían con madera de pino, y era un navío lo bastante ligero para ser varado por la noche y a veces transportado por la tripulación en largas distancias sobre rodillos. Para limitar al máximo el agua de la sentina, se varaba todas las noches. Era un navío de guerra que, bien cuidado, tendría una vida al menos de veinte años; la isla de Rodas, por ejemplo, que contaba con marina permanente, disponía de varaderos para dejar las flotas en tierra. Por estos varaderos descubiertos por los arqueólogos, sabemos que, independientemente del número de remos, las galeras nunca superaban los 30 metros de eslora y los siete de manga.

trofeo. Los trofeos eran objetos de llamativo aspecto o famosos capturados al enemigo. Los generales romanos tenían costumbre de erigir trofeos (armaduras, estandartes) cuando ganaban una victoria señalada; se hacía en el mismo campo de batalla o, como hizo Pompeyo en los Pirineos, en un paso montañoso o en un templo que mandó construir en Roma.

trogloditas. Gentes de la antigüedad que vivían en viviendas excavadas en la roca. La franja egipcia del Sinus Arabicus (el mar Rojo) tenía fama por sus núcleos de trogloditas, y en Capadocia la blanda toba de sus formaciones pétreas ha facilitado vivienda a sus pobladores desde tiempos inmemoriales.

túnica. Era la prenda básica de casi todos los pueblos antiguos mediterráneos, incluidos griegos y romanos. La túnica romana solía ser bastante suelta, y sin sisas en la cintura; cubría el cuerpo desde los hombros a las rodillas, el cuello seguramente estaba cortado en curva para mayor

comodidad en lugar de continuar en línea recta desde los hombros; solía ceñirse con un cíngulo o un cinturón con hebilla y la que usaban los romanos era unos ocho centímetros más larga en su parte delantera. Los romanos de las clases altas solían usar la toga fuera de casa, pero no cabe duda que los de clases inferiores no usaban la toga más que en contadas ocasiones, como eran los juegos o las elecciones. En caso de lluvia usaban una capa de preferencia a la toga. Los caballeros llevaban sobre la túnica una franja estrecha púrpura en el hombro derecho (que era el que descubría la toga) llamada *angustus clavus*, y los senadores una más ancha, también púrpura, llamada *latus clavus* (la *laticlavia*). Los que no figurasen en el censo con una renta mínima de 300.000 sestercios no llevaban ninguna clase de franja. La túnica solía ser de lana.

Venus Erucina. Era la Venus inductora del acto del amor, particularmente en su sentido más libre y menos moral. En la fiesta de Venus Erucina, las prostitutas le hacían ofrendas y su templo, situado fuera de la puerta Colina, recibía donativos en dinero de las prostitutas pudientes.

Venus Libitina. Diosa de la fuerza vital; Venus tenía muchas advocaciones y la Libitina estaba relacionada con la extinción de la fuerza vital. Era una deidad de gran importancia en Roma y su templo se hallaba fuera de las murallas servianas, aproximadamente en el centro de la vasta necrópolis de la ciudad en el Campus Esquilinus. No se sabe su ubicación exacta. El recinto del templo era espacioso, contaba con una arboleda, seguramente de cipreses (por su simbolismo funerario) y dentro de él actuaba el gremio de sepultureros y empresas funerarias, probablemente asentados en casetas o tenderetes. En el templo se guardaba el registro obituario de Roma; era un templo rico, en virtud de las tasas que cobraba por registrar las defunciones. Si no había un cónsul que los necesitase, los fasces de los lictores quedaban depositados en el templo, así como las hachas que en ellos se insertaban cuando el magistrado salía de la ciudad.

verpa. Obscenidad latina, empleada más como interjección que como ofensa. Se refería al pene -por lo visto al pene erecto con el prepucio retraído- y poseía connotaciones homosexuales.

Vesta. Diosa romana muy antigua de naturaleza incorpórea, sin mitología ni imagen. Era el fuego del hogar y de ahí su importancia en la casa y en la familia. Su culto público oficial era también importante y lo dirigía personalmente el pontífice máximo y contaba con su propio colegio sacerdotal constituido por las seis vestales.

vestales, vírgenes. Las sacerdotisas de Vesta; ingresaban a los seis u ocho años de edad, hacían sus votos de castidad y servían a la diosa durante treinta años, tras los cuales quedaban eximidas de sus votos y se integraban en la sociedad, pudiendo casarse, aunque pocas lo hacían por considerarlo nefasto. Su castidad procuraba suerte a Roma, es decir, al Estado. Cuando se creía que una vestal había roto el voto de castidad, no se la juzgaba y castigaba en seguida, sino que se le seguía proceso ante un tribunal especial y también se juzgaba a sus supuestos amantes ante otro tribunal. Si se la declaraba culpable, quedaba encerrada en una cámara subterránea tapiada, donde perecía. En tiempos de la república, las vírgenes vestales vivían en el mismo domus publicus que el pontífice máximo, aunque aparte. Cerca de esta residencia (la Regia del pontífice máximo) estaba el templo de Vesta, que era pequeño, redondo y muy antiguo, y junto a su escalinata se hallaba el pozo de Yuturna del que extraían en origen el agua las vestales para sus necesidades, hecho que a finales de la república perduraba como ritual únicamente. Dentro del templo de Vesta había constantemente un fuego que simbolizaba la tierra; lo atendían las vestales y por ningún motivo podía salir del templo.

vexillum. Vexilo; bandera o estandarte.

ida. Calle o carretera.

vicus. Bocacalle, no necesariamente corta.

Villa Publica. Trozo ajardinado del campo de Marte, frente al Vicus Pallacinae, en el que los que celebraban el desfile triunfal se concentraban antes de iniciarlo.

virī capitales. Eran tres jóvenes de edad presenatorial a quienes estaba encomendado el cuidado de las cárceles y asilos de Roma. En la sociedad romana sólo se encarcelaba a alguien provisionalmente y no era un cargo muy premioso. De todos modos, parece ser que los virī capitales andaban por el bajo Foro en los días en que no había reuniones públicas ni sesiones del Senado y se hallaban cerrados los tribunales de los pretores, de manera que se viera alguna representación de la autoridad caso de que algún ciudadano necesitase protección o ayuda, según explica Cicerón en su pro Cluentio.

vir militaris. Véase militar.

voto. El sistema de votación romano era timocrático, es decir, que en su poder influía mucho la fortuna personal y no era del tipo «un hombre, un voto». Cuando alguien votaba en las asambleas centuriadas o tribales, su voto únicamente tenía valor dentro del veredicto de la centuria o tribu en que lo ejercía. Los resultados de las elecciones estaban determinados por el número de votos de centurias que apoyaran a un candidato. El voto jurídico era distinto; en un jurado, el individuo sí que ejercía influencia directa en el resultado de la votación, dado que el jurado estaba formado por un número impar de miembros y la decisión era mayoritaria, no unánime. No obstante, era también de índole timocrática, ya que un hombre de pocos recursos poca oportunidad tenía de formar parte del jurado.

yugo. Era la pieza de madera con que se uncía a la pareja de bueyes por el pescuezo. Aplicado al ser humano vino a significar el dominio y la sojuzgación. En Roma había un yugo bajo el cual pasaban los jóvenes de ambos sexos, situado en un punto del Carinae, y que se llamaba el Tigillum,



quizás como símbolo de sumisión a la vida seria de los adultos. Sin embargo, fue en el ámbito militar en el que el yugo llegó a adquirir su más profundo significado simbólico, pues los primitivos ejércitos romanos (o quizás los etruscos) obligaban al enemigo vencido a pasar bajo el yugo; se clavaban dos lanzas en el suelo y entre ellas se tendía una tercera de modo que no permitiese el paso de un hombre sin agacharse. Lamentablemente, los ejércitos enemigos adoptaron igual criterio y, en consecuencia, de vez en cuando un ejército romano se veía obligado a pasar bajo el yugo. Esto era una humillación intolerable, a tal extremo que el Senado romano prefería que sus ejércitos combatieran hasta que cayera el último hombre antes que manchar el honor y la dignitas de Roma rindiéndose y pasando bajo el yugo.

